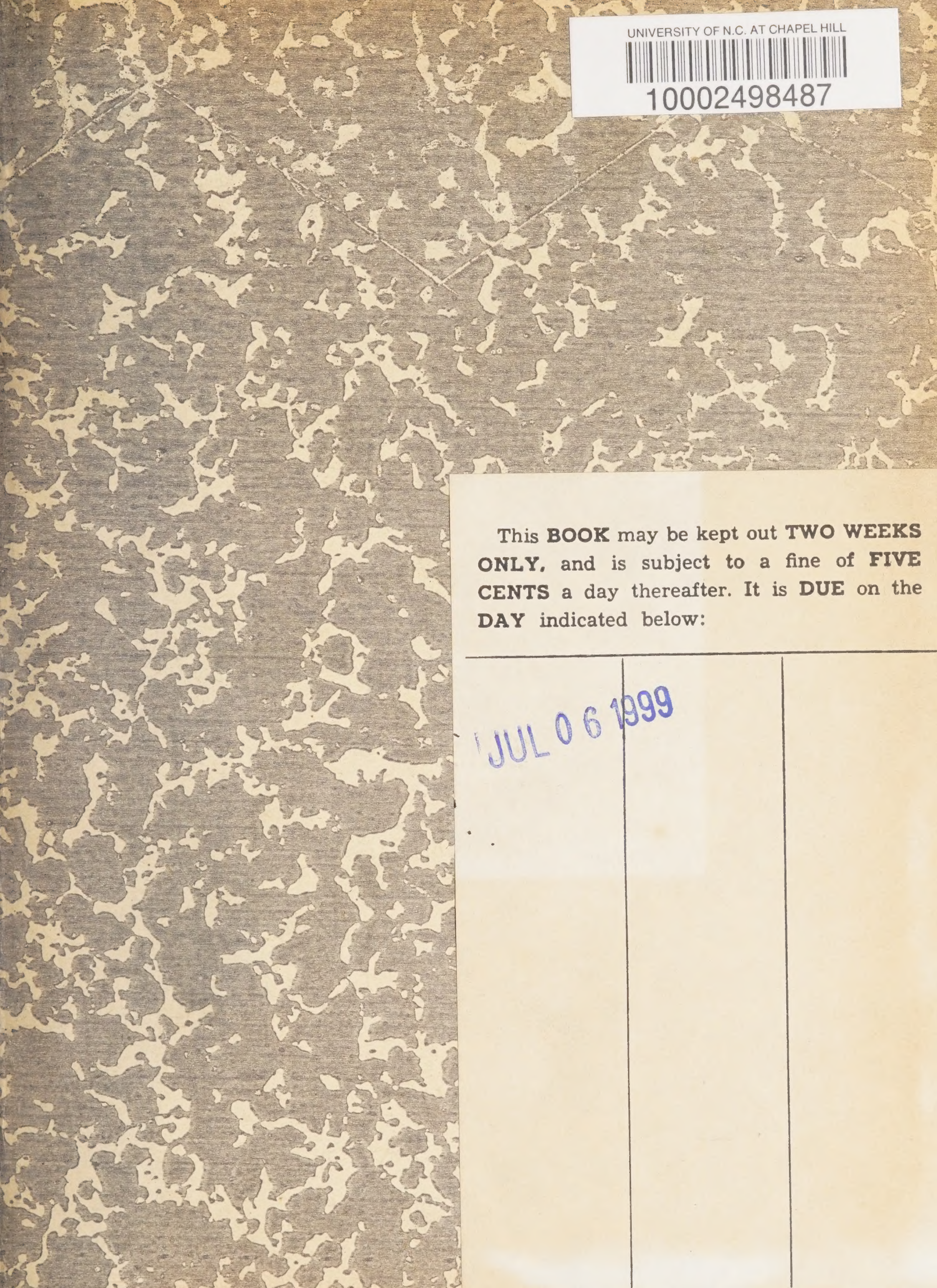
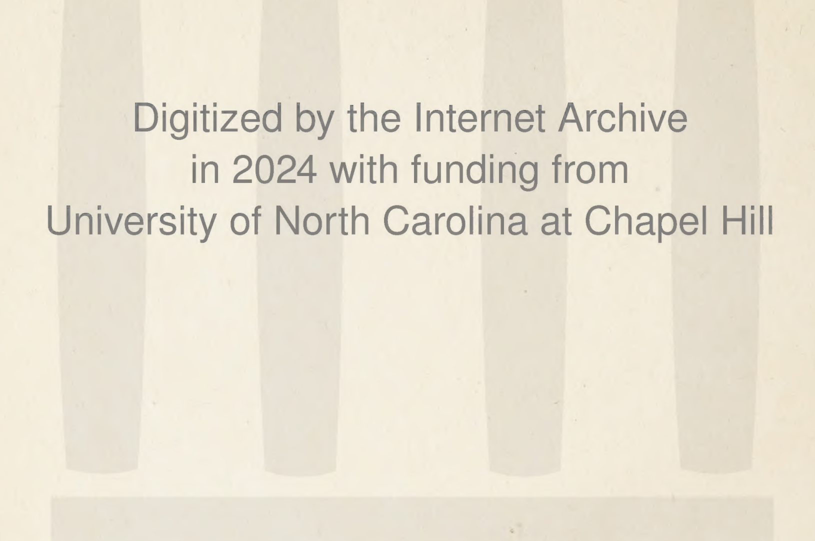






# La Hija del Pueblo

(NOVELA)



ANTONIO FOSSATI,
el joven maestro de la literatura popular, autor de las hermosísimas Novelas tituladas
**EL SOLDADO DESCONOCIDO, EL SEDUCTOR y LA HIJA DEL PUEBLO,**
publicadas por esta EDITORIAL

MIGUEL ALBERO, Editor — Av. Reina Victoria, 8 - Madrid

—¡Todavía allí!—exclamó Oscar Luis esbozando una sonrisa amarga—. ¡Pobre marqués!... Con lo que a él le gusta dormir cómodamente, y tener que pasar toda una noche sentado en una butaca... Que venga.

Desapareció el criado, y el príncipe volvió a pasearse de pared a pared de su alcoba.

El sufrimiento extraño y profundo que le embargaba volvía a exteriorizarse ahora que estaba solo. Respiraba agitadamente, y sus manos, pequeñas como las de una mujer, se abrían y cerraban sin cesar con tanta fuerza, que las uñas debían penetrarle en las palmas de sus manos.

—Mi príncipe...—dijo de pronto tras él una voz chillona.

Oscar Luis se volvió con presteza. El marqués de Canevari, el amigo íntimo y más fiel que tenía en la corte, estaba allí.

Era un hombrecillo bajo y rechoncho, de cabellos de un rojo descolorido y una enorme nariz granulienta y escandalosamente hinchada en la punta. Las arrugas de su frac denotaban que había dormido con él puesto, y la soñolienta expresión de su rostro, que el sueño había sido breve y molesto.

—Siéntate, Canevari—le dijo el príncipe viendo que el marqués buscaba dónde hacerlo—. He interrumpido tu sueño, ¿verdad?

—Eso no tiene importancia—respondió el hombrecillo sin poder reprimir un bostezo y dejándose caer en un mullido butacón—. Mandad si tenéis alguna orden que darme.

—No tengo nada que mandarte, mi querido amigo. Te he llamado para que me distraigas—explicó Oscar Luis reanudando su paseo por la alcoba.

—Luminosa idea la de vuestra alteza. Pero, ¡cáspita!... Observo que tampoco vos habéis pasado muy buena noche, que digamos.

—No puedo dormir, Canevari. El corazón no me deja. ¡Si supieras lo que sufro!

—Vuestra alteza prometió poner freno a esos sufrimientos...

—Es cierto; pero, ¿quién es capaz de dominar el corazón? El mío, Canevari, es una fiera recién enjaulada.

—Habláis con la desesperación del enfermo que cree no hallará nunca el remedio para su dolencia. ¡Si vuestro remedio, alteza, está en camino! Eduardo no puede tardar.

Oscar Luis apretóse el pecho con ambas manos. Luego, con voz que temblaba, preguntó:

—¿Crees que habrá dado con ella?

—No tengo la menor duda—declaró rotundamente el marqués—. Eduardo es listo, y la pista que sigue, infalible.

—¡Quiera Dios que no nos engañemos! ¡Pobre María Teresa!

Y la voz del príncipe se quebró en una especie de sollozo.

—Realmente—dijo el hombrecillo, a quien parecía impresionar la emoción de Oscar Luis—, se trata de una criatura encantadora... y digna de que un rey la eleve hasta un trono.

—¡Oh! ¿Crees que lograré hacerla mía?

—¡Hum!...

—¿Lo dudas?

—Los intereses de la corte y del Estado... Vuestra boda con la princesa Alcira... Vuestra madre... ¿Habéis pensado en todo eso, alteza?

Oscar Luis golpeó furiosamente el suelo con el pie.

—¿Qué me importan, después de todo, los intereses de la corte, los del país, el respeto a la tradición y mi madre? ¿Qué me importa la princesa Alcira? Amo a María Teresa, ¿lo oyes bien, Canevari? La amo con un amor ardiente, impetuoso, loco, sobrehumano... Por culpa de los adulones de la corte la hice desgraciada, manché su castidad, me burlé de su amor, que era puro como la sonrisa de la Madre de Dios. ¡Y ahora, mi María Teresa va a ser madre! Lleva en sus entrañas un hijo, mi hijo, nuestro hijo... ¡Necesito recobrarla, necesito obtener su perdón; de lo contrario, mi existencia se trocará en verdadero infierno!

—Es justo..., es lógico..., es noble...; pero...

—¿Qué pero es ese?

—Dentro de ocho días vuestra alteza será rey; los preparativos para la ceremonia están a punto de terminarse, y el mismo día que Oscar Luis ciña la fulgente y gloriosa corona, será bendecida su boda con la princesa Alcira... ¿Qué dice a todo esto vuestra alteza?

Lleno de desesperación, el joven se mesó sus negros y ensortijados cabellos. Después, sofocado, lívido, dejóse caer sin fuerzas en un sillón, frente al marqués.

En ese instante, al otro lado del cortinaje vibró el timbre de un aparato telefónico.

Canevari se precipitó hacia allí.

—Alteza—anunció con acento jubiloso al regresar a la alcoba—: Eduardo estará aquí dentro de un cuarto de hora.

—¿Con ella?—preguntó Oscar Luis levantándose de un salto.

—Sí.

—¡Mi ropa, Canevari! ¡Mi ropa!... Quiero estar preparado para cuando esa criatura llegue.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

—Es aquí—dijo el marqués con turbada voz, levantando un extremo del cortinaje.

Y se retiró discretamente para dar paso a una joven alta, esbelta, vestida con suma sencillez. El velo que llevaba echado sobre el rostro no bastaba a mitigar la purísima blancura de su piel ni la radiante belleza de sus facciones. Su edad no debía ser menor de diez y ocho años ni rebasar los límites de los veinte, unos cinco menos que el príncipe. Sus cabellos eran rubios como el oro, y en sus grandes ojos glaucos se reflejaba toda la tristeza de su vida y toda la ansiedad de aquel momento único para ella en que el destino, como jugando con su miseria, la empujaba hasta una de las habitaciones más íntimas del Palacio real.

Densamente pálido avanzó Oscar Luis. Ella, al ver al príncipe, se detuvo como paralizada por la emoción, y algo como un lamento brotó de su atormentado pecho.

—María Teresa...—balbuceó el joven.

—Oscar Luis...—pudo musitar ella.

Se miraron; ambos tenían lágrimas en los ojos.

—¡Perdóname, María Teresa; perdóname!

Y no pudo decir más. La voz de aquel hombre, que dentro de ocho días debía llevar en su cabeza la corona de un reino, se quebró en sollozos.

—Mi príncipe... Pero, ¿lloras?

—Sí, lloro, y son lágrimas de remordimiento las mías. Ahora es cuando comprendo todo el mal que te hice. ¡Y me siento tan mísero, tan pequeño a tu lado! Pero te amo, te amo con toda mi alma, María Teresa. ¡Como no te he amado nunca, como nadie sabría amar!

—Y yo; yo también te amo, Oscar Luis. Te amo, y el corazón me manda perdonarte.

—¡Mujer divina! ¡Divina y buena como los ángeles, como las santas!

En un arranque de ternura tomóla por las manos, y conduciéndola ante una ventana iluminada por la tibia luz del sol de aquella mañana de Mayo, levantóle delicadamente el velo que cubría su rostro, y después de contemplarla por espacio de algunos segundos, le dió un beso en la frente.

—Tú también lloras, María Teresa—observó Oscar Luis.

—De emoción.

—De emoción y de dolor, como yo... Estás muy pálida. ¡Cuánto debiste padecer, pobre alma mía! Pero yo, ya ves, no podía tampoco vivir sin ti. Los remordimientos me mordían el corazón y comprendía que mi única felicidad eras tú. Sí, sí, novia mía; tú eres la única que puede hacerme feliz; tú, la madre de mi hijo, cuyo nacimiento completará mi dicha y la tuya.

—¡Oh, pobre hijo mío!—interrumpió amargamente la joven. —Es imposible, Oscar Luis, que sea para nosotros esa felicidad.

—¿Por qué?

—Vas a ser rey.

—Lo seré si tú quieres compartir el trono conmigo.

Estas palabras hicieron sonreír a María Teresa en medio de su dolor.

—¿Reina yo? ¡Cómo divagas, príncipe mío! Ese sueño, ese hermoso sueño que alientas, no podrá realizarse nunca. ¡No debe realizarse!

—¿Quién puede impedirlo? ¿Quién?—indagó su alteza, exaltándose.

—Los mismos que nos unieron un día.

—¡Miserables!—exclamó el príncipe cerrando los puños—. ¡Ay de ellos! Para algo he de ser yo rey.

—Recuerda el pasado, mi príncipe—siguió María Teresa sin parecer escuchar las últimas palabras del joven—. Míralo fríamente, como ha de mirarlo un rey que ha nacido para tan grandes destinos, aunque tu corazón tenga que partirse de dolor. Los ministros, los cortesanos, no sabiendo cómo halagarte para ganarse la voluntad del futuro rey, buscaban la manera de divertirte, proporcionándote toda clase de placeres, poniéndote en camino de conquistas fáciles. La mirada de uno de esos lobos debió caer sobre mí, infeliz hija del pueblo, cuyo padre sacrificó su vida en la última guerra por la causa de tu reino, y siguiendo los consejos de esos canallas que te adulaban, tú, mi príncipe amado, disfrazado de estudiante, rondaste mi humilde casa, me hiciste la corte cuando iba al taller a entregar las flores de trapo que fabricaba para ganarme el sustento, y cantaste de noche bajo mi ventana a la luz de la luna. Tu canto de amor no sonó en vano. Mi joven corazón vibró al arrullo de tu voz; mi vida entera, cual la incauta mariposa que acude hacia la llama en la cual ha de abrasarse, voló hacia ti.

—¡Oh, mi amada!—murmuró Oscar Luis cubriendo de besos las blancas manos de María Teresa—. El príncipe disfrazado de

estudiante te amó, te amó como hoy te ama, con un amor profundo y verdadero. Para mí fueron aquellos los días más hermosos de mi existencia. ¿Recuerdas nuestras charlas en la quietud de la noche? ¡Cuánta ternura desbordaban nuestros corazones! Yo veía el paraíso al besarte, ¡y cómo hubiera deseado ser en "realidad" el estudiante pobre del sombrero ancho y la capa remendada, sin más patrimonio que el mundo infinito de sus ilusiones y la sonrisa radiante de su juventud! ¡De qué buena gana, si me lo hubiesen permitido, hubiera renunciado a esa corona que me tortura antes de ceñir con ella mis sienes, a cambio de ver realizadas nuestras dulces esperanzas de amantes pobres! Pero cuando tú supiste quién era yo, ¿pudiste creer que no te amaba?

—No, eso nunca lo he creído. Tu amor brillaba en mi existencia como brilla el sol en lo alto del cielo, y doraba mi miseria y alentaba con su calor mis ilusiones. Pero ahora ese amor se ha remontado tanto, está tan alto, tal alto, que esta infeliz hija del pueblo no puede ya aspirar a él, ni mirarlo siquiera... Los rayos de tu majestad la deslumbran, la ciegan. Mi amado estudiante ha muerto..., y en su lugar ha surgido un rey... que no puede ser mío.

—¡No digas eso, mi adorada niña! Tu estudiante vive, vive en el alma de un rey. Ha conquistado un reino y te ofrece su trono. ¡Y aún le parece eso poca cosa en premio de tanta virtud!

La joven volvió a sonreír con amargura.

—Eres generoso—murmuró después bajando los ojos—, y tu generosidad me conmueve. Pero yo no quiero ser el obstáculo de tu vida. Una hija del pueblo no debe nunca ocupar el pensamiento de un rey. Sólo te pido que te apiades de nuestro hijo, que veles por él...

—¡Oh, amor mío, único y verdadero amor de mi vida!—exclamó Oscar Luis volviendo a estrecharla contra su corazón con todas sus fuerzas—. ¡Mi hijo será tanto como yo soy ahora; tendrá una corona real por herencia y una madre que será la más pura, la más bella, la más virtuosa y la más amada de las reinas! ¡Esa es mi voluntad, mi soberana voluntad!

—¡Voluntad vana!—replicó muy serena María Teresa—. Es absurdo rendir al amor de esta miserable huérfana el saorificio de tantos intereses que deben ser sagrados para ti... No insistas en ello, príncipe mío, mi amado estudiante. ¿Me permites que siga llamándote así? Mi hijo y yo no haríamos más que empañar



—Una hija del pueblo no debe nunca ocupar el pensamiento de un rey.
Sólo te pido que te apiades de nuestro hijo, que veles por él... (1)

el destello de tu majestad. Si hoy he acudido a tu llamamiento, ha sido para darte mi último adiós; nunca para quedarme...

El se estremeció.

—¡Te quedarás, María Teresa! ¡Te quedarás, porque te amo, porque eres el primer amor de mi vida y el último, y porque te lo manda... el futuro rey! ¿Quién es capaz de oponerse a mis deseos?

La sonrisa que la joven tenía aún en sus labios desapareció bajo un desbordamiento de nuevas lágrimas.

—Aquí me tienes—dijo—. Soy tuya, pero por hoy solamente. Vivamos por unas horas más aquel pasado en el que hemos sido tan dichosos. Soy tu María Teresa, la huérfana, la hija del pueblo que no tenía más cariño que el tuyo, más ansias que la de verte, más alegría que tu propia alegría; y tú eres mi amado estudiante, el de la capa remendada y el sombrero ancho, el que cantaba bajo mi ventana en las noches de luna, tan pobre como yo, pero tan tierno, tan enamorado... ¿Te acuerdas de la primera vez que me besaste las manos que yo te tendía desde mi ventana, por encima de los tiestos cuajados de clavellinas? ¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué alegre era para mí la vida! ¡Cómo te amaba y qué fe tan grande tenía en nuestro amor y en el porvenir hacia el cual marchábamos con la frente iluminada de juventud! Todo eso ha acabado; todo..., todo, y mañana, de nuestra dicha, que debía ser eterna, sólo conservaremos el recuerdo.

El príncipe la interrumpió besándola en los labios con una efusión desesperada.

—Eres mía. ¡Serás siempre mía!... ¡Serás la reina!—exclamaba.

María Teresa correspondía con ternura de madre que trata de calmar la exaltación de un hijo enfermo a las vehementes caricias del heredero de la corona real.

Pero, a despecho suyo, el dolor iba minando sus fuerzas. Separarse del hombre amado era para ella como marcharse a la muerte o cosa peor; sin embargo, estoica hasta el último extremo, sabía aún mantener oculta su pena y le quedaban ánimos para hacer desistir a Oscar Luis de su empeño, que consideraba insensato.

De pronto, la vibración sonora de un timbre de teléfono llegó por segunda vez aquella mañana a oídos de su alteza.

Ella se sobresaltó en sus brazos, como si aquello fuese el anuncio de una desgracia o la señal de consumar la terrible separación.

Un poco intranquilo, Oscar Luis marchó hacia el aparato y se dispuso a escuchar. Reconoció la voz chillona de Canevari, que le decía:

—Alteza: su majestad la reina se dirige en este momento hacia vuestras habitaciones. Creo que vuestra madre sospecha algo...

Oscar Luis colgó el auricular. Parecía aterrado, temblaba mirando con inquietud en torno suyo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó María Teresa.

—Es preciso que te ocultes—murmuró el joven—. Mi madre viene...

La desventurada bajó la cabeza, y durante algunos segundos guardó silencio.

—No, lo que debo hacer es irme—dijo luego.

El quiso abrazarla al mismo tiempo que exclamaba:

—¡María Teresa! ¡Eso nunca!

—Calla, calla; seamos fuertes—replicó ella tapándole la boca con una de sus manos—. Demos de una vez el paso decisivo. Dame tu último beso, Oscar Luis, mi estudiante querido. Tu último beso, y adiós.

El futuro rey quedóse anonadado, yerto, ante la decidida actitud de la joven. Luego, impasible como un muerto, sin poder pronunciar una palabra, vió cómo María Teresa, valerosa en el sacrificio, se le acercaba ofreciéndole sus labios temblorosos. Y aquellos labios se unieron a los del príncipe, y un beso desesperado sonó en el silencio de la lujosa estancia.

Después, rápida, tapándose la boca con un pañuelo para contener los sollozos, María Teresa huyó de allí.

Oscar Luis permaneció un instante inmóvil, aniquilado, sin darse perfecta cuenta de lo que acababa de ocurrir.

—¡Soy un cobarde!—exclamó al salir de su anonadamiento—. ¡Un cobarde, un canalla dejándola marchar así, con el alma desgarrada! ¡María Teresa! ¡María Teresa! ¡No puedo consentir que me abandones cuando tanto te amo!

Como un loco se lanzó hacia la puerta resuelto a alcanzarla y a conducirla de nuevo a aquella habitación, mas en el momento que iba a trasponer el umbral, Canevari le cerró el paso.

—¡Desgraciado!—exclamó el marqués—. ¡Habéis perdido a esa joven!

—No te comprendo...—balbuceó Oscar Luis.

—Al salir de vuestras habitaciones, María Teresa se tropezó nada menos que con la reina y su cortejo. Su majestad, que lo

sospechaba todo, como es adverti por teléfono, la hizo prender y conducir a la torre.

Un grito de rabia se escapó de la garganta del joven heredero real.

—¡Ella en la torre! ¡María Teresa encerrada como cualquier criminal en ese lugar lúgubre! Vete, Canevari, vete y dile a mi madre que ordeno que la ponga en libertad inmediatamente.

—Alteza..., príncipe...—murmuró turbado el hombrecillo—. Una reina no admite órdenes.

—Yo mando...—protestó Oscar Luis.

—Pero no a la reina, alteza. Todavía no sois rey.

El joven retrocedió un paso; sus ojos fulguraban siniestramente, y llevándose las manos a la garganta, como si se ahogara, cayó sin fuerzas en un sillón.





CAPITULO II

## El pecado de la joven reina



s medio día.

Desde el cielo, de un azul intenso, sin una nube, el sol derrama sus rayos de oro sobre las calles empavesadas de la capital del reino.

Asomada al ventanuco enrejado de aquella mazmorra de la torre de la vieja fortaleza, María Teresa escucha, con el corazón hecho pedazos, el alegre repicar de las campanas echadas a vuelo para festejar la coronación y la boda del joven soberano.

Se apretuja la muchedumbre en las calles centrales con un rumor formidable de mar alborotado por la tempestad. Y suben al espacio millares de clamores: voces humanas, toques de clarines, músicas, salvas de artillería, estrépito de bocinas de automóviles, ruido de corceles cuyos herrados cascos arrancan chispas a las piedras del arroyo, y predominando por encima de toda esa formidable algarabía, el repique delirante de las campanas de los cien templos de la ciudad. El pueblo, loco de entusiasmo, no sabe ya qué hacer para testimoniar su afecto al futuro rey, en quien tiene puestas todas sus esperanzas.



María Teresa escucha, con el corazón hecho pedazos, el alegre repicar de las campanas echadas a vuelo... (1)

De pronto, en el centro de la ciudad, donde se abren las grandes plazas y las largas avenidas desbordantes de gentío, hácese un silencio. La regia comitiva nupcial se aproxima, avanzando por entre un doble cordón de tropas uniformadas de gala, que contienen al pueblo enardecido. Vibran los sonoros clarines sobre aquel enjambre de cabezas humanas, estremeciendo el espacio con un cálido himno de gloria, y la dorada carroza, tirada



*Y dirigiéndose a los que sujetan a la prisionera, agrega: —¡En marcha!*

por tres troncos de magníficos corceles blancos, cuyas largas crines flotan al viento, aparece al fin ante la multitud ansiosa. El momento es de una emoción indescriptible.

Oscar Luis, reclinado en los almohadones de raso del soberbio carruaje, junto a su joven esposa, sonríe tristemente. El aire agita las albas plumas de su casco de oro y los rayos del sol arrancan destellos deslumbrantes a las condecoraciones que constelan su pecho. Alcira, ataviada con su blanco ropaje de des-

posada, se parece a las doncellas buenas de los cuentos infantiles que Dios hace esposas de los príncipes generosos.

—¡Gloria a los reyes!—ruge el pueblo delirante.

Y la triste prisionera que todo lo ve desde su mazmorra, apretándose el pecho con ambas manos, murmura y llora:

—¡Ya no te veré más, nunca más, Oscar Luis, mi príncipe amado! ¡Adiós, adiós para siempre!

El chirriar de una llave en la cerradura contiene los sollozos que pugnan por escapar de su pecho. Al volverse, María Teresa ve entrar en la prisión al barón Cosme Novelli, el secretario privado de la reina madre.

—¡Pronto, salid!—le ordena señalándole la puerta—. El rey va a libertaros.

María Teresa le mira titubeante, incrédula.

—¿El rey?—indaga—. Pero, ¿es que en estos momentos el rey se acuerda de mí?

—¡Salid!—repite el barón Novelli por toda respuesta.

La sin ventura obedece y avanza hacia la puerta. El secretario de la reina madre, sonriendo pérfidamente, echa a andar tras ella.

Mas al llegar María Teresa al umbral se detiene sobrecogida por un repentino temor. Vuelve inquieta los ojos hacia Cosme, y la sonrisa que descubre en sus labios la hace estremecerse. Entonces quiere hablar, pero antes de que pueda hacerlo, cuatro esbirros que estaban esperando que saliera, se arrojan sobre ella provistos de varias cuerdas y de una mordaza.

—¡Me habéis engañado miserablemente!—grita la joven, lanzando a Cosme Novelli una mirada fulminante.

—No—replica el canalla—. Es cierto que el rey va a ordenar vuestra libertad tan pronto llegue a Palacio; pero cuando sus emisarios vengan en vuestra busca, encontrarán la mazmorra vacía.

Y dirigiéndose a los que sujetan a la prisionera, agrega:

—¡En marcha!

En un abrir y cerrar de ojos, los cuatro esbirros atan y amordazan a la joven, y en seguida la sacan de la prisión como si fuese un fardo.

* * *

En una de las cámaras del Palacio real, a la cual no llegan los ecos de la fiesta magnífica que tiene lugar en sus vastos salones para solemnizar la boda y la coronación del joven rey, Alcira,

la linda reina, ataviada aún con sus galas de desposada, levantando un cortinaje avanza al encuentro del joven conde Federico Lisandri, jefe de la Guardia regia, a pesar de sus pocos años, y que lleva el pecho cubierto de condecoraciones ganadas nadie sabe cómo ni de qué manera.

—¡Ja, ja!—ríe burlonamente éste, estrechando entre sus brazos a la bellísima esposa de Oscar Luis—. Ya hemos llegado a la cumbre de nuestras ambiciones: eres reina. ¿Qué más puede desear una mujer, por más coqueta que sea y por más ansia de gloria que tenga?

—¡Oh! Estoy satisfecha—contestó Alcira, esquivando con un ademán felino un nuevo abrazo del conde—. Y en cuanto a ti, Federico, yo te aseguro que no tendrás que arrepentirte nunca de haberme ayudado.

—Serías más que ingrata si me olvidaras. Yo, nadie más que yo, soy quien te ha encumbrado, hermosa Alcira, hija miserable de unos bohemios que para ganarse un mendrugo debían recorrer las aldeas haciendo piruetas ante los villanos y hasta vendiendo caricias a los borrachos.

Ella hizo un gesto de contrariedad.

—Calla—dijo con voz ronca—. No sabes cuánto me mortifica que me recuerdes el pasado, máxime en un día como éste.

—El momento es propicio, sin embargo—replicó el conde—. Podrías tomar demasiado en serio tu papel de reina y olvidarte de tu cómplice y amante, a quien todo se lo debes. ¡Pobre de ti si algún día la vanidad te hace incurrir en esa falta! Recuerda que tengo en mi poder las pruebas de tu origen y de tu pecado. Soy tu dueño, tu amor... Aunque soberana de un país, no dejas de ser por eso la esclava del conde Federico. ¿Me entiendes?

—Sí, sí; pero calla ahora...—respondió Alcira estremeciéndose y mirando con temor en torno suyo—. Soy tuya, haré lo que me mandas. Bien lo sabes.

—Entendido; ahora que, para obedecerme, te será preciso sostener luchas sordas con tu marido. El rey te detesta.

—También lo sé. Oscar Luis ama a otra, pero no volverá a ver jamás a esa mujer.

—Eso será siempre que tu conducta no me contraríe hasta el extremo de modificar la mía.

—Descuida. ¿Qué dudas tienes de mí? ¿No estás seguro de mi amor? ¿A quién, sino a ti, pertenece mi corazón?

Diciendo esto, Alcira corrió hacia el canalla, y, colgándose de su cuello, le cubrió el rostro de ardientes besos.

—Todo depende de ti, Alcira. Tú no ignoras que esa mucha-

cha a quien el rey ama es algo más que una hija del pueblo, como todos suponen. El desgraciado que pasaba por su padre murió en la guerra sin poder revelar a nadie el secreto... Ahora tú y yo somos los únicos que conocemos el verdadero origen de María Teresa.

—¡Oh! Es indispensable que ese secreto muera con nosotros. ¿Sospechará ella algo?

—No, no sospecha nada.

—¿Está aún en la torre donde la hizo encerrar la reina madre?

—No—respondió el conde, atusándose su retador bigotillo rubio—; a estas horas se encuentra en camino de su sombría residencia, perdida entre montañas cubiertas perpetuamente de nieve. Como temíamos, lo primero que hizo el rey al poner los pies en Palacio fué decretar la libertad de esa joven. Y cuando sus emisarios llegaron a la torre, se encontraron con la nueva de que la prisionera se había fugado.

—¿Creyó Oscar Luis en esa fuga?

—Sí. Ahora tu misión es la de vigilar estrechamente a tu marido, enterarte de sus propósitos y escudriñar, si es posible, hasta su pensamiento.

—Lo haré; haré todo eso y más aún; pero vete, Federico. ¡Ay de nosotros si nos sorprendieran juntos en este lugar!

—Tienes razón. Olvidaba que vuestra majestad dispone hoy de muy poco tiempo—dijo el granuja con acento burlón—. Adiós, señora. Beso vuestro pies... y vuestra boca tan diabólicamente hermosa.

Y uniendo la acción a la palabra, el conde volvió a rodearla con sus brazos y a besarla con lujurioso ardor.

—¡Déjame, déjame!—suplicó ella resistiéndose un poco.

—¡Tonta! ¿Qué puedes temer? Los pasillos que conducen a esta cámara están desiertos. ¿Es que tienes, quizá, la pretensión de preservar de impurezas tu traje de novia real? Soy el amo. Hasta en las flores que adornan tus cabellos quiero que lleves rastros de mis caricias. ¡Hermosa! ¡Hermosa mía, un beso!

Se unieron de nuevo sus labios y resonó un beso frenético. Al mismo tiempo, tras ellos, un cortinaje movido por una mano crispada se apartó con violencia, y una voz quebrada, siniestra, heló a los dos amantes la sangre en las venas.

—¡Traidor! ¡Pérfida!

—¡El rey!—gimió Alcira, horrorizada, dando un paso atrás.

En efecto: descompuesto el semblante, relampagueante los ojos, Oscar Luis estaba allí.

Vibrando de entusiasmo, el reino entero celebraba aquella noche con los más ruidosos y brillantes festejos la coronación y la boda de sus jóvenes soberanos.

La ciudad, constelada de luces, ofrecía desde los balcones del palacio real una perspectiva de ensueño. Y dentro de éste la alegría se desbordaba hasta más allá de lo que consentían las reglas rígidas del ceremonial palatino.

Y el rey, ¡pobre rey!, no tenía otro deseo que el de huir de aquel ambiente de algazara, de júbilo, que tanto contrastaba con la tempestad de dolor que sacudía hasta los más recónditos rincones de su alma. Agradecía los plácemes y cumplidos de sus cortesanos y de los representantes de su pueblo, que tanto le amaba y que tanto bien esperaba de él, con sonrisas forzadas, pálidas sonrisas de moribundo. Y tan pronto veía oportunidad para ello, huía de sus vastos salones en busca de los sitios más solitarios de su palacio, en donde poder dar libremente rienda suelta a su acerba desesperación.

¡Qué horrible suplicio el del joven monarca! En aquellos instantes, Oscar Luis se consideraba el ser más desdichado de su reino. Sabía ya de la fuga de María Teresa de la mazmorra donde la había hecho encerrar la reina madre ocho días antes. ¿En qué sitio se encontraría la dulce amada? ¿Qué destino sería el suyo y qué suerte correría el hijo de sus amores que llevaba en su seno? Huía la infeliz de su trono cual una criatura maldita. Y él, el rey, el hombre casi todopoderoso, especie de semidios, nada podía hacer en bien de aquella mujer querida que se alejaba para no volver a verle nunca más, llevándose su alma, su alegría, sus ilusiones... ¡Jamás había él sospechado que fuese tan duro, tan cruel el oficio de monarca!

Y a cada rato venían en su busca para darle cuenta de la llegada de nuevas comisiones en representación de todas las clases sociales del reino, de embajadores de todos los países del orbe, que testimoniaban a sus majestades los votos de ventura de sus pueblos y de sus respectivos reyes y presi-

dentes, y Oscar Luis, en el trono de oro, al lado de su joven y linda esposa que no amaba, la mujer que le había sido impuesta por "razones de Estado", sonreía, daba la mano, pronunciaba frases de gratitud, hacía promesas, procuraba agradar y convencer a todos de una alegría que estaba muy lejos de sentir. ¡Qué larga y terrible jornada!

Pero aún le esperaban momentos peores. Cuando la brillante concurrencia dejase vacíos aquellos inmensos salones, cuando los gentileshombres, la guardia regia y la servidumbre se alejase discretamente, dejándole a solas con la hermosa reina, ¿qué actitud adoptar entonces ante aquella mujer impuesta por "razones de Estado"? ¿Qué decirle a Alcira, que esperaría temblando de emoción y de rubor los cumplidos y las caricias de su augusto esposo y rey? El tálamo nupcial estaba dispuesto cerca de allí. Era una especie de estuche de sedas, oros y pedrerías. Oscar Luis lo había visto un día antes, pálido y con el ceño fruncido. Lo primero que el reino exigiría de sus soberanos serían descendientes con que perpetuar la estirpe de los buenos reyes. ¡Ah! Pero Oscar Luis no podría atravesar al lado de Alcira el umbral de aquella cámara deslumbrante, cuando su alma atormentada erraba tan lejos de allí en busca de la amada fugitiva...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A eso de media noche, cuando la fiesta que se celebraba en palacio estaba en todo su apogeo, Oscar Luis pudo aprovechar otra oportunidad de aislarse de la multitud para discurrir por los rincones desiertos.

—¡Desventurado de mí!—profería en voz baja mientras recorría corredores silenciosos y sumidos en la penumbra—. ¿De qué me sirve llevar sobre mis sienes la corona de un reino, poseer tesoros fabulosos, ser obedecido por más de seis millones de seres humanos, si todo eso es insuficiente para tranquilizar mi alma y para devolverme las caricias de María Teresa? El deber me manda olvidarla, pero mi cariño es más

fuerte que ese deber monstruoso. La buscaré, revolveré la tierra si es preciso para encontrarla...

Se interrumpió bruscamente. Al pasar delante de un enorme cortinaje había creído percibir al otro lado del mismo el rumor de un beso.

—He ahí a gente que se ama—murmuró mientras una sonrisa amarga vagaba por sus pálidos labios—. A todos les está permitido acomodar su vida de acuerdo con los deseos de su corazón, menos... al rey.

Iba a proseguir su camino cuando un murmullo de voces que siguió al rumor de aquel beso, le hizo estremecerse.

Oscar Luis conocía aquellas voces.

—¡Ah!—exclamó pasándose una mano por la frente—. No puede ser..., no debo estar en mi sano juicio.

De nuevo quiso alejarse, pero una fuerza ajena a su voluntad lo retuvo allí.

Y prestó atención.

—¡Cielos!—exclamó de pronto, con voz sofocada, acercándose al cortinaje y aplicando el oído a él para escuchar mejor—. ¿Es posible lo que acabo de oír? ¿No estaré soñando? ¿No estaré loco?

Ahora llegaban perfectamente a sus oídos la voz de Alcira y la del conde Federico.

Oscar Luis, trémulo de ira, escuchaba, y las palabras de aquellos miserables penetraban en su corazón como estiletes envenenados, y sus besos ardientes caían en sus entrañas como gotas de plomo derretido. ¡Cuánta infamia! ¡Cuánta ignominia!

¿Y hablaban de seguir engañándole? ¡Malditos! Eso sería si el destino o la fatalidad no hubiese guiado sus pasos hasta allí para revelarle las intenciones siniestras de aquella pareja de canallas.

Y el monarca entreabrió un poco el cortinaje. Y vió a su esposa, a la mujer que le habían elegido para compartir su

trono, para madre de sus hijos, en brazos del conde Federico. ¡Y cómo los labios de ambos se unían en un beso frenético de despedida! Y con el corazón hecho pedazos, los ojos desorbitados, los nervios en tensión, las manos crispadas, Oscar Luis se precipitó en aquella cámara decidido a vengar la afrenta de que era objeto, a lavar con la sangre de aquellos miserables su ultrajado honor de hombre y de rey.





—¡Traidor!... ¡Vil!—masculló Oscar Luis, cuando la cólera que le sofocaba le permitió hablar. (2)




## CAPITULO III

### La obra de los malvados

A dos pasos de la pareja, Oscar Luis se detuvo con la diestra apoyada en la empuñadura de oro de su espada. Y por espacio de algunos segundos un silencio mortal se abrió entre aquellos tres personajes.

El conde Federico, después de la violenta impresión del primer instante, sostenía ahora con firmeza la mirada relampagueante del rey. Alcira, lívida de terror, desfallecía.

—¡Traidor!... ¡Vil!—masculló Oscar Luis cuando la cólera que le sofocaba le permitió hablar—. ¿Es así como correspondes a la confianza que siempre te dispensó mi madre? ¿Es así como crees servir a tu soberano elevando a su trono a mujeres deshonradas, salpicando la corona gloriosa de mis antepasados con el lodo de tanta bajeza, de tanta ignominia?

—Señor...—murmuró el conde poniendo también su mano derecha en la empuñadura de su espada.

Pero el rey no le dejó replicar, prosiguiendo:

—¡Villano! Debería atravesarte el corazón, pero comprendo que tu sangre es indigna de manchar la espada de un rey. Te haré prender y ajusticiar como a un traidor, como a un bandido de la más baja estofa, y expondré a esta mujer, a tu amante, a la vergüenza pública... ¡Fortuna grande la mía de llegar a tiempo para sorprender vuestra conversación y enterarme de vuestros planes monstruosos... ¡Entrégate! ¡Arroja al suelo tus armas!

La frente de Federico Lisandri se contrajo y una nube siniestra obscureció su antinpática faz.

—¿No has oído, miserable, lo que acabo de mandarte?—gritó Oscar Luis desenvainando su acero—. ¡Arroja tus armas! ¡Ahora mismo serás degradado en presencia de la guardia de la cual eres jefe!

—Señor: vos no haréis eso—profirió el conde desnudando también su espada y retrocediendo unos pasos.

—¡Canalla!—rugió Oscar Luis—. ¿Pretenderás resistirte? ¿Tendrás el atrevimiento de hacerme frente?

—Olvidad en este momento que sois rey, sire: defended vuestros derechos como un simple mortal...

Y al decir esto, el granuja se puso en guardia.

El joven soberano temblaba de indignación.

—Llevas demasiado lejos tu audacia, bandido; pero no quiero darte motivos de pensar que has podido inspirarme miedo. ¡Ea, ya estoy preparado!

Y, rechinando los dientes, extendió el brazo armado en dirección al intrigante. Chocaron con fuerza las dos espadas. Alcira lanzó un grito estrangulado, y oprimiéndose el corazón con una mano y tendiendo la otra con expresión de súplica a Oscar Luis, murmuró, dirigiéndose a él:

—Escuchadme, señor... Escuchadme, por lo que más queráis en este mundo... No es justo que expongáis vuestra vida por...

—Apartad, señora—replicó el rey, parando un golpe peli-

groso de su adversario—. Reservad vuestras súplicas para cuando haya enviado a vuestro amante al otro mundo...

Pero Alcira no hizo ningún caso de estas palabras y se arrojó en medio de los dos combatientes a riesgo de morir atravesada por los aceros que éstos esgrimían con tanta ira como coraje. Oscar Luis, contrariado por la actitud de aquella mujer que le impedía seguir el combate, tuvo que bajar su espada, y en cuanto al conde Federico, no le quedó más remedio que hacer lo propio.

—¡Sire! ¡Sire!—clamó la infiel arrastrándose por el suelo e intentando abrazarse a las rodillas del soberano—. ¡No quiero que os batais! A pesar de todo lo que habéis podido oír, yo os amo; os amo con todas las fuerzas de mi alma, señor... No soy más que una víctima de ese malvado a quien dais beligerancia...

—Quitaos, apartad...—ordenó Oscar Luis temblando de indignación—. ¡Si eso es verdad, dejad que acabe con él!

Intentó lanzarse de nuevo hacia su enemigo, pero Alcira se lo impidió cogiéndose con fuerza a sus piernas. Los ojos del jefe de la guardia, al ver al rey preso en los brazos de aquella mujer, fulguraron de un modo siniestro; comprendió que era el momento de obrar. Oscar Luis no tenía tiempo ni lugar de defenderse, y levantando con presteza su espada, la dejó caer con todas sus fuerzas sobre el cráneo de su majestad. Este hizo un ademán como para repeler aquella agresión cobarde; pero, aturdido por el tremendo golpe, se tambaleó y cayó al suelo como herido de muerte.

Poniéndose de pie, Alcira retrocedió horrorizada.

—Muerto...—balbuceó contemplando a Oscar Luis tendido, inmóvil, sobre el piso alfombrado—. Federico, insensato, ¿qué has hecho?

El conde dirigió una rápida mirada en torno suyo. Luego, volviéndose hacia Alcira y envainando su arma, respondió:

—Silencio; no hay tiempo que perder.

—Pero, ¡Dios mío! ¿Qué te propones? ¿Qué hacer?

Federico se inclinó sobre el monarca y le puso una mano en el corazón.

—Vive—murmuró—. Pero es igual; yo me encargaré de quitarle la poca vida que aún le queda.

—¡Qué miedo!—sollozó Alcira—. ¿No piensas que puede venir alguien? ¿Qué sería de nosotros si nos descubriesen en este lugar, junto al rey herido?

El conde se dirigió hacia el cortinaje, y entreabriéndolo, recorrió el corredor con la mirada. Después, retornando junto a Alcira, dijo con acento imperativo:

—Ayúdame.

—¿A qué?—preguntó temblando la joven reina.

—A desnudarle.

—¿Estás loco? ¿Qué propósito abrigas?

—¡Obedece!—replicó el miserable por toda respuesta.

Y arrodillándose en el suelo, al lado del cuerpo exánime de Oscar Luis, empezó a quitarle su magnífico uniforme bordado en oro.

La hermosa intrigante, estremecida de miedo, se puso a ayudarle en aquella tarea, sin comprender qué plan perseguía su cómplice al despojar al monarca de su uniforme.

En pocos instantes, esta tarea quedó terminada. El conde Federico envolvió aquellas ropas junto con la espada del soberano, y con todo esto bajo el brazo se dirigió con resolución hacia la puerta.

—¿Dónde vas?—le preguntó Alcira poniéndose de pie.

Aguárdame aquí; tardaré un par de minutos en volver—murmuró el jefe de la guardia.

Y salió de aquella estancia, que iba a ser testigo de uno de los más terribles dramas de la historia del pequeño reino.

* * *

Alcira quedó a solas en aquella habitación, en presencia del cuerpo inerte de su augusto esposo. Parada cerca del cor-

tinaje, dispuesta a huir al menor asomo de peligro, la bella intrigante contemplaba al rey con ojos desorbitados por el espanto.

¿Qué ideas pasaban en aquel momento por su mente? ¿Qué emociones desfilaban por su corazón?

Imposible adivinarlo.

Poseída de una angustia mortal, esperaba con ansiedad el regreso del conde Federico.

¡Qué interminables fueron para ella aquellos minutos! Parecíale que cada uno de ellos tenía la duración de un siglo.

De pronto oyó en el corredor un leve rumor de pasos que se acercaban. Toda la sangre de su cuerpo se le agolpó en el corazón, y volviéndose con las pocas fuerzas que le quedaban, miró horrorizada por entre el cortinaje. Pero casi en seguida, un suspiro de alivio se escapó de su pecho. Era el conde, que regresaba trayendo bajo el brazo otro lío de ropas.

Alcira le recibió con júbilo en medio de sus tremendos terrores.

—¡Al fin!... ¡Si supieras el miedo que he pasado!... ¡Es tan horrible lo que acabamos de hacer!

Una sonrisa sarcástica se insinuó en los labios del conde Federico, quien dejando las ropas que traía al lado del cuerpo del rey, dijo:

—Tranquilízate. Todo se arreglará de la mejor manera: esto va de mi cuenta.

—Dios nos ampare—musitó con un suspiro la hermosa intrigante.

El jefe de la guardia volvió a arrodillarse en el suelo, junto al cuerpo del joven soberano, y ayudado por Alcira, empezó a ponerle las ropas que había traído: un traje viejo de paisano, una gorra y un pañuelo negro con pintitas rojas, que le anudó al cuello.

Hecho esto, le encasquetó hasta los ojos la gorra de ancha visera, que cubrió casi por completo el rostro lívido del desgraciado rey.

—¿Qué te parece?—preguntó a Alcira poniéndose de pie y retrocediendo algunos pasos para admirar su obra.

—Nadie podría reconocer en este hombre al rey—musitó ella levantándose también.

—¡Ah!... Todo saldrá mejor de lo que yo esperaba—dijo el canalla con acento rebosante de satisfacción—. Ahora hazme el favor de tomar asiento en ese sillón.

Y le indicó uno colocado a tres pasos del cuerpo inmóvil de Oscar Luis.

Alcira se dejó caer en él sin replicar. Entonces, el miserable, después de pasear una nueva mirada en torno suyo, oprimió el botón de un timbre eléctrico.

Este acto del conde alarmó a la infiel, que volvía a desconcertarse ante el proceder inexplicable de su cómplice, y a temerlo todo.

—Pero, ¿qué haces?

—Lo único que nos conviene; nada temas.

Apenas había terminado el jefe de la Guardia regia de pronunciar estas palabras, cuando el cortinaje se levantó, dando entrada a tres criados, que se inclinaron en profunda y respetuosa reverencia.

—¡Mirad!—exclamó airadamente el conde Federico haciéndose a un lado y señalándoles el cuerpo tendido en medio del piso—. ¿Creéis que si todos cumplierais con vuestro deber vigilando como es debido todos los rincones de palacio, se hubiera dado el caso de encontrar tendido a los pies de su majestad a este villano que tuvo el atrevimiento de atentar contra su vida?

A la vista de aquel hombre miserablemente vestido y tendido sobre el piso y al escuchar las palabras del jefe de la Guardia, los tres servidores se quedaron como hechos de piedra.

—Su majestad está indignadísima, y con razón—siguió diciendo el maldito granuja con una sangre fría que pasmaba a su linda cómplice—. ¡Buena noche nupcial preparábamos to-

dos a nuestra graciosa y noble reina!... Si Dios no encamina a tiempo mis pasos hacia este sitio, su majestad habría perecido a manos de ese asesino.

Los criados escuchaban aterrados, sin ser aún capaces de balbucear la menor palabra.

—Yo debería hacer prender y procesar a toda la servidumbre que tenía a su cargo el cuidado de esta parte de palacio y a los guardias de las puertas; pero su majestad quiere ser misericordiosa con todos vosotros en un día como el de hoy, y para no amargar estas horas de ventura de su joven y augusto esposo y de la gloriosa reina madre, desea que se guarde la mayor reserva acerca de lo ocurrido. Por lo tanto, no digáis a nadie una palabra por esta noche y ayudadme a satisfacer el deseo de su majestad.

—Mandad, excelencia—respondió azorado uno de los servidores—. Nuestra vida pertenece a su majestad y a vos.

—Perfectamente. Es preciso sacar de aquí a este villano sin que nadie nos vea; ni siquiera la policía secreta debe enterarse de lo ocurrido. La puerta que da al camino de palmeras del jardín es la que está más cerca. Pero delante de esa puerta hay dos centinelas, cuya presencia no nos conviene. Id allí uno de vosotros y mandadles en mi nombre que se retiren a la sala de banderas del inmediato cuartel.

—Yo me ocuparé de eso—dijo otro de los criados.

—Bien, vete y vuelve tan pronto la puerta quede a solas.

Se alejó el servidor, y el conde prosiguió, dirigiéndose a los otros dos:

—Vosotros permaneced aquí guardando a su majestad, mientras yo voy a comunicar por teléfono con la servidumbre de mi castillo para que envíen con urgencia mi automóvil.

* * *

Cinco minutos después, estaba de vuelta el conde Fede-

rico, y dijo a la reina, en presencia de los dos criados, después de dirigirle una reverencia:

—Majestad: han sido tomadas ya todas las disposiciones para que el secreto de lo que ha sucedido en este lugar quede asegurado por esta noche. Podéis, si lo deseáis, volver a los salones o retiraros a descansar. Yo me encargaré de dar explicaciones acerca de vuestra ausencia.

La soberana se puso de pie.

—Voy a retirarme a mis habitaciones—dijo—, y allí espero veros tan pronto hayáis puesto fin a la misión que os he encargado para tranquilidad de todos.

—Iré, señora. Creedme el más fiel y el más humilde servidor de vuestra majestad.

Alcira, pálida, pero dueña de toda su altivez de reina, salió de aquella estancia pasando bajo el cortinaje cuyos extremos levantaron respetuosamente los dos criados.

Instantes después regresaba el que había salido con la misión de alejar de la puerta que daba al camino de palmeras del jardín a los dos centinelas que montaban la guardia delante de ella, y dió cuenta de haber realizado su cometido.

—Coged entre dos a ese canalla y seguidme hasta esa puerta—ordenó el conde Federico consultando la hora en su reloj.

Después de recorrer el corredor hasta su extremo y un pasillo bastante largo, sumido poco menos que en la obscuridad, el malvado y los dos criados que transportaban el cuerpo inerte del rey llegaron a la puerta que se abría delante del camino de palmeras.

Una vez en aquel lugar, el conde dispuso que volviesen a dejar en el suelo el cuerpo que los criados conducían y que permaneciesen allí hasta que llegase el automóvil, que ya debía haber salido de su castillo, enclavado en las afueras de la ciudad, frente al mar.

Esa espera no fué larga. Poco después, en el fondo del camino de palmeras se vieron brillar los faros del automóvil

del conde Federico, que vino a detenerse donde estaba éste con los criados y su víctima.

El malvado abrió la portezuela sin contestar al respetuoso saludo que le dirigía el conductor.

—Traed a ese hombre—ordenó a los criados.

Estos volvieron a levantar aquel cuerpo, del que parecía haber huído la vida por completo, y ayudados por el conde, lo depositaron dentro del automóvil, sobre el mullido asiento.

—¡A casa!—mandó en seguida el infame al conductor, metiéndose en el vehículo y cerrando la portezuela tras de sí.

El auto partió.

Minutos más tarde se detenía delante de un edificio sombrío, que parecía surgir de la mole de un enorme peñasco que batían las olas los días de temporal.

El conde Federico abandonó el automóvil y se internó solo en el interior de aquel edificio.

Un rato después, tres hombres salían de él, sacaban del automóvil el cuerpo del rey y desaparecían con éste dentro del castillo.

* * *

Fumando un cigarro, el conde Federico se pasea por su amplio despacho, de cuyas paredes cuelgan algunos retratos de sus antepasados, que tan importante papel desempeñaron en la historia del pequeño reino.

Ninguna preocupación turba la serenidad del malvado. Tiene una fe absoluta en la eficacia de sus diabólicos planes. En pocas palabras: se considera el amo de la situación.

—¿Da vuestra excelencia permiso?—pregunta una voz sombría desde la puerta del despacho.

—Adelante—responde el jefe de la Guardia regia sin volverse.

Un hombre de pelo gris, alto, corpulento y de mirada inquietante, se acerca, gorra en mano, al dueño del castillo.

—¿Qué me dices, Gaspar? ¿Han quedado cumplidas todas mis órdenes?

—Todas, señor.

—¿Te has asegurado si la puerta del cuarto donde ese individuo ha quedado recluído ha sido bien cerrada?

—No podrá salir de allí, a menos que disponga de una bomba de dinamita.

—¿Cuándo podrá zarpar la barca?

—Dentro de una hora, señor.

El conde Federico dirigió una rápida mirada al reloj monumental que adornaba un ángulo del despacho, y luego dijo, como si hablara consigo mismo:

—Las dos. Admitiendo que la barca pueda zarpar dentro de una hora, tendríamos por delante apenas tres de obscuridad.

—O tres y media, excelencia. El otoño está ya muy avanzado.

El conde reflexionó un momento, y de pronto, tomando una resolución, se puso de pie, tiró a la chimenea el cigarro que estaba fumando, y dijo:

—Antes de una hora estaré de vuelta. Entonces resolveré.

Y salió.

Un cuarto de hora más tarde, se encontraba de nuevo en palacio, en presencia de Alcira.

Esta le esperaba llena de angustia y de impaciencia, sentada en un sillón de su lujoso gabinete. Al ver entrar a su cómplice, murmuró, exhalando un hondo suspiro y fijando en el suelo sus grandes ojos negros:

—¡Noche fatal! ¿Cuándo podré librarme de mis terrores?

El conde se sentó cerca de ella, y tomándole una mano, se la estrechó con toda confianza, respondiendo:

—Hemos vencido, querida mía. Oscar Luis desaparecerá de la tierra sin dejar rastro.

Ella no pudo reprimir un estremecimiento al oír estas terribles palabras.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó luego mirando a Federico con espanto—. Aún no he podido comprender cuáles son tus propósitos.

—Ante todo, librarte de la compañía de un esposo excesivamente molesto—contestó el miserable.

Alcira volvió a estremecerse.

—Pero, ¡gran Dios! ¿Cómo puedes atreverte a tanto?... ¿Cómo puede llegar tan lejos tu audacia? ¿Sabes lo que significa la desaparición de un rey?

—No te apures, mi hermosa amiga. Todo lo he previsto; para todas las dificultades que puedan presentarse tengo un remedio fulminante.

Pero ella no se tranquilizaba y se retorcía desesperadamente en su asiento.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Todos suponen al rey a mi lado. Por esta noche puede ocultarse su desaparición. Pero mañana... ¿qué hacer mañana? ¿Qué actitud adoptar?... ¿Qué decir?

—Tú debes ser la primera en pregonar la desaparición de tu marido. Dirás que el rey pasó la noche a tu lado, que lo notaste excitado, nervioso, y que al amanecer te dejó sola para pasar a sus habitaciones. Luego referirás lo ocurrido en la cámara donde el rey sorprendió nuestras caricias, en la forma que yo lo di a entender a los criados... Y con esto basta. De lo demás me ocuparé yo.

Alcira se cubrió el rostro con las manos.

—¡Tengo miedo!—balbuceó llorosa—. Me parece que llevamos demasiado lejos nuestra maldad.

—No hay más remedio que hacerlo así, querida mía, si queremos salvar nuestra piel y nuestra reputación. Piensa en lo que sería de nosotros si el rey volviese.

A estas palabras del conde siguió un silencio bastante prolongado. De pronto dijo Alcira, descubriendo su rostro y mirando a su cómplice de un modo suplicante:

—La verdad, Federico, la verdad... ¿Ha muerto ya el rey?

—Todavía no.

—Pero... ¿morirá?

—Debe morir—respondió el conde con voz silbante.

—¡Es espantoso!—exclamó Alcira con un sollozo.

Echándose hacia atrás en el asiento que ocupaba, el malvado la miró con extraña fijeza.

—Ahora — dijo —, yo también deseo saber la verdad. ¿Amas a tu marido?

—No—respondió Alcira, sintiendo que el corazón se le encogía bajo la fija y amenazadora mirada del conde—. Si le amase, ¿crees que me hubiera abrazado a sus piernas para darte lugar a que le hieras? Si me desespero, si lloro, Federico, es por las consecuencias que puedan derivarse de nuestro terrible proceder. Tengo confianza en ti, creo en tus fuerzas y en tu astucia; pero soy mujer, Federico..., una pobre mujer a quien mezclas en el infierno de tu vida, sin preguntarte si sus nervios podrán afrontar, sin romperse, tantos horrores.

Los ojos del miserable relampaguearon de júbilo, y cayendo de rodillas frente a su amante, le cogió las manos y se las cubrió de besos, exclamando:

—¡Amada mía! ¡Amada mía!... Todo lo que hago es por ti; gozo encumbrándote. Hace cuatro años eras tú la última mujer de este reino, y hoy eres la primera; el país entero se rinde al esplendor de tu majestad. ¿Qué importa que seas débil como una paloma, si yo te sostengo con mi mano de hierro?... ¿Qué importa que vaciles ante cada nuevo golpe o que sientas vértigo cuando desde la altura en que se halla tu trono miras hacia abajo? Yo estaré siempre a tu lado, contagiándote mi serenidad, animándote con mis sonrisas de amor y con los impulsos de mi voluntad indomable. No flaquees, pues, y déjate guiar por mí. ¡No hay en la tierra peligro capaz de alterar mis nervios!

Luego, bajando la voz, el conde siguió hablándole en tono persuasivo, acariciador, y a medida que el tiempo pasaba, la

mirada de Alcira se iba animando hasta adquirir un brillo inusitado.

—¿Te vas ya?—preguntó al ver que el jefe de la Guardia se ponía de pie.

—Hermosa mía, el primer acto del drama ha concluído, pero aún quedan por representar otros dos, en los cuales tengo yo el papel principal. Sigue mis consejos, y nada más.

—Los seguiré al pie de la letra, Federico. Acabas de devolverme todas las energías perdidas, y me siento dispuesta a luchar, a afrontarlo todo por el triunfo de tus ambiciones y las mías.

Se dieron un beso, y el conde salió del gabinete regio murmurando:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana — respondió Alcira —. Hasta mañana, que tendré que representar a mi vez el papel más difícil y más pligroso de mi existencia.

* * *

Ningún ruido desacostumbrado turba la calma de la noche... Sólo se percibe el susurro de las olas al resbalar sobre la playa y el graznar de los cuervos en el bosque que se extiende tierra adentro, a la izquierda del peñasco.

La barca desatraca con facilidad, y al tiempo que tres de sus tripulantes extienden la vela para aprovechar el vientecillo favorable, el hombre descalzo que ayudó a la maniobra salta dentro de ella.

—¡Mira dónde pones los pies, bestia!—le grita una voz ruda—. ¡Por poco le aplastas la cabeza al pasajero!

—¡Cáspita! No recordaba que lo habíais tendido en la popa; pero, por otra parte, no sé qué preferiría este caballero: si acabar en el estómago de los peces, o morir de cualquiera otra forma.

—Eso no es cosa de preguntárselo a él... Ahora hacedme

todos el favor de tomar asiento y de cerrar el pico hasta que nos hayamos alejado un par de millas lo menos del peñasco.

Quien esto decía estaba sentado en la proa, y dada la obscuridad que en ese lugar reinaba, espesada por la sombra de la vela, su presencia sólo podía adivinarse por la pintita roja del fuego de su pipa que tenía entre los dientes.

Cuando la pequeña embarcación que las olas balanceaban suavemente se hubo separado un centenar de metros del peñasco, el hombre de la pipa se puso de pie y dirigió la vista en dirección al castillo, cuyas luces brillaban débilmente a través de la niebla, que parecía colgada sobre la costa sinuosa.

—Está allí, vigilando—gruñó al distinguir una forma humana, inmóvil en lo alto del peñasco—. Después de todo, no comprendo el interés que se toma por este granuja.

Hecha esta reflexión, el de la pipa volvió a sentarse, y poco a poco, la costa con el peñasco, la figura humana erguida sobre él y las luces del castillo, fué perdiéndose en la distancia, tras la niebla, y los tripulantes de la barca no tuvieron otra perspectiva que la monótona del mar limitada por la obscuridad de la noche.

Transcurridas unas tres horas, el de la pipa volvió a levantarse, y con sus ojos de lince escrutó el cielo cubierto de nubes.

—¡Camaradas!—dijo después, dirigiéndose a los otros tripulantes, sentados en el fondo de la barca—, es el momento.

Todos se pusieron de pie.

—Aún tenemos media hora de obscuridad—gruñó uno.

—Lo sé—respondió el de la pipa—; pero debemos largarnos de aquí sin que nos vean. La obscuridad también nos hace falta para emprender el regreso.

—Difícil es que nos vean—dijo otro—. Todos los pescadores se habrán quedado en tierra para festejar la coronación y la boda de nuestro joven rey.

—Nada de discusiones, camaradas. Yo hago lo que me han

mandado; para eso me pagan. Creo que este es un lugar propicio para que ese caballero dormilón tome su baño. Ea, levantadlo hasta la borda.

Los tres individuos que obedecían al hombre que iba en la proa se inclinaron, y cogiendo el cuerpo del rey, lo colocaron encima de la borda, quedando las piernas del desgraciado colgando dentro de la barca y los brazos fuera, rozando con las manos exangües la superficie de las aguas.

—¿Vive aún?—preguntó el de la pipa.

—Sí; pero su corazón late muy débilmente.

—Que se encarguen los bichos del fondo del mar de acelerar sus latidos. ¿Dónde tenéis la bala de cañón que nos ha dado el señor conde para atarla a una pierna de este caballerito?

Los hombres se pusieron a buscarla en el fondo de la embarcación, y como tardaran en dar con ella, exclamó el de la pipa:

—¡El diablo os lleve! ¿Os figuráis que podemos estar perdiendo tontamente el tiempo? ¿Os habéis comido esa bala?

—Para mí, que la hemos dejado sobre la playa—murmuró uno de los tripulantes.

—¡No faltaría más que eso, condenados! ¿Con qué haremos ir al fondo a este muchacho?

—Encendamos una luz—dijo otro—. Si la hemos metido en la barca, tiene que parecer.

—¡No seas bestia!—replicó furioso el de la pipa—. Preferible es despacharlo sin la bala que encender luz para exponernos a ser vistos por los tripulantes de cualquier embarcación; yo no me fío de los pescadores.

—Con la bala o sin ella, Gaspar, yo te respondo que este infeliz se va de cabeza al abismo.

—No sería el suyo el primer cadáver que la marea arrastra a la playa.

—Estamos muy lejos de la playa, Gaspar, y si el cuerpo de

este mozo llegase hasta ella, sería en un estado que no permitiría a nadie reconocerle.

El de la pipa lanzó un juramento; después se encogió de hombros y mascullό, paseando en torno una mirada de inquietud:

—Echadlo al mar, y que sea lo que el diablo quiera.

Empujado hacia afuera por los tres granujas, el cuerpo de Oscar Luis cayó al mar, desapareciendo inmediatamente bajo la superficie, que por efecto del choque se agitó levemente en torno a la barca.

Durante un rato, los cuatro tripulantes, asomados a la borda, estuvieron observando el lugar donde se había hundido aquel cuerpo inerte; pero como todo permaneciera en calma, desecharon sus inquietudes y se prepararon a volver a la costa lejana, que habían dejado atrás, perdida entre la niebla.

Cuando la barca viró, por Oriente el horizonte del mar comenzaba a aclararse con la luz del nuevo día.






## CAPITULO IV

### La desaparición del rey



STRALIA, el reino cuyo trono acababa de ocupar Oscar Luis con tan mala fortuna, es un país... que no debe ser buscado en el mapa. Esto no impide que nosotros, interesados en el buen desarrollo de nuestra trama, procuremos darle realidad geográfica y política. Convendrá que lo situemos en las costas que baña el Adriático antes de asomarse a la verde laguna en cuya superficie Venecia se recrea contemplando su belleza inmortal. Y supongamos que sus fronteras terrestres se pierden por un lado en la dilatada Croacia, y por el otro una imaginaria cordillera separa de Trieste las tierras del reino.

Istralia está constituída por siete provincias, a cargo, cada una de ellas, de un gobernador militar nombrado por la Corona, que a su vez rige el reino asesorada por un Consejo de

ministros responsables de sus actos ante el Parlamento. Trátase de una monarquía constitucional hasta cierto punto. Y decimos que hasta cierto punto, porque... en materia de monarquías constitucionales es preciso no dejarse guiar demasiado por la letra escrita. Por un lado, el pueblo de Istralia tiene derecho a elegir a sus representantes en el Parlamento por medio del sufragio secreto, pero, por el otro, la Corona goza el privilegio de disolver el Parlamento si no es de su agrado o conveniencia lo que en él se discute y sanciona.

Pero dejemos a un lado estas consideraciones, y vamos a lo más interesante de nuestra historia. A la mañana siguiente al día de la coronación y de la boda regia, San Francisco, la hermosa capital de Istralia, amaneció engalanada y dispuesta a celebrar con nuevos festejos el fausto acontecimiento que traía emocionado y revuelto al país entero. Mucho debía Istralia a la dinastía de los Nazari, a la cual pertenecía Oscar Luis I. Bajo el reinado de Carlos II, padre de Oscar Luis, el país, sumido desde mediados del siglo anterior en el caos de las luchas separatistas y proletarias, había resuelto problemas vitales, solucionando todas las diferencias internas y concertado tratados de amistad con sus vecinos, con los que, desde tiempo inmemorial, siempre tenía cuestiones que no se arreglaban si no era por medio de guerras, y había asimismo consolidado su deuda exterior, que dejaba sus fuentes de producción casi a merced de las grandes potencias europeas. A ese buen rey, padre del actual, debía Istralia su transformación de monarquía absoluta en monarquía constitucional, así como todos los progresos de orden político y económico que la habían colocado entre las naciones dignas de ser tenidas en consideración.

Los istralianos, no olvidando el bien recibido de los Nazari, no sabían qué hacer para testimonar su afecto al joven monarca, como no habían sabido tampoco cómo llorar a la medida de sus merecimientos al buen anciano Carlos II, el día de su muerte.

Mucho de bueno había hecho Oscar Luis antes de subir al trono en favor de su pueblo. De corazón generoso como su padre, pública y privadamente, trataba siempre de pronunciarse a favor de los humildes, de los que sufren, y lo hacía d eun modo un tanto alocado, que si hacía fruncir el ceño a los rancios cortesanos, conmovía el alma de la plebe. Para nadie eran un secreto las ideas y aficiones democráticas del príncipe heredero. Su amor a los deportes le ponía en contacto con los jóvenes atletas del país que no salían nunca de las clases privilegiadas, sino eran producto del bajo pueblo, rudo y sencillo. En sus habitaciones de palacio tenían entrada Rato, el joven campeón de box de Istralia, hijo de unos pescadores de San Francisco, que enseñaba a su alteza los mejores golpes de su repertorio, tratándolo de tú a tú, por voluntad expresa del príncipe, mientras lo aporreaba de lo lindo. Y con el campeón istraliano de boxeo, se juntaban allí dos vencedores de carreras ciclistas, un patinador; Montreal, el piloto aviador, que durante la última guerra, combatiendo al lado de los franceses, había derribado sesenta y siete aparatos tudescos y hacía en el aire con su aeroplano unas piruetas que helaban la sangre en las venas a quienes le contemplaban; futbolistas, lanzadores de discos, jugadohes de polo, etc., etc., los cuales se encargaban a su vez de presentar al heredero de la corona a todos los ases extranjeros del deporte que pasaban por el reino.

De su bizarría y arrojo, Oscar Luis había dado innumerables pruebas. Fresco en la memoria de todos estaba el recuerdo de su admirable comportamiento en ocasión de la catástrofe del vapor "Princesa Natalia", hundido al salir del puerto de San Francisco, a consecuencia de una terrible explosión. El vapor, cargado de pasajeros, entre los cuales predominaban las mujeres y los niños, se hundía rápidamente a la vista de la ciudad, arrastrando al abismo su cargamento humano, enloquecido de horror. Al ocurrir la explosión, Oscar Luis se hallaba jugando al "tennis" en la terraza de pa-

lacio con unos jóvenes de la corte. Al darse cuenta de la magnitud de la catástrofe, arrojó lejos de sí' la raqueta, abandonó corriendo la terraza, y saltando dentro de un automóvil que encontró en uno de los patios de palacio, se lanzó con el vehículo en dirección al mar. Guardias, criados y gentileshombres, desconcertados por su conducta, echaron a correr tras él. Oscar Luis no detuvo el automóvil hasta llegar a la orilla del mar, a doscientos metros de la cual el "Princesa Natalia", desmantelado por la explosión, se hundía... La muchedumbre, horrorizada, no atinaba a hacer nada por los infelices náufragos. El príncipe se abrió paso a través de ella, arrojóse al mar con decisión, y nadando con toda rapidez, se dirigió hacia el desgraciado buque, pasando en medio de maderos humeantes que flotaban sobre el mar, planchas retorcidas, cables y otros restos del "Princesa Natalia" arrojados en todas direcciones por la violencia de la explosión. Y a riesgo de su vida muchas veces, Oscar Luis logró salvar de una muerte segura a varias mujeres y a numerosos niños.

¡Qué lejos estaban los istralianos de imaginar aquella mañana la suerte que había corrido su joven monarca! Creyéndole feliz, al lado de su beúa esposa, los habitantes del reino dieron de nuevo rienda suelta a su júbilo apenas el primer raño del sol se abrió paso entre las nubes del horizonte. Y las campanas fueron de nuevo echadas a vuelo, y resonaron en fortalezas y cuarteles estruendosas salvas de artillería, mientras las bandas de música iniciaban su alegre peregrinación por las calles empavesadas a las cuales se asomaban los vecinos por puertas y ventanas, aplaudiendo y vitoreando a Oscar Luis I y a Alcira de Serajev, su augusta esposa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Su majestad la reina madre acababa de despedir a las camareras de servicio que la habían ayudado a hacerse su tocado matinal, y se disponía a salir de su gabinete para pasar a una pequeña salita en la que solía desayunar, cuando, ines-

peradamente, el jefe de la Guardia regia apareció ante ella, dando muestras de una agitación que en él, hombre que no perdía su calma ni en los momentos más difíciles, resultaba extraordinaria y digna de alarmar a cualquiera.

—¡Majestad!—exclamó antes que la reina madre le interrogase—. Ocurre algo alarmante, insólito: ¡El rey ha desaparecido!

La egregia dama se estremeció y retrocedió unos pasos mirando alarmada al conde Federico.

—Pero — balbuceó—, ¿estás seguro de lo que dices?... ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde puede haber ido el rey?

—Reponeos, serenaos, majestad—dijo el conde, asustado de la palidez mortal que había invadido el blanco semblante de la reina—. Poco puedo contaros de la desaparición de nuestro augusto soberano. Pero, ¿tembláis?... Tomad asiento, señora, y dejadme que hable.

La madre de Oscar Luis se negó a sentarse, pero buscó apoyo en el respaldo de una butaca.

—¡Habla! ¡Habla!—exclamó con ahogada voz.

—Figuraos, majestad, que acabo de llegar a palacio y me dan recado de que nuestra joven y graciosa reina quiere verme con urgencia. Me presento a ella, y toda temblorosa y más pálida de lo que vos lo estáis en este momento, me preguntó, mientras lágrimas de desesperación saltaban de sus ojos: "¿Y el rey, conde Federico? ¿Dónde está el rey?" "¿Es que no lo sabe vuestra majestad?", repliqué poseído del asombro que podéis imaginar. "Yo no sé nada; le he buscado con discreción, y no he podido dar con él; he preguntado a su servidumbre, y no han sabido decirme dónde puede haber ido. ¡Estoy loca de pena! Tengo presentimientos sombríos. No he gritado, no he comunicado a nadie mi desesperación porque comprendo que en momentos como estos el escándalo debe evitarse a toda costa; pero ¡buscad a mi esposo! Averiguad qué ha sido de él."

—¡Dios mío!—exclamó la reina madre.

—He recorrido todo el palacio, majestad, he interrogado a los centinelas y a la servidumbre, y nadie ha sabido decirme dónde está el rey.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Si fuera verdad lo que sospecho! Pero, no; no creo a Oscar Luis insensato hasta el punto de abandonar a su esposa en la noche de su boda para correr tras aquella desgraciada hija del pueblo a quien ha tenido la debilidad de amar. ¡El rey debe estar en alguna parte, conde Federico!

—Majestad: os suplico toda la calma posible y que vayáis a interrogar a vuestra augusta nuera. El respeto a su pudor me impide hacerle algunas preguntas que estimo necesarias para llevar adelante las investigaciones. Preguntadle ante todo si el rey ha pasado la noche o parte de la noche a su lado. Que os diga en qué estado de ánimo estaba su majestad Oscar Luis I, y cuando sepáis todo lo que es necesario saber para obrar sobre seguro, enteradme de todo, habladme y yo buscaré a mi soberano...

—Ella, Alcira de Sarajev, es quien debe saber dónde ha pasado mi hijo la noche—murmuró la reina madre, que parecía desfallecer—. Acompañadme hasta su aposento, conde.

—Apoyaos en mi brazo, señora. Os asustáis como si el rey corriera un grave peligro, y yo creo que no es de temer tal cosa.

* * *

Al entrar la reina madre en la habitación donde se encontraba Alcira, ésta, bañada en lágrimas, se precipitó a su encuentro, y cogiéndole las manos y cubriéndoselas de desesperados besos, exclamó:

—¡Madre mía!... ¡Reina mía!... Arrancadme del corazón este presentimiento terrible... ¡Decidme que nada malo le sucede a mi esposo!

Conmovida ante la desesperación de su nuera, la madre de

Oscar Luis intentó tranquilizarla sacando fuerzas de flaquezas.

—Pero, ¿por qué había de sucederle algo malo a Oscar Iuis? ¿Qué os hace pensar o presentir esas cosas, hija de mi alma?

—¡Oh, señora! ¿Habéis hablado con el conde Federico? ¿Os ha contado él lo que sucede?

—Me ha dicho que no podéis encontrar al rey en palacio.

—¡Bendito sea Dios! ¿Y os parece eso poca cosa, madre mía? Nadie ha visto a su majestad, nadie puede darnos razón de él... ¿Creéis que esto no es para desesperar? Si esto ocurre el primer día de casados, ¿qué sucederá después?

—Vamos, calmaos—respondió la reina madre esforzándose por continuar conservando su forzada serenidad—. No creais que Oscar Luis se ha alejado de todos nosotros por capricho y menos creais que lo ha hecho por que no os ama. Debe haber algún otro motivo que, por ahora, escapa a nuestras sospechas. ¿No ha pasado el rey la noche a vuestro lado?

Al oír esta pregunta, Alcira, que estaba arrodillada delante de su suegra, le soltó la manos y se puso de pie, bajando en seguida los ojos, confusa y ruborizada.

—Responded—insistió la reina madre viendo que su nuera guardaba silencio—. ¿No os quedásteis anoche a solas con el rey en vuestro aposento?

—Sí—musitó Alcira—; pero mi esposo hizo muy poco caso de mí. Parecía excitado, nervioso. Algo grave preocupaba al rey..., y poco antes de la aurora me abandonó para pasar a sus habitaciones.

—¡Proceder incomprensible!—comentó la reina madre.

Alcira continuó hablando, pero ahora lo hacía con cierta precipitación, como si todo su interés estuviera en dejar expuesta cuanto antes la difícil situación que a todos creaba la conducta insensata del joven soberano:

—Confieso que al poco rato de haberme quedado sola, desesperada, humillada por el proceder de mi marido, que no

sé cómo calificar, tuve el impulso de dirigirme en su busca, atropellando sin miramientos el protocolo palatino, para exigir al rey una explicación clara, concisa, terminante... Pero no estaba ya en sus habitaciones. Pregunté a la servidumbre, y nadie supo darme noticias de él. Esto ocurría a las seis de la mañana; son las diez, y el soberano no ha aparecido aún. ¿Comprendéis, señora, el trance terrible en que a todos nos ha colocado? Dentro de un momento deben comenzar las recepción del día. Nos esperan en el Ayuntamiento, nos esperan en el Congreso... ¿Pretenderéis que me muestre en público sola, sin el rey?

Herida por estas protestas tan justas, aterrada por la situación peligrosa que su hijo acababa de crearles con su conducta alocada, la reina madre murmuró, dejándose caer en un sillón, ya sin fuerzas:

—Tenéis razón de quejaros, hija mía. Pero si vos sufrís, ¡caulculad cuál puede ser mi dolor de madre y de reina! ¡Dios mío! ¡Dios del cielo! Ilumínanos, ampáranos. ¿Quién podrá sacarnos de este trance cruel?

—¡Estoy indignada, indignadísima!—exclamó la farsante con un sollozo—. ¡Oh, si yo hubiera sabido que iba a ser tratada de este modo, hubiera pedido ser muerta antes que salir de Serajev!

—Calmaos, hija mía; calmaos, hija de mi alma... Tomad ejemplo de vuestra madre política, esta anciana que os ama y que sufre por vos y por su ingrato vástago. Yo os prometo, yo os doy mi palabra de que todo se arreglará a la medida de nuestros deseos.

—Pero, ¿cómo?—inquirió Alcira, que desempeñaba a las mil maravillas su papel de esposa y de reina ofendida.

—Dejadme hablar, señora. Yo no creo que ningún peligro amenace al rey; su desaparición ha sido obra suya, exclusivamente suya... Ha tenido un impulso de locura y se ha dejado llevar por él. Hay de por medio cierta mujer... ¿Me permitís qus os hable claro? Pues bien: Oscar Luis ama desde hace

cerca de dos años a una joven, una miserable florista huérfana que ha sabido envenenar la mente y el corazón de mi hijo, hasta el punto de hacérsele indispensable en la vida...

—Sabía todo eso—interrumpió Alcira—, y como podéis comprender, señora, la actitud del rey al abandonarme en mi noche de boda para correr tras esa mujerzuela no podía haber lesionado más profundamente mi orgullo de esposa y reina...

—Tenéis razón, tenéis sobrada razón de indignaros, hija mía. Pero este no es el momento de dejarnos llevar por nuestras pasiones, sino el de obrar todos en interés de la corona. Imponeos el sacrificio de sofocar las protestas de vuestros sentimientos y de vuestro orgullo herido, para velar por el prestigio del trono en el cual acabáis de sentaros para regocijo mío y de todos los istralianos.

—Menos del rey—murmuró Alcira con voz apagada, fingiendo enjugarse unas lágrimas.

—Sea. Comprendo que mucho se os exige, pobre criatura a quien todo debería sonreír en estos días gloriosos de ventura, pero hacedlo por mí, hacedlo por el país que os tocará regir. ¡Es doloroso, pero las reinas estamos obligadas a sacrificar tantas veces nuestros sentimientos y nuestro orgullo a las llamadas razones de Estado. Vos sabíais todo eso antes de venir a San Francisco.

—Sí, señora, lo sabía; pero lo que no sospechaba era que mi sacrificio debía comenzar el mismo día de mis esponsales, cuando todo el mundo cree a la joven soberana de Istralia viviendo las horas más venturosas de su vida.

—¡Es triste, en realidad, vuestra suerte, hermosa hija mía! Pero serenaos, sed fuerte; sobreponeos una vez más a vuestro corazón, a vuestra alma atribulada... El tiempo apremia, y lo que importa por encima de todo es encontrar al rey lo antes posible.

—Con la explicación que vuestra majestad acaba de darme acerca de los amores del rey con esa mujerzuela del pueblo, ya no debe ser difícil encontrarle. No hay más, a mi entender,

que ir adonde esa mujer se encuentra y allí, junto a ella, aparecerá el soberano...

La reina madre exhaló un profundo suspiro, y pasando por alto la amarga ironía que se desprendía de las palabras de su nuera, respondió:

—Os engañáis; la cosa es más difícil de lo que a primera vista parece. El rey no sabe dónde esa mujer se encuentra.

—A buscarla ha ido.

—Lo sé, mas no dará con ella.

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó Alcira fingiendo toda la extrañeza de que fué capaz.

—Desde ayer, poco antes de vuestra boda y coronación, esa joven del pueblo se encuentra en camino del lugar donde deberá permanecer recluída hasta el día de su muerte.

—¿Es vuestra majestad quien ha tomado esa medida?

—Sí, hija mía, y lo hice por vuestra tranquilidad.

—Como es de suponer, mi esposo no habrá tenido conocimiento de ella.

—Se hizo creer a Oscar Luis que su amante se había fugado de San Francisco.

—¡Ah! Ahora me explico el por qué de vuestros temores, señora. ¿Creéis que el rey haya salido de la capital?

—No se puede pensar otra cosa...

—Siendo así, majestad, no veo la manera de conjurar una situación tan comprometida en tan poco tiempo como el que disponemos.

La reina madre hizo un ademán de desesperación.

—¡Dios mío! ¡Esto es espantoso! No podemos enviar emisarios a todos los caminos de Istralia para buscar a mi hijo. ¿Quién será capaz de sacarnos del atolladero?

—¿Tiene vuestra majestad confianza en el conde Federico?

—El jefe de nuestra Guardia ha cumplido siempre con su deber—respondió la reina madre, a quien la pregunta de Alcira había dejado un poco suspensa.

—Pues recurrid a él.

—Sí, tenéis razón—murmuró la madre de Oscar Luis, después de reflexionar brevemente—. Hay que hacer algo, confiarse a la abnegación de nuestros servidores...

—Mandad entonces que el conde Federico comparezca en nuestra presencia. El sabrá encontrar una solución. Anoche me dió pruebas inequívocas de ser un hombre de recursos y que sabe sacrificarse por sus reyes.

La reina madre volvió a quedar suspensa ante estas palabras de su nuera. Luego, acuciada por la curiosidad, inquirió extrañada:

—¿Podéis decirme qué pruebas fueron esas?

—Figuraos que anoche, en un momento que me había retirado a descansar a un aposento un poco alejado de los salones donde se celebraban los festejos, veo de pronto aparecer ante mí a un hombre pobremente vestido que, esgrimiendo un puñal, me amenazó con asesinarme si no le entregaba inmediatamente mi collar de perlas... Lancé un pequeño grito y el asesino se precipitó sobre mí, y hubiera yo muerto apuñalada por él si el conde Federico, que había seguido mis pasos y que no estaba lejos, no acude con presteza al oír mi grito y me libra del forajido matándole de un golpe en el cráneo con el contrafilo de su espada. Debo, pues, la vida a ese caballero.

—¡Alabado sea el Señor!—exclamó horrorizada la reina madre—. Pero, ¿cómo pudo ocurrir eso? Y ¿por qué no me habéis dado inmediatamente cuenta de esa tentativa de asesinato?

—Hubiera sido una imprudencia, majestad, hacer correr la noticia de una tentativa de asesinato contra la persona de la reina la misma noche de sus esponsales, y el conde Federico, midiendo las consecuencias, me aconsejó callar.

—Pero ¿nadie vió nada? ¿Qué se hizo del cuerpo del asesino?

—Lo hizo desaparecer el jefe de la Guardia ayudado por

tres servidores de palacio. Como comprenderéis, señora, he entrado en esta casa con muy poca suerte.

—Estoy desconcertada—murmuró la reina madre—. No sé qué excusas presentaros.

—No os preocupéis ahora de ello, señora. Los minutos pasan; haced llamar al conde.

* * *

Una vez en presencia de las dos reinas, y después que éstas le hubieron expuesto la situación, el conde Federico fingió sumirse en graves reflexiones.

—La solución rápida que desean vuestras majestades es imposible—murmuró al cabo de un rato de silencio—. No se puede encontrar al rey con la prontitud que exigen las circunstancias ni tampoco se puede dar cuenta a nadie de su desaparición.

—¡El problema es terrible!—exclamó la reina madre retorciendo desesperadamente sus manos—. ¡Estamos colocadas entre la espada y la pared!

—Pero no podemos continuar en esta situación—dijo Alcira—. Aconsejadnos, conde... Indicadnos una medida.

Federico Lisandri consultó su reloj.

—Majestad—dijo a Alcira—: es la hora que el rey y vos deberíais abandonar palacio para acudir a la recepción del Ayuntamiento. La carroza y la escolta real aguardan la salida de los jóvenes y gloriosos soberanos, y el pueblo, aglomerado ante palacio, no se cansa de vitorearos.

—Por lo mismo que las circunstancias son apremiantes—respondió la reina madre, presa de una nerviosidad que hacía más conmovedora su desesperación—se te pide un recurso para salir del paso.

El jefe de la Guardia se encogió de hombros.

—Digamos—murmuró—que una indisposición repentina del rey impide a sus majestades hacer acto de presencia en

las recepciones preparadas en su honor. Esta excusa nos permitirá ganar algún tiempo, que yo dedicaré a buscar al rey.

—¡Sea!—exclamó la madre de Oscar Luis.



*—¡Alabado sea el Señor!—exclamó horrorizada la reina madre—. Pero, ¿cómo pudo ocurrir eso?*

Y después de consultar a Alcira con la mirada, inquirió:

—¿Qué dice vuestra majestad?

—Me someto a la proposición del conde Federico.

La reina madre se volvió al jefe de la guardia y le dijo:

—Obra, pues, en consecuencia.

—Daré la noticia de la repentina indisposición del rey— explicó el conde Federico cambiando con Alcira una mirada de triunfo—e inmediatamente comenzaré las pesquisas para encontrar a nuestro augusto soberano. Es conveniente que vuestras majestades no salgan de sus habitaciones particulares.

* * *

Y el canalla siguió llevando adelante sus planes con toda audacia y sangre fría.

No creyó conveniente ocultar al personal de palacio la desaparición del soberano, y apelando al amor de todos por sus reyes, les pidió ocultasen esa noticia que podía comprometer el prestigio del trono. Demás está decir que todos prometieron guardar la mayor reserva, haciendo creer a los ajenos a palacio que era, en efecto, una indisposición lo que impedía a su majestad salir de sus habitaciones para tomar parte en los numerosos actos organizados en su honor y en el de su joven esposa.

Logrado esto, el conde Federico fué a ver a los cortesanos más íntimos de Oscar Luis para que le ayudasen en sus pesquisas; éstos eran el marqués Canevari y el capitán de coraceros Eduardo Montespín.

Con ellos sostuvo el jefe de la Guardia regia una larga conferencia.

—Hablemos con claridad—les dijo—. ¿Sospecháis vosotros dónde puede estar el rey?

—Suponemos que su desaparición obedece a sus amores con esa florista del barrio de San Germán — respondió el marqués rascándose su roja y descomunal nariz—, pero nos llena de asombro que Oscar Luis, en circunstancias como estas, haya podido ser capaz de semejante insensatez.

—Eso mismo supongo yo. El caso es que esa florista huyó de la torre de la fortaleza antes que el decreto del rey le devolviese la libertad. ¿Sabría su majestad dónde encontrarla?

Canevari y Eduardo Montespín cambiaron una mirada.

—Lo que yo creo—dijo en seguida el marqués—es que el rey sabía tanto como nosotros.

—Entonces, ¿dónde encontrar a su majestad?

Eduardo se encogió de hombros, respondiendo:

—Por nuestra parte, señor conde, haremos todo lo que podamos por encontrar a ese loco... aunque yo confío que pronto él mismo se dará cuenta de las consecuencias de su conducta imprudente y regresará a palacio a asumir el papel que le corresponde.

—¿Tenéis alguna pista?—preguntó el marqués al jefe de la guardia.

—Ninguna.

—Nosotros trataremos de ser más afortunados que vos, querido conde. Si tenéis algo que hacer, dejadnos, que Montespín y yo vamos a ponernos inmediatamente en campaña.

* * *

Llegó la noche.

Todos los actos que debían celebrarse en honor de los reyes habían quedado suspendidos.

A pesar de las explicaciones que públicamente se dieron en palacio acerca de la repentina indisposición del monarca, en el ambiente de las esferas oficiales flotaba cierta intranquilidad. Corrían rumores pesimistas; había quienes opinaban que la enfermedad del rey era más grave de lo que los partes de palacio daban a entender, y quienes decían que su majestad no padecía enfermedad alguna y que se había ausentado de palacio sin que sus íntimos pudiesen dar razones de su extraño proceder.

Entretanto, el Ministerio no podía asumir actitud alguna. Como era costumbre cada vez que un nuevo soberano subia al trono de Istralia, había presentado, después de la coronación, su dimisión a Oscar Luis para darle ocasión de reformar el Gabinete, si lo creía conveniente. Uno de los primeros actos del soberano, al subir al trono, era, según costumbre, el de confirmar a los ministros dimisionarios en sus puestos por medio de un decreto; pero Oscar Luis no había tenido tiempo de firmar ese decreto, y su desaparición seguía impidiendo fuese promulgado.

Por lo tanto, el país carecía en aquellos momentos de un Gobierno responsable ante las Cámaras, y esta situación, que no podía prolongarse mucho tiempo sin grave peligro para la salud política del reino, era la que ponía a la corte en serio aprieto.

A las diez de la noche, llamado urgentemente por la reina madre, el conde Federico compareció en su presencia.

—¿Qué noticias puedes darme de mi hijo?—le preguntó la egregia dama dominando a duras penas su desesperación.

—Ninguna, majestad.

La madre de Oscar Luis se llevó una mano al corazón como para contener sus precipitados latidos, y con voz que temblaba exclamó:

—¡Es preciso que el rey parezca! No puede habérselo tragado la tierra.

—Señora, podéis creer que no se descansa un momento en buscarle. Cien hombres de los más sagaces están en campaña, pero hasta este momento...

—¡Dios santo! ¿Es que no comprendes, desventurado, que es imposible mantener por más tiempo esta situación? El pueblo cree en la enfermedad del soberano, pero los personajes oficiales, los ministros, los diputados, los senadores, los consejeros murmuran. Hasta mí han llegado ya los rumores de esas murmuraciones. El país está sin Gobierno, y esto siembra inquietudes.

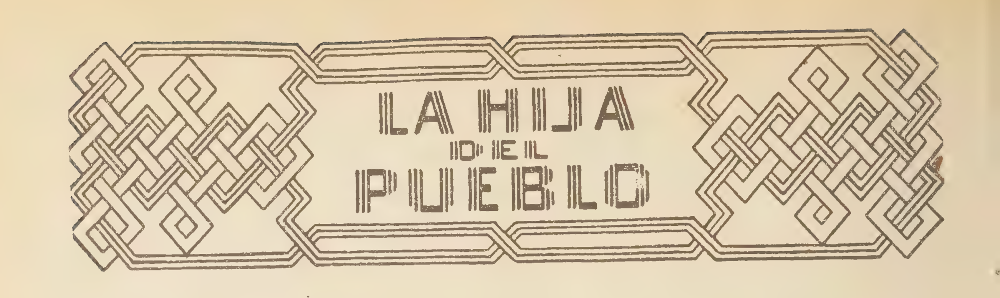
—De todo me doy perfecta cuenta, majestad, y por eso, por conjurar esta situación terrible, estoy haciendo todo cuanto está en mis manos; pero si transcurre la noche sin que podamos encontrar al rey, en ese caso no habrá más remedio que adoptar una determinación desesperada si se quiere salir del atolladero.

—¿Qué determinación sería ésa?—preguntó su majestad.

—Reemplazar al rey.

La soberana dió un grito, y pálida, demudada, se puso de pie.






## CAPITULO V

### Canevari y Eduardo en acción

LA entrevista del conde Federico con Eduardo Montespín y Canevari se había celebrado en una de las habitaciones de palacio. Apenas los dos fieles amigos de Oscar Luis quedaron solos, el marqués exclamó, dirigiéndose al arrogante capitán de Coraceros:

—¡Es como para cogerse de los cabellos! ¡Jamás hubiera creído a Oscar Luis capaz de una barbaridad como la que acaba de cometer.

Eduardo se encogió de hombros, y después, acariciando su negro bigote cortado a la inglesa, respondió:

—No juzguemos tan ligeramente al monarca, Lucas... Cuando él ha abandonado tan precipitadamente palacio, debía tener sus motivos,

—Pero, ¿es que tú puedes creer que esos motivos sean otros que esa chifladura que siente por esa florista del barrio de San Germán?

—No; a ese cariño del rey por la florista atribuyo todo lo que sucede.

—¿Entonces...?

—Temo que algún peligro debía correr esa joven, cuando el rey se lo ha jugado todo por ella.

—¿Qué peligro?

—Pareces bobo, Lucas... ¿Qué hizo la reina madre con esa florista?

—Encerrarla en la torre de la vieja fortaleza tan pronto comprendió que esa mujer podía ser un obstáculo en la próxima boda del rey con la princesa de Serajev.

—Bien; en este caso, la reina demostró obrar como una verdadera...

—¡Por vida de...!—exclamó Canevari interrumpiendo al capitán de Coraceros y retrocediendo unos pasos—. ¿Desde cuándo tú te pronuncias contra el amor romántico de nuestro noble soberano?

—No interpretes mal mis palabras, Lucas. Yo no censuro la pasión del rey por esa hermosa muchacha del pueblo, sino que, al contrario, ese amor de Oscar Luis por una plebeya es lo que más me impulsa a admirar y a querer al joven monarca. Hablo colocándome en el lugar de la reina madre, que tiene la obligación de velar por los intereses de la Corona y por el cumplimiento de los pactos concertados durante su breve regencia. Desde el punto de vista de la reina madre, ésta hizo bien en sacar del medio a esa joven. Ahora bien: como tú dices, María Teresa fué encerrada en la torre de la fortaleza, sin que Oscar Luis pudiese hacer nada por libertarla hasta que le coronaron. Apenas fué rey, decretó, como sabes, la libertad de la prisionera de su madre, y cuando los emisarios regios se presentaron en la fortaleza, allí supieron que la prisionera había conseguido fugarse al amanecer... ¿Crees que esa noticia pudo hacerle gracia al rey?

—Le sentó como un tiro.

—Ni más ni menos. Hay que ponerse en su lugar para comprenderlo.

—Pero, ¿en cuántos lugares quieres ponerte, bribón?... Hace un momento te hacías cuenta de ser la reina madre; ahora quieres meterte en el pellejo de Oscar Luis. Decididamente, has perdido el juicio hoy.

—Nada de bromas, Canevari, nada de bromas. Los momentos son graves...

—No lo niego; y por eso mismo me chocan las tonterías que estás diciendo. ¿Qué es lo que opinas, en resumidas cuentas?

—Que el rey, trastornado por la noticia de la desaparición de María Teresa, debió lanzarse en su busca tan pronto quedó anoche en libertad de disponer de su persona.

—Es que el muy bribón estuvo antes encerrado con su mujer. ¿No has oído que dijo tal cosa el conde Federico?

—¡Pero si no me dejas hablar! Hasta eso quería yo llegar, Lucas. Su majestad permanece en compañía de su mujer hasta cerca del alba. ¿Qué puede haber pasado para que a esa hora el rey abandone precipitadamente a su esposa y desaparezca de palacio? Algo grave, sin duda alguna.

—¡Cáspita!—exclamó Canevari, volviendo a rascarse su enorme nariz—. ¿Sabes que esa reflexión que acabas de hacer me preocupa?

—¿Ves cómo he sabido poner el dedo en la llaga? Busquemos las causas que pueden haber inducido al rey a abandonar a la reina Alcira...

—¿Será la florista la culpable?

—O alguna noticia que el rey ha recibido relativa a María Teresa—dijo Eduardo.

—Esto me parece más verosímil. ¿Qué noticia pudo haber sido esa?

—He ahí lo que debemos averiguar.

—No veo el medio.

—Tratemos de encontrar una pista de María Teresa.

—¿Crees que eso es tan fácil?

—No, pero es preciso no permanecer con los brazos cruzados. ¿Por qué no vamos a ver a la señora Genoveva?

—¿Quién es la señora Genoveva?

—¿Eres tan frágil de memoria?

—El caso es que... juraría que ese nombre me es familiar, pero...

—Has besado la mano a esa persona, has comido en su mesa...

—¡Pardiez! ¿Será la simpática viuda que vivía en la misma casita de la florista?

—La misma.

—Ya, ya ...¿Y qué puede saber la señora Genoveva de todo este lío?

—Hombre, es lógico pensar que María Teresa, al fugarse de su prisión, haya corrido a refugiarse en su casa o a buscar allí los medios para continuar huyendo.

—Eso sería lo natural, pero...

—Supongo que no tendrás la pretensión de despreciar una fuente de informes como puede serlo esa viuda. ¡Ea, pongámonos en camino de su casa!

—Un momento, atolondrado. Tan listo como pretendes ser, y aún no has caído en una cosa.

—¿Qué?

—¿Cómo estábamos vestidos cuando tuvimos el honor de comer en la mesa de la viuda?

—¡Ah!... ¿Disfrazados querrás decir?

—Pues disfrazados.

—Fingíamos ser estudiantes compañeros de Oscar Luis; pero, ¿crees que la viuda no estará ya enterada de todo?

—Yo no creo ni dejo de creer; pero ya sabes el refrán: "En la duda, abstente."

—Sea; nos disfrazaremos de estudiantes. ¿Conservas aún las ropas?

—Yo, sí. ¿Y tú?

—Creo que también.

—Marchemos a nuestro domicilio respectivo. Como tú vives más cerca que yo del barrio de San Germán, puedes esperarme en tu casa. Desde allí marcharemos juntos a ver a la simpática señora Genoveva.

—Ni una palabra más.

* * *

Tres cuartos de hora más tarde, Lucas Canevari y Eduardo Montespín, humildemente vestidos, marchaban hacia el barrio de San Germán, situado en los suburbios de San Francisco, donde estaba situada la casita que María Teresa ocupaba con la señora Genoveva.

—Cuando nos vea—dijo Canevari antes de llamar a la puerta—, dejemos que hable ella antes que nosotros. Haríamos un papel poco digno si ella ya estuviera en el secreto de todo y nosotros pretendiéramos seguir fingiéndonos estudiantes.

Eduardo dió dos golpes contra la puerta, y, pasado un rato, abrióse una ventana y por ella asomó la rubia cabeza de una mujer que representaba unos treinta y cinco años de edad.

—¿Qué es lo que deseáis?—preguntó al ver a aquellos dos hombres.

Canevari se adelantó sombrero en mano.

—¡Dichosos los que tienen la suerte de volver a contemplaros, señora! ¿Es que ya no recordáis a vuestro amigos?

—¡Ah! ¿Sois vosotros?—exclamó la viuda, sorprendida—. ¿Qué os trae por aquí después de tanto tiempo?

—Nada de agradable, por cierto—respondió Eduardo.

—Soplan malos aires aquí fuera—añadió el marqués misteriosamente—. Hacednos, señora Genoveva, el honor de recibirnos dentro de vuestra casa.

—¡Virgen santísima! ¿También vosotros traéis malas no-

ticias? Estos días que todo el mundo enloquece de alegría festejando la coronación y los esponsales de nuestros soberanos, no llueven más que desgracias sobre mi pobre casa.

Pronunciado que hubo la mujer, llena de desolación, estas palabras, se apartó de la ventana, y un instante después abría la puerta de la casita, tendiendo su mano a los dos jóvenes, que estrechó Eduardo y besó el marqués galantemente.

—Entrad, entrad, caballeros, os lo ruego. Lo encontraréis todo revuelto, pero es el caso que, desde hace ocho días, no sé ya lo que me hago.

Vista de cuerpo entero, la señora Genoveva resultaba una mujer bastante simpática: alta, esbelta y vestida con una sencillez no exenta de coquetería; a pesar de sus treinta y cinco años, podía aún ser el ideal de muchos hombres.

Traspuesto el umbral, la viuda condujo a los dos amigos de Oscar Luis hasta una pequeña habitación en la que la humildad del moblaje estaba compensada por el buen gusto en la disposición de los objetos, y una vez allí, les rogó que tomasen asiento.

—Gracias—dijo Canevari ocupando una silla al mismo tiempo que su compañero hacía lo propio.

Y agregó el marqués, después de adoptar una postura llena de gravedad:

—Por lo visto, señora, estos días padecéis del mismo mal que nos aflige a nosotros... En verdad, nos sobran motivos de perder la cabeza, y si aún no hemos cometido una locura, eso es debido a nuestra presencia de ánimo.

—¡Pero, por Dios Todopoderoso!—exclamó la señora Genoveva interrumpiendo al marqués—. ¿De qué podéis quejaros vosotros?

—Del abandono en que nos ha dejado ese bribón — dijo Eduardo.

—¡Ah! Pero, ¿es que vosotros no sabéis qué ha sido de él? ¿Es que no sabéis dónde se encuentra?

—Si lo supiésemos, señora—declaró Canevari—, otra sería la expresión de nuestros rostros, podéis creerlo.

—¿De manera que pensáis como yo, que han huído?

Canevari y Eduardo cambiaron una mirada..

—No se puede pensar otra cosa—dijo el marqués, con aire de persona muy afectada.

—¡Locos, más que locos!—exclamó la señora Genoveva. —¿Tenía alguna razón para obrar así? ¿Quién les impedía amarse libremente? ¿Quién les impedía contraer matrimonio si esa era su voluntad?

—Eso es lo que yo digo, señora Genoveva. Han demostrado tener muy poco juicio.

—¡Ninguno!

—Y estimarnos menos—agregó Eduardo.

—Eso es lo que me indigna y aflige—dijo la viuda, cuyos hermosos ojos osbcuros acababan de humedecerse—. ¿Cómo puede haber tenido María Teresa el valor de abandonarme como a un perro, sin decirme una palabra, sin dejarme dos líneas explicando su actitud y pidiéndome perdón? ¿Es que no sabía ella que era para mí el ser más querido que me quedaba en el mundo y que la quería más que si fuese mi hermana?

—Tenéis razón, señora Genoveva, tenéis razón—aprobó Canevari, conmovido ante el dolor de la viuda—. En el mismo caso que vos nos hallamos nosotros. ¿No era Oscar Luis para Eduardo y para mí como un verdadero hermano? Vivíamos juntos, le teníamos siempre a nuestro lado, compartíamos con él nuestras alegrías y nuestros pesares, y de la noche a la mañana, sin decirnos una palabra, como si nos considerase indignos de toda explicación, desapareció. Confieso que hemos llegado a temer que le hubiese ocurrido una desgracia y que hasta hemos buscado su cadáver entre los muertos sin identificar que se exponen en la Morgue. Y sólo tras una semana entera de inútiles pesquisas nos ha dado la idea de venir a veros, por si teníais alguna noticia que darnos.

—Ya veis, amigos míos, que no sé más que vosotros—respondió la viuda enjugándose las lágrimas—. Yo también había llegado a pensar en una desgracia; ¡ocurren tantos accidentes en la calle! Y estuve buscando a María Teresa en Comisarías y hospitales. Pero en ningún sitio sabían nada de ella. Entonces me entró la sospecha de su fuga con el hombre que la amaba, y me dije: "Si eso ha hecho, yo he de encontrarla de todas maneras." Y se me ocurrió presentarme en la Universidad a preguntar por vosotros y por vuestro domicilio.

—¡Cáspita!—exclamó Canevari dirigiendo a Eduardo una mirada llena de inquietud.

La señora Genoveva le miró con asombro.

—¿Qué? ¿Pensáis que era mala mi idea?

—No, nada de eso—se apresuró a responder el marqués lleno de confusión—. Excelente, a fe mía... Pero, pero... dudo que hayan podido informaros bien en la Universidad.

—No os engañáis: después de buscar durante buen rato en los registros, acabaron por decirme que no figurabais en las listas de los estudiantes. ¡Imaginad cuál sería mi asombro!

—Yo siempre he dicho que los empleados de la Universidad son unos bestias—declaró Eduardo.

El marqués se echó a reír, con gran asombro de su amigo.

—¡Qué tonto eres, Eduardo! ¿Qué culpa tienen los pobres tinterillos de la Universidad si la señora Genoveva no supo decirles que buscasen en el registro de estudiantes libres? ¿Verdad, señora, que no les habéis hecho esa advertencia?

—Ignoraba que fueseis estudiantes libres—respondió la viuda, un poco confusa.

—Siempre nos hemos matriculado en esa categoría; las personas inteligentes no necesitan escuchar a cada momento las explicaciones de los profesores para comprender los textos... ¿Es así, Eduardo?

—Así es; qué duda cabe.

—Pero volvamos al objeto principal de nuestra visita—siguió el marqués, satisfecho de haber salido tan bien de aquel difícil trance—. ¿De manera que queda sentada entre nosotros la suposición de que María Teresa y el bribón de Oscar Luis se han fugado para comenzar juntos una nueva existencia?

—No se puede pensar otra cosa—murmuró la señora Genoveva.

—¿Tenéis alguna sospecha del sitio donde puedan haberse dirigido los tórtolos?

—¡Ay, si la tuviera!

—Correríais allí, lo mismo que nosotros, ¿verdad?

—¡Ni hay que pensarlo!

Canevari se rascó la nariz, como siempre que le asaltaba alguna preocupación.

—Nos hallamos abocados a un enigma—murmuró—, cuyo esclarecimiento escapa a nuestros medios...

—Creo—dijo Eduardo—que deberíamos tranquilizarnos y aguardar a que los fugitivos den señales de vida; pronto han de arrepentirse de su modo de proceder con nosotros.

El marqués se encogió de hombros; luego, dirigiéndose a la señora Genoveva, preguntó:

—¿Qué nos aconsejáis?

—No sé qué deciros... ¡Me ha desconcertado tanto la actitud de María Teresa!... ¡Es tan triste la soledad en que me ha dejado!

—Lo creo, lo creo. Decididamente, señora, lo mejor será pensar en ellos lo menos posible mientras dejamos al tiempo hacer su obra. Después de todo, no merecen que nos desesperemos tanto.

—¡Oh, ella era buena!—suspiró la viuda.

—Y él también—dijo Canevari—; lo que no ha impedido, sin embargo, que se portara con nosotros como un pillastre.

Se puso de pie, y Eduardo hizo lo propio.

—¡Cómo!—exclamó la señora Genoveva—. ¿Es que os marcháis ya?

—Dispensadnos; os hemos incomodado bastante.

—¡Por Dios, no digáis eso! No podéis imaginaros todo lo agradable que me es vuestra compañía y lo que he gozado con volver a veros. Me recordáis las horas felices que hemos pasado en esta casa durante la última primavera, cuando Oscar Luis, que tiene una voz tan deliciosa, cantaba en este comedor acompañándose con la guitarra, y vosotros, riendo como chiquillos, me ayudabais a preparar la cena... Los vecinos se han escandalizado un poco de nuestras veladas, pero yo era tan dichosa viendo en torno mío a seres contentos y felices, que no he podido nunca hacer el menor caso de sus murmuraciones.

—Nosotros también hemos disfrutado lo nuestro en esas veladas—dijo Montespín por cumplimiento.

—No podía ser de otra manera—agregó Canevari galantemente—, con un ama de casa tan encantadora como vos.

La viuda se ruborizó.

—Vamos, dejadme a un lado, Lucas; no me hace gracia que en estas circunstancias os burléis de mí.

—¡Si no es burla, señora! Os hablo con el corazón en la mano, y os digo que si el comportamiento de Oscas Luis me hace sufrir, es sólo por vos. ¿Qué pensaréis de hombres, amigos, de gente de tan poco juicio?

—Yo no os culpo de nada, y perdono a Oscar Luis. Lo que deseo es verle regresar pronto entre nosotros con María Teresa.

—¡Ah!—exclamó Canevari solemnemente—. Si ese es vuestro deseo, os juro, señora, que haré todo cuanto esté de mi parte para que podáis verlo realizado lo antes posible. Y ahora, puesto que nos esperan unos mozos que se impacientan por cualquier cosa, permitid que nos retiremos.

—Pero, ¿volveréis?

—Tan pronto tengamos alguna noticia que daros.

—¿Y si no tuvierais esa noticia?—preguntó la señora Genoveva mirando a Cañevari con cierta ansiedad.

—Lo mismo vendríamos a veros—señora.

La viuda los acompañó hasta la puerta. Allí se despidió de ellos alargándoles de nuevo su mano, que Eduardo volvió a estrechar y a besar Canevari con toda galantería.

Unos minutos más tarde Eduardo Montespín y Canevari se encontraban en el interior de un "taxis", que los llevaba con toda rapidez al domicilio del primero.

—¿Qué has sacado en limpio de nuestra conversación con la señora Genoveva?—preguntó el marqués al arrogante capitán de Coraceros.

—Nada en absoluto. La desaparición del rey continúa siendo un enigma para todos.

—¿Y la fuga de la florista?

—Otro enigma.

—¡Ah! ¿No crees tú que si se hubiese fugado como han querido hacer creer al rey, la joven se hubiese dirigido sin pérdida de tiempo a casa de esa encantadora viudita?

—No me cabe duda.

—Aquí hay gato encerrado, Eduardo.

—Pero, ¿qué hemos de hacer?

—Lo que urge es encontrar al soberano.

—¡Y no sabemos aún por dónde comenzar nuestras pesquisas!—exclamó el capitán de Coraceros con amarga ironía.

—Vamos a palacio; quiero interrogar por mi cuenta a los criados de Oscar Luis.

—Antes es preciso cambiarnos de ropa, amigo Lucas.

* * *

Al cerrar la noche, los dos amigos estaban tan desesperados por la misteriosa desaparición de su joven soberano, como podía sentirse la reina madre.

Sudoroso, jadeante, Canevari detuvo a Eduardo en un co-

rredor que conducía a los aposentos de Oscar Luis, y apretándole un brazo, exclamó:

—¡Nada! ¡No hay manera de penetrar en este enigma!

—¿Qué te dijeron los criados?

—Afirman no haber vuelto a ver al rey después que fué saludado al pie del trono por el embajador italiano.

—Sí que es raro...—murmuró Eduardo.

—¡Desconcertante! — exclamó el marqués enjugándose con un pañuelo el sudor que corría por su frente.

—¿Qué hace el conde Federico?

—En este momento se encuentra en las habitaciones de la reina madre.

Montespín reflexionó un momento con el ceño fruncido, y de pronto dijo en voz baja a su amigo:

—Lo mejor que podemos hacer es irnos a cenar, dejando el campo libre al jefe de la guardia... No se nos consulta, no se solicita nuestra colaboración, parecen todos ignorar que existimos; ¿qué diablos hacemos nosotros aquí?

—Tienes razón — murmuró el marqués—. No se cuenta para nada con nosotros, a pesar de saber todos que éramos los mejores amigos de Oscar Luis.

Salieron de palacio y se dirigieron a un restaurante aristocrático, donde cenaron, de mal humor y sin apetito, permaneciendo allí reunidos hasta cerca de las once de la noche, hora en que se separaron para dirigirse cada cual a su domicilio.

Serían aproximadamente las dos de la madrugada, y Eduardo Montespín, después de revolverse durante largo tiempo en el lecho, presa de terribles preocupaciones por la suerte que hubiese podido correr su soberano, acababa de conciliar el sueño, cuando le despertaron bruscamente unos golpes dados contra la puerta de su alcoba.

—¡Por vida de...!—exclamó el capitán incorporándose colérico—. ¿Quién es el bribón que se atreve a llamar de esa manera?

—¡Maldito sea tu sueño—respondió desde el otro lado de la puerta la voz del marqués de Canevari—. ¡Despierta, holgazán, despierta de una vez!

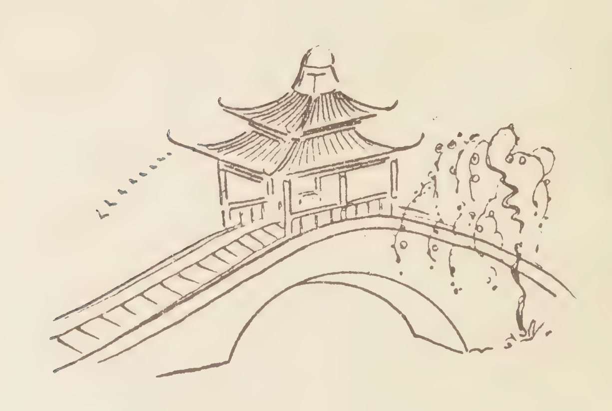
—¡Ah! ¿Eres tú?—dijo Eduardo saltando del lecho y yendo a abrir—. ¿Qué sucede para que vengas a incomodarme a estas horas?

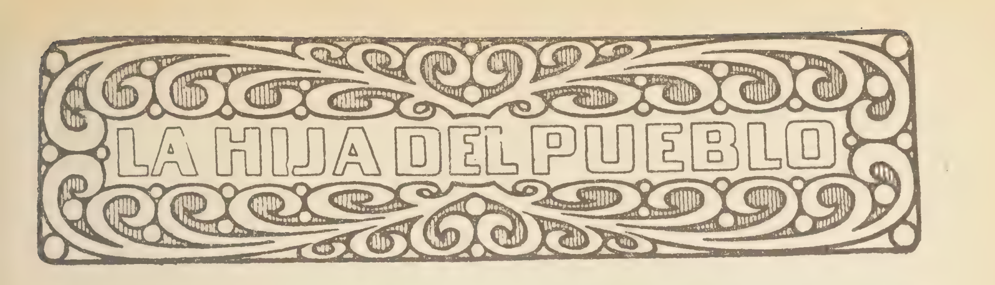
Abierta la puerta, el marqués se precipitó dentro de la alcoba, y echando los brazos al cuello del capitán, gritó loco de júbilo:

—¡Una gran noticia!... ¡Una gran noticia!

—Pero, ¿qué noticia es ésa?—inquirió Eduardo.

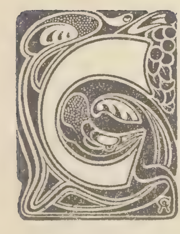
—¡El rey ha vuelto! ¡Acaban de avisarme que ha vuelto el rey!






## CAPITULO VI

### En el Castillo de las Aguilas




UANDO María Teresa volvió a la realidad, se encontró sentada en el mullido asiento de un automóvil, que a una velocidad pasmosa atravesaba regiones completamente desconocidas para ella.

Tardó un rato en salir de su estupor y en coordinar sus ideas.

Sentado a su lado, el barón Cosme Novelli sonreía observándola de reojo. A sus pies estaban el trapo y las cuerdas con que la habían atado y amordazado antes de sacarla de su mazmorra, situada en la torre de la antigua fortaleza.

María Teresa no pudo evitar un estremecimiento de todo su ser al reconocer en su acompañante al hombre que la había invitado a salir de su prisión con el pretexto de que el rey había decretado su libertad.

¿Qué había pasado desde que ella cayera desvanecida en

los brazos de los esbirros que obedecían las órdenes de aquel hombre sentado a su lado en el interior del automóvil?

¿Dónde la llevaban en aquel vehículo, que con toda rapidez corría por lugares desconocidos?

Todo lo ignoraba la desventurada amante de Oscar Luis, y asaltada de nuevo por su terrible desesperación, preguntó a Cosme Novelli:

—¿Quién sois, caballero? ¿Qué pretendéis hacer conmigo? ¿Dónde me lleváis en este automóvil?

—Soy un servidor del rey—respondió el barón, cruzando tranquilamente una pierna sobre la otra y dirigiendo una rápida mirada al exterior—. Por eso os lo he dado a entender esta mañana antes de sacaros de vuestra prisión.

—¡Un servidor del rey!—exclamó estupefacta María Teresa—. ¿Y es el soberano quien os ha aconsejado emplear conmigo tan groseros procedimientos?

—Callad y tranquilizaos. No puedo daros explicaciones hasta no llegar al término de nuestro viaje.

La hermosa joven dirigió una angustiosa mirada en torno suyo. Por los cristales de las ventanillas, a uno y otro lado del vehículo, el campo amarillento extendíase triste y desolado hasta el horizonte, festoneado por una línea obscura de montañas. Ni un ser viviente en todo cuanto abarcaba la vista; de trecho en trecho aparecían alineados a lo largo del camino algunos arbolillos escuetos, que entregaban al frío vientecillo otoñal sus crujientes hojas secas.

Apartando los ojos del paisaje, María Teresa los fijó por un instante en la parte delantera del automóvil, ocupada por otros dos individuos, cuya atención estaba exclusivamente concentrada en el manejo del mismo, y luego, acuciada por la curiosidad, a pesar de la advertencia del barón, puso fin a su breve silencio preguntando:

—¿Cuál será el término de nuestro viaje?

Cosme Novelli no contestó a estas palabras. Parecía abstraído por graves preocupaciones.

—¡Respondedme, por caridad, caballero!—suplicó llorosa la amante de Oscar Luis—. ¿Cuál será el término del viaje?

—El Castillo de las Aguilas—gruñó el barón.

—¡Oh! ¿Dónde se encuentra ese castillo?

—Tengo orden de no decíroslo.

Esta respuesta seca, terminante, hizo correr un ligero calofrío por los miembros de María Teresa; pero no abatió su curiosidad, que se alimentaba en su desesperación.

—¿Y es el rey quien os ha dado esa orden?

—Sí, el rey.

—Es extraño, caballero. Nunca hubiese creído que su majestad tuviese interés en perjudicar a una pobre mujer...

—No creo que haya dispuesto todo eso por haceros daño.

—¡Dios mío! Me dejáis en una duda terrible, caballero. Dadme una esperanza, haced brotar en mi alma una ilusión para poder pasar estoicamente por todas estas alternativas. ¿Volveré algún día junto al rey, caballero? ¿Veré algún día a su majestad?

—Es posible que él venga a veros.

—¡El!... ¡El!—gritó María Teresa sintiendo que su alma se inflamaba de júbilo—. ¡Bendito seáis, señor! Me acabáis de dar esa esperanza, esa ilusión que os suplicaba. Ver al rey, verle otra vez, aunque sólo sea por un segundo, el tiempo suficiente para poder cambiar con él una mirada: he ahí mi anhelo, el supremo anhelo de mi vida... ¡Gracias, gracias, caballero! Os he creído malo, pero con esa esperanza que generosamente me dais, os habéis transformado ante mis ojos y ante mi corazón. ¿Sois amigo del rey?

—Gozo de su confianza.

—¡Ah! Conozco a Oscar, y sé que sólo personas dignas pueden ser acreedoras de su confianza. Y decidme, señor, ¿habéis visto esta mañana al joven soberano?

—Sólo un momento.

—¿Os dió la impresión de ser un hombre feliz?

—En su rostro impasible no se reflejaba ninguna emoción.

—He suplicado al cielo que permitiese al rey marchar al altar y al trono con el corazón tranquilo. ¡Qué alegría tan grande sentiría yo si supiese que mis súplicas fueron escuchadas!

El barón no contestó a estas palabras y pareció concentrar su atención en el paisaje desolado que se dominaba a través del cristal de la ventanilla.

—¿Está muy lejos ese castillo?—preguntó María Teresa, después de un largo silencio y bastante tranquilizada ya, desde que creía que su acompañante obraba por cuenta del rey.

—Esperamos llegar a él al cerrar la noche.

—¿Volveréis a la corte después de dejarme allí?

—Esa es mi misión.

—¿Quién habita ese castillo?

—Unas buenas gentes que os atenderán con toda solicitud y respeto.

* * *

Al cabo de una hora de viaje, cuando comenzaba a obscurecer, el paisaje cambió por completo. El "auto" había alcanzado las montañas que, al volver la joven en sí, eran apenas visibles en el horizonte, y el camino serpenteaba ahora por aquellas regiones montuosas, al borde de barrancos profundísimos, para perderse en valles sinuosos y desprovistos casi por completo de vegetación.

Creyó María Teresa que se detendría de un momento a otro, pero no fué así. Al cerrar la noche, el vehículo seguía corriendo por aquel accidentado camino, que la luz de los faros iluminaba en una gran extensión. El viento ululaba sobre las cumbres pétreas de las montañas, doblando los raquíticos árboles de las laderas, y al mirar la joven a través de los cristales, no veía más que sombras; sombras densas, pavorosas, que llenaban su alma de terror y hacían correr por sus miembros continuos estremecimientos.

Y pasó otra hora, luego otra, y María Teresa se decidió al fin, romper el silencio que venía guardando desde hacía tanto tiempo, preguntando a su acompañante, que parecía dormitar recostado en los almohadones:

—¿Es que aún nos queda mucho trecho que recorrer para llegar hasta ese castillo?

El barón se encogió de hombros.

—Así parece—contestó—. Tenga usted paciencia.

María Teresa, rendida de fatiga y de emoción, debilitada por el ayuno, acabó por dormirse acurrucada en un extremo del asiento del automóvil. El barón Novelli no hacía ningún caso de ella. Cansado de aquel larguísimo viaje de automóvil, procuraba adoptar posturas cómodas, luchando contra el sueño que pugnaba por vencerle.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

María Teresa abrió sobresaltada los ojos al sentir una mano que se apoyaba en su hombro.

—¿Qué sucede?—exclamó.

—Hemos llegado—le respondió el barón Novelli, que ya había descendido y estaba asomado a la portezuela del automóvil.

La joven se puso de pie, y con paso inseguro abandonó el vehículo. Al encontrarse al aire libre, donde reinaba una temperatura crudísima, tembló de frío hasta dar diente con diente.

—Vamos—dijo Novelli.

Y echó a andar en la obscuridad. María Teresa le siguió sin ver nada ni a nadie en torno suyo, donde todo eran tinieblas.

A los pocos pasos, el barón empujó una enorme puerta, que rechinó al girar sobre sus goznes, y la bella joven se encontró entonces ante un corredor lóbrego, iluminado por la rojiza luz de un hachón.

—Por aquí—agregó el barón sin detenerse.

Y se internaron en aquel corredor. El corazón le latía pre-

cipitadamente a María Teresa; los temores desechados después de su conversación de la tarde con Novelli, volvían a asaltarla. ¿Dónde la llevaba aquel hombre? ¿Qué propósitos abrigaría? ¿Qué encontraría más allá de ese corredor lóbrego y silencioso, en el cual se percibía como un hálito helado?

No tardó en salir de dudas. Al llegar al fondo del mismo, el barón empujó otra puerta y se encontraron en una amplia sala de muebles y cortinajes viejos y polvorientos. Un candelabro de bronce de dos bujías encendido sobre la chimenea la iluminaban débilmente.

Allí se detuvo Novelli, y después de mirar en torno suyo, gritó golpeando las manos:

—¡Ea! ¿Dónde diablos os habéis metido?

—¿A quiénes llamáis?—preguntó María Teresa sobresaltándose.

—A las gentes de este castillo.

Un instante después, en el umbral de la puerta por la cual habían entrado el barón y la prisionera de la reina madre, aparecieron dos viejas y un viejo de espantable figura. Las viejas, vestidas de negro y tocadas con un pañuelo del mismo color, adquirían en aquel lóbrego lugar el aspecto de esas brujas que, según las leyendas que estremecen de horror a los niños, vagan de noche entre las ruinas de los castillos abandonados mientras graznan los cuervos y la luna alarga sobre las piedras centenarias la sombra de los buhos inmóviles. Bajas de estatura, esqueléticas y un poco encorvadas, a pesar de sus años, sus ojos tenían el brillo y la fijeza de los pajarracos nocturnos, y la nariz, afilada como el pico de estas aves, les sobresalía un palmo de sus rostros cadavéricos, de piel amarillenta y arrugada.

El viejo, si bien parecía un poco más joven que ellas, no dejaba de tener su aire siniestro. Llevaba encima una raída capa que, desprendida, dejaba ver su grueso traje de pana y la roja y grasienta pechera de su camisa. Después de hacer

una profunda reverencia al barón, se adelantó respetuosamente, diciendo con sombrío acento:

—¡Alabado sea Dios, que os trae de nuevo a este rincón donde no os veíamos desde hacía tantos años! Sed bien venido, excelencia, y que el cielo os dé salud para repetir muchas veces aún este viaje...

—Si supieras la poca gracia que me hace—gruñó Novelli—no hablarías de ese modo.

Y elevando la voz preguntó, mientras las dos viejas se acercaban también a él:

—¿Sabéis ya a qué ateneros respecto a mi viaje?

—Esos dos buenos mozos que os han acompañado acaban de informarnos de todo—respondió el anciano, mientras sus ojillos grises brillaban maliciosamente.

—¿Está todo preparado?

—Dadnos unos minutos más de tiempo y las habitaciones quedarán listas.

—Bien: la primera que debéis dejar lista es la que ha de ocupar esta joven durante el tiempo que permanezca en el castillo.

—¡Ah, muy bien!—exclamó el viejo mirando de pies a cabeza a la amada de Oscar Luis.

—¡Daos prisa!—ordenó Novelli.

Giraron rápidamente sobre sus talones los tres viejos y desaparecieron por donde habían venido murmurando excusas, que María Teresa no alcanzó a comprender y, probablemente, Novelli tampoco.

Llena de pavor, la joven dió unos pasos hacia el barón, preguntándole:

—¿Es esa la gente en compañía de la cual deberé vivir en este castillo?

—Tomás, Gabriela y Sabina serán vuestros servidores—respondió Novelli—. Tiene el deber de respetaros y de obedeceros.

—Luego, ¿vos os marcháis?

—Mañana al alba.

—¿Y volveréis a ver al rey?

—Muchas veces.

María Teresa inclinó la cabeza, y después de reflexionar un momento, dijo mirando al barón de un modo suplicante:

—Si os diera una carta para el rey, ¿me haríais el favor de entregársela en sus propias manos?

—Os lo prometo.

Un fulgor de esperanza pasó por los hermosos ojos de la joven mientras los paseaba en torno suyo.

—¿Dónde podré escribir esa carta?—se preguntó al mismo tiempo, llena de ansiedad.

—Venid—dijo Novelli—; en la habitación vecina.

Levantando un cortinaje, pasaron a una habitación contigua, amueblada por el estilo de la anterior, y en cuyas paredes se veían panoplias cubiertas de herrumbre y retratos de personajes de los siglos XVI y XVII pintados con colores sombríos.

En un pupitre colocado en un rincón, encontró la joven papel, pluma y tintero, y sentándose delante de él se puso a escribir con mano temblorosa y con el corazón oprimido por una angustia mortal, una larga carta a Oscar Luis, rey de Istralia, desde las diez de la mañana de ese día.

A pesar del temblor de la mano, la pluma corría sobre el papel con bastante rapidez, dejando en él palabras que eran lamentos y sollozos de un alma abandonada y herida por el más cruel de los infortunios. Dos veces la infeliz interrumpió su febril tarea para leer lo que había escrito, y entonces sus mejillas se empaparon de llanto.

Dió, por fin, conclusión a la carta, la dobló cuidadosamente, y después de besarla con unción disponíase a meterla en un sobre, cuando se quedó profundamente pensativa. Al cabo de unos minutos desplegó la carta y se puso a leerla de arriba a abajo. Las lágrimas caían en más abundancia que nunca

de sus ojos, y algunas de ellas mojaban el papel cubierto de una escritura apretada, nerviosa...

—No, no debo enviar esta carta—murmuró de pronto con voz que temblaba—. No es justo que turbe la paz de su alma con mis lamentos. Ya que tanto le amo, tengo el deber de sacrificarme.

Se interrumpió, y con sus pequeñas manos estrechó aquella carta inspirada por su desesperación. Luego, lentamente, la acercó a la llama del candil puesto sobre el pupitre... El papel empezó a arder al contacto de la llama, y María Teresa lo sostenía entre sus dedos mientras el fuego, rápidamente, iba haciendo su obra. Segundos después, casi todo consumido, lo tiró al suelo, y poniéndose de pie se volvió buscando con la mirada al barón Novelli.

Pero el secretario privado de la reina madre ya no estaba en aquella habitación.

Intranquila, María Teresa levantó el cortinaje y pasó a la sala vecina, esperando encontrar allí al barón, cuando una de las horribles viejas le salió al paso.

—La habitación de la señorita está preparada—dijo la siniestra mujer con una sonrisa repugnante.

—Lo que yo deseo saber es dónde está ese caballero que me ha acompañado hasta aquí—respondió María Teresa mirando en torno con inquietud.

—¿Habéis ya concluído la carta?—preguntó la vieja.

—No, he desistido de ella; pero, de todos modos, necesito hablar con el señor barón.

—Se ha retirado a descansar y me ha encargado le lleve a su cuarto la carta que estábais escribiendo.

—Id a decirle que quiero verle.

—Bien, pero aguardad la respuesta en vuestra habitación.

—¿Dónde está mi habitación?

—En el primer piso; seguidme.

Echó María Teresa a andar detrás de aquella bruja, y después de llegar al primer piso, subiendo por una ancha es-

calera de peldaños de piedra y de atravesar varios corredores y pasillos, penetraron en una habitación iluminada por la luz de un candil.

—Esperad aquí—dijo la espantable mujer—. En seguida vendré a traeros la respuesta del señor barón.

Y salió, cerrando la puerta tras sí.

Inquieta, medrosa, la joven levantó la vista hacia el crucifijo que pendía encima de la cabecera de la cama de hierro dispuesta en aquel lugar.

—¡Oh, Dios mío!—imploró—. ¡No me abandones!

Pasado un buen rato, se oyeron en el corredor los pasos de la vieja que volvía.

María Teresa, temblando de ansiedad, se dirigió hacia la puerta en el momento que la bruja, entreabriéndola, asomaba su cabeza dentro de la habitación.

—Querida señorita—dijo, sin dar tiempo a que la joven la interrogase—; el señor barón, que ya está en el lecho, os ruega que os acostéis tranquila. Vendrá a veros mañana, antes de partir del castillo.

Y sin añadir una palabra más, cerró la puerta y se alejó de allí a paso rápido.

María Teresa permaneció algunos segundos como alelada. A pesar de todos sus temores, a pesar de sus funestos presentimientos, no se decidía aún a creer que era víctima de una burla infame.

—Mañana—murmuró—, sea..., esperaré...

Y volviéndose de nuevo hacia el crucifijo, imploró juntando sus manos:

—¡Por mi hijo, Dios mío! ¡Por él tiemblo, por él lloro! ¡Apiádate, Señor, de esa desdichada criatura, fruto de mis tristes amores!

* * *

Durmióse María Teresa, vestida sobre el lecho, y cuando a la mañana siguiente abrió los ojos, un rayo de sol se des-

lizaba entre los entornados postigos de la ventana y temblaba en la bruñida lámina del espejo colocado encima del lavabo.

Pensando en el barón Novelli, se levantó de prisa, y sin hacerse tocado matinal, corrió hacia la puerta.

Mas no pudo abrirla por más que tiró de ella y forzó el pestillo. Comprendiendo entonces que debían haberla cerrado con llave por la parte de afuera, se puso a golpearla con todas sus fuerzas y a dar voces.

El castillo estaba sumido en un silencio profundo; diríase que sus habitantes dormían aún o que lo habían abandonado.

Al poco rato oyó la joven rápidos pasos que se acercaban por el corredor, y dejó entonces de golpear la puerta, tranquilizándose algo.

—¿Llamáis?—preguntó la voz de la vieja que durante la noche la había acompañado hasta allí.

—Sí; abrid—respondió María Teresa.

—Va, va... Tened un poco de paciencia.

Rechinó una llave en la cerradura, y un minuto después la vieja aparecía en el umbral.

—¿Qué? ¿Habéis pasado bien la noche?—preguntó mirando a la joven de arriba a abajo.

—¿Dónde está el barón?—inquirió María Teresa, sin pensar en contestar a las preguntas que la vieja acababa de dirigirle—. Llevadme en seguida a su presencia.

La bruja dejó escapar una risilla siniestra.

—Para ver al barón debíais haber madrugado un poco más, mi querida señorita.

La amada del rey se estremeció.

—¿Qué queréis decir?—preguntó mirando angustiosamente a su horrible interlocutora.

—Hace ya un buen rato que su excelencia ha partido.

—¡Partido!—exclamó la desdichada joven retrocediendo un paso y mudando de color—. ¡Dios santo! ¡Partido y sin explicarse, sin escucharme! ¡Oh! ¡Si eso es verdad, si es cier-

to que ese hombre me ha abandonado, es que estoy perdida, es que he sido engañada miserablemente !

—No creo que haya engaño—respondió la vieja—. El señor barón os ha traído al castillo tal y conforme se lo mandaron, y una vez aquí, se ha vuelto a la corte dejándoos a nuestro cuidado. ¿Qué otra cosa podíais esperar de él?

—Pero, ¿no es el rey quien ha dado esa orden al señor barón?—preguntó María Teresa oprimiéndose el pecho con las manos.

—Sí, él debió ser. ¿No es el rey quien manda ahora en Istralia?

María Teresa estaba desconcertada escuchando a la vieja, cuyas palabras no alcanzaba a comprender, como tampoco podía aquélla entender las suyas.

—¿Sabríais decirme con qué fin se me ha traído a este castillo?—preguntó, dominada por mortal angustia—. ¿No os ha explicado nada el caballero que me acompañó hasta aquí?

—Yo nada sé ni nada me dijo el señor barón; pero si estáis aquí, por poco de bueno debe ser...

—¡Oh! ¿Qué es lo que pensáis de mí?

La vieja sonrió maliciosamente.

—¡Vamos, vamos, pollita!—dijo con ironía—; no os hagáis la mosca muerta. Cuando os mandan aquí, es porque habréis cometido en la corte alguna diablura. Confesadlo.

—¡Dios mío! ¿Es que se me trajo aquí condenada?—murmuró, aterrada, la sinventura.

—Algo de eso, algo de eso, aunque con vos tenemos orden de no extremar el rigor.

—Pero, ¿qué lugar es éste?

—El Castillo de las Aguilas.

—¿Y a qué se le destina?

—Es el purgatorio de la corte, como dice nuestro amigo Tomás, que está siempre de buen humor. Cuando algún personaje comete allá una diablura, lo envían aquí a purgar su

falta. Hace tiempo que no venía nadie a hacernos compañía, hasta que anoche os ha tocado a vos.

—¡Ah! ¿Luego yo soy aquí una prisionera?

—Sí; pero gozáis de más privilegios que nadie, puesto que podréis pasearos por todo el castillo sin que podamos deciros nada, y hasta tendréis libertad de trasponer la muralla si encontráis en ello alguna satisfacción.

Sintiéndose desfallecer, María Teresa se dejó caer en una silla y ocultó la cabeza entre sus manos.

—¡Esto no puede ser obra de Oscar Luis!—exclamó—. ¡El no puede condenar a su hijo a nacer en una prisión!

La vieja la tocó en un brazo con su mano sarmentosa, amarillenta.

—No lloréis; aquí lo pasaréis bastante bien en nuestra compañía, si es que no despreciáis a los pobres. La despensa del castillo está bien provista; hay en la bodega buenos vinos. ¿Dónde queréis que os sirva el desayuno?

—¡Dejadme!—exclamó María Teresa en el paroxismo de su desesperación—. ¡Quitaos de mi lado!

—¡Jesús!—exclamó la espantable anciana dando un paso atrás—. ¡Vaya una rabieta que trae la mocita esta!... Está bien, está bien, niña; ya depondréis vuestro orgullo, si es que no queréis moriros de aburrimiento.

Retrocediendo y mirando a la joven con todo descaro, llegó hasta la puerta y salió sin acordarse de cerrarla. Entonces María Teresa se puso de pie, dió una vuelta por la habitación, murmurando entre roncos sollozos palabras incoherentes, y sin darse, probablemente, cuenta de lo que hacía, se detuvo ante la ventana y la abrió de par en par.

Un paisaje imponente se ofreció a sus ojos. Bajo un cielo magnífico, sin una nube, extendíase, cubierta de nieve, una soberbia cordillera. Todo era blanco en torno al castillo enclavado en la cumbre más alta de aquellas montañas. Y enjugándose los ojos, la joven escrutó las pétreas laderas, los valles profundísimos, las hondonadas, los barrancos, esperando

descubrir en alguna parte un caserío, una choza que le indicase la presencia en aquel lugar de seres humanos, aparte de los que habitaban en el castillo, de seres à los cuales pudiese hacer llegar sus lamentos y escuchar de ellos una palabra de consuelo o de esperanza; pero el hombre parecía excluído de aquella desolación inmensa, y un silencio de muerte envolvía a aquella naturaleza yerta a la cual no debía llegar ningún eco del mundo, del que la desventurada acababa de ser desterrada sin que comprendiese muy bien los motivos.

Apoyada la frente en el alféizar de la ventana, lloraba María Teresa la muerte de sus últimas esperanzas, cuando de pronto atrajo su atención y la arrancó de su dolor un ruido extraño que parecía bajar del cielo.

Por la nevada cumbre de una montaña próxima corrió una sombra que se agrandaba a medida que el ruido se oía más cerca. Levantó la joven la cabeza, y a poca altura de donde estaba divisó un águila gigantesca que volaba hacia el valle, batiendo majestuosamente sus enormes y poderosas alas de renegrido plumaje.

Durante largo rato siguió María Teresa con una atención que a ella misma sorprendía el vuelo del ave. Llegado que hubo sobre el valle, empezó a planear, descendiendo en forma de espiral hasta una altura de unos ciento cincuenta metros del suelo. Esperaba la joven que el pajarraco se posase en tierra, y cuando casi le había perdido de vista, le vió remontarse nuevamente a gran altura y desaparecer después tras los picos de unas montañas próximas.

Entonces fué cuando creyó advertir algo que se movía allá, en la profundidad del círculo de montañas. Intrigada, siguió observando, y al poco rato, a medida que "aquello" se acercaba, ascendiendo por una empinada ladera, fué adquiriendo a los ojos de la joven formas definidas. Sí, era un hombre el que avanzaba a lomos de un borrico de pelaje gris, que muchas veces se confundía con el tono del suelo... María

Teresa suspiró y dirigió al cielo una mirada de gratitud. ¡No estaba en aquellas regiones tan sola como había creído!

Minutos más tarde, el hombre del borrico, que parecía seguir avanzando en dirección al castillo, estaba lo suficientemente próximo para que María Teresa pudiese deducir por sus vestiduras que se trataba de un sacerdote. Al pasar por un lugar al que la luz del sol llegaba sin encontrar obstáculos, el clérigo, satisfecho de recibir aquel baño tibio y luminoso, se quitó por un momento el sombrero, y entonces la joven pudo ver que sus cabellos eran blancos como la nieve de las más altas cumbres.

—¡Dios mío Todopoderoso!—exclamó con apagada voz. —¿Vendrá ese sarcedote en mi ayuda enviado por Ti?






## CAPITULO VII

### El substituto

REEMPLAZAR a mi hijo?—exclamó la reina madre, calmado un poco la terrible impresión que acababa de producirle la propuesta del conde Federico—. Pero, ¿sabes tú lo que dices, desventurado?

Lisandri permaneció impasible ante el dolor y la indignación de que la egregia dama parecía poseída.

—Majestad—respondió—: ¿no habéis sacrificado el corazón de Oscar Luis al interés de la corona?

—¡Oh! ¿Qué tiene que ver eso con la aberración que ahora me propones?.

—Escuchadme serenamente, señora. La solución que os propongo nó tiene nada de inhumano. Se trata de sacrificar un poco de vuestro legítimo orgullo de madre en beneficio del reino y del porvenir de vuestro hijo.

—No te comprendo—balbuceó la reina con voz ahogada, dominando su excitación.

—Majestad: la substitución durará hasta que el rey aparezca. Cuando esto suceda, el substituto desaparecerá, y nadie se habrá enterado de nada. Sólo cinco personas estaremos en el secreto: vuestra majestad, la joven reina Alcira, el barón Cosme Novelli, vuestro secretario privado, el falso rey y yo.

—Y el verdadero rey... cuando regrese—murmuró la madre de Oscar Luis.

—Exacto; pero su majestad no podrá indignarse ante nuestra obra; reconocerá que hemos obrado en beneficio de su corona.

La soberana volvió a tomar asiento y pareció sumirse en hondas cavilaciones, mientras sus blancas manos, todavía frescas, retorcían nerviosamente el hilo de brillantes que adornaba su cuello. De pie, frente a ella, en una postura rígida y digna, el conde Federico, seguro de su triunfo, aguardaba a que aquella mujer, dueña de un país, se doblegase ante su voluntad, aceptando su propuesta.

* * *

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta de la cámara dentro de la cual se encontraban la soberana y el conde Federico.

—¿Quién puede ser el que se atreve a molestarnos en este momento?—preguntó su majestad con un ligero sobresalto.

—Alguna noticia importante, sin duda—murmuró el conde—. ¿Me autorizáis a abrir la puerta?

—Hacedlo... ¡Si fuera mi hijo que vuelve!

Y al pronunciar estas palabras, una leve humedad se extendió por los ojos de la reina madre, que en aquel momento no se sabía si sufría más por la misteriosa suerte de su hijo o por la suerte del reino abandonado por su joven rey.

El conde Federico se dirigió hacia la puerta, y, al abrirla, exclamó, reconociendo al hombre de ropas polvorientas que estaba en el umbral:

—¡Barón Novelli!

—Buenas noches—respondió el nombrado con cierta agitación en la voz—. ¿Se encuentra aquí su majestad?

—Aquí estoy, barón—dijo la reina desde su asiento—. Acercaos.

Cosme Novelli penetró en la cámara, y, sombrero en mano, se acercó a su majestad, mientras el conde se cuidaba de cerrar de nuevo la puerta.

—¿Qué noticias me traéis?

—He cumplido la misión que vuestra majestad tuvo a bien encomendarme, y de regreso de aquellas apartadas regiones, me sorprende la nueva de la desaparición de nuestro joven soberano.

—Ya veis, barón; estamos en desgracia...

—El caso es, señora—siguió diciendo Novelli—, que al entrar en palacio me encuentro con todo el Consejo de ministros reunido en el salón de tapices; los ministros quieren saber a qué atenerse respecto a la extraña situación en que se encuentran.

—Eso es grave—dijo el conde Federico, interviniendo en la conversación—. No se puede seguir entreteniendo por más tiempo al Gabinete. ¿Se da vuestra majestad exacta cuenta del problema que se le plantearía a la Corona si los ministros, muchos de los cuales son jefes de partido, convocasen al Parlamento?

La reina se llevó las manos a las sienes.

—¡Es horrible!—exclamó—. ¿Por qué me habrá condenado Dios a pasar por este suplicio?

El barón Novelli y el conde cambiaron una mirada de inteligencia.

—Señora—dijo el primero de éstos a la reina—, ¿qué contestamos al Consejo ministerial?

La madre de Oscar Luis se volvió al conde Federico, y mirándole de un modo entre doloroso y suplicante, murmuró:

—¡Aconséjeme!

El miserable hizo una seña de asentimiento, y volviéndose a su vez al barón, dijo:

—Comunicad a los ministros que el rey mejora y que mañana, antes de las diez, quedará resuelta su situación.

Novelli vaciló, mirando al conde y a la reina con cierta inquietud. Le parecía que éste iba demasiado lejos.

—¿Qué esperáis?—inquirió el jefe de la guardia.

—Id—mandó la soberana—. Haced lo que Lisandri propone.

El barón salió.

—¿Se ha convencido ahora vuestra majestad, que no hay otra solución que la que yo tengo el honor de proponeros?—preguntó el jefe de la guardia, tan pronto volvió a quedar solo en presencia de la reina madre.

—Sí, tienes razón; pero, ¿es que cuentas solamente conmigo para llevar a cabo tu plan? ¿Consiente en ello mi nuera?

—La joven reina está dispuesta a sacrificarse la primera.

—¿Te lo ha dicho ella así?

—No; pero sé que tan pronto le exponga mi proyecto lo aprobará si vuestra majestad lo ha aprobado antes.

Se abrió otro silencio entre los dos personajes. La reina madre, inquieta, indecisa, atormentada por toda suerte de temores, volvió a sumirse en hondas cavilaciones.

—Pero...—murmuró de pronto, exhalando un suspiro y fijando en el conde una mirada angustiosa—, ¿no comprendes que no es nada fácil la realización de tu proyecto? No basta que las reinas lo aprobemos. ¿Cómo vencerás los inconvenientes que surjan después?

—Los he previsto todos.

—¡Eso es imposible! ¿Cómo te las arreglarás para substituir al rey? ¿Dónde encontrar un hombre que se le parezca y que al mismo tiempo pueda desempeñar con toda desenvoltura su difícil papel?

—Tengo a ese hombre—declaró solemnemente el conde Federico.

La reina hizo un gesto de estupor.

—No puedo creerte—murmuró en seguida esbozando una leve sonrisa—. El buen deseo que abrigas de ser útil a mi causa te engaña, haciéndote creer fáciles todos los caminos.

—Si vuestra majestad lo desea, ese hombre estará en palacio antes de dos horas.

La sonrisa que la reina madre tenía en los labios se borró como por encanto ante esta afirmación que el conde Federico hacía con toda serenidad. Había que creerle. Y el estupor volvió a reflejarse en el venerable rostro de la egregia dama.

—Es preciso reconocer que eres un hombre que todo lo puede—dijo—. Pero, ¿tienes fe en ese substituto? ¿Crees que sabrá desempeñar su papel sin suscitar sospechas?

—De todo respondo a vuestra majestad.

—Hay otros invonvenientes, conde. Es preciso que miremos la situación con toda serenidad. ¿Y los amigos del rey? ¿Y los criados íntimos de Oscar Luis? A esos no será fácil engañarlos.

—Lo sé; pero esa dificultad será pronto vencida. Alejaremos a los amigos y daremos otro empleo a los criados.

—Sospecharán...

—Eso depende de como se hagan las cosas.

—Quedan los ministros. Los ministros deben despachar un día de estos con el rey; los hay entre ellos que conocen muy bien a Oscar Luis, ¿cómo engañarles?

—Alejándolos.

—¡Oh! ¡Eso es ir demasiado lejos!

—No tema vuestra majestad—contestó el miserable, en cuyos ojos se reflejaba la alegría del hombre que llega a la meta codiciada derribando todos los obstáculos—. Le será admitida a los ministros la renuncia que han presentado al rey para darle lugar a reformar el Gabinete, si lo cree conveniente...

—Es costumbre que los reyes confirmen en el Poder al Gabinete que gobernaba al ceñir ellos la corona.

—¡Qué importa! ¿Acaso no sabe todo el mundo que Oscar Luis I se ha distinguido siempre por sus ideas innovadoras? A nadie podrá extrañar, por lo tanto, que acepte la dimisión llevado por deseos de reorganizar la administración del país.

La reina volvió a reflexionar.

—Confieso que me das miedo—murmuró al cabo de un corto rato de silencio—. Presiento que la aventura pueda costarme cara, sobre todo si Oscar Luis tarda en regresar a la corte.

El conde se inclinó hacia la reina, puesta una mano en el pecho y la otra en la empuñadura de su espada.

—¿Es que vuestra majestad no tiene confianza en este humilde servidor?

—Sí, la tengo, y absoluta; mas, en este caso, temo que la obra que te propones emprender sea superior a tus fuerzas.

—Doy a vuestra majestad mi palabra de honor que sabré vencer todas las dificultades y hacer abortar todos los peligros. ¡Antes que consentir ver empañado el honor de la Corona por mi culpa, sacrificaré mi vida y la de mis colaboradores!

—Eres el más abnegado de los servidores del Trono—respondió la reina madre, conmovida por las palabras de aquel miserable que había asesinado a su hijo—. Ya no dudo de tus fuerzas; tienes amplios poderes para obrar a tu antojo: la suerte del trono de Istralia está en tus manos.

Lisandri se inclinó nuevamente ante la soberana, fingiendo una emoción que no sentía.

—Gracias, majestad—respondió—. ¡Os juro que sabré ser digno de la confianza con que me honráis! Son las diez de la noche; si queréis, antes de las doce conoceréis al hombre que ha de reemplazar al rey.

—Ve en su busca, y que Dios nos ampare a todos.

* * *

Rodolfo Carpi, en pijama y tendido en un diván, sobre cojines de damasco, con los ojos fijos en el techo y un cigarri-

llo aromático entre los labios, pensaba en una combinación para ganar a la ruleta, que se le había ocurrido la noche antes, sin hacer ningún caso de la hermosa rubia que, acurrucada junto al diván, sobre un enorme almohadón, pretendía conmoverle l[illegible] yendo los versos de un libro que tenía en las manos.

—¡Cordero mío!—dijo de pronto la linda rubia interrumpiendo su lectura y fijando en Rodolfo Carpi una mirada impregnada de ternura—. ¿Qué te parece ese poema titulado "Rosas marchitas"?

—¡Tonterías!—gruñó el del pijama con un gesto de fastidio—. ¡No comprendo cómo puede haber gentes tan estúpidas que se entretengan en componer versos a las flores que se marchitan!

—¡Oh! Es que tú no comprendes el encanto de la poesía, Rodolfo. A mí, un verso bien escrito me emociona y me hace llorar.

—Estoy seguro que no se te ocurrirá hacerlo cuando acabas de darte colorete. Mira, Clara, si no se te ocurre distraerme con otra cosa mejor que esos versos, déjame en paz. ¡Bastante tengo yo en qué pensar!

La rubia bajó la cabeza y un hondo suspiro hizo estremecer sus senos, que el exagerado escote de su peinador de raso dejaba casi al descubierto.

—Todo te hastía, todo te cansa—murmuró con tristeza—. Ya no soy para ti más que un estorbo...

—Las mujeres siempre son un estorbo cuando padecen dentro de casa de manía romántica.

—Hace tres meses no hablabas ni pensabas así. Entonces todo lo que yo hacía te parecía de perlas... ¡Ah! ¡Los hombres, los hombres! Todos sois iguales.

—Ya que tanta experiencia tienes de ellos, no debes llamarte a engaño—respondió con mordacidad Rodolfo Carpi, arrojando a un rincón el cigarrillo que casi había consumido entre sus labios.

—Así debía ser, pero tu amor era tan vehemente... ¡Me hacías tantos juramentos!

—Puedes estar orgullosa de haber sabido encender en mi pecho una pasión arrebatadora.



*—¿Qué le sucede?... ¿Se siente mal?*

—¡Si quedase aún algo de ella!... Pero sólo las cenizas sobreviven de todo aquel fuego.

—Tú tampoco eres la misma.

—¿Yo, que tanto te amo? ¿Yo, que enloquezco por culpa de tu indiferencia?—exclamó con acento dolorido la hermosa mujer—. ¿Qué desengaños puedo haberte dado?

—¡Bah!... Una cosa eras en el teatro y otra en la vida real. No fuiste tú quien encendió en mi pecho ese amor volcánico; fueron los papeles que representabas, fué el público que, con aplausos, te engrandecía a mis ojos. Yo me enamoré de la artista, y la artista, en su vida íntima, me resultó una mujer como otra cualquiera.

—Te he dado mi amor, te he consagrado mi vida; no tengo otro empeño que el de hacerte feliz. ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué otra cosa puedes pedir?

Rodolfo, que estaba tendido boca arriba en el diván, se volvió hacia ella.

—Yo no me quejo, Clara—dijo con acento de falsete—. ¿A qué diablos has promovido esta discusión?

—Eres tú, redomado calavera, quien la ha promovido.

—Pues ha sido sin darme cuenta de ello. Te aseguro que no tengo ningún deseo de reñir. La culpa, ahora que comprendo, la tiene el maldito poeta que escribió esos versos que a ti te hacen perder la cabeza. Sigue leyendo si quieres, pero en voz baja. No hagas que los ripios de ese desventurado me echen a perder la bonita combinación que ha de proporcionarme cincuenta mil francos...

—El juego, la ruleta... ¡Eso es lo único que a ti te preocupa!—protestó la rubia sin levantar mucho la voz—. ¿No piensas, insensato, que estás al borde de la ruina?

Exasperado por estas palabras, Rodolfo Carpi se incorporó hasta quedar sentado en el diván entre los cojines.

—¿Es que te has propuesto acabar con mi paciencia?—exclamó—. ¿Qué diablos te importa a ti, después de todo, si el juego me arruina? El dinero que gasto es mío, exclusivamente mío, legítimamente heredado... ¿A quién le importa un comino?

—Cálmate, no te pongas así—respondió un poco atemori-

zada la joven—. Si no te amase tanto, la suerte que podrías correr dejándote llevar por el vicio del juego no me preocuparía lo más mínimo. Haría contigo lo que hacen los pájaros al acabarse el grano: levantaría el vuelo. Pero es que tu felicidad me interesa sobremanera; yo no podré abandonarte nunca, y tu desgracia ha de repercutir por ello en mi vida y en mi corazón. Por otra parte, ¿crees que a tus padres, si vivieran, les haría algún gozo ver cómo destruyes inconscientemente la fortuna que a ellos les costó tantos sacrificios amontonar?

—Hablas como un preceptor, y a fe mía que yo no estoy en edad de escuchar consejos. Yo soy aquí el amo, y, por otra parte, no obligo a nadie a que viva a mi lado contra su voluntad.

Dos gruesas lágrimas saltaron de los ojos de la joven.

—¡Ingrato!... ¡Más que ingrato!... ¡Ah, si yo pudiera arrancar este amor loco que me encadena a ti!

—Todo es posible, querida—respondió él con una ironía monstruosa.

Y poniéndose de pie se acercó a una mesilla colocada en el centro de la estancia, cogió de encima de ella un cigarrillo, lo encendió con la mayor indiferencia y dejándose caer en un sillón, cruzó una pierna sobre la otra y se puso a fumar sin mirar a su compañera.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó ésta sollozando y ocultando su cabeza entre los cojines del diván—. ¡Haz que el joven rey de Istralia realice mis ardientes esperanzas, suprimiendo el juego en todo el país! ¿Inspírale, Señor, y él, que es tan noble, tan bueno, tan generoso, comprenderá en seguida el perjuicio que causan esos antros infames, donde los hombres que amamos se dejan el pan de sus mujeres y de sus hijos, y hasta el honor, y los barrerá de un solo golpe!

Una estridente carcajada de Rodolfo Carpi acogió estas palabras de Clara, pronunciadas entre sollozos que hacían temblar sus blancos senos en el marco de encajes del cuello de su peinador.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella volviendo hacia su amante su rostro bañado en lágrimas.

—De tus absurdas esperanzas. El rey no será tan tonto para suprimir las casas de juego, en las que se solazan todos sus cortesanos. Además, es joven, y como todos los hombres de su edad, debe sentir pasión por las diversiones...

—Oscar Luis ha tenido siempre fama de muchacho juicioso; no se conoce un acto de su vida que sea reprobable. ¿Por qué no procederás tú como él? Físicamente os parecéis, pero vuestros sentimientos y vuestros gustos, ¡son tan distintos!

—Hablas como una mujer sin juicio. ¿Es que te has enamorado del rey por el hecho de que físicamente se me parece?

—No, sigo queriéndote a ti solo, por mi desgracia, y por lo mismo que te quiero, desearía que fueses como el rey.

—¡Valiente cosa es ese muñeco coronado! Decididamente, Clara, te has propuesto amargarme la existencia esta noche por todos los medios posibles. ¡Mira que llegar hasta a compararme con Oscar Luis! En fin, lo mejor será que adelante la hora de mi marcha al Casino. Llama para que me preparen la ropa.

Diciendo esto, Rodolfo Carpi volvió a ponerse de pie y dió una vuelta por la estancia sin poder ocultar la nerviosidad que le poseía. Clara, enjugándose las lágrimas, se levantó también y se dirigió hacia la puerta sin mirar a su amante.

—Buenas noches—le dijo éste con sorna, en el momento que trasponía el umbral—, y no te olvides de soñar con el rey cuyas cualidades merecen toda tu admiración.

* * *

Quedó Rodolfo Carpi solo, esperando que su ayuda de cámara viniese a avisarle de un momento a otro que su ropa estaba preparada, y sin preocuparse ya de su amante tornó a dar vueltas en su magín a aquella combinación que se le ha-

bía ocurrido la víspera, y que consideraba infalible para ganar a la ruleta.

—Tres vueltas al siete—murmuraba, paseándose por la habitación—. No puede fallar... Pierdo en el siete, en el catorce; pero en el veintiuno levanto la banca... Lo menos cincuenta mil francos... ¡Vaya, vaya! ¡Alguna vez había de ser la mía.

En vez del ayuda de cámara fué la doncella la que vino a distraerle de sus cavilaciones, presentándole una tarjeta sobre una bandeja de plata.

—¿Qué es esto?—inquirió malhumorado Rodolfo, contemplando la tarjeta que la doncella le presentaba y sin decidirse a cogerla.

—Un caballero, amigo del señorito, que quiere verle con toda urgencia—contestó la joven—. Espera en el recibimiento.

—¡Vaya una visita inoportuna!—gruñó Carpi, cogiendo por fin la tarjeta—. ¡Y justamente llega cuando me disponía a salir para experimentar mi estupenda combinación!

Pero al fijarse en el nombre impreso en la cartulina, su malhumor desapareció como por encanto.

—¡Federico Lisandri!—exclamó—. ¡Ah!... Esta no es visita de etiqueta, como yo temía, y me acompañará al Casino. ¡Ea, muchacha, acompáñale hasta aquí!

—Bien, señorito.

Marchóse la doncella, y un minuto más tarde el conde Federico, trajeado con su uniforme de capitán de la Guardia regia, estaba en presencia de Rodolfo Carpi.

—¿Tú por aquí?—exclamó éste tendiéndole la mano—. ¡Qué milagro! Estaba lejos de esperarte, sabiendo que tienes tanto que hacer en palacio con motivo de la coronación del rey.

El conde lanzó una mirada escrutadora en torno suyo, y respondió a Carpi:

—¿Podríamos hablar aquí con entera libertad, sin correr el riesgo de que alguien escuchara nuestras palabras?

Rodolfo retrocedió un paso mirando al jefe de la Guardia con la mayor extrañeza.

—¡Caray! ¿Tan grave es lo que tienes que decirme?

—De una gravedad extrema.

—Tú bromeas...

—Te juro que no; no son estos momentos para bromear, mi querido amigo...

—¿Sabes que me metes el diablo en el cuerpo? ¿Qué demonio de asunto grave puede ser ese que, según tú, me interesa? Siéntate y habla.

—¿Estás seguro que nadie puede oírnos?

—Con bajar la voz y cerrar la puerta.

—Cierra, pues, la puerta.

Rodolfo Carpi así lo hizo, y después, dejándose caer en el diván mientras el conde Federico se acomodaba en un sillón, cerca de él, exclamó:

—¡Sácame ahora de dudas!

—Escucha—dijo el conde Federico bajando la voz todo lo que le fué posible—. ¿Te gustaría ser rey?

Carpi se quedó un momento con los ojos fijos en el rostro de Lisandri, como quien ve visiones. Después, recordando las palabras que un momento antes había cambiado con su amante, frunció el ceño y preguntó con severidad:

—¿Qué broma es ésta?

—Nada de bromas, te lo juro—respondió muy serio el jefe de la Guardia.

—Entonces, ¿a qué viene la preguntita ésa?

—No tardarás en conocer las causas que me inducen a dirigírtela. Responde ahora: ¿te gustaría ser rey?

Carpi no podía creer que su amigo hablase en serio o que estuviese en su sano juicio. Y echándose a reír, contestó:

—¿Rey? Pero, ¿de qué?

—¡Toma! De Istralia.

—¿Yo rey de Istralia? ¡Rayos! ¿Quién te ha trastornado de este modo el juicio, Federico?



—¿Qué broma es esa?
—Nada de bromas, te lo juro—añadió muy serio el jefe de la Guardia.

—Nadie, desgraciado, nadie—dijo el conde impacientándose—. Necesito que me contestes categóricamente que sí, que quieres ser rey. La suerte de Istralia despende de ti en estos momentos.

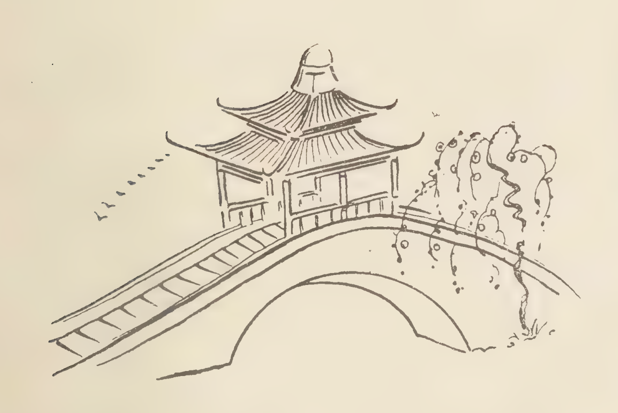
Rodolfo Carpi, que había vuelto a tenderse en el diván, se incorporó con viveza, mirando al conde con la boca abierta.

—Pero, ¿hablas en serio?

—¡Y tan en serio!

—¡Explícate entonces!

—Oscar Luis I ha desaparecido y en palacio necesitamos a un hombre que lo reemplace, que haga de rey. Nadie mejor que tú para desepeñar ese papel, ya que es asombroso tu parecido con el soberano.






## CAPITULO VIII

### Los primeros actos del falso rey

AL cabo de un cuarto de hora de animada conversación, Rodolfo Carpi tendió su mano el conde Federico.

—¡Cuenta conmigo!—exclamó con la faz iluminada por la más intensa alegría.

—Esperaba de ti esa respuesta, Rodolfo—contestó el jefe de la Guardia estrechando efusivamente la mano de su amigo, al mismo tiempo que se ponía de pie—. Procura ahora no olvidar una sola de mis recomendaciones, y partamos. Los minutos son preciosos.

—Antes déjame vestirme. ¿O es que tienes la pretensión de presentarme en pijama a la reina madre y a la graciosa Alcira de Serajev?

—No; apenas lleguemos a palacio te vestirás con las ropas del rey. Echate encima un gabán y salgamos.

—¿Sin despedirme de Clara?

—Deja esa despedida para otro momento... Tendríamos que darle muchas explicaciones, y el tiempo apremia.

—Salgamos. En el recibimiento cogeré mi gabán.

* * *

Ya instalados en el interior del automóvil del conde Federico, Rodolfo Carpi dijo, mientras el vehículo rodaba velozmente en dirección al palacio real:

—Aún no me has explicado qué comportamiento deberé observar con la reina Alcira, mi supuesta esposa.

—En público la tratarás como si fueras el verdadero rey, y en privado... no olvides que Alcira es mi amante.

—Comprendo—respondió Rodolfo—; en privado viviremos como marido y mujer que se desprecian. ¿Sabes que va a resultar divertida esta comedia? ¡Qué lejos estaba yo de imaginar hace una hora que llegaría a sentarme en el trono de Istralia!

—Has nacido con suerte, muchacho.

—No lo niego. Supongo que, como rey, tendré derecho a disfrutar sin trabas de los bienes de la Corona.

—Tendrás todo lo que puedas apetecer.

—Y que no me faltarán mujeres hermosas.

—Podrás formar un harén si lo deseas.

Rodolfo Carpi se echó a reír con todas sus ganas.

—¿Qué es lo que provoca tu hilaridad?—preguntó el conde Federico, un poco sorprendido.

—Me acuerdo de lo que me decía Clara esta noche. ¡Tiene gracia!... ¡Daría la mejor piedra de la corona que voy a ceñir por ver la cara que pondrá mi amiga cuando le pasemos recado de que el rey desea verla en Palacio!

—Calla; ya hemos llegado... Procura adoptar la actitud de un rey.

—No temas; desempeñaré mi papel como si siempre hubiese vivido al lado de soberanos.

El "auto" se detuvo. Estaban ante la escalinata principal de la mansión de los reyes de Istralia, y varios lacayos acudieron a abrir la portezuela.

—Abrid paso a su majestad — dijo el conde Federico, apeándose primero del automóvil.

El falso Oscar Luis saltó tras el miserable, y sin mirar a los servidores, que, llenos de estupor, se inclinaban a su paso, se dirigió precipitadamente hacia la escalinata.

Un minuto más tarde, ambos se encontraban en las habitaciones del soberano.

El conde Federico despidió a todos los criados y dió orden de que nadie se acercase al rey.

—¡Ea, vístete!—dijo a Rodolfo Carpi, que miraba en torno suyo con la expresión de un hombre aturdido—. Allí, sobre esa silla, tienes el uniforme de su majestad.

Pero el substituto del rey no pareció oír estas palabras ni se fijó siquiera en el uniforme que le señalaba el jefe de la Guardia. Su rostro, tan semejante al de Oscar Luis, había palidecido hasta adquirir el color de la cera, y su mirada turbia seguía fijándose en cuanto le rodeaba, sin ver nada, probablemente.

El conde se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿En qué piensas?—le preguntó con voz breve, seca.

—Esto que exiges de mí, Federico—murmuró Carpi—, es más peligroso de lo que yo creía. ¿Dónde iríamos a parar si el rey volviera?

—¡Necio!—exclamó despectivamente el jefe de la Guardia—. ¿Vuelven los muertos desde el otro mundo?

—No; pero..., ¿qué quieres? Tu audacia me da miedo. ¿Y si nos desenmascaran?

—Mi espada está pronta para cortar la mano que pretenda tirar de tu careta.

Silenciosamente, Rodolfo Carpi se quitó el gabán para ponerse el uniforme de Oscar Luis.

—Date prisa—le dijo el conde Federico consultando el reloj—. Sus majestades estarán impacientándose ya.

* * *

La noticia de la llegada del rey corrió por palacio con la rapidez de un reguero de pólvora.

Y los ánimos se serenaban, y los corazones, tras un día de horrible angustia, sentíanse henchidos de júbilo.

Y los servidores, los gentileshombres, los oficiales de la Guardia y demás personas que prestaban servicio o vivían en la regia mansión, se interrogaban unos a los otros, deseosos de tener noticias más completas.

—Pero, ¿es verdad? ¿Quién ha visto al rey?

—Yo le vi de lejos, acompañado del conde Lisandri. Su majestad entró en palacio por la escalinata principal.

—¿Estáis seguros que era él?

—Mis ojos no pueden engañarme.

—¿Quién le recibió?

—Yo he abierto la portezuela del automóvil, señor marqués.

—¡Ah!... ¿Y era el rey el que acompañaba el conde Lisandri? ¿Estás seguro de ello?

—Completamente seguro. Además, el señor conde lo dijo.

—Yo he oído perfectamente al señor conde cuando decía: "Abrid paso a su majestad." ¿Verdad que pronunció esas palabras?

—Sí, es cierto.

—¿Dónde ha ido ahora el rey?

—Se ha dirigido a sus habitaciones.

—¿Está con él el conde Lisandri?

—Sí; el conde Lisandri es quien ha encontrado a su majestad.

—¿Saben las reinas que ha vuelto el rey?

—Deben saberlo.

Y las preguntas, las respuestas, los comentarios, no tenían fin. La aparición de su majestad había promovido en palacio una animación extraordinaria. Los gentileshombres, los nobles, los militares y los lacayos iban y venían de un lado a otro por los corredores, por las galerías, por los jardines, poseídos de una alegría febril que se manifestaba más a través de sus movimientos y de sus gestos, que de sus palabras. El horizonte de la monarquía, obscurecido durante veinticuatro horas, se iluminaba de pronto con la vuelta del soberano, y todos sentían llegar hasta sus almas aquella claridad optimista que era sonrisa de esperanza para el porvenir.

Entretanto, Rodolfo Carpi había terminado de vestirse con el uniforme del rey. El conde Federico, que había seguido todos sus movimientos con una atención extrema, exclamó:

—¡Estoy encantado! Tu parecido con Oscar Luis es asombroso, y mediante algunas precauciones, nadie llegará a caer en el engaño.

El substituto se contemplaba en un espejo que reflejaba su imagen de cuerpo entero.

—No dudo—murmuró—de mi parecido con el rey; pero presiento tantos escollos en mi camino, que me daría por feliz con volver a ser el Rodolfo Carpi conocido tan sólo por los jugadores del Casino y por las cocotes del "Pigall".

—Eso lo dices ahora porque no has probado aún a ser rey. Mañana, cuando te convenzas de lo sencillo y lo divertido que es el oficio, cambiarás inmediatamente de opinión—respondió riendo el jefe de la Guardia y dando unos golpecitos en el hombro a su amigo.

Este exhaló un suspiro y se dejó caer en un sillón, como si le faltasen las fuerzas para permanecer de pie.

—Pero, ¿qué haces?—siguió el conde—. Levántate, hombre, levántate. ¿No te he dicho que las reinas nos esperan?

—Deja que me serene un momento—dijo Carpi pasándose una mano por la frente—. No querrás creerlo, pero cuando

pienso en la altura que acabas de hacerme escalar, me acomete el vértigo.

* * *

La entrevista del substituto con las reinas fué sumamente breve. Al entrar éste acompañado del conde Federico en la habitación en que las dos soberanas se hallaban, hizo una profunda reverencia, y a respetuosa distancia esperó que le dirigiesen la palabra.

La reina madre, asombrada del enorme parecido que en él descubría con su hijo, le examinaba con profunda atención, mientras Alcira cambiaba miradas maliciosas con el jefe de la Guardia.

—Espero—dijo por fin la madre de Oscar Luis con voz débil—que sabréis compenetraros de la misión que vais a desempeñar en beneficio de la Corona y que no os saldréis de los límites que os imponga vuestra propia discreción.

Rodolfo Carpi, poseído de una emoción que no podía disimular, volvió a inclinarse balbuceando confuso:

—No soy más que un servidor humilde de vuestras majestades, y me limitaré a hacer lo que se me ordene.

—Seguirá al pie de la letra mis instrucciones—dijo el conde Federico, mezclándose en la conversación—. Tengo confianza en el patriotismo y en la hidalguía de este hombre.

La reina madre hizo una señal de asentimiento, y prosiguió:

—Se trata, como sabéis, de librar una grande y peligrosa batalla y de entretener en la lucha al enemigo hasta que el rey regrese; pensad, caballero, que la menor imprudencia puede malograr nuestros proyectos y poner en peligro la Corona de Istralia.

—¡Oh, señora!—exclamó Rodolfo Carpi un poco más animado—. Haré cuanto humanamente esté de mi parte para no incurrir en estas imprudencias. Mi mayor orgullo será dejar cuanto antes mi lugar al verdadero rey, limpio de peligros y de trabas el camino que su majestad deba recorrer.

—Bien, caballero. Tendremos fe en vos, como la tenemos en el conde Lisandri, nuestro abnegado servidor. Y no olvidéis que cuando llegue la hora de las recompensas, nuestro agradecimiento se colocará a la altura de vuestros servicios.

—¡Oh, majestad!—volvió a exclamar Rodolfo—. Me bastará con la satisfacción de haber sabido cumplir con mi deber a la medida que me lo exigían mis amados soberanos. No quiero más, ni me hace falta nada.

—Eso va de nuestra cuenta, caballero. Ahora, suponiendo que el conde Federico tendrá aún que daros algunas instrucciones, podéis retiraros con él a los aposentos del rey.

—A los pies de vuestras majestades—murmuró Carpi doblándose en una nueva reverencia y retrocediendo después hasta la puerta.

La reina madre y Alcira contestaron a ese saludo con una inclinación de cabeza, y al quedar solas cambiaron una expresiva mirada.

—¿Qué os parece ese hombre?—preguntó la suegra a la nuera.

—Su asombroso parecido con el rey me ha desconcertado.

—Lo mismo me ocurrió a mí al verle entrar—murmuró la reina madre—. No ofrece más diferencia con mi hijo que en la frente; la de Oscar Luis es más alta, más noble, si queréis.

—He reparado en ese detalle, mas no creo que por eso los que no conozcan íntimamente al rey dejen de tomarle por tal.

La reina madre, que estaba sentada en un sofá, al lado de Alcira, se puso de pie. Vestía un traje de terciopelo obscuro con encajes antiguos en las mangas y en el cuello, y por efecto del contraste con aquella tela, resaltaban más las arrugas de su rostro y parecían más numerosas las canas de sus cabellos.

—Mucho he abusado de mis nervios en estos dos últimos días—dijo reprimiendo un suspiro—. Ya es tiempo que vuel-

va a ser madre para suplicar a Dios que me devuelva a mi hijo.

—Yo también oraré por el rey—dijo Alcira levantándose a su vez del sofá—. Y entretanto, que el Todopoderoso nos dé ánimos para sobrellevar nuestro suplicio.

Pronunciadas estas hipócritas palabras, se acercó a la reina madre, le dió un ligero beso en la frente, y apoyando una mano en su brazo, salieron juntas de aquella sala.

* * *

De vuelta a los aposentos del rey, el conde Federico preguntó a Rodolfo Carpi:

—¿Has quedado satisfecho de la entrevista con sus majestades?

—La cosa ha sido más sencilla de lo que yo creía; por ese lado he comprendido que no tengo nada que temer.

—Y por los otros tampoco. Dentro de un momento dispondré la substitución de tu servidumbre, y luego redactaremos el decreto aceptando la dimisión del Consejo de ministros. Mañana a esta hora tu camino estará libre de obstáculos y podrás portarte como si fueras el verdadero rey de Istralia.

—Bien; pero ahora se me ocurre que hay un asunto a resolver.

—¿Qué asunto?

—El de mi desaparición. Ha vuelto el rey; pero, en cambio, ha desaparecido Rodolfo Carpi. ¿Cómo explicamos este suceso?

—Eso es sencillo: diremos que te has marchado al extranjero.

—Pero, ¿quién se encargará de divulgar la noticia?

—¿Tienes confianza en Clara?

—Absoluta; esa desdichada me ama hasta el punto de que llegaría a dar su vida por mí.

—Pues la emplearemos a ella para hacer correr la noti-

cia de tu viaje al extranjero. ¿No pensabas darle una sorpresa haciéndola venir a palacio?

—Sí; pero no sabía cuándo podría darme ese gusto.

—Pues mañana mismo. Yo me encargo de ello.

Rodolfo Carpi tomó asiento en el brazo de un sillón, encendió un cigarrillo, y mirando al conde Federico con una sonrisa maliciosa, murmuró:

—Con franqueza, Lisandri. ¿Sabes que me estás resultando todo un demonio?

Federico sonrió también, y respondió, dando una vuelta por la habitación:

—Un demonio que entrega reinos a sus amigos... Vamos, confiesa, Carpi, que ahora estás encantado de la aventura.

—No digo lo contrario. Pero también creo que tú no trabajarás en balde, y que si a tus amigos distribuyes reinos, te quedarás con algo mejor.

—Con la reina—dijo el conde.

Y se echó a reír.

* * *

A las tres de la madrugada, el falso rey y el conde Federico permanecían aún reunidos. Este último había redactado varios decretos, al pie de los cuales puso con un cuño la firma de Oscar Luis I.

Y estaba enterando a Rodolfo de ciertas costumbres palatinas, que éste ignoraba por completo, cuando de pronto, ante la puerta de la cámara dentro de la cual ambos se encontraban, oyeron un fuerte rumor de voces.

—¡Diablo!—exclamó Carpi un poco alarmado—. ¿Qué significa eso?

Federico, que prestaba atención, se levantó de pronto, y encaminándose hacia la puerta, la abrió con resolución.

Se encontró frente al marqués de Canevari y a Eduardo Montespín, que discutían con unos criados que querían impedirles entrar a ver al rey.

—¿Qué es lo que sucede, señores?—preguntó muy sereno el conde Federico, cerrando la puerta tras sí y apoyándose de espaldas en ella.

Canevari, lleno de agitación, se explicó:

—Hemos tenido noticias del regreso de su majestad, y queremos verle. El rey no puede negarnos ese honor, siendo nosotros sus mejores amigos.

—Al contrario—agregó el capitán de Coraceros—, su majestad, como siempre, se alegrará con vernos.

—No lo dudo, señores—respondió el jefe de la Guardia—; pero es el caso que su majestad está descansando y ha prohibido que se turbe su reposo bajo todo pretexto.

Canevari y Eduardo cambiaron una mirada en la que se reflejaba toda su contrariedad.

—Paciencia—murmuró por último el marqués encogiéndose de hombros—. Nos retiraremos para volver a mejor hora.

—Y decidnos, conde—agregó Eduardo—: ¿se encuentra bien de salud su majestad?

—A pedir de boca—respondió Lisandri—. No tiene más sino que está fatigado.

—¡Ea, vámonos!—dijo Canevari a su compañero—. Hemos de convencernos, Eduardo, de que una cosa son los príncipes y otra los reyes...

—A propósito, señores—declaró Federico retorciendo su rubio bigotillo y sin separarse de la puerta—; tengo una noticia que daros.

—Hablad—dijo Montespín.

—¿Que concierne a nosotros?—preguntó el marqués.

—Sí, os concierne. Entre los numerosos decretos que tenía preparados su majestad para expedirlos después de su coronación, he visto uno por el que dispone que vos, señor capitán, marchéis a Berlín como agregado militar de nuestra embajada en aquella capital, y a vos, señor marqués de Canevari, se os nombra ministro de Istralia ante el Gobierno de

Constantinopla. Creo que la noticia será de vuestra entera satisfacción.

El marqués y Eduardo volvieron a mirarse, pero poseídos esta vez del más vivo estupor.

—¿Es posible?—murmuró Canevari.

—¿Crees tú semejante cosa?—inquirió el capitán de Coraceros.

—¿Yo diplomático en Turquía?

—¿Y yo agregado de la embajada de Berlín?

—Parece que os coge de sorpresa la resolución de su majestad—dijo el conde—. ¿Es que no habíais solicitado vosotros esos nombramientos?

—¡En mi vida he pensado en los turcos!—exclamó el marqués, de mal talante.

—¡Ni yo he tenido nunca aspiraciones de ser agregado militar en ninguna embajada!—añadió el capitán de Coraceros.

—Pues, señores, yo no me explico entonces cómo se le puede haber ocurrido a su majestad disponer la promulgación de ese decreto.

—Pero, ¿estáis seguro de lo que decís?—preguntó Canevari.

—Segurísimo, señor marqués.

—¿Habéis leído nuestros nombres en el decreto?—inquirió Eduardo.

—Sí; no hay error posible. Pero si queréis convenceros, puedo enseñaros el decreto.

—¡Ah! ¿Lo tenéis en vuestro poder?

—No, pero su majestad, antes de acostarse, lo ha dejado sobre un pupitre.

—¡Oh! ¡Si no fuera una indiscreción...!

—¡Si fueseis tan amable, conde...!

—No hay más que hablar, señores. Esperadme un instante. Voy en busca del decreto.

Penetró el terrible farsante en las habitaciones del rey, y

un minuto más tarde volvía a presentarse ante los dos amigos llevando en la mano un pliego que ostentaba en su parte superior los distintivos reales estampados en oro.

—Helo aquí, señores.

—¡A ver ,a ver!...

Y apoderándose del pliego, los dos amigos se pusieron a leerlo, presas de indecible ansiedad y emoción.

—Es cierto, es cierto—murmuró Canevari, inclinando con abatimiento la cabeza sobre el pecho.

—¡Y el rey ya lo ha firmado!—exclamó Eduardo.

—No os quedará otro remedio que partir, señores.

—¡Oh! He ahí un golpe que no esperábamos.

—Y un viaje que no nos hace ninguna gracia.

—Yo solicitaré audiencia de su majestad—dijo Canevari.

—Sí; el rey debe darnos una explicación—agregó el capitán de Coraceros.

—Os aconsejo, señores, no molestar la atención del soberano. Está excitadísimo.

—¿Os ha hablado de nosotros, conde?—preguntó el marqués.

—Ni una palabra.

—¿Dónde diablos lo habéis encontrado esta noche?

—No puedo decíroslo; el rey me hizo jurar que no revelase a nadie ese secreto.

—¡Cuánto misterio!—exclamó el marqués.

—Es la primera ocasión que el rey procede de esa forma—dijo Eduardo.

El conde se encogió de hombros.

—No puedo deciros más, señores. También me ha sorprendido que su majestad firmase un decreto aceptando la dimisión del Gabinete.

—¡Cómo!—exclamó Eduardo—. ¿Ha sido capaz de eso su majestad?

—Mañana aparecerá ese decreto, junto con el que dispone que partáis a asumir vuestros cargos en el extranjero.

—¡Pero si los ministros gozaban de la confianza del país! —protestó el arrogante Montespín.

—Lo sé, mas ya dice el refrán que "donde manda capitán no manda marinero". Conque chitón, señores, y a descansar.

Y al decir esto, el conde Federico abrió la puerta e hizo ademán de introducirse de nuevo en las habitaciones del monarca.

—Escuchad, conde—le dijo Canevari—, ¿es que vais a pasar la noche en los aposentos de su majestad?

—Eso ha dispuesto el rey, caballeros. Hasta la vista, pues.

Y desapareció, cerrándoles poco menos que la puerta en las narices.

* * *

Aturdidos por aquella revelación, salieron los dos amigos de Palacio y vagaron durante largo rato por las calles desiertas de San Francisco sin poder pronunciar una palabra.

Al verles andar silenciosos y con paso inseguro, uno al lado del otro, cualquiera los hubiera tomado por dos borrachos.

No se detuvieron hasta encontrarse ante una calle sin salida. Entonces Canevari miró en torno suyo, olfateando con su descomunal nariz, y acabó por murmurar, dejando caer la cabeza sobre el pecho:

—Somos hombres perdidos, Eduardo, somos hombres perdidos. El rey ya no tiene confianza en nosotros.

—Nada hemos hecho, ¡qué diantre!, para dejar de merecer la confianza y el aprecio de su majestad.

—Lo sé, lo sé; pero él nos joroba con esos cargos en el extranjero.

—¿Sabes, Lucas, que es muy extraña la conducta del rey?

—Extraña o no, no tendremos más remedio que acatar su voluntad. Así nos paga todo lo que hemos hecho por su causa, todo lo que hemos sufrido con su desaparición...

—Los poderosos siempre son ingratos.

—Sin embargo—balbuceó el marqués con voz trabada por una especie de sollozo—, yo hubiera jurado que Oscar Luis no sería como los demás. ¡Nos quería tanto!

—Mira, Canevari: resignémonos. Nuestra lealtad ha de resplandecer algún día. El rey se arrepentirá de su proceder...

Y la voz de Eduardo temblaba como la de un hombre que tirita de frío.

—Sí, sí; pero mientras tanto, tendremos que pagar platos que no hemos roto. ¡Y con lo bella que me parecía la vida desde que esa encantadora viuda me había dirigido aquella expresiva mirada de simpatía!






## CAPITULO IX

### En la red de los pescadores



ADRE, la aurora está cerca. ¿Qué esperamos a recoger la red?

El anciano pescador, que parecía cavilar sentado en la proa de la vieja barca, se puso de pie, escupió al mar por encima de la borda, y gruñó dirigiéndose adonde estaba su hijo:

—¡Perra vida!... ¡Vale más que le trague a uno un temporal!

—¿Qué estás diciendo ahí, padre?

—Nada, nada, Atilio... ¿Crees que habrá algo en la red?... Somos tan desgraciados, que los peces huyen de nosotros como del fuego.

—Lo que es hoy, padre, estamos de enhorabuena. En mi vida he encontrado la red más pesada.

La arrugada faz del viejo pescador se iluminó.

—¡Si tuviéramos la suerte de llevar hoy al mercado pesca

en abundancia! Con motivo de las fiestas de la coronación y la boda de nuestro rey, nadie se ha hecho a la mar, y por este motivo, el pescado estará caro. ¿Puedes izar tú solo la red?

—No, padre. Tienes que ayudarme.

—Vamos a ver... ¡Cáspita! ¡Cómo pesa esto, Atilio! La fortuna ha querido ponerse de nuestra parte esta noche.

—¡Arriba, padre, arriba!

El viejo pescador y su robusto vástago tiraron del cable con todas sus fuerzas, pero el peso de la red era tanto, que la barca se inclinaba hasta rozar la superficie del mar con la borda por el lado que aquélla iba a ser izada.

De pronto, un bulto negro que chorreaba agua, y dentro del cual se advertía una considerable agitación, asomó fuera del mar, y con un esfuerzo supremo, padre e hijo lo atrajeron al fondo de la embarcación.

—Bien llena viene de verdad, padre—dijo el mozo inclinándose sobre la red, dentro de la cual se agitaban desesperadamente los peces—. Pero, ¡por la Virgen Santísima! ¿Qué es esto?... Enciende una luz, padre... ¡Pronto! ¡Enciende una luz!

Las exclamaciones y gritos del mozo alarmaron al viejo.

—¿Qué es lo que pasa, Atilio? ¡Habla!

Enderezándose, Atilio se apartaba horrorizado de la red.

—¡Allí, padre, allí!—decía señalándola con el índice—. Una "cosa"... Parece el cuerpo de una persona. ¿Dónde está la linterna? ¿Dónde?

El viejo, más valeroso que su vástago, lanzó un juramento, y dirigiéndose a popa, encendió la linterna y con ella volvió al centro de la barca, donde estaba la red.

Apenas hubo concentrado sobre ésta la luz mortecina de la linterna, un grito de estupor se escapó de su garganta.

—¡Padre!—exclamó horrorizado el mozo, que se mantenía a cierta distancia.

—Acércate—le dijo el viejo abriendo la red—. Acércate. ¿Qué puedes temer de este desgraciado?

Animado por estas palabras, el mozo se inclinó de nuevo sobre la red y se puso a ayudar a su padre en la tarea de sacar de entre las mallas y los peces aquel cuerpo humano que no parecía dar señales de vida.

—¡Vaya una pesca!—gruñía entretanto el viejo—. Está visto que la suerte ha de burlarse siempre de nosotros.

—¿Quién será este hombre, padre?—preguntó Atilio cuando el cuerpo quedó por completo desembarazado de la red—. Parece muy joven el desventurado.

—Las autoridades se encargarán de averiguarlo. ¡Ea, ayúdame a colocarlo a proa, encima de esa lona, y volvamos en seguida a Santa Cecilia!

Mas cuando se disponían a levantarlo del suelo, el viejo pescador, que había rozado con una mano la boca del supuesto cadáver, se apartó de él como impelido por una corriente eléctrica.

—¿Qué te sucede, padre?—preguntó con extrañeza el mozo.

—¡Milagro de Dios! ¡Este hombre respira, Atilio!

—¡Oh! ¿Es posible que tenga aún vida este infeliz que hemos sacado del fondo del mar?

Pasada la sorpresa del primer momento, el anciano volvió a acercarse al cuerpo del desconocido, y arrodillándose a su lado, le puso una mano sobre el corazón.

Atilio, cerca de su padre, iluminaba la triste escena con la luz mortecina de la linterna.

—¿No te has engañado?

—No; late el corazón de este hombre.

—¿Qué hacemos, padre?

—¡A Santa Cecilia! ¡A Santa Cecilia sin perder un minuto!

—Ahora, a dormir. El doctor ha dicho que necesita usted timón, hizo virar la vieja barca, que empezó a deslizarse rumbo a la costa sobre las aguas quietas del mar, que iba aclarando poco a poco la cenicienta claridad de la aurora.

Santa Cecilia era una insignificante aldea situada en la costa, a unos cincuenta kilómetros escasos de San Francisco, la capital de Istralia.

Allí, apartada del caserío, sobre una roca que dominaba el mar, tenía Pablo, el viejo pescador, su vivienda, que compartía con su hija Virginia, preciosa muchacha de diez y ocho años, y con Atilio, mocetón de veinte, que le ayudaba, como se ha visto, en sus faenas de pesca.

Desde la muerte de la buena Emilia, su mujer, ocurrida hacía cerca de ocho años, la suerte, en la que creen los hombres de mar, había abandonado por completo a Pablo. El mar, que antes se mostraba pródigo con él, llenando sus redes noche tras noche, venía mezquinándole desde hacía ocho años los peces que poblaban sus aguas, con una asiduidad maligna. La miseria había entrado en el hogar, y no había manera de expulsarla de allí, por más que padre e hijo no cejaban un momento en la cruenta lucha. Verdad era que la enfermedad de la buena Emilia había sido larga y que por tal motivo Pablo había contraído numerosas deudas, cuyos plazos de pago cumplía escrupulosamente; pero de todas maneras, era preciso tener en cuenta que Atilio y él no descansaban un momento, y que en todo aquel tiempo no habían dejado una sola noche de hacerse a la mar sobre la vieja barca. Durante los furiosos temporales, cuando todas las embarcaciones de pesca corrían a refugiarse en la cala, "La Serena", que así se llamaba la barca de Pablo, abandonaba intrépidamente su fondeadero, proa a aquel enjambre infinito de olas rugientes, que la lanzaban de un lado a otro como a una mísera cáscara de nuez. La muerte batía entonces sus negras alas sobre la cabeza del padre y del hijo, y desde la costa, los lobos de mar fruncían el ceño siguiendo con la mirada la vela que a cada momento desaparecía entre las enormes montañas de agua, como si el mar embravecido se la hubiese tragado, y Virginia, desde la puerta de la vivienda, en lo alto de la roca, sollozaba pidiendo a Dios que amparase a aquellos dos seres

queridos. Y después de tanto esfuerzo titánico y de correr tantos peligros, regresaba "La Serena" casi desmantelada, trayendo a su bordo dos o tres arrobas de pescado, cuya venta producía al viejo Pablo una utilidad mezquina. Pero valía más eso que nada; de esa manera se podían pagar las deudas e ir tirando hasta que la suerte volviese a serles propicia.

Virginia era la alegría del humilde hogar y el orgullo del viejo pescador y de su hijo.

Fresca y hermosa como las rosas de Mayo, tenía el pelo negro y ensortijado como su hermano y los ojos azules como aquel mar cruel que parecía complacerse teniéndoles siempre sumidos en la miseria. En vida de su pobre madre, cuando había más abundancia en la casa y no tenían deudas que pagar, la joven había ido a la escuela del pueblo, donde aprendió a leer y a escribir con cierta corrección y a saber tratar a las gentes. La señora Polonia, hermana del cura de Santa Cecilia, que, a decir de las gentes, tenía "unas manos de oro", le había enseñado a bordar primorosamente, a hacer encajes y a coserse sus ropas. Pero al morir su madre, Virginia tuvo que dejar a un lado la práctica de esas delicadas labores, para asumir el cargo de ama de casa.

Hasta entonces, el padre y Atilio no habían tenido que quejarse del modo cómo reemplazaba a la muerta en las funciones caseras, sino que, al contrario, la conducta de Virginia merecía elogios. No paraba de trajinar en todo el día: ya poniendo a secar las redes, ya repasándolas, preparando la comida y la ropa de su padre y de su hermano, limpiando la casa, etc. Y llegada la noche, cuando "La Serena" abandonaba su fondeadero, después de seguirla la joven con los ojos desde lo alto de la roca hasta que se perdía en la obscuridad o en la niebla, encerrábase en la cocina, que hacía las veces de comedor, y podía considerársela, por lo tanto, como la habitación más importante de la humilde vivienda, y a la luz de la lámpara cosía hasta altas horas de la noche, orando en

voz baja por el padre y el hermano ausentes y por el alma de su madre muerta...

* * *

El disco del sol se levantaba ya sobre el mar, fundiendo los últimos jirones de niebla, cuando "La Serena" fondeó a un costado de la roca sobre la cual se alzaba la vivienda de sus tripulantes, y éstos, cogiendo el cuerpo, aún con vida, del desconocido, lo sacaron de a bordo y empezaron a subir con él hacia su hogar.

Virginia, que había ya salido varias veces a la puerta para atisbar la llegada de la barca, echó a correr al encuentro de su padre y de su hermano tan pronto vió que ésta acababa de detenerse en su fondeadero. Pero al llegar a mitad del camino, se detuvo paralizada de estupor al ver que aquéllos sacaban de "La Serena" un cuerpo humano, y cargados con él emprendían la ascensión de la roca.

—¡Señor Todopoderoso!—murmuró la joven juntando sus manos sobre el pecho—. ¿Quién será ese desventurado?

—¡Eh, Virginia!—gritó en aquel instante Atilio, que la había visto—. Corre a casa y prepara la cama de padre para acostar en ella a este joven...

La muchacha permaneció aún un momento inmóvil en el lugar donde se había detenido, mientras su padre y su hermano seguían subiendo por la roca, transportando aquel cuerpo humano que chorreaba agua, y de súbito, pensando en las palabras de Atilio y comprendiendo cuál era su deber, giró sobre sus talones y se dirigió corriendo a la vivienda.

Un par de minutos después, el viejo Pablo y su hijo penetraban en ella y tendían sobre el lecho que había preparado Virginia apresuradamente, el cuerpo del desconocido

—Padre—murmuró la joven después de dirigir una larga mirada al rostro lívido, pero hermoso, de aquel joven—, ¿quién es este hombre? ¿De dónde lo traéis?

—Se nos ha metido en la red, como un pescado cualquiera —contestó el viejo pescador echándose la gorra hacia atrás y enjugándose el sudor que bañaba su frente—. El infeliz vive de milagro.

—¡Oh! Pero, ¿no sabéis quién es?

—El nos lo dirá, si cura.

—¡Hay que ir en busca del médico!—exclamó Virginia—. Este pobre mozo tiene todo el aspecto de un muerto.

—Yo iré a avisar al doctor—dijo Atilio dirigiéndose hacia la puerta.

—Dile que venga sin demora—le advirtió su hermana—. El caso es gravísimo.

Salió Atilio, y padre e hija quedaron solos delante del desconocido tendido en el lecho y que no daba aparentemente señal alguna de vida.

—Padre—dijo la joven tras un largo silencio—, si quieres, puedo ir a sacar el pescado de la barca mientras tú esperas al lado de este desventurado la llegada del doctor.

—No vale la pena que te molestes—gruñó el anciano—. No pesa una arroba toda la pesca de la noche. ¡Y en cambio, Dios se complace en meterme moribundos en las redes!

—No te enfades por eso, padre mío—respondió Virginia con voz dulce—. Una vida humana vale más que todos los peces del mar.

El viejo se encogió de hombros y salió de la habitación para pasar a la cocina. Virginia fué tras él.

—Diríase que te disgusta el haber hecho una buena obra—le dijo mientras el pescador encendía su pipa—. Me extraña eso en ti, que siempre has sido tan generoso.

—No, hija; no me arrepiento de haber hecho una buena obra, y ¡ojalá el médico pueda devolver la salud a ese mozo!—contestó el viejo, herido por el reproche de Virginia—. Lo que me pone de malhumor es mi suerte perra... ¿No comprendes que Dios parece burlarse de nosotros? Nos niega los medios

de vivir, y en cambio, pone en nuestras manos otras vidas a quienes debemos proteger.

—Dios vela siempre por los buenos, padre. Pero si crees que es para ti una carga seguir protegiendo a ese desventurado, iré a decir al alcalde o al señor cura que se hagan cargo de él.

—¡De ninguna manera! — exclamó el anciano interrumpiendo a su hija—. ¡Si en eso consintiera, no sería yo digno de llamarme Pablo! Dios ha puesto en mi camino a ese infeliz muchacho, y mi deber es ampararle y cuidarle como si fuera un hijo mío.

El bello semblante de Virginia se iluminó como si acabase de recibir una gran alegría.

—¡Sabía que hablarías así, padre mío!—exclamó abrazándole—. Hacer el bien a nuestros semejantes es, en medio de nuestra pobreza, el mayor placer de la vida.

* * *

Minutos después, el doctor Povedo, un anciano de barba blanca que desde hacía cerca de medio siglo era médico titular de Santa Cecilia, entraba en la vivienda de Pablo, acompañado de Atilio, quien había tenido la fortuna de tropezarse con el doctor cuando éste salía de su casa a visitar a sus enfermos.

Mientras el médico, con su padre y con su hermano, entraban en la habitación donde se encontraba el desconocido, Virgina permaneció en la cocina, esperando allí que le mandasen o le pidiesen algo.

Lo primero que hizo el doctor tan pronto se encontró en presencia del paciente, fué tomarle el pulso. A los pocos segundos soltó la muñeca del desgraciado y frunció el ceño. Pablo, que espiaba el rostro del médico, preguntó al verle hacer aquella mueca:

—¿Es grave?

—Lo parece—murmuró el doctor Povedo, que era hombre de pocas palabras.

Y mandó que desnudaran al joven para poder examinarle mejor.

El examen duró más de un cuarto de hora. Terminado el mismo, el médico pidió agua tibia, con la que lavó el cráneo del desconocido. Hecho esto, sacó del maletín que había traído unos frascos y un rollo de vendas, y después de practicarle una cura en la cabeza, se la vendó prolijamente.

—¿Sanará? — preguntó entonces el pescador, intrigado por el silencio del médico.

—Tal vez—respondió éste.

—¡Caramba! ¿Tan grave es lo que padece este mozo?

—Tan grave—repitió el doctor—, que parece mentira que pueda resistirlo.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que tiene?

—La cabeza casi aplastada.

—¡Cáspita! Eso no puede habérselo hecho el mar.

—Indudablemente. La lesión le ha sido producida por un instrumento contundente.

—Pero, ¿en el mar?

—A bordo de alguna embarcación, quizás.

—No había embarcaciones por el sitio donde mi hijo y yo encontramos a este desgraciado.

—¿A qué distancia estaba usted de la costa?

—A más de diez millas.

—Entonces no cabe suponer otra cosa sino que este joven ha sido herido y arrojado al mar desde a bordo de alguna embarcación que pasaba por el lugar donde ustedes se encontraban pescando.

—Observe, doctor, que este muchacho no tiene trazas de ser marino ni pescador. Sus manos son delicadas como las de una dama.

—Podría ir como pasajero a bordo de la embarcación en la cual fué herido—conjeturó el médico.

Padre e hijo se miraron.

—Juraría—murmuró el viejo pescador—no haber visto en toda la noche ninguna embarcación.

—Bien es verdad que podía haber llevado las luces apagadas—agregó Atilio con timidez.

—El suceso, de todas formas, se presenta rodeado de misterio—dijo el médico—. Este joven es el único que puede aclarar los hechos, si llega a recobrar el conocimiento algún día.

—El caso es—manifestó Pablo, en su deseo de aclarar las cosas hasta donde fuese posible—que este mozo debió permanecer mucho tiempo debajo del agua antes de ser sacado por nuestra red. ¿Y cómo se explica que no haya perecido?

—Misterio, misterio—gruñó el doctor Povedo—. Nada ganaremos, amigo mío, con calentarnos ahora la cabeza en torno a lo sucedido a este joven. Pidamos a Dios que le vuelva cuanto antes a la realidad, y entonces sabremos a qué atenernos.

—¿Cree usted que tardará mucho en sanar?

—Sí; su cura será larga, si es que sana.

—¿Qué hemos de hacerle para reanimarle?—preguntó Atilio.

—Vais a darle unas fricciones por todo el cuerpo con un líquido que voy a recetar, y además le haréis tomar unos polvos disueltos en agua, que también os entregarán en la botica. Hacedme el favor de una silla.

Acercó Atilio al médico la silla que pedía, sentóse éste, y sacando del bolsillo un librito de apuntes, escribió con lápiz en una de las hojas varias fórmulas.

Hecho esto, se puso de pie, arrancó la hoja y se la entregó a Atilio, recomendándole:

—Lleva esto al señor boticario, y dile de mi parte que tenga preparadas las medicinas para dentro de media hora, a más tardar. Yo, de vuelta de la casa del herrero, pasaré a re-

cogerlas y las traeré aquí para enseñaros cómo debéis aplicárselas a este joven.

—Voy volando—dijo Atilio.

Y salió de la habitación.

El doctor Povedo cogió su maletín y también abandonó la humilde vivienda acompañado hasta la puerta de la misma por el viejo pescador.

Cuando éste volvía al interior de la casa, después de haber despedido al médico, Virginia le interrogó:

—¿Qué ha dicho el médico, padre?

—Ese muchacho está grave, pero muy grave...

—¡Pobrecillo!—exclamó la linda y generosa muchacha con emocionada voz.

—Su cura será además larga, muy larga, y por consiguiente, costosa—agregó el pescador con voz algo alterada.

—¡Ah!—exclamó Virginia, cuyo hermoso rostro pareció obscurecerse—. Y eso te contraría, ¿verdad, padre mío?

—Figúrate. ¡Somos tan pobres!

—Sin embargo, me has dicho, antes de que el médico viniera, que no abandonarías a ese desventurado.

—¡Y no lo abandonaré, aunque para ello tengamos que hundirnos más todavía en la miseria!

—No temas, padre mío. Dios no nos abandonará del todo. El hará que podamos llevar adelante nuestra generosa obra.

* * *

Es cerca de media noche.

Sentada en la cocina, cerca de la chimenea, donde se extinguen los últimos tizones, Virginia mueve aceleradamente la aguja de hacer encajes. El vendaval del sur ruge afuera y las olas del mar baten con estrépito la roca sobre la cual está asentada la humilde vivienda.

Por cinco metros de aquel encaje le darán tres francos en la tienda de Jacobo Silovej, el húngaro. Y Virginia quiere ga-

narse en dos noches, a lo sumo, esos tres francos que han de servirle para comprar las medicinas que necesita el pobre muchacho que desde hace tres días se encuentra tendido en el lecho de su padre sin salir de su letargo, tan semejante a la muerte.

Y mientras la pequeña mano morena de la hija del pescador mueve rápida y segura la aguja de hacer encajes, "La Serena", desafiando el viento y el oleaje, a ocho o diez millas de la costa, hurga con sus redes el abismo marino, en procura del pan de cada día de la familia de su viejo dueño.

Y Virginia, mientras trabaja, sin olvidar a su padre ni a su hermano, piensa en el desconocido, que en la habitación inmediata está más próximo a la muerte que a la vida.

Es joven y es bello como esos príncipes que Virginia recordaba haber visto en las estampas de los libros de lectura de la escuela.

¿Qué nombre será el suyo? En vano ella, al poner a secar sus ropas, ha buscado en sus bolsillos un papel o un documento que aclarase el enigma de su nombre. De todas maneras, supone que ha de llamarse como alguno de los príncipes que veía en aquellas estampas: Roberto, Leopoldo, Carol, Edgardo o Jorge.

—Jorge, Leopoldo, Carol—murmura a veces, mientras la aguja aparta, retuerce y enlaza los hilos siguiendo las líneas del dibujo. Y esos nombres suenan a música en su alma. Y deja de oír los rugidos del vendaval y el estrépito del oleaje que bate la alta roca. La cocina se transforma en la amplia sala de un palacio llena de cosas maravillosas. Sin saber cómo ni por qué, ella penetra en aquella sala, y por otra puerta penetra también el desconocido; ya está bueno; ha vencido a la muerte que le rondaba, y Virginia ve cómo le sonríe... Se ruboriza, tiembla toda... Y hasta ella llegan ecos dulcísimos de serenatas, lejanas melodías de violines...

La campana de la iglesia de Santa Cecilia empieza a dar la media noche. Un estremecimiento corre por su cuerpo, y la

hermosa visión se desvanece. Es la hora de suministrar al paciente una de las medicinas que ha recetado el doctor. Virginia se levanta, deja sobre la silla en que estaba sentada su labor, y cogiendo la lámpara, pasa a la habitación inmediata.

Pero apenas traspuesto el umbral, se detiene como petrificada; toda la sangre de su cuerpo se le ha agolpado en el corazón. Es que el joven a quien la red de su padre sacó del abismo del mar ha abierto los ojos y la mira serenamente.

Hay un silencio largo, solemne, angustioso para la pobre Virginia, que mira a su vez al joven tendido en el lecho con los ojos desmesuradamente abiertos, y de pronto reacciona y se tranquiliza un poco: el desconocido acaba de sonreír.

* * *

—¡Bendito sea Dios! — exclama la hija del pescador—. ¡Bendito sea Dios! ¡Por fin despierta usted!

—Hace más de dos horas que he despertado—responde el joven con voz débil—y que estoy contemplando su sombra, que mientras tejía se proyectaba en la pared de la cocina que da frente a la puerta de esta habitación.

Virginia avanza unos pasos y deja la lámpara sobre una mesilla que está frente al lecho del desconocido. Luego, volviéndose hacia éste, presa de una emoción que no puede ocultar, murmura:

—Debía usted haberme llamado. ¡Si supiera lo que todos hemos sufrido por usted y con cuánta ansia esperábamos su despertar!...






## CAPITULO X

### Junto a la piedad florece el amor


L joven volvió a sonreír, y luego entornó los ojos, como si le molestara la luz de la lámpara. Cuando los abrió de nuevo, preguntó, pasándose una mano por la frente, que tenía vendada:

—¿Dónde estoy?... ¿Sería usted tan buena en decírmelo?

Virginia se ruborizó.

—¡Oh! ¿Y por qué había de ocultárselo? Está usted en la humilde morada de unos pescadores, en Santa Cecilia, ¿Conoce este pueblo?

El desconocido quedóse un instante pensativo. Luego murmuró:

—Sí, recuerdo vagamente... Santa Cecilia... Está en la costa, ¿verdad? A unos cincuenta kilómetros de la capital de mi reino...

—¡Su reino!—exclamó Virginia con extrañeza—. ¿De San Francisco querrá usted decir...

—Sí, sí—se apresuró a contestar el joven—: de San Francisco. ¡Dios mío! ¿Qué he dicho yo?... Mi reino... ¡Qué torpe está mi lengua! ¡Qué confusas mis ideas!... ¿Y cómo he venido a parar a este lugar?

—¿No lo recuerda usted?

—Yo no recuerdo nada; no sé nada.

La voz del joven tenía ahora un acento de dolor que conmovía hondamente a Virginia.

—Pues fué usted sacado nada menos que del fondo del mar por la red de pescar de mi padre.

—¡Es posible!—exclamó el desconocido, poseído de la más viva sorpresa—. ¿Yo extraído del fondo del mar como un pez cualquiera? El hecho sería gracioso si no tuviera un fondo tan trágico. ¿Y cuánto tiempo hace que su padre me "pescó"?

—Tres días largos.

—¿En qué lugar?

—A unas diez millas mar adentro de Santa Cecilia.

—¡Tan lejos de San Francisco!—profirió el joven.

Y volvió a quedarse pensativo.

—¡Ah!—dijo Virginia—. ¿Es usted de San Francisco?

—Sí, soy de allí.

—¿Y quién le ha tirado a usted al mar?

El rostro del desconocido se ensombreció. Luego, encogiéndose de hombros, dijo:

—Lo ignoro.

—Es raro... Ha dicho el doctor Povedo, que está curándole, que antes de ser arrojado al mar, debió usted ser herido en la cabeza con un instrumento contundente.

El joven permaneció silencioso. Su rostro seguía sombrío, y Virginia vió que sus manos pequeñas y delicadas se crispaban oprimiendo nerviosamente el cobertor.

—¿Tampoco recuerda usted quién le ha herido?

—Tampoco... Pero no, aguarde usted... Sí, ahora viene a mi memoria un recuerdo. Era la noche de la coronación y la boda de nustro soberano; yo, que me había divertido bastante en compañía de unos amigos, me paseaba por la orilla del mar. De repente vi aparecer a tres hombres en torno mío. Uno de ellos me dirigió la palabra, pero yo no pude entenderle, y a mi vez iba a decir algo, cuando sentí en la cabeza un golpe terrible... Ya no sé más.

—¡Es espantoso!—exclamó Virginia—. Debían ser enemigos suyos esos tres hombres. Pero, ¿qué enemigos puede usted tener siendo tan joven y pobre además?

El desconocido se quedó un instante como suspenso.

—Pobre...—murmuró en seguida—. ¿Cómo sabe usted que yo soy pobre?

—¡Toma!—exclamó Virginia—. ¡No hay más que ver las ropas que tenía puestas!

—¡Ah! ¿Eran ropas de pobre?

—¿Quiere que le enseñe el traje para que se convenza? Lo he puesto a secar y lo he planchado para que pudiera usted penérselo el día que abandonase este lecho.

—Parece usted más buena de lo que yo creía. Pero no hace falta que me enseñe el traje. ¡Bien seguro estoy yo de ser un pobre diablo! Sin embargo, esa noche llevaba encima algún dinero; unos doscientos francos. ¿Han aparecido en alguno de los bolsillos de mi traje?

—No; sus bolsillos estaban completamente vacíos.

El rostro del joven pareció iluminarse ahora.

—Entonces me lo explico todo—dijo.

—¿Qué es lo que se explica?—preguntó Virginia con curiosidad.

—Aquellos canallas me han herido para robarme los doscientos francos.

—¡Qué horror! Pero tiene usted razón; no se puede pensar otra cosa. Ha sido usted víctima de un crimen que tenía por objeto el robo. ¡Pobre muchacho! Ahora, lo que resul-

ta inexplicable es cómo ha podido usted ir a parar con vida al fondo del mar y a tan enorme distancia de San Francisco.

—Ya, ya... Eso es inexplicable—dijo el joven muy preocupado—. Unicamente que...

—¿Qué?—inquirió Virginia, que lo miraba con ansiedad.

—Que después de herirme me hubiesen metido en alguna barca y conducido en ella hasta el lugar donde se encontraba pescando su padre... Pero, de todas maneras, la cosa resulta muy obscura.

—No; es admisible esa conjetura; queriendo los criminales hacer desaparecer las huellas de su crimen, lo han metido a usted en una barca y con ella se han internado en el mar para sepultar su cuerpo en sus abismos. Yo creo que así han ocurrido las cosas.

—Puede ser. Tan pronto sane trataré yo de buscar a esos canallas y...

—¿Los reconocería usted si los viera?

—No sé; tengo una idea muy vaga de uno de ellos, el que me dirigió la palabra; pero la Policía de San Francisco...

—Me temo que la Policía de San Francisco no pueda hacer nada careciendo de indicaciones más precisas.

—Ya veremos... Hablemos ahora de otra cosa, amable joven. ¿Dónde está su padre? Quiero darle las gracias por lo que por mí ha hecho.

—Se encuentra en el mar pescando en compañía de mi hermano Atilio.

—¿Pescando con una noche como ésta, en que el viento ulula furiosamente y las olas se estrellan con tanto estrépito contra las rocas o peñascos de la costa?

—La vida es dura—respondió Virginia tristemente—, y nos obliga a hacer grandes sacrificios.

—Pero, ¿hasta el punto de afrontar la muerte?—preguntó con un interés no exento de emoción el desconocido.

—¡Oh! Usted es de la capital, y los de allí no pueden comprender nuestras luchas, nuestras miserias.

—¡Gran Dios! Yo soy de la capital y siempre he oído decir que los pescadores, los días que el tiempo ofrece peligro para ellos, se están quietos en sus casas.

—Lo sé; mas nosotros no tenemos esa suerte. Padre necesita arrancar al mar nuestro pan todas las noches, haya tempestad o bonanza.

Siguió a estas palabras de Virginia un silencio más largo y más impresionante que los anteriores.

El joven, desde el lecho en que estaba tendido, paseaba en torno sus ojos, en los que se reflejaba la debilidad y la fatiga de su organismo. La habitación era estrecha y pobre, pero todo brillaba por su orden y por su aseo. Colgado en la pared, a la cabecera de la cama, había un cromo metido en un marco de madera de pino, representando a la Virgen patrona de los pescadores, que sonreía elevándose por encima de los mares, entre rayos de oro.

Luego la mirada del joven se detuvo en Virginia, que también estaba pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho. ¡Qué hermosa era y cuánta tristeza se reflejaba en su carita! Había algo en ella que, a pesar de su sencilla bata de percal y de su toquilla blanca, la hacía ajena al cuadro de pobreza en medio del cual se encontraba. ¿El encanto de su juventud? ¿Su conversación y sus maneras, que parecían producto de una educación elevada, o bien la delicadeza de sus sentimientos que se exteriorizaba en sus mismas palabras? El desconocido no podía precisarlo, pero cuanto más contemplaba a aquella joven, más profunda era la simpatía que le inspiraba.

* * *

—Y siendo ustedes tan pobres, ¿cómo han tenido la generosidad de recogerme en su casa?—dijo el joven poniendo fin a aquel silencio que se prolongaba demasiado.

—Era nuestro deber—respondió Virginia—, y, cumplién-

dolo, hemos experimentado una de las más grandes satisfacciones de nuestra vida.

—¡Cuánto les debo!—exclamó el desconocido—. ¿Cómo podré pagarles todo el bien que de ustedes he recibido?

—No piense usted en ello. Ahora es su salud lo que a todos nos interesa, y, gracias a Dios, ésta parece haber tomado un buen giro. ¿Cómo se encuentra usted?

—Bien, pero muy débil.

—¿Le duele la cabeza?

—No siento ningún dolor.

Los hermosos ojos de Virginia se iluminaron de alegría.

—Bien—dijo—. Ahora tomará usted la medicina y a descansar; hemos hablado demasiado esta noche.

Se acercó a la mesa sobre la cual había dejado la lámpara, y en un vaso preparó la medicina que debía tomar el paciente. Hecho esto, con aquel vaso en la mano se acercó al desconocido.

—Tome usted—le dijo alargándoselo—. No creo que sea desagradable al paladar.

El joven se incorporó a medias y cogió el vaso. Antes de acercarlo a sus labios, dirigió a Virginia un tierna mirada de gratitud que obligó a ésta a bajar los ojos.

—¿Sabe mal?—preguntó cuando el joven se hubo bebido de un trago la medicina.

—No—respondió éste—. Muchas gracias.

Y le devolvió el vaso.

—Ahora a dormir. El doctor ha dicho que necesita usted mucho reposo.

—No lo niego; pero tanto como las medicinas del médico y sus sabios consejos, mi alma necesita deleitarse con su bondad. ¡Qué buena, qué santa es usted!

—¡Jesús!—exclamó Virginia poniéndose encarnada como la grana, y conmovida por la emoción que hacía temblar la voz del desconocido—. Aún no me conoce usted bien...

—No necesito tratarla más para comprender toda la delicadeza y toda la generosidad que atesora en su corazón—siguió el joven exaltado por la gratitud que sentía hacia aquella criatura—. Y ya no creo que sean las medicinas del médico las que me han devuelto la vida, sino los cuidados que usted me ha prodigado con una solicitud de madre, de hermana y de amada a la vez... Y todo lo ha hecho usted por un hombre a quien no conocía y que bien pudiera haber sido un malvado...

—¡Dios mío! No diga usted eso. A los buenos se les conoce en la cara.

Esta salida conmovió aún más al desconocido.

—¡Ah!—exclamó—. ¿De modo que me cree usted bueno?

—Sí, y lo es... Por eso hice por usted todo lo que pude.

—¡Alma santa! No se engaña usted: soy bueno, y si no lo hubiese sido nunca, bastaba despertar en esta casa, verla a usted, oír su voz, para olvidar todas mis maldades y regenerarme. ¿Y ha permanecido usted sola, cerca de mí, todas estas noches?

Virginia hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—¿Y no tenía usted miedo?

—¿Miedo? ¿Por qué había yo de tener miedo?

—Del misterio de mi existencia o de la muerte que acechaba cerca de mí...

—No pensaba en eso.

—¡Y me daba usted las medicinas, y me velaba, y me cuidaba como si fuese yo un miembro de su familia o como si me conociese usted de toda la vida! ¡Y yo no he carecido de nada, a pesar de la pobreza que reina en esta casa! ¿Sabe usted que es grande, que es sublime el sacrificio que usted se ha impuesto por mí?

—Exagera usted bastante. Me he limitado a cumplir con mi deber; eso es todo.

—¡Dios la bendiga, noble criatura! Por mi parte no olvidaré jamás el bien recibido, y de alguna manera procuraré demostrarle mi gratitud.

—Me bastará con su amistad—murmuró Virginia bajando de nuevo los ojos—. Y ahora basta de hablar ya. Descanse usted...

—¡Espere! ¡Espere!—gritó casi el desconocido incorporándose en el lecho—. Si yo descanso, si mis energías reviven oyéndola hablar así... ¿Ha dicho que le basta con mi amistad? ¿Tanto me honra usted? Tendrá no sólo mi amistad, no sólo mi reconocimiento eterno y mi cariño, sino también mi vida. Sí, mi vida será suya; es suya desde este momento. Y me sacrificaré por usted y por los suyos, como usted y los suyos se han sacrificado por mí. ¡Y trataré de arrancarles de la pobreza en que viven! ¡Y conquistaré para usted la posición que se merece, por generosa, por buena, por linda, por santa!

Virginia volvió la cabeza. Dos lágrimas acababan de resbalar por sus mejillas y quería substraer aquel llanto de las miradas de su nuevo amigo.

—¿Qué me dice usted?—siguió éste—. ¿Por qué no habla? ¡Ah! ¡Es gracioso! Llevamos media hora tratándonos y aún no nos hemos dicho nuestros nombres.

—Me llamo Virginia—balbuceó la joven sin mirarle—. ¿Y usted?

—Oscar Luis.

—¡Oscar Luis!—exclamó, sorprendida, la hija del pescador—. Ese es el nombre de nuestro joven soberano.

—En efecto: llevo el nombre del rey de Istralia, y confieso que me gustaría encontrarme en su pellejo.

—¿Qué haría usted si fuera el rey?

—Darle a usted un palacio y una renta que le permitiera vivir con los suyos como una familia de príncipes.

—¡No pide usted nada!—exclamó Virginia sonriendo—. ¿Cree usted que todo eso basta para hacer la felicidad de una persona?

—¿Es que no sería usted feliz trocando su pobreza por tánta abundacia, por tanto esplendor?

La sonrisa que Virginia tenía en su rostro se eclipsó, y respondió muy seria:

—Tal vez sí, tal vez no. ¡Es tan difícil saber dónde se esconde la felicidad!

Ahora fué Oscar Luis quien volvió a quedarse triste y pensativo después de escuchar las últimas palabras de Virginia, y sólo al ver que la joven hacía un ademán como para marcharse, dijo:

—Tiene usted razón; a lo mejor, a estas horas, el rey de Istralia es menos feliz que el más desventurado de sus súbditos.

—No pensemos ahora en él, y si no quiere verme usted enojada de verdad, échese y descanse. Tiempo tendremos de hablar cuando el médico le autorice a ello. ¿Me obedecerá?

—Si usted me lo manda...

—Pues sí, se lo mando.

Oscar Luis se tendió en el lecho y se cubrió con el cobertor hasta el mentón.

—¿Está usted satisfecha, Virginia?—preguntó con dulzura.

—Sí, veo que es usted un buen muchacho, obediente sobre todo, que es como más me gustan a mí los mozos... Buenas noches.

—Una palabra todavía—dijo Oscar Luis cuando Virgina se disponía a pasar a la cocina.

La joven, que tenía la lámpara en la mano, se volvió, enseñando a Oscar Luis su bella carita iluminada por una alegre sonrisa.

—¿Qué más quiere usted?

—Saber si va usted a acostarse.

—No; tengo algo que hacer aún.

—¿Piensa seguir tejiendo?

—He de entregar mañana la labor que tengo entre ma-

nos. Cerraré la puerta de comunicación para que no le moleste la luz de la lámpara.

* * *

Al quedar solo en la obscuridad de aquella humilde habitación, Oscar Luis se sintió presa de una sensación de vacío, de aniquilamiento moral.

Virginia había atravesado como un rayo de luz por entre el báratro horroroso de su alma. Al irse la dulce joven, aquel rayo de luz se había desvanecido y las fieras del dolor, de la desesperación y de la venganza volvían a bramar en las tinieblas de aquel infierno.

El sufrimiento de Oscar Luis no era de este mundo.

Un clamor iracundo se elevaba de su vida deshecha.

Habíase ya dado cuenta de casi toda la maquinación infernal de que era víctima.

Y por encima de su ira le alcanzaba una satisfacción feroz: le creían muerto. Esto le permitiría llevar adelante con más comodidad su venganza.

—Alcira, Federico Lisandri...—murmuró con voz sorda, como el ulular del vendaval—. ¡Canallas! Gozad creyendo en mi muerte, repartíos el botín de vuestro crimen... El rey, sepultado en el abismo del mar, resucitará un día, y entonces... ¡Ay de vosotros, malditos!

Algo había en aquel pavoroso drama que no llegaba a explicarse. ¿Cómo habían justificado los asesinos su desaparición? ¿Qué explicaciones habían dado a su madre? ¿Qué excusa al país? Oscar Luis hervía en deseos de saberlo, y se propuso salir de dudas tan pronto tuviese ocasión de ello.

Luego vino a atormentarle el recuerdo de María Teresa. ¿Habría sido la dulce amada víctima también de la maquinación monstruosa del conde Federico?

Una sospecha terrible pasó por la mente de Oscar Luis. Aquella fuga de la joven de la torre de la vieja fortaleza no

tenía explicación posible. Su desaparición debía ser obra de Alcira y de su amante, que veían en María Teresa un peligro para sus planes sangrientos. ¡Ah, si la reina madre supiese quién era la mujer que "por razones de Estado" le había sido impuesta a su hijo! Pero la augusta señora no sospechaba nada, creía a Alcira digna de ser amada por su real hijo y hacía objeto de toda su indignación a la bella y sencilla hija del pueblo, la dueña absoluta del corazón del rey.

—¡Ironías del destino!—murmuró el joven soberano revolviéndose en el lecho como presa de delirio—. El interés del reino me condenaba a ser el marido de una ramera y a desdeñar a la joven virtuosa que me amó cuando me creía más pobre y más desgraciado que ella. ¡Alcira, adúltera, infame: goza, disfruta, diviértete con los despojos de tu víctima, a quien crees desaparecida para siempre! ¡Ya llegarán para ti y para ese miserable Lisandri, en cuyos brazos caíste antes de subir al trono de Istralia, las horas terribles, las horas negras! ¡Expiarás tu obra nefanda, víbora execrable, que pretendías envenenar con tu ponzoña el trono glorioso que me legó aquel gran rey que fué mi padre! Oscar Luis vive; Oscar Luis es una fiera que espera agazapada en la sombra el momento de saltaros a la garganta... ¡Qué delicioso festín de tormentos será mi venganza! ¡Cómo reiré escuchando vuestras quejidos! ¡Cómo reirán mis amigos contemplando vuestras horribles contorsiones de dolor! El instante decisivo está cerca. ¡Dejad que yo me levante, dejad que yo pueda andar!...

Se interrumpió. La imagen dulce de María Teresa volvía a ocupar su mente. ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría ido a parar, como él, al fondo del mar de donde le sacó la mano milagrosa de Dios?

—¡Cobarde!—se dijo lleno de ira—. La culpa es mía... ¡Nada de esto hubiera ocurrido si yo no la hubiese dejado marchar de mi palacio aquella mañana que acudió a darme su último adiós! Debí retenerla a mi lado desafiándolo todo, arrostrándolo todo, provocando si era necesario una revolu-

ción o una guerra con tal de elevar hasta el trono a esa noble y virtuosa hija del pueblo, a cuyo lado he vivido las horas más dulces y dichosas de mi vida... No hubieran faltado corazones honrados que apoyasen el justo deseo del rey.

Y prosiguió el soberano, después de pronunciar algunas palabras ininteligibles:

—La virtud, como las piedras y los metales preciosos, hay que buscarla muy bajo, entre los que sufren luchando a brazo partido con el hambre, como esta divina hija de pescadores que me cuida con una abnegación de madre... Arriba, en las clases privilegiadas, todo es lodo e ignominia. Brillan gracias al esfuerzo de los de abajo. ¡Qué injusto es el mundo! ¡Y pensar que yo, rey, si quisiese hacer prevalecer la verdadera justicia, no podría!

Calló para volver a pensar en los malvados que habían querido perderle, en María Teresa, la dulce amada, que dentro de pocos meses debía ser madre de su hijo; en sus amigos Canevari y Montespín; en su madre, la reina severa y orgullosa que respetaba las tradiciones de la dinastía como cosa sagrada, y en tantas personas y cosas más de su pasado brillante, glorioso como el de casi todos los reyes.

* * *

Cantaban ya los gallos en los corrales del caserío, cuando Oscar Luis logró conciliar el sueño.

Al despertar, un par de horas después, vió a su lado a dos ancianos que conversaban en voz baja. Supo que uno de ellos era el médico que lo asistía desde que se encontraba en aquella santa casa, y el otro el honrado pescador que lo había sacado con su red del fondo del mar.

Saludóles Oscar Luis y les expresó su agradecimiento por las atenciones y cuidados recibidos. El doctor Povedo, que parecía muy satisfecho de ver a su enfermo tan animado, le dijo:

—Puedes decir, sin temor a equivocarte, que la Providen-

cia está por completo de tu parte; a ella, sólo a ella, debes el encontrarte ahora en este lugar, en vías de restablecerte, después de haber estado bajo las mismas garras de la muerte.

—A ella y a vosotros—respondió Oscar Luis amablemente—. Las benditas personas de esta casa me han cuidado como si fuese yo el miembro más querido de su familia, y usted, doctor, se ha tomado un interés extraordinario por mi salud.

—Tiene razón mi hija—murmuró el viejo pescador—; este mozo habla como un hombre instruído.

—Y debe serlo—dijo el médico—. ¿Verdad, muchacho?

—Soy estudiante, doctor.

—¡Ah! Me lo suponía. No tenías aspecto de otra cosa. ¿Quieres decirnos ahora qué diablos has hecho para ir a parar a la red del tío Pablo?

Oscar Luis se explicó con ellos como lo había hecho con Virginia durante la noche, y sus explicaciones parecieron satisfacer a los dos viejos.

—¿De dónde habías sacado tú esos doscientos francos que te robaron los asesinos?—preguntó en seguida el médico al supuesto estudiante.

—Me los había enviado mi madre el días antes desde Nurmi, donde vive de sus modestas rentas, para mis gastos del mes.

—¡Ah! ¿Luego tienes familia?

—A mi madre únicamente, doctor.

—¿Y no conoces a nadie en San Francisco?

—A mis compañeros de estudio.

—Estarán alarmados con tu ausencia.

—Lo sé; pero no tardaré en ir a tranquilizarlos.

—¿No piensas escribirles antes?

—No, señor; temo que la noticia de lo sucedido llegue a oídos de mi madre, y la pobre mujer recibiría un disgusto muy grande.

—Tardarás algún tiempo en restablecerte para poder emprender el camino de regreso a San Francisco.

—Yo me encuentro mejor de lo que se imagina, caballero. ¿Cuántos días cree usted que deberé aún permanecer acostado?

—No puedo precisarlo; la cosa depende en gran parte de ti. Si sigues al pie de la letra mi tratamiento, triunfaremos en toda la línea.

—Haré lo que usted disponga, doctor.

* * *

—¿Qué tienes, padre, que pareces tan preocupado?

—Poca cosa: otra receta—respondió el viejo pescador enseñando a su hija una hoja de papel—. Precisaríamos ser dueños de la bolsa del rey para poder adquirir todos los medicamentos que el doctor receta a ese buen mozo.

—¡Chit, padre! No levantes tanto la voz, que puede oírte nuestro enfermo. Si el doctor ha recetado otro medicamento es por que tiene necesidad de él.

—Pero lo que nosotros no tenemos es dinero para ir a la farmacia.

—Deme esa receta, padre.

—¿Qué quieres hacer?

—Llevársela al boticario.

—Pero, ¿y el dinero para pagarla?

—Yo lo tengo.

—¡Tú!—exclamó el viejo mirando a Virginia estupefacto.

—Sí, padre; lo he ganado durante estas noches haciendo encajes.

—¡Gran Dios! ¿Y has sido capaz de no dormir, todo para que nada le falte a ese muchacho a quien no conocemos?

Virginia bajó la cabeza y respondió, mientras las lágrimas saltaban de sus hermosos ojos:

—Me da mucha pena ese pobre joven, padre mío... ¿Qué sería de él si no lo amparásemos nosotros?

El viejo pescador lanzó un juramento.

—¿Y lloras?—exclamó—. ¿Qué es eso, Virginia? ¿Qué es eso?

—Nada, nada, padre. Lloro de alegría, porque tengo lo suficiente para comprarle la medicina que ha recetado el doctor. Eso es todo.

Pero el pescador movió la cabeza, como poniendo en duda lo que su hija decía. Luego, apartándose de ella, se dijo:

—¿Y habrá sido capaz esa tonta de enamorarse de ese pelafustán de estudiantillo? ¡Hum, la casa se pone fea, muy fea!






## CAPITULO XI

### La despedida

CINCO días más tarde, cuando ya llevaba nueve Oscar Luis en la vivienda de los pescadores, pudo abandonar el lecho.

A pesar de ser ya avanzado el otoño, el tiempo era espléndido aquella mañana y la temperatura tibia como en Mayo. Oscar Luis habíase puesto el humilde traje de paisano que llevaba encima cuando fué sacado del fondo del mar, y que Virginia había preparado sobre una silla, cerca de la cama.

Mientras se vestía, el joven contemplaba a través del vidrio de la ventana de la habitación, en la que llevaba recluído nueve largos días, el mar sin olas, llano como la superficie de un espejo y de un azul luminoso bajo los rayos del sol. Sobre las rocas de la costa volaban las gaviotas describiendo amplios círculos, y a lo lejos, allá donde el agua y el espacio se confundían en una misma tonalidad de añil lúcido,

las velas triangulares de algunas barcas de pesca ponían en el bello paisaje marino el encanto de su blancura.

Sentíase débil el rey de Istralia. La víspera, el doctor Povedo le había quitado el vendaje de la cabeza, autorizándole a abandonar el lecho si se sentía con fuerzas para ello. Oscar Luis había asegurado que lo que le sobraban eran energías; pero, ¡ay!, el simple esfuerzo de vestirse le rendía, y cuando dió fin a esa tarea, tuvo que dejarse caer en una silla para descansar unos momentos.

Repuesto algunos minutos después de aquel desfallecimiento, se puso de pie y salió de la vivienda, pasando por la cocina, en la que Virginia, sentada cerca de la chimenea y a la luz de la lámpara, permanecía haciendo encaje todas las noches hasta muy cerca del alba. El viejo pescador y su hijo dormían a aquella hora, ya de regreso de la pesca. La puerta que daba al exterior estaba entornada, y Oscar Luis, presa de una emoción tan intensa como la que había experimentado la primera vez que abrió los ojos en aquella casa, la empujó suavemente y se encontró al aire libre, envuelto en la tibia caricia del sol.

* * *

—¡Oh! ¡Qué alegría me da verle a usted aquí!—exclamó en aquel instante tras él una voz dulcísima, que le era tan grata y familiar.

—¡Virginia!—murmuró Oscar Luis volviéndose y contemplando a la joven, que volvía de tender las redes en la parte trasera de la vivienda.

Y se quedó como suspenso, sintiendo aumentar aquella emoción extraña que sentía.

—¿Cómo se encuentra usted?—preguntó la hija del pescador, radiante de contento—. Eso es lo que primero me interesa saber.

—Pues bien, muy bien, amiga mía. Ya puedo considerar terminada mi cura.

—No vaya usted tan de prisa, Oscar Luis; yo creo más al doctor que a usted.

—¡Oh!... El doctor es una excelente persona, Virginia; pero demasiado meticuloso.

—Le ha devuelto a usted la salud; obedézcale sin chistar.

—Eso hago; pero...

—¿Qué pero es ese? — preguntó Virginia con graciosa gravedad.

—Deseo irme—murmuró Oscar Luis tristemente.

Una nube obscureció la bella carita de Virginia.

—¿Y por qué tiene tanta prisa en abandonarnos?

—Soy para ustedes, querida amiga, una carga demasiado pesada. Eso lo he comprendido desde el primer día que abrí los ojos en esta bendita casa, y desde entonces vengo sufriendo por esa causa.

—¡Dios mío!—exclamó la hija del pescador juntando sus manos sobre el pecho—. ¿De manera que durante todo el tiempo que usted lleva entre nosotros no ha hecho más que sufrir y que pensar en marcharse cuanto antes?

Un reproche doloroso vibraba en la voz apagada de Virginia, y Oscar Luis lo sintió clavarse en su corazón. Permaneció un instante silencioso, confuso, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y luego dijo mirando a la hermosa joven de un modo contrito:

—Pérdoneme, Virginia: la solicitud conmovedora con que usted ha cuidado de mi salud, sus desvelos, sus sacrificios tienen la culpa de que yo haya deseado irme lo antes posible y de que haya sufrido por el bien que usted me hacía... Todo mi dolor ha sido agradecimiento, un agradecimiento que vivirá eternamente dentro de mi corazón.

El rostro de la joven se serenó un tanto.

—No se empeñe usted en dar a las cosas más importancia de la que tienen, Oscar Luis. No hemos hecho más que

cumplir con nuestro deber, y en pago de ello hemos recibido la satisfacción de verle recobrar la salud. Pero estamos hablando de cosas en las que nunca deberíamos pensar. ¿Quiere usted que cambiemos de conversación?

—Cambiemos—respondió el rey de Istralia ahogando un suspiro.

—Pocos días hay en el otoño tan hermosos como éste. ¿Se siente usted con fuerzas para dar un corto paseo?

—Vamos adonde usted quiera.

—Descenderemos hasta la escollera, que está muy cerca de aquí. ¡Mucho cuidado al bajar por la roca! Lo mejor será que me coja de la mano; yo estoy habituada a este ejercicio, y podré librarle de rodar algunos metros si llega a resbalar o a perder pie.

Diciendo esto, Virginia alargó a Oscar Luis su pequeña mano morena, que éste oprimió con cierta efusión. Era la primera vez que la joven se permitía semejante familiaridad con el supuesto estudiante, y al pensar en ello se ruborizó mientras iniciaban el descenso de la roca.

* * *

—¡Ya estamos!—exclamó Virginia deteniéndose—. Ahora puede usted descansar.

Oscar Luis soltó la mano de la joven y tomó asiento en una piedra, a un paso del mar. El descenso de la roca y la breve caminata por la escollera le habían fatigado mucho, y ahora que descansaba sentíase invadir por una sensación de bienestar.

La hija del pescador permanecía de pie, a su lado, siguiendo con sus lindos ojos el vuelo de las gaviotas, mientras tristes pensamientos pasaban por su mente y torturaban su corazón.

De pronto, Oscar Luis levantó la cabeza y fijó en ella su mirada. Turbóse, como si adivinase lo que ella pensaba, y re-

cordando después un deseo que venía acariciando desde que había recobrado el conocimiento, le dijo:

—Virginia, ¿quiere hacerme un favor?

Ella se sobresaltó de alegría.

—¡De todo corazón!—respondió—. ¿De qué se trata?

—Quisiera leer un periódico de los que se publican en San Francisco. ¿Sería posible conseguir uno en Santa Cecilia?

—Nada más fácil. Conozco a más de diez familias que reciben periódicos de San Francisco. Yo también suelo pedirlos prestados para leer. ¡Voy por uno!

Y antes de que Oscar Luis hubiese tenido tiempo de hacerle alguna indicación, Virginia echó a correr hacia el caserío agrupado más allá de la gran roca sobre la cual estaba emplazada su vivienda.

—¡Angelical criatura! — exclamó el rey de Istralia siguiéndola con la mirada —. Sigue creyéndome un desheredado, y no sabe qué hacerse conmigo. ¡Jamás creí que la pobreza pudiese producir seres dotados de tantas virtudes, de tanta abnegación! ¡Oh, el día que ella sepa que el pobre estudiante por quien pasó las noches en vela haciendo encaje para poder comprarle las medicinas que recetaba el médico, era nada menos que el rey de su país!... Le agradeceré el bien recibido haciéndola rica; pero la felicidad, la verdadera dicha que ella anhela, no podrá dársela el soberano de Istralia. Para ello sería preciso que Oscar Luis no amase.

* * *

Estaba aún el joven monarca sumido en las graves reflexiones que se derivaban de su situación, cuando Virginia reapareció a su lado con un periódico en la mano.

—Es el último llegado a Santa Cecilia—dijo entregándoselo—. Si a usted le fatiga leer, yo buscaré las noticias que le interesan y las leeré en voz alta.

—Gracias—contestó conmovido Oscar Luis—. Por fortuna tengo la vista firme. Echaré una ojeada sobre lo que se dice de nuestro joven soberano y le devolveré el periódico.

—Yo no tengo ninguna prisa ni quiero que usted tema que pueda yo impacientarme. Mientras usted lee, yo contemplaré el mar; siento por él honda ternura cuando lo veo sumido en tanta calma.

Oscar Luis no debió escuchar sus últimas palabras. Impaciente, nervioso, desplegó el periódico y se puso a recorrer sus páginas en busca de noticias del rey de Istralia.

¡Al fin iba a saber cómo se las habían arreglado los malvados para justificar su desaparición!

De pronto, sus ojos se detuvieron sobre unas gruesas titulares, y presa del estupor que es de imaginar, Oscar Luis leyó:

*ECOS DE LA BODA Y LA CORONACION REGIA.—NUESTROS JOVENES SOBERANOS SIGUEN SIENDO MUY AGASAJADOS.—AMPLIAS NOTICIAS DE LOS ACTOS REALIZADOS AYER EN SU HONOR.—PALABRAS DEL REY EN LA SOLEMNE SESION CELEBRADA POR LA TARDE EN LA UNIVERSIDAD.*

Y debajo de estos gruesos caracteres de imprenta venían amplias informaciones describiendo todos los homenajes de que los reyes habían sido objeto en el día anterior y dando cuenta de otros pormenores concernientes a sus augustas personas.

El periódico temblaba en las manos de Oscar Luis mientras devoraba con los ojos todas aquellas noticias, y la palidez de su rostro se acentuaba hasta semejar el de un muerto.

La información no terminaba allí, y al volver la página se encontró con varias fotografías en las que aparecía el supuesto rey de Istralia.

Inclinóse Oscar Luis para contemplarlas mejor. En una de ellas, bastante clara, el soberano aparecía en medio de otras personas vistiendo el brillante uniforme de general de Caballería. Después de tener un rato aquel grabado bajo sus ojos, el verdadero rey se pasó varias veces por la frente su mano temblorosa.

—Pero si soy yo mismo—murmuró para sus adentros—. ¿Qué enigma es este?

Virginia se volvió hacia él en aquel momento, y advirtiendo las fotografías que estaba contemplando, se puso a mirarlas también por encima del hombro de Oscar Luis.

De pronto se situó frente a él, y observándole con extraña fijeza, murmuró:

—¡Es curioso!... El rey y usted parecen una misma persona.

—Tal vez lo seamos—dijo inconscientemente Oscar Luis.

Ella reparó entonces en su palidez, en el temblor de sus manos, y dando más importancia a esto que a sus palabras, inquirió alarmada:

—¿Qué le sucede? ¿Se siente mal?

Entonces Oscar Luis pareció darse cuenta de su situación; volvió a pasarse una mano por la frente y por los ojos, y balbuceó:

—No es nada. No se alarme usted, Virginia.

—¡Está usted tan pálido!... ¡Dios mío! ¿Se siente mejor ya?

—Sí, amiga mía. Me sentí desfallecer por unos momentos; pero todo pasa. Tome el periódico; no quiero seguir leyendo.

—¡Ah! Fué el esfuerzo de la lectura lo que lo puso a usted malo. Le prohibo que vuelva a leer mientras esté en Santa Cecilia.

—Y la obedeceré... aunque tengo la certeza de que ya no volverá a acometerme ese malestar.

Ella había cogido el periódico, y sentándose al lado de

Oscar Luis, volvía a contemplar las fotografías en las que aparecía el rey.

—¡Qué extraordinario parecido! — exclamó de pronto volviendo a fijar sus ojos en el semblante de Oscar Luis—. Cualquiera le tomaría a usted por el rey si vistiera de otra manera.

El joven probó a sonreír.

—Ya me vienen diciendo desde hace tiempo que me parezco al que hoy es soberano de Istralia, y para hacer más patente ese parecido, hasta llevo su mismo nombre.

—¡Hermoso nombre!—suspiró Virginia.

Y después de quedarse un momento pensativa, preguntó:

—¿Le gustaría a usted ser rey?

—No sé qué decir—contestó Oscar Luis, ya con sonrisa más franca—; pero no creo que la felicidad de un hombre estribe en colocarse tan alto sobre sus semejantes.

—Ni yo lo creo tampoco. La felicidad es un don del cielo que Dios derrama al azar; tanto puede caer en el corazón de un rey como en el de una pobre muchacha como yo.

—¿Y ha sentido usted caer alguna vez en su corazón esa divina gracia del cielo?

Virginia bajó los ojos. Luego, llena de turbación, murmuró:

—Sí... y no.

—No comprendo.

—Hay momentos en que me parece que sí, y otros en que me parece que no. Creo que la felicidad se burla de mí. Algunas veces la veo cerca, tan cerca, que me parece que no puede ser más que mía, y cuando voy a cogerla... da una pirueta y desaparece. Es cruel, ¿no lo cree así?

—Es una lástima que se entretenga en torturar a una criatura tan buena y simpática como usted.

—¿Simpática ha dicho usted?—exclamó Virginia con los ojos encendidos de alegría—. ¿De veras le parezco simpática?

—En grado sumo.

—También lo es usted, Oscar Luis, y quisiera que fuese usted feliz, muy feliz.

—Pues no lo soy.

—¡Oh! ¿Qué le hace falta para serlo?

Oscar Luis permaneció silencioso.

—¡Cómo!—exclamó Virginia—. ¿No me contesta usted?

—No puedo, no debo...

—¡Ah! En su vida se esconde algún dolor que quiere ocultarme. ¿Por qué no me confiesa sus penas, puesto que soy su mejor amiga?

—Lo haré, le descubriré todo mi pasado; pero será otra vez...

—¿Cuándo?

—Cuando regrese a estos sitios.

Virginia palideció, como si hubiese recibido un golpe mortal en el corazón.

—¿De modo que hasta entonces—musitó al cabo de un rato—será para mí como un extraño?

—Un extraño que la querrá como un hermano, Virginia, que pensará en usted a cada momento, que la llevará dentro del corazón.

—Un hermano—repitió la desventurada joven ahogando un sollozo—. Un hermano...

Y temiendo que esto chocase demasiado a Oscar Luis, agregó:

—¡Dios sabe cuándo volverá usted por Santa Cecilia!

—Pronto, muy pronto—prometió Oscar Luis con conmovido acento—. Mucho antes de lo que se figura.

—¡Entonces sí que seré yo feliz!—exclamó Virginia sin poder contenerse.

Y sus ojos se humedecieron.

—¿Llora usted?—preguntó él notándolo.

—Sí, de alegría, porque me ha prometido usted volver...

No hablaron más de aquella separación en perspectiva y

del probable regreso de Oscar Luis a Santa Cecilia. Virginia guardaba ya una tierna esperanza dentro de su alma, que le permitiría soportar con resignación la ausencia del supuesto estudiante, y en cuanto a éste, partiría de aquellos hermosos lugares llevándose en el corazón, entre la vorágine de sus rencores, la amargura de no poder corresponder al divino amor de aquella criatura.

* * *

Otros tres días más tarde, una mañana de domingo, ventosa y fría, en que el cielo aparecía cubierto de grandes nubarrones, Oscar Luis, encontrándose ya fuerte, decidió ponerse en camino de San Francisco.

Despidióse de los dos pescadores muy temprano, cuando éstos regresaban de la pesca después de una noche de borrasca en el mar en la que la miseria les había dado fuerzas una vez más para vencer la furia de los elementos, y con emocionada voz prometióles volver muy pronto a Santa Cecilia para agradecerles con algo más que con palabras todo el bien que de ellos había recibido.

El viejo Pablo le abrazó después de darle algunos buenos consejos, y Atilio hizo lo propio y le acompañó hasta la puerta.

—Ya sabe usted—le dijo con esa simpática franqueza que caracteriza a los rústicos—dónde deja a seres que le quieren como si fueran de su familia. Y no piense en agradecernos lo que por usted hemos hecho. Tenemos bastante con la satisfacción que nos causa el haber podido serle útiles.

—¡Almas generosas!—exclamó Oscar Luis sintiendo que el llanto pugnaba por subir a sus ojos—. El afecto que me profesan vale más que mi vida. ¡No los olvidaré nunca!

Le costaba trabajo hablar. Atilio, que ya lo había abrazado dentro de la casa, después de su padre, le dió la mano, creyendo que Oscar Luis no esperaba otra cosa para marcharse;

pero, en vez da alejarse, el supuesto estudiante paseaba los ojos en torno suyo, como si buscase algo.

—¿Se le ofrece alguna cosa?—preguntó el pescador, advirtiendo la ansiedad con que Oscar Luis miraba a su alrededor.

—Sí—murmuró éste, confuso—. Despedirme de Virginia. Mas como no la veo...

—¡Ah! Debe estar esperándole en la senda que conduce a la escollera. Vaya usted por allí y la encontrará. Sospecho que quiere decirle algo.

—Bien—dijo Oscar Luis—. Hasta la vista.

—Adiós y buen viaje—contestó Atilio.

Oscar Luis empezó a descender por la empinada cuesta de la roca, y el joven pescador, después de seguirle un instante con la mirada, se metió en la vivienda, que el viento huracanado hacía crujir de un modo siniestro, y cerró la puerta.

* * *

El rey de Istralia llegó al pie de la roca sin divisar a ser viviente en la senda de la escollera, que las grandes olas de un color plomizo salpicaban a menudo con su espuma al estrellarse contra las piedras.

No obstante, siguió andando. Tenía el presentimiento de encontrar a su amiga. Sabía que Virginia quería darle su adiós en un lugar donde nadie más que él pudiese ser testigo de la inmensa pena que debía producirle su partida.

Llegó al final de la senda, y cuando iba a tomar el camino del caserío, la joven, que estaba detrás de unos pinos, le salió al paso.

—¡Virginia!—exclamó emocionado Oscar Luis, deteniéndose—. Hubiera sido para mí un dolor marcharme de Santa Cecilia sin estrechar su mano y darle una vez más las gracias por las atenciones que conmigo ha tenido.

—Calle, calle—balbuceó ella ahogándose—. Quería que no viesen mis lágrimas, y por eso me he decidido a esperar aquí...

—¿Y por qué has de llorar, Virginia?—inquirió él tuteándola por primera vez—. ¿Por qué, si te he prometido volver muy pronto?

—¡Oh! Ni yo misma lo sé, Oscar Luis. Tengo en el corazón una pena tan grande, tan grande, que me parece ha de acabar con mi vida.

Los sollozos ahogaron su voz y se cubrió el rostro con las manos.

La emoción del rey en aquel momento no reconocía límites. La muerte de su padre no le había conmovido más que el llanto de aquella criatura cuya alma se quebraba bajo el dolor de una cruel separación.

—Dame tu mano, Virginia, y basta de lágrimas. Seamos fuertes. Mientras esté lejos de ti, te tendré siempre en mi pensamiento y en mi corazón, y recordaré el bien que me has hecho, y los sacrificios que te has impuesto por mi culpa, y las horas que robabas al sueño trabajando denodadamente para que al día siguiente no me faltaran las medicinas ni los alimentos que recetaba el doctor. Y lloré de agradecimiento, puedes creerme. Pero, ¿qué haces? ¿Qué es esto?

La joven acababa de sacar de entre las ropas de su seno una bolsita de seda amarilla, y mientras las lágrimas seguían cayendo en abundancia de sus ojos, se la alargó a Oscar Luis, musitando:

—Tome. Yo no podía resignarme a que se fuese usted andando hasta San Francisco. Dentro de la bolsita hay diez francos para los gastos del viaje. Es el último dinero que he ganado haciendo encaje mientras usted dormía. Le suplico que guarde la bolsita como recuerdo.

—¡Angel de bondad!—exclamó el rey—. Yo no puedo aceptar esos diez francos que tanta falta te hacen. Guárdate el dinero y dame la bolsita, que conservaré como el re-

cuerdo más precioso de mi vida. Esos cincuenta kilómetros que hay de aquí a San Francisco no asustan a mis piernas.

Pero ella se hizo hacia atrás, negándose a coger la bolsita que Oscar Luis pretendía devolverle.

—No, no... Ha de aceptarlo usted todo; de lo contrario, me consideraré ofendida. He ganado para usted ese dinero, y llevándoselo es como me dejará un poco contenta.

—¡Oh! ¿Cómo pagarte tantas mercedes, Virginia?

—Volviendo pronto a Santa Cecilia—respondió la hija del pescador enjugándose los ojos.

—Te complaceré, y procuraré disponer las cosas de forma que tengamos que vivir siempre muy cerca uno del otro.

Ella le tendió sus dos manos.

—Bueno — dijo muy serena al parecer —. Parta usted. Temo que se le haga tarde para coger el tren.

Oscar Luis dirigió una mirada en torno suyo como para llevarse en la mente y en el alma, junto con el recuerdo de aquella tierna y delicada criatura, la visión del lugar donde moraba, y respondió, estrechando las manos que le tendía:

—¡Adiós, amiga mía, hermana mía!...

—¡Adiós!—murmuró Virginia con un suspiro.

Y las manos no se soltaron. Permanecieron aún unos segundos estrechamente unidas. Esperaba ella que Oscar Luis le dijese algo más, algo que fuese más grato a su corazón que todas las palabras que había pronunciado hasta entonces y que le dictaba su agradecimiento, algo más dulce que los calificativos de amiga y de hermana que la daba: el balbuceo de amor leve, sutil, armonioso, que haría florecer en su alma de virgen tantas alegrías, tantas esperanzas luminosas, tantos ensueños. Pero las manos del supuesto estudiante se aflojaron sin que la palabra que es caricia, que es perfume, que es luz, brotase de sus labios, y Virginia apartó la suyas.

—¡Adiós!—repitió Oscar Luis alejándose.

—Hasta que volvamos a vernos—balbuceó ella desfalleciendo.

Y se volvió para apoyarse contra uno de los pinos. Tenía la muerte en el corazón.

* * *

Caminaba Oscar Luis de prisa, poseído de una amargura que pugnaba por fluir en lágrimas de sus ojos.

Silbaba furiosamente el viento sobre toda la costa, desgajando los árboles y arrastrando por el cielo, como potros desbocados, grandes nubarrones. El aspecto del mar era imponente: olas altísimas erizaban su superficie y se las veía avanzar hacia la costa coronadas por un penacho de espuma y estrellarse contra las altas rocas con ensordecedor estrépito. Al llegar a la estación ferroviaria de Santa Cecilia, que estaba a la izquierda del caserío, apartada de éste por una distancia de ciento cincuenta metros, aproximadamente, el rey volvió la cabeza para despedirse por última vez con la mirada de aquellos lugares en los que se le había revelado toda la virtud del corazón de los humildes.

Allá, sobre la roca negra que parecía desafiar las furias del mar con su pétrea movilidad, distinguió la humilde casita de los pescadores donde Dios le hizo el milagro de volverle a la vida. Desde allí le recordaría la dulce Virginia todos los días, todos los minutos, y por las mañanas, a la hora de la llegada del tren de San Francisco, con los ojos preñados de lágrimas y el corazón estremecido de ansiedad, escrutaría desde aquella altura el camino de la estación esperando verle retornar. ¡Ah! El volvería, y aunque la felicidad que de él esperaba aquella linda muchacha no podía dársela, los emanciparía de aquella vida de privaciones y peligros que se veían precisados a arrostrar para no morirse de hambre y pagar sus deudas.

El repique de la campana de la estación llamando a los viajeros al tren le arrancó de estos pensamientos. Rápidamente echó mano al bolsillo donde había guardado la bolsita

con los diez francos que le había dado Virginia, y la abrió para sacar de ella el dinero para el billete. Pero cuando ya tenía en la palma de la mano las monedas de plata e iba a dirigirse hacia el andén, se quedó pensativo.

—No, no—acabó por decirse—. Estos diez francos son para mí como una herencia sagrada; son el símbolo de un alma de mujer que se sacrificó por mí, y cometería un crimen desprendiéndome de ellos. Los guardaré. Cincuenta kilómetros de camino son bien poca cosa cuando el ansia de venganza que se revuelca dentro de mi pecho puede prestar alas a mis pies.

Tentado estuvo de llevar aquella bolsita a sus labios antes de volver a guardarla en su bolsillo, y si no lo hizo fué porque vió a un ferroviario que se dirigía hacia él.

—Señor—le dijo aquel hombre—, ¿qué esperáis a sacar vuestro billete? El tren va a partir.

—Renuncio al viaje—contestó Oscar Luis.

Y se alejó para tomar la carretera de San Francisco, que corría paralela a la vía férrea.

—¡A la venganza!—exclamó en voz baja, así que estuvo lejos de la estación—. ¡A la venganza!... ¡Temblad, impostores!






## CAPITULO XII

### La sorpresa de Clara




L acto más peligroso y más sensacional que esperaba al substituto de Oscar Luis después de haber dispuesto el alejamiento de Canevari y de Montespín era aceptar la renuncia presentada por los ministros que habían colaborado en la obra de gobierno de la reina madre durante su regencia.

Si de este acto no se derivaban graves contratiempos, podían estar seguros los impostores de seguir triunfando en toda la línea.

Al día siguiente de haberse hecho cargo Rodolfo Carpi de su papel, los ministros tuvieron conocimiento de que la renuncia de sus carteras que habían presentado como una simple formalidad, quedaba aceptada por el joven soberano, y que éste había encargado a un íntimo amigo del conde Federico la formación de un nuevo Ministerio.

Este quedó constituído la tarde de ese mismo día. Sus componentes eran hombres jóvenes, pertenecientes a la más rancia nobleza en su mayoría, y que siempre habían hecho muy poco caso de la política. La Cámara de Diputados, en la que los representantes de ideas liberales formaban la mayoría, tenía forzosamente que acoger con hostilidad aquel Gabinete cuando se presentase a solicitar su voto de confianza. Pero los impostores, previniendo esta dificultad, clausuraron el Parlamento con el pretexto de conceder vacaciones a los legisladores con motivo de la coronación y la boda regia.

Confiaban que el país, aturdido con los festejos que debían prolongarse durante cuatro días aún, dejaría pasar estos acontecimientos políticos sin comentarlos, y así ocurrió, en efecto.

La audacia y la astucia de Lisandri le habían llevado a ver coronados en muy pocas horas todos sus siniestros planes. Desaparecido para siempre Oscar Luis, el que lo reemplazaba en el trono no era más que un esbirro del conde; también Alcira estaba entre sus uñas, y en cuanto a la orgullosa reina madre, era en sus manos blanda arcilla que él modelaría a su gusto. Podía considerarse, por lo tanto, el amo de los amos de la situación; el rey de aquellos reyes que debían acatar mansamente su voluntad.

¡Y qué de magníficos festines se prometía la desmedida ambición de aquel canalla a costa del trono y del reino diabólicamente usurpados! Llenaría de oro las frías habitaciones de su sombrío castillo, disfrutaría de cuantas mujeres le gustasen, atormentaría a sus enemigos y a todas aquellas personas que dentro y fuera de la corte le habían mirado siempre con cierta hostilidad, por adivinar, sin duda, sus instintos perversos, y haría prevalecer sus menores caprichos, costase lo que costase, como un tirano absoluto, remedo de aquellos déspotas de la antigüedad, cuyos hechos ensangrientan tantas páginas de la Historia y cuyos nombres suenan como maldiciones. ¡Para algo disponía de la fuerza!

Ganada la batalla decisiva para su causa, que consistió en el reemplazo del Ministerio que había gobernado durante la regencia de la reina madre, conceptuó Federico Lisandri que lo poco que aún quedaba por hacer carecía de importancia.

Y mientras el falso rey y la infame Alcira, guiados por él, se sumían en el deslumbrador torbellino de la vida cortesana, se dispuso a solucionar los pocos problemas pendientes a fin de entregarse después con toda tranquilidad al usufructo del botín.

Uno de estos problemas consistía en asegurarse la colaboración de Cosme Novelli, el secretario de la reina madre; el otro, en comprar el silencio de Clara, la amante de Rodolfo Carpi, y el tercero y último, en hacer desaparecer a la florista del barrio de San Germán, como se había hecho desaparecer al rey.

Resolvíó comenzar por el primero. Citó al barón Novelli, y éste, apenas el conde Federico hubo pronunciado las primeras palabras, le dijo, esbozando una sonrisa de falsete:

—No es menester que os esforcéis más en explicarme lo sucedido. Lo he adivinado todo.

Lisandri se inmutó.

—¿Es posible que hayáis podido penetrar en el enigma? —inquirió—. ¿Sabéis acaso qué ha sido del verdadero rey?

—Sé—contestó Novelli sin abandonar su sonrisa—que Oscar Luis no volverá a ocupar jamás el trono de los Nazari...

—¡Ah! No andáis muy lejos de la verdad. ¿Os dais cuenta de la gravedad del secreto?

—Por algo no os he vendido.

—Es preciso que sigáis guardando silencio.

—Eso me conviene a mí tanto como a vos, querido conde. Ya sabéis que Oscar Luis I no era santo a quien podía yo encenderle velas. La reina madre, con parecer tan severa y tan

orgullosa, se deja engañar fácilmente por quien se lo proponga...

—Comprendo. Yo, en pago de vuestro silencio, me comprometo a dejaros llevar adelante vuestros negocios privados; pero en lo concerniente a los asuntos públicos, deseo que acatéis mi autoridad.

—No tendréis quejas de mí; no os digo más.

—Ahora otra cosa, barón.

—Hablad.

—Sé que habéis acompañado hasta el Castillo de las Aguilas a esa muchacha del pueblo, esa florista del barrio de San Germán por la cual Oscar Luis llegó a perder la cabeza.

—En efecto, conde; eso ha sido obra de la reina madre, que a toda costa quería evitar un escándalo.

—Y sin quererlo, nos ha hecho un favor.

—Ahora caigo en ello. Pero, ¿qué queréis decirme de esa florista?

—¿Creéis que está segura en aquel castillo?

—Juraría que sí. ¿Conocéis el lugar, conde? No creo que una mujer pueda sentirse tentada a escapar.

—Yo no me fío de nada.

—¿Qué hemos de hacer entonces?

—Eliminarla.

—¡Cáspita! Eso puede disgustar a la reina madre.

—La reina madre no llegará a enterarse de ello.

El barón se encogió de hombros.

—Os advierto, conde—dijo—, que se trata de una preciosa muchacha...

—¡Peor para ella! Nos conviene pisar terreno seguro, barón.

—Por mí, después de todo...

—Pues si vos no os oponéis a ello, yo me encargaré de la empresa. No me gusta dejar cabos sueltos.

—¿Oponerme? La cosa no me importa un comino. Ya os

he dicho que tengo bastante con que me dejéis hacer mis negocios.

* * *

Satisfecho de su entrevista con el barón Novelli, el conde Federico se dispuso a resolver el segundo de los problemas, que consistía en asegurarse, por un medio o por otro, el silencio de Clara, la amante de Rodolfo Carpi.

Antes de ponerse en acción, mantuvo con el falso rey un corto diálogo.

—Pienso ir a visitar a tu amiga, conforme a tus deseos que expresaste anoche.

—¡Ah!—exclamó Rodolfo Carpi—. ¿Y la conducirás a mi presencia?

—Ciertamente. Nos conviene asegurar el silencio de esa mujer.

—Te respondo que Clara no dirá una palabra si soy yo quien se lo manda.

—¡Es preciso que estés bien seguro de ello! No debemos fiarnos mucho de las mujeres.

—Pero de una mujer como ésa, que está loca por mí, no hay nada que temer. Hará lo que yo disponga.

—Bien—dijo el conde Federico.

Y agregó, después de reflexionar un instante:

—El ceremonial de hoy excluye todo acto oficial después de las ocho de la noche. A esa hora retírate a tus habitaciones y espera allí la llegada de tu amiga.

—Entendido.

Y se separaron.

* * *

Minutos antes de las ocho de la noche, Federico Lisandri llegaba en su automóvil a casa de Rodolfo Carpi.

Le recibió la doncella y a ella preguntó por la señorita.

—Tendréis que aguardaros un momento en la antesala—le advirtió la fámula—. La señorita tiene visita.

—Esperaré—dijo el conde.

Ya en la antesala, tomó asiento en un sillón y se dispuso a aguardar a que la amante de Rodolfo se desembarazase de su visita.

No llevaba allí dos minutos, cuando oyó resonar en la habitación contigua, que era la sala, una voz de hombre, gruesa, antipática.

Lisandri prestó atención.

—¡Quiero que se me pague!—tronaba aquel hombre—. ¡Estoy harto de excusas! ¿Qué sería de mí si todos hiciesen lo mismo que el señor Carpi?

Una voz de mujer, la de Clara, respondió:

—Tened un poco de paciencia todavía... El señor Carpi cumplirá con los compromisos que ha contraído con vos tan pronto regrese de su corto viaje... Os doy mi palabra.

—¡Qué viaje ni qué niño muerto!... Todos esos son pretextos que os traéis para no pagar; pero ya os lo he dicho: ¡si para hoy, a las doce de la noche, no he cobrado mis diez mil francos, me incautaré por medio del Juzgado de todo cuanto hay en esta casa!

—¡Oh! ¡No haréis eso!—exclamó la voz de mujer con dolorido açento—. Sois un hombre de cónciencia y...

—Sí, sí; de conciencia—refunfuñó el hombre—. Hasta hoy me he dejado llevar por ella, y ya veis los resultados.

—Pero si se os pagará... El señcr Carpi se vió precisado a emprender un viaje inaplazable, y por eso no ha podido pagar esa letra a su debido vencimiento.

—¡Es la quita vez que vence esta letra, señora mía!

—El caso no volverá a repetirse, creedme, señor Verky. Sed bueno...

El visitante soltó una risilla sarcástica mientras exclamaba:

—¿Bueno? ¡Mirad lo que salgo ganando con serlo! ¡Ah!

Pero lo que es esta vez no me dejaré convencer con palabritas... Mantengo mi propósito, señora.

—¡Oh, Dios mío! Temo de que Rodolfo no regrese en toda la noche. Prorrogad ese plazo hasta mañana, señor Verky.

—No lo haré por nada de este mundo. ¡Necesito mis diez mil francos para hoy a media noche!

—No seáis cruel... Mirad que por una tregua de horas vais a exponer al señor Carpi a pasar como un granuja que ha querido estafaros esos diez mil francos.

—¡Peor para él! Si hubiese hecho honor a su palabra y a su firma, nuestras relaciones no hubieran llegado a este extremo. Después de todo, yo perderé más que él, puesto que todo lo que hay en esta casa no vale los diez mil francos que me debe; pero me daré el gustazo de poner a ese caballerito los puntos sobre las íes.

—¿Y tendré yo que quedarme sin hogar no teniendo culpa alguna de lo que sucede? Haceos cargo de mi situación, señor Verky.

—¿Quién os manda uniros a un hombre sin escrúpulos como el señor Carpi?

—Ya que comprendéis que soy una víctima, hacedme la merced de concederme ese plazo.

—¡No y no!

—¡No tenéis corazón!—gritó, indignada, la mujer.

—Se trata de diez mil francos, señora — contestó el hombre.

Hasta aquí habían llegado las cosas, cuando el conde Federico, abriendo la puerta que comunicaba con la sala, compareció ante la amante de Carpi y el acreedor.

A juzgar por su vozarrón, cualquiera hubiera tomado al señor Verky por un hombre corpulento, de rostro feroz y mirada penetrante y colérica, y por eso la sorpresa de Lisandri fué grande al encontrarse ante un sujeto casi liliputiense, de barba blanca, nariz ganchuda, como los judíos, de los cuales

descendía, cubierto con un raído gabán de solapas de seda manchadas de grasa y llevando ante los ojos una antiparras azules.

* * *

La inesperada aparición del regicida llenó de estupor a Clara y sobresaltó al hombrecillo, que dirigió a la amiga de su deudor una mirada llena de inquietud.

—¡Señor conde!—había exclamado ella—. ¿Vos aquí?

—Sí, señora—contestó Lisandri, dirigiéndole un breve saludo—, y a fe qué no podía llegar más a tiempo.

—No comprendo—murmuró Clara sin salir de su estupor.

—Lo he oído todo, señora, y estoy indignado...

—¿Contra mí, acaso?

—No, contra ese granuja que se ha permitido faltaros al respeto.

Y al decir esto, el conde Federico señaló a Verky, que retrocedía, presa de creciente temor.

—¡Oh, señor conde!—exclamó Clara—. Es que Rodolfo debe al señor Verky una cantidad importante y...

—Se trata de mi dinero, caballero—murmuró el hombrecillo dirigiéndose a Lisandri con un gesto suplicante y en voz tan baja que costaba ahora trabajo oírle—. Yo respeto a todo el mundo, yo estoy a los pies de todos, humilde y sumiso como un esclavo o como un perro. Pero necesito mis diez mil francos, señor conde. Estoy desesperado. Yo tengo tambien mis compromisos, y como carezco de buenas relaciones, si no los pago me llevarán a la cárcel.

—¡Basta de palabras!—interrumpió Lisandri con severidad—. Te has conducido como un cretino con esta señora, que si te pedía unas horas más de plazo era porque tenía la seguridad de poder pagarte. Ahora vas a cobrar tus miserables diez mil francos y a desaparecer de esta casa antes que mi indignación me lleve al extremo de atravesarte con mi espada.

—¡Oh, caballero!... Perdonadme... Juro que no he tenido la menor intención de ofender a esta señora ni al señor Carpi. Hay veces que uno no tiene la cabeza en su sitio y...

Mientras el judío se deshacía en reverencias y en excusas y la hermosa amante de Rodolfo miraba al conde sin poder creer en sus palabras, éste sacó de un bolsillo su hermosa cartera con ribetes y monograma de oro, llena de billetes de Banco, y separando diez de mil francos cada uno se los alargó al hombrecillo, diciéndole:

—Toma tu dinero, granuja, y devuélveme la letra firmada por el señor Carpi.

—Al momento, señor conde; al momento...

Verky, temblando de gozo, cogió con sus manos huesudas y amarillentas los diez billetes, y después de contarlos y de examinarlos uno por uno, se los guardó cuidadosamente, entregando a Lisandri la letra firmada por Rodolfo que tenía en su poder.

—Está bien—dijo el regicida después de examinarla—. Quítate ahora de nuestra vista.

—¡Que el cielo os dé salud y fortuna, caballero!—exclamó el judío, retrocediendo hacia la puerta y haciendo profundas reverencias—. Y a vos, señora, que os conserve vuestra belleza.

—El diablo te lleve, miserable—murmuró Lisandri, lanzándole una mirada de desprecio.

Salió Verky, después de inclinarse hasta tocar el suelo con las manos en una última y ceremoniosa reverencia, y Clara quedó sola frente al conde Federico.

—Caballero—murmuró cohibida al sentir de pronto fijos en ella los ojos de aquel hombre que acababa de intervenir en su favor de manera tan providencial—, ¿es verdad que Rodolfo os ha entregado ese dinero?

—Nada se de él, señora—contestó Lisandri esbozando una sonrisa.

—¡Oh!—exclamó Clara—. Entonces no comprendo vuestra intervención.

—Un favor que debéis al rey, señora.

El estupor de Clara no reconocía límites.

—¡Al rey! Explicaos, señor conde. ¿De quién son los diez mil francos que acabáis de entregar al señor Verky?

—De su majestad.

—No puedo creeros. Me parece que os estáis burlando de mí.

—Dentro de pocos minutos os convenceréis de ello, pues vengo en vuestra busca.

—¿En mi busca? ¿Y dónde queréis conducirme?

—A presencia del rey.

—Basta de bromas, señor conde. Os aseguro que no tengo motivos para alegrarme.

—¿Por quién me tomáis, señora? ¿Creéis que un caballero como yo puede osar presentarse en casa de una dama para burlarse de ella?

—No he pensado eso; pero es tan extraño, tan misterioso lo que me decís...

—Y sin embargo, es la verdad, señora. El rey quiere veros y me envía a suplicaros le hagáis el honor de acudir a Palacio.

—Pero, ¿qué interés puede tener su majestad? ¿A qué obedece ese deseo o capricho del monarca? Haceos cargo de mi asombro, caballero...

—Creo que en Palacio os esperan algunas sorpresas agradables. No puedo deciros más.

Clara dió una vuelta por la habitación, retorciendo nerviosamente los dedos de sus blancas manos. Luego, deteniéndose ante Lisandri, preguntó:

—¿Tendrá el deseo del rey algo que ver con Rodolfo?

—No lo creo.

—¿Sabéis algo de Carpi? Anoche se ha marchado con vos y no ha vuelto por aquí.

—Es extraño, señora. Me separé de Carpi a los pocos momentos.

—¡Oh! Temo que Rodolfo me haya abandonado; no me ama ya...

—A mí me dijo todo lo contrario hablándome de vos.

Las pupilas de Clara se iluminaron.

—¿Qué os dijo de mí? Responded, señor conde!

—Que está muy satisfecho de vuestro cariño y que os corresponde del mismo modo; pero que algunas veces, por veros rabiar, os da a entender lo contrario.

—¡Gran Dios! ¿Es verdad que os dijo todo eso?

—No lo dudéis, señora.

—¡Oh! ¿Por qué me habrá abandonado entonces? ¿Por qué no regresará a mi lado sabiendo que es la razón de mi vida?

—Olvidadlo por un momento, señora; el rey os espera.

—¿De modo que queréis que os siga ahora mismo?

—Ahora mismo, señora.

—¡Cuánto me intrigáis, conde Lisandri! Pero, en fin; sois un buen amigo de Rodolfo y no dudo de vos. Dadme tiempo para vestirme; no puedo presentarme ante el rey en kimono.

—Lo comprendo; id a cambiaros de ropa y hacedlo lo más a prisa que podáis.

—Voy a ello. Os prometo no tardar más de cinco minutos.

Y Clara salió de la sala desabrochándose febrilmente el magnífico kimono de raso que tenía puesto para estar dentro de casa.

Un rato más tarde, bien pasados, por cierto, los cinco minutos, reaparecía en la sala, cubierta con un elegante abrigo de pieles y tocada con un sombrerito de terciopelo de color morado, bajo el cual asomaban sobre las mejillas algunos rizos de su rubia melenita.

Federico se levantó del sillón en el que había tomado asiento.

—¿Vamos, señora?

—Cuando queráis, caballero.

* * *

Se detuvo el "auto" del conde Federico en la parte posterior de Palacio, ante la puerta que daba al camino de las palmeras, por la cual noches antes había sido sacado el cuerpo inerte del verdadero rey, y después de apearse dió su mano a Clara para ayudarla a hacer lo propio.

Antes de entrar por aquella puerta en la regia morada, la amante de Rodolfo Carpi dirigió en torno suyo una mirada de asombro. ¿Ella en Palacio, llamada allí por el joven soberano, que tanto se parecía a Rodolfo? Creía soñar. Poseída de la más viva emoción, se puso a andar por alfombrados corredores y suntuosas galerías al lado del conde Federico, que no contestaba a las reverencias de los galoneados servidores de sus majestades con los cuales se cruzaban a cada paso.

—¿Y decís, señor conde, que el rey me recibirá pronto?

—Inmediatamente, señora.

Penetraron en una salita amueblada con el mayor lujo y confort. Lisandri indicó a Clara que tomase asiento en una butaca, mientras él iba a dar cuenta al soberano de su llegada, y ella, mientras seguía sus indicaciones, preguntó con voz ligeramente trémula:

—¿Está lejos de aquí su majestad?

—Al contrario, señora; muy cerca.

El conde desapareció tras un cortinaje que había en la pared, muy próximo a una monumental chimenea de mármol cincelado, y unos diez minutos más tarde estaba de regreso, diciendo a Clara, cuya emoción y nerviosidad iban en aumento:

—Venid, señora; su majestad os espera.

Levantóse la hermosa mujer y avanzó hacia aquel cortinaje, uno de cuyos bordes levantaba el conde Federico para

facilitarle el paso a la habitación inmediata. Al encontrarse allí, la cortina cayó a espaldas de Clara, sin que Lisandri la siguiese.

Avanzó unos pasos sin ver a nadie en aquella vasta estancia en que ahora se hallaba.

¿Dónde estaría el rey?

¿Tendría que pasar quizás a otra habitación para encontrarse en su presencia?

Empezaron a temblarle las piernas. Se detuvo; miró a su alrededor: nadie. En medio de su intensa turbación, le pareció que las figuras de los cuadros y de los tapices se burlaban de ella. Muy pálida, se volvió hacia el cortinaje por el cual acababa de pasar, dispuesta a huir de aquel sitio sumido en un silencio que le daba miedo, cuando oyó tras ella el ruido de un sillón que alguien movía, y al mismo tiempo llegó a sus oídos una alegre carcajada.

—¡Tiene gracia!—exclamó el que acababa de reirse—. ¡Ibas a marcharte sin saludarme siquiera!

Un ligero grito se escapó de la garganta de Clara al reconocer aquella voz.

Y girando con presteza pudo ver en medio de la sala, de pie sobre una magnífica alfombra persa, a un hombre trajeado con un uniforme militar y que no era otro que Rodolfo Carpi.

Atónita de sorpresa, retrocedió unos pasos.

—Acércate—dijo el hombre sonriendo—. ¿Qué miedo tienes? El rey no se come a nadie...

—¡El rey!...—musitó Clara, mirando a aquel hombre con los ojos desmesuradamente abiertos—. ¡Pero, Dios mío!... ¿Es posible que...?

El hombre entonces se acercó a ella.

—¿Qué dudas tienes, Clara?... ¡Ah!... ¿Es que no crees aún en lo que los ojos te descubren?

—¡Oh!—balbuceó la hermosa pasándose una mano por la frente—. ¿Será verdad? Rodolfo...

—Serénate, mujer...

—Pero, ¿eres tú?... ¿Tú? ¿No me engañan mis ojos?... ¿No es ésta una burla cruel... o una alucinación?

—No, no es nada de eso, querida mía. Soy el rey de Istralia en cuerpo y alma...

—¿El rey?... ¿El rey dices?... ¡Rodolfo!

—¿Más dudas?

—¡Cielos!... Explícate... ¿No comprendes que esta comedia me enloquece?... ¿Quién eres?... ¿Mi Rodolfo?... ¿El rey?...

—Las dos cosas, querida—respondió él, divirtiéndose con la turbación sin límites de Clara.

—¡Eso no es verdad!... ¡Eso no es verdad!... Tú no eres el rey, aunque vistas ese uniforme, aunque estés en el palacio de nuestros soberanos... Eres mi Rodolfo, mi amado Rodolfo... ¿Qué haces en este lugar?... ¿Por qué has querido burlarte de mí?

—Todo va perfectamente en serio.

—¿Qué quieres decir?

—Soy el rey.

—¡Mentira!

—No levantes tanto la voz, mujer—dijo Rodolfo Carpi acercándose más a ella—. Sé prudente.

—Lo seré; pero deja de burlarte de mí. ¿Qué haces en este sitio?

—Gobierno a mi país.

Ella hizo un gesto de desesperación.

—Pero, ¿y el rey, Rodolfo?

—Te he dicho que soy yo.

—Hablo del verdadero rey de Istralia, de Oscar Luis I.

—Abrázalo; lo tienes en tu presencia.

—¡Qué malo eres! No dejarás de burlarte hasta que consigas hacerme perder el juicio.

—Sería una lástima, Clara; eso te impediría disfrutar de la magnífica posición que he conquistado.

—¡Ah! Luego tú no eres Oscar Luis I.

—Para todos, sí; pero para ti, para mi Clara, soy Rodolfo Carpi, el bribón a quien quieres tanto...

—¡Rodolfo mío!—exclamó ella echándole los brazos al cuello—. ¡Te amo más que a mi vida!

Le cubrió el rostro de besos, y cuando aquella explosión de cariño se hubo calmado, el impostor le pasó un brazo por el talle y dijo, conduciéndola de ese modo hasta un amplio sofá que había en un rincón de la vasta sala:

—Sentémonos, Clara, y hablemos.

—Sí, hablemos, Rodolfo... ¡Es tan extraño todo esto!...

—Debes comenzar por no llamarme por mi nombre. Para todos soy Oscar Luis I, rey de Istralia.

Ella se hizo un poco atrás en su asiento y volvió a mirarle con los ojos desmesuradamente abiertos y una expresión de estupor en su bello rostro.

—Pero, ¿no habíamos quedado en que eras Rodolfo Carpi?

—Sí: pero al mismo tiempo soy Oscar Luis I, rey de Istralia...

—¿Y desde cuándo eres "eso"?...

—Desde anoche.

—¿Y el verdadero Oscar Luis?

—Ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—La noche que contrajo matrimonio con Alcira de Serajev y fué coronado soberano de Istralia.

Clara se quedó un momento pensativa.

—Empiezo a comprender—murmuró de pronto—. Como tú te parecías tanto al rey, el conde Federico te trajo para que lo substituyeras. ¿Es así?

—Has adivinado, hermosa mía. Dame un beso.

Después de complacerle, preguntó la joven, vivamente interesada en la revelación sensacional que su amante había comenzado a hacerle:

—¿Es el conde Federico Lisandri el único que está en el secreto de esa substitución?

—No; tienen conocimiento de ella la reina madre, la joven reina Alcira y el barón Novelli.

—¿Y la han autorizado?

—Les convenía. De ello dependía la salvación de la dinastía.

—¡Ah! Pero cuando el rey vuelva tendrás que dejarle el puesto que ahora ocupas...

—Sí; mas es probable que Oscar Luis no regrese ya a Palacio.

—¡Oh! Y en ese caso, ¿tú serías siempre rey?

—Siempre, siempre...

—¡Qué hermoso es eso!—exclamó Clara, llena de júbilo.

Y de pronto, quedándose como absorta, agregó:

—¿Qué motivos habrá tenido el rey para desaparecer de Palacio, abandonando a su mujer y a su madre?

—Se ignoran.

—Es triste su destino, ¿verdad, Rodolfo?

—Pero, en cambio, el mío, el nuestro, mejor dicho, es magnífico, Clara. Sin quererlo, en pocos minutos, he escalado la cumbre más alta de la ambición humana. De ti depende ahora en gran parte que no haya obstáculos en mi carrera triunfal...

—¡Oh, Rodolfo!... ¿Qué no haría yo por ti!

—Bien poco es lo que te pido: que guardes el secreto tremendo que acabo de confiarte, y que obedezcas mis órdenes... En pago de ello, tendrás todo mi amor y cuanto puede ambicionar la amante de un rey...

—Guardaré ese secreto con el mismo cuidado con que guardaría tu vida preciosa si estuvieses en el caso de confiármela, amado mío; y en cuanto a obedecerte, ya sabes que tu Clara sólo cifra su dicha en la tuya propia.

—Perfectamente. Que no se te ocurra nunca llamarme Rodolfo ante los extraños. Ahora vuélvete a casa y di a nues-

tra servidumbre y a cuantos amigos extrañados por mi ausencia vengan a pedirte noticias mías, que me he ido al extranjero, a Francia, llamado por un tío mío que reside en ese país.

—Todo lo comprendo, y haré las cosas tal como mandas, Rodolfo. Pero, dime: ¿es que la gloria de tu cargo va a privarme de la dicha de pasar algunas horas en tu compañía?

—Nada de eso, Clara. Ahora nos veremos más a menudo que nunca; pero para ello será preciso adoptar algunas precauciones. Yo iré a verte siempre que pueda, y cuando mis obligaciones me impidan abandonar Palacio, te llamaré para que vengas tú a hacerme compañía, a deleitarme con tu amor...



*De pronto oyó encima de su cabeza un ruido como de una puerta que se abría y un rayo de luz traspuso las tinieblas...*

—Yo quisiera algo más que eso, Rodolfo... — murmuró Clara con pesar—. Yo quisiera vivir siempre cerca de ti, verte a menudo, aunque sólo tengas que pertenecerme de tarde en tarde...

—Procuraré complacerte, querida mía; hablaré de ello con el conde Federico, y él, seguramente, encontrará el modo de darte un cargo en Palacio. Te nombraremos condesa, baro-

nesa, duquesa o cualquier cosa por el estilo, para que tengas derecho a ocupar el cargo de dama de honor de la reina Alcira...

—Si eso haces, Rodolfo de mi alma, te querré el doble de lo que ahora te quiero.

—Puedes estar segura que haré todo lo que sea humanamente posible por complacerte y por tenerte siempre a mi lado... De ese modo no volverás a dudar ya de mi amor...

—¡Oh! Yo no he dudado nunca.

—Sin embargo, ayer...

—Perdóname, cielo mío. ¡Pero me hablabas tú de un modo tan desdeñoso! Pronunciaste unas palabras tan hirientes...

—Estaba indignado.

—¿Tenía yo la culpa?

—No; la culpa la tenían mis deudas...

—¡Querido mío!—exclamó ella abrazándole de nuevo—. Ya no volverás a ser malo, ¿verdad?

—No, porque ya no tendré deudas.

—El conde Federico acaba de pagar a Verky esos diez mil francos que le debías.

—¡Miserable judío! Haré que te envíen hoy mismo cincuenta mil francos para que pagues a todos los acreedores que vengan a llamar a tu puerta.

—¿A tanto ascendían tus deudas, pillo?

—¡Estaba arruinado!

—Y yo todo lo ignoraba.

—No quería disgustarte, Clara. Pero no hablemos de esas cosas. Todo ha pasado ya, y ahora tenemos por delante el porvenir más hermoso que pueda brindársele al hombre en este mundo. ¿Estás contenta de verme convertido en rey?

—No es necesario que me lo preguntes—respondió ella, besándole loca de alegría.

Correspondió él a aquellos besos con otros, teniéndola fuertemente estrechada entre sus brazos, y de pronto dijo,

poniéndose de pie y dirigiendo la mirada a un reloj que adornaba la chimenea del salón:

—Es preciso que te marches, Clara. Dentro de un momento vendrán a avisarme que la reina Alcira me espera en el comedor para cenar. Tengo estos días los minutos contados.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Mañana te avisaré la hora.

—No te olvides de ello, Rodolfo de mi alma; no te olvides. Piensa lo que sufriré hasta conseguir estar siempre cerca de ti y que hasta tendré celos...

—¿Celos? ¿De quién?—preguntó el bribón con tono de burla.

—De la reina Alcira—contestó Clara—. ¿Acaso crees que dudo que esa mujer llegue a enamorarse de ti?

—No lo creo, Clara. La reina vive entregada a otro amor.

—¿Al de su marido, quizás?...

—No; quiere a otro hombre que no está tan lejos de ella como el rey...

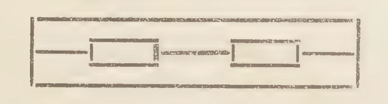
—¡Ah! Si eso es verdad, me voy más tranquila. Dame otro beso, Rodolfo, y prométeme que pensarás mucho en mí.

—Te llevo en la mente y en el alma. ¿Qué más quieres?

Uniéronse nuevamente los labios de aquel hombre y los de aquella mujer apasionada, y en seguida ella, separándose de los brazos de su amante, salió del salón a paso rápido.

Dejándose caer en un sillón, y cruzando una pierna sobre la otra, exclamó el falso rey al verse solo:

—¡Uf! Es demasiado exigente para hacer la felicidad de un monarca...






## CAPITULO XIII

### Se habla de otra sorpresa de que es objeto Oscar Luis



AMINABA Oscar Luis apresuradamente por la carretera que barría el frío viento otoñal, sin pensar ya en los buenos seres que dejaba tras de sí y en compañía de los cuales había vivido por espacio de quince días.

Ya estaba lejos de Santa Cecilia, y la roca sobre la cual se asentaba la casita de los pescadores se había perdido en el horizonte, tras otras elevaciones de la costa.

La idea de la venganza le alucinaba.

Y saboreaba anticipadamente, con una especie de voluptuosidad feroz, la terrible sorpresa que su aparición produciría entre los impostores.

Todas las dudas que le habían intrigado y hecho sufrir durante su convalecencia revolvíanse ahora en su espíritu, atormentándolo implacablemente.

¿Quién sería el canalla que le reemplazaba en el trono?

¿Estaría la reina madre al tanto de aquella comedia infame?

¿Qué hacían Canevari y Eduardo Montespín? ¿Por qué no desenmascaraban al impostor? ¿Por qué no salían en busca de su amigo y rey?

¿Y María Teresa? ¿Qué habría sido de la pobre florista que llevaba en sus entrañas el fruto, la consagración de su amor apasionado?

¡Ah! Era preciso llegar a San Francisco, llegar cuanto antes, y entonces, de un solo golpe, Oscar Luis rasgaría el velo de tantos misterios y aplastaría a los asesinos, a los intrusos, a la adúltera, que estaba cubriendo de deshonor el trono de Istralia.

E impelido por estos pensamientos corría casi por la carretera, que seguía sin separarse de la vía férrea, sin sentir en su cuerpo, pobremente vestido, el azote gélido del viento.

Había perdido de vista el mar, y a un lado y otro del camino que seguía extendíanse tierras de labranza, viñedos de hojas ya amarillentas y grisáceos olivares. A causa de lo llano del suelo, el paisaje resultaba monótono dentro de su escasa perspectiva.

Cuando ya llevaba andando cerca de una hora, pasó por delante de un pueblecillo más pequeño aún que Santa Cecilia en el momento que la campana de su iglesia llamaba a los fieles a la misa. Aquel repique le recordó el jubiloso estrépito con que San Francisco había celebrado la coronación y la boda de sus jóvenes soberanos: las campanas de la catedral y las de todas las iglesias, echadas al vuelo; las salvas de artillería, el delirio de la multitud, músicas, estruendo de bocinas de los automóviles y de las sirenas de los vapores anclados en el puerto y de las fábricas de la ciudad; el cántico estridente de los clarines, que parecían proclamar con sus voces de bronce la gloria imperecedera de los reales esposos... ¡Y todo esto había pasado hacía quince días! ¡Qué poco tiempo para tantas cosas! ¡Oh, ironía del destino! Hacía apenas dos

semanas, Oscar Luis, sentado en la carroza dorada, tirada por caballos blancos de flotantes crines, llegaba a Palacio, con su esposa Alcira de Serajev, por una alfombra de flores que la multitud entusiasta había tendido a su paso por las anchas avenidas de la capital de su reino, y ahora, he aquí al mismo hombre, al rey que la multitud aclamara incansablemente, recorriendo a pie los cincuenta kilómetros de carretera que separan Santa Cecilia de San Francisco, sin más fortuna en sus bolsillos que aquellos diez francos que le había entregado la dulce Virginia en la bolsita de seda amarilla, vestido con un traje raído que le estaba bastante grande, tocado con una gorra vieja de Atilio y la barba crecida cual el más mísero de los vagabundos.

—¡Ah!—exclamó con voz sorda al hacerse estas reflexiones—. A todos mis súbditos pareceré un miserable roído por el hambre y las privaciones, pero para los malditos que usurpan el trono de Istralia seré un espectro, el espectro del rey asesinado que vuelve a desquitarse de la infamia de que lo hicieron víctima.

Empezaron a caer del cielo algunas gotas; dos truenos formidables anunciaron el inminente estallido de la tormenta, y Oscar Luis vió correr hacia el pueblo por el que acababa de pasar a unos campesinos que marchaban por una senda abierta entre las tierras de labor. Pensó volver sobre sus pasos para buscar refugio en alguna de las casas del citado lugar; pero su irrefrenable deseo de llegar cuanto antes al término de su viaje le hizo desistir de ese pensamiento, y apresuró aún más el paso.

El viento redobló su furia; bramaba, doblando los olivos y desgajando los pinos y los cedros que de trecho en trecho aparecían alineados a ambos lados de la carretera. La lluvia caía en gotas cada vez más gruesas y abundantes, aplastando el polvo del suelo, y ante su vista, Oscar Luis no tenía ningún lugar donde buscar refugio contra la tormenta.

De pronto, un relámpago deslumbrante, seguido de un

trueno ensordecedor, serpenteó por el cielo, desgarrando las negras nubes, que volcaron sobre la tierra un aguacero torrencial.

En pocos segundos, el rey de Istralia se sintió calado hasta los huesos; no obstante la violencia de la tormenta, no se detuvo, y corría con toda la velocidad que le permitían sus piernas por la carretera convertida ya en un arroyo, en la esperanza de encontrar pronto un sitio donde guarecerse. Un buen rato después, cuando ya se sentía rendido por aquella carrera, divisó un carretón tirado por bueyes y detenido en una encrucijada. Dirigióse hacia él, y un hombre que estaba sobre el vehículo, protegido por el toldo, le gritó al verle aparecer:

—¡Pardiez! ¡Vaya un baño que has pillado, camarada!

Jadeando, el rey de Istralia llegó junto al carretón y dijo al rústico, que le tendía sus manos para ayudarle a subir:

—Estoy rendido, buen hombre. No sé el tiempo que llevo corriendo por esta maldita carretera sin encontrar un sitio donde guarecerme.

—¡Pero, muchacho de Dios!—exclamó el del carretón una vez que Oscar Luis, al abrigo del toldo, retorcía sus empapadas ropas—. ¿A quién se le ocurre echar a andar por la carretera con un tiempo como éste?

—Cuando yo me puse en viaje, no llovía—murmuró el rey.

—Debiste ver que el cielo no presagiaba nada bueno... Es que vosotros, los mozos de ahora, no podéis estaros quietos en casa un día de domingo. Apostaría a que ibas a ver a tu novia a algún pueblecillo de los alrededores.

Oscar Luis sonrió mientras seguía retorciendo sus ropas. Le hacía gracia la suposición del rústico, hombre no muy viejo a pesar de lo que daban a entender sus palabras, y que al hablar no cesaba de atusarse su rizado bigote de color azafrán.

—¿Dónde vive esa pequeña que te vuelve tonto?—siguió

diciendo el campesino ante el silencio del rey—. Si fuese de Vermi, te vendría de perilla, puesto que yo voy allí...

—No, buen hombre; no voy a Vermi.

—¡Ah!... Tampoco te vendría mal si fuese de Gaeta, puesto que he de pasar cerca de ese pueblo.

—Tampoco voy a Gaeta, sino a San Francisco.

El rústico retrocedió un paso y miró a aquel "pobre muchacho", ahito de sorpresa.

—¿A San Francisco dices?

—Sí, señor, a San Francisco.

—¿Y te propones llegar a pie?

—Cuarenta y tres kilómetros, que son los que yo calculo que me separan de la capital, no es cosa que pueda asustar a nadie.

El rústico movió la cabeza.

—No; pero habiendo ferrocarríl...

—Es que yo he perdido el dinero que traía para hacer el viaje—dijo Oscar Luis.

—¡Cáspita!—exclamó el campesino—. Ahora comprendo...

El joven rey había terminado de retorcer y exprimir sus ropas empapadas sin quitárselas, pero éstas seguían chorreando agua. La lluvia, lejos de calmarse, arreciaba, anegando los campos y convirtiendo la carretera en un verdadero torrente, y los relámpagos surcaban a cada momento el negro espacio, desgarrando el seno de las nubes como cimitarras de fuego.

—Lo que es por hoy—murmuró el campesino atusándose el bigote después de dirigir una mirada al espacio—, creo que tendrás que suspender el viaje, muchacho.

—¿Por qué?—preguntó Oscar Luis, poseído de una inquietud que no podía disimular.

—Tendremos tormenta para todo el día; el cielo no presagia otra cosa.

—¡Sería una lástima!—exclamó el rey con un gesto de contrariedad.

—Pero, después de todo, ¿qué más te da llegar a San Francisco un día que otro?

—Si tuviera dinero, no me inquietaría tanto—murmuró Oscar Luis—; pero en mi situación...

El rústico volvió a mirarle con gran atención. "Parece un buen mozo", pensó, mientras volvía a retorcerse el mostacho. Y dijo:

—No creo que debas afligirte por eso, ¡qué diantre!... En mi casa habrá un rincón y un pedazo de pan para ti.

—¡Muchas gracias, buen hombre! Pero quisiera no tener necesidad de detenerme en Vermi.

—¿Qué diablo de prisa es esa, muchacho? ¿Qué vas a hacer a San Francisco?

—En busca de una colocación.

—¡Ah! Veo que, a pesar de tus apariencias de señorito, eres un chico de los buenos. Mira: por si el tiempo entra en razón, a fin de que puedas adelantar algún camino, pondré en marcha a los bueyes.

—Pero tendrá usted que mojarse, y eso no puedo yo permitirlo—dijo conmovido Oscar Lúis.

—No te preocupes; los animales saben el camino, y no será necesario que yo baje a guiarlos.

—En ese caso...

Se dirigió el hombre por debajo del toldo a la parte delantera del carretón, y desde allí, con la vara que utilizaba para guiar a los bueyes, dió a éstos unos golpecitos en el cuello, produciendo al mismo tiempo con los labios un sonido absurdo.

El pesado vehículo se puso en marcha bajo la formidable tormenta por la anegada carretera.

—¿Está lejos Vermi de la carretera que va a San Francisco?—preguntó Oscar Luis al campesino.

—A menos de medio kilómetro.

—Y de allí a la capital, ¿qué distancia hay?

—Treinta y dos kilómetros.

Pero el tiempo no llevaba trazas de querer "entrar en

razón", como había dicho el rústico. Al mediodía llegaron a Vermi sobre el carretón bajo una lluvia tan torrencial como al principio de haberse desencadenado la tormenta, y Oscar Luis no tuvo más remedio que acogerse a la hospitalidad que buenamente le ofrecía el campesino en su casa.

A la caída de la tarde, las nubes empezaron a romperse, calmóse considerablemente la lluvia, y todo dió a entender que, al cerrar la noche, el cielo quedaría despejado. El joven monarca, cuyas ropas se habían secado al calor de la lumbre, quiso marcharse; pero el buen campesino se manifestó en contra de ese deseo, que calificaba de desatino. Ya que había perdido el día, que descansase por la noche, y a la mañana siguiente, con el sol, reanudaría su viaje, y si se daba prisa, podría llegar en el mismo día a la capital.

Oscar Luis se sometió a la voluntad del buen hombre, comprendiendo que en el fondo tenía razón, y pasó la noche en la cocina sobre un costal relleno de paja.

Al clarear el día, despidióse del rústico, de su mujer y de los dos niños del matrimonio, mostrándose sumamente agradecido de la hospitalidad que generosamente le habían brindado, y emprendió la marcha a paso rápido.

La mañana era hermosa, aunque sumamente fría, y los charcos dispersos por la campiña fulguraban bajo el sol, como si sobre aquélla hubiese caído una lluvia de espejos. A mediodía llevaba recorridos Oscar Luis cerca de veinte kilómetros, y se detuvo para descansar y comer un pedazo de pan moreno que llevaba en uno de sus bolsillos. Una hora más tarde, repuesto de su cansancio y satisfecho su apetito, reanudaba la marcha. Los pueblos, a medida que se acercaba a San Francisco, eran más grandes y numerosos, y el tráfico por la carretera y por la línea férrea, más intenso. ¡Con qué envidia miraba Oscar Luis los trenes que en pocos minutos le hubieran hecho salvar la distancia que a él le costaba horas de marcha y tantas fatigas! Pero por nada del mundo hubiera consentido en sacrificar uno solo de los diez francos que Vir-

ginia le había entregado la víspera en la bolsita de seda amarilla.

—Cuanto más sufra—se decía—, más terrible será mi venganza.

Y seguía andando, andando siempre, sin indignarse contra los vehículos que pasaban a su lado salpicándole de fango ni contra sus conductores, que algunas veces le insultaban por no apartarse a tiempo. Ya al obscurecer llegó a una población situada en una loma y rodeada de hermoso arbolado, desde la cual se alcanzaba a distinguir en el horizonte las cúpulas y las torres de San Francisco. La carretera, al pasar por el centro de aquella población, se trocaba en una hermosa avenida. Las gentes más principales del lugar se paseaban por allí, contemplando con curiosidad los escaparates de las tiendas, profusamente iluminados, o entraban en los cafés, en las cervecerías o en los cines, que ostentaban en sus puertas grandes cartelones con los retratos de los astros y estrellas de la pantalla y fotografías de algunas escenas de las películas en las que unos y otras intervenían. Al verse Oscar Luis en un lugar tan iluminado y entre tanta gente bien vestida, sintió que su amor propio se resentía un tanto al comprobar que allí resaltaba más su miseria, y apresuró el paso.

Al ir a cruzar una calle, se tropezó con un grupo de señoritas elegantemente vestidas, que paseaban cogidas del brazo. Y él, el hombre por el cual suspiraban las más hermosas mujeres de Istralia, se apartó lleno de timidez y respeto para no rozarlas con su raído traje salpicado de fango. Escuchó algunas risas. La galantería sienta mal en un miserable, y las lindas chicas se burlaron de él. Este pequeño incidente no llegó a indignarle, pero sirvió para traer a María Teresa y a Virginia a su memoria. ¡Cuánta nobleza encerraban en sus corazones esas dos criaturas! Su amor era desinteresado y puro como el de la Madre de Dios.

Pensando en esto, había llegado el rey de Istralia a las afueras de la población, cuando desde un coche tirado por

un caballo que no era más que piel y huesos, y que acababa de pasar muy cerca de él, oyó una voz fuerte y antipática que gritaba:

—¡Señor Carpi! ¡Señor Carpi!... ¡Por Moisés! ¿Estáis sordo?

Oscar Luis siguió andando; no era él a quien llamaban. Pero cuál no sería su sorpresa al sentirse coger de pronto por un brazo y oír a su lado la misma voz, que le decía:

—¡Pero señor Carpi! ¿En qué vais pensando para no conocer ya a este humilde servidor y amigo?

Volvióse el rey de Istralia con presteza, y se encontró ante un hombrecillo de barba blanca y antiparras azules, cubierto con un gabán que le llagaba hasta los talones, y que llevaba encasquetado un sombrero hongo tan lleno de manchas de grasa, que a la luz de un foco eléctrico brillaba como si fuese de bruñido metal.

—Yo no os conozco, caballero — murmuró Oscar Luis, atónito—. Sin duda me confundís con alguna otra persona muy parecida a mí .

El hombrecillo, que como el lector habrá adivinado, no era otro que el judío Verky, se enderezó sobre la punta de sus pies para poder mirarle mejor, y dijo:

—Nada de eso, señor Carpi; tengo yo una vista de lince. ¿A qué diablo queréis negarme quién sois si ya nuestra cuenta ha quedado liquidada?... Lo mejor es que volvamos a ser amigos.

—¿Qué cuenta?—inquirió el rey, estupefacto.

—¡Caramba! Tendré que convencerme que habéis perdido por completo la memoria, mi querido señor Carpi. ¿No os acordáis de nuestros diez mil francos, cuyo plazo de pago ha vencido hace quince días?

—¡Ah!—exclamó Oscar Luis, interesado ya en lo que decía aquel desconocido.

—Pues bien—siguió Verky—, no sé si sabréis que el conde Federico Lisandri me ha pagado en vuestra propia casa esa

suma de diez mil francos, con lo que quedamos completamente en paz. Es un gran personaje el señor conde, ¿eh?

Oscar Luis palideció y apretó los puños al oír el nombre del regicida, que aquel hombre pronunciaba como si le fuese muy familiar. Luego, sus pupilas se iluminaron intensamente; una sospecha terrible acababa de pasar por su pensamiento.

—¿El conde Federico decís?—inquirió, ya interesado en hacer hablar al hombrecillo—. Ahora voy recordando todo eso. ¡He tenido tantos contratiempos, que mi memoria me abandonó casi por completo!

—No hay más que veros para comprender que debéis haber pasado las vuestras. Al principio no logré reconoceros. En realidad, parecéis un loco escapado del manicomio, mi querido señor Carpi. ¿Qué viaje endemoniado es el que acabáis de hacer?

—De los más malos que uno pueda imaginarse—dijo Oscar Luis pasándose una mano por la frente—. Pero, ¿de manera que el conde Federico os ha entregado ese dinero, señor...?

—Verky, señor Carpi, Samuel Verki, vuestro gran amigo, que nunca ha podido negaros un céntimo.

—Ya, ya. Convengo que siempre os habéis portado conmigo como los propios ángeles. Y ahora que la providencia os ha puesto en mi camino, tendré necesidad nuevamente de vuestra ayuda...

—¿Otro préstamo?—preguntó el hombrecillo, cuya frente se llenó de arrugas—. Os advierto, mi querido señor Carpi, que estoy en bastante mala situación, y únicamente con la garantía del conde Lisandri podría yo aceptaros una letra.

—No, no se trata de dinero, señor Verky—interrumpió Oscar Luis.

—¡Ah!—exclamó el hombrecillo exhalando un suspiro de satisfacción—. Hablad entonces; haceos cuenta que os dirigís a un padre.

—¿Qué hacéis en esta población con vuestro coche?

—He venido a tratar de la compra de unos terrenos...

—¿Cuándo pensáis volver a San Francisco?

—Mañana.

—Eso nos impide ir juntos, puesto que yo necesito llegar allí esta misma noche; pero lo peor es que ya no recuerdo dónde tengo mi casa, y el favor que yo quería pediros era que me acompañaseis hasta ella.

—Vamos, no bromeéis, señor Carpi. No creo que hayáis podido llegar al extremo de olvidaros hasta de vuestro domicilio.

—Hasta de mi nombre me había olvidado. Y si no dispone la Providencia este encuentro, hubiese llegado a la capital sin saber cómo me llamaba.

—Sí que es raro lo que os sucede—comentó el judío—. ¡En mi vida he visto ni oído cosa igual!

—He sido víctima de unos bandidos, señor Verky.

El hombrecillo se estremeció.

—Y esos bandidos me dieron a beber una droga, que fué lo que me hizo perder por completo la memoria.

—¡Qué infamia!... El mundo está que da miedo, señor Carpi.

—Lo peor es que creo que han hecho todo eso para desvalijarme.

—¡Ah! Pero no será ciertamente mucho lo que os han robado.

—Os engañáis. Dejad que recuerde... ¿Por qué motivo había yo salido de San Francisco?

—Yo lo ignoro, señor Carpi. Vuestra amiga sólo me habló de un viaje inaplazable.

—Sí, sí... Un viaje relacionado con una herencia. Ya caigo en todo: los canallas se han apoderado del dinero de esa herencia.

—¡Es horroroso! Debéis dar cuenta inmediatamente a la policía de cuanto os ha sucedido.



Oscar Luis se separó del judío, que después de seguirle un instante con la mirada... (5)

—Sí, eso haré; pero antes necesito llegar a mi casa, bañarme, cambiarme de ropa, recordar... ¿Encontraré allí a mi amiga?

—No creo que la señora haya sido capaz de abandonaros.

—Ni yo tampoco lo creo. Me quiere lo bastante para serme fiel. ¿Las señas de mi domicilio, Verky?

—Pero, ¿es verdad que las ignoráis por completo?

—Palabra de honor.

—Calle Bizancio, número siete.

—Bizancio, número siete—repitió Oscar Luis—. Lo que es ahora, no se me olvidarán estas señas.

—¿De modo que os dirigiréis directamente allí?

—Sin perder un minuto, señor Verky. Mi amiga me ayudará a descifrar este enigma que me envuelve, y una vez que lo consiga, daré cuenta de todo a la policía.

Y Oscar Luis se separó del judío, que después de seguirle un instante con la mirada, subió a su viejo carruaje, murmurando:

—O ese pobre señor Carpi ha perdido el juicio, o es que el diablo anda por el mundo dispuesto a hacer de las suyas.

El auriga fustigó al jamelgo, cuyas largas patas parecían doblarse bajo el peso de las varas, y el pobre animal echó a andar arrastrando con gran esfuerzo el anticuado y maltrecho vehículo.

* * *

Una hora y media más tarde, Oscar Luis entraba en la hermosa capital de su reino.

Los relojes marcaban las diez de la noche.

—Antes de las doce—se prometió solemnemente—, me habré hecho justicia.

Y mientras marchaba hacia el Palacio real, una excitación intensa iba apoderándose de él. Mil ideas bullían en su mente, mil dudas le torturaban el corazón, que latía con rit-

mo acelerado. Recordó que no llevaba una sola arma en sus bolsillos; pero, ¿qué falta le hacía? Al entrar en Palacio, le bastaba dar una voz para que cien espadas acudiesen en su ayuda.

Y llegó, por fin, ante el frente principal de Palacio. Ni los centinelas que montaban la guardia en la entrada principal, ni la gente que transitaba por la acera, podían reconocer en aquel joven macilento y mal vestido al verdadero soberano de Istralia.

Oscar Luis comprendió que le costaría trabajo convencer a los centinelas para que le dejasen entrar en su propia morada, y que mientras esto hiciese, los impostores tendrían tiempo de ponerse en guardia o de huir. Lo mejor era penetrar en Palacio sin que nadie le viese y aparecer ante los bandidos como si realmente fuese el espectro del rey asesinado que volvía de las regiones de la muerte a hacerse justicia con su propia mano.

El conocía todas las puertas secretas de Palacio. Giró, pues, sobre sus talones y se dirigió hacia la parte trasera del suntuoso edificio, donde se extendía el parque real.

Después de andar cerca de diez minutos, se encontró ante la verja del parque, sobre cuyos barrotes de hierro, terminados en punta de lanza, extendían sus ramas los corpulentos árboles de los jardines regios.

Oscar Luis lanzó una mirada en torno, y no viendo a nadie por aquellas inmediaciones, se encaramó en la verja, y con esa agilidad de atleta que le caracterizaba, saltó al otro lado.

Al enderezarse, volvió a mirar en torno. Todo estaba tranquilo, y la obscuridad era profunda en aquel sitio. Seguro entonces de llegar a la regia mansión sin que nadie pudiese verle, avanzó al amparo de la sombra de los árboles hasta encontrarse en un ángulo del edificio.

Cerca de allí había una puerta y un centinela se paseaba ante ella con el fusil al hombro.

Pero Oscar Luis no necesitaba pasar delante de aquel hombre para entrar en Palacio: tenía las ventanas.

Y por una de éstas de la planta baja penetró en la regia mansión. Encontróse en las habitaciones de la servidumbre. Tenía que recorrer algunos corredores, galerías y subir una escalera para llegar a los aposentos que debía ocupar el falso rey, cuya verdadera personalidad le había revelado el señor Verky, el usurero. Y a fin de evitar todo encuentro desagradable que pudiese malograr sus deseos antes de llegar a la meta, Oscar Luis procuró llegar hasta ella deslizándose por el interior de las habitaciones.

Al pasar cerca de las cocinas, oyó el siguiente diálogo, que mantenían dos criados en un pasillo sumido casi en la obscuridad:

—Verdaderamente, Oscar Luis I ha hecho un gran cambio. ¿Quién hubiera sospechado cuando era príncipe que al coronarse fuese capaz de tantos excesos y desatinos?

—Creo que él no tiene la culpa de ese cambio. El conde Federico, que no se separa nunca de él, es quien empuja a su majestad por esa senda de locuras.

—¡Chit! Haz el favor de bajar la voz cuando hables del conde. No ignorarás que es el verdadero amo de Palacio.

—¡Es lástima que Oscar Luis se haya desembarazado de los amigos que tenía cuando era príncipe! Esos sí que eran gentes nobles y que lo aconsejaban bien.

—Preveo que tendrá que arrepentirse más de una vez de lo que ha hecho.

—Y bien pronto, Ludovico. Las cosas no pueden durar así. ¡Mira que llegar al extremo de alejar a su madre de Palacio!

—¡Esa es una aberración que parece mentira haya podido cometer un Nazari!

—Calla. ¿No oyes? Alguien viene.

—Separémonos. Es el "chef". Ya tendremos tiempo de ha-

blar de esto más tarde, cuando terminemos nuestras ocupaciones.

Alejáronse los dos criados; pasó el "chef" en dirección a las cocinas, y Oscar Luis, que no había perdido palabra de aquella conversación, apretando los puños, barbotó en voz baja y sorda:

—¡Han alejado a mi madre!... ¡Malditos! ¿De qué intrigas se habrán valido para lograr su siniestro propósito?

Y prosiguiendo su avance hacia los aposentos del usurpador del trono de Istralia, agregó:

—¡Ah! ¡Qué poco tiempo les queda para disfrutar su botín!... Han arrojado de Palacio a mis fieles amigos para substituirlos por bandidos. ¿Dónde estará Canevari? ¿Dónde el fiel Eduardo, que nada hacen por desenmascarar a esos canallas? Pronto lo sabré, pronto, y les invitaré al festín de mi venganza.

Calló.

Se encontraba en un ancho corredor alfombrado, que le era muy familiar. A ese corredor daban las puertas de los aposentos reales.

Oscar Luis se aproximó con cautela a una de ellas y escuchó. Un rumor de risas, de voces de hombres y mujeres, de cánticos de "cabaret" mezclados con los claros sonidos del cristal de las copas al chocar entre sí como en los brindis, llegó a sus oídos.

—¡Cómo se divierten los canallas mientras sus víctimas liban su odio en las sombras!—barbotó el rey—. Pero en este momento, su comedia sangrienta llega al epílogo, y ese epílogo se compondrá de los más espantosos suplicios.

Y no pudiendo ya contener su iracunda exaltación, Oscar Luis empujó violentamente aquella puerta.






# CAPITULO XIV

## ... Y de una tercera de trágicas consecuencias para la reina madre

DESPIDIO Alcira con un gesto a las camareras que acababan de prepararla para entregarse al descanso, y se sentó en el lecho sin cubrirse con las ropas del mismo y sin correr las cortinas.

Vestía su majestad caprichoso pijama de color celeste, con adornos dorados, y era tan sutil la tela de ese traje de noche, que transparentaba perfectamente las deliciosas formas de su cuerpo de Diana. Tenía la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho y los bellos ojos entornados, como absorta en graves pensamientos, mientras sus blancas manos, entrelazadas delante de sus rodillas, permitían a sus brazos abrir ante ella una especie de barrera de contención de tantos encantos. Las dos trenzas en que habían sido peinados un momento antes sus negros y finísimos cabellos de húngara, caíanle sobre el pecho, y los extremos de las mismas, como dos cabezas de lúbricos reptiles, besaban sus muslos de

garbosa contextura, y palpitando al ritmo de la respiración, parecían poseídos de un ansia de ir más allá.

De pronto levantó Alcira de Serajev su bella cabeza y una sonrisa extraña embelleció el rojo hechicero de sus labios con la blancura encantadora de la sarta de perlas de sus dientes.

—¿Qué puedo yo temer de esa madre?—se dijo—. El mismo dolor de la desaparición de su hijo la reduce a la impotencia.

En aquel momento, una puerta secreta que comunicaba con la lujosa alcoba de su majestad, se abrió sigilosamente, y en el hueco de la misma se insinuó la figura de un hombre.

Aquella figura permaneció un momento inmóvil en aquel lugar; luego, con el mismo sigilo, cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia el lecho de la reina de Istralia.

Alcira no parecía haberse dado cuenta de nada; tenía aún en los labios aquella sonrisa extraña que aumentaba extraordinariamente el poder de seducción de su rostro.

De pronto sintió que dos brazos enlazaban suavemente su cuerpo y que unos labios ardientes se apoyaban en su cuello desnudo. Volvióse con un ligero estremecimiento, y exclamó al reconocer al hombre que estaba tras ella:

—¡Federico! ¡Me habías asustado!

—¡Hermosa mía!—contestó el malvado tomando asiento en el borde del lecho—. ¿Quién más que yo puede ser el que se atreva a llegar hasta tu alcoba? Es media noche, la hora del descanso y del amor.

—¡Oh, Federico! No sé por qué me dan un poco de miedo tus visitas a mi alcoba...—murmuró ella escondiendo su rostro en el pecho del miserable.

—¿Miedo?—inquirió éste frunciendo el ceño—. ¿A quién temes?

—No tengo motivos de temer, bien lo sé—dijo Alcira—; pero mientras esa mujer viva bajo nuestro mismo techo, tan cerca de nosotros, yo no podré estar tranquila...

—¿Te refieres a la reina madre?

—Sí, a ella, Federico.

—¡Bah!—exclamó el conde, cuyo rostro volvió a serenarse—. ¡Temes precisamente a quien menos me preocupa! Ya le he limado yo las uñas y los dientes a la orgullosa vieja.

—¡Oh, si ella quisiera!... ¡Si ella sospechase algo, Federico mío!

—¿Por qué había de sospechar? ¿No hemos adoptado todas las precauciones necesarias para que nuestro amor permanezca oculto? Tranquilízate, hermosa mía. Nuestra situación no puede ser más sólida; el nuevo Ministerio desempeña a maravillas su papel; en los catorce días que el substituto del rey lleva gobernando no ha tenido aún el menor tropiezo, y ni puede tenerlo ya, puesto que mi mano enérgica ha sofocado todas las murmuraciones, todas las protestas de los descontentos. Tú eres quien más ha salido ganando con el giro inesperado que han tomado los acontecimientos. Al lado del verdadero rey de Istralia, la falsa princesa Alcira de Serajev, la hija de los bohemios que arrastraban su miseria por todas las aldeas del país, corría peligro de ser desenmascarada algún día por su esposo. Ahora, muerto éste, el peligro ya no existe... ¡Amame, Alcira! Seme fiel, y cogida a las alas de mi ambición y de mi audacia, escalarás cumbres más altas que el trono de este reino en el cual eras, hasta hace poco tiempo, la más mísera de las criaturas que lo habitaban...

—¡Calla, calla, por Dios!—exclamó la hermosa mujer estrechándose con fuerza contra el conde—. ¡Si supieras el daño que me haces cuando me recuerdas mi pasado, no hablarías así! Yo he de amarte siempre, Federico, siempre, y necesito de tu amor para marchar por la senda que me has trazado sin temores, sin desfallecimientos. Pero no remuevas nunca el fondo de mi vida. Cuando vuelvo la vista a él es cuando siento más miedo de la altura en que me encuentro.

—Lo hago para provocar tu gratitud, hermosa mía. Hace ocho años eras la larva que se arrastra por el suelo, y hoy

hete aquí convertida en águila, águila que tiene las alas de oro y el esplendor del sol por corona. Tu cuerpo admirable, que se doblaba al peso del hambre y tiritaba de frío bajo mugrientos andrajos, viste hoy las telas más finas que se fabrican en el mundo y se adorna con las piedras más preciosas elaboradas en las entrañas de la tierra. Carne de vicio, de hospital o de presidio, yo te levanté en mis brazos, dí voluntad a tu corazón, temple a tus nervios, malicia a tu espíritu, hasta convertirte en la obra maestra de mi vida. Me perteneces por entero, no lo olvides nunca, Alcira, nunca... Eres lo que eres porque yo lo he querido, y mis desvelos me ha costado conseguirlo. ¡Cuidado de malograr mis esfuerzos, mis esperanzas, mis planes! Soy el guardián del frágil pilar de tu majestad y me basta un soplo para echarlo abajo.

—Tus palabras me hacen sufrir, Federico. Soy tuya, sólo tuya, y te perteneceré siempre, como ahora te pertenezco, en cuerpo y alma. ¿Por qué ese empeño en hacer desfilar ante mi mente tantos horrores del pasado, precisamente esta noche en que un miedo misterioso sobrecoge mi espíritu?

—Porque conozco el corazón humano—contestó Lisandri con voz de acento sombrío—, y sé que uno nunca puede estar seguro de él.

—Yo respondo del mío. Y no hablemos más de esto, Federico. Estréchame fuerte, muy fuerte, entre tus brazos. Acuéstate a mi lado y no te apartes de mí un solo momento en toda la noche, porque después de todo lo que me has dicho me moriría de miedo. ¿Me amas? Di, ¿me amas?

—Si no te amara, ¿te hubiese encumbrado tanto?—contestó el miserable uniendo sus labios a los temblorosos de Alcira.

Y quitándose luego rápidamente las ropas, se metió en el lecho y corrió las cortinas.

* * *

Aquella noche la reina madre no podía dormir.

Pensaba en su hijo, el joven monarca desaparecido, y un llanto acerbo empapaba las mejillas de la augusta señora.

Su corazón de madre se ha impuesto a todas las tribulaciones de su espíritu de reina.

Y ya no le importa la suerte del trono ni la opinión del país. Sólo quiere volver a ver a su hijo, encontrar a su Oscar Luis, que es el todo en su vida.

Pero el hijo amado no vuelve junto a la madre, que le llora sin cesar de día y de noche.

—¡Dios mío! ¡Dios mío de mi alma!—clama la infeliz soberana—. ¡Devuélveme a mi Oscar Luis! ¡Haz que yo le vea de nuevo a mi lado, aunque sólo sea para recoger mi último suspiro!

Pero Dios parece no escuchar las súplicas de aquella madre, y los días suceden a los días sin que nada se sepa del desaparecido.

La reina madre ha suspendido todas las audiencias, no recibe a nadie, no quiere ver a nadie, y permanece en sus habitaciones encerrada con su dolor.

De cuando en cuando, el conde Federico o el barón Cosme Novelli se acercan a la cuitada.

—¿Hay algo de nuevo? ¿Se sabe algo?—les pregunta ansiosamente, procurando ocultar su tremendo dolor.

Y moviendo negativamente la cabeza, los dos miserables le responden:

—Nada, nada...

—¡Buscad! ¡Buscadle!—exclama entonces la reina madre con voz temblorosa—. ¡Necesito tener cerca a mi hijo para poder vivir!

Pero todo es inútil: Oscar Luis no retorna; el hijo amado no parece por ninguna parte, y la reina comprende que sin su trono puede vivir, pero sin su hijo no.

¡Oh, los hijos, los hijos! Ahora que la reina no tiene el suyo a su lado comprende cuán atroz responsabilidad asumen los monarcas al declarar las guerras que privan a las

madres del cariño de sus hijos. Una mujer que ha perdido a su hijo es una condenada a suplicios peores que los del infierno. Y llora, y gime sin cesar su majestad:

—Oscar Luis, ¿dónde estás, amado hijo mío? ¿Por qué no vuelves junto a tu madre que te adora? ¿Por qué no le dices que vives, que estás bueno, que no te falta nada...?

¡Pobre reina! Se siente mujer, una mujer como otra cualquiera. Su dolor la confunde con sus semejantes, despojándola de los distintivos de su realeza.

* * *

Pero aquella noche, ¡oh larga y terrible noche de recuerdos, de desesperación!, su majestad cree escuchar en su conciencia una voz que le dice:

"—Mujer que suplicas, ¿has hecho alguna vez caso de las súplicas de otras mujeres?"

La reina se estremece.

—Siempre—responde para sus adentros—. He vivido dedicada a mi pueblo y he cifrado en el bienestar de mis súbditos mi mayor orgullo. Desde mi trono tendí mi mano a los desgraciados y dejé caer a sus pies el oro que remedia todos los males. ¿Quién puede hacerme un reproche? ¿Quién se atrevería a hacérmelo?

E interroga a su conciencia.

Pero, de pronto, su majestad se queda como suspensa. Hay un eco en su conciencia que resuena negativamente.

La reina tiembla.

—Aquella mujer...—murmura con voz apagada, como la de una moribunda—. Aquella mujer...

Y una imagen femenina se levanta de entre el torbellino de sus recuerdos: es una joven de gran belleza, humildemente vestida; es una hija del pueblo.

¿Qué quiere, que pretende, de qué puede acusar a la reina aquella infeliz joven?

Su acusación resuena sordamente en el alma de la egregia dama.

—¡Dios del cielo!—grita incorporándose en el lecho—. ¿Es por ella, es por lo que hice a esa muchacha por lo que me has privado de mi hijo? Perdóname, Señor; perdóname y yo también perdonaré.

"Sé misericordiosa; perdona, si quieres ser perdonada", contesta aquella voz misteriosa que se ha levantado en su conciencia.

Y su majestad salta del lecho. Ya sabe lo que tiene que hacer para recobrar a su hijo.

Lejos, muy lejos de San Francisco, en un castillo edificado en la cumbre de una montaña, una joven mujer que no tardará en ser madre, ve transcurrir, encerrada en aquel siniestro edificio, los días de su vida en una lenta agonía.

La reina madre libertará a aquella prisionera. Sí, sí; ha sido injusta con aquella pobre joven, que no ha cometido más falta en su vida que la de amar a un hombre que debía ser rey.

Y ya fuera del lecho, sin llamar a sus camareras, su majestad calza sus desnudos pies con unas babuchas bordadas, se envuelve en un manto de seda y armiño y se dirige resueltamente hacia la puerta de la alcoba.

¿Adónde va?

En busca de una mujer, en busca de su nuera.

¿Qué propósito la lleva junto a Alcira de Serajev?

Decirle una verdad, una gran verdad que acaba de sugerirle su atormentado corazón de madre: en su vida, en su fastuosa vida de reina, lo único grande, lo único noble, lo único que puede ser grato a los ojos de Dios es su amor de madre. Todo lo demás son vanidades, miserables vanidades que sólo en apariencia logran diferenciar a los reyes del resto de los seres humanos. El menor soplo de la adversidad las desmorona como si fuesen una coraza de cartón, y sus cuerpos y sus almas quedan expuestos al dolor, tanto más espantoso cuanto más lejanas se creían de él.

Y le dirá a Alcira que es preciso abandonar la senda equivocada que les marca su orgullo, para seguir aquella llena de espinas, por la que marchan los humildes camino del perdón y de la gloria de Dios.

Y la convencerá que antes que reina es preciso ser mujer, y le suplicará que, como mujer, le aconseje qué debe hacer para reparar el daño que su vanidad le obligó a infligir a aquella desventurada hija del pueblo, presa en el lejano Castillo de las Aguilas, entre montañas cubiertas de perpetuas nieves.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y envuelta en su manto de seda y armiño, la reina madre avanza por pasillos sumidos en la penumbra hacia la alcoba donde supone a su nuera soñando con el rey desaparecido.

Despreciando el ridículo protocolo que encadena el corazón de los reyes y ahoga sus nobles sentimientos, ella se acercará al lecho de su nuera, y si duerme la despertará con un beso, y se arrodillará a su lado y le hablará como una madre a una hija, y estrechamente abrazadas llorarán juntas al desaparecido, y juntas implorarán a Dios que se lo devuelva... ¡Qué fría era la existencia de las reinas! ¡Qué crueles los sacrificios que debían imponerse! ¡Ah! Pero Alcira y ella pondrían las cosas en su sitio: la desaparición del rey sería proclamada y se ofrecerían premios en metálico a quienes suministrasen informes del desaparecido. El mundo entero se haría eco de lo sucedido en la corte de Istralia, y el dolor de aquellas dos mujeres que habían perdido, una a su hijo y la otra a su marido, repercutiría en todos los corazones, y de todos los rincones del planeta surgirían seres nobles decididos a colaborar en el esclarecimiento del paradero de Oscar Luis.

* * *

La reina madre no ignoraba la existencia de la puerta secreta que daba entrada a la alcoba de Alcira.

Animada por sus piadosas intenciones, llegó la egregia señora, sin ser vista, ante aquella puerta, y la abrió con sigilo para no alarmar a su nuera.

Ya dentro de la lujosa estancia avanzó hacia el lecho oculto tras un soberbio cortinado.

Un aparato eléctrico de pantalla verde, puesto sobre una mesilla cerca del lecho, iluminaba débilmente aquella alcoba, donde el honor de los Nazari había recibido en los últimos tiempos la más ruin de las vejaciones.

—Duerme—murmuró la reina madre—. ¡Dichosa ella, que puede hacerlo!

Llegó ante el cortinado, y con sus manos, que temblaban, se puso a descorrerlo para poder encontrarse ante su nuera.

Pero en aquel momento, ¡oh, terrible sorpresa!, su majestad vió incorporarse a dos figuras humanas en el lecho de la joven reina de Istralia.

Retrocedió, lanzando un grito indefinible.

—¡La reina!—exclamó Alcira, aterrada, que era una de las dos figuras que acababan de incorporarse.

Al mismo tiempo, un hombre saltó del lecho y se dirigió en actitud resuelta hacia la madre de Oscar Luis.

—¡Conde Federico!—profirió ésta, retrocediendo ante el miserable—. ¡Canalla!... ¡Vil!

—¡Vieja del infierno!—replicó Lisandri—. ¿Quién te habrá mandado meterte en lo que no te importa?

—¡Demonios!—continuó la egregia dama sin parecer oírle—. ¿De ese modo llorábais a mi hijo desaparecido? ¿De ese modo velábais por su honor?... ¡Ah, malditos de Dios! ¡Malditos de...!

Lisandri no la dejó continuar; de un salto cayó sobre ella, la cogió por el cuello y, como si fuera un fardo, la arrastró hacia la puerta secreta.

Enloquecida de terror, Alcira siguió al malvado, mostrando sus cabellos en desorden y el pijama arrugado y hasta roto en algunos sitios por los excesos.

Cuando se asomó a la habitación contigua, vió que la reina madre yacía en el suelo y que el conde Federico, inclinado sobre ella, le apretaba el cuello.

—Déjala, déjala... —balbuceó la adúltera extendiendo los brazos hacia el malvado en un gesto suplicante—. Basta de crímenes, Federico; basta de crímenes.

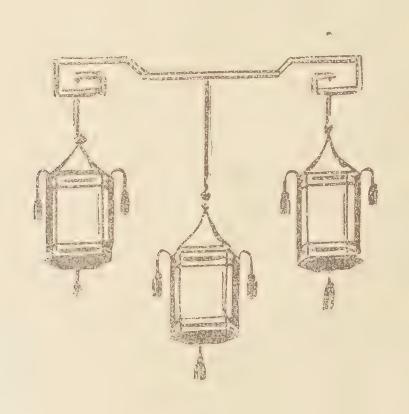
El conde levantó la cabeza y la miró con las pupilas relampagueantes.

—¡Calla, estúpida!—contestó con amenazador acento—. Por ti, sólo por ti extermino...

—¡Oh! Eso ya es demasiado... Estas infamias traerán sobre nosotros la maldición del cielo...

Lisandri se enderezó, separando sus manos de la garganta de la reina madre, por cuya entreabierta boca parecía escaparte el último aliento de su vida.

—Ayúdame a hacer con la madre lo que hicimos con el hijo—ordenó a su horrorizada amante—. Desnudémosla; acércame una luz.






## CAPITULO XV

### La loca

UNA anciana cubierta de harapos, tiznado el rostro, quemadas las cejas, chamuscados y en el más completo desorden sus cabellos grises, se puso de pie entre el matorral donde se hallaba tendida y dirigió en torno suyo una mirada de demente.

—¿Dónde estoy?—se preguntó angustiosamente, llevándose las manos a la garganta, en la que sentía fuerte dolor—. ¿Sueño, Dios mío? ¿Sueño?

Estaba sola en medio del campo silencioso, invadido de matorrales amarillentos, que un airecillo frío hacía ondular como a las aguas de un lago. Luego, mirando mejor, distinguió a lo lejos, bajo el cielo gris, las rojas techumbres de un poblado o caserío. Y la vieja, después de palpar su dolorida garganta, echó a andar hacia aquel lugar habitado, frotándose los ojos con sus finas manos.

A los pocos pasos se detuvo y fijó su mirada en el cielo sombrío.

—Pero, ¿soy realmente yo?—preguntóse—. No, no puede ser... Es la mía una pesadilla horrible, un sueño espantoso. Nada más que sueño o pesadilla... ¡Ilumíname, Señor Todopoderoso!... ¡Haz que mi espíritu pueda penetrar en la verdad!...

Volvió a reanudar la marcha. Vacilaba al andar, como si sus piernas careciesen de la fuerza necesaria para sostenerla, y algún tiempo después, lejos todavía del pueblo que había divisado, volvió la infeliz a hacer alto junto a unos tilos esmirriados, sin corteza, en torno a los cuales revoloteaban varios cuervos.

—¡Oh, Dios de los cielos!—clamó elevando sus manos al espacio en un gesto de conmovedora súplica—. ¡Dime que es mentira todo lo que pienso!... ¡Dime que soy víctima de una alucinación de mi mente extraviada por la desaparición de mi hijo! ¡Dime que nada ha cambiado, que soy aún Irene Castelberg, reina madre de Istralia, y que no he salido de mi palacio, donde aguardo sollozando de día y de noche el regreso de mi hijo amado! ¡Dime que esta pobre mujer que vaga por estos campos de muerte, cubierta de harapos, vacilante el paso, encorvada, sucia como el espectro sinistro de la miseria, no es otra cosa que un fantasma que se ha forjado mi atormentada imaginación! ¡Desvanece mis dudas, Señor! Ten compasión de esta reina, más desdichada que la más repudiable de las mujeres de su país.

"¡Oh, Padre celestial! ¿No me escuchas? ¿Me niegas esa luz que te imploro para poder penetrar en la verdad? ¿Tendré que creer que es cierto lo que veo? ¿Es acaso este tu castigo, Rey de reyes, Señor del Universo? ¡Irene Castelberg, reina madre de Istralia, convertida en mendiga y sin el consuelo de haber vuelto a ver al hijo de sus entrañas! ¡Es horroroso, Dios mío, es horroroso!

"Tú no puedes ensañarte tanto con esta infeliz madre... ¡Ah! No eres Tú quien me ha arrojado de mi palacio, quien ha vestido mi cuerpo con estos harapos miserables... ¡No, no,

Dios mío! ¡No eres Tú! Es la maldad feroz de aquellos canallas. Todo lo recuerdo, todo, todo... ¡Qué espantosa sorpresa! Adulterio, traición, regicidio... La corte de Istralia convertida en un nido de reptiles... ¡Oh, cólera divina! Penetra en mi pecho, arrástrame hasta mi trono, del que fuí expulsada por la infamia como un perro, y ayúdame a exterminar a esas víboras venenosas. Pero, ¿dónde estoy, Jesús loado? ¿Dónde estoy?

Se interrumpió; un jinete galopaba hacia ella por el polvoriento camino, e Irene Castelberg, que había caído de rodillas, se levantó y le salió al encuentro.

El jinete, un hombre relativamente joven, tocado con un ancho sombrero y que parecía llevar gran prisa, hizo que el caballo se apartara de aquella mujer que hacia él avanzaba y a quien debió tomar por una mendiga; pero ante las insistentes señas de la anciana, sujetó su cabalgadura y le preguntó con cierto aire de fastidio:

—¿Qué es lo que se os ofrece, buena mujer?

—Caballero—respondió la desventurada con una corrección y una dignidad que resultaban ridículas dado el miserable aspecto de su persona—: ¿seríais tan amable para decirme qué pueblo es ese al cual conduce este camino?

—Fuente Roja—contestó el jinete. Y se dispuso a picar espuelas, pero la anciana no le dió tiempo.

—Un momento, caballero... Estoy completamente desorientada... ¿Y a qué provincia del reino de Istralia pertenece Fuente Roja?

—A la de Nazareth—replicó el hombre sin ocultar su contrariedad por el tiempo que aquella mujer le hacía perder—. Pero, ¿qué demonio os interesa todo eso a vos?

—Cuando sepáis quién soy, caballero, es posible que os arrepintáis de haberme hecho esa pregunta.

—Esta pobre mujer está loca—pensó el hombre. Y dirigiéndose a ella:

—Si no queréis saber más, dejadme seguir mi camino, que los minutos tienen para mí mucha importancia.

—Un poco de paciencia, señor, un poco de paciencia... ¿Sois de Fuente Roja?

—Sí.

—¿Qué autoridades tiene el pueblo?

—¡Que el diablo me lleve si todo eso os importa a vos un comino!—exclamó el jinete montando en cólera—. Para pedirle a uno una limosna no es menester tantos discursos... Ahí tenéis unos céntimos y que Dios os ayude...

Diciendo esto, el hombre sacó del bolsillo unas cuantas monedas de cobre que arrojó a los pies de la anciana, y con las espuelas incitó al corcel a emprender de nuevo el galope.

—¡Estáis hablando con la reina de Istralia, desgraciado! —gritó su majestad, humillada y herida por la conducta de aquel hombre.

Este lanzó una carcajada y se apartó de ella al galope de su caballo, diciéndose:

—Decididamente, está loca de remate.

* * *

Después de seguirle un instante con la mirada, la reina madre, llevando en el corazón la más acerba de las penas, se apartó de allí sin hacer ningún caso de las monedas que el jinete le había arrojado y que quedaron abandonadas entre el polvo del camino.

Un cuarto de hora más tarde entraba en Fuente Roja.

El pueblo era de unos mil habitantes, y en el centro del mismo se levantaba la iglesia, y muy cerca de ésta el edificio de la alcaldía.

A él se encaminó su majestad con paso más firme que hasta entonces. Se daría a conocer al alcalde, éste inmediatamente le facilitaría las mejores ropas que pudiera encontrar en Fuente Roja y la acompañaría hasta la capital más

próxima. Allí la reina madre vería al gobernador y éste se pondría en campaña, apelando si era preciso a la ayuda de los goberndores de las otras provincias para desalojar del trono de Istralia a los usurpadores, a la reina adúltera, al traidor del conde Federico Lisandri...

Todos estos proyectos bullían en la mente de la egregia señora al llevar su mano a la aldaba del portal de la alcaldía. Transcurrió un largo minuto, e impaciente por aquella espera, se disponía a llamar de nuevo cuando la puerta se entreabrió y un encorvado viejecillo asomó su cabeza, mirando de arriba a abajo a la haraposa visitante.

—¿Qué deseáis?—le preguntó en seguida, frunciendo el ceño.

—Ver al señor alcalde—respondió la reina.

El viejecillo manifestó asombro.

—¡Al señor alcalde!—exclamó—. ¿De dónde sacáis, buena mujer, que el señor alcalde pueda perder su tiempo atendiendo a mendigos?

—¡No soy una mendiga!—replicó Irene Castelberg llena de dignidad—. ¡Soy la reina de Istralia!

El viejecillo esbozó una sonrisa burlona.

—Tanto mejor—dijo—. Siendo así, el señor alcalde irá a veros... Dejadme las señas de vuestro palacio.

—¡Nada de burlas! ¿Dónde está el señor alcalde?

—Donde no os importa, buena mujer... Y hacedme el favor de alejaros si no queréis verme montar en cólera.

La reina madre se indignó.

—¡Villano!—gritó—. ¿Queréis obedecerme?

—¡Pobre loca!—exclamó el viejecillo.

Y convencido de que aquella mujer no era más que una demente, le cerró la puerta en las narices, única manera, a su entender, de evitar que siguiese escandalizando ante el portal de la alcaldía.

Pero la supuesta demente no se dió por vencida. Precipitóse desesperadamente contra la puerta, golpeándola con

los puños hasta sangrarse las manos y dando grandes voces que alarmaron a los vecinos.

El secretario del Ayuntamiento se asomó a una de las ventanas del edificio, advertido por el viejecillo de lo que ocurría.

—Buena mujer—dijo a la reina—, ¿queréis hacerme el favor de marcharos de aquí?

—¡Abrid! ¡Abrid!—replicó la soberana volviendo a golpear el portal de la alcaldía—. ¡Que venga el señor alcalde! ¡Que me oiga el señor alcalde! ¡Soy la reina madre de Istralia y quiero que se me haga justicia!

Algunos labriegos, hombres y mujeres, se habían aproximado a la alcaldía, y viendo el secretario del Ayuntamiento que era imposible convencer con palabras a la supuesta loca, pidió a uno de ellos que fuese en busca de los gendarmes.

Entretanto, su majestad no cesaba de dar voces, pretendiendo convencer a todos los que la escuchaban que era la reina madre de Istralia y que había llegado a Fuente Roja en procura de ayuda y de justicia. Las mujeres la compadecían, y los labriegos no dejaban de reirse de lo que creían extravagancias propias de un cerebro perturbado.

Cuando llegaron los gendarmes, un corro formado por más de cincuenta vecinos de Fuente Roja rodeaba a la infeliz anciana. Apartáronse todos para dar paso a las fuerzas del orden, y el secretario del Ayuntamiento, que permanecía aún en una de las ventanas del edificio, dijo al cabo que mandaba el piquete:

—Se trata de una mendiga que ha perdido el juicio y que pretende ser nada menos que la reina de Istralia... Lleváosla, y si no se somete a la obediencia, enviadla al manicomio de Nazareth...

Al oír estas palabras, la reina madre estremecióse en medio de su desesperación, y arrodillándose ante los gendarmes, clamó entre sollozos:

—¡Por Dios! ¡Por lo más sagrado que haya para vosotros en el mundo, yo os juro que soy la soberana de Istralia, madre de Oscar Luis I, y que he sido arrojada de mi palacio y vestida de harapos por unos traidores!

—Yo no digo que no lo seais—respondió el cabo de los gendarmes tomando la cosa a broma—. ¡Ea! Levantaos, que nosotros os conduciremos a vuestro palacio...

Estas palabras provocaron algunas risotadas, que aumentaron la indignación de la infeliz reina.

—¡Oh, Jesús bondadoso!—imploró dirigiendo la mirada al cielo—. Convence a los que me escuchan; haz que me ayuden a desenmascarar a los traidores dueños hoy del trono del país...

—Venid con nosotros—dijo el cabo de los gendarmes cogiéndola por un brazo.

Pero su majestad se puso de pie, sacudiéndose con energía.

—¡Soltadme! ¿Desde cuándo los miserables soldados como vos se permiten tocar a las reinas?

Una carcajada general estalló en torno a la desventurada, mientras el cabo, volviéndose a sus hombres, les ordenaba:

—¡Cogedla y llevadla al cuartel!

Los cuatro gendarmes se arrojaron sobre la anciana, y cogiéndola por los brazos pretendieron conducirla a través del círculo de curiosos que les rodeaban; pero la desventurada, clamando, gesticulando, sollozando, se negaba a andar, y tuvieron que arrastrarla brutalmente entre el polvo de la calle.

* * *

Una vez en el cuartel, los gendarmes encerraron a la anciana en una habitación desmantelada, y allí la abandonaron hasta cerca del obscurecer, en que uno de ellos se le acercó llevando una cazuela llena de sopa.

Acurrucada en un rincón, la infeliz miró al gendarme sin moverse. Sus ojos, enrojecidos de tanto llorar, estaban secos, y su rostro pálido, sucio de polvo y de tizne, tenía un aspecto ridículo con las pestañas quemadas y los cabellos chamuscados y espantosamente revueltos.

—¿Qué tal, buena mujer?—preguntó el gendarme, dejando la cazuela en el suelo, como se hace cuando se lleva comida a un animal. ¿Habéis renunciado ya a vuestro trono?

La anciana permaneció silenciosa.

—¿Tenéis apetito?—siguió el hombre, un tanto amoscado por aquel silencio.

Tampoco esta vez la anciana despegó los labios.

—¡Diantre! Parece que al fin os habéis sosegado y entrado en razón—terminó diciendo el hombre—. Comed esta sopa, mientras voy a decir al cabo que ya podemos soltaros...

Salió de la habitación sombría y desmantelada. La reina madre siguió permaneciendo inmóvil en el rincón donde se había acurrucado, como hacen los mendigos en los portales cuando tienen frío.

Quizás estuviera ahora más loca de lo que el gendarme creía... ¿En qué abismo de tinieblas habría caído su personalidad acuciada por los mastines de su tremendo dolor?

Volvió al poco rato el gendarme seguido del cabo. Miraron los dos en silencio a la anciana, y, al fin, el último le preguntó:

—¿No queréis comer la sopa de la cazuela?

La desventurada movió negativamente la cabeza.

—Si me prometéis no armar nuevos escándalos, os dejaré en libertad—agregó el cabo.

—Me someto a la voluntad del Altísimo...—contestó la reina madre con voz baja.

—No parece ya tan loca—dijo el gendarme al cabo—, o, por lo menos, ha comprendido que nada saldrá ganando con alborotar a los vecinos.

—Levantaos, buena mujer... Quedáis libre.

La anciana se puso de pie trabajosamente.

—Por aquí—dijo el gendarme indicándole el camino.

La supuesta demente le siguió y el cabo se puso a andar tras ella.

* * *

Ya fuera del cuartel, la desventurada reina madre de Istralia, desfigurada y vestida de harapos, se puso a andar temblando de frío junto a las paredes de las casas.

—Mirad a la loca—decían los chiquillos del pueblo que pasaban a su lado señalándola con el dedo.

Y otros agregaban, riendo y sacándole la lengua:

—Pretendía ser nada menos que la madre del rey... ¡Cuidado con la señora!

Hubo un granuja de unos catorce años que, al llegar su majestad a la plaza de la iglesia, cogió del suelo una piedra para tirársela. La reina lo vió y se detuvo, mirándole fríamente y esperando inmóvil el ultraje de la lapidación; pero una mujer tan harapienta como ella que por allí pasaba se lanzó sobre el muchacho con tal ímpetu que le hizo rodar por el suelo, dando unos alaridos que parecía lo estuviesen matando.

—¡Canalla! ¡Bribón!—gritaba aquella mujer—. ¡Ya te enseñaré yo a respetar a las pobres viejas!... ¿Crees que el tener la tripa llena, gorrino, te da derecho a despreciar a los que no tenemos techo bajo el cual cobijarnos ni pan que llevarnos a la boca?

Levantóse del polvo el granujilla, y, sin ánimos de tomar el desquite, huyó como una flecha, llevando en el trasero la sensación de los puntapiés que le había propinado la defensora de "la loca".

—Gracias—dijo la reina dirigiéndose a la harapienta mujer que con tantos bríos había intercedido por ella—; no olvidaré nunca el favor que acabáis de prestarme...

La otra, que también era vieja y estaba desgreñada y sucia hasta el punto de inspirar repugnancia, miró de pies a cabeza a la que así le hablaba, y dijo después de reflexionar un instante:

—Ven conmigo. Sé de un lugar donde podremos estar sin que nadie nos moleste.

Siguióla Irene Castelberg sin pronunciar una palabra.

Después de andar un buen rato, cuando la noche iba a cerrar, la mendiga se detuvo ante una de las últimas casas que había al final del pueblo: un edificio ruinoso, cuya puerta colgaba en pedazos del marco.

—Entremos—dijo a su majestad—. No es ésta una gran casa, ciertamente, pero siempre estarás aquí mejor que durmiendo bajo las estrellas...

Traspuesto el umbral de aquel edificio, las dos viejas quedaron envueltas en la más completa obscuridad.

La que conocía el lugar encendió una cerilla y con ella fué a dar luz a un cabo de vela colocado sobre un carcomido banco de carpintero arrimado a la pared.

Unos murciélagos suspendidos del techo volaron hacia la puerta, espantados por la luz, y desaparecieron en la obscuridad de la noche.

La reina madre miraba en torno suyo con una expresión de resignación infinita, sin que pareciese asustarla aquella miseria.

—¿Tienes hambre?—le preguntó la vagabunda, dirigiéndose a ella—. ¿Te han dado algo de comer esos malditos gendarmes?

Su majestad movió la cabeza, murmurando:

—No tengo hambre.

La otra se acercó más a ella, mirándola casi de hito en hito.

—No pareces loca... ¿Quién diablos te ha quemado los cabellos y las cejas de ese modo?

—No lo sé—dijo la reina madre encogiéndose de hombros.

—¿Llevas ya mucho tiempo en el oficio de pedir limosna?

—No he pedido nunca...

—Vamos, vamos... Eso sí que no podrás hacérmelo creer a mí... ¿De dónde eres? Conozco a todos los mendigos de la región, pero no recuerdo haberte visto nunca entre ellos...

—Vengo de San Francisco...

—¡Ah! ¡Ahora me lo explico todo!—exclamó la mendiga echándose a reír con risa siniestra.

—¿Qué es lo que os explicáis?—preguntó la reina madre, estremeciéndose sin saber por qué.

—¡Je, je, je!... Que hayas pretendido hacer creer que eres la reina madre... ¡Como eres de allá y debes conocer muy bien a todas las personas de la corte!... Pero dime, con franqueza, aquí, entre nosotras: ¿te ha dado resultado alguna vez esa comedia?

—No es comedia...—balbuceó la reina madre.

Pero la otra siguió riendo.

—¿Que no lo es? ¡Vaya una gracia!... ¿Creerás, comadre, que me chupo el dedo?... Pero, en fin, allá tú si no quieres ser franca conmigo... Ahora que, si yo te hago el favor de recogerte en "mi casa" y de matarte el hambre si la tuvieras, quiero que en pago de ello me hagas tú otro pequeño favor... Pero sentémonos... Aquí, sobre estas piedras, estaremos muy cómodas...

Y viendo que la supuesta demente no se movía, la mendiga la condujo por un brazo hasta las piedras, colocadas cerca del banco de carpintero, y la obligó a tomar asiento en ellas.

—Vamos a ver—le dijo, tomando asiento a su lado sobre otras piedras—: ¿conoces tú a las personas reales?

La reina contestó haciendo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Has visto alguna vez de cerca a la reina Alcira?

La mirada de su majestad se animó. Las extrañas preguntas de la mendiga parecían arrojar un poco de luz en el abismo donde se había hundido su personalidad.

—Responde: ¿has visto a la joven reina de cerca alguna vez?

—Sí; la he visto.

—¿De qué color tiene los cabellos?

—Negros—respondió la soberana.

Y sus pupilas brillaron todavía más.

—¡Ah! ¿Y los ojos?... ¿Sabes de qué color son los ojos?

—Negros también...

—¡Caracoles!—exclamó la mendiga, henchida de júbilo—. ¿Estás bien segura de lo que dices?... ¿No te engañas?

—No, no me engaño.

—Entonces voy a enseñarte un retrato.

Diciendo esto, la mendiga metió la mano bajo su sucia y desgarrada blusa y sacó una fotografía que, después de contemplar un instante a la luz vacilante de la vela que ardía sobre el banco de carpintero, alargó a la reina.

—Mira: ¿conoces a la muchacha que aparece en este retrato?

Un grito que no tenía nada de humano se escapó de la garganta de la soberana.

—¡Alcira de Serajev!—profirió luego, acercando el retrato a sus ojos—. ¿Es posible?

Los ojillos de la mendiga relampagueaban de satisfacción.

—¿Has pronunciado el nombre de la reina?—inquirió—. ¿Luego crees que es la reina de Istralia esta muchacha?

La anciana seguía mirando la fotografía con los ojos desmesuradamente abiertos. Representaba a Alcira, unos años atrás, vestida con un apretado traje de mallas como el que usan los saltimbanquis; sentada en un trapecio, sus brazos desnudos se enroscaban a las cuerdas como dos serpientes de alabastro, y tenía en los labios una sonrisa incitante y traviesa.

—Habla—agregó la mendiga, sorprendida por la atención con que la supuesta demente miraba el retrato—. ¿Crees que es la reina de Istralia esta joven?

—Es ella, es ella...

—¡Dios te oiga!... ¡En ese caso, la reina de Istralia sería mi hija, mi hija Paulina!

—¿Tu hija?... ¿Alcira de Serajev tu hija?—preguntó la soberana, tuteando ya a la mendiga—. ¿Sabes lo que dices, desgraciada?

—La verdad, toda la verdad, que tú misma acabas de confirmar al decirme que la reina de Istralia y la muchacha de ese retrato que tienes en las manos son una misma persona...

—Pero, ¿cómo puede ser hija tuya la princesa de Serajev?... ¿Cómo puede estar Alcira en este retrato, vestida con estas ropas de saltimbanqui?

—¿Te sorprende, eh?... He ahí el misterio... El caso es que yo tenía una hija, que es la acróbata que aparece en este retrato, hermosa como el sol y presuntuosa como una hija de reyes... Ella nos ayudaba con sus saltos a ganarnos el pan a su padre y a mí... Recorríamos Istralia con nuestro destartalado carromato de bohemios... Un mal día, hace de esto cinco años, Paulina desapareció, dejándonos sumidos en la mayor miseria... En vano la buscamos por todos los rincones del país; en vano indagamos a unos y a otros... La tierra parecía haberse tragado a nuestra hija... Mi hombre y yo éramos viejos para trabajar en el trapecio y no teníamos humor para representar pantomimas ante los aldeanos. Perdimos nuestro carromato, vendimos nuestros instrumentos, empeñamos nuestras ropas y acabamos por quedarnos en la calle. Hará un año que murió mi marido con el vientre atravesado por el puñal de un borracho con el cual riñó en una taberna... Sola, enferma, desamparada, me di a vagar por el reino, viviendo de limosnas, conservando por todo recuerdo de mis mejores tiempos este retrato de mi hija Paulina... Hará un mes, aproximadamente, cayó en mis manos una revista en la que se publicaban varias fotografías de la princesa de Serajev, futura reina de Istralia... "¡Pero si es mi hija esta

princesa!", exclamé al mirar aquellas fotografías. Las gentes estúpidas se rieron de mí como se burlaron de ti esta mañana, cuando dijiste ante la alcaldía que eras la reina madre... Ahora que yo füí menos tonta, y en lugar de dar voces, me dediqué calladamente a buscar pruebas que me convencieran de mi creencia... Y me puse a repasar cuantos periódicos y revistas llegaban a Fuente Roja con retratos de la joven reina, comparándolos con éste de mi hija Paulina... El parecido entre unos y otros era idéntico, y yo me devanaba los sesos preguntándome de qué modo la hija de Silvia Moneti podía haber llegado a ser la princesa de Serajev y reina de Istralia...

Interrumpióse la vieja para cobrar alientos, y prosiguió, después de arrebatar el retrato de manos de la madre de Oscar Luis:

—Pero el medio de que se ha valido para subir hasta el trono del país poco me importa en el fondo... Lo principal es que yo me acerque a mi hija, que mi hija me reconozca, y para ello hace un mes que vengo trabajando...

—¿Trabajando?...

—Sí, sí... ¿Te extraña la palabrita?... Quizás no esté bien aplicada; mas esto no es cosa que debemos discutir ahora... El caso es que yo "trabajo" desde entonces, pidiendo limosnas, robando, engañando a todo el mundo, con el único fin de juntar dinero para trasladarme a San Francisco y presentarme a la reina.

—¡Qué infamia!—comentó la reina madre con voz que temblaba—. ¡Qué terrible infamia!

—¿Infamia?—inquirió la mendiga de un modo nada amable—. ¿A qué te refieres? No creo que tengas el propósito de insultar a mi hija...

Un relámpago fulguró en las pupilas de su majestad, mas tuvo la duración de un segundo, y en seguida su rostro adquirió su expresión sombría, resignada, de mujer vencida.

—¿Has revelado a alguien ese secreto?—inquirió, por decir algo.

—Al principio hablé con algunas personas, pero no quisieron creerme y me tomaron por loca... Después me pareció más prudente callar, preparándome para el viaje a San Francisco.

—¿Tienes ya reunido el dinero necesario para trasladarte a la capital del reino?

—No tengo más que diez francos, y el billete del ferrocarril cuesta cuarenta.

La reina madre quedó un momento pensativa.

—¡Si tú quisieras!—exclamó de pronto con un sofocado suspiro.

—¿Qué?...— inquirió la otra llena de ansiedad—. Habla.

—Podríamos hacer el viaje a pie.

—¡Oh! ¡Está muy lejos!...

—¿Qué importa? Algún día hemos de llegar a San Francisco. Quizás mucho antes que tú consigas reunir los cuarenta francos.

—¿Y estarías dispuesta a acompañarme?

—No deseo otra cosa.

—Mira que el invierno está al caer, y habrá nieve en los caminos, y nos azotarán los vientos helados del Sur...

—No me arredran ni las nieves, ni los vientos ni la distancia.

—Bueno—dijo la mendiga, en cuyos ojillos traviesos se reflejaba toda la alegría que inundaba su corazón de madre—. Mañana nos pondremos en camino, ya que tan decidida estás a ello. Pero, ¿qué diablos vas tú a hacer en San Francisco.

—Te lo explicaré todo una vez allí—respondió sombríamente su majestad.

—Tienes manos de gran señora—observó la otra—. Debes llevar poco tiempo mendigando.

—Poco, poco.

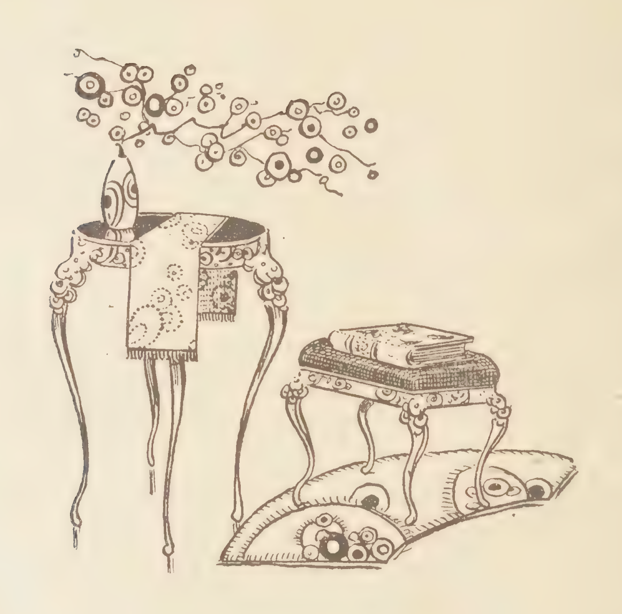
—¿Tienes a alguien de tu familia en el mundo?

—Un hijo..., si no me lo han matado.

—¿Y esperas encontrarlo en San Francisco?

—No; allí espero hacerle justicia.

—¡Voto a tal!... Me parece, pobre mujer, que vuelves a decir tonterías. Lo mejor será que tomemos un bocado y que nos echemos a dormir sobre la paja para estar mañana temprano dispuestas a ponernos en camino.






## CAPITULO XVI

### El festín de los usurpadores




N torno a la mesa del comedor privado del rey de Istralia se habían sentado aquella noche con el falso soberano, Alcira, el conde Federico, Clara, convertida ya en marquesa de Rivieri y en dama de honor de la joven reina, y el barón Cosme Novelli, con el propósito de celebrar con una cena íntima el completo triunfo de sus sórdidos planes.

Esa mañana los diarios del reino habían publicado un breve parte de Palacio redactado en los siguientes términos:

"Con el fin de procurarse algún descanso y atender al cuidado de su salud, algo quebrantada durante el desempeño de la regencia, anoche partió para Suiza, de riguroso incógnito, su majestad la reina madre."

Justificada así la desaparición de Irene de Castelberg, el conde Federico y sus cómplices quedaron convertidos en dueños absolutos del trono de Istralia.

Encantado de su papel, Rodolfo Carpi no pensaba más que en divertirse. Clara, su amante, la ex artista de "music-hall", deslumbrada con su título de marquesa y por los honores que le rendían en todas partes en su carácter de dama de honor de la soberana, creía ser la protagonista de uno de esos maravillosos relatos de "Las mil y una noches". Si en su vida había tenido ambiciones, éstas veíanse colmadas por completo. Alcira, presa aún del vértigo que le había producido su rápido ascenso al trono de Istralia, no atinaba a expresar más que con caricias su gratitud a Lisandri, alma y nervio de aquella abominable conjura, y en cuanto al barón Novelli, sin que nadie le estorbase, saciaba en el cuantioso patrimonio de la reina madre su insaciable apetito de oro.

* * *

Concluída la cena y servidos los licores, el falso rey mandó retirarse a los criados para quedar a solas con sus invitados.

Esto era lo que el conde Federico quería para comentar a su gusto el triunfo de sus planes.

—Sólo una pregunta, señores—dijo el canalla poniéndose de pie y levantando su copa—. ¿Estáis satisfechos de mi actuación?

—¡Eres un héroe!—exclamó Rodolfo Carpi, que había bebido un poco más de la cuenta y que, como soberano, ocupaba la cabecera de la mesa, teniendo a su lado a la marquesa de Rivieri—. ¡Eres el hombre más grande de Istralia!

—Una especie de brujo—añadió Cosme Novelli poniéndose de pie y chocando su copa con la del conde—. Brindo por vos, hombre de hierro, a quien no arredraron dificultades sobrehumanas y que supisteis asegurar la felicidad de todos.

—Alguien me inspira—contestó Lisandri—. Brindemos por esa persona...

—¿Quién es? ¡Nómbrala!—exclamó el falso rey levantándose también con la copa en la mano.

—¡Es tan sencillo adivinarlo!—exclamó maliciosamente la marquesa de Rivieri sonriendo a la reina, que ocupaba el otro extremo de la mesa, frente a su supuesto esposo.

—¿Quién es?... ¿Quién es?—siguió gritando Carpi con destemplada voz de borracho—. Nada de adivinanzas; que hable Lisandri con claridad.

El conde se volvió hacia Alcira.

—Levántate—le dijo—, puesto que el rey lo quiere.

Alcira se puso de pie. Estaba bellísima con su vestido de tisú de plata, que dejaba al descubierto sus bien torneados brazos, sus hombros y su garganta, de una blancura deslumbrante.

—¡Gloria a la reina!—exclamó la hermosa marquesa de Rivieri aplaudiendo.

—¡Brindemos por ella!—propuso Cosme Novelli.

—Sí, por ella—gritó Rodolfo.

Chocaron las copas, produciendo un sonido argentino, y el rubio champaña de que estaban llenas salpicó el mantel antes de llegar a los labios de los bebedores.

—Ahora me toca a mí dirigirte una pregunta, Federico—dijo el falso monarca, cuando Alcira y Clara se hubieron sentado.

—Habla—contestó Lisandri.

—¿Puede o no puede un rey hacer la vida que más le plazca?

—Hombre—respondió el conde después de titubear un instante—; con ciertas limitaciones y procurando guardar las apariencias...

—Eso no basta—dijo Carpi—. Yo soy rey, y tengo el capricho de hacer de mi persona lo que me venga en gana. Me gustan los juegos de azar, y quiero lanzarme a ellos. Me gustan las mujeres, y quiero disfrutarlas... ¡Y quiero beber si me

place, y estarme tumbado en mis habitaciones si no se me antoja otra cosa!...

—¡Por Dios!—exclamó escandalizada la marquesa de Rivieri—. ¿Dónde me dejas a mí, amor mío?

—Sosiégate, amigo mío, sosiégate—dijo Lisandri cambiando una mirada con Cosme Novelli—. Puedes divertirte; todos los reyes pueden hacer lo que les plazca; pero para eso es preciso que se alejen de la corte, delegando su autoridad en una persona de su absoluta confianza. Si tú quisieras ausentarte un tiempo de San Francisco, podrías poner en mis manos las riendas del poder.

—¡Encantado! ¡Encantado!—exclamó Rodolfo Carpi—. Puesto que poseo en Istralia más de diez palacios, cualquier día de estos me iré a uno de ellos a disfrutar; a vivir libremente sin la opresión del maldito protocolo. Pero yo quisiera veros a todos vosotros allí, amigos míos. En vuestra compañía es como podré divertirme como es debido.

—Por mi parte, estoy dispuesto a seguiros—dijo Novelli.

—Yo iré contigo—manifestó Clara—, y no te dejaré a sol ni a sombra.

Alcira se echó a reír. Carpi descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¿Todavía celos?—exclamó colérico a su amante—. Decididamente, no hay manera de hacerte tomar la vida como debe ser.

—¡Te amo, bien lo sabes, amor mío!—suspiró la linda marquesa, cuyos ojos se humedecieron.

—Bien está; pero un rey es un rey, y no puede entregarse sólo a un amor... ¿Digo bien, señores?

—Admirablemente—contestó el conde Federico—. Y que me perdone la señora marquesa.

—La vida hay que gozarla—añadió Novelli vaciando otra copa de champaña.

—¡Qué duda cabe!—exclamó el falso soberano—. ¿Oyes, mujer, oyes? Yo te quiero; tu cariño me satisface, y hasta

me enorgullece; pero en él no está todo. ¡Cuántas de nuestras cortesanas suspiran por unas caricias de Oscar Luis I, rey de Istralia! Hay que estar bien con las damas, ¿verdad, señores?... Y divertirnos, puesto que todos somos jóvenes, puesto que tenemos ocasión y humor para ello. Vivamos con el fausto de los antiguos emperadores. Imitemos a Calígula, a Luis XIV, a los sultanes de Asia... Deslumbremos la imaginación del pueblo con nuestros festejos, con nuestras bacanales... Alguien ha dicho que el hombre es polígamo por naturaleza. ¡Hurra, pues, por los serrallos! Me propongo eclipsar la fama de la antigua Babilonia en cuanto a placeres se refiere... Gozar, gozar, gozar: he ahí el anhelo único de las criaturas que han visto la luz en este delicioso siglo XX... A ello, sólo a ello tienden todas las luchas y todos los afanes del hombre. ¡Gozar! ¡Gozar!

—¡Calla! ¡Calla, por Dios!—suplicó Clara tirándole de las ropas para obligarle a ocupar su asiento—. Hay en la vida algo más que eso: el amor. ¿Verdad, señora?

Y clavó sus lindos ojos en los de Alcira, esperando que ésta le diese la razón; pero la reina de Istralia se echó a reír con todas sus ganas.

—No sé qué deciros—contestó—. Hay muchos modos de entender la felicidad. ¡Para mí, toda mi dicha la constituye el conde Federico!

El rostro de Clara se ensombreció mientras todos aplaudían las palabras de la reina.

—Esta mujer no tiene corazón—pensó la amante del falso rey—. Si amase al conde como yo amo a Rodolfo, no hablaría de ese modo.

* * *

Satisfecho Rodolfo Carpi de que nadie le llevase la contraria, llenó él mismo las copas de todos y prosiguió:

—No toméis a mal las palabras de la marquesa. Me ama

tanto, que quisiera encerrarme dentro de su corazón para substraerme a todas las miradas. En el fondo, ese cariño me halaga como halagaría a cualquiera de vosotros. ¿Verdad, conde?

—Indudablemente—respondió Federico—. Es menester que os entendáis respetando vuestros gustos y transigiendo con cordura. Por mi parte, me propongo secundar los alegres deseos de su majestad, sin llevar por eso la contraria del todo a la hermosa marquesa.

—¡Eso es hablar! ¡Hurra por Lisandri!

—Brindemos por él—propuso Alcira levantando su copa.

Como era de suponer, esa proposición fué inmediatamente aceptada, y las copas de reluciente cristal volvieron a chocar con argentino sonido por encima de la mesa, salpicando el mantel con el dorado y espumoso néctar que contenían.

Clara, en vez de beber como los demás, derramó en el suelo el champaña y dijo al oído al falso soberano:

—No bebas más, Rodolfo; te lo suplico.

—¡Déjame en paz!—contestó éste profundamente contrariado—. Eres aquí la única que me lleva la contraria.

—Si no te amara, Rodolfo, si no te amara—murmuró la marquesa de Rivieri—, haría como los demás: no pensaría más que en divertirme.

Carpi no la escuchaba ya. Con torpes gesticulaciones de ebrio, volvía a dirigirse a Federico, a Alcira y a Novelli:

—Todo está resuelto, amigos míos. Mañana mismo comenzaremos a disponer los preparativos para una soberbia bacanal que ha de celebrarse en cualquiera de mis palacios de Istralia. Las que nos aman pueden quedarse en San Francisco gobernando por nosotros.

—Yo no puedo tomar parte en esos festejos, porque me debo al conde Lisandri por entero—declaró Alcira.

—¡Muy bien!—aplaudió el falso rey.

Y volviéndose a su amante, agregó:

—Aprende, aprende de su majestad. Se puede amar a un hombre y se puede serle fiel, sin estorbar por ello sus planes.

—Yo quisiera ser así, Rodolfo; pero por el momento no puedo—murmuró Clara, cuyo hechicero semblante se había ensombrecido—. Tal vez me acostumbre con el tiempo a ser como su majestad.

—Sí, sí; te acostumbrarás. ¡Vaya si te acostumbrarás!... Barón Novelli: hacedme el favor de alcanzarme esa botella de Borgoña. Ya no quiero champaña; harta demasiado pronto. ¿Vais a llenarme la copa? ¡Cuánta amabilidad!... Bebed también vosotros, amigos míos. Ya que tenéis la botella en la mano, barón, llenad todas las copas. ¡El rey invita, señores! ¡Ja, ja, ja!... ¿Quién iba a decirme hace un mes que sería yo rey de Istralia?... ¡Brindo por el trono, señores, por el trono!

—¡Por la muerte de nuestros enemigos!—exclamó Novelli.

—De esos no debemos ocuparnos ya, ¿verdad, Federico? Los que no han muerto, les has limado las uñas y los dientes, y ya no pueden hacernos daño. ¡Qué gran idea tuviste en hacer desaparecer a la reina madre! Esa vieja nos estorbaba demasiado; era un peligro constante para nosotros. De manera que te sorprendió en el lecho con la reina, ¿eh? ¡Ah, pillos!... Hubiera dado tanto oro como peso por ver la cara que debe haber puesto en aquel momento la rancia soberana. ¡Ja, ja, ja!

—Callad, por favor—suplicó Alcira—. He ahí un tema que me desagrada.

—Lo comprendo—respondió Carpi—. Perdonadme, señora. ¡Si lo hubiese sospechado, me habría cortado la lengua antes que pronunciar una sola palabra que pudiera molestaros...

—Estáis perdonado, y no toméis a mal mi súplica.

—Todo me encanta en vuestra majestad. ¡Ea, Federico!

Dad un beso a la reina. Quitadle la mala impresión que le han producido mis imprudentes palabras.

—Pero, ¿no os he dicho que os he perdonado?—protestó Alcira riendo, al ver que el conde Federico, excitado por las frecuentes libaciones, se inclinaba hacia ella para besarla.

—Es igual. Me gusta ver a mi amigo, que tanto os ama, besándoos.

—Para no ser menos—dijo Novelli, que se divertía con aquellas escenas—, besad ahora vos a la marquesa.

—Y vos, barón—dijo Alcira—, ¿a quién besaréis?

—Señora, por esta noche, me conformo con el Borgoña. ¡Brindo por vuestros amores!






## CAPITULO XVII

### El muerto vuelve

TODOS manifestaron esta vez, incluso la marquesa de Rivieri, su conformidad con el brindis del barón, chocando con fuerza sus copas con la de éste.

Pero antes que tuvieran tiempo de llevárselas a los labios, la puerta que daba al corredor se abrió con violencia y en el umbral apareció la temblorosa figura de un hombre de aspecto espectral.

Dejando caer sus copas al suelo, Alcira y Clara lanzaron un espantoso grito de terror, mientras los tres hombres retrocedían un paso, dejando las suyas en la mesa.

Y después del grito de las mujeres, por espacio de varios segundos un silencio de muerte se abrió entre el miserable individuo y aquellas cinco personas, en las cuales tenía clavados sus hundidos y afiebrados ojos.

—¡El rey!—exclamó Alcira con voz ahogada, dejándose caer en un sillón—. ¡El rey!

Y como un eco de su voz, Rodolfo Carpi y Clara repitieron horrorizados:

—¡El rey, el rey!...

—¡Cielos!—masculló Novelli pasándose una mano por la frente como para disipar los vapores de su borrachera—. ¿Es que vuelven los muertos?

El hombre o el espectro que estaba en el umbral—no podían en aquel momento los canallas establecer qué era—avanzó un paso.

—Sí, los muertos vuelven—dijo con una voz siniestra, una voz que tenía lúgubres resonancias del huracán cuando sopla a través de una garganta de roca—. Las víctimas se levantan del abismo donde las ha sepultado la traición, para hacerse justicia.

Sus palabras rodaron en un silencio trágico, sin despertar un solo eco. Un miedo insuperable tenía inmovilizados a los cinco farsantes.

—Hombre o fantasma—siguió Oscar Luis—, la venganza y el odio me arrastran hasta vosotros. Vengo a pediros cuentas de vuestros actos, a pediros cuenta del mal que me habéis hecho, del lodo con que habéis deshonrado el trono de mis gloriosos antepasados. ¡Soy el Castigo inflamado por la cólera divina! ¡Temblad, malditos!

Y la figura espectral cerró sus puños.

Carpi y el barón retrocedieron algunos pasos. Alcira exhaló un gemido y Clara quiso levantarse para ponerse al lado de su amante, pero las fuerzas se negaron a obedecerla. Lisandri, en una actitud rígida, era el único que no se había movido del lugar en que le había sorprendido la aparición de su víctima.

En él se detuvo la mirada fosforescente de Oscar Luis, mirada que parecía venir desde el más allá.

—Conde Federico, traidor, asesino, vil entre los viles... Vengo de las sombrías regiones del suplicio, cargado el corazón de odio y bulléndome en las venas deseos de matar.

Tú víctima va a trocarse en tu verdugo. ¿Previste esto cuando me arrojaste en el fondo del mar al amparo de las tinieblas?

Lisandri, mientras Oscar Luis le dirigía estas palabras, llevóse las manos al cinto en busca de su espada. Un estremecimiento de rabia crispó sus manos: no la tenía. Antes de entrar en el comedor se había desembarazado de ella.

Cruzándose de brazos, animado su lívido rostro por una alegría feroz, agregó el rey de Istralia:

—¡Ah!... ¿Callas, perro?... ¿Calláis todos?... Comprendo que estabais lejos de esperar este momento; pero vuestros crímenes, por lo que tienen de espantosos, no podían quedar sin castigo. ¿Qué pensáis de todo esto, Alcira de Serajev? ¿Qué pensáis, barón Novelli?

Entonces el conde Federico respondió por todos:

—No hay nada que decir, sire: hemos perdido la partida y estamos dispuestos a pagar.

—¿A pagar? Así hablan los valientes, Lisandri. Luego esas palabras no son tuyas, no pueden ser tuyas.

—Sire: llamad a la guardia.

—¿Tanta prisa tienes, maldito? Calma, calma. Mi venganza no comenzará hasta que haya reunido en el lugar de vuestro suplicio a todas vuestras víctimas. ¿Dónde está mi madre? ¿Qué habéis hecho de mis fieles amigos?

No respondieron. En vano la mirada relampagueante de Oscar Luis interrogaba los semblantes de aquellos cinco malvados; las facciones del de Lisandri permanecían inalterables; los demás expresaban un terror rayano en locura.

—¡Hablad! ¡Hablad!—exigió el monarca con una ansiedad que esfumaba su risa—. ¿Dónde está mi madre? ¿Qué ha sido de Canevari y de Eduardo Montespín?

El conde Federico levantó su brazo derecho para señalar la puerta.

—Miradlos allí, sire.

Volvióse Oscar Luis con presteza hacia el sitio que Lisan-

dri señalaba, y éste, resuelto a sacar partido de su treta, empuñó rápidamente una botella por el cuello, descargando con ella un golpe tremendo en la cabeza del desgraciado soberano de Istralia, que, doblando las rodillas, se desplomó hacia atrás bañado en sangre, mientras Alcira y Clara se ponían de pie exhalando otro grito de horror.

Novelli y Rodolfo Carpi, mudos de estupor, se acercaron al infernal conde, que acababa de dejar caer el cuello de la botella que le había quedado en la mano después de hacer añicos el resto de la misma contra el cráneo de Oscar Luis.

—No vale que los muertos vuelvan a la tierra para atemorizarme—gruñó esbozando una cínica sonrisa.

Y advirtiendo la expresión con que le miraban sus amigos, agregó con el mismo cinismo:

—No basta matar al enemigo, señores: es preciso destruir también su espectro.

Entonces Novelli, pasándose una mano por la frente, habló con voz ronca:

—Pero, ¿es realmente el rey este desdichado?

Federico se inclinó sobre el caído, limpió con una servilleta su rostro, cubierto de sangre, y contestó, después de examinarlo un instante con su inquisidora mirada.

—No tengáis la menor duda: él es.

—No comprendo...—balbuceó Carpi—, no comprendo cómo has podido asegurarnos que le habías hecho desaparecer.

—Lo hice arrojar privado de conocimiento en las profundidades del mar, con una bala de cañón sujeta a una pierna para que no pudiese evadirse del abismo—explicó sombríamente Lisandri—. Podéis creerme que no comprendo cómo ha podido presentársenos aquí.

—Yo no creo que los muertos puedan volver entre los vivos—dijo el barón.

—Ni yo—añadió Carpi con voz trémula, mientras la marquesa de Rivieri le estrechaba furtivamente una mano.

—Los hombres a quienes encomendé la misión de hacer-

le desaparecer me han engañado—contestó Lisandri—. No cabe pensar otra cosa.

Se oyó la voz de Alcira, débil, gemebunda:

—¿Y ahora, Federico?... ¿Y ahora?...

Con otras palabras, Novelli formuló la misma pregunta:

—¿Qué hacemos, conde? Es preciso no dormirnos.

Lisandri, que seguía arrodillado junto al cuerpo inmóvil, ensangrentado, de Oscar Luis, le puso una mano en el corazón.

—¿Vive?—inquirió Carpi.

—Sí. Este canalla tiene siete vidas, como los gatos.

—Acabad con las que le queden, conde, vos que tenéis el pulso firme—dijo el barón.

Pero Federico se levantó de junto al cuerpo del rey, contestando:

—¡De ninguna manera! Necesitamos curarle.

—¡Curarle!—exclamó Alcira—. ¿Estás loco?

—A la verdad que yo tampoco comprendo tu intención—añadió Rodolfo Carpi.

—¿Y si el rey no estuviese tan solo como creemos? ¿Y si tuviese cómplices o personas enteradas de sus proyectos?... Necesitamos hacerle recobrar el conocimiento y obligarle a hablar.

—No dirá una palabra—contestó el barón—. Estoy seguro de ello.

—No os precipitéis—dijo Lisandri volviendo a sonreír—. Conozco muchos procedimientos para desatar la lengua a los tercos, y respondo del resultado.

—Tengo miedo—murmuró Alcira—. Con lo que acaba de suceder, ya no podré vivir tranquila.

—Ni yo—agregó la marquesa de Rivieri; pero en voz tan baja, que ni su amante, que estaba a su lado, pudo oírla.

—¿Dónde llevar al monarca? — preguntó Novelli—. Supongo, conde, que no tendréis el propósito de dejarle en Palacio.

—Nada de eso, barón. Y a propósito: mientras yo reflexiono, ¿por qué no os dais una vuelta por el interior de Palacio? Nos conviene cerciorarnos de si la presencia de este desgraciado ha removido el ambiente en contra nuestra.

Novelli pareció titubear.

—¿Qué esperáis a salir?—le preguntó Lisandri clavando en él una mirada terrible—. ¿Es que tenéis miedo?

—¿Miedo yo?... Algo que se le parecía he sentido al ver al rey aparecer ante nosotros; pero de ahora en adelante, todos los fantasmas juntos de los reyes que han gobernado a Istralia no serían capaces de infundirme el más pequeño temor. Soy de mármol, conde.

—Y yo soy de acero. Pero, ¿salís o no?

—Allá voy. No os impacientéis, voto a tal.

Salió Cosme Novelli con decidido paso, y el conde Federico, sin preocuparse de Carpi, de Alcira ni de Clara, empezó a pasearse en torno a la mesa, sumido, al parecer, en hondas cavilaciones.

Pasados dos largos minutos, murmuró el falso rey:

—Me parece, Federico, que las cosas no se hacen con la rapidez que debieran.

El conde se detuvo y clavó su penetrante mirada en su cómplice.

—¿Qué quieres decir?—inquirió con voz sorda.

—Que es un peligro para todos permanecer aquí en compañía del soberano herido.

—Lo sé; mas nada puedo decidir hasta tanto no regrese el barón.

—¿Piensas llevar al rey a tu castillo?

—Desconfío de ese lugar—gruñó Lisandri.

—¡Diablo!—exclamó Carpi—. ¿De tu propia casa?

—¿Cómo no desconfiar si de allí salieron los hombres a quienes encomendé la misión de hacer desaparecer al monarca en el abismo del mar, y ya ves cómo la han cumplido?

—¿Luego sospechas que tus hombres te han traicionado?

—No se puede pensar otra cosa.

—Es raro. De ser así, el rey no hubiera tardado tanto tiempo en regresar a Palacio.

—Parece que viene de lejos—observó Alcira—. Fijaos en sus botas y en sus pantalones, llenos de barro.

Hubo un corto silencio, durante el cual aquellos cuatro pares de ojos permanecieron fijos en el infeliz monarca tendido a dos pasos de la puerta y bañado en sangre, y por fin murmuró Rodolfo Carpi:

—El caso es que el regreso de Oscar Luis parece cosa de brujas. ¿No habrá intervenido en ello algún poder sobrenatural?

—Me río de esas cosas—contestó el conde—. Todo el misterio que rodea su aparición quedará aclarado tan pronto regrese Cosme Novelli y determinemos el sitio donde hemos de conducirle para hacerle hablar.

—¿Y no lo has determinado aún?

—Calma, calma; esperemos al barón.

* * *

Pero Novelli tardaba, y esa demora hizo que el terror cundiera de nuevo en el espíritu de Carpi y de las dos mujeres, al mismo tiempo que Lisandri comenzaba a recelar.

Si Oscar Luis, antes de comparecer ante ellos, se había presentado a los oficiales de la guardia o a ciertos personajes de la corte que el conde Federico, con artimañas diabólicas, había ya casi desterrado de Palacio, ¡estaban perdidos!

¡Cara iba a costarles entonces su obra!

¡Y con qué ansiedad el miserable prestaba atención, aplicando el oído a la puerta que daba al corredor!

Todo era silencio en aquel lugar.

Y Lisandri no sabía si tranquilizarse o seguir recelando de esa quietud absoluta.

Desconfiaba.

Pero de pronto percibió un ruido de pasos que se acercaban. Entreabrió la puerta para cerciorarse de quién era, y una exclamación de alivio escapó de su pecho:

—¡Novelli!

En efecto: segundos después, Novelli entraba en el comedor privado del rey de Istralia.

—¿Qué noticias traéis?—le preguntó Lisandri.

—He recorrido todo Palacio, y hasta he conversado en la sala de guardia con algunos oficiales, y no creo que debamos abrigar temor alguno.

—¿Nada os ha sugerido sospechas?

—Nada. Juraría que nadie ha visto al rey.

—¿Hay gente en el corredor?

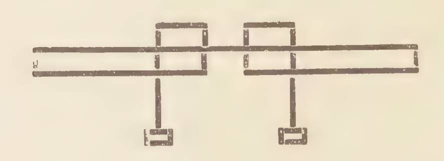
—Ni un alma.

—Rodolfo, ayuda al señor barón a levantar del suelo a este estúpido mozalbete que pretendió turbar la tranquilidad de tu reinado, y seguidme con él.

—¿Dónde piensas conducirle?—preguntó Alcira.

—En ningún sitio estará mejor que aquí, en Palacio, donde podremos vigilarle constantemente. Vamos, Rodolfo, ¿qué esperas? Diríase que tienes miedo de ese desgraciado que es casi un cadáver.

Y Lisandri, en vez de dirigirse, como todos esperaban, hacia la puerta que daba al corredor, se encaminó hacia un cortinaje que guarnecía la que daba paso a los demás aposentos particulares del soberano.






## CAPITULO XVIII

### Libertado



SCAR Luis, al abrir los ojos, no vió más que tinieblas en torno suyo.

Experimentaba en su cráneo agudos dolores, y de cuando en cuando sentía correr por sus mejillas unas gotitas tibias que le empapaban el pañuelo que llevaba anudado al cuello,

Intentó llevarse una mano a la cara para enjugarse aquel líquido que parecía fluir de su cabeza, pero no pudo moverla. Entonces se dió cuenta que estaba preso entre sólidas ligaduras.

Sacudiéndose rabiosamente intentó ponerse de pie, pero las cuerdas arrolladas en torno a su cuerpo, y que le amarraban a aquel sillón de tosca madera, penetraron en sus carnes, arrancándole un gemido.

Pronto tuvo el desgraciado noción de su impotencia; pronto comprendió que era una presa indefensa de sus aborrecibles enemigos.

Lisandri, atacándole traidoramente, le había vencido por segunda vez. La primera, un milagro dispuso su salvación; pero ahora, ¿qué podía esperar más que la muerte?

Lo extraño era que no le hubiesen rematado ya.

¿Qué siniestros propósitos abrigaban los usurpadores de su trono? ¿Por qué le dejaban vivir cuando les hubiera sido tan fácil acabar con el miserable resto de vida que le quedaba, allá, en el comedor privado de los aposentos del rey, donde celebraban su báquico festín?

—¡Maldición!—profirió Oscar Luis sacudiéndose de nuevo entre sus ligaduras—. ¡Maldición! ¿Y tendré que morir sin haberme vengado, sin volver a ver a María Teresa..., sin saber qué ha sido de mi madre y de mis fieles amigos? ¡Es espantosa mi suerte! ¡Espantosa!...

Rechinaron sus dientes de ira.

¡Qué torpemente se había conducido! A nadie de Palacio había dicho una palabra de su regreso; se había ocultado de todos sus cortesanos, y el crimen de sus enemigos volvería por ello a quedar en la impunidad.

¡Ah! ¿Y dónde estaba? ¿En qué lugar siniestro le habían sepultado los canallas? Nada podía ver en medio de la obscuridad absoluta que le rodeaba.

Y el silencio era aún más profundo que aquellas sombras impenetrables.

—María Teresa; madre mía...; y también vosotros, mis fieles amigos Canevari y Montespin, ¿dónde estáis? ¿Dónde os ha arrojado este huracán de crímenes que sopla sobre el trono de Istralia? ¿En qué sitios de perdición o de muerte habréis ido a parar? ¡Ah! ¡Si yo pudiera romper estas cuerdas que me condenan a la impotencia y también a una suerte más horrorosa que la vuestra, qué pronto haría resplandecer la justicia en el palacio de mis antepasados, ocupado por asesinos y mujeres perversas!... Lisandri, maldito, ¡con qué alegría te arrancaría el corazón si pudiese librarme de tus garras por cinco minutos solamente!

Se interrumpió, e irguiendo la cabeza pareció prestar atención.

—Oigo pasos—murmuró—. ¿Quién andará por allí arriba?

De pronto oyó encima de su cabeza un ruido como de una puerta que se abría y un rayo de luz traspasó las tinieblas de aquel lugar; pero antes que el desventurado tuviese tiempo de levantar la vista, aquel rayo de luz se extinguió, quedando de nuevo envuelto en la más densa obscuridad.

Poseído de honda expectación, el prisionero siguió escuchando.

Pero ya ningún rumor turbaba el hondo silencio de tumba que le rodeaba.

—¿Me habré engañado?—se preguntó—. ¿Habré sido víctima de alguna alucinación?

Acentuáronse en aquel momento los dolores que torturaban su cabeza herida por el botellazo brutal de Lisandri, y caían en más abundancia las gotitas tibias que sentía resbalar por sus mejillas. Oscar Luis tuvo que morderse varias veces los labios para contener los gemidos que arrancaba de la garganta aquel sufrimiento atroz.

Pero repentinamente cesaron sus dolores y su corazón precipitó sus latidos.

No, no había sido víctima de ninguna alucinación.

Alguien acababa de entrar en el misterioso lugar donde se encontraba. Alguien descendía hacia él por una escalera que crujía bajo el peso de su cuerpo.

* * *

Un pensamiento lúgubre cruzó entonces por la mente de Oscar Luis: ¡venían a rematarle!

Aquel sér que a él se aproximaba lentamente en medio de las tinieblas no podía ser otro que el verdugo... O tal vez el mismo conde.

De un momento a otro, Oscar Luis sentiría penetrar en sus carnes el puñal del asesino.

¡Oh! ¡Si al menos hubiese podido iluminar por un segundo aquel antro para ver el rostro del criminal y poder maldecirle!

¡Espantosa situación la suya!

¡Instantes de angustia suprema capaces de abatir el ánimo mejor templado!

La escalera ya no crujía bajo el peso del cuerpo del supuesto verdugo, pero Oscar Luis le oía avanzar hacia él en línea recta, con una lentitud desesperante, y con los ojos desmesuradamente abiertos, trataba en vano de distinguirle, de reconocerle a través de las sombras impenetrables.

De pronto, no pudiendo ya dominarse, Oscar Luis preguntó:

—¿Quién está ahí?

No obtuvo respuesta.

El asesino se había detenido.

—¡Responde, canalla!—exclamó el rey—. ¿Quién eres?

El mismo silencio.

—¡Ah! ¿Te niegas a hablar, maldito? ¿Te complaces en torturarme haciendo que la muerte se burle de mí? ¿Crees que ignoro que vienes a rematarme? ¡Acaba de una vez, perro! ¡Sepulta hasta el mango tu puñal en mi corazón! Los Nazari mueren con la sonrisa en los labios.

El intruso volvió a aproximarse al soberano.

—¡Por fin te decides a acabar conmigo!—exclamó éste—. ¡Tanto mejor!... He aquí mi pecho. Hiere sin temblar...

Pero en vez del golpe mortal, como Oscar Luis esperaba, sintió apoyarse suavemente una mano en su brazo y escuchó una débil y dulce voz femenina que le decía:

—No es el deseo de derramar vuestra sangre lo que me trae junto a vos, desdichado. Vengo a devolveros la libertad.

El corazón le dió al infeliz monarca un brinco en el pecho,

y su estupor fué tan grade, que por espacio de un minuto no acertó a pronunciar la menor palabra.

Luego, reponiéndose un poco de su sorpresa y recordando de qué calidad eran sus enemigos, respondió:

—¿A devolverme la libertad habéis dicho? Vamos, señora, ¿me creéis tan tonto para tomar en serio vuestras palabras?

—Podéis creerlas o no—dijo la deliciosa voz femenina—. No por eso dejaré yo de cumplir con lo que me manda mi conciencia.

Oscar Luis tuvo un ligero sobresalto.

—¿Vuestra conciencia? Pero, ¿es que personas que poseen conciencia pueden penetrar en este antro? No vengáis a mofaros de mí, señora, os lo ruego, y si detrás de vos está el asesino que ha de rematarme, decidle que hunda pronto su puñal en mi pecho. Quiero morir, señora. Me han vencido, me han aniquilado, han quebrado mis alas y hecho pedazos mi alma, y la muerte será ahora el supremo bien que puede concederme la Providencia.

—Vivid, desventurado, vivid... Sois joven, y en el corazón de la juventud, las esperanzas no mueren nunca.

—¡Qué bien habláis, señora! ¡Qué admirable actriz haríais! Esperanza, juventud... Nada de eso tengo ya. Soy una sombra, soy un espectro cargado de dolores a quien llama la tumba. Os aseguro que no os conviene que yo viva.

—¡Callad!—replicó la misteriosa mujer—. No levantéis tanto la voz si no queréis perderme...

Y Oscar Luis sintió cómo las manos de la desconocida tacteaban su cuerpo buscando las cuerdas que lo amarraban al pesado sillón, impidiéndole todo movimiento, y cómo, unas tras otras, aquellas cuerdas se aflojaban en torno a su cuerpo, cayendo al suelo cortadas en pedazos.

El estupor volvió a paralizar su lengua.

¡Debía creer en las palabras de aquella mujer! ¡Ah, no le hacía víctima, como él suponía, de una burla sangrienta!

Sacudió Oscar Luis sus miembros doloridos por la opresión de las cuerdas; luego apoyó las manos en los brazos del sillón e intentó ponerse de pie, sin que sus piernas obedecieran a su voluntad.

—Seguidme, si podéis andar.

—Señora...—murmuró Oscar Luis—. Pero, ¿luego es verdad que habéis venido a salvarme?

—Lo intentaré—respondió la dulce voz femenina—. ¡Y ojalá Dios me ayude a lograr mi deseo!

—¡Qué extraño es todo esto!—exclamó el monarca—. ¡Qué extraño!... ¿Y quién sois, señora? ¿Quién sois vos que podéis penetrar en este antro a cortar mis ligaduras y a sembrar esperanzas en mi corazón con vuestras tiernas palabras?

—Una mujer que siente lástima de vuestra espantosa suerte. No preguntéis más.

—¡Ah! ¿Y una mujer capaz de conmoverse ante mis sufrimientos es cómplice de mis enemigos, de los que me han convertido en un espectro espantable con sus torturas?

—Levantaos y seguidme... No son momentos de hablar.

—Esperad, señora; aguardaos un momento si creéis que no os amenaza ningún peligro, y si no, abandonadme, huid... Mis piernas se niegan a sostenerme. Estoy débil. ¡He sufrido tanto en estos últimos tiempos! Soy un guiñapo humano, un miserable guiñapo que no puede inspirar más que lástima...

—Cobrad ánimo, infeliz. Todo consiste en salir de aquí. Una vez arriba os daré a beber un cordial que os devolverá las fuerzas y entonces podréis poneros en salvo.

—Un momento, señora, un instante... Mis fuerzas van renaciendo, pero muy lentamente. ¡Si supieseis lo que sufro! ¡Si supieseis el mal que me han hecho esos canallas que son vuestros amigos!

—No les llaméis "mis amigos", hacedme ese favor...

—¿Es que no lo son acaso? ¿Es que no sois cómplice del conde Lisandri, del barón Novelli y de esa perversa Alcira de Serajev?

—En apariencia; sólo en apariencia, señor.

—¡Oh! Pero, ¿les habéis ayudado a cometer sus delitos?

—He callado; eso es todo.

—Decidme ahora quién sois... No os neguéis a descubrirme vuestro nombre, que separaré de la lista de los que han de perecer en mis manos si consigo escapar con vida de este antro.

—¿Para qué queréis saberlo? ¿Qué puede importaros, después de todo, el nombre de una pobre mujer como yo?

—¡Más de lo que os figuráis! Voy a deberos la vida.

—¡Ojalá sea así!—exclamó con un suspiro la misteriosa criatura.

—Pues hablad.

—No, no...

—Está bien; puesto que me ocultáis vuestro nombre, yo me encargaré de averiguarlo. Y sabré quién sois antes de lo que podéis imaginaros.

La mujer no contestó.

—Pero—siguió Oscar Luis, presa de una enorme excitación—, ¿decidme al menos qué lugar es éste en el que me han recluído mis enemigos?

—Estáis en Palacio.

—¡En Palacio! ¡Gran Dios! ¿Y puede haber en Palacio lugares tan sórdidos como éste?

—Nada tiene de extraño; os han metido en un sótano. No tenéis más que subir una veintena de peldaños y os encontraréis en vuestra biblioteca.

—¡Ah! ¿Y cómo pudísteis llegar hasta aquí? ¿Es que no me vigilan?

—Era yo la encargada de ello.

—¡Vos!

—¿Tanto os asombráis?

—Señora, me dais miedo.

—¿Por qué?

—¿Sabéis lo que puede costaros el traicionar a semejan-

tes monstruos como son los que os han encargado de vigilarme?

—Nada temo.

—¿Habláis así porque estáis segura de no ser inculpada de traición, o porque no teméis a la muerte?

—Por las dos cosas.

—¡Qué mujer extraordinaria!

—¿Podéis andar ya?

—Lo intentaré, señora. Vuestras palabras me han resucitado; fueron un bálsamo maravilloso con el que habéis regado mi alma haciendo florecer en ella mis anhelos, mis esperanzas todas.

—Apoyaos en mi brazo, señor; andaréis así con más comodidad.

—Gracias. ¿Hacia dónde vamos ahora?

—Hacia la escalera.

—Si pudierais encender una luz...

—Podría delatarnos. ¿Vais bien así?

—Admirablemente.

Apoyado en el brazo de aquella mujer, brazo velado apenas por una tela sutil a través de la cual pasaba fácilmente el calor de su fina epidermis, Oscar Luis anduvo unos diez o doce pasos sobre sus piernas tambaleantes.

—Atención—dijo ella deteniéndose—. Aquí comienza la escalera. Dadme ahora la mano y subid detrás de mí.

La ascensión fué lenta; la vieja escalera crujía bajo el peso de sus cuerpos, y a cada instante Oscar Luis se detenía acometido por unos vahídos que lo hubiesen hecho rodar hasta el suelo si aquella mano delicada de la misteriosa mujer no lo hubiese sostenido con firmeza.

—Soltadme por un momento y cogeos al pasamanos. Voy a levantar la trampa para salir a la biblioteca.

Esperaba el monarca que, al levantar ella la trampa, la luz que debía haber en la biblioteca iluminase el sótano; pero

sólo tinieblas se filtraron por aquel boquete al quedar éste al descubierto. La biblioteca estaba sumida en la obscuridad.

—Dadme ahora de nuevo vuestra mano.

Al inclinarse ella para cogérsela, sus felinos cabellos rozaron el rostro de Oscar Luis, y una ráfaga de delicado perfume le llegó hasta el alma, conmoviéndole profundamente.

El desgraciado rey no debía olvidar nunca el perfume de aquella criatura a quien iba a deber la vida.

* * *

Instantes después, ambos se encontraban fuera del sótano, en medio de la biblioteca del soberano, sumida, como hemos dicho, en la obscuridad.

—¿No cerráis la trampa?—preguntó Oscar Luis a su libertadora.

—No, no me conviene—respondió ésta.

Y sin soltarle de la mano le condujo hasta cerca de una amplia ventana que se abría sobre el jardín.

—Esperadme aquí; tardaré pocos segundos en volver—le dijo separándose de él.

A la leve claridad sideral que pasaba a través de los cristales de la ventana, Oscar Luis la vió alejarse ligera y silenciosa como una sombra.

—Es un ángel—pensó—. Un ángel que Dios ha enviado en mi ayuda.

Breve fué su ausencia, en efecto. Al encontrarse de nuevo cerca del rey, la mujer le presentó una copa.

—Tomad—le dijo—. Esto os devolverá las fuerzas.

Aceptó Oscar Luis el cordial que le ofrecía y vació de un trago el contenido de la copa.

—Gracias—murmuró devolviéndosela.

—¿Cómo os sentís ahora?—inquirió ella con voz extremadamente baja.

—Bien; mejor que nunca.

—Entonces voy a abrir la ventana para que huyáis...

Su majestad se quedó un poco suspenso. ¿Qué proposición le hacía aquella mujer? ¿Huir, huir de su palacio? ¿Huir del lugar donde estaban los canallas que habían usurpado su nombre y su trono, y que por dos veces habían atentado contra su vida? ¡Ah! ¡Eso era propio de cobardes!

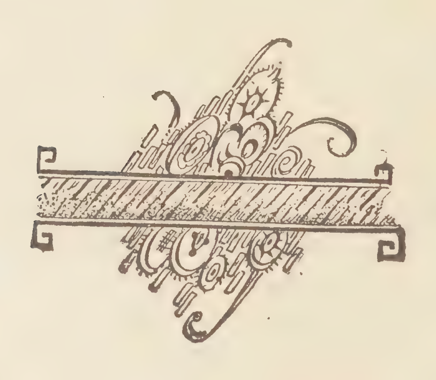
—Señora—dijo—, es ridículo lo que pretendéis. Si soy el rey, ¿por qué he de abandonar mis dominios?

—¿Por qué? ¿No lo habéis comprendido aún, desventurado? Necesitáis reconquistar vuestro trono que os han usurpado, castigar a los canallas que os han hecho tanto daño... Por eso conviene que huyáis.

—¡No! ¡Por eso, porque quiero vengarme, porque quiero arrancar la máscara a esos malvados, es por lo que debo quedarme en mi Palacio como rey, señora!

Ella hizo un gesto de desesperación, que Oscar Luis pudo distinguir gracias a la débil claridad que bajaba de los astros.

—¡Insensato!—exclamó—. La muerte ronda aquí en torno vuestro, os acecha a cada paso... ¡Huid, huid, si no queréis que perezcan mis esperanzas o que sea vano mi sacrificio!






## CAPITULO XIX

### En casa de la viuda

A estas palabras de la misteriosa criatura siguió un breve, un impresionante silencio, durante el cual Oscar Luis pareció reflexionar con los ojos fijos en el parque real, que se dominaba muy bien desde la ventana de la biblioteca.

—Señora—dijo por fin—, ¿queréis decir que debo renunciar a toda lucha contra los impostores?

—¡Dios me libre de aconsejaros semejante cosa!... Simplemente quiero convenceros de que esta no es la oportunidad de entablar la batalla. No estáis preparado para ello.

—¿A quién, sino a mí, obedecerá mi guardia? ¿A quién, sino a su verdadero rey, obedecerán los cortesanos, los palaciegos, los gentileshombrec?

—¡Ay! ¡Qué mal conocéis la situación, señor! Vuestra guardia no os obedecerá; los cortesanos, los gentileshombres, tampoco.

—¿Por qué? ¿Por qué han de negarse a acatar las órdenes de su rey?

—Porque no os creerán.

—¡Gran Dios! ¿No tienen ojos para reconocerme?

—¡Oh, señor! ¡Habéis cambiado tanto desde que fuisteis arrojado de vuestro trono por el conde Lisandri! ¡Sois tan distinto de lo que erais veinte días atrás! Y, por otra parte, ¡son tan pocas las personas que quedan en Palacio que no sean fieles al conde Federico! Ya no tenéis amigos en vuestra morada. Palacio volverá a ser vuestro sólo cuando os presentéis en él acompañado de todos vuestros amigos, dispuestos a defenderos y a dar fe de vuestra personalidad. Buscadlos, reunidlos en torno vuestro y entonces comenzad la lucha.

Oscar Luis se pasó una mano por la frente, cubierta por una venda, y después de retirarla empapada por aquel líquido tibio que de cuando en cuando sentía resbalar por sus mejillas, murmuró:

—Ahora comprendo que me aconsejáis bien, señora. Pero, ¿dónde están mis amigos? ¿Dónde está mi madre? Contestad.

—En cualquier parte menos aquí, os lo aseguro.

—¿Los han alejado esos malditos impostores?

—Sí; poco a poco han ido limpiando Palacio de las personas que podían estorbarles. Ya no quedan aquí más que seres inofensivos y bandidos.

—¡Maldición!—barbotó el monarca apretando los puños—. ¡Y que yo, el rey, el amo de todo esto, no pueda poner remedio inmediatamente a este tremendo estado de cosas!

—¡Huid!—rcomendó la misteriosa mujer por tercera o cuarta vez—. Pensad en lo preciosos que son para vos estos momentos.

Hizo ademán de abrir la ventana, pero Oscar Luis la detuvo, diciéndole:

—Unas palabras todavía, señora; unas palabras.

—Hablad.

—¿Sabéis algo en concreto de mi madre? Su testimonio

me es preciso para convencer a los nobles del reino de la comedia inaudita que se está representando en el trono de Istralia.

—Sólo puedo deciros que en la madrugada de ayer fué sacada de Palacio hallándose su majestad privada de conocimiento.

Algo como un gemido se escapó del pecho de Oscar Luis.

—¡Canallas! ¿Habrán hecho con mi madre lo que pretendieron hacer conmigo, arrojando su cuerpo al fondo del mar? ¡Madre, madre mía! Sólo la noticia de tu trágica suerte me faltaba para acabar de hacer pedazos mi corazón.

—Tened valor, serenaos, señor, y, sobre todo, no elevéis la voz. Creo que vuestra madre vive todavía.

—¿Qué os hace creer semejante cosa?

—Ciertas palabras que he oído pronunciar a vuestros enemigos. Cuanto antes os lancéis en su busca, mejor será.

—¡Si supiera dónde ha sido conducida!

—El conde Federico guarda el mayor secreto sobre el paradero de vuestra madre. Pero, ¿qué esperáis a marcharos?

—Tenéis razón, señora; debo aprovechar cuanto antes la libertad que generosamente me ofrecéis. ¡Necesito de esa libertad para buscar a los desaparecidos, a los proscritos, y preparar la reconquista de mi trono! Pero antes, y ya que os habéis negado a decirme vuestro nombre, dejadme ver vuestro rostro, señora; dejad que pueda llevar impresas vuestras facciones en mi memoria.

—¡Imposible! La obscuridad me lo oculta, y hace bien.

—¿Por qué? ¿No comprendéis que os convendrá que yo os distinga de entre todos mis enemigos?

—Al contrario, señor; eso no me conviene.

—¿Qué interés tenéis en confundiros con ellos?

—No me preguntéis más, sire, y alejaos; os lo ruego.

—¡Qué mujer más extraña! ¿No comprendéis que vuestra obstinación en ocultar vuestro nombre y vuestro rostro, me condena a la más terrible de las dudas?

—Hacéis mal, señor, en preocuparos tanto por mí... ¡Valgo tan poco!

Quiso insistir aún Oscar Luis, pero su enigmática salvadora abrió la ventana sin darle tiempo para ello.

—Marchaos—dijo—. Marchaos antes que sea demasiado tarde.

El monarca dirigió una mirada al parque que se extendía ante él bajo la yerta claridad sideral. De un salto llegaría a él, y deslizándose entre los árboles le sería fácil llegar a la verja; pero irse, separarse de aquella mujer a quien debía la vida sin llevar de ella otro recuerdo que el de su perfume y el de su dulce voz, constituía para él un verdadero tormento.

—Señora—musitó—: en la hora de la venganza, el miedo de heriros debilitará mi mano.

—Desechad ese temor, sire, y cuando sea la hora, herid sin piedad... ¿Creéis que yo no os he hecho también mucho daño?

—¡Bendita seáis!—exclamó el rey.

Y saltó al parque.

Ella se inclinó para verle.

Al enderezarse, Oscar Luis se volvió hacia la mujer y le dirigió un saludo con la mano.

—Adiós...—murmuró la misteriosa criatura—. Adiós...

Y vió cómo Oscar Luis se perdía en la sombra de unos árboles próximos. Entonces se apartó de la ventana sin cerrarla, atravesó la biblioteca, y, abriendo una puerta, penetró en una lujosa salita débilmente iluminada por la luz de una lámpara de pantalla de seda roja.

Una vez allí, dirigió una rápida mirada en torno suyo, y encaminándose hacia un diván adosado a la pared, se tendió tranquilamente sobre él y entornó los ojos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pasada una media hora, aquella mujer, como si fuera presa de un ataque de demencia, se puso de pie, hizo caer algunos cojines, lanzó un grito estridente, hundió desesperadamente

sus blancas manos en su rubia melena y corrió por la habitación, gimiendo como si la persiguiese un invisible demonio.

A los pocos instantes, un hombre envuelto en una amplia bata de dormir y empuñando un revólver en la diestra, apareció por otra puerta situada cerca del diván en el que se había detenido la mujer, y ésta, al verle, corrió hacia él y se colgó de su cuello, diciendo entre gemidos:

—¡Se ha escapado, Rodolfo!... ¡Se ha escapado!... ¡Qué miedo tan terrible!... ¡Parecía un fantasma!

Estremecióse el recién llegado y trató de apartar de sí a la mujer, mientras la miraba lleno de estupor.

—¿Escapado?—inquirió—. Tú estás loca, Clara. ¿Cómo podía escapar ese hombre en la situación en que lo hemos dejado en el sótano?

—¡Ay, Rodolfo, Rodolfo!... ¡Te digo que se ha escapado! Haz que le persigan, que le detengan... ¡Si supieras! ¡Quiso agredirme, pero cuando me oyó gritar, huyó!

—¡Imposible!—exclamó Rodolfo Carpi—. Tú sueñas; el rey no puede haber huído, a menos que disponga de un poder sobrenatural...

—Te digo que sí, que ha huído. Acércate a la biblioteca, mira y te convencerás.

El falso monarca, a pesar de no ser el valor su principal característica, no se hizo repetir aquellas palabras, y oprimiendo nerviosamente el revólver en su diestra, se dirigió hacia la biblioteca.

Apenas hubo abierto la puerta de comunicación, retrocedió, cerrándola con fuerza, pálido de terror. ¡Había visto que la ventana que daba al jardín estaba abierta de par en par, y que la tapa del sótano se encontraba levantada , proclamando la fuga del rey prisionero!

—¡Que venga Lisandri!—balbuceó—. ¡Que venga sin pérdida de tiempo!

Una leve sonrisa apareció en los bellos labios de Clara,

mientras seguía haciendo demostraciones de desesperación y de miedo ante su amante.

* * *

A pesar de la debilidad, de su cansancio y del dolor de su cabeza sangrante, Oscar Luis traspuso fácilmente la verja del parque real, y ya en la calle, oyó sonar en el silencio de la noche la campana de una iglesia próxima que daba la hora.

Eran las cuatro de la madrugada.

Se alejó unos pasos más, e indeciso se detuvo.

¿Dónde ir a aquella hora?

¿A quién presentarse en demanda de ayuda?

Pensó en sus dos fieles amigos Canevari y Eduardo Montespín. ¡Ah! Si no habían corrido una suerte parecida a la de la reina madre, debían encontrarse lejos de San Francisco.

Era inútil confiar en ellos por ahora. Entonces, ¿a quién dirigirse? ¿A quién?, seguía preguntándose el monarca angustiosamente, el monarca que no tenía en la capital de su reino ni una choza donde ampararse, ni una mano amiga que restañara la sangre de sus heridas.

¿Y si se encaminase a la mansión de alguno de los grandes políticos que conocía? ¿Y si llamase a la puerta de alguno de los nobles que tanto le habían adulado cuando él era príncipe? ¡Ah! ¡No era posible que todos se hubiesen vendido a los usurpadores!

Un temor asaltó su mente. Los criados, al ver el destrozado estado de su persona, no creerían en sus palabras, le tomarían por un farsante o por un loco, y le expulsarían sin dar cuenta de ello siquiera a sus señores. No, no; en aquel estado no podía presentarse a ninguna persona influyente. Necesitaba antes curar sus heridas, quitarse la barba que sombreaba su rostro, despojarse de aquellas miserables ropas, y entonces, sólo entonces, lograría parecerse algo al príncipe heredero que todos habían conocido y dar valor a sus palabras.

Y Oscar Luis, sintiéndose cada vez más débil, cada vez más dolorido, siguió andando a la ventura por las calles desiertas y silenciosas de San Francisco a aquella hora de la madrugada.

Temía caer de nuevo en las garras de sus enemigos si no encontraba pronto un lugar donde ocultarse.

¡Pobre rey! ¡Pobre monarca, cien veces más desdichado que el último de los mendigos de su reino; sin madre, sin esposa, sin amigos, sin el consuelo de la mujer amada; vagando herido por las calles de su capital, sin hallar una puerta que se abriese a su paso para ofrecerle la misericordia de un refugio!

¿Le tocaría morir como un perro, tirado en medio del arroyo, en la inclemencia de la cruda noche otoñal?

Y a medida que su decaimiento físico aumentaba, Oscar Luis se entregaba sin resistencia a la fatalidad, que parecía regir su vida desde que había ceñido en sus sienes la corona de Istralia. Todo parecía conspirar contra él desde entonces; todo parecía condenarle a la muerte.

Y oía levantarse en su interior una voz lúgubre que le aconsejaba: "Renuncia a la lucha, desventurado; el enemigo es fuerte y te aplastará apenas intentes arremeter contra él. Desaparece de Istralia, abandónalo todo o entrégate en los brazos de la muerte. Esa será la única manera de que tengas paz."

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pero, de pronto, un recuerdo ilumina la sombría y desordenada mente del monarca mártir: la humilde y alegre casita de la señora Genoveva. ¿Por qué no presentarse allí? Tal vez la viuda pueda darle noticias de María Teresa, su inolvidable amada, la linda criatura por la cual Oscar Luis no titubearía en sacrificar las coronas de cien tronos.

El rey no puede dudar del exquisito corazón de la señora Genoveva. En su hogar encontrará, si no la felicidad, el reposo que necesita, la mano amiga que cure sus heridas, el alma generosa que le consuele y aliente.

Y ya no titubea. Con paso vacilante, Oscar Luis se dirige al barrio de San Germán.

Pero, ¿qué decir a la viuda? ¿Le descubrirá la terrible verdad de su vida? ¿Seguirá haciéndole creer que es el pobre estudiante que no tenía más patrimonio que sus ilusiones y su juventud, y más esperanza que el amor de María Teresa? Pero, ¿y si su amada, después de salir de la torre de la vieja fortaleza, hubiese ido a refugiarse en la casita de la señora Genoveva y hubiese referido a ésta quién era en realidad el estudiante que había cautivado su corazón cantando bajo su ventana, al son de la guitarra, en las noches de luna de la primavera florida? ¡Ah! Entonces la dueña de la casita lo acogería con un respeto, una emoción y un asombro que no podía ser del agrado de Oscar Luis.

—Según la impresión que experimente al verme—se dijo, —deduciré cuál ha de ser mi manera de obrar.

* * *

Antes de lo que pensaba, Oscar Luis se encontró en la puerta de la casita de la señora Genoveva, y llamó tímidamente.

Era aún noche cerrada, pero la gran ciudad comenzaba a animarse con algunos ruidos. Chirriaban sobre las piedras del pavimento las ruedas de los carros cargados de hortalizas que se dirigían al mercado; abrían los taberneros las puertas de sus tabernas para servir su copa de aguardiente a los obreros madrugadores, y a lo lejos se oía el rumor sordo de los primeros tranvías que se ponían en movimiento.

Como tardaran en abrirle y no viera encender ninguna luz dentro de la casa, Oscar Luis tuvo que volver a llamar.

Y pasó otro largo rato sin que la persona o personas que habitaban aquella casa diesen señales de vida.

Y cuando el monarca perdía ya las esperanzas de encontrar allí el refugio misericordioso que necesitaba, vió brillar una luz en la ventana de la habitación de la viuda, con lo cual el corazón se le dilató de alegría, y unos minutos después abríase aquella ventana y asomaba por ella una cabeza de mujer.

La reconoció al instante: ¡era la señora Genoveva!

—¿Quién llama?—preguntó la viuda, tratando de penetrar con sus ojos en la obscuridad de la calle.

Oscar Luis se aproximó a la ventana.

—Soy yo, señora Genoveva. ¿No recordáis ya de mí?

Se oyó una exclamación.

—¡Vos! Pero, ¡a estas horas!... ¿Y María Teresa? ¡Hablad! ¿Viene con vos María Teresa?

—¡Ah!—pensó con amargura el rey—. La señora Genoveva no ha vuelto a ver a mi amada desde que tuvo la desgracia de caer en manos de mi madre.

Y contestó a la viuda:

—Desgraciadamente, María Teresa no viene conmigo.

—¿Qué ha sido de ella? ¡Hablad, hablad, Oscar Luis! Me dais miedo.

—Recibidme antes en vuestra casa, señora Genoveva, os lo ruego. No puedo ya tenerme de pie.

—¿Qué os sucede, por Dios?

—Estoy herido.

—¡Herido! ¿Y quién os ha herido?

—Abrid, abrid...

—¡Voy volando!... ¡Que la Madre de Dios nos ampare!

Un minuto después, la viuda, con un candil en la mano, abría la puerta de la calle para recibir a Oscar Luis. Pero al verle con la cabeza vendada, ensangrentado y con las ropas rotas, arrugadas y manchadas de barro, dió dos pasos atrás, exhalando un grito de horror.

—No os asustéis, señora Genoveva, y dispensadme vuestra protección si no queréis que muera en el arroyo, abandonado como un can.

—¡Desgraciado!—exclamó la viuda—. ¿Cómo volvéis en este estado? ¿De dónde venís?

—Del martirio, señora Genoveva.

Y al decir esto, el monarca se tambaleó.

—Venid, venid conmigo—dijo la viuda cerrando la puerta

y cogiéndole por una mano—. No podéis imaginaros la dolorosa sorpresa que acabáis de hacerme sufrir.

Y le condujo al comedorcito, donde le hizo sentar en un viejo canapé, después de lo cual dejó la lámpara sobre la mesa, y agregó, yendo de un lado a otro de la habitación sin saber qué hacer.

—¡Dios mío!... ¿Y qué puedo yo hacer por vos?... Hablad, pedidme lo que necesitéis...

Oscar Luis, que reclinado en el canapé parecía a punto de perder el conocimiento, murmuró:

—Curadme las heridas de la cabeza y no os asustéis... No creo que sean graves, a pesar de todo lo que sangran...

—¡Oh! Lo mejor será que salga en busca de un médico; tened un poco de paciencia, Oscar Luis. Yo no me atrevo a tocaros esa cabeza.

—Por favor—suplicó el rey con desfallecida voz—, no deis cuenta a nadie de que estoy aquí... Un médico me haría preguntas que no me conviene contestar; os aseguro que sanaré sólo con vuestros cuidados.

—¡Dios lo haga! Pero decidme de una vez quién os ha herido.

—Un canalla que me atacó a traición.

—¿Tiene algo que ver en todo esto María Teresa?

—Nada, nada; os lo aseguro.

—¿Dónde la habéis dejado?

—¿Yo?—inquirió Oscar Luis lleno de confusión.

—Sí, vos. ¿Pretenderéis hacerme creer que no sabéis nada de ella?

—No lo pretendo, señora Genoveva, sino que en realidad no sé nada de esa criatura.

—¡Pillo! Después que os habéis escapado con ella, sin dar cuenta a nadie de lo que hacíais... ¡Buen disgusto habéis dado a vuestros amigos y a mí!

—¿Disgusto?... ¿Mis amigos?—balbuceó el rey estupefacto—. Pero, ¿de qué amigos habláis, señora Genoveva?

—¿Qué otros amigos tenéis más fieles y que os quieran más que el señor Canevari y el señor Montespín?

—¡Ah! ¿Los vísteis?

—Hace más de veinte días. Vinieron a pedirme noticias vuestras y de María Teresa.

—¡Cielos! ¿Es que no sabéis nada de María Teresa?

—¡Nada! ¡Nada!—exclamó la viuda desolada—. ¡Desapareció ocho días antes de que Oscar Luis I fuese coronado, y a partir de entonces no hemos vuelto a tener noticias de ella ni vuestras...

—¿Qué habrá sido de esa desventurada niña?—inquirió Oscar Luis, como si hablase consigo mismo.

—Si no lo sabéis vos...

—Llevo sin verla tanto tiempo como vos, os lo juro—declaró el monarca con un dejo de desesperación—. ¿Quién os ha dicho que había huído conmigo?

—Yo no podía pensar otra cosa, ni vuestros amigos tampoco... Además, como la desaparición de ella coincidió con la vuestra...

—Pues os habéis engañado todos.

—¡Virgen Santísima! ¿Quiere decir que a esa muchacha se la ha tragado la tierra?

—Quiere decir, señora Genoveva, que ha sido víctima de las mismas infamias que vienen lloviendo sobre mi cabeza desde hace unos veinte días.

—Me metéis la muerte en el corazón, Oscar Luis... Me era doloroso pensar que María Teresa me hubiese abandonado por seguiros; pero, al fin y a la postre, me consolaba de mi abandono, diciéndome que a vuestro lado sería feliz, ya que tanto la amabais; pero ahora, ahora que vos declaráis no saber nada de esa criatura, ¿a qué atribuir su desaparición? No cabe duda que ha sido objeto de una desgracia...

Oscar Luis permaneció un instante pensativo, mientras la simpática viuda se enjugaba unas lágrimas.

—¿Sabéis dónde se encuentran actualmente Lucas y Eduardo?—preguntó de pronto el monarca.

—Si vos no lo sabéis, que sois su compañero de estudios, ¿cómo he de saberlo yo?

—Es que he estado ausente de San Francisco durante esos veinte días, señora Genoveva.

—¿Y no se os ha ocurrido escribir a vuestros amigos preguntándoles por vuestra amada?

—No me ha sido posible.

—Es raro.

—Os suplico que no pongáis en duda mis palabras, señora Genoveva. Cuando os explique las causas, sentiréis horror y lástima de mi situación... Ahora, si no es molesto, haced algo por mi cabeza...

—¡Loado sea el Señor! ¿En qué pensaba yo para olvidarme de curaros? Perdonadme; una a veces es cruel sin quererlo. Necesitaremos agua tibia, árnica o yodo y vendas... Vuestra presencia me ha aturdido de tal modo, que no atino a nada.

Diciendo esto, la señora Genoveva salió del comedorcito para pasar a la cocina, donde Oscar Luis la oyó trajinar un buen rato pronunciando palabras que no alcanzaba o oír, y al fin regresó junto a él, trayendo en la mano una palangana con agua tibia, unas vendas y un frasco que contenía yodo.

—A ver esa cabeza, desventurado joven... ¡Si María Teresa os viese en este estado, todo lleno de sangre, se moría de miedo y de pena!

—¡Amor mío!—suspiró Oscar Luis, recordando con emoción a la amada.

La señora Genoveva, con sus ágiles manos, acostumbradas a labores primorosas, se puso a quitar la venda empapada en sangre que cubría la cabeza y la frente de Oscar Luis, hecho lo cual lavó con sumo cuidado las heridas que el joven presentaba, que eran tres, dos de ellas bastante extensas, y después de cortar los cabellos con una tijera en torno a las mismas, aplicó sobre ellas un algodón impregnado de yodo.

—¿Os hago sufrir?—preguntó entonces con dulzura al joven.

—Un poco—contestó éste—; pero no os preocupéis; eso es inevitable.

—No creo que sean graves vuestras heridas; pero me parece conveniente que llamemos a un médico... Tal vez sea preciso haceros alguna sutura.

—Ya os he dicho que nada de médicos, señora Genoveva... Cicatrizarán sólo con vuestros cuidados.

—¿Y con qué os han producido esos cortes?—preguntó la viuda, empezando a vendar la cabeza del herido.

—Con una botella.

—¿Habéis denunciado a vuestro agresor?

—Todavía no.

—¿Le conocéis?

—Tanto como a mí mismo.

—¿Y qué motivos le han impulsado a heriros?

Oscar Luis no contestó, y la señora Genoveva observó que su rostro estaba lívido y que su cuerpo se inclinaba, como si quisiera tenderse en el canapé.

—¡Jesús!—exclamó asustada—. ¿Os sentís mal?

El desventurado no la oía ya. Había perdido el conocimiento.






## CAPITULO XX

### La odisea del soberano

BUENOS días, señora Genoveva.

—Buenos días, amigo mío. ¿Cómo os encontráis hoy? Respondedme con franqueza.

—Tan fuerte como antes de recibir ese maldito botellazo. ¿Es que no advertís vos misma el cambio que se ha operado en mí?

—Si, os veo más animado. Vuestros ojos tienen ya otro brillo, vuestra voz otro acento... Pero hay momentos que os veo hacer unos gestos tan extraños y que os oigo decir unas cosas... que, francamente, me hacéis pensar si el golpe que habéis recibido puede haberos turbado la razón.

Oscar Luis sonrió.

—Desechad ese temor, señora Genoveva—dijo—. El deseo de desquitarme de ese golpe traicionero es lo que me hace hacer esos gestos que os llaman la atención y pronunciar ciertas palabras que quizá os den miedo...

—¡Qué hombres éstos!—exclamó la viuda exhalando un suspiro, mientras procedía a recortar los pétalos de una rosa artificial que estaba confeccionando sentada ante la ventana del comedorcito, a través de cuyos vidrios recibía el baño tibio de la luz del sol otoñal.... No estáis contentos si no os veis metidos en algún peligro... Mejor que pensar en vengaros haríais en buscar a la pobre María Teresa, cuya desaparición me desespera tanto.

Oscar Luis, que estaba parado entre la señora Genoveva y la mesa del comedor, inclinó la cabeza al oír este reproche, que se clavó como un puñal en su corazón.

—¿En qué pensáis?—preguntó la viuda, pasados unos instantes, temiendo haber mortificado al joven con sus palabras.

—En que, aunque os parezca extraño—respondió Oscar Luis con voz apagada—, para encontrar a María Teresa necesito castigar antes al miserable que me atacó tan traidoramente.

La viuda dejó la tijera sobre la mesilla de labores que tenía delante y miró al joven con sus hermosos ojos muy abiertos.

—¿Qué modo de hablar es ese?—inquirió.

Oscar Luis tomó asiento en una silla, cerca de la señora Genoveva, y como si no hubiera oído la pregunta que ésta acababa de formularle, dijo:

—Quisiera pediros un favor.

—Contad con él si está en mis posibilidades el poder hacéroslo.

—Gracias. Sois un ángel de bondad, señora Genoveva. Pero antes de hablaros de ese favor, ¿queréis decirme si tiene alguien conocimiento de mi presencia en vuestra casa?

—Nadie, os lo aseguro—contestó la simpática viuda, sorprendida por el tono con que le hablaba Oscar Luis.

—¿De manera que todos vuestros vecinos ignoran que desde hace tres días tenéis a un hombre en vuestra casa?

—Podéis creerlo así. El temor de que las gentes interpretasen mal la protección que os dispenso es lo que me ha impulsado a callar.

—Y habéis obrado admirablemnte, señora Genoveva. Vamos ahora al favor que voy a suplicaros. Necesito saber dónde se encuentran mis amigos Canevari y Eduardo.

—¡Esto sí que es gracioso!—exclamó la viuda—. ¿Quién mejor que vos puede saberlo?

—Escuchadme bien, señora Genoveva; conozco las señas de sus domicilios, pero ignoro dónde pueden encontrarse actualmente, pues tengo indicios de que ambos han salido de San Francisco.

—¡Ah! Si es así, me explico por qué el señor Lucas no ha vuelto a visitarme como prometió, para darme noticias vuestras o de María Teresa, si las tenía.

—Pues bien: lo que yo quiero de vos, señora Genoveva, es que os presentéis en casa del señor Lucas Canevari y en la del señor Montespín y preguntéis allí qué ha sido de ellos.

—Pero, ¿no estabais todos hospedados en un mismo sitio?

—Sí; pero últimamente Canevari y Montespín han ido a instalarse cada uno en una casa distinta.

—¿Reñidos, tal vez?

—No lo creo.

—Yo tampoco; son excelentes personas. Pero, ¿decís que tenéis las señas de sus domicilios?

—Sí.

—¿Y qué os impide ir a hacer vos mismo esas averiguaciones?

—El temor de encontrarme con mi enemigo antes del momento oportuno.

—¿Sabéis que es muy misterioso todo esto?

—Todo os lo explicaré una vez que me hayáis prestado ese favor.

—Si es vuestro deseo, iré ahora mismo a hacer esas averiguaciones.

—¡Oh! Puesto que sois tan amable...

—Dadme esas señas—dijo la señora Genoveva poniéndose de pie.

* * *

Cinco minutos después la señora Genoveva, ataviada con un abrigo de sarga y tocada con un velo, abandonaba su casita para dirigirse al domicilio de Lucas Canevari, cuyas señas le había dado Oscar Luis, así como las de la casa donde habitaba Eduardo Montespín.

Pero la viuda prefería ir primero a la de Lucas Canevari. ¡Era tan simpático Lucas, a pesar de su roja y desproporcionada nariz! Pensando en él, la señora Genoveva apresuraba el paso sin darse cuenta.

La calle donde Canevari vivía, según las señas que le había dado Oscar Luis, era de sobrado buen aspecto para que en ella pudiesen tener su morada estudiantes pobres, como aquellos excelentes muchachos. No obstante, la señora Genoveva se puso a buscar la casa, que, según el enamorado de María Teresa, era la señalada con el número treinta y siete.

Pero al encontrarse ante la puerta de la misma, a la señora Genoveva volvieron a entrarle dudas.

Aquella casa sólo podía estar habitada por gentes ricas. ¿Cómo demontres podía vivir allí Canevari?

—Debe estar equivocado Oscar Luis—se dijo la amable viuda—. Pero, en fin, asegurémonos de ello, ya que nada cuesta preguntar.

Y oprimió el botón del timbre eléctrico. Momentos después, un criado ya entrado en años, envuelto desde el pecho a los pies en un delantal azul de los que se usan para hacer la limpieza, abría la puerta, y mirando a la viuda con cierta curiosidad, le preguntó:

—¿Qué deseáis, señora?

—Saber si por casualidad vive aquí un caballero que responde al nombre de Lucas Canevari...—contestó algo confusa la señora Genoveva.

—El señor marqués Lucas Canevari, querréis decir—rectificó el criado.

—El señor marqués...—repitió la viuda apabullada—. No sabía yo que Lucas Canevari fuese marqués..

—Lo ha sido toda su vida, señora.

—¡Ah! Entonces no debe ser el hombre que yo busco.

—Por él habéis preguntado, sin embargo.

—Sí; coinciden los nombres, pero no las personas... El caballero que yo busco es un simple estudiante, y no de los más aplicados, según tengo entendido.

—Lo extraño es que os hayan dado las señas de mi amo. Apostaría que han querido burlarse de vos.

—No lo niego, buen hombre... Dispensadme y quedad con Dios.

Y la viuda se alejó sin oír la respuesta del criado.

—Evidentemente, Oscar Luis ha sufrido un error al darme estas señas—pensaba, mientras se dirigía a casa de Eduardo Montespín—. Lo que no sabía yo es que hubiera en San Francisco dos personas con el mismo nombre y apellido y de posición tan distinta.

La casa del señor Montespín no estaba muy lejos de la del marqués de Canevari, y el aspecto de la misma era de tanto lujo como la de Lucas.

—¡Dios me asista!—murmuró la señora Genoveva—. También hay error en las señas del señor Montespín.

No obstante, para salir pronto de dudas, llamó a la puerta, y, como en la casa del marqués, la recibió un criado ya de alguna edad.

—Decidme, buen hombre: ¿vive en esta casa un caballero llamado Eduardo Montespín, estudiante de la Universidad?

—Señora—contestó el criado—, esta es la casa del señor

Eduardo Montespín; pero, que yo sepa, el señor Eduardo Montespín no ha sido nunca estudiante de la Universidad.

—¿A qué se dedica entonces el señor Montespín?

—Es capitán del glorioso cuerpo de Coraceros.

—¡Ah! Perdonad. No es la persona que yo busco—dijo la viuda, más confusa que nunca.

Y se alejó de allí.

Pero después de andar un centenar de pasos se detuvo. ¿Qué serie de coincidencias eran aquellas? ¿Se estaba burlando de ella Oscar Luis?

Reflexionó.

—¡Ah! Es preciso que yo ponga en claro este misterio. Volveré a casa del señor marqués, y puesto que su criado parece más amable que el del señor Montespín, me haré explicar bien las cosas.

Y como lo pensó lo hizo.

A su llamada acudió a abrir el mismo servidor, el cual no llevaba ya puesto aquel amplio delantal azul, vistiendo ahora de librea.

—Perdonad mi indiscreción, buen hombre, pero debo deciros que me han quedado algunas dudas.

El criado sonrió.

—¿Qué dudas pueden ser ésas, señora? Buscáis a un estudiante y os encontráis en la casa de un marqués. Creo que no se precisa pensar mucho para comprender que sois víctima de un error u objeto de una broma.

—Tenéis razón, buen hombre, tenéis razón; pero, en mi caso, vos dudaríais lo mismo que yo. ¿Está vuestro amo en casa?

—No. Hace veinte días que el señor marqués partió a hacerse cargo de una legación en el extranjero.

—¿Veinte días, decís? Pues hace casi el mismo tiempo que yo he dejado de ver a la persona por quien pregunto. ¿Tenéis a mano algún retrato o fotografía de vuestro amo?

—Entrad; en el vestíbulo hay uno.

—Con vuestro permiso, ya que sois tan amable.

Y la viuda siguió al criado hasta el lujoso vestíbulo de la casa. Allí, colgado de la pared, destacábase un soberbio retrato de Lucas Canevari, pintado al óleo por un artista francés.

La impresión que experimentó la viuda al reconocer en él a su amigo, el estudiante, no es para descrita.

La pobre mujer quedóse como hecha de piedra.

—¿Queréis que descorra la cortina de la vidriera para que podáis verlo mejor?—preguntó el criado.

—No es necesario—balbuceó la señora Genoveva—. Muchas gracias, buen hombre.

—¿Es o no es mi amo la persona a quien buscáis?

—Sí; es él, pero no me explico cómo...

El criado se echó a reír.

—¿De dónde habéis sacado entonces que el señor marqués era un estudiante, "y no de los más aplicados"?

—Ha sido una confusión, una lamentable confusión... Y ¿de modo que el señor marqués de Canevari se ha ido al extranjero?

—Sí, a Constantinopla.

—¿Sabéis si regresará pronto?

—¡Hum!... Me temo que tenga allí para tiempo.

—¡Es lástima!

—Si tenéis algo que comunicarle—dijo el criado—, ¿por qué no le escribís a la legación de Istralia en Constantinopla?

—Eso haré, eso haré, buen hombre...

Y la señora Genoveva se dirigió hacia la puerta.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

De nuevo en la calle, la simpática viuda volvió a dirigirse a casa del señor Montespín.

—¡Loado sea Dios!—exclamaba hablando consigo misma—. Todo esto parece un sueño

—¡Cómo!—dijo el criado que ya la había recibido antes—. ¿Estáis aquí otra vez?

—Sí; estaba confundida al deciros que el señor Eduardo Montespín, a quien yo buscaba, era un estudiante de la Universidad. Hacedme el favor de anunciar mi visita a vuestro amo.

—Mi querida señora: para ver al señor Montespín deberíais andar mucho.

—¿Qué queréis decir?

—El señor Montespín se encuentra en el extranjero.

—¡También él!—exclamó la viuda.

—Por lo visto—observó el criado de Eduardo, más curioso y más sagaz que el de Canevari—, en otra parte os dieron la misma respuesta.

—Sí; en casa del señor marqués Lucas Canevari.

—¡Ah! ¡El gran amigo de mi amo!—exclamó el criado.

—¿Sabéis si volverá pronto el señor Eduardo Montespín?

—No puedo decíroslo; está desempeñando en Berlín una misión que le ha encomendado el rey.

—Siendo así, ya no quiero saber más.

Y la viuda se despidió del criado, dirigiéndose a toda prisa a su domicilio.

—Necesito que Oscar Luis me explique inmediatamente esta comedia—se decía—. Mirad por dónde esos bribones que no tenían en qué caerse muertos resultan ser marqueses y capitanes de Coraceros, a quienes el rey envía al extranjero a desempeñar delicadas misiones diplomáticas...

* * *

Al llegar a su casa, la señora Genoveva encontró a Oscar Luis sentado en una silla del comedorcito, apoyado el mentón en el puño y presa, al parecer, de graves preocupaciones.

—¡Buena broma me habéis gastado hoy!—exclamó la viuda al entrar, quitándose el velo, que prestaba a su rostro un misterioso encanto—. ¿Qué habrán pensado de mí los criados

de vuestros amigos, el marqués de Canevari y el capitán de Coraceros Eduardo Montespín?

El joven monarca se puso de pie y esbozó una leve sonrisa.

—¿De modo que os habéis enterado ya de todo, señora Genoveva?—inquirió—. Podéis creer que no he tenido el menor propósito de burlarme de vos.

—¿Me suponéis tan boba para hacer caso de vuestras palabras todavía? No, caballerito; no tiene disculpa que me hayáis ocultado durante tanto tiempo la verdad...

—Las circunstancias me obligaron a ello. Pero explicaos, señora Genoveva: ¿dísteis con la casa de Canevari? ¿Dísteis con la de Eduardo Montespín?

—Con las de ambos, bribonzuelo.

—¡Oh! ¿Y los vísteis a ellos?

—¿Al señor marqués?

—Al marqués y al señor Montespín.

—¡Bien lejos están de nosotros esos dos señores!

—¿Lejos?—inquirió Oscar Luis, estremeciéndose y cambiando de color—. ¡Oh! Hablad, os lo suplico.

—El marqués Lucas Canevari ha sido enviado por el rey nada menos que a Constantinopla, a hacerse cargo de la legación de Istralia en el país de los turcos.

Oscar Luis dió un salto atrás.

—¡A Constantinopla mi fiel amigo Canevari!—gritó casi con indignado acento—. ¡Ira de Dios!... ¿Qué conjura terrible han preparado esos impostores?

La señora Genoveva abrió desmesuradamente los ojos para mirarle. Parecíale que aquel joven acababa de transformarse, adquiriendo ante ella una nueva personalidad.

—¿Y Montespín?—siguió preguntando el rey—. ¿Qué ha sido de Eduardo Montespín?

—Se encuentra en la capital de Alemania desempeñando una misión que le ha encomendado nuestro soberano.

Oscar Luis apretó los puños y sus dientes rechinaron.

—Los malditos han querido alejarlos de mí, han querido

aislarme por completo de todas aquellas personas que pudieran prestarme alguna ayuda—murmuró con voz sorda.

Y sin reparar en la viuda, que le miraba cada vez con mayor extrañeza, se puso a pasearse por el comedorcito, presa de intensa agitación.

—Pero, ¿qué os sucede?—inquirió, impresionada, la buena señora—. Ahora os toca a vos explicaros.

Oscar Luis se detuvo de pronto frente a ella, y mirándola profundamente, inquirió a su vez:

—¿Es que no lo habéis comprendido aún?

—No comprendo nada; mejor dicho, me habéis tenido siempre engañada respecto a la personalidad de vuestros amigos y quizá de la vuestra también. ¿Qué clase de estudiantes sois? ¿Por qué habéis fingido acerca de María Teresa y de mí toda esa comedia?

—La fatalidad...—gruñó sombríamente Oscar Luis.

Y después de pasarse una mano por su cabeza vendada, agregó:

—Sí, es preciso que lo sepáis todo, señora Genoveva; pero prometedme antes guardar el mayor secreto acerca de lo que vais a oír.

—Soy vuestro amigo, Oscar Luis. Creo que con esto está dicho todo.

—Tenéis razón; sois mi amiga y quizá algo más. Una madre no me hubiese cuidado mejor de lo que vos me habéis cuidado. Por ello, señora Genoveva, el rey de Istralia os estará eternamente agradecido.

—¡El rey de...!—exclamó la viuda como si hubiese oído mal.

—El rey de Istralia—repitió Oscar Luis—. Este es el desgraciado muchacho que está en vuestra presencia.

Pero la señora Genoveva no podía creer esto, y retrocedió unos pasos, murmurando mientras miraba al joven llena de estupor:

—¡Imposible!... ¡Imposible!... Tendré que creer que volvéis a burlaros de mí.

—Desgraciadamente los momentos no son para gastar bromas—dijo Oscar Luis con tristeza—. Vuestro asombro es muy natural; pero yo soy Oscar Luis I, rey de Istralia, esposo de esa maldita mujer llamada Alcira de Serajev.

* * *

A las palabras de Oscar Luis siguió un largo e impresionante silencio, durante el cual los ojos de la viuda no se apartaron un solo instante del rostro pálido de Oscar Luis.

—El rey..., el rey...—musitó luego ésta—. El caso es que yo ya había notado vuestro parecido con nuestro soberano. Luego la coincidencia de vuestros nombres... Y la personalidad de vuestros amigos... ¡Dios mío! No quisiera creeros, y, sin embargo...

—Serenaos, señora Genoveva; voy a explicároslo todo.

—Pero—siguió la viuda, sin parecer hacer caso de estas palabras—, si sois el rey, ¿cómo es que estáis aquí?

—He sido arrojado de mi trono.

—¿Cuándo?

—La misma noche que fuí coronado.

—¡Oh! Eso es increible. A partir de ese día hasta hoy, el rey no ha dejado de mostrarse en público.

—¡Ese hombre no es el rey!—exclamó Oscar Luis, apretando los puños y con una energía que sobresaltó a la señora Genoveva—. ¡Es un impostor, un canalla puesto en el trono por una banda de asesinos!

Se abrió otro silencio.

—¿Y por qué no lo desenmascaráis?—preguntó la viuda, que no parecía darse por convencida, a pesar del acento de sinceridad de las palabras de Oscar Luis.

—Lo he intentado y he sido vencido y herido. Si vos no

me hubieseis recogido, el verdadero rey de Istralia hubiese tenido que morir esa noche tirado en medio del arroyo.

—¡Gran Dios! Pero, ¿han de faltarle al rey amigos que le ayuden? ¿Por qué no os presentáis en Palacio?

—Todos mis buenos amigos han sido alejados de San Francisco. Ahí tenéis el ejemplo de Canevari y de Montespín.

—¡Ah!—exclamó la viuda.

Y agregó en seguida:

—Pero, ¿y vuestra madre? ¿Y vuestra esposa?

—Mi madre ha desaparecido; en cuanto a mi esposa, Alcira de Serajev, esa maldita, es cómplice de los usurpadores de mi trono .

—Si todo eso fuese verdad sería una cosa horrible—murmuró la señora Genoveva, como si hablase consigo misma.

—¿Es que seguís dudando aún de mí?—preguntó el joven monarca.

—Dispensad. Bien quisiera poder creeros, pero..., ¡se figura una de tal modo a un rey! Un rey es para mí, pobre obrera, algo así como un dios... Hasta él no pueden llegar las desgracias que atormentan la vida de los demás seres. Y a vos os veo aquí, pobre, herido, débil... ¡Y tan humilde!

Oscar Luis tuvo que sonreír.

—Comprendo las causas de vuestra incredulidad, señora Genoveva. Pero, ¡y si os jurara que soy el verdadero monarca de Istralia?

—¿Por quién lo juraríais?

—Por lo más sagrado, por lo más santo, por lo que vos queráis...

—¿Os atreveríais a hacerlo por el amor de la desventurada María Teresa?—inquirió la viuda después de reflexionar un instante.

El joven levantó el brazo y exclamó con voz solemne:

—¡Juro por el amor de mi María Teresa, la única mujer a quien amo y amaré en este mundo, que soy el rey de Istralia, Oscar Luis I!

—¡Bendito sea Dios! ¿Y habéis jurado? ¿Os habéis atrevido?

—He jurado la verdad.

—¿Vos el rey? ¿Vos?

—Yo, señora Genoveva. ¿Dudáis aún?

—No, ya no puedo dudar; sería ridículo. Perdonadme, señor... Perdonadme.

—¿Qué he de perdonaros?

—Lo de haberos hablado con tan poco respeto...

—Os habéis conducido conmigo como quiero que os conduzcáis toda la vida, señora Genoveva.

—¡Virgen bendita!... ¡Qué hombre tan sencillo es vuestra majestad! Pero decidme, señor: ¿sabe María Teresa quién sois?

—Lo supo el día que desapareció de esta casa, ocho días antes de que me coronaran.

—¡Ah! ¿La vísteis, señor, ese día?

—Sí; la tuve en mis brazos...—respondió Oscar Luis sin poder reprimir un suspiro—. ¡Pobre amada mía!

—¡Qué sorpresa recibiría la pobre muchacha!

—Aquella mañana le propuse hacerla mía, hacerla reina de Istralia o renunciar al trono de mis antepasados con tal de no abandonarla; pero ella se negó. Su corazón generoso la impulsó a sacrificarse creyendo que con ello aseguraba mi tranquilidad. ¡Qué equivocada estaba! Perdí la tranquilidad, la dicha y hasta las ganas de vivir aquel mismo día que ella se despidió para siempre de mí, en una de las habitaciones de Palacio, para caer en seguida en manos de mi madre. que, enterada de mi amor y temiendo que arrastrado por él cometiese yo alguna locura, dispuso que fuese encerrada en la torre de la vieja fortaleza.

—¿Y no lográsteis convencer a vuestra madre para que fuese clemente con aquella desgraciada criatura?

—Aquellos días mi madre era reina regente, y mi autoridad de príncipe heredero no podía prevalecer sobre la suya.

Apenas fuí coronado, dispuse que María Teresa fuese libertada; pero cuando mis emisarios llegaron a la fortaleza, les comunicaron que la prisionera se había fugado, adelantándose a la clemencia real. Me propuse buscarla para pedirle perdón por sus sufrimientos y ofrecerle mi vida y todo cuanto pudiese necesitar para asegurar su felicidad y la de nuestro hijo; pero esa noche..., ¡horrible y negra noche!, caí en las garras de mis enemigos, que, después de herirme, arrojaron mi cuerpo al mar.

Y con voz de acento patético, el rey siguió enterando a la viuda de su triste odisea a partir de la noche de su coronación y de su boda con la adúltera Alcira, hasta que, herido nuevamente por el traidor de Lisandri, fué a llamar a la puerta de la humilde casita del barrio de San Germán.

—¡Oh! ¡Todo lo que referís es más que horroroso!—exclamó la viuda conmovida—. ¡Cuánto habéis sufrido, noble señor! Y lo que más me desespera es pensar que puedo hacer tan poco por vos. ¡Soy tan pobre!

—¡Bastante habéis hecho ya, generosa amiga! Exigiros más sería pecar.

—No digáis eso, sire. Todo cuanto hay aquí es vuestro; mi misma vida vuestra es también. Mandadme, estoy por entero a vuestra disposición.

—¡Gracias, gracias, señora Genoveva!

—¿Qué pensáis hacer ahora? ¿Cómo salir de ese círculo de desgracias que se estrecha cada vez más en torno vuestro?

—Es difícil—murmuró el rey—. No puede ser más desesperada mi situación, lo comprendo. Mis fieles amigos han sido alejados de San Francisco; mi madre ha desaparecido, y en cuanto a la dulce María Teresa, ¡sabe Dios dónde estará!

—Necesitáis reconquistar lo vuestro—apuntó la viuda.

—Sí; pero, ¿y dónde están los medios para lograrlo? El enemigo es fuerte y estará dispuesto a defender con tesón las magníficas posiciones conquistadas...

—¡Con tantas personas como habrá en San Francisco que os conozcan!

—Pero es tan extraña mi situación, señora Genoveva, que ninguna de esas personas querrá creerme cuando me presente a ellas diciéndoles que soy el rey. Me hacen falta testimonios de fuerza para acreditar mi verdadera personalidad ante los Poderes públicos, ante los jefes de mi ejército que aún no se hayan dejado comprar por los impostores, ante los políticos que el conde Lisandri ha aislado hábilmente de la corte, desorientándolos por medio de decretos audaces. ¿Y dónde están esos testimonios?

—Si el señor marqués de Canevari y el señor Eduardo Montespín estuviesen en la capital...—dijo la viuda.

—Ellos, ellos y mi madre son los únicos que pueden ayudarme.

—¡Pero están tan lejos!

—No importa, iré en su busca.

—¿No sería igual que les escribierais, puesto que sabéis las señas?

—No me fío más que de mí mismo, señora Genoveva. ¡Iré!

—Señor, tengo dos mil francos ahorrados, ¿me haréis el honor de aceptarlos para vuestros gastos?

—Y vos, señora Genoveva, ¿qué haréis sin dinero?

—No os preocupéis por mí, sire; mientras no me falte trabajo, podré considerarme una mujer feliz.

—Sois la bondad en persona, y lo peor es que siento verme en el caso de aceptar ese dinero que me ofrecéis.

—Aceptándolo, señor, me proporcionaréis una de las mayores alegrías de mi vida. Esta tarde iré a retirarlo de la Caja de Ahorros y os lo entregaré.

* * *

Cuando la señora Genoveva pensaba que aquel joven que había llamado a su puerta una cruda madrugada de otoño,

ensangrentado y con las ropas sucias de barro, era nada menos que el rey de Istralia; cuando recordaba que ese mismo joven había frecuentado su casa hasta fines del último estío, vestido como un pobre estudiante, para hacer el amor a su huéspeda, la bellísima María Teresa, y que le acompañaban otros dos estudiantes, no menos desarrapados que él, que ahora resultaban ser nada menos que un marqués y un capitán de Coraceros, y que todas esas personas se habían sentado a su mesa, habían reído y bromeado con ella, como si fuesen ni más ni menos que gentes de su humilde condición, una emoción intensa, a la que se mezclaba mucho de asombro y de agradecimiento, le invadía el alma, y tenía que hacer esfuerzos para creer que todo eso era verdad.

Durante todo ese día no volvió a acordarse de la confección de sus flores. Dedicóse por entero a atender al rey, sirviéndole con un respeto rayano en admiración idólatra. Por la tarde, como lo había prometido, dirigióse a la Caja de Ahorros a retirar los dos mil francos que allí tenía depositados, y antes de regresar a su casita adquirió algunas ropas que Oscar Luis le había encargado.

Al cerrar la noche, de nuevo al lado del rey, entregó a éste el dinero y las prendas de vestir que había comprado, y se fué a la cocina a preparar la cena con todo el cuidado posible.

¡Jamás había soñado tener un huésped de tan elevada categoría!

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Por la noche, después de la cena, Oscar Luis dijo a la señora Genoveva:

—Mañana os dejaré...

—¡Mañana!—exclamó la viuda—. Pero ¿os sentís ya bien como para poneros en viaje?

—Sí. No creo que mis heridas necesiten ya de mayores cuidados.

—Mirad bien lo que hacéis, señor. Pensad que para mí es una felicidad el teneros en mi casa y poder serviros...

—Lo sé; pero cada día que pasa, cada día que yo permanezca en la impotencia, se volverá más negra la suerte de mis amigos y de las personas a quienes amo.

—No lo niego; pero, ¿habéis ya decidido lo que debéis hacer para burlar la estrecha vigilancia que en todas partes ejercerán vuestros enemigos para poder capturaros?

—No creo que consigan reconocerme fácilmente con estas ropas de hortelano que me habéis comprado.

—¿Y dónde pensáis dirigiros?

—Primero iré en busca de Canevari.

—¿A Constantinopla?

—Sí; y desde allí, acompañado del fiel marqués, me trasladaré a Berlín para reunirme con Eduardo Montespín.

—¿Y después?

—Vendremos a Istralia.

—¿Y buscaréis a María Teresa y a vuestra madre?

—Si no han muerto—dijo el rey—, María Teresa y mi madre aparecerán cuando hayamos desenmascarado a esos siniestros impostores.

—¡Haga Dios que sea pronto! No viviré, sire, hasta que no tenga conocimiento de vuestro triunfo. ¿Y a qué hora partiréis mañana?

—Al amanecer. He leído en el periódico que os encargué comprarais esta tarde que mañana, a las siete, un vapor de carga saldrá del puerto de San Francisco rumbo a Esmirna...

—Esmirna no es Constantinopla—observó la viuda.

—Pero está relativamente cerca. Una vez en Esmirna, no tendré más que cambiar de vapor para ir a Constantinopla.

—¡Que Dios vele por vos, noble señor! Y si creéis que desde aquí algo puedo hacer por vuestra causa, mandadme sin reparos.

* * *

Cuando aún faltaba una hora lo menos para que amaneciera, la señora Genoveva abandonó el lecho, en el cual poco

había podido dormir, por impedírselo sus preocupaciones, derivadas de la situación del infortunado rey de Istralia, y se fué a la cocina a preparar el desayuno para su majestad.

Momentos después Oscar Luis, vestido con las humildes ropas que la viuda le había adquirido la víspera, y tocado con un sombrero de anchas alas, que ocultaba el vendaje de su cabeza, estaba dispuesto para la marcha.

Después de desayunar en el comedor, y cuando no había empezado a clarear todavía, el joven monarca se puso de pie, diciendo a la señora Genoveva:

—El momento de mi partida ha llegado. ¡Ojalá podamos volver a vernos pronto, amiga mía!

La viuda sintió que gruesas lágrimas acudían a sus ojos.

—¡Que el Todopoderoso os asista, señor!... No podéis figuraros la pena que siento al veros partir así, tan pobre, tan solo...

—No os preocupéis, señora Genoveva; esto no es nada en comparación de todo lo que he sufrido... Si no llegase a volver a la capital de mi reino y tenéis la suerte de ver algún día a María Teresa, decidle que no he dejado de amarla un momento, y si mi hijo ha nacido ya, besadlo por mí.

—Yo os juro, sire, que si María Teresa vuelve no ha de faltarle nada a mi lado.

—Os creo, generosa amiga. Ahora dejadme estrechar vuestra mano.

—¡Oh, sire!

El rey tendió su mano a la viuda, quien en un transporte de emoción y respeto intentó besársela; pero Oscar Luis se lo impidió, diciéndole:

—Tratadme como a un amigo, señora Genoveva, como a un amigo leal y agradecido.

—Pues adiós...—balbuceó la viuda, con voz ahogada por un sollozo.

—Adiós—contestó Oscar Luis.

Y estrechando con fuerza la mano de la señora Genoveva, que había quedado entre las suyas, se dirigió hacia la puerta.

—Escuchadme—dijo la generosa mujer en el momento que el soberano iba a salir del comedor.

Oscar Luis se volvió.

—Hablad.

—Si veis a vuestros amigos, saludadlos en mi nombre, y al señor marqués decidle que ya tendrá que darme acabadas cuentas de la comedia que ha estado representando.

Y al deçir esto, las mejillas de la señora Genoveva se encendieron como la grana.

—Descuidad; se lo diré todo—contestó sonriendo el soberano.

Y salió.

Desde el comedor, la señora Genoveva le vió atravesar el pequeño patio de la casita, sumido en la obscuridad, y luego oyó cómo la puerta de la calle se abría y se cerraba tras aquel joven rey que iba en pos de la venganza. Entonces, al verse sola, sintió crecer la emoción ya intensa que la dominaba, y exclamó cayendo de rodillas, con las manos juntas, en actitud implorante:

—¡No le desampares, Señor Todopoderoso! Haz que triunfe. ¡Es tan bueno!

* * *

Daban las seis y empezaba a clarear el día cuando Oscar Luis, vestido como los hortelanos de los alrededores de San Francisco, con su traje de pana y su camisa obscura de cuello volcado, llegaba al puerto de la capital de su reino.

Los tripulantes de los vapores y demás embarcaciones de todas las formas y calados allí fondeadas principiaban a prepararse para las tareas de la nueva jornada encendiendo los fuegos de las máquinas, tendiendo cables, colocando pasarelas para facilitar el paso de las cubiertas al muelle, abriendo las estibas, levando las anclas los que partían, dejándolas caer

los que acababan de llegar de puertos remotos... Caminando a lo largo del muelle, obstruído por gigantescas grúas rodantes y largas filas de vagones de mercancías, Oscar Luis no tardó en encontrarse frente al buque que buscaba.

Era éste un mercantón de unas cinco mil toneladas, que enarbolaba en su popa la bandera griega. En su alta proa, en letras que en un tiempo fueron doradas, podía leerse la palabra "Hércules", nombre con el cual había sido bautizado, con más miras, seguramente, a destacar el origen heleno de la compañía propietaria que la potencia mecánica del vapor.

En la bruma cenicienta de la aurora, el rey vió moverse a algunos marineros en el puente del "Hércules", y subiendo por una pasarela cerca de la popa, se acercó a un individuo que se paseaba bajo la toldilla fumando una pipa.

Este, al distinguirle, se detuvo, examinándole con curiosidad, sin dejar de arrancar a la pipa sendas bocanadas de humo.

—Buenos días—dijo Oscar Luis al llegar frente a él, quitándose humildemente el sombrero—. ¿Me haría usted el favor de decirme dónde podría ver al capitán?

—¿Qué quieres del capitán?—preguntó el hombre, metiéndose las manos en los bolsillos de su gruesa chaqueta de marino.

—Rogarle que me admita a bordo.

—La tripulación está completa; no necesitamos a nadie.

—No importa. Yo iría como pasajero.

—Eso ya es otra cosa—respondió el hombre con un pronunciado acento italiano—. ¿Y dónde quieres ir tú?

—¿No va a Esmirna este vapor?

—Para ese puerto partiremos dentro de tres cuartos de hora.

—Pues a ese puerto me interesa llegar.

—Está bien. ¿Y el dinero para pagar tu pasaje?

—Helo aquí—dijo Oscar Luis, llevándose una mano al bolsillo del pantalón donde guardaba el modesto tesoro de la señora Genoveva.

—Nosotros no nos dedicamos a llevar pasajeros, pero se te podría admitir a bordo, con la condición de que estés dispuesto a pagar doscientos francos.

—No tengo inconveniente.

—En ese caso, espérate aquí unos minutos; voy a hablar con el señor Pelocus, el capitán.

Alejóse el hombre, que después supo el rey se trataba del contramaestre del "Hércules", un siciliano de muy mal carácter, llamado Pietro Scallamare, y los pocos minutos que estuvo ausente antojáronsele siglos al desventurado monarca, que creía ver a un cómplice de los usurpadores de su trono y de su nombre en cada uno de los jornaleros que comenzaban a transitar por el muelle... Cuando vió aparecer al contramaestre bajo la toldilla, el corazón le dió un vuelco en el pecho y salió al encuentro de aquel hombre, preguntándole con una ansiedad que no podía ocultar:

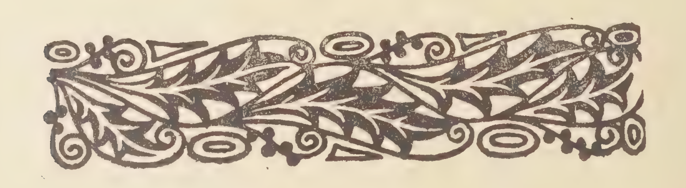
—¿Qué ha decidido el capitán?

—Consiente en llevarte como pasajero hasta Esmirna, siempre que estés dispuesto a pagar trescientos francos.

—¿Pero no habéis dicho que eran doscientos?

—Sí. Mas el señor Pelocus se ha empeñado en que sean trescientos. Si te conviene, te quedas a bordo; si no..., allí tienes la pasarela.

—Pagaré lo que se me exige—murmuró Oscar Luis—, ya que tengo prisa en llegar a Esmirna.





## CAPITULO XXI

### Sigue la odisea del rey



L contramaestre, después de contar los trescientos francos que Oscar Luis acababa de entregarle, hizo que el joven le siguiera hasta una estrecha y sucia cabina, situada bajo cubierta, en el pasillo que conducía al compartimento de máquinas.

—Este será tu camarote durante el viaje—le dijo—. Puedes, por lo tanto, tomar posesión de él.

—Está bien—contestó el soberano, deteniendo su mirada en las dos literas de hierro adosadas a la pared.

—Si quieres acostarte—siguió diciendo Pietro Scallamare mientras encendía su pipa, que se le había apagado—, puedes hacerlo con toda tranquilidad. Ya se te avisará cuando esté dispuesto el desayuno.

—Descansaré unos momentos—murmuró el rey, decidido a aprovechar la proposición del contramaestre para permanecer oculto en aquella cabina hasta que el buque abandonase el puerto.

—En ese caso, aquí te quedas...

El contramaestre, pronunciadas estas palabras, se dispuso a salir de la cabina; pero antes de abrir la puerta pareció cambiar de propósito, y volviéndose hacia el joven, y mirándole con cierta expresión maliciosa a través del humo pestilente de su pipa, exclamó:

—¡Apostaría que no es nada bueno lo que te induce a salir de San Francisco!

Turbóse Oscar Luis.

—¿Qué os hace pensar semejante cosa?—inquirió mirando firmemente al siciliano.

—Hombre...—contestó éste—, no veo qué diablos puede ir a hacer a Esmirna un mozo como tú.

La curiosidad excesiva del contramaestre molestaba e irritaba a Oscar Luis, pero comprendió que era conveniente satisfacerla de una manera o de otra si quería ponerse a cubierto de riesgos mayores, y dijo:

—Voy a reunirme en aquella tierra con un pariente de mi madre, que según noticias que tengo, ha hecho fortuna con una tienda de tapices...

—¡Ah! ¿Y es istraliano tu pariente?—preguntó el contramaestre con un acento marcadamente irónico.

—Sí, señor; del mismo San Francisco.

—Creo entonces que vas a parar a buenas manos, muchacho.

Y al decir esto, el siciliano salió definitivamente de la cabina, con una inquietante sonrisa sobre sus carnosos labios, sombreados por un desmesurado bigote negro.

—Ese granuja no me ha creído—murmuró Oscar Luis al quedar solo, sintiéndose invadir por una vaga inquietud—. Está visto que tendré que vivir alerta en este buque en el cual he sido admitido con demasiada facilidad.

* * *

A las siete de la mañana, cuando el sol, abriéndose paso



Cuando más abstraído estaba en sus preocupaciones, sintió que una mano se apoyaba en su hombro. (6)

a través de las brumas de la aurora empezaba a dorar el extremo de los mástiles de las embarcaciones ancladas en el puerto, el "Hércules" anunció con tres agudos toques de sirena que iba a hacerse a la mar.

A través del cristal del ventanillo circular de su camarote, Oscar Luis vió cómo el pesado vapor, desatracando, se apartaba lentamente del muelle, atiborrado de vagones de mercancías, de montones de fardos, sacos y toneles venidos de las más diversas procedencias y con rótulos e inscripciones en todos los idiomas. Ya en medio del puerto, mientras viraba poniendo proa a la salida del mismo, notó Oscar Luis que las hélices funcionaban con más celeridad dentro de las aguas quietas y verdosas, y minutos después el mercantón, ya a regular velocidad, pasaba ante el rompeolas y salía al mar libre, balanceándose alegremente en las azules ondas.

Una sensación de alivio invadió el ánimo del desgraciado rey al separarse de la capital de su reino, donde presumía que sus enemigos, alarmados por su desaparición del sótano del Palacio real, debían estar desplegando toda su astucia y su actividad para capturarle.

Y cuando las cúpulas, las torres y las chimeneas de San Francisco dejaron de ser visibles desde su observatorio, se arriesgó a subir a cubierta.

Pasando al lado de algunos marineros entretenidos en arrollar un cable, Oscar Luis se dirigió a popa y tomó asiento en un pilón de amarre. Allí, con la vista fija en la costa, que poco a poco iba desapareciendo en el horizonte, y aspirando a pleno pulmón el aire salado del mar, volvió a pasar revista con el pensamiento a las terribles desgracias de su vida.

Cuando más abstraído estaba en sus preocupaciones, sintió que una mano se apoyaba en su hombro. Levantóse, y al volverse se encontró delante del antipático contramaestre, cuyo rostro presentaba, visto ahora a plena luz, una expresión marcadamente feroz.

—¿Qué demonio esperas para ir a desayunar? Vete al comedor de la cámara y allí te servirán el café.

—Haga usted el favor de indicarme el camino—dijo Oscar Luis, sorprendido por la acritud con que el contramaestre había pronunciado aquellas palabras.

—Pregunta a los marineros—replicó el siciliano, todavía de más mal talante.

El rey se alejó hacia el centro del buque, y dirigiéndose a uno de los tripulantes del vapor que por allí pasaba, le rogó que le indicase el camino del comedor.

—¡Ah!—exclamó aquel hombre, que tenía más o menos la edad del rey de Istralia—. ¿Es usted el pasajero?

Oscar Luis hizo una seña afirmativa, y el marinero agregó:

—Venga conmigo.

Y le acompañó hasta la puerta del comedor, sobre cuya mesa se veían aún los restos del desayuno del capitán y los oficiales del buque. El camarero que allí se encontraba, entretenido en doblar las servilletas, se volvió hacia ellos:

—Máximo—le dijo el tripulante—, he aquí el joven que ha subido en San Francisco como pasajero. El contramaestre le envía para que le sirvas el desayuno.

—Está bien. Que tenga la bondad de pasar y de tomar asiento.

Hízolo así Oscar Luis después de entregar una moneda al muchacho que le había acompañado hasta allí, quien le dió las gracias y se retiró en seguida.

Minutos después, el camarero de a bordo, un fornido mocetón de origen polaco, a quien el marinero había dado el nombre de Máximo, servía a Oscar Luis el desayuno, compuesto de café, leche, mantequilla y un panecillo.

—¿Va usted lejos?—preguntó el camarero al joven, después de servirle, alentado por su aspecto humilde.

—A Esmirna—respondió Oscar Luis, que quería conquistar simpatías—. Creo que no va más allá este vapor...

—Por ahora, ésa es la ruta—respondió el camarero—.

Pero es extraño que para hacer un viaje tan largo haya usted elegido un vapor de carga.

—No tenía otro a mano en el momento... ¿Tardaremos muchos días en llegar a Esmirna?

—Eso depende de las escalas que hagamos.

—¡Ah! ¿Es que el "Hércules" hará escalas?

—¿No se lo ha advertido el contramaestre?

—No se me ha ocurrido preguntárselo siquiera.

—Pues hasta ahora tenemos como punto de escala fija, antes de llegar a Esmirna, la isla de Creta; pero si desde los puertos de tránsito nos llamaran para nuevos fletes, iríamos a recoger mercancía. Con estos buques de carga nunca se sabe cuándo se llegará al final del viaje.

—Me contrarían en extremo las noticias que usted me da—, dijo Oscar Luis interrumpiendo su colación—. Si hubiera sabido todo eso en San Francisco, no era yo quien me embarcaba en este buque.

—A lo mejor tiene usted suerte y llegamos a Creta sin recibir propuestas de fletes.

—¡Ojalá sea así!

—Se ve que tiene usted prisa—observó el camarero—. Yo, a decir verdad, no tengo menos prisa que usted en llegar a Esmirna.

—¿Es usted de allí?

—No; pero allí me he casado con la hija de un compatriota hace apenas ocho meses, y puede figurarse el ansia que tenemos mi mujer y yo de volvernos a ver.

Y un hondo suspiro se escapó del pecho del polaco al hacer a Oscar Luis esa confidencia.

—Ingrata es la vida del mar para los que se dejan en tierra a las personas queridas—murmuró el soberano de Istralia—. Debería usted buscar una colocación en tierra.

—¡Si la encontrara! Pero, en fin, volveré a intentarlo tan pronto llegue al lado de mi mujer.

—¿Lleva usted mucho tiempo sirviendo a bordo del "Hércules"?

—Dos años, aproximadamente.

—¿Y es buena gente la de a bordo?

—Del capitán no puedo quejarme, y tampoco del primer oficial—contestó el camarero bajando la voz—; pero de los demás...

—¿Y el contramaestre?

—¡Oh, ése...!—exclamó el polaco, haciendo un gesto de ira.

—¿Malo, eh?

—¡Un verdadero canalla; se lo aseguro a usted!

—Ya me he dado cuenta de que lo era; pero supongo que no se le ocurrirá meterse conmigo.

—Tenga usted cuidado.

—Lo evitaré todo lo que sea posible—contestó Oscar Luis con firmeza—; pero si se le ocurre buscarme, le aseguro que me encontrará.

En aquel momento sonó un timbre y el camarero salió del comedor, diciendo:

—Debe ser el capitán quien llama; voy a ver qué quiere.

* * *

A eso de las diez de la mañana, la costa de San Francisco dejó de ser visible en el horizonte, y una bandada de gaviotas que hasta entonces había seguido al "Hércules", volando en torno a su negro casco, abandonó su ruta para volver a tierra o dirigirse al encuentro de otro vapor, cuya presencia les delataba, más que su mirada, su poderoso instinto.

A pesar del buen estado del mar, el buque llevaba una marcha lenta, que no excedía de las seis o siete millas por hora; pero Oscar Luis, a pesar de su ansiedad por llegar cuanto antes al lado de Canevari, se daba por contento si

aquella marcha no había de sufrir interrupciones hasta arribar a la isla de Creta, por lo menos.

Cerca del mediodía, cuando ya habían comido el capitán y los oficiales, se dirigió de nuevo al comedor, donde Máximo le sirvió el almuerzo; pero no pudieron hablar como ambos parecían desearlo, pues el mayordomo, que se paseaba por el pasillo alfombrado de la cámara, se asomaba con frecuencia a la puerta del comedor.

A media tarde, por el lado de babor, Oscar Luis vió aparecer de nuevo la mancha obscura de la costa de su reino, que había de acompañarle con algunas intermitencias durante un par de días, mientras el "Hércules" navegase hacia la desembocadura del Adriático.

Y llegó la noche sin que ningún suceso desagradable viniese a complicar la existencia ya tan atormentada del joven monarca.

No obstante, conservaba en su ánimo un resto de inquietud. No olvidaba las palabras del camarero acerca del contramaestre ni las miradas y sonrisas irónicas con que éste había acogido las explicaciones que le diera su viaje a Esmirna.

Tres días después, durante los cuales el buque no había interrumpido una sola vez su lenta y pesada marcha ni variado de ruta, Oscar Luis tuvo con Máximo la siguiente conversación:

—¿Sabe usted si por fin tocaremos en algún puerto antes de llegar a la isla de Creta?

—No hay aún ninguna noticia, de lo que me alegro—contestó el buen polaco—. Si éstas no llegan en todo el día de hoy y mañana, ya no variaremos de ruta.

—Y en ese caso, cuándo llegaríamos a Creta?

—¿Estamos a lunes? Allá por el jueves al atardecer, calculo yo.

—¡Tres días todavía!—exclamó Oscar Luis.

—No es mucho, tratándose de un barco como éste.

—¿Cuánto cree usted que demorará este vapor en recorrrer la distancia desde esa isla a Esmirna?

—Cuatro o cinco días, sin contar los que permanezcamos en Creta.

—Es una eternidad para mí...—murmuró Oscar Luis.

—Usted, al fin y al cabo, no es más que a un pariente de su madre a quien va a ver; pero, ¿qué diré yo, que se trata de mi mujercita, a cuyo lado no he permanecido más que una semana desde que nos hemos casado?

* * *

Transcurrieron otros dos días. Oscar Luis no había advertido ninguna variación en la ruta del buque, y la noche de ese segundo día, al ir a cenar, le dijo Máximo, radiante de contento:

—¿Sabe usted que ya vamos a Creta sin pararnos en ningún sitio?... Estamos dejando atrás el mar Jónico.

—¡Tanto mejor!—exclamó el joven soberano—. Después de todo, la suerte no se ha puesto en pugna con mi impaciencia.

A la mañana siguiente cambió bruscamente el tiempo, y el "Hércules" tuvo que capear un furioso temporal, lo que le obligó a salirse un tanto de su ruta, para evitar que el oleaje lo arrastrase sobre la costa griega, estrellándolo contra sus rocas.

Como la permanencia en cubierta se hacía imposible, dado que las olas la barrían continuamente, arrastrando al mar cuanto hallaba a su paso, Oscar Luis tuvo que permanecer encerrado casi todo el día en su cabina, oyendo crujir el buque a cada bandazo, como si de un momento a otro fuese a partirse y a ser tragado por el mar.

Al cerrar la noche se tendió en la litera, renunciando a ir al comedor, pues constituía una verdadera temeridad avanzar por los pasillos obscuros del buque, expuesto a rodar cien

veces por el suelo a cada uno de los bruscos movimientos del vapor, que, a pesar de su enorme tamaño, era, en medio de aquel mar erizado de gigantescas montañas líquidas, un mísero e inestable juguete.

A eso de las diez de la noche, cuando Oscar Luis, aturdido por los mil ruidos de la tempestad y fatigado por aquellos movimientos incesantes, estaba para quedarse dormido, cogido a los hierros de su litera para no ser despedido de la misma cada vez que una ola gigantesca se estrellaba con formidable ímpetu contra los flancos del "Hércules", advirtió que la puerta de la cabina se abría y cerraba bruscamente tras una forma humana que acababa de entrar.

Rápidamente Oscar Luis se incorporó en el lecho, frotándose los ojos con energía.

Y a la luz de la bombilla eléctrica que iluminaba el reducido camarote distinguió a un hombre de alta estatura, embozado en un largo capote impermeable, que se dirigía resueltamente hacia su litera.

—¿Quién es usted?—preguntóle el joven con airado acento.

Entonces el recién llegado se desembozó, y el soberano de Istralia pudo reconocer en él al antipático contramaestre del "Hércules".

—No te asustes—dijo, esbozando una sonrisa feroz—. Vengo a que arreglemos las cosas a las buenas.

Sorprendiéronle a Oscar Luis estas palabras tanto o más de lo que le había sorprendido la entrada de aquel sujeto en su cabina; pero resuelto a no dejarse intimidar por él, repuso:

—No vaya usted a creer que me asusto tan fácilmente, señor mío. Y ahora sírvase usted explicarme con qué derecho se permite entrar en mi camarote sin llamar a la puerta.

—Vamos, vamos, muchacho: nada de tonterías—replicó el siciliano con un tonillo amenazador.

—En resumidas cuentas—dijo Oscar Luis indignadísimo—, ¿qué quiere usted?

—Saber qué vas a hacer en Esmirna.

—¡Eso no le importa!

—¡Cuidado, muchacho!—exclamó el contramaestre, cuyos grandes ojos relampaguearon de un modo amenazador.

—¿Me amenaza usted?

—Algo peor que eso.

De un salto, Oscar Luis abandonó la litera y se plantó ante el siciliano con los puños cerrados.

—¡Es usted un miserable!—le espetó.

Pero el contramaestre, por toda respuesta, se echó a reír.

—Bien, criatura, bien... Ya que no quieres que nos arreglemos por las buenas, será por las malas... Hazme el favor de enseñarme tu pasaporte.

—¿Qué pasaporte?

—No te hagas el tonto. Cuando uno abandona un país para dirigirse a otro, debe llevar encima su pasaporte. Yo debí exigírtelo al admitirte a bordo, y también te lo exigirán las autoridades de Esmirna. Si no lo tienes, no te permitirán desembarcar.

—Yo ignoraba todo eso...—respondió confuso el joven rey de Istralia.

—¡Ah! Eres demasiado niño para poder engañarme. ¿Tienes o no tienes pasaporte?

—No tengo.

—En ese caso, hazme el favor de salir de esta cabina para pasar al calabozo.

—¿Yo al calabozo?... ¡Pero qué diablos se ha figurado usted!

—La verdad, niño, la verdad. Cuando lleguemos a Creta te entregaremos a las autoridades de esa isla para que éstas, a su vez, te pongan en manos de la policía de Istralia.

—Mi detención debe estar justificada. Qué delito he cometido yo?

—Has robado.

—¿Yo robar? ¡Mira lo que dices, perro maldito!

Pero el siciliano no hacía más que reír a medida que la cólera de Oscar Luis iba en aumento.

—No me creas tan tonto, criatura. Te has embarcado en el "Hércules" huyendo de la policía de tu país... Si a mi vez me he determinado a ayudarte, permitiendo que te embarcaras sin exigirte los documentos indispensables para ello, ha sido porque contaba que me darías parte de tu botín; pero te empeñas en eludir todo arreglo amistoso, y eso ha de pesarte...

—¡No he robado! ¡No soy un prófugo!

—¿De dónde has sacado entonces ese dinero que tienes? Una persona de tu condición no puede permitirse dar así como así trescientos francos por un pasaje hasta Esmirna...

—¡Ese dinero es mío!

—Demuéstramelo.

—¡Me niego a ello!

—¡Al calabozo entonces!

—¡También me niego!

La faz del siciliano se nubló.

—Mira lo que dices, desgraciado: soy el contramaestre.

—Hablaré con el capitán; sólo al capitán debo obedecer.

—El capitán no puede ocuparse de estas cosas.

—Si no quiere usted que hable con el capitán, salga de aquí. Su presencia me estorba.

—¡Canalla!—rugió el siciliano dando un salto atrás.

Y sacando de entre sus ropas un enorme cuchillo, lo esgrimió amenazadoramente ante el joven, que retrocedió unos pasos, demudado, apretando con rabia los puños hasta hundirse las uñas en las palmas de las manos.

—¡Dame tu dinero!—exigió el contramaestre, sin dejar de esgrimir su enorme cuchillo—. ¡Dámelo, si no quieres ver caer tus tripas al suelo!

—¡Robarme! ¡Eso era todo lo que querías, miserable! —dijo el joven soberano, recobrando al punto su perdida serenidad.

—Y dividirte en dos si te niegas a obedecerme con la prontitud debida—agregó el forajido, apoyando la punta del cuchillo en el pecho de Oscar Luis.

Este comprendió que no podía resistirse. Estaba en las garras de aquel malvado, quien, para salirse con la suya en aquella horrorosa noche de borrasca, no tenía más que apuñalarlo, apoderarse del dinero apetecido y arrojar luego su cadáver al mar, seguro de que nadie iba a pedirle cuentas de su acto criminal.

Pero mientras consideraba la situación de ese modo, un pensamiento audaz pasó por la mente del joven.

—Tengo que buscar el dinero—dijo, mientras el siciliano empujaba el cuchillo para que la punta del mismo penetrase en la piel de Oscar Luis.

—¿Dónde lo has metido?

—Bajo la colchoneta de la litera alta.

—Sube y cógelo, si te has convencido ya que no puedes luchar contra Pietro Scallamare.

—Me has vencido, pero otra vez sera la mía—contestó el joven, volviéndose y trepando con agilidad hasta la litera alta.

—Date prisa y aprende para otra vez a ser más razonable.

Oscar Luis estaba ya sobre la litera alta y volvía la colchoneta para buscar el dinero que decía tener escondido bajo la misma. El otro, desde abajo, le vigilaba, empuñando en la diestra el enorme cuchillo.

—¡Aquí está!—exclamó de pronto Oscar Luis, enseñando un fajo de billetes.

—¿Cuánto hay?

—Mil seiscientos francos.

Los ojos del siciliano relumbraron de codicia.

—¡Dámelos!

—Supongo que de ellos me entregarás alguna cosa. Piensa que en Esmirna quedaré desamparado por completo.

—Ya hablaremos de eso; ahora venga el dinero.

—Cógelo.

Y diciendo esto, Oscar Luis arrojó el fajo de billetes contra la puerta de la cabina.

—¡El diablo te lleve!—masculló el siciliano, volviéndose con toda rapidez e inclinándose para recogerlo.

Entonces Oscar Luis, que no parecía esperar más que esto, de un salto cayó desde la litera a las espaldas del siciliano, que se desplomó boca abajo, aplastándose el rostro contra el suelo.

—¡Sangre de la Madonna!—bramó, sacudiéndose como un toro herido para desembarazarse de su enemigo y hundirle el cuchillo en el cuerpo.

Pero Oscar Luis, diestro en toda suerte de golpes, lo aturdió de un puñetazo en la mandíbula, arrebatándole rápidamente el arma y guardándose el fajo de billetes.

Hecho esto, puso una rodilla en el pecho del malvado y apoyó el filo del cuchillo en su robusto cuello.

El siciliano empezó a debatirse.

—¡Quieto!—exclamó el joven, dándole una bofetada—. ¡Quieto y escúchame, perro!

Los ojos del contramaestre se abrieron desmesuradamente, y al verse en tan malísima situación, una expresión de terror descompuso su rostro.

—¡Por favor!—imploró cobardemente—. ¡No me mates, muchacho, no me mates!

—Debía separarte la cabeza del tronco, granuja—le replicó Oscar Luis con voz sorda—, pero me repugna derramar tu sangre asquerosa...

—¡Oh, por Dios! ¡Si todo ha sido una broma, muchacho! ¡Te lo juro!

—¡Ah! ¿Una broma?... Perfectamente, contramaestre. ¿Ves este cuchillo?

Y al decir esto, Oscar Luis le pasó el arma por delante de los ojos.

—Sí, sí...—murmuró el cobarde haciendo a un lado la cabeza.

—Pues bien: no olvides que el día en que se te ocurra repetir semejante bromita, esta hoja de acero te hará en dos el corazón.

—¡Por la Madonna, muchacho! ¡Por la Madonna te juro que nunca más volveré a faltarte al respeto!

Oscar Luis se puso de pie.

—¡Levántate!—dijo al malvado, sin hacer caso de sus palabras.

Aturdido aún por los golpes recibidos, el siciliano se enderezó.

—¡Qué modo de portarte, muchacho!—masculló—. Al fin y al cabo, yo no tenía el propósito de hacerte el menor daño.

—¡Fuera de aquí, truhán!—ordenóle el joven monarca, abriendo la puerta de la cabina—. ¡Fuera!

Y le dió un puntapié tan fuerte, que el siciliano cayó rodando como una pelota a través del pasillo. En seguida Oscar Luis cerró la puerta de la cabina, pasando el cerrojo.

—¡Ah, maldito!—rugió el contramaestre, levantándose del suelo y mordiéndose los puños de rabia—. ¡No llegarás vivo a Esmirna! ¡Puedes estar seguro!

Y se alejó hacia el centro del buque, dando tumbos por el pasillo, mientras el buque crujía siniestramente, saltando sobre las olas como una mísera cáscara de nuez.

* * *

A la mañana siguiente, habiendo amainado bastante el temporal, Oscar Luis se atrevió a salir de su camarote para ir a tomar el desayuno en el comedor.

Estando a solas con Máximo, con quien había intimado ya bastante, le refirió la aventura que durante la noche había tenido lugar en su camarote entre el contramaestre y él.

El polaco palideció al escucharle, y cuando Oscar Luis terminó de hablar, exclamó lleno de terror:

—Pero, ¿qué ha hecho usted? Ese siciliano es hombre

que no perdona la menor ofensa, y además, hay a bordo del "Hércules" una media docena de sus paisanos tan fieros como él y que le obedecen ciegamente.

—Le aseguro a usted, Máximo, que ni ese canalla ni sus paisanos me inspiran temor alguno.

—¡Oh! Yo le creo a usted valiente hasta la locura; pero tratándose de gentes de horca y cuchillo como esos sicilianos, el valor de poco sirve... Si le atacan a usted será a traición. Viva, por lo tanto, prevenido.

—Lo que ha de suceder no me inquieta; en cambio, me satisface mucho haber propinado una paliza a ese granuja, que quiso abusar de mí creyéndome un mozo débil e inexperto.

—Viva usted prevenido—repitió Máximo—. No le digo más...

A pesar de la confianza que Oscar Luis tenía de su valor, y sentir verdadera repulsión en lo que concernía a la bravura y temeridad del siciliano, no creyó prudente desatender el consejo del camarero mientras le tocase estar a bordo de aquel vapor mercante.

Durante el día llevaba siempre oculto entre las ropas el enorme cuchillo del contramaestre, única arma de que disponía para defenderse, y por la noche, al retirarse a su camarote, pasaba el cerrojo a la puerta y metía aquel cuchillo bajo su almohada.

Tres o cuatro veces se había encontrado con Pietro Scallamare en pasillos del buque o en el puente, y siempre el contramaestre le había saludado con una sonrisa de hombre sumiso y respetuoso, sin añadir a esto una sola palabra. Pero Oscar Luis sospechaba, y con razón, que bajo aquella sonrisa debía bullir un odio feroz, un ansia salvaje de "vendetta". En otras ocasiones, al pasearse por el puente del barco, y al pasar delante del grupo de marineros desocupados que fumaban al sol, había podido observar que aquellos que Máximo le había

indicado como paisanos del contramaestre le dirigían miradas torvas, preñadas de siniestras amenazas.

Llegaron, por fin, a la isla de Creta, en cuyo puerto el "Hércules" permaneció dos días entregado a operaciones de carga y descarga. Oscar Luis aprovechó el tiempo de que disponía en recorrer los pintorescos alrededores de Candía, la ciudad capital de la isla, situada, como es sabido, en su costa septentrional, con un pequeño puerto que está al abrigo de los fuertes vientos del norte, defendido además por una fortaleza.

* * *

Partieron de Creta un sereno atardecer de mediados de Diciembre, proa a la costa occidental del mar Egeo.

Al cerrar la noche, una hermosa luna llena iluminó con su blanca luz la quieta superficie del mar, sobre el cual navegaba el "Hércules" con su lenta y pesada marcha, sin el más leve balanceo.

Terminada la cena, los tripulantes del barco que no estaban de servicio subieron al puente a fumar sus pipas para gozar de la templada temperatura de la hermosa noche, y otros, menos dados a la contemplación de los espectáculos de la naturaleza, sentados en el suelo, bajo la toldilla de popa, jugaban a los naipes a la luz de un candil metido en el cuello de una botella.

Oscar Luis fué a sentarse a proa, sobre un rollo de cuerdas, y desde allí, con inquieta mirada, exploraba aquella inmensidad líquida que el "Hércules" debía recorrer para acercarse a las costas de Turquía Asiática y echar anclas en el puerto de Esmirna, la ciudad donde el desventurado rey podría abandonar para siempre el pesado mercantón para tomar un vapor más rápido que lo trasladase a Constantinopla, su verdadera meta de aquel largo viaje.

Y Oscar Luis se preguntaba qué estaría haciendo a aque-

llas horas el amigo entrañable a quien iba a pedir ayuda. ¿Qué pensaría Canevari de él, de su rey, que suponía era quien lo había alejado de Istralia sin darle ninguna explicación, sin estrecharle la mano?

¡Oh, cuando el buen marqués le viese aparecer vestido con aquel traje de pana, y tan pobre, tan débil, tan consumido por los acerbos dolores de su alma y de sus carnes!... Lucas creería soñar. ¿Y cuando él le diese cuenta de la verdad, de la espantosa verdad?... Oscar Luis creía ver palidecer hasta la roja y desmesurada nariz de Canevari y relampaguear de ira sus ojos, llenos de bondad a la par que de malicia.

Ya de acuerdo con el marqués, Oscar Luis iría con él a Berlín en busca de Eduardo Montespín, el bravo capitán de Coraceros, y entre los tres estudiarían el plan a seguir para desenmascarar a los impostores, arrancarles el secreto del paradero de la reina madre y de María Teresa e imponerles después el correspondiente castigo.

¡María Teresa!

Al pensar en la tierna amada, un hondo suspiro se escapó del pecho del joven soberano.

Si aún vivía la dulce niña, ¡qué lejos estaría de imaginar la dolorosa suerte del verdadero rey de Istralia! ¿Y qué istraliano podía suponer a su verdadero monarca surcando a aquellas horas aquellos mares tan alejados de las costas de su país, sobre un viejo vapor de carga, parte de cuyos tripulantes le odiaban a muerte, rumbo a tierras de otro continente?

Absorbido Oscar Luis en estos tristes pensamientos, no se dió cuenta que las horas pasaban y que todos los marinos que estaban en el puente se habían retirado ya al sollado donde dormían, para descansar de las fatigas de la jornada y estar preparados para afrontar las de la siguiente.

Todos los ruidos habían cesado a bordo, y no se oía otro rumor que el que producía la hélice al remover el agua dentro de la cual giraba incesantemente.

La luna, desde en medio del firmamento, parecía señalar al "Hércules" su ruta, reflejando sobre el mar una ancha y larga franja de plateada luz. Y Oscar Luis, como si su espíritu se complaciese con aquel silencio y con aquella soledad, seguía pasando revista con su mente a las páginas negras de la tragedia de su vida de rey.

En tales circunstancias, no se dió cuenta de que tres hombres, que acababan de surgir de una escotilla, se le acercaban por detrás, arrastrándose por el puente.

Al llegar a unos cinco pasos de donde el desventurado se encontraba, los tres sujetos aquellos se pusieron de pie y de un salto cayeron sobre él, derribándole en el suelo. Oscar Luis quiso defenderse, pero los brazos de aquellos canallas lo sujetaban con tanta fuerza, que se vió impedido de hacer el menor movimiento. Entonces intentó gritar, llamar a alguien en su ayuda; pero una mano velluda y áspera le tapó oportunamente la boca.

En un par de minutos, durante los cuales el joven monarca no dejó de hacer esfuerzos sobrehumanos por desembarazarse de sus enemigos, se encontró atado de pies y manos y sólidamente amordazado con una bufanda.

—A la estiba—dijo uno de aquellos miserables, en siciliano.

Cogiéndole entre los tres, lo arrastraron hasta la escotilla de la cual habían salido poco antes, y desde allí lo bajaron al fondo de la estiba, donde a la mortecina luz de un candil, Oscar Luis pudo ver al contramaestre rodeado de otros tres hombres que parecían esperarle, sentados sobre unos fardos de mercancías.

* * *

—¡Al fin!—exclamó Pietro Scallamare poniéndose de pie y dirigiendo al prisionero, que sus cómplices acababan de de-

positar en el suelo, una mirada rebosante de triunfo—. ¡Al fin podré salirme con la mía!

—¡Perro! ¡Cobarde!—rugió Oscar Luis tras la mordaza—. ¡Sólo las manos libres quisiera tener para darte una lección como la de la otra noche, a pesar de todos estos canallas que te rodean para defenderte!

El contramaestre, como si entendiese estas palabras ahogadas por la mordaza, se acercó al impotente prisionero y le dió un tremendo puntapié en un costado del pecho.

Oscar Luis se debatió iracundo entre sus ligaduras.

—Registradlo—ordenó Scallamare a sus paisanos después de descargar otro puntapié sobre su víctima—. Debe tener encima el dinero y el cuchillo que me arrebató la otra noche por medio de un golpe dado a traición. Más que el dinero, me interesa mi cuchillo, que es un trofeo demasiado precioso para este maldito.

Los seis granujas se precipitaron sobre Oscar Luis, y en un abrir y cerrar de ojos arrancaron de entre sus ropas el cuchillo del contramaestre y el fajo de billetes del que éste no había podido apoderarse hasta entonces.

Guardóse Scallamare el dinero y contempló con fruición su recuperado cuchillo, haciendo sonar la hoja de acero con la uña de su dedo pulgar.

—¡Bravo!—exclamó en seguida lleno de contento, volviéndose a sus hombres y a su víctima—. Poned ahora de pie a ese miserable, paisanos míos.

Cortaron las cuerdas que sujetaban las piernas de Oscar Luis y lo pusieron de pie; pero las rodillas del desgraciado se doblaron, resentido probablemente por los puntapiés brutales que acababa de aplicarle el contramaestre, y cayó al suelo.

—¡Arriba! ¡Levantadlo!—exclamó Scallamare.

Volvieron los sicilianos a levantarle, y para que no cayera, lo apoyaron de espaldas contra uno de los tabiques de hierro de la estiba.

Esta vez, Oscar Luis consiguió mantenerse firme sobre sus piernas.

—¿Ves este cuchillo?—le dijo entonces el contramaestre acercándosele con la enorme arma en las manos—. ¿Lo ves?

El prisionero no hizo ningún movimiento. Sus ojos estaban fijos en el canalla, y expresaban más ira que miedo.

—Este es el cuchillo que me has arrebatado hace seis noches y que prometiste hundir en mi cuerpo si me permitía gastarte otra broma como aquélla—siguió diciendo el forajido en un tono sarcástico que regocijaba a sus cómplices—. Un siciliano, criatura, no olvida así como así los golpes que se le infieren y los insultos que se le dirigen.

Se interrumpió, lanzando una carcajada, y volviéndose a sus paisanos, agregó:

—Camaradas, ¿qué merece un hombre que ataca a traición a un siciliano y le amenaza con su propio cuchillo?

—¡La muerte!—exclamaron todos a coro.

—¿Has oído?—inquirió el contramaestre dirigiéndose a Oscar Luis, que seguía imperturbable frente a aquellos siete malvados—. Se te condena por unanimidad: la muerte. Pero lo que falta saber ahora es qué clase de muerte se te debe imponer. Proponed, paisanos míos.

—La plancha—dijo uno.

—El degüello—agregó otro.

—Ahorcado en el mástil—manifestó un tercero.

—Lo más agradable sería meterle dentro del horno de la máquina—propuso un cuarto.

—O cortarle la lengua y ponérsela en las manos—opinó un quinto bandido.

—¿Y por qué no meterlo dentro de la chimenea para que se ahogue y arda como una centella?—inquirió el que no había hablado hasta entonces?

Pietro Scallamare impuso silencio con un gesto, y dijo:

—Observo, camaradas, que si hubo unanimidad en la sentencia, no la hay, en cambio, respecto al procedimiento de

cumplirla. Si he de ser franco, nada de lo que acabáis de proponer me desagrada; pero, ¿los riesgos? Unicamente condenándole a la plancha o al degüello podrían evitarse. Pero ya sabéis que los condenados a la plancha mueren dentro del mar, y por consiguiente, nos veríamos privados de deleitarnos con la agonía de nuestro ajusticiado. Queda el degüello, pero el degüello es... ¿cómo diré?... una pena demasiado... vulgar, ¿verdad, camaradas?

—¡Bien dicho!—exclamó uno de aquellos forajidos.

—¡Bravo por el discurso!—aplaudió otro.

—No sabía —murmuró un tercero— que Pietro Scallamare tuviese tanta facilidad de palabra—. ¡Habla mejor que un abogado, sangre de la "Madonna"!

Alentado con estas manifestaciones, el contramaestre prosiguió:

—Colgarlo en el mástil sería una pena magnífica; pero, ¿y el vigía, que no es de los nuestros, paisanos míos?... Meterlo en la chimenea es una pena más magnífica todavía; mas nos encontramos otra vez con el caso del vigía... ¿Arrojarlo dentro del horno? ¡Proposición grandiosa! Mas, ¿cómo hacer guardar silencio al maquinista, a sus ayudantes y a los fogoneros?

—¿Y lo de cortarle la lengua y ponérsela en las manos?— inquirió el que había formulado esa sangrienta proposición.

—No está mal, no está mal, hijo mío—respondió el contramaestre—. Pero para eso sería preciso cortarle la mordaza, y mientras tanto, el maldito puede gritar y su grito oírse en el puente y llegar a las orejas del piloto... ¿Comprendéis ahora las dificultades que se oponen al cumplimiento de vuestras propuestas?

Todos hicieron una seña de asentimiento.

—Ahora propondré yo, paisanos míos. Es muy nuestra la frase que dice: "Ojo por ojo, diente por diente". Este joven me amenazó con hundirme en el cuerpo mi propio cuchillo si llegaba a fastidiarle con otra broma. ¿Por qué no

pagarle con la moneda que me tenía destinada? La cosa se pasa de justa, camaradas.

—¡Muy bien!—exclamaron a un mismo tiempo los seis canallas, quizás más por adulación que por convencimiento.

—Le sepultaré en el pecho toda la hoja de mi cuchillo, partiéndole el corazón en dos pedazos. Cuando haya entregado su alma al diablo, cogeréis su cadáver, lo sacaréis de la estiba y lo arrojaréis al mar, limpiando en seguida la sangre que quede en este sitio. Mañana, cuando el capitán pregunte por él, le diré que se ha tirado al agua por su propia voluntad o que se ha quedado en Candía.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—repitieron los seis sicilianos con grandes demostraciones de regocijo.

—Apartaos todos—dijo el contramaestre avanzando hacia el prisionero, que seguía inmóvil, apoyado de espaldas al tabique de la estiba.

Los seis granujas retrocedieron unos pasos para dejar mayor espacio al contramaestre.

Y una vez delante del prisionero, le dijo:

—Voy a matarte.

Los ojos de Oscar Luis se clavaron en el canalla con aguda fijeza, sin demostrar el menor espanto.

—Por lo visto, no tienes miedo a la muerte—agregó Scallamare estupefacto ante tanta inmovilidad, ante tanta sangre fría.

Los otros seis canallas, impresionados también por la actitud del prisionero, observaban a éste y al contramaestre con los ojos desmesuradamente abiertos, esperando con ansiedad el momento que el enorme cuchillo abriese ancha brecha en aquel valeroso pecho juvenil.

—Reza, si quieres — murmuró Scallamare con el arma pronta a herir.

Oscar Luis hizo con la cabeza una seña negativa.

—A la una...—dijo el contramaestre, con el cuchillo en alto—, a las dos...

Pero antes de que tuviese tiempo de descargar el golpe mortal, un fuerte estampido retumbó dentro de la estiba, y el forajido retrocedió unos pasos, dejando caer el arma que empuñaba, y se desplomó en seguida ante sus cómplices con un gran bramido de dolor.

Estos, al verle tan malparado y temiendo correr su misma suerte, se lanzaron hacia la escalerilla de hierro de la estiba, y cogidos a ella, como un racimo humano, pretendieron ganar la escotilla, cuando una voz de acento autoritario, que todos conocían muy bien, gritó tras ellos:

—¡Alto! ¡Al primero que intente salir de aquí, le alojaré una onza de plomo en la cabeza!

—¡El capitán!—exclamaron, dejándose caer de la escalerilla a la cual estaban colgados—. ¡El capitán!






CAPITULO XXII

## En Constantinopla



L mismo tiempo, Oscar Luis veía salir de entre los fardos de mercancías amontonados en la estiba a un marino de ojos claros y rubia barba, que empuñaba en la diestra la pistola con la cual había hecho el disparo que había herido en la espalda al contramaestre.

Era el capitán del "Hércules".

Detrás del capitán apareció el primer oficial del buque, y detrás del primer oficial, Máximo, el camarero del comedor.

El buen polaco fué el primero en acercarse al joven rey de Istralia.

—¿Está usted herido?—le preguntó cariñosamente.

Oscar Luis contestó haciendo un gesto negativo.

—¡Ah!—exclamó entonces Máximo, exhalando un hondo suspiro—. ¡No se imagina usted el momento terrible que he pasado al ver al contramaestre en disposición de clavarle el cuchillo en el pecho!



*...con un lápiz trazaba disimuladamente signos en una hojita de papel.*

El joven debió sonreír detrás de la mordaza al escuchar estas palabras.

Entretanto, el capitán del buque decía al primer oficial, que se había detenido delante del contramaestre:

—Llame usted al mayordomo y a unos cuantos marineros para que recojan a este miserable y lo lleven detenido a la enfermería. Luego ajustaremos las cuentas con sus seis paisanos.

Mientras el primer oficial se dirigía hacia la escalerilla para salir a cumplir la orden de su superior, el herido y sus seis cómplices, pronunciando palabras de excusa, empezaron a deshacerse en súplicas ante el capitán; pero éste, sin escucharles, apartó violentamente a los que le estorbaban el paso y se acercó al prisionero, a quien Máximo acababa de quitar la mordaza y de cortarle las cuerdas que aprisionaban sus manos.

* * *

—Señor capitán—dijo Oscar Luis con voz débil—; no olvidaré nunca que me ha salvado usted la vida.

El marino respondió, estrechándole la mano:

—Los valientes como tú, muchacho, se lo merecen todo, ¡vive Dios! ¿En qué fuente has bebido tanto valor?

—No me asusta la muerte, señor capitán. Eso es todo.

—Lo he visto, muchacho, lo he visto. Eres de hierro o de algo más duro todavía. No te he visto pestañear ni una sola vez siquiera ante el cuchillo de ese bestia de contramaestre.

El joven monarca sonrió y preguntó en seguida:

—Pero, ¿cómo ha podido usted llegar tan a tiempo, señor capitán?

—Gracias a Máximo. El vino a avisarme que corrías peligro, y entonces, acompañados los dos del primer oficial, entramos en la estiba inmediata, que se comunica con esta por un boquete, y ocultos tras esos fardos hemos escuchado tu sentencia de muerte.

—Ha sido un espectáculo gracioso, ¿verdad?—dijo Oscar Luis, sin que de sus labios se borrara su leve sonrisa—. Si yo hubiese tenido las manos libres, se hubiese usted divertido un rato.

—¡Leoncillo!—exclamó el capitán—. Con un temperamento como el tuyo se puede llegar a cualquier parte. ¿Por qué no te haces marinero y te quedas a bordo del "Hércules"? Para empezar, te pagaré cien francos mensuales, aparte la alimentación.

—Se lo agradezco con toda mi alma, señor capitán; pero no puedo permanecer a bordo de su barco más que hasta Esmirna.

—¿Qué vas a hacer en esa ciudad?

—Colocarme en casa de un pariente de mi madre.

—¿Un istraliano como tú?

—Sí, señor capitán.

—¿Y tan bravo como tú, quizás?

—No tengo el honor de conocer a mi pariente, señor capitán.

—Bien; de alguna manera quiero yo expresarte mi admiración y desagraviarte de lo que ha ocurrido, y lo haré devolviéndote los doscientos francos que has pagado por tu pasaje desde San Francisco hasta Esmirna.

—Trescientos francos son los que he pagado, señor capitán.

—¿Cómo es eso?—exclamó el marino—. Yo mandé que te cobrasen nada más que doscientos francos.

—Pues trescientos son los que me exigió el contramaestre.

—¡Entonces ese canalla te ha robado cien francos!

—Y un fajo de billetes de mil seiscientos francos que tiene en el bolsillo y que también intentó quitarme hace seis noches en mi camarote, recibiendo con tal motivo una soberbia paliza.

—Pietro Scallamare y sus seis cómplices pagarán con creces las fechorías que vienen cometiendo a bordo desde hace

cierto tiempo sin que nadie se atreviese a denunciarlos hasta hoy por temor a su venganza. Ahora, si estás con humor de ello, acompáñame al comedor, donde Máximo nos servirá una botella de ese buen vino de Candía, que beberemos a tu salud. Disfruto agasajando a los valientes.

Durante el tiempo que duró esta conversación, varios marineros, acompañados por el primer oficial y el mayordomo, habían recogido del suelo al contramaestre, para ir a encerrarlo en la enfermería, después de lo cual volvieron en busca de sus seis cómplices, a quienes metieron en el calabozo, del que no debían salir hasta llegar a Esmirna, donde serían puestos a disposición de las autoridades de aquella ciudad.

* * *

Tres días después, al despertar Oscar Luis por la mañana, advirtió que el "Hércules" navegaba más lentamente que de costumbre. Saltó de la litera, y al ir a mirar por el cristal del ventanillo del camarote, una exclamación de júbilo se escapó de su pecho.

Distinguió un muelle de gran longitud, al cual se hallaban atracadas infinidad de embarcaciones grandes y pequeñas, y más allá del cual extendíase, destacándose de un fondo montuoso, una ciudad de blanquísimos edificios y altos minaretes.

—Esmirna—murmuró.

Y vistiéndose con toda rapidez, subió al puente.

Allí encontróse con Máximo. La cara del joven polaco estaba radiante.

—Hemos llegado—le dijo.

—Sí; ya era tiempo—murmuró Oscar Luis, paseando su vista sobre la ciudad.

Y agregó con impaciencia:

—¿Cuándo podremos bajar a tierra?

—Esperemos que el barco atraque. Hay allí un velero que

le estorba la maniobra, y el piloto tiene que aguardar a que un remolcador lo retire del paso.

—¡De buena gana haría yo astillas a ese maldito velero!

Máximo se echó a reír. La impaciencia del joven le resultaba cómica.

Luego dijo, mientras Oscar Luis seguía observando la ciudad, tan alegre bajo el baño del sol matutino:

—A los sicilianos les hará muy poca gracia haber llegado a Esmirna. El capitán ya debe haber avisado por radio a las autoridades lo ocurrido a bordo, y tan pronto el buque atraque subirán los gendarmes a hacerse cargo de esta banda de bribones.

—¡Ojalá no los suelten en todos los días de su vida! Pero, ¿ve usted a su mujercita entre la gente que mira al buque desde el muelle?

—No, no la veo. La pobre Sara no habrá podido enterarse del día de la llegada del buque. Y usted, ¿ve a su pariente?

—Tampoco—respondió el rey, un tanto confuso.

—Es muy lógico que no hayan venido a recibirnos. Nunca se sabe el día de llegada de un buque de carga.

—¿Tiene usted permiso para desembarcar en seguida?

—Sí; el capitán me lo ha otorgado anoche.

—En ese caso, bajaremos juntos y nos despediremos en tierra.

—De acuerdo.

A una distancia de unos cien metros del muelle, el "Hércules" se había detenido, haciendo sonar su sirena para dar prisa a los del velero. Pasados unos quince minutos, que a Máximo y a Oscar Luis debieron antojárseles quince días, el velero, arrastrado por un negro remolcador, se apartó del muelle, y entonces el buque pudo avanzar para efectuar el atraque.

Antes de bajar a tierra, Oscar Luis fué a despedirse del capitán, del primer oficial y otros jefes de a bordo, con los cuales había hecho amistad después de la aventura de la estiba.

El buen capitán, que ya le había hecho devolver el importe del pasaje y los cien francos que Scallamare le había cobrado de más, estrechó afectuosamente la mano al joven, diciéndole:

—Adiós y buena suerte, muchacho. Y no olvides que si algún día te hace falta la ayuda de un amigo, me tendrás a tu disposición. A los valientes como tú no se les puede negar nada.

—Gracias, gracias, señor capitán—contestó conmovido el joven monarca—. No olvidaré nunca el bien de que he sido objeto a bordo de este buque.

* * *

Esmirna, ciudad de Anatolia (Turquía asiática), está situada en la costa occidental del imperio otomano, sobre el mar Egeo, y en el interior de un golfo profundo llamado Golfo de Esmirna.

La ciudad se halla dividida en dos grandes barrios: en la parte alta se encuentra el barrio turco, con sus callejuelas estrechas y tortuosas, sus minaretes, sus bazares y sus viejos palacios de escasa altura y de forma irregular, sumidos en misterioso silencio; y en la baja, se extiende el barrio franco o europeo, que es una ciudad libre, cuya lengua común es el francés, y habitada por extranjeros de todas las nacionalidades. Sus calles modernas son amplias, rectas y bien pavimentadas, y existen en ellas magníficas tiendas y grandes edificios, ocupados por oficinas de las empresas y compañías que se dedican al comercio y a la exportación de los productos del país, tales como la seda, el algodón, lana, pelo de cabra y de camello, cera, higos secos, trigo, frutas, opio, etc. En la actualidad cuenta Esmirna con una población de 250.000 habitantes, y es la principal escala del comercio de la Turquía asiática.

Su fundación data del establecimiento de una colonia de

eolios en la parte que hoy ocupa el barrio europeo. Reedificada por Antígono, llegó a ser la población más hermosa del Asia Menor. Siguió la suerte de toda la Jonia y perteneció al reino de Pérgamo antes de pasar a poder de los romanos en el año 133 antes de nuestra Era. Con toda el Asia Menor, formó parte del Bajo Imperio, y su magnífica situación fué causa de que la tomaran los turcos, la recobraran los griegos y pasara sucesivamente a poder de los caballeros hospitalarios, de los chipriotas, de los venecianos y de las tropas de la Santa Sede en 1344. En 1402, Tamerlán, el gran conquistador tártaro, la arruinó de nuevo, y ha sufrido en diferentes épocas incendios y terremotos. El 10 de Julio de 1685, sobrevinieron juntas ambas calamidades, y en 1845 ardieron cuatro mil casas a la vez, causando un número incalculable de víctimas.

Al pisar tierra, Oscar Luis recordaba perfectamente estos antecedentes históricos de Esmirna, después de haber apreciado su magnífica situación geográfica.

—Y bien—le dijo Máximo—, ¿qué señas son las de su pariente?

—Entremos antes en una cervecería a beber una botella —le contestó el joven monarca—. Nos despediremos brindando por nuestra felicidad.

—Es que yo quería acompañarle hasta la casa de su pariente...

—Aproveche ese tiempo para correr a la de su esposa. He aquí un café de bastante buen aspecto. Entremos, Máximo.

Sentados ante un velador de aquel establecimiento, situado en una calle próxima al puerto, y cuando les hubieron servido la botella de cerveza pedida, Oscar Luis dijo alargando a Máximo un billete de cien francos:

—Acepte usted este dinero y adquiera con él un regalo para su esposa.

Pero Máximo se negó en absoluto.

—De ninguna manera. ¡Cómo voy a aceptar dinero de un hombre tan pobre como yo!

—Es una propina—dijo el joven monarca—. No sólo me ha servido usted, sino que también me ha salvado la vida la noche aquella que caí en manos de los sicilianos.

—No vale la pena recordar eso. Guarde usted su billete si no quiere ofenderme.

—¿Va usted a privarme de una satisfacción?

—¿Y va usted a privarme de otra, pagándome el favor que le he hecho?—replicó Máximo llenando las copas.

—En todas partes hay seres nobles y generosos menos en torno al trono de Istralia—murmuró Oscar Luis en voz baja, guardándose el billete que el polaco se negaba a aceptar.

—¡Brindo por su felicidad en Esmirna!—exclamó éste levantando su copa.

—¡Por la suya y la de su esposa!—respondió Oscar Luis.

Vaciaron las copas, volvieron a llenarlas, y terminada la botella, pagó Oscar Luis el gasto y salieron del establecimiento.

—¿Está lejos de aquí la casa donde vive su esposa?

—A unos doscientos pasos.

—Entonces ya no le detengo; márchese usted.

Máximo pareció titubear.

—Pero, ¿de veras no quiere usted que le acompañe a casa de su pariente?

—No; no quiero robarle ni un momento más. Cualquier transeúnte me indicará el lugar dónde se encuentra ese establecimiento.

—Sea, ya que usted se empeña en ello; pero supongo no será ésta la última vez que hemos de vernos.

—Esmirna no es tan grande, por lo que veo, para que dos amigos dejen de encontrarse a menudo.

—Hasta la vista entonces—dijo Máximo abrazando a Oscar Luis.

—Hasta pronto—murmuró éste, devolviéndole el abrazo.

Y el polaco se alejó de prisa, como si tuviese alas en los pies.

—¡Pobre muchacho!—exclamó Oscar Luis en voz baja.
Y agregó, tomando una dirección distinta a la que Máximo seguía:
—Sin embargo, es más feliz que yo...

* * *

Alojóse Oscar Luis en el Hotel de Lyon, establecimiento de segundo orden, en el cual, al verle sin equipaje y tan modestamente vestido, le exigieron el pago adelantado de su hospedaje, que satisfizo sin protestas, y después de lavarse y tomar su desayuno, salió a informarse del día y hora de partida de los vapores que hacían la travesía hasta Constantinopla.

No tardó en enterarse que dos días más tarde, un vapor de pasajeros de nacionalidad francesa, zarparía del puerto de Esmirna rumbo a la capital del Imperio otomano, y el joven se apresuró a tomar pasaje en él.

Aquel viaje también podía hacerlo en ferrocarril, pero éste, además de ser muy largo y fatigoso, estaba expuesto a toda clase de riesgos, por haberse levantado en armas el interior del país para secundar la revolución nacionalista de Mustafá Kemal contra el sultán.

De manera que, dos días después, una mañana tibia y dorada como la de su llegada a Esmirna, Oscar Luis abandonaba la ciudad para embarcar en el buque que debía llevarlo a los brazos de su amigo Lucas Canevari.

No había vuelto a ver a Máximo, de quien guardaba un recuerdo gratísimo, como del capitán del "Hércules" y demás jefes de a bordo que tan buen trato le habían dispensado después del incidente de la estiba, en el que el joven monarca había estado a menos de un paso de la muerte.

A bordo de aquel vapor francés nada le ocurrió a Oscar Luis que fuese digno de mención durante los tres días que tardó en llegar a Constantinopla. Si grande había sido su alegría cuando al despertar una mañana había visto por el ven-

tanillo de su camarote el puerto de Esmirna y los altos minaretes de la ciudad, ¡imagínese cuál sería la que debió experimentar el desventurado monarca cuando desde la cubierta del vapor francés aparecieron sucesivamente ante su vista, como una visión de ensueño, los arrabales de Galata, de Pera, de Tophanné; el maravilloso barrio de Stambul, en el Cuerno de Oro, a uno de cuyos muelles atracó el buque; las torres de Santa Sofía, el palacio de Constantino, la mezquita de la Sultana Validé y el lejano castillo de las Siete Torres! Había llegado al término de su largo y fatigoso viaje; dentro de pocos momentos iba a abrazar a Lucas Canevari, y desde ese instante su situación se trocaría de perseguido en perseguidor.

Fué uno de los primeros que se precipitó a la pasarela tan pronto dieron orden de desembarcar, entre una muchedumbre de portadores de equipajes, criados de hoteles, "cicerones", mendigos y vendedores de baratijas que gritaban, se atropellaban y gesticulaban como poseídos, en la jerga metropolitana de la ciudad.

Tan pronto se encontró en tierra, se dirigió a un europeo que se paseaba por el muelle observando el pintoresco espectáculo del desembarco, y le preguntó en francés, quitándose respetuosamente el sombrero, el sitio dónde estaba la Legación de Istralia.

—La Legación de Istralia...—murmuró el hombre, como haciendo memoria—. Ya caigo; está en la entrada del barrio de Pera. Para llegar allí tendrá usted que cruzar ese puente.

Y le señaló uno largo y de gran anchura, formado por un piso de tablas sostenido sobre barcas, y por el cual transitaba una abigarrada multitud de turcos con fez rojo, judíos de obscuras vestiduras, armenios de blancos turbantes, griegos de arrogante andar, soldados astrosos, mujeres descalzas con el rostro cubierto hasta la mitad de la nariz y otras envueltas en velos y en sedas, que parecían escapadas de un relato de Gautier, y europeos y europeas de todas las nacionalidades y de todas las categorías.

Oscar Luis dió las gracias a su informante y se dirigió hacia el puente, confundiéndose al poco tiempo entre el gentío cosmopolita que por él transitaba.

* * *

Ya al otro lado del puente, tuvo que volver a informarse del camino que debía seguir, y topó con un italiano que se ofreció a acompañarle hasta la misma puerta de la Legación.

Efectivamente, ésta estaba situada en la entrada del hermoso barrio de Pera. Era un edificio de dos pisos, de arquitectura moderna, y sobre el cual flameaba la bandera del reino de Istralia.

Al distinguir sus colores en la indecisa claridad del crepúsculo, Oscar Luis experimentó una emoción indecible. ¡De buena gana hubiera besado aquel pedazo de trapo que le traía a la mente tantos recuerdos!

Despidiéndose del amable italiano, llamó a la puerta de aquel edificio. Un portero corpulento y de aspecto marcial que hablaba con marcado acento griego, salió a recibirle.

—¿Qué desea usted?—le preguntó no de muy buenas maneras.

—Ver al señor ministro de Istralia.

—Estas no son horas de venir a ver a su excelencia.

—Soy istraliano—dijo Oscar Luis.

—¡Como si fuese usted de la China!—replicó el imponente portero.

—No se puede atender mejor a los istralianos en nuestras Legaciones del extranjero—pensó con ironía Oscar Luis.

Y dirigiéndose al portero, agregó:

—Soy un amigo personal del señor ministro. Haga, por lo tanto, el favor de anunciarle mi visita.

—¡Imposible! Su excelencia no quiere recibir a nadie.

El joven monarca empezaba a perder la paciencia. ¡Venir

de tan lejos para ser objeto después de semejante recibimiento!

—Pero, ¿está en la Legación el señor ministro?

—Se encuentra en sus habitaciones particulares del primer piso.

—¿De modo que no quiere usted permitirme que lo vea hoy?

—Esa es la orden que tengo.

Oscar Luis apartó bruscamente al portero para internarse en el edificio; pero el hombretón, así que comprendió su propósito, empezó a dar desaforadas voces y a cerrar el paso a aquel desconocido poniéndole delante la mole de su cuerpo.

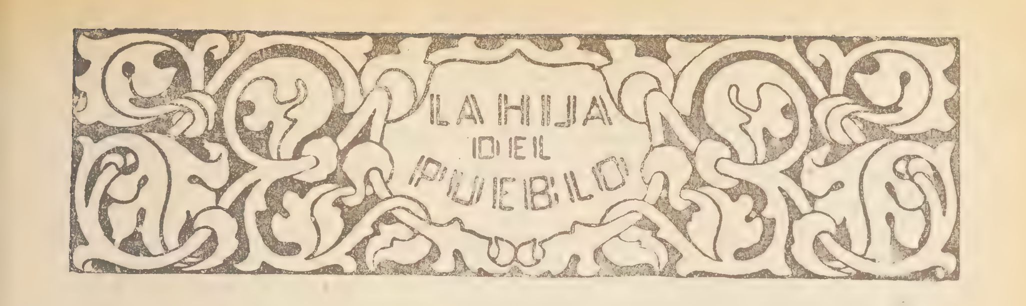
—¡Paso!—exclamó Oscar Luis con acento amenazador.

—¡Salga usted! ¡Bandido! ¡Bandido!

Un certero puñetazo del rey de Istralia hizo rodar al portero hasta los pies de la mesa que ocupaba el centro del vestíbulo, y se precipitó hacia la escalera que conducía a los pisos altos, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Canevari!... ¡Canevari!... ¡Amigo mío! ¿Dónde estás? ¡Canevari!... ¡Lucas!






## CAPITULO XXIII

### El marqués entre los turcos

LUCAS Canevari llegó a Constantinopla más amargado que la misma hiel.

En primer lugar, la conducta incomprensible de Oscar Luis al enviarle tan lejos de Istralia, le tenía decepcionado, estupefacto y fuera de sus casillas.

Luego, al pensar que había abandonado San Francisco sin poder tener ni una breve conferencia con el soberano, cosa que le estaba concedida a todos los representantes del reino en el extranjero, su decepción le llevaba a indignarse, no sólo contra Oscar Luis, sino contra el trono que ocupaba, contra los Nazari y contra su misma sombra.

¿Así le pagaba aquel jovenzuelo su fidelidad, su cariño, sus sacrificios por la dinastía, que él, Canevari, había puesto de relieve en tantas circunstancias?

El rey arrojaba de su lado a sus fieles amigos, a sus verdaderos amigos, y otorgaba, en cambio, toda su confianza a un

malandrín como el conde Federico, que parecía haber monopolizado no sólo la voluntad del soberano, sino también la de la reina madre.

—He visto en el mundo calamidades—se decía Lucas suspirando—, pero como esta de que somos víctimas injustamente Montespín y yo, no he creído nunca que pudieran producirse.

Y agregaba:

—Por mi parte, hubiera preferido un destierro real a este destierro aparente a que me condena mi ingrato soberano, en este país convulsionado por luchas internas de carácter político y religioso, y habitado por salvajes que en el momento menos pensado nos degüellan a todos los europeos y levantan con nuestras cabezas una pirámide en la orilla del Bósforo.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Quieras que no, el buen marqués se hallaba en Turquía, separado de su rey, de su amigo Montespín, de su hogar confortable de San Francisco y de sus diversiones predilectas.

Se aburría en Constantinopla, donde los representantes de las otras naciones europeas vivían entregados desde el fin de la guerra a una actividad poco común.

Jamás había sentido Canevari predilección por la diplomacia ni por la política, y los problemas que quitaban el sueño a los ministros de las otras potencias en la capital del Imperio otomano, le tenían a él sin cuidado.

¿Que Inglaterra negociaba en secreto con Mustafá Kemal? ¿Que Francia apoyaba al sultán? ¿Que Grecia tenía aspiraciones en Anatolia? ¡Al diablo con Mustafá Kemal y todos sus paisanos! ¡Al diablo con Grecia, con Francia y con Inglaterra! A Istralia no le interesaba nada de todo aquello, y menos que a Istralia a su ministro acreditado ante la Sublime Puerta.

Para Canevari, la Legación de su país en Turquía no tenía otra razón de ser que la de servir para confinar en ella a los

desgraciados istralianos a quienes su majestad retiraba su confianza.

Su ánimo no podía haber estado más deprimido el día que puso los pies en aquella Legación, a cargo, a la sazón, del canciller, un tal Miguel Revolik, istraliano de origen judío, ingresado hacía muy pocos años en la carrera diplomática; hombre soltero, de regular estatura, de bigote cortado a la inglesa y de empaque rígido, con su reluciente monóculo. Miguel Revolik recibió al nuevo ministro con una amabilidad muy bien afectada, le dió cuenta minuciosa de la situación diplomática del endemoniado país en el que Canevari debía representar los intereses de Istralia y de los istralianos, y se puso en seguida al habla con los ministros del sultán para preparar la ceremonia de la presentación de las cartas credenciales. Esta ceremonia se había celebrado apresuradamente, aunque con gran pompa, en el palacio del soberano turco, unos diez días antes de la llegada de Oscar Luis a Constantinopla.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

El aspecto de la antigua Bizancio reanimó un tanto al contristado marqués cuando ya llevaba viviendo una semana en ella. Después de todo, Constantinopla no era la ciudad hostil e impía que él se había imaginado antes de conocerla: la ciudad de los fieros musulmanes que sólo se dedicaban a cortar el cuello a los cristianos y a quemar vivos a los pobres armenios. Edificada, como Roma, sobre siete colinas, la vieja Stambul se ofrecía a sus ojos magnífica, casi fantástica, con la fastuosa elegancia de sus edificios, como los palacios de la Sublime Puerta, en el Cuerno de Oro, el Serrallo, la mezquita de Ahmed, la Nuvi Osmanih, la inmensa de Solimán el Magnífico, la torre de Galata y centenares más de templos, alminares y columnas diseminados en planos sucesivos y en una vasta perspectiva llena de encantos. Luego, por dentro, si bien no era todo lo agradable que su maravillosa vista desde la entrada del Bósforo hacía comprender, tenía, no obstante, calles que

nada podían envidiar a las buenas de San Francisc o, y lugares, como muchos del barrio de Pera, en los que uno podía creerse en cualquier rincón de París o de Londres.

Luego los turcos, a medida que los fué tratando, dejaron de parecerle los entes feroces, devoradores de cristianos, como él se los había imaginado siempre. Los encontró afables, ceremoniosos, conocedores de las reglas de la etiqueta occidental y, por cierto, mucho más simpáticos que una buena parte de los torvos diplomáticos acreditados ante la Sublime Puerta. Luego descubrió que el fez, aquel gorro rojo, alto como la copa de una chistera, que usaban todos los otomanos, militares y paisanos, desde el sultán al último de sus eunucos, les quedaba muy bien en sus cabezas de brillante y renegrido pelo y desmesurados mostachos. Pero lo que verdaderamente le encantó e intrigó profundamente a la vez, fueron las turcas. Cada vez que Canevari veía pasar a una de aquellas mujeres envueltas en amplias sedas y flotantes velos, cubierto el rostro hasta los ojos, unos ojos que expresaban todo lo que les estaba prohibido decir a los labios, unos ojos que se abrían para mirar al extranjero como dos grandes flores de terciopelo llenas de luz, y que dejaban tras de sí un perfume misterioso de esencias exóticas, sentía que el alma se le escapaba del cuerpo para volar tras ellas.

¡Ah, las turcas, las turcas! Eran el demonio de la tentación. Y entonces Canevari sentía envidia de los "padichás", que podían tener tantas mujeres como pudiesen alimentar, y hasta del gendarme que montaba la guardia en la esquina de la calle, y le daban tentaciones de hacerse musulmán y salir a la calle con el fez sobre su redonda cabeza y tener un serrallo en el arrabal de Galata...

De tanto en tanto, solía surgir en la mente de Lucas Canevari una imagen de mujer que le obligaba a hacer examen de conciencia y a arrepentirse de aquellos arrebatos de sensualismo exótico.

Esto ocurría cuando pensaba en la vida del joven soberano

antes de ceñir la corona de Istralia, y se le presentaba vestido de estudiante, camino de la casita del barrio de San Germán. El, Canevari, y Eduardo Montespín, acompañaban a Oscar Luis fingiéndose también estudiantes, y mientras el heredero del trono decía lindezas en los oídos de su amada y el capitán de Coraceros bostezaba mirando las estrellas por la ventana del comedor, Lucas fijaba su atención en la hermosa viuda, tan discreta, tan elegante en medio de su sencillez sin remilgos, tan simpática...

¡Oh, la señora Genoveva!

¿Pensaría en él alguna vez? ¿Tendría en la mente las frases de galantería, ungidas de ternura, que le había dirigido? ¡Quién sabe! Era él tan feo, con aquel cuerpecillo rechoncho, su voz chillona y su roja y desmesurada nariz!

¡Qué mala idea había tenido Oscar Luis I al enviarle tan lejos de la apetecible viuda, precisamente cuando ésta le honraba con unas miradas cargadas de promesas, que Canevari había recogido y guardado en el cofre cálido de su alma.

Decididamente, la coronación de Oscar Luis le había traído desgracia. Tan grande había sido su malhumor al enterarse de la resolución del rey de enviarle con toda precipitación a ponerse al frente de la Legación de Constantinopla, que había partido de San Francisco sin despedirse siquiera de la hermosa viuda.

Varias veces el marqués tuvo tentaciones de escribirle pidiéndole perdón y declarándole su amor; pero al reflexionar ahogó esas tentaciones. ¿Para qué? Estaba ella tan lejos; se conocían tan poco. Si algún día Oscar Luis se arrepentía de su injusta resolución y le llamaba de nuevo a su lado, entonces habría llegado el momento de visitar a la señora Genoveva, descubrirle quién era él en realidad y poner a sus pies su corazón, su título y su fortuna.

Pero mientras tanto...




## CAPITULO XXIV

### El canciller

MIGUEL Revolik llevaba viviendo cinco años en Constantinopla cuando el marqués Lucas Canevari llegó a esa capital a hacerse cargo de la Legación istraliana.

Habitaba en una agradable casita situada en el mismo barrio de Pera, a una distancia de doscientos metros de la Legación.

Hombre insensible a todos los encantos que atesoraba la gran ciudad, sólo se preocupaba de realizar los planes que le dictaba su ambición desmedida.

Se había fijado una meta: llegar a embajador, y trataba de escalar esa alta cumbre arrastrándose con su cautela y tenacidad de judío.

Ya había andado bastante. A los veinticinco años, cuando fué inscrito en el escalafón diplomático, era Miguel Revolik un simple secretario de Consulado de segundo orden. En la

actualidad, o sea siete años después, ocupaba ya el puesto de canciller. Verdad que aún le faltaba recorrer un gran trecho para llegar a la cúspide soñada, pero se sentía lleno de energías, y lo que es más importante, dispuesto a todo.

Al renunciar el antecesor de Canevari a su cargo de ministro en Constantinopla, Miguel Revolik había desplegado toda suerte de mañas y ardides para que fuese designado él para ocupar la vacante del dimisionario, y cuando ya se creía a punto de salirse con la suya, un cablegrama del ministro de Relaciones Exteriores de Istralia vino a enterarle del nombramiento del marqués Lucas Canevari para llenar la vacante de la Legación.

Revolik sufrió una de las mayores contrariedades de su vida.

Calmada su exasperación, reflexionó: ¿Quién era aquel marqués Lucas Canevari que nombraban para ministro de Istralia ante la Sublime Puerta? El canciller conocía al dedillo los nombres de todos los diplomáticos istralianos, sabía de sus virtudes, de sus debilidades, de sus vicios, pero de aquel marqués Canevari no recordaba haber oído hablar nunca.

Un empleado istraliano de la Cancillería, tan ambicioso como su principal, le sacó de dudas. El marqués Canevari era nada menos que uno de los amigos más íntimos del heredero de la corona de Istralia; pero lo que no podía explicarse era por qué motivo, al ser Oscar Luis proclamado rey, prescindía tan bruscamente de aquel amigo, enviándole a ocupar una Legación tan lejos de su país.

—Algo debe haber ocurrido entre el soberano y ese marqués—dijo Revolik.

Y en su ánimo se formó el propósito de sacar el mejor partido posible de aquella situación turbia.

Estudiaría a Canevari, lo vigilaría con atención profunda. Si el marqués era enemigo del rey, no tardaría el canciller en encontrar una ocasión para acabar de perderle y quedarse él, definitivamente, al frente de la Legación.

Animado por tan sanas intenciones recibió Miguel Revolik al nuevo ministro de Istralia ante la Sublime Puerta.

Canevari, preocupado por la acción injusta de su soberano, no podía adivinar los planes que abrigaba el canciller, que le trataba con una afabilidad tan digna y respetuosa, ni reparaba tampoco en la estrecha observación de que le hacía objeto, tratando muchas veces de provocar conversaciones en las que el marqués se viese en la precisión de opinar sobre el joven monarca.

Si Revolik esperaba oír a Canevari proferir palabras insultantes o de censura acerca del proceder de Oscar Luis I, se engañó lastimosamente. El marqués no sabía cómo elogiar a su joven soberano ni de qué manera hacer resaltar sus virtudes.

—No obstante—insinuó cierta vez el pérfido—, parece que su majestad no se portó con vuestra excelencia del modo que debía hacerlo.

Lucas exhaló un gran suspiro, se encogió de hombros y respondió confiadamente:

—Oscar Luis I es un hombre de probada bondad, como todos los Nazari; algún día reconocerá su error y entonces me llamará a su lado.

Revolik se mordió los labios y cambio de conversación.

***

Al mismo tiempo que el canciller pensaba en la manera de desembarazarse del marqués, esforzábase por todos los medios posibles para granjearse su confianza.

Lucas, que entre otros muchos defectos propios de los hombres buenos tenía el de ser confiado, mostrábase ufano y agradecido a las atenciones del canciller, a quien invitaba con frecuencia a su mesa y a dar largos paseos por la ciudad y sus alrededores en el automóvil de la Legación.

Lucas quería distraerse a toda costa para olvidar las amarguras que rebosaban de su alma, y para ello el canciller era un excelente compañero de excursión. Buen conocedor de la ciudad, del idioma y de sus costumbres, proporcionaba a Canevari diversiones que tenían el encanto de su exotismo. Ocultos lugares de placer, para llegar a los cuales era preciso dar varias veces el santo y seña a centinelas de aspecto feroz que detenían a los visitantes poniéndoles en la garganta la punta de una curva daga; "cabarets" al estilo occidental, que ocupaban edificios grandes como palacios, en los que se bebía champaña y se fumaban cigarillos legítimos del Cairo; barcos engalanados con preciosos tapices, templos flotantes de Venus, que recorrían el Bósforo durante toda una noche, mientras una nutrida orquesta situada en el entrepuente matizaba la bacanal con pausadas melodías; antros de lenocinio frecuentados por bandidos de la peor especie, que desnudaban a las esclavas rasgándole los vestidos con sus puñales y las poseían a la vista de todos entre alaridos delirantes; extrañas funciones religiosas en mezquitas donde el extranjero sólo podía arriesgarse a entrar disfrazado, sobornando a algún guardián que declaraba no responder por su vida, etc., etc.

Pero todas esas distracciones por las cuales había de pagarse un determinado precio, siempre crecido, no conseguían disipar el "splen" del bueno de Canevari. Después de haber pasado por todas ellas, auscultó su alma y la encontró tan cargada de amargura como lo estaba el día de su llegada a la capital del Imperio otomano.

—Es inútil, me aburro soberamente en esta ciudad—decía al canciller—. Las diversiones de Constantinopla no son mejores que las de San Francisco, las de Milán o las de París. Verdad que éstas tienen el atractivo de lo exótico; pero la influencia de ese atractivo deja de sentirse inmediatamente de recibidas las primeras impresiones... La vida aquí se hace imposible pasados los primeros ocho días en los que uno ha visto cuanto de notable existe; pero eso de habitar en esta ciu-

dad Dios sabe cuánto tiempo, es una carga pesadísima para mí. Os lo confieso, a pesar de vuestra admiración entusiasta por esta ciudad.

Miguel Revolik sonreía y contestaba:

—Cambiaréis de parecer tan pronto el azar os brinde la primera aventura. Ya veréis qué mujeres son las turcas.

Aquí Canevari guardaba silencio para sumirse en hondas reflexiones, y luego manifestaba:

—Quizá tengáis razón, pero me parece cosa tan difícil eso de una aventura amorosa con una mujer de este país, que no creo pueda yo disfrutarla nunca. Las turcas que encontramos en el paseo o por las calles son tan tentadoras como reservadas y fieles a su marido y señor. ¡Cuidado que las miro con insistencia y hasta les hago guiños; pero todo es inútil! Al advertirlo, unas vuelven desdeñosamente la cabeza y otras ni siquiera parecen darse por enteradas.

—Persistid, persistid en vuestro propósito, excelencia, y veréis cómo el día menos pensado tropezáis con una hermosa dama dispuesta a corresponderos.

* * *

Cierta mañana, el cartero trajo al canciller un pequeño sobre lacrado y con los sellos de Istralia.

Abriólo lleno de curiosidad, y encontró dentro un pliego de papel con membrete real, que decía:

"Canciller: Se os ha presentado una oportunidad magnífica de servir a vuestro rey y ganaros al mismo tiempo el ascenso de ministro de Istralia en Constantinopla, ascenso al cual aspiráis desde hace tiempo, según me informa su excelencia el ministro de Relaciones Exteriores. Si sois hombre dispuesto para conseguir todo eso, no tenéis más que suprimir, de un modo que pueda justificarse, sin dejar lugar a sospechas, al señor marqués Lucas de Canevari, que aquí, en San Fran-

cisco, abusando de la confianza que le otorgaba su majestad, llegó al extremo de conspirar contra su vida.

"Pendiente de vuestra resolución y confiando en vuestra reserva, os saluda atentamente el conde

**Federico Lisandri,** Jefe de Palacio."

Al leer estas líneas, el papel se escapó de manos de Miguel Revolik, que se frotó los ojos como si temiera estar soñando.

Luego, calmada un tanto la fuerte impresión sufrida, recogió el papel y volvió a leerlo mientras un tenue temblor agitaba sus labios.

No podía creer en aquello.

—¡Es mi fortuna!—murmuraba—. ¡Es la fortuna que viene a ponerse en mis brazos cuando menos me lo esperaba!

Y releía el papel, acercándolo cada vez más a sus ojos. Luego detuvo su atención en la firma. "Federico Lisandri." ¡Ah! El conde, aquel gran personaje se acordaba de él, cuando había olvidado que sólo a Lisandri debía su incorporación al escalafón diplomático, favor que había pedido al conde su padre, Isaías Revolik, en compensación de cierto servicio judicial que le había prestado.

¡La oportunidad que buscaba con tanto empeño venía a brindársela inesperadamente aquella carta que traía membrete real, dando a entender que había sido escrita en Palacio, y en presencia, probablemente, del rey!

El canciller no cabía en sí de alegría. Pronto, lo antes posible, complacería al conde Federico Lisandri y haría justicia a su majestad suprimiendo a Lucas Canevari.

¿Suprimirle?

Al hacerse esta pregunta, el canalla quedó un rato en suspenso.

Los de "allá" querían que se justificase de alguna manera la muerte del marqués, evitando dejar todo rastro sospechoso

que pudiera comprometerlos. Encontraba razonable ese deseo; pero, ¿cómo llevarlo a la práctica?

Era preciso madurar un plan.

¡Ah! Pronto se saldría él con la suya; tenía una fe absoluta en sus fuerzas.

Guardó la carta del conde Federico en un cajón de su escritorio, que cerró con llave, y arrellanado en un sendo sillón de cuero, encendió un cigarrillo y meditó.

* * *

Un par de días después, a la caída de la tarde, Miguel Revolik se presentó en el despacho del ministro de Istralia.

Canevari, sin tener nada que hacer, se paseaba aburridísimo por aquella estancia, añorando aquellos buenos tiempos de su vida en que contaba con toda la confianza del príncipe heredero, el hoy rey de su país.

—¡Hola!—exclamó al ver al canciller, reprimiendo un bostezo—. ¿Sabéis que cada día que pasa la vida se me hace más insoportable en esta ciudad?

Sonriendo, y mientras se ajustaba el monóculo, respondió Miguel Rivolik:

—Eso durará hasta que corráis la primera aventura; convenceos de ello, excelencia.

—Pero, ¿cuándo se me presentará la oportunidad de esa dichosa aventura? Yo no veo que sean muy frecuentes entre los europeos y las encantadoras damas de este país.

—¡Paciencia, paciencia, señor ministro! La cosa ocurrirá cuando menos lo pensemos. ¿Queréis que vayamos a visitar esta tarde el gran bazar de Galata, que suele ser frecuentado a esta hora por las mujeres de los más opulentos "padichás"?

—Vamos—contestó Canevari simplemente.

El canciller oprimió el timbre y dijo a un criado que se presentó:

—El abrigo y el sombrero de su excelencia.

Un par de minutos después, el marqués y Miguel Revolik abandonaban el edificio de la Legación, y al tiempo de subir al hermoso automóvil que esperaba en la puerta de la misma, dijo el canciller al "chauffeur":

—Al gran bazar de Galata.

Un cuarto de hora más tarde, los dos istralianos, después de apearse del automóvil cerca de la gran torre que daba nombre al barrio, llegaban delante del gran bazar por una estrecha y mal pavimentada callejuela, atestada de astrosos vendedores de baratijas y de mendigos cubiertos de lacras.

Pasearon por el gran bazar, en torno a cuyos puestos se revolvía una densa muchedumbre de compradores y curiosos. Los ojos de Lucas iban de un lado a otro sin gran interés, y sólo parecían animarse un tanto cuando descubría entre la multitud de turcos, europeos y judíos de todas las castas sociales, la bella silueta de una mujer del país que, con su ropaje oriental, tenía para el marqués el encanto de una deidad misteriosa y prohibida.

Pero, ¡ay!, ninguna de aquellas hembras de grandes y ardientes ojos negros y dedos finos y de una blancura de nardo, reparaba en él ni en hombre alguno.

El aburrimiento del marqués iba trocándose en impaciencia. En un puesto de objetos raros adquirió un extraño ídolo, fetiche de espantable fealdad, y ya con aquella imagen de piedra bajo el brazo iba a volverse para abandonar el bazar, cuando el canciller le tocó en un hombro.

—¿Qué sucede?—preguntó volviéndose.

—Mirad, excelencia; mirad aquella mujer que está comprando perfumes en ese puesto frente a nosotros—le susurró el canciller al oído.

—¿Os referís a esa de la capa amarilla con cuello de armiño?

—A la misma, sí.

—¡Diablo!—exclamó Canevari con un estremecimiento de placer—. Parece que me mira.

—Sí; mientras estábais comprando ese ídolo, no paraba de fijar su atención en vos.

—Parece hermosa.

—Lo es, indiscutiblemente.

—Tiene unos ojos que trastornan el cerebro.

—Y unos brazos que parecen tallados en alabastro, exceiencia—añadió el canciller, reparando en los brazos desnudos de la turca.

—¡Cáspita! ¡Otra mirada! Estoy seguro de que me está sonriendo bajo el velo que oculta su rostro.

—Fijaos, excelencia, que se trata de una mujer casada. Sus vestidos y la riqueza de sus joyas dan a entender que pertenece a la más alta posición.

—¡Tanto mejor!—exclamó Canevari avanzando unos pasos hacia la encantadora musulmana.

Pero Miguel Revolik exclamó, deteniéndole:

—¿Dónde vais?

—Quiero decir a esa mujer que tiene los ojos más preciosos que en mi vida he visto.

—¡Imprudente! ¿Y si estuviesen por aquí cerca espías del marido o los eunucos que suelen acompañar a las grandes damas turcas en sus paseos o en sus compras?

—¿Qué peligro puedo correr?

—Vos, ninguno; pero ella podría encontrar la muerte en las garras de un marido celoso.

—¿Quiere decir que tendré que dejar marchar a esa beldad sin poder dirigirle la palabra ni escuchar su voz? No me resigno, señor canciller.

—Hacedle una seña, un guiño, tan pronto vuelva a miraros.

—¡Qué bella es!

—Estáis en el umbral de la aventura que deseabais correr. Atención: ahora os mira.

—¡Preciosa! ¡Divina!...

—Estáis de parabienes, excelencia; ha contestado a vuestra seña.

—Callad, canciller, callad... ¿Qué es lo que hace ahora?

—Finge repasar la cuenta que le presenta el perfumista; pero, en realidad, está escribiendo. Apostaría que es un billetito amoroso.

En efecto: la dama, inclinada sobre el mostrador del puesto, con un lápiz en la mano trazaba signos en una hojita de papel, mientras parecía tener fija su atención en la cuenta que acababa de presentarle el perfumista, un anciano de luenga barba blanca.

De pronto, devolvió la cuenta y el lápiz al anciano, cogió los paquetes que estaban sobre el mostrador y se alejó, pasando cerca de Canevari y del canciller, arrogante y altiva, envuelta en una nube de delicioso perfume.

—Sigámosla, pero sin fijarnos demasiado en ella—dijo Miguel Revolik.

Canevari, con el corazón palpitante, echó a andar tras la dama al lado del canciller, y de pronto ambos vieron que ésta dejaba caer al suelo una hojita de papel.

Revolik la cubrió con un pie y se detuvo.

—Dejadme ver ese billete—dijo Lucas lleno de impaciencia.

—Disimulad—respondió el canciller—. Dejad que pase un poco de tiempo.

Permanecieron allí detenidos un buen rato, fingiendo mirar los tapices de un puesto próximo, y, por último, Revolik se inclinó y levantó el papel que había cubierto con el pie.

Sobre él aparecían unos signos de escritura turca.

—Leed—dijo el marqués al canciller—. Yo no entiendo esos endiablados caracteres.

Miguel Revolik tradujo:

"Mañana, a las tres de la tarde, frente a Santa Sofía."

—¡Una cita!—exclamó Canevari ebrio de alegría—. Esto es delicioso.

—Comenzáis con suerte—le dijo Miguel Revolik entregándole el billete—. Procurad mañana estar allí antes de la hora.

—¡No faltaré, aunque lluevan centellas! ¿Creéis que en ese lugar podré hablarle?

—Supongo que ella os lo indicará por medio de una seña.

—¿Qué opináis del sitio donde me ha citado?

—Es un lugar excelente, así como la hora.

—Salgamos de aquí. Daría la mitad de mi fortuna por ver el rostro de esa mujer.






## CAPITULO XXV

### Zaira

DIFICILMENTE el bueno de Canevari consiguió dormir algunas horas aquella noche.

La arrogante turca de los brazos blancos como el alabastro y la capa amarilla con cuello de armiño ocupaba todos sus pensamientos y le hacía desear con una ansiedad loca que llegase lo antes posible el nuevo día para acudir a la cita que le había dado frente a Santa Sofía, el maravilloso templo, joya del arte bizantino, que el emperador Justiniano había hecho edificar en el año 532.

Cien veces puso ante sus ojos el billete de la dama, en el que el marqués creía percibir el perfume sutil, delicado, de la mano que sobre él había trazado aquellos caracteres incomprensibles, pero que, traducidos por el canciller, resultaban tan elocuentes.

¿En qué acabaría aquella aventura?

Lucas no quería hacer conjeturas; pero si la dama estaba enamorada de él, como se lo había dado a entender con sus

insistentes y cautivadoras miradas... En cuanto a él, Canevari, no había ni que decir que ya estaba prendado hasta los huesos de aquella misteriosa criatura, cuyo rostro no había visto jamás.

¿Qué decirle cuando la viese aparecer ante Santa Sofía? ¡Ah! ¡Si él supiese hablar el turco!... Pero no importa; se expresaría en istraliano, y en todo caso en griego, y si por desgracia con ninguno de estos idiomas conseguía hacerse entender, de algo había de servirle la muda elocuencia de sus ojos, ¡qué diablo! Y luego sus manos, sus ademanes, ¿habían de ser tan torpes para no saber expresar a la dama la fervorosa ternura que le inflamaba el corazón? Y el marqués se entrenaba para la amorosa lid girando sus ojillos de un modo ridículo, entornando los párpados, haciendo con la boca infinidad de muecas capaces de hacer estallar de risa al hombre más serio.

Una hora antes de la fijada por la turca, Canevari, envuelto en su mejor abrigo y tocado con el más flamante, el más reluciente de sus sombreros de copa, iba camino de Santa Sofía.

Llegó allí con cuarenta y cinco minutos de anticipación, y para mejor sobrellevar su ansiedad, se puso a pasear delante del templo, visitado a aquella hora por muy pocas personas.

Los transeuntes que por allí pasaban, ya fuesen gentes del país con su inconfundible fez rojo, judíos de gorros verdes y negros, beduínos de enorme turbante o simples europeos, no podían menos que fijar su atención con extrañeza en aquel caballero, bajo, rechoncho y de enorme nariz, que se paseaba muy tieso ante la mezquita, con su abrigo gris y su brillante sombrero de copa, indiferente al frío airecillo que en aquel lugar soplaba, levantando del suelo gran cantidad de polvo.

Canevari, en cambio, no paraba su atención en nadie, y, todo lo más, limitábase de cuando en cuando a dirigir una mi-

rada rápida e indiferente al grandioso templo con su inmensa cúpula, que en aquel momento no representaba para él ni la mitad del valor de una sola sonrisa de la dama que tenía cautivo su corazón.

Más de cien veces miró el reloj durante aquella espera, y cuando al fin comprobó que sus agujas acababan de marcar las tres de la tarde, un entrecortado suspiro de alivio se escapó de su pecho.

La dama de sus amores ya no podía tardar.

Y, en efecto, pasados unos minutos, Canevari vió aparecer a tres mujeres turcas, doblando una esquina de la verja que rodea a Santa Sofía. Sus ojos se fijaron inmediatamente en la que iba en el centro, que se destacaba de las otras dos por la arrogancia de su paso y la riqueza de su atavío.

—Es ella—se dijo—, sintiendo que toda la sangre de su cuerpo se le agolpaba en el corazón—. ¡Ella!

Y avanzó a su encuentro.

Pero cuando le separaba una distancia de ocho o diez pasos de su dulce tormento, la turca le dió a entender con una mirada que guardase silencio. Canevari se detuvo, y ella siguió su camino.

—¡Cáspita!—exclamó el marqués, disgustado por la actitud de su amada desconocida—. ¿Es que no parará más que en esto la aventura?

Pero al seguirla desesperadamente con los ojos, vió cómo la dama dejaba caer otro papel.

—¡Ah!—exclamó Lucas, exhalando un nuevo suspiro.

Y se precipitó a recoger el amoroso mensaje; pero antes que llegase al sitio donde éste había caído, un pillete descalzo y de mugriento fez que por allí pasaba inclinóse, recogió el papel, y mirando a Canevari con una sonrisa maliciosa y desafiante, echó a correr con la ligereza de un gamo.

—¡Maldito granuja!—gritó Canevari lanzándose tras el muchacho—. ¡Entrégame ese billete, si no quieres que te aplaste la cabeza contra las piedras de la calle!

Por fortuna, ni la dama turca ni las dos mujeres que la acompañaban habían tenido oportunidad de presenciar esta escena altamente cómica: aquel caballero de sombrero de copa corriendo tras un rapaz desarrapado y sucio a lo largo de la ancha y polvorienta calle, pues las tres mujeres, que no parecían llevar otro propósito al pasar ante Santa Sofía que el de dejar caer aquel papel, acababan de dar vuelta a una esquina inmediata.

El muchacho, lejos de atemorizarse y soltar el billete ante las voces que daba Canevari, imprimía, por el contrario, a sus piernas mayor velocidad, deseoso de llegar a una calle estrecha, sombría y tortuosa, que se abría al final de aquella por la que huía, y donde sin duda esperaba encontrar protección segura.

—¡Ah, pillo! ¿No quieres obedecerme? ¡Espera, espera, malnacido! ¡Yo te retorceré el pescuezo cuando consiga atraparte, bribón!—rugió el marqués con voz jadeante, mientras hacía cuanto podía por dar caza al muchacho.

Unos transeuntes turcos se habían detenido al borde de la acera, y desde allí contemplaban, cambiando entre ellos miradas maliciosas, la regocijante persecución.

Lucas, que ni al sentir rodar por el suelo su flamante chistera se había detenido, desesperaba ya de dar caza al ladrón de su felicidad, cuando un accidente imprevisto acudió en su auxilio. El pillete, al volverse ya en la entrada de la estrecha y tortuosa calle para sacar la lengua a su perseguidor, había tropezado contra un poste telegráfico, dándose un soberano golpe en un hombro, que le hizo rodar por el suelo. Una vieja haraposa, sentada en el umbral de una casa vecina, acudió hacia él para socorrerle; pero el pillete, que no entendía de dolores sabiendo lo que venía detrás, quiso seguir huyendo; forcejeó obstinadamente la vieja; enredóse el muchacho en sus andrajos; acudió un mozalbete a convencer a la anciana que lo soltase; intercedió a voces un turco de bigote ya canoso desde una ventana, y cuando la que sujetaba al ladrón del

billete amoroso llegó a darse cuenta de lo que pasaba y lo soltó, Canevari había tenido ya tiempo de llegar al lugar de estos sucesos y coger al endiablado granuja por las orejas.

—¡Ese papel, bribón!... ¡Ese papel, o te hago papilla bajo mis pies!

El niño se revolvía en el suelo, dando unos gemidos horripilantes, como si lo estuviesen cortando en pedazos, pero sin entregar el billete, que apretaba con fuerza en su mano derecha.

Empezó a acudir gente de todas partes, mientras Canevari, sofocado por la ira, no cesaba de gritar, tirando de las orejas del obstinado rapaz:

—¡Dame ese papel, ladrón!... ¡Dame ese papel, si no quieres morir en mis manos!

Engrosábase por momentos el círculo de vecinos de la calleja que rodeaban al marqués y al muchacho, y ya empezaban a oírse murmullos de protesta nada halagüeños, cuando intervino un gendarme, látigo en mano:

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué le está usted haciendo a ese muchacho?—preguntó en turco a Canevari.

—¡Yo no entiendo vuestra lengua de descastados!—replicó el marqués en istraliano, ebrio de furia—. ¡Llamad a un intérprete y os explicaré la canallada que pretende cometer conmigo este redomado bribón!

A la vista del gendarme, el pillete chillaba con mayor fuerza, como para conmover al representante de la autoridad y decidirle a intervenir contra el extranjero; y no sabemos si lo hubiese conseguido o no, si un joven europeo no se hubiera abierto paso en aquel momento a través del corro y preguntado al colérico Canevari en francés:

—¿Qué os ha robado, caballero, ese muchacho? Decídmelo, que yo traduciré vuestras palabras al gendarme.

—Un billete, un papel... que se me había caído al abrir la cartera—contestó el marqués un tanto confuso.

—¡Ah! ¿Y estáis seguro de que es este pillete quien lo tiene en su poder?

—¿Cómo no he de estar seguro si le vi apoderarse de él y lo tiene en esa mano?

—Está bien, caballero. Ahora veréis qué pronto este desvergonzado os entrega lo vuestro.

Pronunciadas estas palabras en francés, el europeo se volvió al gendarme y pronunció otras en turco. El representante de la autoridad le escuchó haciendo con la cabeza signos de aprobación y mirando de reojo al rapaz, cuyos destemplados chillidos iban en aumento, y de pronto, como si le acometiera un ataque de locura, mandó ensanchar el círculo, hizo señas a Canevari de que soltase al ladrón, y retrocediendo unos pasos, enarboló amenazadoramente el látigo.

Viendo esto, el muchacho mudó de color, y poniéndose de pie, con la rapidez del pensamiento, trató de huir; pero el látigo del gendarme, que acababa de restallar en el aire, rodeó sus pantorillas desnudas, arrancándole un alarido de dolor y haciéndole rodar por el suelo. Quiso levantarse de nuevo el rapaz, pero otro latigazo brutal volvió a tumbarle, y esta vez soltó el billete que con tanto interés apretaba en su mano derecha.

Conteniendo una exclamación de alegría, Canevari se precipitó a recoger aquel papel mientras el látigo del gendarme turco no cesaba de restallar en el aire y caer sobre el cuerpo del infortunado ladronzuelo, que se revolvía enloquecido de dolor, suplicando cesase el atroz castigo.

El mismo marqués, compadecido de la suerte del muchacho, tuvo que interceder ante el gendarme, rogándole por señas que dejase de atormentarle, y sólo logró ser atendido cuando deslizó algunas monedas en la mano izquierda del verdugo.

Apartándose de allí, buscó su sombrero de copa en el lugar donde éste se le había escapado de la cabeza; pero no pudo dar con él.

—Me lo han birlado—se dijo.

E iba a agregar con indignación: "¡País de ladrones!" Pero al sentir en su mano el contacto del billete que acababa de recuperar, dibujóse en su mente la figura arrogante y hechicera de la misteriosa dama de sus pensamientos, y aquella exclamación se le ahogó en la garganta.

* * *

Cuando ya se hubo alejado Canevari un buen trecho de Santa Sofía, arriesgóse a contemplar el billete de la dama de sus pensamientos, sacándolo del bolsillo con toda suerte de precauciones, como si temiese que éste se volatilizara al ponerse en contacto con el aire libre.

Estaba escrito en turco, como el que la tarde anterior había dejado caer en el gran bazar. Pero de lo que Canevari se dió cuenta en seguida era que este segundo billete contenía mayor número de palabras que el primero. ¿Qué le diría en él la encantadora musulmana? ¿Le haría la confesión de su amor? ¿Le declararía, por el contrario, la imposibilidad de que se hallaba de corresponder a la pasión que él, Lucas, le había expresado con la mirada?... Y contemplando aquellos caracteres extraños que cubrían el papel y que eran todo un enigma, el marqués aceleraba el paso en dirección a la morada del canciller.

Miguel Revolik estaba en su despacho, ocupado en escribir una larga carta, cuando Canevari, sin sombrero y con señales de estar poseído de una vivísima ansiedad, compareció ante él.

—¡Hola, excelencia! ¿Estáis de vuelta ya? Son apenas las tres y media. Apostaría que esa dama ha faltado a su palabra.

—No, no ha faltado a su palabra—respondió Canevari con orgullo—. A la hora exacta la vi aparecer doblando una de

las esquinas de la iglesia, acompañada de dos mujeres, que supongo deben ser criadas o esclavas suyas.

—Pero, ¿habéis podido hablarla?

—No, no he tenido esa suerte; pero ha dejado caer otro billete.

—¡Ah!—exclamó Miguel Revolik, cuyo semblante se iluminó—. ¿Escrito también en turco?

—Sí. ¡Endiablada lengua!—refunfuñó Lucas—. ¿Me haréis el favor de traducirlo?

—Eso es para mí un honor, excelencia, un verdadero honor.

—¡Gracias, señor Revolik! He aquí el billete.

Y Canevari alargó el papel al canciller.

Este leyó y tradujo, después de ajustarse el monóculo:

"Simpático amigo: Quería yo que nos hubiésemos visto esta noche; pero es imposible: el bajá ha aplazado su viaje al Cairo, que debía emprender hoy, y no partirá hasta pasado mañana a las diez. Si quieres verme y conversar conmigo, acude la noche de ese mismo día, a las doce, junto a la verja de mi casa, en la calle Topanhé, en Galata. No hay en la calle otra casa con verja más que la mía, así que no puedes equivocarte. ¿Vendrás? ¿Será tu amor tan firme que te permita aguardar tanto tiempo? Eres extranjero, y tengo miedo...

**Zaira.**"

—¡Por los dioses!—exclamó Canevari al escuchar ese conjunto de palabras deliciosas, que sonaban a música en sus oídos y derramaban perfumes en su alma enamorada—. ¡Por los dioses! ¡Tanta dicha me pasma!

—¡Sí que es interesante la misiva! — comentó Revolik, como para halagar el amor propio del ministro—. No puede decir más una mujer enamorada.

—Leed, señor canciller; hacedme el favor de volver a leer y traducir esa carta.

—Con el mayor gusto, excelencia. En realidad, cartas así merecen ser leídas varias veces.

Y después que Miguel Revolik hubo dado de nuevo lectura al contenido del papel, Canevari, que había ido grabando en su mente y en su corazón una por una aquellas palabras, inquirió:

—¿Conocéis la calle Topanhé, en Galata?

—Sí, y por cierto que se trata de una calle hermosa; todas las casas edificadas en ella son verdaderas mansiones.

—Luego no hay duda que la que firmó esta carta es una mujer de alto rango, ¿verdad, canciller?

—No puede haber duda, excelencia.

—Pero, ¿quién será ese bajá del que ella parece hablar con verdadero fastidio?

—La carta no lo da a entender.

—¿Creéis que sea su marido?

—Tal vez... O su hermano...

—¡Caracoles! ¡Si tuviera yo la dicha de las dichas de que mi enamorada fuese una mujer soltera!

—¿Y por qué no una viuda, excelencia?

—Mejor aún si es viuda.

—Lo que se advierte es que está enamoradísima de vos.

—¿Enamoradísima? No sé qué puede haber en mí para que una mujer se enamore tanto—dijo modestamente Canevari.

—Sois un hombre simpático, excelencia; no hay que dudarlo—elogió Miguel Revolik.

—¿Bromitas, canciller?

—No, excelencia; hablo en serio.

—Pasemos a otro asunto. ¿Qué me decís del nombre de esa mujer?

—Un nombre encantador: Zaira.

—Por lo menos, a mí me suena a gloria.

—Estaréis deseando que transcurran pronto los dos días que faltan para acudir a esa cita, ¿verdad, señor ministro?

—Ya podéis imaginároslo, canciller, vos que sois hombre de mundo. La pobrecilla Zaira parece abrigar algunas dudas acerca del alcance de mi paciencia. No creo que un turco sea más constante que un istraliano o cualquier otro europeo.

—El turco pocas veces, por no decir ninguna, se casa por amor, excelencia. Compra a sus mujeres como si éstas fuesen artículos de bazar, y en la mayoría de los casos, las pobrecillas llegan al tálamo sin conocer a su marido más que de nombre.

—¡Es una aberración!

—Una aberración que conviene a los europeos que debemos habitar en este país—hizo observar Miguel Revolik con una leve sonrisa—. Esas costumbres casi bárbaras nos proporcionan luego aventuras tan agradables como esta de que estáis suspenso.

* * *

—Zaira, Zaira...—monologaba Canevari al hallarse a solas en sus habitaciones particulares de la Legación—. Nombre que evoca tantos encantos, ¿será tan hermosa como yo te imagino? Pero, ¿qué digo? ¿Puedo yo poner en duda tu belleza? Llevas el rostro oculto, pero tu hermosura se escapa a través del velo que lo cubre, se refleja en tus ojos, en tus movimientos, en la suprema perfección de las formas de tu cuerpo de odalisca o de hurí. ¿Qué mundo de embriagueces o de sujestiones me aguardan junto a ti, criatura que me has amado a despecho de mi religión, enemiga de la tuya, y de tantas otras diferencias que nos separaban y que yo creía barreras infranqueables? Si eres la pobre prisionera de un marido celoso y déspota, yo seré, a la vez que tu amante tiernísimo, el paño de tus lágrimas, el amigo consolador y dulce que procurará reemplazar con flores todas las espinas de tu camino. Si eres la doncella cándida y ruborosa, próxima a ser sacrificada al tálamo de la manera cruel y absurda que saben hacerlo tus paisanos, yo, enamorado fiel y entusiasta; yo, caballero dispuesto siempre a sacrificarme por las causas justas, te ayuda-

ré a desplegar tus alas, y si las tuyas están débiles y no te permiten volar, yo te levantaré con las mías y sabré darte, ¡pobre paloma!, un cobijo seguro contra la indignación de tus fieros carceleros y verdugos, un corazón grande, henchido de amor por ti y dispuesto a todo sacrificio y una voluntad férrea e incorruptible.

Interrumpióse Canevari, y acercándose a una ventana de la sala en la que se hallaba, echó una mirada a la silenciosa calle de la Legación, que comenzaba a ennegrecer los tintes sombríos del crepúsculo. En seguida se encogió de hombros, y volviendo a pasearse por la estancia, reanudó su monólogo.

—¿Y si se tratase de una viuda? Habrá entonces que gozar, gozar sin tasa. Pero, ¿y el muerto? ¡Bah! Después de todo, ¿a quién le importa un turco? Esa dama sería la viuda más terriblemente encantadora que vieron mis ojos... ¿Qué digo? No puedo negar, señores, que soy un bruto; estoy ofendiendo miserablemente a la señora Genoveva. ¡Ah! Pero la señora Genoveva es mujer de otra condición y no se la debe sacar a relucir aquí, en Constantinopla. ¿Que un hombre como yo no debería dejarse arrastrar por el demonio de la tentación? ¡Vaya escrúpulos! ¡Como si los hubiesen tenido conmigo después de todo! La vida es amarga como la hiel, y el saber vivir consiste en apurar la copa sin rozar con su contenido el paladar. Gocemos, gocemos. ¡Para lo que uno gana con ser honrado! La culpa, después de todo, la tiene ese mocoso de mi rey, que en pago de mi fidelidad de verdadero amigo me ha dado un puntapié en el trasero...

Nueva interrupción y nuevo encogimiento de hombros.

—En fin, si los dioses no se oponen, esta noche, dentro de algunas horas, participaré de la aventura más interesante de mi vida y desvaneceré todas cuantas dudas abrigo acerca de mi amada. ¡Zaira, Zaira de mi corazón! ¡Si supieras cómo se derrite por ti este infeliz caballero que te adora sin conocerte!

Al lanzar esta última exclamación se quedó en suspenso,

con la boca entreabierta y los ojos entornados, como quien acaba de ser acometido por un dolor agudo y espera la acometida de un segundo. Luego, sin que la expresión de su rostro cambiase, Canevari se aproximó a la puerta de la salita y pareció prestar atención aplicando el oído sobre la misma.

—¡Vive Dios! — exclamó de pronto, dando un salto y abriendo la puerta—. ¿Qué bulla es ésa? ¿Quién será ese desvergonzado que se atreve a meterse en la Legación, a pesar de querer impedírselo Mohamed?






## CAPITULO XXVI

### La visita que Canevari estaba lejos de esperar

MOHAMED no era otro que el portero de la casa, el corpulento turcazo que Oscar Luis acababa de derribar con un diestro golpe de puño.

Ya en el pasillo, Canevari se lanzó corriendo hacia la escalera para llegar a la planta baja y castigar al intruso que se permitía alborotar de aquel modo en casa ajena; pero cuando se disponía a descender el primer peldaño, se detuvo lanzando un "¡Ah!" interminable.

—¡Canevari!... ¡Canevari!... ¡Amigo mío! ¿Dónde estás? ¡Canevari! ¡Lucas!

El marqués creía ver visiones. Paralizado por el estupor, no podía avanzar un paso.

Y oyó tronar a Mahomed:

—¡Ah, renegado!... ¡Caro te costará lo que haces!

—¡Canevari!... ¡Maldición!—volvió a tronar la voz que petrificaba al marqués—. ¿Dónde te encuentras?... ¡Lucas!

El fervoroso galán de Zaira se estremeció y sintió correr por su espalda un calofrío.

—¿El?... Vamos, yo estoy loco... Pero, ¡cielos!, sí es su voz... Su voz que me llama.

—¡Canevari!... ¿También tú te ocultas de mí? ¿También tú me vuelves la espalda en medio de mi horrorosa desventura? ¡Canevari!

Aquello era ya demasiado. El marqués se arrancó de su inmovilidad y se lanzó escaleras abajo, profiriendo:

—¡El!... ¡El! ¡Mi soberano! ¡Mi amigo! ¡Mi señor! ¡El! ¡El!...

—¡Canevari!

Se detuvo de repente Lucas al ver aparecer ante él una forma humana que, en la penumbra de la escalera, tenía un vago parecido con el joven soberano de Istralia.

—¡Canevari!—volvió a gritar aquel desdichado con acento de loca desesperación.

El marqués abría unos ojos grandes como puños para mirar al hombre que tenía delante, y titubeaba.

—Lucas, ¿eres tú?

—¡Cielos!

—¿No me reconoces ya, Canevari? ¿No recuerdas ya de tu desventurado rey?

—¡Cielos!—repitió el marqués.

Oscar Luis le cogió las manos, y estrechándoselas con fruición, cayó de rodillas ante él.

—¡No abras tanto la boca para mirarme, amigo mío! Yo soy, sí, Oscar Luis, el rey de Istralia, tu soberano. Tú eres el único amigo que me queda en el mundo, sin contar a Montespín; la única esperanza que por ahora me sostiene en la superficie del negro y alborotado mar de la adversidad en el que he naufragado.

—¡Sire!

—¡Ah! ¿Me has reconocido?

—¡Sire! Pero, ¿sois vos? ¿Vos aquí, en Constantinopla? ¿No sueño?

—No, no sueñas, pobre amigo mío. ¡No sueñas! Tu rey vive hoy de limosnas como cualquier mendigo.

—¡Pero sire!

—¿Aún dudas que sea yo?

—Venid, venid a la luz. Dejad que os vea, que os palpe. ¡Gran Dios! ¡Si parecéis el espectro de mi amado soberano!

—No me sorprenden tus dudas, fiel amigo. Vamos donde tú quieras. Examíname, interrógame, somete a cualquier prueba mi agotada paciencia. No protestaré. ¡Tienes tanta razón! Parezco salido de una tumba, ¿verdad?

—¡Oh, señor!

* * *

Canevari había conducido a Oscar Luis hasta la salita por la que se paseaba momentos antes preocupado con su aventura amorosa; abrió, una vez allí, la llave de la luz, y mirándole de hito en hito durante un buen rato a la claridad de la araña eléctrica, exclamó de pronto, echándole los brazos al cuello, convencido ya del todo de que estaba en presencia del auténtico rey de Istralia:

—¡Sire! ¡Majestad! ¿Qué significa esto? ¿Vos aquí?... ¿Vos? ¡Porque sois vos, mi rey, mi señor, y de ello no se puede dudar!

—Canevari, amigo de mi alma—murmuró Oscar Luis, apoyando su cabeza en el hombro del marqués—. Canevari, ¡bendice al cielo, que me ha permitido llegar a tu lado!

—Estoy agradecido a Dios, y hoy y siempre bendeciré este momento que me ha proporcionado la dicha de volveros a ver, sire.

—¿Dicha? ¿Hablas de dicha? ¡Ah, desventurado! ¡Hace tiempo que la dicha ha abandonado a tu pobre rey!

El marqués no salía de su estupor.

—Pero, ¿qué dices, majestad? Explicaos, sire. ¿Cómo diablos estáis aquí, en Constantinopla, tan lejos de vuestro reino? ¿Qué digo? Sentaos antes. Tembláis, estáis febril... Sois el mismo y no lo parecéis. ¡Cuánto debéis haber sufrido, señor!

—¡Horrores, Canevari, horrores!—exclamó el soberano. —¡Padecimientos como los míos son de los infiernos, no de la tierra!

—Lo creo, lo creo. Os miro y me parece que sueño. ¿Quién iba a imaginar, sire, que había de volveros a ver aquí, en este endiablado país? Pero, sentaos, majestad; sentaos...

Diciendo esto, Canevari condujo a Oscar Luis hasta un sendo sillón y le hizo tomar asiento en él.

Al caer allí, el monarca se pasó por la frente sus pálidas y trémulas manos y guardó durante unos instantes un trágico silencio.

Observábale Canevari con la expresión de quien cree ser víctima de una alucinación y sintiendo al propio tiempo que una emoción intensa le invadía el alma en presencia de su soberano, que había visto por última vez el día de su coronación y de sus nupcias, vestido ahora como un mendigo, crecida la barba y con una cicatriz estrellada sobre la frente.

¿Qué huracán espantoso había soplado sobre el trono de Istralia para hacer rodar hasta ese rincón del mundo a aquella testa coronada?

—Sire—murmuró Lucas con voz que temblaba, poniendo una mano en el hombro de Oscar Luis—. Sire, hablad. ¿De dónde venís?

El joven monarca levantó la cabeza, y Lucas vió que sus ojos estaban húmedos.

—¿Lloráis, sire?—exclamó el buen marqués—. ¡Rayos y truenos! ¡Decidme quién tiene la culpa de vuestro llanto! ¡Decídmelo para ir a arrancarle el corazón!

—Calma, Canevari; calma, mi fiel amigo. Soy un pingajo que el vendaval de la fatalidad arrastra de un lado a otro.

—¡Pero, señor! Explicaos; comprenda que la curiosidad me devora. ¿Qué puede haber ocurrido en San Francisco para que vos os encontréis aquí, en Constantinopla, vestido como un mendigo, desesperado, desvalido? ¡Hablad, sire! ¿No tenéis ya confianza en mí?

—Siempre he confiado en ti, mi fiel amigo.

—¿Siempre, sire?—inquirió Canevari con intención—. ¿Siempre?

—¡Siempre!

—¿Jamás habéis tenido un momento de duda acerca de la fidelidad de Montespín y mía?

—¡Jamás!

—Entonces—se lamentó Canevari amargamente—, ¿por qué nos habéis desterrado?

—¿Desterraros yo? ¡Pobre Canevari! No ha sido tu soberano quien te ha desterrado.

—Fué el conde Lisandri; pero vos, ¿por qué habéis consentido que cometiese esa infamia con nosotros?

—Yo no era rey de Istralia entonces.

—No os comprendo, sire.

—He sido substituído...—murmuró Oscar Luis con voz ahogada.

Canevari dió un salto atrás, mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Substituído decís? ¿Substituído? Pero, ¿de qué manera, sire? ¿Qué tremendo fardo de misterios arrastráis tras vos?

—Serénate, desgraciado; serénate y deja que me serene yo también. ¡Es tan largo y terrible lo que tengo que contarte, que si tu alma no es de mármol se quebrará antes de que llegue al final de mi relato!

—Hablad, majestad, hablad sin reparos. Mi alma, desgraciadamente, no es de mármol; pero puede forrarse de materia más dura si las circunstancias lo exigen.

Durante más de media hora, Oscar Luis, con sombrío acento, habló, refiriendo al marqués su espantosa odisea y explicando la trama infernal de que había sido víctima.

—¡Ira de Dios!—rugió Canevari ahogado por la ira y sin poder contenerse ya—. ¡Ira de Dios! ¡Y que yo haya podido ignorar hasta hoy esas infamias de Lisandri! ¡Y que las ignore el reino entero! ¡Ah! ¡Ese perro va a pagárnoslas todas juntas, sire! ¡Respondo de ello!

Oscar Luis se echó hacia atrás en el sillón para descansar unos instantes, y antes que pudiese responder a estas palabras de Canevari, éste prosiguió:

—¡Es horroroso pensar que mientras Montespín y yo os acusábamos de haber sido tan injusto con nosotros, vos, infortunado rey, os acogíais como un mendigo a la protección de seres humildes, como esa encantadora viuda, y no pensabais más que en el modo de llegar lo antes posible a mi lado para que os ayudase a vengaros de las injusticias y las traiciones de que habéis sido víctima y a reconquistar vuestro trono manchado hoy por esos viles impostores! ¡Vive Dios! No habéis confiado en vano en mi lealtad y en mi ayuda, sire, y las mismas palabras os dirá Montespín cuando sepa a qué atenerse respecto a vuestra suerte. ¡Ay de los que al heriros nos han alcanzado con la estocada! ¡Qué magnífica sorpresa vamos a darles, sire!

—Necesitamos abandonar cuanto antes este país, Canevari, mi fiel amigo, e ir desde aquí en busca de Montespín. Reunidos los tres, marcharemos a San Francisco, visitaremos a Daniel Garabalia, el honrado presidente de la disuelta Cámara; a Santorno, el ilustre jefe del Ministerio en funciones cuando fuí coronado; al anciano mariscal Calveti, tan fiel a los Nazari, y con la ayuda de estas personas y de otras de absoluta confianza, armaremos tropas, sublevaremos al pueblo, quemaremos Palacio si es preciso, pero la victoria será nuestra.

—¡Qué duda cabe que la victoria será nuestra, majestad!

Pero, ¿cómo no se os ocurrió presentaros solo ante Garabalia, el mariscal Calvati, Santorno y otros señores que os conocían tan bien?

—Hubieran dudado de mí: es más, se hubieran negado a recibirme tomándome por impostor. ¡El falso rey que gobierna a Istralia se parece tanto al verdadero! Recuerda el incidente que me ocurrió en la carretera de San Francisco con aquel judío, y que acabo de referirte; ese Rodolfo Carpi debe ser, poco más o menos, mi vivo retrato.

—Gracias a eso el miserable Lisandri pudo preparar bien la coartada. Pero, a propósito de ese judío, ¿habéis olvidado las señas que os dió del domicilio de Rodolfo Carpi?

—No; las he anotado. Comprendo que pueden sernos útiles.

—¡Ah! ¿De manera que suponéis que también vuestra madre ha sido víctima de esos bandidos?

—No se puede pensar otra cosa, Canevari. La presencia de mi madre molestaba a Lisandri y a sus cómplices, y han debido hacerla desaparecer.

—¡Por Satanás! No creo que sea empresa muy fácil la de hacer desaparecer a una reina. ¿Qué explicaciones dieron?

—Lo ignoro.

—¡Caramba, caramba! La situación es terrible, majestad, y será preciso no perder tiempo—reflexionó Canevari paseándose por la habitación con las manos en la espalda.

—¡Ni un solo minuto, Lucas!

—A pesar de la suerte siniestra que habéis corrido—siguió reflexionando el marqués—, se advierte que la Providencia no os ha dejado nunca del todo de la mano. Tres veces estuvisteis a un paso de la muerte, y tres veces Dios vino en vuestro auxilio y os devolvió a la vida.

—¿Te refieres a la noche de mi coronación, cuando fuí arrojado al mar para aparecer en las redes de aquellos honrados pescadores y a la milagrosa intervención del capitán del

"Hércules" cuando el contramaestre de este buque y sus paisanos se disponían a darme muerte?

—A eso y también a la misteriosa dama que os ha salvado el pellejo de una muerte más que segura cuando vuestros enemigos os encerraron en el sótano de vuestra biblioteca particular.

—¡Ah!—exclamó Oscar Luis.

Y se quedó pensativo.

—Esa, sire, fué la más milagrosa de vuestras salvaciones, puesto que quien os puso en libertad fué una enemiga vuestra...

—Es verdad... ¡Mujer generosa!

—¿Quién sería, majestad?—inquirió Canevari, que en habiendo faldas de por medio sentía aumentar extraordinariamente su curiosidad.

—No lo sé; se ha negado a decirme su nombre.

—Pero su cara, ¿no os recordaba la de ninguna dama conocida?

—No pude verla la cara, Lucas.

—¡Qué raro! ¿De modo que no podríais reconocer a vuestra salvadora?

—¡Eso sí, la reconocería!—exclamó Oscar Luis con viveza—. Llevo en el alma su perfume y en mis oídos el acento inconfundible de su voz.

—Conviene que tengáis presente esa voz y ese perfume, sire. Al castigar a nuestros enemigos habrá que hacer con esa noble mujer una excepción.

—No temas, Canevari, tendré en cuenta todo eso.

—Y respecto a María Teresa, ¿qué opináis de su desaparición, también tan misteriosa?

—¡Pobre amada mía!—exclamó el rey—. ¡Ella ha sido víctima de esos bárbaros antes que mi madre!

Canevari frunció el ceño.

—¿La amáis aún, sire?

—¡Con toda mi alma!—exclamó el soberano—. ¡No amaré a otra mujer más que a ella en la vida!

—Bien digna es de vuestro amor esa noble joven, sire. Es un tesoro de virtudes, lo mismo que esa noble viuda, la señora Genoveva.

—Sin la señora Genoveva, Canevari, yo no hubiera llegado aquí, puedes estar seguro de ello.

—¿De manera que le habéis descubierto el pastel, sire? ¿Ya no cree la señora Genoveva que somos estudiantes?

—Fué imposible seguir ocultándoselo.

—¡No sé lo que hubiese dado por ver la cara que pondría la señora Genoveva al enterarse de cuál era nuestra verdadera personalidad! Estoy seguro que me habrá culpado a mí de todo, ¿eh, sire?

—Al despedirme de ella me encargó que te saludara y que ya tendrías que darle acabadas cuentas de esa comedia.

Canevari dió otro salto atrás y su rostro se iluminó y ensombreció en el espacio de pocos segundos.

—¿Eso os ha dicho, sire?—inquirió con ansiedad.

—Eso.

—¿Y la notásteis enfadada al hablaros?

—Emocionada tan sólo .

—Bien, bien—murmuró Canevari suspirando—. No creo que me guarde rencor.

—Ninguno; la señora Genoveva es nuestra mejor amiga, y por lo que he podido comprender a ti te estima mucho.

—¡Bendita mujer! ¡Es una alhaja, sire! Cuando triunfemos y hayamos cortado la cabeza a Lisandri y a su cómplice, lo menos que podéis hacer por ella es darle un título para que yo pueda ofrecerle el mío.

Oscar Luis sonrió levemente.

—¿Amas a la señora Genoveva, Canevari?

—Así, así—murmuró el marqués haciendo un gesto de inseguridad que el acento emocionado de su voz traicionaba.

Y luego inquirió tímidamente:

—¿Creéis que no sea un buen partido?

—¡Un excelente partido, amigo mío!—respondió el soberano—. ¡Una mujer honrada y virtuosa a carta cabal!

—Y no muy fea, sire; confesadlo...—murmuró el marqués, halagado por las palabras del rey.

—¡Encantadora!

—¡Oh! ¡Si la señora Genoveva tuviese conocimiento del honor que la estáis dispensando! Pero hablemos ahora de otra cosa, sire; hablemos de vos. ¿Tenéis algún proyecto de realización inmediata?

—Partir; eso es todo.

—Eso procuraremos hacerlo mañana, sire, si estáis en condiciones de poneros de nuevo en viaje.

—¡Estoy dispuesto a todo, Canevari!

—Procuraremos emplear los medios más rápidos para llegar a Berlín cuanto antes.

—Necesitaremos dinero, Lucas.

—Mi bolsa está bien provista, sire.

—Y obrar con reserva.

—Nadie sabrá nada.

—¿Tienes confianza en los istralianos de la Legación?

—No parecen personas de cuidado; pero lo mejor será no enterarles de lo que sucede en el trono de Istralia. ¡Es éste un asunto tan delicado, que cuantos menos lo conozcan, mejor!

—Puedes presentarme como a un amigo o como a un criado tuyo... Me da igual.

—Como a un amigo, sire. Y a propósito: será menester que os pongáis ropas dignas de vos. Dudo que mis trajes os sirvan, pero puedo hacer llamar inmediatamente a uno de los buenos sastres franceses de la ciudad y él se encargará de proveeros de todo en menos de veinticuatro horas.

—Sea; avisa a ese hombre que venga , Canevari.

—Voy a llamarle por teléfono. Aguardadme un minuto, majestad.

—Todos los que sean necesarios, mi fiel amigo. ¡No sabes

lo feliz que me siento a tu lado, al lado de mi mejor amigo, después de haber sufrido lo que nadie sería capaz de resistir!

* * *

Cuando en su despacho, Canevari hubo puesto fin a la comunicación telefónica con el sastre, antes de volver a la salita donde había quedado aguardándole Oscar Luis, se detuvo a reflexionar.

—¡En buen aprieto ha venido a meterme la visita inesperada de ese desventurado!—exclamó el buen marqués—. ¡Adiós aventura con la hermosa turca desconocida! ¡Adiós encantos orientales con los que me disponía a embriagarme! Apenas comenzaba a tomar el gusto a las cosas de este país, cuando ya debo abandonarlo.

Avanzó unos pasos hacia la puerta que comunicaba con la salita, y antes de trasponerla volvió a detenerse.

—Pero seamos cuerdos—agregó—. ¿Quién me impide, después de todo, embarcarme en la aventura? Hasta mañana nada podré hacer en beneficio de su majestad, y esa encantadora criatura me espera esta noche. Calle de Taponhé. "No hay en la calle otra casa con verja más que la mía." ¡Oh! ¡Esto es delicioso! Decididamente iré; convenceré a su majestad de que debo ir.

Nuevo intento de penetrar en la salita y nueva detención.

—¡Ah! ¿Y la señora Genoveva? ¡Encantadora amiga mía! Os amo, os respeto; pero estáis tan lejos y me esperan unos días tan negros, que desespero de volveros a ver... En fin, explicaré a su majestad el dilema.

Y se acercó a Oscar Luis.

—¿En qué pensáis, sire?

El rey levantó la cabeza y fijó en Canevari sus hermosos ojos henchidos de tristeza.

—Pensaba, Lucas, pensaba si me sería posible reconquistar mi dicha perdida junto con el trono de mis antepasados.

—¿Por qué no ha de conseguirlo vuestra majestad? La victoria está en nuestras manos.

—Pero, ¿y María Teresa, Canevari? ¿Y mi madre? ¿Volveré a verlas?

El marqués inclinó la cabeza, murmurando:

—Tal vez, sire. ¡Es tan misericordioso Nuestro Señor!

Y como Oscar Luis volviese a sumirse en las crueles preocupaciones que laceraban su corazón, Canevari le dijo:

—Dejad de pensar y pasad conmigo al comedor. No nos vendrá mal tomar un refrigerio antes de la cena. El sastre no tardará en presentarse. ¡Ea, sire! Apartad vuestras tristezas y vamos a dar alguna satisfacción al estómago, que también ha menester de lo suyo.

—Vamos donde tú quieras, Lucas—murmuró el rey—. Me place mucho tu compañía. ¡Si supieras qué triste es vivir en la desgracia, lejos de los amigos que pueden alentarnos y ayudarnos!

* * *

Cuando el sastre se hubo marchado, prometiendo entregar un par de trajes para la tarde del día siguiente, el marqués volvió con Oscar Luis al comedor.

Creyendo notar Canevari que el rey estaba un poco más animado, parecióle que había llegado el momento propicio de ponerle en antecedentes de la aventura que le esperaba esa noche y pedirle licencia para acudir a la cita de la dama desconocida.

Sentándose frente a su majestad en la mesa y llenándole la copa de vino, le dijo sonriendo con timidez y en el tono de quien se prepara a dar cuenta de una travesura:

—Sire, debo haceros una confesión.

Oscar Luis le miró con naturalidad.

—¿Una confesión? Habla, Canevari.

—¿Conocéis a las mujeres de este país?

—No he tenido oportunidad de ello, amigo mío.

—¡Son el demonio, sire!

—¿Cómo lo sabes?—inquirió el rey un tanto sorprendido esta vez.

Canevari sacó de su cartera los dos billetes escritos por la dama de sus desvelos y se los presentó al soberano, diciéndole:

—Enteraos, majestad.

—Yo no entiendo estos jeroglíficos, mi querido amigo—declaró el rey devolviendo los billetes a Lucas después de mirarlos un rato.

—Si yo los entiendo, sire, es porque el canciller me los ha traducido. Están escritos en turco.

—¡Ah!

—¿Sabéis qué significan?

—No soy adivino.

—Una cita, majestad; una cita y un corazón de mujer que espera con ansiedad el momento de recibir mis homenajes de amor.

—¿Esas tenemos, Canevari?

—Yo no tengo la culpa, majestad. Ya os dije que las mujeres de este país son el demonio.

—Pero, ¿qué aventura es ésa?

—Os la explicaré, sire.

Respaldándose en la silla que ocupaba y encendiendo un grueso cigarro de hoja, Canevari refirió su encuentro con la dama turca en el gran bazar, cuando visitaba éste acompañado del canciller.

Al concluir su relato, preguntó a Oscar Luis, sacudiendo la ceniza de su cigarro y esbozando la más bonachona de sus sonrisas:

—¿Qué opináis, sire?

—Aplaudo tu buen humor, Lucas.

—¿Verdad que no se debe desperdiciar la oportunidad de echar una cana al aire? Por otra parte, tengo verdadera cu-

riosidad por conocer a estas mujeres, y esta noche se me presenta una oportunidad magnífica.

—¿Quieres ir a esa cita?

—Si me lo permitís, sire...

—Me place que te diviertas, amigo mío. Por mi parte puedes ir. Pero, ¿te acompañará alguien?

—El canciller, que conoce bien las costumbres del país, me ha indicado que es poco conveniente ir acompañado a una cita de esta naturaleza. La que espera puede desconfiar al ver a más de uno.

—¿Conoces el sitio?

—El canciller me ha dado instrucciones precisas que me permitirán encontrarlo sin esfuerzo.

—¿Qué clase de persona es ese canciller?

—Un hombre simpático. Se llama Miguel Revolik. ¿Os ha sonado alguna vez en los oídos este nombre, sire?

—Nunca—declaró el rey, después de reflexionar un instante.

—Pues es persona de méritos y que sabe desempeñar admirablemente su cargo. ¿Queréis que os lo presente?

—¡De ninguna manera! Ya sabes que hemos convenido que nadie debe enterarse de mi presencia en la Legación. ¿A qué hora es esa cita, Canevari?

—A las once de la noche.

—Tenemos tiempo de cenar juntos. Cuando tú te marches, yo me acostaré. No dejes de ir armado, por lo que pudiera acontecerte.

—Llevaré mi revólver, aunque no creo ocurra nada desagradable.






## CAPITULO XXVII

### La cita



las diez y media de la noche, Canevari, elegantemente vestido, se despidió del rey y salió de la Legación, después de encargar a los dos criados y al portero Mohamed que no se acostasen hasta que él estuviese de vuelta y que sirviesen al huésped en todo lo que se dignase mandarles.

Ya en la calle, el marqués subióse hasta el mentón el cuello de su gabán, pues la noche era excesivamente fría y soplaba un vientecillo cortante que atormentaba su desproporcionada nariz, y se puso a andar a pasos acelerados en dirección a Galata.

Al abandonar el barrio de Pera encontró poca gente en la calle. Los inviernos son excesivamente fríos en Constantinopla, y los turcos, terminada la oración para la cual los llaman los almuédanos a la puesta del sol, desde lo alto de los alminares y torres de las mezquitas, se recluyen en sus casas y pasan la velada sentados sobre alfombras, tapices o cojines, fumando

en sus narguilés, mientras sus mujeres entonan con voz suave alguna canción que, siendo alegre para ellos, suena melancólicamente al oído de los occidentales.

Pero Canevari no hacía gran caso del frío de la noche ni de la soledad de las calles por las que atravesaba, ni de la distancia que debía recorrer para llegar a la calle Topanhé, donde la dama de sus pensamientos debía estar acechando su llegada tras una verja... ¡Qué deliciosa aventura! Para darle todo el relieve de un capítulo de novela romántica, sólo faltaba que la luna apareciese en lo alto del cielo para iluminar aquella verja que el marqués suponía de la más artística forja, y que por los barrotes de la misma trepase algún jazminero o alguna perfumada madreselva.

Y al atravesar las calles de la ciudad dormida con paso cada vez más rápido, Canevari sentía desatarse dentro de su pecho su corazón como un potro indómito, ansioso de libertad, pugnando por huir de su encierro.

—Calma, calma...—decía, como si se dirigiese a otra persona—. Poco nos queda ya que andar.

* * *

En efecto. Acababa de entrar en la calle Topanhé, que iba a desembocar frente a la grandiosa fuente del mismo nombre, en la orilla del mar. Un poco inquieto por el silencio absoluto y la obscuridad del lugar, miró en torno suyo... Luego siguió andando.

¿Sería ese palacio de blanca fachada la morada de Zaira?... No, no veía verja alguna. ¿Tal vez aquella casa rematada por una pequeña cúpula bizantina? Tampoco veía la indicada verja. Decididamente, había que internarse más en la calle.

De pronto se halló delante de un pasadizo tenebroso, cerrado con una verja sobre la calle y que debía ser la entrada de alguna vivienda escondida. Detúvose el marqués, miró la mísera verja de arriba a abajo, y dudó.

No, no podía ser ese el lugar donde Zaira debía hacer su aparición. Evidentemente, debía haber otra verja en la calle; una verja decente, perfecta, que fuse digna de servir de testigo a unos amores preñados de lirismo. Y Canevari siguió andando, buscando ávidamente con los ojos el lugar deseado.

Pero llegó a la fuente, cabe decir: al final de la calle Topanhé, sin ver otra verja.

Por un momento la decepción le oprimió el ánimo. ¿Cómo diablos aquella dama tan airosa, tan elegante, tan enjoyada, podía haber elegido para hacer su aparición ante el hombre amado un escenario tan mísero?

Pero pronto se impuso Lucas a su decepción, recordando que, salvo raras excepciones, los palacios de estilo árabe o bizantino de Constantinopla solían estar ocupados por occidentales o por turcos que vivían a la europea. Los cuadros maravillosos de verdadero sabor oriental, esas estancias misteriosas que olían a ámbar, cubiertas de tapices y de damascos, con taburetes con incrustaciones de oro y de nácar, con esclavas que bailaban ante la favorita del gran señor, tumbada en un lecho de cojines, había que buscarlos en el interior de viejas moradas de apariencia siniestra, en el fondo de callejuelas tortuosas y escondidas.

Con la mente llena de todos estos pensamientos y el corazón golpeándole ruidosamente las paredes del pecho, Canevari se detuvo ante la verja que había desdeñado al pasar un momento antes frente a ella y miró al fondo del tenebroso pasadizo.

No distinguió más que sombras.

—He llegado con alguna anticipación—se dijo—. Esperaré a que dé la hora.

Pero no había hecho más que pronunciar estas palabras, cuando vió moverse una forma blanca en el fondo del obscuro pasadizo.

—¡Ella!—exclamó Canevari—. ¡Ella!

Aquella forma blanca se aproximaba a la verja ante la cual estaba parado el marqués.

A dos pasos de la misma se detuvo, e inclinándose con un movimiento felino, la que se acercaba pareció prestar atención.

Ella era; no se había equivocado Canevari. Venía envuelta en una capa de armiño y traía el rostro cubierto hasta el nacimiento de los ojos, según la costumbre musulmana.

—Zaira...—murmuró Lucas en istraliano, completamente trastornado ante aquella aparición maravillosa.

Entonces ella dió los dos pasos que la separaban de la verja, murmurando en francés:

—¡Amigo mío!

—¡Ah! ¡Podremos entendernos!—exclamó Lucas en el colmo de la alegría al oír aquella dulce voz.

Y agregó en francés, prendiéndose materialmente de los barrotes de la verja:

—¡Zaira, adorada Zaira! ¡Reina de mis sueños! ¡Al fin podré revelarte el inmenso amor que has encendido en mi corazón!

—¡Oh!—musitó ella—. ¿Cómo puedo creer en tu amor, extranjero, si no me has visto la cara siquiera?

Canevari replicó con una vehemencia y un ardor que le hubiera envidiado Romeo:

—¿Qué importa eso, alma mía? He adivinado cien veces tu rostro; es el rostro más hermoso que existe sobre la tierra, el más perfecto, el más adorable... Y en cuanto a tu alma, Zaira, ¿no he penetrado en ella a través de la luz mágica de tus pupilas?... ¡Te amo!... ¡Estoy loco por ti!

—¡Cuánta pasión!—suspiró Zaira—. ¡Cuánto amor!... Tus palabras me conmueven, extranjero.

—¡Oh, Zaira, mujer incomparable!

—¿Cómo te llamas?

—Lucas.

—Lucas, Lucas—repitió ella dulcemente—. Me encanta tu

nombre... Además, pareces bueno... Quiero ser tu amiga, Lucas.

—¡Eres más que mi amiga desde el instante venturoso en que mis ojos se encontraron con los tuyos en el gran bazar de Galata!—exclamó Canevari—. Desde entonces sólo vivo pensando en ti, suspirando por ti... Dame tu mano, Zaira; deja que tenga un instante entre las mías tu pequeña y deliciosa mano...

Ella titubeó y miró con desconfianza en torno suyo. Luego dijo:

—Tengo miedo, Lucas.

—¡Miedo!—exclamó Canevari irguiéndose, como para desafiar a todos los peligros—. ¿Y de qué tienes miedo, reina mía?...

Zaira no contestó, y el marqués la vió hacer como un gesto de desesperación.

—¡Habla!—insistió.

—¡Ah!—exclamó ella tristemente—. ¡Si tú supieras...!

—Confiésame la verdad, Zaira de mi corazón. Dime qué peligros son los que te amenazan o los que quieren impedir que nos amemos... Señálame a tus enemigos, para que yo los destruya en un abrir y cerrar de ojos.

—Valiente eres...—murmuró ella—; pero ante lo imposible...

—Cuenta, habla, confía en mí... Descorre sin temor alguno el velo de tu vida. ¡Para mí no habrá imposibles tratándose de tu felicidad!

Dando muestras de gran nerviosidad, ella volvió a mirar en torno suyo.

Era la tercera vez que Canevari le veía hacer esto, y, a la verdad, acabó por inquietarse un tanto.

—¿Temes que te haya seguido alguien?—preguntó.

—No lo sé...—murmuró ella.

Y añadió, exhalando otro suspiro:

—¡Si yo me atreviera!

—¿A qué?—inquirió Lucas.

—A introducirte en mi casa. Así estaríamos más seguros...

—Si así lo crees, Zaira adorada—dijo Canevari encantado—, no demoremos un solo instante en meternos bajo techo.

—Tendrás que saltar la verja.

—Nada más fácil.

—Salta, pues...

Canevari, a quien la hoguera que tenía en su pecho prestaba extraordinarios bríos, encaramóse en la verja, y con una agilidad realmente simiesca, se dejó caer al otro lado, a los pies de Zaira.

—¡Hermosa!—murmuró enderezándose—, ¿quién me impedirá ahora besar tu linda boca?

Pero ella se apartó llena de temor, murmurando:

—No, todavía no... Tengo mucho miedo en este sitio.

—Vamos entonces donde nadie pueda molestarnos—dijo Canevari.

—Espera. ¿Llevas algún arma?

—Un revólver. Pero, ¿por qué lo preguntas?

—Por si tuviésemos que hacer uso de él. Dámelo.

Canevari se escamó un poco.

—Yo sé manejarlo muy bien, Zaira.

—Pero yo debo ir delante y sé mejor que tú sobre quién disparar si llega el caso.

Estas palabras convencieron al marqués, que manifestó, entregando el arma a Zaira:

—Eres una mujercita tan encantadora como valiente.

Ella, cuando tuvo el revólver en su diestra, cogió con la otra a Canevari por una mano, y musitó:

—Sígueme.

El marqués se dejó conducir por el tenebroso pasadizo, sin distinguir nada que pudiera alarmarle.

De pronto, cuando menos se lo esperaba, desembocaron en un amplio jardín, al fondo del cual se levantaba un edificio.

Llegaron delante de éste sin que hubiese acontecido nada alarmante.

Zaira sacó una llave de su corselete, abrió la puerta con toda clase de precauciones y se introdujo con el marqués.

Después de atravesar en el mayor silencio una especie de vestíbulo iluminado por un farolillo de luz roja, Zaira hizo subir a Lucas una escalera y acabó por abrir la puerta de un aposento amueblado al estilo otomano, con el más refinado lujo que pudiese concebir la más exigente imaginación oriental.

Al verse a solas con aquella mujer en una estancia que parecía pertenecer a los palacios que se describen en "Las mil y una noches", Canevari sintió renacer su tranquilidad y su tumultuosa alegría.

* * *

A pesar de su cansancio, Oscar Luis no tenía ganas de meterse en el lecho.

Paseando por el comedor, se dijo:

—Aguardaré a que regrese Lucas para acostarme. Me interesa conocer el resultado de esa extraña cita.

Esbozó una sonrisa y se puso a pensar en la aventura de su amigo. En realidad, Oscar Luis no se había detenido a reflexionar hasta entonces sobre aquel caso.

—Me choca—murmuró de pronto frunciendo el ceño—la sencillez con que esa mujer se ha enamorado de Lucas, que está muy lejos, por cierto, de constituir un tipo ideal de belleza masculina. ¡Hum! Canevari es un incauto en materia de mujeres, y no hay duda que ha caído en un lazo que hábilmente le ha tendido una aventurera para apoderarse de alguna suma de dinero...

Pero pronto esta suposición vino a complicarse con un recuerdo: al ocurrir el primer encuentro entre aquella mujer y Lucas, el canciller estaba con éste. ¿Cómo se explicaba que un hombre que, como Miguel Revolik, se preciaba de conocer

tan bien el ambiente de la ciudad, no había advertido al ministro de Istralia que al confiarse a aquella dama bien podía caer en manos de una aventurera?

Oscar Luis había leído bastante sobre los turcos para saber que éstos son excesivamente celosos, que vigilan estrechamente a sus mujeres, y que, por otra parte, éstas, si llegan a enamorarse de otro hombre en vez de su marido, nunca el elegido de su corazón es un occidental, a quien desprecian o temen. Por lo tanto, aquella aventura de Canevari, cuanto más pensaba en ella Oscar Luis, más sospechosa la encontraba.

—No sé si será que yo me habré vuelto excesivamente desconfiado ahora —murmuró—; pero en este caso, la conducta del canciller, que lleva viviendo tanto tiempo en Turquía y que, por lo tanto, conoce muy bien las costumbres de este país, no aparece nada clara... ¿Por qué no advirtió al ministro de los riesgos que podía correr? Que yo sepa, no ha hecho más que estimularle a que se lance sin ningún temor a ese juego pasional, y el aturdido de Lucas ha seguido esos estímulos sin reflexionar una sola vez.

Calló y sacudió la cabeza como para alejar de su mente ciertos pensamientos que le inquietaban; pero fué inútil: Oscar Luis temía por su amigo y dudaba del canciller.

—¿Y si ese Miguel Revolik estuviese de acuerdo con los canallas que han usurpado el trono de Istralia?—llegó a preguntarse—. No hay que dudarlo mucho. Canevari es un peligro constante para aquellos miserables, y bien pueden haber pensado en eliminarlo una vez aquí por intermedio de algún cómplice... ¡Hum! ¡Hum!... Cada vez tiemblo más por mi amigo Lucas.

Continuó paseándose otro rato por el comedor, presa de aquellas preocupaciones que hacían desfilar por su corazón toda suerte de presentimientos funestos, y de pronto, adoptando una resolución, exclamó:

—¡Iré en su ayuda! Recuerdo perfectamente las señas: calle Topanhé; la cita era junto a una verja... Pero me hace

falta un arma. ¿Dónde tendrá ese bruto de Lucas un revólver, un cuchillo, cualquier cosa?

Oscar Luis paseó la mirada por encima de los muebles del comedor, y de pronto se le ocurrió pasar al despacho.

Tal vez allí encontrase lo que buscaba.

Pero después de registrarlo todo, no pudo dar con lo que quería.

Miró la hora.

Faltaban cinco minutos para las once. Era preciso darse prisa si no quería llegar tarde.

—¡Iré desarmado!—exclamó.

Y saliendo del despacho, se puso a bajar la escalera. Al llegar a la puerta de la calle, la encontró cerrada. Mohamed, el corpulento turco con el que había reñido por la tarde, dormía profundamente, sentado en una silla.

Aquel pequeño obstáculo de la puerta cerrada hizo pensar a Oscar Luis que no conocía la ciudad, y que, por lo tanto, tardaría mucho en dar con la calle Topanhé. ¿Por qué no hacerse acompañar por aquel turcazo, que debía conocer Constantinopla como la palma de su mano?

La idea le pareció de perlas, y despertó al portero dándole un golpecito en uno de sus recios hombros.

—¡Ah! ¿Es usted?—exclamó sorprendido, restregándose los ojos al ver allí al huésped del señor ministro, al que había recibido de manera tan brusca e irreverente horas antes.

—Mohamed—le dijo Oscar Luis—, necesito que me ayudes a prestar un gran favor a tu amo.

—¡Oh, caballero! — exclamó el turco—. ¡Pertenezco en cuerpo y alma a mi amo y a sus amigos!

—¿Sabes dónde está la calle Topanhé?

—En Galata, caballero.

—¿Muy lejos de aquí?

—Unos diez minutos de camino a buen paso.

—Debes acompañarme hasta allí.

—Cuando usted quiera, caballero.

—Sospecho que un peligro amenaza a su excelencia. ¿Tienes algún arma para llevar?

—Tengo mi revólver.

—A mí me haría falta otro.

Mohamed se quedó un momento pensativo.

—¿Por qué no hacemos una cosa, caballero?—dijo de pronto.

—Habla.

—Yo le daré mi revólver y cogeré en cambio mi daga. Prefiero la daga a las armas de fuego.

—Ni una palabra más, Mohamed. Partamos.

—Aguarde usted un momento, caballero. He de ir en busca de la daga y el revólver.

Desapareció por una puerta situada a un lado de la escalera, y un minuto después estaba de vuelta, trayendo en la mano las dos armas.

Entregó a Oscar Luis el revólver, ocultó la enorme daga mahometana bajo su galoneado chaquetón de portero, que le llegaba a los talones, y cerrando la puerta de la calle con llave, se puso a andar en silencio en dirección a Galata, seguido de Oscar Luis.

—¿Qué casa de la calle Topanhé es la que le interesa, caballero?—preguntó cuando llegaban ante el barrio de Galata.

—Una que tiene una verja—contestó Oscar Luis.






## CAPITULO XXVIII

### Un disparo milagroso



AIRA cerró la puerta del lujoso aposento, y después, con un gesto felino, se volvió hacia el marqués, que la observaba encantado, dejando caer su preciosa capa de armiño.

Ya no tenía en las manos el revólver que Canevari le había entregado en el pasadizo.

—¡Oh, amigo mío!—murmuró—. Si nadie ha oído nuestras pisadas, podremos permanecer juntos hasta el amanecer.

—¡Zaira!—exclamó el marqués, radiante—. ¡Eres mi felicidad!

Quiso enlazarla con sus brazos, pero ella lo evitó con un movimiento rápido de su ondulante cuerpo y le dijo, indicándole un diván forrado de damasco rojo y amplio como un lecho:

—Siéntate, Lucas; te lo ruego.

Canevari obedeció.

—¿Y tú?—preguntó sin quitar los ojos de encima a aquella beldad de leyenda.

—Me sentaré a tu lado; así...

Y se dejó, en efecto, caer al lado del marqués, embriagado ya por el perfume enervante que dentro de aquella estancia misteriosa exhalaba el cuerpo incomparable de la turca.

—¡Oh, qué hermosa eres, Zaira!—exclamó Canevari apoderándose de sus manos y cubriéndoselas de ardorosos besos—. Ahora quiero que me enseñes tu cara, que debe ser un nido de hechizos, y que me cuentes tu vida. ¿Serás tan buena para quitarte ese velo que cubre tu rostro?

—¡Por Alá!—exclamó ella con un leve estremecimiento. —Me pides lo que más miedo me provoca, Lucas.

—No te comprendo, dueña mía. ¿Por qué ha de darte miedo enseñarme la cara?

Ella bajó los ojos, murmurando de un modo que enardeció al marqués:

—Porque... porque... temo desilusionarte, Lucas. Amame como hasta ahora, sin verme el rostro.

—¡Eso es imposible, Zaira! Te imagino la dueña de la carita más hermosa de la tierra; pero es necesario que de una vez por todas fije tus facciones en mi memoria y en mi alma. Eso me impulsará a amarte más todavía.

—Soy fea, Lucas; soy fea, y por eso tengo miedo.

Canevari la rodeó con sus brazos.

—¡Oh! ¡Suéltame!—suplicó Zaira, intentando desasirse.

—¡No! — replicó Canevari—. Eres mía. Déjame ver tu cara, Zaira.

—¡Por Alá, Lucas!

Resistíase ella débilmente, y esta resistencia, lejos de disuadir a Canevari de sus propósitos, le enardecía más. Atrayéndola con energía sobre su pecho, le arrancó el velo de un tirón y la besó en la boca con frenesí.

—¡Lucas! ¡Lucas!—suspiró ella temblando en sus brazos.

Los labios de Canevari permanecieron un instante unidos a los de Zaira, cuyo aliento cálido y perfumado le llegaba al alma, y cuando las dos bocas se separaron, ella, ruborizada, se cubrió el rostro con las manos.

—¡A ver, a ver tu cara!—exclamó el marqués, que no había hecho más que entrever aquel rostro—. ¡Enséñamela, Zaira!

Y se puso de rodillas sobre el diván, intentando separar aquellas blancas y delicadas manos, que le ocultaban el símbolo de su amor, como debía ser para él el rostro de aquella criatura.

Zaira acabó por dejarse convencer, y bajó las manos.

—Mira. Soy fea, ¿verdad?

—¡Bella!... ¡Bella!—gritó el marqués, deslumbrado ante la hermosura de aquel rostro—. ¡Eres la mujer más linda del mundo!

Ella volvió a hacerse hacia atrás y miró a Canevari con una sonrisa seductora a flor de su boca roja y húmeda.

—¿Es verdad que te gusto?

—¡Me enajenas!

—¡Qué dichosa soy de pensar que no he desilusionado, como temía! ¿Me amarás siempre, Lucas?

—¡Toda la vida, Zaira adorada! Me tendrás a tus pies como tiene la Madre de Dios a sus devotos, humilde, obediente y sumiso como un perrillo faldero. ¡Oh, ilusión mía! ¡Si supieras qué sed de amor tan grande alienta mi pecho!

La hermosa dirigió una rápida mirada hacia un cortinaje situado en el fondo de la habitación, y con tristeza, poniendo sus manos sobre los hombros de Canevari, dijo:

—Nuestro amor será imposible, Lucas mío.

El marqués dió un brinco en el diván sobre el cual seguía arrodillado.

—¿Imposible? ¿Y por qué ha de serlo, Zaira? ¿Quién se atreverá a impedir que nos amemos?

—Las bárbaras costumbres de mi país—musitó ella bajando la cabeza.

—¡Ah! ¿A qué aberraciones te obligan esas costumbres?

—En primer lugar, a no pertenecer a ningún enemigo de mi religión. Y después...

Se interrumpió, volvió a cubrirse el rostro con las manos y exclamó con una especie de sollozo:

—¡Oh, si tú supieras, Lucas!... ¡Si tú supieras!...

—Habla—dijo Canevari vivamente impresionado, estrechándola entre sus brazos—. Habla sin temor alguno, Zaira.

—Mi hermano, el pachá.

—¿De manera que el pachá es tu hermano?—interrumpió el marqués con acento de quien acaba de quitarse un gran peso de encima.

—Sí—musitó ella—. ¿Quién creías tú que fuese?

—Tu marido.

—¡Oh, Alá!—exclamó la bella elevando los ojos—. No estoy aún casada, amigo mío, pero lo estaré dentro de siete días. ¡Siete días que transcurrirán en un soplo, y moriré al cabo de ellos si antes tú no me salvas!

—¡Zaira!

—Esa es la verdad, amigo de mi alma, esa es la verdad.

—¡Vive Dios! ¿Y qué casamiento es ese que te sume de antemano en tanta desventura?

—El marido que mi hermano me impone es un hombre tan rico como detestable: el general Mustafá Abnaja. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—Nunca.

—Pues pasa por ser un hombre feroz y de instintos perversos. Me conoció durante una recepción en la Sublime Puerta, de la que me hizo participar mi hermano; se enamoró de mí, y a los dos días me pidió para hacerme su esposa. Mi hermano, sin consultarme, como es costumbre en este país, accedió a la pretensión de Mustafá, quien me envió como presente un magnífico collar de perlas que no le he hecho nun-



—¡Si me amas, dentro de siete días serás la mujer más feliz de la tierra!

(3)

ca el honor de ponerme, y la boda quedó concertada para la fecha que te he indicado. ¡Faltan siete días, mi buen amigo Lucas! ¡Dentro de siete días, tu Zaira será la más desgraciada de las mujeres de la tierra o habrá abandonado este mundo para encontrar un poco de paz en el paraíso de Alá!

—¡Ni lo uno ni lo otro!—respondió Canevari lleno de exaltación—. ¡Si me amas, dentro de siete días serás la mujer más feliz de la tierra, Zaira!

Ella le miró como si dudase de sus palabras.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—¡Loado sea el Profeta! ¿Y qué piensas hacer, Lucas?

—Libertarte.

—¿Cómo?

—¿Te atreverías a seguirme?

—¿Adónde?

—A un país de costumbres menos crueles que este. Al mío, por ejemplo.

—¿Y qué país es el tuyo?

—Istralia.

—¡Ah!

Lanzada esta exclamación, se quedó pensativa, y alzando luego sus ojos hacia los del marqués, inquirió con voz dulce y suplicante:

—Y allí, en tu país, ¿estaríamos libres de los peligros que aquí nos amenazan?

—Istralia es un país civilizado—declaró Canevari con orgullo.

Nuevo silencio de ella.

—¿En qué piensas, Zaira?

—Tengo miedo, amigo mío, tengo miedo...

—¿Todavía?

—Si huyera de aquí, si lo abandonara todo por seguirte, mi hermano me maldeciría, y en cuanto a Mustafá Abnaja,

estoy segura que nos seguiría los pasos y que no se volvería a Constantinopla hasta después de habernos dado muerte.

—¡Pobre paloma, que tiemblas bajo las garras de esos pajarracos!—exclamó Canevari cubriendo de besos el rostro de Zaira—. ¿Es que no cuentas para nada con mis fuerzas?... ¡Ay de tu hermano si intentara tocar uno solo de los cabellos de mi amada! ¡Ay de ese Mustafá de los infiernos si se atreviera a seguir nuestros pasos! ¡Soy tan feroz como apasionado, Zaira, y cuando se me provoca, para mí es cosa sencilla comerme el corazón de mis enemigos!

—¡Oh, Lucas!... ¿Luego estás dispuesto a darme la felicidad?

—No deseo otra cosa, bella entre las bellas.

—¡Qué bueno eres, Lucas! ¡Alá bendito te ha puesto en mi camino! ¿Cuándo lo tendrás todo dispuesto para nuestra fuga?

Esta última pregunta sumió al marqués en grave confusión.

¿Fugarse con aquella hermosa mujer? ¿Huir con ella de Constantinopla al amparo de la noche? La aventura se presentaba llena de magníficas seducciones para su espíritu ardiente y aventurero; pero, ¿y Oscar Luis? Al lado de aquella mujer encantadora, Canevari se había olvidado por completo de su joven y desventurado soberano, que confiaba en su ayuda como en la de un dios.

¿Cómo comprometerse a nada con Zaira, si el deber le obligaba a dedicarse al rey de Istralia?

Pero, por otra parte, Canevari comprendía que había avanzado demasiado, y que emprender ahora la retirada, además de ser vergonzoso, era humillante para él.

¿Qué hacer? ¿Qué actitud adoptar en definitiva? Las circunstancias no dejaban lugar a pensarlo mucho.

—Conviene que abandonemos Constantinopla cuanto antes—agregó Zaira ante el silencio del marqués—. Nunca se nos presentará mejor oportunidad que la de estos días en

que mi hermano está ausente. ¿Te conviene que todo se realice mañana por la noche?

Canevari, sintiéndose demasiado unido al deber, quiso dar una respuesta evasiva. Miró a Zaira con expresión desolada. ¡Pero era tan diabólicamente hermosa aquella mujer!... ¡Brillaban en sus espléndidos ojos negros tantas promesas, tantas súplicas, tanta ternura y tanta pasión a la vez! Lo arrostraría todo, ¡qué caramba!... Sí, hablaría con Oscar Luis, le expondría la situación en términos conmovedores, y estaba seguro que el joven rey no había de oponerse a que aquella mujer les acompañase en su viaje a Berlín y de retorno a Istralia después.

—¡Sea!—exclamó—. ¡Mañana por la noche emprenderemos, querida mía, el camino de nuestra felicidad!

Tanta fué la alegría que estas palabras produjeron en Zaira, que de un salto se puso ella también de rodillas sobre el diván, rodeó al marqués con sus blanquísimos brazos, atrajo su cabeza sobre su mórbido y tibio pecho, y así lo retuvo un largo rato, murmurando en voz baja mientras sus grandes ojos se fijaban ansiosamente en el cortinaje del fondo de la estancia:

—¡Qué bueno y noble eres, Lucas! Me consagraré por entero a tu adoración. En ti veré reflejado a mi dios bondadoso y magnánimo, y mi alma arderá de amor por ti como el fuego sagrado de ciertos templos de Asia, que no se apagan nunca.

—Bella, bella...—musitó Canevari embriagado de voluptuosidad, con la nariz metida en el seno perfumado y palpitante de la hermosa mujer y escuchando sus palabras como el eco de una música lejana—. Yo alejaré de ti todos los peligros, yo te haré la más dichosa de las criaturas. Te pertenezco ya desde la punta de mis cabellos hasta la medula de mis huesos. Me da risa la cólera de tu hermano y el furor homicida de tu pretendiente, ese imbécil Mustafá Navaja...

—Abnaja—corrigió ella.

Y se estremeció un tanto; tal vez porque había visto agitarse el cortinaje del fondo de la habitación, o porque el pícaro de Canevari profundizaba demasiado con su apéndice nasal.

—Es igual, es igual—dijo el marqués completamente fuera de sí—. ¡Aunque se llamase dinamita, me importaría un comino ese hombre! ¡Qué bella eres, Zaira! A tu lado la vida se transforma en un panal de miel.

Y dejándose llevar por el deseo que le invadía al contacto del cuerpo escultural, tibio, duro y fragante de la turca, Canevari besó frenético sus senos, contra los cuales oprimía su enorme nariz. Asustada quizá por la actitud demasiado bravía que su galán asumía, Zaira lanzó un débil grito, y como si esto fuese la señal convenida, el cortinaje que tantas veces había mirado se descorrió y un turco de poblada barba negra, vestido con pantalón bombacho de terciopelo azul, polainas verdes, chaquetilla roja bordada en oro y empuñando en la diestra un enorme puñal, se precipitó hacia la pareja, gritando en francés:

—¡Sangre y exterminio!... ¡Yo os enseñaré, malditos, a abjurar de nuestras sagradas costumbres y a burlaros de mí, el general Abnaja!

—¡Mustafá!—gritó Zaira despavorida, poniéndose de pie.

—¡Infeliz!—rugió el turco—. ¡Arrancaré el corazón a ese perro de tu amante, y después de enseñártelo, haré lo mismo con el tuyo!

Durante los primeros segundos, Canevari se había quedado como hecho de piedra. Pero en seguida, comprendiendo el peligro que Zaira y él corrían y dándose cuenta que el hombre del puñal no era otro que Mustafá, su rival, recobró toda su presencia de ánimo, y saltando del diván, exclamó:

—¡Mi revólver! ¿Dónde está mi revólver?

Miraba a Zaira, a quien se lo había entregado en el pasadizo; pero ella, como si lo hubiese olvidado todo o no com-

prendiese, apartó la vista de él y retrocedió ante su feroz pretendiente.

Canevari hizo lo propio mientras paseaba sus ojos desorbitados por la estancia en busca de su arma.

—¡No te alejes, miserable!—vociferó el celoso prometido de Zaira, siguiendo por la estancia al pobre marqués—. ¡Nada podrá librarte de que yo me dé el gusto de estrujar tu corazón entre mis manos!

—¡Cuidado con lo que dices!—exclamó Canevari, pálido, desencajado al verse impotente ante aquel bruto—. ¡Mi persona debe ser sagrada para ti, como ministro que soy de Istralia ante tu soberano!

—¡Me río yo de esas niñerías! Detente, maldito; no sigas retrocediendo. ¡Ah! ¡Esta es la mía!

Canevari, retrocediendo siempre ante su adversario, acababa de dar con su espalda contra un ángulo de la habitación. Ya no podía retroceder ni prolongar unos segundos más aquella situación espantosa. Entonces, el turco, comprendiendo que había llegado el momento de rematarle a su sabor, levantó el puñal para sepultarlo con toda sus fuerzas en el pecho del marqués; mas antes de que tuviera tiempo de realizar su sangriento propósito, los cristales de la ventana de la habitación que daba al jardín saltaron en cien pedazos al par que un estampido de arma de fuego desgarraba el silencio profundo de la noche.

Un grito de pavor se escapó de la garganta de Zaira, mientras el turco, herido de un balazo en la espalda, retrocedía unos pasos, dejando caer el puñal, y rodaba luego por el suelo sin exhalar una queja.

* * *

—¡Muerto!—balbuceó Canevari, estupefacto, mirando al turco caído a cuatro pasos de él—. ¡Muerto!

—¡Lucas, desgraciado!—profirió una voz en la ventana.

—¡Excelencia!—exclamó otra.

El marqués volvió la vista hacia allí y vió penetrar en aquella estancia a Oscar Luis y a Mohamed, el portero de la Legación.

Oscar Luis empuñaba el revólver con el cual acababa de hacer fuego sobre el turco, y Mohamed una larga daga.

El infeliz Canevari, que había estado a menos de un paso de la muerte, se quedó como quien ve visiones.

—Pero, ¿sois vosotros?—inquirió.

—Ya lo ves—respondió Oscar Luis—. No podíamos haber llegado más a tiempo.

—¡Oh! Diríase que es la Providencia quien os ha traído. ¡Qué raro, qué misterioso es todo esto! ¿Cómo demontres disteis con este lugar?

—¡Infeliz!—replicó el rey—. Al marcharte, me puse a reflexionar sobre la aventura que ibas a correr, y entré en sospechas de que se te había tendido un lazo cobarde. Los hechos han confirmado pronto que mis temores no eran infundados, Canevari.

El marqués no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Un lazo decís? ¡Vive Dios! ¡Un lazo! No comprendo... ¿Acaso esa mujer no ha obrado noblemente?

Y miró a Zaira, que después de retroceder horrorizada hasta el rincón más apartado de la estancia, avanzaba ahora hacia el cuerpo exánime del turco.

—Te ha engañado como a un niño.

Un relámpago pasó por los ojillos de Canevari, que seguían clavados en Zaira. Se resistía a creer en la atrocidad que el soberano de Istralia afirmaba; pero de pronto, al ver a la hermosa mujer arrojarse sobre el cuerpo inanimado de su adversario y prorrumpir en desesperados sollozos y en desgarradores lamentos, mientras para él no tenía ni una sola mirada de ternura o de simpatía, comprendió que, en efecto, había sido juguete de una farsa, y la indignación explotó en su pecho.

—¡Miguel! ¡Miguel!—gemía Zaira cogiendo entre sus manos el rostro del turco y cubriéndolo de desesperados besos—. ¡Miguel de mi vida! ¡Háblame, mírame! ¡Oh, cielos! ¿No me respondes? ¿Por qué te habrás empeñado en representar esta comedia sangrienta?

—¡Infame!—rugió Canevari precipitándose hacia ella.

Y cogiéndola por las muñecas, la apartó de junto al cadáver, preguntándole, mientras sus ojillos despedían amenazadores relámpagos:

—¿De qué comedia hablas, mala hembra? ¡Quiero que me lo expliques todo! ¡Quiero saber con qué fin me fingías amor, cuando en realidad no amabas a otro más que a ese miserable!

—¡Suéltame! ¡Déjame!—gritó ella arrastrándose de rodillas por el suelo y pugnando por volver junto al cadáver—. ¡Caiga la maldición de Dios sobre la mano asesina que ha segado la vida de Miguel!

—¿Qué engaño es este?—insistió Canevari—. ¿No se llama Mustafá ese hombre? ¡Explícate, Zaira, si no quieres que estalle de cólera y no vea en ti otra cosa que un reptil venenoso que debe ser aplastado con los pies!

—¡Mátame! ¡Mátame, y te lo agradeceré! ¿Para qué quiero ya la vida, si me falta el hombre en quien tenía puestas todas mis ilusiones, todas mis esperanzas? ¡Mátame, y ese será el mejor bien que puedes hacerme!

—¡El diablo te lleve, mala pécora!—bramó Canevari arrojándola lejos de sí.

—Excelencia—dijo Mohamed acercándose al ministro de Istralia—, dais a esa mujer un nombre que no es el suyo. Ella se llama Judith y no es turca, sino judía.

—¿La conoces?—preguntó Canevari, mirando con curiosidad al portero de la Legación.

—Sí, excelencia: es la amante del señor Miguel Revolik.

—¡Miguel Revolik!—exclamó Canevari en el colmo del estupor.

—Mis sospechas se confirman poco a poco — dijo Oscar Luis.

Canevari, con los ojos desmesuradamente abiertos, siguió mirando por un instante aún al rey y a Mohamed. De pronto, una luz pareció encenderse en su confuso cerebro, y aproximándose al cadáver sobre el cual había vuelto a arrojarse la bella mujer, contempló con el ceño fruncido aquel rostro barbudo sobre el cual la muerte había extendido una palidez amarillenta.

De pronto, Oscar Luis y el portero de la Legación le vieron inclinarse hacia el muerto, llevar una mano a su barba, tirar de ella... ¡Y la barba aquella quedó en las manos del marqués!

—¡Miguel Revolik!—volvió a gritar Canevari mirando el rostro del cadáver, despojado ya de la barba postiza—. ¡Ah, traidor!

Oscar Luis se le acercó.

—Dime, Lucas: ¿comprendes ahora cuál ha sido el móvil de esta comedia tramada por el canciller?

—Asesinarme—respondió Canevari.

—Ni más ni menos. ¡Ese canalla debía estar en combinación con nuestros enemigos!

—¡Oh, sire! Antes de que yo comience a hacer algo por vos, ya os debo la vida—murmuró el marqués, conmovido hasta las lágrimas.

—Silencio, Lucas. No vale la pena hablar ahora de estas cosas.

—Pero, ¿cómo habéis podido llegar tan a tiempo con Mohamed?... Vuestro disparo fué algo milagroso.

—Todo ha ocurrido muy sencillamente. Recordando el lugar donde esa mujer te había citado, comuniqué a Mohamed mis temores y él se prestó a guiarme hasta aquí. Al no verte junto a la verja, sospechamos que debías encontrarte dentro de la casa. Entonces saltamos al pasadizo, atravesamos el jardín, y al ver luz en esta ventana, nos acercamos a mirar.

Era el momento en que ese canalla disfrazado de turco se arrojaba sobre ti blandiendo su puñal. Mohamed hizo pedazos con su daga los cristales de la ventana y yo disparé, matando a tu enemigo.

—¡Milagro, milagro!...—murmuró el marqués, pasándose una mano por la frente—. Todo parece cosa de milagro.

—Tira esa barba, Lucas, y salgamos de aquí .

—Pero, ¿sin castigar a esa mala hembra por culpa de la cual he estado a punto de perder la vida?

—Bastante castigo tiene la infeliz con la muerte del hombre que amaba. ¡Ea, Mohamed, inicia la retirada; yo arrastraré con nosotros al señor ministro!

El portero de la Legación se dirigió hacia la ventana, y de un salto ganó el jardín. Oscar Luis, cogiendo del brazo a Canevari, le hizo andar en la misma dirección.

Pero el marqués, antes de abandonar aquella estancia, en la cual había sufrido el más terrible desengaño de su vida, se volvió hacia la mujer que había jugado con su corazón, y que lloraba amargamente abrazada al cadáver de Miguel Revolik.

—¿Qué haces?—le preguntó Oscar Luis, impaciente.

—Esperad, señor. ¿Sabéis que me parece imposible que haya yo podido dejarme alucinar por semejante víbora?

—Si no pones remedio a esa debilidad que te arrastra tras la primera mujer que te sonríe, Lucas — respondió Oscar Luis—, tendrás en la vida muchos desengaños como éste.

—Tenéis razón; tenéis razón. He sido siempre demasiado tonto con las mujeres; pero a partir de hoy, juro que ni Salomé que se me apareciese en carne y hueso bailando la danza de los siete velos, haría en mi ánimo la menor huella.

* * *

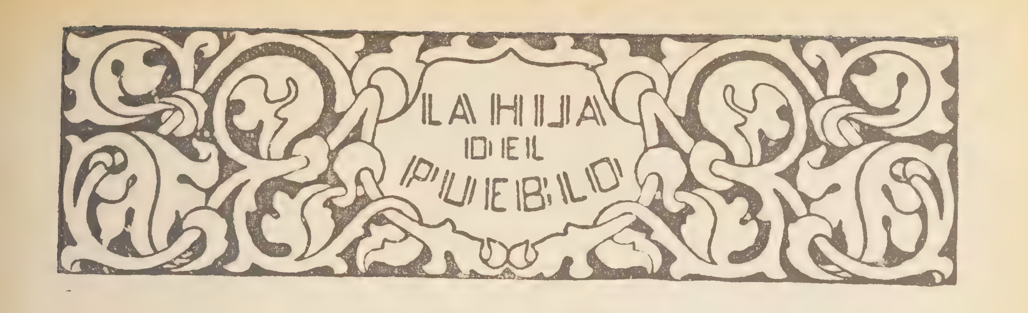
Pronunciadas estas palabras, Canevari saltó al jardín, hizo lo propio Oscar Luis, y cuando iban a alejarse de allí si-

guiendo a Mohamed, el primero de los nombrados volvió junto a la ventana y dijo a la falsa Zaira con una ironía que no alcanzaba a cubrir la rabia que lo poseía:

—¡Adiós, hermosa! Con toda seguridad no volveremos a vernos jamás; pero de todas maneras, yo os deseo tanto bien como el que pretendisteis hacerme esta noche...

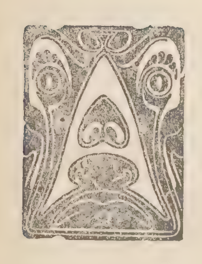
La mujer no contestó, no le miró siquiera. Seguramente, no debieron llegar a sus oídos aquellas palabras del marqués.






## CAPITULO XXIX

### En busca de Eduardo



la mañana siguiente, Canevari, bajo el peso todavía del terrible desengaño de la noche última, se presentó en casa de Miguel Revolik, el canciller.

—¿Dónde está tu amo?—preguntó al criado que salió a recibirle, fingiendo ignorarlo todo.

—No lo sé, excelencia—contestó respetuosamente el servidor—. El señor Revolik se marchó anoche, después de cenar, y no ha vuelto por aquí.

—¿Suele pasar a menudo la noche fuera de casa?

—Lo hace muy pocas veces, excelencia.

—¿Está abierto su despacho? Necesito ver en seguida unos papeles que debía someter hoy a mi firma.

—Tenga vuestra excelencia la bondad de pasar—contestó el criado abriendo la puerta del despacho que daba al vestíbulo de la casa.

Canevari entró.

—Déjame solo—dijo al servidor—. Si te necesito, ya te llamaré.

Alejóse éste, y al quedar solo en el despacho del canciller, el marqués se quitó rápidamente los guantes y se acercó al escritorio.

—Si, como piensa su majestad—murmuró—, existía un acuerdo entre Federico Lisandri y Revolik para hacerme desaparecer, es indudable que he de encontrar algunas pruebas de ese acuerdo entre los papeles del canciller.

Pasó revista a los que estaban sobre el escritorio, y no encontrando en ellos nada de interés, se dispuso a registrar los cajones del mueble.

—No importa—murmuró el marqués—. Las cerraduras de estos cajones son débiles, y saltarán a la menor presión.

Y con el cortapapel de metal que halló encima del escritorio se puso a forzar los cierres.

Bien pronto consiguió abrir el primer cajón; pero en su interior no encontró nada que pudiera interesarle.

Prosiguió su tarea de forzar las cerraduras de los otros cajones, y al cabo de un cuarto de hora de afanoso trabajo, dió al fin con lo que le hacía falta. Esto era, la carta escrita por Federico Lisandri al canciller, en la que el conde recomendaba la eliminación de Canevari.

—¡Grandísimo truhán!—exclamó el marqués, radiante de alegría por aquel hallazgo, guardándose la carta en un bolsillo—. A falta de otras pruebas, bastaría sólo esta carta para enviarte a la horca. Tenía razón su majestad. ¡De buena me he librado, por Dios vivo!

Cerró los cajones y abandonó el despacho.

—Cuando vuelva tu amo—dijo al criado, que acudió a acompañarle hasta la puerta—, dale cuenta de la visita que me he permitido realizar durante su ausencia, y dile que no se caliente los cascos por lo que puedan escribirle desde Palacio.

—Entendido, excelencia.



*... esas hembras arrogantes, moradoras de harenes encantados...*

Y el criado, que, a la verdad, no había entendido nada, despidió al ministro de Istralia con una profunda y solemne reverencia.

***

—¡Albricias!—exclamó Canevari al entrar en el saloncillo de la Legación, donde le esperaba Oscar Luis—. ¡Ya tenemos las pruebas de la culpabilidad del canciller, sire!

—¡A ver, a ver!—dijo el rey con cierta ansiedad.

El marqués le alargó la carta de Lisandri, y al enterarse de su contenido, Oscar Luis esbozó una leve sonrisa y se la devolvió a su amigo, diciéndole:

—Guárdala como oro en paño; puede sernos muy útil dentro de poco tiempo.

—Eso haré, majestad. Pero, ¿sabéis que al leer esta carta me ha asaltado una terrible duda?

—¿Qué duda es esa?

—Temo que lo que esos canallas han pretendido hacer conmigo intenten hacerlo también con Eduardo Montespín. Nuestro buen amigo está en peligro, sire.

—Lo sé—dijo el rey—, y por eso nos conviene partir lo antes posible con dirección a Alemania.

—Ya hemos perdido el tren de hoy, majestad, y será forzoso aguardar al de mañana.

—Sea; nos esperaremos un día más, ya que no hay otro remedio. ¿Estaban enterados en casa del canciller de la muerte de éste?

—La ignoran todavía, por lo que he podido juzgar.

—Nos convendría que no se enteraran hasta después de nuestra partida, a fin de ahorrarte declaraciones y diligencias.

—En efecto; eso sería de desear, sire... Pero, volviendo a nuestro amigo Eduardo, ¿qué os parece si le telegrafiásemos previniéndole del peligro que corre?

—¡Hum! No sé qué decirte, Lucas.

—Tardaremos algunos días en llegar a su lado, y un telegrama llega en pocos instantes.

—Pero, ¿y si nuestros enemigos hubiesen adoptado precauciones hasta el punto de interceptar la correspondencia de Eduardo? ¿Y si, por otra parte, Eduardo hubiese caído ya en un lazo como el que pretendieron tenderte a ti y ese telegrama fuese a parar a manos de sus asesinos? ¿No comprendes que eso sería ponerles en guardia?

—Tenéis razón, sire—murmuró Canevari apesadumbrado—. Nos conviene que ignoren lo que aquí ha ocurrido. Pero entretanto, ¿cuál será o habrá sido la suerte de Montespín?

—¡Que Dios proteja a nuestro amigo, Lucas!

—¡Que Dios os escuche, sire! Montespín, más que un amigo, es un hermano para mí.

—Y para mí otro hermano, Canevari.

—¡Maldita situación, que nos ata de pies y manos!

—Tengamos paciencia, amigo mío.

—La tengo hasta donde es posible, sire. Cada minuto que pasa es una espina envenenada que se clava en mi corazón. No veo el momento de huir con vos de este maldito país.

—Hemos de tener paciencia y aguardarnos a mañana, Lucas. ¿Será el recuerdo de aquella hermosa judía, amiga del canciller, que supo engañarte de un modo tan magistral, lo que te impulsa a huir de Constantinopla?

Canevari mudó de color, y replicó, mientras Oscar Luis sonreía:

—¡Ya no me acuerdo de esa maldita, sire! Y en cuanto a mujeres, os he jurado no dejarme tentar por ellas en toda mi vida.

—¡Pícaro!—reconvino amistosamente el rey—. Lo de anoche te ha estado bien merecido, por no haber guardado la fidelidad debida a la mujer que suspira por ti.

De pálido que estaba, el rostro de Canevari se puso rojo como una cereza.

—¿Os referís a la señora Genoveva, majestad?

—A ella, sí. ¿Qué amor es ese que le profesas, truhán, que la olvidas por la primera mujer que te sonríe falsamente?

—¡Ay, sire! Tenéis razón; pero hay en el mundo, y sobre todo en este endiablado país, mujeres capaces de trastornar los cascos a la estatua ecuestre de vuestro ilustre abuelo.

Y tras de lanzar un entrecortado suspiro, el buen marqués se puso a pasear tristemente por la salita.

* * *

El sastre, cumpliendo con su palabra, se presentó a media tarde en la Legación con los dos trajes confeccionados en sus talleres para Oscar Luis por orden y cuenta del ministro de Istralia.

Por la mañana ya había enviado unas cajas conteniendo un buen surtido de ropa interior, corbatas, dos pares de zapatos, dos gorras y un sombrero.

Después de hacerse afeitar y arreglar el cabello, Oscar Luis vistióse de nuevo con aquellas prendas, y ya sano completamente de sus heridas de la cabeza, recobró por vez primera desde hacía cerca de dos meses su aspecto de joven distinguido que tan simpático le hacía.

Canevari cogió el traje de pana que el rey acababa de quitarse, y doblándolo cuidadosamente, lo metió dentro de uno de sus baúles.

—¿Qué haces?—le preguntó con extrañeza el joven soberano.

—Hacerme dueño de un recuerdo inapreciable, sire. Ese traje figurará algún día en un museo.

—No me opongo a tu deseo, amigo mío; pero antes déjame sacar de uno de los bolsillos de ese traje un recuerdo que a mi vez guardaba allí.

Canevari tuvo que abrir de nuevo el baúl y sacar de allí el traje.

—¿En qué bolsillo está ese recuerdo, sire?

—Déjame; yo lo buscaré.

Hízolo así, y al poco rato Lucas le vió sacar una bolsita de seda amarilla que parecía contener dinero.

Recordando el relato de su odisea que el soberano le había hecho el día anterior, el marqués dijo:

—Apostaría que es esa la bolsita con los diez francos que os ha entregado aquella muchacha hija del pescador que os recogió en su red y os albergó en su cabaña.

—Sí—contestó el rey—. Guardo esta bolsita como si fuese cosa sagrada. Es el homenaje más preciado y conmovedor que he recibido en mi vida.

—A fe, señor, que esa joven se ha portado como los propios ángeles. ¿Os dais cuenta que hay más corazones buenos entre los humildes que entre los poderosos?

—Si alguna duda me quedaba respecto a ello, Canevari, durante mi triste odisea he tenido cien ocasiones de desvanecerla. Por eso amo con todas las fuerzas de mi alma a María Teresa, esa noble hija del pueblo, dotada de todas las virtudes que distinguen a éste.

* * *

A la mañana siguiente, cómodamente instalados Oscar Luis y Canevari en el compartimento de un vagón de primera clase del expreso de Constantinopla, que los llevaba hacia el centro de Europa, conversaban de esta manera:

—¿Sabes, Lucas, que es extraño que en todo el día de ayer no haya llegado a la Legación la noticia de la muerte de Miguel Revolik?

—Confieso, sire, que no esperaba tanto silencio. ¿Qué perseguirá aquella mujer con ocultar lo ocurrido?

—Ahora me asalta la duda de si no estaría enterada de las relaciones del canciller con Federico Lisandri.

—¡Diablo! ¡Otra duda que me metéis en el cuerpo, majes-

tad!—exclamó Canevari—. Si así fuera, de nada nos valdría guardar tanto secreto en torno a nuestro viaje a Berlín.

—Pero, ¿debía ser tan imbécil Miguel Revolik para enterar a su amiga de secretos de tanta magnitud?

—No hagamos conjeturas, sire. Para pedirle su ayuda en el lazo que me tendieron, algo debió de decir ese canalla de Revolik a su amiga.

—¿Por qué no se nos habrá ocurrido reflexionar así cuando estábamos aún en Constantinopla?

—¿Qué hubierais hecho, señor?

—Salir de dudas, obligando a hablar a la amante del canciller.

—¡Oh! ¡Oh! Quizás sea mejor no haber vuelto al lado de aquella mujer. Nos habría engañado.

Oscar Luis comentó con una leve sonrisa el espanto que Canevari sentía hacia la hembra hermosa que lo había engañado pérfidamente, y volviendo la cabeza hacia la ventanilla, se puso a mirar el paisaje.

Hacía ya buen rato que Constantinopla, con sus palacios y sus torres de ensueño, se habían perdido de vista más allá de grandes extensiones de campos fértiles sembrados de viñas que, a aquella altura del año, habían ya perdido casi todas sus hojas. Pero pronto el espectáculo de la naturaleza dejó de interesar al joven soberano, para entregarse por entero a rememorar a la mujer amada y a su madre, la reina, víctima quién sabe de qué maquinación infame de los usurpadores del trono de Istralia.

En cuanto al marqués, también tenía lo suyo en qué pensar. Al ver que Oscar Luis daba por cortada aquella conversación, acercóse a la otra ventanilla del compartimento y se puso a mirar al exterior con la nariz pegada al cristal.

Los ojillos de Canevari parecieron querer buscar la ciudad que habían abandonado hacía algo más de una hora y de la cual se llevaba recuerdos que no se borrarían jamás de su memoria.

Pero Constantinopla se había hecho ya invisible en la lejanía. Entonces el marqués entornó los ojos, y como en sueños volvió a ver a la vieja Stambul, magnífica en su hechizo oriental, con sus mansiones de "Las mil y una noches"; sus esbeltos alminares; sus severas columnas romanas; sus calles torcidas y misteriosas; sus mercados y bazares pintorescos y bulliciosos; el maravilloso Cuerno de Oro con los palacios de la Sublime Puerta; el gran puente, invadido siempre por una muchedumbre abigarrada y colorinesca, y por último, sus mujeres, esas hembras arrogantes, moradoras de harenes encantados, de andar rítmico y voluptuoso, que evocaban con su perfume de ámbar y de nardo delicias de un erotismo ardiente y exótico. "Adiós, adiós, antigua Bizancio, seductora Bizancio, coqueta y sensual como una odalisca, que no dejas mirarte un solo momento en el curvo espejo del Bósforo sereno—pensaba Canevari sin levantar los párpados—. Ahí te quedas en buena hora, después de haber intentado robarme el corazón y el pellejo. Conmigo ya nada pueden tus hechizos, ni siquiera hacerme volver algún día a tus lares. ¡Ah, Zaira! Zaira o Judith, la de los ojos de fuego y la boca chiquita y roja como un clavel de Nápoles. ¡Bien me has engañado, mala pécora! Tú y la ciudad me parecéis una misma cosa: tras vuestros encantos, el puñal traidor aguarda al incauto que se ha hecho la ilusión de gozaros. Dadme a mí las ciudades grandes, populosas, de Occidente, sin otros atractivos que los de su modernismo, y las mujeres de esas ciudades, francas, activas, alegres, sin complicaciones en el vestir, sin tapujos, y estaré en mi medio y seré feliz."

La parada del tren interrumpió los pensamientos de Canevari. Abrió los ojos, bostezó, y preguntó luego a Oscar Luis, que acababa de ponerse de pie:

—¿Dónde estamos, sire?

—En Burga—contestó el soberano.

—¡Ya podía haber corrido un poco más este maldito tren!

Me horroriza pensar en la distancia que aún nos separa de Berlín.

Tras una detención de un cuarto de hora en la estación de Burga, por cuyo andén se paseaban varios soldados de las tropas inglesas que ocupaban todo el territorio de la Turquía europea, el tren reanudó la marcha. La temperatura era extremadamente baja; pero los viajeros, dentro de los vagones de paredes tapizadas, amplios asientos forrados de lana y provistos de abundante calefacción a vapor, no sentían los rigores invernales. Debían experimentar una sensación de bienestar egoísta, viendo a través de los cristales de las ventanillas las filas de campesinos, mujeres y hombres, astrosos, descalzos, avanzar tiritando por los largos caminos, azotados por el helado viento invernal, conduciendo asnos, mulos y caballos cargados con los productos de la tierra, rumbo a los mercados de ciudades y poblaciones lejanas, mientras ellos, acomodados en los divanes del tren, en un ambiente confortable, recorrían en unas cuantas horas distancias que a aquellos infelices les habría de costar jornadas enteras de marcha penosa e incesante.

¡Oh, el placer del contraste gozado desde el punto privilegiado! Hubiera sido interesante saber lo que pensaban del progreso aquellos desgraciados que no podían hacer uso de él, teniendo que conformarse con los medios más rudimentarios para el transporte de sus mercancías.

A mediodía el rey y Canevari pasaron al vagón restaurante a almorzar, y al atardecer llegaron a Andrinópolis, donde el tren se detuvo cerca de una hora, prosiguiendo después viaje a través de Bulgaria, en dirección a Sofía.

* * *

El viaje en ferrocarril desde Turquía a la Europa Central a través de los Estados Balkánicos, resulta excesivamente penoso si el viajero no toma el partido de hacerlo por etapas, sin apresuramientos.

El joven rey y el marqués, deprimidos por aquellas interminables jornadas de ferrocarril, habían acabado por perder hasta el deseo de hablar. Hundidos en los compartimentos acolchados, veían desaparecer como en danza salvaje, a través de los cristales de las ventanillas, aldeas, bosques, montañas, pantanos y ríos, mientras desde los compartimentos vecinos llegaban a sus oídos las conversaciones de los viajeros políglotas que el tren tomaba y dejaba en todas las estaciones.

Cuando al fin traspuso el convoy la frontera de Checoeslovaquia para internarse en territorio alemán, el rey y Canèvari respiraron tranquilos.

Su llegada al lado del buen amigo Montespín era sólo cuestión de horas.

—Al llegar a Berlín —dijo Canevari—, nos convendrá adoptar algunas precauciones para acercarnos a Eduardo.

—En efecto; conviene que yo no vaya a la Embajada. Podrían reconocerme.

—Os quedaréis en el hotel, sire. Dejadlo todo de mi cuenta. ¿Sabéis que con tanto ferrocarril mi cuerpo ha quedado hecho un saco de huesos molidos?

—No es para menos, Lucas. Venimos atravesando de cabo a rabo, sin parar, cuatro naciones.

—Con tal de que no hayamos hecho el viaje en balde, majestad.

—No lo quiera Dios, Canevari. No podría consolarme nunca de la pérdida de un amigo como Montespín.

Una vez en la capital de la nueva República alemana, nuestros amigos se hicieron conducir a un hotel de primer orden, donde procedieron a bañarse y cambiarse de ropa. Hecho esto, Canevari entró en la habitación del soberano y le dijo con emocionada voz:

—Sire, voy en busca de nuestro amigo.

—Son las ocho de la noche, Lucas—respondió el rey, consultando un reloj que le había entregado el marqués en Cons-

tantinopla—. Me parece una hora poco conveniente para presentarte en la Embajada.

—Dejadme hacer, sire. Por lo menos, lograré averiguar el domicilio particular de nuestro amigo.

Y Canevari partió, quedando convenido que Oscar Luis le esperaría sin salir de su habitación.

Veinte minutos después estaba de vuelta. Su rostro resplandecía de alegría.

—¡Hemos llegado a tiempo, sire! ¡Hemos llegado a tiempo!

—Explícate, Lucas.

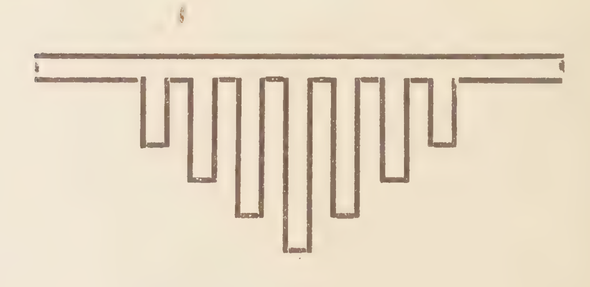
—Tengo las señas del domicilio particular de Montespín. El portero de la Embajada, con quien he hablado, me dijo que el agregado militar de Istralia se encuentra perfectamente bien de salud y que esta tarde le vió entrar para conversar con el señor embajador.

—Bien, bien—dijo Oscar Luis, en quien repercutía la alegría de Canevari—. ¿Sabes qué podemos hacer, Lucas?

—Vos diréis, sire.

—Ir en busca de Montespín y traerle a este hotel a cenar con nosotros.

—¡Idea genial, sire! Poneos el abrigo y salgamos.






## CAPITULO XXX

### El baile de máscaras




A tarde del mismo día que Oscar Luis y Canevari llegaron a Berlín, el señor Aníbal Pagallos, embajador de Istralia acreditado ante el Gobierno de la República Alemana, había llamado a su despacho al nuevo agregado militar de la Embajada, el capitán de Coraceros Eduardo Montespín.

El señor Aníbal Pagallos, dedicado desde muy joven a las actividades diplomáticas, frisaba a la sazón en los sesenta años. Era un anciano de cabellos blancos y faz sonrosada como la de un niño. Su trato extremadamente afable y bondadoso le había creado siempre grandes simpatías dentro y fuera del mundillo político en que actuaba, y en el cual los odios y los recelos son más comunes que la amistad y la franqueza en el trato. Su vastísima cultura le hacía indispensable a su país para resolver mediante el caudal de sus conocimientos todos los problemas de orden internacional que surgían periódicamente entre los pueblos de Europa después de

la gran guerra. Ultimamente había representado a Istralia en varias conferencias de naciones, teniendo que contender con las más grandes personalidades políticas de la época, a las cuales asombró con su palabra sencilla y docta, abogando por el respeto y la seguridad de las pequeñas naciones, entre las cuales se encontraba su patria. Admiraba a Wilson tanto como despreciaba a los interesados compatriotas del glorioso presidente. Defendía sus tesis políticas con razonamientos ungidos de lógica humana, y procuraba llevar todas las discusiones a un terreno donde todas las partes se viesen en la necesidad de expresarse con franqueza.

—Nada de ambigüedades—decía—. Ya es tiempo de que los diplomáticos se decidan a llamar las cosas por sus verdaderos nombres.

Su nombramiento de embajador en Berlín databa de un año apenas. El Gobierno de Istralia, sabiendo que la capital de Alemania se había convertido en un nido de intrigas internacionales, comprendió que debía enviar allí a un hombre ducho y experto, capaz de hacer abortar toda iniciativa de las demás potencias en perjuicio de los intereses del país. y llamó al señor Pagallos, que se encontraba en Ginebra, para ofrecerle ese cargo. Aceptó el anciano, y previa renuncia de su antecesor, pasó a ocupar su puesto.

Había estado otras veces en Berlín antes y después de la guerra, y no le disgustaba la vida de aquella gran ciudad, que hasta hacía poco tiempo había sido la capital del poderío militar más grande de la tierra. Su educación y sus gustos cosmopolitas le permitían adaptarse fácilmente a todos los lugares, climas y ambientes, y en el mismo caso estaban su mujer y su hija, esta última preciosa muchacha de veinte años, nacida en Roma y bautizada con el nombre de Ada.

* * *

Eduardo Montespín se presentó vestido de uniforme en el despacho del embajador de Istralia. El señor Pagallos, que es-

cribía sentado ante una lujosa mesa de trabajo cargada de libros y papeles, abandonó la pluma al ver entrar al agregado militar, y le salió al encuentro con la diestra extendida y una afable sonrisa de simpatía en los labios.

—Mi querido capitán, me he convencido que es preciso apelar a medios extremos para obligaros a venir a la Embajada. ¿Os ha disgustado mi carta?

—Al contrario, excelencia—respondió Montespín estrechando la mano que el señor Pagallos le tendía—; me considero sumamente honrado con ella.

—Pero si os molesta venir...

—No me molesta, señor embajador. Experimento un placer cada vez que os veo; podéis estar seguro de ello.

—Pero pocas veces os da por probar ese placer, capitán; confesadlo.

Un tanto confuso, Montespín se pasó una mano por la frente, y luego dijo:

—La verdad, señor embajador, es que ya no me conozco a mí mismo. Hay algo en mí que me induce, contra mi voluntad, a aislarme del trato de las personas que estimo, a apartarme de la vida social. Algunas veces me he preguntado si no habrá muerto mi juventud sin haberme dado yo cuenta de ello.

—¡Hola!—exclamó el señor Pagallos—. Habláis hoy como si estuvierais en vena de hacerme una confidencia. Sentaos, capitán. ¿Qué os sucede para que podáis pensar que ha muerto vuestra juventud cuando hace tan poco tiempo que habéis dejado de ser un niño?

Eduardo se dejó caer en un sillón y murmuró, mientras el embajador tomaba asiento frente a él, en otro sillón:

—He sido víctima de una terrible injusticia, excelencia. Esa injusticia es la que envenena mi vida aquí, en Berlín.

—¡Caramba! ¿Y qué injusticia es esa, señor Montespín?

—La conducta que con el marqués de Canevari y conmigo

ha observado nuestro soberano. ¿Estáis enterado de este asunto, excelencia?

—No sé nada, os lo aseguro—dijo el embajador, manifestando gran extrañeza—. Si algo me ha llamado la atención en vos, ha sido el poco partido que sacabais en Berlín de vuestro brillante cargo y de vuestra espléndida juventud. Eso es todo.

—Canevari y yo éramos los amigos más íntimos y más fieles de Oscar Luis, nuestro actual soberano—comenzó diciendo Montespín—. Le servíamos con lealtad y desinteresadamente, y su alteza, por su parte, nos consideraba a nosotros como hermanos. Llegó el día de su coronación. La alegría que experimentamos Canevari y yo cuando vimos a Oscar Luis ciñendo la gloriosa corona, no puede comprenderla nadie más que nosotros mismos... Y tres días después, sin que volviésemos a ver a nuestro soberano, sin que el rey nos hiciese llamar una sola vez a su presencia o se acordase de nosotros, nos arroja de su lado, enviando al marqués a Constantinopla y a mí a Berlín, de agregado militar en esta Embajada. Llenos de estupor, mi amigo y yo quisimos tener una entrevista con el soberano para pedirle nos explicase los motivos que le habían inducido a adoptar semejante conducta; pero él se negó terminantemente a recibirnos, y tuvimos que abandonar San Francisco sin tener el placer de estrechar siquiera su mano.

—Sí que es raro y doloroso lo que me referís, capitán—dijo el embajador, viendo que Montespín se interrumpía—. ¿No habéis pensado con detenimiento en qué podéis haber agraviado a su majestad?

—Canevari y yo nos hemos devanado los sesos pensándolo, y no hemos hallado el menor motivo que justificase esa conducta.

—He conocido en mi vida a muchos reyes, capitán, y os aseguro que nunca he creído prudente fiarme demasiado de

ellos. Su confianza se pierde tan pronto como se gana, por cualquier causa fútil.

—Oscar Luis no ha sido nunca un temperamento veleidoso, excelencia. Le hemos visto obrar siempre como un buen muchacho, lleno de cordura y sinceridad.

—En efecto: estoy cansado de oír decir que la vida de nuestro rey ha sido un modelo de virtud. Pero, ¿y no os hace suponer esto que hayáis podido ser víctimas de alguna intriga?

—Su majestad tiene bastante criterio para dejarse sorprender por intrigantes.

—Algunos envidiosos pueden haberos acusado ante él.

—Si era nuestro amigo, no debió prestar oídos a nuestros calumniadores.

—¿Queréis decir que el rey se ha vuelto malo de la noche a la mañana?

Esta pregunta del embajador dejó un poco confuso a Montespín.

—No me atrevo a decir que Oscar Luis se haya convertido en un hombre malo—respondió luego—. Sólo le acuso de haber sido cruel, demasiado cruel con Canevari y conmigo.

***

Hubo un breve silencio, y de pronto el señor Pagallos se levantó para palmotear cariñosamente el hombro del capitán de Coraceros.

—Olvidad penas, amigo mío. Tengo la seguridad de que el rey saldrá algún día del error que le hizo ser injusto con vosotros y os recompensará largamente.

—Ya nada espero, excelencia.

—¡Diablo! ¿Por qué ese pesimismo, mi querido capitán?

—Una afrenta así, excelencia, es de las que no indignan ni sublevan, pero matan lentamente, como un tóxico administrado gota a gota.

—¿Tanto queríais al rey?

—El y Canevari eran mis dos hermanos.

El embajador dió una vuelta por el despacho. Luego, deteniéndose ante Montespín, dijo:

—Tengo una buena idea.

—¿Respecto a mi situación, excelencia?

—Respecto a vuestra situación, capitán.

—Hablad, os lo ruego.

—¿Qué os parece si hiciese un viaje a San Francisco y me entrevistase con su majestad para inquirir los motivos por los cuales os ha alejado de su lado?

—¡De ninguna manera! — exclamó Eduardo Montespín con un ligero temblor en la voz—. Agradezco vuestro noble ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo.

—Pensad que se trata de haceros justicia.

—Me interesa que la justicia venga por su camino.

—Yo podría desbaratar una infamia, que existe sin duda.

—El rey podría interpretar vuestra intervención como una súplica de nuestra parte.

—Pero cuando yo le explicase...

—Gracias, excelencia, gracias; pero os declaro que vuestros propósitos me entristecen más. Por otra parte, estoy seguro que mi amigo el marqués desaprobaría mi conducta si yo os autorizase a seguir los nobles impulsos de vuestro hermoso corazón.

El anciano movió contristado su blanca cabeza. Después de dar otra vuelta por el despacho y de detenerse ante Montespín, dijo:

—¿De modo que os resignáis a sufrir en silencio las consecuencias de ese error o de esa intriga?

—Mi amigo y yo nos hemos resignado ya, excelencia.

—Pero sois joven, Montespín, y la vida que arrastráis es demasiado triste...

—Procuraré distraerme, olvidar...

—Nada habéis hecho para conseguirlo en los dos meses que lleváis en Berlín—observó el embajador.

—Tenéis razón, excelencia; pero de hoy en adelante...

La cara sonrosada del anciano se iluminó:

—¡Ah! ¿Os proponéis divertiros?

—Todo lo que pueda.

—En ese caso, habéis llegado a tiempo, mi querido capitán.

—¿Qué queréis decir, señor embajador?

—¿Sabéis por qué motivo os hice venir?

—Para hacerme alguna comunicación relacionada con mi cargo, supongo...

—Nada de eso: para preguntaros las causas de vuestro retraimiento e invitaros esta noche al baile de máscaras que se celebrará en el "Metropol Hotel", y al cual asistirán todos los miembros del cuerpo diplomático con sus familias. Es entendido que los caballeros irán de frac y las mujeres llevarán disfraces. ¿Qué me decís, Montespín? ¿Me acompañaréis? Sois el único personaje joven de la Embajada, y es mi deseo que los istralianos hagan buen papel entre el bello sexo cosmopolita del "Metropol Hotel".

Eduardo esbozó una sonrisa.

—Iré, señor embajador. A un hombre amable como vos no se le puede negar nada.

—En ese caso, a las nueve os espero aquí. Iremos todos en mi automóvil al lugar de la fiesta.

* * *

Eduardo Montespín, a su llegada a la capital de Alemania, había alquilado un pisito amueblado en una calle céntrica, y allí vivía sin más servidumbre que la de la señora Natalia Scheerrer, mujer de unos cuarenta y cinco años, viuda de un comerciante arruinado por la guerra. Las comidas las hacía Eduardo en un restaurante elegante situado en las inmedia-

ciones del palacio del Reichstag, de modo que todas las tareas de la señora Scheerrer se limitaban al cuidado de la ropa del joven y al arreglo y limpieza del piso.

A pesar de no tener nunca nada que hacer, Montespín solía permanecer muy poco rato en su casa durante el día. Salía por la mañana y no solía regresar hasta después de las diez de la noche. Al acostarse, leía en el lecho hasta que el sueño cerraba sus ojos. En los dos meses que llevaba en Berlín no se había preocupado de contraer amistades, a pesar de tener excelentes oportunidades para ello. Hasta entonces había dedicado las mañanas a visitar los museos de la ciudad, sus magníficos parques, el Palacio Imperial y cuanto de notable podía ofrecerse a la curiosidad del viajero. Pero es de notar que a Montespín no era la curiosidad lo que le llevaba a hacer aquellas visitas, sino el deseo de matar el tiempo de alguna manera. Por las tardes, después del almuerzo, dirigíase a un garage donde guardaba un pequeño automóvil que había adquirido ya usado, y montando en él, huía de la población rumorosa por diversas carreteras, en busca de la soledad y el silencio de los campos, donde podía entregarse por entero a los recuerdos de su reciente pasado.

No podía olvidar al soberano ingrato, ni a Canevari, el amigo entrañable de cuyo lado lo había apartado la fatalidad. Eran los más grandes, los únicos afectos de su vida de muchacho huérfano desde la más tierna edad. Había él soñado vivir siempre unido a aquellos dos amigos de su alma, y en lo mejor de su vida, cuando el porvenir se le brindaba lleno de promesas, un golpe cruel, injusto, inexplicable, los separaba brutalmente, arrojándolos lejos del sitio común.

Varias veces había escrito a Canevari durante aquellos dos meses que Eduardo consideraba de destierro, y tras cinco semanas de silencio, había tenido la satisfacción de recibir dos cartas casi seguidas del amigo lejano que sufría tanto como él, que lo recordaba continuamente y que, como él, se creía desterrado en la vieja Bizancio.

"Diviértete cuanto puedas, Eduardo; no seas tonto — le decía Lucas en la última de sus cartas—. Hasta hoy yo he hecho como tú: me he condenado voluntariamente a una vida de reclusión, desesperándome por mi suerte; pero ya me he cansado de vivir haciendo penitencias, y quiero olvidarlo todo para gozar de la vida, ¡qué diantre! Stambul, desde que me he formado el propósito de divertirme, me parece menos triste. ¡Ay, Montespín! ¡Si vieras a las turcas, olvidabas al instante la injusticia de que hemos sido víctimas! Hablar de ellas, querido, es llenarse la boca de miel. Y sobre todo, hay una... Pero de esto no quiero decirte aún una palabra. Ya te referiré en mi próxima carta la aventura con todos los pelos y señales. Ahora, lo que te recomiendo es que no vuelvas a escribirme esas cartas llenas de amargura y desasosiego. Me hacen el efecto, en medio de mi felicidad naciente, de campanas doblando a muerto..."

—Divertirme, divertirme...—había murmurado Montespín después de leer la carta de su amigo—. No es malo el consejo; pero, ¿de dónde saco yo el humor para ello?

Pasados unos cuantos días, al volver una noche a su casa, la señora Scheerrer le entregó una carta que habían traído por la mañana en la Embajada de Istralia. Era el señor Pagallos quien le escribía citándole en su despacho para la tarde siguiente.

Acudió Montespín a la hora fijada, y de cómo se desarrolló la entrevista ya tienen conocimiento nuestros lectores. Enternecido por la acogida que el embajador le había dispensado, el capitán de Coraceros se propuso seguir los consejos de aquel caballero, que, por otra parte, no diferían en nada de los que por carta le daba Canevari.

Sí, iría a aquel baile de máscaras. Procuraría abismarse en el bullicio alegre de los salones de fiestas. Era injusto que su juventud languideciese en el dolor hasta morir o secarse como una débil flor de estufa expuesta a las rachas frías del viento del infortunio.

De vuelta a su casa, dijo a la señora Scheerrer:

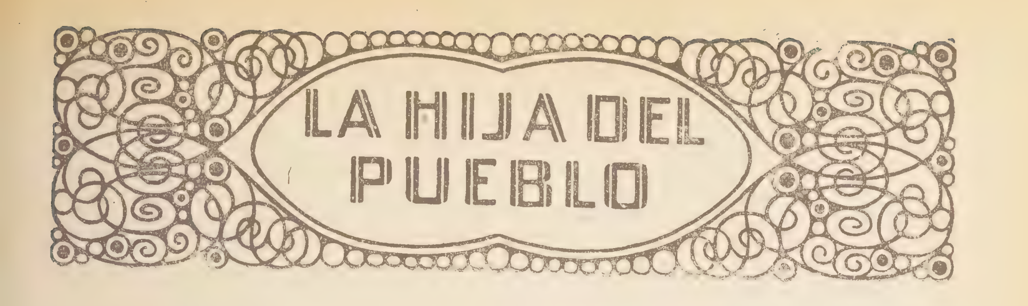
—Prepare usted mi frac. Lo necesito para esta noche.

La faz rubicunda de la buena mujer se iluminó como si ese mandato de su joven señor le proporcionase una gran alegría.

—¡Ah! ¡Al fin se determina usted a divertirse de noche, como lo hacen en Berlín todos los jóvenes de su edad!

—Voy al baile del "Metropol Hotel". Todavía no sé si será para divertirme o para aburrirme soberanamente.






## CAPITULO XXXI

### Sigue el anterior

CINCO minutos antes de las nueve, Eduardo Montespín, correctamente vestido de etiqueta, se presentaba en la Embajada.

—¡Hola, capitán!—exclamó, estrechándole efusivamente la mano el embajador—. Tendréis que armaros de paciencia y esperar un momento aún. Ya sabéis lo que quiere decir la "toilette" de un mujer.

—No tengo ninguna prisa, excelencia; no os intranquilicéis por mí.

—Bien, sentaos, señor Montespín.

Hízolo así Eduardo, imitóle el embajador, y después de ofrecerle un cigarro, disponíase a iniciar un comentario acerca de la organización de la fiesta que iba a celebrarse en el "Metropol Hotel", cuando una dulce voz femenina, que sonó a su espalda, le obligó a volverse.

—Ya estoy, papá—había dicho aquella voz. Y agregó en

seguida, al darse cuenta de la presencia del capitán—: ¡Hola, señor Montespín! ¿Lleváis mucho tiempo esperando aquí?

—Media hora lo menos—contestó el señor Pagallos por Eduardo, cerrando un ojo a éste, que se había puesto de pie y saludaba a la hija del embajador con una ceremoniosa reverencia.

—¡Oh!—exclamó Ada, pesarosa, adelantándose unos pasos y tendiendo su mano al capitán de Coraceros—. Sentiría haberos impacientado.

—No creáis a vuestro señor padre, señorita. Os ha gastado una broma.

El rostro angelical de la joven se iluminó.

—¿De veras?—inquirió, mirando a su padre.

Este se echó a reír, y entonces Ada, comprendiendo que, en efecto, había bromeado con ella, corrió hacia él, se sentó en un brazo del sillón y le dió un sonoro beso en la frente.

Hecho esto, se apartó con la misma vivacidad que se le había acercado, y adoptando una postura llena de donaire, preguntóle:

—¿Qué me dices, papaíto, de mi traje de disfraz?

—Pero, ¿qué disfraz es ese?—inquirió por toda respuesta el embajador, calándose las gafas de oro.

—Una fantasía que se me ha ocurrido. ¿No aciertas a comprender qué quiero simbolizar con ella?

—¡Hum!... No caigo, hija. Ese color azul del traje, esos pliegues... Esos dardos dorados en la cabeza...

—No son dardos, papaíto: son rayos — respondió Ada riendo.

—¿Rayos? Rayos de tempestad, tal vez.

—¡Por Dios! ¿Tan mal hechos están para no darte cuenta que son rayos de sol?

—¡Ah!... Pues no caigo, hija, no caigo.

Ella se dirigió entonces, con un movimiento encantador, hacia Montespín.

—Hacedme el honor de opinar vos, caballero—dijo.

—Todo está bien claro, señorita—respondió éste—: vuestro disfraz simboliza el mar en un día de sol.

—¡Ah!—exclamó Ada palmoteando de alegría—. ¡Habéis acertado, señor Montespín!

Y miró a su padre con el rabillo del ojo, como burlándose de su torpeza.

—Alabo vuestro buen gusto, señorita—dijo Eduardo, creyéndose en el deber de mostrarse galante con aquella hermosa y delicada criatura—. Ese disfraz os sienta admirablemente.

—¿De verdad, señor Montespín? ¿No será pura galantería?

—Hablo con sinceridad, señorita. ¿Amáis el mar?

—¡Con delirio!—exclamó Ada—. No hay espectáculo en la naturaleza que me impresione tanto como el mar; nada que me produzca tan acabada sensación de pureza.

—Lamenta—dijo el señor Pagallos—no pertenecer a nuestro sexo para dedicarse a la carrera de la Marina.

—Eso puede remediarse en parte—contestó Montespín—casándose con alguno de los jóvenes marinos de Istralia.

—No es mala vuestra idea—dijo Ada encendida de rubor—; pero creo que, llevada a la práctica, no me daría los resultados que son de desear.

—¿Por qué?—inquirió Eduardo.

—Siempre he oído decir que las mujeres somos un estorbo en la vida activa de los hombres. Por consiguiente, mi marido prescindiría de mí al hacer sus viajes, y yo sería una esposa desdichada, puesto que me vería privada frecuentemente de la compañía del ser amado ni podría satisfacer tampoco mi idea, que es la de viajar, surcar continuamente los mares inmensos.

—Romanticismo, romanticismo puro—bromeó el embajador, poniéndose de pie—. ¿A qué poeta has leído hoy, hija mía?

Y agregó, antes de que ella tuviese tiempo de replicar:

—Con la charla no nos damos cuenta que el tiempo corre. ¿Estás preparada ya?

—No tengo más que ponerme el abrigo—contestó la joven.

—¿Y tu madre?

—Mamá ha renunciado a ir al baile.

—¿Cómo es eso?—preguntó el señor Pagallos.

Se encuentra un poco indispuesta; además, ya sabes, papaíto, que a mamá no le agradan esas fiestas.

—Ya, ya comprendo—murmuró el embajador—. Lo que le ocurre a tu madre, hija mía, es que está en la edad en que el rosario tiene más elocuencia que un libro de versos. ¡Es lástima que deje marchitarse su espíritu como las flores en el otoño!

—¡Literatura, padre mío, literatura!—dijo riendo Ada—. Pero voy a ponerme el abrigo; de lo contrario, acabaremos por no salir de aquí en toda la noche.

Desapareció con graciosa vivacidad por la puerta que daba al corredor, y dos minutos después volvía cubierta con un abrigo de pieles y llevando en la mano un pequeño antifaz de raso azul. Montespín hubo de reconocer que era sencillamente encantadora aquella hija de istralianos nacida en la Ciudad Eterna.

Inmediatamente los tres salieron de la casa, y subiendo al magnífico automóvil que los esperaba en la puerta, partieron con dirección al "Metropol Hotel".

Una larguísima fila de carruajes se extendía ya ante la acera del suntuoso edificio. Un lacayo rubio, de gigantesca estatura, vestido con un casacón rojo bordado en oro, abría las portezuelas de los vehículos en los que llegaban los invitados, y saludaba a éstos con una ceremoniosa reverencia.

Ada, que se había puesto el antifaz antes de descender del automóvil, entró en el aristocrático establecimiento prendida del brazo de su padre, dirigiendo de tanto en tanto furtivas miradas a Montespín, que caminaba a su lado, sin preocuparse de ella ni de cuanto ocurría a su alrededor.

—He pedido que se me reservase un palco—dijo el señor Pagallos—, y según me ha comunicado esta tarde el secretario del decano del cuerpo diplomático, me ha correspondido el número once, en el primer piso. Al menos, tendremos el privilegio de cenar con cierta libertad.

Cuando los tres penetraron en el palco, en el que había una pequeña mesa circular preparada para dar comienzo a la cena, un murmullo regocijante llenaba ya el vasto salón de fiestas, adornado con profusión de luces, flores y figuras grotescas alusivas a Momo. El conjunto, con los caprichosos disfraces de las damas, a los que daba esplendor el brillo de las joyas, ofrecía un aspecto soberbio, fantástico, del cual sólo desentonaban los negros trajes de etiqueta de los caballeros. Una nutrida orquesta había dado comienzo a su repertorio de piezas frívolas, y bastantes parejas, ansiosas de divertirse, habían interrumpido la cena para entregarse en medio del salón al vértigo sensual de la danza.

—La fiesta promete ser animadísima—dijo Ada quitándose el antifaz para dar principia a la cena—. ¿Estáis en vena de divertiros, señor Montespín?

El capitán de Coraceros y el señor Pagallos se miraron, y como este último esbozara una sonrisa con la que parecía querer animar al joven, Eduardo contestó:

—Me esforzaré, señorita, por pasar lo más alegremente posible la velada.

—Pero, ¿no os gusta el baile?—inquirió la linda criatura, que parecía empeñada en sacar a Montespín de su sombrío mutismo.

—¿Podéis imaginar a un hombre de mi edad que no le entusiasme la danza?—contestó Eduardo, animándose con la charla.

—No, ciertamente—murmuró Ada, ruborizándose un poco ante la mirada que Montespín le dirigía desde hacía un instante.

—Para probaros mis entusiasmos por el baile—siguió el

joven, sonriendo al mismo tiempo que se inclinaba hacia Ada, —reclamo el honor de bailar con vos todas aquellas piezas que no tengáis comprometidas.

—Serán todas—dijo Ada—, porque no tengo la costumbre de adquirir compromisos.

—¡Oh! Eso sería abusar demasiado de vuestra libertad!—exclamó Eduardo.

—No abriguéis ese temor, señor Montespín. Detesto bailar con desconocidos, ¿verdad, papá?

—Invocas con bastante tranquilidad mi testimonio, hija mía—reconvino el embajador con una gravedad cómica que hizo soltar la risa a los dos jóvenes.

Y después de un rato, preguntó Montespín a Ada:

—Pero, ¿es posible que no acudan a esta fiesta amigos o conocidos vuestros?

—Nadie ha venido a saludarme aún—contestó la bella señorita de Pagallos—; eso es prueba de que no son muchos mis amigos.

Sin que Montespín lo comprendiera bien, esta declaración de la joven le produjo una extraña sensación de bienestar, como si su corazón se hubiese librado de uno de los tantos pesos que lo oprimían. Inmediatamente después de esta declaración de Ada, la charla languideció, y mientras un destello de recóndita satisfacción iluminaba el rostro del capitán de Coraceros, el de la hija del embajador aparecía velado como por una nube de tristeza. Por fortuna, el señor Pagallos, animado siempre de un optimismo casi infantil, puso pronto fin a aquel silencio embarazoso con su charla alegre y chistosa, y los jóvenes volvieron a conversar y a reír.

Entretanto, la cena seguía su curso, la orquesta no dejaba de tocar y el alegre tumulto que se levantaba de todos los ámbitos del inmenso salón subía de tono hasta trocarse en una bulla ensordecedora. Eran cada vez más numerosas las parejas que marcaban con sus cuerpos los movimientos grotescos de los bailes modernos, entre los cuales el tango, lento y sen-

sual, había pasado ya a ser una antigualla y hubiera sido detalle de mal gusto exhumarlo en un mundillo elegante como aquel en que se encontraban nuestros amigos. Y antes que el tango, el vals, la polca, el lancero, habían tenido que ceder su sitio a unos bailes salvajes y grotescos, copiados de los indios del Arizona y de los negros del Senegal, que la extravagancia norteamericana había bautizado con los nombres de "foxtrot", "schimy", "one-step" y "charleston", y puesto de moda al amparo de su enorme poder económico. El señor Pagallos los odiaba, por su ridiculez misma y por ser el producto degenerado de una raza que cifraba en el oro de sus arcas sus razones de predominio.

Trajeron el champaña en un elegante cubo de plata; llenó el embajador la copa de su hija, la del capitán de Coraceros y la suya propia, y después de pronunciar un brindis regocijante, dijo a los jóvenes, encendiendo un cigarro de hoja:

—Ahora dejad al pobre anciano hacer en paz su digestión. La música os llama. ¡Ah! ¡Quién tuviera vuestra hermosa edad!

Montespín y Ada se levantaron de la mesa. Púsose ella el antifaz, dió un beso en la frente a su padre, y prendiéndose del brazo del que iba a ser su compañero de baile, le dijo:

—Cuando querais.

—Vamos—murmuró Montespín.

Y salió con ella del palco después de estrechar la mano del señor Pagallos, que fumaba con verdadero deleite su cigarro de hoja.

* * *

—Y bien, ¿os divertís?—preguntó Ada a Eduardo, terminado el primer baile.

El joven la miró largamente y respondió, tomando asiento a su lado, en un ángulo del salón:

—Vuestra compañía me proporciona una dicha muy grande, señorita Ada. A eso me atengo más que a divertirme.

La hija del embajador debió turbarse visiblemente bajo su breve antifaz, y acariciando con los dedos los pliegues de su vestido, dijo al cabo de un rato de silencio, deseosa de cambiar de conversación:

—Bailáis muy bien, señor Montespín; tanto, que temo haber hecho el ridículo a vuestro lado.

—Desechad esos escrúpulos, mi hermosa compatriota—contestó el capitán de Coraceros mirándola con una simpatía no exenta de ternura—. Sois una compañera envidiable; ni una sola vez habéis perdido el paso.

—Lo he perdido dos veces, señor Montespín—murmuró Ada sin levantar los ojos—. Estabais tan distraído, que nó lo habéis notado.

Abrióse entre los jóvenes otro breve silencio, y de pronto el capitán de Coraceros dijo, inclinándose hacia el oído de la encantadora hija del embajador:

—Si me atreviera, os haría un ruego, Ada.

Ella se estremeció ligeramente, al mismo tiempo que sus ojos parecieron iluminarse con un resplandor de curiosidad.

—Hablad, señor Montespín—contestó con voz apagada.

Y el capitán, con voz no muy segura tampoco, manifestó:

—Quería... quería pediros que dejéis de llamarme "señor Montespín". ¿No os parece que entre compatriotas debe existir un poco más de familiaridad?

Ada se echó a reír. En realidad, esperaba una comunicación más seria de parte del joven.

—¿Y cómo he de llamaros entonces?

—Eduardo, Eduardo a secas.

—Entonces será preciso que vos me llaméis también por mi nombre.

—¡Oh! ¡Es tan bello vuestro nombre!...

—El vuestro no lo es menos.

—Seremos buenos amigos, ¿verdad, Ada?

—Lo somos ya.

—Reconozco que al principio no debí seros simpático.

—¿Qué os hace pensar semejante cosa, Eduardo?

—Mi conducta. Me mostré con vos tan apocado, tan triste...

—Confieso que me disteis pena—declaró la joven en uno de esos arranques de sinceridad que tienen las mujeres, y que muchas veces bastan para descubrir su alma y sus sentimientos más ocultos.

Montespín pareció emocionarse.

—Yo temía que llegaseis a burlaros.

—¿Burlarme? ¡Oh! ¡Eso hubiera sido una crueldad!

—Si lo hubierais hecho, no os hubiera tenido por cruel, Ada, os lo juro.

—Gracias por el buen concepto que os habéis formado de mí, Eduardo. Y ahora decidme: ¿estáis triste aún?

—No. Habéis disipado mis penas.

—¿Yo?

—Vos, Ada.

—Ahora sí que creo que os estáis burlando.

—¿Pondréis en duda mi palabra?

—¡Dios mío! ¿Cómo puedo haber hecho yo el milagro de disipar vuestras penas?

—¡Sois tan simpática!—exclamó Montespín en un arrebato de ternura.

Y maquinalmente alargó sus manos hacia las de la joven; pero ésta se puso en seguida de pie, y dijo al mismo tiempo que la orquesta preludiaba un "fox":

—No desdeñemos esta pieza, Eduardo. En esta ocasión me propongo no perder ni una sola vez el paso.

* * *

Terminado el "fox", y cuando los dos jóvenes, en animada charla, se dirigían a ocupar sus asientos en el ángulo

del salón, un caballero de rizada y abundante barba negra, que atravesaba aquél en dirección contraria a la que Ada y Montespín llevaban, tropezó con el capitán.

Detúvose Eduardo, y el otro, inmediatamente, se volvió para presentar sus excusas; mas en lugar de hacerlo así, lanzó una exclamación de sorpresa, y en seguida dijo, tendiendo su mano a Montespín:

—¡Ah! Pero, ¿sois vos, realmente vos, mi querido capitán? ¡Qué encuentro tan agradable! ¡Estaba yo tan lejos de suponeros en Berlín!...

Eduardo se quedó mirando a aquel hombre con una expresión que denotaba profunda extrañeza, mientras Ada, prendida de su brazo, sonreía regocijada por el giro que acababa de tomar aquel pequeño incidente.

—Caballero—murmuró Montespín bastante confuso, sin determinarse a estrechar la mano que el de la barba negra le tendía—, sin duda alguna, sufrís un error. No os conozco.

—¿Cómo es eso? ¿No sois vos el capitán de Coraceros del ejército istraliano, Eduardo Montespín, gran amigo de nuestro monarca Oscar Luis I?

—El mismo, caballero, el mismo... Pero vos, ¿quién sois? No recuerdo haberos visto en mi vida.

—Soy el duque Daniel Martinko, y os he sido presentado en Palacio la noche que se celebraba el fausto acontecimiento de la coronación y la boda de nuestros actuales soberanos.

—Daniel Martinko — repitió Eduardo haciendo memoria. —Perdonadme, señor duque, pero en este momento no recuerdo de vos.

—Es bien sensible—murmuró el otro con pesar—. Os fuí presentado por vuestro amigo Canevari.

—¡Canevari!—exclamó Eduardo.

Y su mirada pareció inflamarse.

—Supongo que no os habréis olvidado de vuestro amigo Canevari—insistió el de la barba negra.

—¿Olvidarme? ¡Si Lucas es mi mejor amigo, es mi hermano!

—Pues yo soy un pariente del marqués Canevari.

Durante este diálogo, Ada se había apartado un poco de los dos caballeros, y sucedió que, encontrándose en medio del salón, aguardando a que Eduardo se desembarazase del hombre de la barba, acertaron a pasar cerca de ella unas señoritas disfrazadas de mujeres persas, con las cuales tenía cierta amistad. Reconociéronse, a pesar de los antifaces, se saludaron afectuosamente, y charlando de esto y de lo otro—a las mujeres nunca les faltan temas—se alejaron alguna distancia, confundidas entre la multitud. Pasados algunos minutos, el "jazz-band" volvió a dejar oír sus estridencias; las parejas se prepararon a danzar al son de aquella música bárbara, con la que el grupo de las amistades de Ada quedó pronto disuelto, y la joven se encontró sola, en medio de aquella marea de gente que daba vueltas y más vueltas, charlando en voz alta y riendo con fuerza. Dirigió la mirada en torno suyo buscando a Eduardo. No lo vió ya en el lugar donde creía haberse separado de él. Tampoco vió al hombre de la barba negra. ¿Dónde se habían metido? Poseída de una ansiedad que no hubiera podido explicarse, avanzó entre aquella gente que se divertía despreocupadamente, buscando a su joven compatriota. Los que bailaban se la llevaban por delante, la empujaban de un lado a otro como hacen las olas con la caja vacía que flota en el mar; pero ella de nada hacía caso: sólo le interesaba encontrar a Eduardo Montespín.

Calló el "jazz-band"; las parejas, poseídas de una alegría tumultuosa y comunicativa, se dirigieron a ocupar sus respectivos lugares, y Ada, perdida entre aquel gentío, seguía paseando sus hermosos ojos por el vasto salón, esperando descubrir al arrogante capitán de Coraceros.

Pero era inútil. Montespín parecía haberse esfumado.

Entonces la joven, decepcionada, se dirigió al palco donde había quedado su padre. El señor Pagallos, respaldado en

el asiento, seguía fumando sin preocuparse del bullicio que promovían las máscaras. Al ver entrar sola a su hija, frunció ligeramente el ceño, y le preguntó, mirándola con fijeza:

—¿Dónde has dejado al capitán Montespín?

—Las señoritas Green me reconocieron, a pesar de mi antifaz, y charlando con ellas perdí de vista a nuestro compatriota—contestó Ada bastante confusa.

—Debiste quedarte abajo. ¿Es que no quieres bailar esta noche?

—Prefiero permanecer a tu lado, papaíto. Me encuentro aquí muy a gusto.

A través del humo de su cigarro, el embajador seguía mirando a su hija. La arruga que acababa de marcarse en su frente se había hecho más profunda.





*La dama se puso de pie vivamente y corrió ante el balcón del palco la cortina de terciopelo rojo.*




## CAPITUO XXXII

### La dama del palco número veintisiete

AL decir el de la barba negra que era pariente del marqués de Canevari, un destello de alegría iluminó el rostro de Montespín.

—¡Ah! ¡Caramba! Los parientes de Lucas tienen que ser por fuerza amigos míos. A pesar de no recordar nada de esa presentación, querido duque, haceos cuenta que nos conocemos de antiguo.

—Esta noche, amable capitán—contestó sonriendo el de la barba negra—, estáis un tanto alegre, y de ahí que no guardéis memoria de esa presentación. Declaro que me fuisteis muy simpático, tanto o más que mi pariente, y al veros aquí, en Berlín, tan lejos de nuestra patria, experimenté una alegría inmensa.

—La misma que siento yo en este momento, señor duque. Pero, dispensad un instante. A mi lado había una joven, la hija del embajador de Istralia en Alemania, ¿dónde diablos se ha metido?

—¿Una máscara vestida de azul?

—Sí; ¿habéis reparado en ella?

—Ya lo creo. Acabo de verla alejarse con un grupo de amigas.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo.

—Entonces, si tiene quién le haga compañía, nada me impedirá dedicaros unos momentos, señor duque.

—¡Oh! ¡Será para mí un gran placer conversar con vos, señor capitán!—exclamó el de la barba negra palmoteando el hombro de Montespín.

—¿Tenéis alguna noticia reciente de Lucas, querido duque?

—Sólo una vez me ha escrito desde que se encuentra en Constantinopla. Dice que se aburre enormemente entre los turcos.

Montespín se echó a reír, recordando el contraste de las primeras noticias de su amigo con las últimas. El duque Daniel Martinko prosiguió:

—Al marqués de Canevari no le agrada más que San Francisco. Lejos de la corte se seca como una flor arrancada de la planta. Y en cuanto a vos, estimado capitán, ¿os encontráis a gusto en Berlín?

—¡Pch!—hizo Montespín, encogiéndose de hombros.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó el duque cerrando un ojo—. Lo comprendo todo; lo he comprendido antes de que mi pariente me lo diese a entender. Pero, ¿quién será el canalla que os ha jugado esa mala partida que os costó perder la confianza del rey?

—Hablad bajo, mi querido duque. Es preciso desconfiar de todo el mundo.

—Tenéis razón. A la verdad, las cosas han tomado en la corte un giro bastante extraño. Ya se murmura mucho entre el pueblo. El rey no se porta como el país esperaba.

—El rey es bueno—dijo Montespín con amargura—. Si

no obra bien, es porque le han desviado del camino recto que siempre ha seguido.

—Eso creo, eso creo, y, entretanto, los inocentes debemos pagar las consecuencias de ciertos manejos ocultos, de ciertas corrientes subterráneas. Pero, en fin, ¿sabéis ya a quién debéis vuestro infortunio?

Montespín hizo con la cabeza una seña negativa.

—Es extraño que vos y Canevari, que conocéis tan bien la corte, no hayáis logrado desenmascarar aún al canalla o a los canallas...

—Sobre este punto estoy desconcertado, completamente desconcertado.

—Y triste, ¿verdad?

—Desesperado.

—Mi pariente no lo estará menos que vos. ¡Se sentía tan dichoso con la confianza y la amistad del rey!

—Lo sé.

—Pero sois joven, capitán.

—¿Qué importa eso?

—Los jóvenes se reponen pronto de los desengaños.

—Hay desengaños capaces de matar una juventud.

—Olvidad.

—Hasta hoy no he podido olvidar.

—Divertíos.

—No tengo humor para ello.

—El placer es un bálsamo eficaz contra los padecimientos morales. Gozad hasta aturdiros.

—No puedo.

—¿Qué habéis venido a hacer entonces a este baile?

—En busca del olvido de mis males; pero bastó que pronunciaseis el nombre de mi amigo, para que mi enfermedad se reagravase.

—Vamos, vamos, querido capitán. Yo puedo reparar el mal que acabo de causaros al haceros evocar un pasado que guarda tantos dolores para vos.

Montespín miró con asombro al duque Martinko.

—¿De qué manera?

Saliendo del salón de fiestas, se habían detenido en el amplísimo "hall" del "Metropol Hotel", entre un grupo de arbustos exóticos que emergían de unos ventrudos tiestos de porcelana. Allí podían hablar con entera libertad; las personas que atravesaban el "hall" no parecían reparar en ellos, y el duque Martinko, inclinándose hacia el oído de Montespín, le dijo con acento misterioso:

—Aquí, a dos pasos, os espera la más hermosa mujer que ha nacido bajo el cielo de Istralia.

Eduardo dió un paso atrás y envolvió al duque en una mirada de indignación y desprecio.

—¿Qué broma es esa?—inquirió con voz sorda.

A pesar de la violenta actitud que el joven acababa de asumir, el de la barba negra no se inmutó lo más mínimo, y sin dejar de sonreír, respondió:

—No es broma, mi querido capitán. Si queréis divertiros, si queréis olvidar, pedidme que os lleve junto a esa mujer.

—Pero, ¿de qué mujer habláis?

—No puedo deciros su nombre.

—¿Por qué esa reserva?

—Porque ella me lo ha pedido.

—¿Dónde está esa mujer?

—En un palco.

—¿Número del palco?

—Veintisiete.

Un suspiro de alivio se escapó del pecho de Montespín. No se trataba de Ada, como en un principio había sospechado.

—¿Y decís que me espera?

—Esa es la verdad, mi querido capitán. Está enamorada de vos.

—¡Ah! ¿Os lo ha dicho ella?

—Sí.

—¿Sabéis, duque, que es extraño lo que me referís?

—Sois un hombre feliz, Montespín. El mismo sultán de Turquía envidiaría vuestra dicha. La mujer que os espera haría la felicidad del hombre más exigente y poderoso de la tierra, y, sin embargo, se os brinda esta noche sin interés alguno, consumida de amor por vos.

—Pero, ¿cómo ha podido enamorarse de un desgraciado como yo?

—Os amó desde la noche que sus ojos se encontraron con los vuestros, en uno de los salones de Palacio, durante la gran recepción en la cual yo alcancé el honor de seros presentado por mi pariente.

—No recuerdo nada, no creo que ninguna dama se hubiese tomado esa noche el trabajo de mirarme con insistencia.

—Tanta era vuestra emoción esa noche, mi querido capitán, que no reparabais en nada. Otro tanto le sucedía a Canevari.

—No digo que no. Pero, ¿cómo se encuentra esa dama en Berlín?

—Ha venido por vos.

—¡Cáspita! ¿Me ama hasta ese punto?

—No podéis exigirle una demostración más elocuente.

—Y vos, ¿cómo os habéis relacionado con ella?

—Un encuentro casual en un vagón del ferrocarril. Mejor será que os lo explique todo ella misma.

—¿Y os confesó en seguida la pasión que la empujaba hacia mí?

—Esta noche fué la primera vez que se atrevió a descubrirme ese aspecto sentimental de su vida.

—¿Luego ella sabe que estoy aquí?

—Sólo por vos ha venido.

—¿Y fué ella quien os dió el encargo de conducirme a su lado?

—Confieso que yo me ofrecí a hacerle ese favor.

—¡Ah! ¿Quiere decir que nuestro encuentro, querido du-

que, no fué una cosa tan casual como al principio había yo creído?

—Cuando tropecé con vos os estaba buscando con verdadero ahinco por todo el edificio. Lo verdaderamente casual fué ese tropezón hijo de mi torpeza.

Montespín sonrió, mientras pensaba en todo cuanto acababa de referirle el duque Martinko. En realidad, sentíase fuertemente intrigado frente a aquella deliciosa aventura que el destino le brindaba como una compensación de sus acerbos padecimientos morales.

¡Ah! Era preciso que él supiese inmediatamente quién era aquella mujer que tanto le amaba y que tantos sacrificios hacía por él.

—Y bien, señor duque, ¿creéis que ha llegado ya el momento de que os toméis el trabajo de presentarme a esa dama?

—Estamos abusando de su paciencia, capitán. Venid; beberemos una botella de champaña en su compañía, y luego... me alejaré.

Abandonando el "hall" penetraron en un pasillo alfombrado, al cual daban las puertas de los palcos de la banda derecha del primer piso, y se detuvieron ante el señalado con el núero veintisiete.

—Es aquí—dijo el de la barba negra, llamando con discreción a la puerta.

Una voz femenina de acento musical, respondió inmediatamente desde el interior:

—Entrad.

* * *

El duque empujó la puerta, y tras él, Montespín penetró en el palco, junto a cuyo balcón se hallaba sentada una mujer con el rostro cubierto por un antifaz de seda negra y ataviada con un traje fantástico, formado en su mayor parte por

vaporosos velos que prestaban a su esbelta figura un encanto singularísimo.

—Señora—dijo Martinko, haciendo ante ella una profunda reverencia—: tengo el honor de presentaros al capitán de Coraceros del Ejército istraliano señor Eduardo Montespín.

La dama se puso de pie vivamente, corrió ante el balcon del palco la cortina de terciopelo rojo, con lo que quedaba a cubierto de todas las miradas, y avanzando hacia Eduardo le tendió una mano blanca, fina, perfumada como un pétalo de magnolia, al propio tiempo que murmuraba:

—Caballero, no podéis formaros idea de la dicha que vuestra visita me proporciona.

Montespín se había inclinado galantemente para dejar un beso en aquella mano, pero al escuchar la voz de la dama, no pudo reprimir un estremecimiento y levantó los ojos hacia ella.

¿Dónde había él escuchado otras veces aquel dulce acento?

Ningún recuerdo acudió a su memoria; pero, no obstante, insistía en creer que aquella voz no le era desconocida.

—Parece que os ha emocionado esta presentación—dijo el duque, burlándose de la confusión que se había apoderado del joven—. ¿Se os olvida besar la mano de vuestra compatriota?

La dama se echó a reír, Montespín soltó su mano después de dejar en ella un ligero beso, y murmuró, para justificar su embarazada actitud:

—Es tan extraña esta presentación... En realidad, no tengo el placer de saber a quién he sido presentado.

—Ya lo sabréis, capitán Montespín—respondió la dama tomando asiento ante la mesa dispuesta en medio del palco—. Contened por ahora vuestra impaciencia, os lo suplico.

Aquella dulce voz volvió a intrigar extraordinariamente a Eduardo. ¿Dónde, dónde la había oído? ¡Ah! Estaba seguro de conocer a aquella mujer. Si hubiese podido verle el rostro, el enigma habría quedado aclarado.

—Señora—dijo, contestando a las últimas palabras de la dama—, comprended de todos modos que sois un misterio para mí.

—Misterio que se desvanecerá dentro de pocos momentos, capitán. Pero, sentaos; honrad mi mesa. Lo mismo os digo, señor duque.

Montespín obedeció y tomó asiento en una silla al lado de la dama. El duque Martinko hizo lo propio frente a ella, y dijo:

—Comprendo que en estas circunstancias mi presencia sobra aquí; pero, a pesar de todo, mis queridos compatriotas, no me iré hasta haber vaciado una botella en vuestra compañía.

—Vuestro deseo quedará pronto cumplido, señor duque. Hacedme el favor de oprimir ese botón que está a vuestra derecha, en el tabique.

—¡Al momento!—exclamó solícito el de la barba negra.

Medio minuto después, un criado de calzón corto y casaca roja aparecía en el antepalco.

—Traed champaña—dijo la enmascarada.

El servidor cumplimentó inmediatamente aquel pedido poniendo sobre la mesa un cubo de plata, dentro del cual se veían varias botellas del espumoso néctar.

Después de abrir una y de llenar las copas, se retiró.

—A vuestra salud—dijo el duque vaciando la suya de un trago.

La desconocida levantó la que le pertenecía, y, chocándola con la de Montespín, murmuró por lo bajo:

—Por nuestra felicidad, capitán.

—Pos vuestros encantos—contestó el joven, completamente enajenado por el misterio que rodeaba a aquella criatura, de cuya deliciosa belleza no podía dudar.

Bebieron, y en seguida el duque volvió a llenar las copas, con lo que quedó vacía la botella que acababa de abrir el cria-

do. Comprendiendo que le había llegado el momento de retirarse, el pariente de Canevari se puso de pie.

—Adiós, señora—dijo, besando respetuosamente la mano de la dama.

Y estrechando la de Montespín, agregó:

—Hasta pronto, capitán. Espero que no será ésta la última vez que nos veamos en Berlín.

—Me tenéis a vuestra disposición—contestó Eduardo—. Cuando queráis verme, acudid a la Embajada.

—¡Oh, descuidad! Yo sabré encontraros sin necesidad de acudir allí—contestó el duque Martinko con una sonrisa socarrona.

Y salió del palco no sin haberse inclinado nuevamente ante la enmascarada, cambiando con ella una profunda mirada de inteligencia.

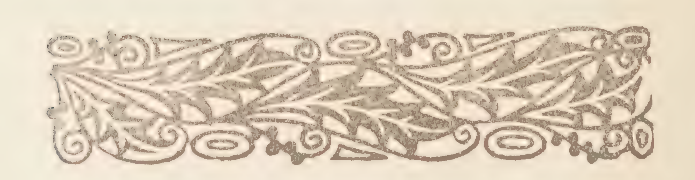
* * *

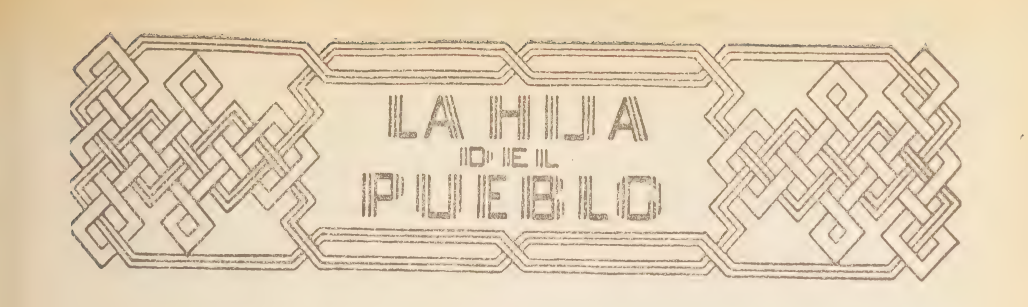
Un breve silencio se abrió entre Montespín y la desconocida al quedar solos.

—Bebed—dijo de pronto ella suavemente, advirtiendo que el joven no había probado el contenido de la segunda copa.

Pero en lugar de obedecer, Montespín apartó ésta, se acodó en la mesa, y clavando sus ojos en la enmascarada, inquirió:

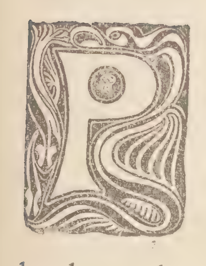
—¿Tendré ahora la dicha de saber quién sois?






## CAPITULO XXXIII

### Embriaguez



OR toda respuesta, la dama del palco número veintisiete soltó una alegre carcajada.

—Señora—dijo Montespín, escamado por esta conducta—, ¿me habéis traído aquí para burlaros de mi ingenuidad?

Ella se acodó también en la mesa, y contestó muy seria:

—¿Burlarme de vuestra ingenuidad? Pero, ¿qué os hace suponer semejante cosa?

—Vuestro comportamiento.

—Capitán, ¿tanta prisa tenéis en desvanecer el misterio que me rodea?

—Por temperamento he sido siempre enemigo de las situaciones equívocas.

—Sin embargo, no os disgustan las aventuras, señor Montespín; lo sé de un modo cierto.

—¿Quién os lo ha dicho, señora?

—En la corte de Istralia he oído hablar mucho de vos, de

vuestro amigo Canevari, otro espíritu aventurero, y del rey, no menos aventurero que vos y el marqués.

—Todas esas cosas pertenecen al pasado, señora. Hoy, creo que todos tenemos un modo muy distinto de obrar.

—¿Queréis decir que habéis cambiado mucho desde que dejasteis San Francisco?

—Eso mismo.

—Pero respecto a mí...

—Respecto a vos no sé a qué atenerme.

—¿No os ha dicho nada el duque Martinko?

—Sí; me habló de vos, pero sin desentrañarme el enigma. Además, creo que el duque ha exagerado mucho acerca de vuestra conducta.

—¿Os dijo que estoy perdidamente enamorada de vos?—preguntó la enmascarada con una naturalidad que desconcertó a Montespín.

—Sí; mas me resisto a creerlo.

—Hacéis mal, capitán. Os amo con todas las fuerzas de mi alma.

Y los ojos de la dama, inflamados de pasión, se clavaron en los de Montespín como si quisieran empujar hasta lo más recóndito de su alma el convencimiento del amor que decía sentir por él.

—¡Señora!—exclamó Eduardo haciendo ademán de ponerse de pie, presa de una emoción difícil de describir.

Pero ella le contuvo con un ademán firme, diciendo:

—Calmaos, mucha calma, capitán.

—Dejad de jugar con mi corazón, y me calmaré—respondió Montespín con voz agitada.

—Quiero apoderarme de ese corazón que en vano tratáis de substraer a mis encantos—dijo con una ligera risa de cristal la enmascarada—. Os atormento, pero también os daré la felicidad.

—¡Oh! ¡Si vuestra belleza estuviese a la altura de vuestros encantos!—exclamó el joven, dominando a duras penas

el deseo que sentía de arrancar la máscara que ocultaba a sus miradas el rostro de aquella misteriosa mujer.

—Soy hermosa, capitán; os lo digo sin jactancia.

—Dejadme ver vuestras facciones. Presiento que debéis ser persona conocida.

—¿En qué lo presentís?

—En vuestra voz, en algunos de vuestros gestos...

—¡Ah! No sería extraño que vuestros ojos se hubiesen dignado fijarse en mí alguna vez.

—Pero, ¿cuándo me sacaréis de dudas?

—Bebed.

—Gracias.

—¿Rehusáis?

—Quiero conservar el espíritu sereno.

—Eso quiere decir que os preparáis a desobedecerme. ¿Y si yo acercase a vuestros labios esta copa de champaña?

—¡Oh, señora!

—Vais a beber, Montespín.

—¿Por qué ese empeño?

—Sé que sufrís, y quiero aturdiros para que lo olvidéis todo y para que gocéis del placer que voy a brindaros dentro de un momento a través de los vapores de vuestra embriaguez.

—Sois el demonio.

—Soy una mujer que os ama.

—Arrancaos el antifaz.

—Todavía no. ¡Ea, vaciad esta copa! Yo destaparé otra botella para beber con vos.

Diciendo esto, la dama se había puesto de pie, y cogiendo la copa llena de champaña que estaba al lado de Eduardo, se la acercó a los labios. Al terminar, el joven besó la mano que había aproximado a su boca el finísimo recipiente de cristal.

—Comenzáis a ser amable—dijo ella.

—Siento que hacéis de mí lo que queréis—murmuró él.

—Voy a arrancar de vuestra alma todos los dolores que

os amargan la existencia. Mi amor me impulsa a haceros feliz.

—¡Qué mágico encanto el de vuestra voz, señora!

—Bebamos otra copa, Montespín.

—Tan adorable sois, que no puedo negarme.

—Y vos sois muy bueno al someteros a mi capricho.

Diciendo esto, la desconocida volvió a ponerse de pie, pasó a Montespín una mano por los cabellos, y en seguida, con gran celeridad, destapó otra de las botellas que estaban en el cubo de plata, llenando la copa del capitán y la suya.

—¡Por nuestro amor, Eduardo!

—¡Por nuestra dicha!

Chocaron las copas, y mientras Montespín bebía, la dama, con mucho disimulo, arrojó al suelo el contenido de la suya.

—¿Os sentís más alegre, Eduardo?

—Señora, bajo vuestro antifaz veo asomar la boca más hermosa que he visto en mi vida. ¿Me permitís besarla?

—Todavía no.

—¡Cielos! ¿Cuándo me libraréis de este tormento?

—Eso depende de vos.

—¿De mí? No comprendo.

—¿Hay algo que os retiene esta noche en el "Metropol Hotel"?

Esta pregunta desconcertó un tanto a Montespín. Simultáneamente había acudido a su memoria el recuerdo de Ada, la linda y simpática hija del embajador de Istralia, y sintió que una oleada de remordimientos invadía su corazón y coloreaba sus mejillas de verguenza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Había abandonado a aquella dulce niña para dejarse arrastrar por esta desconocida que se ocultaba en el misterio para esgrimir más certeramente el arma peligrosa de la tentación? Su conducta era la de un miserable, la de un gañán... Pero como si la enmascarada adivinase el curso de sus pensamientos, se inclinó hacia él, tan cerca de él, que Montespín percibió

en su rostro su tibio aliento perfumado, y repitió su pregunta:

—Hay algo que os retiene esta noche en el "Metropol Hotel"? Respondedme.

Montespín la miró fijamente, y sucumbiendo al influjo irresistible de sus encantos, dijo:

—Nada.

—Entonces seguidme.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—Pero, ¿habéis puesto casa en Berlín?

—La puse por vos.

—¡Oh!—exclamó el capitán, estupefacto—. Me decís cosas que parecen sueños. Sólo una mujer libre puede obrar como vos habéis obrado. ¿Lo sois acaso?

—Tranquilizaos. Nadie manda sobre mí.

—Criatura encantadora, estoy a vuestra disposición—murmuró el joven poniéndose de pie.

—Vamos, Eduardo. Pero antes hacedme el favor de alcanzarme mi abrigo. Lo he dejado sobre el diván, en el antepalco.

* * *

Mientras el empleado del guardarropa ayudaba a Montespín a ponerse el gabán, una preocupación asaltó al joven.

¿Qué pensaría de él el señor Pagallos? ¿Qué pensaría su hija, Ada? Hubo de reconocer que su conducta, al abandonar el "Metropol Hotel" para seguir a aquella arrogante enmascarada, sin despedirse del embajador de Istralia, que le había invitado a la fiesta, poniendo un empeño verdaderamente paternal en arrancarle la promesa de asistir a ella, era poco correcta.

—En parte, puedo remediar la situación—se dijo mentalmente—. Podría pedir permiso a esta dama y acercarme al

palco del señor Pagallos; no me faltarían excusas para justificar mi proceder.

Pero en aquel momento, murmuró la misteriosa mujer:

—Vamos, capitán. Tengo verdadera impaciencia por salir de aquí.

Y con un ademán lleno de encantadora familiaridad, se colgó de su brazo. Eduardo hubo de sucumbir una vez más a su voluntad; desechó el propósito de despedirse del señor Pagallos y de Ada, y al lado de aquella mujer abanbonó el "Metropol Hotel".

Una vez en la calle, la enmascarada se apretó contra él, como si tuviera frío.

—¿Tomamos un "taxi"?—preguntó Montespín.

—No; mi automóvil no debe estar lejos de aquí.

Recorrió con sus ojos grandes y brillantes la larguísima fila de vehículos que se extendía ante el edificio que acababan de abandonar, y agregó, indicando un magnífico "auto" cerrado de esbeltas líneas:

—Helo ahí. Venid, capitán.

El "chauffeur", que debió reconocer a la dama, saltó a tierra, abrió la portezuela y se descubrió respetuosamente.

—A casa—le dijo la enmascarada.

Instalado en el mullido asiento del vehículo, junto a aquella misteriosa mujer que le enajenaba con el solo perfume que de su cuerpo se desprendía, Montespín volvió a preguntarse si no era juguete de un sueño.

—He oído hablar de aventuras extraordinarias—pensaba—; pero como ésta, creo que no ha habido ninguna.

—¿Qué os preocupa, Eduardo?—preguntó ella, aproximándosele cuanto le fué posible y apretándole una mano.

—Señora, habéis surgido tan inesperadamente en mi vida, habéis sabido subyugarme con tantos hechizos, que a la verdad, me siento desconcertado.

—Pero, ¿sois feliz?

—No sé qué deciros.

—¡Cuidado, Eduardo! Me decepcionáis.

—La culpa es vuestra. Unas veces me dais miedo; otras paréceme que os estáis burlando de mí.

—¡Con lo que yo os amo, Eduardo mío!

Lanzada esta exclamación, ella se prendió del cuello del joven y estampó en su frente un beso frenético.

—¡Ah!—gritó Montespín con voz sofocada, estrechándola en sus brazos—. ¡Ahora voy a saber la verdad!

Llevó una mano al antifaz para arrancárselo; pero ella no le dió tiempo, apartándose de él con un movimiento felino, y riendo dijo:

—Dominad vuestra curiosidad, amor mío; hemos llegado, y dentro de un momento saldréis de dudas.

En efecto, el "auto" acababa de detenerse.

* * *

Siguiendo a aquella mujer, Montespín penetró en un ancho portal débilmente iluminado, subió a un ascensor que ella se encargó de hacer funcionar, y de pronto se encontró ante la puerta de un piso que la dama abrió con ayuda de una llavecita.

—Entrad, Eduardo. Estáis en mi casa, que desde hoy es también la vuestra.

Andando siempre tras ella, el joven atravesó un recibimiento lujosamente amueblado; luego un pasillo sumido en la penumbra, y por último penetró en una confortable salita en la que las cortinas, los tapices, las alfombras, el forro de los sillones y divanes, todo era de un fuerte color amarillo.

En el centro de aquella estancia veíase un taburete de madera labrada cargado de frascos de forma caprichosa, que debían contener licores.

Mientras la enmascarada cerraba la puerta, Montespín contemplaba con curiosidad aquel gabinete amarillo, que debía ser la obra de un espíritu amante de los refinamientos

sensuales. Todo parecía allí dispuesto para saborear en forma intensa el deleite de la carne: los anchos y mullidos divanes; los amplios sillones; los cojines de raso amarillo, diseminados por el piso como enormes crisantemos; los espejos, convenientemente dispuestos en las paredes y que debían reflejar admirablemente todas las posturas del cuerpo; las lámparas de pedestal, de enormes pantallas de seda; el perufme sutil a mujer y a flores que impregnaba el lugar y que parecía caer del techo y subir de la gruesa alfombra que cubría el piso al mismo tiempo.

Y mientras el joven reflexionaba acerca de los gustos de aquel singular tipo de hembra que acababa de cruzarse en su camino, oyó que ella pronunciaba dulcemente su nombre a su espalda.

Volvióse con rapidez.

Se había quitado el abrigo, y la gracia y el lujo del disfraz rodeaban de irresistible encanto su entrevista belleza. Montespín abrió los brazos.

—Sentaos—le dijo ella, fingiendo no comprender el gesto del joven y señalándole un diván frente al taburete—. Pero antes despojaos de vuestro gabán. Esperad, yo os ayudaré.

—Gracias—murmuró Eduardo, sentándose mientras ella iba a llevar el gabán, que acababa de quitarse, a un rincón de la sala.

Hecho esto, la enmascarada volvió junto a él, se arrodilló en un cojín, delante del taburete, y abriendo uno de los frascos, llenó dos copitas con su contenido.

—Brindemos por nuestro amor, Eduardo—dijo alargándole una de ellas.

—Excusadme—murmuró el joven—. Ya no quiero beber.

—¿Cómo? ¿Vais a rehusar lo que yo os ofrezco? Este néctar no puede hacer más que reanimar vuestros sentidos.

Y agregó mimosa, arrastrándose hasta los pies de él:

—Pensad que he preparado estos licores para obsequiaros,

para daros la felicidad que necesitáis después de haber sufrido tanto. Pensad que os amo y que quiero haceros dichoso.

—Otra cosa me prometisteis—contestó Montespín—; pero parecéis no tener ninguna prisa en cumplirla.

—Lo que deseáis lo tendréis dentro de breves instantes, os lo juro, Eduardo.

Y como él hiciese un gesto de incredulidad, se levantó rápida, sin volcar el contenido de la copa que tenía en la mano, y fué a sentarse sobre las rodillas del joven, diciéndole mimosa:

—Bebe, amor, bebe.

Montespín no pudo negarse a complacerla. Además, aquel licor sabía a gloria.

—¡Ah!—exclamó después de haber bebido y mientras ella alargaba su brazo desnudo para dejar la copita vacía sobre el taburete—. ¡Eres la propia seducción! ¡Bésame!

—¡Te besaré hasta morir!

Y anudando sus brazos en torno al cuello de Montespín, empezó a besarle con verdadero delirio.

—¡Fuera esa máscara! Ya es hora de que vea tu rostro.

—Un minuto, un minuto de tregua todavía, Eduardo.

—¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

—Me llamo Sofía.

—Sofía... Sofía... No conozco a ninguna mujer que lleve un nombre así, y sin embargo, tu voz y tus ojos, ahora que los veo desde cerca... Quítate el antifaz, Sofía.

—Espera. Bésame, ámame, Eduardo.

El, completamente fuera de sí al contacto de aquel cuerpo cálido y perfumado que se pegaba al suyo y parecía querer envolverlo con movimientos de culebra, luchaba por arrancarle el antifaz que le impedía alcanzar su más grande anhelo en aquellas circunstancias: ver la cara de la mujer que le había salido al paso para enajenarlo con su carga de amor, de ternezas, de caricias refinadas. Pero la desconocida defendía con

bastante firmeza la incógnita de su semblante, haciendo abortar con sus besos los intentos del joven.

—¡Basta ya de misterio! Quiero amarte, quiero poseerte tal cual eres, grabar tu imagen en mi alma.

—Un minuto, Eduardo, un minuto de paciencia aún.

Y esta vez, las pupilas de la enmascarada se clavaron suplicantes en los ojos del capitán de Coraceros. Pero éste, excitado ya hasta el paroxismo, estaba en grado de no hacer caso de ruegos. Con un movimiento brusco, redujo a la impotencia a la mujer que tenía en sus rodillas, y de un tirón violento le arrancó la careta.

Ella se puso de pie y retrocedió unos pasos, lanzando un grito estridente.

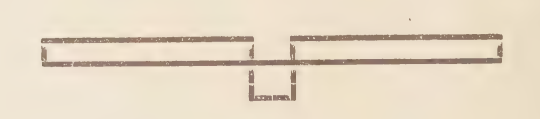
Eduardo la miró con estupor. Luego, lentamente, como si una fuerza ajena a su voluntad accionase su cuerpo, fué levantándose del diván, mientras sus ojos, fijos en aquella mujer, se abrían de un modo desmesurado y su rostro adquiría por momentos una expresión de demencia, balbuceó:

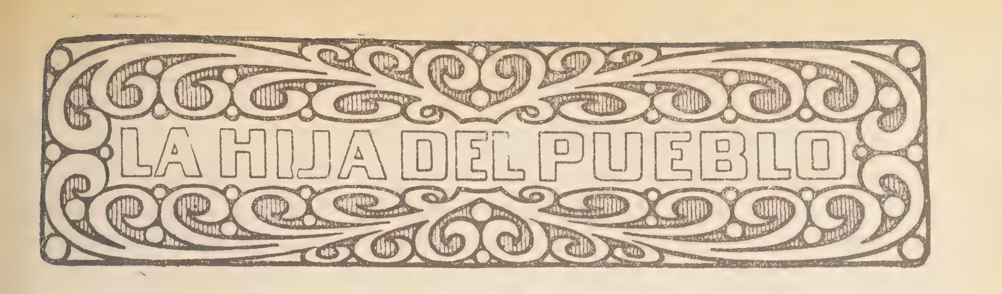
—Majestad... Alcira de Serajev...

Se pasó una mano por la frente. Titubeaba. No podía creer en la tremenda realidad. ¿La reina de Istralia allí? ¡Imposible! ¿De qué espantosa pesadilla era víctima?

Avanzó dos pasos hacia aquella bellísima mujer, que le miraba poseída de una intensa inquietud; en seguida quiso hablar, suplicarle una explicación; pero una nube embotó su inteligencia, sus rodillas se doblaron y se desplomó pesadamente, como un cuerpo inerte.

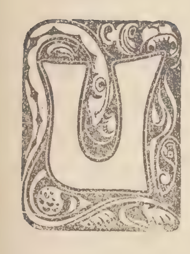
La mujer se dirigió hacia la puerta de la salita.






## CAPITULO XXXIV

### Indagaciones



N cuarto de hora antes de las nueve de la noche, Oscar Luis y el marqués de Canevari llamaban a la puerta del pisito que había alquilado Montespín en la capital de Alemania, y cuyas señas se había procurado Lucas un rato antes del portero de la Embajada de Istralia.

La señora Scheerrer acudió a abrir.

—¿Qué se os ofrece, caballeros?

—Deseamos ver al señor Eduardo Montespín—contestó Canevari.

—Lo siento—dijo la buena mujer—; pero el señor Montespín se ha marchado hace un momento y seguramente no regresará hasta hora muy avanzada.

—¡Cáspita!—exclamó el marqués, poseído de la más viva contrariedad.

E interrogó al soberano con la mirada.

—¿No sabéis dónde podríamos encontrar al señor Montespín?—inquirió Oscar Luis, dirigiéndose a la señora Scheerrer.

—¿Tenéis verdadero interés en ello?

—¡Enorme!—contestó Canevari.

—Pues el señor Montespín debe asistir esta noche a la fiesta que el Cuerpo diplomático ha organizado en el "Metropol Hotel". La fiesta comienza a las nueve.

El rey y el marqués volvieron a mirarse. En ambos existía la misma duda, que Canevari exteriorizó preguntando:

—Pero, ¿asistirá el señor Montespín a esa fiesta?

—¿Por qué no había de asistir?—respondió la señora Scheerrer con extrañeza—. Es joven, y hace muy bien en divertirse.

—Tenéis razón, buena mujer—dijo el marqués—. Somos de vuestra opinión: uno debe divertirse cuando es joven, ya que más tarde la vida ha de salirle al paso con su carga de amarguras. Pero os estamos entreteniendo, y al mismo tiempo nosotros dejamos de aprovechar un tiempo que necesitamos para estar al lado de nuestro amigo. Buenas noches, y gracias por todo, señora.

—Id con Dios—contestó la señora Scheerrer.

Y al tiempo de volver al interior de la casa, después de haber cerrado la puerta, se dijo:

—Es raro que esos caballeros no me hayan dejado sus nombres para poder anunciar su visita al señor Montespín, caso de que no diesen con él esta noche.

* * *

Ya en la calle, Canevari preguntó al rey:

—¿Qué hacemos, sire?

—Tomemos un "taxi" y hagámonos conducir al "Metropol Hotel".

—Se trata de una fiesta del Cuerpo diplomático, sire.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Para entrar en el "Metropol Hotel" nos hará falta una invitación.

Oscar Luis reflexionó, mordiéndose los labios.

De pronto dijo:

—Vamos a cenar a nuestro hotel.

—Pero, ¿y nuestro amigo?

—Iremos en su busca después de cenar.

—¿Cómo entrar en el lugar donde se celebra la fiesta?

—No será preciso entrar. Le enviaremos recado para que venga a reunirse con nosotros.

—No me parece mala la idea; pero yo hubiera deseado cenar esta noche en compañía de Eduardo.

—El se divierte, ya lo has oído — murmuró Oscar Luis con amargura—. Eso indica que no se preocupa tanto de nosotros y que se cree seguro en Berlín.

Canevari exhaló un entrecortado suspiro. El reproche que el soberano dirigía a su amigo repercutió dolorosamente en su alma.

—Sire, no creo a Eduardo capaz de despreocuparse de nosotros hasta ese extremo.

—Sin embargo, su conducta, Canevari...

—De su conducta no sabemos más que esta noche se propone asistir a una fiesta del Cuerpo diplomático. Habría ahora que conocer los motivos que inducen a Eduardo a acudir a esa fiesta para poder juzgar... En Constantinopla os he leído dos de sus cartas, majestad, y el tono de las mismas no puede ser más desesperado.

—Convengo en ello, Lucas. Pero dejemos que nuestro amigo se distraiga un poco en esa fiesta. Dentro de un par de horas, a lo sumo, estará a nuestro lado.

El marqués movió la cabeza y siguió al soberano en silencio. La cena en el inmenso y lujoso comedor del hotel donde se hospedaban transcurrió sin que el rey y Canevari pudiesen librarse del peso de la tristeza que oprimía sus almas.

Oscar Luis pensaba:

—Eduardo se divierte; ya no se preocupa de su desdichado rey, que tiene puestas en él la mitad de sus esperanzas.

Y Canevari:

—Pronto nos ha olvidado ese bribón... ¡Bien podía haberse quedado en su casa esta noche, con lo que habría evitado un gran disgusto a su majestad!

* * *

A las diez y media de la noche, nuestros amigos se presentaban en el "hall" del "Metropol Hotel".

—¿Vuestra invitación, caballeros?—les dijo un criado que se adelantó a recibirles.

—No tenemos interés en asistir a la fiesta—contestó Canevari—; únicamente deseamos conversar con uno de los invitados.

—Puedo ir a avisar a ese caballero para que ocuda a este sitio. ¿Cómo se llama?

—Eduardo Montespín. Es el agregado militar de la Embajada de Istralia.

—¿Y los nombres de los señores, para anunciarles al señor Montespín?

—Decidle que se trata de dos amigos, de dos íntimos amigos. Queremos darle una sorpresa.

—¡Ah! Muy bien.

Y el criado se alejó, penetrando en el gran salón de fiestas.

Su ausencia fué larga, hasta el punto que el soberano y el marqués comenzaron a dar señales de impaciencia.

—¡Cuánto tarda ese hombre!—exclamó Oscar Luis.

—Tranquilizaos, sire. No debe ser cosa fácil encontrar a una determinada persona entre tanta gente como la que habrá acudido a esta fiesta.

Por fin el criado reapareció en el "hall".

—Lo siento mucho, caballeros; pero no he podido dar con el señor Montespín.

—¿Cómo es eso?—exclamó Canevari, alarmado—. ¿Es que se ha retirado ya de la fiesta?

—Nadie sabe nada.

—Estará entre los invitados, sin duda — dijo el soberano—, y vos, como no le conocéis...

—He preguntado a algunos caballeros que son agregados militares de otras embajadas, y ninguno ha sabido darme noticias del señor Montespín.

—Pero, ¿hizo acto de presencia en la fiesta?

—Hay quien dice haberle visto.

Los ojos de Canevari se encontraron con los de Oscar Luis.

—¿Qué partido tomar?—inquirió el marqués, sin dejar de mirar al rey.

—El embajador de Istralia, ¿está aquí?—preguntó el soberano al criado.

—Sí, señor: asiste a la fiesta acompañado de su hija.

—Pues deseamos hablar con él.

—¿A quiénes debo anunciar?

—A dos istralianos.

El criado volvió a alejarse.

Esta vez su ausencia fué breve, y al estar de regreso, dijo:

—El señor embajador de Istralia me ha manifestado que tendrá el gusto de atender a los señores mañana, a las diez de la mañana, en su despacho de la Embajada.

Nuevo cambio de miradas del rey y de Canevari.

—Queremos hablar ahora mismo con el señor embajador —dijo Oscar Luis resueltamente—. Id y decidle que se trata de un asunto de suma importancia.

El criado tuvo un instante de vacilación.

—¡Id! — repitió el joven soberano con esa energía seca, contundente, que sólo se adquiere en lo alto de los tronos.

Y el criado volvió a entrar por tercera vez en el salón de fiestas.

—No comprendo vuestra intención, sire—dijo Canevari lleno de extrañeza ante la conducta del rey—. ¿Qué os proponéis?

—Que el embajador me informe del paradero de Eduardo.

—Pero, ¿es que pensáis daros a conocer?

—No creo que sea necesario llegar a ese extremo; sin embargo, si el caso lo requiriera, lo haría sin vacilar, tratándose de la piel de Eduardo.

—Pero, ¿es que teméis que nuestro amigo corra algún peligro?

—Empiezo a presentirlo. ¿No te parece sospechoso el hecho de que haya podido abandonar la fiesta a una hora tan temprana?

—En nuestra situación debemos sospechar de todo, sire; pero no dejo de reconocer que os habéis precipitado demasiado.

—No tengo ya paciencia para esperar, Lucas. No quiero vivir en la duda un día más.

—Silencio, sire. He ahí al servidor que vuelve con la respuesta del representante de Istralia.

—Caballeros: vista vuestra insistencia, el señor embajador ha decidido recibiros en su palco. Seguidme.

* * *

Ada acababa de tomar asiento cerca de su padre, amargada por la conducta de Montespín, cuando atrajo su atención una dama que lucía un magnífico disfraz de fantasía y que parecía ocupar sola un palco situado casi frente al en que ella se encontraba con el señor Pagallos.

—No todos vienen aquí a divertirse—pensó la linda joven—. Estoy segura que esa señora se aburre tanto como yo, por no decir que se siente acometida de igual decepción.

Siguió mirándola aún un buen rato, acuciada por una curiosidad extraña, hasta que de pronto la vió ponerse de pie para recibir a alguien que entraba en el palco en ese momento.

Un caballero de barba negra acababa de inclinarse ante

ella con una ceremoniosa reverencia. En seguida, aquel hombre se hizo a un lado, y otro apareció ante la dama, al que ésta le tendió su mano para que se la besara.

Ada se estremeció como sacudida por una corriente eléctrica.

Aquel segundo individuo no era otro que Eduardo Montespín.

Pasada la fuerte impresión del primer momento, Ada se irguió cuanto pudo en su asiento para ver lo que ocurría en el palco situado frente a ella, en la otra banda del salón; pero la dama a quien Montespín acababa de besar la mano, como si hubiese advertido la curiosidad de la joven, corrió rápidamente la cortina, quedando ella y los dos caballeros a cubierto de todas las miradas.

Esta actitud sorprendió a la hija del embajador.

—¿Por qué se ocultan?—se preguntó acongojada—. ¿Será porque está allí el señor Montespín y no quiere quedar al alcance de las miradas de mi padre o de las mías? ¡Ah! El debe saber en conciencia que no obra bien.

Transcurrió otro buen rato. Ada no apartaba los ojos del palco cubierto por la cortina. Varias veces su padre le dirigió la palabra; pero ella le contestó sin volver el rostro, afectando una calma que no sentía.

—Pero, ¿dónde se habrá metido el señor Montespín?—llegó a exclamar el señor Pagallos, extrañado por la larga ausencia del joven—. ¿Es que no has vuelto a verle entre los invitados, hija mía?

—No, papá.

—Empieza a sorprenderme su conducta. ¿Qué piensas de ello, Ada?

—No sé qué pensar, papaíto.

El señor Pagallos acabó por encogerse de hombros y por encender otro cigarro.

En aquel momento, Ada tuvo otro estremecimiento, que tampoco advirtió su padre.

La joven acababa de ver al hombre de la barba negra atravesar el salón. Iba solo. Nadie reparaba en él, y él, por su parte, no parecía reparar en nadie tampoco. Un pensamiento torturante atravesó por la mente de Ada. ¡Eduardo estaba solo con aquella dama detrás de la cortina del palco!

El amor propio de la joven sufría cruelmente.

¿Quién sería aquella mujer por la cual Eduardo desdeñaba las obligaciones sociales que había contraído con el señor Pagallos y con ella, su hija?

¿Alguna amante quizás?

Y la hermosa joven se revolvió angustiada en su asiento.

—¿Qué te ocurre, Ada?—le preguntó su padre cariñosamente.

—Nada, papaíto.

—Pareces muy inquieta.

—Pues estoy perfectamente tranquila.

—Si ese Montespín fuese otro, podías haber bailado con él toda la noche; pero su maldita melancolía debe haberle vencido, y estoy seguro que se habrá ocultado en un rincón, lejos de este bullicio, para dar rienda suelta a sus penas.

Una sonrisa de amarga ironía, que el señor Pagallos no llegó a ver, entreabrió los lindos labios de Ada.

De repente le asaltó una idea maligna. ¿Por qué ocultar a su padre la falta de cortesía que estaba cometiendo Montespín? ¿Por qué no descubrirle, para que el señor Pagallos supiera a qué atenerse respecto a él? ¿Y si ella dijese al embajador: "El hombre que nos ha abandonado esta noche sin darnos ninguna explicación, y que tú supones recluído en un rincón, entregado a sus penas, se halla nada menos que en el palco de enfrente, detrás de esa cortina, a solas con una mujer"? Pero no; aquella idea que le sugería su despecho no llegó a constituir un propósito. Evocó la simpática figura del capitán de Coraceros que había bailado con ella, recordó sus palabras, sintió que tenía en el alma el brillo de sus ojos, y comprendió que no tendría nunca el valor de delatarle.

Transcurrió otro largo rato.

El señor Pagallos empezaba a aburrirse.

—Está visto que no debemos esperar volver a ver a Montespín esta noche. Si tú insistes en no querer bailar con otros, será mejor que nos retiremos.

—Un instante más, papaíto.

Y la hermosa joven seguía sin apartar sus ojos del palco cubierto por la cortina de terciopelo.

—Excelencia, ¿se os puede distraer un instante?

Ada se volvió al mismo tiempo que su padre al oír esta voz. Un servidor del "Metropol Hotel" estaba en la puerta del antepalco.

—¿Qué es lo que deseas?

—Excelencia, dos caballeros, que desean celebrar con vos una entrevista, aguardan en el "hall".

—¿Qué es lo que quieren?

—Lo ignoro.

—¿Cómo se llaman?

—No han querido darme sus nombres. Unicamente me han dicho que son compatriotas de vuestra excelencia.

—Contéstales—respondió el señor Pagallos—que mañana, a las diez de la mañana, pueden celebrar en la Embajada la entrevista que desean.

El criado se retiró, pero a los pocos minutos volvió a aparecer en la puerta del antepalco.

—Perdonad, excelencia; pero esos caballeros insisten en conversar con vos esta noche. Les trae aquí un asunto de importancia.

El señor Pagallos reflexionó.

—Sea—decidió por último—. Conduce a mi presencia a esos dos caballeros.

—Yo me retiro, papaíto—dijo Ada cuando el criado salía.

—De ninguna manera—respondió el señor Pagallos—. No creo que tu presencia pueda impedir a esos señores exponerme el objeto de su visita.

Minutos después, Oscar Luis y Canevari llamaban a la puerta del palco.

—Adelante—dijo el señor Pagallos.

Entraron los dos amigos y saludaron al embajador de Istralia y a su hija con una reverencia que descubría su condición de personas distinguidas.

* * *

—Caballero—dijo en seguida Canevari—: mi amigo y yo sentimos en el alma vernos en la necesidad de turbar la tranquilidad de que gozáis en este lugar de esparcimiento; pero la necesidad de conocer cuanto antes el paradero de un compatriota nuestro nos obliga a ello.

—Explicadme de qué se trata—interrumpió el señor Pagallos mirando con gran atención a los dos hombres que tenía delante.

—¿Conocéis al capitán Eduardo Montespín? — inquirió Canevari.

—¿Qué hay con el capitán Montespín?—respondió el embajador, demostrando cierta impaciencia, mientras su hija se volvía toda oídos.

—Queremos verle sin pérdida de tiempo, señor embajador.

—¿Y para eso habéis recurrido a mí?

—Hemos recurrido a vos en procura de noticias acerca de su paradero.

—Buscadle. No debe haber salido del "Metropol Hotel".

—El caso es que lo hemos buscado y no hemos podido dar con él, señor embajador.

—¿Y qué queréis que yo le haga?

—¿No sabéis dónde pueda encontrarse?

—Hace aproximadamente una hora que no le veo. Cenó en mi compañía y luego bailó unas piezas con mi hija.

—¡Ah!—exclamó el rey—. ¿Luego la señorita fué la última en verle?

Ada hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—¿Podéis darnos algún detalle?—le preguntó Canevari, inclinándose galantemente.

—Ninguno—respondió Ada—. Se separó de mí y no he vuelto a verle.

—¿Puede saberse—dijo el señor Pagallos—qué interés os mueve a buscar con tanto ahinco al agregado militar de la Embajada de Istralia?

—Un cariño entrañable — contestó Canevari evasivamente.

—El deseo de poner fin a una larga separación—agregó Oscar Luis.

—¿Venís de Istralia?

—Sí, caballero—contestó Oscar Luis, viendo que Canevari vacilaba para contestar a la pregunta del embajador.

—Es raro—murmuró éste—. Montespín no me dijo que hubiese dejado en la patria grandes afectos.

—¿Os ha hablado alguna vez de su vida nuestro amigo, excelencia?

—Lo suficiente para saber que es en Constantinopla y no en Istralia donde reside el más grande de sus amigos.

Estas palabras conmovieron a Canevari, que sintió la necesidad de ser sincero.

—¿Eso os ha confesado Montespín, excelencia?

—Eso. ¿Lo dudáis?

—¡De ninguna manera! Unicamente os digo que bien pudiera ser que el gran amigo que el capitán tenía en Constantinopla estuviese hoy en Berlín.

Y el marqués esbozó la más bonachona de sus sonrisas.

—¡Diantre!—exclamó el señor Pagallos mirándole profunda y fijamente—. ¿Seríais vos ese amigo?

—Para serviros, caballero—contestó Lucas, inclinándose.

—¿El marqués de Canevari?

—El mismo, señor embajador.

El señor Pagallos abandonó su asiento y estrechó efusivamente la mano del marqués.

—Mucho me ha hablado de vos el capitán Montespín. Y este joven que os acompaña, ¿quién es?

—Un amigo fiel con quien me he encontrado en Constantinopla.

—¿Istraliano?

—Del mismo San Francisco. Se llama Godofredo Narvale; no posee título nobiliario, pero es el muchacho más excelente que he conocido en mi vida.

—Tanto gusto—dijo el señor Pagallos estrechando la mano del rey, a quien Canevari acababa de presentar con el primer nombre que había acudido a su mente—. ¿Tenía el capitán noticias de vuestro viaje?

—Ninguna—contestó Oscar Luis.

—Pero, ¿dónde está el capitán? ¿Dónde se ha metido Eduardo Montespín?—volvió a insistir el marqués.

—Ya os he dicho que no debe haber salido del "Metropol Hotel". De haberse marchado, se hubiera despedido de mi hija y de mí.

—Sin embargo, no se le ve por ninguna parte—apuntó Canevari con gran desazón.

—Empiezo a temer, papaíto—dijo Ada mezclándose en la conversación—, que el señor Montespín se haya retirado a su domicilio aquejado de alguna indisposición.

—¿Sin advertírnoslo? Es extraño.

—Tal vez esté en su mente regresar a nuestro lado tan pronto se reponga.

—No digo que no, hija mía. Lo que podrían hacer estos caballeros es trasladarse al domicilio del señor Montespín.

—Aceptaremos vuestro parecer, señor embajador—dijo Canevari—. Y caso de no encontrar a nuestro amigo en su domicilio, le aguardaremos allí hasta que se presente.

—Es lo más práctico, señor marqués.

Y los dos amigos, estrechando la mano del embajador e inclinándose ante Ada, salieron del palco.

Ya en el pasillo que desembocaba en el "hall", Oscar Luis exclamó en voz baja, con acento en el que temblaba la cólera:

—¡Ese hombre es un enemigo!

—¿El embajador, sire?

—Sí. El y su hija saben dónde está Montespín. Lo juraría.

—¡Cuidado, majestad! El aspecto del señor Pagallos es el de un hombre honrado, y su hija parece un ángel.

—Esta vez te engañas de medio a medio, desventurado. Padre e hija acaban de perder a Eduardo.

—Sire, siento no compartir vuestra opinión.

—Tendrás que compartirla muy en breve; quizás antes de lo que supones—dijo el rey con voz sorda—. Y lo peor del caso es que has soltado demasiado la lengua.

Canevari se detuvo mirando desconcertado al monarca.

—¡Pero, majestad! Más que lo que yo he dicho os proponíais decir vos.

—Me hubiera dado a conocer; eso podía sernos más útil que el querer ocultar mi personalidad a los ojos de ese hombre.

Canevari, mortificado por estas palabras, reflexionó con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Sire—dijo, por último, ahogando un suspiro—: insisto en creer que el señor Pagallos no es un cómplice de nuestros execrables enemigos.

—Preséntame a Eduardo sano y salvo y te creeré—replicó el rey.

Siguieron andando por el pasillo, e iban a desembocar en el "hall", cuando simultáneamente volvieron la cabeza al oír tras ellos un rumor de apresurados pasos femeninos.

—¡La hija del embajador!—exclamó Canevari al ver a Ada, que se aproximaba a ellos con un dedo sobre los labios, para indicarles que guardasen silencio.

—¿Qué se traerá entre manos?—murmuró Oscar Luis, recelando de la linda joven.

Canevari avanzó un paso al encuentro de ella, preguntándole:

—¿Tenéis quizá algo que decirnos, señorita?

—Algo muy importante—respondió la joven deteniéndose sofocada.

—¿Que concierne a nuestro amigo Montespín?

—Sí, a él.

—¿Qué es? Hablad.

—Mi padre ignora dónde se encuentra a estas horas el señor Montespín, pero yo lo sé... Ahora que no he podido decíroslo en presencia de él.

—¿Y dónde se encuentra?

Fué Oscar Luis quien formuló esta pregunta.

—En un palco situado frente al que ocupamos mi padre y yo, y que se halla con la cortina corrida—dijo Ada, temblando.

—¡Ah!—exclamó el joven soberano, sospechando de ella todavía—. ¿Cómo sabéis vos lo que vuestro padre ignora?

—He visto al señor Montespín entrar en ese palco y saludar a una dama que parecía estar esperándole. Id en su busca; no puedo deciros más...

Y Ada desapareció, corriendo en dirección al palco donde estaba su padre, dejando estupefactos a nuestros dos amigos.






## CAPITULO XXXV

### En la ratonera



REACCIONANDO de la impresión que le había causado la inesperada revelación de la joven, Canevari murmuró, mirando atónito al soberano:

—¿Qué me decís, sire?

—No sé qué pensar, Lucas—balbuceó Oscar Luis, que no estaba menos desconcertado que el marqués.

—Ya sabemos dónde encontrar a nuestro amigo.

—¡Hum!...

—¿Desconfiáis?

—Nos sobran razones para ello.

—¿Acaso creéis que esa linda criatura ha podido engañarnos?

—¡Es tan misteriosa su conducta!

—A mí, en cambio, me parece muy clara.

—Explícate.

—Su timidez le impidió decirnos delante de su padre que

Montespín se encontraba en un palco en compañía de una dama. El rubor de ciertas mujeres, sire...

—Las hay que se pintan solas para engañar a los hombres, Lucas. Recuerda tu aventura en Constantinopla.

Canevari se estremeció.

—No me habléis de ese desagradable suceso, en el que he desempeñado un papel estúpido, majestad. No todas las mujeres pueden parecerse a aquella maldita judía, que Dios confunda.

—¿Entonces...?—inquirió el rey, mirando profundamente al marqués.

—Vamos en busca de nuestro amigo, sire.

Desembocaron en el "hall" y se asomaron al inmenso y resplandeciente salón de fiestas.

Inmediatamente distinguieron el palco que tenía corrida la cortina.

Estaba situado, en efecto, frente al que ocupaban el embajador de Istralia y su hermosa hija.

Volviéndose a uno de los criados que estaban en la puerta del salón, Canevari le preguntó:

—¿Qué número tiene ese palco ante cuyo balcón han corrido la cortina?

—Aguarden un instante—dijo el hombre, pasando sus ojos sobre toda la banda.

Y agregó, después de calcular brevemente:

—Es el número veintisiete.

—Gracias—contestó el marqués.

Y se encaminó con Oscar Luis hacia el pasillo que daba acceso a los palcos de la fila a la que pertenecía el número veintisiete.

Un minuto después llegaban ante la puerta del mismo, a la que Oscar Luis llamó discretamente golpeándola con la punta de los dedos.

Transcurrió un buen rato sin que los dos amigos obtuviesen contestación.

—¿Se habrán marchado sus ocupantes?—preguntó, inquieto, Canevari.

—Volveré a llamar—dijo Oscar Luis encogiéndose levemente de hombros.

Y golpeó con más fuerza la puerta del palco.

—¿Quién está ahí?—preguntó esta vez, desde su interior, una voz ronca, un tanto exasperada, a juzgar por su acento.

El marqués y el rey se miraron. ¡Aquella no era la voz de Montespín!

—Dispensad, caballero—respondió Canevari al que estaba dentro del palco—. Hemos llamado para saber si se encontraba en este sitio cierta persona...

—Entrad—interrumpió bruscamente aquella voz ronca.

El marqués empujó la puerta y penetró en el palco, seguido de Oscar Luis.

Sentado ante una mesilla llena de copas y botellas, un hombre de poblada barba negra estaba solo en aquel lugar.

—¿Qué es lo que se os ofrece, caballeros?—preguntó fijando en los dos amigos sus ojos, de un fuerte brillo metálico.

El rey y Canevari se quedaron un instante suspensos a la vista de aquel hombre que los observaba profundamente con sus grandes pupilas inmóviles como las de un reptil.

No le conocían; pero, a pesar de ello, descubrían en su semblante algo que les era casi familiar y que sobrecogía de inquietud sus espíritus. De pronto, sin quererlo, Oscar Luis apretó los puños.

—Señor—explicó Canevari—, nos hemos tomado la libertad de llamar a la puerta de vuestro palco porque esperábamos encontrar aquí a una persona conocida.

—¡Ah!—exclamó el de la barba negra, que como el lector habrá adivinado, no era otro que el duque Martinko—. ¿Puede saberse quién es la persona a quien esperabais encontrar aquí?

—El capitán Montespín—dijo Oscar Luis.

El de la barba negra sonrió, contestando:

—Llegáis un poco tarde, señores.

—¿Se ha marchado ya?

—Hace un cuarto de hora.

—¿Sabríais decirnos dónde podríamos encontrarle?—preguntó el marqués.

El duque se encogió de hombros.

—Hombre...—dijo—. Eso ya es cosa un poco delicada, e indudablemente no tengo derecho a descubrirla a unos desconocidos.

—Somos amigos del capitán Montespín—manifestó el marqués para desvanecer la desconfianza de aquel individuo.

—Y tenemos que hacerle una comunicación importante—agregó el joven soberano.

El duque llenó una copa de licor que tenía delante, la vació de un trago, y relamiéndose los labios, preguntó, fijando de nuevo sus ojos en los dos amigos:

—¿Sois acaso compatriotas del capitán?

—Sí—afirmó el marqués.

—¿Empleados del Gobierno quizá?

—Enviados del rey de Istralia—dijo Oscar Luis.

—En ese caso, y si lo que tenéis que decir al capitán Montespín es algo relacionado con el cumplimiento de su deber, como istraliano y como buen patriota me consideraré relevado de ciertas obligaciones caballerescas y no pondré reparos en deciros dónde se encuentra.

—Hablad—dijo Canevari—, y prestaréis un gran servicio a vuestro país.

—Está bien; pero sentaos antes y hacedme el honor de beber una copa en mi compañía.

—Muchas gracias, caballero. No podemos aceptar; tenemos prisa...

—¿Y un cigarro?—inquirió amablemente el de la barba negra sacando de un bolsillo una magnífica petaca de oro.

—Sea—dijo Oscar Luis—. No rehusaremos tanto.

Después de obsequiarles con un cigarro, el duque encen-

dió el suyo, aspirando cachazudamente algunas bocanadas de humo, y acabó por decir, bajando la voz, con aire de misterio:

El capitán se halla envuelto en este momento en una agradabilísima aventura.

—¡Cáspita!—exclamó Canevari al mismo tiempo que se dilataban las anchas fosas de su nariz—. Sabíamos que estaba en compañía de una dama, pero no podíamos pensar que la cosa marchase tan de prisa.

—Ella está enamoradísima del capitán.

—Pero, ¿quién es esa mujer?—preguntó Oscar Luis.

—Lo ignoro, joven. Sólo puedo deciros que es enloquecedoramente hermosa.

—¿La habéis conocido esta noche?

—No; hace una semana.

—¿Y no sabéis su nombre?

—Me lo ha ocultado siempre.

—Es extraño—dijo Oscar Luis mirando a Canevari.

—Un capricho como otro cualquiera.

—¿Y Montespín la conoció al mismo tiempo que vos?

—Eso creo. Ella fué quien me presentó al capitán esta noche, cuando vine a saludarla en este palco.

—¿Y estabais aquí cuando se marcharon?

—Sí.

—¿Adónde se dirigía Montespín con esa mujer?

—Preguntad más bien dónde esa mujer llevaba a Montespín—dijo el duque esbozando una sonrisa maliciosa.

—¿Dónde le llevaba, pues?

—A su casa.

Esta vez fueron los ojos de Canevari los que buscaron los de Oscar Luis, significándole: "Esto me huele mal."

—¿Sabéis sus señas?

—¿Vais a trasladaros allí?

—¡Inmediatamente!

El de la barba negra reflexionó.

—Es entendido—dijo por último—que vais a distraer al

capitán para comunicarle alguna noticia de interés para la patria. Si no fuera así, yo no tendría el derecho de descubriros el lugar donde se encuentra.

—Desechad toda suerte de escrúpulos, caballero. ¿Queréis que os enseñemos nuestras credenciales?

—No hace falta. Siempre puede fiarse uno de las palabras de los istralianos. En la casa número cinco de la Avenida de Munich, piso tercero, encontraréis al capitán Montespín.

—Avenida de Munich, número cinco, piso tercero—repitió Canevari para grabar estas señas en su memoria.

Y se puso de pie.

Oscar Luis hizo lo propio.

—Si en algo más puedo seros útil, el duque Daniel Martinko queda a vuestra disposición en el "Hotel de Oriente".

—Gracias, caballero. Os estamos profundamente agradecidos.

Y despidiéndose de él con un apretón de manos, Oscar Luis y el marqués abandonaron el palco.

* * *

—¿Qué opináis, sire?

—Eduardo corre peligro, Lucas.

—Eso me temo.

—Nuestros enemigos, para hacerlo desaparecer, deben haber empleado, como en tu caso, a una mujer como anzuelo.

—¡Malditas mujeres!

—Démonos prisa.

—¿Vamos en busca de Eduardo a las señas que ese hombre nos ha dado?

—Con algo nos toparemos allí.

—Pero, ¿no pensáis que ese hombre puede ser un enemigo? En mi vida he oído hablar en Istralia del duque Martinko.

—¡Tanto mejor si lo es!

—No os comprendo, majestad.

—¿Llevas tu revólver?

—Y un pequeño puñal, por lo que pudiera ocurrir.

—En ese caso, ¿qué podemos temer?

—El enemigo puede cogernos por sorpresa.

—¿A nosotros? ¿Es que al dirigirnos a esa casa de la Avenida de Munich no vas tú convencido de que nos meteremos en la boca del lobo?

Canevari hizo un guiño significativo.

—Siendo así—prosiguió Oscar Luis con verdadero ardor—, no hay sorpresas que valgan.

Habían salido del "Metropol Hotel", y detenidos en medio de la acera, miraban en torno suyo, tratando de orientarse.

—Lo mejor será que tomemos un "taxi", sire.

—Es lo que debemos hacer.

Y cuando se encontraron instalados en el interior del automóvil, dijo Canevari:

—Tiemblo por la suerte que haya podido correr Eduardo.

—Cálmate; tal vez lleguemos a tiempo de salvarle.

—Yo, en vuestro lugar, sire...

—¿Qué harías?

—Adoptaría precauciones antes de meterme en la boca del lobo. ¿Por qué no pedir ayuda a la policía alemana?

—Este es un asunto que debemos solventarlo nosotros sin la ayuda de nadie. ¡Ardo en deseos de encontrarme de una vez frente a nuestros enemigos.

—Nos vencerán. Han tenido tiempo y ocasión de prepararse para ello.

—¿Tienes miedo?

—Temo por vos, majestad.

—Tranquilízate, Lucas. Yo no temo a nadie. ¡Cuanto más numerosos sean los enemigos que me salgan al paso, tanto mejor! Me devora la sed de venganza.

El "auto" se detuvo en ese momento.

—¡Pronto hemos llegado!—refunfuñó Canevari.

—¿Qué hora es?—preguntó Oscar Luis.

—Faltan cinco minutos para la media noche, sire. Es la hora de las brujas, la hora de las tragedias...

—Vamos a resolver la tragedia de la vida de un rey, Lucas. Descendamos, y despide al conductor.

Así lo hicieron y quedaron un momento solos en la acera, ante el portal de la casa señalada con el número cinco en la Avenida de Munich.

El paraje era céntrico, y el edificio, de construcción reciente, estaba lejos de tener el aspecto sórdido que Canevari había supuesto antes de encontrarse frente a él.

Como el portal había ya sido cerrado, tuvieron que despertar al portero para poder entrar en la casa. Levantóse el hombre refunfuñando, y los hubiera recibido de muy mala manera si una abundante propina, que Canevari puso en sus manos, no aplaca afortunadamente su malhumor.

En un instante el ascensor les dejó ante la puerta del piso tercero.

—Tengamos nuestros revólveres al alcance de la mano—dijo el marqués en el momento que Oscar Luis se disponía a llevar la suya al botón del timbre.

Oyeron en el interior del piso la vibración estridente del artefacto, y poseídos de viva ansiedad, aguardaron en silencio a que les abrieran aquella puerta.

Tras una espera de un par de minutos, percibieron un rumor de pasos que se aproximaban.

—Ya vienen—murmuró Canevari al oído de Oscar Luis con un hilo de voz—. Atención.

—Estoy preparado—respondió el rey, que acariciaba en el bolsillo de su gabán el gatillo del revólver.

Abrióse finalmente la puerta, y en el umbral apareció una joven y lindísima doncella, que hizo un movimiento de sorpresa al ver allí a aquellos dos hombres.

—¿Qué deseáis, señores?—preguntó en seguida.

—¿Ha regresado tu señora del "Metropol Hotel"?—respondió Canevari a bocajarro.

—Sí, señor—respondió la joven con naturalidad.

—¿Sola?

—No; acompañada de un caballero.

—Quisiéramos hablar con ella—declaró Oscar Luis mezclándose en la conversación.

—¿A estas horas? Imposible, señores.

—¿Duerme, acaso?

—Lo ignoro; pero teniendo visita, no quiere que se la moleste.

—¡Ah! ¿Está aún con ella el caballero que la ha acompañado hasta aquí?

—Sí.

—A él es a quien nos interesa ver—dijo Canevari—. Tenemos que darle una noticia muy grave.

—No sé qué hacer—murmuró la doncella—. Como tengo orden de la señora de no molestarla bajo ningún pretexto...

—Para un caso gravísimo como el que nos trae aquí, no valen esas órdenes.

—Bien—dijo la muchacha medio convencida—. Aguardaos un instante en el recibimiento. Voy a avisar.

Entraron el rey y el marqués, cerró ella la puerta, y se internó luego en la casa.

—Por lo visto, Eduardo está aquí—dijo Canevari en voz baja a su soberano.

—Paréceme—dijo éste—que nos hemos alarmado en vano.

—Es lo que yo pienso. Este piso tan confortable no puede ser la guarida de unos asesinos.

—Sin embargo, Lucas, ¡es tan misterioso todo lo que nos ha ocurrido esta noche!...

—Tenéis razón, sire; pero en el fondo no hay más que una aventura de Eduardo, más afortunada, por lo visto, que la mía de Constantinopla.

—Ya veremos.

—¿Volvéis a dudar?

—Pienso en el individuo del palco, que nos dijo ser un duque istraliano...

—¡Ese hombre es un fantoche!

—Un fantoche que nos ha dado un nombre falso y las señas de dónde podíamos encontrar a Eduardo. El caso se presta a sospechas.

—¡Uf! ¡Qué confusión! Lo mejor será, sire, dejar de pensar y esperar los acontecimientos.

—Calla; la doncella vuelve.

En efecto: se oían los pasos de la muchacha.

—Caballeros: la señora os suplica tengáis a bien pasar a su gabinete.

Oscar Luis y Lucas siguieron a la doncella, que los introdujo en un gabinete lujosamente amueblado, rogándoles tomaran asiento mientras la señora terminaba de arreglarse para comparecer en su presencia.

Obedecieron los dos amigos, y la joven se alejó, dejando entornada la puerta del gabinete, que daba al pasillo

—Acabo de convencerme del todo que hemos hecho mal en abrigar temores—dijo el marqués en voz baja.

—Es posible que tengas razón, Lucas; pero aún no hemos visto a Eduardo—contestó el rey.

—Lo veremos, sire. Estoy seguro de ello.

* * *

Acababa Canevari de pronunciar la última de estas palabras, cuando la puerta del gabinete, que, como hemos dicho, la doncella había dejado entornada al salir, se cerró de golpe, mientras resonaba tras ella una carcajada estridente, que sobresaltó a los dos amigos, haciéndoles saltar de sus asientos.

—¿Qué es eso?—inquirió el marqués, mirando con ojos desorbitados al joven soberano.

—¡Maldición!—gritó éste lanzándose contra la puerta—. ¡Maldición! ¿Quién se burla así de nosotros?

Empujó la puerta, la golpeó rabiosamente con los puños, profiriendo sordas amenazas; pero todo fué inútil: no consiguió abrirla ni logró que nadie se aproximase a aquel lugar a darle una explicación.

—¡Cielos!—exclamó Canevari desesperadamente—. ¡Cielos! ¡Hemos sido traicionados!

—¡Y estamos en poder de esos miserables!—rugió Oscar Luis sacando su revólver.

Apuntó hacia la puerta, e iba a disparar, pero el marqués, reaccionando de la impresión sufrida, se lo impidió diciéndole:

—Economizad las balas, sire. Nada conseguiréis haciendo fuego en este momento.

—¡Ah, perros! ¿Y tendré que resignarme a quedar en su poder en esta ratonera?

—Procuremos salir de aquí.

—¿De qué modo, desdichado?

Canevari paseó desesperadamente los ojos en torno suyo.

—¡Si hubiera una ventana!—suspiró.

—No la hay.

—Derribemos la puerta.

—No podemos. Es más fuerte de lo que supones.

—En aquel momento apagaron la luz, y el gabinete quedó sumido en la mayor obscuridad.

—¿Qué se propondrán estos malvados?—preguntó el marqués buscando la caja de cerillas en sus bolsillos.

—Fácil es comprenderlo—dijo entre dientes el rey—: acabar con nosotros.

—¡Ah! Eso está por ver, sire. ¿Quién será el Judas que Lisandri tiene a su servicio en Berlín?

—Son varios, indudablemente, y entre ellos, como has visto, no faltan mujeres.

—Y hermosas, por cierto. ¿Enciendo una cerilla, sire?

—¿Para qué?

—No me encuentro a gusto en esta obscuridad. ¿Estará Eduardo en esta casa?

—Eso me temo.

—¡Si al menos pudiésemos tenerlo a nuestro lado!...

—Calla. ¿No oyes?

—¿Qué es lo que pasa?

—Alguien anda junto a la puerta.

—Al primero que intente entrar le alojaré una onza de plomo en la cabeza.

—¡Silencio!

Junto a la puerta se oyó un leve silbido, semejante al que produce una corriente de aire al pasar a través de una estrecha abertura, y simultáneamente nuestros amigos percibieron un olor acre, irritante, como de emanaciones de azufre.

—¿Qué significará esto?—preguntó Canevari lleno de inquietud.

—Enciende una cerilla—le dijo Oscar Luis.

Obedeció el marqués, y con ayuda de aquella mortecina luz observaron la puerta, sin descubrir en ella nada que les llamase la atención.

No obstante, tras de la misma seguía oyéndose el silbido, y el olor acre que invadía la habitación era cada vez más intenso.

Canevari comenzó a toser.

—¡Malditos sean!—exclamó Oscar Luis—. ¡Ahora me lo explico todo!

—¿Qué os explicáis, sire?

—¿Recuerdas haber aspirado tú otra vez un olor semejante?

—No, no recuerdo... ¡Condenado olorcillo!

—Piensa en las maniobras de Julio, Lucas... ¿Recuerdas aquel ensayo de gases asfixiantes?

El marqués dió un brinco de terror.

—¡Rayos y centellas! ¡Ya caigo! Aquellos gases despedían el mismo olor pestilente.

—Pues bien, Lucas—dijo el rey con reconcentrada desesperación—. Estos asesinos, después de atraernos a la ratonera, se preparan a matarnos haciéndonos aspirar esas emanaciones fatídicas.

—¡Gran Dios! Pero, ¿por dónde los introducen en esta habitación?

Horrorizado, el marqués dió una vuelta al gabinete, y luego, deteniéndose ante el rey, exclamó, mesándose los cabellos:

—¡Esto es horrible, sire! ¡Nosotros no podemos morir así!





## CAPITULO XXXVI

### En el real castillo de "La Pradera"

DENOMINABASE "La Pradera" a una vasta y pintoresca posesión real, situada a unas quince millas al sur de San Francisco.

Un enorme castillo construído a fines del siglo XVIIII, y que se levantaba en el centro de un bien cuidado parque, servía de residencia a las reales personas de Istralia las varias veces al año que la corte se trasladaba allí para gozar durante algunos días de la tranquilidad de la vida campestre o de los saludables placeres de la caza.

Al mes justo de su ascensión al trono, el que todos tomaban por el legítimo rey de Istralia decidió, de acuerdo con sus cómplices, irse a vivir un tiempo lejos de la corte para zafarse de las pesadas obligaciones que trae aparejadas el oficio de monarca.

Rodolfo Carpi insistía en su deseo de divertirse. El había aceptado representar el papel de Oscar Luis a condición de que el trono le proporcionase todos aquellos placeres que le habían

llevado a la ruina en su existencia de heredero rico. El juego, el alcohol y los goces sensuales le tenían completamente dominado, al par que iban minando mortalmente su juventud. Mediante un decreto puso todas las riendas del poder en manos del conde Federico Lisandri, que era el verdadero amo del reino desde la noche trágica de la boda de Oscar Luis con la intrigante Alcira, y acompañado de ésta, de Clara, de Cosme Novelli y de algunos cortesanos y damas de livianas costumbres, que siempre habían vivido alejadas de la corte y que, por lo tanto, no podían poner en duda la personalidad del nuevo rey, se trasladó al castillo llamado de "La Pradera", convenientemente dispuesto para recibir a los nuevos soberanos del país.

* * *

En aquella inmensa posesión real, podía disfrutar a sus anchas el falso soberano de Istralia.

Pero el parque, la inmensa pradera que daba nombre al lugar y los bosques abundantes en toda suerte de caza que la circundaban, no interesaban en lo más mínimo a Rodolfo Carpi.

En cambio, gozaba permaneciendo todo el día o toda la noche sentado frente a una mesa de juego, bebiendo y haciendo beber a los que le acompañaban hasta embriagarse, y perdiendo enormes sumas, que Lisandri se apresuraba a reponer echando mano al tesoro real y sin perder de vista los fondos públicos para apelar a ellos cuando aquel tesoro se agotase.

La suerte seguía mostrándose esquiva con el falso Oscar Luis I, y los cortesanos se enriquecían a su costa.

Cuando se cansaba de perder, el pseudomonarca ponía sus ojos en las hermosas mujeres que se preocupaban de distraer a la soberana, su supuesta mujer. Muchas de éstas, halagadas en su amor propio y por aquello de que "a un rey nada se

le puede negar", se sometían complacidas a sus caprichos, con gran desesperación de Clara, a quien consumían los celos y devoraba la desesperación desde el instante en que por un azar de la vida vió encaramarse en lo alto de un trono al hombre amado.

Verdad que cada día le quería menos; pero su indiferencia la humillaba, haciéndola sufrir horriblemente.

¡Cuánto hubiera pagado la infeliz por poder huir de aquel círculo de corrupción y de infamias, para reintegrarse a la vida vulgar de la farándula! Pero eso era imposible. Era ya un elemento que contribuía al mantenimiento de aquella espantosa mentira que se había adueñado de Istralia, un puntal que sostenía la pesada plataforma en la que se apoyaban los usurpadores del trono, y no podía separarse sin hacer crujir todo el andamiaje. Había de contentarse con los altos honores conferidos y seguir sobrellevando su desesperante existencia de comparsa en aquel drama sórdido, inicuo.

Pero había algo en sus recuerdos que de vez en vez venía a tranquilizar su atormentada conciencia y a poner una emoción dulce en su corazón herido por los desengaños: la vida del verdadero rey de Istralia, que habia salvado con gran riesgo de la suya la noche terrible en que el desgraciado se presentó en Palacio para caer de nuevo en las garras de sus mortales enemigos.

La comedia que había representado para justificar la fuga de Oscar Luis había surtido su efecto; al menos así lo creía la buena mujer.

¡Qué revuelo terrible se había producido en torno a aquel suceso! Al enterarse Rodolfo Carpi de la desaparición del monarca, había despertado a Lisandri, quien se presentó inmediatamente en la biblioteca. Pero llegaba tarde el malvado. Así hubo de reconocerlo Clara con íntima alegría. A Oscar Luis le había sobrado tiempo para desaparecer.

El conde Federico parecía una fiera.

—¡Hay que atraparle!—rugía—. ¡Ese hombre no puede escapársenos así!

Movilizó a numerosos espías, sin decirles, naturalmente, quién era el desgraciado que se había evadido del sótano de la biblioteca, y él mismo se puso a la cabeza de aquel regimiento de sabuesos para dar caza al verdadero rey de Istralia.

Entretanto, Rodolfo Carpi y el barón Cosme Novelli, avisado también de lo que ocurría, se mesaban desesperadamente los cabellos.

Su suerte dependía del sitio donde Oscar hubiese encaminado sus pasos al huir de Palacio.

Si conseguía que lo reconocieran los altos jefes militares o la Policía, sus cabezas no estaban ya seguras sobre sus hombros.

Mientras tanto, Alcira, la más culpable, enloquecía de terror en sus habitaciones.

Al amanecer, sudoroso, jadeante, fuera de sí, se presentó el conde Lisandri.

Carpi y Novelli se precipitaron hacia él.

—¿Qué noticias hay?

—¡Ninguna! ¡Ha desaparecido sin dejar rastro!

—Deberíamos huir—dijo Rodolfo con voz temblorosa—. Es lo más prudente.

—Soy de vuestra opinión—agregó el barón Novelli—. Pongámonos en salvo antes que la venganza del verdadero rey estalle sobre nuestras cabezas.

Pero el conde Federico los envolvió a todos en una mirada cargada de ira y de desprecio.

—¡Cobardes! ¡Todavía soy el amo de la situación!

—¿En qué os fundáis para decirlo?—inquirió Cosme Novelli.

—El verdadero rey no se ha acercado todavía a ninguna persona que pueda ayudarle.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque una de mis primeras medidas ha sido hacer vigilar los domicilios de esas personas.

—¡Ah!—exclamó el barón, ya más tranquilo—. Veo que pensáis en todo, que no se os escapa detalle. ¿Y continúan vigilados esos domicilios?

—Si el rey intenta acercarse a uno de ellos, mis hombres se apoderarán de él antes de darle tiempo a pronunciar la menor palabra.

Rodolfo Carpi exhaló un suspiro de alivio, y volviéndose a Clara, le dijo:

—Tranquilízate. Ya puedes comprender que no tenemos nada que temer.

—Gracias al señor conde—murmuró ella.

Volvióse Lisandri al oír su voz y fijó en la culpable de la fuga del rey una mirada tan aguda, tan penetrante, que la infeliz no pudo menos que estremecerse al propio tiempo que sentía que las fuerzas la abandonaban. Hubiera rodado desvanecida, si el conde no aparta inmediatamente sus pupilas de metálico brillo de su semblante, advirtiendo, sin duda, el mal efecto que a aquella mujer causaba su mirada.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A pesar de los quince días transcurridos desde aquel suceso, Clara tenía aún incrustada en su cerebro aquella terrible mirada del conde Federico.

¿Habría sospechado de ella?

Aquel malvado inspiraba a Clara un terror indecible. A quince leguas de donde él se encontraba cuando recordaba aquella mirada, sentía correr por sus miembros un intenso escalofrío.

¿Qué habría sido del rey, cuya vida ella había salvado?

Este pensamiento acudía a menudo a su mente.

¿Habría sucumbido víctima de sus heridas? ¿Estaría preparando en silencio la reconquista de su trono?

Y Clara pedía a Dios con fervor que no abandonase al desventurado y legítimo monarca.

* * *

Ningún problema de Gobierno turbaba el encanto que tenía la vida en el castillo de "La Pradera" para el falso rey.

No quería oír hablar de la corte. El barón Novelli, menos aturdido, era quien se encargaba de dar cuenta a él y a Alcira de las noticias que el conde Lisandri hacía llegar hasta aquel lugar.

Los sabuesos encargados de dar caza a Oscar Luis seguían en acecho. Esta situación era un tanto molesta, pero el conde aseguraba que no tardaría en ponerle remedio.

Cosme Novelli se frotaba las manos. Con un hombre como Lisandri al frente del reino, se podía vivir tranquilo.

Una tarde, al obscurecer, sin haber anunciado previamente su viaje, el conde Federico se presentó de improviso en el castillo de "La Pradera".

—He venido—dijo al encontrarse a solas con Carpi y con Novelli—a pasar unos días en vuestra compañía y a disfrutar un poco del amor de mi amada Alcira.

—¿Qué dicen del rey en la corte?—preguntó Novelli.

—Se habla mucho, como es natural—respondió Federico,—y ha habido ocasiones en que me he visto obligado a desvirtuar ciertos rumores empleando procedimientos duros...

—Ya sabía yo que los políticos no se estarían con el pico cerrado.

—Ni los políticos, ni la nobleza, ni la prensa; pero eso es cosa que poco me preocupa. Sé de qué medios valerme para hacer callar a los imprudentes.

—El público calificará este régimen de cruel.

—Ya se irá acostumbrando a todo. Ha sido una verdade-

ra lástima que ese desgraciado Oscar Luis hubiese alardeado tantas veces en público de ideas liberales.

—Es natural, la gente debe haberse sorprendido mucho del cambio.

A todo esto, Rodolfo Carpi escuchaba esta conversación con la más completa indiferencia.

—Comprendo—le dijo Lisandri—que te encante la vida en este castillo y que no quieras salir de él, pero no puedes continuar aquí por mucho tiempo todavía. Es preciso guardar las apariencias, querido, y sacrificarse un poco por la causa de todos.

Carpi bostezó, y cruzando una pierna sobre la otra, dijo:

—Habrá que ir acostumbrando a las gentes a que se preocupen menos de la vida del rey. El protocolo me revienta.

—Pero no hay más remedio que someterse a él de cuando en cuando. Por lo menos, mientras dure mi ausencia, tu presencia será necesaria en la corte.

—¿Pensáis ausentaros?—preguntó con curiosidad Cosme Novelli.

—Sí, pero será por poco tiempo.

—¡Si yo pudiera reemplazarte en ese viaje!—exclamó el falso rey—. Lo prefiero todo a volver a Palacio.

—Imposible, querido. Hay asuntos que sólo puedo resolverlos yo.

—¿Y dónde pensáis dirigiros, conde?—siguió preguntando el barón.

—A Alemania.

—¡Caracoles! ¿Qué asunto es el que os lleva tan lejos?

—Hacer abortar un peligro.

—¿Que concierne a nosotros o al país?

—A nosotros.

Cosme Novelli se quedó un instante pensativo.

—Ahora comprendo—dijo de pronto.

—¿Qué es lo que comprendéis?—inquirió Lisandri mirándole con fijeza.

—El móvil que os lleva a Alemania.

—Explicaos.

—En Berlín se encuentra uno de los fieles amigos de Oscar Luis I. Me refiero al capitán Montespín.

Lisandri hizo un guiño, y respondió:

—Habéis acertado, barón.

—¿Os preocupa ese hombre?

—Puede ser la mano derecha del verdadero rey.

—Queda otro, sin embargo.

—¿El marqués de Canevari?

—El mismo, a quien habéis enviado entre los turcos.

—Ya me he ocupado del marqués.

—¿Qué queréis decir?

—He encargado que le den pasaporte para el otro mundo.

—¡Cáspita! ¿Y a quién habéis dado ese encargo?

—Al mismo canciller de la Legación.

—¿Es hombre de confianza?

—Eso creo; además, está dotado de una ambición desmedida, y Canevari le hacía sombra en la Legación.

—¡Ah! ¿Y cuándo partiréis?

—No lo sé aún. He de resolverlo con Alcira. Ella me acompañará.

—¡La reina!—exclamó Novelli, asombrado.

—Necesito que una mujer me ayude, y no encuentro ninguna más a propósito que ella.

* * *

Esa noche, terminada la cena, el conde Lisandri se encerró con Alcira en la alcoba de ésta.

Era noche, después de la cena, el conde Lisandri se encerró con Alicia en la alcoba.

Después de besarse apasionadamente, él tomó asiento en un sillón, acurrucóse ella sobre sus rodillas, y echándole los brazos al cuello, le dijo:

—Habla, Federico mío. ¿Has alejado ya todos lo peligros que nos amenazaban?

—Todos, menos uno—respondió él—, para el cual necesito de tu concurso.

—¡Oh! ¿Qué puedo hacer yo? ¿De qué se trata?

Lisandri le dió cuenta de su proyectado viaje a Berlín y del asunto que allí le llevaba, que no era otro que el de tender un lazo a Eduardo Montespín para eliminarlo.

—¿Y dices que necesitas de mi concurso para ello?

—Sí, Alcira. Sólo de ti puedo fiarme.

—¿Crees que tendré fuerzas y habilidad suficiente para desempeñar mi papel sin dar que sospechar a ese joven?

—Confío en ello, Alcira. Es necesario ese esfuerzo para asegurar a tu reinado una era de tranquilidad.

—Mi ausencia levantará murmuraciones en la corte.

—Nadie se enterará de ella. El rey va a regresar a Palacio dentro de dos días, y se hará saber en la corte que tú has resuelto permanecer algún tiempo todavía en este castillo.

—Pero, ¿cómo viajar, cómo penetrar en otro país sin que se enteren de quiénes somos?

—Me he procurado unos pasaportes falsos.

—¿Y permaneceremos mucho tiempo en Berlín?

—El necesario para cumplir nuestro cometido.

—Sea—murmuró ella después de reflexionar un instante—; haré lo que tú quieras, Federico.

Lisandri la besó con ardor en la boca.

—¡Te amo!—exclamó estrujándola contra su pecho—. Te amo cada día más y me siento ufano de tu comportamiento. La primera vez que caiste en mis brazos te dije que habías nacido para ser reina. ¿Lo recuerdas?

—Sí, Federico... ¡Qué cambio tan grande el de mi vida!

—Todo se lo debes a mi amor, Alcira. ¡Y aún te encumbraré más! Haré de ti una especie de ídolo que habrán de venerar las muchedumbres!

Pero esta promesa del miserable no debió halagarla. Reclinando la cabeza en su hombro, murmuró:

—Basta ya... Soy mujer, Federico, y temo desafiar demasiado la cólera de Dios.

—¡Dios no puede conmigo!—blasfemó el canalla—. ¡Si El es la justicia, yo soy más que El, puesto que he vencido a los justos y a los buenos!

—Pero, ¿y si volviese un día el rey despojado?—murmuró Alcira, estremeciéndose entre los brazos del malvado.

—¡No volverá!—aseguró éste.

—Oscar Luis no ha muerto—dijo la adúltera.

—Pero es como si hubiera dejado de existir. Un rey sin corona, sin amigos y sin dinero, es un ente ridículo e inofensivo.

—No está solo. Quedan otros...

—¿Quiénes?

—La mujer que él amaba.

—Esa mujer morirá tan pronto la nieve, que aisla en esta época del año el Castillo de las Aguilas, se derrita para permitir el paso de mis hombres.

—¿Y la reina madre?

—Me preocupa menos que su hijo.

—¿Qué sabes de ella?

—Se ha vuelto loca y recorre los caminos de las provincias diciendo majaderías que hacen reír a los aldeanos. Ni siquiera me cuido ya de hacerle seguir los pasos.

Alcira guardó silencio.

—¿Te han tranquilizado mis informes?—le preguntó Lisandri casi al oído.

—Ya no temo tanto—murmuró ella.

El conde se puso de pie, y levantándola en vilo, dijo, avanzando hacia el lecho:

—Gocemos, pues, de nuestro amor, ya que nada nos lo impide. La gloria nos sonríe, Alcira... ¡Y si he llegado tan lejos es porque eres la más hermosa mujer de la tierra!

Le dió un fuerte beso en los labios y la dejó caer sobre aquel lecho real, que aún no había mancillado el adulterio.

* * *

Dos días después, Alcira y Lisandri partían para Berlín, mientras el falso rey, acompañado de Novelli, Clara y su cortejo, volvía a San Francisco, a ocupar el trono usurpado.






## CAPITULO XXXVII

### Agonía espantosa

AL salir Alcira del salón amarillo en medio del cual Eduardo Montespín acababa de caer como fulminado por el narcótico venenoso mezclado al licor que ella le había obligado a beber momentos antes, se detuvo como paralizada en medio del pasillo al distinguir una sombra que atravesaba el recibimiento.

En seguida se tranquilizó: era el supuesto duque Martinko, que acababa de entrar y que se acercaba a ella.

—¿Dónde está ese hombre?—preguntó el de la barba negra al llegar delante de Alcira.

Esta señaló la puerta del saloncillo amarillo, y respondió con voz ronca:

—Allí.

—¿Ha bebido?

Alcira hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Estaba pálida como una muerta.

El de la barba negra dirigió una mirada en torno suyo, y acercando los labios al oído de la mujer, luego pronunció:

—Es preciso que vuelvas a encerrarte con él.

Ella le lanzó una mirada de extrañeza.

—¿Qué dices?

—Otro peligro nos amenaza. Por eso me he apresurado a venir. Tengo apenas el tiempo justo de advertírtelo.

—Pero...

—Obedece, Alcira. Entra en el salón y haz como si nada hubiera pasado.

—Tengo miedo, Federico. ¿Y si ese hombre hubiese muerto ya?

—¡Tanto mejor! ¿Qué puedes temer de un muerto? Prisa. La doncella no me ha visto aún, y necesito ocultarme antes que ellos lleguen.

—¿Quiénes, gran Dios?

—Oscar Luis I y el marqués de Canevari.

—¡Están aquí!—exclamó, horrorizada, Alcira.

—Si me obedeces, si conservas toda tu sangre fría, dentro de cinco minutos esos dos desgraciados seguirán la suerte de Montespín.

Y diciendo esto, el de la barba negra abrió la puerta del salón amarillo y empujó a Alcira en su interior.

—Pero, ¿qué he de hacer yo, Federico?

—Prepararte a recibirlos cuando la doncella venga a anunciarte su visita. Le indicas que los haga entrar en el gabinete. No lo olvides y ten calma.

Alcira dió unos pasos por aquella habitación, y detuvo sus ojos sobre el cuerpo de Montespín, tendido en medio del piso, en una inmovilidad cadavérica.

Lisandri, no era otro el individuo de la barba negra, cerró la puerta.

* * *

En aquel momento sonó el timbre, y la doncella, que esta-

ba en el fondo de la casa, acudió a la puerta del piso a ver quién llamaba.

Allí se encontró ante Oscar Luis y Canevari. Tras un breve diálogo, los hizo pasar al recibimiento y se acercó a la puerta del salón amarillo, donde sabía se encontraba la señora en compañía del caballero por quien se interesaban aquellos dos señores.

Llamó discretamente, y la señora le preguntó desde el interior del salón:

—¿Qué sucede?

—Señora, acaban de presentarse dos caballeros que demuestran gran interés en hablar con vos.

—¿Es que no sabes que no puedo recibir a nadie?

—Les he puesto toda clase de inconvenientes, pero insisten en su deseo. Dicen tener que hacer una comunicación grave al caballero que está en vuestra compañía.

—El señor duerme—murmuró la dama.

—¿Qué resolvéis, señora?

—Mira, hazlos pasar al gabinete y diles que iré inmediatamente a ver lo que desean. Voy a arreglarme un poco.

—Perfectamente, señora.

Alejóse la doncella, introdujo a los dos visitantes en el gabinete y volvió a las habitaciones del fondo de la casa.

Entonces Federico Lisandri abrió la puerta del salón amarillo.

—Ya están aquí—le dijo Alcira, acudiendo hacia él.

—Lo sé. Son míos.

—¿Qué piensas hacer?

—Ponte un traje de calle y prepárate a partir.

—¿Sola?

—No, conmigo.

Y sin hacer ya caso de ella, Lisandri se acercó al cuerpo de Montespín, inclinóse sobre él y le puso una mano en el corazón.

—Todavía vive—gruñó, esbozando una sonrisa diabólica—; pero el cianuro no tardará en hacer sus efectos.

Rápidamente se encaminó hacia la puerta y salió sin dirigir a Alcira una palabra más.

Aproximóse al gabinete dentro del cual se encontraba Oscar Luis y el marqués de Canevari.

Paseó la mirada por el pasillo; la doncella no podía verle.

Como se recordará, la puerta del gabinete había quedado entornada. Sin producir el menor ruido, el siniestro personaje llegó junto a ella, alargó el brazo y la cerró de golpe.

Inmeditamente dió vueltas a la llave.

—¡ Míos !—exclamó con el rostro iluminado por una satisfacción feroz.

Se apartó de allí sin que los furiosos golpes que Oscar Luis descargaba contra la puerta cerrada parecieran causarle la menor impresión, y un par de minutos más tarde estaba de vuelta llevando en sus brazos un aparato de metal de forma cilíndrica, del cual colgaba un largo tubo de goma. Dejó este aparato en el suelo, y con ayuda de una pequeña navaja cortó los hilos de la luz que iban al gabinete, con lo que éste quedó a obscuras.

Hecho esto, se arrodilló en el suelo, levantó el borde de la alfombra que rozaba la base de la puerta e introdujo por debajo de ésta el extremo del tubo de goma.

En seguida abrió una llave situada en la parte superior del aparato, con lo que empezó a oírse aquel leve silbido que había llamado la atención de los dos prisioneros.

El gas fatídico comenzaba a invadir la habitación donde éstos se encontraban encerrados.

* * *

Lisandri retrocedió unos pasos.

Luego, convencido del buen funcionamiento del aparato, apagó la luz del corredor y volvió al salón amarillo.

Alcira no estaba ya allí.

Sentóse el miserable en un sillón y encedió tranquilamente un cigarro, sin mirar al hombre tendido a pocos pasos de él.

Transcurrieron unos cinco minutos. Lisandri, con un gesto de impaciencia, arrojó el cigarro a un rincón y se puso de pie.

Alcira tardaba demasiado.

Iba a proferir una blasfemia, cuando ésta apareció en la puerta del salón envuelta en un elagante abrigo de cebellina, con cuello y puños de armiño, y llevando en la mano una pequeña maleta de piel.

—Cuando tú quieras—dijo mirando al demonio de la barba negra.

—Partamos—gruñó éste.

De un tirón se arrancó la barba postiza, guardóla en uno de los bolsillos de su frac, y pasando a una habitación contigua al gabinete, se puso su gabán y el sombrero.

Mientras esto hacía, Alcira, parada en medio del pasillo, observaba con curiosidad el aparato.

Un olor acre, a emanaciones de azufre derretido, invadía poco a poco toda la casa.

Dentro del gabinete se oían voces mezcladas con ruidos extraños, que sobrecogían de terror a la amante de Federico Lisandri.

—¡Prisa!—exclamó éste, reuniéndose con ella y apoderándose de la maleta que la hermosa llevaba—. Esta noche he dado el golpe más hermoso de mi vida.

Alcira le siguió hacia la puerta del piso.

—Pero, ¿es que no hemos de volver ya a esta casa?

—¡Jamás!

—¿Y la doncella que había tomado a mi servicio? ¿Olvidas que puede denunciarnos?

—No lo hará.

—¿Qué sabes tú?

—El gas asfixiante llegará hasta donde ella se encuentre, enmudeciéndola para siempre.

Lisandri había abierto la puerta del piso, y después de salir con Alcira, la cerró con dos vueltas de llave, guardándose ésta.

Descendieron a la planta baja sin hacer uso del ascensor y salieron a la calle.

—¿Dónde ir a estas horas?—preguntó Alcira, lanzando un suspiro.

—Camino de Istralia—contestó el conde Federico.

Ella se prendió de su brazo y echaron a andar por la amplia acera de la Avenida de Munich, perdiéndose al poco rato entre la obscuridad y una niebla espesa que comenzaba a caer sobre la gran urbe.

Tres días más tarde llegaban al real castillo de "La Pradera".

* * *

Ante aquella exclamación de Canevari, Oscar Luis volvió a pasear en torno suyo una mirada de desesperación.

—Tienes razón, Lucas; es espantosa nuestra suerte; pero ¿qué hacer?

—¡Debemos salvarnos, sire!

—¿De qué manera?

Canevari volvió a toser; Oscar Luis lo hizo por primera vez. Aquel gas que respiraban les irritaba la garganta de un modo horrible.

—¡Echemos abajo esa puerta, majestad!

—No disponemos de medios para ello, Lucas. Nuestras fuerzas no bastan...

El marqués hizo un gesto de rabia. Su desesperación se trocaba en cólera, y mascullando maldiciones, se arrojó con el ímpetu de un toro contra la puerta que les impedía salir de aquella habitación.

Pero la puerta resistió al empuje sin crujir siquiera.
—Nada, Lucas; no conseguiremos nada por ese medio.



*...contempló en lo alto de una montaña próxima la siniestra mole del Castillo de las Aguilas...*

—Gritemos, sire. Puede que los vecinos oigan nuestras voces y acudan en nuestra ayuda.

—Mejor sería que disparásemos nuestros revólveres.

—Tenéis razón.

Canevari apuntó con el suyo en dirección a la puerta e hizo dos disparos que retumbaron estruendosamente dentro de la habitación cerrada.

Prestaron atención un instante mientras una tos seca, sorda, estremecía sus pechos; pero ningún ruido capaz de hacerles concebir una débil esperanza llegó a sus oídos.

—En el piso no debe de haber nadie—dijo el rey.

—¡Los malditos han huido dejándonos en brazos de la muerte! Volveré a disparar, sire. Es preciso que alguien de la casa oiga nuestras detonaciones.

Y uniendo la acción a la palabra, Canevari hizo otros dos disparos.

El resultado fué el mismo. Aquellas detonaciones no despertaban en todo el inmenso edificio el menor eco.

Y, entretanto, junto a la puerta seguía oyéndose el silbido fatal que hacía el gas al salir del tubo de goma, y los dos desgraciados sentían cada vez más sus terribles efectos en su nariz, en su garganta y en sus pulmones.

Canevari, de complexión menos robusta que el rey, fué el primero en sentir los síntomas de la terrible asfixia.

—Sire, me ahogo...

—Valor, Lucas, valor.

—¡Rayos! ¿Qué podríamos hacer para librarnos de la espantosa agonía que nos espera?

El monarca tuvo de pronto una idea.

—Enciende otra cerilla, Lucas.

—¿Qué os proponéis, sire?

—Tratar de alejar de la puerta el maldito aparato que suelta estos gases.

—¡Gran pensamiento!—aprobó el marqués.

Encendió la cerilla, ambos se acercaron a la puerta y al arrodillarse en el piso para observar la pequeña rendija que se abría entre la base de la puerta y el piso, y a través de la

cual pasaba el gas mortífero, una enorme llamarada los envolvió de improviso, haciéndoles retroceder hasta el fondo de la habitación.

Cuando reaccionaron de la impresión sufrida, la llamarada, que tenía un fuerte color violáceo, se había extinguido ya.

—Ha sido la maldita cerilla que ha inflamado el gas—murmuró Canevari.

—A punto estuvimos de morir abrasados—agregó Oscar Luis, acercándose de nuevo a la puerta.

—¿Qué hacéis, sire?—preguntó el marqués.

—Intentaré realizar mi propósito sin ayuda de luz.

Conteniendo la respiración se inclinó e intentó pasar una mano por debajo de la puerta buscando el objeto a través del cual pasaba el gas asfixiante; pero a los pocos instantes tuvo que desistir de su empeño y retroceder junto a Canevari, medio ahogado por la terrible emanación.

—¿Y si hiciéramos fuego sobre ese aparto, sire?—propuso el marqués.

—Inténtalo—contestó Oscar Luis con voz ronca.

Canevari se tapó la boca con un pañuelo y se aproximó a la puerta, disparando por debajo de la misma las dos balas que aún le quedaban en su revólver.

Inmediatamente, el leve silbido que hasta entonces se había oído junto a la puerta, fué cubierto por un zumbido estridente. Una de las balas del revólver del marqués había agujereado el aparato del gas, y éste se escapaba en gran cantidad por la abertura de la bala.

El desgraciado quiso retroceder, pero asfixiado por aquella emanación mortífera, cayó de bruces.

Oscar Luis se precipitó en su auxilio y lo arrastró hasta el rincón más apartado del gabinete.

—¡Lucas! ¡Lucas!—exclamó, sacudiéndolo desesperadamente.

Canevari abrió los ojos en la obscuridad.

—Sire: esto es la... muerte.

—¡Pobre amigo mío!... ¡Pensar que soy yo quien te ha arrastrado a la muerte!...

La voz brotaba ronca, entrecortada, de la garganta del joven soberano y tenía un eco de sollozo.

El también sentía, como Canevari, que sus pulmones no encontraban ya aire para respirar y parecíale que se retorcían bajo el veneno del gas buscando inútilmente un poco de oxígeno.

—Sire, sire...

—¿Qué hay, amigo mío?

—No creáis que... os reprocho... Para mí es un orgullo... perder la piel... por vos...

Una respiración hiposa apagó la voz de Canevari. Oscar Luis, que aún lo sostenía en sus brazos, lo dejó caer. A él también le faltaban las fuerzas; a él también le vencía la muerte.

Quiso hablar, pero las palabras se negaron a salir de su garganta irritada, reseca. Entreabierta la boca, respirando a ronquidos, se desplomó junto al marqués. Pero en seguida se incorporó; quería ponerse de pie, hacer una última tentativa para alejar el espantoso peligro, mas las fuerzas no obedecieron a su voluntad y volvió a caer con la cara contra el piso.

* * *

Pero mientras Oscar Luis y Canevari caían vencidos por la acción mortífera del gas, ¿qué le ocurría a Eduardo Montespín en el salón amarillo?

El veneno terrible que había sido mezclado al licor que Alcira le había hecho beber, ¿podía dejar de producir sus efectos?

Montespín, inerte un rato antes, se movía ahora.

Una especie de humo verdoso invadía el salón. Era el gas productor de la muerte que llegaba hasta allí.

Pero el capitán seguía moviéndose; diríase que su organismo reaccionaba en aquella atmósfera envenenada.

De pronto se incorpora, tose.

Luego mira en torno suyo con los ojos desmesuradamente abiertos, alucinante la mirada.

Un vómito atroz le hace caer de nuevo y se retuerce en el suelo como un hombre preso entre los anillos de un reptil.

Transcurre un minuto.

Vuelve a incorporarse.

Un sudor copioso empapa su pálido rostro; sus manos tiemblan; su mirada es la de un demente.

Otro vómito que parece desgarrarle las entrañas.

Montespín se levanta y tiene que apoyarse en el respaldo de un sillón, porque sus piernas se niegan a sostenerle.

Tose por segunda vez. Siente la garganta áspera. Un olor desagradable hiere su olfato.

Levanta los ojos.

En torno a la lámpara de enorme pantalla amarilla, encendida en un rincón, el gas que está matando a sus amigos forma una nube verdosa con reflejos de sangre.

Eduardo reflexiona.

La luz se va haciendo poco a poco en su mente.

¿Dónde está la mujer que lo ha arrastrado hasta allí? La imagen de aquella mujer seductora se refleja en su espíritu, y el capitán se estremece.

—La reina—murmura, pasándose una mano por la frente. —Alcira de Serajev... ¡Imposible!

Un calor intenso sube en oleadas a su cabeza. Inconscientemente avanza hacia la puerta del salón. Dos propósitos le mueven: encontrar a la mujer que lo ha arrastrado hasta aquella casa y saber de dónde procede ese humo verdoso que irrita y seca su garganta.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al abrir la puerta, un zumbido extraño llega a sus oídos. El pasillo está a obscuras y en él percibe con mayor intensidad el olor acre del gas mortífero.

Montespín se ahoga y a tientas busca por la pared la llave de la luz.

Da al fin con ella.

El pasillo se ilumina.

A poca distancia de allí, un bulto blanco atrae su mirada.

Se aproxima a aquel bulto. Es el cuerpo de una mujer.

—¿Será ella?—se pregunta lleno de ansiedad.

Pero el zumbido estridente que sigue llegando a sus oídos le obliga a volverse hacia otro lado.

Entonces distingue un objeto de forma cilíndrica colocado delante de una puerta.

Montespín se pasa una mano por los ojos. Debe creerse objeto de una alucinación.

En seguida vuelve a fijar la mirada en aquel aparato.

—¡Ira de Dios!—exclama de pronto, dando un brinco—. ¡Ira de Dios! ¿Qué mano criminal ha colocado aquí ese expulsor de gases asfixiantes?

Y precipitándose hacia una ventana del pasillo la abre de par en par, coge después el terrible aparato y lo arroja furiosamente por ella...






## CAPITULO XXXVIII

### El padre Leandro

—SUPONGO que con un tiempo como el que hoy hace no cometerás la imprudencia de ir a decir misa al caserío de los Berli—dijo Marta, con un acento que en vano quería ser severo, a su hermano, el padre Leandro, el buen cura del valle de Roca Parda.

El sacerdote, que estaba desayunando con su acostumbrado buen apetito, levantó la cabeza y fijó en la mujer ya anciana que tenía delante sus dulces y bondadosos ojos.

—Me aconsejas desobedecer al cielo, hermana mía—respondió—. Déjame cumplir con mis deberes, que es la única manera de estar en paz con Dios.

—¡Pero con un tiempo así!—protestó Marta—. La borrasca de nieve no se ha calmado aún, y es una temeridad que te arriesgues a salir.

El anciano cura sonrió; luego, mientras sumergía en su

tazón de leche un pedazo de pan moreno untado de manteca, dijo:

—He ido al caserío en días de peor tiempo que éste y nada me ha sucedido. Para algo Dios me ha permitido descubrir ese paso que todos ignoran, hasta los más viejos pastores del valle y del caserío...

Marta, que era viuda, y que vivía con su hermano desde hacía quince años en el fondo de aquel valle silencioso, perdido entre altas y adustas montañas, murmuró:

—Siempre encuentras el modo de convencerme, pero los temores que se apoderan de mi alma no hay quien me los quite.

—¡Bah! ¡Bah! Si confiaras en el Señor como yo confío, mi querida Marta, tu alma estaría tranquila como un lago.

—¿Acaso me crees una incrédula ?

—No, de ninguna manera; pero por egoísmo pones en duda Su bondad.

—¿Egoísmo dices?

—Sí; egoísmo fraternal, hermana.

—¡Ah, bobalicón! A los setenta años tienes la inocencia de un niño de seis. Si yo no miro por tu piel, ¿quién quieres que lo haga entonces? Y en cuanto a los de Berli, ¿qué más se les da oír una misa más o una misa menos en el año?

—A lo de la misa quizá no le den importancia, pero a la conducta de este siervo de Dios, sí.

—Te sobran escrúpulos, hermano. Estoy segura que nadie te espera en el caserío con un tiempo semejante.

—¡Ahí está el mérito Marta! Llegar a tan apartado sitio cuando nadie me espera, cuando todos creen que el cura no se ha atrevido a desafiar las inclemencias del tiempo y se ha estado en su casa junto al fuego, como cualquier mortal. Presentarme a ellos en tales circunstancias, ¿no es demostrarles cuán grande es la gracia de Nuestro Señor?

Marta hubo de encogerse de hombros. Sabía de sobra que

no lograría disuadir a su hermano, y que éste al ,fin y a la postre, había de salirse con la suya.

—Toma las cosas del modo que tú quieras—dijo—. Veremos, después de todo, cómo esa gente te agradece tus sacrificios.

El anciano volvió a intèrrumpir su colación.

—¿Los del caserío?—inquirió, mirando a su hermana.

—Los mismos. Los conozco bastante, Leandro. Temen a Dios en el invierno, cuando se ven bloqueados por la nieve y amenazados por las borrascas; pero en el verano, cuando la nieve que los aisla se derrite y las laderas se cubren de pastos, y pueden ir al bosque a cortar leña, ordeñar sus vacas y vender las crías, entonces no se acuerdan ni de que existe Dios, y ninguno de ellos acude a oír misa.

—Despacio, más despacio, querida Marta—interrumpió un poco severamente el sacerdote—. ¿Desde cuándo crees tú que espero que esa pobre gente se muestre agradecida porque sé cumplir con mis deberes?

—¡Oh! No digo tanto; pero bien podrían tener un poco de consideración con su párroco.

—Nada espero de ellos, nada les pido ni tienen la obligación tampoco de darme las gracias por lo que hago. La única gratitud a que aspiro por el estricto cumplimiento de mis deberes piadosos, es la del cielo. ¿Me has comprendido?

—Me sabía de memoria la contestación que me has dado. Pero, come, Leandro. No quisiera que la discusión mermase tu apetito.

—No hay cuidado—dijo sonriendo nuevamente el noble cura, mientras sumergía en el tazón lleno de humeante leche otro pedazo de pan moreno revestido de una capa de manteca—. Por otra parte, sé que promueves estas discusiones con el único propósito de dar alguna ocupación a la lengua. En el fondo, tú eres la primera en aplaudir mi conducta y en mostrarte ufana de mi comportamiento...

—¡Eres un santo, Leandro; un verdadero santo!—excla-

mó Marta, cuyo arrugado rostro se iluminó con una alegría que venía de muy hondo.

* * *

Concluída su colación, el padre Leandro montó en el borrico de pelaje gris que Juanillo, un muchacho de catorce años que estaba a su servicio en determinadas horas del día, le tenía preparado en la puerta de la iglesia—y decimos en determinadas horas del día, porque el buen cura no era lo suficientemente rico para permitirse el lujo de tener siempre un criado a su servicio o pagar a un sacristán—, y sobre la mansa bestia se alejó de la mísera aldea, formada por unas tres docenas de casas de poca altura, construídas con piedras arrancadas a las montañas, y que se extendía detrás de la iglesia sin orden alguno, a la buena de Dios.

Eran aproximadamente las ocho de la mañana, y ya antes de desayunar el padre Leandro había dicho tres misas en su pequeña iglesia de Roca Parda.

Ahora iba al caserío de los Berli a rezar otra misa en la rústica capillita que allí existía, y de la cual las gentes del lugar sólo se cuidaban en invierno, como muy bien había dicho la hermana del piadoso sacerdote.

Este caserío estaba enclavado en un valle, distante unas dos leguas de Roca Parda, y para llegar a él era preciso pasar al pie de la montaña en cuya cumbre se asentaba el sombrío Castillo de las Aguilas, acerca del cual corrían tantísimas leyendas en la comarca.

La mañana era horriblemente fría y la nieve se amontonaba en la empinada senda por la que ascendía lentamente el borrico, a lomos del cual iba el bondadoso y optimista padre Leandro. La borrasca se había calmado poco antes del amanecer, pero el cielo seguía cubierto por nubes amenazadoras, y no era de extrañar que de un momento a otro se desencadenase sobre aquel terreno abrupto otra tempestad de nieve.

Pero esto no parecía preocupar gran cosa al noble sacerdote, como si estuviese convencido que Dios había de protegerle contra las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Otros pensamientos, muy ajenos al peligro de la tempestad, ocupaban su mente.

A medida que ascendía por la empinada cuesta y que el viento helado de las alturas inflaba y agitaba sus ropas, una extraña impresión de ansiedad iba pintándose en su rostro.

Al cabo de tres cuartos de hora de marcha, cuando el borrico avanzaba por un estrecho desfiladero cuyo suelo había hecho la última nevada peligrosamente resbaladizo, el padre Leandro se irguió sobre su cabalgadura, y levantando la vista, contempló en lo alto de una montaña próxima la siniestra mole del Castillo de las Aguilas casi oculto entre las nubes.

—¿Habrá salido?—se preguntó en voz baja—. ¡Pobrecilla! ¡Es tan peligroso el camino que debe recorrer para salir a mi encuentro!

Siguió adelante por el peligroso desfiladero. Al final de éste, se abría una pronunciada pendiente que el borrico comenzó a descender con gran cuidado, afirmando con fuerza sus patas en el suelo. El cura era quien había descubierto la existencia de aquel desfiladero que le permitía llegar al caserío de los Berli como por arte de milagro y que también le hubiera permitido comunicarse con el castillo caso de tener necesidad de ello, cosa que no le había ocurrido nunca. Al llegar el invierno, la nieve cerraba el camino ordinario, y el Castillo de las Aguilas y el caserío de los Berli, situado todavía más allá de éste, quedaban por completo aislados del resto del mundo. Pero el cura, aquel otoño precisamente, había tenido la suerte de encontrar aquel desfiladero durante sus excursiones por las soledades de la cordillera, y cuando lleno de alegría se disponía a dar cuenta de aquel feliz descubrimiento, sobrevino algo en su vida que le indujo a guardar el mayor secreto sobre el particular. La única que se

había enterado era Marta, su hermana; pero ésta tenía orden del padre Leandro de no soltar la menor palabra relacionada con ese hallazgo. Intrigada por la reserva que el sacerdote guardaba acerca de este asunto, le había preguntado varias veces:

—Pero, ¿por qué no ha de saber la gente que has encontrado el modo de que los de Berli puedan comunicarse durante el invierno con el resto del mundo? Eso te valdría grandes honores.

—Dios y yo sabemos las causas—contestábale gravemente el padre Leandro. Y en seguida cambiaba de conversación.

Por su parte, las gentes del aislado caserío se hacían cruces viendo llegar hasta la capillita todos los jueves y los domingos por la mañana al cura de Roca Parda.

Era aquel el primer invierno que esto ocurría, y les parecía cosa de milagro.

Su curiosidad era aún mayor que la de Marta. Aturdían a preguntas al padre Leandro.

—Pero, señor cura, ¿cómo os las componéis para llegar hasta nosotros estando el camino completamente bloqueado de nieve?

—Dios me ayuda — contestaba lacónicamente el sacerdote.

—Tiene que ser por arte de milagro el conseguir llegar hasta aquí, puesto que no hay persona que se atreva a salvar las dificultades que nos aíslan del resto del mundo desde que existe el caserío—manifestaban algunos.

—Nada tiene de extraño que Dios haga tales milagros.

—¿Y por qué no los hace también con nosotros?—inquirían algunos egoístas.

—Tened paciencia, hijos míos—contestaba el cura—. No ha de pasar mucho tiempo antes de que el Todopoderoso acceda a vuestros deseos.

Pero los rudos montañeses se sentían cada vez más intrigados por la presencia del cura de Roca Parda en la capillita

del caserío durante las gélidas mañanas de invierno, de aquel invierno tan crudo y borrascoso precisamente. Muchos se dijeron al principio: "Si el señor cura puede llegar hasta aquí y volver a Roca Parda, ¿por qué no hemos nosotros de poder hacer lo mismo?"

Intentaban la empresa, y fracasaban lastimosamente.

—No seáis tercos—les decían las mujeres, siempre más beatas que ellos—. El señor cura llega porque Dios le ayuda, como él dice. Lo que debéis hacer es pedir al Todopoderoso que os conceda la misma gracia.

Ante el milagro evidente, algunos se volvieron más religiosos, y en general empezaron a considerar al buen sacerdote como un ser excepcional, íntimamente ligado a los poderes divinos. Pero hubo algunos que, sin dejar de sentir respeto por el padre Leandro y admiración ante aquel milagro, se propusieron averiguar cómo se las arreglaba el sacerdote para salvar aquellos pasos infranqueables que aislaban la región del caserío y del Castillo de las Aguilas. Para ello, se ocultaron varias mañanas de las que el cura acostumbraba a ir a decir misa al caserío, cerca de los sitios que conceptuaban infranqueables, y esperaron, casi sepultados en la nieve, verle pasar sobre su borrico. La primera de estas mañanas, cansados de esperar y no viendo nada, regresaron al caserío, entumecidos por el frío, diciéndose: "El padre Leandro ha fracasado esta vez. Lo que es hoy no ha dicho misa en la capilla."

Pero al llegar, cuál no sería su sorpresa al encontrarse allí con el buen cura, tranquilo, optimista, dispuesto a emprender el regreso a Roca Parda.

¿Cómo podía estar allí si ellos no le habían visto salvar el obstáculo infranqueable?

El misterio los anonadaba.

Había que creer en la realidad del milagro. Dios y el padre Leandro se entendían.

¡Cuántos de los "milagros" que salpican la historia de las

religiones tienen un origen naturalísimo, como este que nos ocupa!

* * *

Pero volvamos a acercarnos al padre Leandro, mientras jinete en su dócil borrico avanza hacia el escondido caserío de los Berli por una senda sólo por él conocida.

Transcurre otro cuarto de hora.

Siguiendo siempre aquella senda, atraviesa una gruta sumida en la más completa obscuridad, y al salir de nuevo a la luz detiene el borrico y se apea con una ligereza impropia de sus años.

El padre Leandro no está solo en aquel rincón de la cordillera. Una mujer joven y de gran belleza acaba de surgir de un recodo de la senda y avanza hacia él con las manos extendidas y una débil sonrisa de gratitud en los labios.

La pronunciada curva de su vientre indica que aquella mujer no tardará en ser madre.

—¡Padre Leandro! ¡Que Dios os bendiga!

—¡Chiquilla! — exclamó el cura, estrechándole efusivamente las manos —. ¿Ya estás aquí?

—Hace rato que he llegado. ¡Si supierais con cuánta ansia os esperaba hoy!

—Me lo imagino. ¿Te han visto salir aquellas arpías?

—No se preocupan lo más mínimo de mí. Están convencidas que no podré huir durante todo el invierno, y en ese convencimiento descansan para embriagarse a su gusto.

—Tanto mejor. ¿Sabes que lo tengo todo dispuesto?

—¡Oh!—exclamó la joven apretándose el pecho con las manos—. ¿Es posible que haya llegado ya la hora feliz de mi libertad?

—Sí, María Teresa. Si tú quieres, esta noche podrás partir hacia...

Se interrumpió el sacerdote para mirar en torno suyo con

cierto aire de temor y desconfianza. La bella mujer se estremeció levemente, aunque sin apartar sus ojos, henchidos de ansiedad y de gratitud, del rostro del cura.

—¿Esta noche decis, padre Leandro? ¿Esta noche?

—Sí, chiquilla. Ya que ha de ser, que sea lo antes posible.

—¡Loado sea Dios! Me dais la vida, padre Leandro, y sin embargo, tiemblo.

—¿Qué miedo tienes?

—Temo que vuestra generosidad pueda costaros cara algún día. ¡Son tan malos mis enemigos! ¡Cuánto sufriría si os viese envuelto en mi negra suerte!

—Desecha esas preocupaciones, chiquilla. Nadie podrá enterarse de mi intervención en tu fuga, y por otra parte, tu mala suerte terminará el día que llegues a San Francisco y te presentes a nuestro soberano.

—¡Oh! El corazón se me oprime pensando en ese momento. ¿Me recibirá el rey, padre mío? ¿Querrá escucharme?... ¿Me amará aún Oscar Luis?

—Oscar Luis te ama, no lo dudes, María Teresa. Tu confinamiento en este castillo no ha sido obra suya, sino de los esbirros de su madre, que procediendo con tanta severidad, han creído asegurar de ese modo la felicidad conyugal del rey.

—Acabáis de pronunciar una frase que me atormenta desde hace tiempo, padre Leandro: "la felicidad conyugal del rey". ¿Tengo yo derecho a turbar esa felicidad?

—No, hija mía; pero el rey debe mirar por su hijo, ese hijo que ha de ver la luz dentro de poco tiempo.

—¡Desdichado fruto de mis entrañas! — exclamó María Teresa con desconsolado acento.

—Es preciso que te armes de valor y partas esta noche, ya que al fin puedo proporcionarte los medios para ello. En ese castillo te espera una existencia demasiado triste para que condenes a ella a tu hijo, víctima inocente del drama de tu vida.

—Tenéis razón, padre Leandro, tenéis razón. Sólo por él me decido a volver junto a Oscar Luis y a aceptar la ayuda que generosamente me habéis ofrecido y que tantos sacrificios debe haberos costado en medio de vuestra santa pobreza.

—¡Bien sabe Dios el placer grande que experimento al poder serte útil, María Teresa! ¿Estás, por lo tanto, resuelta a emprender esta noche el camino de San Francisco?

—Resolución es lo que me sobra, padre Leandro.

—Bien; yo voy ahora al caserío de los Berli y permaneceré allí hasta las cuatro de la tarde. A las cinco deberás estar en este sitio, dispuesta ya para la partida. Para que los de Roca Parda no lleguen a enterarse de mis manejos, el caballo que necesitarás para el viaje lo traeré del caserío. Ya tengo echado el ojo a una buena jaca que te servirá admirablemente.

—¡Oh, cuánta bondad!—exclamó María Teresa llena de gratitud.

El sacerdote prosiguió, sin parecer escucharla:

—Partiendo de este lugar a las cinco de la tarde, llegaremos a Roca Parda ya de noche cerrada, que es lo que yo deseo para que nadie pueda verte. Allí nos despediremos, y tú atravesarás el valle al galope, sin desmayar, para que al amanecer puedas encontrarte junto a la vía férrea. Allí abandonarás el caballo, y en la estación más inmediata tomarás billete para la capital del reino.

—Seguiré al pie de la letra vuestras indicaciones, padre Leandro, y sea cual fuere el resultado de mi tentativa, contad con mi eterno agradecimiento.

—No pienses más que en vivir para el hijo que dentro de poco será una realidad—contestó el noble sacerdote disponiéndose a montar en su borrico—. Ahora, ánimo, y hasta la tarde.

* * *

El caserío de los Berli estaba formado por ocho a diez vi-

viendas agrupadas al pie de una montaña, en el declive de la adusta cordillera.

Sus habitantes llevaban en aquella región solitaria, que durante cinco meses del año permanecía aislada del mundo, una existencia de anacoreta. Emparentados unos con otros en el transcurso de muchas generaciones, formaban una numerosa familia que dedicaba su vida a servir a otra familia: la de los Berli, a quien pertenecían las tierras y casas del lugar. A pesar de los modernos medios de comunicación, hacía lo menos un siglo que ningún miembro de esa distinguida familia ponía los pies en el caserío. Radicados en San Francisco, viviendo en la opulencia, sólo se acordaban de aquel rincón del mundo en el cual tenían bienes, una vez al año, cuando su administrador les presentaba un resumen de las rentas devengadas por sus distintos feudos.

Nicolás Comte era a la sazón la suprema autoridad del caserío, el representante de los Berli, por cuyos intereses debía velar; pero como los colonos, pastores y leñadores, sus vecinos, estaban unidos a él por lazos de parentesco y le trataban de tú a tú, aunque hubiese querido hacer sentir sobre ellos el peso de su autoridad, no lo hubiera logrado, y habría quedado en ridículo ante toda la numerosísima familia.

Por otra parte, no era preciso extremar las cosas. Cada cual cumplía con su obligación por convencimiento propio. Sabían que era preciso hacerlo así si querían tener derecho al pan nuestro de cada día, y aceptaban aquel estado de cosas que los condenaba a una existencia miserable y semisalvaje desde generaciones pretéritas, como si se tratase de algo muy lógico y natural. Al mismo régimen habían vivido sometidos sus padres, sus abuelos y tatarabuelos, y a nadie se le había ocurrido quejarse jamás, y de aquel modo seguirían viviendo sus hijos y los hijos de sus hijos, por los siglos de los siglos.

Los soplos humanitarios del progreso no llegaban hasta aquel apartado rincón del planeta.

Aquella mañana, el arribo del cura al caserío fué aco-

gido con más muestras de admiración que otras veces. A causa de su conversación con María Teresa, el buen hombre se había retrasado algo, y los habitantes del lugar no esperaban ya oír misa.

Apeóse el padre Leandro del borrico frente a la casa de Nicolás Comte, y se dirigió sin pérdida de tiempo a la pequeña capilla, poco distante de allí, construída por los habitantes del caserío hacía ya muchos años en los ratos que les habían dejado libres sus rudas tareas.

Como puede suponerse, la capilla no podía ser más pobre dentro de su rusticidad. Una mesa sin barnizar, cubierta con un paño rojo, servía de altar, y encima de ella, en la pared, dentro de una especie de hornacina, se destacaba, a la débil y vacilante luz de un cirio, una imagen en yeso del Crucificado.

Encima del humilde altar, a los lados del misal, había además dos candelabros de bronce que constituían el mayor lujo de la capilla, los cuales sólo permanecían encendidos durante el tiempo que duraba la misa.

* * *

Concluído el oficio divino, el padre Leandro se encaminó a la casa del representante de los Berli, que, como puede presumirse, era la más importante del lugar.

Nicolás Comte, padre de nueve hijos, sanos y robustos como robles, frisaba en los cincuenta años. Profesaba al padre Leandro verdadero cariño; de manos de él había recibido por primera vez la sagrada oblea. En aquel entonces, el padre Leandro tenía veintiocho años y acababa de ser nombrado párroco de Roca Parda.

—¿Cómo marcha esa salud, padre? ¡Ea, muchachos, poned cerca del fuego la silla del señor cura!

—No tan cerca, no tan cerca, hijos míos. No conviene acostumbrar el cuerpo a la lumbre.

—¡Bendito sea Dios que os conserva tan fuerte, padre!—exclamó Nicolás Comte—. Estoy seguro que vos rezaréis el responso por todos nosotros, y aún os quedarán años de vida.

—No lo permita Dios—contestó riendo el sacerdote—. A cada uno lo suyo, y en paz.

—Un bocado y un trago no os vendrán mal antes de emprender el regreso a Roca Parda, padre. ¿Qué preferís, jamón o chorizo?

—Nada por ahora, Nicolás. Hoy no tengo prisa, y me detendré a almorzar en vuestra compañía.

—¿De veras, padre?—exclamó el representante de los Berli, cuyo rostro barbudo resplandeció de contento.

—Hablo en serio, Nicolás.

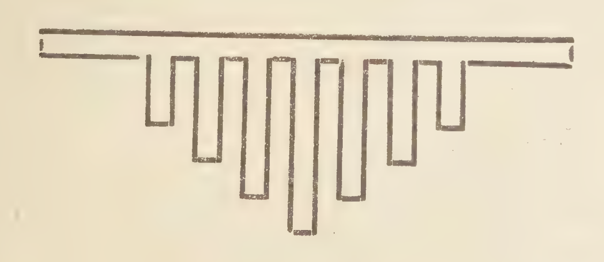
—¡Oh! Me dais con ello una satisfacción muy grande. Pero ¿no se alarmarán por vuestra tardanza los de Roca Parda?

—Antes de salir advertí a Marta que no regresaría hasta entrada la noche. El motivo de mi detención, Nicolás, es que necesito proponerte un pequeño negocio.

—Hablad, padre. Pero no; aguardad a que aleje de aquí a todos estos mocosos que no tienen por qué enterarse de lo que hablan los mayores. ¡María, llévate a estos críos y envíalos a que jueguen en el pajar!

La mujer de Nicolás, que ya había saludado al sacerdote, acudió presurosa a satisfacer el deseo de su marido, y tan pronto quedó a solas con el padre Leandro, éste le preguntó:

—¿Por cuántos francos me cederías tu jaca negra?






## CAPITULO XXXIX

### Madre


I jaca!—exclamó Nicolás Comte con extrañeza—. Pero, ¿es que tenéis el pensamiento de comprarla?

—Hoy mismo necesito cerrar trato y llevármela.

El representante de los Berli miró atónito al sacerdote.

—Decide—agregó éste, golpeando el suelo con su pie derecho, calzado con un grueso zapatón que tenía por adorno una hebilla niquelada—. ¿Qué quieres por el animalito?

—¡Bendito sea Dios! ¿Y para qué queréis la jaca, padre Leandro?

—Eso es cosa que sólo interesa a Nuestro Señor y a mí, Nicolás.

—Es raro, es raro...

—No te importe eso. Sé que tenías intención de vender ese animal el próximo verano. Yo me adelanto a la estación, y es en beneficio tuyo, como podrás comprender.

—Es que, a la verdad, padre Leandro... yo nunca os supuse suficientemente rico como para permitiros el lujo de hacer semejantes adquisiciones.

—Dios es magnánimo con quienes le sirven fielmente. ¿El precio de la jaca, hijo mío?

—Pues, pues...

Y el representante de los Berli reflexionó, rascándose el mentón. Aquel era un negocio demasiado serio para poder decidirlo de golpe y porrazo, como el cura deseaba.

Y tras un largo silencio, añadió:

—En fin... tratándose de vos, padre Leandro, de vos, a quien considero como un miembro de mi familia digno de toda veneración y respeto, las condiciones... cambian necesariamente.

—Nada de consideraciones, Nicolás. Tus intereses son sagrados. Pon a la jaca un precio razonable, y en paz.

—Es que... es que... ¡Si al menos me hubieseis dado tiempo de pensarlo!...

El padre Leandro se impacientaba, y dirigió varias miradas en torno suyo; el temor de que alguien pudiese oír la conversación que sostenía con el dueño de la casa lo tenía inquieto.

—¿Por qué suma tenías pensado cederla este verano?

—Pues... pues...

—Al grano, hombre, al grano.

—Tenía el pensamiento de sacar de ella trescientos francos. Es un animal soberbio, bien lo sabéis. Pero es mucho dinero para vos, padre Leandro.

—No te preocupes, Nicolás. Encuentro el precio muy conveniente. Aquí tienes los trescientos francos.

Diciendo esto, el venerable anciano sacó una bolsa que llevaba en un bolsillo, bajo la sotana, y de ella extrajo varias monedas de oro y de plata, que fué poniendo encima de la mesa.

Aquella bolsa contenía unos mil francos, todos los aho-

rros que había logrado reunir en sus cuarenta y siete años de sagrado ministerio.

Nicolás le miraba estupefacto, deslumbrado.

—Recoge esos trescientos francos—dijo el sacerdote cuando hubo dejado sobre la mesa esa cantidad, guardándose la bolsa con el resto de su pequeña fortuna—. Esta tarde me llevaré la jaca a Roca Parda.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el representante de los Berli—. Es preciso reconocer que desde hace un tiempo a esta parte sois otro, padre Leandro. Decidme la verdad: ¿habéis hecho algún pacto con el Todopoderoso para disponer de tanto dinero, y permitiros el lujo de adquirir una jaca que no sé para qué diantre puede serviros y para viajar en pleno invierno de Roca Parda aquí y de aquí a Roca Parda con la mayor tranquilidad, cuando todo el mundo sabe que es imposible salvar los peligros que en esta época del año nos bloquean?

—Dios necesitaba de mí, Nicolás, y yo le sirvo fielmente.

Esta respuesta no convencía a Comte.

—¿Qué haréis con la jaca?

—Ponerla a disposición de Nuestro Señor.

—¡Qué extraño modo de hablar! Cualquiera podría tomaros por loco, padre Leandro.

—Yo me entiendo, yo me entiendo, Nicolás. Y ahora, ni una palabra a nadie, ¿eh?, acerca de este negocio.

—Cerraré el pico; pero esto no impedirá que la gente haga sus comentarios al ver que os lleváis la jaca.

—Les harás creer que me la llevo prestada; que con ella espero salvar con más facilidad los obstáculos que separan el caserío de Roca Parda.

—Dirán que tenéis el borrico.

—Contéstales que he apelado a la jaca porque el pobre animal se encuentra agotado a causa de las duras pruebas a que le someto.

—Pero algún día... Ya sabéis que tarde o temprano la

verdad acaba por abrirse camino. Recuerdo haberos oído pronunciar muchas veces estas palabras cuando de pequeño acudía a vos para que me enseñaseis el catecismo.

—Y así es, hijo mío; pero de aquí a entonces, las causas que ahora me inducen a guardar reserva habrán desaparecido.

Y agregó el buen sacerdote con cierta vivacidad, mientras Nicolás Comte recogía los trescientos francos de encima de la mesa:

—¡Ah! Se me olvidaba advertirte que tendrás que entregarme la jaca ensillada; de lo contrario, me sería completamente inútil.

* * *

Al filo de las cuatro de la tarde, el padre Leandro, montado en la jaca de Nicolás Comte, partió del caserío, seguido por su manso borrico. El vecindario le hizo una despedida cariñosa, y no faltaron unos cuantos jóvenes animosos que quisieran acompañarle un largo trecho; pero el noble anciano se opùso a ese propósito con estas palabras:

—Gracias, tantas gracias, hijos míos; pero prefiero la soledad, toda vez que tengo la certeza de que nada malo puede ocurrirme. Vuestra compañía me distraería de mis oraciones.

A media legua del lugar, cuando el padre Leandro juzgó que ya no podían verle, se apeó de la jaca y montó en el borrico. No quería cansar con su peso al caballo, por aquel camino abrupto y peligroso, sabiendo que María Teresa tenía tanta necesidad de las fuerzas del noble bruto.

Unos veinte minutos después, cuando la cenicienta luz del día comenzaba a menguar, el padre Leandro, montado en su borrico y llevando de la brida a la jaca, doblaba el recodo próximo a la gruta.

Como por la mañana, vió a María Teresa que le estaba

esperando allí. A pesar de ir bien abrigada, la pobre joven tiritaba de frío.

Al verla, las pupilas del padre Leandro se iluminaron con un destello de satisfacción.

—Dios está con nosotros, hija mía—le dijo antes que ella tuviese tiempo de pronunciar una palabra—. Por lo visto, has tenido tanta suerte como yo.

—Abandoné el castillo sin que esas brujas lo advirtieran—dijo María Teresa.

—Y yo traigo la jaca sin que nadie del caserío sospeche el objeto a que la destino.

De los ojos de la amada de Oscar Luis se desprendieron algunas lágrimas.

—¿Lloras?—preguntó el sacerdote, como reconviniéndola.

—¡Sois tan bueno, padre Leandro!—exclamó ella enjugándose aquellas lágrimas—. ¿Qué haría yo para agradeceros los sacrificios que os imponéis por salvarme?

—A Dios debes dirigir tu agradecimiento, hija mía. Y ahora, monta en el borrico y emprendamos la marcha antes que la noche se nos eche encima.

—Pero vos, ¿iréis a pie?

—Yo debo guiar las bestias. ¡Prisa, hija mía! El día ha pasado sin que, gracias a Dios, se desencadenase una nueva borrasca de nieve; pero esta noche...

—Tenéis mucha edad para recorrer a pie tan largo camino.

—¡Silencio! Yo soy quien manda y tú quien está obligada a obedecer.

—Montad al menos en la jaca.

—El camino es peligroso, y la jaca no podría recorrerlo llevando un peso semejante sobre su lomo. Además, conviene que llegue a Roca Parda sin fatigarse mucho. ¡Adelante!

Más que ayudarla obligó a María Teresa a instalarse en el borrico, y guiando a éste y éste guiando a la jaca, atada por la brida a una de sus alforjas, se pusieron en marcha.

Caía con rapidez la noche, y el buen sacerdote no tenía

otro deseo que el de atravesar el desfiladero antes que las tinieblas le impidisen ver dónde ponía los pies. Aquel era el paso más peligroso, y gracias a Dios, lograron trasponerle en el momento decisivo en que las sombras de la noche libraban batalla con el último retazo de claridad diurna. Cuando la obscuridad se adueñó por completo de aquellas soledades, el interesante grupo formado por el padre Leandro, María Teresa, la jaca y el borrico, iniciaba el descenso al valle de Roca Parda, en el fondo del cual se veían parpadear en las tinieblas las luces de la mísera aldea.

* * *

Del cielo caían algunos copos de nieve, cuando la comitiva llegó a la encrucijada de la cual partía el camino que María Teresa debía seguir para llegar a una estación de la vía férrea que conducía a San Francisco.

Detuviéronse en aquella encrucijada. Ante ellos, a una distancia de doscientos metros, brillaban las luces de la aldea.

—Aquí es, hija mía, donde debemos separarnos—murmuró el padre Leandro con voz ungida de una emoción santa.

María Teresa recorrió con sus ojos la faja blancuzca del camino, y dijo, apeándose del borrico:

—Sea. Sólo por veros de cuando en cuando y escuchar vuestras palabras, hubiera renunciado para siempre a mi libertad; pero otros son mis deberes con respecto a ese ser que llevo en mi seno. A vos os deberá la felicidad, padre Leandro, si algún día tiene la suerte de ser feliz.

—A mí, no, María Teresa: a Dios. Enseña a tu hijo a amar al Todopoderoso.

—Eso haré, hombre santo, y también le enseñaré a bendecir vuestra memoria.

—El porvenir te será propicio, María Teresa. Dios me lo está diciendo, muy bajo, en el corazón. Ten valor, y parte. Piensa que cuanto hagas por esa nueva vida, sobre la cual el

Todopoderoso tiene puestas sus miradas, te hará acreedora de su gratitud.

La condujo delante de la jaca y la ayudó a montar.

—El animalito es dócil—dijo, notando que María Teresa lloraba silenciosamente—. Procura alejarte todo lo posible de estos lugares. La noche es terrible, pero es la que más conviene a tus planes.

—Estad seguro que seguiré vuestros consejos... mientras tenga fuerzas para ello. Bendecidme, padre mío.

—Aguarda—dijo el sacerdote metiendo una mano bajo su capa y su sotana—. Nos olvidábamos de lo principal.

Y le alargó su bolsa del dinero.

—¿Qué es esto?—preguntó María Teresa.

—Una pequeña cantidad en metálico. Guárdatela. Te servirá para sufragar tus primeros gastos.

—¡Es demasiado, padre Leandro! Dejad que me las arregle como pueda.

—Coge esa bolsa—dijo severamente el sacerdote—. A mí no me hace ninguna falta el dinero que hay en ella, mientras que a ti, ¿qué harías tú sin dinero?

María Teresa hubo de aceptar, y jamás supo que aquel dinero constituía toda la fortuna que le quedaba al padre Leandro después de la compra de la jaca.

—¡Alma generosa!— exclamó la joven llorando de agradecimiento.

E inclinó la cabeza, mientras el padre Leandro, presa de una emoción que no había palabras que pudieran pintar, le echaba la bendición.

—Ahora parte, hija mía, y que el Señor sea contigo.

María Teresa sollozaba, sin fijarse que la nieve caía en mayor abundancia desde hacía un instante.

—Dadme vuestra mano, padre mío.

Alargósela el cura, y ella, inclinándose sobre la cabalgadura, se la llevó a los labios, cubriéndola de lágrimas de gratitud.

—¡Gracias, padre Leandro, gracias!

—Parte—repitió el venerable sacerdote, sintiendo que el dolor le ahogaba.

La jaca, como si comprendiera, avanzó unos pasos siguiendo el camino cubierto de nieve, que se perdía en las tinieblas.

—¡Adiós, padre! ¡Adiós, santo!

—Adiós, adiós—murmuró el cura, retrocediendo por la senda que conducía a la aldea.

La jaca apretaba el paso, y el padre Leandro, después de trazar en el aire la señal de la cruz, no viendo ya a su protegida, volvió la espalda a la encrucijada y siguió andando hacia la aldea.

Sus vestiduras estaban blancas de nieve.

* * *

Dejando el borrico en la cuadra, el padre Leandro penetró en la iglesia, llevando en la mano un quinqué.

A paso lento se aproximó al altar, dejó el quinqué en el suelo, se arrodilló a su lado juntando las manos y elevando sus ojos hacia el Cristo de madera, con manto y túnica azul, que se destacaba del retablo.

Un frío glacial rainaba en el interior del templo silencioso, pero el padre Leandro no parecía sentir los rigores de la baja temperatura, a pesar de estar arrodillado sobre las duras losas.

—¡Oh, Señor Todopoderoso!—clamaba—. Guía por la senda de la felicidad a esa infeliz oveja descarriada que dentro de poco será madre. Hice por ella cuanto pude, cuanto estaba en mis posibilidades terrenas; pero aún es poco. Comprende, Divino Jesús, que ha de vivir para su hija, que no es justo que el huracán de la adversidad que sopla sobre su vida arrastre a la desgracia esa frágil vida que dentro de poco será

una realidad en el mundo. Ella es buena; piedad para ella, Dios mío.

Y con los ojos siempre fijos en la sacra imagen, permaneció aún largo rato, como si esperase la respuesta del Altísimo.

De pronto, un ruido sordo que se oyó fuera, delante de la iglesia, le distrajo de su éxtasis implorante. Inmediatamente retumbaron dos fuertes golpes en la puerta de su vivienda. El padre Leandro se sobresaltó. ¿Qué significaba aquello? Percibió pasos en el patio que separaba el templo de sus habitaciones particulares; luego un murmullo de voces incomprensibles. Inquieto, se puso de pie, y al mismo tiempo sintió penetrar en la iglesia una ráfaga de aire helado que estuvo a punto de apagar el quinqué colocado al pie del altar.

Era Marta, que acababa de abrir la puerta que daba al patio, y desde el umbral de la misma preguntaba medrosa:

—Leandro, ¿estás ahí?

—Sí, aquí estoy. ¿Qué deseas, Marta?

—Ven; tu presencia es necesaria; creo que ha ocurrido una desgracia.

El anciano se persignó y salió del templo por la puerta que Marta acababa de abrir.

En el patio le esperaban dos hombres. Los reconoció al instante por la luz que salía de la cocina: eran dos leñadores de Roca Parda.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?—les preguntó el anciano con un ligero temblor en la voz.

—Una cosa extraña, señor cura—respondió uno de los leñadores—. Francisco Amalfi, que volvía esta noche de Nazaric, ha encontrado tendida en la nieve, a un par de kilómetros de aquí, a una pobre mujer que se quejaba amargamente. Cerca de ella había un caballo, que sin duda era el que debió montar la desconocida. Como Francisco no podía prestarle ayuda en aquel lugar, la instaló como pudo en su carro y la trajo a la aldea. Entre él y su mujer metieron a la infeliz

en la cama, y no habían hecho más que acostarla, cuando dió a luz una hermosa niña.

—¡Cielos! ¡Cielos!—exclamó el padre Leandro levantando los brazos con un gesto implorante—. ¿Y decís que está en casa de Francisco Amalfi esa mujer?

—Sí, señor cura. Hemos venido para que nos digáis qué debemos hacer.

El padre Leandro, por toda respuesta, se dirigió a la cocina, gritando:

—¡Marta, mi capa! ¡Pronto! ¡He de ir a casa de Amalfi! ¡Que no le pregunten nada a esa mujer hasta que yo llegue!

Y un minuto después, envuelto en su capa, echaba a correr bajo la borrasca de nieve, seguido de los dos leñadores.






## CAPITULO XL

### Sigue el anterior

AL llegar a la humilde vivienda de los aldeanos, el cura encontró a María Teresa tendida en la cama del matrimonio y rodeada por varias mujeres, entre las cuales se encontraba la que en la aldea desempeñaba funciones de comadrona.

Al entrar el padre Leandro en la pobre habitación, azorado y temblando todo, las buenas mujeres se apartaron para dejar que se aproximase al lecho. María Teresa, después del desgarramiento supremo de la maternidd, reposaba ahora con los ojos entornados, en un estado casi de inconsciencia. La intensa palidez de su rostro no alcanzaba a mitigar su dulce belleza.

Y el padre Leandro, al llegar cerca de ella, pudo ver muy cerca de su hombro una carita sonrosada; un ángel que hubiese bajado del cielo no sería seguramente más hermoso que aquella recién nacida.

Arrodillóse el sacerdote cerca del lecho e hizo la señal de la cruz. Las mujeres, todas devotas, se persignaron.

En eso, María Teresa abrió los ojos, y un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo al ver allí a su noble protector.

—Padre Leandro—murmuró en voz baja que sólo el venerable siervo de Dios pudo oír.

—Silencio—respondióle el cura casi al oído—. Conviene que no sepan que nos conocemos.

Y elevando la voz, agregó:

—Reza, hija mía. Es preciso dar gracias a Dios por el feliz nacimiento de este querubín.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de María Teresa.

—¡ Pobre hijita de mi alma !—exclamó con acento sollozante—. ¡ En qué terribles circunstancias ha venido al mundo !

—Reza y no te preocupes; con la ayuda de Dios, todo se arreglará.

* * *

Después de una corta oración en acción de gracias, el sacerdote se puso de pie y salió de la habitación, no sin antes acariciar la cabeza de la joven madre y besar la frente de la recién nacida.

En la habitación contigua estaba Amalfi, el aldeano que había recogido a María Teresa de la nieve, con otros hombres del lugar.

—Y bien, padre Leandro, ¿qué pensáis de este suceso?

—Has salvado la vida de esa mujer y de su hija—le contestó el cura—. Ahora es preciso que yo complete tú buena acción haciendo en favor de esos dos seres lo que tus escasos medios no te permiten.

—¿Qué queréis decir, padre Leandro?

—Eres pobre, Francisco, y la permanencia de esa mujer en tu casa significa para ti un gasto excesivo.

—Ya había pensado en eso; pero, ¿qué le vamos a hacer? Contraeré deudas... ¡Los tiempos son tan malos!

—No; no es necesario que te sacrifiques hasta ese punto. Yo tomaré bajo mi protección a esa mujer y a su hijita.

—Pero a vos también os será gravosa esa carga.

—Nunca tanto como a ti; por otra parte, yo tengo más obligación que nadie de sacrificarme por mis semejantes.

Francisco Amalfi se rindió a estas razones generosas del noble anciano.

—Sea, padre Leandro. Pero por ahora no podréis llevárosla a vuestra casa.

—Lo sé; pero puedo sufragar los gastos que aquí te ocasione. Tan pronto esté en condiciones de andar, la acogeré en mi vivienda con su hija.

—Dice Felisa, que la ha atendido en el parto, que tardará seis días lo menos en abandonar el lecho. Pero, ¿no encontráis extraña la situación de esa pobre joven?

—Sin duda; mas no es discreto pedirle que explique los motivos que la han traído a estos lugares.

—Parece una mujer de muy buena posición—dijo uno de los aldeanos que escuchaban la conversación—. A lo menos, viste como una señorita.

—Y la jaca que montaba es un soberbio animal—agregó Amalfi.

—¿Dónde la tienes?—preguntó el cura, refiriéndose al cuadrúpedo.

—La metí en la cuadra, junto con mis dos mulas.

—Mañana la llevarás a casa. Quiero que también vaya por mi cuenta la alimentación de la bestia.

—Perfectamente, padre Leandro. Ahora hemos de hablar de otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Al desnudar a esa joven, de sus ropas cayó esta bolsa, que contiene unos setecientos francos en monedas de oro y de plata.

—¡Ah!—exclamó el cura, tomando la bolsa que Francisco le enseñaba—. Esto del dinero es cosa delicada. Sepamos cuál es el contenido exacto de esta bolsa antes de hacerme yo cargo de ella, para entregarla en su tiempo a su dueña.

Vaciaron en la mesa el contenido de la bolsa, que horas antes había pertenecido al venerable sacerdote, y el recuento arrojó un resultado de setecientos doce francos. Era exactamente la suma que el padre Leandro había entregado a María Teresa antes de despedirse de ella en la encrucijada.

Después de otro rato de charla con los aldeanos y de oír a Felisa, que aseguraba que el estado de salud de la madre y de la recién nacida no podía ser más perfecto, el noble anciano se despidió de todos, prometiendo volver a la mañana siguiente y recomendándoles que extremasen sus cuidados y atenciones para con aquellos dos seres que el cielo les había enviado con el propósito, sin duda, de "probar la bondad del corazón de los habitantes de Roca Parda".

***

El domingo siguiente, a media tarde, los aldeanos se reunieron en masa en la iglesia del lugar para asistir al bautizo de la recién nacida.

Por voluntad expresa de la madre, que no había aún abandonado el lecho, ésta debía recibir el nombre de Luisa. De ese modo la desventurada creía rendir homenaje al hombre amado, al padre de aquel querubín cuyos besos no llegaría a recibir nunca, seguramente.

Marta y Francisco Amalfi apadrinaron a la niña. La iglesia humilde había sido profusamente iluminada con cirios aportados por todas las familias de la aldea, y concluída la ceremonia del bautizo, se cantó una salve, que Matías Serkevitz, un violinista húngaro, ciego y cojo, que vivía de la caridad, acompañó admirablemente con su instrumento, haciendo vibrar de emoción aquellas almas sencillas.

El martes, María Teresa pudo abandonar la cama, y con su hija se trasladó a casa del cura, donde fué recibida con verdadero cariño por parte de éste y de su hermana.

Marta estaba ya en el secreto de todo. Al principio había intentado horrorizarse y regañó a su hermano, queriendo hacerle comprender el terrible riesgo a que se exponía por dejarse llevar demasiado por la bondad de su corazón; pero cuando el padre Leandro habló de la existencia desdichada de María Teresa, del confinamiento cruel e injusto de que había sido objeto en el sombrío Castillo de las Aguilas; Marta, cuyo corazón en el fondo no era menos sensible que el de su hermano, se conmovió hasta derramar lágrimas y ofrecióse a mitigar en todo lo posible el dolor de aquella víctima inocente del egoísmo de una madre y reina.

Los Amalfi se habían portado bien con María Teresa. La pobre gente había hecho por ella cuanto había podido, procurando abusar lo menos posible del dinero del sacerdote. Pero entre ellos, le faltaba a la amada del rey el consuelo que dimana del trato franco e íntimo. Debía mostrarse reservada con ellos, ocultarles a todo trance el drama pavoroso de su vida, y ellos, por su parte, sentíanse cohibidos ante ese misterio en el cual, dada la reserva de la desconocida, comprendían que no podrían penetrar nunca.

Pero en el hogar del padre Leandro, María Teresa se sintió como en el suyo propio. Allí podía hablar con entera libertad, levantar sin temor alguno el velo de sus llagas morales, segura que sería comprendida y que seguidamente regarían sus oídos y su corazón nobles palabras de consuelo. Necesitó de aquella atmósfera de paz y de cariño para concentrarse en sí misma y recobrar todas sus energías y la conciencia de sus deberes maternos.

Siempre que el venerable anciano y su hermana le hablaban, era para infundirle alientos y hacer florecer en su corazón múltiples esperanzas para el porvenir.

El padre Leandro estaba convencido de que Oscar Luis amaba a aquella humilde, sencilla y buena hija del pueblo y que ignoraba en absoluto la suerte que ésta podía haber corrido. Marta compartía ese convencimiento.

—El ha sido engañado—le decían—. Podía haber renunciado a ti, pero de ninguna manera consentir que te torturasen.

—Oscar Luis es bueno—murmuraba ella—. Creo lo que vosotros me decís; pero, si tanto me amaba, ¿por qué no se ha interesado algo más por averiguar mi paradero?

—Precisamente porque ha sido engañado—replicaba el padre Leandro—. A un rey nunca se le dejan ver las cosas tal cual son.

Otras veces, pensando en los tres largos meses que había permanecido en el Castillo de las Aguilas, María Teresa decía:

—Temo que mis carceleros hayan dado cuenta de mi fuga a mis enemigos y que éstos me detengan antes de llegar a San Francisco con Luisita. En ese caso, todos mis esfuerzos y vuestros sacrificios habrían sido inútiles.

Pero la tranquilizaban inmediatamente:

—Es completamente imposible que la gente del castillo haya podido comunicarse con tus enemigos. Han de pasar aún tres meses antes de que puedan hacerlo; por lo tanto, nada te impedirá llegar a San Francisco y presentarse a su majestad.

Y transcurridos otros diez días, a la caída de la tarde, María Teresa dijo adiós al cura, cubrió de besos el rostro de Marta y partió con su hija, sobre la jaca, rumbo a la capital del reino.

Nadie en Roca Parda se enteró de su marcha hasta el día siguiente, cuando ya, como el venerable sacerdote y su hermana esperaban, María Teersa y Luisita debían encontrarse instaladas en un vagón de ferrocarril, camino de San Francisco.

Tres días más tarde, una lluviosa mañana de mediados de Febrero, una mujer hermosa y esbelta, envuelta en un grueso mantón de lana, bajo el cual llevaba una criatura de pocos días de vida, llegaba a la puerta de la casita de la señora Genoveva, en el barrio de San Germán.

Era María Teresa.

Salió a abrirle la viuda, y al encontrarse ante ella y reconocerla, retrocedió, lanzando una exclamación de estupor.

—¡Tú!

—Genoveva...—murmuró María Teresa entrando en la casita y derramando lágrimas de emoción.

—¡María Teresa! Pero, ¿es posible lo que ven mis ojos?

—Soy yo, amiga mía, soy yo. El destino me devuelve a tu lado. ¿Es que me creías muerta?

—O algo peor.—balbuceó la viuda.

Se abrazaron y besaron cariñosamente, como dos hermanas que vuelven a verse después de larga separación, y de pronto la viuda exclamó al oír un vagido que partía de entre las vueltas del mantón de María Teresa:

—¡Bendito sea Dios! ¿Qué traes ahí?

—Una niña: mi hija.

—¿Madre tú? ¡Oh! A ver... Déjame verla... ¡Pobrecilla mía!...

Entraron en el comedorcito; María Teresa desenvolvió a la niña y se la presentó a la viuda, quien la tomó en sus brazos, la contempló con arrobamiento cerca de la ventana, y exclamó, cubriéndola de besos:

—¡Qué hermoso querubín, Virgen Santísima! ¡Angelito de mi vida, tesoro mío!... Se parece a ti, María Teresa; pero los ojos... ¡Ah! Los ojos son del padre.

María Teresa lloraba de agradecimiento, halagada por las caricias que su amiga prodigaba al fruto de sus amores.

En seguida, meciendo a la niña en sus brazos, la señora Genoveva se acercó a la desventurada madre, y le dijo con extremada ternura:

—Pero, ¿qué me cuentas, amiga del alma? ¿De dónde vienes? ¿Dónde has estado tanto tiempo? ¿Cuándo y en qué lugar has dado a luz esta preciosidad de niña? Presumo que tendrás toda una novela que contarme, y ardo en deseos de conocer esa historia. ¡Si supieras lo que he sufrido!... ¡Si adivinaras las cosas que han sucedido desde que tú faltas de aquí! Siéntate y habla. Yo tengo también mucho que contarte; pero antes quiero que lo hagas tú.

—¡Oh, Genoveva! Para referirte lo que ha sido mi vida desde el día en que desaparecí de tu lado, me sería preciso revelarte un secreto..., y no sé si tengo derecho a hacerlo.

María Teresa se había dejado caer en una silla y se enjugaba los ojos, sin dejar de llorar. La viuda se paseaba ante ella meciendo a la niña en sus brazos.

—¿Un secreto dices? Apostaría a que sé de qué se trata.

—¡Tú!

Y después de esta exclamación, María Teresa sacudió la cabeza murmurando:

—No es posible...

—Ahora veremos—dijo la señora Genoveva—. Se trata de la personalidad de tres hombres, ¿no es cierto?

—¡Ah!... — exclamó sorprendida la amada del rey —. ¿Acaso...?

—Nada de suposiciones por ahora, querida. Sé que el rey es el padre de tu hija, que Lucas Canevari es todo un marqués y que Eduardo Montespín... no le va en zaga al simpático Lucas.

—¡Dios santo! ¿Y cómo has logrado saber...?

—Eso ya te lo explicaré después que tú me hayas referido tu historia.

—¿Es que no sabías tú dónde me encontraba?

—Nada; no sabía nada.

—Pues escucha. Pero, ¿duerme la niña?

—Sí; tiene los ojitos cerrados.

—Siéntate entonces, Genoveva, aquí, a mi lado. Así podrás escucharme mejor.

—Habla. Me tienes sobre espinas.

María Teresa paseó una mirada por el comedorcito; todo estaba allí como la mañana aquella que había abandondo la humilde casita para trasladarse a Palacio, de donde le tocó pasar a la torre de la fortaleza, y de allí al Castillo de las Aguilas, en los confines del país, entre las montañas cubiertas perpetuamente de nieve. Todo estaba como entonces, todo le recordaba las horas felices de la última primavera, las noches perfumadas en que tendía sus manos a Oscar Luis por encima de los tiestos floridos de la ventana.

Y comenzó a referir su triste odisea.

Genoveva la escuchaba con religioso silencio, teniendo a Luisita dormida en sus brazos.

Al terminar María Teresa su emocionante relato, le preguntó:

—¿De manera que has venido a San Francisco desde aquellas apartadas regiones con el único propósito de ver al rey?

—Sí; necesito pedirle que ampare a su hija, a nuestra hija.

—¡Desventurada!—exclamó amargamente la señora Genovena—. ¡El rey, a quien tú quieres ver, no está en San Francisco, ni probablemente en Istralia!






## CAPITULO XLI

### Bajo la tiranía

MARIA Teresa experimentó un ligero sobresalto al escuchar las últimas palabras de la viuda.

Luego, serenándose un tanto, respondió:

—Sin duda no estás bien enterada, amiga mía. Hace pocas horas, un caballero que venía sentado cerca de mí, en el tren, desplegó un periódico que acababa de adquirir en una estación, y en él alcancé a leer que su majestad asistiría hoy a cierta solemnidad militar.

—Lo sé—dijo la señora Genoveva—; pero ese rey no es el que tú buscas.

—¿Qué sabes tú?—inquirió la amada de Oscar Luis mirando estupefacta a la simpática viuda—. ¿Cuántos reyes hay en Istralia?

—Uno solo, que no es el verdadero, y una legión de bandidos que están enlodando el prestigio de nuestra corte y sometiendo al país a toda suerte de vejámenes.

—No te comprendo.

—¡Pobre María Teresa! El hombre que amas, el verdadero rey de Istralia, ha tenido que huir de la capital de su reino, ocultándose de todos como si fuese un malhechor, e ignoro hasta este momento cuál ha podido ser su suerte.

La joven madre escuchó atónita estas palabras de la viuda. Era tan extraño lo que ésta le refería, que se resistía a creerlo.

—Explícate, Genoveva, por el amor de Dios—imploró con voz trémula.

La viuda se levantó.

—Espera un segundo—dijo—. Voy a acostar a la niña.

Y salió del comedorcito. Un instante después estaba de vuelta. Se acercó a María Teresa, que la miraba anonadada, sentóse frente a ella, le tomó las manos, y oprimiéndoselas con cariño, empezó a relatarle cuanto sabía respecto a la suerte del rey, de Canevari y de Eduardo Montespín.

—¡Dios mío! ¡Dios del cielo!—exclamó desesperadamente María Teresa, interrumpiendo el relato de las desventuras de Oscar Luis que su amiga le hacía—. ¡Soy yo quien le ha traído desgracia! ¡Es por mi culpa que él, el rey, el soberano, el hombre que debía ser el más feliz de los mortales, se encuentra ahora en tan terrible situación, sin amigos, sin corona, sin dinero, perseguido como un criminal! ¡Cielos! ¡Mi conciencia no podrá perdonarme nunca el daño que mi amor me impulsó a infligirle, acudiendo a aquella cita que me dió en Palacio! Si me hubiese negado a acudir a su lado cuando envió a Montespín en mi busca, si hubiese tenido la fuerza de voluntad necesaria para renunciar a él cuando descubrí quién era, muy distinta sería ahora su suerte.

—Calla, calla—interrumpió la señora Genoveva—. Tú no tienes ninguna culpa. Con tu intervención o sin ella, igualmente hubiera corrido la suerte atroz que sus salvajes enemigos le tenían preparada.

—¡No, no!—insistió María Teresa sollozando desconsola-

damente—. Yo soy quien le ha traído desgracia. Soy una criatura maldita, Genoveva; llevo la fatalidad conmigo... ¡Mísera de mí! ¡Y aún quería yo acercarme a su trono para pedirle que proteja a mi hija, al fruto de nuestros amores!... Lo que debía haber hecho era no salir jamás de aquel castillo, donde con tanta razón me hizo encerrar la reina madre, como si esa augusta mujer tuviese una visión exacta de las desgracias que habían de acontecerle a su noble hijo.

—Deliras, amiga mía... Tu reclusión en aquel castillo no fué obra de la reina madre, sino de los malvados que por dos veces atentaron contra la vida de Oscar Luis I. La misma reina madre ha debido ser víctima de ellos. Eso temía el rey...

—¡Oh, cuántos horrores! ¿Y dices que Oscar Luis estuvo aquí, que llegó al extremo de necesitar de tu protección?

—Sí; le di todos mis ahorros para que pudiese huir de San Francisco, donde le acechaba la muerte, y preparar la reconquista de su trono.

—¿Y partió?

—Creo que ha conseguido salir de San Francisco sin ser descubierto por los usurpadores. Iba disfrazado, y debió embarcarse en un buque mercante.

—¡Virgen Santísima!—exclamó María Teresa, bañada en lágrimas y retorciendo desesperadamente sus manos, que le había soltado la viuda—. ¿Y a qué sitio debía conducirle ese buque?

—A Esmirna. ¿Sabes dónde está esa ciudad?

—En Turquía.

—En efecto. Desde ese punto, el rey pensaba dirigirse sin pérdida de tiempo a la capital de Turquía.

—Pero, ¿qué propósito le guiaba a la lejana Stambul?

—¿No te he dicho que el marqués de Canevari, su amigo fiel con el cual él podía contar, se encontraba allí?

—¡Ah! También me has dicho que el otro amigo de Oscar Luis, Eduardo Montespín, había sido enviado a Alemania, y Alemania está mucho más cerca de Istralia que Turquía.

—Por lo mismo que está más cerca, el rey temía, con razón, que sus enemigos vigilasen más estrechamente ese trayecto, y esto le decidió a ir primero a Turquía en busca de Canevari.

—¿Y dices que hace más de dos meses que ha partido de San Francisco?

—Dos meses y cinco días.

—¡Oh! ¿Y durante todo ese tiempo no has tenido ninguna noticia?

—Ninguna.

—¿Ni del marqués?

—Ni del marqués; pero ese silencio me infunde grandes esperanzas. Convéncete, amiga mía, que es un anuncio de grandes cosas.

—¡Quiera el Todopoderoso darte la razón, Genoveva! Si yo pudiera hacer algo por él... ¡Con qué gusto daría mi vida en defensa de su causa!

—Lo que tú debes hacer, a mi juicio, es no moverte de esta casa con tu hija y esperar tranquila los acontecimientos que han de darte la felicidad.

—¿La felicidad?—Y María Teresa sonrió amargamente en medio de su dolor—. ¿Qué quieres decir con esa palabra?

—Cuando Oscar Luis llegue a San Francisco y recupere su trono, se unirá a ti.

—¿El rey unirse a mí? Vamos, Genoveva, ahora eres tú la que delira. ¿Una florista, una obrera, una miserable huérfana, madre de una niña que no puede llevar apellido paterno, subir al trono de un país?... No me hago esas ilusiones. Lo único a que aspiro es a asegurar a mi nena una existencia libre de peligros.

—Pues Oscar Luis quiere hacerte su esposa—afirmó muy seria la señora Genoveva.

—¿Te lo ha dicho él?

—Cien veces, lo menos.

—¡Es tan generoso como noble!—exclamó María Teresa con voz trémula de gratitud.

—Y te ama con locura—agregó la señora Genoveva—. No puedes formarte idea de lo que sufría con tu desaparición. No sería extraño que antes de emprender la reconquista de su trono se ponga en campaña para hallar a la mujer que ama y que a estas horas debe suponer que es ya madre.

—¡Dios le bendiga!... Lo que él menos podrá figurarse es que me encuentro aquí, a tu lado, dulce amiga mía.

—¡Si lo supiera!...

—¿Luego tú supones que ya debe haberse unido con sus amigos, el marqués de Canevari y el capitán Montespín?

—Tiempo ha tenido para ello.

—¡Daría mi vida por saber dónde se encuentra a estas horas el padre de mi hija!

—El corazón me dice que lo verás pronto.

—¡Desventurado rey! Y de su madre, ¿ha vuelto a saberse algo?

—Antes de que Oscar Luis viniese a esta casa, se dijo que había partido para Suiza; no hace mucho tiempo, los periódicos aseguraron que la soberana, completamente restablecida del padecimiento que la había llevado a aquel país, había emprendido un viaje de placer alrededor del mundo. Pero nada de esto es cierto, con toda seguridad.

—¿Luego tú temes que la madre de Oscar Luis haya sido víctima de esos malditos que usurpan el trono?

—Eso es lo que cree su hijo.

—¡Si nosotras pudiéramos desenmascararlos!...

—Imposible, María Teresa; ni debemos pensar en ello. Si el propio rey no puede, ¿qué hemos de conseguir nosotras? Los usurpadores son dueños de todas las fuerzas del reino; a la menor tentativa, nos pulverizarían.

—¡Si el país supiese...!

—El país no sabe nada; pero está descontento del modo de gobernar de esa gente. Se murmura mucho, y toda la culpa se la atribuyen al rey, a quien acusan de haberse pervertido...

—¡Qué injusticia!

—Algún día se sabrá la verdad, y entonces reconocerán su error; pero mientras tanto, el pueblo habla de Oscar Luis como de un monstruo que ocultaba toda su maldad durante su vida de príncipe para reinar por medio de ella el día que ocupase el trono. Vivimos bajo una verdadera tiranía. En pocos meses ha cambiado por completo la fisonomía del país. Ya nadie se atreve a hacer ostentación públicamente de sus ideas liberales. La palabra democracia suele traer la muerte a quien la pronuncia. Los grandes hombres que amaban las libertades públicas, han sido desterrados o hallaron la muerte de una manera misteriosa. La otra tarde, sin ir más lejos, el general Narvale, que había sido ayudante del padre de Oscar Luis, y que acababa de regresar del extranjero, fué alevosamente asesinado a tiros en la puerta de su domicilio, cuando salía para dirigirse a Palacio. Se habla de ejecuciones en masa, de buques que salen por la noche con rumbo desconocido, cargados de deportados. Las huelgas son imposibles. La Prensa ha sido sometida a una censura rigurosa, y entretanto, suben los precios de los víveres, y las industrias, agobiadas a impuestos, se cierran, condenando al hambre a miles y miles de trabajadores. De quince que éramos las que trabajábamos para la tienda de flores, no hemos quedado más que seis, las más antiguas y habilidosas.

—¡Pobre Genoveva! No te vendrían mal ahora los ahorros que has entregado a su majestad.

—No ha llegado aún el momento de necesitarlos; hasta ahora, con mi trabajo he podido hacer frente a mis escasas necesidades.

—No te apures, amiga mía; con los seiscientos cincuenta francos que me quedan del dinero que me entregó el padre Leandro y lo que ganemos haciendo flores, tendremos para afrontar durante un tiempo la situación, por más mala que ésta se presente.

—No es de mi suerte de lo que me lamento, María Te-

resa, sino de la que corren nuestros semejantes. ¡Si vieras el enjambre de niños hambrientos que recorren las calles suplicando un pedazo de pan! Y para mayor desgracia, el invierno es crudísimo, como pocas veces se ha conocido en San Francisco.

—Todos esos horrores podría suprimirlos de un solo golpe la persona que desenmascarara a esos canallas que se han apoderado del trono a fuerza de intrigas, de crímenes y de infamias de toda suerte.

—Y esa persona aparecerá, María Teresa. Dios no puede abandonar a Oscar Luis ni a sus amigos, que también han sido víctimas de los impostores.

—¿Te refieres al marqués y al capitán?

—Sí. Su alejamiento de San Francisco fué la consecuencia de una intriga de esos malvados.

—Me has dicho que ellos también estuvieron aquí después de mi desaparición.

—Vinieron a pedirme noticias tuyas y de Oscar Luis cuando aún ignoraba yo toda esa tragedia. Después no he vuelto a verlos, lo que me extrañó sobremanera, puesto que Lucas Canevari...

Interrumpióse la viuda.

—¿Qué ibas a decir?—inquirió María Teresa, que no perdía palabra.

La señora Genoveva murmuró entonces, enrojeciendo:

—Es un hombre simpático el marqués, ¿verdad, María Teresa?

—Sí, y sobre todo, de buen corazón.

—Estoy disgustada con él—siguió diciendo la viuda, cogiendo nuevamente las manos de la joven y bajando pudorosamente los ojos.

—¿Qué razones tienes para estarlo?

—Se ha ido a Constantinopla, tan lejos, sin dignarse siquiera despedirse de mí.

—¡Hola!—exclamó María Teresa mirando fijamente a la

viuda—. No sé por qué, me parece que tras ese disgusto se oculta un poco de cariño.

La señora Genoveva no contestó.

—Dime la verdad—insistió la madre de Luisita adelantando el busto hacia su amiga para besarla en la frente—. ¿Amas a Lucas Canevari?

—Tanto como amarle... tal vez no; pero me agrada. Tienie una manera de ser que cautiva...

—¿Te dió a entender él algo parecido a lo que tu corazón siente?

—Ciertas miradas suyas me hicieron concebir la esperanza de un amor más afortunado que ese que tú conoces y que ensombreció mi juventud. Mas todo quedó en la nada: Lucas se ha ido, y con toda seguridad no ha vuelto a acordarse de mí.

—¡Quién sabe, Genoveva! Tal vez su silencio obedezca a otras causas. En la extraña situación en que nos encontramos, hay que admitirlo todo.

—De todas maneras—dijo la viuda reprimiendo un suspiro—, yo no me hago ilusiones. Un marqués no puede fijarse en una pobre florista.

—Tienes razón—contestó la amada del rey de Istralia—. No debemos hacernos ilusiones ni aspirar a lo que no tenemos derecho. No somos nada, Genoveva; no podemos ofrecer a quien nos ama más que nuestra virtud.

—En tu caso, María Teresa, Oscar Luis se da por satisfecho. Tú debes creer en su amor. Eres para ese hombre la suprema ilusión de su vida.

El bello rostro de la joven madre se iluminó de alegría.

—¿También eso te dijo él?

—También. No piensa más que en ti, no vive más que para ti. Quiere el trono para ofrecértelo, y si tú lo desdeñas, renunciará a él después de castigar a los usurpadores. Eres la reina, eres el ídolo del rey de Istralia, María Teresa.

—¡Gran Dios! ¡Qué poca cosa es el ídolo del rey de Istralia!

—Procura conservarte para hacer su dicha. Piensa que sin ti, Oscar Luis sería el más desgraciado de los mortales. Cuídate de salir de esta casa bajo ningún pretexto. Si te descubrieran los esbirros de los enemigos del rey, te perderías y me perderías al mismo tiempo.

—Tranquilízate respecto a ese peligro. Mientras dure el invierno no podrán enterarse de mi fuga del castillo.

—Pero podría reconocerte alguien en la calle; podrías dar que sospechar.

—Seguiré tus consejos, querida amiga: no me moveré de esta casa hasta tener noticias del infortunado padre de mi hija.

Y la conversación de las dos mujeres se prolongó durante todo aquel día.

¡Tenían tanto que contarse! ¡Habían ocurrido tantas cosas dignas de ser comentadas desde el día en que se habían separado!... La suerte del rey mártir, que María Teresa ignoraba hasta su llegada a San Francisco, había abierto en su alma una tremenda desgarradura. Tenía razón el padre Leandro: nunca había estado en manos de Oscar Luis remediar la situación de la mujer amada, presa en las garras de sus enemigos. Y la figura del rey, del hombre que ella había adorado con el primer amor de su juventud, bajo su ropaje de estudiante pobre, adquiría en su espíritu contornos de sublimidad.

* * *

Bajo las garras de los tiranos, Istralia se revolvía sordamente llorando sus perdidas libertades.

Se engañaba Lisandri al creer que el peligro que podía amenazar su obra consistía únicamente en la acción que pudieran desplegar el despojado rey y sus amigos.

El peligro estaba en la obra misma de los usurpadores; en su forma de gobierno, orgullosa, absoluta y arbitraria.

Clausurado el Parlamento por tiempo indefinido, alejados del Gobierno los hombres de positivos méritos que ofrecían tantas garantías al país y reemplazados por un núcleo de advenedizos que se limitaban a obedecer como lacayos la voluntad real, procurando al mismo tiempo sacar el mejor partido de su situación, amordazada la Prensa, la opinión pública comenzó a alarmarse.

Pero aún se confiaba en gozar de cierta libertad y se alzaron airadas voces de protesta. Usando de su poder, los tiranos ahogaron esas voces, y los que las habían lanzado, descendieron a la tumba o marcharon al ostracismo.

Entonces se comprendió que la situación se volvía seria por instantes. La Corona, pisoteando las libertades del pueblo, desafiaba abiertamente al país y declaraba la guerra a sus más caras aspiraciones.

Pero esto, con ser doloroso, no indignaba tanto al pueblo como el espectáculo de la corte desde que Oscar Luis I había sido coronado. Este, después de desembarazarse de los grandes personajes palatinos, que luchaban por disimular tanto escándalo, tanta vergüenza, habíase entregado sin recato alguno a una existencia de vicio y derroche, y parecía pasear con orgullo su corrupción, mantenida bien oculta durante tanto tiempo.

Procedía como un tirano de la antigüedad, barriendo cuanto le estorbaba o se oponía a sus caprichos, sin respeto alguno al decoro del país que regía y a las buenas costumbres.

Su madre, que había intentado oponerse con energía a aquel género de vida licenciosa, a aquellos atentados continuos contra las instituciones públicas y los derechos del pueblo, había sido una de las primeras víctimas del cruel y vicioso monarca, quien la había confinado lejos de Istralia.

A este confinamiento, que repugnaba e indignaba a las gentes, siguieron numerosos destierros y un diluvio de encarcelamientos. La tiranía de Oscar Luis I adquiría por momentos tintes más crueles. Después, comoquiera que los deste-

rrados hacían oír su voz de protesta desde el extranjero, y que los presos en las cárceles llegaban a evadirse en algunas ocasiones, se recurrió a procedimientos más enérgicos: ejecuciones sin previa causa, asesinatos, secuestros y otros horrores, que son el corolario sangriento de todas las tiranías.

Así se consiguió extinguir los focos de protesta dentro del reino. El temor a la muerte sellaba los labios y hacía cundir la desconfianza hasta entre los amigos y los familiares. Era incontable el número de espías al servicio del tirano. Todos los seres de instintos rastreros, toda la hez de los bajos fondos, se había puesto al servicio de aquella monarquía despótica y depravada, necesitada de servidores sin escrúpulo ni conciencia.

Para pagar a toda esa canalla, para hacer frente a los gastos que ocasionaban los vicios del tirano y de su corte de advenedizos, pronto fué preciso al Gobierno echar mano de los fondos públicos, que todos los reyes de Istralia, desde que se guardaba memoria, habían respetado como cosa sagrada. Por otra parte, puestas las riendas de la administración del país en manos torpes, aumentaban las dificultades, y estas dificultades habían de disimularse a fuerza de dinero. Ante el déficit alarmante de la Hacienda, se recurrió a empréstitos internos, pero el capital istraliano se negó a prestar su concurso como un acto de protesta contra aquella forma de gobierno anticonstitucional y antidemocrática, y los empréstitos fracasaron. Entonces se pensó en el extranjero; mas los capitalistas de otros países, enterados de la situación del reino, se abstuvieron de acudir al llamamiento de un Gobierno que no podía ofrecerles ninguna clase de garantías.

La Corona y el Gobierno de Istralia, dispuestos a obtener fondos de una forma u otra, apelaron al procedimiento más seguro: la creación de impuestos extraordinarios. Los industriales intentaron protestar; el gravamen exorbitante que iba a imponerse a sus productos traería como consecuencia la paralización de todas las industrias; pero la Corona no quiso

escucharles; hacía falta dinero, y éste había de obtenerse de algún modo.

Las consecuencias de este acto fueron deplorables. Numerosas fábricas fueron cerrándose día tras día en la imposibilidad de hacer frente a las exigencias del Estado, y millares de obreros quedaban condenados a la más desesperante miseria.

Roto de este modo el resorte del equilibrio económico de la nación, todo el armazón social se desmoronaba en pedazos. Al cierre periódico de fábricas siguió la paralización de los trabajos mineros, y con esto el contingente de los sin trabajo aumentaba de un modo alarmante. Al mismo tiempo fué preciso suspender numerosos medios de transporte por falta de fletes, y nuevos desgraciados se sumaron al número de los candidatos al hambre.

Istralia se sumía en el silencio precusor de las grandes calamidades. Volviendo la espalda al siglo XX, había rodado hasta detenerse en la puerta del siglo XVI.

* * *

Paralelamente con la falta de trabajo, las subsistencias alcanzaban precios inverosímiles. Sólo los ricos podían permitirse el lujo de dar a sus estómagos el alimento que éstos exigían. Ante las puertas de las Sociedades de caridad, a las que antes sólo de cuando en cuando llamaba algún menesteroso, veíanse ahora filas interminables de hombres útiles para el trabajo, esperando pacientemente durante horas y horas que les llegase el turno de recibir una limosna con la cual mitigar durante un día más el hambre que reinaba en sus hogares.

¡Terrible invierno!

Jamás debía saberse el número de los istralianos muertos de hambre y de frío en el seno de las grandes ciudades, silenciosas como cementerios, en las aldeas y en medio de los caminos, bajo la nieve.

Un rojo atardecer de Marzo, un grupo compuesto por unos

trescientos desgraciados, entre hombres, mujeres y niños, flacos, macilentos, roídos por el hambre, surgiendo de uno de los arrabales más populosos de San Francisco, habíanse encaminado hacia el Palacio real, llevando a su frente un cartel que decía: "Sólo queremos pan y trabajo. Proporcionádnoslo, señor." Era la súplica desgarradora que sólo en las agonías de hambre se atreve el siervo a dirigir respetuosamente a su amo. Lisandri, que desde una de las ventanas de Palacio había visto avanzar aquella comitiva de criaturas famélicas, de mirada febril y pálidas como espectros, mandó formar a la guardia ante el edificio real, con la consigna de dispersar a tiros a aquellos miserables.

Un grito horrible brotado de trescientas gargantas siguió a la primera descarga, y los infelices cayeron unos sobre los otros acribillados a balazos, alfombrando de cuerpos humanos el pavimento de la plaza.

Pocos lograron huir y salvarse. Los heridos que intentaban levantarse de entre los montones de cadáveres, volvían a caer fulminados por nuevos disparos. Matanza tan injusta y espantosa no se había registrado nunca en los anales del reino. Un estremecimiento de horror sacudió a los habitantes de San Francisco al enterarse de ella, y en muchas pupilas brilló el ansia de venganza; mas, ¿cómo trasponer el círculo de hierro que protegía al tirano y a sus cómplices? Era preciso contenerse, devorar en silencio su desesperación.

* * *

Durante la primavera, el panorama de la Monarquía adquirió tintes más sombríos y trágicos.

Las Asociaciones de caridad, impotentes de remediar la suerte de tantísimos desgraciados, agotados sus recursos durante cuatro meses de incesante lucha contra la miseria, viéronse en el caso de cerrar sus puertas. Los estragos del hambre no podían ya ocultarse. Todas las mañanas aparecían en

las calles de la ciudad numerosos cadáveres de famélicos que, transportados en carros al cementerio general, eran arrojados en grandes hoyos rellenos de cal.

Y dentro de esta espantosa situación, el pueblo se sentía cada vez más vejado, más oprimido.

Estaba terminantemente prohibido transitar por las calles de las ciudades después de las diez de la noche sin contar con un permiso especial, extendido por los comisarios de Policía. Las reuniones públicas también habían sido abolidas desde hacía mucho tiempo, y las familiares no podían celebrarse cuando los miembros que tomaban parte en las mismas excedían del número de veinte. La gente pudiente buscaba pretextos para emigrar a los países vecinos, siéndoles insoportable la vida en Istralia; pero una vez en el extranjero, debían cuidar que sus quejas no llegasen a oídos de los agentes secretos del Gobierno istraliano, pues, en este caso, los bienes que habían dejado en la patria eran inmediatamente confiscados. Se había promulgado un Real decreto prohibiendo a los habitantes del país que tuviesen bienes en el mismo, pignorarlos más allá de las fronteras.

Como consecuencia de la espantosa miseria reinante y del estado de abandono de todos los servicios públicos, con los primeros calores se desarrollaron de un modo alarmante diversas epidemias. Los que se sostenían aún luchando denodadamente contra el hambre, eran barridos por las fiebres tifoideas, la gripe, la peste bubónica o la difteria. Raras eran las casas habitadas por pobres en las que no hubiese entrado la muerte. Al obscurecer, las ciudades sumíanse en un silencio letal que hacía pensar en las jornadas más calamitosas de la Edad Media, cuando el hambre y la peste triunfaban sobre la pobre Humanidad como deidades absolutas. Las gentes de corazón luchaban contra esos horrores. Muchos médicos ilustres sacrificaron su vida luchando denodadamente para extinguir las enfermedades que diezmaban a sus semejantes; pero sus sacrificios hubieran resultado estériles si Dios no hubiese venido

en su ayuda desencadenando unas lluvias torrenciales que purificaron el ambiente, arrastrando todos los miasmas mortíferos que en él flotaban.

Al iniciarse el verano, el país seguía en plena agonía.

* * *

Gracias a los recursos de María Teresa, la vida de las dos mujeres y la niña en la casita del arrabal de San Germán, pudo transcurrir durante un tiempo libre de las complicaciones materiales que atormentaban la existencia de la mayoría de los habitantes del barrio.

Hasta fines de invierno, la señora Genoveva siguió trabajando en su oficio. María Teresa quiso hacer otro tanto, mas no pudo obtener trabajo. Los pedidos eran cada vez más escasos, y podía darse por contenta la viuda que le admitiesen en la tienda todas las flores que lograba confeccionar en el día.

No pudiendo aumentar los ingresos con su trabajo, María Teresa limitábase a ayudar a su amiga. Y con sus recursos, o sea con el dinero que le había entregado el padre Leandro, contribuía ésta a hacer frente a las necesidades de la casa, puesto que el jornal de la señora Genoveva resultaba más que escaso en aquellas circunstancias.

Y mientras las dos mujeres tenían el pensamiento y el corazón puestos en los ausentes, rivalizaban en sus cuidados para con la niña, Luisita crecía sana y rolliza, y estaba cada día más hermosa. Podía decirse que tenía dos madres, tanto era el cariño con que la viuda se dedicaba a ella y tantas las atenciones de que la hacía objeto. Halagada por esto, María Teresa no tenía más que gratitud para aquella excelente mujer.

Por las noches, la señora Genoveva se daba prisa en terminar su trabajo, y era para ella motivo de gozo el poder dormir a Luisita en sus brazos después que su madre le daba el pecho.

—En este ángel—solía decir a María Teresa, contemplan-

do arrobada la carita de la pequeña—estáis indentificados tú y Oscar Luis. Mirando a Luisita, me parece ver, a ratos, a su noble y desdichado padre, y otras veces a ti, hermosa y sonriente como en los mejores días de tus amores.

La joven madre suspiraba y sentía humedecerse sus ojos. ¡Oscar Luis!... ¡Oscar Luis, el hombre amado, el padre de su hija! ¿Dónde estaría a aquellas horas?... ¿Tendría la dicha de volverle a ver algún día?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Una tarde de fines de Marzo, la señora Genoveva regresó muy desesperada de la tienda adonde había ido a entregar las flores confeccionadas en los últimos días.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó María Teresa, notando algo extraño en ella—. Pareces disgustada.

La viuda se dejó caer en una silla, como si sus piernas se negaran a sostenerla en aquel momento, y contestó:

—No sé cómo vamos a arreglarnos en lo sucesivo. En la tienda ya no tienen trabajo que darme y dentro de pocos días los dueños van a cerrar sus puertas. Las flores artificiales han pasado a ser objetos superfluos e neste país, donde se carece hasta de lo más necesario.

María Teresa procuró consolarla:

—¿Y te desesperas por eso? Nuestra situación no es como para perder la cabeza. Aún me quedan cuatrocientos francos, y antes que éstos se concluyan, ha de cambiar el estado actual de cosas.

—¡Quién sabe lo que puede ocurrir mañana!—exclamó la viuda, sacudiendo la cabeza—. Por otra parte, todo encarece y no hay que hacerse ilusiones con tus cuatrocientos francos.

—Pero, ¿es que tú crees que Oscar Luis y sus amigos pueden tardar aún mucho tiempo en venir a hacer justicia?

—Nada puedo decirte, amiga mía. Sólo Dios sabe esas cosas...

—Pues Dios nos protegerá—contestó María Teresa—. No tengo la menor duda.

—Si me pesa esta situación no es por mí—dijo la señora Genoveva—, sino por Luisita.

—Calla; no te empeñes en imaginar el porvenir más triste de lo que puede llegar a ser. Yo, que he sufrido más que tú, me siento en este caso menos pesimista, más animada...

Pero, a pesar de estas palabras, el corazón se le había oprimido dolorosamente a María Teresa ante el temor de la suerte que podía correr la niña el día que los recursos llegasen a agotárseles por completo.

* * *

El mes de Abril transcurrió para las dos mujeres sin otras alternativas que las que se derivaban del agotamiento de sus recursos, y Mayo se inició con una incógnita terrible para ellas.

Sólo les quedaban ciento cincuenta francos, que forzosamente habían de concluirse antes de fines de mes.

¿Qué hacer luego?

En otra época se hubiera podido echar mano a cuanto quedaba en la casa: a los muebles, a las lámparas, a las escasas alhajas de la señora Genoveva, pero en las circunstancias actuales ni había que pensar en ello. Nadie quería soltar dinero si no era para adquirir artículos alimenticios, escasísimos en toda Istralia; las casas de préstamos se habían cerrado, y la señora Genoveva no tenía entre sus contadas relaciones ninguna persona rica a quien acudir en demanda de auxilio.

Por lo tanto, dentro de pocos días iban a verse condenadas al hambre.

La más atroz de las perspectivas se abría ante las dos mujeres, que no veían el medio de sustraer de las consecuencias del hambre a aquel querubín tan amado.

Y cuando más preocupadas estaban en la solución de este

terrible problema, un suceso inesperado vino a complicar su situación.

Una noche, al ir, como de costumbre, la señora Genoveva a echar el cerrojo a la puerta de la calle, sorprendió, parado en la acera, a un hombre embozado en una amplia capa, que parecía examinar la casita con gran interés.

Al ver a la viuda, el sujeto echó a andar con paso de transeunte despreocupado y desapareció dando vuelta en la esquina próxima.

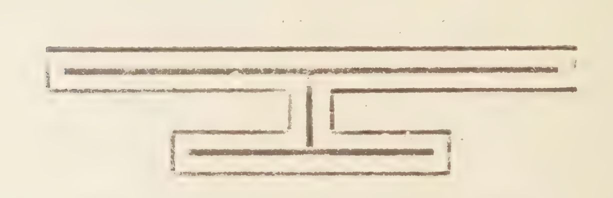
La señora Genoveva volvió inquieta al interior de la casa. La actitud en que había sorprendido a aquel hombre era como para hacer recelar a cualquiera.

Resolvió vigilar sin decir nada a María Teresa para no alarmarla.

Al retirarse a su habitación, no se acostó, y cerca de la media noche, cuando suponía que su amiga y la niña dormían profundamente, se dirigió al comedorcito sin hacer ruido ni encender luz, entreabrió el postigo de la ventana y miró a la calle.

Un calofrío de terror recorrió su cuerpo. ¡El hombre de la capa estaba otra vez allí, parado frente a la casita, con la vista fija en aquella ventana precisamente!

—¡Un espía!—murmuró la viuda—. ¡Estamos perdidas!






## CAPITULO XLII

### La pista de la fugitiva

MARÍA Teresa constituyó desde el primer momento para Federico Lisandri un elemento digno de ser tenido en cuenta.

Conducida por Cosme Novelli, de acuerdo éste con la reina madre, al lejano Castillo de las Aguilas, al asumir Lisandri todas las riendas del Poder, comprendió que aquella mujer, a quien Oscar Luis amaba con verdadera locura y que llevaba en sus entrañas el fruto de sus amores con el despojado soberano, podía constituir algún día, cuando ese hijo naciese, un grave riesgo para sus planes.

—Conviene que esa mujer desaparezca—se dijo el malvado—. Después de todo, le haremos un favor reuniéndola en el otro mundo con el hombre que había cometido la torpeza de quererla.

Y sin titubear, aquel demonio confió a Gaspar, su mayor-

domo, la misión de dirigirse con tres de sus criados más fieles al Castillo de las Aguilas, penetrar en él una noche y asesinar a María Teresa en su habitación.

El mismo día de recibir esta orden, Gaspar partió para el lejano lugar acompañado de tres servidores, tres granujas dispuestos a todo con tal de servir al conde Lisandri.

Pero no pudieron pasar de Roca Parda. Habían caído ya las primeras grandes nevadas del año, y el Castillo de las Aguilas quedaba por completo aislado del resto del mundo, aislamiento que sólo se interrumpía en la primavera, al comenzar el deshielo.

Después de varias tentativas infructuosas por salvar los obstáculos que les impedían consumar su sanguinaria misión, los cuatro esbirros de Lisandri regresaron a San Francisco a dar cuenta a su señor de lo que ocurría.

—Lo que yo quiero—dijo el conde después de escuchar las explicaciones de su temible mayordomo—es que no eches este asunto en saco roto... ¿Cuándo comienza el deshielo en aquellas regiones?

—A mediados de Abril, según me aseguraron las gentes del lugar.

—Perfectamente; para esa fecha volverás a partir con tus tres compañeros, y te prohibo regresar a San Francisco sin antes haber dado muerte a esa mujer.

—Entendido, excelencia.

* * *

A mediados de Abril, los cuatro granujas emprendieron de nuevo el viaje hacia aquellas apartadas regiones.

Su regreso se prolongó hasta los primeros días de Mayo. Al entrar Gaspar en el castillo del conde, una profunda arruga surcaba su frente abombada, de color cetrino.

—¿Dónde está su excelencia? —preguntó a los demás criados.

—En Palacio—le contestaron.

—¿Sabéis si volverá antes de la noche?

—Lo ignoramos.

El mayordomo reflexionó brevemente, y después de cambiar algunas impresiones con sus compañeros de viaje, montó a caballo y se dirigió a Palacio.

Le costó algún trabajo lograr que la servidumbre palatina diese cuenta de su llegada al conde.

Cuando, por fin, se encontró en presencia de su señor, éste le dijo en voz baja y con acento regocijado:

—Y bien, Gaspar, ¿has dado ya pasaporte para el otro mundo a esa mujercita?

—Desgraciadamente, no, excelencia—murmuró sordamente el esbirro.

Lisandri, que se paseaba por la sala donde había recibido a Gaspar, dió un brinco de indignación.

—¿Cómo es eso? ¿Te burlas de mí, miserable lacayo?... ¿Qué órdenes llevabas?

—Calmaos, excelencia, y escuchadme antes de dirigirme reproches... Supongo que no vais a dudar de la fidelidad de este viejo servidor.

—¿Qué es lo que debo escuchar? ¿Vive todavía esa mujer?

—Creo que sí, que vive, señor.

—¡Rayos y centellas! ¿Para qué has hecho el viaje entonces? ¿De qué me sirves tú y de qué me sirven esos tres papanatas que te acompañaban?

—La culpa no ha sido nuestra, excelencia. Esa mujer ha podido huir del castillo en pleno invierno...

—¿Huir del castillo en pleno invierno?—inquirió el conde, incrédulo—. ¿Qué historia es ésa?

—La pura verdad, señor. Dos días después de nuestra úl-

tima partida llegamos al Castillo de las Aguilas. Al amparo de la noche nos metimos en él y lo revolvimos todo sin dar con la prisionera. Amanecía cuando ya, desconfiando que estuviese en aquel lugar, me decidí a despertar a los guardianes para interrogarles. Topé con una vieja con cara de bruja, y al preguntarle por la prisionera, se echó a temblar como una hoja seca sacudida por el viento, y acabó por arrojarse a mis pies y cubrírmelos de besos implorando perdón y jurando que ella no tenía culpa alguna de la desaparición de la joven. "Pero, ¿dónde se encuentra? ¿Qué ha sido de ella?", pregunté a aquel pingajo de mujer, atizándole unos cuantos puntapiés. Y me respondió, llorando a lágrima viva y arrastrándose a mis plantas: "El demonio, sólo el demonio puede habérsela llevado o haberla ayudado a escapar; de otro modo no nos explicamos su fuga..." "¡Ah! ¿De manera que se ha escapado, maldita bruja?", troné. "¿Puede saberse cuándo se ha largado de aquí esa joven?" "Va para tres meses; ha huído en lo peor del invierno, cuando ni los lobos se atreven a llegar hasta el valle de Roca Parda."

"No quise creerla, pero ella juró que decía la verdad. Porfié que mentía y tornó a jurar poniendo a Dios y a todos los santos por testigos de que no me refería sino lo que había ocurrido. Desperté a un viejo y a otra vieja, y éstos no hicieron más que confirmarme lo que acababa de decirme la primera. Entonces reflexioné de esta suerte: "Si realmente se ha fugado, algo han de saber de ella en Roca Parda, en el próximo caserío de los Berli o en otras localidades próximas al camino de San Francisco; si ha perecido durante su tentativa, su cadáver debe aparecer, salvo el caso que lo hayan devorado los lobos. No hay, pues, otra cosa que hacer que indagar por todos estos contornos hasta dar con una huella o un dato que permita poner en claro este misterio". Y como lo pensé lo hice, mejor dicho, lo hicimos, porque mis compañeros me ayudaron a pedir de boca en esta difícil ocasión, y pronto empezamos a apreciar los resultados.

—¿Qué resultados?—preguntó el conde, que no podía dominar su exasperación e iba de un lado a otro de aquella estancia como un tigre enjaulado, dejando caer sobre el mayordomo terribles miradas.

—Pude saber de un modo cierto que esa joven había logrado fugarse.

—¿Cómo? ¡Explícate!

—Preguntadme más bien quién la ha ayudado y sabré responderos. El modo cómo ella ha podido salvar el obstáculo que aislaba al Castillo de las Aguilas es todavía un misterio para nosotros.

—Pues, ¿quién la ha ayudado? ¿Quién?—inquirió el conde, cuyos dientes rechinaron de un modo siniestro.

—¡El cura de Roca Parda!

—¡Ah!—exclamó Lisandri, cerrando los puños.

Y guardó silencio, un silencio preñado de amenazas, un silencio que inquietaba al mismo mayordomo.

Pasado un buen rato, el conde preguntó con voz ronca, sin mirar a su servidor:

—¿Dónde está esa mujer?

—Sospecho que aquí, en San Francisco.

—¿Quiere decir que no lo sabes de un modo cierto?

—No.

—¿Cómo se explica que no hayas sabido arrancar ese secreto al hombre que la ayudó a fugarse?

—Ese hombre es un sacerdote, excelencia.

—¿Qué escrúpulos son esos?

—Siempre he respetado a los representantes de Dios. ¿Es que no sois de mi opinión, señor conde?

Otro silencio.

Lisandri parecía reflexionar.

—¿De manera—dijo por último, fijando una torva mirada en el mayordomo—que si ese cura no habla no habrá manera de averiguar el paradero de esa mujer?

—De esa mujer y de su hija, excelencia, porque ya es ma-

dre—manifestó Gaspar—. El único que está en el secreto de su paradero es el padre Leandro.

—Bien, Gaspar—dijo el conde, y sus palabras sonaron lúgubremente en los oídos del mayordomo como el graznido de los cuervos en el silencio de las noches sin luna—. Vuelve al castillo y prepárate a seguirme. Dentro de dos horas partiremos para Roca Parda.






## CAPITULO XLIII

### El enmascarado



NCLINÁNDOSE sobre el hombro del padre Leandro, que repasaba con gran interés las noticias de un periódico de San Francisco llegado a Roca Parda hacía unas cuantas horas, Marta preguntó:

—¿Hay alguna novedad acerca de nuestra protegida?

El cura movió tristemente la cabeza.

—Nada; no se sabe nada aún... Los malvados que ocupan el trono deben continuar haciendo de las suyas, y por lo visto, reina allá una miseria espantosa complicada con pestes.

—¡Dios sea loado!—exclamó Marta, temblando—. ¿Qué será de María Teresa y de su hija en esa ciudad azotada por tantas calamidades? ¿Se habrá unido al fin al hombre que ama? ¿Tendrá quien la proteja?

—No creo que tenga la dicha de estar al lado del verdadero rey; pero en cuanto a protección, ésta no debe faltarle.

¿No recuerdas que nos habló de cierta señora viuda en cuya compañía había vivido durante muchos años?

—Sí, sí; la señora Genoveva.

—Eso mismo: la señora Genoveva—corroboró el sacerdote, dejando a un lado el periódico y volviéndose hacia su hermana—. Pues bien: esa mujer no abandonará a María Teresa. En su casa, ésta y su hija encontrarán refugio seguro.

—¡Pero ha pasado tanto tiempo desde que se han marchado de aquí!—exclamó Marta sofocando un suspiro—. ¡Pueden haber ocurrido tantas cosas desde que hemos dejado de verlas!...

—No te preocupes; Dios debe velar por ellas.

—Cuando pienso en todos los enemigos que debe tener esa pobre mujer...—siguió la hermana del sacerdote—. En fin, Leandro, lo mejor que hubiera podido hacer María Teresa era permanecer a nuestro lado hasta que el padre de su hija triunfase sobre sus enemigos.

—¡Imposible!—exclamó el anciano dirigiendo una rápida mirada hacia la puerta de la amplia cocina, que hacía las veces de comedor, dentro de la cual se encontraba con su hermana—. Al producirse el deshielo la hubieran descubierto fácilmente, y entonces nos hubiéramos comprometido seriamente.

En ese instante, Marta se estremeció ligeramente y miró también hacia la puerta, poseída de extraña inquietud.

—¿Crees que ya habrá llegado a San Francisco la noticia de su fuga del castillo?

—No tengo la menor duda. Hace un mes, lo menos, que se ha derretido la nieve que aislaba al castillo.

Hubo un silencio.

Marta alargó el brazo para subir la luz de la lámpara, que estaba encima de la mesa, y después, sentándose frente a su hermano, murmuró:

—No quería decírtelo, Leandro; pero tengo miedo esta noche.

—¿Miedo?—inquirió el cura, mirándola con severidad—. ¿Qué es eso, hermana mía?

—¡Oh! ¿Por qué te habrás mezclado en ese asunto que guarda tantos peligros?—murmuró Marta inclinando la cabeza.

—No estoy arrepentido de haberlo hecho, sino, por el contrario, contento—respondió el venerable anciano—. Sirviendo la causa de esa desventurada, servía a Dios. Y en cuanto a los riesgos, yo no temo ninguno.

—Somos nosotros tan pequeños, tan insignificantes frente a los enemigos de María Teresa...—dijo Marta sofocando otro suspiro.

—¡Qué importa!—replicó el padre Leandro con cierta arrogancia—. Piensa que por encima de esa gente está Dios, y que Dios sólo protege a los buenos y a los justos.

Dos fuertes golpes, que resonaron en aquel momento sobre la puerta que daba entrada a la vivienda, interrumpieron bruscamente al sacerdote.

Marta se puso de pie, lanzándole una mirada temerosa.

—¿Quién puede ser, Leandro?

—Abre—contestó el cura.

La anciana salió de la cocina, atravesó el pequeño patio y fué a descorrer el cerrojo de la puerta que daba al camino.

Se encontró ante un hombre de alta estatura que llevaba puesto un largo gabán y tenía un caballo de la brida.

El desconocido la saludó llevándose la mano que tenía libre el borde del ala de su ancho sombrero.

—¿Qué se os ofrece, caballero?—preguntó Marta, procurando disimular el temblor de su voz.

—Hospitalidad, señora—contestó el hombre—. He salido esta mañana de Boloñef para ir a la población de San Justo; mas como no conozco la región, me he extraviado por

estos caminos y he vagado todo el día sin encontrar alma viviente, hasta divisar las luces de esta aldea.

—Entrad.

—¿Tenéis un lugar donde alojar mi caballo por esta noche?

—Tenemos cuadra; yo misma lo conduciré a ella.

* * *

Al entrar en la cocina y encontrarse ante el anciano sacerdote, el viajero se descubrió.

—Sed bienvenido, caballero—le dijo el padre Leandro esbozando una amable sonrisa—, y dignaos decir en qué puedo seros útil.

—Perdonad—murmuró el hombre, un tanto cohibido, dando vueltas a su sombrero entre las manos—. Me he extraviado yendo de Boloñef a San Justo, y la noche me sorprendió entre estas montañas. Vi las luces de esta aldea, y bajé hacia aquí. Si no os es molesto, os suplicaría que me dieseis un sitio donde pasar la noche y un poco de pienso para mi caballo.

—¿Molesto? ¡De ninguna manera, caballero! Estáis en la casa de Dios, y la casa de Dios es de todos sus hijos. Sentaos a mi mesa, hacedme ese honor. ¿Tenéis apetito?

—Muy poco. Llevaba algunos alimentos en mi bolsa de viaje, y con ellos he aplacado mi hambre.

—De todas maneras, tomaréis un bocado.

—No quisiera abusar de vuestra bondad, señor cura.

—¡Ni lo penséis! Aceptando cuanto os ofrezco me honraréis, caballero.

—Gracias.

El hombre tomó asiento ante la mesa, frente al cura, y éste, al ver que tenía aún en las manos el sombrero, se levantó con presteza de la silla que ocupaba y se lo tomó, murmurando:

—Dispensad. No se me había ocurrido libraros de esta molestia.

Y colgó el sombrero del recién llegado en un clavo de la pared.

* * *

De regreso de la cuadra, Marta preparó al forastero una cena ligera, a la que éste hizo los debidos honores mientras daba detalles acerca de su desacertado viaje, que el padre Leandro escuchaba con gran atención.

—Os habéis apartado lo menos cinco leguas del camino que va de Boloñef a San Justo—dijo el cura, respondiendo a una pregunta del viajero—. Partiendo de aquí mañana a la salida del sol, si vuestro caballo es bueno, podréis llegar a media tarde al término de vuestro viaje.

—Partiré tan pronto aclare el día, señor cura. Tengo gran prisa en llegar a San Justo, donde debo resolver importantes asuntos.

—¿Es la primera vez que llegáis hasta esta región?

—La primera—contestó el forastero desviando sus ojos de los del sacerdote—. En mi vida he oído hablar de esta aldea.

—No me extraña. ¡Está tan lejos de todas las vías importantes de comunicación!

—A una legua escasa de aquí, me pareció divisar un castillo en lo alto de una montaña—dijo el hombre con la mirada fija en el mantel—. ¿Existe realmente ese castillo?

—Sí—contestó el padre Leandro—. Es una posesión real.

—¿Y viene el rey a estos sitios?

—Nunca, que yo sepa.

—Era de imaginar. Sin ánimo de ofender a nadie, señor cura, estos lugares tienen pocos encantos para atraer a forasteros. Más os hubiera valido ejercer en otro sitio vuestro sagrado ministerio.

El cura se encogió levemente de hombros.

—Siempre he mirado más mis deberes que mi conveniencia—dijo—. Llevo más de cuarenta años al frente de la parroquia de Roca Parda, y no tengo por qué quejarme.

—¿Son buenos vuestros feligreses?

—A carta cabal.

—Entonces comprendo que estéis a gusto en esta aldea. Y volviendo a hablar de ese castillo, que tanto me ha intrigado por el paraje donde se encuentra, ¿quién habita en él?

—Varios servidores de su majestad—contestó el cura, a quien molestaba evidentemente aquel tema que el forastero se empeñaba en poner sobre el tapete.

—Ya podrían ellos recomendaros a su majestad.

—¿Con qué fin? — preguntó con extrañeza el padre Leandro.

—Con el de mejorar vuestra situación.

—No aspiro más que a lo que Dios me concede, caballero.

—Os creo, pero a eso no deberían atenerse las gentes de ese castillo. Un sacerdote tan desinteresado como vos es digno de ser admirado hoy día.

—Os agradezco el elogio, caballero, y al mismo tiempo he de deciros que las personas que habitan ese castillo no sostienen trato alguno con mis feligreses ni conmigo.

—Gente orgullosa, ¿eh?

El padre Leandro no contestó. Cada vez le gustaba menos el giro que iba tomando la conversación.

—Si yo estuviera en el pellejo del rey, vendería ese castillo, que le es a él completamente inútil, y destinaría el producto de la venta a aliviar la suerte de los pobres de las ciudades, que no puede ser más espantosa.

Tampoco esta vez habló el sacerdote.

—Es que a lo mejor—siguió el hombre—ese edificio está destinado a algún fin oculto. ¡Es tan misteriosa la vida de los reyes!... ¿No opináis lo mismo, señor cura?

El anciano se encogió de hombros. Marta, que trajinaba

en la cocina, le miró como advirtiéndole: "¡Ten cuidado!... Desconfío de ese hombre!" El sacerdote la comprendió, y sonrió de un modo muy dulce.

—¡Ah!—exclamó el viajero—. Comprendo que sabéis algo concerniente a ese castillo y que calláis por prudencia. Hacéis bien, señor cura: en los tiempos que corremos, el hombre reservado tiene asegurada la existencia. Ahora, si me lo permitís, me retiraré a descansar.

—Estáis en vuestra casa, caballero, ya os lo he dicho, y podéis obrar como mejor os plazca.

—Vuelvo a daros las gracias por todas vuestras atenciones, señor cura. Hubiera querido permanecer un momento más en vuestra compañía, pero el cansancio me vence, y mañana me espera una jornada muy dura.

—Lo comprendo, lo comprendo. Mi hermana os acompañará hasta vuestra habitación.

—Vamos allá—dijo Marta, que acababa de encender un candil, disponiéndose a salir.

Cogiendo su sombrero del clavo donde lo había colgado el cura, el hombre la siguió, después de dar a éste las buenas noches.

* * *

De regreso en la cocina, Marta se aproximó a su hermano, que se había puesto de pie, para retirarse también a descansar, y le dijo en voz baja y con aire misterioso:

—¿Sabes que ese hombre no me inspira ninguna confianza?

—¿Qué razones tienes para hablar de ese modo?—le preguntó el padre Leandro, mirándola con fijeza.

—Su manera de ser, su aspecto. Luego observé que evitaba con frecuencia tus miradas.

El cura inclinó la cabeza y pareció reflexionar. Esta actitud del noble anciano inquietó aún más a Marta.

—Yo no creo esa historia que ha contado para justificar su extravío por esta región. Y tú, ¿le crees? Contéstame con franqueza, Leandro.

—No sé—murmuró el sacerdote, cuyo espíritu parecía ganado por la duda—. Pero, ¿qué interés puede perseguir con engañarnos?

—¡Dios lo sabe!

—Tranquilízate, hermana. Después de todo, no tiene tampoco aspecto de bandido.

—Tal vez no lo sea, pero yo opino que ese hombre huye de algo, quiere ocultarse para eludir las consecuencias de algún delito.

—Eso no nos autoriza a desconfiar de él. Ha llamado a nuestra puerta pidiendo hospitalidad y se la hemos dado, como era nuestro deber. No nos preocupemos ahora de la vida íntima de ese hombre ni de su pasado. Mañana, cuando amanezca, se marchará, y ya no volveremos a tener noticias suyas.

—Dios nos proteja—murmuró Marta santiguándose, sin que las palabras de su hermano le devolvieran la tranquilidad.

—Vámonos a dormir—dijo éste—, y no pienses ya en el forastero. Mañana procura tenerle dispuesto su desayuno para la hora de su partida.

Se dieron las buenas noches, y cada cual marchó a su alcoba llevando en la mano el correspondiente candil encendido.

Veinte minutos después, la vivienda del venerable sacerdote quedaba sumida en la mayor obscuridad y en el más absoluto silencio.

* * *

El forastero no se había desnudado.

Sentado al borde del lecho, fumaba nerviosamente en su pipa, teniendo su torva mirada fija en la puerta de la habitación.

De cuando en cuando consultaba un grueso reloj de níquel que llevaba en el bolsillo del chaleco.

Pasaba el tiempo.

La llama del candil parpadeaba, y la sombra del hombre sentado al borde del humilde lecho se reflejaba en proporciones gigantescas en la pared blanqueada de cal.

De pronto, un agudo silbido desgarró el largo silencio de la noche.

Un relámpago pasó por las pupilas del forastero al oírlo. Rápidamente se puso de pie, calóse el ancho sombrero, sacó un largo puñal de entre sus ropas, y andando de puntillas para no producir ruido, avanzó hacia la puerta, la abrió y salió al patio.

La noche era sumamente fría, a pesar de estar muy avanzado Mayo. Las nevadas cumbres de las montañas próximas destacábanse majestuosas en el fondo obscuro del cielo, tachonado de astros.

Andando junto a las paredes, el hombre llegó ante la puerta que daba al camino y descorrió el cerrojo.

Abierta ésta, se encontró ante un hombre tan alto como él, tocado con un ancho sombrero y embozado en una capa que le llegaba hasta los talones.

A cierta distancia de allí, atado a un árbol, se alcanzaba a divisar un caballo.

Entre aquellos dos personajes entablóse el siguiente diálogo:

—¿Sabes algo?

—Nada, excelencia.

—Pero, ¿has intentado hacerle hablar?

—Sí; mas todo ha sido inútil. Ese hombre se muestra reservado como una tumba.

—¿De manera que no habrá más remedio que proceder sin contemplaciones?

—No habrá más remedio, excelencia.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

—¿Sabes cuál es?

—Sí, la primera.

—¿Duerme?

—Debe dormir. No se ve luz.

—¿Y su hermana?

—También se ha retirado a descansar.

—Es preciso que tú te pongas en la puerta de la habitación de la vieja. Si se produjese algún ruido y ella intentase salir para ver lo que ocurre, mátala sin andarte con rodeos.

—Entendido.

—Manos a la obra.

Los dos siniestros personajes penetraron en el patio, y el de la capa, así que vió que su cómplice se situaba, puñal en mano, delante de la puerta de la habitación donde debía dormir Marta, se aproximó él a la del sacerdote y la empujó.

La puerta, que no estaba cerrada, se abrió. El de la capa no vió más que obscuridad en el interior de aquella habitación. Iba a avanzar, cuando una voz, que debió hacerle estremecer, llegó a sus oídos:

—Adelante—dijo aquella voz de entonación serena—. Os esperaba.

El intruso se detuvo.

Semejantes palabras debieron dejarle como alelado.

—Entrad, acercaos—agregó la misma voz—. Nada de lo que hacéis me sorprende.

El de la capa permaneció inmóvil en el mismo sitio.

Sus ojos brillaban como ascuas en la obscuridad de la habitación, pero no conseguían distinguir al que hablaba.

Sin embargo, éste no debía estar muy lejos de él.

Y por tercera vez, en aquella obscuridad profunda y en medio de aquel silencio impresionante, la voz se dejó oír:

—Cerrad la puerta, hijo mío. Voy a encender mi candil, pero no conviene que la luz se refleje en el patio. Mi hermana podría enterarse de que estáis aquí.

Con un movimiento brusco, el de la capa se volvió y cerró la puerta. Luego avanzó hacia el lugar donde suponía que debía partir aquella voz, y no había tenido tiempo más que de dar tres pasos, cuando el candil quedó encendido, y el sacerdote, que estaba sentado en un viejo sillón claveteado, pudo ver que el intruso llevaba el rostro completamente cubierto por un negro antifaz.

—¡Ah!—exclamó el padre Leandro sin levantarse del sillón—. No sois el que yo suponía, pero es igual. Venid, aproximaos, hijo mío.






## CAPITULO XLIV

### Doble crimen

QUÉ queréis?—preguntó el enmascarado con voz lúgubre, aproximándose al sacerdote—. Debéis saber, anciano, que encuentro impertinente vuestra serenidad, y que vuestra humildad de santón subleva mis nervios.

—¿Y por qué no había de estar sereno? ¿Y por qué no había de ser humilde ante vos?

—Una cosa se contradice con la otra. Si os mostráis humilde porque os inspiro temor, no podéis mostraros sereno, y si os mostráis sereno ante un hombre enmascarado que invade de noche vuestra casa, es porque tenéis la soberbia de los valientes, y por lo tanto, esa humildad no os sienta bien.

—Razonáis equivocadamente, hijo mío. Esta casa es vuestra; no puedo calificar de invasión vuestra entrada en ella.

—¿Bromeáis, anciano?

—¡Dios me libre de ello!

—Prescindid entonces de tanta humildad hipócrita y pasemos a tratar el asunto que me trae aquí.

—¿Qué asunto es ese?—preguntó el padre Leandro, mirando al enmascarado sin que se alterase lo más mínimo la serena expresión que ennoblecía su rostro venerable.

—¿No lo habéis adivinado aún?

—¿Cómo adivinarlo, hijo mío?

—Pasad revista a los últimos hechos de vuestra vida.

—Tengo presentes todos esos hechos, pero no creo que haya uno solo que justifique vuestra actitud.

—Uno hay, sin embargo, que debe pesar sobre vuestra conciencia.

—Mi conciencia está tranquila.

—Eso indica que sois un hombre sin escrúpulos, anciano. ¡Tanto mejor! Con gente así es con la que me conviene tratar.

—No alcanzo a penetrar el sentido de vuestras palabras.

—¿A quién esperabais esta noche?

—A un hombre que suponía un espía, pero me he equivocado. Ese hombre no ha tenido nunca el deseo de abusar de mi hospitalidad.

—¿Os referís al sujeto que se ha recogido esta noche en vuestra casa?

—Al mismo.

—Ese hombre es mi criado. El me ha abierto la puerta de vuestra morada.

—¡Ah!—exclamó el padre Leandro.

Y una arruga surcó la serenidad de su frente.

—¿Comprendéis ahora cuál es el asunto que me trae ante vos?—inquirió con irónico acento el enmascarado.

—Sí, comprendo—murmuró el cura.

—No hago más que reemplazar al hombre que esperabais, anciano.

—Perfectamente. ¿Y qué queréis de mí?

—Que me ayudéis a desvanecer un enigma.

—Si vuestro deseo no implica faltar a mis deberes, contad con mi ayuda.

* * *

El enmascarado cogió una silla, sentóse frente al anciano, y apoyando ambas manos en sus rodillas, preguntó, mirándole fijamente a través de los redondos agujeros de su antifaz:

—¿Sabéis a qué está destinado el Castillo de las Aguilas?

—Lo sé.

—¿Conocéis a sus actuales moradores?

—Los conozco.

—¿Estabais enterado de que en el mes de Noviembre del año último, una joven de San Francisco había llegado a ese castillo, donde debía permanecer recluída hasta el resto de sus días?

—Estaba enterado.

—¿Habéis conocido a esa joven?

—Sí.

—¿De qué manera la habéis conocido?

—La encontré varias veces en el camino que conduce al caserío de los Berli, cuando me trasladaba a ese punto a decir misa.

—¡Ah! ¿Sois vos el sacerdote que en el mes de Febrero adquirió de un tal Nicolás Comte, domiciliado en el caserío de los Berli, una jaca por la suma de trescientos francos?

El anciano hizo un gesto de extrañeza.

—¡Responded! — ordenó con acento amenazador el enmascarado.

—Soy yo ese sacerdote.

—¿Con qué fin adquiristeis ese animal?

—Para que me sirviera para salvar a dos criaturas.

—¿De qué criaturas habláis?

—De las mismas por las cuales os interesáis vos.

—¿Madre e hija?

—Madre e hija.

—¿Llamábase María Teresa la madre?

—En efecto.

—¿Y vos mismo habéis bautizado a la hija con el nombre de Luisa?

—Así es.

—¿Y las habéis tenido alojadas en vuestra casa?

—Exacto.

—¿Sufragando sus gastos?

—Era justo.

—La joven madre tenía en su poder una bolsa con monedas de oro. ¿Quién le había entregado ese dinero?

—Yo.

—¿A cuánto ascendía el contenido de esa bolsa?

—Unos setecientos francos.

—Que debían servirle para sufragar los gastos de su viaje, ¿verdad?

El padre Leandro permaneció silencioso.

—¿Dónde se dirigió esa joven al abandonar a caballo Roca Parda?—continuó el enmascarado, pasando por alto aquel silencio del cura.

Pero tampoco esta vez el anciano habló.

—¿Queréis responder a mi pregunta?—inquirió el siniestro individuo con voz imperativa.

—No puedo.

—¡Ah! ¿Intentáis ocultarme el paradero de esa mujer y de su hija?

—Dios no me permite revelároslo.

—¡Os lo exijo en nombre del rey!—exclamó el enmascarado con contenida cólera.

—El secreto que el Rey de los Cielos me manda guardar no podrán arrancarlo de mis labios todos los reyes de la tierra juntos.

Un relámpago de furor fulguró en las terribles pupilas del hombre del antifaz al oír esta respuesta del padre Leandro.

—Está bien—gruñó sordamente.

Y después de dirigir una rápida mirada en torno suyo, extrajo una pistola de entre sus ropas y acercó el cañón de la misma al pecho del anciano.

Ante aquel instrumento de muerte, una ligera palidez pareció extenderse por las mejillas del sacerdote, quien, a pesar de todo, permaneció impasible.

* * *

Tras un silencio muy breve, la voz de aquel personaje maldito volvió a dejarse oír:

—Si os interesa conservar la piel, reveladme sin dilación ese secreto. Vengo dispuesto a todo, señor cura.

El padre Leandro se hizo hacia atrás en su sillón claveteado y contestó, mirando tranquilamente a su enemigo:

—Ya he pronunciado mi última palabra.

—¡Ah! ¿Luego no os amedrenta la muerte?

—No.

El cañón de la pistola que empuñaba el protervo se acercó más al pecho del sacerdote, hasta tocarlo.

—De todas maneras, yo he de descubrir el paradero de María Teresa y de su hija; emplearé más tiempo, pero he de encontrarlas, aunque para ello me sea preciso revolver toda la tierra. Vuestro silencio, pues, sólo ha de serviros para hacerme perder un poco de tiempo. ¡Peor para vos!

Se encogió de hombros, mientras sus pupilas brillaban como brasas y la pistola permanecía firme contra el pecho del padre Leandro, a la altura de su noble y esforzado corazón.

—Dios proteja a esas dos criaturas contra la maldad de sus enemigos—murmuró en voz baja el anciano, dirigiendo una mirada a lo alto.

Una interjección siniestra se escapó de los labios del hombre de la máscara, quien inmediatamente, como si aún dudara de que fuese sincera la esforzada actitud del religioso, inquirió con voz sofocada por la ira:

—Pero, ¿te resignas a morir por una mujer a quien apenas conoces y por una niña que ignoras qué hombre la ha engendrado?

—Acaba conmigo, si esa es tu voluntad—fué la respuesta del padre Leandro.

Un estremecimiento de ira sacudió el cuerpo del malvado; su mirada relampagueante volvió a recorrer con desconfianza la habitación, y en seguida, volviéndose hacia el sacerdote, contra cuyo pecho seguía teniendo apoyado el cañón de su pistola, barbotó con voz sorda:

—¡Muere!

Una detonación seca resonó como un trallazo en el silencio profundo de la noche, y mientras el maldito retrocedía unos pasos empuñando la humeante arma mortífera, el padre Leandro se levantó a medias de su asiento, llevándose ambas manos a su pecho, perforado por el proyectil, dió un paso, y en seguida rodó por el suelo balbuceando con un soplo de voz:

—¡Perdónale, Señor, este pecado sangriento!

Y expiró sin un gemido, sin una convulsión, dulcemente, como mueren los santos.

Volviendo la espalda al cadáver de su víctima, el asesino salió de la habitación.

* * *

Aquel disparo que ocasionó la muerte del padre Leandro despertó bruscamente a Marta, que dormía, como ya hemos dicho, en la habitación vecina a la de su hermano.

Llena de terror, la pobre mujer se incorporó en el lecho.

—¡Virgen María! ¿Qué ruido ha sido ese?—se dijo, paseando los ojos en torno suyo.

El chirrido que en aquel instante produjo la puerta de la habitación de su hermano al abrirse para dar paso al siniestro enmascarado aumentó su terror.

Y Marta pensó en el inquietante desconocido a quien habían dado hospitalidad esa noche.

—¡Leandro! ¡Leandro!—llamó en seguida, saltando del lecho y corriendo hacia la puerta.

Nadie le contestó, pero percibió en el patio un ruido de pasos.

—¡Leandro! ¡Leandro!—volvió a llamar a gritos la pobre mujer—. ¿Eres tú, hermano mío?

El mismo silencio.

Marta había llegado junto a la puerta de su habitación, y tanteaba en la obscuridad, buscando el pestillo. Cuando dió con él, lo descorrió y abrió.

Una forma humana le cerró el paso cuando iba a precipitarse hacia la alcoba de su hermano.

Marta se detuvo, paralizada de miedo.

—¡Alto! No os mováis ni gritéis.

La hermana del sacerdote reconoció por la voz que el hombre que le cerraba el paso era el mismo a quien esa noche habían dado albergue.

Pero la infeliz no podía hacer caso de la advertencia que aquel individuo le hacía; aún tenía en sus oídos el eco de aquel estampido que la había despertado cuando acababa de conciliar el sueño, y esto, unido a la conducta del huésped, llenaba su mente de terribles sospechas.

—¡Quitaos de aquí, mal hombre! ¡Dejadme ver a mi hermano! ¡Leandro! ¡Leandro!

Y quiso lanzarse de nuevo hacia la habitación del sacerdote, pero el miserable que le estorbaba el paso la hizo retroceder de un empellón.

—¡Silencio!—profirió—. ¡Silencio, si estimáis la vida!



*—¡Oh! ¡Eso es horrible!—exclamó la doncella, apretándose las mejillas con las manos.*

—¡Malvado!—exclamó Marta, loca de desesperación—. ¿Es que no teméis a Dios para agradecer de un modo tan vil la hospitalidad que os hemos dado?

—Gaspar: te portas como un cobarde dejando a esa mujer lanzar tantos gritos. ¿Para qué demonios tienes un puñal en las manos?

* * *

Al mismo tiempo que estas siniestras palabras llegaban a sus oídos, Marta distinguió a otro hombre que se acercaba al que le impedía dirigirse a la habitación de su hermano. Alto, envuelto en ropas negras, aquel segundo personaje tenía toda la espantosa apariencia de un demonio.

Y la infeliz mujer sintió que se le doblaban las piernas de miedo; quiso volver a gritar, pedir socorro, llamar a su hermano; pero el indescriptible terror que la poseía había paralizado su lengua, y sólo logró arrancar a su garganta un sordo gemido.

—Vamos, Gaspar: nos conviene eliminarla.

El esbirro levantó su diestra armada con el largo puñal y avanzó un paso hacia Marta, pero en el momento de herir debió faltarle el valor para ello, puesto que se volvió hacia el enmascarado, que se mantenía a dos o tres pasos de distancia detrás de él.

—¡Gallina!—rugió éste advirtiendo la indecisión de su esbirro—. ¡Vales menos que la última de las mujerzuelas!... ¡Mata!

El brazo armado que no se había atrevido a derramar sangre en aquella humilde morada de Dios, volvió a levantarse instigado por aquellas terribles palabras, y el largo puñal se hundió como un rayo en el pecho de la hermana del sacerdote, que cayó muerta instantáneamente a través de la puerta de su habitación.

Gaspar dió dos pasos atrás, tapándose los ojos y dejando caer el arma ensangrentada.

Menos salvaje que su amo, aquel crimen inútil llevado a cabo en lugar sagrado debía horrorizarle.

—En marcha—le dijo Lisandri con acento de hombre satisfecho—. Ya nada tenemos que hacer aquí.

Y cinco minutos más tarde, aquel demonio y su esbirro se alejaban de Roca Parda al galope de sus caballos, cuyas pisadas eran el único rumor que hería el imponente silencio en que la noche sumía a aquellos solitarios lugares.






## CAPITULO XLV

### Terrible descubrimiento



L esfuerzo que Montespín hubo de hacer para arrojar por la ventana el terrible aparato que expulsaba los gases asfixiantes, que habían invadido por completo la casa, le dejó por un instante sin fuerzas.

Acodado en el alféizar, chorreando sudor, temblorosas las piernas, aspiró con verdadera ansiedad el aire puro del exterior. Ya no parecía el mismo. Se sentía como ebrio; el veneno mortífero que había estado aspirando durante un tiempo cuya duración no podía precisar, había nublado su mente, confundido sus ideas.

De pronto, volvió la vista hacia el interior de la casa, y volvió a distinguir la forma blanca de la mujer tendida en medio del pasillo.

La idea que le había asaltado un rato antes volvió a fijarse en su mente.

¿Sería Alcira de Serajev, la reina de Istralia, aquella mujer?

El deseo de esclarecer el espantoso misterio que lo rodeaba, dió a Eduardo energías bastantes para hacerle avanzar hacia aquel cuerpo inerte, por el pasillo que aún no habían abandonado del todo los ponzoñosos gases.

Llegó junto a ella tambaleándose y contempló absorto aquel rostro juvenil.

No; no era Alcira de Serajev aquella mujer joven y hermosa que se ofrecía medio desnuda a sus ojos.

No era la mujer maldita que le había arrastrado encadenado a sus encantos desde el "Metropol Hotel" hasta el misterioso gabinete amarillo de aquella casa.

Y Montespín, que seguía contemplándola, advirtió de súbito que la joven hacía un movimiento.

¡Ah! ¡Aquella víctima de los gases mortíferos vivía!

Eduardo le tomó el pulso, y al hacerlo, la joven abrió los ojos y su pálida boca se entreabrió para balbucear:

—Agua..., un poco de agua, por piedad...

Y al advertir la presencia del hombre inclinado sobre ella, agregó, abriendo desmesuradamente los ojos:

—¡Oh! ¿Es usted? Pero, ¿qué ha pasado? Tengo un ardor horrible en la garganta y me siento como si fuera a morirme.

Entonces Eduardo, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, la tomó por los brazos y la arrastró hasta junto a la ventana.

—Respire usted el aire puro mientras voy en busca de agua.

Abandonando allí a la joven, se dirigió al fondo de la casa, no tardando en dar con la cocina, de donde regresó trayendo una jarra de cristal llena de agua.

La muchacha había vuelto a cerrar los ojos y parecía haber caído de nuevo en el sopor en que estaba sumida un rato antes.

Montespín la mojó la cara, la sacudió hasta hacerla reco-

brar de nuevo el conocimiento y le acercó en seguida la jarra a los labios, en la que la joven se puso a beber con una avidez de persona muerta de sed.

—Basta ya—dijo débilmente cuando hubo casi consumido todo el contenido de la jarra—. Si hubiese tragado pólvora no ardería tanto mi garganta. Pero serán mis ojos que todo lo ven turbio o es que usted también se siente enfermo, señor. Tiene el rostro amarillento como los muertos.

—¿Quién es usted?—preguntó Montespín sin apartar la vista de la joven—. ¿Qué hacía usted en esta casa?

La muchacha pareció sorprenderse de estas preguntas.

—¿No lo adivina el señor? Sirvo a la señora; soy su doncella.

—¡Ah!—exclamó Montespín, que sintió correr un ligero temblor por sus miembros—. ¿Dónde está esa mujer? ¿Dónde se oculta?

Aumentó la extrañeza de la muchacha.

—Usted es quien debe saberlo, señor. ¿No estaba con usted en el gabinete amarillo? ¿No iban a pasar ustedes la noche allí?

Montespín guardó silencio y pareció reflexionar mientras apretaba los puños.

—¡Dios mío! ¡Qué vergüenza!—exclamó de pronto la joven levantándose de un brinco del suelo y retrocediendo hacia el fondo de la casa—. ¡Si estoy casi desnuda delante de un hombre!

Eduardo, creyendo que aquella demostración de pudor era un ardid que la muchacha quería emplear para escapar, se lanzó tras ella.

—¡No se vaya!... ¡No la dejaré escapar!... ¡Bastante se han burlado de mí en esta casa!

Pero ella, alarmada por la actitud de Eduardo, suplicaba extendiendo los brazos hacia él, mientras seguía retrocediendo encogida de vergüenza.

—¡Caballero!... ¡Caballero!... Por lo que usted más quie-

ra en el mundo, no me persiga. Le prometo no huir de usted; no quiero otra cosa que vestirme. Déjeme entrar en mi habitación, caballero.

—Deténgase usted. Estos no son momentos para perder la cabeza tras las formas de una mujer bonita. Su desnudez no me preocupa lo más mínimo; conque no se haga usted la pudorosa y dígame dónde puedo encontrar a su ama.

—¡Ay, caballero! ¡Soy una mujer honrada, caballero!... Deje usted que me vista y se lo explicaré todo.

En otras circunstancias, Montespín no hubiera podido menos que reírse a mandíbula batiente de la conducta de la muchacha; pero en aquel momento no estaba para bromas el joven capitán de Coraceros, y decidido a que la muchacha no se le escapase, dió un salto para cogerla y arrastrarla de nuevo junto a la ventana; pero ella, que había llegado ante su habitación, situada cerca de la cocina, se metió en ella y tuvo tiempo de cerrar la puerta en las mismas narices de Montespín.

—¡Maldición!—exclamó éste lleno de ira—. No conseguirá usted burlarse de mí; o abre la puerta o la echo abajo.

La doncella le respondió desde dentro con voz quejumbrosa:

—Un momento, caballero; un instante de cordura. Déjeme usted ponerme mi ropa y le abriré.

Por fortuna, contra lo que Montespín esperaba, la muchacha cumplió su palabra, y tres o cuatro minutos después abría la puerta, balbuceando:

—¡Perdón, caballero! Comprendo que no perseguía usted un mal fin, pero no por ser una doncella de servicio dejo yo de tener mi pudor.

Apareció vestida con el uniforme negro de doncella, adornado con encajes blancos y calzada con unas zapatillas. La palidez de su semblante denotaba que sufría aún los efectos de los gases.

—No perdamos tiempo en hablar tonterías y dígame us-

ted dónde demonios se ha metido su señora—contestó Eduardo agriamente.

—¡Ah! ¡La señora! Pero, ¿no hemos quedado en que estaba con usted en el gabinete amarillo?

—Ha desaparecido de allí.

—¡Dios mío! ¿Habrá ella también caído medio asfixiada por ese humo pestilente que hace un rato llenaba toda la casa?

—Usted debe saberlo.

—No sé nada, caballero, se lo aseguro a usted...

—¿Pretenderá hacerme creer que no ha vuelto a ver a su ama después que me abandonó en el gabinete amarillo?

—Esa es la verdad, señor.

—¡Miente!

—¡Caballero!

—Es usted una cómplice de esa malvada mujer.

—¿Malvada la señora? Caballero, no podía haberse portado mejor conmigo en los pocos días que llevo a su servicio.

Estas vehementes protestas de la doncella inducían a Montespín a creer en su inocencia.

—¿Dice que lleva muy pocos días a su servicio?

—Una semana, caballero.

—¿Cuándo la ha conocido?

—El mismo día que la señora vino a vivir a esta casa. Puso un anuncio en un periódico solicitando los servicios de una doncella, me presenté y quedé inmediatamente admitida.

—¿Vivía sola en esta casa la señora?

—Completamente sola.

—¿Recibía visitas?

—Sólo una vez recibió una visita: la de un caballero de barba negra, que, según me dijo después, era un compatriota suyo.

—¡Ah! ¿De qué nacionalidad dijo ser su señora?

—Húngara.

—Y ese caballero, ¿no ha vuelto por aquí?

—No, señor.

—Entonces ha sido la señora la que metió en el pasillo el aparato de los gases asfixiantes.

—¿Qué dice usted?

—Que su ama ha pretendido enviarme al otro mundo.

—¡Imposible, señor!

—Su conducta criminal aparece perfectamente definida. Sólo ella ha podido hacer funcionar ese terrible aparato que expulsaba gases venenosos.

—Estoy segura que eso ha sido obra de algún malvado que ha querido vengarse de mi ama.

—Si ella no hubiese desaparecido, podríamos creerlo así; pero su fuga la delata. Por otra parte, muchacha, ocho días es muy poco tiempo para poder conocer a fondo a una persona. Su ama la ha engañado y ha pretendido matarla para que no pudiese revelar a nadie lo que debía ocurrir en esta casa. Si yo no salgo a tiempo del gabinete amarillo para poder abrir la ventana, en estos momentos estaría usted en el otro mundo.

—¡Oh! ¡Eso es horrible!—exclamó la doncella, apretándose las mejillas con las manos.

—¿Cómo se explica que la haya encontrado tendida, medio desnuda, en el pasillo?—preguntó Eduardo, empeñado en desentrañar aquel misterio.

—Una media hora después de haberse encerrado usted con la señora en el gabinete amarillo, me acosté. Acababa de conciliar el sueño, cuando abrí los ojos sintiendo que no podía respirar. Entonces percibí un olor desagradable que me irritaba la nariz y la garganta. Abrí la ventana de mi habitación para purificar el ambiente, pero esto de poco me sirvió. El olor seguía entrando en mi habitación y no tardé en darme cuenta que ésta estaba invadida por una sutil humareda. Intrigada por ello y temiendo que estuviese ardiendo algo dentro de la casa, abrí la puerta y salí al pasillo. Inmediatamente experimenté una sensación de mareo, sentí que las piernas se me doblaban, y al dar los primeros pasos me desplomé, sofocada,

sobre el piso, como si me faltase el aire para respirar. De esa manera me encontró usted.

Tenía este relato cierto viso de verosimilitud que inclinaba a Eduardo todavía más a creer en la inocencia de la muchacha. Después de todo, no tendría nada de extraordinario que ignorase los planes que habían traído a su ama a Berlín. La infeliz había estado a punto de morir víctima de los siniestros propósitos de aquella mujer, en la que Montespín había reconocido a la reina de Istralia, Alcira de Serajev.

Mientras en esto pensaba, permanecía silencioso, y la doncella le dijo, poseída de gran inquietud:

—Por favor, caballero; ayúdeme a buscar a mi señora... Temo que ella haya sido también víctima de esos gases y se encuentre dentro de una de estas habitaciones sin poder respirar.

Hecha esta súplica, avanzó hacia la puerta del gabinete amarillo; pero notando que Eduardo permanecía en el mismo sitio sin seguirla, se volvió hacia él:

—¿No quiere usted acompañarme, caballero? No me atrevo a entrar sola en las habitaciones donde temo encontrarme de repente ante el cuerpo de mi pobre señora.

—Vamos allá—dijo Eduardo, siguiéndola y encogiéndose de hombros—. Estoy seguro que perderemos el tiempo buscando a su ama.

* * *

Entraron en el gabinete amarillo, pero no vieron allí más que la mancha dejada en la preciosa alfombra que cubría el suelo por la violenta reacción de Montespín.

—No, aquí no está la señora—murmuró la doncella—. Busquemos en la sala, en el despacho, en el comedor o en el otro gabinete. Estoy segura que debe estar en la casa y que las estará pasando muy negras a consecuencia de esos malditos gases.

Pasaron al comedor y después al despacho, sin encontrar a la persona que buscaban ni advertir señal alguna que permitiese suponer que la dueña de la casa había pasado por allí recientemente. Todo estaba como recordaba haberlo dejado la muchacha un par de horas antes, cuando había dado por concluída su diaria faena.

—Veamos ahora el gabinete de la señora—dijo.

Se acercaron a él; pero al ir a abrir la puerta, notaron con gran sorpresa que ésta no cedía.

—¡Caramba!—exclamó la joven—. ¿Quién ha podido cerrar esta puerta con llave?

Las pupilas de Montespín se iluminaron.

—¡Algo hay detrás de esta puerta! Precisamente delante de ella era donde estaba colocado el aparato que esparcía los gases venenosos por toda la casa.

—¡Si estuviera dentro mi pobre señora!—lloriqueó, llena de miedo, la doncella—. Será mejor llamar a la policía, caballero.

—¡Qué policía ni qué ocho cuartos! ¿No tiene usted una llave que sirva para abrir esta puerta?

—No, señor; esta puerta siempre tenía su llave puesta por la parte de afuera, y ahora, como usted ve, ha desaparecido.

—Pues es preciso abrir.

—Pero, ¿cómo sin la llave?

—Forzando la cerradura, echando la puerta abajo si es preciso.

—Esta puerta es precisamente la más fuerte de la casa.

—¡Ah!

La certeza de que tras aquella puerta cerrada había de hallar la clave del misterio que tanto le intrigaba, fué lo que arrancó a Eduardo esta exclamación de su pecho.

Inmediatamente se encaminó a la cocina, y después de buscar en ella durante un par de minutos, acabó por hallar un ha-

cha de las que se utilizan para partir la leña de la lumbre y un hierro de los que sirven para atizar el fuego de las cocinas.

Con esos instrumentos volvió junto a la puerta cerrada, donde le esperaba la doncella presa de la más intensa inquietud.

El aire que entraba por la ventana del pasillo, por la de la habitación de la muchacha y por el balcón del comedor, que también habían abierto, había renovado por completo la atmósfera de la casa envenenada por los gases asfixiantes, y ya se respiraba allí con entera libertad, aunque sin poder evitar Montespín y la joven un fuerte ardor en la garganta y en los bronquios, efecto de la irritación que sobre esas partes había producido la gran porción de veneno diluído en el ambiente.

Tras un brevísimo reconocimiento de la puerta. Eduardo escogió la parte que creyó más débil para descargar sobre ella sus golpes con el hacha. La muchacha, tras él, no cesaba de aconsejarle que era conveniente dar cuenta a la policía de cuanto acontecía, y que el obrar por su cuenta en aquellas circunstancias podía muy bien ocasionarles a ambos un serio disgusto.

Pero nuestro amigo, deseoso de llegar cuanto antes al esclarecimiento del terrible misterio, sacaba fuerzas de flaquezas para descargar sus golpes sobre la puerta cerrada y derribarla con objeto de ver qué había tras ella.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Comenzaron a caer algunas astillas.

Luego se hizo un boquete por el cual podía pasar muy bien la mano de un hombre.

Una bocanada de gases tóxicos salió por aquel boquete, hiriendo el olfato de Montespín y de la muchacha:

—¡Horror!—exclamó ésta dando un paso atrás—. Si mi pobre señora ha quedado encerrada en este lugar, es seguro que a estas horas ya no vive.

Montespín no contestó. Proseguía su obra con una energía

verdaderamente inverosímil, dado su precario estado físico en aquel momento.

Y bajo los golpes de su hacha, el boquete se ensanchaba por instantes, mientras a través del mismo continuaban saliendo los gases que llenaban por completo el gabinete.

De pronto, media puerta quedó colgando de sus goznes.

—¡Por fin!—exclamó Eduardo, retrocediendo un paso, dejando caer el hacha, que ya era completamente inútil, y enjugándose el sudor que caía a chorros de su frente y de sus sienes.

Y conteniendo la respiración se lanzó al interior del gabinete, que estaba sumido en la obscuridad.

La muchacha no se atrevió a seguirle; permaneció en el umbral temblando de miedo y de ansiedad.

Transcurrieron algunos segundos.

Una exclamación lanzada por Eduardo brotó del interior del gabinete.

—¡Cielos!—profirió llorosa la doncella—. ¿Qué sucede, caballero?

—Dé usted luz—respondióle Montespín desde dentro.

La muchacha alargó el brazo para buscar al otro lado del marco de la puerta la llave de la luz; la hizo girar, pero fué en vano: el gabinete no se iluminó.

—Señor—balbuceó—, no hay corriente.

—¡Traiga usted un candil! — exclamó Montespín —. ¡Pronto!

Alejóse la doncella hacia la cocina, pero el bravo capitán de Coraceros, que acababa de tropezar con un cuerpo humano tendido en el suelo, casi en el fondo del gabinete, no tuvo paciencia para esperar su regreso, y cogiendo a aquel ser humano por los brazos, lo arrastró fuera, hasta el pasillo.

Era un hombre.

Inmediatamente, Eduardo se inclinó sobre él, y tan pronto sus ojos se fijaron en el rostro de aquel individuo, un gri-

to ronco, estentóreo, brotó de su pecho, y quedó inmóvil, como un cuerpo petrificado.

* * *

—¡Oh!—exclamó la muchacha, que en aquel momento volvía de la cocina trayendo una pequeña lámpara de petróleo encendida—. ¿Quién es ese hombre, señor?

Estas palabras parecieron arrancar a Montespín de su pétrea inmovilidad. Inclinándose de nuevo sobre el hombre tendido en el suelo, balbuceó:

—¿Será que sueño? ¡Condenada pesadilla! ¿Tú aquí?... ¿Tú?... ¿Qué broma terrible es ésta?

Se frotó los ojos con energía, se inclinó más todavía sobre el hombre que tenía bajo sus miradas, y acabó por proferir, en el colmo del estupor:

—¡Canevari!... ¡Canevari!... Pero, ¿eres tú?... ¡Lucas! ¡Lucas! ¡Amigo mío!

Sacudió enérgicamente aquel cuerpo rígido, le oprimió las manos, palpó su rostro lívido y agregó, presa de mortal angustia, llorando casi:

—Sí, sí; eres el mismo. ¡Lucas, Lucas! Pero, ¿es que no me oyes, desventurado? ¿Cómo estás aquí? ¿Qué poder misterioso te arrastró a mi lado, haciéndote compartir la suerte espantosa que me aguardaba en esta casa? ¡Lucas! ¡Canevari! Abre esos ojos, hombre de Dios. ¡Mírame! ¡Lucas, amigo mío! ¡Ah, maldición! ¡Ya no perteneces a este mundo, desventurado!

Se levantó de junto a Canevari, y mesándose los cabellos, dió unos pasos por el pasillo. La muchacha, que le miraba asustada, sosteniendo la pequeña lámpara, le dijo:

—Señor, ahora que recuerdo, ese hombre no debía estar solo en el gabinete. Debe haber otro ahí dentro.

—¡Otro!—repitió Montespín, atontado.

Y pareció reflexionar un instante con la cabeza inclina-

da sobre el pecho. De pronto, como si hubiese adoptado una resolución, dirigió una mirada al cuerpo rígido de Canevari, arrebató la lámpara de manos de la muchacha y penetró en el gabinete.

Otra exclamación de terrible sorpresa se escapó de su pecho apenas hubo dado dos pasos en el interior de aquella estancia.

Tenía razón la muchacha: tendido en el suelo, entre dos butacas, distinguió el cuerpo de otro hombre.

—Señor, llamemos a la policía; avisemos a un médico. No tenemos derecho a ocultar esta catástrofe.

Pero Montespín no oía los prudentes consejos de la doncella. Había dejado la lámpara sobre la repisa de la chimenea, y acercándose a aquel segundo cuerpo humano, lo arrastró hacia el pasillo hasta dejarlo junto al de Canevari.

¿Quién sería aquel hombre que acompañaba a su entrañable amigo, y que, como él, había sido víctima de los gases envenenados?

Los ojos de Montespín se fijaron en su rostro, más lívido aún que el de Lucas, y entonces creyó enloquecer de sorpresa.

—¡El rey!—musitó llevándose las manos a la cabeza—. El rey...

* * *

El portero del edificio de la Embajada de Istralia, que había estado aguardando el regreso del embajador y de su hija, que esa noche habían asistido a la fiesta del "Metropol Hotel", acababa de pasar el cerrojo a la puerta, cuando frente a ésta se detuvo un hombre que acababa de desembocar corriendo de una calle vecina.

Aquel individuo, que estaba sin sombrero, con el cabello y las ropas en el más completo desorden, llevó rápidamente una mano al botón del timbre eléctrico y lo oprimió con toda energía.

Un instante después, el portero descorría el cerrojo y entreabría la puerta, preguntando:

—¿Quién llama a estas horas?

—Soy yo; déjame pasar—respondió aquel hombre con voz ronca.

El portero hizo un gesto de asombro.

—¡Vos!... ¿Es posible?

—¿Dónde está el señor Pagallos? ¡Necesito verle al instante!

—Acaba de llegar con su hija del "Metropol Hotel". Pero, ¿cómo venís en ese estado, señor Montespín?

—Llama al señor Pagallos; no tengo tiempo que perder.

Se hizo a un lado el portero, y el hombre que a aquellas horas había llamado a la puerta de la Embajada en tan lamentable estado y que no era otro que Eduardo Montespín, penetró en el recibimiento demostrando ser presa de la más viva agitación.

—Aguardad un instante mientras subo a avisar a su excelencia.

Y el portero se dirigió hacia la escalera mirando lleno de asombro al agregado militar de la Embajada.

Montespín, que no podía estarse quieto, comenzó a pasearse por el recibimiento para calmar su impaciencia.

—El rey, Lucas, Alcira de Serajev...—murmuraba abriendo y cerrando nerviosamente sus puños—. ¡Qué espantoso enigma!

Súbitamente se detuvo al oír tras él un ligero ruido seguido de una breve exclamación, y al volverse distinguió en el fondo del recibimiento una forma blanca de mujer que le miraba inmóvil.

Era Ada, la hija del embajador de Istralia.






## CAPITULO XLVI

### Secreto que puede conocer el padre, pero no la hija

MONTESPÍN avanzó hacia ella balbuceando unas torpes frases de disculpa.

Pero Ada, que se había repuesto inmediatamente de la viva sorpresa que experimentara al ver allí al agregado militar de la Embajada, contestó sin moverse, con toda altanería:

—Dispensadme, caballero; pero este no es un momento que pueda yo entretenerme para escucharos.

—¡Oh, señorita!—exclamó Montespín, humillado—. Comprendo que os debo una explicación... Os aseguro que no es mi costumbre comportarme como lo he hecho esta noche.

—Podéis estar tranquilo, caballero; no me he tomado el trabajo de formar juicio sobre vuestra conducta.

Retrocedió un paso, y agregó, más soberbia, más altiva:

—Si no veníais más que a eso, podéis retiraros.

Le volvió la espalda y se alejó unos pasos. Herido en el corazón por este trato, Montespín la siguió unos pasos, queriendo explicarse:

—Escuchadme, Ada. Vuestros reproches son injustos... ¿No reparáis en el estado en que vengo a esta casa?

—Eso es una demostración de que habéis pasado muy bien las horas que nos privasteis de vuestra compañía en el "Metropol Hotel"—replicó ella con tono mordaz.

Y siguió alejándose.

Montespín fué todavía tras ella.

—¡Oh, Ada! ¡Sois injusta conmigo! En las pocas horas que he estado separado de vos y de vuestro padre, he pasado por momentos horribles.

—¿Tan ingrata fué con vos aquella mujer?—contestó la jovencita sin volver el rostro hacia el hombre que la seguía suplicante.

—¡Ah!... ¿Llegasteis a verla?—exclamó Eduardo—. Pero no manchéis vuestros labios hablándome de aquella maldita. ¡Si supierais!...

* * *

Fueron tan conmovedoras estas últimas palabras, había en ellas tal acento de dolor, que Ada se detuvo y se volvió hacia Montespín.

—Hablad—dijo, deponiendo toda su severidad.

—Ada, es horrible lo que tengo que deciros—dijo el capitán de Coraceros.

—No importa; pensad que debéis rehabilitaros a mis ojos y a los de mi padre. Si sois un caballero, como yo creo, todo ha de pareceros poco.

Eduardo apretó los puños. Una duda atroz le torturaba. ¿Podría revelar a aquella criatura el horrible secreto que acababa de descubrir?

¿Era aquel el momento propicio?

Pensó en Canevari, pensó en el rey, tendidos en medio del pasillo de aquella casa maldita, lívidos, rígidos, animados apenas por un leve soplo de vida, y suplicó a Ada:

—Perdonadme; no tengo tiempo que perder esta noche, y además, hay cosas que he de reflexionarlas mucho antes de herir con ellas vuestros oídos. Mañana, o tal vez dentro de unas horas, podré explicarme. Creedme bueno, a pesar de todo, Ada, os lo suplico.

—¡Ah!—exclamó ella, decepcionada—. Lo comprendo: necesitáis tiempo para inventar una historia que os sirva de excusa. No os molestéis en ello, caballero.

Tornó a volverle la espalda y se alejó, desapareciendo tras un cortinaje al propio tiempo que el señor Pagallos aparecía en lo alto de la escalera seguido del portero.

* * *

—Montespín—dijo el embajador mientras descendía, alarmado por el aspecto que presentaba el joven capitán de Coraceros con las ropas en desorden, pálido el rostro y revueltos los cabellos—, ¿qué es lo que os trae a la Embajada a estas horas?

—Necesito hablar con vuestra excelencia sin pérdida de tiempo de un asunto gravísimo—contestó Eduardo, saliendo al encuentro del señor Pagallos.

—Sentaos—dijo éste, indicando a Eduardo uno de los sillones del recibimiento—. Venís en un estado que me llena de alarma.

—No, excelencia; no podré hablar aquí. Necesitamos encontrarnos en un sitio más reservado.

—Venid a mi despacho, entonces.

Montespín le siguió hasta allí, y el señor Pagallos cerró cuidadosamente la puerta tan pronto se encontraron en aquel lugar.

—Pero sentaos, capitán—dijo, volviéndose hacia éste.

—Gracias, excelencia; pero mis nervios no me permiten estarme quieto.

—Hablad, entonces.

—¿Estáis seguro que nadie puede oírnos?

—Nadie; no tengáis cuidado.

—Es un secreto horrible el que tengo que comunicaros.

—Os escucho.

—Excelencia, mi amigo Canevari está en Berlín.

—¡Ah! — exclamó el señor Pagallos —. Lo sabía antes que vos.

—¿Que lo sabíais, decís? ¡Cielos! Esto significa que el misterio se hace más denso todavía para que pueda penetrarlo mi pobre inteligencia. ¿Y cómo es que lo sabíais, señor embajador?

—Muy sencillo: el marqués de Canevari estuvo en mi palco en el "Metropol Hotel".

—¿Esta misma noche?

—Esta misma noche, capitán.

—¿A qué hora, gran Dios?

—Aproximadamente, cerca de la media noche.

—¿Qué fué a hacer el marqués a vuestro palco?

—Os buscaba.

—¡Oh, desesperación! ¿Y después?

—No pude darle noticias de vuestro paradero, y se marchó, prometiendo ir a esperaros a vuestra casa.

—¡Desventurado!

—¿Quién?

—El marqués, excelencia.

—¿Por qué le calificáis de tal modo?

—Porque ha sido víctima de una terrible desgracia.

—¿Es posible?

—En este momento, Canevari se encuentra a un paso de la muerte.

—¡Demontres! ¿Qué le ha ocurrido?

—Han pretendido asfixiarle por medio de gases venenosos.

El señor Pagallos abrió desmesuradamente los ojos. La revelación de Montespín le dejaba atónito.

—Pero, ¿quién ha osado atentar contra la vida del mejor de vuestros amigos?

—Esa no es cosa de preguntarla ahora, excelencia. Aún no os he dicho lo peor.

—Me tenéis sobre ascuas, capitán. ¿Es que hay más desgracias que lamentar todavía?

—Sí; una, horrorosa.

—Hablad, decid, explicaos...

—Su majestad el rey de Istralia se encuentra en la misma situación que mi pobre amigo Canevari.

Esta vez, el embajador retrocedió, mirando a Montespín con la expresión que se emplea para contemplar a un hombre que acaba de volverse repentinamente loco.

—Capitán—dijo por último—, no tiene sentido lo que acabáis de decir.

—Excelencia, es la pura verdad.

—Pero...

—El rey de Istralia, Oscar Luis I, se encuentra en estos momentos al lado de mi amigo Canevari, agonizando como él, víctima de los gases venenosos, a cuyo tormento los han sometido unos malvados. Si he venido a llamar a vuestra puerta a estas horas, señor embajador, ha sido para suplicaros que me ayudéis a hacer todo lo preciso en favor de mis pobres amigos. Sois la única persona en quien yo puedo confiar en Alemania, y como comprenderéis, no es cosa de poner este asunto en conocimiento de las autoridades de este país.

—¡Me dejáis helado, capitán! ¡Nuestro soberano en Berlín, al lado de vuestro amigo!... ¡El rey de Istralia amenazado de muerte en un país extraño!... ¿No habréis soñado esto que me contáis, desventurado?

—Es la verdad, excelencia, la terrible, la espantosa verdad. Seguidme.

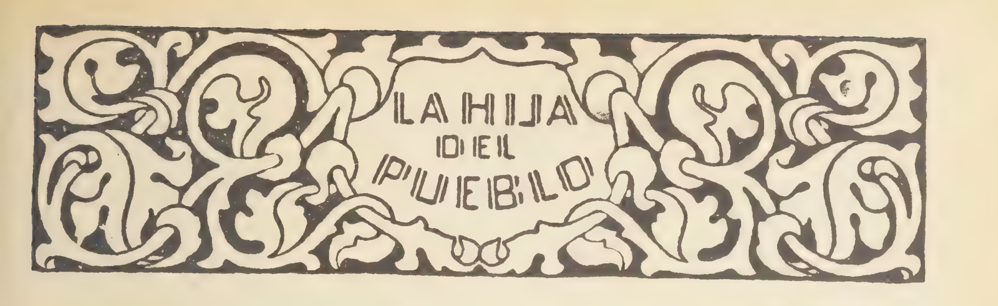
—Pero, ¿adónde?—inquirió el señor Pagallos, viendo que Montespín se dirigía hacia la puerta del despacho.

—Al lado de nuestro soberano y de Canevari.

—¿En qué sitio se encuentran?

—En una casa en la Avenida de Munich, bien cerca de aquí por lo tanto.






## CAPITULO XLVII

### En el chalet del embajador

LA turbia claridad del amanecer comenzaba a filtrarse por las vidrieras del "hall" del chalet que el señor Pagallos poseía en un pintoresco pueblecillo situado a unos diez kilómetros de Berlín, cuando Eduardo Montespín, que había estado paseándose por espacio de más de media hora de uno a otro extremo de dicho "hall", dando muestras de una nerviosidad y una desesperación extremadas, se dejó caer en uno de los amplios sillones de mimbres dispuestos en torno de una mesilla de té.

Por encima del respaldo de otro sillón, situado cerca del que acababa de ocupar el capitán, asomó una rubia cabeza de mujer.

—Caballero — murmuró tímidamente una voz femenina.

Eduardo no pareció oírla, puesto que ni se movió siquiera en su asiento.

—Caballero—repitió la rubia, elevando más la voz—, escúcheme usted.

Eduardo levantó los ojos, miró fijamente a la que le hablaba, e inquirió con sequedad:

—¿Qué quiere?

—No comprendo, caballero, su afán de guardar reserva sobre lo que ha ocurrido en casa de mi señora. Me expone usted a un gravísimo peligro, puesto que si la policía llega a descubrir o a sospechar siquiera lo que ha ocurrido...

—¡Por lo que más quiera en el mundo—exclamó Montespín con acento colérico—, haga el favor de cerrar el pico!

—Eso será de su conveniencia—replicó la muchacha, asomando ya casi medio cuerpo por encima del respaldo del sillón, en cuyo asiento debía haberse arrodillado—, pero está lejos de ser de la mía. Al fin y a la postre, yo no tengo por qué comprometer mi tranquilidad haciendo caso de lo que usted dice.

—¡Condenada lengua!—refunfuñó Eduardo—. ¿No comprende, desventurada, que el medio más seguro de comprometer su tranquilidad sería obrar como quiere?

—No, no comprendo—declaró la doncella—. Nuestro deber era dar cuenta a la policía de lo ocurrido y declarar todo cuanto sabíamos, en vez de trasladarnos desde casa de mi ama a este lugar cargados con esos dos infelices envenenados por los gases asfixiantes.

—¡Perfectamente!—exclamó el capitán de Coraceros con tono mordaz—. ¿Y sabe usted lo que hubiéramos conseguido al obrar como dices?

—Yo sólo sé que eso era lo justo.

—No lo niego; pero el primer acto de las autoridades hubiera sido prenderla y encerrarla en un calabozo bajo la inculpación de cómplice de la mujer a quien usted ha estado sirviendo.

—¡Pero si yo también he sido víctima de los manejos de

esa señora!—protestó la muchacha—. ¿No me encontró usted mismo tendida en el pasillo, expuesta a morir asfixiada?

—Eso no basta para desvirtuar su complicidad. La policía podría pensar que su ama había intentado eliminarla con objeto de que no descubriera sus delitos.

—¡Ah!... Pero, ¿puede usted suponerme capaz de ayudar a semejante monstruo de mujer?

—Yo estoy convencido de todo lo contrario, pero la policía... Hay además otro detalle que podría perderla.

—¿Cuál?

—Usted misma ha declarado que es la que ha abierto la puerta a mis infelices amigos cuando se presentaron para pedir a su ama noticias mías.

—Es verdad; atendí a esos señores, pero sin pensar nunca que les amenazaba tan grave peligro.

—A pesar de todo, su conducta la haría sospechosa a los ojos de la policía, y si a todo esto mis amigos recobran el conocimiento y declaran que usted les ha abierto, que les ha introducido en aquel maldito gabinete, su situación podría complicarse más todavía...

—¡Qué atrocidad! ¿De manera que lo que usted desea es que no diga yo una palabra de lo que ha sucedido esta noche en aquella casa?

—Ni una palabra.

—Pero, ¿quién se encargará de atrapar a mi señora, en ese caso? Supongo que no tendrá usted el propósito de dejarla escapar tranquilamente.

—Yo me entiendo—dijo Montespín.

—No olvide usted que yo tengo cuentas que arreglar con aquella buena señora. No es cosa que deba perdonarle que haya pretendido asfixiarme como a una rata después de haberla servido tan fielmente.

—Caerá en nuestras manos, pierda cuidado, y entonces le ajustaremos las cuentas como es debido.

—¡Quién hubiera podido sospechar que bajo la bondad con que me trataba ocultaba tan siniestros propósitos!... Me devano los sesos pensando en el móvil que la ha inducido a atentar contra la vida de usted, de sus amigos y la mía...

—Ya aclararemos este extremo, muchacha. Pero, ¿no cree usted que le vendrían bien unas horas de reposo?

—Estoy hecha una calamidad, caballero; me siento débil, fatigadísima, y el pecho y la garganta continúan ardiéndome por culpa de esos malditos gases; pero antes de echarme a dormir, me gustaría saber qué dicen esos señores del estado de sus amigos.

Montespín abandonó su asiento y volvió a pasearse por el "hall" del chalet, invadido poco a poco por la claridad del nuevo día. La doncella, sin cambiar de posición, le seguía con la mirada, espiando todos sus movimientos.

* * *

De pronto Montespín se detuvo, prestando atención a un rumor que procedía del fondo del chalet.

—Esos señores vienen hacia aquí—dijo la muchacha—. ¿Habrá ocurrido alguna novedad?

—Voy a ver—contestó el capitán.

Abandonó el "hall", y por un ancho corredor adornado con plantas y cuadros de paisajes, se internó en el edificio, encontrándose en seguida ante el señor Pagallos y un caballero de la misma edad que éste, vestido de negro, que llevaba en la mano su sombrero de copa.

A este último se dirigió Montespín con tono suplicante:

—Doctor, ¿queda alguna esperanza?

El interpelado miró al joven de arriba a abajo y contestó:

—El caso es gravísimo; pero, no obstante, cabe esperar una reacción.

—¡Ah!—exclamó Montespín, en cuyas pupilas fulguró un rayo de alegría—. ¡Haga usted cuanto sea menester, doc-

tor, por salvar la vida a esos hombres! No repare en sacrificios.

—Descuide usted, joven—respondió afablemente el médico—; pondré en juego todos los recursos de la ciencia para avivar ese débil soplo de vida que aún alienta en esos dos desventurados.

—Pero, ¿los abandona usted?

—No; vuelvo a Berlín en busca de mis dos ayudantes y de todo lo que nos hace falta para someter a los enfermos a una prueba decisiva. Por el momento, no he podido facilitarles el funcionamiento del corazón. Tenga usted calma; dentro de una hora estaré de regreso.

—En usted confío, doctor.

—Bien, señores; hasta la vista.

Diciendo esto, el médico estrechó la mano del embajador y de Montespín, que le habían acompañado hasta el "hall", y abandonó el chalet, subiendo al automóvil que le esperaba ante la verja.

Al quedar solos, el señor Pagallos y el capitán de Coraceros cambiaron una angustiosa mirada.

—¿Creéis que se salvarán?—preguntó Eduardo en istraliano al embajador.

—Tengo una confianza absoluta en el doctor Freibich—contestó el señor Pagallos—. Es un gran sabio y un hombre de corazón.

—¡Desgraciados amigos míos!—exclamó el capitán de Coraceros inclinando la cabeza y quedando sumido en dolorosas reflexiones.

Abandonando el sillón en cuyo asiento estaba arrodillada, la muchacha se aproximó a ellos.

—Caballeros, ¿qué ha dicho el médico?

—Confía en salvarlos—contestó el señor Pagallos—, y por mi parte, creo que lo logrará.

—¡Dios lo quiera!—exclamó la joven con un suspiro. Y agregó en seguida, con cierta vivacidad:

—Si puedo serles útil en algo, no tienen ustedes más que mandarme.

Retírese usted a descansar—le contestó Eduardo—. Por ahora, todo lo que haya que hacer correrá de cuenta de este caballero y mía.

—Además—agregó el embajador—, en su casita, en el fondo del jardín, están los guardas del chalet, una pareja de toda confianza, a la que podemos recurrir caso de que nosotros no nos bastáramos.

La muchacha se dió por convencida y pidió le designasen un lugar donde poder echarse a dormir. El señor Pagallos la acompañó hasta una de las habitaciones que ocupaban las doncellas cuando debían prestar servicio en el chalet, donde el embajador y su familia solían pasar algunas temporadas, y después de dejarla allí, volvió al lado de Montespín.

—Hablemos ahora—le dijo tomando asiento en uno de los sillones de mimbre del "hall".

Montespín se pasó una mano por la frente, y luego, deteniéndose ante el embajador, murmuró con voz ronca:

—¡Noche espantosa! No sé cómo puedo aún conservar la razón.

—En realidad, todo esto parece una pesadilla—dijo el señor Pagallos—. ¿Habéis hablado con la muchacha? ¿Le habéis indicado que guarde absoluta reserva sobre todo lo que ha visto?

—Le he hecho comprender que le conviene callar.

—¿Luego opináis que esa joven no ha intervenido para nada en este misterioso y terrible suceso?

—Tengo la certeza más absoluta. Por otra parte, ella misma estuvo a punto de ser víctima de los siniestros manejos de aquella mujer.

Y al pronunciar estas palabras, un relámpago amenazador brilló en las pupilas de Montespín.

El embajador quedó pensativo.

—Capitán—dijo de pronto, mirando profundamente a

Montespín—. ¡Es imposible que sea verdad lo que me habéis dicho respecto a la personalidad de esa mujer que ha pretendido arrastraros a la muerte!

—Mis ojos no me han engañado, excelencia; creedlo—contestó Eduardo esbozando una sonrisa de amargura.

—¿Pero la reina de Istralia, nuestra soberana, capaz de cometer esas infamias? ¿Puede la realeza descender tan bajo? ¡Cuidado, Montespín! Formuláis una acusación peligrosa.

—¡Alcira de Serajev era la mujer que me arrastró desde el "Metropol Hotel" hasta aquella casa! ¡Alcira de Serajev debió ser también la que pretendió asesinar a mis amigos empleando para ello los gases venenosos, cuyo aparato vos mismo habéis recogido del patio de la casa, adonde yo lo arrojé por la ventana! Más extraño debía pareceros, señor embajador, la presencia del rey en aquel sitio que la conducta de esa mujer.

El señor Pagallos se oprimió las sienes con las manos.

—¡Horripilante enigma!—exclamó—. Me cuesta creer en la realidad de lo que han visto mis ojos.

—¡Haga Dios que Oscar Luis y el marqués de Canevari recobren el conocimiento, aunque sólo sea para darnos un indicio que nos permita esclarecer este misterio!

* * *

Reinó un breve silencio entre los dos hombres, y por último, el señor Pagallos preguntó:

—¿De modo que no abrigáis siquiera la más ligera sospecha acerca de las causas que han podido reunir a su majestad con el marqués de Canevari y decidirles a venir a Berlín en vuestra busca?

—No puedo comprenderlo, excelencia.

El embajador se puso de pie haciendo un gesto de contrariedad, y a su vez comenzó a pasearse por el "hall".

—Por un lado, el rey y Canevari, que os buscan—dijo,

como si hablase consigo mismo en lugar de dirigirse a Eduardo—. Por otro, la reina, Alcira de Serajev, que os engaña y os arrastra hasta aquella casa en la que debíais encontrar la muerte, y a la cual han ido a parar también su majestad y el marqués... ¡Qué espantosa trama! Vos habéis sido llevado hasta aquel lugar de muerte por una mujer hermosa; pero a Oscar Luis I y a Canevari, ¿quién ha podido llevarles allí cuando momentos antes, como ya os he explicado, se habían formado el propósito de ir a esperaros a vuestro domicilio?

—Eso sólo pueden decírnoslo ellos mismos, señor embajador.

—Pero entretanto, nos veremos obligados a permanecer con los brazos cruzados. ¿Y si el rey y Canevari no recuperasen jamás el conocimiento?

—¡No lo permita Dios!—exclamó Eduardo estremeciéndose.

—Sería una calamidad, lo comprendo, mi querido capitán; pero, sin embargo, en estas circunstancias tan graves, es preciso tenerlo todo previsto. ¿Qué haríamos si la poca vida que a esos desventurados les queda huye de ellos y entran en el reino de las sombras sin poder explicarnos los motivos de su viaje a Berlín?

—¡Quién sabe! Tendríamos que nadar en el misterio... o caer nosotros a nuestra vez bajo los golpes de ese enemigo invisible que nos persigue.

—Pero, ¿qué enemigo es ese?

La reina es la única que por ahora podría decírnoslo.

—Según vos, la reina es el enemigo mismo. Habéis lanzado contra ella una acusación horrorosa.

—Acusación que sostengo y sostendré siempre, señor embajador: la mujer que ha querido perderme no es otra que Alcira de Serajev, la misma que debe haber atentado también contra la vida de su real esposo y mi pobre amigo Lucas Canevari. No me cansaré nunca de repetirlo.

—¡Silencio! No elevéis tanto la voz al pronunciar esos nombres.

—¿Es que no estamos solos en vuestro chalet, donde habéis tenido la generosidad de recogernos?

—¿Olvidáis a la doncella?

—La creo dormida.

—De todas maneras, es tan grave el asunto de que aquí tratamos, que todas las precauciones son pocas.

—Lo comprendo, excelencia. Nadie debe saber quiénes son los dos hombres que hemos traído a este chalet y cuya existencia está amenazada por la muerte. ¿Os ha preguntado algo el médico cuyos auxilios habéis solicitado?

—Le hice creer que se trata de dos diplomáticos que han sido víctimas de una intriga política.

—¿Le encargasteis que guardase reserva para que esto no llegue a oídos de la policía?

—Me dió su palabra de honor de que guardará el mayor secreto.

—¿Le enseñasteis el aparato de los gases?

—Lo estuvo examinando poco antes de marcharse.

—¿Se dió cuenta de la naturaleza de las emanaciones?

—Se ha llevado dentro de un sobre un poco de polvillo azulado que halló en el interior de esa máquina de muerte para analizarlo.

—Ese aparato ha sido traído de Istralia expresamente.

—Lo sé; he reparado en la marca grabada en el metal.

—Tendré que darle, para que también lo analice, un pooc del licor que me hizo beber aquella pérfida criatura y con el cual logró reducirme a la impotencia.

—¿Tenéis ese líquido en vuestro poder?

—No; pero me será fácil ir en su busca.

Entregados a esta conversación, los dos hombres no parecieron darse cuenta de que el tiempo transcurría rápidamente, y cuando menos lo esperaban oyeron sonar el timbre de la verja.

El señor Pagallos consultó su reloj.

—Debe ser el doctor Freibich—exclamó—. Voy a recibirle.

En efecto: se trataba del médico, que llegaba acompañado de sus dos ayudantes, los cuales eran portadores de unas cajas que debían contener instrumental quirúrgico.

Tras ellos entró el "chauffeur" cargado con unos cuantos balones de oxígeno, que a una indicación del doctor, dejó sobre la mesa de té, en medio del "hall".

* * *

Inmediatamente se dispuso todo lo necesario para practicar a los intoxicados por los gases una operación extraña y difícil con objeto de desalojar de sus pulmones y de su sangre el veneno aspirado y que había determinado la asfixia.

Oscar Luis y Canevari, rígidos, insensibles, como cinco horas antes los había hallado Montespín sobre el piso del gabinete de la casa que había ocupado la perversa Alcira de Serajev, fueron conducidos al comedor del chalet por los ayudantes del doctor Freibich y tendidos completamente desnudos en la amplia mesa que ocupaba el centro de la vasta estancia, por cuyas ventanas, que se abrían sobre el jardín, penetraba la luz alegre del sol mañanero.

De pie, en un rincón del comedor, Montespín y el señor Pagallos seguían con ojos dilatados por la ansiedad los preparativos del sabio doctor y de sus dos discípulos.

Primeramente les fué inyectada a los pacientes, a la altura del corazón, una nueva dosis de aceite alcanforado. Luego, el doctor Freibich se dispuso a hacer entrar en acción un aparato cuyo cuerpo central lo constituía un enorme fuelle forrado de cuero, del que partían diversos tubos de goma, poniendo en comunicación dicho fuelle con un depósito de cristal lleno de un líquido incoloro, un balón de oxígeno, dos

dispositivos, uno de los cuales servía para registrar las reacciones cardíacas del paciente y el otro para medir la cantidad de aire inyectado en los bronquios y pulmones; por último, otro tubo de goma, más delgado que los otros, terminado en una aguja de platino, era el encargado de establecer comunicación entre el paciente y el aparato.

El doctor Freibich había tenido oportunidad de experimentar durante la gran guerra, en múltiples casos de asfixia producida por los gases tóxicos que habían puesto en boga los beligerantes, su bomba neumotoráxica, logrando con ella resultados sorprendentes. El señor Pagallos, que le había oído hablar muchas veces de aquel aparato de su invención, tenía confianza en el resultado de aquel experimento, del cual iban a depender nada menos que la vida de su soberano y de uno de sus más fieles amigos; pero Montespín, viendo a sus dos amigos en aquel estado de rigidez cadavérica, descolorida la piel como la de los muertos que yacen sobre las mesas de mármol de los anfiteatros, tenía ya muy pocas esperanzas de que la ciencia lograse vencer a la muerte, que se iba apoderando de ellos de un modo lento y seguro.

* * *

—Comencemos por éste—dijo el sabio indicando a Oscar Luis—. Max, ponte a la bomba.

El llamado Max, un joven de unos treinta años, que usaba lentes de oro y que se había quedado en mangas de camisa para poder trabajar mejor, empuñó el manubrio para hacer funcionar el fuelle.

Así que todo lo vió preparado, el doctor, con gran destreza, hundió la aguja de platino, unida al más delgado de los tubos de goma, en el pecho de Oscar Luis, y exclamó, tomándole el pulso:

—¡Bomba!

El fuelle comenzó a funcionar con ruido sordo, mientras

el doctor Freibich atendía al pulso de Oscar Luis, teniendo la mirada fija en su rostro cadavérico, y el compañero de Max observaba con atención profunda el funcionamiento del extraño aparato.

Transcurrieron varios minutos de expectación horrible para Eduardo y para el señor Pagallos, que no perdían uno solo de los movimientos ni de los gestos de los médicos.

—Más despacio — advirtió de pronto el doctor Freibich a Max.

Y el capitán de Coraceros y el señor Pagallos le vieron hacer un gesto de contrariedad.

Eduardo sintió que el corazón se le desgarraba como si el gesto del médico fuese un indicio seguro del fracaso de la ciencia.

Y con voz estrangulada aventuró esta pregunta:

—¿Se muere, doctor?

Pero Freibich no pareció escucharle. Se había inclinado sobre el desgraciado rey de Istralia, y con el oído aplicado en su pecho, parecía escuchar atentamente los latidos de su corazón.

—¡Alto!—exclamó en seguida, volviéndose a Max.

El joven, que sudaba por el esfuerzo realizado, soltó el manubrio. Freibich volvió a inclinarse sobre Oscar Luis, le arrancó la aguja, y con la misma rapidez y seguridad del principio, se la hundió en otra parte del pecho.

—Abrid la válvula del oxígeno—dijo a sus ayudantes.

Oyóse un leve chirrido, e inmediatamente el líquido incoloro contenido en el depósito de cristal comenzó a burbujear por efecto del paso de la corriente de oxígeno que se filtraba a través del mismo antes de penetrar en el cuerpo del paciente.

Siguieron otros instantes de expectación angustiosa para Montespín y el señor Pagallos. Oscar Luis continuaba sin dar señales de vida, y esto desesperaba a Eduardo, que creía completamente inútiles aquellos experimentos.

Y pasados otros cuantos minutos, una exclamación del doctor Freibich hizo germinar nuevas esperanzas en el corazón del capitán:

—¡A la bomba, Max! Esto comienza a dar sus frutos.

Inconscientemente, el embajador y Montespín avanzaron unos pasos hacia la mesa.

No se engañaba Freibich: el pecho de Oscar Luis subía y bajaba a impulsos de una respiración acelerada, que el sabio seguía con mirada de entusiasmo sin soltar el pulso del paciente.

Entretanto, Max daba al manubrio con todas sus fuerzas, acrecentadas notablemente por la alegría que experimentaba al ver volver a la vida a aquel hombre que minutos antes parecía estar por completo en las garras de la muerte.

—¡Amigo mío! — exclamó Montespín con conmovedor acento, mientras lágrimas de alegría saltaban de sus ojos—. ¡Amigo mío!... ¡Bendiga Dios a los que te devuelven al mundo!

Pagallos, presa de una emoción que le impedía hablar, estrechó en silencio una mano del capitán.

—Disminuye, Max. Ya tenemos la reacción completa: la sangre entra y sale libremente del corazón. Dejad abierta la válvula del oxígeno; nada de presión, amigos míos. Deja el manubrio, Max, y tú, Héctor, prepara otro balón. Dentro de pocos minutos habremos expulsado todos los residuos tóxicos de la hemoglobina, pero hay que seguir oxigenando el pulmón durante largo rato.

La alegría infantil de que el sabio daba muestras caía como bálsamo bendito sobre el corazón de Montespín. De buena gana se hubiera arrojado al cuello de aquel hombre que le devolvía la vida de su soberano, y hubiera besado su noble rostro pronunciando las frases de gratitud que le subían del alma.

Ya no desconfiaba de su ciencia. Eduardo tenía la certe-

za de que Canevari reaccionaría, como había reaccionado Oscar Luis.

* * *

Canevari reaccionó aún más rápidamente que Oscar Luis. A los pocos minutos de ser objeto del tratamiento de la bomba neumotoráxica, la respiración del marqués comenzó a acelerarse, y se agitó bruscamente sobre la mesa, llegando a entreabrir los ojos, cosa que no había hecho el soberano.

Montespín, que se le había acercado, quiso hablarle; pero el doctor Freibich le dijo:

—Es inútil que le dirijáis la palabra; no podrá contestaros ni entenderos siquiera. Han de pasar algunos días antes que recobren el conocimiento.

—Pero, ¿continúa siendo grave su estado?

—El peligro ha desaparecido, mas no por eso dejaremos de prepararlos contra posibles complicaciones.

Minutos más tarde, desde la mesa del comedor, las dos víctimas de los gases fueron conducidas a los lechos que habían ocupado antes de la operación, y el doctor Freibich encargó a Max que permaneciese en el chalet para atender a su cuidado, prometiendo enviar también a una enfermera de su clínica.

Antes de retirarse, el sabio dijo, mirando fijamente a Montespín, que, emocionado, le daba las gracias por todo lo que había hecho por sus dos amigos:

—Es conveniente que no descuide su salud, joven. Ha respirado usted esos endemoniados gases, y eso puede perjudicarle mucho si no toma medidas inmediatas. Métase en la cama; Max se cuidará también de usted.

—¡Oh, me encuentro perfectamente!—exclamó Eduardo—. Lo que yo deseaba era ver fuera de peligro a mis amigos, y ahora que he logrado mi deseo, gracias a usted, me siento el más feliz de los mortales.

El señor Pagallos intervino:

—Haced caso a lo que os dice el doctor Freibich, Montespín; tenéis un aspecto que no me gusta nada.

Eduardo comprendió que tenían razón de aconsejarle que tuviese cuidado con su salud; sentíase poseído de una debilidad extrema, y debía tener bastante fiebre; pero preocuparse de él en aquellas circunstancias le parecía una cobardía cuando el estado de su soberano y de su fraternal amigo Canevari demandaban toda su atención; así es que se resistió hasta el último extremo a seguir aquellos prudentes consejos, y cuando ya no pudo más y se tendió en el lecho, cayó en un sopor profundo, que alarmó al señor Pagallos.

—Tampoco a él le vendría mal un poco de oxígeno—dijo Max después de examinar a Eduardo.
pín—. Presenta síntomas inequívocos de intoxicación.

A mediodía, el estado de Montespín se reagravó considerablemente, hasta el extremo que Max juzgó necesario avisar a su maestro para que acudiese inmediatamente a examinar al enfermo. La fiebre era alta, y a ratos deliraba, pronunciando palabras incoherentes.

—¿Le has suministrado oxígeno? — preguntó el sabio a Max después de examinar a Eduardo.

—Le he hecho aspirar dos balones, sin que se advirtiera alivio alguno. Será preciso someterle también al tratamiento de la bomba neumotoráxica.

El doctor Freibich reflexionó con los ojos fijos en el enfermo, que se agitaba en el lecho bajo la acción de la violenta fiebre que lo poseía.

—Los síntomas son, efectivamente, de intoxicación; pero sin embargo, respira como si no hubiese impedimento pulmonar alguno—murmuró el sabio como si hablase para sí mismo.

Y dirigiéndose de pronto al señor Pagallos, que, preocupado y pesaroso, escuchaba a los dos médicos, le dijo:

—Si mal no recuerdo, este joven nos explicó anoche que en el sitio donde sus dos amigos fueron víctimas de los ga-

ses asfixiantes, una mujer bonita le hizo a él beber algo que supone fuera un narcótico, y que apenas bebido, le hizo perder el conocimiento. ¿Recuerda usted ese detalle, señor embajador?

El señor Pagallos contestó con un gesto afirmativo.

—Pudiera darse el caso—prosiguió el doctor Freibich— que en vez de un simple narcótico, fuese un veneno lo que le suministró aquella mujer.

—Poco activo debía ser ese veneno, doctor—dijo Max— cuando sólo después de tantas horas comienza a producir sus efectos.

—Tal vez se deba eso a que este joven haya ingerido poca cantidad. De todas maneras, nos sería muy útil hallar aunque no fuese más que la copa que contenía aquel líquido.

—Creo que no sería difícil dar con ella—manifestó el señor Pagallos—. Todo será cuestión de penetrar de nuevo en aquella casa.

—¿Hay en ello algún peligro, señor embajador?

—No lo creo. No supongo a los criminales tan audaces para volver al lugar donde han cometido su delito.

—¿Se pondrá usted en camino?

—Inmediatamente.

—De todas maneras, sería conveniente que fuese usted prevenido. ¿Quiere que Max le acompañe?

—No es necesario.

—¡Oh, yo iré con usted, señor embajador!—exclamó el joven médico—. ¡Me gustan con delirio estas aventuras!

—Sí, deje usted que Max le acompañe—insistió el doctor Freibich—. Me quedaré más tranquilo.

El señor Pagallos tuvo que rendirse al deseo del sabio, y antes de abandonar con Max su chalet, que había quedado transformado en un sanatorio, se dirigió a la habitación en que la doncella se había retirado a descansar.

La muchacha saltó del lecho apenas oyó al señor Pagallos abrir la puerta.

—¡Usted!—exclamó, restregándose los ojos—. ¿Ocurre algo?

—Necesito que me acompañes.

—¿Adónde, caballero?

—A casa de tu señora.

La joven permaneció un momento indecisa, reflexionando.

—Vamos, sígueme—le dijo el señor Pagallos, impaciente.

—¡Oh, señor!... Supongo que no tendrá la intención de hacerme daño—murmuró temerosa.

—Puedes estar tranquila. Te llevo conmigo para que me orientes.

—Confío en usted, caballero.

Y agregó con cierta coquetería:

—Pero deje que me componga un poco. Le seguiré en seguida.

—Sea—dijo el embajador—. Te aguardo fuera del chalet, en el automóvil.

—¡Iré al instante, caballero!

Y mientras el señor Pagallos salía, la joven se acercó a un espejo para poner un poco en orden su revuelta melenita rubia.

* * *

Media hora después, el señor Pagallos, acompañado de Max y de la doncella, penetraba en la casa en la que nuestros tres amigos habían estado en tan inminente peligro de perder la vida.

El portero del edificio, que se hallaba cerca del ascensor, se dirigió a la doncella.

—Con el permiso de estos caballeros, muchacha, quiero hacerte una pregunta—dijo.

—Hable usted—contestó la joven, después de cambiar con el señor Pagallos una mirada de inteligencia.

—¿Es que no está tu señora en el piso?

—No, señor—contestó rápidamente y con gran desenvoltura la doncella—. Ha partido esta mañana a primera hora con dirección a Bremen.

—¡Ah!—exclamó el hombre—. Te lo he preguntado porque me extrañó ver toda la mañana abierta de par en par la ventana que da al patio. Además, anoche, mientras dormía, oí un gran estrépito, como el de algún objeto metálico que hubiese caído desde arriba. ¿No sabes qué puede haber sido?

—No; de eso no sé nada.

—Está bien, muchacha. Perdonen, señores.

Y el hombre abrió la puerta del ascensor para facilitar el acceso al mismo a los dos caballeros y a la doncella.

—¿Existía alguna relación entre el portero y tu ama?—preguntó el señor Pagallos a la doncella, mientras el artefacto los conducía hasta el piso donde habían tenido lugar los sucesos que tanto intrigaban al buen embajador.

—No lo creo; la señora no se trataba con nadie.

En el interior del piso, el señor Pagallos lo halló todo como lo había dejado al marcharse en las últimas horas de la noche, después que, ayudado por Montespín y la doncella, hubo sacado de allí y transportado hasta su automóvil a su majestad Oscar Luis I y al marqués de Canevari.

—Vamos a ver, muchacha: ¿cuál es la habitación en la que tu ama se encerró con el señor Montespín?

—El gabinete amarillo—contestó la doncella señalando la puerta del mismo.

El señor Pagallos se dirigió hacia allí seguido de Max, que miraba en torno suyo poseído de la más viva curiosidad.

Sobre el taburete estaban todos los frascos de licores y las copas en una de las cuales había bebido Montespín.

—Tendremos que cargar con todo—dijo el señor Pagallos a Max.

—Manos a la obra—contestó el joven médico.

—Si a los señores les interesa llevarse esas botellas, yo

traeré una cesta para meterlas dentro—dijo la doncella, que se había detenido en la puerta del gabinete.

—Buena idea—dijo Max.

—Mientras usted, doctor, acomoda estas botellas en la cesta yo iré a dar un vistazo por esas habitaciones—advirtió el señor Pagallos.

—Pero, ¿no ha examinado usted toda la casa anoche?

—No he tenido tiempo de hacerlo.

Y el señor Pagallos abandonó el gabinete amarillo, pasando al contiguo, donde habían estado encerrados Oscar Luis y Canevari.

Rápidamente pasó revista a él sin encontrar nada de interés, nada que sirviese para descubrir la identidad de la persona que había habitado en aquella casa.

De allí pasó al comedor, luego al despacho y, por último, a la alcoba, sin encontrar tampoco objeto alguno que sirviese para arrojar alguna luz sobre aquel trágico misterio.

En la puerta del cuarto de baño se detuvo. ¿Valía la pena entrar allí? La mujer que había intentado segar de un solo golpe la vida de Oscar Luis I y sus dos fieles amigos era demasiado hábil para dejar tras sí rastros que pudiesen delatarla.

Pero, a pesar de estas reflexiones, el señor Pagallos, que estaba viviendo las horas más emocionantes de su vida, no quiso retroceder sin pasear antes su mirada por aquel lugar tan íntimo de la casa.

Y apenas hubo abierto la puerta, una exclamación de alegría se escapó de su garganta.

¡Ah! La terrible mujer que había desaparecido de aquella casa sin olvidar en ella ningún objeto de su uso, se había dejado allí algo: una finísima, una majestuosa salida de baño, que el señor Pagallos veía colgada de una percha de níquel.

Se precipitó hacia aquella prenda, que consevaba aún el perfume fragante del cuerpo femenino que en ella se había envuelto.

El embajador la examinó con ansiedad.

No tardó en dar con lo que buscaba: la corona real de Istralia bordada en oro bajo el cuello de la salida de baño.

Fué tan intensa la emoción que este descubrimiento le produjo, que el señor Pagallos permaneció un instante privado de todo movimiento.

¡Tenía en sus manos la prueba terrible que había deseado con tanto ahinco!

No se había engañado Eduardo Montespín: ¡la mujer que había atentado contra la vida del rey de Istralia y de sus dos fieles amigos era Alcira de Serajev!

* * *

Con aquella prenda bajo el brazo, el señor Pagallos fué a reunirse con Max y con la doncella, que ya habían concluído su tarea y le esperaban para partir.

—¿Se lleva usted la salida de baño de la señora?—preguntó la doncella, extrañada de ver al embajador con aquella prenda.

—Sí—murmuró éste—. Es lo único que he podido encontrar aquí perteneciente a tu ama.

—¡A fe mía que es una prenda de buen gusto!—exclamó Max—. ¿Cree usted que podrá servirle para individualizar a la mujer que ha vivido en esta casa?

—No creo que pueda conseguir tanto—contestó evasivamente el señor Pagallos.

Y los tres abandonaron la casa, subiendo al automóvil que los esperaba en la puerta del edificio y que en pocos minutos los trasladó al chalet del embajador, donde esperaba el doctor Freibich con la enfermera de su clínica que había enviado para ayudar a Max a cuidar a los intoxicados.

Lo primero que hizo el señor Pagallos al entrar en el chale, fué dejar la salida de baño en su despacho, la puerta del cual cerró después con llave, guardándose ésta en un bolsillo.

El doctor Freibich, inmediatamente que tuvo la cesta a su

disposición se puso a olfatear uno por uno el contenido de los frascos hallados sobre el taburete del gabinete amarillo.

—No he podido descubrir nada de particular en estos licores—dijo al terminar aquella breve experiencia—. Será preciso someterlos a un análisis en regla.

—¿Empleará usted mucho tiempo en ello?—preguntó el señor Pagallos.

—Los enviaré al laboratorio. A última hora de la tarde espero conocer los resultados.

—¿No cree usted que entretanto siga reavivándose el señor Montespín por falta de una cura acertada?

—Le haremos un lavado de estómago y le suministraremos una purga. Pero Max puede encargarse de todo ello, ayudado por la enfermera.

—Perfectamente—dijo el señor Pagallos—. Yo iré con usted a Berlín, pero antes voy a avisar a los guardas del chalet para que den algo de comer a esta pobre muchacha.

* * *

Entretanto, la intranquilidad había hecho presa en la esposa y en la hija del señor Pagallos ante la larga e inexplicable ausencia de éste.

El portero había informado a la señora de que el señor Montespín se había presentado en la casa en un estado deplorable, poco después de haber regresado el embajador y su hija del "Metropol Hotel", y que le había ordenado avisase sin pérdida de tiempo al señor Pagallos.

Su excelencia acudió en seguida, y tras de conferenciar un instante en su despacho con el capitán de Coraceros, ambos habían abandonado la casa en el automóvil de la Embajada, sin que él—el portero—pudiese sospechar adónde se dirigían.

A partir de entonces, ni el señor Pagallos, ni el señor Montespín, ni el "auto" en el cual habían partido, tornaron a aparecer por allí.

Y, naturalmente, estas ambiguas explicaciones del portero, a medida que el tiempo pasaba, sólo servían para acrecentar la intranquilidad de la madre y de la hija, que no encontraban explicación alguna que dar a tan extraño suceso.

Después del mediodía, la intranquilidad de las dos mujeres se trocó en desesperación. En los veinte años que llevaba de matrimonio, la señora Catalina, esposa del señor Pagallos, no recordaba que éste hubiese observado una sola vez conducta semejante.






## CAPITULO XLVIII

### Una orden sospechosa

DÓNDE puede haberse metido ese hombre para no dar señales de vida en tantas horas?—se lamentaba amargamente la señora Catalina, teniendo a Ada sentada en sus rodillas—. Yo no puedo menos que presentir haya ocurrido una desgracia.

—No tengas semejantes presentimientos, mamá. El señor Montespín es quien ha venido a sacar a papá de casa, y no le creo capaz de exponerle a un peligro.

—Sin embargo, Ada, por la forma que el señor Montespín se ha presentado anoche en busca de tu padre, no podemos hacernos muchas ilusiones. Ya has oído al portero: dice que traía el frac lleno de manchas y arrugas, el semblante pálido como el de un moribundo, los cabellos revueltos y el cuello de la camisa desprendido. Un hombre en semejante estado no puede tranquilizar a nadie.

—Cierto, mamá; pero de todas maneras, es preciso creer

en la prudencia del señor Montespín. Estoy segura que es incapaz de exponer a nadie a que corra peligro por su culpa, y mucho menos a papá.

—¡Oh! ¡Mucho defiendes a ese joven, Ada!—exclamó contrariada la esposa del embajador—. Después de todo, no hay razón para ello.

Ada bajó los ojos, como mortificada por esas palabras de su madre.

—¿Por qué dices eso, mamá?—inquirió en seguida con turbada voz.

—Hija mía, tengo más experiencia que tú de la vida, y, por lo tanto, estoy en condiciones de conocer mejor a las personas. En el caso de ese señor Montespín, sólo te digo que no pondría nunca las manos en el fuego por él.

Involuntariamente, Ada estrechó con fuerza una mano de su madre, y en seguida le preguntó, con visible emoción, sin osar mirarla:

—¿Qué motivos tienes para opinar así de ese joven?

—En primer lugar, su separación tan extraña de la corte, donde ocupaba un puesto tan elevado gracias a la amistad que le unía con el hoy rey de Istralia, y después, la conducta que ha venido observando durante su estancia en Berlín.

—Esos motivos no pasan de ser simples conjeturas. En realidad, mamá, no tienes ninguna razón seria en qué fundar la desconfianza que abrigas acerca del señor Montespín.

—Siempre se debe dudar de un hombre que de la noche a la mañana pierde por completo la confianza de un rey, tan noble y tan virtuoso como lo es nuestro joven soberano, Ada.

La joven guardó silencio. En el fondo comprendía que su madre tenía razón de opinar así, y sentía acrecentarse su desencanto. La luz del amor que había comenzado a brillar en su alma se ocultaba tras densas nubes de tormenta.

Sí, Eduardo Montespín era un ser inquietante, y Ada creía también tener motivos para pensar que bajo aquella sonrisa resignada que realzaba ante sus ojos la simpatía personal del

joven capitán, éste ocultaba ideas y sentimientos de los cuales no era conveniente fiarse.

—Escucha, mamá—dijo al cabo de un largo silencio—, ¿y si diésemos cuenta de nuestras inquietudes al personal de la Embajada? Quizá esos señores tengan noticias tranquilizadoras que darnos.

—No, hija mía. En los asuntos diplomáticos se debe guardar la reserva más absoluta. Sacrifiquémonos en silencio antes de dar un paso que pueda disgustar o perjudicar a tu padre.

* * *

Allá a las cuatro de la tarde, y cuando Ada y su madre habían derramado ya bastantes lágrimas por la inexplicable ausencia del señor Pagallos, una doncella entró corriendo en la salita donde las dos mujeres se hallaban.

—¡Señora! ¡Señorita!—exclamó—. ¡El señor acaba de entrar!

Madre e hija se pusieron en pie, como impelidas por un resorte.

—¡Loado sea Dios!—exclamó la señora Catalina—. ¿Estás segura de lo que dices, Elisa?

—Sí, señora. El señor ha regresado en su automóvil, y le he visto entrar en la casa hace medio minuto.

—¿Solo?—inquirió Ada, llena de ansiedad.

—Solo—contestó la doncella.

—Está bien, Elisa. Vamos, Ada, a recibir a tu padre.

Pero cuando madre e hija se disponían a salir, el señor Pagallos, marcando sobre sus labios una amable sonrisa, a pesar de su aspecto de hombre fatigadísimo, apareció en la puerta de la salita.

Elísa se retiró discretamente.

—¡Aníbal!—exclamó emocionada la señora Catalina, precipitándose hacia su marido.

—¡Padre mío!—agregó Ada, haciendo lo propio que su madre.

El embajador las estrechó contra su pecho durante largo rato con la ternura de un buen marido y un buen padre.

—Veo que os habéis alarmado—les dijo en seguida cariñosamente.

—No era para menos—contestó la señora Catalina—. Tú no nos tienes acostumbradas a ausencias semejantes.

—Y sobre todo, lo que más ha contribuído a sugerirnos la idea de que te amenazaba un peligro—dijo Ada—ha sido la circunstancia bajo la cual abandonaste anoche la casa.

El señor Pagallos miró a Ada con cierta extrañeza.

—¿Qué circunstancia?—inquirió.

—Todo nos lo ha explicado el portero—manifestó la esposa del embajador, saliendo en ayuda de su hija—. Por él sabemos que anoche, después que regresaste con Ada del Metropol Hotel, y cuando ya te disponías a acostarte, se presentó el señor Montespín con las ropas en desorden, como si acabase de reñir a puñetazos con alguien, y solicitó hablar contigo con toda urgencia. Le recibiste en tu despacho e inmediatamente abandonásteis los dos la casa, hasta este momento que vuelves solo. Como tú puedes comprender, la forma de presentarse aquí el señor Montespín no podía sugerirnos nada bueno.

El señor Pagallos, que había escuchado a su mujer sonriendo amablemente, se echó a reír cuando ésta hubo terminado de hablar.

—¡Qué equivocadas estabais, queridas mías!—exclamó—. Montespín y yo, mientras dábamos solución al asunto diplomático que le movió a venir en mi busca a hora tan intempestiva, estábamos cubiertos de todo peligro.

Pero ni la señora Catalina ni Ada se mostraron conformes con ésta manifestación.

—¿Cómo se explica entonces—preguntó la esposa del em-

bajador—que ese caballero haya venido en tu busca en semejante estado?

—El infeliz, mientras venía hacia aquí, sufrió un accidente de automóvil. He ahí explicada la causa del desorden de sus ropas y hasta de la exicitación nerviosa que le dominaba.

La señora Catalina se dió por satisfecha con estas palabras de su esposo, que sabía ejercer la diplomacia hasta en el seno de su propio hogar; pero no así Ada, que no podía creer en aquel accidente de automóvil después de las palabras que la noche última había cambiado con el propio Montespín en el recibimiento, del comportamiento del capitán en el Metropol Hotel y de la visita de aquellos dos istralianos que andaban en su busca y que llegaron hasta el palco que ella ocupaba con su padre.

—Papá ha disfrazado los hechos para ocultarnos la verdadera gravedad de la causa que anoche le ha impulsado a seguir a Eduardo Montespín—pensó la hermosa joven—. Estoy segura que hay de por medio más que una cuestión diplomática. Tal vez tenga la culpa de todo aquella mujer del palco situado frente al nuestro...

En cuanto a preguntar al embajador por la naturaleza del asunto que le había retenido tanto tiempo fuera de su casa, era cosa que se cuidaban muy bien de hacerlo, convencidas de que tropezarían con la reserva más absoluta. En lo que respectaba al desempeño de sus gestiones, el señor Pagallos mostrábase impenetrable con todo el mundo. La experiencia le había demostrado que muchas veces la menor insinuación, la más ligera palabra podía echar a perder una buena negociación diplomática y hasta variar la suerte de un pueblo.

—Supongo que no habrás almorzado—dijo la señora Catalina a su marido.

—No; no he tenido tiempo de ello, querida mía. Y vosotras, ¿habéis almorzado ya?

—No hubiéramos podido pasar bocado alarmadas como estábamos con tu ausencia.

—Podéis mandar que pongan la mesa mientras voy a darme un baño y a cambiarme de ropa. Traigo un apetito de mil diablos.

* * *

Después de la comida, el señor Pagallos se retiró a descansar unos instantes.

Pero, a pesar de la gran necesidad que de ello tenía, no sólo no logró conciliar el sueño, sino que no fué dueño tamposo de permanecer mucho tiempo tendido en el diván del saloncillo de fumar donde se había formado el propósito de dormir unas horas.

El misterioso y terrible suceso en el cual se veía envuelto, ocupaba por entero su pensamiento.

Como todos los diplomáticos de larga actuación, el embajador de Istralia en Berlín estaba en el secreto de escándalos y hasta de tragedias ocurridas en el seno de muchas familias reales, pero ninguno de esos dramas sordos superaba en su aspecto terrible al que se había desarrollado la noche última en aquel piso de la casa número 5 de la Avenida de Munich.

Y por más que el señor Pagallos cavilase, no encontraba la manera ni indicio alguno que arrojase un poco de luz sobre el espantoso suceso.

¿Qué había impulsado a los jóvenes soberanos de Istralia a abandonar su país para venir a la capital de Alemania?

Canevari, que estaba de ministro en Constantinopla, ¿cómo había podido reunirse al rey?

Y Alcira, la joven y hermosa reina, ¿cómo había podido asumir un papel tan espantoso?

Y sobre todo, ¿cómo era que no se echaba de menos la ausencia de los soberanos en su propio país? ¿Cómo el Gobierno istraliano no había dado aviso a la Embajada del viaje de los reyes, como era costumbre en estos casos?

Y el señor Pagallos se torturaba el cerebro sin que le fuese

posible dar contestación razonable a una sola de estas interrogaciones.

Había que esperar a que Oscar Luis I o el marqués de Canevari hablasen para penetrar en el trágico enigma.

Y atormentado por todos estos pensamientos, el embajador acabó por levantarse del diván para pasearse por el saloncillo presa de grande excitación nerviosa.

De pronto consultó su reloj.

Eran las seis de la tarde.

—Es hora que vuelva al chalet—se dijo—. No puedo abandonar a esos tres desventurados.

Mas cuando se dirigía hacia la puerta para salir, oyó que llamaban a ella con mucha discreción.

Al abrir, el señor Pagallos se encontró ante uno de sus criados, quien le hizo entrega de un telegrama, diciéndole:

—Excelencia: el conde Karolski acaba de ordenarme os entregue este despacho que acaba de recibirse en la Embajada con carácter urgente.

—Está bien—respondió el embajador—. Retírate.

Y volviendo al centro del saloncillo de fumar, desplegó el telegrama, y después de leerlo, una profunda arruga se marcó en su frente.

Decía así aquel despacho:

"San Francisco.—Ministro de Relaciones Exteriores a embajador de Istralia en Berlín. — Partid inmediatamente Brasil. En Legación Río de Janeiro hallaréis instrucciones.

**El ministro.**"

Después de un instante, el señor Pagallos volvió a leer este telegrama, y lejos de serenarse, se hizo más profunda la arruga que se había formado en su frente.

En seguida dobló el papel, se lo guardó en un bolsillo de su chaqueta, pidió al criado el sombrero y el abrigo y se dispuso a abandonar la casa.

En la planta baja se encontró con el conde Karolski, su secretario.

—Excelencia—le dijo éste—: ¿os han entregado un telegrama urgente que acabo de recibir de Istralia?

—Sí—contestó el señor Pagallos—; pero ese despacho no tiene ninguna importancia.

Y siguió su camino.

Una vez instalado en su automóvil, y mientras éste rodaba en dirección al chalet, el embajador murmuró, después de reflexionar un rato:

—Esta orden es demasiado sospechosa para que yo me decida a cumplirla antes de escuchar a mi soberano y al marqués de Canevari. Decididamente, los enemigos de Oscar Luis I se empeñan en que tome parte activa en esta guerra horrible cuya finalidad no alcanzo a comprender.

* * *

El doctor Freibich esperaba al embajador en el chalet.

—¿Ha vuelto usted a examinar a los enfermos?—le preguntó el señor Pagallos al estrechar la mano que el doctor le tendía sonriente.

—Sí, y puedo asegurarle que ha quedado vencida por completo la gravedad del mal.

—¿Ha recuperado alguno de ellos el conocimiento?

—Todavía no; la fiebre continúa siendo alta, pero de aquí a mañana tendrá que ceder forzosamente.

—¿Conoce usted ya el resultado del análisis de los licores que fueron hallados en la casa de la Avenida de Munich?

—Sí; sólo uno de ellos estaba envenenado.

—El que debió beber el señor Montespín, seguramente.

—En efecto.

—¿Y la clase del veneno?

—Asómbrese usted: ¡cianuro!

—¡Cianuro!—exclamó el señor Pagallos horrorizado—.

¿Cómo se explica que Montespín viva cuando el cianuro mata inmediatamente?

—Otro veneno le ha salvado la vida.

—No comprendo a usted...

—Los gases asfixiantes combatieron en el organismo moribundo de Montespín los efectos terribles del cianuro. El tóxico de los gases luchó como contraveneno contra el cianuro.

—¿Pero es esto un hecho probado científicamente por usted, doctor, o es una teoría que usted sustenta apoyado en simples conjeturas?

—Bien sabe usted que no tengo por costumbre basarme en conjeturas para pronunciar juicios científicos; la misma estima que tengo de la ciencia me lo impide.

—De manera que tenemos el caso de dos venenos, uno sólo de los cuales basta para matar a un hombre, y que suministrados casi simultáneamente, sirven para salvar la vida de la víctima.

—Ni más ni menos. Al beber el licor que contenía cianuro, Montespín debió rodar por el suelo como fulminado. Su muerte debía ser cuestión de pocos instantes, pero inmediatamente comenzó a aspirar gases, y éstos fueron venciendo lo efectos mortales del cianuro.

—¿Ha determinado el análisis qué materia contenían los gases capaz de obrar como contraveneno del cianuro?

—No, eso no se ha determinado aún con claridad; pero me atrevo a adelantar una opinión.

—Me interesaría conocerla, doctor—dijo el señor Pagallos, que tenía algunos conocimientos de Química.

—En el polvillo adherido al aparato expulsor de los gases hemos hallado restos de hiposulfito de sodio. A esta materia atribuyo la facultad de neutralizar los efectos terribles del cianuro.

—¡Es curioso! Sin quererlo, ha descubierto usted la manera de combatir los efectos mortales del cianuro.

El doctor Freibich sonrió.

—Ahora se precipita usted demasiado, mi querido amigo. Lo que acabo de manifestarle no pasa de ser una simple opinión, como previamente le he advertido. Ahora que no pienso desperdiciar el caso y haré todas las experiencias necesarias hasta dejar sentado científicamente si es o no el hiposulfito de sodio un antídoto del cianuro de potasio.

—Muy bien. ¿Y a qué atribuye usted la reagravación de Montespín?

—A porciones de cianuro que debieron quedar en su estómago en estado más o menos activo, y que con el tiempo fueron desarrollando su acción tóxica. Un segundo lavado de estómago enérgico que ordené le practicaran hace un momento, ha determinado una inmediata disminución de temperatura en el enfermo.

—¡Oh, doctor! ¡Ha salvado usted la vida a esos tres hombres! Mi agradecimiento por ello no reconoce límites.

—¿Quiere usted verlos?—pregunto el doctor Freibich, por cambiar de conversación, pues no le gustaba que le prodigasen elogios.

—Eso me proponía hacer. ¿Continúan al lado de los enfermos su ayudante Max y la enfermera?

—Sí; pero cuando llegue a Berlín enviaré para que los reemplacen, a fin de que puedan descansar durante la noche.

Y agregó, adivinando por la mirada del embajador lo que éste se proponía recomendarle:

—Tranquilícese usted. La gente que yo envíe aquí es de absoluta confianza, respondo de ello.

* * *

Después de entrar el señor Pagallos con el doctor Freibich en las habitaciones de los enfermos, sacó la consecuencia de que hasta el día siguiente no había que contar con que estuviesen en condiciones de hablar.

La doncella de Alcira de Serajev, que continuaba en el cha-

let, pidió al embajador le permitiese ayudar a la enfermera en la tarea de atender a los intoxicados, a lo cual accedió el señor Pagallos, interesado como estaba en retener a la muchacha en el chalet para impedirle pudiese revelar a ningún extraño lo ocurrido en la casa en la cual había estado prestando servicio hasta la noche antes.

Una hora después de haberse marchado el doctor Freibich, llegaron el médico y la enfermera que debían reemplazar a Max y a la joven que con él estaba al cuidado de los pacientes. El señor Pagallos se llevó aparte a los recién llegados y les dijo:

—Es preciso que al quedar a solas esta noche con los enfermos cerréis bien todas las puertas. Podría darse el caso que los que han intentado asesinar a mis compatriotas quisiesen repetir el golpe. Si advertís algo sospechoso, os ruego me aviséis por teléfono, que yo acudiré inmediatamente en vuestra ayuda, acompañado de los hombres que sean necesarios.

—Perfectamente—contestó el médico, que era de un poco más edad que Max y Héctor—. Puede estar usted seguro que pasaré la noche en guardia, y que si algo ocurre le avisaré en seguida. Por otra parte, ya me aconsejó el doctor Freibich que viniese armado a esta casa, y he traído mi revólver.






## CAPITULO XLIX

### Se hace la luz

DESPUÉS de cenar en compañía de su mujer y de su hija, el señor Pagallos se retiró a su habitación.

Tanto era su cansancio que, a pesar de todas sus preocupaciones, poco tardó en conciliar el sueño.

Despertó al oír sonar el timbre del teléfono que tenía en su propia alcoba.

Alarmado, el señor Pagallos saltó del lecho y corrió hacia el aparato restregándose los ojos.

Estaba amaneciendo.

—¿Quién llama?—preguntó tan pronto hubo cogido el auricular.

—¿Es usted el señor Pagallos?—preguntó una voz.

—Para servirle. ¿Y usted quién es?

—El doctor Karr. Le hablo desde su chalet, señor Pagallos.

—¡Ah!—exclamó el embajador—. ¿Ocurre algo, doctor Karr?

—No se alarme usted, no es nada grave, sino muy al contrario: el señor Montespín, que ya no tiene fiebre, quiere hablar con usted sin pérdida de tiempo desde que se ha enterado que uno de sus compatriotas ha recuperado el conocimiento.

El señor Pagallos se estremeció al escuchar esta noticia.

—¿Quién es el que ha recobrado el conocimiento?—preguntó en seguida, presa de intensa ansiedad.

—Ignoro su nombre, pero es el más bajo y el más grueso.

—El marqués de Canevari—se dijo el embajador.

Y agregó en voz alta:

—¿Ha hablado usted con ese hombre?

—Sí; pero no he podido sacarle palabra.

—Déjele usted en paz, doctor Karr, se lo ruego, y diga al señor Montespín que dentro de un cuarto de hora estaré allí.

—Entendido, señor Pagallos.

—Hasta la vista, doctor.

Y el embajador colgó el auricular y comenzó a vestirse apresuradamente.

—¡Al fin va a hacerse la luz!—murmuraba mientras tanto, lleno de ansiedad y de gozo—. ¡Al fin vamos a poder aclarar este enigma espantoso!

Diez minutos más tarde, cuando el sol no había salido todavía, el señor Pagallos partía en automóvil en dirección a su chalet.

* * *

El "auto" tardó menos de cinco minutos en recorrer la distancia que media entre el edificio de la Embajada y el chalet del señor Pagallos, situado en las afueras de Berlín.

El capitán de Coraceros esperaba al embajador sentado en el lecho y recostado sobre varias almohadas.

—Excelencia—dijo al señor Pagallos al estrechar la mano

que éste le tendía—. ¿Os ha comunicado el médico que Canevari ha recobrado el conocimiento?

—Sí, y también me dijo que se ha negado a contestar a las preguntas que le ha dirigido.

—El marqués obra como hombre prudente.

—¿Y el rey?

—Por ahora no podemos contar con él.

—Bueno; pero y vos, ¿cómo os encontráis, querido capitán?

—Completamente curado si no fuese por esta maldita debilidad que me invade y que a veces llega hasta el punto de darme vahídos.

—Ese inconveniente desaparecerá pronto, señor Montespín. Hablemos ahora del marqués de Canevari.

—Sí, eso es lo que más interesa. ¿Sabéis con qué objeto he solicitado vuestra presencia?

—¿Para que interrogue al marqués?

—Justo.

—Lo haré inmediatamente.

—Id, pues, a hablar con él. Aquí espero el resultado de vuestra conferencia con el mejor de mis amigos.

El señor Pagallos, muy emocionado, volvió a estrechar la mano de Montespín, y abandonó aquella habitación para pasar a la que ocupaba el marqués.

* * *

Lucas Canevari tenía los ojos fijos en el techo cuando el señor Pagallos apareció en la puerta de su habitación.

Al notar su presencia, una sombra pasó por el rostro de Lucas.

—Buenas noches—dijo amablemente el señor Pagallos acercándose al lecho del enfermo, que ahora le miraba con cierta mezcla de curiosidad y desconfianza—. ¿Ya no recordáis de mí, señor marqués?

Canevari hizo un gesto de asentimiento.

—Me complazco que me hayáis reconocido—siguió el embajador de Istralia—. ¿Os sentís bien como para cambiar conmigo algunas palabras?

Esta vez Canevari ni contestó ni hizo señal alguna que pudiese interpretarse como una respuesta a la pregunta del señor Pagallos.

—Señor marqués—siguió éste, extrañado de la conducta de Canevari—: necesito poner en claro el asunto que os ha traído a Berlín con su majestad.

Lucas frunció el ceño; eso fué todo.

—¡Necesito que me ayudéis a esclarecer ese enigma terrible!—exclamó el embajador, que comenzaba a impacientarse ante el mutismo del marqués.

Este no hizo un gesto.

—Caballero: bien está que guardéis silencio en aquellos casos en que el temor a ser traicionado os lo aconseje; pero ahora, en estas circunstancias y tratándose de mí, que os he recogido en mi casa, así como a su majestad y a vuestro amigo Montespín...

Se interrumpió el señor Pagallos viendo la mirada atónita que Canevari le dirigía, y luego concluyó:

—Por otra parte, caballero, es vuestro amigo Montespín quien tiene más interés aún que yo en poner en claro todo esto, y él también es quien me ha rogado que os interrogue.

Esta vez despegáronse los labios de Lucas para murmurar con voz débil:

—Montespín... Eduardo Montespín... Pero, ¿es que se ha salvado ese infeliz?

—A él le debéis la vida vos y el rey—contestó el señor Pagallos.

—¡Ah!—exclamó Canevari.

Y después de reflexionar, murmuró, tras otro breve silencio:

—¿Pero Montespín está aquí?

—Sí, a menos de veinte pasos de vos.

—¿Y por qué no viene él en persona a interrogarme?

—No puede abandonar el lecho.

—¿Está grave?

—Lo estuvo, como lo habéis estado vos, como lo ha estado su majestad; pero gracias a los cuidados que a todos os ha prodigado el doctor Freibich y su gente, estáis por completo fuera de peligro y en situación de recobrar pronto vuestras fuerzas.

* * *

Canevari volvió a fijar sus ojos en el techo.

¿Seguía desconfiando del embajador? Su actitud no daba a entender otra cosa.

—Señor marqués—dijo el señor Pagallos volviendo a impacientarse—: ¿queréis ayudarme o no a esclarecer el terrible suceso que se ha desarrollado hace dos noches en la casa número 5 de la Avenida de Munich?

—Caballero—contestó Canevari secamente—: me atengo al refrán que dice: "En boca cerrada no entran moscas."

—¡Ah! ¿Quiere decir que aún no os he dado suficientes pruebas de confianza?

—Hasta ahora no habéis hecho más que hablar, señor embajador.

—Y hablando os he demostrado que estoy al tanto de muchas cosas.

—Cualquiera de mis enemigos podría decir lo propio.

—¡Pardiez! Me creáis una situación difícil con vuestra desconfianza, señor marqués. ¿Qué debo hacer para probaros que soy vuestro amigo y que estoy de vuestra parte?

—¿No acabáis de decirme que es Montespín quien os ha enviado a interrogarme?

—Exacto.

—Pues que os conceda mi camarada esa misión por escrito.

—¿Y entonces me creeréis?

—Sí.

—Voy en busca de esa prueba, señor marqués.

Y el señor Pagallos salió de la habitación de Canevari, quien se dijo al quedar solo:

—Chitón, Lucas, chitón, y mira bien lo que haces... Ya tienes motivos sobrados para desconfiar hasta de tu propia sombra.

* * *

Antes de que transcurrieran cinco minutos, el embajador istraliano estaba de vuelta llevando en la mano un papel escrito con lápiz, que alargó a Canevari, diciéndole:

—Leed, señor marqués.

Lucas tuvo que incorporarse para poder leerlo.

Y reconoció que, en efecto, aquella letra era la de su amigo Eduardo Montespín.

El papel decía:

"Lucas: El señor Pagallos es nuestro mejor amigo, y puedes confiar en él a ojos cerrados. Tu camarada de infortunio,

**Montespín.**"

—¿Os habéis convencido ahora de que no me animan más que buenos propósitos acerca de vos?

Canevari se rascó, confuso, su enorme nariz, y respondió alargando su mano al embajador:

—Perdonad, caballero; desde que he abierto los ojos en esta casa me he formado el propósito de desconfiar de todo el mundo.

—Razones debéis tener para ello, no lo dudo. Pero pasemos ahora a lo que nos interesa.

—Sí, hablemos—dijo Canevari—. ¿De modo que sabéis ya que el hombre que me acompañaba la noche que nos hicis-

teis el honor de recibirme en vuestro palco del Metropol Hotel no era otro que el rey de Istralia?

—Montespín es quien me ha hecho esta revelación.

—¿Y decís que su majestad se encuentra en esta casa?

—Sí.

—¿Habéis hablado con él?

—No ha recobrado aún el conocimiento.

—Pero, ¿corre su vida algún peligro?—inquirió Lucas con gran interés.

—Ninguno.

—Supongo que acerca de la presencia del rey de Istralia en este lugar habréis guardado una reserva absoluta.

—Ni los propios médicos que le atienden están en el secreto.

—Perfectamente. Todo el mundo debe ignorar nuestra presencia en esta ciudad. Ahora, señor embajador, hacedme las preguntas que tengáis por conveniente.

El señor Pagallos cogió una silla, la llevó junto al lecho en el cual reposaba Lucas, y tomando asiento en ella dijo:

—Vamos a ver: ¿desde cuándo estáis en Berlín con su majestad?

—Desde la noche que nos recibísteis en vuestro palco. Cuando nos presentábamos a vos para pediros noticias de nuestro amigo Montespín, hacía apenas unas horas que habíamos llegado a la capital de Alemania.

—¿Desde Istralia?

—No, desde Constantinopla.

—Vos habréis venido desde Turquía; pero, ¿y su majestad?

—Hicimos el viaje juntos desde aquel país.

—¿Es posible?—inquirió asombrado el señor Pagallos—. ¿Cuánto tiempo hace entonces que el rey falta de Istralia?

—Puede decirse que desde la noche que fué coronado.

—¿Cómo puede ser eso, marqués?

—La noche de su coronación y de su boda, Oscar Luis I

dejó de ser rey de Istralia; fué despojado de su corona, arrojado de Palacio y puesto en inminente riesgo de perder la vida.

—¡Oh, marqués!—exclamó el señor Pagallos, que no podía creer en lo que Canevari decía—. Sin duda alguna debéis sufrir algún lamentable error al hablar así de su majestad... Los periódicos de Istralia que han llegado a mis manos hablaban de la intervención del rey en infinidad de actos oficiales y hasta publicaban fotografías de su majestad. ¿Cómo podían dar semejantes noticias si el rey hubiese estado ausente de todos esos actos y del país?

—La explicación es sencilla, señor embajador; los canallas que despojaron a su majestad se encargaron de poner en su lugar a otro hombre que finge ser el verdadero rey.

—¡Pero esto es espantoso!—exclamó el señor Pagallos sin poder dominar un estremecimiento.

—Y, sin embargo, no es más que el principio de la tragedia de la vida de nuestro monarca. Cuando conozcáis el resto no podréis menos que horrorizaros.

—¿De manera que Istralia está regida ahora por un farsante?

—Por un farsante y por una banda de malhechores de la peor especie.

—Y la reina madre, ¿qué hace?

—La reina madre ha desaparecido de Istralia sin que hasta ahora hayamos podido averiguar su paradero.

—¡Cuántas calamidades!... ¡Y todo esto lo ignora el mundo!

—No tiene nada de extraño que lo ignore todo el mundo, cuando nada saben de esta terrible tragedia ni los mismos habitantes de San Francisco, que se creen gobernados por el legítimo rey.

—Queda la reina, la joven reina—dijo el señor Pagallos—. ¿Qué actitud ha adoptado ante esos espantosos acontecimientos Alcira de Serajev?

—Ella es la inspiradora de toda esa catástrofe—respondió Canevari, apretando los dientes—. Alcira de Serajev, mujer impura a quien nuestro soberano sorprendió la misma noche de sus esponsales en brazos de un canalla que es el jefe de los usurpadores, es el ser más peligroso que existe sobre la tierra.

—¡Ah! ¿Cómo ha podido elegir nuestro soberano a esa mujer para que compartiese con él el trono glorioso de los Nazari?

—Oscar Luis fué vilmente engañado.

—Vos, que erais su mejor amigo, ¿no pudisteis sospechar nunca la trama horrorosa que se urdía contra nuestro soberano y su trono?

—No; nunca pude sospechar nada, y en cuanto a Montespin, aún debe ignorar todas estas cosas.

—Sí, vuestro amigo lo ignora todo.

—¡Me lo imaginaba!—exclamó Canevari—. Y ahora, señor embajador, me interesa a mi vez haceros algunas preguntas para que me ayudéis a aclarar algunos puntos obscuros de los últimos acontecimientos en que me he visto envuelto.

—Aguardad, señor marqués. Adivino lo que vais a preguntarme, y para poder contestaros necesito conocer antes otros extremos de la tragedia de nuestro rey. Referidme cómo fué arrojado de Istralia Oscar Luis I y cómo se las han arreglado sus enemigos para reemplazarle.

—¡Oh! Eso es largo de contar, señor embajador.

—Abreviad todo lo que creáis conveniente, pero hablad, enteradme de esos sucesos, que constituyen mi pesadilla desde hace cerca de dos días.

Canevari no tuvo más remedio que complacer al embajador y contó toda la trágica historia desarrollada a la sombra del trono de Istralia, y en la que le había tocado desempeñar un papel de primera fila hasta el presente.

El señor Pagallos le escuchaba verdaderamente horrorizado. En realidad, el martirio de Oscar Luis superaba a todo cuanto hubiera podido imaginar la mente más exaltada.

—Bien—dijo el embajador, después de escuchar el relato del marqués—. Pasemos ahora a lo sucedido la otra noche en la casa de la Avenida de Munich. ¿Quién os encaminó a esa casa?

Canevari iba a responder: "¡Vuestra hija tiene la culpa de todo!", pero se contuvo. ¿Había la joven procedido de buena fe al indicar al rey y a él que se dirigieran al palco número veintisiete? Esto era cosa que debía poner en claro, y mientras tanto, reconoció que no era de caballeros traicionarla. Y contestó al embajador:

—Un canalla que nos salió al paso mientras nos disponíamos a abandonar el Metropol Hotel. Nos dijo ser istraliano, estar emparentado conmigo y conocer el sitio donde podríamos encontrar a Montespín en compañía de una hermosa mujer que se había enamorado perdidamente de mi amigo.

—¿Y os dió las señas de aquella casa en la que estuvisteis a punto de perecer?

—Ni más ni menos.

—¿Reconoceríais a ese hombre si le vierais?

—Desde luego.

—¿Sabéis sómo se llama?

—Dijo ser un duque y tener el apellido de Martinko.

—Que yo sepa, no hay en Berlín ningún duque de ese apellido.

—Tengo la certeza de que el miserable nos ha engañado también respecto a su nombre.

—No cabe duda. Pero proseguid: ¿os dirigisteis en seguida a la casa de la Avenida de Munich?

—A toda prisa. Sospechábamos que un peligro amenazaba a nuestro amigo Montespín.

—¿Qué os sugería esa sospecha?

—Sabíamos que nuestros enemigos cifraban en la muerte de los amigos leales de Oscar Luis la impunidad de su obra. Como habían intentado suprimirme a mí en Constantinopla,

debían intentar asesinar a Montespín. Luego, esa sospecha se arraigó más en nuestra mente al saber que el capitán había abandonado el Metropol Hotel para seguir a una dama.

—Comprendo: visteis en esa dama un lazo que el enemigo tendía a Montespín para atraerle a la muerte. ¿Y quién os recibió cuando llegasteis a la casa de la Avenida de Munich?

—Una doncella.

—¿Fué ella la que os introdujo en el gabinete donde estuvisteis a punto de morir asfixiados por los gases venenosos?

—Sí, ella.

—¿No visteis a nadie más?

—No.

—¿Ni a vuestro amigo?

—Ni a él.

—¿Sabíais que estaba en esta misma casa?

—La muchacha que nos abrió nos dijo que estaba. Lo que ahora necesito saber es si nos engañó o no.

—No, esa joven os dijo la verdad, y además era ajena por completo a los planes del enemigo.

—¡Hum! Yo no me fiaría tanto de ella.

—Tenemos pruebas de su inocencia. ¿Cuándo comenzasteis a daros cuenta del efecto de los gases venenosos?

—A los pocos minutos de haber entrado en aquel gabinete.

—¿Cuántas personas suponéis que había en la casa en aquel momento?

—Un hombre, además de la doncella, tal vez el mismo duque Martinko.

—¿Y no creéis que allí estuviera también la mujer que había arrastrado a vuestro amigo hasta ese lugar?

—No podemos afirmarlo. ¿Luego es cierto que Eduardo estaba allí?

—Sí.

—¿Y Montespín fué también víctima de los gases?

—Fué víctima del cianuro, y los gases le salvaron.

—No comprendo.

—Es un problema de Química que os explicaré luego. Según puedo deducir ahora, por vuestras declaraciones, cuando los malvados comenzaron a soltar los gases tóxicos, Montespín estaba ya bajo los efectos mortales del cianuro, que aquella mujer le hizo beber mezclado a un licor que tenía dispuesto para el caso.

—¡Vive Dios!—exclamó Canevari—. Con una trama tan bien urdida, sólo a un milagro podemos deber el conservar aún el pellejo. Y decidme, señor embajador: ¿se ha averiguado quién era la mujer que jugó a Montespín tan hermosa bromita? ¿No sería una judía de ojos que al mirar le encienden a uno el alma?

—Se trata de algo más que de una simple judía, según hemos podido averiguar Montespín y yo.

—¿Qué es lo que habéis averiguado? Decídmelo, señor embajador. La curiosidad me devora.

—Vais a sufrir un rudo golpe como buen australiano que sois...

—No importa, hablad. Los tiempos no son para andarse con delicadezas. ¿Quién era esa mujer?

—Alcira de Serajev.

—¡La reina!—exclamó Canevari, que, a pesar de su debilidad, estuvo a punto de dar un brinco en el lecho.

—Sí, la reina de Istralia.

—¡Por mil rayos! ¡La reina de Istralia en Berlín! ¡La reina obrando como cualquier bandido! ¡Cómo ha podido esa mujer caer en semejante depravación? ¡Ahora me explico lo demás!

—¿Qué es lo que os explicáis, señor marqués?

—Ese perro que dijo llamarse Martinko no puede ser

otro que el amante de Alcira de Serajev, el conde Federico Lisandri.

—¿Cómo es que no le habéis reconocido al instante?

—Porque se presentó disfrazado con una barba negra... ¡Maldito! ¡Daría tres cuartas partes de mi vida por tenerle un par de minutos bajo mis uñas!

* * *

Prodújose un breve silencio, al que el embajador de Istralia puso fin diciendo:

—Ahora sería interesante saber si esa inquietante pareja continúa aún en Berlín.

—Debemos vivir alerta, por si acaso—contestó Canevari. —Estoy seguro que tendrán deseos de repetir con más suerte el golpe que les ha fracasado contra nosotros.

—¿Qué planes abriga el rey?

—Desenmascarar a los usurpadores de su trono y vengarse de ellos en la forma debida.

—Según veo las cosas, para lograrlo será menester que revele su situación al país.

—No es necesario alarmar al pueblo. Le bastará conseguir la ayuda de personas valientes y de buena voluntad que se apresten a dar el golpe en el momento oportuno.

—Desde luego podéis contar conmigo.

—¿Estáis dispuesto a arrostrar tantos peligros?

—Tengo por norma marchar siempre detrás de la bandera de los justos. Por otra parte, en las presentes circunstancias no me queda más remedio que obrar así.

—Explicaos.

—Vuestros enemigos son ahora los míos. Hacedme el favor de leer este telegrama que he recibido ayer por la tarde.

Y el decir esto, el señor Pagallos alargó a Canevari el despacho enviado por el ministro de Relaciones Exteriores

de Istralia, por el cual se le ordenaba partir inmediatamente para el Brasil.

Después de leerlo, Lucas volvió a rascarse su majestuoso apéndice nasal.

—¡Cáspita, señor embajador! También a vos os han echado el ojo encima esos granujas. ¿Pensáis obedecer esta orden?

—¡Sería un cobarde y un mal istraliano si la acatara!—exclamó con nobleza el señor Pagallos—. Hoy mismo presentaré al ministro de Relaciones Exteriores la renuncia de mi cargo.

—No os precipitéis tanto—advirtió Canevari—. No creo que os convenga demostrar al enemigo que os ponéis por entero de nuestra parte.

—¿De qué sirve simular, si ya deben saber a qué atenerse?

—¿Y si no lo supieran? Este telegrama puede interpretarse de manera distinta a como lo hacéis vos. Podría muy bien darse el caso que esa orden no tenga otro objeto que el de alejaros del lugar donde esos canallas suponen haber cometido su triple crimen.

—Según eso, ¿pensáis que después de abandonar aquella casa de la Avenida de Munich, han debido salir también inmediatamente de Alemania?

—Nada ha ocurrido hasta ahora que pueda darnos a entender que el enemigo sabe que nos hemos salvado.

—¿No contáis con los espías?

—Señor embajador: cuando la misma reina de Istralia ha venido a Berlín con intención de cometer ese crimen de que hablamos, todo indica que los usurpadores del trono no se fían de terceros.

El señor Pagallos se quedó pensativo.

—¿Qué hacer entonces?—preguntó, dirigiendo a Canevari una mirada llena de dudas.

—Yo no puedo resolver nada sin hablar antes con el rey y con Montespín.

—Aconsejadme al menos qué conducta debo seguir.

—¿Respecto a esa orden?

—Sí, respecto a esa orden.

—Dad a entender que la cumpliréis.

—¿Luego he de acusar recibo de la misma?

—Sería conveniente.

—Bien; tan pronto regrese a la Embajada, telegrafiaré a San Francisco prometiendo ponerme en seguida en camino rumbo a la República del Brasil.

Instantes después, el señor Pagallos se despedía del marqués recomendándole descansara, y volvía al lado de Eduardo Montespín, que le esperaba lleno de impaciencia.

* * *

—Y bien, excelencia, ¿qué os ha dicho Canevari?

—Lo primero que ha hecho ha sido interesarse por vuestro estado y el de su majestad.

—¿Y respecto a las causas de su presencia en Berlín?

—Eso es más largo de contar.

—¡Hablad, señor Pagallos! Estoy como sobre ascuas.

—Lo comprendo, amigo mío. Preparaos a escuchar un relato horrible que confirmará vuestro descubrimiento.

—¿Os referís a la mujer maldita que me arrastró con sus engaños a aquella casa en la que mis amigos y yo estuvimos a punto de hallar la muerte?

—A la misma.

—¡Ah! ¿Luego no me he engañado?

—No. ¡Era la reina de Istralia!

—¡Qué sarcasmo espantoso!—exclamó el capitán de Coraceros después de un silencio emocionante—. El destino ha deparado a Istralia una reina más vil que las sierpes que se

arrastran por las cavernas tenebrosas del Averno. Pero hablad, excelencia, os lo suplico. Referidme todo lo que os ha contado Lucas Canevari.

—Es preciso que templéis vuestros nervios, capitán, para que éstos puedan resistir sin estallar a ese desfile de horrores al que asistiréis al escucharme. Lo que vos habéis sufrido desde que abandonasteis San Francisco no es nada comparado con el martirio de nuestro joven soberano.






CAPITULO L

## El rey despierta



A alegre luz del sol inundaba la habitación del rey cuando éste abrió los ojos.

Miró en torno suyo con gran curiosidad, y al no conocer el sitio donde se encontraba, tuvo un ligero sobresalto.

Se pasó una mano por los ojos, y este mínimo esfuerzo hizo correr gotas de sudor por su rostro demacrado, de mártir.

Al poco rato entrevió una forma blanca que penetraba en la habitación y se aproximaba al lecho.

No tardó Oscar Luis en darse cuenta de que se trataba de una enfermera.

—¿Dónde estoy?—preguntó con un hilo de voz.

La enfermera, que no había advertido su despertar, le miró sorprendida.

—Hablad—rogó el rey con la misma voz débil, desfallecida.

—Caballero, estáis en el chalet que el embajador de Istralia posee en los alrededores de Berlín.

—¿En el chalet del embajador de Istralia?...

Oscar Luis entornó los ojos y trató de sumergirse en sus recuerdos.

¡Ah! El conocía al embajador de Istralia en Berlín; no había duda. Y de pronto dió con los recuerdos precisos. Y volvió a ver el palco del "Metropol Hotel", al embajador y a su hija, aquella preciosa joven que luego, cuando él se alejaba con Canevari para dirigirse de nuevo al domicilio de Montespín, había corrido tras ellos para darles cuenta del lugar donde podían encontrar al capitán de Coraceros.

Rasgado ya el velo que ocultaba todos sus recuerdos, la espantosa tragedia de su vida se proyectó íntegra en la memoria del joven monarca.

Y en pocos segundos pasó revista a aquel cuadro siniestro de horrores de infierno dantesco.

Y una interrogación dolorosa se elevó de su espíritu torturado: ¿qué había sido del fiel Canevari, caído como él en la trampa de aquella casa de la Avenida de Munich? ¿Y Montespín?... ¿Dónde estaba Montespín?

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

—¿Y cómo estoy aquí?—preguntó de pronto a la enfermera, que le observaba en silencio.

Esta se encogió de hombros.

—Aguardaos—dijo—. Llamaré al doctor Max Klinder y él os dará las explicaciones que deseáis.

—¿Quién es el doctor Max Klinder?

—Un discípulo del sabio doctor Freibich, que es quien os ha salvado la vida, gracias a una de sus curas maravillosas.

Oscar Luis meditó un instante, y luego dijo:

—Está bien; llamad al doctor Max Klinder.

La enfermera salió.

Instantes después, Max, enfundado en su blanco delantal, aparecía ante el lecho de Oscar Luis.

—Caballero, os doy mi más cordial enhorabuena por haber

vuelto a mezclaros a las cosas del mundo—dijo con una alegre sonrisa—. Podéis consideraros un muerto resucitado.

Oscar Luis observó al joven médico con fijeza. ¿Se chanceaba? ¿Sería aquel hombre un cómplice de sus infernales enemigos?

—Doctor, ¿es cierto que me encuentro en un chalet propiedad del embajador de Istralia en Berlín?—preguntó el monarca con voz débil.

—En efecto, caballero: este chalet pertenece al señor Pagallos, gran amigo de mi maestro, el doctor Freibich.

—Y decidme, doctor: ¿desde cuándo estoy en este lugar?

—Desde hace cuatro días.

—¿Cómo he venido a parar aquí?

Max se encogió de hombros.

—He ahí una pregunta que no sé contestar—murmuró.

—¿Quién podría entonces sacarme de dudas?

—El embajador o vuestros amigos.

—¡Mis amigos!—exclamó Oscar Luis—. ¿Mis amigos decís?... ¿Es que están aquí mis amigos?

—Sí.

—¡Cielos!... ¿Qué milagro es éste entonces?

—¿Queréis verlos?—preguntó Max.

Oscar Luis se incorporó con viveza en el lecho.

—¡Al instante, doctor!... ¡Al instante!... ¿Están aquí?

—Los veréis antes de cinco minutos—contestó el joven médico saliendo de la habitación.

* * *

Cinco minutos que a Oscar Luis se le antojaron cinco siglos en medio del infierno de dudas en que había caído al despertar, y transcurridos los cuales su corazón le dió un brinco dentro del pecho al oír pasos que se aproximaban.

Canevari, pálido, ojeroso, vestido con un pijama de color obscuro, entró en la habitación.

Durante un segundo, el rey y el marqués se miraron sin poder pronunciar la menor palabra.

Y de repente, dos exclamaciones escapadas del alma de aquellos hombres desgarraron el impresionante silencio que siguió a la aparición del marqués.

—¡Sire!

—¡Lucas!

Canevari se precipitó hacia el rey con los brazos abiertos, y Oscar Luis le recibió en los suyos abiertos también.

Y se besaron como dos hermanos.

El marqués lloraba.

—¡Sire, sire!... ¡Cuánto habéis padecido, mi pobre señor!... ¿Cómo estáis ahora?... ¿No os duele nada?

—Me encuentro bien, Lucas, y ardo en deseos de continuar nuestra obra...

—Pero, ¿respiráis bien?

—No siento la menor molestia; pero, en cambio, aquí dentro, en el corazón...—murmuró el rey con voz sorda.

—¡Ah!—exclamó el marqués—. Allí todos tenemos el mismo martirio, sire.

—Lo sé, amigo mío. Mas hablemos de otras cosas. Ayúdame a salir del mar de dudas en que está sumergida mi mente... Y dime, dime ante todo: ¿se ha salvado Montespín?

—Aquí estoy, majestad—contestó una voz desde la puerta, antes que Canevari tuviese tiempo de hablar.

—¡Eduardo!—exclamó el rey, emocionado—. ¡Acércate, querido amigo!

—¡Señor!...—murmuró el capitán de Coraceros, no menos emocionado que su soberano, aproximándose al lecho.

Y apoderándose de una mano de Oscar Luis, se la cubrió de afectuosos besos.

—Abrázame, Eduardo—le dijo el monarca—. Abrázame, valiente, como si fuésemos hermanos...

Montespín le estrechó entre sus brazos y besó su noble frente, por la que no había pasado jamás un pensamiento maligno.

Después dijo Oscar Luis:

—Henos aquí a los tres proscriptos, a los tres hermanos de martirio reunidos... Haced ahora conmigo una obra más de caridad: sacad a mi espíritu de las tinieblas entre las cuales se agita enfurecido, como una fiera enjaulada... ¿Dónde estamos, amigos míos?

—En el chalet que el embajador de Istralia en Alemania posee en los alrededores de Berlín.

—¡Ah!... ¿Y qué persona es ese embajador?

—Un hombre de bien—dijo Canevari.

—Un caballero a quien puede decirse debemos la vida—agregó Montespín.

—¿Pero él sabe quiénes somos?

—Todo, sire...

—¿Y decís que tenéis confianza en él?

—¡Absoluta!—afirmó Montespín.

—Bien. Eso indica que no todos los istralianos son malos. ¿Y desde cuándo estamos en este sitio?

—Desde hace cinco días.

—¡Cinco días!—exclamó Oscar Luis con desesperado acento—. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Cuántas calamidades estarán lloviendo sobre mi desgraciado reino y sobre las personas que me son más queridas!... Canevari, refiéreme cómo hemos podido escapar con vida de aquella casa maldita. Eduardo, explícame dónde te encontrabas la noche que Lucas y yo hemos ido a buscarte al "Metropol Hotel".

—Al momento, sire—contestó Canevari.

—El marqués hablará primero, majestad; así os preparará el ánimo para escuchar los horrores cuya revelación os reservo.

* * *

Un cuarto de hora después, Oscar Luis, enterado de todo, decía, apretando los puños:

—¡Es preciso trasladarnos sin pérdida de tiempo a San

Francisco!... ¡Es preciso desenmascarar a esa canalla que hoy se reparte el trono de mis antepasados! No contemos más que con nosotros mismos, amigos míos... Sólo de nuestro valor debemos fiarnos.

—Partiremos, sire, tan pronto os encontréis con fuerzas para ello—le contestó Montespín—. Lucas y yo tenemos tanta sed de venganza como vos mismo.

—¡Ahora mismo podemos ponernos en camino!—exclamó el rey.

—Nada de imprudencias, señor—le contestó Canevari—. Estáis aún débil, y Montespín y yo no consentiremos que abandonéis el lecho sin consentimiento del doctor Freibich.

—¡Eso es tanto como condenarme a un nuevo suplicio, amigos míos! Pensad que estoy sobre espinas; pensad que mientras atiendo cobardemente al restablecimiento total de mi salud, Istralia agoniza bajo el yugo de los usurpadores; mi madre puede estar muerta ya, y en cuanto a María Teresa...

—Calma, calma, sire—interrumpió Canevari—. Está de Dios que hemos de llegar a tiempo... Lo principal es que aquellos canallas nos crean muertos, como opina el embajador.

—¡Ah! Y a propósito del embajador, ¿dónde está ese buen istraliano?

—¿Queréis verle, señor?—preguntó Montespín.

—Sí.

—Voy en su busca. Debe estar esperando que le hagáis el honor de recibirle.

Y Montespín salió de la habitación.

Un minuto después estaba de regreso, acompañado del señor Pagallos, que saludó al rey con una respetuosa reverencia.

—Acercaos, señor embajador—le dijo Oscar Luis.

Y le tendió la mano.

—¡Oh, sire!—exclamó el señor Pagallos, besando emocionado aquella mano—. ¡No tenéis idea de la satisfacción que me produce vuestra mejoría!

El rey le respondió:

—Sois un sér noble y abnegado, señor embajador, y sé que mis amigos y yo os debemos la vida. Tened la seguridad que no olvidaremos nunca el favor inmenso que de vos hemos recibido.

—Majestad: toda mi vida ha estado dedicada a servir lealmente la causa de Istralia y de mis reyes. Utilizad lo poco que queda de ella en pro de vuestra causa, y me otorgaréis el mayor de los honores.

—Vivid para vuestra familia—repuso el rey—. Ya habéis hecho bastante por nosotros.

Pero el señor Pagallos no se dió por satisfecho.

—Sire: con prescindir de mis servicios no me alejáis del peligro. El señor marqués y el señor capitán ya saben que no tengo más remedio que ser parte activa en vuestra causa.

—No comprendo...—murmuró Oscar Luis, mirando con extrañeza a Montespín y a Canevari.

—Es verdad—dijo este último—; no hemos tenido tiempo de comunicaros, sire, que el señor Pagallos ha recibido hace ya unos días un mensaje harto sospechoso. Leedlo a su majestad, excelencia... Me gustaría saber qué opina el rey de ese mensaje.

Hizo el embajador lo que Canevari le indicaba, y una vez que hubo leído en voz alta el texto del telegrama que días atrás había recibido de San Francisco ordenándole ponerse en viaje inmediatamente para el Brasil, preguntó:

—¿No opina vuestra majestad que este telegrama ha sido inspirado por vuestros enemigos?

—Quieren alejaros del sitio donde ellos han consumado su crimen para poner coto a la posibilidad de que lleguéis a enteraros de sus manejos.

—Esa es también mi opinión, sire—dijo el embajador.

—Y la nuestra—agregó Eduardo, hablando también por Canevari.

—¿Habéis contestado a ese telegrama?—inquirió Oscar Luis.

—No, sire. Tenía pensado darle respuesta personalmente en San Francisco el día en que vos volváis a sentaros en el trono.

—No creo que aquellos miserables se resignen a aguardar tanto tiempo. Tomarán medidas contra vos, señor embajador.

—Eso es lo que yo temo, según he manifestado al señor Pagallos—dijo Canevari.

—El señor marqués y yo—agregó Montespín dirigiéndose al embajador—habíamos pensado aconsejaros simular que partís para el Brasil con objeto de alejar las miradas de aquellos malditos del lugar donde nos hallamos ahora.

—Me parece muy cuerdo ese consejo, admitida la posibilidad de que el enemigo ignore que nos hemos salvado—dijo el rey.

—Bien, sire—contestó el señor Pagallos—. Puesto que todos estáis de acuerdo y mi manera de pensar tampoco difiere de la vuestra, simularé partir para el Brasil con mi familia.

—Comunicadlo así al ministerio de Relaciones Exteriores de San Francisco.

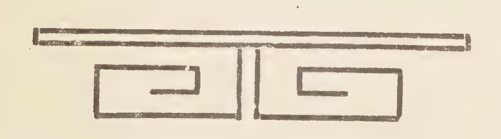
—Eso haré, sire. Mas queda un punto importante que resolver.

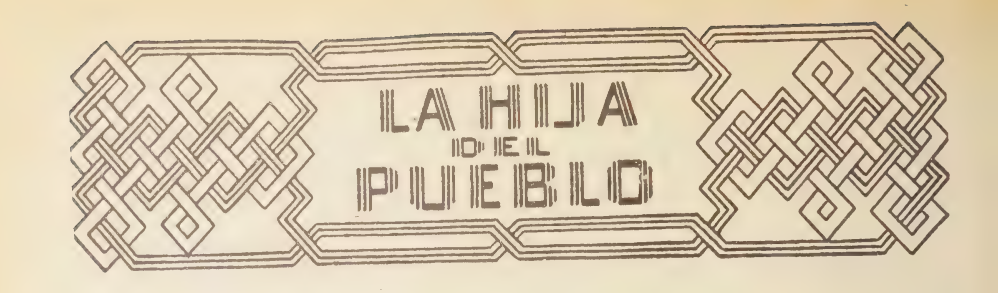
—Decid.

—¿Dónde debo detenerme para volver a vuestro lado y hacer causa común con vosotros?

—Podríais hacer alto en cualquier ciudad de Francia, dejar a vuestra familia en lugar seguro y regresar desde allí a Berlín.

—Entendido, sire. Esta misma noche partiré para Francia con los míos, y quiera Dios que el enemigo no llegue a sospechar nuestras intenciones.






## CAPITULO LI

### Entre los conspiradores

EL primer impulso de la señora Genoveva fué apartarse de la ventana y correr a la habitación donde María Teresa dormía con la niña para darle cuenta del peligro que las amenazaba; pero una reflexión la contuvo: ¿no era esto obrar demasiado a la ligera? Mientras no estuviese convencida de que el hombre de la capa representaba un riesgo grave para ellas, no debía alarmar a la infeliz madre.

Volvió, pues, a mirar por el entreabierto postigo, y esta vez tuvo que ahogar un grito de terror.

Ya no estaba solo aquel siniestro personaje. Otros dos hombres habían aparecido junto a él, embozados también en amplias capas, y éste les hablaba señalándoles diversos puntos de la casa.

La viuda creyó comprender que les estaba dando instrucciones para asaltar su vivienda. Ya no podía dudar acerca de las intenciones de aquellos miserables, y como perseguida por los

demonios, se apartó de aquel lugar para precipitarse en la habitación de María Teresa.

La joven dormía.



*La mujer tuvo que meterse en el agua para llegar hasta él.*

Inclinándose sobre ella, la señora Genoveva la sacudió para despertarla.

María Teresa se incorporó en el lecho llena de alarma.

—¿Qué hay?... ¿Qué sucede?... ¿Eres tú, Genoveva?

—Sí, amiga mía. Vístete al instante y coge a la niña.

—Pero, ¿qué ocurre?—inquirió la joven madre, sintiendo

que el corazón se le paralizaba de temor—. Enciende al menos una luz...

—¡Imposible! Eso sería denunciarnos. ¡Ea! Salta en seguida fuera de la cama y coge a Luisita.

—¡Virgen Santísima! ¿Es que vienen en mi busca?

—Sí. Debemos huir antes que sea demasiado tarde.

—¿Huir? ¡Ah! Eso quiere decir que el enemigo ha descubierto mi paradero—murmuró María Teresa mientras buscaba en la obscuridad, por la habitación, las ropas con que vestirse—. ¿Hay alguien en la casa, Genoveva?

—No, pero he visto en la calle tres hombres que se preparan a entrar; vienen por ti, no cabe duda...

—¡Dios del cielo!... ¿Cómo escapar, amiga mía?... ¿Cómo salvar a mi pobre niña?

—Calla y date prisa; lo intentaremos todo...

—Pero, ¿estás tú preparada ya para la fuga?

—Sí.

—Coge a Luisita y envuélvela en un chal; te lo suplico, Genoveva... ¿Por dónde escapar si hay gente en la calle?

En aquel momento dos fuertes golpes dados en la puerta de la calle llegaron a oídos de las dos mujeres.

María Teresa ahogó un grito de terror, y en cuanto a la viuda, se estremeció como sacudida por una corriente eléctrica.

—¿Has oído?—dijo con voz temblorosa, volviéndose a la joven madre mientras envolvía a la pequeña en un cobertor, que fué lo primero que halló a mano—. ¡Ya están aquí!

—¡Estamos perdidas!—exclamó desesperadamente María Teresa.

—No—replicó la viuda—; todavía nos queda una esperanza. ¿Te has vestido ya?

—Sí, pero ¿qué hacer?

—Corre hacia el fondo del patio; hay allí una escalerilla por la que podrás ganar el tejado de la vivienda que da a la calle de las Animas. Tengo entendido que esa vivienda está deshabitada... Espérame en ella.

—Pero, ¿es que tú no piensas seguirme?

—Voy a recoger antes algunas cosillas de valor... ¡Huye!

—Dame la niña.

—No te preocupes por ella. Puedo llevarla mejor que tú, ya que soy más fuerte. ¡No pierdas tiempo, María Teresa!

En aquel momento volvieron a resonar otros dos golpes contra la puerta de la calle, La viuda se estremeció mientras penetraba en el comedorcito, y en cuanto a María Teresa, salió corriendo hacia el fondo del patio.

Allí encontró inmediatamente la escalera, y subiendo de cuatro en cuatro los peldaños, llegó a los pocos segundos sobre el tejado de la casa que, según la señora Genoveva, daba a la calle llamada de las Animas.

Desde allí volvió la vista al patio de la casita que acababa de abandonar.

No vió a su amiga.

—Estará buscando aún sus cosas—se dijo—. ¡Quiera Dios que no se haga tarde!...

Siguió andando por el tejado hasta que se encontró ante una escalera que comunicaba con el patio de la casa vecina. Titubeó antes de descender por ella. El corazón le mandaba aproximarse a la casa que acababa de abandonar y en la cual se encontraba aún la señora Genoveva teniendo en sus brazos a la niña; pero luego, recordando la advertencia que la viuda le había hecho de esperarla en el interior de aquella vivienda abandonada, y temiendo ser vista desde la calle por los malvados interesados en darle caza, inició el descenso.

Pero en el momento en que iba a poner los pies en el pavimento de piedra del patio, María Teresa sintió que una mano se apoyaba en su hombro, paralizándola.

* * *

En aquel instante, el primer pensamiento que acudió a la mente de la infeliz fué para su hija. ¿Qué sería de Luisita en

poder de aquellos malvados, que tanto odiaban a su padre? Y de su pecho se escapó esta exclamación ahogada:

—¡Nena de mi alma! ¡Haga Dios que vuelvas a mis brazos!

—Nada de mojigaterías—dijo casi en su oído una voz áspera—. Vas a decirme inmediatamente qué demonios venías a buscar aquí.

María Teresa se volvió rápidamente, picada su curiosidad por estas palabras, y pudo distinguir confusamente en la obscuridad al hombre que había puesto una mano sobre su hombro. Era de regular estatutra, estaba vestido muy pobremente y su rostro aparecía poblado de una barba espesa y dura.

Y como ella guardara silencio, aquel hombre agregó, sacudiéndola brutalmente:

—Habla, maldita. ¿Qué has venido a hacer a esta casa?

María Teresa balbuceó:

—Dejadme; os lo diré todo... He venido a buscar refugio contra los que me persiguen...

El hombre miró en torno suyo con cierta inquieutd.

—¿Que te persiguen, dices? ¿Y quiénes son los que te persiguen?

—Esbirros del rey, según creo.

—¿Qué delito has cometido?

—Ninguno; os lo juro, buen hombre.

—Mientes o eres una espía execrable. Ven, entra en este cuarto. Ya se encargarán los compañeros de ajustarte bien las cuentas.

La había empujado hasta un rincón del patio y allí abrió una puerta baja y estrecha por la que pretendió hacer entrar a la joven.

—No, dejadme aquí—suplicó ésta, resistiéndose al deseo de aquel individuo—. Permitidme que permanezca en este lugar hasta que llegue mi buena amiga con mi hija.

—¡Ah! ¿Conque esperas a una amiga? ¿Y te figuras, desgraciada, que aquí nos chupamos el dedo? ¡Ea! Métete en ese

cuarto y cuidado con abrir la boca. Yo me encargaré de despachar a los que se presenten...

La empujó con violencia en el interior de aquella pieza sumida en la obscuridad, y en seguida cerró la puerta.

Hecho esto, el hombre, revólver en mano, se encaminó hacia la escalera por la cual María Teresa había descendido al patio de la casa, y subiendo por ella, desapareció sobre el tejado.

* * *

El hombre paseó sus ojos sobre los tejados vecinos, y no descubriendo nada sospechoso, siguió avanzando hasta que se encontró al borde de la techumbre sobre la cual andaba y ante el patio de la casa inmediata, que era la de la señora Genoveva.

Se agazapó inmediatamente tras una chimenea. En aquel patio acababa de ver moverse varios bultos de forma humana, y pensó:

—No pueden ser otros que los cómplices de esa maldita que acaba de caer en mis manos. Veremos qué hacen cuando adviertan que tarda en volver...

Pero su espera no fué muy larga. En aquel momento una de las puertas de la casa que daba al patio donde el hombre suponía aguardaban los cómplices de la espía que acababa de capturar se había abierto y por ella salió una mujer que echó a correr hacia la escalera que conducía al tejado de la casa inmediata, o sea de aquella sobre la cual se encontraba nuestro sujeto.

Pero la mujer no tuvo tiempo de llegar allí. Tres hombres le cerraron el paso y ella retrocedió, dejando escapar un pequeño grito.

—¡Hola!—exclamó el hombre del tejado para sus adentros—. Va a resultar que la joven que he cogido no me ha engañado...

Y aguzó el oído para no perder palabra de lo que en aquel patio decían.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la mujer, que iba envuelta en un chal y parecía estrechar algo contra su pecho—. ¿Quiénes sois?... ¿Qué hacéis en mi casa?

Uno de aquellos individuos le respondió, adelantándose un paso:

—No es menester explicártelo; bastante sabes tú quiénes somos y a qué venimos...

—¡Señor, os juro que...!

—¡Chist! Te advierto que lo mejor que puedes hacer es callar... Después de todo, no vamos a comerte... ¿Es la niña ese bulto que llevas en los brazos?

La mujer permaneció muda de terror.

—¿Dónde está tu amiga, esa viuda que te ha dado alojamiento, que te ha protegido desde que llegaste a San Francisco huyendo del Castillo de las Aguilas?

—Ya no está aquí—balbuceó la mujer con voz débil.

—¡Peor para ella si se ha escondido!—barbotó el hombre.

Y volviéndose a sus dos acompañantes, que permanecían detrás, les ordenó:

—Registrad la casa. Seguramente encontraréis a la viuda metida bajo algún mueble.

Los dos individuos desaparecieron en el interior de una habitación. El otro permaneció en el patio, delante de la mujer, que estrechaba a la niña contra su pecho.

Transcurrieron algunos minutos. La mujer y el hombre guardaban silencio, pero en el interior de la casa se oía el ruido que producían los dos esbirros al remover los muebles para buscar a la otra mujer en cuya captura se hallaban interesados.

De pronto, los dos reaparecieron en el patio.

—Es inútil buscarla en la casa—dijo uno de ellos—. Esa mujer debe haber huído antes que nosotros entrásemos en el patio.

—Imposible. La manzana está rodeada por la policía, y de haber salido de la casa, hubiera caído infaliblemente en nuestro poder.

Los dos esbirros miraron en torno suyo.

—¿Y si hubiese escapado por los tejados?—inquirió uno de ellos.

—Buscadla—ordenó el que guardaba a la prisionera—. Es preciso que parezca.

Los dos hombres se dirigieron hacia el fondo del patio y comenzaron a subir por la escalera para ganar el tejado. El que se había apoderado un rato antes de María Teresa se tendió boca abajo, cuan largo era, detrás de la chimenea, y teniendo el revólver pronto para hacer fuego, se dijo:

—Los mataré en cuanto se me acerquen; las detonaciones ya advertirán a los compañeros que no deben dormirse en la cueva...

No obstante su decisión, aquel sujeto debió pasar por momentos de verdadera ansiedad viendo cómo los dos esbirros recorrían el tejado, se asomaban al patio de la casa donde él se encontraba un rato antes, y después de titubear un instante, acababan por descender, impulsados por alguna sospecha.

El hombre, que ya no los veía, aguardaba inmóvil tras la chimenea el resultado de sus pesquisas.

Al cabo de un rato, los dos esbirros volvieron a aparecer sobre el tejado.

—Esa casa está deshabitada—decía uno de ellos—, y gracias a eso hemos podido registrarla; pero en cuanto a las otras, necesitamos contar con una autorización en regla para introducirnos en ellas.

—Lo mejor será que su excelencia haga hablar a esa mujer; ella debe saber dónde se ha metido su amiga.

Pasaron tan cerca de la chimenea, que uno de ellos rozó con el borde de su capa el rostro barbudo del hombre allí escondido, y descendieron en seguida al patio donde se encontraba el que parecía ser su jefe guardando a la prisionera.

—¡Ah!—exclamó éste—. ¿Volvéis con las manos tan vacías como cuando os marchasteis? Ya sabía yo que nada se puede esperar de gente torpe como vosotros.

—Señor—contestó humildemente uno de los esbirros—: hemos registrado la casa inmediata, que está deshabitada, sin hallar nada en ella. Para introducirnos en las otras casas de la manzana necesitamos una autorización vuestra o de la Policía.

—¿Por qué no obligáis a la prisionera a deciros dónde se encuentra su amiga?—añadió el otro—. Todos saldríamos ganando con ello.

—¡Basta!—exclamó de mal talante el que guardaba a la prisionera—. En el castillo le arrancaré esa declaración. Vamos, Gaspar; salgamos. En cuanto a ti—añadió volviéndose hacia el otro esbirro—quiero que permanezcas en esta casa durante el resto de la noche.

—Muy bien, excelencia—contestó respetuosamente el aludido.

Y un minuto más tarde, el hombre, desde su escondite en el tejado, vió cómo el llamado Gaspar y el que recibía el título de excelencia, sacaban a la prisionera de la casa.

—¡De buena nos hemos librado!—exclamó como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

Y en seguida, arrastrándose por el tejado, descendió al patio de la casa que tanto la señora Genoveva como los esbirros habían creído deshabitada, abrió la puerta de la pieza en la cual había introducido un rato antes a María Teresa y se perdió en la obscuridad.

* * *

Una desesperación sin límites se había apoderado de María Teresa al encontrarse encerrada en aquella pieza sumida en las tinieblas.

Sollozando, se arrojó contra la puerta y se puso a golpearla con sus puños.

—¡Abrid! ¡Abrid!—clamaba —. ¡Dejadme recobrar a mi

hija!... ¿Qué daño os he hecho para separarme de mi pequeña Luisita! ¡Abrid! ¡Tened piedad de esta pobre madre!

Nadie le contsetó. La puerta crujía bajo sus golpes sin llegar a abrirse.

Veinte veces volvió María Teresa a la carga con sus desgarradoras súplicas, sin obtener ninguna respuesta ni lograr forzar el cierre de aquella puerta, y cuando ya, vencida por la inmensidad de su dolor, iba a abandonar su intento, un rumor extraño que llegó a su oídos la obligó a reprimir sus sollozos.

Escuchó.

Eran voces las que parecían subir hasta ella a través del piso. ¡Oh, sí! Bajo sus pies había gente, gente que discutía, que vociferaba. Tuvo miedo; pensó en apariciones, en duendes, en leyendas de ultratumba que la habían hecho temblar de pequeña.

De repente aquel rumor escalofriante cesó.

Entonces María Teresa trató de orientarse en las tinieblas para acercarse de nuevo a la puerta.

Mas no había dado aún tres pasos, cuando una voz estentórea que parecía brotar también a través de las tablas del piso, llegó claramente a sus oídos.

—¡Es preciso matarle!—había exclamado aquella voz—. ¡Es preciso que el puñal de los hijos del pueblo llegue al corazón abyecto de ese tirano! Cuanto más larga sea la vida de ese déspota, más cruenta será la agonía de Istralia.

Y a conjuro de esta voz, otras cien se elevaron.

—¡Muerte al tirano! ¡Muerte! ¡Hay que barrer el trono de Istralia, transformado en guarida de fieras sanguinarias!

Inmediatamente aquellas voces bajaron de tono, y María Teresa volvió a percibir el murmullo incomprensible que momentos antes la había sobrecogido de terror.

Pero ya no creía fuese aquello producto de fenómenos sobrenaturales. Las palabras que acababa de escuchar habíanle revelado que bajo el piso de aquella habitación había un grupo de hombres que conspiraban contra la tiranía. En seguida pen-

só que el hombre que la había encerrado en aquel lugar debía ser un cómplice de aquellos otros que se pronunciaban contra la vida de los malvados que ocupaban el trono de Istralia, Y se dijo que aquellos hombres, aquellos hijos del pueblo como ella, eran sus hermanos y que, indirectamente, al conspirar contra la tiranía, laboraban por su felicidad y por la de su amado Oscar Luis.

Una idea heroica pasó por su cerebro. ¿Por qué no sumarse a aquellos valientes? Si triunfaban, ella era la que más saldría ganando con ese triunfo. Sí, sí; en vez de limitarse a una espera pasiva y cobarde, su deber estaba al lado de aquellos hijos del pueblo que conspiraban contra los malditos que usurpaban el trono del hombre que amaba.

Volvió a concentrar toda su atención en aquel murmullo de voces que continuaban brotando a través de las tablas del piso. Los conspiradores parecían haberse empeñado en una discusión acalorada, y sólo de cuando en cuando María Teresa conseguía percibir con claridad alguna que otra palabra que le permitiera comprender que seguían tratando acerca del modo más certero para acabar con la tiranía.

Y de súbito, mientras escuchaba teniendo los ojos fijos en el suelo, vió con estupefacción levantarse una parte de éste y aparecer la cabeza de un hombre en el boquete iluminado.

La joven madre retrocedió hasta el rincón más obscuro de la pieza.

—Urso, ¿estáis aquí?—preguntó aquel hombre, paseando sus ojos por el lugar—. Haz el favor de venir para tomar parte en una votación.

Nadie le contestó, y entonces el hombre dijo, dirigiéndose a los demás conspiradores que debía haber en el subterráneo:

—Urso no responde, hermanos; debe estar en el patio.

—Es igual; prescindiremos de él—dijo otra voz—. Baja.

El hombre que se había asomado desapareció, y el pedazo de piso que acababa de levantarse volvió a ocupar su lugar.

Hacia allí avanzó María Teresa, saliendo del rincón donde no habían alcanzado a distinguirla los ojos del conspirador.

Acababa de adoptar una resolución heroica.

* * *

Inclinándose sobre el piso, en el lugar donde había visto alzarse parte de éste, tanteó en la obscuridad buscando el borde de aquella trampa para levantarla y penetrar en el subterráneo o sótano en el que se hallaban reunidos los conspiradores.

No tardó en lograr su deseo, y pasando a través del boquete, puso los pies en una escalera de madera carcomida por los años, desde donde pudo dominar todo el subterráneo, iluminado por varios faroles de petróleo.

Cincuenta hombres de todas las edades y cubiertos con las más diversas indumentarias, estaban de pie, frente a una mesa ocupada por otros tres individuos, dos de los cuales llevaban puesta una blusa azul, y el tercero, el que ocupaba el centro de la mesa, vestía traje de chaqueta negro y corbata del mismo color, advirtiéndose en él cierto aire de distinción del que a simple vista carecían los demás personajes allí reunidos.

En aquel momento, el hombre vestido de negro hacía uso de la palabra y era escuchado por todos con el mayor respeto.

—Sí, hermanos míos—decía con una naturalidad que en aquellas circunstancias resultaba elocuente—, toda mi vida he odiado la violencia; las conquistas logradas a base de derramamiento de sangre no me han parecido conquistas dignas de los hombres de este siglo; pero en estos momentos de opresión, de hambre, de crímenes, sólo derramando la sangre impura de los tiranos puede el pueblo de Istralia reconquistar sus perdidas libertades. Por capricho de una pandilla de malvados, Istralia no puede retroceder a la época de Nerón, ni puede resignarse viendo a sus hijos servir de almuerzo a las fieras en la arena de algún circo. A los tiranos de Istralia no les queda más

que someter a los hijos del pueblo al martirio de ser devorados por las bestias feroces, para semejarse en un todo a los monarcas bárbaros de la antigüedad, y al paso que siguen, no sería extraño que un día ú otro les dé el capricho de construir un circo de piedra para resucitar en él aquellas espantosas matanzas de inocentes, que son páginas malditas en la historia de la Humanidad.

"Veo con satisfacción, hermanos, que todos estáis de acuerdo con mi manera de pensar; sólo recurriendo a la muerte podrá el pueblo arrojar lejos de sí la carga de sus dolores y erguirse en soberano de sus destinos... Oscar Luis I, el monarca degenerado, debe morir; Alcira de Serajev también debe caer bajo el arma justiciera de los hijos del pueblo, y el conde Lisandri, y esos ministros de opereta que nos gobiernan, y el barón Cosme Novelli, y Rianko, el nuevo jefe de Policía, a quien deben los habitantes de San Francisco tantos horrores y persecuciones, y tantos otros lacayos de esta monarquía malvada y despótica, deben ser exterminados, quemados sus cadáveres y aventadas sus cenizas, para que desaparezca del mundo todo rastro de sus personas execrables. Pero ahora pregunto yo: ¿Dónde está el corazón esforzado, la mano enérgica capaz de empuñar el arma vengadora que ha de librar al país de todas las calamidades que lo azotan desde que Oscar Luis I asumió el trono? ¿Quién será capaz de sacrificarse por Istralia y por sus semejantes?

Cincuenta voces le contestaron al unísono:

—¡Yo!

Y en el aire se agitaron otras tantas manos.

—¡No, vosotros no!—gritó una voz que parecía descender del techo del subterráneo—. ¡Yo!

Todos se volvieron, y al levantar la vista se quedaron inmóviles de estupor al ver descender por la carcomida escalera a una mujer pálida y de soberana hermosura, pobremente vestida.

—¡Yo, hermanos! ¡Yo soy quien debe vengar a Istralia,

matando a sus tiranos!—agregó aquella mujer en medio del impresionante silencio de todos los conspiradores.

—¿Quién eres tú?—le preguntó en seguida el hombre vestido de negro, levantándose de su asiento.

—Una hija del pueblo, una víctima de la tiranía, como vosotros—respondió la joven con gran serenidad.

Se oyeron algunos murmullos.

—¡Cuidado! Debe ser una espía.

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Alguien nos ha vendido.

—¡Traición!

El hombre vestido de negro dominó con un gesto todos aquellos murmullos, y dirigiéndose a aquella mujer, le preguntó:

—¿De dónde vienes?

—Acabo de escapar de las garras de los esbirros del rey—contestó la interpelada.

—Esa es una mentira que inventa para engañarnos—dijo uno de los hombres de blusa que estaban detrás de la mesa.

—No, esta joven no miente—replicó una voz que partía de lo alto de la escalera—. ¡Yo lo garantizo!

Por segunda vez se volvieron todos hacia aquel lugar, y distinguieron a un hombre de rostro barbudo que empuñaba un revólver en la diestra.

—Urso—dijo el que parecía el jefe de aquella agrupación, —¿eres tú quien le ha enseñado el camino?

—No, Mateo Sakasko: el camino lo ha descubierta ella, pero yo he visto cómo los esbirros del tirano se llevaban a una amiga de esta mujer y a una niña de pocos meses.

—¡Cielos!—exclamó María Teresa corriendo hacia Urso. —¿Es verdad eso que acabáis de decir? ¿Han caído mi amiga y mi hija en poder de esos malvados?

—Sí, desgraciadamente—murmuró Urso.

Y descendió para ir a mezclarse con sus compañeros.

María Teresa, herida en lo más hondo de su corazón por

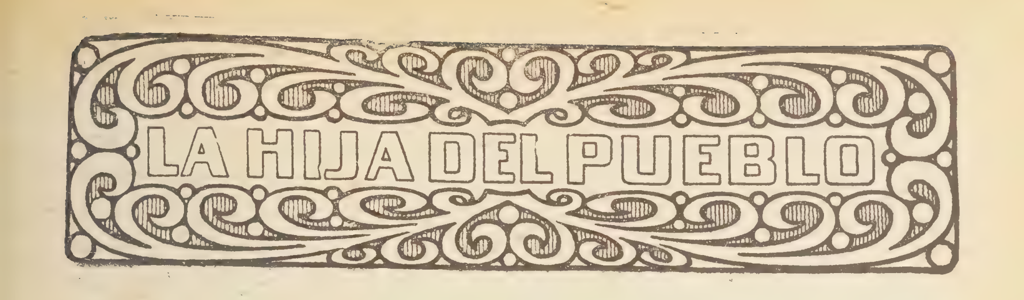
aquella terrible noticia, llevóse una mano a la frente y fué a buscar apoyo contra la pared.

—¡Luisita de mi alma!—la oyeron balbucear al cabo de un rato los conspiradores entre un estertor de ahogados sollozos. —¡Te he perdido para siempre!

Mateo Sakasko, el hombre vestido de negro, jefe de la agrupación, abandonó su puesto para acercarse a la joven madre, que se retorcía de desesperación bajo el más cruel de los golpes que pueden herir el corazón de una madre, y tocándola en un hombro, le dijo:

—Piensa en la venganza, hermana; piensa en la liberación de Istralia.






## CAPITULO LII

### En la guarida del monstruo



ESDE su casa, la señora Genoveva, con la hija de María Teresa en los brazos, fué conducida hasta un automóvil que aguardaba en un extremo de la calle.

Mientras andaban, cruzáronse con varios hombres, todos los cuales saludaron con gran respeto al que parecía ser jefe de los esbirros.

Este se sentó a su lado en el interior del automóvil y el otro individuo ocupó el asiento junto al conductor, y el carruaje comenzó a rodar velozmente a través de las calles desiertas. Genoveva pensaba en su pobre amiga, en la niña que el destino quiso quedase entre sus brazos, y un dolor profundo laceraba su noble corazón.

¿Qué sería de ella y de la niña en poder de aquellos enemigos del verdadero rey de Istralia?

Recordaba que la habían tomado por María Teresa, y se

hizo la firme promesa de seguir haciéndose pasar por su desventurada amiga, en la creencia que esto serviría para librar a la joven madre de alguna desgracia.

—¡Aunque tuviese que perder la vida, no revelaría el sitio por donde María Teresa ha huído!—exclamó para sus adentros, mientras dos lágrimas de emoción rodaban por sus mejillas, oprimiendo a la pequeña contra su pecho.

* * *

El "auto" se detuvo, apeóse el sombrío personaje sentado junto a ella, y le ordenó:

—Sígueme.

Obedeció la señora Genoveva. No veía nada en torno suyo; la obscuridad era completa, y a sus oídos llegó un rumor sordo y continuo que la hizo decir en voz baja:

—El mar.

En efecto, el mar estaba cerca, y al doblar el recodo de una roca para introducirse inmediatamente en una especie de galería, alcanzó a ver un pedazo de aquella inmensidad líquida, erizada de turbulentas olas que se estrellaban furiosamente contra los acantilados próximos.

—Espera aquí—volvió a decir el personaje con tono imperativo.

La señora Genoveva se detuvo en la pequeña sala en la que acababa de entrar, iluminada por una bombilla eléctrica velada por una pantalla verde, y en la que se hallaban dos servidores de librea, de mirada inquietante.

A una señal del personaje, estos dos servidores cerraron la puerta por la que acababan de entrar y abrieron otra, por la que el hombre de la capa desapareció.

Obedeciendo al mandato de éste, la señora Genoveva se detuvo en aquel lugar.

Automáticamente, los dos criados se pusieron delante de las puertas para guardarlas.

El hombre de la capa, que había dirigido el asalto a la casa de la viuda, después de atravesar varios aposentos, fué a detenerse en un amplio despacho, de cuyas paredes colgaban retratos de personajes que por sus vestimentas debían haber pertenecido a siglos anteriores, y, desembozándose, avanzó hacia la chimenea, en la que crepitaba un buen fuego de leña.

Un hombre fumaba hundido en un recio butacón de cuero, con los pies cerca del fuego.

—Buenas noches, barón—le dijo el recién llegado—. ¿Es que os habéis quedado dormido?

El del butacón se volvió bruscamente, reprimiendo una especie de sobresalto.

—¡Ah! ¿Sois vos, conde?—exclamó en seguida—. No os esperaba tan pronto.

Y agregó, sacudiendo la ceniza de su cigarro y llevándose éste a la boca:

—Y bien, ¿ha estado, como siempre, de vuestro lado la diosa Fortuna?

—He apresado a la madre y a la hija; pero la otra, esa viuda que les había dado alojamiento, se me ha escapado.

—Es raro. ¿No habíais adoptado precauciones?

—Todas las que eran necesarias.

—¿Entonces...?

—Sospecho que se ha refugiado en casa de algún vecino; pero sea cual sea su refugio, no podrá abandonarlo sin caer en nuestras manos.

—¿Por qué no obligamos a la que hemos cogido a que nos diga el paradero de su amiga? Ese es el medio más rápido para acabar con una cuestión tan enojosa.

—Podemos intentarlo, barón; pero vos ya sabéis que esa joven es una mujer de temple, y podría negarse a descubrir a su amiga.

—¡Bah! Habláis como si os faltaran medios de desatar la lengua a los tercos. ¿Está en el castillo?

—Sí; vais a verla inmediatamente, barón.

Y al decir esto, el que había apresado a la señora Genoveva, y que no era otro que el conde Federico Lisandri, oprimió el botón de un timbre eléctrico.

Inmediatamente en la puerta apareció un criado.

—Conduce hasta aquí a esa mujer que acabo de traer al castillo—ordenó al servidor.

Y cuando éste se retiró, el conde tomó asiento en otra butaca, cruzó una pierna sobre la otra y dijo, frotándose las manos:

—Ahora es preciso imaginar el medio de suprimir ese último vestigio de los Nazari que queda sobre la tierra: la hija de María Teresa la florista.

—Para un hombre como vos, tan decidido y de tanta imaginación—contestó Novelli—, en eso no puede haber dificultad alguna.

* * *

Dos minutos más tarde, la puerta del depacho se abría, y la señora Genoveva, con la niña dormida en los brazos, aparecía ante aquellos dos malvados.

El barón Novelli, tan pronto se hubo fijado en ella, abandonó su asiento como impelido por un resorte.

—¡Rayos!—exclamó—. Pero, ¿quién es esta mujer, conde?

Lisandri le miró turbado.

—¿Quién diablos queréis que sea—respondió—más que esa florista?

Cosme Novelli se echó a reir.

—¡Es gracioso! Os habéis engañado de medio a medio, querido conde.

—Pero, ¿queréis explicaros?—exclamó Lisandri, que comenzaba a perder la paciencia.

—Ella, la prisionera, es quien debe explicarse—dijo No-

velli—. Yo sólo os hago saber y sostengo que esa mujer no es María Teresa.

Colérico por la confusión sufrida, que a su entender le colocaba en una situación humillante a los ojos de su cómplice, Lisandri avanzó hacia la señora Genoveva con los puños cerrados.

—Quiero que te expliques—barbotó—. ¿Quién eres?

Ante la amenazadora mirada del malvado, la viuda sintió que las piernas se le doblaban, y no tuvo valor para mentir.

—Señor—murmuró—: me llamo Genoveva Rinaldo, y soy una pobre mujer que jamás ha pensado en hacer daño a nadie.

—¡Ah, maldita! — rugió el protervo—. ¡Luego es María Teresa la que ha huído!

La señora Genoveva bajó la cabeza sin contestar.

—¡Habla!—siguió el conde con escalofriante acento—. ¿De quién es esa niña que tienes en los brazos?

—De mi amiga—murmuró la viuda.

—¿Y dónde está tu amiga, la madre de esta niña? ¿Dónde se ha metido?

—Lo ignoro.

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Tú sabes dónde se oculta María Teresa!

—Señor, ha desaparecido. No puedo deciros más.

—¡Ah! ¿Te niegas a hablar? ¡Peor para ti! Yo no tengo tiempo que perder, y emplearé en desatar tu lengua los medios más crueles. Entrégame esa criatura.

En vez de obedecer, la señora Genoveva retrocedió un paso.

Los ojos del miserable relampaguearon de ira.

—¿Quieres entregarme la niña, condenada mujer?

La viuda estrechó instintivamente a la pequeña contra su corazón.

—¿Para qué la queréis?—inquirió, mirando sin miedo al protervo—. ¡La hija de María Teresa es sagrada para mí!

—Sagrada, ¿eh? — barbotó Lisandri con una risilla feroz—. Espera.

De un salto se precipitó sobre la infeliz mujer, y mientras con una mano la sujetaba brutalmente por el cuello, con la otra le arrancó la criatura de los brazos.

Bruscamente despertada, Luisita comenzó a chillar con todas sus fuerzas.

—¡Canalla! ¡Malvado!—gritó la señora Genoveva, intentando reconquistar la criatura que el monstruo le había arrebatado—. ¡Entregadme a esa pequeña, verdugo! ¿No os habéis ensañado bastante con sus pobres padres, para intentar ahora hacer objeto de vuestra maldad a ese ser inocente?

—¡Hola!—exclamó Cosme Novelli al oír estas palabras—. ¿Os habéis enterado, conde? Esta mujer sabe más de lo que es conveniente.

Lisandri, que tenía por una mano a Luisita y que retrocedía seguido por la señora Genoveva, oprimió nuevamente el botón del timbre eléctrico.

Tres criados aparecieron esta vez en la puerta del despacho.

—Apoderaos de esta mujer—les mandó el conde—, y encerradla en el calabozo del subterráneo.

Los tres granujas se arrojaron sobre la viuda, quien les opuso una desesperada resistencia, y cuando al fin lograron dominarla, la infeliz exclamó, volviéndose a Lisandri:

—¡No siempre quederán en la impunidad tus crímenes, regicida! ¡También para ti habrá un verdugo!

—¡Fuera con ella!—gritó el conde a sus criados.

Estos tuvieron que arrastrarla, pues la viuda se negaba a seguirles, y al llegar a la puerta se volvió con un esfuerzo desesperado para contemplar por última vez a Luisita, pero lo que entonces vió la dejó petrificada.

Lisandri, llevando siempre a la niña, acababa de abrir una de las ventanas del despacho, por la cual se coló en aquel lugar una ráfaga de aire helado, y después de abismar un instante sus ojos en las tinieblas, levantó a la pequeña por encima de su cabeza y la arrojó con fuerza al exterior.

Un grito que no tenía nada de humano se escapó de la garganta de la señora Genoveva ante aquel crimen salvaje, y los mismos esbirros que la sujetaban temblaron ante la obra vandálica de su señor. Luego la prisionera quiso erguirse para maldecir al asesino; pero sus fuerzas y sus propósitos sucumbieron ante tanto dolor, y cayó sin sentido en los brazos de los que la sujetaban.

Lisandri, tranquilamente, cerró la ventana. Al volverse hacia la puerta, sus hombres ya habían salido del despacho llevándose a la prisionera desmayada, y su mirada se encontró sólo con la del barón Novelli, que le dijo estupefacto:

—Tenéis, querido conde, una sangre fría extraordinaria.

—¿Lo decís por lo que he hecho con esa chiquilla?

—Sí; yo no me hubiera atrevido nunca a desembarazarme de un crío empleando un medio tan radical. Los niños tienen algo que desarman al menos escrupuloso.

Lisandri se encogió de hombros.

—¡Bah!—exclamó—. Cuando se marcha hacia un fin, es preciso barrer sin consideraciones todos los obstáculos que puedan hacernos tropezar en el camino. ¡Ay de todos nosotros si yo no siguiese al pie de la letra esta verdad!

—No puedo negar que tenéis razón, querido conde. Pero a pesar de toda la energía que desplegáis, siempre surgen inconvenientes que nos quitan el sueño.

—Ahora sólo nos falta enviar a la madre detrás de la hija y habremos extirpado todos esos peligros.

Novelli se levantó, dió una vuelta por el despacho, y deteniéndose luego frente a Lisandri, preguntó sin levantar la cabeza:

—¿Habrá caído al mar la niña?

—O entre las rocas, donde debe haberse estrellado—contestó el conde con voz lúgubre.

—Desconfío del mar—dijo el barón.

—¿Qué desconfianza es esa?—inquirió el conde Federico con la faz iluminada por una sonrisa irónica.

—Acordaos del padre de esa pequeña: habíais mandado arrojarlo medio muerto entre las olas, y éstas lo devolvieron a la vida.

—Lo que es con esta niña no ocurrirá lo propio, barón; estad tranquilo.

Se echó a reír del aire de persona preocupada que Novelli tenía, y agregó, cogiéndole por un brazo y pasando con él a la habitación vecina:

—Venid; vamos a beber una copa de ese buen vino que los reyes de Istralia guardaban como un tesoro en sus bodegas. Eso os quitará el miedo que os ha metido en el cuerpo la muerte de esa porquería de chiquilla.

* * *

Acurrucada al pie del muro del castillo del conde Lisandri, sobre las rocas, una mujer que estaba en aquel lugar desde la puesta del sol, hablaba en voz baja, siguiendo con la mirada el movimiento de las olas imponentes que se deshacían en espuma el chocar contra el acantilado.

—Bramad, rugid, revolveos como fieras encadenadas—decía aquella mujer con voz que a veces era un gemido y otras sonaba como una maldición—. A pesar de vuestra ira, no llegáis a salpicar siquiera los muros de este castillo donde tiene su guarida el monstruo que devora a Istralia. Es preciso que saquéis más fuerzas de las entrañas del mar, que os hinchéis como trombas y os levantéis como montañas para abatir este nido de infamias y llevar al abismo, entre vuestra bullente espuma, a los regicidas, a esa reina adúltera nacida de una charca como los reptiles, y a los impostores que hoy se reparten en pedazos el trono de los Nazari.

"Deponed vuestra furia, olas de este mar de Istralia, cuyas aguas se tiñen todos los días con la sangre de sus infortunados hijos; callad, truenos y relámpagos, escóndete, Aquilón. Sólo la cólera de Dios puede aniquilar al monstruo y pul-

verizar su sombría y formidable guarida. Callad, callad, elementos; dejadme rezar por mi hijo desaparecido y por todas las víctimas de los tiranos que deshonran el trono de mi patria.

"Hijo mío bienamado, ¿en qué hondo abismo te ha arrojado la maldad de los traidores? ¡Bendito hijo de mi alma! ¿Qué cadenas te sujetan, qué dolores te torturan lejos de tu pobre madre?

Calló la mujer. Sobre su cabeza, en lo alto de aquella mole de piedra, había oído abrirse una ventana, y un rayo de luz rojiza ensangrentó la cresta de una ola. ¿Era el monstruo que se asomaba para burlarse del bramido de las olas y del ulular del viento?

No; un débil gemido resonó en aquella altura, se prolongó a través del aire, y la mujer vió caer a cuatro pasos de ella, entre las aguas negras y revueltas del mar, un bulto blanco.

Se puso de pie.

El reflujo se llevó aquel bulto mar adentro; las olas lo zarandearon, y una más gigantesca que las otras lo tomó entre sus espumas y lo empujó hacia tierra, hacia la playa.

—¡Ah!—exclamó aquella mujer—. ¿Qué será eso que el monstruo arroja fuera de su castillo y que el mar devuelve a la tierra?

Avanzó sobre las rocas, pegándose al muro del castillo, y descendió a la pequeña playa, en cuyas arenas había ido a parar aquel bulto blanco.

La mujer tuvo que meterse en el agua para llegar hasta él. Inclinóse luego para recogerlo de entre unas piedras, y apenas sus manos lo hubieron tocado, un grito de asombro se escapó de su garganta:

—¡Un niño!

¡Era un ser humano aquel bulto blanco!

—¡Dios!—exclamó la mujer apenas repuesta de su sorpresa—. ¡Dios del cielo! ¿Cómo puedes permitir estos crímenes inicuos? Bien está que tu cólera no estalle ante el marti-

rio de los reyes, que sofoques tu ira ante los horrores de la tiranía; pero, ¿cómo puedes permanecer impasible ante la suerte de esta infeliz criatura, arrojada al mar por el monstruo que ensangrienta un país?

Estrechando a la criaturita contra su corazón, la mujer salió del agua para dirigirse hacia las rocas, murmurando:

—Yo te salvaré, desventurado niño; no serás una víctima más de ese monstruo insaciable a quien sólo la cólera del Todopoderoso podrá derribar. Las olas aprestaron sus senos para recibirte sin daño alguno; yo no seré menos generosa que ellas con tu desgracia, y si es menester, te daré mi vida para animar la tuya.

Reanimada por el calor de aquel pecho humano contra el cual la criatura se sentía estrechar, comenzó a agitarse, y de repente prorrumpió en un llanto desesperado.

—Aquí no—dijo la mujer, que se disponía a tomar asiento junto al muro del castillo—. Puede oírte el monstruo. Vámonos lejos.

Y se alejó, perdiéndose entre las altas rocas con aquella preciosa carga en los brazos.






## CAPITULO LIII

### La meta de las dos viejas

BUEN hombre, ¿seríais tan bueno para decirnos si este es el camino que conduce a San Francisco?

El campesino miró a la vieja que le hacía esta pregunta; luego detuvo su mirada en la otra, que nada había dicho y que permanecía apartada algunos pasos de su compañera, encorvada y trémula, y contestó un tanto impresionado:

—Sí, este es el camino, anciana; pero si vais a San Francisco, os digo que tendréis que andar mucho, más de lo que vuestros pies puedan resistir. La capital está lejos, más allá de Nazaret, más allá de las sierras de San Pablo y de los bosques del Valle Negro.

—No importa, buen hombre. Nosotras llegaremos de todas maneras a San Francisco.

—¡Qué locura! A dos mendigas como vosotras, ¿qué más les da vivir en esta provincia que en la capital del reino?

Por otra parte, según oí comentar ayer en el pueblo, las cosas en la capital no están como sería de desear: hay allí mucha miseria...

—No importa, buen hombre. Nosotras iremos a San Francisco.

—Allá vosotras—murmuró el campesino, encogiéndose de hombros.

La vieja que hasta entonces no había hablado se adelantó, y fijando su triste mirada en el rústico:

—Decidme, buen hombre—murmuró—. ¿Y cuáles son las causas de esa miseria que reina en San Francisco?

—Por lo visto, la culpa es del rey—gruñó el campesino.

—¡El rey!—exclamó la otra—. Es muy cómodo acusarle; pero, por mi parte, juraría que el pobrecillo no tiene nada que ver en todo eso. ¿No opinas tú así, Irene?

—Yo no puedo opinar—contestó con vez débil y triste la llamada Irene—. No me fío de mi cerebro desequilibrado para emitir opiniones; sólo tengo un deseo, que es el mismo que tú abrigas: llegar cuanto antes a San Francisco.

—Sigamos andando. Adiós, buen hombre, y gracias por vuestros informes. Pero no; aguardad. ¿Seríais tan bueno para darnos un pedazo de pan de maíz? No comemos desde anoche, y son más de las once de la mañana.

—Aguardad—dijo el campesino.

Abrió el zurrón, y partiendo en dos el pan que allí llevaba, entregó uno de los pedazos a la que acababa de solicitarle aquella limosna.

—¡Que Dios os pague vuestra generosidad, buen hombre! Dividiré este pan con mi compañera y ambas lo comeremos a vuestra salud.

—Tened buen viaje—contestó el campesino, volviendo a echarse el zurrón a la espalda y sonriendo extrañado de la amabilidad de aquella vieja.

Se separaron.

Cuando se hubieron alejado un centenar de metros del

campesino, la que llevaba el medio pan hizo con éste otras dos mitades y alargó una de ellas, la más pequeña, a su compañera.

—No tengo hambre—murmuró ésta, sacudiendo la cabeza.

—Pero te conviene llenarte el buche de todos modos si quieres llegar a San Francisco. Ya has oído lo que acaba de decirnos ese buen campesino: la capital está lejos, muy lejos, y es preciso mantenernos fuertes para recorrer toda la enorme distancia que nos separa de ella.

—Llegaremos—contestó con un suspiro la que rehusaba el pedazo de pan.

Y como la otra insistiera en que debía comer, cogió el mendrugo en sus manos trémulas y ateridas de frío, y se lo llevó a la boca, reprimiendo un gesto de repugnancia.

El cierzo helado seguía soplando sobre la campiña y agitando los andrajos de aquellas dos infelices, que caminaban de prisa y encorvadas por el camino amarillento que se extendía ante ellas hasta más allá del horizonte.

* * *

El lector ya habrá identificado a las dos ancianas. La más triste era Irene de Castelberg, reina de Istralia; la otra, la que pretendía ser madre de Alcira de Serajev, se llamaba Silvia Moneti.

Hacía ya cinco días que habían abandonado Fuente Roja, caminando en dirección a San Francisco. Se alimentaban con el pan que les daban los campesinos, y de noche dormían bajo los puentes o en el interior de las chozas que servían de refugio a los pastores contra el ardor del sol del verano, muy juntas para darse calor.

Era difícil dar una idea del estado moral de Irene de Castelberg en aquellos momentos. Sentía por su compañera una aversión rayana en odio desde que ésta le había enseñado aquella fotografía en la que Alcira de Serajev apare-

cía vestida con las mallas de una saltimbanqui y había manifestado el deseo de marchar a San Francisco para ir a reunirse con ésta. Para la desventurada reina madre de Istralia, no había duda de que aquella mujer era realmente la madre de Alcira de Serajev, y que Alcira de Serajev, la que se sentaba en el trono de Istralia, la amante del conde Federico, no era otra cosa que una criatura surgida del más abyecto de los fondos sociales, que había logrado encaramarse hasta la cumbre real quién sabe por qué procedimientos criminales. Pero se cuidaba la augusta anciana de dejar traslucir a la mendiga uno solo de estos pensamientos. Ella necesitaba del apoyo de aquella vil criatura para poder llegar a San Francisco; eran dos seres desamparados, y sólo ayudándose el uno al otro tendrían fuerzas para realizar el largo viaje que parecía ser la meta de sus ambiciones.

* * *

La misma mañana que abandonaron Fuente Roja, momentos antes de emprender la marcha, la madre de la saltimbanqui había dicho, mirando fijamente a la reina de Istralia:

—No sé por qué, me parece que estás hoy en tu sano juicio. No te he oído desvariar en toda la mañana. ¿Insistes aún en ser la madre del rey de este país?

Irene de Castelberg hizo con la cabeza un gesto negativo.

No, no insistiría ya. ¿Para qué? Semejante pretensión la haría objeto de las burlas más despiadadas. Era mejor callar y llegar a San Francisco. Una vez allí, ya vería...

—Veo que estás en tu sano juicio—dijo Silvia Moneti—. Gracias a eso, me será útil tu compañía. Te advierto que no tendrás que arrepentirte de hacer conmigo el viaje que vamos a emprender. Pediré a mi hija que te haga una limosna,

y tú, que eres de San Francisco, sabes mejor que yo lo que quiere decir la limosna de una reina.

Partieron.

Silvia iba alegre, llena de esperanzas. Irene de Castelberg, con la muerte en el corazón, llevaba en el cerebro una idea fija: destruir las esperanzas de su compañera, coger su ídolo y precipitarlo en la charca pestilente de la cual había salido para salpicar con su lodo el trono glorioso de los Nazari.

* * *

Y siguieron caminando aquellas dos mujeres hacia la meta de sus respectivos anhelos.

Penosa era la marcha por aquellos caminos, ora cubiertos de nieve, ora convertidos en arroyos por las continuas lluvias, o barridos por el helado viento del Sur.

Pero el ansia de llegar las hacía soportar con resignación todas las dificultades y sufrimientos.

A medida que el tiempo pasaba, se arraigaba cada vez más en la mente de Silvia Moneti el convencimiento de que había de encontrar a su hija Paulina en la reina Alcira de Serajev.

Y el calor, la vehemencia con que hablaba de ello a su compañera, convencían a ésta, también cada vez más, de que, en efecto, Alcira no era otra cosa que la hija de aquella mujer que marchaba en su busca, empujada por la codicia más que por su amor de madre.

Quince días más tarde habían dejado ya tras de sí la capital de la provincia de Nazaret y atravesaban ahora la parte más difícil del largo camino: aquellas sierras de San Pablo, de que les había hablado el campsino que las había obsequiado con la mitad de su pan de maíz. El camino serpenteaba entre grandes elevaciones de piedra ferruginosa, cubiertas de nieve, y bosques de cedros y de espinos, donde te-

nían su guarida toda clase de alimañas. Transcurrían jornadas enteras sin divisar a persona humana por aquellos lugares ni una nubecilla de humo que indicase la presencia de un sitio habitado. Pasaban las noches metidas dentro de alguna cavidad pétrea, tiritando de frío, oyendo muy cerca los aullidos de los lobos hambrientos. Una de esas noches de nieve y ventisca estuvieron a punto de perecer atacadas por una jauría; pero, por fortuna, la aparición de un ciervo, que bajaba corriendo de lo alto de la sierra asustado por el resplandor de algunos relámpagos, distrajo a las fieras, que se lanzaron tras él, abandonando la presa humana.

—¡Es horrible!—exclamó Silvia Moneti, una vez pasado el peligro y dando diente con diente—. ¡Si mi hija supiera lo que está sufriendo su pobre madre!...

Un fulgor de indignación pasó por las pupilas de Irene de Castelberg, quien dijo, conteniendo un estremecimiento:

—Salgamos de aquí; los lobos pueden volver.

Abandonaron el refugio y echaron a andar bajo la borrasca y el viento ululante, hundiéndose algunas veces en la nieve hasta las rodillas.

* * *

Al llegar al Valle Negro disminuyeron un tanto los peligros, y encontraron gentes de buen corazón que les daban pan en abundancia y hasta les ofrecían el pajar de sus casas para que pasaran en él la noche.

Era siempre Silvia la que solicitaba las limosnas con un tono de voz doliente y suplicante, y siempre se quedaba con la mejor parte de lo que le daban. No podía disimular su egoísmo ni ocultar su fondo perverso ante su compañera. En los momentos de peligro, se pegaba a ella como se pegan los niños asustados a las piernas de sus madres, y la colmaba de promesas y de protestas de cariño si era menester. Pero desaparecida la causa que le infundía pavor, y cuan-

do comprendía que podía marchar sola, entonces despreciaba a aquella mujer silenciosa y triste que marchaba a su lado como una sombra, considerándola un estorbo y hasta un testigo molesto.

* * *

Cierta tarde entraron en la taberna de un pueblo del Valle Negro. Silvia Moneti llevaba la idea de pedir allí una limosna, pero el olor del vino, que no había vuelto a probar desde que abandonara Fuente Roja, le hizo olvidar ese propósito, y recordando que llevaba diez francos, pidió de beber sin acordarse de invitar a su compañera de penurias.

No le bastó una botella. Bebió y bebió hasta quedar completamente ebria. Unos lugareños comenzaron a burlarse de los disparates que decía. Silvia Moneti se enfadó al principio con ellos y les insultó; pero como aquella buena gente siguiese riendo, acabó por tomar también la cosa a broma y se puso a bailar ante ellos remedando sus tiempos de vida bohemia. Las grotescas contorsiones de aquella vieja magra y haraposa hacían reventar de risa a los del pueblo, que se divertían como no lo habían hecho en su vida.

De pronto, Silvia, vencida por los excesos, cayó al suelo. Cuando recobró el conocimiento, no quedaba en el local de la taberna más que su dueño, quien, cogiéndola por un brazo, la puso en la calle. Era noche cerrada. Silvia Moneti dió algunos pasos por la calleja, tratando de recordar cómo estaba sola en aquel lugar. De pronto sintió que alguien la tomaba por una mano. Levantó los ojos y reconoció a su compañera.

—¡Ah! ¿Eres tú, Irene? ¿Dónde diablos te habías metido?

—Estaba aquí, esperando que salieras de ese antro.

—¿Qué hora es?

—Media noche.

—¿Has comido?

—No.

—Una copa sí que la habrás tomado.

—Tampoco.

—Llévame a un sitio donde pueda dormir; no veo nada en esta obscuridad ni sé dónde me encuentro.

—Ven; dormiremos en el portal de la iglesia.

—¡Es ridículo que yo tenga que dormir en semejante lugar! ¡Si mi hija lo supiese!...

* * *

A su paso por los pueblos importantes y por las ciudades, recogían noticias de San Francisco.

La capital del reino parecía hallarse en situación grave. No funcionaba el Parlamento, y la mayor parte de sus industrias habían interrumpido sus actividades, lo que creaba al pueblo una situación difícil. Las gentes culpaban de ello al rey y a sus ministros, y la palabra tiranía comenzaba a deslizarse en los comentarios y conversaciones.

Lo peor era que la miseria que reinaba en la capital comenzaba a extenderse por todo el país, y las protestas recrudecían, sobre todo entre los campesinos, que recordaban con pena el reinado de Carlos II, padre del actual soberano, que en nada se parecía a su progenitor, a pesar de haber hecho concebir al pueblo tantas esperanzas.

Estas murmuraciones enfurecían a Silvia Moneti y llenaban, en cambio, de oculta alegría a Irene de Castelberg.

—¡Esta chusma nunca está satisfecha!—gruñía la madre de Paulina, la saltimbanqui.

Irene de Castelberg pensaba:

—Tiene sus razones la chusma. Si el pueblo supiese lo que yo sé, exterminaría a los canallas que ocupan el trono

Por fin, una fría mañana de fines de Febrero se encontraron en un pueblecillo blanco, a orillas del mar.

Silvia interrogó a una linda jovencita que iba a entrar en la iglesia:

—¿Serías tan buena para decirme qué pueblo es este?



*El cierzo helado seguía soplando sobre la campiña desnuda y agitando los andrajos de aquellas dos infelices...*

—Santa Cecilia—respondió la muchacha, mirando con compasión a las dos viejas.

—¿Estamos aún lejos de San Francisco, la capital?

La jovencita hundió un instante su mirada en la lejanía, y ahogando un suspiro, contestó:

—A unos cincuenta kilómetros; el tren os llevaría allí en poco más de una hora.

—¡Ay!—se lamentó Silvia Moneti con voz quejumbrosa. —Nosotras no podemos hacer uso del tren, hija mía. ¡Somos muy pobres!

—Lo comprendo—murmuró la jovencita.

Y metiéndose la mano en el bolsillo del delantal, sacó de él una moneda de cobre que alargó a Irene de Castelberg, que era sin duda la que en medio de su silencio más compasión y simpatía le inspiraba.

Pero Silvia Moneti se precipitó y le arrebató la moneda de las manos.

—Dios te pague tu bondad, hija mía—moduló.

—Que El os proteja—respondió la joven, reanudando su camino hacia la iglesia.

Y cuando llegó a la escalinata del templo, antes de entrar en él, se volvió para contemplar a las dos ancianas, que caminaban de prisa por el camino que conducía a San Francisco.

—¡Quién pudiera ir con vosotras! — exclamó ahogando otro suspiro—. Pero Dios quiere que no vuelva a verle...

* * *

Cinco días después, a la caída de la tarde, las dos mujeres se hallaron a la vista de San Francisco, su codiciada meta.

Detuviéronse un instante a contemplar el panorama de la gran ciudad bajo los rojos fulgores del poniente.

Una emoción vivísima dominaba a aquellos dos ancianas escuálidas y trémulas de frío bajo sus sucios andrajos.

De pronto, Silvia Moneti se volvió a su compañera:

—Oye—le dijo—. ¿Se ve desde aquí el Palacio real donde mora mi Paulina?

Irene de Castelberg, que tenía la mirada fija en él, hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—¡Enséñamelo!—exclamó Silvia.

La otra señaló un edificio blanco que emergía de entre una fronda y cuyos mármoles parecían teñidos de sangre bajo los vivos arreboles del poniente.

—¡Oh!—exclamó la madre de la saltimbanqui—. ¿Es ese palacio tan blanco que parece tener manchas de sangre?

—Sí; ese palacio blanco que tiene manchas de sangre—afirmó intencionadamente Irene de Castelberg.

Silvia la miró con extrañeza y notó que sus ojos estaban preñados de lágrimas.

—¿Lloras?—le preguntó—. ¿Qué te pasa?

—No es nada; unos recuerdos que me están partiendo el corazón.

La Moneti sacudió la cabeza.

—Vuelves a perder el juicio, Irene—dijo gravemente—. Menos mal que hemos llegado a San Francisco y ya no necesito de tu compañía.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Siguieron andando juntas todavía un pequeño trecho, y de pronto Silvia se detuvo al divisar a un lado del camino una choza que parecía abandonada.

—Mira—dijo, indicándosela a su compañera—; puesto que ya no te necesito, puedes quedarte en esta vivienda. Parece que no habita nadie en ella. Tan pronto haya hablado con mi hija, te enviaré algunos socorros.

Irene de Castelberg se encogió de hombros.

—Me da lo mismo—dijo.

—Bueno, hasta la vista entonces. ¡Ah! No te olvides de pedir a Dios que me permita encontrarme pronto delante de mi hija; no tendrás que arrepentirte de ello, te lo aseguro.

Partió, apresurando el paso.

Irene de Castelberg se dejó caer sobre una piedra que había en la entrada de la choza y se cubrió el rostro con las manos.

Lloraba.

Comenzaban a caer las primeras sombras.

* * *

Irene de Castelberg se puso de pie. Era de noche, y algunas estrellas brillaban en el firmamento.

Miró en torno.

Una masa negra que se destacaba a su derecha atrajo su atención. Se pasó una mano por la frente; meditó.

—¡Allí!—exclamó de pronto señalando aquella mole negra—. ¡Allí, el nido del maldito!

Y sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a andar en dirección de aquella mole.

De cuando en cuando se detenía, volvía a pasarse una mano por la frente y murmuraba:

—¡Mi pobre cabeza!

Y otras, con acento doliente y desgarrador:

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!

Llegó frente a la mole. Era un castillo asentado sobre altas rocas contra las cuales se estrellaban furiosas las olas del mar.

La mísera criatura cayó de rodillas. El viento marino, frío, cortante, agitaba sus andrajos; el estrépito de las olas la ensordecía.

—¡Justicia!—exclamó elevando las manos al cielo—. ¡Justicia, oh Señor Todopoderoso!

Alguien se acercó a ella: un servidor del castillo, que andaba por allí.

—¡Bruja del infierno!—exclamó aquel hombre—. ¿Qué

haces en este lugar? ¿No sabes que cerca del castillo del conde Lisandri no pueden andar los mendigos? ¡Vete!

Le dió un puntapié. Irene de Castelberg rodó por las rocas; sus huesos crujieron.

Se levantó dolorida. El malvado que la había golpeado ya no estaba allí, y la anciana, encorvada, temblorosa, fué a sentarse a espaldas de la muralla del edificio siniestro, frente al mar embravecido, rugiente...






## CAPITULO LIV

### Madre e hija

ERA ya de noche cuando Silvia Moneti llegó frente al Palacio real de San Francisco.

Hasta allí había marchado con verdadera decisión; pero ahora que se veía ante el enorme edificio, cuyas puertas estaban guardadas por centinelas armados hasta los dientes, comprendió que no debía ser empresa fácil penetrar en aquella mansión y llegar a presencia de la reina.

Lamentó que su compañera no estuviese a su lado para pedirle consejo.

Pero bien pronto el pensamiento de que su hija era la que moraba en aquel palacio, la que reinaba sobre toda Istralia, la sacó de dudas, dándole arrestos para aproximarse a los centinelas de una de las puertas.

Pero antes que llegase allí, un militar que pasaba por la acera la arrojó de un empellón en medio del arroyo.

—¡Fuera de aquí carroña! — exclamó aquel hombre—.

¿Cómo te atreves a acercarte al palacio de los reyes con tu carga de miseria?

—¡Miserable!—exclamó por lo bajo Silvia Moneti—. ¡Si llego a conseguir que mi hija me reconozca, te haré cortar la cabeza!

Viendo que no se alejaba de prisa, el militar se le aproximó:

—¿Qué demonios gruñes, maldita vagabunda?—le preguntó amenazándola con la espada—. ¡Huye de aquí, si no quieres dejar la piel sobre el arroyo!

Silvia Moneti se levantó más que de prisa, pidió perdón y echó a correr a través de la plaza que se extendía ante Palacio.

Pero al poco rato volvió a acercarse a aquel edificio que ejercía sobre ella una extraña seducción.

¡Quería ver a su hija! ¡Ella era, después de todo, la madre de la reina de Istralia!

Se dirigió a dos centinelas.

—Hijos míos — les dijo con voz plañidera—, ¿queréis prestarme un favor?

—¿Qué es lo que quieres?—le preguntó uno.

—Ver a la reina.

Los dos centinelas se echaron a reír.

—¡Es gracioso! ¡Ja, ja, ja! ¡Esta imbécil de vieja se imagina que su majestad no tiene otra cosa que hacer más que recibir mendigas!

—Yo os juro que tan pronto me vea su majestad, me echará los brazos al cuello.

Pero los centinelas, calmada su risa, no creyeron prudente seguir escuchando los desatinos que aquella mujer decía.

—¡Fuera de aquí!—le gritaron—. ¡Fuera, si no quieres que te aplastemos esa sucia cabeza que tienes con la culata de nuestros fusiles!

Silvia Moneti tuvo que alejarse de nuevo.

Acurrucada en un portal, al otro lado de la plaza, se puso

a pensar qué debía hacer para introducirse en Palacio y acercarse a la reina.

De pronto, el toque marcial de unos clarines interrumpió sus reflexiones.

—Los reyes van a salir—oyó que decía una mujer que pasaba a su lado llevando de la mano a un niño.

Silvia Moneti se puso de pie como impelida por un resorte.

¡Ah! ¡Iba a lograr ver a su hija!

* * *

Temblando de ansiedad, la Moneti consiguió aproximarse a la guardia regia que acababa de formar en medio de la plaza.

Los soldados, atentos a la salida de los reyes, no parecían reparar en aquella miserable mendiga a quien la curiosidad empujaba entre ellos.

De pronto un soberbio automóvil salió por la puerta principal de Palacio, seguido de otros dos vehículos, y atravesó la plaza en medio de la doble fila de soldados, que presentaban armas.

Un grito se escapó de la garganta de Silvia Moneti:

—¡Paulina!

Los tres automóviles se perdieron de vista, y la mendiga huyó de allí, temiendo ser castigada por aquel grito que no había podido contener.

—¡Paulina!—murmuró volviendo a sentarse en el portal—. Ella es; ella... ¡mi hija!

Y entornaba los ojos para representarse mejor a la esplendorosa criatura que hacía un instante había visto pasar fugazmente en el interior del magnífico automóvil, por entre la doble fila de soldados lujosamente uniformados.

La Moneti temblaba de ansiedad.

—Sí, es ella, es ella—repetía—. Sus ojos, su boca. ¡Qué bella es, gran Dios!

No había reparado en el monarca que iba sentado al lado de la joven reina. Sólo había tenido ojos para mirar a ésta.

Y Silvia Moneti permaneció toda la noche en aquel portal atormentando su cerebro para dar con la manera de aproximarse a la reina.

—Si ella me viera, me reconocería al instante—se decía. —Estoy segura que no me ha olvidado.

A media mañana, Silvia, que rondaba por los alrededores de Palacio, creyó llegada la oportunidad de lograr sus deseos.

Una de las puertas había quedado libre de centinelas. Miró a un lado y a otro: no había nadie; nadie podía verla. Era el momento. Y se internó en la regia mansión.

Trató de ganar una escalera, pero un lacayo la sorprendió, la detuvo y la entregó a unos soldados.

Uno de éstos lanzó un juramento al verla.

—¡Pero si es la vieja que anoche pretendía entrar en Palacio para presentarse a su majestad!—exclamó, cogiéndola por un brazo—. ¡Y aún insiste esta bruja en salirse con la suya!

—¡Hay que darle un escarmiento!—agregó otro de los soldados.

—Unos cuantos azotes le vendrán muy bien—propuso un tercero.

La sacaron a un patio, sin hacer caso de las protestas y las súplicas de la Moneti, y uno de los militares, enarbolando un látigo, comenzó a azotarla despiadadamente.

Silvia, agitándose en el suelo, lanzaba cada grito de dolor capaz de conmover a las piedras.

Pero los soldados no se dejaban enternecer por sus voces, y el que empuñaba el látigo continuaba azotándola cada vez con mayores bríos, entre la general algazara de todos sus compañeros, que formaban un círculo en torno a la mendiga.

Pero de pronto, el que empuñaba el látigo dió un salto atrás y se cuadró rígido, al mismo tiempo que un murmullo de respeto agitó el corro de soldados:

—La reina, la reina...

Y todos se cuadraron, como su compañero, el del látigo.

Su majestad acababa de asomarse a uno de los balcones que daban al patio, acompañada de una de sus damas de honor.

Maltrecha por los azotes recibidos, la Moneti se puso de pie en medio del silencio y de la inmovilidad de sus verdugos.

No comprendía lo que pasaba.

De pronto un gentilhombre salió de uno de los cuerpos del edificio, y avanzando apresuradamente hacia el grupo, exclamó:

—¡Sois unos canallas al azotar así a una pobre vieja, y su majestad manda que quedéis todos arrestados!

Nadie contestó. Por su inmovilidad, los soldados parecían figuras de piedra.

El gentilhombre se acercó a la Moneti, que le miraba con la boca abierta.

—Venid—le dijo—. Su majestad se interesa por vos.

Silvia vió el cielo abierto al oír estas palabras, y siguió a aquel hombre sin hacer caso de sus dolores.

Al llegar ante una puerta guarnecida por un soberbio cortinaje azul, el gentilhombre se hizo a un lado y dijo a la mendiga:

—Entrad.

Titubeó la Moneti.

¿Se burlaba de ella aquel caballero o era que en realidad iba a ver a la reina?

¡Oh, si esto fuese, daba por bien recibidos aquellos azotes de los soldados, que le habían abierto el camino para llegar hasta su hija, cosa esta que consideraba ya un imposible!

—Entrad—repitió el gentilhombre con cierto tonillo de impaciencia.



—¡Atrás! exclamó su majestad. (10)

La Moneti pasó bajo el cortinaje, recogiendo avergonzada sus colgantes andrajos.

Y apenas hubo traspuesto el umbral, vió cómo su majestad abandonaba el balcón y se le acercaba seguida de su dama de honor.

Silvia sintió que toda la sangre de su cuerpo se le agolpaba en el corazón y apretó los dientes para impedir que el nombre de su hija brotase de sus labios en un grito.

Alcira de Serajev, que avanzaba resuelta hacia la mendiga, se detuvo de pronto, como poseída de una emoción vivísima.

—¿Qué os sucede, señora?—le preguntó su dama de honor viéndola palidecer—. ¿Os sentís mal?

La reina dió un paso atrás, apartó los ojos de aquel guiñapo humano que tenía delante y murmuró:

—No, me encuentro perfectamente... Salid, Lucrecia... Salid vos también, Ludovico... Dejadme a solas con esta infeliz.

La dama y el gentilhombre se inclinaron respetuosamente y abandonaron la habitación.

Entonces Silvia Moneti corrió hacia Alcira con las manos juntas, se arrodilló a sus pies y exclamó, prorrumpiendo en sollozos:

—¡Hija mía! ¡Bendita seas, hija mía!

—¡Atrás!—exclamó su majestad mirando con desconfianza y temor en torno suyo—. ¡Atrás!

Pero la mendiga no pareció escuchar este mandato, y agregó, besando los pies de la soberana:

—¡Paulina, Paulina! Hija de mis entrañas, ¿no reconoces a tu madre?

Alcira retrocedió.

—¡Vos!—profirió con ronco acento—. ¡Vos! ¿Qué terrible maldición os ha hecho llegar hasta aquí?

◆ ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ ◆




## CAPITULO LV

### En la choza



L llegar ante la choza que Silvia había señalado a Irene de Castelberg como vivienda eventual mientras ella iba a Palacio para tratar de llegar a presencia de su real hija, la anciana se detuvo.

La criatura que estrechaba contra su pecho tiritaba, lanzando débiles gemidos, y la madre de Oscar Luis pensó que en aquella choza podían hallar ella y aquel ser diminuto que el destino acababa de poner en sus manos un refugio contra las inclemencias de la terrible noche invernal.

Y entrando en la vivienda sin ver nada en las tinieblas ni lograr cerrar la puerta que el viento agitaba haciendo chirriar lúgubremente sus goznes, se sentó en el suelo.

Los gemidos de la criatura, que ahora llegaban con más claridad a sus oídos, la llenaban de indecible pena.

—¡Angel desventurado!—murmuraba meciéndola maternalmente sobre sus rodillas—. Nada puedo hacer por ti en este

momento. Tienes hambre, tienes frío, tus ropitas están empapadas por el agua del mar, entre las cuales debías hallar la muerte... ¡Oh, pobre niño! Esta reina no tiene para ti más que el débil calor de su pecho y una piedad infinita. Duerme, duerme, criatura mía... Cuando concluya esta noche espantosa yo procuraré alimentarte.

Pero el pequeñuelo seguía llorando amargamente sin dejar de tiritar en los brazos de Irene de Castelberg, que no cesaba de mecerlo pidiendo a Dios que se apiadase de él.

* * *

La criatura, tras de gemir durante un largo rato todavía, sin que la desvalida anciana pudiese hacer nada por calmarla, acabó por quedarse dormida en su regazo.

Poco después, Irene de Castelberg, rendida por tantas fatigas, penurias y emociones, dormía también.

Despertó sobresaltada al sentir que el diminuto ser que había tomado bajo su protección se revolvía desesperadamente en sus brazos, chillando con todas las fuerzas de sus pulmones.

Estaba amaneciendo, y fuera, el viento seguía ululando, y a oídos de Irene llegaban con toda claridad los furiosos bramidos del mar, cuyas enormes olas se deshacían en espuma al chocar contra las rocas.

Se puso en pie con gran trabajo, sin soltar la criatura, y se encaminó hacia la puerta de la choza, murmurando:

—Es preciso que encuentre algo con qué alimentar a este inocente. ¡Oh, Dios mío! Apiádate de mí siquiera esta vez...

Antes de abandonar aquella mísera vivienda, Irene de Castelberg levantó al pequeñuelo hasta la altura de su cabeza para poder contemplarle a la plomiza claridad del nuevo día.

A la vista del rostro de aquel ángel, una emoción extraña aceleró los latidos de su corazón.

—¡Una niña!—exclamó—. ¡Pobrecilla! ¡Tan hermosa y tan desdichada!

La pequeña había dejado de gemir por un instante y miraba como absorta a aquella anciana que la tenía en sus manos y que parecía sonreírle a través de su infinita compasión. Luego, acuciada sin duda por el hambre, volvió a chillar y a agitarse desesperadamente.

Irene de Castelberg salió de la choza estrechándola contra su pecho, y volviendo la espalda a San Francisco, echó a andar rápidamente por el camino solitario y desnudo, barrido por el más cruel de los cierzos invernales.

Quería proporcionar a toda costa un poco de leche a aquella infeliz niña que Dios había puesto bajo su mísera protección, y recordaba que la tarde anterior, mientras Silvia y ella avanzaban por aquel camino en dirección a San Francisco, habían pasado delante de unas granjas que no parecían haber caído bajo el azote de la miseria espantosa que reinaba en toda Istralia. Y la esperanza de conseguir en una de ellas el alimento que la niña necesitaba para no morirse de hambre y poder secar sus ropitas mojadas al calor de la lumbre, hacía correr a la desdichada anciana.

De pronto, al volver un recodo, divisó a poca distancia uno de aquellos edificios que recordaba haber visto la tarde anterior. El humo que brotaba en aquel momento por la chimenea del tejado dió a entender a Irene de Castelberg que las gentes de la granja se preparaban a tomar el desayuno, y un desayuno caliente en aquellos tiempos era un signo irrefutable de abundancia.

Cuando la sin ventura llamó a la puerta, un perro de gran tamaño, armado de formidables colmillos, se abalanzó hacia ella ladrando desaforadamente. Irene retrocedió asustada, pero el perrazo la siguió sin dejar de ladrar, estirando las patas delanteras y olfateando el suelo para dar en seguida una serie de brincos amenazadores que la infundieron gran espanto.

—¡Aquí' "Zulú"!—gritó en aquel instante una voz varonil y enérgica desde la granja—. ¡Deja en paz a esa mendiga!

El can se volvió con presteza y echó a correr en dirección al edificio, echándose a los pies de un hombre ya de edad madura, que estaba en la puerta de la granja con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo de astracán.

Tranquilizada por la oportuna intervención de aquel hombre, Irene de Castelberg se le acercó tímidamente con su preciosa carga en los brazos.

—¡Piedad, señor!—imploró con voz doliente—. ¡Tened compasión de esta inocente niña a quien no puedo alimentar ni proteger contra el frío!

El hombre avanzó unos pasos hacia ella, observándola con gran fijeza.

—¿De quién es esa niña que lleváis en los brazos?—preguntó con acento autoritario—. Sois demasiado vieja para ser su madre.

—Señor, Dios la ha puesto bajo mi mísera protección. Seres sin entrañas arrojaron a esta inocente fuera de su hogar y yo la he recogido prestándole durante toda la larga y terrible noche que acaba de transcurrir el calor de mi cuerpo, que es lo único que he podido darle. Apiadaos de ella, señor. Proporcionarle un poco de leche para que no perezca de hambre.

—Todos sois lo mismo, todos tenéis una historia que referir para ganaros la compasión de las personas que aún pueden compartir un mendrugo con los desvalidos. A lo mejor habéis robado a esta pobrecilla para serviros de ella en el sentido de inspirar lástima.

—¡Oh, caballero!—exclamó la anciana herida por la suposición de aquel hombre—. ¿Cómo os atrevéis a atribuirme semejante infamia?

El hombre se encogió de hombros, acarició la cabeza del perro, que no se separaba de su lado, y dijo:

—Después de todo, la niña no tiene culpa de que seáis una mendiga de malos instintos... Entrad.

Irene le siguió con el corazón desbordante de alegría. ¡Qué le importaba que aquel hombre le hiciese la ofensa de pensar mal de ella si, dspués de todo, iba a alimentar a la niña! Estaba dispuesta a pasar por todas ls humillaciones imaginables con tal de conseguir un poco de leche para la infeliz pequeña que Dios había puesto en su camino de dolor de manera tan extraña.

* * *

En el comedor, en cuya chimenea ardía un buen fuego de leña, el hombre se detuvo y dijo, volviéndose a Irene, que le seguía con la niña en los brazos:

—Aguardaos; voy a avisar a mi mujer para que os atienda.

Desapareció, acompañado del enorme perro, por una puerta situada en el fondo del comedor, e Irene quedóse allí sola, con la niña, sorprendida aún de haber podido franquear con tanta facilidad el umbral de aquella casa confortable.

La pequeña, como consolada por la tibia temperatura que reinaba en el comedor, dejó de llorar, y acurrucándose sobre el pecho de su anciana protectora, había entornado sus ojillos para dormir.

Irene examinaba el lugar donde se hallaba con la más viva curiosidad. Debían ser sumamente ricos los dueños de la granja. Aquel comedor estaba adornado con gusto, y de las paredes colgaban cuadros representando escenas de caza, en los que aparecían hombres de color y animales del continente africano. También se veían lanzas y arcos para disparar flechas, de aspecto primitivo, y en el suelo, colocadas a manera de alfombras, algunas magníficas pieles de león, que Irene de Castelberg estimó auténticas.

Sorprendíale hallar en una granja próxima a San Francisco tan exóticos objetos de adorno y ambiente tan confortable; jamás había oído hablar que hubiese campesinos istralianos dotados de tan extraños como refinados gustos, y al mismo tiempo se alegraba de todo ello por la pequeña, pensando

que el haber caído en una casa así era una verdadera suerte para su protegida.

Al poco rato, la puerta por la cual había salido el hombre del abrigo de astracán volvió a abrirse, y éste entró en el comedor seguido de una mujer alta, delgada y de aspecto enfermizo, envuelta en una capa de lana de color azul.

—Ya no llora la niña—dijo el hombre a la mujer—, pero es igual; fíjate si realmente es verdad que padece hambre.

La de la capa avanzó hacia Irene de Castelberg y le dijo con voz débil y dulce:

—Dame a la pequeña.

La anciana entregó la niña a aquella mujer, que apenas la hubo tomado en sus brazos exclamó con horror:

—¡Dios sea loado! Las ropas de esta pobrecilla están empapadas como si acabasen de sacarla de un cubo de agua.

—Algo peor que eso es el origen de su mojadura—contestó Irene de Castelberg—. La he recogido de entre las aguas del mar, cuando estaba a punto de perecer estrellada por las olas contra las rocas.

La mujer dirigió a la anciana una mirada de extrañeza, y después se volvió hacia el hombre.

—No hagas caso, Josefina—le dijo éste, pretendiendo desmentir lo que la anciana decía—. Ya sabes lo que son los mendigos: todo lo que dicen son historias que inventan para ganarse los beneficios de nuestra compasión.

—Sin embargo—hizo notar la mujer, que examinaba a la niña con gran interés—, observo que esta criatura no lleva mucho tiempo al cuidado de esa infeliz mendiga; sus ropitas están hechas con todo primor, lo que indica que cuidaban de ella unas manos amorosas.

—¡Ah!—exclamó el hombre—. ¡Va a resultar cierto lo que he sospechado en el primer momento que vi a esta vieja con la pequeña!

—¿Qué sospecha fué esa, Fernando?

—¡Esa mujer debe haber robado a la niña!

Irene de Castelberg se estremeció, herida por esta acusación tan terrible como injusta.

Después, irguiéndose con dignidad, replicó:

—¡Cuidado con lo que decís, señor!... ¡Cuidado!... No por que seáis rico tenéis derecho a insultar mi miseria.

Estas palabras, dichas con una energía y un acento de sigceridad del que no se hubiera creído capaz a aquella infeliz, cohibieron extraordinariamente al hombre y a la mujer, que se miraron avergonzados, como si acabasen de cometer un delito.

Por último, el hombre dijo, para salir de aquella embarazosa situación en la que los había sumido la réplica altiva de la haraposa anciana:

—Perdonad si os he ofendido, pero son los mendigos mismos los que tienen la culpa de que pensemos mal de ellos... ¡Se valen de tantos ardides para explotar nuestros buenos sentimientos!

—Mi marido tiene razón—dijo la mujer con su voz débil y dulce mientras acariciaba a la niña—. Desde que la miseria reina en Istralia, hemos sido engañados tantas veces por los que piden limosnas que, a la verdad, nos vemos ahora obligados a dudar de todo el mundo. Pero — agregó en un tono lleno de benevolencia—vos, buena anciana, no parecéis pertenecer a la categoría de esos mendigos plañideros y bribones. He descubierto en vos desde el primer momento cierto aire de dignidad, de nobleza, si queréis, que os hace simpática a mis ojos. Advierto que no estáis habituada a suplicar la caridad, y que si os habéis determinado a llamar a nuestra puerta ha sido para salvar de la muerte a esta niña.

—Señora—contestó Irene de Castelberg—: podéis tener la más completa seguridad que jamás he extendido mi mano a nadie, y que ha sido sólo por socorrer a esta inocente criatura que Dios ha puesto en mis manos de manera tan dramática como misteriosa lo que me ha determinado a molestaros.

—Os creo, y mi marido tampoco duda ya de vos, ¿verdad, Fernando?

—En efecto—murmuró el hombre—; esta anciana no se parece en nada a las demás limosneras que hemos tenido la desgracia de conocer.

—Bien, caballero; aunque de poco puede serviros mi perdón, podéis contar con él. Descubro que sois un hombre honrado y comprendo que habéis tenido sobrados motivos para desconfiar de mí.

—¡Bien habláis, a fe mía!—exclamó Fernando—. Para mí que no siempre habéis sido tan pobre como ahora. Reveláis una distinción de la que carecen los miserables.

Irene de Castelberg respondió con un acento de indecible amargura:

—Es posible que no os equivoquéis, caballero. Pero no es de mí, sino de la niña de quien me interesa hablar. Dadme un poco de leche para ella, ya que sois tan generosos, y permitidme que seque sus ropas al calor de la lumbre.

—Yo misma me ocuparé de todo ello, buena mujer—contestó Josefina—. Sentaos, hacedme el favor.

E indicó una silla a la anciana.

Pero Irene de Castelberg permaneció de pie.

—Sentaos—hubo de repetirle Fernando—. También vos tomaréis un tazón de leche caliente.

—¡Oh! — exclamó la anciana —. ¿Creéis que merezco tanto?

—Estos no son momentos de estudiar vuestros merecimientos, ¡qué diantre! Estáis en mi casa, y mi deber es ampararos. ¿En vuestros buenos tiempos no habéis obrado vos del mismo modo con los pobres?

—Siempre he sentido profunda compasión por los miserables; pero ocupaba yo una posición tan alta, tan alta, que la mayor parte de las calamidades que complican la vida de los pobres escapaban a mis miradas. Fué preciso que la fatalidad me confundiera con ellos para comprender todas sus mi-

serias, todos sus horrores y apreciar cuán dignos son de conmiseración.

—Comienzo a comprender—dijo el hombre en voz baja—. Sois, sin duda alguna, una víctima de la tiranía.

—¡La más desgraciada de todas!—exclamó Irene de Castelberg, cuyas apagadas pupilas se iluminaron con un fuego inusitado.

—¡Cuántas, cuántas personas nobles y virtuosas están en Istralia en vuestra misma situación!... ¡Parece mentira que el monstruo que nos gobierna tenga en sus venas sangre de los Nazari!

—¡Hijo, pobre hijo mío!—sollozó Irene de Castelberg dejándose caer en la silla que le habían ofrecido y que no había ocupado hasta entonces.

—¿Habéis perdido algún hijo?—preguntó Fernando.

—No, no; no me preguntéis, caballero—respondió la anciana cubriéndose el rostro con sus manos, deformadas por el frío—. No sé lo que me digo; el dolor me ha trastornado por completo.

Entretanto, Josefina hacía ya un buen rato que había abandonado el comedor llevándose a la niña, y en cuanto al señor Fernando, viendo a la anciana sumida en aquel dolor tan vivo del cual parecía imposible apartarla por el momento, juzgó conveniente retirarse también.

* * *

Al salir por segunda vez del comedor, dejando en él a la anciana, Fernando se encaminó a la cocina, donde encontró a su mujer ocupada en bañar a la niña en una gran palangana llena de agua tibia.

Petra, la criada, ayudaba a su señora en aquel menester, para el cual se daba no poca maña.

Concluído el baño, envolvieron a la pequeña en una toalla y en una manta y se dispusieron a hacerle beber un tazón de leche que ya le tenían preparado.

Al principio, la niña, no acostumbrada por lo visto a aquel procedimiento de alimentación, rechazaba chillando indignada la cucharilla llena de leche que la señora Josefina acercaba cuidadosamente a sus labios, y le costó a ésta no poco trabajo hacerle tragar un poco de aquel líquido que había de conservarle la vida; pero al poco rato, así que empezó a sentir que aquello que tragaba a la fuerza no sentaba mal a su estómago hambriento, dejó de oponer resistencia a la cucharilla, que entraba y salía de su hermosa boquita con entera libertad.

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó Fernando mirando enternecido a la pequeña—. ¡Vuestro apetito es digno de un hotentote, señorita!

—¡Qué rica es!—comentó Josefina—. Te aseguro, Fernando, que esta pequeña ha debido pertenecer a gentes que cuidaban mucho de ella.

—¿Cómo se explica entonces que esa mujer diga que la ha recogido del mar? Yo no creo que haya en Istralia personas capaces de arrojar a las olas una criatura así.

—Sin embargo, tú mismo has visto que sus ropas estaban empapadas. Y, por otra parte, tampoco debemos poner en duda las palabras de esa anciana.

—Esa mujer me inspira una compasión sin límites—declaró Fernando—. Por sus palabras he podido comprender que es una víctima de la política sangrienta que desarrollan los hombres que nos gobiernan en la actualidad. La infeliz debe haber pasado por situaciones espantosas, y sin duda la esperan otras más espantosas todavía.

—¡Oh! Es una verdadera lástima que esta niña tan hermosa y tan sana tenga que compartir su suerte.

Fernando dió una vuelta por la cocina, absorbido al parecer por alguna idea importante.

—Es inútil hacerse ilusiones antes de hablar con ella—murmuró de pronto balanceando la cabeza.

Y agregó en alta voz, dirigiéndose a su mujer y a la criada:

—En vez de estar todos aquí alrededor de esta muñeca, mejor haríamos en preocuparnos un poco de esa infeliz anciana que ha quedado llorando en el comedor y que tiene tanta necesidad de cuidados como la niña. Vamos, Petra: llévale un tazón de leche y un panecillo.

* * *

Después de tomar el reconfortante desayuno que le hicieron servir los dueños de la granja, Irene de Castelberg, a petición de éstos, les refirió de qué extraña manera la niña había venido a parar a sus manos y la larga y terrible noche que pasó con ella en la desmantelada choza esforzándose por prestarle todo el calor de su cuerpo para evitar que la pequeña pereciese de frío. Y había tal acento de sinceridad en las palabras de aquella desventurada mujer, tal acento de noble amargura en sus lamentaciones, que el matrimonio no pudo poner en duda nada de cuanto escuchaba de sus labios.

—Pero, ¿estáis segura, completamente segura, que la pequeña fué arrojada al mar desde una de las ventanas del castillo del conde Lisandri?—preguntó Josefina, llevada por su afán de aclararlo todo.

—Completamente segura; no podían haberla arrojado desde otro lado.

—Que yo sepa, el conde Lisandri ni está casado ni tiene hijos; de modo que este crimen no es obra suya—dijo Fernando.

—Sí, puede ser obra suya—afirmó Irene de Castelberg con un acento que impresionó al matrimonio—. Lisandri no tiene hijos que matar, pero es muy capaz de matar los hijos de sus semejantes que le molesten.

Ni Josefina ni su marido penetraron en el doble signifi-

cado que encerraban estas palabras, y creyeron que la anciana desvariaba un poco al pronunciarlas.

—Yo—dijo Fernando—creo al conde Lisandri cruel, pero no hasta el punto de arrojar al mar a una criatura que no podía hacerle daño alguno, ni molestarle en lo más mínimo siquiera.

—Sólo Dios sabe los motivos que habrá tenido el conde Lisandri o la persona que desde su castillo arrojó al mar a esa pobre niña, para deshacerse de ella—murmuró Irene de Castelberg inclinando un tanto la cabeza como bajo el peso de un terrible pensamiento.

—No nos preocupemos ya de estas cosas, que nunca lograremos aclarar—dijo Josefina—, y volvamos a tratar acerca de la suerte de la pequeña. ¿Qué pensáis hacer con ella, buena mujer?

La anciana fijó en la dueña de la granja una mirada de extrañeza.

—Llevármela—dijo—. Protegerla hasta que tenga fuerzas para ello; cumplir con Dios, en pocas palabras.

—¡Oh!—exclamó Josefina—. Y si encontraseis a unas personas buenas que se comprometiesen a ocuparse de la crianza y educación de la niña, a tenerla como si fuese su propia hija, ¿pondríais reparo en dejarla en tan buenas manos?

—Si con ello comprendiese que beneficiaba a la niña, ¿por qué había de poner reparos?—contestó la anciana—. ¡Desgraciadamente, es tan poco lo que yo puedo hacer por ella!...

Al oír esto, Josefina se volvió hacia su marido, fijó en él una larga mirada y exclamó:

—¡Si tú quisieras, Fernando!...

—Josefina—respondió el granjero—, te precipitas demasiado.

—No podía presentársenos mejor oportunidad que esta, Fernando. A la vez que una gran obra de caridad, realizaremos uno de los más grandes deseos de nuestra vida.

—Pero, ¿no piensas en las complicaciones que esto puede traernos?

—No puede haber complicaciones.

—Además, falta cerciorarnos de si esta buena mujer está conforme en cedernos a la niña.

—Lo estará—aseguró Josefina—. Ella obra con absoluto desinterés...

Y dirigiéndose a Irene de Castelberg, que les escuchaba sin comprender a qué se referían, Josefina le preguntó:

—¿Qué os parece si mi marido y yo prohijásemos a la niña que habéis recogido de entre las olas?

La anciana permaneció un instante como en suspenso.

—¿Os dais cuenta cabal—preguntó—del enorme deber que con ello asumiríais ante Dios?

—El anhelo más grande de nuestra vida ha sido tener un hijo—respondió Josefina—. ¿Qué mejor oportunidad que esta para poder realizarlo, como ya dije a mi marido?

—Podéis tener la seguridad absoluta que no sabríamos qué hacernos con la pequeña—agregó Fernando—. Ella sería además nuestra única heredera. Creo que debéis mostraros conforme con nuestro propósito, por el propio bien de la niña.

—No sólo estoy conforme con vuestros nobles deseos, sino que agradezco a Dios el haberme traído a esta casa, en la que he logrado hacer la felicidad de esta criaturita. ¿Qué podía esperarle a la pobrecilla no contando más que con mi mísera protección? Una noche de estas hubiéramos perecido de hambre y de frío en medio del arroyo o de un camino, porque, según tengo entendido, en los tiempos negros que corremos, hasta los asilos han cerrado sus puertas a los menesterosos. Quedaos, pues, con la niña, y que Dios os bendiga por la santa generosidad de que dais muestras.

Y diciendo esto, Irene de Castelberg, que hacía ya buen rato había devorado el panecillo que le habían hecho servir los granjeros y bebido con avidez el tazón de leche, se levantó

de la silla que aún ocupaba delante de la mesa y retrocedió algunos pasos en dirección a la puerta.

Marido y mujer cambiaron una rápida mirada.

En seguida dijo Josefina:

—No sólo debemos pensar en la niña; también es justo que hagamos algo por vos; pedidnos lo que creáis podemos daros.

Una amarga sonrisa pasó por los pálidos labios de Irene de Castelberg.

—¿Yo pedir? ¿Yo abusar de vuestra generosidad?—murmuró con acento dolorido—. ¡Bastante habéis hecho con librarme de la tremenda responsabilidad que pesaba sobre mi conciencia cuando tenía a la niña bajo mi protección! Me voy, buenas gentes, me voy, y no quiero ya que os acordéis de mí.

Iba a salir, pero a un mismo tiempo Josefina y Fernando le cortaron el paso.

—Aguardaos, hablemos—dijo este último—. ¿Decís que os vais; pero, ¿adónde os vais? ¿Qué va a ser de vos?

—Dejadme seguir mi ruta de dolores y de lágrimas. Será de mí lo que el Altísimo quiera.

—Pero nosotros podríamos hacer algo por aliviar vuestra triste situación.

—Gracias; nada quiero.

—Os daré unas ropas para poder protegeros del frío— dijo Josefina—y unos francos para que comáis hasta que vuestra situación cambie.

—Gracias, gracias... No puedo abusar de ustedes más de lo que ya he abusado. Dejad que me aleje de aquí, os lo ruego.

—Me dais compasión—dijo, apenado, Fernando.

—No os importe. Adiós.

Irene de Castelberg había ya salido del comedor, y con paso resuelto se encaminaba hacia la puerta de la granja. Marido y mujer la siguieron.

—Escuchad una palabra—rogó Josefina.

—Esperaos; he de haceros una recomendación—agregó su marido.

La anciana se detuvo.

—Hablad.

—Supongo habréis comprendido ya que lo que hemos acabado de convenir es asunto que debe mantenerse en la mayor reserva, para el bien de todos—dijo el dueño de la granja en tono confidencial.

—No temáis; no diré una palabra a nadie—aseguró Irene de Castelberg—. El bien de la niña me impone silencio.

—¿Os ha visto alguien con esa criatura en los brazos?

—Nadie me ha visto, podéis estar tranquilos.

Traspuso el umbral de la granja, delante de la cual estaba acurrucado el feroz perrazo que de tan mala manera la había recibido un par de horas antes, y agregó, echando a andar en dirección a San Francisco:

—Hasta la vista, buenas gentes... o hasta la eternidad.

—Id con Dios—le contestó Jesefina arrebujándose en su capa para protegerse de los azotes del cierzo helado.

Irene de Castelberg no la oía ya. Caminaba de prisa, cara al viento, que agitaba sus andrajos, encorvada, tiritando de frío, mientras en el cielo el sol luchaba desesperadamente por abrirse paso a través de las nubes y enviarle un rayo para caldear su impresionante miseria.

La infeliz volvió a refugiarse en la choza dentro de la cual había pasado la noche con la niña en los brazos.

Acurrucada en un rincón, dejó transcurrir las horas sin pronunciar la menor palabra que revelase el curso de sus pensamientos o su estado de ánimo.

De pronto vió entrar a Silvia, sin que el regreso de ésta le produjese sorpresa ni curiosidad alguna. La Moneti dió una vuelta por la choza, husmeando, como hacen las fieras al retornar a su madriguera, y deteniéndose por último ante Irene de Castelberg, exclamó con brusquedad:

—¡Todavía aquí!

—No he podido encontrar sitio mejor que este—murmuró humildemente la sin ventura.

Silvia hizo un gesto de desagrado; luego refunfuñó:

—El caso es que tú no puedes permanecer en este sitio.

—¿Por qué?—preguntó Irene en el mismo tono de humildad.

Dió la Moneti otra vuelta a la choza, y haciendo un gesto extravagante con los brazos, dijo con tono misterioso:

—Yo me entiendo.

—Por lo visto, no te han salido las cosas como esperabas—dijo Irene de Castelberg, interesada ya en hacer hablar a Silvia—. ¿Has visto a tu hija?

—¡Este es asunto que no te importa lo más mínimo!—replicó la Moneti lanzándole una mirada de cólera.

Y volviéndole la espalda, repitió:

—Yo me entiendo.

Se marchó, para volver al cabo de un par de horas trayendo en la mano un envoltorio grasiento.

—¿Has comido hoy?—preguntó a Irene de Castelberg.

La respuesta fué negativa.

—Toma—agregó la Moneti alargándole aquel envoltorio. —Aquí traigo algo para ti. Hártate.

Pero Irene rehusó.

—Gracias; no tengo hambre.

—¿Cómo es posible, si llevas casi dos días sin comer?

—Dios me sostiene.

—¿De manera que no quieres comer lo que te traigo?

—No quiero.

Silvia le volvió la espalda, se encogió de hombros y arrojó el envoltorio a un rincón.

* * *

Al cerrar la noche, Silvia atrancó la puerta con unas piedras y se sentó en el suelo en medio de la choza, sin hacer

ningún caso de su compañera, que seguía acurrucada en el rincón donde la había encontrado al regresar allí ya muy avanzada la mañana.

No le extrañaba la conducta de Irene de Castelberg, a quien tenía por loca, ni parecía preocuparle gran cosa su presencia.

La noche nada tenía que envidiar en crudeza a la anterior. El viento aullaba lúgubremente, sacudiendo la mísera y destartalada choza, hasta la cual llegaban los horrísonos bramidos del mar, que estrellaba sus olas imponentes, con ruidos semejantes a trallazos, contra las rocas de la costa.

Silvia no dormía.

Dando diente con diente, prestaba oídos a todos los rumores, especialmente a las campanas de la ciudad distante, que daban la hora.

De pronto se levantó con presteza.

—Media noche—dijo—. Ya no puede tardar.

No había acabado de pronunciar la última de estas palabras, cuando oyó dar dos golpes contra la puerta.

De un salto se precipitó a abrir.

Distinguió tres formas delante de la choza, y tras éstas las siluetas de unos caballos.

Uno de aquellos personajes, envuelto en amplia capa, se le acercó.

—Silvia Moneti—dijo una voz femenina—. ¿Sois vos?

—Entra—contestó la nombrada, haciéndose a un lado—. Entra, y que el cielo te bendiga por haber venido.






## CAPITULO LVI

### Cien mil francos

HAGAMOS un pequeño retroceso.

—Hija mía — dijo lloriqueando Silvia, sin hacer el menor caso de la blasfemia que Alcira de Serajev acababa de proferir—. ¡Cuánto he debido padecer para poder llegar hasta aquí!... Pero ni los ultrajes ni las privaciones arredraron a tu madre, que ansiaba llegar a tu lado para bendecirte y besar tus pies. ¡Si supieras cuánto me enorgullece tu gloria!... Te miro, y me parece soñar. ¡Oh, pero yo estoy cierta que eres tú mi Paulina, mi hija adorada, y que al fin y al cabo todo esto que tienes, todo el esplendor que te rodea, es aún poca cosa para lo mucho que vales!

Y seguía arrastrándose a los pies de la reina, besando la alfombra cuando no conseguía llegar a ellos con sus labios.

Alcira, lívida, trémula, se llevó las manos a las sienes para oprimírselas; le parecía que su cabeza iba a estallar bajo la

presión de los mil pensamientos contradictorios que la aparición de aquella repulsiva criatura había despertado en ella.

—Levantaos—atinó a balbucear por último—. Levantaos y callad.

Obedeció Silvia, pero fué para avanzar hacia la reina con los brazos abiertos.

—Paulina, hija de mi alma: mi amor de madre es lo que me ha traído junto a ti. No creas que aspiro a compartir tus riquezas y tu esplendor. Me conformaré sólo con tu cariño, con un poco de tu cariño, pequeña mía.

Y añadió con voz todavía más plañidera:

—Soy una pobre vieja, como ves; nadie cuida de mí en este mundo, y por ser pobre, todos me desprecian. Hace pocos instantes me han azotado ante tus propios ojos. Compasión, Paulina. Apiádate de tu madre.

—¡Bajad la voz!—dijo sordamente Paulina—. ¿Qué es lo que queréis de mí?

La Moneti volvió a caer de hinojos a los pies de la soberana de Istralia.

—Nada más que tu cariño y tu compasión, hija mía—contestó—. Cualquier mendrugo que me arrojes me sabrá a gloria si está ungido por tu amor filial.

—Hace un instante, cuando os habéis echado al suelo, os mandé que os levantarais; volved a hacerlo y hablemos con serenidad, empleando las menos palabras posibles, porque no tengo tiempo que perder.

—Tú dirás, hija, tú dirás—murmuró la Moneti, poniéndose de pie nuevamente.

—¿Qué exigís por guardar el secreto que acabáis de descubrir?

Silvia miró a Alcira con ojos agrandados por el asombro que le producían las palabras que acababa de escuchar y el acento de frialdad con que fueron pronunciadas.

—¿Qué secreto, Paulina?

—Hacedme el favor de no pronunciar ese nombre. Vues-

tra hija, si la habéis considerado como tal alguna vez, ya no existe para vos.

—Pero...

—¡Nada de palabras inútiles! ¿Qué exigís, Silvia Moneti, por callar ese secreto?

La miserable miró a Alcira desconcertada. Luego, echándose a llorar, se lamentó:

—Me tratas como a una madre desnaturalizada, y eso es injusto. ¡Si yo te refiriera todo lo que he debido padecer para hacer de ti la mujer encantadora que hoy eres!...

—¡Acabemos!—exclamó la soberana, haciendo un gesto de impaciencia—. ¿Vuestras pretensiones...?

—No tengo ninguna—murmuró Silvia temblando.

—Mentís; os conozco bastante para dejarme engañar por vuestra humildad.

—¡Yo te juro que...!

—¡Desgraciada! Estáis abusando de mi paciencia, y sin duda ignoráis cuán peligroso es impacientar a los reyes. Terminemos. ¿Tenéis bastante con cien mil francos?

—¡Cien mil francos!—exclamó Silvia, estupefacta por la enormidad de la oferta y como acometida por una especie de vértigo.

—Responded: ¿os bastan?

—¡Dios te bendiga!

—Decidme dónde puedo ir esta noche a entregaros esa suma.

—No sé...—balbuceó la Moneti—. Donde tú quieras...

—¿Dónde habitáis?

—No tengo vivienda.

—Pero debéis conocer un lugar donde yo pueda ir a entregaros los cien mil francos sin correr el riesgo de ser observada o reconocida. Indicádmelo.

Silvia reflexionó brevemente.

—Sé de un sitio—dijo por fin—, pero está algo lejos, y sin duda tú no querrás tomarte la molestia de llegar hasta él.

—¡Cuanto más lejos esté ese lugar de San Francisco, mejor. Hablad.

—Se trata de una choza abandonada que se levanta a la izquierda del camino que conduce a Nazaret; antes de llegar a ella, es preciso pasar por delante de un enorme castillo construído sobre unas rocas altísimas, en la orilla del mar.

—¡Basta!—exclamó Alcira—. No necesito más datos para dar con esa choza. Marchaos y esperadme en ese lugar a media noche.

Pero un asomo de duda asaltó de pronto a Silvia y le hizo preguntar:

—¿Irás sin falta?

—Los reyes no tienen más que una palabra—contestó severamente Alcira de Serajev.

Y añadió, extendiendo un brazo hacia la puerta:

—Marchaos.

—Hasta la noche—murmuró Silvia encaminándose hacia allí—. Hasta la media noche.

Y antes de que llegase a la puerta, ésta se abrió de par en par, apareciendo en el umbral Ludovico, el gentilhombre al servicio de su majestad.

—Acompañad a esta pobre mujer hasta fuera de Palacio—le ordenó la soberana.

Ludovico hizo una profunda reverencia, y volviéndose a la Moneti, le dijo:

—Seguidme.

Dirigiendo a su hija una última y significativa mirada, la miserable abandonó aquella estancia detrás del gentilhombre.

* * *

Una vez libre de la presencia de su madre, Alcira de Serajev envió recado al conde Lisandri para que fuese a verla sin pérdida de tiempo.

Minutos después, Federico estaba a su lado.

—¿Qué ocurre par llamarme con tanta precipitación?—le preguntó, tomando asiento en un sillón frente a ella, después de haber depositado un beso en su mano.

—Algo que hubiera podido ser grave si llega a faltarme la necesaria serenidad—respondió Alcira—. Silvia Moneti ha estado aquí.

—¡Tu madre!—exclamó el malvado, en cuya frente se marcó una arruga—. ¿Es que vive aún?

—Sí, y ha sabido encontrarme.

—¿Cómo se las habrá arreglado para descubrirte?

—No se lo he preguntado; pero no deben haberle faltado oportunidades de comprobar que Alcira de Serajev y Paulina Moneti son una misma persona.

El conde retorció nerviosamente una punta de su bigotillo rubio, y en seguida preguntó, mirando fijamente a Alcira:

—¿Dónde se encuentra ahora esa mujer?

—La he despedido.

—¿Sabes que significa un peligro para nosotros?

—Me doy perfecta cuenta de ello, Federico.

—Es preciso alejarla de San Francisco.

—Eso es lo que voy a intentar.

—¿Has llegado con ella a algún acuerdo?

—Esta noche nos entenderemos.

—¿A qué esperar tanto?

—Me he tomado ese plazo para poder preparar cien mil francos.

—¡Ah! ¿Le has prometido esa suma?

—No me quedaba otro remedio para comprar su silencio.

El conde hizo un gesto que indicaba disconformidad con el procedimiento adoptado por su amante.

—¿Crees que no he obrado bien?

—Es peligroso confiar en el dinero. Las lenguas deben silenciarse por un procedimiento más enérgico.

—Como se trata de quien se trata...—murmuró Alcira—. Por otra parte, confío en la prudencia de mi madre.

—Mientras le duren los cien mil francos, podrás confiar; pero, en fin—añadió Lisandri encogiéndose de hombros—, no es mi intención desvirtuar lo que has hecho, y esta tarde te enviaré los cien mil francos. ¿Te encargarás tú misma de entregárselos?

—Sí; hemos quedado en vernos a media noche, en una choza abandonada que existe a la izquierda del camino que conduce a tu castillo, más allá de éste. Recuerdo haberla visto más de una vez. ¿Me acompañarás?

—Desde luego, y para más seguridad, también vendrá con nosotros uno de mis hombres.

—Ahora aconséjame dónde debo enviar a mi madre.

—Lo pensaré—contestó Lisandri levantándose de su asiento—. Esta tarde, al tiempo de entregarte los cien mil francos, te daré el consejo que me pides.

* * *

Esa noche, un cuarto de hora antes de las doce, tres jinetes abandonaban Palacio por una de las puertas del parque regio, y a galope tendido se lanzaban en dirección al mar.

Eran Alcira de Serajev, el conde Lisandri y el mayordomo de éste.

No tardaron en llegar al camino que, siguiendo la costa, llevaba al castillo propiedad del segundo de los nombrados. Minutos más tarde, pasaban los tres delante de aquel edificio, sin detenerse, para ir a echar pie a tierra, pasado otro rato, ante la choza miserable que servía de refugio a Silvia y a Irene de Castelberg.

—Mientras yo permanezca dentro—dijo Alcira a sus acompañantes—estad vosotros alerta.

—Entiendo—contestó el conde adelantándose y dando dos golpes contra la puerta con el mango del látigo.

Ya hemos visto que a Silvia Moneti le faltó tiempo de abrir para recibir a su hija.

—Cerraré la puerta para que el viento no nos moleste—dijo, una vez que Alcira hubo entrado en la choza—. ¿Quieres que haga pasar también a esos señores que te han acompañado?

—No os preocupéis por ellos—contestó su majestad.

* * *

Irene de Castelberg no dormía.

Intrigada desde mucho antes del anochecer por la conducta de Silvia, acechaba en las tinieblas.

Presentía que algún acontecimiento importante iba a tener lugar dentro de aquella mísera vivienda.

Y no se engañaba.

Se dió perfecta cuenta de cómo Silvia abría la puerta al escuchar los dos golpes dados contra ella, y cómo volvía a cerrarla después de dar entrada en la choza a la persona que con tanta impaciencia había estado esperando.

Dada la profunda obscuridad reinante, a Irene le era imposible distinguir a esa persona; pero, en cambio, podía escuchar su voz, enterarse de lo que Silvia y ella hablasen, y con esto tenía bastante.

Tras un silencio, tan breve como impresionante, en las tinieblas se elevó la voz de la recién llegada.

—Decidme, Silvia Moneti, ¿estáis sola en este lugar?

Irene de Castelberg sintió que todo su ser se estremecía al escuchar esta voz y que un impulso de odio sublevaba su alma aletargada. ¿De quién más que de Alcira de Serajev podía ser aquella voz? Alcira, su nuera, la adúltera, la cómplice de los regicidas, la hez de los pecados, estaba allí, en el interior de aquella choza que el viento azotaba y hacía crujir de un modo siniestro, delante de Silvia Moneti. ¡Oh, desesperación! ¿No se habría engañado? ¿No sería aquello una alucinación digna de su cerebro trastornado? Había que con-

vencerse antes de dejar escapar el torrente de maldiciones que se revolcaban en su corazón como fieras heridas.

El terrible instante por el que acababa de pasar le impidió escuchar la respuesta que Silvia daba a las primeras palabras de la recién llegada, y al volver a concentrar su atención en lo que hablaban, oyó decir a esta última:

—Tomad. Esta bolsa de cuero contiene los cien mil francos que os he ofrecido esta mañana.

—¡Oh, hija de mi alma! Dios te bendiga.

—Dejaos de hipocresías y escuchad bien lo que voy a deciros. Con este dinero tendréis lo suficiente para vivir con holgura hasta el fin de los días de vuestra vida, y a cambio de él os exijo que no volváis a acordaros de mí y que abandonéis este país en el término de cuarenta y ocho horas. ¿Me habéis comprendido?

—Hablas como los ángeles, hija mía; y aunque no me será posible olvidarte, cumpliré inmediatamente tu deseo en lo que atañe a abandonar Istralia. Ya antes de decidirme a comparecer en tu presencia había yo comprendido que mi persona podía ser un obstáculo para ti, y por eso me guardé muy bien de revelar a nadie el descubrimiento que acababa de hacer en Fuente Roja al contemplar en un periódico ilustrado unos retratos de la joven reina de Istralia y comparar éstos con una fotografía que aún conservo de mi hija Paulina.

—Olvidad el pasado, y especialmente todo lo que a mí concierne, y que no se os ocurra volver a presentaros jamás ante mí, porque habría de pesaros. Os hago rica; estadme agradecida, y en honor a ese agradecimiento, mirad el uso que hacéis de vuestra lengua. No creo que sea necesario deciros más. ¡Ea, abrid esa puerta para que pueda alejarme de aquí!

—¡Hijo mío!... ¡Desventurado hijo mío!—exclamó entre sollozos una voz que partía de uno de los rincones de la choza—. ¡Maldición eterna para los malvados que te apartaron de los ojos y del corazón de tu madre!

Alcira de Serajev se estremeció de terror.

—¿Qué voz es esa, Silvia Moneti?—inquirió con ronco acento—. ¿Quién llora y habla de ese modo?

—La loca—respondió Silvia, confusa—. No hagas ningún caso de ella, Paulina.

—¡Ah!—exclamó su majestad—. Me habéis engañado miserablemente, y merecéis que os haga cortar la cabeza por ello. Cuando os he preguntado si estabais sola en este lugar, ¿por qué me habéis contestado afirmativamente?

—Paulina, hija mía, ¿quién concede importancia a una pobre loca? ¿Qué se puede temer de una demente? Si quieres, puedes encender una luz para verla y convencerte de que se trata de un ser completamente inofensivo.

—¡Basta!—exclamó Alcira con indignación—. Después de todo, si por vuestra culpa la reina de Istralia ha de perjudicarse en algo, responderéis con vuestra cabeza de todos esos perjuicios. Abrid la puerta; voy a marcharme.

La voz de la demente volvió a resonar en las tinieblas de la choza, coreada por los aullidos del viento y los bramidos del mar:

—¡Ten paz en tu tumba, hijo mío, pedazo de mis entrañas!...Tu cólera no tardará en verse satisfecha. He oído el acento de la mujer monstruosa que te arrastró a la muerte y he adivinado que el recuerdo de sus crímenes y de sus infamias la hacen estremecerse de horror a cada instante. Consuélate, hijo mío; ese es el principio de su castigo. Dios ha tomado ya parte activa en la causa. ¡Ay de ella! ¡Ay de los que han contribuído a perderte! ¿Querrás creer, desventurada criatura, que me inspiras compasión?... Descansa, hijo mío, descansa. La hora de la justicia está cerca. Oigo la voz del Altísimo que me lo dice...

—¡Maldita demente!—exclamó la joven reina de Istralia, que había escuchado temblando estas palabras—. ¡Bien podría entretenerse en decir cosas más alegres!

—Perdónala, hija mía—respondió Silvia—. Yo estoy tan

acostumbrada a oírle decir esas estupideces, que ya no hago ningún caso de ella.

—Tiembla, tiembla horrorizada de su obra. Sabe que de un momento a otro la justicia divina apoyará su planta sobre su inmunda cabeza de reptil... Prepárate, hijo mío. Sus tormentos serán horribles, y presenciándolos desde tu tumba, vas a gozar tanto como has sufrido.

La supuesta demente, a quien Alcira no podía ver por más que esforzaba la vista, ya no lloraba; pero sus palabras tenían un acento tan siniestro en las tinieblas, que la misma Silvia se sintió presa de escalofríos.

—Diríase que es a mí a quien se dirige—murmuró para sus adentros la joven soberana—. Si no tuviese tanta fe en los procedimientos de Federico, creería que le ha fallado el golpe y que esa mujer es...

Se interrumpió para exclamar en seguida en voz alta y con tono de impaciencia:

—¿Qué hacéis, Silvia Moneti, que no abrís la puerta como os he mandado?

La nombrada se dió prisa en obedecer, y Alcira salió de la choza sin dignarse pronunciar una sola palabra de despedida.

—Tiembla, tiembla—repitió Irene de Castelberg—. Sabe que de un momento a otro la justicia divina apoyará su planta sobre su inmunda cabeza de reptil. Hijo mío, Dios va a hacer justicia...

—¡Maldita loca! — refunfuñó colérica Silvia, mientras desde la puerta de la choza veía cómo la joven reina de Istralia, ayudada por una de las personas que hasta allí la habían acompañado, montaba su caballo—. Ella tiene la culpa de que Paulina se aleje de mí tan disgustada.

Y cuando la reina y sus dos acompañantes abandonaron aquel lugar al galope de sus cabalgaduras, la Moneti volvió a cerrar la puerta, estrechó contra su pecho la bolsa que

debía contener los cien mil francos, y avanzando hacia el centro de la choza, murmuró con mal contenida alegría:

—Mi fortuna está hecha. ¿Qué mujer hay bajo el cielo que pueda considerarse más feliz que yo?

—¡La justicia está en camino!—dijo Irene de Castelberg desde su rincón—. ¡Temblad, canallas! ¡Temblad! ¡Qué poco tiempo os queda para disfrutar de vuestro sangriento botín!

—¡El diablo te lleve, loca de los infiernos!—exclamó la Moneti, llena de indignación—. Te has propuesto amargar el comienzo de mi dicha, y quieres salirte con la tuya.

Se sentó en el suelo, sin soltar la bolsa que contenía su tesoro; pero no pudo permanecer mucho tiempo quieta en aquella posición. La misma alegría que la poseía al considerar que era dueña de cien mil francos, fortuna enorme, que no había soñado en poseer jamás, excitaba todo su sistema nervioso y hasta aceleraba el ritmo de su respiración. Recordando los acontecimientos de aquel día, Silvia creía soñar y apretaba cada vez con más fuerza contra su pecho la bolsa de los cien mil francos que su hija acababa de entregarle.

Se levantó del suelo y comenzó a pasearse por el interior de la choza, haciendo proyectos para el porvenir.

La voz de Irene de Castelberg sonaba ahora como un lamento en la obscuridad profunda de aquel lugar, pero la Moneti no prestaba la menor atención a sus palabras. Tan pronto se hiciese de día, contaría el dinero de la bolsa, lo ocultaría bajo sus andrajos y echaría a andar en dirección a la ciudad. Allí se hospedaría en una fonda, adquiriría algunas ropas, y como le había mandado su hija, la joven reina de Istralia, abandonaría el país, cómodamente instalada en algún vagón de ferrocarril o en el camarote de algún vapor.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

A través de los agujeros del techo, la Moneti vió que el cielo comenzaba a clarear. Era el nuevo día que llegaba, el día venturoso en que iba a dar comienzo a su vida de per-

sona rica. Ya podía ponerse en camino de la ciudad, y ocultando su bolsa bajo sus andrajos, se dirigió hacia la puerta.

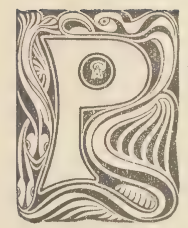
Pero antes de salir se detuvo, asaltada por una idea de conmiseración. Ya que iba a alejarse para siempre de aquella infeliz demente que había sido su compañera durante el largo y peligroso viaje desde Fuente Roja hasta las inmediaciones de San Francisco, justo era que cumpliera con lo que tantas veces le había ofrecido, desprendiéndose de una parte insignificante de su fortuna para entregársela. Pensando en esto, llevó la diestra al sitio donde había ocultado la bolsa, pero inmediatamente la retiró de allí. Aquella infeliz, cansada de sus lúgubres soliloquios, se había dormido profundamente. ¿Valía la pena despertarla para entregarle cinco o diez francos? No; lo mejor era largarse sin que lo advirtiese. Después de todo, era una mujer que no sabía emplear el dinero, y además, tenía la culpa de que la reina de Istralia se hubiese retirado de allí muy disgustada. Y ateniéndose a estas reflexiones, Silvia se encogió de hombros y echó a andar en dirección a San Francisco bajo la indecisa claridad del amanecer, por el camino endurecido por la escarcha.






## CAPITULO LVII

### Siguiendo las huellas del embajador y su familia



ERO si tenéis la seguridad absoluta de haberles dado muerte; si, como decís, habéis empleado los gases asfixiantes que se experimentaron durante las últimas maniobras, ¿qué es lo que teméis, mi querido conde?

—Es cierto cuanto os he referido, barón; cuando yo salí de aquella casa de la Avenida de Munich, si Oscar Luis, Canevari y Montespín no habían exhalado aún el último suspiro, estaban a punto de exhalarlo; pero tratándose de semejantes enemigos, ¿quién se duerme hoy sobre los laureles?... La experiencia me ha demostrado que debo desconfiar de todo, hasta de los mismos muertos. Recordad el caso del verdadero rey—añadió Lisandri bajando la voz—. Todos le creíamos muerto y en el estómago de los peces, y sin embargo, ¿no se nos presentó en Palacio como por arte de encantamiento?

—Cierto; fué aquella una sorpresa terrible—murmuró Cosme Novelli medio convencido.

—¡Ah! ¿Veis cómo no tenéis más remedio que darme la razón? No estamos libres de que el caso vuelva a repetirse.

—No digáis semejante cosa, conde. Admito que desconfiéis hasta de vuestros propios actos, llevado por un exceso de prudencia; pero que en el fondo de vuestro espíritu abriguéis el temor de que esos tres muertos puedan presentarse en Istralia, eso no puedo creerlo. Los gases asfixiantes no fallan, y vos habréis sabido manejarlos diestramente. Vuestro arte para desembarazaros de enemigos es único, querido conde.

—No tanto, no tanto, Novelli. De un tiempo a esta parte, parece perseguirme la desgracia. Ahí tenéis, si no, lo ocurrido la otra noche cuando yo en persona me dispuse a capturar a la que fué amante del rey. He cometido en esa ocasión un error imperdonable, del cual vos mismo os habéis reído.

—Es cierto; pero luego he recapacitado y he comprendido que, no conociendo a María Teresa, nada tenía de extraño que os hubieseis equivocado.

* * *

Hubo un pequeño silencio entre aquellos dos siniestros personajes. El conde Lisandri abandonó el asiento que ocupaba, dió un pequeño paseo por su despacho, y deteniéndose de pronto ante Novelli, dijo sombríamente:

—Mirad si a veces me será adversa la suerte, que a pesar de todas las pesquisas que hasta la fecha he realizado, aún no he podido encontrar el rastro de la que fué amante del rey.

—Pero, ¿no habéis conseguido hacer hablar a la amiga de María Teresa, que tenéis encerrada en una de las mazmorras de vuestro castillo?

—No, esa mujer no ha hablado aún.

—Obligadla a que lo haga.

—Hoy mismo tomaré cartas en el asunto, barón, después

que haya logrado convenceros de la necesidad de emprender ese viaje...

—Hombre... Si tan decidido estáis a que parta, partiré. Después de todo, comprendo que no debo contrariaros.

El rostro sombrío de Lisandri se iluminó de satisfacción.

—Si os ponéis en camino esta noche—dijo—, dentro de cincuenta horas estaréis en Berlín.

—Bien; pero, una vez en Berlín, ¿qué debo hacer? Instruidme, querido Lisandri. Ya sabéis que nada sale de mi cabeza; soy hombre de pocos alcances.

—Vigilad.

—¿Qué he de vigilar? ¿A los muertos?

—No, a un vivo.

—¿Y ese vivo...?

—Es el embajador de Istralia.

—Pero, ¿no acabáis de darme a leer un telegrama en el cual dicho embajador anuncia que partirá inmediatamente con dirección al Brasil?

—Sí; mas es preciso cerciorarse de si ha partido o no.

—Entiendo. ¿Sospecháis de ese diplomático?

—Tengo mis motivos. Ya os he dicho que Montespín y él hacían muy buenas migas, y que he visto entrar en su palco, en el "Metropol Hotel", a Oscar Luis y a Canevari.

—Es verdad. ¿Luego creéis que el embajador está en el secreto?

—Creo que no, pero sin embargo...

—Tenéis una duda.

—Es cierto.

—¿Qué duda es esa?

—El embajador ha tardado bastantes días en contestar al telegrama por el cual se le ordenaba partir para el Brasil.

—¿Y qué consecuencias sacáis de la demora del diplomático en acusar recibo a esa orden?

—Sólo se me ocurre una...

—¿Y es?

—Que el hombre ha querido ganar tiempo.

—Yo pondré en claro ese problema, querido conde.

—Tenedme constantemente al tanto de los descubrimientos y observaciones que hagáis.

—Perded cuidado. Será posible que os moleste demasiado a menudo pidiéndoos instrucciones y consejos. Deseo que me guiéis de la manera maestra como sabéis hacerlo.

Y Cosme Novelli se levantó para despedirse del demonio de Lisandri.

* * *

El señor Pagallos aguardó la hora del almuerzo para dar a su mujer y a su hija la noticia del viaje, que, como había acordado con el rey y sus amigos, debía emprender inmediatamente, acompañado de su familia, con objeto de despistar a los enemigos que usurpaban el trono de Istralia.

Apenas comenzó a hablar de dicho viaje, tanto Catalina como Ada le miraron llenas de sorpresa.

—¿Que debemos prepararnos para emprender inmediatamente un largo viaje?—inquirió Ada—. No le creas, mamá; papá quiere gastarnos una broma.

—No, hija, no se trata de ninguna broma—contestó muy serio el embajador—. La orden que he recibido es urgente y terminante, y debo cumplirla sin pérdida de tiempo.

—¿De quién es esa orden?—preguntó la señora Catalina.

—Del ministro de Relaciones Exteriores.

—¿Y adónde quiere que vayas?

—A América.

—¡Oh!—exclamó Ada—. ¡Tan lejos!

El señor Pagallos se encogió de hombros.

—Parece que debo desempeñar allá una misión muy delicada.

—Pero, ¿de qué país de América se trata?

—Del Brasil.

—¡Nada menos que a la América del Sur! Confieso que tenía deseos de conocer esos países; pero no esperaba verlos satisfechos con tanta precipitación.

—¿De manera que tendrás que abandonar definitivamente la Embajada de Berlín?

—No sé nada; la orden que he recibido es telegráfica, y ya sabéis que en un telegrama no se pueden decir muchas cosas.

—¡Qué vida esta! — exclamó con fastidio Catalina—. Siempre errando por el mundo como unos bohemios... Diríase que los ministros no pueden vernos tranquilos en ninguna parte; no están satisfechos si no nos zarandean de un lado a otro. Tu oficio es de los más tristes que pueda haber, Aníbal. ¿Es que siempre han de recurrir a ti para arreglar situaciones difíciles? ¿No hay entre todos los diplomáticos istralianos otro a quien encomendarle estas misiones?

—Esa es la prueba más evidente—contestó el señor Pagallos sonriendo de un modo benévolo—de que tanto el Gobierno como la Corona tienen una fe ciega en tu marido. Deberías estar orgullosa, Catalina. ¿No opinas lo mismo, Ada?

—Sí, papaíto; eres insubstituíble; por mi parte, sin el menor ánimo de contrariar a mamá, te aseguro que me seduce la perspectiva de ese viaje a tierras tan lejanas.

—¡Bien se conoce que eres joven!—refunfuñó Catalina—. Cuando tengas mis años no hablarás de ese modo.

—Papá tiene más edad que tú—replicó Ada con una encantadora sonrisa—, y sin embargo, acepta sin protestar la orden de emprender ese largo viaje. Bésame, papaíto. Mi respuesta a mamá bien lo vale.

Y al decir esto, Ada abandonó su asiento para ir a sentarse sobre las rodillas del señor Pagallos, a quien rodeó con sus brazos, ofreciéndole su frente blanca y pura para que se la besara.

—¡Eres un ángel!—exclamó el embajador, orgulloso de tanto cariño filial—. Nosotros hemos siempre de marchar de

acuerdo como dos buenos camaradas, aunque le pese a tu madre.

—Ya estáis conspirando contra mí—dijo Catalina simulando enfadarse—; pero no os arriendo las ganancias, a pesar de ser dos contra uno.

Ada, rápida como un pajarillo, se levantó de las rodillas del señor Pagallos y corrió a sentarse en las de su madre, cuyo rostro cubrió de besos.

—¡Di que tú también estás con nosotras!—la instó sin dejar de besarla—. Di que los tres no somos más que uno.

—Déjame—murmuró la buena señora, intentando substraerse de aquella persistente lluvia de besos—. Ya sabía yo que tú serías la primera en capitular. ¡Pero, Ada! Vas a deshacerme el peinado.

* * *

Escenas como esta, en la que alternaban el cariño y el buen humor, eran frecuentes en el seno de aquella noble familia, sin que por ello sufriera mengua alguna el respeto que unos a otros se guardaban.

Cuando Ada volvió a su sitio y reanudaron el almuerzo, Catalina preguntó a su marido:

—¿Has fijado ya la fecha de nuestra partida?

—Mañana por la noche abandonaremos Berlín—contestó el señor Pagallos—. Embarcaremos en Marsella.

Ada y su madre se miraron.

—¡Mañana!—dijo Ada—. ¿Y es preciso que sea mañana?

—La orden que he recibido no admite dilaciones. Tenéis más de veinticuatro horas de tiempo para preparar vuestras cosas.

—Es que yo, sin presumir de coqueta, papaíto, hubiera querido prepararme unos vestidos. El clima del Brasil es extremadamente caluroso, y allí se imponen las telas ligeras... Estoy segura que acerca de este extremo mamá y yo estamos de acuerdo.

—En Francia tendréis tiempo de proveeros de todo—contestó el embajador—. No demoremos nuestra salida de Berlín.

* * *

—¿Dónde vais, caballero? ¿Qué se os ofrece?—preguntó el portero de la Embajada, cerrando el paso a un individuo que acababa de apearse de un "taxi" y pretendía entrar en el edificio.

—Soy istraliano, hermano del duque Martinko y pariente del marqués de Canevari, y necesito hablar inmediatamente con el señor Pagallos—contestó el interpelado, expresándose con gran precipitación.

—Llegáis tarde para hablar con el señor Pagallos, caballero. Su excelencia ha partido anoche.

—¡Anoche!—repitió el hombre haciendo un gesto de contrariedad—. ¡Maldición! El era el único que podía sacarme de este atolladero, y ya no está... ¿Y hacia dónde ha partido el embajador?

—Se dirige a América.

—¡A América! ¡Cielos! ¡Como quien dice a dos pasos de aquí! Pero alguien habrá quedado en la Embajada para substituirle, y es seguro que esa persona podrá darme los informes que necesito.

—El conde Karolski, el secretario del señor Pagallos, ha quedado al cargo de todos los asuntos de la Embajada hasta tanto regrese su excelencia o nombren otro embajador.

—¡Ah!... ¿Y está en este momento en su puesto el conde Karolski?

—Sí. ¿Queréis hablar con él?

—Al instante.

—¿Vuestro nombre para anunciaros?

—Simón Pahillo, barón de Tamarit.

—Entrad y aguardad en el recibimiento.

—Daos prisa. Ya os he dicho que se trata de un asunto

urgente. Las gentes de la Embajada tenéis el deber de amparar a los istralianos.

Después de dejar a aquel hombre en el recibimiento, el portero penetró en el despacho del conde Karolski.

Reapareció minutos más tarde, y acercándose al llamado Simón Pahillo, le dijo:

—El señor conde os aguarda.

Levantóse el hombre con precipitación, y siguiendo el camino que el portero le indicaba, no tardó en encontrarse en presencia del conde Karolski, en el interior del despacho de éste.

—Sentaos—le dijo el diplomático—. ¿Qué asunto os trae a la Embajada?

—¡Oh, caballero!—exclamó el visitante, dejándose caer en un sillón próximo al escritorio del conde—. El asunto es de gravedad suma, como vos mismo no tardaréis en comprender, y por eso lamento no haber encontrado aquí al señor embajador, cuyos servicios me hubiesen sido tan necesarios.

—Hablad y haceos cuenta que yo soy el embajador.

—Caballero, acabo de llegar de Istralia en busca de mi hermano, el duque Martinko, y de mi pariente, el marqués de Canevari. ¿Conocéis a estos personajes, señor conde?

—Del marqués de Canevari he oído hablar algunas veces; en cambio, de vuestro hermano, el duque Martinko, no recuerdo...

—Bien, caballero; que le conozcáis o no, eso no hace al caso. El hecho grave es el siguiente: hace aproximadamente cuatro semanas, mi hermano el duque y mi pariente el marqués, partieron de San Francisco con dirección a Berlín. Aquí debía reunirme a ellos para concertar unos negocios y recorrer varias capitales europeas y ciudades de los países balcánicos. Ellos debían escribirme tan pronto diesen fin a los negocios que les traían a Berlín, para emprender yo el viaje inmediatamente; pero en vista de que el tiempo transcurría y no tenía noticias, comencé a alarmarme hasta el punto de decidirme a

venir a esta capital. He hablado con todas las personas con quienes mi hermano y mi pariente debían entrevistarse en Berlín, y una sola de ellas declara haberlos visto una tarde, cuatro días después de haber abandonado ellos San Francisco, paseando por una de las avenidas centrales en compañía de una hermosa dama que no parecía ser de este país. Esta es la única noticia que he conseguido obtener de ellos, y no quiero ocultaros que me desconcierta. El duque y el marqués han desaparecido de esta capital sin dejar rastro, y como quiera que se trata de personas muy ricas y de gran influencia en la corte de Istralia, abrigo el temor de que hayan sido víctimas de un crimen o de una venganza.

Mientras hablaba, con gran precipitación, como si pronunciase un discurso que se sabía de memoria por haberlo estudiado mucho tiempo antes, Simón Pahillo no cesaba de escrutar el semblante del conde Karolski con gran ansiedad, como si esperase poder leer en él el lugar dónde se encontraban las personas a quienes decía buscar. Pero en el rostro del diplomático no aparecieron otras señales que las de una gran curiosidad y una profunda extrañeza.

—Calmaos—dijo a su visitante—. ¿Es la primera vez que al separarse de vos esos dos señores adoptan una actitud semejante?

—La primera, sí, señor. De ahí mi alarma.

—Convendría poner este asunto en conocimiento de la Policía.

—Tenía pensado hacerlo así, pero antes quise cerciorarme de si en la Embajada sabían algo.

—Nada, en absoluto. Ni vuestro hermano ni vuestro pariente han pasado por la Embajada.

—¿Ni habéis tenido vosotros que intervenir en caso de muerte violenta de uno o varios istralianos durante las últimas cuatro semanas?

—No, señor; afortunadamente, hace más de ocho meses

que la Embajada no ha tenido que intervenir en ningún suceso lamentable.

—¡El diablo me lleve!—exclamó el llamado Simón Pahillo poniéndose violentamente de pie—. ¿Qué ha sido entonces de mi hermano y de mi pariente?

—Os daré una tarjeta para que podáis ser recibido inmediatamente por el jefe de Policía, a quien explicaréis lo ocurrido. Los buenos detectives que tiene a su servicio os sacarán pronto de dudas.

—Sea. Dadme esa tarjeta y voy volando a ver al jefe de Policía. ¡Yo no puedo vivir más tiempo en esta duda atroz!

* * *

Al salir de la Embajada de Istralia, el llamado Simón Pahillo tomó un "taxi" y dió al "chauffeur" orden de que le condujese al Departamento Central de Policía.

—Si Lisandri me viese en estas andanzas—murmuró, sonriendo, una vez que el vehículo en el cual acababa de instalarse se hubo puesto en marcha—es seguro que se formaría de mí una opinión muy distinta de la que hoy tiene. En menos de diez horas que hace que estoy en Berlín, ya he logrado averiguar de un modo cierto que el señor Pagallos y su familia se encuentran de viaje para embarcar en Marsella rumbo a la América del Sur, y que en la Embajada nada se sabe de la tragedia que, según el propio Lisandri, tuvo lugar en la casa de la Avenida de Munich. Ahora veremos qué dice la policía. Es indudable que alguien debe haber descubierto aquellos tres cadáveres y dado cuenta de su hallazgo a las autoridades.

Interrumpióse, y tras un breve silencio prosiguió, muy satisfecho de sí mismo:

—Es preciso admitir que he tenido una idea genial al hacerme pasar por hermano del duque Martinko, ese personaje creación exclusiva de Lisandri, y por pariente del marqués de Canevari. Si todo continúa saliendo a pedir de boca

como hasta este momento, dentro de una semana, a más tardar, podré encontrarme de regreso en San Francisco y tranquilizar al conde de todos sus temores.

El jefe de Policía, tan pronto se hubo enterado del escrito del conde Karolski que llevaba el falso Simón Pahillo, le recibió inmediatamente.

En presencia de aquel hombre de mirada penetrante e inquisitiva y de rígido bigote gris, el cómplice de Lisandri se sintió cohibido.

—Hacedme el honor de tomar asiento y explicaos—le dijo el jefe de Policía, con una amabilidad que contrastaba con la dura expresión de su rostro.

Cosme Novelli, podemos ya llamarle por su verdadero nombre, obedeció y dijo con timidez:

—Caballero: vengo a pediros un inmenso favor. Mi hermano el duque Martinko y mi pariente el marqués de Canevari, que llegaron a esta capital procedentes de Istralia hace aproximadamente unas cuatro semanas, han desaparecido misteriosamente. El conde Karolski, a quien he dado algunas referencias acerca de lo que ocurre con mi hermano y mi pariente, me aconsejó que participase mis temores a la Policía, y esto es lo que hago, abusando, quizá, de vuestra paciencia y de vuestra amabilidad.

—No temáis molestarme—respondió el jefe de Policía—. Mi deber es servir al público.

—¡Oh, señor! Sois la gentileza misma.

—Vamos al asunto sin pérdida de tiempo—dijo el funcionario, pasando por alto aquel elogio de su visitante—. ¿Sabéis con exactitud el día que vuestro hermano y vuestro pariente llegaron a Berlín?

Cosme Novelli, que ya había recobrado casi todo su aplomo, citó la fecha que, según su cálculos, su supuesto hermano y Canevari debían haber llegado a Berlín, de lo cual tomó nota el funcionario, y siguió interrogándole, aunque sin lograr que

su visitante contestase en forma concreta a sus preguntas, lo que le obligó a exclamar al final de aquel interrogatorio:

—¡Vais a obligarnos a hacer una pesquisa endiablada con tan pocos datos como los que habéis sabido suministrarme! Desde ahora os digo que no respondo del resultado de las gestiones que practiquen mis subordinados.

—¡Bastante siento no poder informaros mejor, caballero! —se lamentó Cosme Novelli con fingida desesperación—. Pero, ¿qué queréis que haga si no sé más?

—Dadme las señas de vuestro domicilio o de vuestro hospedaje—dijo el jefe—. Allí se os comunicará cualquier novedad que haya.

—En el Hotel Suizo me tendréis a vuestra disposición, caballero.

Y Cosme Novelli, comprendiendo que el jefe daba por terminada la entrevista, se levantó, y después de saludarle con una reverencia, salió del despacho.

—Tampoco la policía alemana conoce detalle alguno que pueda perjudicarnos—se dijo—. Ahora lo que me interesa averiguar es qué destino se ha dado a los tres cadáveres que debieron ser hallados en el interior de la casa de la Avenida de Munich.

* * *

Al anochecer, después de esperar inútilmente que el jefe de Policía le comunicase el resultado de las primeras pesquisas, Cosme Novelli, que no quería perder tiempo, tomó un "taxi" y se hizo conducir a la casa de la Avenida de Munich.

Interrogó al portero con un desembarazo digno de sus cualidades de cortesano y farsante:

—¿Sabríais darme las señas del nuevo domicilio del duque Martinko?

El portero le miró con extrañeza.

—El duque Martinko—murmuró—. Yo no conozco a ese caballero...

—¿Cómo es posible, si el duque Martinko ha ocupado un piso en esta casa?

—Os engañáis, señor—respondió el portero—. Hace doce años que desempeño este puesto y puedo aseguraros que durante ese tiempo no ha habitado aquí ningún duque ni persona alguna que llevase el apellido que acabáis de citar.

Cosme Nivelli esperaba esta respuesta. Hizo como que reflexionaba, y en seguida inquirió:

—¿No es esta la casa en la cual, hace muy poco tiempo, han sido hallados tres cadáveres?

—Veo, señor, que estáis completamente equivocado; no es esta la casa que buscáis.

—¿Es posible? Los cadáveres eran de personas jóvenes que, según la prensa de mi país, no lograron ser identificados...

—Nada de eso, por suerte, ha ocurrido en esta casa, señor. Sin duda alguna habéis sido sorprendido por una noticia falsa.

Cosme Novelli, en actitud de quien duda, se rascó una patilla.

—Tal vez tengáis razón—murmuró—, y no sea esta la casa que yo busco o haya sido engañado por unos truhanes. En fin, ya haré mis investigaciones.

Y se alejó.

—¡El diablo me lleve!—exclamó, confuso, mientras se dirigía de nuevo a su hotel—. ¿Qué ha sido entonces de esos tres cadáveres? ¿Dónde demonios han ido a parar esos muertos? He aquí un misterio capaz de sacar de quicio a Lisandri.

"¡Hum!—prosiguió, después de reflexionar un rato—. Empiezo a comprender que Lisandri tenía sus razones para desconfiar. Lo que aquí puede suceder es que Canevari, Montespín y el propio Oscar Luis I gocen a estas horas de una salud más completa que la mía y estén tramando un golpe contra nosotros. Pongámonos en guardia, y, sobre todo, desconfiemos de todo el mundo, hasta de nuestra propia sombra.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cosme Novelli pasó la noche sumamente inquieto, casi sin poder pegar un ojo.

Cuanto más reflexionaba acerca de las averiguaciones llevadas a cabo el día anterior, en la Embajada, en el Departamento de Policía y en la casa de la Avenida de Munich, más se convencía de que los tres enemigos tan temidos por los conspiradores no habían perecido víctimas de los gases asfixiantes, y que su desaparición envolvía un peligro para su vida y sus intereses y la vida y los intereses de sus cómplices.

—Lisandri desconfiaba del embajador—se dijo—, y tenía razones para ello. Ese hombre debe estar al tanto de todo y debe ser él quien ha ayudado a Oscar Luis, a Canevari y al capitán Montespín a pasar inadvertidos en Berlín después de la tentativa de asesinato de que fueron víctimas. Abramos los ojos, Cosme. El señor Pagallos ha partido para embarcar en Marsella. ¿Será esto un ardid? ¿No le acompañarán nuestros tres enemigos? Hay que averiguarlo sin pérdida de tiempo, y lo más acertado me parece que es tomar el camino que pretenden ha seguido el embajador: iré a Marsella. Si allí no doy con él... y con ellos, entonces será cuestión de volver precipitadamente a San Francisco, enterar de todo a Lisandri y esperar que él tome las medidas que crea más convenientes... Yo no puedo hacer más.

Al despuntar el nuevo día saltó del lecho, preparó sus maletas y partió precipitadamente rumbo a Francia.

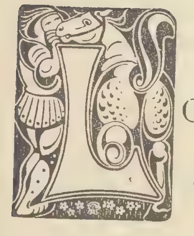
Cincuenta y dos horas más tarde llegaba a Marsella. Después de hospedarse en un hotel de segundo orden, se dispuso a dar principio inmediatamente a sus averiguaciones.






## CAPITULO LVIII

### Novelli aguza el ingenio



O primero que debía hacer Cosme Novelli al llegar a Marsella era averiguar si el embajador y su familia se encontraban en esa ciudad y en qué lugar de la misma residían.

De hallarse en Marsella, era lógico pensar que el señor Pagallos se hubiese hospedado con los suyos en el mejor o en uno de los mejores hoteles de la ciudad, y por lo tanto, para dar con ellos, Cosme Novelli se dijo que no tenía más que recorrer esos establecimientos preguntando por el embajador istraliano.

Esa su primera gestión no tardó en verse coronada por el más halagüeño de los éxitos. En el "Hotel de Inglaterra", el segundo de los establecimientos en los cuales se presentó aquella mañana, le dijeron, respondiendo a sus preguntas, que, efectivamente, el señor Pagallos, con su esposa y con su hija, se alojaban allí.

—¡Ah! — exclamó triunfalmente para sus adentros el

cómplice de Lisandri—. ¡Ahora es cuando voy a saber la verdad!

Regresó precipitadamente a su alojamiento, recogió sus maletas, pagó la cuenta, y tomando un "taxi", ordenó al conductor:

—¡Al "Hotel de Inglaterra"!

El empleado que le había atendido un momento antes, se sorprendió de verle nuevamente allí.

—Deseo estar cerca de mi ilustre compatriota el señor Pagallos—le dijo Cosme Novelli, sonriendo hipócritamente. —Quisiera, a ser posible, que me destinaseis una habitación que estuviese próxima a las que ocupan el embajador y su familia.

El empleado consultó el registro, y respondió a los pocos instantes:

—El señor Pagallos ocupa el departamento C, en el piso tercero, y hay precisamente una habitación libre situada frente a ese departamento.

—¡Encantado!—exclamó el cómplice de Lisandri—. Podéis hacer conducir allí mis maletas.

Y cuando se encontró en su nuevo alojamiento, se dijo, frotándose las manos, lleno de satisfacción:

—Decididamente, he caído con suerte en Marsella; aquí voy a poder aclararlo todo sin gran esfuerzo.

Se acercó a la puerta y la entreabrió para echar una mirada al departamento señalado con la letra C, y que, según acababa de decirle el empleado del hotel, lo ocupaban el señor Pagallos y su familia. Sólo dos habitaciones de ese departamento daban al pasillo, al cual se había asomado Novelli, y las puertas de éstas permanecían cerradas.

—Es una fortuna que el embajador no me conozca—murmuró—. Eso me permitirá espiarle con más libertad.

Iba a cerrar para volver al centro de la habitación y cambiarse de ropa, cuando advirtió que una de las puertas del departamento C se abría para dar paso a un hombre, el cual,

tan pronto hubo traspuesto el umbral, se volvió hacia dos mujeres que le seguían.

—El embajador, su mujer y su hija—se dijo Cosme Novelli entornando más la puerta para poder observalos sin ser visto—. No pueden ser otros.

En efecto: eran el señor Pagallos, Catalina y Ada. El embajador llevaba puesto un grueso gabán de viaje y tenía en la diestra enguantada una pequeña maleta.

—Escríbenos tan pronto llegues a París—le dijo su esposa—. Piensa que sólo viviremos para esperar tus noticias.

—Eso haré—respondió el señor Pagallos—, pero si transcurriese algún tiempo sin tener carta mía, no debéis alarmaros por ello; pensad que muy bien puedo estar de viaje.

—¿De viaje?—inquirió Ada con extrañeza—. ¿Conque esas tenemos ahora, papaíto?

—Hija mía, no sería extraño que, en vista de todos esos cambios de opinión del ministro de Relaciones Exteriores, me viese precisado a hacer un corto viaje a Istralia.

—¡Ah! — exclamó Catalina—. Si vas a San Francisco, procura desligarte del compromiso del viaje al Brasil.

—Tendrá que ser lo que Dios quiera, Catalina. ¡Ea, dejadme partir! Temo perder el tren.

Abrió los brazos, y después de estrechar en ellos a su mujer y a su hija, el señor Pagallos, que parecía muy emocionado, se separó de ellas, diciendo:

—Hasta la vista, esposa mía. Ada, adiós.

—Adiós, adiós, y buen viaje—respondieron Catalina y la hermosa joven con lágrimas en los ojos, tirando besos al embajador hasta que éste hubo desaparecido en la escalera.

Y al quedar solas, madre e hija cambiaron una mirada de desesperación.

—¿Sufres?—preguntó Ada a la autora de sus días.

—Sí, no puedo remediarlo—declaró Catalina con voz atragantada—. Tengo malos presentimientos.

—¡Oh!—exclamó Ada estremeciéndose—. ¿Qué presentimientos son esos, madre mía?

—Entremos—murmuró la buena señora llevándose un pañuelo a los ojos—. No es prudente hablar aquí.

Tan pronto hubieron desaparecido cerrando la puerta, Cosme Novelli abandonó su punto de observación, exclamando, mientras daba unos pasos por la estancia.

—¡Que el diablo me lleve si no estoy a punto de ver confirmadas todas mis sospechas! Pagallos está enterado de todo lo que ocurre con el trono de Istralia, y su viaje a París no presagia nada bueno. ¡Ah, Lisandri! No eres tan listo como yo creía, cuando has dejado escapar al rey y a sus dos amigos del piso de aquella casa de la Avenida de Munich, en Berlín. Porque de lo que no tengo ya la menor duda es de que el rey, el marqués de Canevari y el capitán Montespín viven y se preparan a desenmascararnos ante la nación y ante el mundo entero con ayuda del embajador.

Interrumpióse, y después de pasarse una mano por la frente, prosiguió:

—Pagallos va a París a reunirse con Oscar Luis, Canevari y Montespín, y oculta sus propósitos hasta a su propia familia. Lo que ha querido hacer el embajador al venir a Marsella con su mujer y con su hija, ha sido dar la sensación de que se preparaba a cumplir la orden del ministro de partir para Río de Janeiro. La treta estaba bien urdida, pero Pagallos no contaba conmigo, que, aunque las apariencias digan lo contrario, soy más listo que Lisandri y que todos los que le rodean. Pero, ¿qué digo? ¿Qué demonios estoy haciendo? Sigamos al embajador. Traslademonos a París.

Deduciendo por las palabras que había oído pronunciar al señor Pagallos que no tenía tiempo que perder si quería alcanzar el tren que éste debía tomar, se puso el sombrero y el gabán y abandonó precipitadamente el hotel sin llevarse el equipaje.

Pero al llegar a la estación y pedir billete para París, su-

frió un desencanto con la respuesta del empleado que estaba en la ventanilla:

—Caballero, el tren para París ha salido esta mañana a las siete; queda el expreso, que parte a las nueve de la noche.

—¿Cómo es posible—exclamó Novelli—, si yo sé de una persona que hace un instante ha venido a esta estación a sacar billete para París en un tren que debía salir dentro de pocos minutos?

—Debéis haber sufrido un error, caballero. Ninguna persona ha estado aquí después de las siete de la mañana a sacar billete para París, y en cuanto a los trenes para ese punto, parten a las horas que ya os he indicado. Si os cabe alguna duda, consultad los horarios o las guías.

El barón se apartó de allí, dándose a todos los demonios.

—Ese maldito embajador me la ha pegado—pensaba—. Para obrar con más seguridad, ha llegado hasta el extremo de engañar a su mujer y a su hija, haciéndoles creer que se dirige a París. Sólo el diablo puede saber dónde se hallará metido a estas horas ese pícaro. ¡Soy un bestia! ¿Cómo no se me ha ocurrido seguirle al abandonar el hotel?

Se puso a andar por entre los depósitos de la estación, expuesto a ser aplastado por los numerosos camiones que por aquellos sitios circulaban transportando mercancías, torturándose el cerebro en buscar el modo de remediar su torpeza. Pero por más que se empeñaba en ello, no conseguía encontrar la salida del terrible atolladero en que se había precipitado por hacer caso de las palabras del señor Pagallos.

—¿Dónde estará ese bribón?—se preguntaba desesperadamente Cosme Novelli—. ¿Cómo descubrir su paradero?... No cabe duda que lo de París ha sido una añagaza, y que el muy canalla, o ha partido en otra dirección, o se encuentra en Marsella conspirando con sus cómplices contra nosotros.

Ya cansado de andar de un lado a otro por entre el tumulto de los alrededores de la estación, gesticulando como un

loco, Cosme Novelli resolvió volver al "Hotel de Inglaterra" y escribir desde allí a Lisandri para enterarle de todo lo que ocurría.

* * *

—Confiésame ahora tus temores, mamaíta—dijo Ada a su madre, volviendo al interior del departamento—. No quiero ocultarte que a mí tampoco me deja muy satisfecha este viaje precipitado de papá.

La señora se dejó caer en un sillón, y lloriqueando dijo:

—Tu padre no ha sido con nosotros todo lo franco que debiera. La misión que le lleva a París (admito que sea a París donde se dirige) debe revestir gran peligro.

—Pero, ¿en qué te fundas para pensar así? ¿Por qué había de engañarnos cuando tanto nos quiere?

—¡Oh, yo me entiendo! Conozco bien a tu padre, hija mía, y sé advertir cuándo me dice la verdad y cuándo trata de disfrazar ésta con "careta diplomática".

Ada permaneció un instante pensativa, velado su hermoso rostro por una nube de tristeza.

—Tienes razón, mamá—murmuró de pronto, exhalando un suspiro—. Padre ha cambiado mucho de un tiempo a esta parte. Vive bajo el peso de una preocupación que debe atormentarle horriblemente, y diríase que desconfía de nosotras.

—De nosotras y de todo el mundo, Ada. ¿Y sabes desde cuándo se ha operado en tu padre ese cambio?

—Sí, mamá—respondió la linda joven volviendo a suspirar—. La transformación ha comenzado a operarse después de la noche aquella en que el capitán Montespín se presentó en casa en busca de papá y lo retuvo tanto tiempo lejos de nosotras.

—Estamos de acuerdo acerca de nuestro modo de pensar, Ada. Tu padre se ha empeñado siempre en quitar importancia a aquel suceso; pero yo, cuantas veces he pensado en él, no he podido menos que inquietarme.

—El caso es que no ha vuelto a hablarnos del capitán Montespín.

—Nada hemos vuelto a saber tampoco de ese caballero.

—¿Estará en Berlín?

—¡Quién sabe!

—Es extraño que al abandonar nosotros Berlín, el capitán no haya acudido a la estación a despedirnos, como han hecho todos los demás miembros de la Embajada.

—Estuve a punto de llamar la atención de tu padre acerca de esa falta de galantería del capitán; pero me abstuve, comprendiendo que nada le molesta tanto como hablarle de cosas que a él le interesa mantener ocultas.

—No perdonaré nunca al capitán los malos ratos que por su culpa estamos pasando.

—El caso es que cuando Montespín llegó de Istralia, me pareció un joven simpático y que todo se podía esperar de él excepto preocupaciones.

—Ya ves hasta dónde nos ha defraudado, madre mía—declaró Ada, bajando los ojos.

Abrióse entre madre e hija un pequeño silencio, durante el cual ambas parecieron sumirse en profundas reflexiones. La señora ya no lloraba, pero retorcía nerviosamente entre sus dedos el pañuelo de encajes con el cual se había enjugado los ojos.

—Para mí—murmuró Ada por último—, que esta cuestión tiene por fondo algo más que razones políticas. ¿No piensas tú lo mismo, madre mía?

—No sé qué pensar. Hasta hace pocas semanas, tu padre afirmaba que el horizonte político de Europa no había estado nunca tan despejado.

—¿Correrá papá algún peligro?

—Hay razones para temerlo.

—¿Cómo haríamos para descubrir la verdad?—preguntó Ada, clavando en su madre una mirada llena de resolución.

—No hay que proponérselo siquiera—contestó la esposa

del embajador—. La verdad la sabremos cuando tu padre lo quiera.

—Yo no puedo resignarme a vivir tanto tiempo en la duda. He de saber cuáles son las causas que han obligado a papá a dejar sin efecto por ahora nuestro viaje al Brasil y a partir precipitadamente para París; pera ello, si es preciso, me transformaré en una espía.

—Perderás el tiempo, hija mía—declaró la señora, dirigiendo a la joven una cariñosa sonrisa—. Tu padre habrá tomado todas las precauciones que sean menester para asegurar la invulnerabilidad del misterio.

—¡Ya lo veremos!—desafió Ada—. Papá no ha luchado nunca con mujeres, e ignora, por lo tanto, de lo que somos capaces.

* * *

Ocho días después, Cosme Novelli recibía un telegrama cifrado de Istralia, firmado por Lisandri, y que no contenía más que esta palabra: "Vigilad".

Tanto laconismo contribuyó a aumentar su mal humor, que durante aquellos ocho días de incertidumbre había alcanzado proporciones intolerables.

Se daba perfectamente cuenta de lo que Lisandri quería decirle con sólo aquella palabra. ¿Vigilar? El no había hecho otra cosa durante aquellos ocho días; pero todo había sido inútil: el señor Pagallos no parecía tener prisa en regresar junto a su familia, ni ésta había recibido visita alguna que le sirviese a él, Cosme, de punto de partida para comenzar sus pesquisas.

De manera, pues, que no habiendo otro rastro, era cuestión de estarse más tiempo en aquel hotel, con la atención constantemente fija en la familia del embajador, en espera de los acontecimientos, que parecían no tener prisa en producirse.

Todas las tardes, al obscurecer, la esposa del señor Paga-

llos y su hija abandonaban el hotel y se iban a pasear por el centro de la ciudad, entreteniéndose en contemplar los escaparates iluminados de las grandes tiendas, en las que de cuando en cuando entraban a efectuar compras de poca importancia .

No concurrían a los teatros ni a los cines. Novelli se daba perfecta cuenta de que aquellas dos mujeres vivían bajo el peso de una preocupación gravísima.

Pero lo que no podía determinar era si estaban al corriente o no de los propósitos y manejos del señor Pagallos.

Cierta mañana, vió que un criado del hotel llamaba a una de las puertas del departamento C llevando una carta sobre una bandeja. Al salir de allí, Novelli le llamó a su habitación por medio de una seña.

—Oye—le dijo, al propio tiempo que le entregaba un luis, —¿es que ha llegado correo de Istralia?

—No, señor, que yo sepa—respondió el criado.

—Entonces, ¿de dónde venía esa carta que acabas de llevar al departamento de mis compatriotas?

—No he reparado en ello, pero de lo que estoy seguro es de que el sello que traía era francés.

—¡Ah! ¿Quiere decir que no procedía de Istralia, sino de otro punto de este país?

—En efecto, señor.

—Nada más, muchacho. Si hubiera en la administración alguna carta dirigida a mí, tráemela.

Salió el servidor, y al quedar solo, Novelli se dijo:

—Decididamente, tendré que creer que el señor Pagallos se encuentra aún en Francia. ¿Cómo demontres haría yo para saber de fijo el lugar en que se encuentra?

Preocupado, dió una vuelta por la habitación, y deteniéndose por fin, agregó:

—Aguza el ingenio, Cosme, y atrévete. Un hombre inteligente siempre encuentra los medios de salirse con la suya.

Esa noche, poco después de las diez, Cosme Novelli, vestido de frac, llamaba a una de las puertas del departamento C, que daban al pasillo.

Ada, envuelta en una elegantísima bata de color celeste, que realzaba de un modo maravilloso su notable hermosura, le recibió.

—Buenas noches—saludó el barón, quitándose el sombrero de copa y haciendo una profunda reverencia ante la joven—. ¿Es a mi distinguida compatriota, la señorita Pagallos, a quien tengo el honor de saludar?

La hija del embajador hizo con la cabeza una seña afirmativa, y preguntó, mirando con desconfianza a aquel hombre:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Señorita, soy el barón Cosme Novelli, secretario de su majestad la reina madre de Istralia, y habiendo recibido de nuestro país ciertas noticias relacionadas con vuestro ilustre padre, vengo a felicitaros.

La desconfianza con que Ada miraba a aquel hombre se transformó en asombro al escuchar sus últimas palabras.

—¡Oh, caballero!—exclamó haciéndose a un lado de la puerta para darle paso—. Tened la bondad de entrar, y dispensadme que no os haya reconocido y recibido de otra forma.

El canalla, que no deseaba otra cosa, penetró en el saloncillo, donde se le acercó la señora Pagallos, que había abandonado su asiento al oír la conversación que sostenía con su hija.

—Mamá—dijo Ada, volviéndose a la señora, después de cerrar la puerta—, ¿conoces a este caballero?

—No, no tengo el honor...—murmuró la esposa del embajador después de mirar con detención al recién llegado.

—Cosme Novelli, secretario de su majestad la reina madre de Istralia—dijo el barón, haciendo una nueva reverencia ante la dama.

—¡Ah!—exclamó ésta—. Vuestro nombre me es familiar,

caballero. Pero, ¿no os encontrabais en Suiza, al lado de su majestad?

—No, señora. Su majestad ha querido prescindir de mi compañía en esta ocasión.

—Sentaos—dijo Ada ofreciéndole uno de los sillones del saloncillo—. ¿Conocéis a papá, señor barón?,

—No he tenido nunca trato con el señor embajador; pero tan pronto regrese a San Francisco, procuraré hacerme su amigo. En estos momentos, el señor Pagallos está prestando a la Corona un servicio inapreciable, y de ahí que al tener yo conocimiento de que os encontrabais hospedadas en este hotel, me haya precipitado a llamar a vuestra puerta para felicitaros.

—¿Felicitarnos?—inquirió sorprendida la señora Pagallos, que había tomado asiento en otro sillón, frente a Novelli, mientras Ada permanecía de pie, detrás de ella—. ¿Qué motivos hay para ello, caballero?

—Señora, tengo conocimiento de la misión que vuestro ilustre esposo ha ido a desempeñar a Istralia; sólo un patriota sincero y un gran corazón es capaz de exponerse a tantos riesgos por servir la causa de nuestra patria y de sus reyes.

La señora Pagallos no pudo reprimir un estremecimiento al escuchar estas palabras.

—Pero, caballero — exclamó en seguida—, ¿qué riesgos amenazan a mi marido? ¿Qué tiene que ir a hacer mi marido a Istralia?

Novelli fingió sorprenderse de estas preguntas.

—¿Cómo es eso, señora? ¿Es que vuestro esposo no os ha explicado antes de partir...?

—Papá no nos ha dicho una palabra—declaró Ada, inclinándose para besar los cabellos grises de su madre.

—¡Ah!—exclamó vivamente el bribón—. En ese caso, hago mal en anticiparme a las explicaciones que debiera daros el embajador.

—No temáis hablar, caballero—suplicó la señora Pagallos. —Si bien es verdad que mi marido nos ha ocultado hasta hoy los motivos que le han inducido a separarse de nosotras, no creo que tenga el propósito de seguir guardando mucho tiempo todavía ese secreto.

—Lo siento, señora, pero no es correcto que yo os diga lo que el señor Pagallos se cree en el caso de callar.

—¿Desconfiáis de nosotras, caballero?

—¡Dios me libre de caer en tan terrible falta, señora! Os suplico que no deis semejante interpretación a mi prudencia.

—Quisiera que comprendieseis, caballero, nuestra situación: vivimos como sobre espinas; no sabemos nada, y nuestra inquietud no reconoce límites.

—Tened calma, señora. Dentro de pocos días recibiréis noticias tranquilizadoras. Todo depende de que vuestro ilustre esposo pase unos días en Istralia.

—Ya debe encontrarse en la patria—dijo Ada.

—¿Cómo lo sabéis?—inquirió Novelli, en el fondo de cuyas pupilas pasó un relámpago.

—Nos dice en una carta que nos ha escrito desde París, y que hemos recibido esta mañana, que emprende viaje con dirección a San Francisco, donde piensa pasar unos días.

—¡Magnífico!—exclamó entusiasmado el barón—. Cuando el señor Pagallos se ha arriesgado a escribir semejante cosa, es porque tiene la seguridad más completa en el triunfo de su empresa. Todo marcha como sobre ruedas, mis gentiles compatriotas, y dentro de pocos días Istralia entera bendecirá al señor Pagallos.

—¡Dios mío! ¿Qué empresa será esa, de la que todos tenéis conocimiento menos nosotras?

—Pocas, muy pocas personas, después de los reyes, están en el secreto, señora. Alegraos, tranquilizaos. Vuestra satisfacción no reconocerá límites cuando el señor Pagallos haya logrado la victoria.

—De manera, barón, que opináis que nuestra espera será breve.

—Brevísima, señora. ¿No os ha comunicado vuestro esposo que se propone emprender en seguida viaje a San Francisco desde París?

—Sí; eso nos dice.

—Seguramente no hará él solo ese viaje—dijo Novelli—. ¿No os habla de acompañantes?

—No, de eso no nos dice nada—declaró la dama.

—Es posible que los otros se le reúnan en Istralia—murmuró Novelli, como si hablase consigo mismo esta vez.

Pero sus palabras intrigaron a Ada y a su madre.

—¿Qué personas son esas que deben unirse a mi padre en Istralia?—preguntó con mucho interés la joven.

—Permitidme que calle sus nombres, señorita, cuando vuestro padre los calla también—respondió el barón amablemente.

—Sois cruel a fuerza de mostraros reservado, caballero—reprochó Ada con un mohín de contrariedad.

—Perdonad, señorita — dijo Novelli, deshaciéndose en amabilidades—. El deber me obliga a ello.

—El barón obra como es debido, Ada—intervino la señora Pagallos—. No insistas en saber lo que no puede decirnos sin faltar a razones de prudencia. ¡Bastante ha hecho con venir a tranquilizarnos!

—Ha sido para mí un verdadero honor, señora—declaró el truhán con la mano puesta sobre el corazón—. Pero lo más singular del caso es que, después de vivir nueve días en este hotel, hoy me he enterado por primera vez que estabais alojadas en el mismo.

—¿Nueve días lleváis viviendo aquí? — inquirió la dama—. Es verdaderamente raro que no nos hayamos visto en todo ese tiempo.

—¿Cuántos días llevan ustedes en Marsella?

—Doce.

—Vinieron a esta ciudad para embarcar con dirección al Brasil, ¿no es eso?

—¡Ah! ¿Lo sabéis?

—De todo he sido informado por su majestad la reina madre.

—Con el giro incomprensible para nosotras que han tomado las cosas, dudamos que ese viaje se lleve a efecto.

—No se realizará, señora. No ha sido más que un pretexto.

—¡Me lo suponía!—exclamó la señora Pagallos.

—Lo había adivinado—dijo Ada—. Ya tendrá papá que arreglar cuentas conmigo por todos estos engaños.

La dama y el barón rieron; luego preguntó la primera:

—¿Hace mucho tiempo que no veis a su majestad?

—Antes de venir a Marsella, he pasado unos días a su lado. Por cierto que se encuentra ya muy aliviada de la dolencia que la llevó a Suiza.

—Haga Dios que la reina madre pueda volver pronto entre sus amados súbditos. Y en cuanto a vos, caballero, ¿cuándo tenéis proyectado regresar a Istralia?

—Dentro de pocos días emprenderé el viaje. Es posible que cuando yo llegue allí, el señor embajador esté ya de regreso a vuestro lado.

—De todas maneras—dijo Ada—, le escribiremos dándole cuenta de la visita que nos habéis hecho.

Novelli, que acababa de ponerse de pie, no pudo evitar una mueca de estupor al escuchar estas palabras de Ada.

—¿Cómo? ¿Vais a escribirle?—inquirió.

—¿Por qué no?

—Pero, ¿a San Francisco?

—Sí; él, en su carta, nos da unas señas para poder contestarle. Nos quiere tanto, que a estas horas debe estar deshecho de impaciencia por recibir noticias nuestras.

Cosme Novelli había palidecido.

—¡Si yo me atreviera! — exclamó para su adentros—.

¡Esas señas son las llaves de mi triunfo! Pero no nos precipitemos; tengamos paciencia. La menor indiscreción podría echar por tierra todo el terreno que he ganado esta noche.

Y agregó en voz alta, deseando a todo trance ocultar a las dos mujeres la fuerte impresión que acababa de sufrir:

—Guardad vuestros reproches para cuando él regrese; no es justo que le amarguéis sus horas de lucha.

—No sé si podré contenerme tanto tiempo—dijo Ada con cómica severidad.

Y tras otro instante más de conversación, Novelli abandonó el departamento, besando galantemente las manos de la señora Pagallos y su hija.

Tan pronto se encontró en su habitación, se puso el abrigo y salió del hotel para dirigirse a la oficina de Telégrafos, donde impuso un despacho con carácter urgente, dirigido a Lisandri, que decía:

"El embajador ha salido de Francia y se prepara a cruzar la frontera de Istralia; seguiré pesquisas."

A la mañana siguiente, cuando se disponía a tomar el desayuno, Cosme recibió respuesta telegráfica del conde:

"Frontera vigilada. Enviad más detalles."

—Está bien—se dijo el barón—. Lo que no logre con mi ingenio tendré que conseguirlo con mi audacia.

Durante otras dos noches consecutivas, Cosme Novelli volvió a llamar a la puerta del departamento C con el pretexto de ofrecer sus respetos a la señora Pagallos y a su encantadora hija.

Al conversar con ellas, el truhán eludía hablar del embajador, y en cambio, ponía todo su empeño en aparecer amable y simpático a sus compatriotas, con el propósito de ganarse toda su confianza.

Cuando reflexionaba acerca de su manera de obrar, se confesaba con satisfacción:

—Mi conducta irritaría los nervios de Lisandri; pero bien demostrado me tiene la experiencia que nada se gana con

obrar precipitadamente, y que, en cambio, haciéndolo con cautela, se llega a todas partes. Cuando regrese a San Francisco, no tendré más remedio que darle lecciones a este respecto.

* * *

Una tarde, al obscurecer, cuando la señora Pagallos y su hija estaban preparándose para salir a dar su acostumbrado paseo por el centro de la ciudad, un criado del hotel llamó a la puerta del departamento, y dijo a Ada, que fué quien acudió a abrir, presentándole una carta que llevaba sobre una bandeja:

—Señorita, es para usted.

Sorprendida la joven de que hubiese en Marsella personas que se tomasen la libertad de escribirla, cogió la carta, y después de despedir al criado, se metió en su habitación para leerla.

—¡Gran Dios!—exclamó cuando lo hubo hecho—. ¿Será verdad esto que acabo de leer? ¡Padre mío! ¿Tú en peligro? ¿Tú en trance de necesitar la ayuda de tu hija?

Pálida, temblorosa, volvió a leer aquella carta, y mientras lo hacía, algunas lágrimas cayeron de sus lindos ojos. De pronto, como si hubiese tomado una resolución, se irguió, dejó la carta sobre el tocador, se puso el sombrero y el abrigo, se enjugó los ojos y se dirigió hacia la puerta, murmurando:

—Tiene razón; es justo que ella no sepa nada.






## CAPITULO LIX

### Entre llamas

EN la escalera se encontró con el criado que momentos antes le había entregado aquella carta.

—Sube y di a mi madre—le ordenó—que no se alarme por mi ausencia. Seguramente estaré muy poco tiempo lejos de ella.

Ya en la calle, que comenzaba a ser invadida por las primeras sombras de la noche, Ada se encaminó directamente hacia un "taxi" parado a poca distancia de la puerta del hotel.

—¿Sois vos quien acaba de traer una carta a este establecimiento—preguntó la joven acercándose al "chauffeur".

—Sí, señorita. ¿Y vos sois la persona a quien tengo orden de conducir hasta Los Alamos del Duque?

—La misma.

—Subid, señorita.

Y al decir esto, el "chauffeur" abrió una de las portezuelas del vehículo, en cuyo interior se instaló Ada.

—¿Está lejos el lugar donde debéis conducirme?

—Llegaremos allí antes de un cuarto de hora.

Dicho esto, el conductor puso en marcha el motor, y el vehículo comenzó a rodar a buena marcha por el centro de la calle.

Cinco minutos después, había ya atravesado toda la ciudad y corría vertiginosamente por una ancha carretera asfaltada, quebrando contra las distintas curvas de la misma el haz luminoso de sus faros.

Ada, que iba con la frente pegada al cristal de la ventanilla, veía pasar ante sus ojos, como huyendo en loca desbandada, casas, árboles, puentes y vehículos.

¿Cuánto tiempo duró aquella carrera temeraria del automóvil en la noche herida por las pupilas relumbrantes de sus faros? Ada no pudo darse cuenta de ello.

Paró el vehículo, y ella, trémula de ansiedad, pugnó por abrir la portezuela. El "chauffeur" fué en su ayuda, y al descender, la joven miró desconcertada en torno suyo.

La noche había cerrado por completo, una noche de cielo claro y sumamente fría. Unos álamos gigantescos flanqueaban la carretera y entrecruzaban sus ramas desnudas a gran altura, sobre su cabeza. No se veía a nadie por los alrededores, y el silencio era absoluto. A ambos lados de la carretera seguían extendiéndose los álamos desnudos e inmóviles bajo la yerta claridad de las estrellas.

Ada no sabía adónde encaminar sus pasos en medio de aquella siniestra maraña de gigantescos troncos.

—Tengo miedo—murmuró volviéndose hacia el "chauffeur".

—La casa está allí, a su derecha—le dijo éste, extendiendo el brazo en aquella dirección—. Fijaos bien y distinguiréis la luz.

La joven desfallecía y se arrepentía de haber venido sola y sin dar cuenta de ello a su madre. Acabó por distinguir entre los troncos de los árboles la luz de la casa que el "chauf-

feur" le indicaba, pero le faltaba valor para encaminar hacia allí sus pasos.

—Allí la espera ese caballero—agregó el conductor del automóvil, a quien la indecisión de la joven comenzaba a chocar.

Ada pensó en el barón Novelli, el secretario de la reina madre de Istralia, el firmante de la carta terrible que acababa de recibir en el "Hotel de Inglaterra". ¿Qué podía temer de aquel caballero? Tuvo vergüenza de su cobardía. ¿Esperaba a que su padre pereciese, víctima del peligro que le amenazaba? Al pensar en esto, todo el miedo de que se había sentido poseída al llegar a aquel sitio, desapareció como por encanto, y echó a correr por entre los árboles sin hojas en dirección a la luz, distante unos trescientos pasos.

A pocos metros de la casa en la cual brillaba aquella luz, se detuvo al ver a un hombre que marchaba hacia ella.

—Barón—murmuró con voz jadeante.

—Llegáis a tiempo—le respondió aquel hombre—. Venid.

Y girando sobre sus talones, echó a andar hacia la casa.

Ada le siguió trémula, llena de congoja.

—¿Está mi padre allí, barón? ¡Cuánto sufro!

—No, vuestro padre no está aquí precisamente; pero desde este lugar hemos de acudir en su ayuda. ¿Habéis venido sola?

—Sí, completamente sola.

—¿Y vuestra madre?

—No sabe nada.

—Habéis hecho bien en no alarmarla. Entrad.

La puerta de la casa ante la cual habían llegado estaba entreabierta, y Novelli se hizo a un lado para dejar pasar a Ada delante.

Cuando la joven hubo entrado, la siguió, cerrando la puerta tras de sí.

Aquella vivienda, iluminada por la llama humeante de una lámpara de petróleo suspendida de las vigas del techo y

por el resplandor rojizo del fuego de leña que crepitaba en la chimenea, tenía con sus paredes de ladrillo desnudas el aspecto sombrío de todo lugar deshabitado. En un rincón se levantaba un montón de leña seca que casi llegaba hasta el techo, y en el centro, una mesa rústica, con las cuatro patas hundidas en el piso de tierra, era todo el moblaje que allí había.

Después de mirar en torno suyo, Ada fijó en Cosme Novelli una mirada de desesperación.

—Hablad, caballero, ¿qué le ocurre a mi padre? ¿Qué peligro le amenaza?

—Antes de hablar de ello—respondió el barón cruzándose de brazos—, decidme a qué señas habéis dirigido al señor Pagallos en San Francisco vuestra última carta.

Ada pareció desconfiar ante esa pregunta.

—¿Qué tienen que ver esas señas con la actual situación de mi padre?—inquirió.

—Necesito saber adónde le habéis escrito.

La joven dirigió una mirada de inquietud en torno suyo. Su desconfianza iba en aumento.

—¿Dónde está mi padre? ¿Qué le sucede? Hablad, os lo suplico, señor barón. No prolonguéis mis sufrimientos.

—No podré deciros una palabra si antes no contestáis a lo que os he preguntado por dos veces.

—Pero, ¿de veras os hace falta conocer ese detalle?

—Me interesa.

—¿Para qué?

—Para resolver un extremo importante.

—Decidme de qué se trata.

—No debo decíroslo.

—Pues entonces yo tampoco debo comunicaros esas señas—contestó Ada mirando a Novelli de un modo desafiante.

—¡Ah! ¿Luego tenéis un interés en ocultarlas? ¿Os lo ha mandado así el embajador?—preguntó el barón con insolencia.

—Sí, y por lo que ahora comprendo, mi padre ha procedido con sobrada cordura al pedirme que guardara ese secreto.

Y al decir esto con un tono seco, Ada se encaminó hacia la puerta. Al llegar delante de ella, llevó una mano al cerrojo para abrir, pero fracasó en su intento. La puerta debía estar cerrada con llave.

Volvióse la joven, pálida de indignación, hacia Novelli, y al sorprender en sus labios una burlona sonrisa, ya no le quedaron dudas acerca de la conducta de aquel canalla.

—¡Sólo un miserable como vos podía ser capaz de tenderme esta celada infame!—exclamó apretando sus pequeños puños al mismo tiempo que en sus hermosos ojos fulguraban relámpagos de ira—. ¡Abrid esa puerta, si aún os queda en la sangre un átomo de honor!

El barón soltó una sonora carcajada.

—Vuestras injurias y vuestros gritos son completamente inútiles, mi hermosa cordera. Si queréis salir de aquí, es preciso que antes me reveléis ese secreto que tanto empeño tenéis en guardar.

—¡Miserable! ¡Vil! ¿Es que os habéis figurado que soy yo capaz de traicionar a mi padre?

Y Ada, estremecida de cólera, avanzó hacia Novelli con los puños cerrados.

—Si no lo hacéis de buen grado—contestó el barón poniéndose serio—, será peor para vos.

—¡Ah! ¿Seríais capaz de recurrir a la violencia? ¿Sois un hombre o un demonio?

—Tenedme por lo segundo, y ajustad vuestra lengua al temor que os inspiro.

—¡Ja, ja, ja!—rió la joven con forzada risa—. ¿De modo que os figuráis que os temo? Nada de'so, mi buen barón. Si vos tenéis entrañas de tigre, las mías son de leona. ¡Ja, ja, ja! Mi aspecto de muñeca os ha hecho caer en un error, que puede costaros caro.

Había tanto desprecio en esas palabras y en esa risa, que Cosme, perdiendo toda su paciencia, se precipitó sobre ella gritando:

—¡Basta! ¡Estáis en mi poder, sois mía, y yo os obligaré a decir lo que me interesa!

—¡Maldito! ¡Cobarde!—gritó la joven retrocediendo unos pasos.

Novelli intentó sujetarla por las muñecas, pero Ada logró impedírselo defendiéndose con energía. Detúvose el canalla por algunos segundos; una expresión de odio salvaje contraía las groseras facciones de su rostro, y de pronto, decidido a lograr lo que se proponía, lanzó un juramento y arremetió de nuevo contra ella con el ímpetu de un toro ciego de furor.

Siguieron unos instantes de lucha sorda, encarnizada, sobrehumana. Ada, admirable de valor, no sólo se limitaba a esquivar los golpes que su enemigo le dirigía, sino que atacaba con coraje y denuedo, hasta tal extremo, que en los primeros momentos no hubiera sido posible hacer conjeturas acerca del resultado de aquel duelo a muerte, en el que los dos adversarios no empleaban otras armas que sus manos y sus dientes.

De pronto, estrechamente abrazados, rodaron por el suelo. Allí pareció que iba a decidirse el resultado de la lucha, pero no. Ada aún tenía fuerzas para hacer frente a la furia del miserable. Con la rapidez del pensamiento volvieron a ponerse de pie y a acometerse ciegos de ira, en medio de un silencio siniestro, sólo interrumpido por su respiración jadeante.

¿Cuánto tiempo duró aquella lucha salvaje? No pudieron saberlo nunca. De pronto, la valiente joven, cuyas ropas pendían hechas jirones de su hermoso cuerpo, sintió que sus energías la abandonaban, que desfallecía exhausta.

—¡Cobarde! ¡Atrás!—exclamó con voz ronca.

Un rugido de triunfo se escapó de la garganta del cómpli-

ce de Lisandri, cuyas manos, estremecidas de furor, habían conseguido ceñir el delicado cuello de la señorita Pagallos. Hizo ésta un último y desesperado esfuerzo por librarse del canalla, que la estrangulaba, pero por desgracia sus energías no respondían ya a su voluntad, y, retrocediendo unos pasos, fué a caer de espaldas sobre la mesa, donde con sus bellos ojos clavados en el descompuesto semblante de su enemigo, se dispuso a esperar la muerte sin el más leve asomo de terror.

Las manos de Novelli, crispadas en torno a su garganta, como dos garras de acero, oprimían ésta hasta cortarle la respiración. Ada sintió brotar de su frente y de sus sienes un sudor frío. Quiso levantarse, hablar, aspirar con fuerza el aire caldeado por el fuego de leña de la chimenea; pero todo fué en vano; no consiguió despegar sus hombros de la mesa. Apenas si ya distinguía al barón; le parecía que el miserable se alejaba de ella envuelto en espesas nubes amarillas como la piel de los cadáveres y rojas como sangre. De súbito, dejó de verlo. Las nubes tras las cuales había desaparecido se hicieron negras, y Ada ya no distinguió nada ni sintió sensación alguna.

* * *

Cuando recobró el conocimiento, se encontró tendida sobre aquella mesa, y tan sólidamente atada, que le era de todo punto imposible mover un brazo o una pierna.

Le bastó dirigir una mirada en torno suyo para recordar todo lo ocurrido.

Su primer pensamiento fué para su madre, y sintió que el corazón se le oprimía al considerar que la había abandonado sin despedirse de ella, sin explicarle siquiera por qué lo hacía.

¡Oh! ¡Cuánto debía estar padeciendo en aquellos momentos la dulce anciana! Loca de desesperación, estaría buscándola por todas partes, preguntando por su hija a todo el mundo. ¡Infeliz madre! Ya no volvería a verla. Su hija moriría

en las garras del monstruo que se la había arrebatado, pero sin traicionar a su padre.

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de los bellos ojos de Ada y rodaron por sus pálidas mejillas, dejando en ellas una huella húmeda.

—¿Lloras?—preguntó Novelli con voz burlona—. Quiere decir que te resignas a comunicarme tu secreto.

La joven se estremeció entre sus ligaduras. El barón estaba a dos pasos de ella, y, cruzado de brazos, la observaba con expresión irónica y orgullosa a la vez.

¡Ah! Seguía insistiendo en lo mismo. Aquel secreto que quería arrancarle debía ser algo precioso para él, y por lo mismo, Ada comprendía que no podía revelárselo sin cometer un crimen. Tal vez la vida de su padre dependiese de aquellas señas que le había encargado ocultar a todo el mundo. Ella las recordaba perfectamente después de haberlas puesto en el sobre de la carta que el día anterior había escrito al señor Pagallos: "Reverendo Baltasar Remis.—Convento de Padres Dominicos.—San Francisco.—Istralia." Pero se dejaría hacer pedazos antes que comunicárselas al monstruo de Novelli.

Este se le acercó más, se inclinó sobre ella hasta rozarle el rostro con su aliento:

—Habla. ¿Estás dispuesta a ceder?

Ada no contestó; pero la mirada de odio que dirigía al miserable indicaba bien a las claras que no era ese su propósito.

—Te pondré en libertad si me dices qué señas has puesto en la carta que has escrito a tu padre, y una vez libre, podrás volver al lado de tu madre.

—No me seduce conquistar la libertad a ese precio—replicó secamente la valerosa joven.

—¿Quiere decir que prefieres la muerte?

—La muerte no me amedrenta.

Novelli se encolerizó, y descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa, dijo:

—Tú crees que tu silencio ha de beneficiar a tu padre y ponerlo a cubierto de nuestra venganza; pero te engañas. Tarde o temprano, el embajador ha de caer en nuestras manos.

—Pero no seré yo quien lo entregue a la banda de criminales a la que pertenecéis.

—¡Maldita!—rugió Novelli fuera de sí ante tanto valor, ante serenidad tanta—. ¡Maldita mil veces! ¡De todas maneras, no te llevarás a la tumba ese secreto que me es tan necesario! Yo te lo arrancaré. Tengo medios para ello.

Se apartó de la mesa, y dirigiéndose hacia el montón de leña seca que se elevaba en un ángulo de la vivienda, cogió una brazada y fué a dejarla caer a tres pasos de la mesa. Hecho esto, volvió en busca de otra brazada, que dejó caer junto a la primera, repitiendo esta operación entre juramentos y blasfemias hasta que la mesa sobre la cual se hallaba tendida la prisionera quedó rodeada de montones de leña, el más pequeño de los cuales no bajaba de medio metro de altura.

En seguida, retrocediendo un paso, contempló su obra. No debió de satisfacerle por completo, puesto que volvió a acercarse al rincón donde estaba la leña y a transportar más brazadas, con objeto de hacer mayores los montones que había sembrado en torno a la mesa. Ada, que comenzaba a adivinar el propósito siniestro que perseguía el canalla, le observaba en silencio, invadido su rostro por una palidez mortal.

De pronto, Novelli, que acababa de escoger un puñado de ramas muy finas, se dirigió hacia la chimenea y acercó éstas a las llamas. Tan pronto comenzaron a arder, se volvió hacia la mesa y colocó entre la leña amontonada en torno a la misma aquellas ramitas crepitantes.

Un alarido de horror se escapó del pecho de la infeliz prisionera al considerar en toda su espantosa crueldad el suplicio a que quería someterla Novelli.

—¡Ah!—exclamó éste, retrocediendo y contemplando con sonrisa infernal a la joven, que se revolvía desesperadamente entre sus ligaduras—. ¿Es que te habías figurado que todo había de quedar en simples amenazas?... No, mi linda compatriota: el secreto o la hoguera.

—¡Dios del cielo! ¡Madre de mi alma!—sollozó Ada, enloquecida de desesperación—. ¡No me abandonéis! ¡Libradme de este suplicio horrible!

—Es inútil que llames—dijo el barón—. Nadie oirá tus gritos, ningún corazón se estremecerá con tus lamentos. Dentro de media hora, tu hermoso cuerpo lleno de juventud no será más que un montón de ceniza confundida entre los escombros humeantes de esta casa, que se desplomará cuando las llamas suban hasta el techo.

—La leña comienza a arder debajo de la mesa—siguió diciendo el miserable, sin hacer caso de las voces de su víctima—. Dentro de poco estarás envuelta en las llamas, que incendiarán tus ropas y tus cabellos y ennegrecerán con sus lenguas rojas tu carne fresca y perfumada. Tu agonía será espantosa, pero la tendrás bien merecida, por tu terquedad. ¿Sientes ya subir hasta la mesa el calor del fuego? La leña crepita como si quisiera despedirte con la oración de los agonizantes. ¡Pero si tú quisieras, aún podrías salvarte!

Y los ojos de Novelli resplandecían mientras pronunciaba estas siniestras palabras, como si experimentase un deleite con el bárbaro suplicio de su víctima.

—¡Piedad, malvado!—gritaba la infeliz retorciéndose sobre la mesa hasta hundirse en las carnes las cuerdas que la sujetaban—. ¡Sálvame! ¿Qué daño te he hecho para condenarme a morir así?

Novelli se le acercó y volvió a inclinarse sobre ella hasta arrojarle su aliento en el rostro:

—Revélame ese secreto, y cortaré tus ligaduras y yo mismo te indicaré el camino de la ciudad. ¡Bien poco es lo que exijo de ti!

Esta vez, Ada pareció titubear, fijos los ojos en las pupilas fulgurantes de su verdugo.

—El secreto—murmuró éste casi en su oído—. Descúbrelo y te soltaré.

Abrióse un silencio de algunos segundos, interrumpido sólo por el crepitar de la leña que ardía a un lado de la mesa.

—No—balbuceó Ada por último, moviendo desesperadamente la cabeza—. ¡No traicionaré a mi padre!

—¡Loca!—exclamó Novelli con ira—. ¿Dejarás que las llamas te devoren siendo tan joven y tan hermosa?

—¡Oh, Dios mío! ¡Ven en mi ayuda!—imploró la desventurada, derramando copiosas lágrimas—. ¡No me abandones, Señor, en este horrible instante de mi vida!

—Doy por pronunciada tu última palabra—dijo el canalla—. Ya sólo me queda el placer de recrearme con tu agonía. Pero esta leña no arde con la rapidez que debiera. ¡Ah, comprendo! En este lugar falta aire. Abramos la ventana. Adiós, señorita Pagallos. Que os resulte agradable el viaje que vais a emprender para el otro mundo.

Se apartó de la mesa para ir a abrir la ventana, con lo cual el fuego adquirió pronto extraordinario incremento, no tardando algunas llamas en elevarse hasta la altura de la mesa.

—¡Piedad! ¡Misericordia!—suplicaba la pobre joven con desgarrador acento, esforzándose en vano por romper las ligaduras que la condenaban a perecer abrasada en la inmensa hoguera que iba formándose en torno suyo—. ¡Apiádate de mí, Señor Todopoderoso! ¡Ten lástima de mí, Virgen Santísima!

Nadie escuchaba sus lamentos, excepto el barón, en quien parecían producir un placer salvaje. Y Ada, que le observaba con los ojos desorbitados por el terror, le vió saltar por la ventana que acababa de abrir, para acodarse en seguida en ella y contemplar desde fuera cómo el fuego, azuzado por el aire frío de la noche, que ahora penetraba en la vivienda,

iba extendiéndose con rapidez en torno a la prisionera, amenazando envolverla en un círculo de llamas.

* * *

Transcurrieron algunos minutos de indescriptibles sufrimientos para la desventurada hija del embajador, que no cesaba de sollozar encomendándose a Dios, a la Virgen y llamando a sus padres mientras se revolvía enloquecida sobre la mesa, desgarrándose las carnes con las ligaduras. Las llamas, que por instantes se elevaban a mayor altura, rodeaban ya tres partes de la mesa. Ada, próxima a perder la razón, lívida, desencajada, gemía, haciendo rechinar los dientes y crujir las cuerdas en su afán de huir del suplicio. El humo la asfixiaba y cegaba sus ojos desorbitados, hasta el punto que ya no lograba distinguir a Novelli acodado en la ventana. Un instante más, y quedó por completo envuelta en aquel círculo incandescente, que iría estrechándose rápidamente en torno suyo hasta devorarla.

—¡Madre mía!—gritó con voz apenas inteligible—. ¡Madre mía! ¿Dónde estás?

Nadie le contestó. El círculo incandescente se estrechaba más y más en torno suyo. Las lenguas rojas de la hoguera se aproximaban a su cuerpo, exhausto ya de tanto agitarse en vano. Iba a morir en el más bárbaro de los suplicios. ¡Ah! ¡No, no! ¡Ella no quería morir! ¡Ella quería salir de aquel infierno! ¡Ella quería librarse de aquellas llamas amenazadoras que la rodeaban como una jauría hambrienta para convertirla en ceniza! Medio asfixiada, hizo un esfuerzo supremo para incorporarse, y gritó con el último aliento que le quedaba en su dostrozado pecho:

—¡Sacadme de aquí! ¡Hablaré!

Y aguardó a que su verdugo acudiese a librarla del suplicio. Pero transcurrieron algunos instantes sin que advirtiese señal alguna que confirmase su esperanza. ¿Se habría



Las llamas, que por instantes se elevaban a mayor altura, rodeaban ya tres partes de la mesa. (11)

alejado el canalla, abandonándola a su desgarradora suerte? Este pensamiento le heló la sangre en las venas. Y el terror la inmovilizó.

Quiso volver a gritar para llamar a Novelli en su ayuda, pero la voz se negó a brotar de su garganta. Intentó incorporarse por centésima vez, y sus miembros aletargados no obedecieron a su voluntad. Sus ropas ardían ya por varios sitios, sus cabellos comenzaban a chamuscarse, y convencida de que debía morir en medio de aquella hoguera, perdió el conocimiento.






## CAPITULO LX

### Llega Montespín

HACÍA ya un buen rato que la señora Pagallos había terminado de vestirse. Extrañada de que su hija tardase tanto en ir a buscarla para salir juntas a dar el acostumbrado paseo, la dama fué a llamar a la puerta de la habitación de la joven.

Pero su llamada no obtuvo contestación.

—¿Dónde se habrá metido esta criatura?—se preguntó la esposa del embajador, buscándola por las otras habitaciones del departamento.

Mas Ada parecía haberse eclipsado de aquel lugar. Un poco alarmada, la señora llamó:

—Hija mía... ¿Dónde estás? Contesta. Tu silencio me da miedo.

En aquel momento, golpearon discretamente una de las puertas que daban al pasillo.

Llena de ansiedad, la dama se precipitó a abrir, encontrándose frente a uno de los criados del hotel.

—Señora—le dijo el servidor—, acabo de ver a la señorita en la escalera, y me ha mandado subir a deciros que no debéis alarmaros por su ausencia.

—¡Cómo!—exclamó llena de asombro la esposa del señor Pagallos—. ¿Es que mi hija ha salido del hotel?

—Sí, señora; acaba de marcharse.

—Pero, ¿estás seguro de que era ella?

—No puedo tener duda al respecto.

—¿Dónde iba mi hija, bendito sea Dios?

El criado se encogió de hombros, murmurando:

—Lo ignoro, señora.

—Sí que es raro lo que me dices. ¿Has reparado si alguien acompañaba a la señorita?

—La señorita iba sola.

—Está bien—dijo la señora Pagallos después de reflexionar un instante—. Mi hija no puede haber ido lejos. Retírate.

Alejóse el servidor, y la dama, después de cerrar la puerta, se dejó caer en uno de los sillones del saloncillo.

—¿Qué se le habrá puesto en la cabeza a esa criatura para salir del hotel sin darme antes cuenta de ello? Se enfadará cuando le diga que me he alarmado; pero la cosa no es para menos.

* * *

Transcurrió una media hora.

Cansada de esperar, la señora Pagallos se levantó del sillón, preguntándose llena de ansiedad:

—Pero, ¿dónde pudo haber ido esa niña? Su conducta es inexplicable; ella jamás se ha conducido de semejante manera.

Miró la hora en el relojito que llevaba en la muñeca. Eran las siete, y hacía ya un buen rato que la noche había cerrado. Varias veces la señora Pagallos se acercó a la ventana del saloncillo, que daba a la calle, tratando de distinguir a Ada

entre el gentío que a esa hora invadía las aceras sobre las cuales derramaban su luz los amplios escaparates de las tiendas; mas el tiempo seguía pasando, y su deseo no se realizaba.

Desesperada ya, salió en busca del criado que le había traído el recado de Ada:

—La señorita no ha vuelto aún—le dijo al verle—. ¿No sospechas tú dónde puede haber ido?

—No, señora.

—¿Te has fijado—siguió preguntando la dama, después de hacer un gesto de desesperación—qué dirección ha tomado al salir?

—Desde la escalera no podía verla; pero tal vez el portero pueda informaros.

—Vamos a ver al portero.

Pero éste no pudo dar informe alguno. No había visto a la señorita. ¡Entraba y salía tanta gente del establecimiento, que hacían falta cien pares de ojos para fijarse en todo! Cada vez más desesperada, ante la inutilidad de sus averiguaciones, la señora Pagallos, después de pensarlo un instante, resolvió comunicar lo que sucedía a su compatriota el barón Novelli y pedirle consejo.

Pero cuando llamaba a la puerta de la habitación del noble istraliano, una camarera que venía del fondo del pasillo se le acercó, preguntándole:

—¿Buscáis al caballero que ocupaba esta habitación?

—Sí—contestó la dama.

—No podréis verle, señora. El barón ha partido esta mañana para el extranjero.

—¿Estás segura de lo que dices?—exclamó la esposa del embajador—. ¿Cómo sabes tú lo que yo ignoro, a pesar de ser el señor barón persona de mi amistad?

—Si la señora quiere convencerse de lo que acabo de decirle, no tiene más que preguntar al administrador del hotel. Por otra parte, la habitación que ocupaba el señor barón está vacía. ¿Queréis verla?

—No, no; me basta con lo que dices—contestó anonadada la dama—. ¡Es muy extraño que el señor Novelli se haya marchado de Marsella sin despedirse de nosotras!

Y atravesando el pasillo, entró en su departamento.

—¡Qué misterioso es todo esto, Dios mío!—se decía pasándose una mano por la frente—. ¿No estaré soñando?... Ada, que me abandona sin decirme una palabra; el barón Novelli, que parte de Marsella sin venir a despedirse... Si yo no soy víctima de una pesadilla, tendré que creer que algo ha trastornado los sesos de las gentes.

Sin darse cuenta de ello, se encontró en la habitación que Ada ocupaba en el departamento.

Miró en torno suyo. Todo estaba en orden. Avanzó unos pasos, y al llegar cerca del tocador, advirtió que Ada había dejado olvidado su bolso encima de éste.

—¡Ah!—exclamó la dama—. No puede haber salido de compras, como yo he pensado, puesto que al notar que no llevaba dinero hubiera regresado precipitadamente al hotel... ¿Dónde estará esa niña, Dios mío? ¿Dónde te encuentras, hija de mi alma?

Quiso coger el bolso y examinar su contenido; pero cuando iba a hacerlo, sus ojos descubrieron un pliego de papel doblado en cuatro, confundido entre los frascos del tocador. Picada su curiosidad, la dama se apoderó rápidamente de aquel papel, y llena de estupor, leyó lo siguiente:

"Ada: Necesito de vuestra ayuda para salvar al señor Pagallos. Venid sin perder segundo. El "taxi" que os espera en la puerta del hotel os conducirá a los "Alamos del Duque", donde os estoy aguardando. Tened valor, y sobre todo, guardad reserva para no alarmar a vuestra madre.—**Novelli.**"

Un grito se escapó de la garganta de la pobre mujer. Ahora se explicaba la conducta de su hija. ¡Cielos! ¿Qué peligro amenazaba al señor Pagallos, del cual quería salvarle Novelli con ayuda de Ada? ¡Ah! Ella iría también en ayuda de

su esposo. ¿Por qué no, si era tan fuerte o más que su hija? Y con aquel papel en la mano, se dirigió hacia la puerta, murmurando:

—Los "Alamos del Duque"... Los "Alamos del Duque"... Yo daré con ese lugar. Un automóvil... ¡Pronto! ¡Un automóvil!

Abrió, mas cuando iba a trasponer el umbral, un hombre cubierto con un gabán de color gris y tocado con una gorra de orejeras apareció ante ella.

—¿Dónde está Ada?—preguntó el hombre del gabán, que parecía dominado por gran agitación—. ¡Hablad, señora!... ¿Está aquí vuestra hija?

—No, no está aquí—contestó temblando la esposa del embajador—. Pero, ¿sabéis algo, capitán Montespín? ¿Ocurre algo?

—Decidme dónde está Ada y os contestaré. ¡Decídmelo en seguida, señora! ¿No sabéis, desventurada, que la muerte os acecha?

—¡Virgen Santa! ¿Qué cosas decís, capitán? Leed esta carta, escrita por Novelli, y sabréis dónde Ada se encuentra en este momento.

Y la señora Pagallos alargó a Montespín, que aparecía allí como llovido del cielo, la carta de Cosme Novelli que acababa de encontrar sobre el tocador.






## CAPITULO LXI

### En la frontera

SEÑORES viajeros, estamos en la frontera! Tened la bondad de apearos.

Así iba gritando de vagón en vagón uno de los empleados del tren internacional que acababa de detenerse ante la estación y edificio de la Aduana que marcaban el comienzo del territorio istraliano.

Los viajeros, cargados con sus bultos de mano, empezaron a descender del tren, dirigiéndose por entre una doble fila de soldados armados hasta los dientes, hacia el edificio de la Aduana, donde los empleados de la misma debían revisar sus bagajes y pasaportes.

Cumplida esta formalidad, salían del edificio por una puerta contraria a aquella por la cual habían entrado, y se encontraban en un ancho andén, donde, formado frente al mismo, esperaba el tren que debía internarlos en el reino de Istralia. Los viajeros, después de instalar su equipaje en los va-

gones del convoy, se dirigían a almorzar en el pequeño restaurante de la estación.

Los primeros en entrar en dicho restaurante, concluídos los trámites de la Aduana, fueron dos padres dominicos y un sacerdote alto y arrogante que iba en su compañía. Los tres religiosos tomaron asiento en torno a una de las mesas cubiertas por blanco mantel, y antes de dar comienzo al almuerzo se santiguaron devotamente.

Poco a poco fueron entrando en el restaurante los demás viajeros del tren internacional que iban a Istralia. No tardó el comedor en verse casi todo ocupado por gentes que hablaban diversas lenguas y que procedían de distintos y lejanos países, entre los cuales destacaban cuatro o cinco oficiales istralianos con sus vistosos uniformes verdes bordados en oro.

Al principio, los extranjeros hablaban reservadamente, con la timidez y el respeto que se experimenta al entrar en un país desconocido, y dirigían frecuentes miradas de curiosidad al grupo de militares que comían con la desenvoltura propia de quien se encuentra en su propia casa y sabe que puede hacer dentro de ella lo que le plazca. Pero pasado cierto tiempo y ya avanzada la comida, la conversación fué animándose. Los que se conocían del tren o de haber comido en los restaurantes de otras fronteras que el tren internacional había dejado tras de sí, dialogaban de mesa en mesa, comunicándose sus primeras impresiones.

Por aquellas conversaciones podía deducirse que a oídos de todos habían llegado rumores de la situación anormal que Istralia venía atravesando bajo el reinado de Oscar Luis I. Había quienes daban crédito a aquellos rumores y quienes los calificaban de exagerados. Una señora norteamericana que procedía de Francia, decía que en París había conocido a muchos istralianos que se habían visto obligados a huir de su país, y que éstos referían horrores que ponían los cabellos de punta. La miseria era general en todo el reino, las industrias estaban paralizadas casi por completo y centenares de miles

de obreros estaban condenados a perecer de hambre antes que concluyese el invierno. Un portugués pintaba la situación con caracteres más sombríos todavía. Según los datos que él poseía, el actual régimen de gobierno istraliano era de lo más absolutista que se había conocido. Todas las libertades públicas habían sido abolidas y las personas conocidas por sus ideas liberales eran perseguidas con verdadero encarnecimiento y asesinadas allí donde las encontraban los esbirros de la Monarquía. Ni la Rusia de los Zares había conocido días más negros que los que venía atravesando Istralia desde que la fatalidad quiso que cayera bajo la tiranía de Oscar Luis I.

—¡Parece mentira que en pleno siglo XX puedan oírse contar esas cosas de un país!—exclamó en inglés una señora alemana que viajaba en compañía de su marido y dos niñas de corta edad, dirigiéndose a la dama de los Estados Unidos—. Si todo lo que dice este caballero fuese verdad, no habría medio de vivir en Istralia una hora siquiera.

—Indudablemente se exagera un poco—dijo la americana—; pero del atraso político de Europa todo se puede esperar, señora.

La alemana cambió una mirada con su marido y se encogió de hombros, creyendo que lo más prudente era acoger en silencio las opiniones de aquella ciudadana del país del dólar. Pero el portugués, de sangre más cálida que aquellos europeos del Norte, no pudo pasar por alto el desplante, y exclamó con viveza:

—¡Europa atrasada políticamente! ¡Con cuánta ligereza juzga usted al viejo Continente que expandió su cultura en todo el Nuevo Mundo! ¿Qué serían ustedes si las "naos" de Portugal y de España no se hubiesen aventurado a través de los mares vírgenes que separaban vuestro continente del nuestro? Esos viejos bastimentos que hoy hacéis figurar en vuestras películas de piratas llevaban en sus bodegas las simientes fecundas de la civilización que el puñado de héroes que los tripulaban sembraban después de desembarcar, a tra-

vés de montañas, ríos, llanuras y selvas, regándolas casi siempre con su propia sangre... ¡Europa atrasada políticamente! Ese es el mejor elogio que podéis hacer de vuestra madre, después que vuestra madre os ha mirado como su mejor obra, obra que está malogrando vuestro orgullo... Una cosa es la cultura, señora mía, y otra cosa es el dólar.

—¡Muy bien!—exclamó en voz baja el alemán, que escuchaba al portugués con profunda atención.

Este prosiguió, enardecido por sus propias palabras:

—Os dimos vida, os hicimos nacer a la civilización, nos hemos mezclado a vosotros sin repugnancia alguna, conduciéndoos de la mano durante más de tres siglos, sin ocurrírsenos jamás reprocharos vuestra primitiva barbarie ni echaros en cara los beneficios de nuestra civilización, y ahora que habéis llegado a la mayoría de vuestra edad y que vais solos por el mundo, nos demostráis vuestro agradecimiento considerándonos seres inferiores a vosotros, hombres que después de alcanzar un grado máximo de evolución retroceden ahora rápidamente hacia el punto de partida, y habéis pretendido lanzaros a nuestra conquista, no como guerreros, sino como una legión de torvos prestamistas, blandiendo vuestra moneda, que si os ha abierto muchas puertas, os ha cerrado, en cambio, muchos más corazones. Nosotros os hemos conquistado para la civilización, dejadme que repita esta palabra hasta el cansancio, y vosotros pretendeis conquistarnos ahora para hacer un negocio de tanto por ciento. Morgan no puede eclipsar a Magallanes, señora mía.

—Sois tan locuaz como quisquilloso, caballero—respondió la americana, que se había puesto pálida, dirigiendo al portugués una mirada furibunda—. No he tenido la menor intención de ofender a Europa ni a los europeos, entre los cuales me encuentro muy a gusto; pero comprended que si para hablar debiéramos repasar siempre la Historia, no diríamos jamás una palabra... ¿No opináis como yo, míster Pilips?

Se dirigía a su compañero de mesa, un inglés serio y espigado a quien había conocido en el tren horas antes. Míster Pilips, que había escuchado la discusión con una gravedad imperturbable, se inclinó y dijo:

—Ha habido en todo esto una mala interpretación. América y Europa marchan perfectamente de acuerdo en todo.

Y sonrió, ajustándose el monóculo para caer en seguida en su rígida y severa gravedad.

—Nosotros seríamos unos ingratos si nos quejásemos de Europa, y Europa caería en la misma falta si hablase mal de los Estados Unidos.

—Diga usted de América—corrigió el portugués—. Los Estados Unidos no son más que una fracción del dilatado Continente americano.

—Continúa usted empeñándose en dar a mis palabras una interpretación maliciosa, caballero. ¿Por qué no sigue usted el ejemplo de míster Pilips, que es inglés? El sabe perfectamente lo que yo quiero decir.

—Es que a los oídos de ese caballero inglés, sus palabras suenas de un modo distinto que en los míos, señora—replicó el portugués.

—Aborrezco las discusiones—murmuró en voz baja míster Pilips al oír que se aludía.

—¡Muy bien!—aprobó la americana, sin osar levantar la voz, y sonriendo a su grave compañero de mesa—. Yo siempre he admirado a los hombres prudentes.

—Ya están el dólar y la libra haciendo buenas migas—se dijo el lusitano mirando de soslayo a la pareja que ocupaba la mesa vecina a la suya—. Pero esto no es nuevo para mí.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Los dos dominicos y el sacerdote no parecían hacer el menor caso de lo que decían los demás viajeros. Limitábanse a cambiar de cuando en cuando algunas palabras en voz baja y a dirigir alguna que otra mirada a la puerta del restaurante que comunicaba con el andén.

Terminado el almuerzo, el sacerdote pagó el gasto de los tres, y levantándose de la mesa se acercaron al tren que debía internarlos en Istralia y cuya partida estaba anunciada para media hora más tarde.

—Hasta ahora—dijo el sacerdote después de lanzar en torno suyo una mirada escrutadora—, todo nos ha salido a pedir de boca. El embajador ha tenido una gran idea cuando en París nos aconsejó que adoptásemos estos disfraces.

—No cantemos victoria todavía—respondió uno de los dominicos, de baja estatura y cuya enorme y roja nariz sobresalía de entre los pliegues del capuchón con el que se arrebujaba—. Aún nos queda que recorrer mucha distancia antes de llegar a San Francisco.

—De acuerdo—dijo el sacerdote—; pero el obstáculo más difícil lo hemos vencido ya, gracias a estos hábitos y a los pasaportes falsos que supo proporcionarnos el excelente embajador con la ayuda de otros diplomáticos residentes en París. ¡Qué gran corazón tiene ese anciano!

—Un santo, un verdadero santo—murmuró el que hasta entonces no había hablado.

El sacerdote volvió a mirar en torno suyo.

—Los extraño es—dijo bajando la voz—que no le hayamos visto todavía. Habíamos convenido en que se nos reuniría al pasar la frontera.

—No te quepa la menor duda que cumplirá con su palabra—dijo el dominico de la roja nariz—. Pero, en vez de pasearnos por el andén, expuestos a todas las miradas, ¿no haríamos mejor en instalarnos en nuestro compartimento?

—Sí, eso sería lo más prudente—aprobó el otro dominico.

—Por mí no hay inconveniente—dijo el sacerdote.

Una vez instalados los tres en uno de los compartimentos de primera clase del tren, el dominico de la nariz roja, que, como se habrá adivinado, no era otro que el marqués de Canevari, advirtió a sus dos compañeros, o sea al otro domini-

co, que era Oscar Luis I, y al sacerdote, que era Eduardo Montespín:

—Ahora no nos conviene abrir el pico hasta cerciorarnos de qué personas son las que ocupan los compartimentos vecinos. No olvidéis que los espías de Lisandri infectan los trenes.

* * *

Veinte minutos más tarde, el convoy se ponía en marcha.

—¿Habéis reparado en nuestros vecinos?—preguntó Canevari a sus dos compañeros.

—Sí, en el compartimento de la derecha tenemos a la norteamericana y al inglés que vienen de París, y en el de la izquierda a una anciana que ha debido subir al tren en la frontera—dijo Montespín.

—Tus observaciones concuerdan con las mías—manifestó Lucas—. No creo que sean vecinos peligrosos.

—Pero, ¿y el embajador?—inquirió Oscar Luis, que parecía muy preocupado, pasándose una mano por su pálida frente—. El tren ha partido sin que se nos reuna.

—Yo espero que lo haga durante el camino, sire — dijo Eduardo—. El señor Pagallos no nos abandonará a nuestra suerte.

—De ello no tengo la menor duda; pero, ¿y si le hubiera ocurrido alguna desgracia?

—¡Dios libre a ese excelente anciano de todo perjuicio! —exclamó Canevari—. Pero tranquilizaos, sire. Ya veréis cómo se nos aparece cuando menos lo esperemos.

—Quisiera tenerle siempre cerca de mí para protegerle en caso de peligro—dijo el rey—. Ese hombre se ha conducido con nosotros como un verdadero padre.

—Lo primero que debéis hacer tan pronto volváis a ocupar el trono de Istralia es nombrar al señor Pagallos primer ministro del reino, sire. Nadie más digno que él de ocupar tan elevado puesto.

—Todo me parecerá poco, Lucas, para premiar vuestra lealtad y los sacrificios que os imponéis por mi causa—dijo Oscar Luis melancólicamente.

—Por lo que a mí toca, señor, sólo aspiro a contar con vuestra confianza.

—Y yo—agregó Montespín—tengo ya bastante con los honores que me habéis otorgado.

Un par de horas después, Canevari, que había salido un momento al pasillo del vagón para estirar las piernas, se encontró de manos a boca con la anciana que iba en el compartimento vecino, la cual le dijo con voz aguardentosa:

—Perdonad, padre: ¿sabríais decirme a qué hora llegará mañana este tren a San Francisco?

—A las nueve—contestó Lucas.

E iba a alejarse, pero la anciana volvió a ponérsele delante, y esbozando una sonrisa que puso al descubierto su desdentada boca, inquirió:

—¿Os dirigís también a la capital, padre?

—Sí, señora, a la capital—respondió el marqués secamente.

—Os será molesto un viaje tan largo, ¿eh?

—Todo es cuestión de acostumbrarse a viajar.

Dicho esto, Canevari se puso a andar por el pasillo; pero ni con esto consiguió librarse de la presencia de la vieja, que le siguió preguntando:

—Y vuestros dos compañeros, ¿van también a San Francisco?

—¿Os importa saberlo?—preguntó el marqués, volviéndose colérico hacia ella.

—Con algo ha de distraerse una, padre... Vos podéis consideraros feliz, puesto que vais bien acompañado y tenéis con quién charlar; pero para mí, que no puedo hacer más que mirar las paredes de mi compartimento, las horas se convierten en años.

—Lo comprendo, buena mujer; pero os advierto que no me



*—Es la verdad, padre; la pura verdad... Alcira de Serajev, la reina de Istralia, es mi hija.*

agrada se me distraiga cuando me encuentro dedicado a mis oraciones.

—¡Ah! ¿Estáis rezando? Dispensadme; no lo había advertido.

—¡El diablo te lleve!—exclamó Canevari para sus adentros.

Y llegando ante la puerta de su compartimento, se metió dentro, cerrándola en seguida en las narices de la impertinente vieja.






## CAPITULO LXII

### Una revelación interesante

QUÉ te pasa?—preguntó Montespín al ver entrar al marqués tan contrariado.

—¿No habéis reparado en esa maldita vieja que acaba de acompañarme hasta la puerta y que se empeña en seguirme a todas partes?

—La he visto—dijo Oscar Luis—, y por cierto que tiene poco de simpática esa mujer.

—¿Será una espía?—inquirió Eduardo levantándose de su asiento para ir a echar una mirada al pasillo a través del cristal de la puerta del compartimento.

—No lo creo—respondió Canevari—. Se pone demasiado en evidencia para serlo. ¿Está aún allí?

—Se ha marchado.

—¡Haga Dios que no vuelva a cruzarse en mi camino!

—¿Tanto te ha irritado?

—No puedo resistir que una mujer me haga preguntas.

El rey y Eduardo cambiaron una mirada y una sonrisa.

—Pero Lucas—dijo su majestad—, se trata de una anciana, y, por lo tanto, queda descartado el riesgo de caer en la tentación...

—Yo me entiendo—gruñó el marqués, que parecía haberse puesto de un humor de todos los demonios.

Y respaldándose en el muelle asiento, se cruzó de brazos y cerró los ojos, como disponiéndose a dormir.

* * *

Cerrada la noche, el tren se detuvo en una estación para dar tiempo a cenar a los viajeros, y acababa de reanudar la marcha, cuando nuestros tres amigos, que hacía ya bastante rato habían vuelto a recluirse en su compartimento, se vieron sorprendidos en la puerta del mismo con la presencia de la anciana que tanto exasperaba a Canevari.

Adoptando un aire severo, que cuadraba bien a su hábito, Eduardo fué hacia ella y le preguntó, abriendo la puerta:

—¿Qué es lo que se os ofrece, buena mujer?

—Dispensad que venga a molestaros—dijo la anciana con una de sus repugnantes sonrisas, que ponían al descubierto su desdentada boca—, pero necesito hablar a solas con aquel padre dominico.

Y señaló a Canevari, que la observaba de soslayo como si quisiese fulminarla con los ojos.

Montespín se volvió hacia su amigo:

—Padre: es a vos a quien quiere hablar esta señora.

Lucas abandonó su asiento y avanzó hacia la vieja estremecido de cólera.

—Decid. ¿Qué queréis?

—Padre: habéis sido tan amable conmigo esta tarde, me habéis inspirado tal simpatía, que eso me ha movido a venir a pediros un favor.

—¿Qué favor?

—Seguidme a mi compartimento y os lo diré.

—Os advierto que no tengo tiempo que perder, señora.

—Sois un santo, y accederéis a lo que voy a pediros. Venid, padre.

—Id—dijo Montespín, que apenas si podía contener la risa ante la expresión del rostro de Canevari.

Este, refunfuñando, no tuvo más remedio que seguir a aquella mujer hasta el compartimento que ella ocupaba en el tren.

Una vez en el interior del mismo, la vieja cerró la puerta, se dejó caer en el diván, y exhalando un gran suspiro, exclamó con voz quejumbrosa:

—¡Ay, padre! ¡Tengo miedo!

—¡Rayos y truenos!—se dijo Canevari de botones adentro—. ¿Se estará burlando de mí este mamarracho?

—¡Tengo miedo, padre, mucho miedo!—prosiguió la vieja levantando los brazos—. La gente es mala y yo desconfío de todo el mundo...

—Pero, ¿qué es lo que teméis?... ¿Qué puede ocurriros en este tren?... Hablad, señora.

—Sentaos, padre, y lo sabréis.

—Sea—gruñó Canevari a regañadientes, dejándose caer en el otro diván, frente a la vieja—. Os escucho.

—Padre, aquí, escondidos entre las ropas del seno, llevo cerca de cien mil francos...

—¡Sea enhorabuena!... ¿Por ventura es ese dinero lo que os mete miedo, buena mujer?

—No, padre; temo que me lo quiten.

—¡Ah!

—Hay mucha hambre en Istralia, padre, y el hambre convierte a las gentes en fieras...

—Los istralianos son gentes honradas, buena mujer. ¿No sois istraliana acaso?

—Lo soy, padre; pero en las actuales circunstancias desconfío de las gentes.

—Allá vos si hacéis a vuestros compatriotas esa ofensa. Pero, ¿y el favor que esperabais de mí?

—Era pediros que os quedaseis aquí, haciéndome compañía... Me horroriza pensar que debo pasar la noche sola en este compartimento, expuesta al peligro de ser despojada de mi dinero, que constituye toda mi fortuna. ¿Qué inconveniente hay en ello, puesto que vais también a San Francisco? Dejad a vuestros amigos solos y pasad la noche aquí, en ese diván libre. Dormiréis tranquilamente, y si el tren es asaltado, vuestra presencia me librará de ser robada por los forajidos; éstos huyen siempre al ver a un santo.

—Me está intrigando esta condenada—pensó Canevari—. ¿Será realmente el miedo a verse despojada de su dinero lo que la induce a pedirme que pase la noche en su compañía, o abrigará otro propósito?... ¿Una espía de Lisandri?... ¡Hum! Es demasiado torpe... Pero a lo mejor esa torpeza es fingida... Abramos los ojos.

—¿Qué me contestáis, padre?... ¿Me prestaréis el favor que os solicito?

—Es mucho pedir, señora, que un religioso pase toda una noche a solas con una mujer—dijo Lucas con aire pudibundo—. Pensad en las malas lenguas, siempre dispuestas a zaherirnos...

—Vuestros escrúpulos estarían justificados si yo tuviese veinte años menos. ¡Pero soy una vieja! Puedo ser vuestra madre...

—¡Ay, señora mía! Los enemigos de la religión no se detienen en esos detalles; nos creen capaces de las mayores atrocidades...

—¡Dios los maldiga! Es un crimen dudar de un santo como vos, padre... Porque debéis saber que tenéis cara de santo, y que a cien leguas se aprecia vuestra pureza de alma y resalta vuestra inocencia...

—Está visto que he nacido para vestir el hábito—pensó Lucas—. Con una cara que ejerce tan fuerte impresión en las alma devotas, podría llegar a Papa sin esfuerzo alguno...

—Y bien, padre, ¿puedo contar con vuestra compañía?

—Sea—dijo Canevari con resignación—. Nuestro deber es sacrificarnos por el prójimo, como Jesucristo. Pero dejadme ir a avisar a mis compañeros de viaje de lo que ocurre, para que no se alarmen con mi ausencia.

—Id, y que el Señor os bendiga.

* * *

Tres minutos más tarde, Lucas estaba de regreso en el compartimento de la vieja y se dejaba caer en el diván colocado frente al que ésta ocupaba; hecho lo cual abrió un libro de oraciones y pareció concentrar toda su atención en él.

Pero la mujer volvió a hacer entrar en funciones a su lengua:

—¿Tenéis sueño, padre?

—Todavía no. Por regla general, me acuesto tarde.

—Yo temo no poder conciliar el sueño. El miedo de que al quedarme dormida me despojen de mi dinero me tiene constantemente en vela... Tres días y tres noches han pasado desde que abandoné San Francisco, y en todo ese tiempo no creo haber dormido más de un par de horas en total.

—¡Por San Agustín!—exclamó el falso dominico cerrando el libro—. Eso se llama tener ganas de viajar para ir de San Francisco a la frontera y volver al punto de partida en tres días completos.

—Tenía el propósito de salir de Istralia—explicó la vieja—; pero al ir a atravesar la frontera, los soldados me detuvieron, exigiéndome el pasaporte. Al salir de San Francisco no había yo previsto esa formalidad, y por lo tanto, heme aquí, de regreso a la capital, sin haber podido lograr mi deseo de salir del país.

—¿Ignorabais que para atravesar la frontera es necesario ir provistos del correspondiente pasaporte?

—Lo ignoraba, padre. Era la primera vez que emprendía un viaje de esta importancia.

—¿A qué país pensabais dirigiros?

—A Francia.

—¿Tenéis allí parientes o amigos?

—No, no tengo a nadie.

—¿Negocios quizá?

—Tampoco.

—Entonces no comprendo vuestro deseo de abandonar Istralia.

—Sin embargo, padre—dijo la vieja bajando la voz—, no tengo más remedio que salir de mi patria.

—¿Os obligan a ello?

—He hecho un pacto.

—¿Os quedan aún deseos de cumplirlo?

—He de cumplirlo a la fuerza, padre.

—De manera que volvéis a San Francisco con el propósito de proveeros del pasaporte.

—Sí.

—Es de lamentar que a vuestra edad os veais en la necesidad de salir del país donde habéis nacido.

—Lo comprendo; pero Dios ha dispuesto así las cosas...

—No siempre es Dios quien interviene; algunas veces también el diablo suele hacer de las suyas.

La vieja no contestó. Ahora era Canevari quien tenía interés en sostener la conversación, y ella, por el contrario, demostraba deseos de cortarla.

Lucas insistió:

—Me gustaría poder ayudaros, buena mujer. Vuestra situación me conmueve.

—No es para tanto, padre. Yo no me quejo de mi suerte.

—¡Ah! ¿Luego sois feliz?

—Completamente feliz.

—Es extraño... Otra mujer, en vuestro lugar, se consideraría inmensamente desgraciada.

—No veo el motivo. Hace ocho días era yo una miserable mendiga que vagaba hambrienta por los caminos. Hoy, gracias

a la bondad de Dios, heme aquí convertida en una gran señora y dueña de cien mil francos... ¿Os parece pequeña mi suerte?

—¡Canario! ¡Canario!—exclamó Canevari—. ¿Y cómo se ha producido ese milagro?

El rostro de la vieja se ensombreció de repente.

—He hablado demasiado—dijo con voz ronca—. Ahora, si me lo permitís, voy a dormir.

E hizo ademán de tenderse en el asiento.

—¡Alto!—gritó Canevari, adoptando una actitud amenazadora—. Dios me ha dado la suficiente perspicacia para comprender que no estáis en paz con El. Vuestra conducta se pasa de sospechosa, señora, y ahora me explico por qué no habéis logrado atravesar la frontera y me habéis pedido que venga a haceros compañía.

—¡Padre!—exclamó la vieja con voz compungida, echándose a temblar—. ¿Qué palabras son esas, por la Virgen?

—¡Ah!—siguió Canevari con acento que llenaba de terror a su oyente—. Sois una mujer que huye de la justicia de los hombres, y habéis querido que viniese a haceros compañía para engañar con mi presencia a los agentes que os buscan; pero yo os juro que de nada ha de serviros vuestra treta, y que en la primera estación que el tren se detenga os denunciaré y os haré prender por los gendarmes.

La vieja se puso de pie, y como si acabase de perder el miedo, miró al falso dominico con ojos que despedían relámpagos de ira.

—¡Maldición! ¿Y seríais capaz?... Pero, ¿qué digo?... Yo no he cometido delito alguno, y los cien mil francos que tengo en mi poder son míos, muy míos...

—Probádmelo.

—No puedo hacerlo.

—¡Peor para vos! Ya os entenderéis con la policía.

—¡Sois un demonio!... ¡Maldigo el momento en que se me ocurrió pediros vinieseis a hacerme compañía!

—Nada de blasfemias. Soy un hombre que respeta las leyes

y que predica el bien, y me veo en el caso de hacer cumplir lo que estimo provechoso para la sociedad.

—¡Yo os digo que no he robado estos cien mil francos!

—Perfectamente. Probadme que no los habéis robado y volveré a otorgaros mi confianza, a consideraros una mujer digna de todo respeto.

—Me exigís un secreto que he jurado no revelar a nadie.

—El hábito que me cubre os releva de ese juramento.

La vieja volvió a dejarse caer en el diván, retorció desesperadamente sus manos huesudas y grasientas y acabó por decir:

—Está bien. Si insistís en ello, cuando lleguemos a San Francisco os probaré mi inocencia.

—No; ha de ser ahora mismo. Soy demasiado listo para dejaros ganar tiempo.

—Dios no os manda exigir tanto ni ser tan malicioso, padre. Os juro que cumpliré con lo que os prometo.

—Nada de evasivas... El tren ha reducido su marcha, lo que indica que vamos a llegar a una estación... O habláis u os entrego a los gendarmes. Ellos se encargarán de arrancaros a palos vuestro secreto.

La vieja volvió a guardar silencio, dirigiendo al falso dominico miradas de rencor, y de pronto, advirtiendo que, en efecto, el tren iba a detenerse de un momento a otro, y que si aquel religioso se lo proponía podía hacerla prender por los gendarmes, se inclinó hacia él, preguntándole con sofocada ira:

—¿Me prometéis no descubrir a nadie el secreto que voy a revelaros?

—Os lo prometo por mi hábito—contestó Lucas solemnemente.

—Pues bien: estos cien mil francos me los ha entregado la reina de Istralia.

—¿La reina de Istralia?—repitió Lucas, manifestando incredulidad—. Id a otro con esa historia... Los reyes suelen ser generosos, pero nunca hasta el extremo de desprenderse de cien mil francos para hacer una limosna a una mendiga.

—Habláis así porque no estáis al tanto del asunto... Su majestad no me ha entregado esos cien mil francos con el propósito de hacerme una limosna, sino para inducirme a guardar un secreto.

—¿Y ese secreto...? ¡Explicaos, por vida de Cristo!

—Es el siguiente: Alcira de Serajev es mi hija.

Canevari abrió la boca y puso los ojos en blanco.

—Pero..., pero...—balbuceó—, ¿cómo os arregláis para inventar esas mentiras?

—Es la verdad, padre, la pura verdad... Alcira de Serajev, la reina de Istralia, es mi hija. Su nombre de pila era Paulina, y yo, su madre, me llamo Silvia Moneti. Hace siete años, Paulina era una muchacha de una belleza extraordinaria; sobre un viejo carretón de bohemios, mi marido y yo la paseábamos por los pueblos de la provincia de Nazareth y ella entusiasmaba a las gentes con sus ejercicios acrobáticos y volvía locos a los hombres con sus sonrisas. Un día nos unimos a una numerosa compañía de titiriteros, cuyo director, entusiasmado con Paulina, nos ofreció una paga ventajosa; pero para nuestra desgracia, la chica disfrutó poco tiempo de esa paga. Cierta noche desapareció misteriosamente de la compañía, sin que nadie pudiera dar con su rastro. Ciertas malas lenguas hicieron correr la especie de que se había fugado en compañía de un hombre rico, y hubo hasta quienes dijeron que se había suicidado arrojándose a un torrente, cansada de los malos tratos que le dábamos... Esto último era completamente falso, pero nosotros no podíamos impedir que las gentes lo creyesen y nos señalasen con el dedo. En fin: lo cierto es que pasaron siete años sin que yo volviese a tener noticias de Paulina, hasta que hace unos meses cayó en mis manos una revista ilustrada en la que aparecían varios retratos de la joven reina de Istralia. Al mirar aquellos grabados, me quedé hecha de piedra. La reina era mi hija, el vivo retrato de mi hija. Y después de pensarlo mucho, me propuse averiguar qué había de cierto en mis sospechas.

"Hace cosa de diez días me presenté en Palacio. Los solda-

dos de la guardia me apalearon, pero la reina, que me vió desde uno de los balcones, mandó que me soltasen y que me condujesen a su presencia. La reconocí y me reconoció. Pero no quiso que le recordara nada del pasado, y comprendiendo mi situación, me entregó los cien mil francos que llevo aquí escondidos, haciéndome jurar que no diría a persona alguna de este mundo que Alcira de Serajev, la reina de Istralia, no era otra que la hija de unos bohemios que hace siete años la exhibían por los pueblos de la provincia de Nazareth. Cuando hube prestado ese juramento, me ordenó saliese inmediatamente del territorio istraliano y que no volviese a poner los pies en este país si quería tener segura mi cabeza sobre los hombros...

"¡Imaginad el peligro a que me expongo al revelaros estas cosas! El caso es que yo me preparé a cumplir inmediatamente con sus deseos, y para ello me dirigí a la frontera, después de sustituir mis andrajos de mendiga por estas ropas que llevo puestas; pero al llegar al límite de mi país, me encontré con que si quería penetrar en el vecino era necesario presentase mis papeles en regla. Tomé de nuevo el tren para volver a San Francisco a procurarme éstos, y heme aquí en viaje a esa ciudad. Mas a todo esto, no os he dicho una palabra de las inquietudes que en mí suscitaba a toda hora la enorme suma de dinero que llevo encima."

Calló la vieja, y una respiración jadeante reemplazó a sus palabras, pronunciadas con gran precipitación. Canevari la había escuchado mudo de estupor, sin osar interrumpirla una sola vez y sin saber qué pensar de cuanto oía.

¿Mentía aquella mujer?

Hubo de reconocer que una historia como la que acababa de referirle no se improvisa fácilmente, y menos por parte de una mujer desprovista, al parecer, de toda ilustración. Por lo demás, aquella vieja hubiera podido inventar cualquier otra fábula sin necesidad de hacer figurar en ella a la reina de Istralia.

¡Alcira de Serajev, hija de aquella vieja repulsiva que tenía delante!

En ese caso, ¿qué había sido de la verdadera princesa de Serajev? ¡Ah! Bien podía tener razón Silvia Moneti: la conducta procaz y sanguinaria de la reina de Istralia acusaba en todo momento el origen que aquella mujer le atribuía. No. Aquella hiena no podía haber sido engendrada por los príncipes de Serajev, de tan ilustre prosapia. Si la Moneti no había mentido, y Canevari se sentía inclinado a dar fe a sus palabras, por el acento de sinceridad con que las había pronunciado, siempre quedaba en pie otro misterio espantoso, sórdido: ¿cómo Paulina, la acróbata, había ocupado el puesto de Alcira, la hija de los príncipes de Serajev? ¿Qué había sido de la legítima princesa? ¿Cómo había podido efectuarse aquella sustitución? ¿Quién había movido los hilos de aquella trama infernal?

En este punto de sus pensamientos, un nombre se escapó de los labios de Lucas:

—¡Lisandri!

Y apretó los puños.

—¿Qué palabra es ésa que acabáis de pronunciar?—preguntó la vieja, que lo miraba anhelante.

El marqués se pasó una mano por la frente.

—Nada, un latín...—murmuró confuso.

—Pero, ¿qué pensáis de lo que acabo de referiros?... ¿Os dais perfecta cuenta de mi situación?... ¿Me traicionaréis?

—Podéis estar tranquila; ni mi honor ni el hábito que visto me permitirían hacer público el secreto que acabáis de confiarme. Pero decidme: ¿cómo ha podido vuestra hija convertirse en la reina de Istralia?

—No lo sé; no podré saberlo jamás...

—¿No os habló de ello vuestra hija?

—No; en todo momento no me dirigió más que las palabras estrictamente necesarias.

—Cuando lleguéis a San Francisco, ¿iréis a visitarla?

—¡Dios me libre de tener ese propósito! Me lo ha prohibido, y tiene razón.

—Es natural; a ella le conviene ocultar los lazos que la ligan

a vos. ¿De manera que tan pronto tengáis en vuestro poder esos papeles desapareceréis de San Francisco para no volver a poner los pies jamás en esa ciudad?

—Eso es lo que tengo ordenado.

—Y haréis muy bien en cumplirlo; vuestra hija así podrá reinar tranquila sobre todos sus súbditos. Después de todo, ¿qué más se les da a los istralianos que su reina sea hija de príncipes o de bohemios? El caso es que gobierne bien. ¿No lo creéis así?

—Pienso como vos, padre. ¿Habéis quedado satisfecho con mis explicaciones?

—Completamente satisfecho. Lejos de tratar de crearos dificultades, procuraré ahora ayudaros a que logréis vuestro deseo.

—¡Sois un verdadero santo!

—Echaos a dormir ahora, si queréis. Cuando termine de repasar mis oraciones, os despertaré para que podáis estar alerta y cuidar de vuestro dinero mientras yo duermo.

—¡Magnífico! No me vendrá mal un instante de reposo. Da gusto entenderse con hombres como vos.

Diciendo esto, la Moneti se tendió en el diván, y satisfecha de haber dado con un hombre prudente que podía serle muy útil, cerró los ojos, no tardando en quedarse profundamente dormida.

Entonces, Canevari cerró su libro de oraciones, dirigió una profunda mirada a la antipática mujer, y abriendo con sigilo la puerta, se dirigió al compartimento donde se encontraban sus dos amigos.

—¡Tú aquí!—exclamó Oscar Luis, incorporándose en el diván donde en vano trataba de conciliar el sueño—. ¿Te has desembarazado ya de tu devota admiradora?

—No, sire. He venido con el tiempo justo de contaros una historia—respondió Lucas con toda gravedad.




## CAPITULO LXIII

### Una carta que produce alarma

UNA historia?... ¿Y qué historia es ésa?—inquirió extrañado el rey, al propio tiempo que Montespín despertaba y se ponía de pie, exclamando al ver allí a Lucas:

—¡Hola! ¡Ya tenemos en nuestra compañía al excelente fraile! ¿Qué has hecho de la vieja?

—Duerme—dijo Canevari—. Prestad atención ahora a lo que voy a referiros. Os interesará mucho, sobre todo a vos, sire.

Y comenzó:

—Había en la provincia de Nazareth cierta familia de bohemios, formada por el matrimonio y una hija de gran hermosura que tenía por nombre Paulina, la cual ganaba su sustento y el de su padres exhibiendo sus formas ante los aldeanos de la provincia y entreteniéndolos con sus ejercicios acrobáticos...

—¡Rayos!—interrumpió Eduardo—. ¿A qué viene ese cuento a semejantes horas, que son las de descansar?

—No tardarás en comprenderlo—respondió Canevari—. Domina tu impaciencia y déjame continuar.

Y siguió refiriéndoles la historia casi fantástica que acababa de escuchar de labios de Silvia Moneti.

De pronto, Oscar Luis, pálido, demudado, se puso de pie y avanzó hacia el narrador, cogiéndole fuertemente por una muñeca.

—¡Basta!—gritó—. ¡Basta! ¿De dónde has sacado todas esas aberraciones?

—¿Quién te ha contado esa historia increíble?—preguntó Montespín.

—Acabo de oirla de labios de la propia Silvia Moneti, madre de Paulina, la acróbata, alias Alcira de Serajev.

—¡Ah! ¿Luego Silvia Moneti es esa vieja?

—Ella en cuerpo y alma, sire.

—¡Habría que estrangularla!

—¡Calmaos, señor!... No creo que esa infeliz tenga culpa alguna de los actos de su hija.

—¿Y si te hubiese engañado?—preguntó Eduardo—. ¿Y si hubiese inventado esa historia para descubrir quiénes somos y perdernos?

—No. Respondo que no ha sido ésa su intención. Por otra parte, no creais que me ha hecho tales confidencias por impulso propio; hube de obligarla a ello amenazándola con acusarla de haber robado esos cien mil francos que tiene en su poder y entregarla a los gendarmes en la primera estación en que parase el tren... Pero el tiempo pasa, amigos míos; la vieja puede despertar, y si no me viese a su lado, pensaría que le he hecho traición. Decidme: ¿qué hacemos con ella?

El rey y Montespín cambiaron una mirada.

—Yo no sé que aconsejar—murmuró este último.

—Debe descartarse todo lo que no sea retorcer el pescuezo a la maldita—dijo Oscar Luis, apretando los puños.

—De eso trataremos después que se lo hayamos retorcido a Lisandri, a la falsa Alcira de Serajev y a toda su camarilla

de bandidos—respondió Lucas—. ¿No se os ocurre que esa mujer pueda sernos útil para alcanzar nuestros propósitos?

—No veo en qué podríamos emplearla—manifestó Eduardo—. Todo lo que sea sostener trato con ella en San Francisco envuelve para nosotros un peligro.

—Soy de tu opinión, Montespín—dijo el rey.

—En el fondo, yo también estoy de acuerdo con vosotros—declaró Canevari—. ¡Ea, señores! Dejadme volver al lado de mi protegida... No cerraré un ojo en toda la noche, por si acaso, y al amanecer ya me tendréis en vuestra compañía.

Diciendo esto, abrió la puerta y salió del compartimento para meterse en aquel donde Silvia Moneti seguía durmiendo con un sueño tranquilo y profundo.

—¡Misterios de la naturaleza!—exclamó Lucas contemplándola—. ¿Quién diría que este pingajo humano ha sido capaz de lanzar al mundo la criatura que debía cambiar el curso de la historia de un reino, tener en jaque a un soberano y a sus amigos y desencadenar sobre todo un país los horrores del hambre y de la tiranía. ¿Cómo habrá podido subir tanto Paulina, la acróbata?

* * *

—Cada día que pasa—dijo Oscar Luis al quedar solo con Eduardo—, se nos revelan nuevos horrores, que sólo sirven para envenenar mi vida. ¿Cómo ha podido la hija de esa mujer a quien Canevari está haciendo compañía ocupar el puesto de la joven princesa de Serajev, la mujer que yo creía haber llevado al altar?

—Son muchos los misterios que flotan alrededor del trono de Istralia, sire, para que podamos desentrañarlos con la rapidez deseada. Olvidemos por ahora para no pensar más que en obtener la victoria sobre nuestros enemigos. Una vez que seamos los dueños de la situación, todo se pondrá en claro fácilmente.

Oscar Luis se encogió de hombros, y respaldándose en el asiento, pareció sumirse en dolorosos recuerdos. Eduardo, sentado frente a él, le observaba sin sentir ya deseos de dormir.

Al hacerse de día, Canevari, como lo había prometido, entró en el compartimento donde estaban sus dos amigos.

—¿Habéis dormido?—les preguntó.

Oscar Luis y Eduardo contestaron negativamente.

—Yo he sido más afortunado que vosotros; pero, en cambio, el sueño de esa maldita vieja tuvo una duración de cinco horas; así es que cuando me llegó el turno de pegar los ojos faltaba ya poco para el amanecer.

—¿Volverás a verla?—preguntó Eduardo.

—Me prometió venir a saludarme antes de descender del tren en San Francisco.

—¿Te ha referido alguna otra cosa de interés?

—No; no creo que tenga ya nada más que contarme. La condenada desconfía más que un judío. Volvió a hacerme prometer que no diría a nadie una palabra de la historia que me ha referido.

Guardó silencio, y reparando en la preocupación del rey, le preguntó cariñosamente:

—¿En qué pensáis, sire?

—En lo que debemos hacer dentro de dos horas, cuando lleguemos a San Francisco.

—Trasladarnos al convento de los padres Dominicos, como hemos acordado con el señor Pagalios, y aguardar allí a éste.

—Pero, ¿estará ya en Istralia el embajador? Aún no se nos ha reunido, a pesar de habernos asegurado que lo haría.

Iba Canevari a contestar, pero se detuvo al oír que alguien golpeaba con los dedos el cristal de la puerta del coche.

—¿Será tu protegida, la vieja?—preguntó Eduardo al marqués.

—No. Es un hombre—dijo Oscar Luis.

—¡Adelante!—exclamó Lucas.

La puerta se abrió, y los tres amigos vieron aparecer a un hombre envuelto en un grueso abrigo con cuello de piel.

—Soy de la policía—dijo enseñando una medalla que llevaba prendida bajo la solapa—, y tengo la misión de inspeccionar los pasaportes de los viajeros; tened, por lo tanto, la bondad de enseñarme los vuestros.

—No hay inconveniente—contestó Eduardo, que no había perdido nada de su sangre fría—. He aquí el mío.

Casi al mismo tiempo, Oscar Luis y Canevari le alargaron los suyos.

—Está bien—dijo el policía después de examinarlos detenidamente, devolviéndolos a los tres religiosos—. Podréis entrar en San Francisco sin cuidado alguno.

Y salió de allí, dándoles los buenos días.

No habían pasado dos minutos desde que el policía saliera, cuando volvieron a llamar a la puerta.

—¿Quién será ahora?—se preguntó Canevari.

Y antes de que invitasen a entrar al que llamaba, la puerta se abrió, y un sujeto de poblada barba gris apareció ante los tres amigos.

—Los pasaportes—exigió.

Pero al oír su voz, Oscar Luis, Montespín y Lucas se miraron llenos de asombro.

—Vamos, marqués, vamos, sire, vamos, señor capitán—siguió el recién llegado con gran severidad—: ¡vuestros pasaportes!

Y al mismo tiempo cerró, empujándola con el pie, la puerta del compartimento.

—¡Rayos y centellas!—exclamó Lucas poniéndose de pie—. ¡Pero si es el embajador, amigos míos!

—¡Señor Pagallos!—exclamaron a un tiempo Oscar Luis y Eduardo, que lo habían reconocido a la vez que Canevari, a pesar de su barba postiza.

El embajador sonrió y les tendió las manos.

—Amigos míos—dijo—. Ya habíais perdido la esperanza de verme durante el viaje, ¿verdad?

—Lo confieso—respondió el rey.

—Estábamos intranquilos por vuestra suerte—declaró Canevari.

—¿De dónde venís?—preguntó Montespín.

—De París, como vosotros.

—¿Pero en el mismo tren?

—En el mismo.

—Es extraño. ¿Cómo no os hemos visto entonces?

—Procuraba ocultarme de vosotros por temor de que al reconocerme hicieseis algún gesto o pronunciaseis alguna palabra que sirviese para descubrirnos a los ojos de los espías.

—¿Y creéis que ahora ha desaparecido ese peligro?

—Por unos cuantos minutos apenas. El espía apostado en este vagón ha pasado al inmediato, siguiendo al policía que revisa los pasaportes.

—¿De manera que conocéis a ese espía?

—Viaja en mi compartimento.

—¿Sospecha de vos?

—Nada en absoluto.

—Lleváis una corbata de artista, señor Pagallos—hizo notar Eduardo—. ¿Es que os hacéis pasar por tal?

—Mi pasaporte reza: "Claudio de Muro, violinista."

—¿Y lleváis vuestro instrumento?

—Sí, y con él he dado un concierto al espía de Lisandri, que, por cierto, encontró admirable mi ejecución.

—Sois un hombre ingenioso, señor Pagallos—dijo Oscar Luis—. ¿Pensáis marchar con nosotros al convento de los padres Dominicos en San Francisco

—No, yo me reuniré después con vosotros en ese lugar. Id sin temor alguno. Mi primo, el prior, sabe ya a qué atenerse y os recibirá con todos los honores.

—¿Sabe que soy el rey?

—Todavía no; eso es cosa que le explicaré personalmente, sire.

—Pero, ¿os veremos hoy?

—Sin duda alguna, majestad. Ahora permitid que vuelva a ocupar mi sitio... El agente de Lisandri puede pasar por aquí de un momento a otro.

Y estrechando la mano a los tres jóvenes, el señor Pagallos salió de allí para ir a ocupar su puesto en un compartimento situado en el extremo del vagón.

* * *

Una hora y media más tarde, el tren entraba en la estación de San Francisco.

Cuando acababa de descender de él con sus compañeros, Canevari se sintió coger por un brazo. Volvióse y se encontró en presencia de la Moneti.

—Adiós, padre—le dijo ésta dándole la mano.

Y bajando la voz y mirando con desconfianza en torno suyo, agregó:

—Recordad vuestra promesa, padre: ni una sola palabra a nadie acerca de lo que os he referido.

—Id tranquila—contestó Lucas de malhumor.

Y apartándose de ella, corrió para alcanzar a sus amigos, que estaban para salir de la estación.

Tomaron un coche, ordenando al auriga que los condujese al convento de los Dominicos.

La ciudad ofrecía un aspecto tristísimo aquella fría y brumosa mañana de Marzo. A pesar de ser ya las nueve, hora en que en tiempos normales la urbe estaba en plena actividad, se veía a muy poca gente en las calles, y la mayoría de las tiendas aparecían cerradas. El tráfico era casi nulo; los pocos tranvías circulaban por las vías centrales, rodaban vacíos, en medio de un silencio de cementerio, y los pocos automóviles que encontraron estaban ocupados por gentes de armas, advenedizos con

aire de tragamundos, que lanzaban miradas amenazadoras a diestro y siniestro.

Y a medida que el carruaje, tirado por una pareja de caballos esqueléticos, los conducía a través de la ciudad, los tres jóvenes sentían oprimírseles dolorosamente el corazón. Aquello no era San Francisco, la alegre y turbulenta capital de Istralia, en la que ellos habían nacido y vivido hasta siete meses atrás. ¿Dónde estaba su animación risueña de urbe grande y feliz? ¿Quién se había tragado a sus encantadoras mujeres? ¿Qué había sido de los hombres, esos animosos istralianos que llevaban en la mirada la satisfacción de vivir? Sólo alguna que otra criatura macilenta, de edad indefinida, envuelta en andrajos, se atrevía a andar por las calles silenciosas, pegándose tímidamente a las paredes.

—¡Pobre patria!—exclamó Oscar Luis con una especie de sollozo—. ¡Si resucitase mi padre, aquel gran rey, y contemplase a su país en la agonía!...

Eduardo y Lucas sintieron que sus ojos se humedecían; luego el primero murmuró, estrechando con fuerza una mano del joven monarca:

—¡Hay que salvar a Istralia, sire!... ¡Hay que salvarla, antes que perezca del todo!

Se cruzaron con un piquete de soldados armados hasta los dientes que conducían esposados a dos infelices cuyos ojos ardían de fiebre. Fijándose en los tres religiosos, uno de los prisioneros exclamó con voz ronca:

—¡Rezad por nosotros, padre! ¡Van a fusilarnos porque nos hemos atrevido a pedir pan para nuestros hijos!

Uno de los soldados que marchaban detrás del reo levantó su fusil y descargó un golpe tan fuerte con la culata del mismo en la cabeza del desgraciado, que éste rodó sobre las piedras del arroyo como fulminado por un rayo.

—¡Canalla!—exclamó Canevari, cuyos dientes rechinaron de indignación—. ¡Daría la mitad de mi vida por encontrarme a solas contigo e invitarte a enarbolar el fusil sobre mi cabeza!

—Silencio—dijo Eduardo—. ¿No comprendes que pueden oirte?

Oscar Luis nada dijo, pero la palidez de su rostro se había acentuado a la vista de aquel acto de crueldad, y sus manos, crispadas por la ira, temblaban ligeramente.

Minutos más tarde, el coche se detenía en la puerta del convento de los Dominicos, un edificio vasto y severo del siglo XVIII, y los tres falsos religiosos, después de despedir al auriga con una buena propina, fueron introducidos en él por un hermano que acudió a recibirlos en nombre del prior.

* * *

A mediodía, Pagallos, con su disfraz de artista, y su violín bajo el brazo, se runía con Oscar Luis, Canevari y Montespín en las habitaciones que les habían destinado en el convento.

—Acabo de conferenciar con el prior—les dijo—, y le he expuesto con toda claridad nuestra situación y los propósitos que perseguimos. Mi excelente primo, al principio, tuvo miedo de mezclarse en una conjura semejante; pero al hacerle ver que el rey de Istralia, el verdadero rey, estaba con nosotros, y que la salvación de Istralia podía depender de la ayuda que nos prestara, se tranquilizó y se manifestó dispuesto a dar su vida en defensa de nuestra causa. Esta tarde, sire, antes de la hora de la oración, vendrá a presentaros sus respetos y a ofrecerse a vos en cuerpo y alma.

—No tienen precio los servicios que me estáis prestando, señor Pagallos—dijo Oscar Luis conmovido—. No sólo habéis salvado mi vida y la de mis dos fieles amigos, sino que ahora os habéis constituído en el piloto que enfila hacia la victoria la maltrecha barca de nuestra causa.

—No me prodiguéis, señor, elogios que no merezco. No hago más que cumplir con mi deber como buen istraliano. ¿Sabéis que he pensado presentarme esta misma tarde al mariscal Calveti?

—Iré con vos—dijo Oscar Luis.

—Cuidaos muy bien de ello, sire. El anciano mariscal debe vivir sometido a la más estrecha vigilancia, y vos sois demasiado joven para no despertar recelo en los espías de Lisandri. Dejadme hacer a mí; yo me pondré de acuerdo con el ilustre guerrero.

—Conozco a Calveti y sé que querrá verme para creeros. Es hombre desconfiado, y en los tiempos que corremos, su desconfianza tiene que haber ido en aumento lógicamente.

—Entendido; yo concertaré con él la forma en que deberá realizarse la entrevista.

Puestos de acuerdo sobre el particular, el embajador, terminado al almuerzo, abandonó el convento con la caja de su violín bajo el brazo para dirigirse a casa del mariscal Calveti.

Para Oscar Luis, Lucas y Montespín, la gestión que iba a emprender el señor Pagallos cerca del viejo guerrero era de una importancia enorme. El mariscal era la encarnación viva de todas las glorias militares de Istralia. Si conseguían la promesa de su ayuda, podían dar por casi asegurada la victoria, puesto que el ejército entero habría de obedecer sus órdenes y seguir ciegamente a Calveti.

Pero e a tarde el embajador no logró ver al glorioso militar, que había ido a pasar el día en la quinta de un sobrino suyo, situada a una hora de ferrocarril de la capital.

—Volveré mañana a llamar a la puerta de su casa—dijo—. Estoy seguro que si ha regresado de la quinta de su sobrino me recibirá en seguida.

* * *

Y, en efecto, el señor Pagallos, a la mañana siguiente, logró que el anciano mariscal le recibiera en el despacho de su residencia en San Francisco.

La entrevista duró algo más de una hora, y al salir de la casa del glorioso militar, una sonrisa de satisfacción jugueteaba en los labios del simpático embajador.

—¡Albricias!—exclamó al encontrarse en presencia del rey y de sus amigos—. ¡Albricias, sire! Calveti no espera más que le probéis con vuestra presencia que cuanto le he referido es cierto para ponerse incondicionalmente a vuestras órdenes... Le he prometido que esta noche, entre diez y once, iréis a visitarle...

—¡Muy bien!—dijo Oscar Luis, cuyas pupilas brillaron de contento—. Iré a ver al mariscal. ¡Llegaré a su presencia, aunque para ello me sea preciso atravesar todo el infierno!

—No podéis imaginaros, majestad, el estupor del mariscal cuando después de darme a conocer le referí la tragedia del trono de Istralia... Unas veces me creía, otras dudaba, y sus manos, todavía enérgicas, que tantas metas gloriosas señalaron al ejército de Istralia, se crispaban temblando sobre su mesa de trabajo... Guardaré un recuerdo imperecedero de esta entrevista; había momentos en que yo debía hacer esfuerzos inauditos para contener mis lágrimas delante de aquel héroe de setenta y cinco años.

—¿Se lo habéis referido todo, todo, incluso lo sucedido en Berlín?

—No he omitido nada de cuanto sé, sire.

—Señores—dijo en aquel momento una voz grave en la puerta de la salita donde se encontraban reunidos, ¿otorgáis vuestro permiso?

Todos se volvieron. Era el prior de los Dominicos quien acababa de hablar, un anciano de expresión dulce y cabellos blancos como los copos de nieve.

—Entrad, primo—le contestó el señor Pagallos saliéndole al encuentro—. ¿Venís a traernos alguna noticia?

El religioso saludó al joven soberano con una profunda reverencia, dirigió a Montespín y a Canevari una sonrisa amistosa, y exhibiendo un papel, dijo:

—He aquí una carta que presumo ha de ser para alguno de vosotros. Procede de Francia y va dirigida a un tal Baltasar Remis, que, por cierto, no pertenece a este convento...

—Es para mí esa carta, reverendo—dijo el señor Pagallos—. Desde París indiqué a mi familia que cuando me escribiesen a Istralia pusiesen esas señas en el sobre.

El prior le entregó la carta, y después de cambiar algunas palabras con Oscar Luis y sus amigos, que llevaban puestos todavía los hábitos al amparo de los cuales habían entrado en Istralia, se retiró para volver a sus piadosas ocupaciones.

Entretanto, el señor Pagallos había abierto la carta con una expresión de gozo infantil retratada en su semblante desfigurado por la barba postiza; pero de pronto, al leer las primeras palabras, esa expresión de gozo se eclipsó como por encanto, y el excelente diplomático acabó por lanzar un grito de dolor y de rabia.

—¿Qué os sucede?—le preguntó Canevari acercándosele.

—¡Maldición!—exclamó el buen hombre, que temblaba como bajo el peso de una desgracia terrible—. ¡Mi esposa!... ¡Mi pobre hija!...

Montespín, al escuchar estas palabras, se precipitó hacia él.

—¿Qué pasa?... ¿Qué desgracia amenaza a la señora Catalina y Ada?

—¡Es horrible!—continuó el embajador sin lograr serenarse—. Tomad, leed, Montespín... Leed vos, que las habéis conocido, y juzgad...

Y entregó la carta, que estrujaba entre sus manos temblorosas, el capitán de Coraceros, quien leyó en alta voz, presa de indecible emoción:

"Querido papaíto: Estas líneas tienen por objeto acusar recibo a la carta que nos has dirigido desde París anunciándonos tu inmediata partida para San Francisco, y al mismo tiempo, participarte que es más difícil de lo que tú supones engañar a mujeres.

"Si no sabemos ya de un modo concreto los motivos que te inducen a realizar ese viaje a Istralia, los hemos adivinado

mamá y yo haciendo hablar al barón Novelli, que se hospeda en este mismo hotel.

"Este caballero, que al principio nos creyó enteradas de tus proyectos, nos dió a entender muchas cosas que ahora no queremos decirte para ahorrarte una rabieta.

"Cuando regreses a nuestro lado, será la hora de ajustar cuentas contigo.

"No te reprochamos que sirvas fielmente a su majestad la reina madre; pero nos parece que tenemos derecho a que nos des un trato menos "diplomático" y sí más franco y cariñoso.

"Abrigamos el temor de que la misión que estás desempeñando es de algún peligro, por más que el barón Novelli, que nos visita a menudo y que está enterado de todo, pretenda hacernos creer lo contrario.

"Mamá y yo no cesamos de pedir a Dios que vele por ti y te conceda la victoria, esa victoria que, según el secretario de la reina madre, ha de granjearte las simpatías y el agradecimiento de todos los istralianos.

"No te apures por nosotras: nuestra salud es excelente, y los días que hace buen tiempo procuramos distraernos un poco paseando por la ciudad.

"Escríbenos en seguida, vuelve pronto, y para que por todo lo dicho no tengas remordimientos de conciencia, recibe el corazón de tu pequeña, que te adora y no puede vivir lejos de ti,

*Ada.*"

* * *

Esta carta produjo en todos el efecto de una bomba.

Inmediatamente comprendieron el peligro a que estaban expuestas aquellas dos mujeres.

—¡Novelli en Marsella!—exclamó Oscar Luis, rechinando los dientes—. ¡Ah! ¡Se comprende que el canalla ha venido siguiéndoos los pasos desde Berlín!

—¡Hay que advertir en seguida a vuestra señora y a vuestra hija del peligro que para ellas entraña la amistad que finge profesarlas ese bribón!—agregó Canevari.

—¡No! ¡Ese no es el procedimiento—declaró Eduardo excitadísimo—. Hay que hacer algo más que advertirles del peligro a que están expuestas: ¡hay que ir a Marsella y quitar de en medio a ese miserable!





## CAPITULO LXIV

### Viaje aéreo

El embajador dió una vuelta por la habitación, haciendo gestos y ademanes de hombre desesperado.

—Advertirles del peligro que corren—murmuraba—. Ir allí. ¡Todo inútil! Siempre llegaremos tarde para impedir que el cómplice de Lisandri realice sus siniestros designios. ¿Y cómo abandonar Istralia, adonde tanto nos ha costado llegar, para correr en ayuda de esas dos tontas? ¿Cómo dejar a un lado vuestra causa, sire? ¡Oh! ¡Por doquiera que se la mire, la situación no tiene remedio. Mi esposa y mi hija van a perecer en las garras de ese canalla!... ¡Vive Dios! ¡Si uno pudiese volar! Pero Marsella está lejos. ¿Qué hacer, señores? Aconsejadme, amigos míos. Sugeridme una idea, sire. Yo he perdido la razón y no sé ya lo que me hago.

—Las vidas de vuestra esposa y de vuestra hija son más

sagradas que mi causa—contestó Oscar Luis—. Partamos para Marsella.

—¡Oh! ¿Partir cuando Calveti os espera esta noche?... ¿Partir, abandonar a la pobre patria agonizante para no llegar a tiempo probablemente de salvar dos vidas?... No, sire: ese no es el camino. Me aconsejáis una cobardía.

Montespín, con ademán resuelto, avanzó hacia el señor Pagallos.

—¡Atención!—exclamó—. Yo iré a Marsella en ayuda de vuestra esposa y de Ada y regresaré a tiempo para que su majestad no tenga que echar de menos mi espada de istraliano ni mi corazón de amigo.

Todos le miraron con el asombro retratado en sus semblantes.

—¿Pensáis en los peligros que tendréis que vencer para salir de Istralia? — le preguntó el embajador, conmovido—. ¿Pensáis en el tiempo que ha de llevaros ese largo viaje? ¡Llegaréis tarde, necesariamente!

Eduardo se inclinó ante el joven monarca.

—Sire, ¿me autorizáis a partir?

—Parte—contestó el rey.

—Gracias, sire. Si Dios no me abandona del todo, hoy, en las primeras horas de la noche, estaré en Marsella.

—¡Estáis loco!—exclamó el señor Pagallos—. ¿Cómo vais a recorrer en tan pocas horas la distancia enorme que separa Marsella de San Francisco?

—Volando—contestó Eduardo.

Pasando a una pieza inmediata, cogió su sombrero de dominico y su libro de oraciones—durante su estancia en el convento, había reemplazado su disfraz de sacerdote por el hábito de los buenos frailes—, y volviendo junto a sus amigos, les tendió las manos, diciendo:

—Adiós, señores. Tranquilizaos, señor embajador: algo me dice que llegaré a tiempo de frustrar los planes de Cosme Novelli.

Los ojos del señor Pagallos se humedecieron, y ahogado por la emoción, vió salir a Eduardo sin poder dirigirle una sola palabra de agradecimiento.

—¿Qué proyecto abrigará ese loco? — preguntó Lucas, impresionado por la resolución que acababa de adoptar su amigo—. ¿Cómo demontres se las arreglará para llegar a Marsella en las primeras horas de la noche, como acaba de manifestar?

—Eduardo no habla en vano—dijo Oscar Luis—. Dejémosle hacer.

Y avanzó hacia el señor Pagallos, que se había dejado caer en un banco, con la cabeza entre las manos, para dirigirle frases de aliento y de consuelo.

* * *

Al salir del convento de los dominicos, Eduardo Montespín subió al primer coche que encontró en su camino, ordenando al conductor:

—¡A toda prisa al aeródromo!

El auriga fustigó a la pareja de caballos que tiraba del carruaje, y a buen trote salieron de la ciudad para detenerse quince o veinte minutos después ante un pequeño edificio de dos pisos, construído en la entrada del campo de aviación, y sobre el cual flameaba la bandera istraliana.

El falso dominico se apeó del carruaje, puso una moneda de cinco francos en la mano del cochero, que le dió las gracias repetidas veces, y acercándose al soldado que montaba la guardia delante de aquel edificio, le preguntó:

—¿Está en su despacho el coronel Mothus?

—Sí, padre—contestó el centinela, mirando con curiosidad a aquel dominico—. ¿Deseáis verle?

—Sí; anúnciame a él.

—¿Vuestro nombre, padre?

—No es preciso que se lo digas. Soy amigo del coronel. Quiero darle una sorpresa.

—Aguardaos unos segundos.

El centinela entró en el edificio, de donde volvió a salir a los pocos instantes, diciendo al dominico, que parecía esperarle presa de gran impaciencia:

—Entrad, padre. El coronel os espera.

—No es preciso que me acompañes, muchacho — dijo el falso dominico al soldado—. Conozco el camino.

El centinela, que se disponía a guiarle hasta el despacho del coronel, se detuvo y se hizo a un lado para darle paso. Eduardo avanzó por un ancho corredor que le era bastante familiar, y fué a golpear con la yema de los dedos el cristal de la puerta de la oficina del jefe de los servicios de aeronáutica.

—Entrad—le contestó una voz que también le era familiar.

Empujando la puerta, Montespín se encontró en el interior del despacho del coronel Mothus, un hombre como de cuarenta años de edad, de cabellos ya grises, que estaba sentado ante su mesa de trabajo cargada de papeles y de mapas.

—Buenos días, Joaquín—saludó el falso dominico, avanzando hacia aquel hombre después de haber cerrado la puerta tras de sí

El coronel se levantó de su asiento, mirando a Montespín con ojos agrandados por el estupor.

—Pero, ¿será posible?—balbuceó—. ¿Qué veo?... Eduardo, ¡vive Dios! ¿Eres tú?

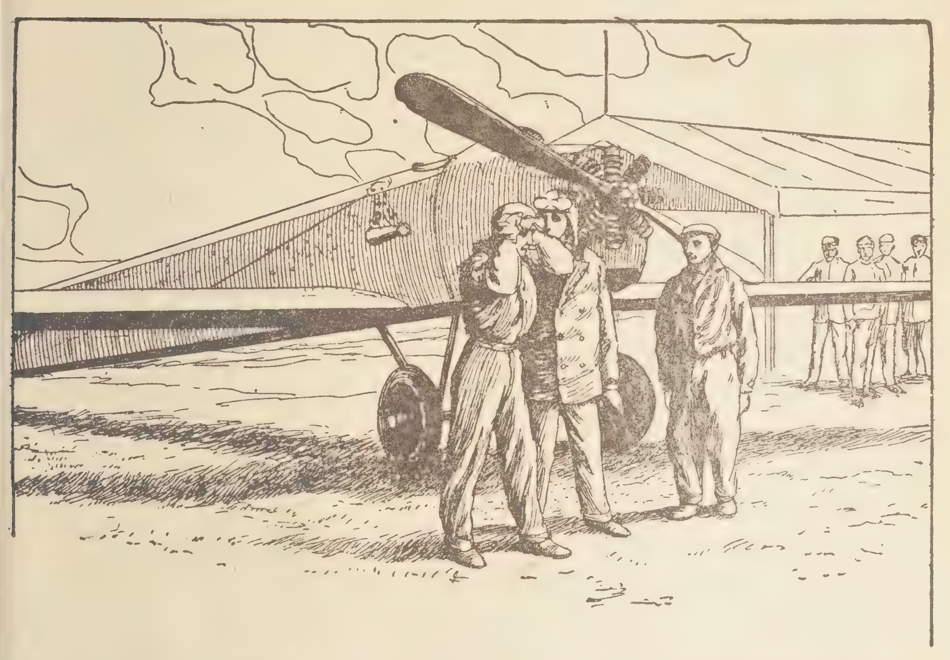
—¿Lo dudas aún?—respondió Montespín tirando el sombrero y el libro de oraciones sobre una silla—. Yo soy, coronel, yo en carne y hueso.

El coronel seguía mirándole estupefacto, sin decidirse a creer en lo que sus ojos descubrían.

—Pero con ese hábito...—murmuraba Mothus—. ¿Cuándo te has metido a fraile? ¿No estabas en Alemania?

—¿Dudas aún de que sea yo?—preguntó Eduardo riendo—. Llevo este hábito para escapar de muchos peligros que me amenazan en mi propio país. En cuanto a mi misión en Alemania, hace ya bastantes días que la he abandonado.

Al pronunciar estas últimas palabras, la risa se había borrado de los labios de Montespín, y sombras de tristeza y de dolor ensombrecieron su rostro.



*Después de haberse encasquetado la gorra y puesto las gafas...*

—¡Amigo mío! ¡Mi buen amigo!—exclamó el coronel abrazándole, desvanecidas ya todas sus dudas—. ¡Puedes decir que me has dado una de las mayores sorpresas que he tenido en mi vida!... ¿Qué haces en San Francisco? ¿A qué debo tu visita?

—He de hablar contigo largamente sobre ello, Joaquín, y

al mismo tiempo pedirte un favor de esos que sólo a los amigos como tú pueden solicitarse.

—Habla, habla sin miedo, Eduardo.

Y al decir esto, el coronel condujo al joven capitán de Coraceros hasta un diván que había adosado a una de las paredes del despacho, le hizo que tomara asiento en él, y a su vez se sentó a su lado.

—Con franqueza, Joaquín. ¿Qué piensas de la suerte de Istralia?

Los ojos del coronel fulguraron al oír estas palabras. Luego murmuró sombríamente:

—Istralia se muere, y es un Nazari quien la asesina atacándola traidoramente.

—¡Basta!—exclamó Eduardo—. Ya sé que eres uno de los que lamentan la suerte de la patria y uno de los que estarían dispuestos a dar su vida por salvarla de la catástrofe suprema que la amenaza. Contigo se puede hablar. ¿Te explicas por qué visto este hábito?

—¡Ah! ¡Tú eres una de las víctimas!

—Ni más ni menos, Joaquín.

—Me lo temía—dijo el coronel inclinando la cabeza y como si hablara consigo mismo—. Tu partida del país me lo dió a entender.

—Mi partida fué un verdadero destierro, Joaquín. Y como si eso fuese poco, en el destierro se trató de asesinarme.

—¡Maldición! — profirió Mothus—. ¡Son inconcebibles tantos horrores! ¡Y que sea un Nazari quien los desencadena sin tasa sobre nuestra querida patria! ¿Con qué pretexto te ha perseguido a ti, que eras uno de sus amigos más fieles, el depositario de toda su confianza?

—No hablemos de ello, Joaquín; este no es el momento. Deseo que me digas únicamente si estás dispuesto a poner tu corazón y tu espada al servicio de la patria.

—No deseo otra cosa—declaró el coronel—que luchar por

la salud y el honor de Istralia; pero, ¿cómo esgrimir nuestras armas, si estamos atados de pies y manos por la tiranía?

—En este momento hay quienes se preocupan de cortar esas ligaduras. Si sonase la voz del sacrificio, ¿te sacrificarías con nosotros?

—Te seguiré a todas partes, Montespín. ¿Hay otros que te secundan? ¿Quiénes son esos otros?

—Permíteme que calle sus nombres en este momento, no por desconfianza hacia ti, sino porque no tengo tiempo que perder en explicaciones. He de partir inmediatamente para Francia, y para ello necesito contar contigo.

—¿Qué quieres de mí?

—Necesito que me facilites uno de tus mejores aviones para ir a Francia en un solo vuelo.

El coronel se hizo hacia atrás en su asiento y miró a Eduardo con la boca abierta.

—¿A Francia en un solo vuelo?—inquirió—. ¿Sabes la distancia que hay de aquí a Francia?

—Mil ochocientos kilómetros de San Francisco a Marsella. Yo sé que tú tienes aparatos capaces de un radio de acción mucho mayor.

—Pero, ¿y las contingencias?

—No quiero ni pensar en ellas. Son las once y media de la mañana, y necesito estar en Marsella antes de las ocho de la noche.

—¿Para qué? ¿Qué tienes que hacer en Marsella?

—Salvar dos vidas.

—¿Amenazadas por los tiranos?

—Tú lo has dicho.

—¿Quiénes son?

—La esposa y la hija de un hombre honrado que se prepara a sacrificarse por la libertad de Istralia.

Mothus reflexionó.

—Mil ochocientos kilómetros — murmuró de pronto—. Tengo un "Junkers" que ha rendido en la última prueba una

velocidad media de doscientos treinta y cinco kilómetros por hora; pero ese aparato debe ser guiado por manos muy expertas, y, por otra parte, no creo que esté en este momento en condiciones de levantar el vuelo. Sería preciso aguardar a mañana.

—¿Qué le falta?—preguntó Eduardo, que le escuchaba devorado por la ansiedad.

—Para un vuelo así, se hace necesario repasar su motor, estudiar su funcionamiento. ¿Cómo lanzarse a una aventura semejante sin estar el aparato en condiciones?

Eduardo se puso de pie.

—Te doy un cuarto de hora de tiempo para que hagas preparar ese "Junkers"—dijo al coronel—. No puedes excusarte de ese favor.

—¡Cielos!—exclamó Mothus poniéndose también de pie. —¡Tú no sabes lo que te dices, criatura! ¡Un cuarto de hora de tiempo para poner un avión en condiciones de emprender un vuelo de mil ochocientos kilómetros sin escalas! Piensa, piensa, desdichado.

Pero Eduardo no quería atender razones, y replicó:

—¡Echa sobre mí todas las responsabilidades; pero no me niegues el permiso de hacer uso del avión!

—¡Muy bonito! ¡Bien se advierte que piensas y dices las cosas alocadamente! Yo, y nadie más que yo, será quien tendrá que cargar con las consecuencias de tu temeridad. Por otra parte, tú no podrás tripular solo el avión; será preciso que yo lo conduzca, que me lance, por lo tanto, contigo a la aventura; y después... que renuncie a regresar a Istralia.

—¿Por qué?

—Ayudándote, me convierto públicamente en enemigo de los tiranos, y por lo tanto, seré expulsado del Ejército, condenado en rebeldía y perderé los pocos bienes que en Istralia tengo.

—No te importe eso, Joaquín. No está lejos el día que

habrás de recobrar todo lo que hoy te roben los tiranos y muchos otros honores. ¡Partamos! No sólo prestarás un servicio al mejor de tus amigos, sino que al mismo tiempo servirás a la patria.

Mothus dió una vuelta al despacho, sumido en profundos pensamientos, y de pronto se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué haces?—le preguntó Eduardo.

—Espérame cinco minutos—dijo.

Y salió.

* * *

Antes de que transcurrieran esos cinco minutos, el coronel estaba de vuelta en su despacho.

—Me has convencido—declaró—. He mandado preparar el avión, y dentro de un cuarto de hora partiremos; pero conste que no me hago responsable de los accidentes que puedan ocurrirnos en el camino.

—Tu pericia de piloto los salvará todos—contestó Eduardo, lleno de alegría, estrechándole una mano.

—¡Ah! Bien se conoce que no entiendes una palabra de aviación, a pesar de que has realizado algunos vuelos en el aeródromo—refunfuñó Mothus—. ¡Volar de aquí a Marsella sin tener siquiera el menor informe meteorológico! ¡Iremos a ciegas, expuestos a todas las sorpresas y sin tener una idea siquiera aproximada de la ruta que debemos recorrer!

—Piloteando tú, estoy seguro de llegar a Marsella antes de las ocho de la noche.

Pero el coronel no pareció escucharle, y prosiguió:

—Y para colmo, si llegamos a Marsella con la piel sana, ¿cómo se premiará mi temeridad y mi sangre fría? Declarándome el Gobierno traidor a la faz del país, o cosa parecida, confiscando mis bienes y poniendo a precio mi cabeza.

—En las actuales circunstancias, Joaquín, es un honor pasar por todo eso. Cuando te refiera lo que ocurre en el trono de Istralia, te sentirás ufano de haberme obedecido.

Mothus se encogió de hombros, y dirigiéndose a un armario que estaba detrás de su mesa de trabajo, lo abrió, sacó de él un mapa, y desplegándolo ante una ventana, se puso a estudiarlo con gran atención.

Pasado un rato se volvió, lo arrojó sobre la mesa, y dirigiéndose a Montespín, dijo:

—Supongo que no tendrás la intención de subir al monoplano con ese hábito. Sobre llamar la atención de todos los del aeródromo, te molestaría en el aire.

—Préstame un gabán y una gorra, y saldré de apuros.

El coronel pasó a la habitación inmediata, trajo un gabán y una gorra de color gris, con orejeras, y entregando estas prendas a Montespín, le dijo:

—Póntelas y salgamos.

En un abrir y cerrar de ojos, el capitán de Coraceros se despojó del hábito de dominico, púsose el gabán sobre su traje de americana, que llevaba bajo las vestiduras religiosas, se encasquetó la gorra y exclamó:

—¡Cuando tú quieras!

—Espera—respondió Mothus—. ¿Piensas dejar ese hábito abandonado en medio de mi despacho?

—Me convendría ocultarlo—murmuró Montespín mirando en torno suyo.

—Lo mejor que puedes hacer es envolverlo en unos papeles y llevarlo al avión. Una vez que remontemos el vuelo ya tendremos tiempo y lugar de dejarlo caer donde nos convenga.

—¡Magnífica idea!—exclamó el joven.

Y envolviendo el hábito en unos papeles que le entregó el coronel, siguió a éste fuera del despacho, llevando bajo el brazo aquel envoltorio.

* * *

Delante de uno de los cobertizos del aeródromo estaba el "Junkers" que debían tripular Montespín y el coronel Mothus.

Dos mecánicos, ayudados por algunos aprendices y un grupo de soldados, repasaban prolijamente las diversas partes del aparato, que era un magnífico monoplano de reciente construcción, de armazón toda de acero y motor de estrella de 400 HP.

—¿Está todo dispuesto?—preguntó el coronel al llegar con Montespín delante del aparato.

Uno de los mecánicos le contestó afirmativamente, y Mothus agregó:

—Traedme en seguida mi blusa de goma, mis gafas y mi gorra.

Uno de los soldados penetró como una flecha en el inmediato cobertizo para salir al instante de allí llevando en la mano lo que el coronel acababa de pedir. Después de haberse éste encasquetado la gorra, puesto las gafas y protegido su uniforme con la blusa de goma, ocupó en el monoplano el puesto del piloto y puso el motor en marcha.

Eduardo se instaló detrás de él, en el lugar reservado al observador, colocando a sus pies el envoltorio del hábito.

Cinco o seis veces paró el motor y otras tantas volvió a ponerlo en marcha el coronel. Aviador tan experto como prudente, quería convencerse de su buen funcionamiento antes de emprender el vuelo.

—¡Atención!—gritó de pronto.

Los mecánicos, con sus aprendices y los soldados, se apartaron del avión, cuya hélice giraba de una manera vertiginosa con un zumbido ensordecedor, y de pronto el magnífico pájaro de acero, después de rodar unos cien metros sobre tierra, se elevó al espacio con sorprendente rapidez.

—¡Buen viaje!—gritaron los soldados y mecánicos siguiendo con la vista el vuelo del monoplano, que después de describir una vuelta por encima del campo de aviación, ganó mayor altura y desapareció a los pocos momentos en dirección a Occidente.

Una alegría vivísima se apoderó de Montespín así que se encontró en el aire, sobre aquel formidable pájaro de acero que había de devorar en pocas horas la distancia enorme que le separaba de Marsella. Miró hacia abajo, y le pareció que el aeródromo, con sus grandes cobertizos y el grupito de hombres que seguían con la vista el vuelo del aparato, se alejaban de él empequeñeciéndose por instantes. De pronto, el panorama soberbio de San Francisco, con el mar a lo lejos y las manchitas obscuras de los vapores que lo surcaban, osciló bajo las alas tensas del avión. Eduardo se esforzó por distinguir entre el laberinto de edificios el convento de los Dominicos, donde estaban sus amigos, para dirigirles un adiós con el pensamiento, pero de súbito el monoplano se sumergió en una nube y la tierra se eclipsó como por encanto de sus ojos anhelantes. Al salir de entre aquellos espesos vapores se encontró volando sobre colinas cubiertas de robles y castaños; la ciudad y el mar eran ya casi invisibles en la lejanía.

—¡Magnífico!—gritó Montespín al oído del coronel, que guiaba con toda pericia y serenidad aquella maravilla de la mecánica—. El "Junkers" parece tener el propósito de secundar mis deseos.

—Calla—le contestó Mothus—. No hemos hecho más que comenzar el viaje.

—Pero el avión se conduce como si adivinase mis pensamientos y mis anhelos. ¿Qué velocidad llevamos?

—Doscientos veinte kilómetros por hora.

—¡Ahora me explico por qué respiro con dificultad! ¿Y a qué altura estamos?

—Mil metros.

Les era preciso hablar a gritos para entenderse, y aun así, las palabras llegaban a sus oídos en forma muy confusa, ahogadas por el ruido formidable del motor y de la hélice. El tiempo no era del todo desagradable. El sol lucía a ratos y las nubes se mantenían altas, siguiendo la dirección del viento, que las empujaba hacia el mar, lo que hacía concebir a Mo-

thus la esperanza de que muy en breve se encontrarían navegando en un cielo completamente claro y limpio.

Transcurrieron un par de horas sin que el piloto modificase la dirección del vuelo. La breve ojeada que había echado al mapa antes de abandonar su despacho bastaba a Mothus para orientar con toda seguridad su máquina en el aire, donde tan difícil es orientarse. Manteníase siempre en una altura de mil metros, que sólo modificaba cuando le salían al paso montañas de considerable elevación, y desde esa altura las cosas de la tierra adquirían a la vista proporciones diminutas. Los grandes árboles semejaban matas, las casas parecían viviendas de muñecas y los ríos no eran más que unos insignificantes hilillos de agua, serpenteando entre colinas y montículos, que daban la sensación de minúsculos montoncitos de tierra o arena.

A las cinco de la tarde, el "Junkers", que se había elevado del aeródromo de San Francisco a las doce del día, llevaba ya recorridos mil ciento cincuenta y ocho kilómetros en condiciones magníficas, sin el menor contratiempo, lo que daba una velocidad media por hora de 231,600 kilómetros. No se le podía exigir más. A todo esto, el funcionamiento del motor había sido perfecto y las condiciones atmosféricas ideales. Quedaba aún hora y media de luz diurna, y en ese tiempo el coronel se proponía adelantar cuanto le fuese posible, forzando la marcha, con objeto de que el trayecto a recorrer de noche fuese breve. Hacía ya bastante rato que habían traspuesto la frontera occidental de Istralia y volaban ahora sobre territorio italiano en dirección a la costa del Mediterráneo, y Mothus confiaba alcanzar ésta antes de que obscureciese. Pero tras otra media hora de vuelo en buenas condiciones, cuando hacía ya bastante rato que el monoplano había dejado tras de sí las últimas estribaciones del enorme macizo alpino, el tiempo comenzó a presentar un cariz sospechoso.

Grandes nubes aparecieron sobre la campiña lombarda, ante la proa del aparato, y un viento frío soplaba con fuerza

de Norte a Sur, haciendo derivar el avión y obligadno al piloto a hacer uso con frecuencia de los dos timones para restablecer la estabilidad y volver sobre la ruta.

—Tendremos tormenta—dijo el coronel respondiendo a una pregunta de Montespín—. Y lo peor es que esperará a que cierre la noche para echársenos encima.






## CAPITULO LXV

### En la vivienda incendiada



EVORANDO kilómetros y más kilómetros con una velocidad pasmosa, el "Junkers" se acercaba cada vez más a aquella densa barrera de nubes obscuras que cerraba el horizonte.

Montespín comenzó a sentirse inquieto.

—¿Crees que correremos peligro?—preguntó al oído del coronel.

—Una tormenta en el aire no es cosa que deba tomarse a broma—respondió éste a gritos.

—¿Y no podríamos huir de ella?

—¡Imposible! La tenemos demasiado cerca para intentar rodearla.

—¿De manera que no nos queda otro remedio que atravesar por entre esas nubes?

—Ese es el camino—gruñó Mothus encogiéndose de hombros al mismo tiempo que echaba mano al timón de profundidad para estabilizar el monoplano, que se había ladeado pe-

ligrosamente sobre un ala a consecuencia de una fortísima ráfaga de viento.

El disco del sol se había ocultado tras las moles lejanas de los Alpes, dejando sobre éstas, como señal de su paso por el firmamento, un anaranjado resplandor que no tardarían en borrar las espesas nubes que avanzaban por el lado opuesto; el viento soplaba por instantes con mayor violencia, y entre la compacta masa de vapores acuosos comenzaba a oírse el sordo y distante bramido del trueno.

Todo indicaba que la tormenta no iba a tardar en estallar.

—¿Y si aterrizásemos para esperar a que pase la tormenta?—inquirió Montespín, que se revolvía nerviosamente en su asiento.

—El terreno que tenemos debajo no se presta a un aterrizaje—contestó el coronel—. Sigamos adelante. Creo que eso es lo que te interesa, ¿no es verdad?

—Ciertamente; pero no quisiera que tu obstinación en seguir el viaje en estas condiciones nos costase lamentar una desgracia. Yo quiero llegar a Marsella con la piel sana.

Mothus gruñó algo que Eduardo no alcanzó a oír y siguió concentrando toda su atención en el manejo del monoplano, que se hacía cada vez más difícil dadas las pésimas condiciones atmosféricas y las furiosas ráfagas que lo embestían de flanco.

De pronto se vieron envueltos en las primeras nubes. Tras diez minutos de vuelo salieron de aquellos densos vapores, pero fué para encontrarse delante de otra masa de nubes más espesa que la primera, que dejaron sus ropas hechas una sopa en pocos minutos.

—¡Esto es horrible!—exclamó Eduardo, sintiendo rugir los truenos sobre su cabeza—. ¡Yo no veo a dos metros de distancia!

Por toda respuesta, el coronel lanzó una carcajada.

—¿Te ríes?—siguió Montespín—. ¡Bien se comprende,

malandrín, que no te importa un comino la vida! ¡Ah! Pero yo necesito conservar mi piel para salvar a aquellas dos infelices mujeres. ¡Baja, hazme el favor!

Mothus volvió a reír y respondió:

—No puedo bajar.

—¡Sube entonces! Sube cuanto puedas. ¡Salgamos de una vez de entre estas malditas nubes!

—Es inútil subir más. Estamos a cuatro mil metros de altura y las nubes son cada vez más compactas sobre nosotros. Tranquilízate y prosigamos nuestro camino, ya que tenemos lo fortuna de que el motor funciona de un modo maravilloso.

* * *

Estaban en el núcleo principal de la tormenta, volando entre nubes que soltaban sobre ellos torrentes de agua, hasta el extremo de inundar la cabina del aparato. La noche había cerrado ya, los truenos no cesaban de rugir en todas direcciones, y por delante y por encima del monoplano los relámpagos saltaban, se agitaban y retorcían como un enjambre de serpientes de fuego, cegándolos con sus violáceos resplandores, al propio tiempo que el viento, transformado en furibundo huracán, ululaba sin tregua, haciendo crujir y ladeando al "Junkers" como si quisiera despedazarlo.

—¡Esto es el infierno!—exclamó Montespín, admirado de la serenidad con que su compañero luchaba contra la espantosa tormenta.

Los formidables bramidos de los truenos y la voz ensordecedora del huracán cubrían el ruido del motor y de la hélice del monoplano, miserable juguete de los sublevados elementos, brizna de paja perdida en la inmensidad infinita del espacio. Era preciso que Mothus hiciese esfuerzos sobrehumanos para dominarla, y a pesar de ello, muchas veces tenía que dejar que el vendaval hiciese de las suyas con el aparato, arrastrándolo

a distancias enormes de su ruta, sacudiéndolo y precipitándolo en el vacío sobre sus alas.

A pesar de hallarse tan juntos los dos tripulantes del pájaro de acero, tuvieron que renunciar a hablarse. Sus voces se perdían entre los mil ruidos ensordecedores de la tormenta al propio tiempo que comenzaba a invadirles un extraño malestar físico. Por efectos de la considerable altura en que volaban, su respiración, así como los latidos cardíacos, se habían acelerado considerablemente, y una astenia muscular progresiva entorpecía sus miembros. Pasado otro rato, dejaron de oír los ruidos formidables de la tormenta y advirtieron que les invadía un fuerte deseo de dormir.

De pronto, el "Junkers" empezó a cabecear de un modo alarmante, como si el piloto hubiese perdido todo dominio sobre él.

Ante la inminencia de la catástrofe, Eduardo pareció despertar de aquella peligrosa laxitud que había ido invadiéndole en los últimos momentos, y gritó, golpeando en el hombro del coronel:

—¡Joaquín!... ¡Eh, Joaquín!... ¡Mira lo que haces! ¿Quieres que nos estrellemos contra el suelo?

Mothus se estremeció, y, rápidamente, echó mano a los timones.

—¡Maldito sueño!—gruñó—. Hemos estado a un paso de la muerte, Eduardo.

Describiendo un amplio espiral hizo descender cerca de dos mil metros al monoplano, con lo cual el estado físico de los dos hombres, alterado por la densidad de la atmósfera en aquella altura, mejoró notablemente.

¿Cuánto tiempo duró aquel vuelo terrible en medio de la horrorosa tormenta que hacía peligrar a cada instante la vida de los tripulantes del avión? Estos no podían darse cuenta de ello; habían perdido por completo la noción del tiempo. En su afán de escapar cuanto antes de entre aquel cúmulo de peligros, Mothus no cesaba de acelerar el funcionamiento del mo-

tor, cuya hélice giraba como enloquecida, tajando las nubes y desafiando al huracán.

De pronto, cuando creían que aquella fase espantosa del viaje no iba a tener fin, Mothus, que acababa de levantar la vista, lanzó un grito de júbilo.

—¿Qué sucede? — preguntó Montespín, que se sentía aturdido.

—¡Mira! ¡Mira!—exclamó el coronel señalando el espacio—. ¡Ya no hay nubes!... ¡Hemos salido de la tormenta!

En efecto, encima de ellos y delante del aparato, el espacio invadido por la noche aparecía tachonado de estrellas.

—¡Hurra!—gritó Eduardo, loco de contento—. ¡Hurra!

Hasta el vendaval había reprimido sus salvajes arrebatos, y el "Junkers" podía volar ahora, a través de la límpida atmósfera, sereno, sin la más leve sacudida.

—¿Sería interesante saber dónde nos encontramos?—preguntó Montespín pasado el primer instante de alegría.

La idea de establecer la situación hacía ya rato que preocupaba a Mothus, quien, para lograrlo, hacía descender lentamente el aparato mientras dirigía afanosas miradas hacia la tierra.

—¿Será posible?—se preguntó de pronto—. ¿Es el mar aquello que se ve allá abajo?

—Sí, estamos sobre el mar—dijo Eduardo, sacando medio cuerpo fuera de la cabina—. Escucha con atención y percibirás el rumor de las olas.

—¡Demontre! Eso quiere decir que hemos recorrido en poco tiempo una distancia enorme. Habrá que buscar la costa; no podemos haberla dejado muy atrás.

—Pero, ¿será el Mediterráneo este mar?

—De eso no me cabe duda. Con lo que hemos derivado, calculo que debemos encontrarnos cerca de la costa de la Liguria, próxima a Génova.

—¿Y dónde está esa costa?

—Vamos en su busca.

Viró el monoplano, y diez minutos después, delante del mismo, distinguieron unas luces.

—¡Tierra!—exclamó Montespín con entusiasmo.

—Ya podemos considerarnos a salvo—dijo el coronel, que acababa de enfilar el monoplano para seguir la línea de la costa.

—Eso será si el motor no se causa de funcionar como hasta ahora o se nos agota la gasolina.

—El motor cumplirá con su deber, respondo de ello. En cuanto a la gasolina, llevamos provisión para dos mil trescientos kilómetros.

Transcurrió otra media hora. Con objeto de ganar distancia y tiempo, el "Junkers" volaba en línea recta, con lo cual una veces debía recorrer largas distancias sobre el mar para encontrar luego la línea sinuosa de la costa salpicada de trecho en trecho por los puntitos luminosos de las luces de los pueblos que, vistos desde lo alto, daban la impresión de bandadas de luciérnagas posadas sobre los pliegues de un tapiz de terciopelo.

—¿Nos queda aún mucha distancia que recorrer para llegar a Marsella?—preguntó Montespín devorado por la impaciencia.

—Lo ignoro—contestó Mothus—. Sólo puedo decirte que volamos en busca de esa ciudad.

* * *

El ansia de llegar cuanto antes al lado de la esposa y de la hija del embajador, amenazadas de tan terrible peligro, convertía en un verdadero tormento para Montespín los últimos instantes de aquel largo y arriesgado vuelo.

¿Llegaría aún a tiempo de salvarlas? ¿Habrían perecido ya en las garras de Novelli? Atormentado por estas dudas. Eduardo apretaba los puños y hubiera querido tener alas para

lanzarse delante del monoplano y llegar en pocos segundos junto a la señora Catalina y su encantadora hija.

¡Ada! ¡Cuántas veces había pensado Montespín en la dulce y hermosa criatura después de la última noche que se había encontrado ante ella, en el vestíbulo de la Embajada, en Berlín! En sus momentos de soledad, ¡cuántas veces había él vuelto a ver con el pensamiento aquella simpática carita animada por sonrisas radiantes y por mohines desdeñosos! ¿La amaba? No podía comprenderlo, no había tenido siquiera tiempo de preguntárselo en medio de la agitación en que había vivido después de los terribles sucesos desarrollados en la casa de la Avenida de Munich, de la capital de Alemania; pero lo cierto era que la recordaba con emoción y simpatía y que jamás había pensado tanto en una mujer como ahora pensaba en Ada.

La voz de Mothus vino a cortar bruscamente el curso de sus pensamientos:

—¡Mira, Eduardo, mira!

Montespín levantó la cabeza, y siguiendo con la mirada la dirección que el coronel le señalaba, alcanzó a distinguir a lo lejos un vivo resplandor.

—¡Ah!—exclamó—. ¿Será Marsella?

—Vamos a saberlo antes de cinco minutos. Lo cierto es que estamos cerca de una gran ciudad.

***

Apartándose del mar, el aparato avanzó en dirección oblicua hacia aquel resplandor que iluminaba el horizonte.

Bajo ellos, un reguero de luces matizaba la campiña. Pasaron a velocidad vertiginosa por encima de tres pueblos de gran importancia, y después de trasponer otra faja de campo, se encontraron de pronto volando encima de una enorme ciudad, resplandeciente de luces.

—¡Sí, es Marsella!—exclamó Montespín, que miraba hacia abajo—. Ese edificio de estilo bizantino que se ve a la izquierda, delante del puerto, es la catedral. A pesar de haber estado sólo una vez en Marsella y durante muy pocas horas, la recuerdo perfectamente. Aterriza sin miedo, Joaquín; hemos llegado al término de nuestro viaje.

—¿Aterrizar? ¡Con qué naturalidad lo dices! ¿Dónde desciendo yo, que no conozco estos lugares?

Volaba el monoplano describiendo grandes círculos sobre la ciudad, que ofrecía desde lo alto una hermosa perspectiva, con las largas filas de luces de sus calles, sus soberbios edificios y su magnífico puerto ocupado por infinidad de embarcaciones, sin que sus tripulantes lograsen descubrir en los contornos un lugar a propósito para que en él pudiera posarse el gigantesco pájaro de acero que los había traído desde San Francisco.

Pasados algunos minutos y cuando la impaciencia comenzaba a apoderarse hasta de Mothus, a pesar del gran dominio que tenía sobre sus nervios, ambos distinguieron una ancha franja de luz que, partiendo desde tierra, atravesaba el espacio para proyectarse sobre una parte del monoplano.

—¡Un reflector!—exclamó Eduardo, cegado por aquella potente luz que los alcanzaba, a pesar de la altura en que volaban.

—¡Ah! Nos han visto y nos indican el sitio donde podemos aterrizar—dijo Mothus—. ¡Qué gentiles son estos franceses!

Minutos después, guiándose por aquella luz, el "Junkers" aterrizaba sin contratiempo alguno en el aeródromo marsellés.

* * *

Mirando el marcador de kilómetros, Mothus exclamó antes de descender del monoplano, al que acababan de rodear todos los pilotos, oficiales y soldados que se encontraban en el aeródromo:

—¡Hemos recorrido dos mil doscientos kilómetros y no son más de las nueve de la noche! ¡Una media horaria de doscientos cuarenta y cuatro kilómetros! ¿Estás satisfecho, Eduardo?

Pero éste no le escuchaba; saltando de la cabina se dirigió hacia un oficial, a quien dijo en francés:

—Caballero, un asunto del cual depende la vida de dos mujeres que residen en esta ciudad me trae desde San Francisco, la capital de Istralia. ¿Seríais tan amable para indicarme el lugar dónde podría hallar un automóvil que me trasladase sin pérdida de tiempo hasta el Hotel de Inglaterra?

—Seguidme—contestó el oficial después de mirarle de arriba a abajo con gran curiosidad.

Cerca de allí, delante de una de las construcciones del aeródromo, había detenido un pequeño automóvil. El oficial ocupó el volante, hizo que Montespín, cuyas ropas se habían secado al salir de la zona tormentosa, tomase asiento junto a él, y sin pronunciar una palabra, puso en marcha el motor, partiendo hacia la ciudad con la velocidad de una flecha.

Cuatro minutos más tarde el vehículo se detenía ante la puerta del Hotel de Inglaterra.

—Este es el establecimiento que buscáis—dijo el oficial a Montespín—. Me aguardaré aquí, en mi automóvil, por si puede seros necesaria mi ayuda.

—¡Un millón de gracias, caballero!—contestó el tripulante del avión venido de lejanas tierras, saltando a la acera.

Y se precipitó dentro del hotel, preguntando a un criado que acababa de salirle al paso:

—¿Dónde está la señora de Pagallos? ¿Qué habitación ocupa la señora de Pagallos?

—Hay que preguntarlo en la administración, caballero. Esperad.

—¡Prisa! ¡No tengo tiempo que perder!

Averiguó el criado lo que aquel impaciente extranjero deseaba, y precediéndole, le dijo:

—Subid, caballero; yo os conduciré al departamento que ocupa la señora por la cual preguntáis.

* * *

Antes de leerla, Eduardo estrujó entre sus manos la carta que acababa de entregarle la esposa del embajador.

—¿Novelli decís?—rugió apretando los dientes—. ¿Novelli, el canalla, el asesino? ¡Ah, maldito!

—¡Montespín!—gritó, asustada, la dama—. ¿Qué palabras son esas? ¿Calumniáis al secretario de la reina madre de nuestro país?

Pero el joven capitán de Coraceros no debió oírla. Toda su atención estaba fija en la carta que acababa de desplegar ante sus ojos, y de pronto, la señora de Pagallos le vió girar sobre sus talones, lanzar un juramento y precipitarse hacia la escalera como un demente bajo un ataque de furia.

Asustada y no sabiendo qué pensar de tan extraña actitud, echó a correr tras él, exclamando:

—Pero, ¡capitán! ¿Qué hacéis? Deteneos; ¡escuchadme, por el amor de Dios!

Por más que se esforzó en ello, no pudo darle alcance. Cuando llegó a la calle, vió que Montespín se alejaba a gran velocidad sobre un pequeño automóvil que guiaba un oficial del ejército francés.

Desolada, la pobre mujer se puso a llorar en la puerta del hotel, sin saber qué explicaciones dar a los que la interrogaban conmovidos por su dolor.

* * *

Saltando dentro del automóvil del oficial, Montespín había preguntado a éste con toda precipitación:

—¿Conocéis en las cercanías de Marsella un lugar que se denomina Los Alamos del Duque?

—Sí—contestó el francés—. Dista de aquí unos diez kilómetros; es un sitio sumamente ameno que la gente ha convertido en verano en lugar de recreo.

—¡Por lo que más queráis en el mundo, conducidme allí a todo escape, caballero! Es posible que lleguemos a tiempo de evitar un crimen.

El "auto" partió hacia Los Alamos del Duque veloz como una flecha, sorteando con toda maestría los riesgos de las calles por las que transitaban tantos carruajes y peatones.

Una vez en la carretera, casi dobló su velocidad. El oficial, silencioso, no parecía cuidarse más que del volante. Montespín, a su lado, se revolvía agitadísimo, cerrando y abriendo nerviosamente los puños.

De súbito, el pequeño automóvil se detuvo.

—Estamos en la entrada del lugar conocido con el nombre de Los Alamos del Duque—dijo el oficial.

Montespín se apeó, mirando en torno suyo.

—¿Hay casas por este sitio?

—Sí, existen algunas—contestó el francés—; pero dudo que estén habitadas en esta época del año.

—No tendré más remedio que recorrer todo este bosque hasta encontrarlos—murmuró el capitán istraliano con voz sorda, sacando un revólver del bolsillo trasero del pantalón y alejándose unos pasos.

—Pero, ¿a quiénes buscáis?—le preguntó el oficial, que estaba aún sobre el vehículo.

—A un caballero que, por medio de engaños, atrajo a este sitio a una mujer con intención de asesinarla indudablemente—respondió Montespín.

Y se alejó por entre los árboles.

Mas no había aún recorrido una distancia de cien metros, cuando a lo lejos, en medio de aquel bosque de árboles sin hojas, llamó su atención un gran resplandor rojizo.

—Parece que hay fuego allí—se dijo.

Y echó a correr en aquella dirección.

No tardó en darse cuenta que era una casa la que ardía, y al acercarse más distinguió la figura de un hombre que, parado frente a una ventana, parecía contemplar con toda tranquilidad el fuego que consumía el interior de la vivienda. Se detuvo a observarle un instante. Su pasividad ante el incendio parecía indicar que éste le complacía en extremo. Y de pronto, una sospecha terrible atravesó por la mente de Eduardo, poniendo en tensión todos sus nervios. ¿Y si Ada estuviese en el interior de aquella casa incendiada? No reflexionó más y se lanzó hacia allí con toda la ligereza que le permitían sus piernas, llevando el revólver empuñado en su diestra.

Pero el que estaba frente a la ventana debió oír el ruido de sus pasos o distinguirle quizá mientras corría por entre los árboles, puesto que se separó de la casa, y apostándose tras un tronco, hizo dos disparos contra Montespín.

—¡Miserable!—exclamó éste sin amedrentarse ante aquel recibimiento ni detenerse siquiera—. ¡Espera!

Le contestó otro tiro. Eduardo oyó silbar la bala cerca de su cabeza; pero no por eso se detuvo. El otro, al ver que no caía y temiendo vérselas con él cara a cara, dió media vuelta y huyó, desapareciendo entre aquel bosque de álamos desnudos.

—¡Yo te cogeré, perro!—gritó el capitán de Coraceros—. ¡He de encontrarte aunque te escondas en las entrañas de la tierra!

Corriendo siempre en persecución del enemigo, llegó delante de la casa. Recordando su sospecha de hacía un instante, se precipitó hacia la ventana abierta; pero apenas hubo mirado dentro desde la misma, un escalofrío de terror recorrió sus miembros y sintió que toda la sangre de su cuerpo se le agolpaba en el corazón.

En medio de aquella vivienda, sobre una mesa rodeada de llamas, distinguió el cuerpo de una mujer.

—¡Ella!—bramó con desesperado acento—. ¡Ella!... ¡Ada!

Las llamas habían hecho ya presa de las ropas de aquella

desgraciada. Erizados los cabellos, desorbitados los ojos, Eduardo había dado un paso atrás sin saber lo que se hacía; mas de pronto vió que aquel cuerpo humano se agitaba sobre la mesa entre el fuego, creyó percibir un gemido entre el crepitar de la madera, y musitó con voz ronca, sintiendo que una esperanza se encendía en su corazón.

—¡Vive!... ¡Vive!... ¡He llegado a tiempo!

Y saltando por la ventana, se precipitó en medio de aquella hoguera sin la más mínima vacilación.






## CAPITULO LXVI

### Amor que nace

CEGADO por el humo y el terrible calor del incendio, Eduardo avanzó hacia la mesa por entre las llamas.

Sus pies se hundieron en los troncos ardientes, sintió en su mano derecha la sensación dolorosa de una quemadura y dejó caer el revólver que empuñaba, la carga del cual estalló al contacto del fuego, arrojando en torno una lluvia de brasas y de chispas, pero Montespin no se dió cuenta de lo ocurrido: todo su empeño, todo su afán era llegar junto a la mesa sobre la cual yacía la señorita Pagallos.

Y de pronto tropezó con ella. Restregóse los ojos, se inclinó en medio de aquel infierno de llamas, y como a través de una densa nube roja, logró distinguirla.

¡Ah! ¡Era ella, Ada!

Alargó sus manos crispadas y temblorosas. Pero, no; ¡no podía arrancarla de allí! Fuertes cuerdas sujetaban a la infeliz

a aquella mesa. Eduardo necesitaba un cuchillo para cortar aquellas ligaduras, ¿dónde encontrarle? ¿Dónde?

Lanzó un rugido de desesperación mientras daba vueltas en torno a la mesa del suplicio, apagando con las manos el fuego que hacía presa de las ropas de la víctima.

Pero a los pocos instantes, aquel tremendo dolor del capitán de Coraceros culminó en un grito triunfal.

El fuego acababa de cortar las cuerdas con la tijera pavorosa de sus llamas. Montespín tiró de aquellas cuerdas quemadas y las arrojó lejos de sí; en seguida volvió a inclinarse sobre Ada, y sin ocurrírsele comprobar si vivía aún, la levantó en sus brazos, y como enloquecido, se lanzó con ella hacia la ventana pasando a través de una doble cortina de llamas.

Un salto y se encontró fuera de la vivienda incendiada, en pleno bosque, con aquella preciosa carga en los brazos.

Montespín corría por entre los álamos desnudos sin saber dónde iba, estrechado con fuerza contra su pecho el cuerpo inerte de la señorita Pagallos.

—¡Alto ahí!... ¡Deteneos!—le gritó una voz en francés—. ¿No advertís, desgraciado, que vuestras ropas están incendiadas?

Eduardo se detuvo y vió surgir a su lado a un hombre que se despojaba rápidamente de su gabán. No pudo verle el rostro. Sus piernas se doblaron, sintió algo como dos brazos que lo sujetaban por detrás y rodó por el suelo arrastrando a Ada en su caída.

* * *

Cuando Montespín abrió los ojos, se encontró tendido en un lecho blanco, en el interior de una pequeña habitación toda blanca también.

La luz del sol penetraba por una ventana situada a la derecha del lecho; a través de los vidrios de la misma, Montespín alcanzaba a descubrir un sendero enarenado y más allá una

profusa arboleda. Fatigado por esta primera observación—debía de encontrarse sumamente débil—, cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, descubrió que su mano derecha estaba vendada, que tenía otra venda en el cuello y una tercera en un pie.

Entonces trató de hacer memoria.

Se vió en el convento de los Dominicos de San Francisco, en compañía de Oscar Luis, Canevari y el señor Pagallos; luego en el aeródromo con el coronel Mothus; más tarde sobre el monoplano, a cuatro mil metros de altura, en medio de una horrible tempestad, y, por fin, en Marsella, en el Hotel de Inglaterra, delante de la señora de Pagallos, y en la casa incendiada de Los Alamos del Duque... ¿Y todo por qué? Porque en San Francisco había tenido la evidencia que Ada, la hija del señor Pagallos, corría peligro. ¡Ah! ¿Pero había él pasado por todos esos horrores de película cinematográfica? ¿Sus recuerdos no serían el producto de una noche de pesadilla?

¿Dónde se encontraba en aquel momento? ¿Qué había sido de Ada?

¡Ada! Este solo nombre hacía vibrar el corazón de Montespín. Y volvió a verla, inmóvil, rígida, sobre la mesa rodeada de llamas en el interior de la casa incendiada. El la había levantado en sus brazos, había huído con ella transportándola lejos de aquel infierno. Mas, ¿dónde estaba la gentil mujercita? ¿Vivía? Asaltado por dudas horribles, Eduardo se agitaba febrilmente en el lecho.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

—¡Gracias a Dios que ya has despertado!... ¡Ahora podré ajustar cuentas contigo, bribón!

Era Mothus quien hablaba. Había entrado sin que Eduardo lo advirtiese y desde hacía un buen rato le estaba contemplando con expresión entre colérica y afectuosa.

El capitán se volvió hacia él con un movimiento brusco.

—¡Joaquín!—exclamó—. ¡Tú!

—Sí, yo soy, criatura. ¿Puedo saber cómo te encuentras de tus quemaduras?

—Mis quemaduras...—murmuró Montespín inconscientemente.

—¿Cómo? ¿Es que no te has dado cuenta todavía que tienes medio cuerpo achicharrado?

—No siento dolor alguno, Joaquín, te lo juro.

—No me sorprende, después de todo. Toda tu sensibilidad la tienes concentrada en otro sitio desde que salimos de Istralia.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Tres letras lo explican todo.

—¿Qué letras?

—A d a—pronunció Mothus, teniendo cuidado de separar las letras.

—¡Oh!—exclamó Eduardo, enrojeciendo—. ¿Qué sabes de esa criatura, Joaquín? ¿Vive todavía? ¿Padece? ¿Dónde se encuentra?

El coronel soltó una carcajada. Después, tomando una silla y sentándose junto al lecho de su amigo, dijo:

—Gracias a ti vive, gracias al señor Barthou se encuentra al lado de su madre y gracias a mí es un poco feliz a estas horas.

—¡De manera que se ha salvado!—exclamó el capitán de Coraceros radiante de alegría—. ¿Y dices que vive gracias a mí?

—¿Es que no lo sabes tú mejor que yo? ¿No fuiste tú, acaso, quien la sacó del interior de aquella casa incendiada, sin reparar en que te achicharrabas medio cuerpo?

—Sí, he sido yo... ¡Pero lo veo tan confuso todo!... Habla, Joaquín; cuéntame lo que ha ocurrido después de aquella noche horrible. ¿Dónde estoy ahora?

—En un sanatorio. No cuesta trabajo adivinarlo.

—¿Quién me ha traído aquí?

—El señor Barthou.

—¿Y quién es ese señor Barthou?

—Mala memoria tienes, amigo. Barthou es el oficial que te

llevó en su automóvil al Hotel de Inglaterra desde el aeródromo y desde el Hotel de Inglaterra a Los Alamos del Duque.

—¡Ah! ¡Ese oficial es todo un caballero, Joaquín! ¿De modo que a él debo el encontrarme en este sitio?

—Lo que es lo mismo que deberle la vida. Cuando saliste de la casa incendiada llevando a Ada en tus brazos, el fuego había hecho presa en tus ropas sin que tú parecieses darte cuenta de ello. Ada y tú ibais a perecer abrasados en medio de los álamos; pero Barthou, que se había acercado al lugar del siniestro, acudió en vuestro auxilio, sofocando, con ayuda de su gabán, las llamas que ya brotaban de vuestras ropas. Hecho esto, os transportó hasta su automóvil, y en él os trasladó a Marsella, dejando a Ada en brazos de su madre en el Hotel de Inglaterra y conduciéndote a ti a este sanatorio.

—¡Ada y yo debemos la vida a ese noble oficial!—exclamó Montespín—. ¿Y hace mucho tiempo que estoy en este sanatorio?

—Unas quince horas. Ingresaste anoche a las diez, aproximadamente, y son las once de la mañana.

Eduardo permaneció un instante pensativo, y de pronto preguntó:

—¿Y Novelli? ¿Qué ha sido de ese miserable?

—¿Qué Novelli?—respondió Morthus mirándole desconcertado.

—¿No sabes quién es Novelli? El canalla que, por medio de engaños, atrajo a la señorita Pagallos a aquella casa de Los Alamos del Duque; el perro, que me recibió a tiros al ver que acudía en auxilio de su indefensa víctima.

—No sé nada de él.

—¿No has hablado con Ada?

—Tres palabras.

—¿Y ella no te ha dicho quién es Novelli?

—No.

—¿Tampoco su madre te ha explicado...?

—Tampoco. La pobre señora estaba muy azorada...

—¿De manera que tú no sabes nada, no sospechas ni adivinas nada?

—Espero que tengas la bondad de explicarte.

—Lo haré en seguida, Joaquín; pero antes dime cómo se encuentra la señorita Pagallos.

—Admirablemente. Lo único que la preocupa son tus quemaduras.

—¡Hermosa niña! ¿Y no ha sufrido ella ninguna quemadura?

—Sí; unas cuantas; pero no tienen importancia.

—¿Le has dicho que estoy bien?

—Le he asegurado que tu vida no corre ningún peligro.

—¿Se ha alegrado al saberlo?

—Ha llorado de alegría.

—¿De veras?—preguntó Eduardo, radiante, mirando con fijeza a su amigo.

—Cometerías un delito si lo dudaras.

—¡Qué encantadora es!... Debe haberse sorprendido mucho al enterarse que he sido yo quien la ha salvado, ¿eh?

—No me ha dicho tanto.

—Y ese bravo oficial, ¿dónde se encuentra a estas horas?

—En el aeródromo. No tadará en venir a interesarse por tu salud.

—¿Qué dicen los médicos de mis quemaduras?

—Que tardarás lo menos un mes en curar del todo, y que lo más pronto que podrás abandonar el lecho será dentro de quince días.

—¡Cáspita!—exclamó Montespín, cuya faz se ensombreció—. ¡Estas malditas quemaduras me harán perder un tiempo precioso!

—¿De qué manera querías aprovechar ese tiempo?

No contestó el capitán de Coraceros. Parecía reflexionar.

—Habla—dijo Mothus con cierta impaciencia—. Explícate, que creo ya es hora... Me has instigado a abandonar San Francisco sobre el "Junkers", incurriendo con ello en una gra-

vísima falta de disciplina; me has obligado a venir a Marsella en un solo vuelo, desafiando la tempestad más terrible que he conocido en el aire, y una vez aquí, huyes de mi lado sin advertírmelo siquiera, y a las pocas horas me traen la noticia que te encuentras en este sanatorio con quemaduras graves y alta fiebre. ¿Quieres decirme a qué viene todo eso? ¿Quieres explicarme qué demonios ha ocurrido en aquella casa de Los Alamos del Duque, que he visto esta mañana convertida en un montón de cenizas?... ¡Me parece que ya tengo derecho a ello, por Dios vivo!

—Sí, Joaquín, tienes derecho a saberlo todo, pero ten calma; es largo lo que debo contarte, y, además, es preciso tener la seguridad de que nadie nos oye.

—Puedes hablar sin miedo; esta habitación está aislada de las de los otros enfermos.

* * *

—¡Vive Dios!... ¿De dónde sacas tú que yo vacilo en poner mi espada al servicio de la causa del verdadero rey? ¡Estoy con vosotros en cuerpo y alma, Eduardo! Si he de decirte la verdad, con ser tan horroroso lo que acabas de referirme, me produce una satisfacción muy grande: la de saber que Oscar Luis I no es el culpable de todos los males que viene padeciendo Istralia desde el día que subió al trono. Ya puedes decir a su majestad, al señor Pagallos y a tu amigo Canevari, que cuentan con un soldado más, cuya bravura, modestia aparte, no es de despreciar. Pero, ¿qué digo? Seré yo mismo quien ira a decírselo al rey. ¡Dame una carta de presentación para su majestad y parto inmediatamente hacia Istralia sobre mi "Junkers".

—Un poco de paciencia, Joaquín. Yo no puedo consentir que partas solo; quiero acompañarte.

—Tus quemaduras no te lo permiten.

—Yo no puedo hacer caso de ellas; ¡partiré contigo, a pesar de todo!

—No seas terco. ¿Para qué quiere el rey soldados que no pueden manejar una espada con la mano derecha?

—Me queda la izquierda, Joaquín; la izquierda está sana.

—Calla; yo sé que hay en Mársella una persona que te prohibirá partir hasta no estar curado del todo.

—¿Qué persona es esa?

—¡Tunante!—exclamó el coronel echándose a reír—. ¿No lo sabes tú acaso?

—No; no sé nada.

—¡Serás botarate! ¿Y pretenderás hacerme creer que te chupas el dedo?

—Te juro que... A menos que te refieras a Ada... ¡Como eres tan malicioso!

—Ella, sí; ella es la que no te dejará partir hasta no verte completamente curado.

—¿Te lo ha dado a entender acaso?—preguntó Eduardo con gran ansiedad.

—No es preciso para que yo comprenda que la cosa no puede quedar así; tú amas a esa encantadora muchacha, Eduardo.

—¿Yo?—y Montespín se turbó visiblemente—. ¿Cómo puedes suponer semejante cosa? ¿Qué te hace pensar que...?

—Tengo quince años más que tú, querido, y no porque haya vivido siempre aislado del gran mundo he perdido la facultad de descubrir los sentimientos de las personas. Tú estás enamorado de la señorita Pagallos, lo estabas antes de salir de San Francisco, y probablemente antes de abandonar Berlín... En cuanto a ella, creo que no le eres del todo indiferente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te ha dado a entender algo?

—La emoción que demostraba al preguntarme por tu salud, las lágrimas que humedecieron sus lindos ojos al saber que padecías algunas quemaduras... Todo eso da a entender que si no te ama aún, está en camino de llegar a ello. Yo me ale-

graré que te cases con ella; de ese modo se reducirá el número de los hombres libres y felices, como servidor.

La entrada de uno de los médicos del sanatorio puso fin a esta conversación. El doctor, después de examinar al paciente, le autorizó, en vista de que la fiebre había desaparecido por completo, a que tomase algún alimento ligero y reposase después unas cuantas horas, quedando en volver por la noche para curarle de nuevo sus quemaduras.

* * *

A la puesta del sol, en circunstancias que Montespín se hallaba solo en su habitación del sanatorio, oyó que golpeaban tímidamente la puerta.

—Adelante—contestó, muy lejos de suponer de quién podía tratarse.

Seguidamente la puerta se abrió, y Eduardo vió entrar en la habitación a una mujer joven, elegantemente vestida y tocada con un sombrerito de seda azul con adornos bermejos.

—Ada—murmuró lleno de emoción, sin poder creer en lo que veían sus ojos—. Ada, pero, ¿es usted?

Después de detenerse un instante, ella avanzó hacia el lecho con las manos extendidas.

—Eduardo...—musitó con su dulce voz, velada por una gran emoción.

El trató de incorporarse. Viéndola allí se sentía como transfigurado.

—¡Oh! ¡Qué sorpresa tan agradable me ha dado usted! ¡Qué bien ha hecho usted en venir, Ada!

—Debía haber venido esta mañana, tan pronto recobré el conocimiento; pero mamá se opuso a ello. Comprendo que tenía razón: no era prudente molestarle a usted. Además, ¡estaba yo tan poco presentable, Eduardo!

Con su mano izquierda, Montespín cogió las pequeñísi-

mas que la señorita Pagallos le tendía, y las retuvo un instante en las suyas.

—Comprendo que ha sufrido usted mucho, Ada, en aquella casa maldita que ha devorado el fuego. ¡Cuando pienso que si hubiese llegado cinco minutos más tarde hubiese usted perecido carbonizada a la vista de aquel miserable, se me erizan los cabellos!

—¡Oh! ¡Me ha salvado usted la vida! —exclamó la hermosa joven bajando los ojos y retirando sus manos de la de Montespín—. ¡Su llegada no pudo haber sido más oportuna, y en cuanto a todo lo que he sufrido, más vale no hablar ahora de ello.



*Después de deternerse un instante, ella avanzó hacia el lecho.*

Levantó de pronto la cabeza, y fijando sus pupilas en Eduardo, preguntó:

—Pero, ¿y usted? ¿Cómo se encuentra usted?... Era lo primero que debí preguntarle al entrar aquí.

—Bien, muy bien—contestó el capitán de Coraceros, que en aquel instante se sentía el hombre más feliz del mundo—, y sobre todo, mejor desde que usted está aquí.

—¿Aún tiene humor de prodigarme galanterías cuando por mi culpa ha estado a punto de morir?

—Morir por usted... ¡Qué dicha tan grande hubiera sido esa para mí, Ada!—exclamó Montespín, tratando de cogerle

una mano a la joven con la única de que podía servirse en aquel momento.

—No creo en eso—dijo la señorita Pagallos, ruborizándose—; pero me basta con lo que ha hecho para comprender que es usted un buen muchacho y para estarle agradecida hasta la muerte.

Interrumpióse, bajando de nuevo los ojos, y al instante agregó:

—Mamá ha llorado al saber que vino usted de Istralia en aeroplano sólo para evitar que fuésemos víctimas de ese miserable. ¿Merecíamos que arriesgase usted su vida por salvar la nuestra?

—Eso y mucho más, Ada. Pero, ¿quién les ha dicho a ustedes que he venido de Istralia en aeroplano?

—Su amigo, el coronel Mothus.

—¡Ah! Es verdad que ha ido a visitarlas esta mañana; pero lo que él no les habrá dicho es que deben vivir prevenidas hasta que yo sane, por lo menos... El enemigo volverá a repetir el golpe.

—¡Oh! ¿Cree usted que ese miserable se atreva a insistir en sus deseos?

—Si no es él, serán otros, Ada. ¡Hay que vivir alerta!

—¿Lo vió usted anoche?

—¿A Novelli?

—Sí, a Novelli.

—Me recibió a tiros; pero cuando comprendió que no lograba intimidarme con su revólver, se dió a la fuga.

—¿Y ese canalla es realmente el secretario de la reina madre de Istralia?

—Lo era.

—¿Qué quiere usted decir?

—La reina madre ha desaparecido, víctima de él y de sus cómplices.

—¡Horror! Pero, ¿y el rey? ¿Qué hace el rey?

—¿No le parece a usted que dejemos este asunto para

hablar de él mañana, cuando vuelva usted a verme en compañía de su madre?

—Mamá está aquí... Me ha acompañado—dijo Ada.

—¿Y cómo es que no entró con usted en mi habitación?

—Porque... porque... yo le pedí que no entrara—balbuceó, llena de confusión, la simpática criatura—. Quería expresarle mi agradecimiento de un modo muy efusivo, que no hubiera podido hacer en presencia de una tercera persona, y...

—¿Y por qué no lo ha hecho usted?—interrumpió Eduardo, consiguiendo al fin apoderarse le una mano de la joven y estrechándosela con ternura.

Las mejillas de Ada se pusieron rojas como la grana; pero, sin embargo, no trató de retirar su mano de la de Montespín.

—Tenía muchas cosas que decirle, y hasta traía preparado un discursillo; pero al verme ante usted me he sentido confusa y... hasta he lamentado que no estuviese aquí mamá.

—¡Oh, no! No lo lamente usted, Ada—respondió Eduardo con apasionado acento—. A solas, podré decirle muchas cosas que guardaba en mi corazón desde la última vez que nos vimos. ¿Lo recuerda usted? Fué en el vestíbulo de su casa, en Berlín. Aquella noche nos separamos muy enfadados.

—Yo fuí la que me separé enfadada—murmuró la señorita Pagallos, cada vez más confusa, cada vez más ruborizada—. Llegué a creerle un mal hombre. ¡Ahora comprendo lo injusta que he sido con usted!

—Sí, ha sido injusta; pero no tiene usted la culpa. Si yo hubiera podido explicarme entonces, todo hubiera cambiado; pero no tenía derecho a revelarle un secreto que no me pertenecía. Mucho daño me produjo su desprecio, mas no por ello le he guardado rencor. Y deseaba con todas mis ansias que llegase el tiempo propicio para disuadirla de su equivocación, para hacerle comprender las razones que en aquel entonces me obligaban a callar. Dios fué bueno conmigo proporcionándome la oportunidad de ganar de nuevo su estima, aunque a costa de algunos sufrimientos suyos, cosa que lamento con

toda mi alma. Y ahora que mi honor de caballero brilla de nuevo ante sus ojos, permítame, Ada, que le confiese ese otro secreto que llevaba guardado en mi corazón como una piedra preciosa en un estuche de seda o de terciopelo; deje que se lo diga bajo, muy bajo, a su oído, para que no pueda oírlo más que su alma.

—¡Dios mío!—musitó ella, estremeciéndose, deliciosa de rubor—. ¿Qué va a decirme usted?

—¡Que la amo, Ada! ¡Que la quiero con toda la fuerza del primer amor, como se puede querer una sola vez en la vida, como se debe querer a una mujercita como usted!

—¡Si fuera verdad! ¡Ah! Pero, ¿qué digo? Déjeme usted, Eduardo, déjeme.

—¿Dejarla? ¿Dejarte? ¿Dejarte, cuando tanto me ha costado llegar hasta ti? Dime que me quieres, Ada. Prométeme que corresponderás a mi amor. Dame una esperanza, por más remota que ésta sea, y harás de mí el hombre más feliz de la tierra.

Ella se inclinó. Sus ojos húmedos buscaban los de Montespín.

—¿De veras, Eduardo? ¿Es verdad que serías feliz con mi amor?

—¡Si lo lograse, adorada criatura! ¡Si pudiese llamarte algún día mi esposa!

Ella se inclinó más. Dos lágrimas, dos perlas líquidas, temblaban al borde de sus pestañas, y de pronto murmuró en voz baja, temblorosa:

—Pues sí, seré tuya. ¡Te quiero Eduardo!

—¡Dulce amor mío!—exclamó él.

Y atrayéndola hacia sí, depositó un beso en su linda boquita temblorosa.




## CAPITULO LXVII

### Sin noticias

PERMANECIERON un instante con el rostro junto, sumidos en el éxtasis de aquella caricia inefable, hasta que hubieron de separarse bruscamente al oír que la puerta se abría.

La señora Pagallos entró en la habitación.

—¿Cómo os encontráis, capitán?—preguntó adelantándose hacia el lecho, mientras Ada se apartaba algunos pasos de él—. Supongo que mi hija habrá ya tenido tiempo de expresaros su agradecimiento, y vengo a haceros presente el mío...

—Después de dar las gracias al señor Montespín—murmuró Ada, encendida como una amapola—, me entretuve hablando con él de lo sucedido anoche en la casa incendiada.

—Es cierto—corroboró Eduardo, haciéndose cargo de la confusión de su amada y saliendo en su ayuda—. Ada y yo hemos estado hablando de aquel desagradable suceso y de la desaparición de Novelli...

—¡Ah! He ahí algo que me interesa, y sobre lo cual también deseo charlar con vos ampliamente, capitán. Pero antes he de haceros algunas preguntas.

—Preguntadme cuanto queráis, señora; me proporcionaréis con ello un verdadero placer.

Las invitó a tomar asiento, y una vez que lo hubieron hecho, la señora Pagallos dijo:

—Ante todo, lo que más me interesa es saber cómo os encontráis de vuestras quemaduras.

—Bien, señora. No tienen la menor importancia, os lo aseguro.

—Me alegro que así sea; pero vuestro amigo, el coronel Mothus, les atribuía cierta gravedad.

—No creáis al coronel, señora Pagallos. Yo me encuentro perfectamente, y la prueba de ello la tenéis en que el médico me ha autorizado ya a tomar alimentos.

—¡Muy bien! Os confieso que anoche llegué a temer que vuestra vida corriese serio peligro; pero ahora os veo contento como unas pascuas — y al decir esto, la señora Pagallos miró a su hija de soslayo — y eso es la mejor prueba que podríais darme de vuestra mejoría para mi tranquilidad. Decidme ahora, ¿qué es de Aníbal?

—El señor Pagallos se encuentra en San Francisco, y cuando yo me separé de él gozaba de la mejor salud.

—¿De manera que estabais en su compañía?

—Sí, señora.

—¿Qué hace allí?

—Servir a la patria.

Madre e hija cambiaron una mirada.

—No sabía yo—dijo en seguida la señora Pagallos—que para servir a la patria, dentro de su propio territorio, fuese preciso ocultarse hasta de la familia y hacer uso de un nombre falso. Algo más fuerte que la necesidad de prestar un servicio a la patria es lo que os ha llevado a San Francisco en compañía de mi marido y lo que os ha movido a fingir en

Berlín, la noche de la fiesta en el "Metropol Hotel", aquel accidente de automóvil, en el cual Ada y yo no hemos podido creer nunca.

Una leve sonrisa pasó por los labios de Montespín al oír estas palabras, al mismo tiempo que Ada, sintiéndose blanco de los ojos de su amado, bajaba tímidamente los suyos.

—Sed franco con nosotras, capitán—siguió diciendo la señora Pagallos—. Hora es ya de que sepamos cuál es el origen de todos esos hechos extraños que se suceden en torno nuestro de un tiempo a esta parte. Abridnos los ojos, si queréis evitar que volvamos a caer en un lazo semejante al que nos ha tendido el barón Novelli. ¿Es que habéis jurado a Aníbal, antes de partir de Istralia, no darnos a conocer ese secreto?

—Nada de eso, señora.

—Entonces, si no habláis, capitán, es porque desconfiáis de nosotras.

—Me ofendéis con sólo pensarlo. Si callo, es porque ese secreto no me pertenece.

—¡Sois igual que mi marido!—exclamó la dama—. Diríase que gozáis sumiéndonos en el caos, en la incertidumbre. ¿Cómo defendernos si ignoramos quiénes son nuestros enemigos? ¿Cómo evitar los peligros si os negáis a descubrírnoslos? ¡Gran Dios! Nuestra situación es como para desesperar a cualquiera. ¿Qué podemos esperar del resto de los istralianos, cuando el mismo secretario de la reina madre resulta un criminal? Tendremos que seguir nadando en este mar de sombras, Ada, hasta que nos sobrevenga alguna otra desgracia.

—Desesperas muy pronto, mamá—contestó la jovencita con su dulce voz—. El señor Montespín no tiene el propósito de dejarnos mucho tiempo en la duda, y nos lo revelará todo. ¿Verdad que lo haréis así, Eduardo?

Ante la mirada suplicante de aquel par de ojos enamora-

dos, el capitán hubo de contestar con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¡Ah!—exclamó la esposa del embajador—. ¡Al fin vamos a saber la verdad! Os prometemos, capitán, guardar como es debido el secreto que vais a revelarnos.

—En esta promesa descansaré, señora. Pensad que una palabra, una sola palabra, puede costar la vida de muchos hombres, entre los cuales se encuentran vuestro ilustre esposo y el rey...

—El rey, mi marido... Pero, ¿qué ocurrirá en San Francisco para que habléis así?

—Vais a saberlo en seguida, señora — dijo Montespín, acomodándose en el lecho.

Y repitió ante las dos mujeres todo lo que horas antes había contado a Mothus.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Es horrible lo que acabáis de referir, capitán, y cuesta trabajo creer en ello—murmuró la señora Pagallos pasándose una mano por la frente, después de haber escuchado el largo relato de Montespín—. Esas calamidades, esos crímenes, ese infortunado monarca despojado de su corona, esa jauría de canallas que le buscan y acechan para darle muerte, hubieran parecido más verosímiles en el marco de la Edad Media; pero en nuestros días, ¿quién es capaz de concebir cosa igual?

—Sin embargo, señora, es la verdad, la pura y triste verdad—contestó Eduardo—. Y nos tenéis a todos envueltos en esos sucesos que os parecen inverosímiles, a pesar de haber sido también vosotras protagonistas de ellos.

—Es cierto; no podíamos habernos visto más amenazadas. Pero a propósito de esto, ¿cómo os enterasteis en Istralia que aquí corríamos peligro?

—Por una carta que Ada escribió al señor Pagallos dándole cuenta de la amistad que habíais contraído con el barón Novelli.

—¡Ah!—exclamó la señora Pagallos—. Es lo que yo sospechaba. Esta tarde dije a Ada que aquella carta debía ser la que os movió a intervenir. ¿Y qué dijo Aníbal al leerla?

—Se dió cuenta inmediatamente de que estabais amenazadas de un grave riesgo. El nombre del ex secretario de la reina madre suena a maldición en nuestros oídos.

—¡Pobre Aníbal! ¡Aún no se habrá librado del peso de la terrible preocupación que debió producirle la lectura de aquella carta! Si él hubiese sido más franco con nosotras, es seguro que ese canalla de barón no hubiera llegado a ganar nuestra confianza.

—¿Y fué después de enteraros de esa carta cuando os decidisteis a venir a Marsella?—preguntó Ada a Eduardo.

—Sí; tan pronto hube leído la carta y comprendido el peligro que les amenazaba, me precipité al aeródromo, comprometí a mi amigo el coronel Mothus para que hiciera preparar el mejor de sus aparatos, y nos lanzamos al espacio.

—Dios os ayudó en todo—murmuró conmovida la señora Pagallos—. No podíais haber llegado a Marsella más a tiempo.

Los ojos de Ada y los de Eduardo volvieron a encontrarse, y el capitán vió desprenderse una lágrima de agradecimiento de los de su amada.

—¿Creéis que ese miserable de Novelli tenga aún el propósito de repetir su hazaña, capitán?—inquirió la dama tras un corto silencio, durante el cual Ada y Montespín no cesaron de mirarse.

—No creo que le queden deseos de ello.

—¿Tendrá cómplices en Marsella?

—Ada es quien debe saberlo.

—Siempre le he visto solo—contestó la joven.

—¿De manera que no había nadie con él en el interior de aquella casa de Los Alamos del Duque?

—Yo no vi a nadie—contestó la joven.

—¿Y el "chauffeur" del automóvil que os llevó hasta aquel lugar?

—No creo que ese hombre tuviera nada que ver con el barón.

—¿El automóvil os condujo hasta la puerta de la casa?

—No; me apeé en la carretera, y desde allí marché hacia la casa. Poco antes de llegar, me encontré con Novelli, que venía a mi encuentro.

—¿Y él os introdujo en la casa?

—Sí.

—¿Nada habíais sospechado hasta ese momento?

—Nada. Mi primera sospecha nació cuando el miserable me preguntó a qué señas había dirigido a mi padre la última carta. Quise evadirme de contestar; pero él insistió de tal modo en que se lo dijese, que mi sospecha se confirmó, y entonces me puse en guardia.

—¿Y acabásteis por no revelarle lo que deseaba?

—Puedo decirlo con orgullo. Comprendí desde el primer momento que se trataba de perder a mi padre, y estaba dispuesta a dejarme matar antes que perjudicarle.

—Os habéis conducido admirablemente, Ada—dijo Montespín, dirigiéndole una mirada que encerraba algo más que admiración—, y al callar esas señas, no sólo habéis salvado a vuestro padre, sino también a vuestra patria.

—¿Creéis que en ese convento de los Dominicos, Aníbal está a cubierto de todo peligro?—preguntó la señora Pagallos. —¿No lo descubrirán allí los criminales que usurpan el trono?

—Podéis estar tranquilas a ese respecto: mientras el señor Pagallos permanezca en el convento, su vida estará bien guardada.

—¡Dios le proteja! ¿Y cuánto tiempo se prolongará aún esta situación?

—Muy poco, señora. La hora de la justicia no puede tardar en sonar. El mariscal Calveti está de nuestra parte.

—¿El héroe de cien batallas?—preguntó Ada con curiosidad—. ¿El anciano glorioso a quien toda Istralia mira como un símbolo?

—El mismo, Ada. Todavía le faltaba al viejo mariscal levantar una vez más su espada para consolidar la situación de nuestra patria, y de un instante a otro va a lanzar el grito de combate.

—¿Le seguirán todos?

—Todos, no; pero sí los más honrados, los que aman a Istralia como verdaderos patriotas.

—¡Una lucha fratricida!—exclamó la señora Pagallos—. ¡Eso faltaba a los istralianos!

—Es posible que no haya tal lucha ni que se derrame más sangre que la que todos los días hacen correr inútilmente los tiranos; todo dependerá de la habilidad con que se hagan las cosas.

—Sería muy feliz si pudiera encontrarme en estos momentos en San Francisco—dijo Ada—, para luchar al lado de mi padre y del rey.

—Es mejor que estéis lejos de aquel infierno—le contestó Eduardo—. Os horrorizaría el espectáculo de la ciudad.

—Ese horror se trocaría en odio a los usurpadores del trono de Istralia, y desearía con impaciencia el momento de verme frente a ellos para vengar los padecimientos de la patria, del rey y de los nuestros. Porque también nosotros hemos sufrido, ¿verdad, Eduardo?

—Sí, Ada, y tendremos que sufrir aún hasta no vernos todos reunidos después de la victoria.

—Una vez restablecido de vuestras quemaduras, ¿pensáis volver a Istralia, capitán?—preguntó la señora Pagallos.

—Es mi deber volver allí—contestó Eduardo.

—Cuando eso hagáis, aconsejadle a Aníbal que obre con prudencia, que se guarde mucho. Decidle que no olvide que tiene una esposa y una hija que piensan en él a cada instante.

—Todo eso lo sabe perfectamente el señor Pagallos; pero, no obstante, le repetiré vuestras palabras.

—De aquí a que Eduardo parta, mamá—dijo Ada—han

de pasar aún muchos días. Tendremos tiempo de sobra de escribir a papá y recibir respuesta suya.

—¿No le han escrito ustedes aún?—preguntó Montespín.

—No hemos querido hacerlo antes de hablar con vos. Ahora, tan pronto volvamos al hotel, nos pondremos a escribir.

—Dad al señor Pagallos recuerdos míos, por más que ya se los he enviado también en una carta que he dictado esta tarde al coronel Mothus.

—Perfectamente, capitán. Hemos abusado ya bastante de vuestra amabilidad, y nos retiramos para dejaros descansar—dijo la dama levantándose de su asiento—. Mañana, si no os incomodáis por ello, volveremos a haceros una pequeña visita. Tengo aún muchas cosas que charlar con vos.

—Me disgustaría si no viniesen a verme—contestó Eduardo—. Os suplico, Ada, que os encarguéis de recordar a vuestra madre la promesa de venir que acaba de hacerme.

—Perded cuidado—contestó sonriendo la joven—. No faltaremos.

Despidiéndose de él, se dirigieron a la puerta; pero Ada, antes de salir, y cuando ya no podía verla su madre, se volvió hacia Montespín, que la seguía con ojos inundados de ternura, y acercando una mano a sus labios, le envió un beso.

—¡Adorada mía!—exclamó el capitán con emocionado acento.

La puerta se cerró tras la hermosa criatura, y Montespín quedó solo en la blanca y pulcra habitación del sanatorio, donde acababa de probar las primeras mieles del primer amor.

* * *

Todas las tardes, a la hora de la puesta del sol, Montespín recibía en el sanatorio la visita de Ada y su madre.

Después de los saludos, cambiaban siempre las mismas preguntas:

—¿Tenéis noticias de allá, capitán?

—No. ¿Las tienen ustedes?

—Tampoco.

—Tengamos paciencia. De un momento a otro han de llegar las tan esperadas cartas.

—¿Habrán recibido las nuestras?

—No cabe duda.

—Ese silencio nos inquieta, capitán.

—No hay razones que nos induzcan a temer—contestaba Montespín—. Nada debe haberse hecho aún.

—¿Estarán todavía refugiados en el convento de los Padres Dominicos?

—No creo que puedan encontrar un lugar más seguro que ese.

Ada y Eduardo no habían vuelto a tener otra oportunidad de hablar a solas unos instantes. Tenían que limitarse a un cambio mudo de miradas y a alguno que otro leve gesto con los labios, que equivalía a una promesa o a una caricia. En cuanto la señora Pagallos volvía la cabeza o bajaba los ojos absorbida por cualquier preocupación, ya estaban las pupilas de Ada buscando las de Eduardo, y las de Eduardo buscando las de Ada. Sus almas enamoradas parecían reunirse por encima del puente de luz de sus miradas para recorrer juntas toda la escala de sus emociones y de sus sentimientos. No dejaban nada por decirse durante aquellos breves coloquios sin palabras. Aquello equivalía a remontarse en pocos segundos, lejos, muy lejos de la tierra, a regiones de éxtasis, de músicas y de arrullos, y bastaba que la señora Catalina levantase la cabeza, o girase solamente los ojos, para que los dos enamorados fueran a chocar violentamente contra el suelo, para que Ada se pusiese encarnada hasta las orejas y Montespín se confundiera al hablar, como un colegial tímido.

Transcurrieron ocho días. Eduardo había abandonado ya el lecho y el médico que lo asistía le había autorizado a dar

algunos paseos por el jardín durante las horas de sol. Seguía mejorando, aunque no con la rapidez que él y las personas amigas deseaban. Las quemaduras del pie y del cuello no le preocupaban; pero en cambio, las que inutilizaban su mano derecha eran para él motivo constante de malhumor. Eran las más graves, las que más tardaban en sanar, y Eduardo se tenía por un hombre inútil mientras no pudiese hacer uso de aquella mano.

Varias veces Mothus le había hablado de partir. El coronel, desde que estaba al tanto de los sucesos del trono de Istralia, no tenía otro deseo que el de presentarse a su despojado monarca y ofrecerle su vida y su inteligencia, y de esto había hablado varias veces con Eduardo, procurando convencerle de la necesidad de regresar solo a Istralia por el aire. Pero Montespín no podía resignarse a emprender luego ese mismo viaje haciendo uso de medios de transporte mucho más lentos que el avión. Cuatro días de viaje para llegar a San Francisco desde Marsella le asustaban, y contestaba a Mothus:

—Aguárdate unos días más, Joaquín. Dentro de un par de días ya estaré en condiciones de acompañarte. No puedo resignarme a un viaje de tren; además, me da miedo pasar la frontera de Istralia; mientras que haciendo el viaje por el aire, nadie podrá impedirnos entrar en Istralia y aterrizar donde lo creamos conveniente.

Hasta entonces, Mothus siempre había accedido inclinando la cabeza; pero una mañana, cuando ya llevaban once días en Marsella, se presentó de improviso en la habitación de Eduardo en el sanatorio, y exclamó:

—¡Yo no me aguanto un minuto más! Si no puedes acompañarme porque te lo impiden tus quemaduras, te quedas, que no te ha de faltar en qué entretenerte, ¡qué diantre!, o tomas el partido que mejor te parezca. Estoy viendo que a fuerza de esperar y esperar, vamos a echarlo todo a perder y aca-

baremos por ir a la cárcel o por desacreditarnos a los ojos de nuestros buenos camaradas franceses.

Montespín, que leía un periódico sentado en una butaca y vestido con un simple pyjama, se puso de pie, mirando con extrañeza al coronel.

—Pero, ¿qué mosca te ha picado hoy? ¿Qué es lo que dices, Joaquín?

—Qué es lo que digo, ¿eh? Bien se conoce que no andas tú por ahí, entre esos buenos aviadores franceses! Me han dado banquetes, me han agasajado con saraos, han pretendido que dé una conferencia relacionada con nuestro viaje de San Francisco aquí, y ahora me abruman a preguntas acerca de la fecha de mi regreso. Hasta este momento, he venido saliendo del paso con evasivas; pero la situación puede volverse seria muy pronto. Si el Gobierno de Istralia hace pública mi fuga, mi deserción o lo que quieras llamarle, ¿qué cara pondrán los buenos franceses que ahora se disputan mi amistad? ¿Qué actitud asumirán las autoridades de este país con un hombre que ha huído del suyo llevándose un monoplano que no le pertenece? ¡Nada, querido! Yo no he nacido para pasar por semejantes bochornos, y esta misma tarde remonto el vuelo y pongo proa a Istralia. Por otra parte, estoy perdiendo aquí un tiempo precioso, que a su majestad podría serle muy útil. Once días llevamos aquí, y nada sabemos de lo que allá ocurre; ni siquiera la señora Pagallos ha tenido noticias de su esposo, y yo, en vista de ello, no me estoy un momento más con las manos atadas. ¿Me has comprendido? ¿He hablado con claridad?

—No es menester que digas una palabra más. Si quieres adelantar la hora de nuestra partida, puedes hacerlo.

—¿Cómo de "nuestra" partida? ¿Es que tú piensas acompañarme?

—No tengo menos deseos que tú de regresar a Istralia.

—Pero, ¿y sin estar completamente curado?

—Ya puedo mover algunos dedos de la mano derecha. Me basta con eso.

—¿De manera que estás resuelto a venir conmigo a Istralia?

—Nada me retiene aquí.

—¡Bestia!—exclamó el coronel—. ¿Y esa encantadora niña, la hija del embajador?

—Iré a despedirme de ella dentro de un instante. Vete a preparar el aparato.

—No le hará ninguna gracia a la niña que la abandones para ir a meterte en ese infierno que es Istralia. Por mí, si tú lo prefieres, puedes quedarte.

—No te metas en lo que no te importa, Joaquín.

Diciendo esto, Eduardo oprimió el botón del timbre eléctrico para que viniese el enfermero y le ayudara a vestirse.

Veinte minutos después tomaba un "taxi" y se hacía conducir al Hotel de Inglaterra.

* * *

—¡Eduardo! ¿Tú aquí?—exclamó Ada llena de asombro al ir a abrir la puerta del departamento a la cual acababan de llamar y encontrarse en presencia de Montespín.

—Amada mía—murmuró éste con voz apasionada, apoderándose de sus manos—. ¿Es agradable la sorpresa?

—Ya puedes figurártelo. Estaba tan lejos de imaginar que vendrías... Pero entra.

—Espera. ¿Está ahí tu mamá?

—Precisamente en este momento está en su habitación escribiéndole a papá. La pobre se desespera viendo que pasan los días y no tenemos noticias suyas.

—Yo me encargaré de entregar esa carta a tu padre, Ada.

La joven le miró abriendo mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir?—inquirió—. ¿Es que te marchas?

—Sí, dulce amor mío—contestó Eduardo en voz baja—. Parto para Istralia. El deber me llama allí.

Una nube de tristeza ensombreció la hermosa carita de la hija del embajador.

—¿Y te vas hoy mismo?

—Dentro de un par de horas.

—¿Sólo?

—No, con mi gran amigo Mothus, el coronel.

—¡Ah!

Lanzada esta breve exclamación, Ada guardó silencio. Estaba muy cerca de Eduardo; tenía las manos enlazadas sobre el pecho y la cabeza baja con los ojos entornados.

—¿En qué piensas?—le preguntó él, que se sentía hondamente emocionado.

Ada levantó la cabeza, murmurando:

—¿Volveremos a vernos, Eduardo? ¿Crees que no ha de suceder nada y que hemos de volver a encontrarnos algún día?

—Estoy seguro que hemos de volver a vernos, y muy pronto, Ada—contestó el capitán con voz cálida—. Me voy a Istralia, porque el deber me llama, porque mi obligación, en estos momentos difíciles para la patria, es estar al lado de mi soberano; pero mi corazón y mi pensamiento se quedan aquí, a tu lado, hermosa criatura, y tras ellos vendré un día en tu busca, el día de la victoria, para no separarme ya de ti nunca más.

—¡Son tantos los peligros que tendrás que afrontar! ¡Es tan ruda la batalla que tendréis que librar contra aquellos tiranos y farsantes, que tengo miedo, Eduardo!

—Desecha esos temores, niña mía, y dame tus manos.

Ada se las alargó, y así que las tuvo entre las suyas, Montespín prosiguió con voz ardiente y apasionada: —Suceda lo que suceda, yo te juro que he de volver a tu lado. Tu amor me sostendrá en los momentos más difíciles y me dará fuerzas para vencer en las situaciones más arriesgadas. Amame, ámame siempre, Ada. Hagamos que nuestro amor brille como

un astro por encima de todas las miserias, de todas las luchas de este mundo y marcharme hacia el porvenir con la frente alta, con el espíritu sereno y el alma llena de esperanza. Te recordaré doquiera me encuentre; todas las horas, todos los minutos del día, mi pensamiento te buscará ansioso. Y te amaré con un amor que crecerá por instantes, que es idolatría y que me rinde fervoroso ante tu imagen de diosa. ¡Oh, vida mía! Prométeme que me serás fiel, que rendirás culto a mi recuerdo y que me aguardarás ansiosa como yo lo estaré por verte...

La atrajo hacia él, y sin que Ada opusiera la menor resistencia, le dió un beso en la frente.

—Te lo prometo—murmuró ella con voz que temblaba—. Te amo más de lo que puedes figurarte, Eduardo mío, y seré siempre tuya.

Montespín se quitó un anillo que llevaba en el dedo meñique de la mano izquierda, un cintillo de oro adornado con un pequeño diamante, y poniéndoselo a Ada, dijo:

—Es un recuerdo de mi madre, una verdadera santa; me darás una alegría inmensa llevándolo siempre contigo.

—¡Oh!—exclamó conmovida la hermosa joven—. No me separaré de él un solo instante, ¡te lo juro!

Quiso Eduardo atraerla de nuevo hacia él para besarla; pero Ada se hizo bruscamente hacia atrás.

—¿Qué sucede?—preguntó Montespín.

—Silencio, mi madre viene—contestó Ada llena de turbación.

En efecto: segundos después, la señora Pagallos entraba en el saloncillo donde se encontraban los dos jóvenes.

—¡Vos aquí, capitán!—exclamó, deteniéndose sorprendida al ver a Eduardo.

—Acaba de llegar, mamá—explicó Ada adelantándose a Eduardo—. Viene a despedirse de nosotras.

—¿A despedirse?—y la señora Catalina miró alternativa-

mente, con curiosidad, a su hija y al capitán—. ¿Qué quiere decir eso?

—Parto para Istralia dentro de un par de horas—dijo Montespín—, y he venido a darle mi adiós.

—¡Jesús! Pero, ¿sabéis lo que hacéis, capitán? ¿Estáis del todo curado, al menos?

—Mi estado físico no me impide ya cumplir con mi deber, señora. El rey necesita de mi espada, y voy a ofrecérsela.

—Es doloroso... Estáis aquí bien, y vais a mezclaros en aquel infierno. Pero, ¿qué digo? Os estoy aconsejando cobardías cuando debiera reconocer que la obligación de todo buen istraliano es encontrarse al lado de su legítimo rey en estos momentos. Lamentaremos mucho vuestra partida, caballero. ¿Y os vais solo a Istralia?

—No, señora: en compañía de Mothus.

—¿En aeroplano, entonces?

—En aeroplano, señora Pagallos.

—¡Quién pudiera estar en vuestro lugar para saber, dentro de veinticuatro horas, qué es lo que ocurre en San Francisco y qué motivos tiene mi marido para guardar tanto silencio! Pero nosotras somos mujeres, y tendremos que resignarnos a aguardar que se dignen acordarse de que existimos aún.

—Si el señor Pagallos no os ha escrito aún, señora, no es porque se haya olvidado de ustedes ni tampoco porque le haya ocurrido alguna desgracia, sino simplemente porque no encuentra el modo de hacer llegar sus cartas a vuestras manos sin correr un grave riesgo.

—¡Pero nosotras estamos desesperadas por su silencio, y no es para menos! ¿Quién puede impedirnos que pensemos cosas malas? Ada y yo estamos pasando días de verdadera tortura, y para colmo, vos, que nos consolabais; vos, que llenabais nuestras almas de esperanza con vuestra fe ciega en el triunfo de la causa que mi marido defiende, os alejáis,

nos abandonáis en este país extraño, donde no contamos con un solo amigo y donde estaremos expuestas al odio de nuestros enemigos.

—Tranquilizaos, señora. Tan pronto llegue a Istralia, haré todo cuanto sea posible por enviaros noticias del señor Pagallos. En cuanto a los enemigos, no los toméis en consideración siquiera. No creo que se atrevan a volver a molestaros después del fracaso de Novelli; no obstante, si se diese el caso de advertir algo sospechoso en torno vuestro, dad inmediatamente cuenta a la Policía de vuestros temores, y ella se encargará de protegeros.

—Por esa parte, yo estoy tranquila—dijo Ada—. Hemos demostrado a Novelli que no es cosa de jugar con nosotras.

—Hablad a mi marido de nuestra pena, de nuestra zozobra ante su inexplicable silencio, y decidle que de lo ocurrido a Ada en aquella casa de Los Alamos del Duque, sólo él tiene la culpa. Si hubiese sido más franco con nosotras, el barón no hubiera podido tender a Ada aquel lazo infame.

—Se lo diré todo, señora Pagallos, aun a trueque de hacerle sufrir.

—¡Pobre papá!—exclamó Ada—. Cuando él no se porta con nosotras en la forma debida, es porque hay algo que se lo impide, y de ninguna manera porque él no quiera hacerlo.

—Pienso como vos, señorita—dijo Eduardo—. El señor Pagallos es la virtud misma, y os quiere más que a su vida.

La dama se enjugó una lágrima, mientras Ada y Eduardo cambiaban una larga mirada de ternura que equivalía a una nueva promesa de amor, y de pronto dijo la dama:

—Me haréis el favor, capitán, de entregar a Aníbal una carta que acabo de escribir para él y que pensaba enviar al correo esta misma mañana.

—Tendré el mayor gusto en prestaros ese servicio, señora. Dadme esa carta.

—Voy en su busca—contestó la dama, alejándose del saloncillo—. Tomad asiento entretanto.

Pero Ada y Eduardo, así que se vieron solos, cambiaron una sonrisa y se unieron en un fuerte abrazo.

—¡Mujer adorada!—exclamó Montespín, ebrio de dicha.

—Amado mío — suspiró Ada—. ¡Si tú supieras lo que sufro!...

—¿Por qué, Ada?

—Porque te vas. ¡Era yo tan feliz teniéndote cerca de mí, viéndote todas las tardes!...

—Nos veremos pronto, Ada; yo haré todo lo que sea posible por regresar cuanto antes a tu lado.

—¡Oh, sí! Procura volver en seguida, Eduardo. ¡Si tú pudieras leer en mi corazón!... ¡Qué lejos estaba yo de imaginar que el amor era esto: vivir sólo para el ser que se ama!

Los pasos de la señora Pagallos, que volvía con la carta, les obligaron a separarse.

—Pero, ¿no os habéis sentado aún, capitán?

—Gracias, señora: debo marcharme inmediatamente.

—Aquí tenéis la carta. ¡Permita Dios que podáis entregársela a Aníbal en sus propias manos!

Y al pronunciar estas palabras, los ojos de la señora Pagallos volvieron a humedecerse.

Eduardo se guardó la carta y tendió su mano a la esposa del embajador.

—Adiós, capitán, adiós, y gracias por el bien que de vos hemos recibido. Pediré al Todopoderoso que os depare un viaje feliz.

Después de estrechar la mano de la señora Pagallos, Montespín se volvió hacia Ada.

—Hasta la vista—murmuró con voz que temblaba. Y sus ojos se abismaban en los de la jovencita, buscando en ellos la luz de una nueva caricia y el resplandor de una nueva promesa.

—Volved pronto—musitó ella, palideciendo.

Y no pudo decir más. Sintió que Montespín, después de estrechar con fuerza su mano, se la abandonaba, se volvía

bruscamente y salía del saloncillo, y la invadió una pena inmensa que pugnaba por fluir en lágrimas de sus lindos ojos.

—¡Pobre muchacho!—exclamó la señora Pagallos, que volvía de acompañar a Montespín hasta la puerta—. Es valiente y resuelto como un héroe de novela.

Se interrumpió, fijando su atención en su hija, que lloraba silenciosamente, y le preguntó sorprendida:

—¿Qué te pasa?

—Sufro—contestó Ada—. Sufro, y me hace bien llorar.

La señora Pagallos frunció el ceño, y dirigiéndose hacia la habitación inmediata, murmuró como si hablase consigo misma:

—Sufre por dos. Mi presentimiento se ha cumplido.






## CAPITULO LXVIII

### Calveti

EL reloj de la capilla de los dominicos acababa de turbar el silencio de la noche con diez campanadas, cuando una puertecita del muro que cerraba el huerto del convento se abrió para dar paso a una forma humana, que tomó a paso rápido el camino que conducía al centro de la ciudad.

Aunque no brillaba la luna, la noche era suficientemente clara como para permitir a aquel extraño personaje orientarse en medio del laberinto de callejuelas de los suburbios de San Francisco, en las que hacía ya varios meses que no se encendían los faroles del alumbrado público.

De pronto, al desembocar en una plazoleta, aquella figura escapada por la puertecita del huerto de los dominicos se tropezó con un piquete de soldados de los que patrullaban por las calles de la ciudad.

—¡Alto!—le intimó una voz aguardentosa.

Nuestro hombre se detuvo.

—¿Quién sois?

—Un servidor de Dios, un dominico.

—¡Ah!... ¿Qué hacéis en la calle a estas horas?

—Un moribundo me llama junto a su lecho.

—Está bien; seguid vuestro camino, padre.

El religioso pasó por entre los soldados que formaban el piquete sin dar muestras de la más ligera inquietud, atravesó la plaza y se internó en una calle más ancha que las que acababan de dejar tras de sí.

Después de andar un buen trecho, se detuvo ante la verja de un pequeño jardín, en el fondo del cual se levantaba una sencilla casa de un solo piso.

De una de las ventanas del piso alto salía luz.

El religioso tiró del cordón de la campanilla que colgaba junto a la verja, y un instante después vió abrirse la puerta de la casa y aparecer en el jardín a un hombre que avanzaba hacia él alumbrándose con un farol.

—Buenas noches—saludó el dominico cuando el del farol hubo llegado frente a él y le examinaba con curiosidad y desconfianza.

—Buenas noches—contestó el de la casa levantando el farol a la altura de sus ojos para examinarle mejor—. ¿Se os ofrece algo, padre?

—Necesito hablar con el mariscal. Creo que él espera mi visita.

—¡Ah!... ¿Sois vos la persona a quien esperaba su excelencia esta noche? Aguardaos, padre; voy a quitar el cerrojo.

Abierta la puerta de la verja, el religioso penetró en el jardín, sumido en sombras, y siguiendo al criado del farol, llegó hasta el recibimiento de la casa, un recibimiento humilde adornado con algunos cuadros que representaban los hechos de armas más culminantes de la brillante historia militar de Calveti y una cabeza en bronce del mariscal, colocada sobre una columna de jaspe, de la cual se destacaba una plaqueta de oro con una inscripción que no pudo leer el dominico.

—Sentaos, padre. Voy a dar cuenta a su excelencia de vuestra llegada.

Dicho esto, el criado, cuya edad pasaba de los setenta años, apagó el farol, lo dejó sobre una de las sillas de haya del recibimiento, y se internó en la casa.

Al volver, dos minutos más tarde, el religioso, que al entrar sólo llevaba los ojos al descubierto, no se había desembozado todavía.

—Venid, padre. Su excelencia os espera en su despacho.

El dominico se puso a andar tras el viejo servidor. Después de atravesar varias habitaciones amuebladas con extrema sencillez, llegaron ante una bajo cuya puerta forrada de cuero se filtraba un hilo de luz.

—Es aquí—murmuró el criado.

Y llamó, golpeándola discretamente con los nudillos.

—Adelante—contestó desde el interior una voz de entonación firme y enérgica.

El servidor empujó la puerta y dijo al religioso, haciéndose a un lado:

—Entrad.

Avanzó el dominico, al mismo tiempo que la puerta de cuero se cerraba tras él.

* * *

Un anciano de grandes patillas blancas, que ocupaba un ancho sillón claveteado, frente a una mesa llena de libros y papeles, sobre la cual esparcía su luz una lámpara eléctrica de pantalla verde, se puso de pie al ver entrar a aquel religioso y avanzó hacia él con paso firme, mirándole con sus ojos claros y penetrantes, ojos de mago, de una rara fuerza magnética, que parecían capaces de leer en el pensamiento de las personas y de desentrañar los más ocultos y sombríos designios.

Vestía un viejo uniforme, sin condecoraciones, galones ni dorados de ninguna clase, y a primera vista costaba trabajo

creer que aquel anciano de patillas y cabellos blancos, que había abandonado su asiento para ir al encuentro del religioso, era el gran Calveti, el hombre cuyos hechos constituían las páginas más gloriosas de la historia de Istralia. La misma sobriedad del despacho, en el que se mezclaban muebles de varios estilos, quitaba a su persona gran relieve. En aquel lugar, quien no conociese al famoso mariscal, hubiera podido tomar a aquel anciano por un conserje de Audiencia o por un pasante de notario, envejecido entre legajos.

Con un movimiento rápido, el religioso se desembarazó del capuchón con el cual se embozaba, y cruzándose de brazos exclamó, contemplando al anciano:

—¡Calveti!

El mariscal se detuvo, titubeó, y sus ojos se agrandaron mirando al joven que tenía delante, vestido con el hábito de los dominicos.

—Sire...—murmuró con un acento que debió conmover al rey—. Sire...

—Miradme bien, mariscal. ¿Me reconocéis? ¿Soy o no soy Oscar Luis Nazari, el niño que brincaba sobre vuestras rodillas cuando ibais a Palacio a charlar con mi padre de los destinos del país?

Calveti, que se había detenido contemplando a aquel joven, avanzó hacia él, le cogió por ambas muñecas, y conduciéndole hacia la mesa, cerca de la lámpara, dijo:

—Voy a saberlo dentro de pocos instantes. Perdonad, sire, pero quiero convencerme.

Y le miraba con profunda atención, con viva ansiedad, acercando su rostro al del joven monarca, en cuyos labios había aparecido una amarga sonrisa.

—¡Ah!—exclamó de pronto, haciéndose hacia atrás y sin dejar de contemplar a Oscar Luis—. ¡Sí, sois vos, sire!... No tengo más remedio que rendirme a la evidencia. ¡No me ha engañado el embajador!

Guardó silencio, se pasó una mano por la frente, y retrocediendo unos pasos, agregó:

—Sire: surgís ante mí arrastrando la cadena interminable de vuestros martirios, y me hacéis feliz. Monarca sin fortuna, sin corona y sin dicha, mi corazón se ha llenado de alegría al veros. Rey mártir, rey víctima: me quitáis del corazón un peso terrible que iba a acabar con mi vida. ¡Ah! ¡Dios os bendiga, Oscar Luis Nazari! Yo, que os tuve en mis brazos mientras vuestro padre soñaba con hacer de Istralia el país más grande de Europa, yo llegué a odiaros con un odio mas fuerte, más terrible que el que siente el pueblo , creyéndoos un tirano, y llegué a desear vuestra muerte como única manera de salvar al país de la más horrenda de las calamidades que pueden afectar a una nación. ¡Loado seáis, Oscar Luis víctima! No sois vos quien tritura a Istralia, quien ensangrienta sus calles con la sangre de nuestros hermanos! El escudo de vuestra familia brilla más que nunca, pulido por vuestro martirio. Sentaos, señor: tomad asiento y perdonad si este viejo soldado, llevado por la emoción, ha proferido palabras inconvenientes. Ya debía imaginar yo que un Nazari no podía ser capaz de tamaños crímenes.

—Comprendo vuestra indignación, mariscal, y la encuentro justa. Yo, el hijo de aquel gran rey a quien tanto habéis amado, la comparto. Sí, nos une el odio que profesamos hacia los tiranos y el dolor que nos inspira la patria estrangulada. Lejos de Istralia, perseguido, pobre, pensaba en vos, mariscal. Erais algo así como la meta de mis sueños, la esperanza de mi venganza, mi tabla de salvación en medio del mar de horrores en que la maldad de unos miserables me precipitó el mismo día que subí al trono de mis antepasados. Me ha costado llegar hasta vos; pero ahora que lo he conseguido, ahora creo que no me abandonaréis.

—¿Abandonaros yo, sire? ¿Yo abandonar a un Nazari? Cuando os creía el tirano, cuando os atribuía toda la culpa de la agonía espantosa en que ha caído la patria, mi mano no

tuvo fuerzas para levantar la espada que debía hacer justicia al pueblo. ¿Cómo queréis que os abandone ahora, que os sé inocente y puro como el pensamiento de la Madre de Dios? Si creéis que de algo puede serviros la vida de este viejo servidor de los Nazari, disponed de ella, majestad. ¡Aún me siento con fuerzas de ganar una batalla!

—Necesito de vos, mariscal; sólo vos podéis ayudarme a salvar a Istralia—murmuró Oscar Luis con acento que tenía algo de sollozo estrangulado.

—Istralia se muere—dijo con pena el anciano—. Se hace necesaria una intervención rápida y enérgica para salvarla.

—A vos recurro para ello, mariscal.

—Bien, sire; pero, ¿os hacéis cargo de las dificultades?

—¿Dificultades? ¿Es que las hay para vos? Sois el único hombre de Istralia que no ha retrocedido jamás ante un peligro.

—¡Ni retrocederé!—exclamó con energía Calveti—. Se empeñará la batalla; lo que no puedo hacer, sire, es responder del resultado.

—¿Por qué?

—Recurrís a mí demasiado tarde.

—¡Ah! ¿Luego no os atrevéis a vencer a esos impostores?

—Esos no me inquietan: el mal que aqueja a la patria es otro.

—No os comprendo.

—Sire: Istralia es un enfermo atacado de cáncer en último grado. Le extirpamos el tumor, pero como su sangre se halla ya contaminada por la enfermedad, el tumor volverá a salir en otro sitio, y el enfermo perecerá.

—Muertos esos canallas, ¿quién puede amenazar la vida de la patria?

—El pueblo.

—¿El pueblo? ¿Es que no se dará por satisfecho el pueblo con ver que se le hace justicia?

—No querrá que se la hagan, querrá "hacérsela", sire. He ahí lo grave.

—¿Teméis una revolución?

—Una revolución con todas las agravantes.

—Yo explicaré al pueblo lo ocurrido, y el pueblo me respetará. Tengo confianza en él.

—Yo temo que vuestra voz resuene tarde, sire.

—Hay que probarlo, mariscal.

—¡Ciertamente que debemos probarlo, señor! El istraliano es noble, es sumiso, pero ha sufrido tanto en estos últimos tiempos, y como está convencido que todos los males le vienen de la monarquía, la odia a muerte.

—A pesar de todo, Calveti, el pueblo escuchará mi voz, máxime si me apoyáis, y salvaremos a Istralia y a la dinastía, y haremos que vuelvan para la patria los días felices que ha conocido en vida de mi ilustre padre.

—¡Quiera Dios que podáis ver satisfechos todos vuestros deseos, sire! Pero sentaos, y decidme qué necesitáis de este viejo soldado.

Oscar Luis se dejó caer en una silla, y Calveti permaneció de pie ante él, rígido, como si sólo tuviese cuarenta años en vez de setenta y cinco.

—Mariscal—dijo el rey tras un breve silencio—. ¿Os ha referido el señor Pagallos toda mi odisea?

—Cerca de dos horas estuvo hablándome el señor Pagallos de vuestra majestad, y creo que no ha dejado de referirme ninguna de vuestras desgracias.

—¿Os habló de la conducta de la mujer a quien he elevado al trono de Istralia?

—Sí.

—¿Y de mi madre?

—Vuestra madre ha desaparecido, sire.

—Víctima de los usurpadores, mariscal.

—¡Infeliz reina! ¡Ella, que estaba tan satisfecha de vuestro casamiento con Alcira de Serajev!

—Mi madre fué miserablemente engañada. La mujer que yo he elevado al trono de Istralia y llevado ante el altar, no es princesa de Serajev, sino una aventurera, que no sé cómo ha tomado el nombre y ha ocupado el lugar de aquélla.

—Pero, ¿qué ha sido entonces de la auténtica princesa de Serajev, sire?

—Nos será preciso averiguarlo. ¡Son tantos los misterios que debemos desentrañar!... Pero comencemos por lo principal, Calveti; estudiemos el modo de vencer a esa canalla que se ha apropiado de los destinos del país.

—¿Tenéis algún plan, sire?

—Conseguir el apoyo de la tropa y del pueblo: eso es todo.

—¿Contáis con medios para lograrlo?

—Cuento con vos. El ejército y el pueblo siempre están dispuestos a marchar detrás de vuestra espada.

—El caso es que tenga yo lugar u oportunidad de levantar mi espada. Pero eso ya lo veremos más despacio. ¿Tenéis amigos, sire?

—No puedo confiar más que en las personas que el señor Pagallos debe haberos citado esta mañana.

—¿Canevari, Montespín y el propio Pagallos?

—Sí, tan sólo esos tres.

—¿Se alojan con vos en el Convento de los dominicos?

—Exacto. El prior es primo del señor Pagallos.

—¿Está ese religioso enterado de todo?

—No hubo más remedio que enterarle, y desde luego se ha puesto de mi parte.

El anciano dió una vuelta por su despacho, y luego, tomando asiento en una silla, frente al rey, dijo:

—Con vuestro permiso, sire.

E inclinando sobre el pecho su venerable cabeza, sumióse en hondas reflexiones.

Oscar Luis le observaba lleno de ansiedad, esperando conocer de un momento a otro la determinación del mariscal.

Pero pasó un largo rato antes de que Calveti hablara.

—Sire—dijo de pronto fijando en el joven monarca una mirada resuelta—,volveos al convento y esperad allí noticias mías.

—¡Ah!—exclamó Oscar Luis poniéndose de pie—. ¿Habéis ya encontrado el modo de vencer todas las dificultades? ¡Sois grande, Calveti!

—Mi victoria dependerá de Dios, sire—contestó el anciano, señalando un crucifijo que colgaba de la pared del despacho, encima del mapa de Istralia.

—El os la dará, mariscal, estoy seguro de ello. Sois de esos hombres que todo lo consiguen.

—¡Ojalá no os engañéis!—murmuró el anciano, por cuyos labios pasó una leve sonrisa.

Oscar Luis le tendió sus manos.

—Adiós, mariscal — dijo—. Por esta noche he abusado bastante de vuestra paciencia.

—No digáis eso, señor. El hijo de Carlos II no debe abrigar semejantes escrúpulos con el viejo amigo de su padre Aquel gran rey a quien habéis heredado, sire, más que a un servidor de su reino, me tenía por un miembro de su familia, por un hermano; juzgadme del mismo modo, majestad, y me ufanaré de ello.

El anciano se había apoderado de las manos que el joven monarca le tendía, y se las estrechaba con fuerza mientras hablaba.

—Sois mi segundo padre, mariscal—contestó Oscar Luis, conmovido—. Amigo de reyes y salvador de la patria, me consideraría honrado si pudiese ocupar un lugar en vuestro corazón.

—¡Lo ocupáis desde que habéis nacido, sire! Y os he amado al igual que vuestro venerado padre. El cariño entrañable que os profeso me impidió volverme contra vos cuando os creía el tirano de Istralia. Mi deber de patriota me mandaba sublevar al Ejército y pedir vuestra cabeza; pero el

corazón me ataba de pies y manos. "¡Alto ahí!", parecía gritarme cada vez que yo abrigaba el propósito de arremeter contra el hombre que agarrotaba a mi país. "¿Qué te propones, desgraciado? ¿No sabes que ese joven rey contra el cual quieres sublevar al Ejército y al país es el niño que has mecido en tus brazos veinte años ha? ¿Cómo has podido olvidar que la cabeza del tirano que quieres cortar con tu espada es la misma cabecita del niño que brincaba sobre tus rodillas, que jugaba con tus condecoraciones y que tú besabas lleno de admiración y de cariño?" Y entonces, sire, mi odio se aplacaba, y yo, que no he llorado nunca, sentía deseos de llorar, y pedía a Dios que os hiciese bueno, que llevase a vuestro corazón y a vuestra mente las virtudes y las enseñanzas que os prodigó vuestro noble padre. ¡Imaginad mi alegría cuando escuché a Pagallos! Recuperé de golpe veinte años de vida y vi iluminarse de repente el horizonte de Istralia con una luz prometedora de grandes dichas. ¡Si os amaba creyéndoos un tirano, una criatura execrable, ¡qué sentiré ahora por vos, noble rey, rey mártir, esforzado y valiente como los mejores varones de vuestra estirpe!

—Gracias, mariscal, por vuestras palabras. De hoy en adelante, me esforzaré más que nunca por ser digno del afecto que me profesáis, y procuraré inspirarme en vuestras grandes virtudes.

Al decir esto, Oscar Luis avanzó unos pasos hacia la puerta.

—Escuchadme, sire—dijo Calveti, que le seguía—. ¿Habéis tomado precauciones para venir aquí?

—Mi disfraz—respondió Oscar Luis.

—¿Os ha seguido alguien? Ya sabéis que San Francisco está infestado de espías.

—No creo que los espías reparen en los frailes.

—Tened cuidado al volver al convento. Mi casa está constantemente vigilada, y diríase que los canallas esperan una

oportunidad de repetir conmigo lo que hicieron con Narvale...

—¿Narvale, el ayudante militar de mi glorioso padre?— inquirió con extrañeza Oscar Luis—. ¿Qué ha sido de ese honrado militar?

—Ha muerto, sire; ha muerto asesinado.

—¡Maldición!— gritó Ocar Luis, apretando los puños—. ¡Asesinado Narvale! ¡Ah, si mi padre resucitase! ¿Y vos habéis permanecido impasible ante ese crimen?

—De buena gana hubiera vengado al general; pero para ello me era preciso ir contra el hijo de Carlos II, sire; al menos así lo creía yo hasta esta mañana, que el señor Pagallos me sacó de mi terrible error.



*Una detonación, un grito de muerte, y el esbirro de los tiranos se desplomó sobre el pavimento.*

—Me afecta pensar que ese corazón honrado haya podido descender a la tumba creyéndome el culpable, no sólo de su muerte, sino de todos los males que afligen a la patria. ¡Es preciso que esta situación terrible acabe cuanto antes, mariscal!

—Haré cuanto esté de mi parte por lograrlo, señor. Ahora volveos al convento, al lado de vuestros amigos, y esperad con calma los acontecimientos. Sobre todo, no déis un paso fuera de vuestro refugio sin contar conmigo.

—Os obedeceré, generoso anciano.
—Adiós, majestad. Embozaos antes de salir.

* * *

Al salir Oscar Luis de la casa del mariscal, no había hecho más que recorrer unos treinta metros por la calle, cuando un hombre, surgiendo del quicio de un portal, le cerró el paso.

—Dispensad, padre, pero necesito saber qué habéis ido a hacer a estas horas a casa del mariscal.

Oscar Luis se detuvo, dirigiendo al que acababa de pronunciar estas palabras una mirada con la que parecía querer fulminarlo.

—Pretendéis saber mucho. ¿Quién sois para consideraros con derecho a ello?

—Pertenezco a la policía secreta, padre.

—Pues decid a vuestro jefe que un fraile que se precie de servir lealmente a Dios no puede revelar a nadie las confidencias que le hacen sus semejantes.

—¿Quiere decir que os negáis a darme explicaciones?

—Del modo más absoluto, y dejadme continuar mi camino.

Dió el falso religioso algunos pasos; pero el hombre volvió a ponérsele delante.

—Lo siento, padre; pero si os negáis a hablar, tengo el deber de deteneros.

—¡Detener a un religioso que va a ejercer su sagrado ministerio!—exclamó Oscar Luis montando en cólera—. ¿Y quién es el miserable que os ha dado semejantes órdenes?

—¡Cuidado!—advirtió el de la policía secreta con cierto dejo amenazador—. Ofendéis a personas que están muy alto.

—No creáis que por ello me amedrentan—replicó desafiante Oscar Luis.

—Seguidme, padre.

—¿Adónde?

—A la Jefatura de Policía; allí podréis hacer valer vuestras razones si se dignan escucharos.

—¡Me niego!—exclamó el joven monarca, empuñando con disimulo un revólver que llevaba oculto bajo el hábito.

El policía pareció indignarse a su vez.

—¿Que os negáis? ¡Peor para vos, señor mío! ¡Yo os llevaré a la fuerza!

—¡Miserable! ¡No tienes más que intentarlo si quieres morir!

—¡Lo veremos!

Y al decir esto, el policía, dando un salto, intentó arrojarse sobre el religioso; pero éste, que estaba preparado a todo, dió un paso atrás, le apuntó con su revólver e hizo fuego.

Una detonación, un grito de muerte, y el esbirro de los tiranos, doblando las rodillas y llevándose ambas manos al pecho herido, se desplomó pesadamente sobre el pavimento de la calle.

Oscar Luis dirigió una rápida mirada en torno suyo. No distinguió a nadie en los alrededores, y escondiendo entre sus ropas el arma que le había librado del policía, se alejó de allí a paso rápido antes que el ruido de la detonación y el grito del espía atrajesen a alguna patrulla hacia aquel lugar.

Pero al doblar la esquina inmediata, se encontró con un piquete de soldados que corrían hacia el sitio donde había partido el tiro y resonado el grito del hombre herido.

—¡Alto!—le ordenó un sargento.

—Es un fraile—murmuró un soldado.

Oscar Luis se detuvo, llamando en su ayuda a toda su serenidad.

—¿Qué sucede por aquí, padre? — agregó el sargento, acercándose al falso dominico.

—Lo ignoro—contestó el interpelado—. Acabo de oír una detonación y un grito no lejos de aquí; pero no he visto nada. Por lo visto, hay una víctima.

—¿De dónde venís?
—De confesar a un enfermo.
—¿Os habéis cruzado con alguien?
—Con nadie.
—¿Adónde os dirigís ahora?
—Vuelvo al convento.
—Seguid vuestro camino.

Saludó Oscar Luis y se alejó a paso rápido del piquete de soldados, considerándose ya a cubierto de todo riesgo.

Diez minutos más tarde, impresionado aún por aquel suceso, llegaba al convento de los dominicos y se reunía con Pagallos y Canevari, que le esperaban contando los minutos.






## CAPITULO LXIX

### Sakasko



ATEO Sakasko dobló cuidadosamente el papel en el cual acababa de trazar algunas líneas, metió éste dentro de un sobre, y volviéndose a Urso, que se mantenía inmóvil detrás de su asiento, le preguntó:

—¿Conoces a Luman?

—¿Casimiro Luman, el del barrio Nuevo?—inquirió Urso. rascándose su hirsuta barbaza—. ¡Ya lo creo!

—¿Sabes dónde encontrarle a esta hora?

—En el figón de Ernestina. Casimiro Luman va allí cuando se pone el sol y no se retira hasta que oye cantar a los gallos.

—Esta carta que acabo de escribir es para él; necesito que se la entregues en sus propias manos y que no te alejes de él hasta que te siga o te dé una contestación.

—Sé perfectamente de qué se trata, y además conozco el

modo de conducirse con Casimiro. Puedes estar tranquilo encomendándome a mí este recado, compañero.

Urso cogió la carta que le entregaba Sakasko y la hizo desaparecer bajo su blusa de obrero.

—Lleva tu saco de mendigo y tu bastón, Urso. Ya sabes que no puede fiarse uno de esos perros de la policía.

—¡Me río yo de todos ellos!—exclamó el gigantón, alzando sus recios hombros con un gesto de desprecio—. Hasta la vuelta, compañero. Estaré de regreso antes de media hora.

—Hasta la vista—contestó Sakasko—. Aquí te espero.

Pero Urso, así que hubo llegado delante de la escalerilla que comunicaba con el exterior, se detuvo, dióse una palmada en la frente, y girando sobre sus talones, volvió a acercarse al presidente de los hijos del pueblo.

—Oye, compañero: se me olvidaba decirte una cosa.

—¿De qué se trata?

—Esa mujer quiere hablar contigo; me ha rogado que interceda para que le concedas unos instantes de conversación.

—¿Dónde está?

—En la cocina.

—Envíamela.

Urso salió. Sakasko, inclinado sobre la mesa, trazaba garabatos con la pluma sobre una hoja de papel.

Pasaron unos minutos.

—Mateo Sakasko—dijo de pronto tras él una voz femenina de acento triste—. ¿Puedo hablar un momento contigo?

El aludido se volvió bruscamente, abandonando la pluma sobre la mesa. Pálida, débil, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, María Teresa estaba a su lado.

—Te escucho—dijo Sakasko.

—La otra noche, en medio de la desesperación de haber perdido a mi hija, no hice caso de tus palabras; por lo que recuerdo, me ofreciste la oportunidad de vengarme y vengar a la patria oprimida. Yo no te contesté. Estaba loca de dolor...

¿Sabes lo que significa para una madre ver cómo le arrebatan el fruto de sus entrañas?

—Comprendo tu desesperación, ciudadana; pero debes saber que los que abrazan nuestra causa lo hacen para vengarse del mal que recibieron y no para llorar por él.

—Lo sé; me he convencido de la inutilidad de las lágrimas, y yo también quiero vengarme, Sakasko. Soy mujer, soy madre, pero no volveré a llorar.

—Hay que contestar con un zarpazo al zarpazo que nos hiere, ciudadana.

—Estoy dispuesta a todo, Sakasko. Esa misma noche, al entrar aquí, te oí pedir el brazo capaz de esgrimir el puñal que ha de poner fin a la vida del tirano; yo te ofrecí el mío. Luego, el dolor me agobió; pero ahora, reprimida ya aquella desesperación, deseo verme honrada con la misión de hacer justicia a mi pueblo. La muerte del rey y de sus cómplices puede devolverme a mi hija.

Sakasko, que la escuchaba mirándola profundamente, contestó:

—No sirve hablar tan sólo, ciudadana. Es preciso demostrar que se es capaz de llevar a cabo lo que se promete .

—¿Dudas de mi valor?—preguntó María Teresa, sin indignarse, con un acento resignado y triste que debió conmover al revolucionario.

—Lo ignoro; eso es todo—contestó Sakasko.

—Sufro—murmuró María Teresa sin mirar a Sakasko—, sufro, por culpa del tirano y sus cómplices, lo que no ha sufrido jamás mujer alguna, y por eso quiero vengarme.

—Te ocurre lo que a todos nosotros, ciudadana: el dolor nos induce a romper las cadenas y a rebelarnos contra los déspotas; pero la empresa es difícil, la muerte nos acecha.

—No temo a la muerte.

—Ya lo veremos, ciudadana. Por lo pronto, no rechazo tus servicios: nos hacía falta una mujer como tú, y ya hubieras

quedado admitida como un miembro activo de nuestra agrupación si tu llanto de la otra noche no hubiese venido a hacernos ver que tu corazón era todavía de carne.

—Después del golpe espantoso que he sufrido con la pérdida de mi hija, se ha convertido en mármol; no hay en el mundo emoción capaz de turbarlo. Hasta que no hayan caído los tiranos, no volveré a sentir como una mujer.

—Está bien—dijo Sakasko atusándose el bigote—. Esta noche hablaré con los compañeros y decidiremos el empleo que debemos darte. Pero, ¿para qué quiere el rey a la hija de una pobre mujer como tú?

María Teresa bajó la cabeza sin contestar.

—¿No respondes?—dijo Sakasko, que no cesaba de observarla con fijeza.— ¿Por qué no hablas?

María Teresa le miró con sus grandes y hermosos ojos glaucos, en los que parecía reflejarse toda la amargura de su triste existencia.

—Al abrazar la causa que tú defiendes, ¿me obligas acaso a descubrir mi secreto?

—¡De ninguna manera! — contestó Sakasko haciéndose hacia atrás en su asiento—. Lo único que aquí se exige a los afiliados es fidelidad, una fidelidad absoluta. Por lo demás, pueden callar las causas que les han inducido a pronunciarse contra la tiranía y hasta ocultar su nombre y posición social.

Un ligero ruido que se oyó en dirección a la escalera le obligó a volverse al pronunciar las últimas palabras.

Un hombre avanzaba hacia él en la penumbra de la cueva.

—¿Quién está ahí?—preguntó Sakasko con acento autoritario.

—Yo, Felipe.

—¿Quién te ha autorizado a venir aquí a esta hora?

—Tengo una noticia importante que darte, compañero Sakasko.

El llamado Felipe, saliendo de la penumbra de la cueva, apareció ante la mesa frente a la cual se sentaba Sakasko,

iluminada por la luz de una vela de sebo. Era un hombre de unos cuarenta años, de rostro demacrado sombreado por una barba grisácea de más de diez días, y que vestía como un obrero.

—Habla. ¿Qué noticia es esa?

—No estamos solos, compañero; en nuestra lucha contra el tirano y su pandilla hay quienes conspiran y llevan su audacia más allá que la nuestra. Anoche, en plena calle de Atenas, a pocos pasos de la casa que ocupa el mariscal Calveti, un agente de la policía secreta ha sido muerto misteriosamente de un tiro en el corazón.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha referido Adolfo Coscare, mi sobrino, que pertenece a la policía secreta y está a las órdenes directas del jefe. Es la primera vez que ocurre un hecho semejante desde que se ha constituído la tiranía, y toda la policía está indignada y busca con empeño al asesino.

—¿Tiene la policía sospechas de quién pueda ser éste?

—No; pero si no se pone en claro este misterio, Rianko, el jefe, que es más feroz que un tigre, como sabes muy bien, ha prometido dar un escarmiento.

—¡Maldito! — exclamó Sakasko apretando los puños—. ¡Ese verdugo es de los primeros que deben morir bajo el puñal de la justicia del pueblo!

—He podido saber también por mi sobrino que el agente muerto tenía la misión de vigilar la casa del mariscal Calveti.

Sakasko hizo un gesto despectivo al oír el apellido del glorioso guerrero.

—Hace mal la policía en tomarse el trabajo de vigilar al mariscal—dijo en seguida—. Calveti, el hombre que hace años era capaz de hacer temblar a media Europa, se ha vuelto ahora más inofensivo que un codero. ¡Por quedar bien con ese Nazari degenerado, deja morir a su pais en la miseria y en el oprobio.

—Sin embargo, siempre ha tenido fama de hombre honrado—contestó Felipe—. Yo, que siempre he aborrecido a los militares, tratándose de Calveti, no he podido menos que respetarle y admirarle por su austeridad.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Mira qué hace ahora en bien del pobre pueblo istraliano, que tanto le ha amado y tanto ha confiado en él! Por principio odio a las gentes de espada. Nada se puede esperar de ellas.

—De todas maneras, no creo que sea despreciable la noticia que acabo de traerte; alguien más que nosotros conspira contra la tiranía. Es un detalle digno de tenerse en cuenta, Sakasko.

—Desde luego; lo que debes hacer es tenerme constantemente informado de los pasos que dan los esbirros del tirano. Valiéndote de tu sobrino, te será fácil enterarte de todo.

—Descuida, compañero: yo sabré sacar partido de mi parentesco con Adolfo Coscare. ¿Mandas algo?

—Nada; esta noche, a la hora de costumbre, aquí.

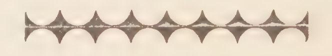
Felipe giró sobre sus talones y se alejó en dirección a la escalera. No había hecho más que salir, cuando en aquella misma dirección se elevaron diversos rumores, y por encima de todos éstos se oyó una voz de timbre metálico que gritaba:

—¡Esta es una madriguera de zorros y no de hombres que suspiran por la libertad! Sakasko tiene hábitos de monedero falso. ¡No hay derecho a apartarme de las Musas para traerme a este agujero siniestro!

—¿Quién viene? — preguntó María Teresa mirando inquieta al conspirador.

Este sonrió y dijo, atusándose de nuevo el bigote:

—No temas. Es Casimiro Luman, el poeta.






## CAPITULO LXX

### Casimiro Luman

EL nuevo personaje avanzó hacia la mesa iluminada por la vela de sebo, frente a la cual se encontraba sentado Sakasko, teniendo a su derecha a María Teresa.

Urso le seguía.

—¡Cáspita! Menos mal que se ve una luz. Mil veces he estado a punto de romperme mi admirable nariz desde que he entrado en esta cueva de ratones. ¡Ah! ¿Quién es esa silueta antipática que me descubre la luz de la peregrina vela? ¡Chitón! Se trata de Sakasko, el profeta... Salud, Sakasko, redentor de pueblos. Pero, ¿qué veo? ¡No estás solo! ¿Quién es esa mujer, esa deidad que te acompaña, más hermosa que Diana, que Venus y que Minerva?

Después de hacer una reverencia ante Sakasko, avanzó inclinado, sombrero en mano, hacia María Teresa, y al llegar frente a ella, hincó una rodilla en tierra.

—Levántate, iluso—le dijo el jefe de los conspiradores—,

y deja en paz a esa pobre mujer, que se ve obligada a tomar la vida más en serio de lo que tú la tomas.

—¡Hombre sin alma!—replicó el poeta—. Tú no puedes comprender la divina emoción que sugiere la belleza. Esta mujer es un compendio de hermosura, un rostro capaz de haber exaltado a Rubens, unas pupilas llenas de idealidad, que ya las hubiera querido Dante para su Beatriz. ¿Cómo has podido apoderarte de esta ninfa, fauno?

El poeta era un hombre moreno, alto y delgado, con el cabello negro, largo y ligeramente ondulado. Su cara afilada, algo parecida a la de un azteca, y sus ojos, siempre inquietos bajo el arco tupido de sus pestañas, tenían un brillo particular. Llevaba en una mano el ancho sombrero que se había quitado al divisar a María Teresa, y en la otra un bastón de nudos, barnizado de negro. Después de soltar el párrafo anterior, se detuvo frente a Sakasko y continuó diciendo:

—He leído tu carta cuando estaba componiendo un soneto estilo Verlaine en honor de Ernestina; mi soneto ha quedado trunco por seguir a ese bruto que enviaste en mi busca. ¿Qué quieres de mí, ilustre discípulo de Espartaco?

—Déjate de tonterías, Luman, y hablemos en serio, si eso puede ser.

—¿Hablar en serio? ¿Y a qué llamas tú hablar en serio, hombre vulgar, de corazón de guijarro?

—Siéntate, Luman, y tratemos de lo nuestro.

—Me niego a sentarme si antes no lo hace esa diosa que tienes a tu derecha.

—No os preocupéis por mí—murmuró María Teresa—. Yo estoy bien de pie.

—De pie vos y de rodillas yo ante vos—dijo Casimiro Luman haciendo ademán de caer de hinojos.

Pero Sakasko le contuvo sujetándole por un brazo por encima de la mesa.

—¿Quieres atenderme o prefieres que te ponga en la calle?—exclamó profundamente contrariado—. ¡Desgraciada-

mente circula aún mucho vino por los figones de San Francisco!

—¿También te pronuncias contra Baco? No te faltaba más que eso para hacerte completamente detestable a mis ojos. Habla, bárbaro; me someto a tu arbitraria voluntad.

Y al decir esto, con un gesto de resignación, Luman se dejó caer en una silla, a la izquierda de Sakasko.

María Teresa se alejó con Urso, de quien era ya muy amiga, hacia un rincón del antro.

—¿Has hecho lo que te he mandado ayer? ¿Has hablado con esos jóvenes de la Universidad? ¿Se puede contar con ellos?

—¡Con todos ellos!—exclamó Luman—. ¡Nos pertenecen en cuerpo y alma!

—Pero, ¿hasta qué punto podemos fiarnos de ellos?

—Me admiran: con esto está dicho todo.

—Y con Schart, el profesor, ¿has hablado?

—El es quien los ha reunido.

—¿Le explicaste nuestros planes, nuestra organización?

—Canté al profesor un himno en alabanza de tu obra, Sakasko.

—¿Está decidido a ponerse de nuestra parte?

—Espera que le llames para venir a ponerse de acuerdo contigo.

—¿Con cuántos muchachos crees que puede contar Schart?

—Con media Universidad.

—¿Y armas?

—Tiene algunas, y me dijo que necesita un sitio donde ocultarlas.

—Que las traiga aquí.

—Le haré esa indicación.

—¿Qué me dices de tu gente?

—No espera más que el momento de levantar barricadas

entonando las estrofas del himno revolucionario que hè compuesto los otros días.

—¿Podéis aportar instrumentos de ataque?

—De armas estamos tan mal como de bolsillo, Sakasko.

—¿Sabes manejar un fusil?

—No creo que su manejo sea más difícil que la pluma.

—Esta noche va a adoptarse una resolución importante; es preciso que no faltes.

—¿A qué hora es la reunión?

—A media noche; tendrán que estar presentes todos los jefes de grupo. Por eso me harás el favor de advertir a Schart que se le espera.

—Vendré con él.

—Ahora, una advertencia, Luman.

—Te escucho.

—Bebe menos y observa más. El vino hace decir cosas inconvenientes. Olvida a Ernestina y piensa un poco más en el pueblo oprimido.

—Es lo que hago, corazón de pórfido. Hoy he llorado en cien versos patéticos el dolor de la patria oprimida.

—Bien, puedes retirarte, Luman, y esta noche procura llegar a la hora convenida en compañía de Schart. Urso te acompañará hasta la puerta.

—¿Quién es Urso?

—El hombre que te entregó mi carta.

—¡Ah! ¿Ese bruto de barba de alambre de púas? Su rostro no me es desconocido. ¿Dónde le he visto yo otra vez?

—Urso era maquinista del Centro Gráfico, donde tú solías imprimir tus versos. Allí es donde debes haberle visto.

—Es posible... Por algo no me era completamente desconocida la cara de ese animal. Hasta la noche, Sakasko, ídolo de los oprimidos, apostol de una nueva era. Casimiro Luman te saluda.

Se puso de pie, hizo una reverencia ante el jefe de los cons-

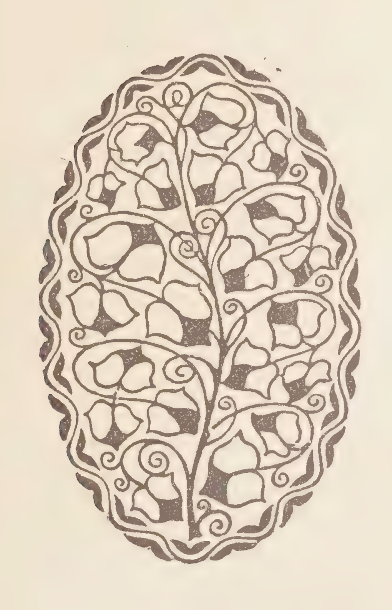
piradores, y empuñando su bastón se encaminó hacia la escalera.

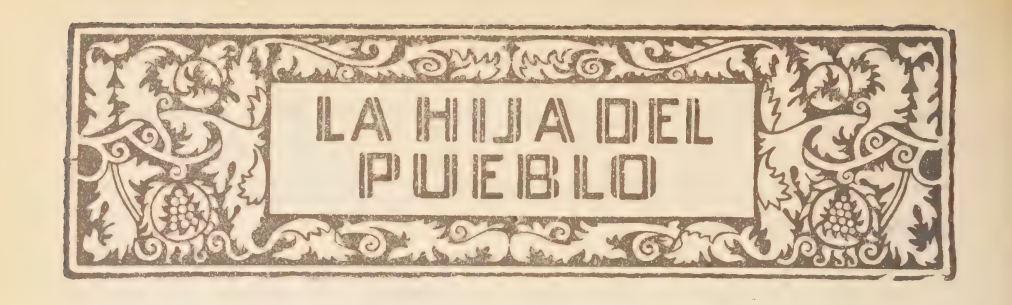
Urso, separándose del lado de María Teresa, le siguió para acompañarle.

Sakasko, abandonando su asiento, se aproximó a ésta.

—Esta noche propondré tu admisión a los jefes de grupo —le dijo—. No te separes del lado de Urso hasta tanto no te sea comunicado el acuerdo de la asamblea.

—Quiero luchar contra los tiranos, a quienes odio con todas las fuerzas de mi alma—contestó María Teresa—. A vuestro lado o por mi propia cuenta pondré en práctica mi deseo.






## CAPITULO LXXI

### Las dos bolillas

ANTES de abrir la sesión, Sakasko tuvo esa noche una larga conferencia con Schart, profesor de Química de la Universidad de San Francisco.

Pasaban de sesenta los jefes de grupo reunidos en el sótano. Obreros, estudiantes, maestros de escuela y artistas; todos vestían del mismo modo miserable y ostentaban en sus rostros señales inequívocas de hambre y dolores cruentos.

Casimiro Luman se encontraba entre ellos. Con su bastón negro, que él llamaba su cetro, iba de un lado a otro discutiendo con unos, dando consejos a otros, recitando versos en francés y en italiano, jurando algunas veces, amenazando otras. Muchos de los que allí había era la primera vez que le veían, pero su nombre era familiar a todos. Todo San Francisco conocía a aquel bohemio inquieto, inocente y parlachín, de innegable talento. Luman jamás se había preocupado de ser rico; no sabía sacar partido de su celebridad; jamás ponía

precio a sus producciones. Contentábase con lo que buenamente le daban los editores, siempre avaros, siempre dispuestos a lucrarse con el talento y la fama del escritor, lo cual bastaba a cubrir sus modestas necesidades. No tenía familia; su residencia habitual era el figón de Ernestina; allí recibía el poeta a sus amigos y admiradores; allí trabajaba, allí comía y allí solía también pasar la noche, embriagado de vino y de lirismo, durmiendo sobre una mesa grasienta o sobre el piso manchado de vino y de serrín.

La política era otra de las cosas que nunca le habían preocupado. Oponía a ella una indiferencia rayana en desprecio. Las fiebres de las luchas sociales, tan de su siglo, no habían alterado jamás el ritmo dulce y sentimental de su lira. Luman se inspiraba en la belleza y cantaba a todo lo que consideraba bello. No sabía lo que era vivir con todos los sentidos despiertos. Salía de la embriaguez del vino para caer en la de su inspiración, y así estaba siempre borracho. Pero, de pronto, se vió arrancado de su sueño por el clamor del pueblo, que oprimían los tiranos. Los seres y las cosas fueron tomando un aspecto nuevo ante sus ojos, acostumbrados a recrearse sólo con lo bello. Por doquiera mirase, el dolor le enseñaba su rostro descarnado, horripilante; todo se ensombrecía en torno suyo; la vida se le aparecía de pronto como un valle de torturas. ¿Cómo había podido él cantarla? Sintió que su alma se sobrecogía de pena y de pavor, y comprendió que su lira debía servir para algo más que para componer dulces puerilidades. Y a partir de entonces, arrancó a ella notas extrañas que inflamaban los corazones y hacían vibrar los nervios. Y el poeta olvidó los cielos azules, las mujeres hermosas, los pájaros, las flores y los blancos susurros del aire para cantar a algo que no tenía forma corpórea, ni emitía dulces sonidos, pero que, sin embargo, le exaltaba y conmovía y es tan necesario para la vida como el aire que respiramos: la Libertad.

—¡Salud, poeta!—exclamó al verle un pintor que le conocía de antiguo—. ¿Sabes que me sorprende encontrarte aquí?

—¿Por qué?—le preguntó Luman.

—Porque los que estamos aquí venimos a jugarnos la vida. ¿Desde cuándo no das tú a la tuya ninguna importancia?

—Desde que he visto sufrir al primer hombre—contestó el poeta.

Y se alejó del pintor para seguir recitando en italiano una poesía de Carducci que había comenzado hacía un instante.

* * *

La asamblea transcurrió en medio de una agitación continua. Los jefes de grupo abrumaban a preguntas a Sakasko, queriendo saber cuándo daría principio la guerra contra el tirano. Estaban impacientes, y sus subordinados más. Se pronunciaron discursos fogosos. Pasaba de mil doscientos el número de los afiliados a la agrupación. ¿Para qué se quería reclutar más gente? Mil doscientos hombres dispuestos a todo y bien dirigidos, podían acabar con el tirano y su camarilla y devolver la libertad a Istralia. ¿A qué prolongar el sufrimiento del pueblo? ¿Era que a Sakasko le faltaba valor para decidirse? Si él no se consideraba con energía suficiente para encarar la situación, que renunciase a la presidencia, cediendo su lugar a otro hombre más decidido y más valeroso.

Luman, amigo del alboroto y siempre dispuesto a apoyar a los más exaltados, gritó interrumpiendo a un orador que dirigía improperios a Sakasko:

—Estoy con vosotros, hermanos míos. Nuestro lema debe ser decisión y audacia. Nada de titubeos. Los grandes triunfos de la humanidad han sido obra de un puñado de hombres audaces. Ahí tenéis el ejemplo de la Revolución Francesa y el más reciente del comunismo ruso. Un puñado de valientes que levantan una bandera y un pueblo que los sigue contaminado por su valor. ¡Loor a la audacia, hijos del pueblo! Si a Sakasko le falta decisión e iniciativa, que me ceda su puesto. Yo os conduciré a las barricadas, yo asaltaré, a la cabeza de vosotros,

el Palacio Real de San Francisco; cortaremos el cuello al tirano y a sus amigos, y pasearemos sus cabezas por la ciudad, clavadas en picas. Toda revolución es una explosión de odios; yo no concibo de otra forma un movimiento de rebeldía popular.

Algunos aplaudieron al poeta, otros, los más razonables, calificaron de desatinado su discurso, y en medio de un tumulto ensordecedor, Sakasko se puso de pie.

—¡Silencio!—gritaron varias voces—. ¡El presidente va a hablar! ¡Dejemos que hable el presidente!

Y no bien extinguidos aún todos los rumores, Sakasko dijo con su voz clara y fuerte:

—Cordura y reflexión, hermanos. Es preciso no confundir audacia con demencia. ¿Creéis que si me faltara valor y audacia podría ocupar este sitio de honor? Conquistar con mil doscientos hombres la libertad de nuestra patria, ¿no es un proyecto audaz? Pues bien: ¿quién sino yo lo ha concebido? ¿Quién sino yo está preparándolo para llevarlo a la práctica? Pero la audacia, por sí misma, de nada sirve si no es secundada por la oportunidad. Seguid a ese insensato de Luman y mañana os llorarán vuestras mujeres y vuestro hijos, y en el porvenir de Istralia se habrá cerrado toda esperanza de redención. No renunciemos a la astucia ni al cálculo. Pensad que hemos de hacer frente a una fuerza mil veces superior a la nuestra, debidamente organizada. ¿Asaltar el Palacio Real? Luman vive de ilusiones, como todos los poetas. No es lo mismo hacer la historia que concebirla. ¿Os impacientáis? ¿Me preguntáis qué nos falta para lanzarnos a la pelea? Todo. Nos falta una oportunidad, y mientras esa oportunidad no se presente, podemos considerarnos atados de pies y manos ante el espectáculo de la patria herida por el tirano. Matemos a éste, y quizás entonces nos habrá llegado el momento de poner a pruba nuestra audacia.

—¡Ese hombre no sabe lo que se dice, hermanos!—exclamó Casimiro Luman agitando en el aire su bastón—. ¡Los

valientes no esperan las oportunidades: salen al encuentro de ellas, las buscan, las provocan! Cédeme tu puesto, Sakasko, y yo te demostraré cómo se hace una revolución. Tu plan no vale maldita la cosa.

—La asamblea puede decidir—contestó el jefe de los conspiradores, lanzando al poeta una mirada cargada de reproches—. Si la asamblea cree que soy indigno de ocupar este puesto, renunciaré a él sin cargo de conciencia alguno; pero no será, ciertamente, para seguir a un inconsciente como tú, capaz de destruir en un par de minutos todas las esperanzas del pueblo oprimido.

—¡El pueblo tiene fe en mí!—gritó Luman—. ¡El pueblo me ama y mis versos circulan de boca en boca recitados con unción, como himnos de esperanza; en cambio, a ti nadie te conoce; eres un advenedizo obscuro como las paredes de este antro donde nos convocas!

Sakasko cerró los puños, henchido de justa indignación, y quiso lanzarse hacia el poeta, que a su vez pugnaba por llegar hasta Sakasko esgrimiendo amenazadoramente su negro bastón. Pero los que estaban cerca los sujetaron, evitando así que aquellos dos hombres, dignísimos por muchas razones, se golpearan en medio de la asamblea.

—¡Mala lengua!—gritó el presidente a Luman—. ¿Es para aprender a insultar a un hermano por lo que lees tantos libros?

—Si tu inteligencia fuese menos obtusa—replicó Casimiro—, comprenderías cuán irrespetuoso es provocar la cólera de un poeta!

—¡Hermanos—gritó el profesor Schart—: honremos a los hombres que riñen por la causa del pueblo! ¡Viva Sakasko!

Sesenta voces respondieron:

—¡Viva Sakasko!

—¡Viva Luman!—volvió a gritar el profesor.

Y las mismas voces repitieron:

—¡Viva Luman!

Este fué el modo más eficaz de poner fin a aquel incidente. Halagados por la ovación, el presidente y el poeta depusieron su rencor y todos los ánimos se serenaron. Sakasko volvió a ocupar la presidencia y Luman se retiró a un rincón del sótano, recibiendo al pasar por entre sus compañeros de causa afectuosos apretones de manos.

—Es necesario vivir alerta para saber aprovechar la oportunidad cuando se presente—dijo Sakasko, volviendo a hacer uso de la palabra—. Entretanto, tratad todos de enriquecer nuestro depósito de armas y municiones. Si el pueblo responde a nuestro grito de guerra, que es lo que esperamos, tendremos que proporcionarle medios de ataque y de defensa. Los que disponéis de ahorros, adquirid armas. El capital así invertido tendrá una justa compensación por parte de la futura república.

Volvieron a discutir los asambleístas. ¿Dinero? Todos los jefes de grupo eran más pobres que las ratas; pero, no obstante, reconocían que entre sus afiliados había personas de cierta posición, mas éstas estaban dispuestas a dejarse cortar el cuello antes que exponer un solo franco por la causa revolucionaria. No había que contar con el aporte económico de nadie; los ricos eran los que menos confianza tenían en el triunfo de la conspiración. Las revoluciones eran obra exclusiva del hambre. ¿Cómo iba armado el populacho que atacó La Bastilla? Con palos de escoba, con cuchillos de cocina, con picos. El caso era incitar a la multitud hambrienta al ataque. Cuando el mar de la indignación del pueblo se desbordase, no habría barreras capaces de contenerlo.

—Veo—dijo Sakasko—que no se puede contar con los hermanos ricos. Pasemos ahora a considerar la orden del día.

Estas palabras tuvieron la virtud de sumir a la asamblea en un silencio sepulcral.

—Se trata—continuó el presidente—de designar al compañero que ha de encargarse de matar al tirano. En nuestra última reunión general me habéis demostrado que todos os disputáis esa misión tan sagrada como peligrosa; pero como no

es posible complacer a tantos héroes, he decidido que la elección se haga por sorteo.

Se interrumpió para proseguir al instante, en medio de un silencio todavía más profundo, como si aquellos sesenta hombres se hubiesen transformdo de pronto en sesenta figuras de piedra. No parecían respirar siquiera; el único signo de vida que en ellos se advertía era la inmensa ansiedad que se reflejaba en sus dilatadas pupilas.

—Este saquito—enseñó uno que tenía sobre la mesa—contiene tantas bolillas como hombres estamos aquí reunidos. Todas ellas son blancas, excepción hecha de dos, una de las cuales es roja y la otra negra. Al que le toque la bolilla roja tendrá que matar al tirano, y el que saque la negra dará muerte a Rianko, el jefe de Policía. Rianko es, después del tirano, el hombre que más daño causa a Istralia, y por eso he creído conveniente añadir una bolilla para él.

Un murmullo de aprobación se elevó de todos los rincones del sótano.

—Vamos a proceder al sorteo—concluyó Sakasko—. Uno por uno os adelantaréis a la mesa para meter la mano en este saquito y sacar una bolilla; pero antes aguardaos, falta aquí una persona que debe tomar parte en el sorteo. Muchos de vosotros la conocéis: es la mujer que el destino arrojó la otra noche entre nosotros.

—¿La que quiso disputarnos el honor de matar al tirano y acabó llorando como una niña de cinco años?—preguntó una voz.

—La misma—respondió Sakasko—. Esa mujer insiste en unirse a nosotros, en dar su vida si es preciso por la causa del pueblo istraliano. Ha sido víctima de la maldad del tirano y de su camarilla sanguinaria, y odia con todas las fuerzas de su alma a esa chusma de sangre azul.

—Desconfío de las mujeres—dijo el profesor Schart.

—Y con más motivo de una mujer que llora por cualquier quítame allá esas pajas—agregó otro de los conspiradores.

—Las causas que hicieron llorar a esa mujer son las mismas que pueden provocar las lágrimas del hombre más fuerte y valeroso—replicó Sakasko—. Tengo fe en ella, hermanos, y además creo que una compañera hermosa y valiente puede sernos sumamente útil.

—Propongo se la someta a una prueba—indicó el profesor—. Yo he desconfiado siempre del bello sexo; es tan impulsivo como frágil.

—¿Una prueba?—inquirió Sakasko—. Está bien. Haré entrar a esa mujer para que tome parte en el sorteo cuyos alcances le explicaré previamente. Si uno de vosotros la viese sobresaltarse o temblar en el momento de sacar su bolilla, será inmediatamente alejada de nuestro lado y encerrada en la cocina hasta el día en que nuestra causa triunfe y podamos soltarla sin correr riesgo alguno.

—Muy bien, de acuerdo — respondieron varias voces al mismo tiempo que Schart hacía un gesto de conformidad.

—Urso—llamó entonces Sakasko.

—Manda, hermano—respondió el gigantón adelantándose hacia la mesa del presidente.

—Introduce aquí a esa mujer.

Urso giró sobre sus talones y salió del sótano. Pasaron algunos minutos, y cuando ya comenzaban a oírse murmullos de impaciencia, todos oyeron crujir la carcomida escalera que daba entrada al antro, y al volverse vieron destacarse sobre la misma las figuras de Urso y de María Teresa.

Sesenta pares de ojos examinaron a aquella débil y hermosa criatura, que marchaba con paso resuelto detrás del gigantón.

—Atención, compañeros — advirtió Sakasco —: ya está aquí.

Se extinguieron todos los murmullos y el lugar volvió a quedar sumido en un silencio absoluto, sepulcral.

A tres pasos de la mesa presidencial, María Teresa se de-

tuvo. Ninguna emoción turbaba la serenidad de su pálido semblante.

—Hermana—le dijo el jefe de los conspiradores—: entre las bolillas que contiene este saquito hay una de color rojo y otra de color negro. Aquel que saque la roja tendrá que matar al tirano, y al que le toque la negra asesinará a Rianko, el jefe de Policía. ¿Te atreves a tentar la suerte?

—Haga Dios que me corresponda una de esas bolillas de muerte—respondió María Teresa.

—Va a comenzar el sorteo—anunció Sakasko, dirigiéndose a todos los demás conspiradores—. Saca la primer bolilla, hermana.

María Teresa se adelantó y hundió su mano derecha en el saquito que le presentaba el presidente. Su rostro seguía tan imperturbable como un rato antes.

—¿Has escogido, hermana?

—Ya tengo la mía—contestó la mártir.

Y se retiró algunos pasos, apretando en su diestra una de las bolillas del saquito.

—Otro—dijo Sakasko.

Un hombre de blusa alargó el brazo hacia el saquito, y apoderándose de una de las bolillas, se alejó de la mesa.

Uno tras otro los demás conspiradores fueron haciendo la misma operación hasta que en el saco no quedaron más que cuatro bolillas.

—Ahora nos toca a nosotros—dijo Sakasko a Schart.

Cambiando una mirada con el presidente, el profesor metió la mano en el saquito y cogió una bolilla.

Seguidamente Sakasko hizo lo propio.

—¿Falta alguien?—preguntó, dirigiéndose a la asamblea.

No obtuvo respuesta.

Volvió el saco, y las dos bolillas que quedaban en él cayeron sobre la mesa.

—¡Blancas!—exclamó—. Veamos ahora quiénes son los que han sacado la bolilla roja y la bolilla negra.

Advirtióse en la asamblea un movimiento de ansiedad, y de pronto una voz alegre, de falsete, exclamó:

—¡A mí me ha tocado la roja!

Un joven de largas patillas y tocado con un ancho sombrero se adelantó hacia la mesa de la presidencia enseñando la bolilla roja. Era el pintor que un rato antes había saludado a Luman cuando éste recitaba una poesía italiana.

—Moner—dijo Schart—, ¡te felicito!

—Gracias, profesor. Me ha llegado el turno de crear mi obra maestra—contestó riendo alegremente el joven artista.

—Falta la negra—dijo una voz.

Sakasko, que no lo olvidaba, preguntó irguiéndose por encima de la mesa:

—¿Quién tiene la bolilla negra?

Desde el fondo del sótano, una voz dulce y serena contestó:

—¡Yo!

Y María Teresa avanzó hacia la mesa del presidente. La tranquilidad de que daba muestras admiraba a los conspiradores, que respetuosamente, se hacían a un lado para darle paso.

—Hermana—dijo Sakasko—: tendrás que matar al jefe de Policía.

—Lo mataré—contestó la mártir con firmeza—. Tan pronto se haga de día pondré manos a la obra.

—Perfectamente, hermana; puedes pedir lo que creas puede hacerte falta para cumplir con tu deber. No se te escatimará ayuda.

—De aquí a que amanezca tendré dispuesto mi plan; no digo más.

Y retrocedió hacia el fondo del sótano.

Allí se le acercó Casimiro Luman, sombrero en mano.

—Es de cobardes—le dijo dirigiéndole una profunda reverencia—dejar que una mujer hermosa y joven como vos marche en busca de la muerte. Permitidme ocupar vuestro puesto. ¡Yo mataré a Rianko!

—Os agradezco vuestra buena voluntad—respondió, son-

riendo, María Teresa—; pero más de cobardes sería aún delegar en otro la responsabilidad que la suerte acaba de hacerme contraer.

—¡Oh, señora!—xeclamó, admirado y conmovido, el poeta—. Yo estaré a vuestro lado en los momentos de peligro, os seguiré a todas partes como si fuese vuestra sombra... Mi conciencia de caballero no me perdonaría nunca dejaros desafiar sola a la muerte.

—La muerte no me arredra. La recibiría como un bien.

—¿Tan desesperada es vuestra situación? ¿Tan poco esperáis del porvenir?

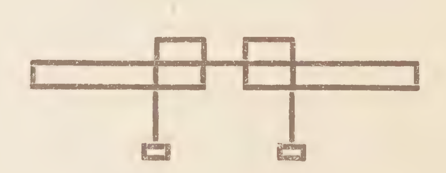
—Los tiranos han asesinado mi felicidad y exterminado todas mis esperanzas. No tengo otra ilusión que la de vengarme.

—Sois un capullo que acaba de abrirse a la vida y renunciáis a mirar el sol que ilumina vuestra belleza. ¡Vivid, señora! ¡Yo quiero que vivais!—exclamó el poeta con acento cálido y vibrante—. ¡Yo os disputaré la muerte!

—Callad, por Dios—suplicó María Teresa mirando con inquietud en torno suyo—. Estáis llamando la atención de nuestros compañeros. El presidente nos manda salir a todos. Por lo visto, quiere conversar detenidamente con el hombre que ha sacado la bolilla roja y conmigo. Marchaos.

Luman, que estaba casi de rodillas delante de la bella criatura, se enderezó y dijo:

—Os veré mañana; nada de este mundo sería capaz de hacerme renunciar a mi deseo de compartir vuestras vicisitudes.






## CAPITULO LXXII

### Rianko

LISANDRI empujó con violencia la puerta del despacho del jefe de Policía y avanzó con paso decidido hacia éste, que parecía meditar sentado frente a su escritorio.

Ajustándose las antiparras sobre su nariz ganchuda de ave de presa, Rianko, que tenía el pelo ya canoso, observó al intruso con sus ojillos grises, penetrantes, surcados por venillas rojas.

—¡Hola!—exclamó al reconocerle, poniéndose de pie—. ¿Vos aquí, señor conde? Estaba lejos de esperar una visita tan agradable.

—Es posible que dentro de un instante califiquéis de otro modo mi presencia aquí—respondió Lisandri con severidad, deteniéndose ante el escritorio.

—¡Oh, señor conde!—exclamó el polizonte frunciendo ligeramente el ceño—. No veo el motivo...

—El motivo es éste: su majestad está indignadísimo contra vos, y a fe mía que tiene razón.

—¡Excelencia!... No comprendo. Desde que ocupo este puesto no he dejado en un solo caso de cumplir con mi deber y de hacer cumplir el suyo a mis subordinados. ¿De qué puede quejarse el rey? ¿De qué os quejáis vos?

Y sus ojillos grises se clavaban en las pupilas de acero del conde Federico, como si quisieran agujerearlas para asomarse a su pensamiento.

—Rianko, no habéis logrado atrapar aún a esa mujer de la casita del barrio de San Germán, a quien su majestad tiene verdadero empeño en hallar, ni habéis descubierto todavía al asesino del agente de policía que vigilaba la casa del mariscal Calveti.

—Excelencia, si me hubieseis dejado a mí desde un principio la misión de apoderarme de las dos mujeres de la casita que decís, no se me hubiera escapado una de ellas como se os ha escapado a vos—contestó Rianko, sin separar sus ojos de las pupilas del conde—. Me permitisteis intervenir en el asunto cuando el error había sido ya consumado, y desde el principio de mi actuación mis esfuerzos se estrellaron contra el misterio más denso. No obstante, no he cesado de investigar. En los últimos seis días he realizado ya veinticuatro allanamientos en el barrio y en otros lugares sospechosos. Yo os doy mi palabra de que atraparé a esa mujer, pero no puedo fijar tiempo; tened paciencia y dejadme trabajar sin ejercer sobre mí ánimo presiones de ninguna índole.

* * *

Lisandri tiró nerviosamente de su rubio bigotillo, y en seguida contestó:

—Reconozco que yo soy el culpable de que esa mujer haya logrado escapar; pero si vuestro servicio de vigilancia hubiese estado debidamente montado, a estas horas María Teresa esta-

ría ya en mi poder y su majestad se consideraría satisfecho; pero para complicar las cosas y sacarlas de quicio, tampoco habéis puesto en claro todavía lo del asesinato del agente que vigilaba la casa del mariscal.

—Un crimen tan misterioso como ese no se esclarece en un día ni en dos—contestó Rianko, profundamente contrariado—. El asesino no ha dejado en el lugar del crimen huella alguna que pueda servir de orientación a las pesquisas; ni siquiera ha habido lucha entre la víctima y su agresor.

—¿Qué medidas habéis tomado para poner en claro ese desagradable suceso?

—Las más inmediatas: yo en persona realicé una inspección ocular en el lugar del hecho; examiné el cadáver, interrogué a los vecinos y a los soldados de la patrulla que oyeron el disparo y descubrieron a la víctima.

—Y al mariscal, ¿le habéis interrogado?

—Sí, excelencia.

—¿Qué impresión habéis sacado de ese interrogatorio?

—Que su excelencia ignora en absoluto cuanto pueda relacionarse con ese crimen.

—Pero él debió oír el disparo.

—Sí; mas no le dió importancia; lo confundió con un ruido cualquiera.

—¿Os satisface esa explicación de Calveti?

—Por ahora, sí.

—Acabo de hablar con el sargento que mandaba la patrulla que oyó el disparo y el grito de la víctima, y me ha hecho una revelación en la que vos no habéis parado vuestra atención.

—¿Qué revelación puede ser ésa?—inquirió el jefe de Policía lleno de extrañeza.

—El encuentro que cerca del lugar del suceso tuvo la patrulla con cierto fraile. ¿Habéis reparado en ese detalle?

—Sí, excelencia.

—¿Le habéis concedido importancia?

—Yo concedo importancia a todos los detalles, señor conde.

—¿Qué pensáis de ese fraile?

—Lo he buscado, mas sin resultado alguno.

—¿A qué Orden o Congregación pertenecía?

—Los de la patrulla no repararon en el hábito que llevaba.

—Debíais haber dirigido un exhorto a todos los conventos, a todos los lugares donde residen frailes.

—Lo he hecho.

—¿Y el resultado?

—Nulo.

—¿Sabéis que eso es sospechoso? ¿Qué inconveniente podía tener ese fraile en presentarse a declarar?

—No comprendo los escrúpulos de ese hombre. Lo cierto es que de todos los conventos me han contestado que no sabían nada del asunto que motivaba mi exhorto.

—¿Y habéis dejado pasar este detalle sin concebir sospechas?

—Las he concebido de inmediato, excelencia.

—Ese fraile que se oculta de la justicia sabe lo que a nosotros nos interesa conocer.

—Pudiera darse el caso, excelencia, que no fuese un fraile, sino un hombre que se había disfrazado de tal para cometer un delito.

—Justo. ¡Si pudiésemos saber al menos qué hábito era el que vestía!

—Imposible por ahora; ya os dije que los de la patrulla no repararon en las ropas de ese religioso.

Hubo un silencio.

—¿Qué pensáis hacer?—preguntó al cabo de un instante el conde Federico, retorciendo su insolente bigote.

—Investigar.

—Su majestad no se conformará con esa respuesta ambigua.

Rianko se encogió de hombros.

—Decid al rey—contestó, por último, con voz alterada—, que disponga de mi puesto si cree que no sé desempeñarlo.

—Su majestad quiere un jefe de Policía responsable; eso es todo.

—De la seguridad del rey respondo con mi cabeza, excelencia. No hay poder humano capaz de llegar hasta su majestad y personas que le rodean para poner en peligro sus vidas. Vos mismo, excelencia, doquiera que vayáis, estáis rodeado por un círculo de hierro. ¡Ay del que intentase levantar un brazo contra vos! Hallaría la muerte instantáneamente; pero, ¿cómo puedo hacerme responsable de sucesos aislados e imprevistos? San Francisco es una ciudad enorme, bien lo sabéis, y para responder de los actos de todos sus habitantes sería preciso que la dotaseis de un Cuerpo de Policía tan númeroso como habitantes tiene la capital. ¿Puede el dueño de un bosque impedir que se muevan las hojas de sus árboles? Del mismo modo que a ese hombre no se le puede exigir semejante cosa, sería absurdo pretender que yo me meta la ciudad en el bolsillo... Perdonad mi rudeza, excelencia; pero es el caso que me siento mortificado.

—Haré valer vuestras razones ante su majestad, y estoy seguro que las juzgará atendibles; pero os advierto que no le dejaréis satisfecho hasta tanto no le presentéis a la mujer desaparecida de la casa del barrio de San Germán y pongáis en claro el misterio que rodea al asesinato del agente que vigilaba la casa del mariscal Calveti.

—Haré cuanto pueda por satisfacer a su majestad—murmuró Rianko—; ahora que si la fatalidad se cruza en mi camino y desbarata mis buenos propósitos...

—Por mi parte os deseo mucha suerte, jefe—dijo el conde Federico esbozando una sonrisa irónica—. Adiós.

Y se dirigió hacia la puerta sin darle la mano.

—Adiós, excelencia—contestó Rianko, siguiéndole con sus ojillos, en los que parecían haberse multiplicado las venillas rojas que los surcaban.

Y al quedar solo se dejó caer en su asiento y descargó un fuerte puñetazo sobre su escritorio.

—¡Maldición!—bramó—. ¡Debo encontrar a esa mujer y esclarecer ese crimen, o me consideraré indigno de llevar mi apellido!

Y cuando más fuerte era su furor, la puerta se abrió y entró uno de sus ayudantes.

—¿Qué quieres, perro?—exclamó Rianko, dirigiéndole una mirada terrible al propio tiempo que sus manos se crispaban sobre los papeles de su escritorio.

—Señor—contestó humildemente el ayudante—, una joven muy elegante, que dice tener un asunto importante que comunicaros, aguarda en la antesala a que le hagáis el honor de recibirla.

—No estoy para nadie—respondió Rianko con voz sorda—. ¡Dejadme en paz!

El ayudante giró sobre sus talones para retirarse, pero en el momento en que iba a trasponer el umbral, el jefe, que parecía meditar, le dijo:

—Espera. ¿Sabes lo que se trae en el pico esa mujer?

—No ha querido dar detalle alguno, señor. Dice que sólo a vos interesa el asunto que la ha movido a venir.

Rianko volvió a meditar.

—Introduce aquí a esa mujer—ordenó de pronto a su ayudante, sin mirarle.

* * *

Un minuto después, una mujer joven, vestida con gran elegancia, penetraba en el despacho del jefe de Policía.

Este, después de escrutarla un instante con sus ojillos penetrantes e inquisidores, dijo:

—Me parece conoceros; yo he visto en alguna otra parte vuestro rostro. ¿Quién sois?

—La infeliz hija del pueblo a quien buscáis con tanto em-

peño estos días—contestó la recién llegada con toda sangre fría, sosteniendo sin pestañear la aguda mirada de Rianko.

El hombre se levantó de un salto.

—¡María Teresa!—exclamó, trémulo de ansiedad.

—La misma.

Rianko dudaba de lo que tenía ante sus ojos.

—Pero, ¿es posible? ¿Y os habéis atrevido...?

—Cuando se desdeña la vida, jefe, se es capaz de muchas cosas.

—¡Hola! ¿Qué queréis decir?

—Vengo a mataros.

—¿A mí?

—A vos.

—Pero, ¿estáis loca?

—Es mi deber.

—¡Alto ahí! ¿Qué hacéis, desventurada? ¡Maldición!



*—¡Muere, canalla!—rugía el protervo, hiriendo sin compasión aquel cuerpo.*

—¡Arriba las manos!—exclamó María Teresa, apuntando al pecho de Rianko con el revólver que empuñaba.

El jefe, que había querido lanzarse sobre ella, obedeció al convencerse que aquella mujer venía dispuesta a todo. Con las manos en alto, dió un paso atrás sin perder de vista la puerta, y cuando, sin haber salido aún de su estupor, se proponía decir algo, una detonación sonó como un trallazo en el silencio del

despacho, y el hombre se desplomó tras del escritorio, profiriendo una blasfemia.

María Teresa, con el revólver todavía humeante en la diestra, se volvió al propio tiempo que la puerta se abría y el ayudante de Rianko que la había introducido allí trasponía el umbral.

—¿Qué pasa?—exclamó éste—. ¿Qué habéis hecho?

—Justicia—respondió simplemente María Teresa.

Un gemido que partía detrás del escritorio erizó en aquel momento los cabellos del ayudante.

—El jefe...—balbuceó—; habéis querido asesinar al jefe. ¡Serpiente! Daos presa; entregadme vuestro revólver.

—¡Tómalo!—contestó tras él una voz varonil.

El ayudante quiso volverse, pero antes que tuviera tiempo de hacerlo, un hombre que acababa de entrar en el despacho y que estaba detrás de él, enarboló un negro bastón de nudos que traía en la mano, el que fué a caer como un rayo sobre su cabeza, haciéndole rodar por el suelo hasta junto al cuerpo de su jefe.

Era Casimiro Luman.

—Venid, María Teresa; huyamos—dijo aquel hombre.





—¡Tómala!—contestó tras él una voz varonil.




## CAPITULO LXXIII

### El sacrificio de Moner

ACEPTANDO la mano que el poeta le tendía, María Teresa le siguió hasta fuera del despacho.

La aparición de Luman en aquel lugar le parecía algo milagroso; cuando, después de haber disparado sobre el jefe de Policía, la mártir no pensaba más que en llevarse a la sien el revólver que aún empuñaba, el poeta surgía ante ella como una promesa de salvación.

—Corramos, María Teresa. Pero esconded el revólver.

Al final del ancho corredor por el cual confiaban ganar la puerta vieron aparecer a varios hombres uniformados. Casimiro Luman titubeó. ¡Estaban perdidos! Azorado, miró en torno suyo buscando otro sitio por donde huir. ¡Imposible! Todo sería en vano. Se habían metido en la boca de la fiera y no tenían más remedio que perecer devorados.

Pero cuando el poeta se entregaba ya a su desesperación, ocurrió un milagro. Los hombres que les observaban atóni-

tos desde el final del corredor, sin poder adivinar aún lo ocurrido en el despacho del jefe, se apartaron bruscamente, dando paso a varios gendarmes que corrían gritando desaforadamente:

—¡Alerta! ¡Todo el mundo alerta!... ¡Se ha querido matar a nuestro rey! ¿Dónde está nuestro jefe? ¡Que salga el señor Rianko!

La confusión que en todos los ámbitos del enorme edificio sembraron estas voces de los gendarmes fué verdaderamente inaudita. Multitud de puertas se abrieron con estrépito, dando paso a centenares de empleados, agentes de policía, inspectores y jefes de sección, todos los cuales se precipitaron hacia los gendarmes, ansiosos por adquirir informes de aquella tentativa de regicidio. Pero los que traían la noticia no podían decir más que en la plaza de Palacio un desconocido que había conseguido mezclarse entre la guardia regia había descargado su revólver sobre el automóvil en el que iba su majestad. Y agregaban, mirando a todas partes, como locos:

—Pero, ¿dónde está el señor Rianko? ¿Qué hace el señor Rianko que no acude? Le llaman a Palacio; el conde Lisandri quiere verle. Avisad a nuestro jefe.

Comprendiendo cuán necesaria era la presencia del jefe superior de Policía en aquellas circunstancias, muchos se precipitaron hacia su despacho, mas al entrar en él, un grito de estupor se escapó de sus gargantas al distinguir a Rianko tendido detrás de su escritorio y bañado en sangre, y a su ayudante caído cerca de él y que no daba señales de vida.

—¡Nuestro jefe ha sido asesinado!—gritaron—. ¡También aquí se ha cometido un crimen!

Esta noticia, que corrió por todo el edificio con la rapidez de un reguero de pólvora, hizo que la confusión de todos los policías degenerara en pánico.

¡Asesinado el jefe de Policía en su propio despacho y en pleno día! Este suceso no tenía precedentes en la historia policial de San Francisco. Los más serenos dieron por telé-

fono cuenta de lo ocurrido al gobernador de la ciudad y se preocuparon de atrapar a los asesinos.

Alguien dijo:

—Apostaría que los autores de este doble crimen son ese hombre y esa mujer que hemos visto hace un rato en el corredor.

—Sí; no pueden ser más que ellos—agregaron otros—. El recelo con que miraban a una parte y a otra los acusa.

—¡Hay que darles caza!—exclamó un inspector, precipitándose hacia la puerta.

Pero ya era tarde. El gendarme de centinela en la puerta había visto salir a la pareja hacía un rato, pero no pudo decir la dirección que había tomado, pues se había confundido entre la gente estacionada frente al edificio, que comentaba la terrible noticia traída por sus compañeros. No obstante, un numeroso grupo de polizontes salió a recorrer los alrededores, detuvo a cuantas personas le parecieron sospechosas, penetró en algunas casas y las registró de arriba abajo, y todo sin resultado alguno; la misteriosa pareja se había eclipsado.

* * *

La noticia de la tentativa de asesinato del supuesto rey de Istralia había salvado la vida a María Teresa y a Luman. Aprovechando aquella enorme confusión promovida en todo el inmenso edificio de la Jefatura por los gendarmes que veníán de la plaza de Palacio, lograron pasar inadvertidos y ganar la calle.

Una vez allí, dijo Luman, soltando la mano de la valiente hija del pueblo:

—Separémonos. Marchad de prisa a refugiaros en nuestra cueva; pensad que los de la policía no tardarán en lanzarse como perros en vuestra busca.

—Pero, ¿y vos?—inquirió María Teresa—. ¿Qué haréis? También corréis peligro.

—Voy a la plaza de Palacio, que no está lejos, a enterarme de lo que ha hecho Moner.

Y agregó sonriendo:

—No tengáis cuidado; no puede sucederme nada.

—Me habéis librado de morir—murmuró María Teresa—. No olvidaré nunca esa deuda que tengo con vos.

—Alejaos. Lo que he hecho no merece que lo recordéis siquiera. He ahí a un teniente de caballería que se fija en nosotros. Hasta la vista, amiga mía.

Y Casimiro Luman se alejó después de quitarse el ancho sombrero y hacer una reverencia ante la mártir, dueña de una serenidad que no era propia de ella.

Cinco minutos después se confundía entre la multitud agolpada en los alrededores de la plaza de Palacio.

Por los comentarios de las gentes se enteró de lo sucedido allí un cuarto de hora antes.

En el momento que el automóvil en que iba su majestad atravesaba la plaza en medio de la cual se hallaba formada la Guardia regia, un joven se había destacado de entre un grupo de curiosos, y avanzando resueltamente hacia el carruaje que conducía al soberano, apuntó a éste con su revólver y le disparó seis tiros. El "chauffeur", que al oír el primer disparo había detenido el automóvil, quedó muerto en su asiento de un balazo en el pecho. Los demás proyectiles habían destrozado los cristales del vehículo y agujereado las portezuelas, pero sin inferir a su majestad el menor daño. Dándose cuenta el agresor de que no había logrado su objeto, arrojó al suelo el revólver que empuñaba y sacó de entre sus ropas una pistola, con la que quiso seguir disparando; pero los soldados de la Guardia y los ocupantes de otro automóvil que marchaba detrás del en que iba el soberano, se arrojaron sobre el asesino, y a puñetazos y a golpes de fusil lo arrojaron al suelo y lo desarmaron.

Antes de que las personas que habían presenciado estos sucesos salieran de su estupor, el rey había abandonado el

automóvil y regresado a Palacio rodeado por personas de su séquito, mientras su agresor era también introducido en la regia morada golpeado e injuriado por los soldados de la guardia palaciega.

Inmediatamente la tropa acordonó la plaza y los agentes de la policía secreta que pululaban por allí realizaban detenciones en masa. Al llegar Casimiro Luman a aquel lugar, el número de soldados, gendarmes y policías había aumentado considerablemente al mismo tiempo que crecía también el número de curiosos. El automóvil real y el cadáver del "chauffeur" habían sido ya retirados del centro de la plaza.

Cerca de una hora permaneció el poeta entre la multitud, con los ojos constantemente fijos en la puerta de Palacio, por la cual, según le dijeron algunos testigos presenciales de los sucesos, había sido introducido el agresor de su majestad.

Luman lloraba en su interior la suerte del compañero artista. Presente tenía en su mente algunas de las obras pictóricas de Moner: cuadros de asuntos atrevidos, pintados con trazo firme, vigoroso, dejaban en el ánimo una fuerte impresión de grandeza. Era joven aún, y con pocos años de lucha hubiera llegado a alcanzar renombre y fortuna si no se hubiese dejado ganar el corazón por los lamentos del pueblo.

—Su obra maestra ha sido embadurnar su porvenir con un revólver—se dijo Casimiro—. ¡Lástima de muchacho! ¡Los momentos terribles que estará pasando en ese nido de vampiros!

Unos murmullos que acababan de elevarse en torno suyo volvieron su atención a la plaza.

—¡Ahí está! ¡Helo ahí!—exclamaba la gente enderezándose sobre la punta de los pies.

—¿Qué ocurre ahora?—preguntó Luman a un anciano que tenía a su lado.

—Mirad hacia aquella puerta. ¿No veis? Van a sacar al asesino.

Luman tuvo que levantarse también sobre la punta de sus

pies, y entonces alcanzó a distinguir a cuatro gendarmes que salían de Palacio conduciendo una angarilla, sobre la cual se destacaba un cuerpo humano envuelto en una sábana ensangrentada.

El poeta sintió que toda la sangre de su cuerpo se le agolpaba en el corazón.

¡Muerto Moner! En realidad, no podía esperarse otra cosa desde el momento que había caído en manos de los esbirros de aquella Monarquía despótica. ¡Infeliz! ¡Cuántas herejías debían haber cometido con él aquellos miserables! ¡Por cuántas torturas habría tenido que pasar antes de cerrar los ojos para siempre!

—Pero—murmuró Luman, volviéndose al anciano que tenía a su lado—, ¿estáis seguro que ese que llevan sobre la angarilla es el hombre que intentó matar al rey?

—No puede ser otro. Era de esperar que lo ajusticiaran inmediatamente.

En medio de un silencio de muerte, los cuatro gendarmes atravesaron la plaza conduciendo aquel cadáver envuelto en una sábana ensangrentada, y antes de desaparecer en una bocacalle próxima, les tocó pasar cerca del sitio donde se encontraba Luman.

—Descansa en paz, hermano Moner—murmuró el poeta en voz baja—. Yo inmortalizaré tu nombre engarzándolo al mejor de mis poemas, y con versos arrancados de mi corazón exaltaré tu sacrificio sublime.

Permaneció un instante con la cabeza baja, sintiendo correr por sus mejillas lágrimas ardientes que no podía evitar fluyeran de sus ojos, y cuando miró en torno suyo, los gendarmes con su carga macabra habían ya desaparecido y el público se dispersaba en medio del mayor silencio.

Luman se alejó también.

* * *

Al oír las seis detonaciones del revólver de Moner, Lisan-

dri y Alcira se habían precipitado hacia una de las ventanas de Palacio, desde la cual pudieron presenciar la detención del asesino y ver cómo el rey, rodeado por su séquito, abandonaba el automóvil agujereado por las balas, para entrar en su morada.

—¡Federico!—exclamó la reina—. ¿Es el pueblo que se subleva?

—No—respondió el conde—. El pueblo no tiene nada que ver con ese atentado.

Y saliendo de aquella habitación, se dirigió al encuentro del supuesto rey.

Este, al verle, se cogió de su brazo, y abandonando a las personas que le seguían, dijo, introduciéndose con él en una salita de la planta baja:

—He pasado por un momento terrible, Federico. Ya no me atreveré a salir de Palacio. Mira lo que salimos ganando con torturar al pueblo.

Y mientras hablaba, Rodolfo Carpi temblaba como una hoja sacudida por el viento.

—¡Yo me río del pueblo y de esta tentativa de regicidio!—exclamó Lisandri—. Ahora verás lo que tardo en poner las cosas en su sitio.

Salió mientras el falso rey se dejaba caer en un sillón y suspiraba pasándose un pañuelo por la frente, inundada de frío sudor.

—¿Dónde está el regicida?—preguntó Lisandri al llegar frente al grupo de personas que formaban el séquito del rey, y que esperaban fuera de la salita.

—Ha sido conducido al patio de las caballerizas, excelencia—contestó un servidor de Palacio.

—Llamad a Rianko. Necesito que se ponga a mis órdenes.

Y dicho esto, el conde se alejó en dirección al patio de las caballerizas, amplia explanada que se extendía a un costado de la morada real, separada de ésta por una faja de parque.

Allí, en efecto, había sido conducido el hombre que se

había atrevido a atentar contra la vida del rey. Aturdido por los golpes recibidos, el infeliz se apoyaba contra una pared, echando sangre por la nariz y por la boca. Numerosos soldadados, oficiales y personajes de Palacio lo rodeaban injuriándole y escupiéndole.

Lisandri, puesta la diestra en la empuñadura de su espada, avanzó hacia él. Soldados, oficiales y palaciegos le abrieron paso.

Después de envolver a aquel desdichado en una mirada terrible, el conde le preguntó:

—¿Eres tú el miserable que se atrevió a atentar contra la vida del rey?

El interpelado se limpió con el revés de la mano la sangre que le empapaba el rostro, miró a Lisandri y no contestó.

—¿Cómo te llamas?—prosiguió Federico—. Dime tu nombre, perro.

—Rafael Moner—murmuró el artista escupiendo un pedazo de diente.

—¿Eres de San Francisco?

Moner hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué motivos tenías para atentar contra la vida de tu soberano?

—Vengarme del despotismo con que gobierna.

—¡Ah!—exclamó Lisandri apretando los puños—. ¡Este perro maldito debe tener cómplices!

—Os engañáis—contestó el artista—. He obrado por mi propia cuenta, sin participar a nadie mis propósitos.

—¡Mientes!—rugió Lisandri—. ¡Mientes como un canalla que eres! ¡Tienes cómplices, y vas a decirme inmediatamente quiénes son y dónde se ocultan!

Una sonrisa espantosa pasó por el rostro ensangrentado de Moner.

—¿Qué? ¿Me desafías?—prosiguió el conde desenvainando su espada—. ¡Ahora veremos quién puede más! ¿Dónde está Rianko? Necesito que se encuentre aquí para dispo-

ner la detención de los cómplices de este bandido tan pronto confiese el lugar donde se encuentran.

Una voz jadeante le contestó detrás de él:

—El señor Rianko no puede acudir, excelencia. Ha sido encontrado herido en su despacho, y se teme que su vida corra peligro.

—¿Herido el jefe de Policía en su propio despacho?—exclamó Lisandri, volviéndose como si le hubiese picado una víbora—. No cabe duda que el atentado contra el rey y la herida de Rianko son el resultado de una misma conjura.

Apoyó la punta de su espada en el pecho de Moner, que a duras penas podía sostenerse en pie, y agregó:

—¡Habla, asesino! ¿Quiénes son tus cómplices? Pronuncia sus nombres si no quieres sentir penetrar en tu corazón la punta de mi espada.

—Puedes matarme—contestó el pintor—. De mis labios no saldrá una sola palabra que perjudique a mis partidarios.

—¡Ah! ¿Luego no niegas que tienes cómplices? Dime quiénes son y dónde se ocultan, maldito. ¡Dímelo!

—¡Jamás!—exclamó Moner—. ¡He jurado no traicionarlos, y respetaré mi juramento aunque tenga que morir partido en pedazos! La muerte no me arredra. Detrás de mí quedan mis amigos, dispuestos a sacrificarse por los derechos del pueblo, resueltos a exterminar al tirano y a sus cómplices. ¡Mátame!... Moriré satisfecho, porque sé que el puñal que los hijos del pueblo hemos suspendido sobre vuestras cabezas caerá de un momento a otro para el bien de la patria que estranguláis sin compasión alguna. Mis amigos me vengarán, antes quizá de lo que puedes imaginarte.

La espada de Lisandri se hundió algunos centímetros en el pecho de Moner, quien hizo una mueca de dolor, pero no dejó escapar ni el más leve quejido.

—¡Esos nombres, perro!—barbotó el miserable—. ¡Esos nombres!

Moner volvió a sonreír.

—Exiges demasiado, verdugo—dijo débilmente.

Volvió el conde a empujar su espada, que penetró medio palmo en el pecho del desgraciado, y le hizo caer al suelo bañado en sangre.

Poniendo una rodilla en tierra, Lisandri se inclinó sobre él y apoyó en su garganta el filo de su espada.

—¡Por última vez!—exclamó con voz sorda—. ¿Quiénes son tus cómplices? ¿Dónde viven? ¡Habla, granuja! Bastará que me reveles el nombre de uno de ellos para salvarte.

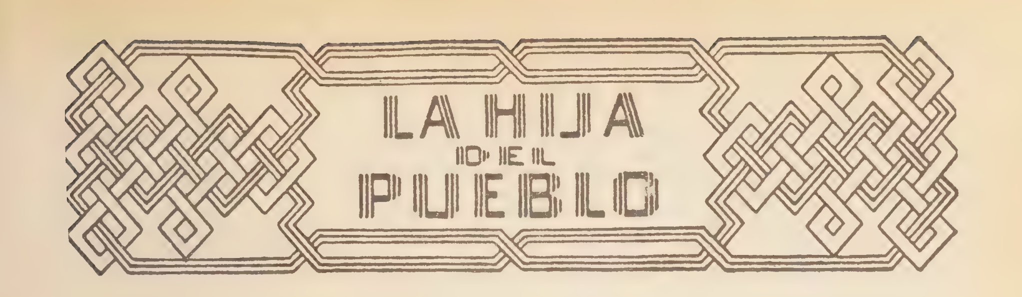
Moner hizo con la cabeza un gesto negativo. Entonces Lisandri, convencido de que nada podía esperar de aquel hombre, se puso de pie, y ciego de furor, hundió más de veinte veces su espada en el cuerpo, ya casi sin vida, del infeliz artista.

—¡Muere, canalla!—rugía el protervo, hiriendo sin compasión aquel cuerpo ya inerte—. ¡Muere, bestia asquerosa! ¡Tu mismo fin tendrán todos aquellos que se atrevan a levantarse contra el trono de Istralia! ¡Yo los destruiré a todos como destruyo en este momento tu carne repudiable!

Revueltos los cabellos, desorbitados los ojos por la ira, salpicado su uniforme con la sangre de su víctima, se apartó de allí para dirigirse a las habitaciones que ocupaba en Palacio.

Allí le esperaba Cosme Novelli, que acababa de regresar de Francia.






## CAPITULO LXXIV

### Lisandri se pone en campaña

COMO? ¿Vos aquí?—exclamó Federico al ver al barón, que le miraba sorprendido de hallarle en aquel estado.

—Mi querido conde—respondió Novelli—, la vida lejos de la corte se me hacía ya insoportable.

—Pues os aseguro que en cualquier parte se encuetra uno mejor que aquí—dijo Federico soltando una especie de gruñido.

Y dejándose caer en una silla, sin acordarse de ofrecer asiento al barón, agregó:

—Debéis traer noticias interesantes que comunicarme; sólo así puedo explicarme vuestro precipitado regreso.

—Vos juzgaréis, conde—dijo Novelli cogiendo una silla y sentándose frente a Lisandri.

—Hablad, os lo ruego.

—Ante todo, debo deciros que es verdad que Oscar Luis, el marqués de Canevari y el capitán Montespín viven.

—¡Mal rayo los parta! Pero esto ya me lo decíais en una de vuestras últimas cartas, barón. También me hablabais del embajador en Alemania, ese señor Pagallos...

—El señor Pagallos se ha puesto de parte de nuestros enemigos, conde, y con ellos ha venido a Istralia.

—¡A Istralia! Pero, ¿es que están en Istralia?

—Sí; hace lo menos una semana que el señor Pagallos, el rey, el marqués de Canevari y el capitán Montespín han debido llegar a Istralia.

—Esto que decís, ¿es una sospecha vuestra, o es que lo sabéis de un modo cierto?

—He podido averiguarlo en Marsella, conde.

—¿Haciendo hablar a la esposa o a la hija del embajador?

—Tuve necesidad de recurrir a eso y mucho más.

—Explicaos.

Novelli, con el acento de un hombre ufano, refirió sus manejos en Marsella para granjearse la confianza de la esposa y la hija del señor Pagallos, y el lazo que después hubo de tender a Ada con objeto de averiguar a qué dirección eran dirigidas las cartas que escribían al embajador, dato este que hubiera servido para dar con el paradero de Oscar Luis y los que le apoyaban.

—Hasta ahora—interrumpió Lisandri—, no me habéis dicho más que dos cosas de interés: que los hombres que yo creía haber muerto por medio de los gases tóxicos viven, y que, gracias a la ayuda que les ha prestado el señor Pagallos, han conseguido entrar en Istralia. ¿Pero cómo se las han arreglado para entrar en el país? ¿Dónde se ocultan? ¿Qué proyectos abrigan? No habéis sabido averiguarlo.

—Chitón, conde. Dejadme terminar. Os decía que Ada prefería morir abrasada a revelarme las señas a las cuales dirigía las cartas que escribía para su padre; pero no he concluído aún. ¿Creéis que esa linda joven ha muerto achicharrada? Nada de eso. Cuando las llamas comenzaban a hacer presa de sus ropas, y yo, desde la ventana de la casa me preparaba

a ver carbonizarse aquel cuerpo tan hermoso, oigo en el bosque un ruido de pasos. Alguien corría hacia la casa; avancé unos metros y distinguí a un hombre que se precipitaba hacia mí revólver en mano. Le hice unos disparos, pero no conseguí herirle, y aquel bruto corría y corría sin parar. No es que yo tuviera miedo de él, pero en las circunstancias en que me encontraba, creí prudente retirarme. Desde el sitio donde me había ocultado, vi que aquel individuo se acercaba a la ventana y que saltaba por ella al interior de la casa, entre las llamas. Un instante después, otro individuo, un oficial del Ejército francés, se acercaba también a la casa. El que se había metido en ésta reapareció al momento, llevando en sus brazos a la hija del embajador. Sus ropas estaban incendiadas. Al resplandor del incendio le reconocí. ¿Adivinas quién era, conde?

—¿Cómo queréis que lo adivine?

—Pues se trataba nada menos que del capitán Montespín.

—¿Cómo es posible, si acabáis de decirme que habíais averiguado que Montespín se encontraba aquí?

—Ahora veréis. Al dar unos cuantos pasos, Montespín cayó al suelo con la joven que llevaba en los brazos; el oficial francés, que parecía haberle seguido, los recogió y los transportó hasta un automóvil que esperaba en la entrada del bosque, sobre el cual los condujo a un sanatorio. El capitán quedó en asistencia en dicho sanatorio y la señorita Pagallos fué llevada al hotel donde se hospedaba con su madre. Aparentemente, yo había fracasado, y mi situación en Francia quedaba sumamente comprometida. Mi única salvación consistía en huir, y me preparé a hacerlo así; pero antes quise averiguar cómo diablos había podido el capitán Montespín aparecer en Marsella en el momento oportuno de estorbar el mejor de mis planes. Y lo he conseguido.

Se interrumpió Novelli, y sus ojos brillaron de alegría.

—¡Continuad! — exclamó Lisandri impacientándose—. ¡Hasta ahora no veo la importancia que concedéis a ese des-

cubrimiento! De todo vuestro relato no he podido sacar un solo dato de valor.

—Sabed—prosiguió el barón, dejándose llevar por la íntima satisfacción que le embargaba—que Eduardo Montespín llegó a Marsella en un monoplano "Junkers" de nuestra aviación militar, piloteado por el coronel Joaquín Mothus. Si sois tan perspicaz como os consideráis, comprenderéis que acabo de poner en vuestras manos el hilo tirando del cual desenredaréis fácilmente la madeja.

—¡Ah!—exclamó el malvado.

E inclinando la cabeza, reflexionó durante algunos segundos.

—En efecto, no necesito saber más—dijo de pronto, mirando a Novelli fríamente.

Y levantándose, salió de la habitación.

* * *

Quince minutos más tarde, Federico Lisandri se apeaba de un automóvil frente al pequeño edificio construído en la entrada del aeródromo.

—¿Está el coronel en su despacho?—preguntó al centinela.

—No, señor — contestó el interpelado—. Hace más de ocho días que el coronel no viene por aquí.

—¿Y el comandante Radomán?

—Está en los cobertizos. Si os interesa verle, enviaré a un compañero para que anuncie vuestra visita al comandante.

—No es necesario—respondió Lisandri—. Yo iré en su busca.

Y sin hacer uso de su automóvil, se dirigió a pie hacia los cobertizos.

—¡Vos aquí, excelencia!—exclamó el comandante Radomán al verle, saludándole con todo respeto—. ¿A qué debemos el honor de vuestra visita al aeródromo?

—Comandante, he de hablar con vos de un asunto grave.

—Entremos en mi despacho, excelencia.

—Es igual, comandante. Aquí, al aire libre, nadie podrá oírnos.

—Sea. Os escucho — dijo Radomán atusándose el duro mostacho.

—Se trata del coronel Mothus. ¿Queréis decirme dónde se encuentra?

El comandante miró sorprendido a Lisandri.

—¿Cómo? ¿No lo sabéis, excelencia?

—No sé nada, comandante.

—Es curioso... Aquí ignoramos todos el paradero del coronel. Sabemos que una mañana, hace nueve días, ha partido del aeródromo a bordo de un "Junkers" equipado para un largo vuelo, y desde entonces no hemos vuelto a tener noticias suyas.

—Pero, ¿partió solo?

—No; le acompañaba un caballero, que, según me han dicho, tenía aspecto de militar.

—¿De modo que ignoráis el punto de destino del coronel y de ese caballero?

—En absoluto, excelencia. Pero en el Ministerio de la Guerra deben tener conocimiento de este viaje; aquí se cree que el coronel ha partido en cumplimiento de una misión secreta del Gobierno.

—No hay tal misión secreta, comandante.

—Disfrutaría el coronel de algún permiso especial.

—Tampoco tenía ese permiso.

—¡Cáspita! ¿Cómo un hombre tan recto como Mothus se ha atrevido a comportarse de ese modo?

—A su majestad y al Gobierno les interesa saber las causas que han movido al coronel a observar semejante conducta, que, como sabéis, tiene en nuestro Código de justicia militar una pena severa. Nos han llegado rumores de que Mothus y su acompañante se encuentran en el extranjero, en Francia.

—Hasta aquí no han llegado esos rumores, excelencia.

—Vais a prestarme un favor, comandante.

—De mil amores, excelencia.

—Averiguad qué soldado era el que montaba la guardia ante la puerta del edificio donde están las oficinas y despacho del coronel, el día que éste partió en el "Junkers" con rumbo desconocido, y traedme a ese hombre.

—Nada más fácil, excelencia; aguardaos un instante.

Y Radomán se alejó.

Instantes después estaba de vuelta junto a Lisandri, acompañado de un soldado.

—Este es el hombre por quien os interesabais, excelencia.

El conde clavó en el soldado una mirada que le hizo estremecer, y en seguida le preguntó:

—¿Eras tú el que montaba la guardia en la puerta del edificio de la Jefatura el día que el coronel Mothus, acompañado de otro caballero, partió del aeródromo tripulando un aparato "Junkers"?

—Sí, excelencia, era yo—contestó con timidez el soldado.

—¿Reparaste en ese caballero que acompañaba al coronel?

—No, excelencia; no le vi más que cuando salía con el coronel, y por la espalda.

—Pero, ¿no estabas en tu puesto cuando ese caballero llegó en busca del coronel?

El soldado pareció titubear.

—Debía estarlo, excelencia—murmuró por último, lleno de confusión—; pero yo no vi a ese caballero.

—¿Cómo se explica?—inquirió Lisandri con voz sorda.

El soldado no contestó. Temblaba.

—¡Hablarás, bestia repugnante!—gritó el conde haciendo ademán de golpear al infeliz—. ¿Has visto o no entrar a ese hombre en busca del coronel?

—Perdón, excelencia—balbuceó el soldado, medio muerto de miedo—, mas yo os juro que no le vi entrar.

—Eso quiere decir que no estabas en tu puesto, miserable, que no cumples con tu deber.

—Dios es testigo, excelencia, de que no me he movido un solo instante de mi puesto mientras montaba la guardia—murmuró el desdichado derramando lágrimas.

—¿De manera que mientras estuviste en tu puesto de centinela no viste entrar a ninguna persona en busca del coronel?

—Tanto como eso, no, excelencia.

—¿Qué quieres decir?

—Un fraile entró a ver al coronel, antes que yo viera a éste salir acompañado de aquel caballero.

—¡Un fraile!—exclamó el conde al mismo tiempo que su rostro se iluminaba con un destello de alegría—. ¿Dices que un fraile?

—Sí, excelencia.

—¿Reparaste en su hábito? ¿A qué orden o congregación pertenecía ese fraile?

—Era un dominico, excelencia.

—¿Estás seguro?

—Conozco muy bien el hábito de los dominicos para equivocarme.

—¿Permaneció mucho tiempo ese religioso en compañía del coronel?

—No puedo precisarlo, excelencia.

—¿Cómo es eso?

—Así como no vi entrar a aquel caballero, tampoco vi salir al fraile del despacho del coronel.

Lisandri se volvió a Radomán, que escuchaba en silencio.

—¿Acostumbraba Mothus a hacer salir sus visitas por una puerta distinta a aquella por la que entraban?

—No creo que tuviese esa costumbre. Si bien el local tiene otras puertas, para llegar a ellas es preciso pasar por las oficinas y laboratorios, y esto supone un fastidio para los vi-

sitantes, al cual no creo que el coronel tuviese el mal gusto de someterles.

—Retírate—dijo Lisandri al soldado.

Este saludó y se dió prisa en alejarse de aquel inquietante personaje que acababa de hacerle pasar uno de los momentos más amargos de su vida.

—Comandante—agregó el protervo, dirigiéndose a Radomán—. Podéis volver a vuestras ocupaciones. Mi misión aquí ha terminado.

* * *

Una hora más tarde, un batallón de Infantería rodeaba el convento de los Padres Dominicos.

Intrigado el prior, mandó llamar al capitán que mandaba aquellas fuerzas y le preguntó qué motivos tenía para establecer un cerco armado en torno al convento.

El capitán, un jovenzuelo insolente, respondió encogiéndose de hombros:

—Ignoro a qué puede obedecer esta medida; tengo órdenes terminantes de arrestar a todo el que intente entrar o salir del convento.

—¡Esto es una arbitrariedad, un abuso de fuerza!—protestó el primo del señor Pagallos—. ¿Qué se puede temer de nosotros, que vivimos dedicados a servir a Dios?

—Alguien se encargará de satisfacer vuestra curiosidad, padre. Por ahora, sabéis ya a qué ateneros.

Y diciendo esto, el capitán volvió a reunirse a su batallón.

El prior se dirigió a toda prisa a las habitaciones que ocupaban sus protegidos, en el fondo del claustro.

Canevari, Oscar Luis y el señor Pagallos charlaban sentados frente a una chimenea en la que ardía un buen fuego de leña.

—Hijos míos—les dijo con voz alterada—, os traigo una noticia terrible.

Los tres se pusieron de pie, mirándole atónitos.

—¿De qué se trata, primo?—preguntó por último el señor Pagallos.

—Ya no podréis salir de aquí sin caer en manos de vuestros enemigos. Un batallón de Infantería acaba de rodear el convento.

—¡Fatalidad!—exclamó Canevari precipitándose hacia la ventana para mirar a la calle.

—¿Es posible?—murmuraron Pagallos y Oscar Luis, haciendo lo propio que Canevari.

Y en efecto: entreabriendo el postigo de aquella ventana, pudieron ver el cordón de soldados que rodeaba el convento, armados todos ellos como para entrar en batalla.

—¡Estamos perdidos!—murmuró Lucas apretando los puños, mientras el rey y el embajador, palideciendo, cambiaban una mirada.

—¿Qué hacer ahora, hijos míos?—inquirió el prior, lleno de inquietud—. He hablado con el capitán que manda el batallón, y me ha dicho que ignora a qué obedece esa medida que se acaba de adoptar contra el convento, pero que tiene órdenes terminantes de arrestar a todo aquel que intente entrar o salir de él.

—No hay duda: hemos sido traicionados—dijo Oscar Luis.

—¿Por quién, sire?—preguntó el religioso.

—Por algún Judas que sin duda tenéis en vuestra comunidad—contestó el rey, conteniendo a duras penas la ira que le embargaba.

—Respondo de la discreción de todos los padres de este convento, señor. Si hay traición, podéis estar convencidos que el traidor no está entre nosotros.

—Tengo la misma opinión que mi primo—dijo el señor Pagallos—. No hay que dudar de los buenos religiosos de esta casa.

—¡Adiós nuestros proyectos! — exclamó Canevari con desesperación, apartándose de la ventana—. Estos soldaditos

vienen dispuestos a no moverse del sitio que acaban de ocupar sin atraparnos antes vivos o muertos.

—Todavía no hemos caído en sus manos—dijo el señor Pagallos—. En cuanto a vos, primo, supongo que no permitiréis a esa gente de armas invadir el convento.

—¡De ningún modo!—exclamó el anciano prior—. Nada puede prohibirme dar hospitalidad en esta casa de Dios a seres que necesitan de un refugio, y en cuanto a la invulnerabilidad de este asilo, perded cuidado: sabré hacerla respetar.

—Nos interesaría saber de un modo cierto qué propósitos abrigan los canallas que han dado orden de sitiar el convento.

—Fácil es adivinarlo, primo: apoderarse de vosotros.

—Pero, ¿de qué manera piensan apoderarse de nosotros?

—Si lograra averiguarlo, podéis estar seguros que me faltaría tiempo para venir a decíroslo. Entretanto, permaneced tranquilos. Ningún hombre armado osará atravesar el umbral del claustro sin contar con mi consentimiento.

—En vos confiamos, primo. ¿Qué pensáis hacer ahora?

—Enviar un escrito de protesta al arzobispo.

—Gestión inútil, primo. El arzobispo no podrá lograr que sea levantado el cerco.

—Lo sé; la orden viene de muy arriba para que el prelado consiga revocarla; pero el deber me obliga a formular esa protesta. Dentro de veinte minutos estaré de nuevo a vuestro lado.

Y el prior salió apresuradamente de aquella habitación, en la que tres hombres acababan de ver obscurecerse por completo el horizonte de sus más ardientes esperanzas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—¡Esto era lo que nos reservaba el destino después de ocho días de inútil espera!—exclamó Oscar Luis cuando el prior se hubo marchado, recorriendo la habitación a grandes pasos—. ¿De qué nos ha servido confiar en Calveti?... ¿De qué nos ha servido nuestro refugio y nuestro disfraz?

—¡Es como para perder la cabeza, sire!—profirió Canevari, no menos desesperado que el rey—. ¡Por lo que a mí toca, no volveré a ponerme este hábito de fraile que no me ha servido para otra cosa que para hacer más ridícula mi figura y estorbar mis movimientos! ¡Al diablo los simulacros!... ¡No hay como dar la cara al enemigo!

Y diciendo esto, se quitó las ropas de dominico que llevaba puestas y las arrojó a un rincón.

—Imitadme, sire—añadió, dirigiéndose al rey—. ¡Recuperad vuestro continente gallardo! Y en cuanto a vos, señor Pagallos, reemplazad esas ropas de músico pobre por otras de vuestro rango. ¡Ya veis cuán inútil ha sido nuestra simulación!

—No debemos darlo aún todo por perdido—dijo el señor Pagallos— Tenemos las manos libres y algunos amigos más allá del cerco que se preocuparán por nosotros.

—¿Qué amigos?

—Montespín, el coronel Mothus. Recordad que en la carta que he recibido hace un par de horas, mi esposa me anuncia que Montespín, tan pronto mejore de sus quemaduras, volverá a Istralia con el coronel.

—¡Pobre Eduardo!—exclamó Canevari—. Lo más fácil será que no volvamos a verle.

—Además — siguió el embajador—, queda el mariscal Calveti. ¿Por qué no hemos de seguir confiando en él?

—Por seguir sus consejos, ya veis a qué situación hemos llegado. Si hubiésemos gestionado personalmente la adhesión del Ejército, estoy seguro que a estas horas otra sería nuestra suerte.

—No pienso del mismo modo, y sigo confiando en Calveti, marqués. ¿Qué decís a todo esto, sire?

El rey, que también se había quitado el hábito y examinaba en aquel momento un revólver, respondió:

—Si el mariscal vive, cumplirá su palabra; pero, ¿quién puede sospechar cuál será a estas horas la suerte de ese héroe?

—¿Quiere decir que hemos de seguir esperando?—inquirió Lucas.

—Sí; por lo menos hasta conocer las intenciones de nuestros enemigos. Entretanto, si Calveti vive, al enterarse de nuestra situación, se dará prisa en acudir en nuestra ayuda.

Oscar Luis no contestó, y acercándose a la ventana, echó una mirada a la calle. Lucas hizo lo propio, y luego se dejó caer en una silla al mismo tiempo que el rey.

Los tres hombres, sentados su majestad y Canevari, y paseándose el señor Pagallos por la habitación, sumiéronse en hondas reflexiones.

* * *

Al cerrar la noche, el conde Lisandri llamó a la puerta del convento, que el prior había mandado cerrar después de enviar su protesta al arzobispo.

Acudió a recibirle el hermano portero y le preguntó qué deseaba. Lisandri contestó que quería hablar con el prior, y el hermano le hizo entrar en el recibimiento y le dijo que aguardase allí unos instantes, que el prior iría en seguida a reunirse con él.

El conde esperó unos minutos devorado por la impaciencia y dirigiendo a todas partes miradas cargadas de furia. Al oír el rumor de las sandalias del prior y ver destacarse de la obscuridad del claustro su hábito blanco y negro, avanzó a su encuentro.

—Buenas noches, padre—le dijo con esa desenvoltura procaz de los malvados—. ¿Me conocéis?

—Por vuestro uniforme me parecéis un personaje palatino—contestó el religioso—; pero ignoro vuestro nombre.

—Me llamo Federico Lisandri, soy la mano derecha de su majestad y me he impuesto la dura misión de limpiar el reino de elementos perturbadores, de canallas y de malos patriotas que conspiran contra la Corona. Pues bien, a mi conoci-

miento ha llegado la noticia de que en este convento se refugian tres o cuatro falsos frailes (no puedo precisar con exactitud el número) llegados ha poco de Alemania con el único objeto de promover en Istralia un levantamiento popular. Esos individuos, que deben haber abusado de vuestra buena fe, engañándoos para conseguir que les dieseis hospitalidad, no sólo comprometen el buen nombre de esta casa, sino que hacen dudar también de los propósitos de los honrados padres que en ella habitan, por lo que os invito a que los expulséis, a fin de que mi gente pueda atraparlos y hacerles justicia.

—Pedís un imposible—contestó el prior, que había escuchado en silencio y con gran atención el discurso de Lisandri—. Las personas a que os referís son unos perseguidos políticos de conducta intachable, y por lo tanto, no hallo motivos para expulsarlos de esta casa de Dios, a la cual se han acogido.

—Esperaba esta respuesta, que me prueba lo bien que han sabido engañaros esos granujas, uno de los cuales pretende nada menos que hacer creer a todo el mundo que es el verdadero rey de Istralia.

—Caballero, cuando abrí a esos hombres las puertas de mi casa, ignoraba quiénes eran o quienes pretendían ser. El deber me mandaba protegerlos, y tal hice, sin cuidarme de sus propósitos ni de sus ideas políticas. Aquí se encuentran, y aquí permanecerán hasta que les venga en gana o les convenga tomar otro rumbo.

El conde palideció de ira.

—¿De manera que os negáis a coadyuvar a mi obra de justicia?—inquirió sin poder reprimir su indignación.

—Dios me lo manda, caballero.

—Está bien. No tardaréis en probar las consecuencias de vuestra obstinación.

—¿Qué consecuencias pueden ser esas, caballero, contra las cuales no nos ampare Dios?

—Yo me entiendo, padre. Pensad que Lisandri no amenaza en vano.

Y sin añadir una palabra más, el miserable volvió la espalda al religioso y se dirigió hacia la puerta.

* * *

El prior se dió prisa en ir a dar cuenta a su majestad, al marqués y al señor Pagallos de la entrevista que acababa de tener con el conde Lisandri.

—¿Qué preparará ese canalla contra nosotros?—preguntó Canevari después de escuchar al religioso—. Tendremos que vivir prevenidos, y no descuidaros vos tampoco en lo más mínimo, padre.

—No creo que se atreva a atentar contra las leyes cristianas por las que se rige este convento—contestó el primo del señor Pagallos—. Si tal hiciera, le pesaría.

—No os fiéis un átomo de ese miserable, padre—recomendó Lucas—. Es capaz de cualquiera infamia, de cualquier crimen, con tal de salirse con la suya.

—Presiento—dijo Oscar Luis con melancolía—que vamos a traeros muchas desgracias, padre. Lo mejor que podríamos hacer es ver el modo de abandonar este sitio para que sea levantado el cerco y podáis reanudar todos vuestra tranquila existencia de antes.

—¿Iros de aquí? ¿Iros a la ventura, sólo por evitarnos molestias?—respondió el prior—. ¡Eso no lo permitiría yo nunca, sire! Estáis en la casa de Dios, disponed de ella a vuestro antojo, amparaos en su santidad, que harto derecho tenéis a ello.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Los tres devolvieron, sin haberla probado, la cena que solícito les sirvió un hermano.

El disgusto de haber sido descubiertos, de verse rodeados

por soldados fieles a los usurpadores del trono, había acabado por sumirles en un abatimiento doloroso.

Hasta el señor Pagallos, de continuo tan animado, tan optimista, mostrábase esa noche mustio, desesperado.

—¡Si pudiésemos escapar sin ser vistos por esos soldaditos del demonio!—exclamaba Lucas asomándose de cuando en cuando a la ventana para observar a los sitiadores, que habían encendido fogatas para defenderse de los efectos del frío.

—Por el momento, ni hay que pensarlo—respondía el señor Pagallos—. Una fuga en estas circunstancias malograría todas nuestras esperanzas y todos nuestros proyectos.

Y agregaba, en medio de un silencio impresionante:

—Esperemos. Es fuerza que Calveti dé señales de vida.

Pasaron la noche en vela, sin experimentar el menor sueño; cualquier rumor de la noche les sobresaltaba, obligándoles a echar mano a sus revólveres. Pero el enemigo permanecía tranquilo, estacionado en sus puestos, limitándose a vigilar el viejo edificio.

* * *

—¡Padre! ¡Padre!... ¡Alabado sea Dios! ¿Es que no sabéis lo que ocurre? ¡Es espantoso!

Esto gritaba el hermano portero precipitándose despavorido en el oratorio, donde se hallaba el prior.

—¡Por Santo Domingo! — exclamó éste, alarmado—. ¿Qué es lo que pasa? Explícate.

—Los soldados han rechazado al panadero; dicen que no permitirán la entrada de víveres en el convento mientras permanezcan en él esas personas a quienes dispensáis vuestra protección.

—¿De manera que el pobre panadero...?

—Ha tenido que volverse sin poder dejarnos el saco de pan, y dicen los soldados que del mismo modo rechazarán a todos nuestros proveedores de víveres.

El prior reflexionó.

—Es un sitio en toda regla el que han establecido en torno a nosotros—dijo—. Quieren obligarnos por el hambre a arrojar a esos señores a quienes protejemos; pero no lo conseguirán.

—¡Es horrible!—murmuró el hermano portero, mirando asustado al prior—. Nos tratan como a enemigos de guerra.

—Volveré a escribir al arzobispo. Al mismo tiempo, necesito saber de qué víveres disponemos.

—Iré a decir al hermano Miguel que eche un vistazo a la despensa.

Minutos después, el hermano portero regresaba junto al prior, seguido del hermano Miguel, que era el encargado de la despensa.

—Padre—dijo este último al primo del señor Pagallos, que estaba escribiendo otra carta para el arzobispo—, con los productos del huerto y lo que hay en la despensa, podríamos alimentarnos durante unos veinte días sin necesitar nada de fuera.

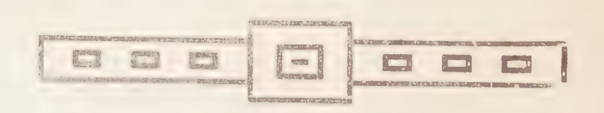
—Entonces no hay que apurarse—respondió el prior.

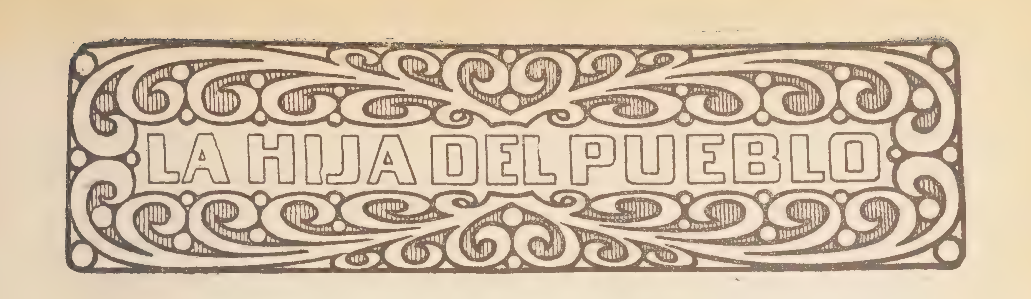
Plegó la carta que acababa de escribir, la metió en un sobre, y, entregándosela al hermano portero, agregó:

—Que la entreguen en manos del propio monseñor.

Salió el hermano, pero a los pocos instantes volvió a entrar diciendo:

—Imposible cumplir vuestro deseo, padre. Los soldados se niegan a dejarme salir y me amenazan con reducirme a prisión si me atrevo a trasponer el umbral.






## CAPITULO LXXV

### Los peligros del vino

POR consejo de Sakasko, Moner y María Teresa eligieron el mismo día y casi la misma hora para cumplir el compromiso que habían contraído con los hijos del pueblo de dar muerte al rey y al jefe de Policía, respectivamente.

Schart, el profesor, que había pasado a ser la mano derecha del presidente de la agrupación de conspiradores, esperaba en el sótano, en compañía de éste, conocer el resultado de esos dos atentados.

Desde por la mañana, después de estudiar la forma en que debían llevarse a cabo las dos agresiones, se había montado un servicio especial de espías con la consigna de proteger a Moner y a María Teresa, una vez consumada su obra, e informar a Sakasko de la forma en que ésta se había realizado y los acontecimientos sobrevenidos a consecuencia de esos dos golpes audaces.

Estos acontecimientos eran los que debían aprovechar

los hijos del pueblo para provocar un levantamiento general del país contra la tiranía. Y todo lo tenían dispuesto para el caso. Mil hombres medianamente armados, pero resueltos a dar su vida por la causa de la libertad, esperaban sólo una señal para lanzarse hacia Palacio, penetrar en él, aprovechando la consternación producida por el asesinato del monarca y del jefe de Policía, apresar a Lisandri, a Novelli, a los ministros y demás cortesanos que secundaban la obra sangrienta de aquel rey cruel y proclamar la República.

Imposible describir la ansiedad con que Sakasko y Schart esperaban las noticias que, según sus cálculos, debían decidir la suerte de Istralia. Paseábanse en torno a la mesa, sobre la cual ardía una vela de sebo, consultando a cada instante el reloj, atento el oído al menor rumor y sin pronunciar la menor palabra.

—¡Las cuatro!—exclamó por fin Sakasko—. La hora que, según nuestros informes, el tirano debía salir de Palacio para asistir a la inauguración del monumento del duque de Camparell. La suerte de Moner está echada.

—Y probablemente la de María Teresa—agregó Schart sombríamente.

Ya no se atrevieron ni a pasear en torno de la mesa. Diríase que les irritaba oír el ruido de sus pasos. Inmóviles, anhelantes, esperaban con los ojos fijos en la vieja y carcomida escalera de madera que daba entrada al sótano.

¿Cuánto tiempo duró aquella expectación horrible, aniquilante, durante la cual el corazón parecía galoparles como un potro desenfrenado dentro de sus pechos? No tenían noción de ello. De repente, como presas de una pesadilla, la trampa que daba entrada al sótano se levantó; distinguieron confusamente dos bultos que se precipitaban hacia ellos, y simultáneamente vieron aparecer ante la mesa, a la luz moribunda de la vela de sebo, a dos hombres, pálidos, sudorosos, jadeantes, que vacilaban como si no pudieran tenerse en pie.

—Hermano...—balbuceó uno de ellos con voz débil, entrecortada—. Moner ha fracasado.

—Hermano...—dijo el otro, expresándose con la misma dificultad—. María Teresa ha triunfado.

Sakasko y Schart se miraron .

—¿Qué es de Moner?—preguntó el profesor.

—¿Qué es de María Teresa?—inquirió Sakasko.

—Moner, en poder de los tiranos...

—María Teresa, libre... La ha salvado Luman...

—¡Luman!—exclamó Sakasko.

Y en su rostro se marcó una expresión de profunda extrañeza.

—Pero—siguió Schart—, ¿ha tenido Moner tiempo de disparar su revólver?

—Sí, mas no dió en el blanco. La fatalidad se cruzó en el camino de ese desdichado. Mató al "chauffeur", y el monarca resultó ileso.

—¡Maldición!—refunfuñó Schart—. ¡Su fracaso es nuestro fracaso! Nada podemos hacer por hoy; será preciso esperar otra oportunidad, poner en juego otra vez la bolilla roja...

—El triunfo de María Teresa nos compensa en parte del fracaso del pobre Moner—dijo Sakasko volviéndose hacia el profesor—. ¿Dónde está esa criatura a quien ha salvado Luman?

—Viene hacia aquí.

—¿La persiguen?

—No.

—¿Y el poeta?

—Se ha separado de ella al salir de la guarida de Rianko; creo que lo ha hecho para despistar.

—Se comprende.

Sakasko y Schart volvieron a mirarse.

—¿Qué hacemos, hermano?—preguntó el profesor.

—Esperar—respondió el jefe de los conspiradores—. Es

aventurado tomar medidas; cosa distinta hubiera sido si Moner llega a triunfar matando al rey.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Un par de minutos más tarde, la trampa que daba entrada al sótano volvió a abrirse, y María Teresa se precipitaba en éste seguida de tres conspiradores.

—¡He aquí a la heroica hija del pueblo!—exclamaron éstos dirigiéndose a Sakasko y a Schart—. ¡Salve a ella!

—¡Salve!—contestó el profesor, a pesar de lo parco que era en palabras.

—Acércate, hermana—dijo Sakasko.

María Teresa, que respiraba agitadamente, como si acabase de realizar un gran esfuerzo, avanzó hacia la mesa del presidente quitándose el elegante sombrero que se había puesto para no inspirar sospechas en el edificio de la Jefatura de Policía. Encendidas sus mejillas, brillantes los ojos y algo revuelta su hermosa cabellera, estaba bellísima.

—¿De manera, hermana—murmuró el profesor, mirándola con gran interés—que has dado muerte a Rianko?

—Creo haberle muerto—respondió María Teresa—. Cayó ensangrentado bajo la bala de mi revólver.

—Lo sorprendente es—siguió el profesor—que hayas conseguido salir con vida de aquel nido de reptiles.

—Gracias a Casimiro Luman. Vino en mi ayuda cuando yo, considerándome perdida, iba a matarme de un tiro en la sien.

—Parece mentira que el poeta haya sido capaz de semejante hazaña—murmuró Sakasko.

María Teresa se apoyó en la mesa y murmuró con acento desfallecido:

—Acercadme una silla, os lo ruego. ¡Si supieseis lo cansada que estoy!...

Los que la habían seguido hasta allí se apresuraron a complacerla, y la joven, así que hubo descansado un instante, agregó, pasándose una mano por la frente:

—Tengo una pena muy grande, y es que Moner no haya logrado salirse con la suya. ¿Es verdad que ha caído en poder de los esbirros de los tiranos?

—Esas son las noticias que tenemos hasta este momento—dijo Sakasko.

—Yo estaba presente cuando Moner disparó seis tiros contra el automóvil en el que iba el tirano—dijo el que había traído la noticia de la tentativa del pintor—, y vi perfectamente cómo los soldados de la Guardia regia y las personas del séquito del monarca se arrojaban sobre el desgraciado hijo del pueblo y lo arrastraban al interior de Palacio. El "chauffeur" quedó muerto junto al volante, y el rey descendió del vehículo agujereado por las balas, y por su pie se dirigió a su residencia.

—¡Es espantoso!—exclamó María Teresa exhalando un entrecortado suspiro—. ¡Cuánto tendrá que sufrir el pobre mozo en manos de aquellos miserables!

—La verdad es que no saldrá vivo de allí—gruñó Schart.

—¿Y si se intentara salvarle?—inquirió la noble amada del verdadero rey, respaldándose en la silla para descansar mejor.

—Es tarde ya para hacer esa tentativa—dijo Sakasko—. Acercarse a Palacio en estos momentos es ir en busca de la muerte.

—Antes de asesinar a nuestro noble compañero—murmuró Schart como si hablase consigo mismo—, intentarán hacerle hablar, arrancarle sus secretos...

—Pero Moner es demasiado noble para traicionarnos—replicó uno de los conspiradores.

Fueron llegando nuevos afiliados, todos los cuales confirmaban las primeras noticias que se tenían del atentado contra el rey, agregando nuevos detalles, y por último, triste, cabizbajo, arrastrando su negro bastón como un trofeo inútil, apareció Casimiro Luman.

Se acercó a la mesa, sin advertir la presencia de la mujer que dos horas antes había salvado de una muerte segura.

—¿De dónde vienes?—le preguntó Sakasko, que la noche anterior había hecho las paces con él.

—Del cielo y del infierno—contestó Luman.

—Explícate — le dijo Schart—. No estamos para metáforas.

—He estado unos segundos en el cielo, al lado de esa mujer sublime que se llama María Teresa—dijo el poeta—, y una hora en el infierno, entre la chusma aglomerada en los alrededores de la plaza de Palacio, de donde he visto sacar el cadáver ensangrentado del pobre Moner...

—¡Ah!—exclamó Sakasko—. ¿De modo que ese infortunado muchacho ha sido sacrificado ya por los tiranos?

—Procura tú que su sangre generosa no haya corrido en vano—contestó el poeta—. Por mi parte, lo haré inmortal con mis versos.

Todos guardaron silencio, y Luman volvió a inclinar la cabeza. De pronto le preguntó Schart:

—¿A qué se debe el encontrarte en el edificio de la Jefatura de Policía a tiempo de salvar de la muerte a María Teresa?

—Al amor—contestó Casimiro muy gravemente.

—No te comprendo—dijo Sakasko—. ¿Es que estás enamorado de esa hija del pueblo?

—¡Con toda mi alma! La quiero hasta el punto de sentirme irritado al oíros pronunciar su nombre en este antro. Sólo los ángeles debieran hablar de ella.

—Ten cuidado—le advirtió Sakasko—. Podría oírte.

—Estoy seguro que ella te compadece—agregó Schart.

Los ojos negros de Casimiro Luman brillaron de un modo extraño.

—¿A mí?... ¿A mí, que la adoro? ¿A mí, que le he salvado la vida? ¿Qué aberración es la que acabáis de decir, desdi-

chado profesor, de alma macerada en los ácidos de vuestros alambiques?

—Os admiro, señor Luman—dijo tras él una dulce voz.

El poeta se volvió bruscamente hacia el lado donde aquella voz acababa de sonar, y al distinguir a María Teresa, exclamó, quitándose el ancho sombrero que llevaba encasquetado hasta los ojos:

—¡Vos! ¿Pero sois vos?

Y la contemplaba maravillado, trabada la voz por la emoción.

La mártir se puso de pie.

—Con el permiso de todos, voy a retirarme—dijo—. Necesito quitarme este vestido, demasiado elegante para una pobre mujer de mi condición.

—¡Oh! — musitó Luman—. Permitid que os acompañe, criatura de mágicos embelesos. Luz de mi vida, música sutil y divina, que encanta mi alma, dejad que marche tras vos. Os debo una explicación.

María Teresa no le contestó, pero Luman fué tras ella. Al llegar al fondo del sótano, donde estaba la escalera, la martír se detuvo, y volviéndose hacia él, le preguntó fríamente:

—¿Qué queréis, Luman?

—¿No lo adivináis?—inquirió, un tanto desconcertado, el poeta.

—Hablad.

—María Teresa, estoy enamorado de vos, os adoro...

Luman se interrumpió para proseguir al instante, confundido por la impasibilidad con que ella le escuchaba:

—Mil veces, María Teresa, he dirigido estas mismas palabras a otras mujeres con la despreocupación del pájaro que en las mañanas de Junio lanza al aire sus trinos; pero hoy no son mis labios quienes las pronuncian, sino que es mi corazón que se abre para ofrendaros tembloroso esa piedra preciosa de mi primer cariño... Tomadla, sublime criatura; aceptad esa humilde ofrenda de un poeta y guardadla en el estu-

che celestial de vuestra alma. Digna sois de mil vidas mejores que la mía, y capaz de hacer vibrar las liras de oro de los mejores vates del universo. Yo os amo demasiado para poder cantaros; la emoción que me invade al contemplaros ahoga mi inspiración, y no hallo otro lenguaje para dirigirme a vos que la prosa, que al fin y al cabo, aunque rudo, es el más sincero de los lenguajes. Decidme, alma mía, diosa mía, razón de mi existir: ¿puedo abrigar la esperanza de ser correspondido por vos algún día?

—No.

—¡Ay!—se lamentó Luman, herido por esa respuesta fría, cruel—. ¿Me consideráis indigno de vuestro amor, María Teresa?

—No.

—¿Amáis a otro?

—Sí.

—¡Basta!—exclamó Casimiro dirigiéndose hacia la escalera—. ¡Adiós, María Teresa!

—Adiós.

Encasquetándose el sombrero, Luman subió por la escalera y desapareció abriendo la trampa.

Un instante después, la mártir seguía el mismo camino.

* * *

—No parecéis el mismo, Casimiro. ¿Quién os ha transformado? Bajo la ira que agita vuestra voz, se advierten ecos de sollozos. ¿Quién ha apagado la hoguera de vuestra inspiración? Lleváis dos horas en este figón, bebiendo sin parar, y ni una cuarteta os hemos oído improvisar siquiera en honor de los rollizos brazos de Ernestina.

—Dejadme en paz, músico híbrido. ¡Ernestina! Traed más vino. Esta noche estoy dispuesto a beberme hasta la medula de Baco. Pero, ¿qué hacéis que no atendéis mis órdenes, prosaica figonera? ¡Vino! ¡Vino! ¡Qué grande es Baco!

Ernestina, una mujer de buenas carnes y de unos hermosos ojos negros, que frisaba en los treinta años, se aproximó al poeta y dejó sobre la mesa ante la cual se hallaba sentado un nuevo jarro de vino.

—Bebéis demasiado esta noche, señor Casimiro—le dijo—. Vais a ahogar a las Musas.

—¡Callad!—replicó Luman, colérico, acercando a sus labios aquel jarro—. Mis musas doloridas necesitan de este baño de rubíes derretidos para recobrar la salud. ¡Qué gran bálsamo es el mosto, por vida mía! ¡Bebe tú también, Zacarías, y escribe esta noche una ópera en honor del dios Baco! Te aseguro que será esa la mejor obra de tu vida. Yo desataré el torrente de tu inspiración con las lágrimas de mi esperanza muerta, y te inflamaré el corazón con el fuego de mi alma torturada. ¿Has amado alguna vez, músico tristón y patético? ¿Sabes lo que es un desengaño de amor? Retírate, figonera. Tus oídos no deben escuchar los alaridos de dolor de este poeta. Zacarías: la vida es una porquería, el arte una ilusión de mentes descarriadas, y la poesía suspiros y lamentos que no llegan siquiera a las copas de los árboles. No te rías, compañero; pero los artistas somos entes inútiles condenados a arrastrar tras de sí, por el polvo y las charcas de la vida, la piel de carnero de nuestra alma, que todos se creen con el derecho de escupir y pisotear. Quiero morirme borracho. Tengo un dardo clavado en el corazón y siento en la garganta una mano de hierro que me estrangula... ¡Ernestina! ¡Más vino!

—¡Basta de beber, desgraciado! Acabaréis por perder la razón—dijo Zacarías, un mozo de unos veinticinco años, sentado en una mesa próxima a la que ocupaba el poeta.

—¡Más vino, Ernestina, he dicho!—aulló Casimiro—. ¡Necesito matar esa pena terrible que me estruja las entrañas! ¿Sabéis vosotros lo que es un amor imposible? ¿Sabéis los que me escucháis lo que es un desengaño de amor?

Ernestina, que pasaba cerca de donde estaba Luman, se echó a reír.

—Poeta, ¿os han dado calabazas hoy?

—¡Me han despedazado! — gritó Casimiro—. ¿Lo oyes bien, vulgar figonera? ¡Han despedazado a tu parroquiano! ¡Ah! ¿Y quieres saber quién ha sido esa... esa... que me ha herido así, tan hondo, tan hondo? Es mejor que no te lo diga. ¿Qué sabes tú de ciertas cosas, Ernestina? ¿Qué sabéis vos, Zacarías? Pero sí, lo diré. ¿Por qué había de callar lo que está devorándome el pecho? Hasta este momento, he apretado los dientes para contener el dolor; pero ya no puedo resistir; dejad que me lamente. ¡Maldición! ¡Y que sea ella la que quiebra mi vida! ¡Ella, a quien esta misma tarde he salvado de la muerte!... ¡Qué tremenda injusticia! ¡Qué espantoso desencanto!... ¡Zacarías, hermano, toca una marcha fúnebre!

Estaba completamente borracho, y al hablar, hilos de baba se desprendían de su boca, quemada por el alcohol. Un hombre de blusa se le acercó y le dijo al oído:

—¡Cuidado con lo que dices, hermano Luman!... ¡Piensa en los hijos del pueblo!

El poeta descargó un puñetazo sobre la mesa y se incorporó, echando fuego por los ojos.

—¡Los hijos del pueblo! ¡Valiente hato de canallas son todos ellos!... Que Moner me perdone: ese espíritu puro, ese corazón todo nobleza, no debía haberse sacrificado por la chusma que ni siquiera derramó una lágrima a la vista de su cadáver ensangrentado. ¿Que los tiranos oprimen al pueblo, destruyen sus libertades, derraman la sangre de los hijos de Istralia? ¡Hacen bien! ¡Yo admiro a los tiranos! ¡Oídlo bien, señores: admiro a los tiranos! Me recuerdan la época brillante de Nerón, el gran bárbaro. ¿Qué es el pueblo, señores?... Carnuza, carnuza asquerosa, incapaz de conmoverse ante un gesto sublime ni ante un poema magno. ¿Y por él había de sacrificarme yo? ¿Por él y por ella estuve esta tarde a pun-

to de perder la vida?... ¡Qué necio! ¡Merezco que me ahorquen!

—Callad, Casimiro; hacedme ese favor—suplicó Zacarías levantándose de la mesa que ocupaba y acercándose al poeta. —Los que están aquí no tienen necesidad de enterarse de vuestros secretos.

Pero el desgraciado no comprendía razones.

—¿Secretos?—gritó con voz estentórea—. ¡Yo no tengo secretos, no puedo tenerlos! Mi vida es cristalina como el chorro de las fuentes; en mi espíritu no han morado jamás pensamientos rastreros, de los que tendría que avergonzarme... Abramos el alma al sol, vivamos sin complicaciones. Si yo no hubiese seguido esta tarde a esa mujer hasta el palacio de la Jefatura de Policía, mi corazón latiría aún por una esperanza, y esa esperanza me embriagaría como embriaga el rubí derretido que ha estado contenido en este jarro, y así, borracho de ilusiones, sería feliz. Pero mi generosidad me ha perdido, señores; no hay peste peor que la generosidad, y esa mujer, después de matar a Rianko..., me ha matado a mí. ¡Vino! ¡Ernestina, demonio! ¡Trae más vino!

* * *

Zacarías dió una vuelta por el local del figón, iluminado por la amarillenta luz de un mechero de gas, y disimuladamente ganó la puerta y desapareció en la obscuridad de la calleja. Entonces, el hombre de blusa que un rato antes había hablado al oído del poeta, volvió a acercarse a éste y le dijo con voz sorda:

—¡Miserable! ¡Eres un miserable, y estás vendiendo a tus hermanos! ¡Caiga sobre tu conciencia toda la sangre de los hijos del pueblo que haya de derramarse por tu culpa!

Luman se puso en pie y lanzó una gran carcajada.

—¿Hablas de sangre? Sí, sí; que corra la sangre roja

como el divino licor de Baco. Nosotros nadaremos en ella, compañero; nos ahogaremos en esa sangre tibia y perfumada. La vida es un martirio, una quimera... ¡Que nos maten, hermano! ¡Que nos maten!

—¡Loco!—exclamó el hijo del pueblo—. ¡Ahí te quedas; sea de ti lo que Dios quiera!

Y salió, como un rato antes lo había hecho Zacarías, el músico.

Entonces, un hombre cubierto con un abrigo de cuello de astrakán, que sentado en un rincón de la taberna parecía entregado a la lectura de un periódico, se puso de pie, avanzó hacia el poeta y le puso una mano en un hombro al mismo tiempo que sacaba un revólver del bolsillo.

Luman, que había vuelto a sentarse, le miró riendo estúpidamente.

—¡Hola, camarada! — exclamó—. Tú eres de los míos, ¿eh?

—Sí—contestó el hombre con voz siniestra—. Ponte de pie y sígueme.

—¿Seguirte? No seas tonto; aquí se está muy bien. ¡Vino, Ernestina! ¡Siempre vino!

—¡Ea!—exclamó el del abrigo de cuello de astrakán sacudiendo violentamente a Luman—. ¡Levántate y ven conmigo! Fuera conversaremos de algo que nos interesa.

Casimiro seguía mirándole con una risa estúpida retratada en su rostro, y de pronto, volviéndole la espalda en su asiento, apoyó la cabeza sobre la mesa como para dormir, y exclamó con fastidio:

—¡Déjame en paz!

El hombre se separó de él, se dirigió a la puerta en medio de un silencio impresionante, seguido por las miradas de todos los parroquianos y de Ernestina, que había perdido los hermosos colores que animaban su rostro, y llevándose dos dedos a los labios, emitió un largo silbido.

Tres sujetos, surgiendo de la obscuridad de la calle, se le acercaron.

—¿Hay alguna novedad, señor inspector?—preguntó uno de ellos.

—Apoderaos de ese borracho—contestó el del abrigo, señalando a Luman, que roncaba sobre la mesa—, y conducidlo a la Jefatura. Si no me engaño, vamos a poder vengar dentro de poco tiempo al señor Rianko del tiro que recibió esta tarde.






## CAPITULO LXXVI

### En el subterráneo del castillo

SAKASKO, Schart, María Teresa y varios conspiradores más hallábanse reunidos esa noche en el sótano, comentando los sucesos de la tarde, cuando el individuo de blusa que se hallaba en el figón de Ernestina apareció ante ellos gritando:

—¡En guardia, hermanos! Casimiro Luman, despechado por la negativa de una mujer en corresponder a su amor, se ha emborrachado en el figón de Ernestina y nos está traicionando, revelando a grandes voces nuestros secretos.

Un grito de estupor, de ira, se escapó de todos los pechos. Poniéndose de pie, exclamó Sakasko:

—¡El diablo se lleve a ese imbécil! ¿Y por qué motivo no le has cogido por un brazo y conducido aquí?

—¡Imposible, hermano Sakasko! Ese bestia no entiende razones mientras no deja de gritar como un energúmeno. Huid todos, poneos a salvo; estoy seguro que a estas horas toda la policía de San Francisco sabe dónde nos reunimos y conoce

todos nuestros secretos. Había gente sospechosa en el figón esta noche.

Sakasko y Schart se miraron. María Teresa, retrocediendo como una culpable hasta el rincón más obscuro del sótano, temblaba.

—Hay que ir en busca de ese insensato—dijo el profesor—. Quizá sea aún tiempo de taparle la boca.

—Tarde, es tarde—dijo el que venía de la taberna de la Ernestina—. Luman va a seguir la suerte del infortunado Moner, y si nosotros no nos damos prisa en desaparecer de aquí, nos veremos en su misma situación dentro de poco. Os digo que ese animal nos ha vendido.

—No debíamos fiarnos nunca de un poeta—dijo Sakasko con sofocada indignación—. No obstante, vamos a hacer una tentativa para salvarle y salvarnos. A ver, tres hombres de buena voluntad que quieran ir al figón de Ernestina en busca de Casimiro Luman.

Todos se ofrecieron, incluso Schart, que dijo:

—Yo iré también. No quiero ser menos que los demás afiliados.

—Quien debe ir a salvar a Luman soy yo—declaró María Teresa avanzando hacia la mesa del presidente—. Dame un revólver, Sakasko. Tengo una deuda que saldar con Casimiro.

—¿Estás loca?—exclamó el jefe de los conspiradores—. Tú no puedes salir de este escondrijo. La policía te busca desde esta tarde con más empeño que nunca, y hasta creo que ha puesto tu cabeza a precio.

—No tengo miedo. Entrégame el revólver que he pedido, Sakasko—insistió María Teresa con una firmeza que conmovía a cuantos la escuchaban.

Intentaron disuadirla, pero todo fué en vano. Tres de los conjurados reunidos en el sótano salieron para dirigirse al figón de Ernestina, situado no lejos de allí, en el mismo barrio de San Germán, y la mártir, después de convencer a Sa-

kasko y al profesor de que su resolución de ir en ayuda de Luman era irrevocable, salió también.

* * *

Antes de llegar al figón, divisaron a los policías que arrastraban al poeta borracho hacia el palacio de la Jefatura.

—¡Demasiado tarde para salvar a ese bruto!—exclamó uno de los conspiradores—. Ahora esos miserables, aprovechando su borrachera, le harán cantar fácilmente todo la verdad.

—¡No!—replicó María Teresa—. ¡No debemos desesperar todavía!

Los tres hombres que iban con ella la miraron sorprendidos a través de la obscuridad profunda de la calle.

—¿Qué quieres decir, hermana?—inquirió uno de ellos.

—¿Estáis todos armados?

—Sí; tenemos cada cual nuestro revólver.

—Los que conducen a Casimiro Luman no son más que cuatro, tantos como nosotros. ¿Por qué no los atacamos?

Hubo un momento de vacilación.

—¿Atacar a la policía en la calle?—murmuró por fin uno de los conspiradores—. ¿Sabes a lo que nos exponemos, hermana?

—A vencer o a morir—contestó María Teresa—. ¡Bien vale la pena correr ese riesgo tratándose de salvar a nuestra agrupación del exterminio!

—¡Valiente eres para ser mujer!—comentó el que no había hablado hasta entonces—. ¿Qué decís, compañeros?

—Por mi parte, siendo ella quien lo propone... — dijo otro.

—¡Ataquemos!—propuso con resolución el tercero.

—Sí, nada de vacilaciones—dijo la mártir, que no deseaba otra cosa que saldar la deuda que tenía con Luman salvándole la vida—. Cuando los policías pasen ante esta boca-

calle, les apuntaremos con nuestros revólveres y haremos fuego, procurando que las balas no toquen al poeta.

—Difícil es evitar ese riesgo.

—Tirad sobre los dos que marchan detrás, que no conducen a Luman. ¡Atención! Retrocedamos. Se acercan, y no conviene que adviertan nuestra presencia.

Pegándose a la pared, retrocedieron por la calleja que desembocaba en la otra donde estaba el figón de Ernestina y por la cual avanzaban los cuatro policías conduciendo a Luman.

No tardaron en oír los pasos de éstos que se aproximaban, y de repente vieron cruzar la bocacalle a los dos que arrastraban al poeta beodo.

Segundos después, tras éstos aparecieron los otros dos policías, uno de los cuales era el del abrigo de cuello de astrakán, el inspector que había ordenado la detención de Luman.

—¡Ahora!—exclamó María Teresa.

Cuatro detonaciones desgarraron simultáneamente el silencio de la noche, y los conspiradores vieron cómo los dos hombres sobre los cuales habían disparado se detenían; luego el inspector retrocedió unos pasos, mientras su subordinado caía al suelo exhalando un débil quejido y llevándose las manos al vientre.

—¡Fuego!—mandó la mártir.

Sonaron otras cuatro detonaciones; el inspector hizo un movimiento brusco; después avanzó haciendo un disparo en dirección al sitio de donde suponía partían aquellas balas, y finalmente rodó por el suelo lanzando un grito de muerte.

—¡A los otros!—gritó María Teresa.

Pero al mismo tiempo, los dos policías que arrastraban a Luman aparecieron en la bocacalle, delante de sus compañeros derribados en tierra por las balas de los conspiradores. Desconcertados por aquella agresión imprevista, miraron en torno suyo, vieron moverse unas sombras en la entrada de la calleja, y suponiendo que el número de sus enemigos era

muy crecido y equivalía a una locura hacerles frente, huyeron, abandonando a sus dos compañeros heridos y a Luman sobre el arroyo.

Era lo que deseaba la mártir.

En un abrir y cerrar de ojos, los conspiradores llegaron al lado del poeta y lo levantaron en vilo.

—¡Huid con él!—exclamó María Teresa.

Como si no esperaran más que esta indicación, los tres echaron a correr conduciendo al borracho.

Iba a seguirles la amada del rey, cuando tras ella gritó una voz de trueno:

—¡Alto, si estimáis la vida!

La joven, que parecía embriagada de coraje, se volvió con presteza, resuelta a hacer frente a aquel nuevo enemigo; mas su asombro no tuvo límites al comprobar que se hallaba frente a todo un piquete de soldados que le apuntaban con sus fusiles.

¿Qué ocurrió después? Nunca pudo darse cuenta cabal de ello. Debió intentar la fuga, pero otro grupo de soldados le cerró el paso. Había soldados por todas partes. Recibió unos golpes y rodó por el suelo; después se sintió arrastrar por los cabellos sobre el desigual empedrado de la calleja, escuchando en torno suyo maldiciones y blasfemias, y cuando al fin reaccionó, se encontró en una ancha galería iluminada por la luz de varias lámparas eléctricas, semitendida sobre un banco y con dos centinelas a la vista.

Sus ropas estaban rotas y en el mayor desorden; sus cabellos, revueltos, le caían sobre el rostro y experimentaba dolores en distintas partes del cuerpo.

Un caballero, acompañado de cuatro gendarmes, se le acercó; la hicieron levantar, y por aquella ancha galería la condujeron hasta una salita de paredes estucadas, en medio de la cual se destacaba un lecho blanco y sobre el lecho un hombre de semblante desencajado y ojos turbios, ante el cual María

Teresa no pudo contener un grito de terror y se cubrió el rostro con las manos.

Aquel hombre era Rianko.

A una señal del caballero, los gendarmes aproximaron a la prisionera al lecho.

—¿Es ésta?—preguntó el caballero, inclinándose hacia el jefe de Policía.

Rianko, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se incorporó en el lecho, fijando en la mujer que tenía delante sus ojos turbios, como velados por la muerte, y de repente exclamó con una especie de rugido:

—¡Sí, es ella! ¡Maldita!

Una llamarada de odio fulguró en sus pupilas, y dejó caer la cabeza sobre las almohadas, exhausto, respirando agitadamente.

El caballero no se movía de su lado. Esperaba algo.

Al cabo de un rato, balbuceó el herido:

—Llamad al conde Lisandri. El es quien debe hacerse cargo de esa mujer, quien debe vengarme...

El caballero se apartó del lecho, hizo otra señal a los gendarmes, y éstos salieron con la prisionera de la habitación del herido.

* * *

Sentada de nuevo en el banco de la galería, con dos centinelas a la vista, María Teresa lloraba silenciosamente.

Pasando revista a sus últimos recuerdos, le parecía que acababa de despertar de una terrible pesadilla.

¿Era ella la que había vivido entre los conspiradores?... ¿Era ella la que había herido al jefe de Policía de San Francisco y muerto a dos de sus subordinados por salvar a Luman?

¿Era ella la que había afrontado tantos peligros sin la menor inquietud?

No podía creerlo.

Todo había sido un sueño, al despertar del cual sentía sangrar su alma por dos heridas: la desaparición de su hija, la ausencia del amado.

¡Su hija! ¡Oscar Luis! Al evocar a estos dos seres queridos, María Teresa volvía a ser la mujer enamorada y la mujer madre; aplacada su sed de venganza, entraba en el sendero espinoso del martirio a dejar entre sus malezas jirones de su vida y de su corazón.

Dejó escapar un sollozo y se restregó los ojos para mirar en torno suyo. Sí, no podía dudar de la realidad de cuanto la rodeaba. A ella, sólo a ella vigilaban esos dos centinelas rígidos, con sus bayonetas caladas, que la observaban fieramente. Estaba en la galería de un hospital, y allá, en el fondo de la misma, distinguía la puerta de la habitación de Rianko, el hombre que por la tarde había caído ensangrentado bajo la bala de su revólver. Volvía a ver los ojos turbios del herido, ojos de moribundo, clavándose en ella y animándose con una llamarada de odio, y escuchaba su voz ronca, sonando como una maldición: "¡Sí, es ella!"

Por su mente pasó entonces la escena del terrible sorteo en el sótano siniestro de los conspiradores. Sí, ella había apretado con fruición, con una alegría salvaje, la bolilla negra que la obligaba a matar al jefe de Policía. Después habían pasado unos días. Todas las tardes veía a Sakasko y Schart, el profesor de la levita grasienta, deshilachada, y conversaba con ellos, meditaban acerca del modo cómo debía llevarse a cabo el golpe, la instruían, la aconsejaban. Algunas veces, un joven pálido y siempre pensativo asistía a aquellas charlas. Hablaba poco, vivía como ensimismado en una idea fija, y sólo de tarde en tarde parecía animarse su rostro de asceta, y entonces sus pupilas azules brillaban inflamadas por un fuego extraño. Era Moner. Había muerto horas antes, y ella iba a seguir pronto su mismo camino.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Un rumor de pasos la arrancó de sus pensamientos. Levan-

tó la cabeza y miró a un lado. Un hombre de alta estatura, de rubio bigote y de mirada fija, acerada como la hoja de un puñal, avanzaba hacia ella. María Teresa sintió correr un escalofrío por todo su cuerpo.

—Levántate—dijo aquel hombre deteniéndose frente a la prisionera.

María Teresa volvió a estremecerse, y obedeció sin atreverse a mirarlo.

El recién llegado la examinaba con gran interés, mientras iba marcándose en su rostro una expresión de fiereza.

—¿Eres tú la que disparó esta tarde un tiro de revólver contra el jefe de Policía?

La mártir no podía hablar, pero movió afirmativamente la cabeza.

—¿Eres tú—siguió el hombre—la mujer que vivía en una casita del barrio de San Germán en compañía de una viuda llamada Genoveva y una niña que debía ser tu hija?

—Sí—sollozó María Teresa—. ¡Soy la misma!

El hombre se volvió, hizo una seña y ordenó a unos gendarmes que se le acercaron:

—¡A mi castillo!

María Teresa se dejó conducir, sin fijarse adónde la llevaban. Llorando y mordiendo un pañuelo, murmuraba:

—Luisita, hija mía... ¡Luisita, tesoro de mi alma!

* * *

Cuando salió de aquella honda crisis de dolor materno, María Teresa se encontró en una habitación sombría que le recordaba vagamente ciertos aposentos del Castillo de las Aguilas. Muebles negros, severos, en torno suyo. En las paredes, unas panoplias cubiertas de herrumbre y unos cuadros representando a personajes de semblante huraño, vestidos con ropas de otros siglos. Una lámpara eléctrica de

pie, puesta sobre la repisa de la chimenea sin lumbre, iluminaba vagamente aquella estancia fría, sombría.

De pronto vió entrar a dos hombres. Uno de ellos era el que había visto poco antes, en la galería; el otro... ¡Ah!... También le conocía ella.

El del bigote rubio dijo a su acompañante:

—Miradla bien, barón. ¿Es ella?

—¡Estamos de parabienes, querido conde!—exclamó el barón—. ¡Esta vez no os habéis equivocado!

Los dos miraban a la prisionera y los dos sonreían satisfechos. María Teresa no osaba levantar sus ojos del suelo.

—¿Sabéis, Novelli, que es hermosa esta mujer? No ha tenido mal gusto, que digamos, aquel tunante.

—No reparéis en su belleza, conde; pensad en la situación, y obrad en consecuencia.

—He ahí un consejo que no me hace ninguna falta—respondió Lisandri sin quitar los ojos de encima a María Teresa—. Soy demasiado ducho para dejarme impresionar por la belleza de una mujer.

—Esta joven tendrá mucho que referirnos desde que ha huído del Castillo de las Aguilas—dijo Novelli pasando por alto le réplica de Federico—. ¿Qué esperáis a interrogarla?

—Este es el momento, barón. Ya ha confesado que ha sido ella quien hirió a Rianko.

—¡Cáspita! ¿Sabéis que se ha convertido en una mujer de cuidado?

—¡Tanto mejor!—exclamó Lisandri.

Y acercándose a la prisionera, le dijo, poniéndole una mano sobre un hombro:

—Es conveniente que nos entendamos, María Teresa... ¿Por qué has intentado matar a Rianko?

—No sé...—balbuceó la amada del rey—. Estoy como loca, no podré coordinar mis ideas...

El conde y el barón se miraron.

—Nada de evasivas—dijo el primero con acento que no

admitía vacilaciones—. ¿Qué te indujo a querer matar al jefe de Policía de San Francisco? ¡Contesta!

—Era mi enemigo...—balbuceó María Teresa—. El debió ser quien me hizo robar a mi hija...

Novelli y Lisandri cambiaron otra mirada.

—Tú no has podido acometer sola la empresa de asesinar al señor Rianko—continuó este último mirando fijamente a la prisionera—. Has tenido cómplices que te han ayudado, que te han protegido, que te han armado. ¿Quénes son esos miserables? ¿Dónde se ocultan?

—No puedo decirlo—respondió la mártir—. ¡No lo diré nunca!

Lisandri apretó los puños de rabia.

—¡Cómo! ¿También tú te obstinas en callar? ¿Sabes lo que les espera a las personas que al caer en mis manos se obstinan en guardar sus secretos?

María Teresa se irguió valerosamente, como desafiando la cólera del protervo.

—Sí, lo sé—dijo—; pero la muerte no me asusta. ¡Es lo menos que puedo esperar en tus manos, verdugo, regicida!

—No, no es sólo la muerte, miserable criatura — replicó Lisandri ahogado por la rabia—. La muerte sobreviene después. Pero antes, antes... No, no te lo diré; mejor será que lo veas con tus propios ojos.

Avanzó hacia la pared y apretó el botón de un timbre eléctrico.

—¿Qué vais a hacer?—le preguntó Novelli, yendo hacia él.

—Enviarla al subterráneo.

—Allí verá a la otra.

—Es lo que deseo: que la vea, que la contemple, que comprenda lo que llegará a ser ella si se obstina en guardar sus secretos durante veinticuatro horas más.

En la puerta apareció un criado.

—Necesito de Gaspar—le dijo el conde.

Un minuto más tarde se presentaba su mayordomo. Señalándole a María Teresa, Lisandri exclamó:

—¡Al subterráneo!

El granuja avanzó hacia la prisionera, la tomó por un brazo y le dijo:

—Seguidme.

María Teresa se puso a andar tras él, resignadamente, puesto su pensamiento en su hija y en Oscar Luis, a los que creía no volver a ver nunca más.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al salir de aquella habitación, recorrió, conducida por el mayordomo, un corredor largo y lóbrego, con manchas de humedad en las paredes; luego descendieron por una estrecha escalera de piedra a otro corredor más lóbrego, más húmedo, que recorrieron también, hasta llegar delante de una puerta de hierro que Gaspar abrió con una pesada llave que sacó de un bolsillo.

Más allá de aquella puerta, María Teresa no vió más que tinieblas. Creyó haber llegado al subterráneo que debía servirle de prisión y tal vez de tumba; pero no: el mayordomo encendió una linterna que colgaba a un lado de aquella puerta, volvió a coger a la prisionera por un brazo y la hizo penetrar en aquel lugar siniestro.

Con ayuda de la mortecina luz de la linterna, atravesaron aquel espacio tenebroso hasta llegar delante de otra puerta de hierro, más pesada que la anterior. Para abrirla, tuvo que dejar la linterna en el suelo y emplear todas las fuerzas de sus brazos en hacerla girar lugo sobre sus enmohecidos goznes.

Franqueado el paso, se hizo a un lado y dijo a la prisionera:

—Entrad.

María Teresa avanzó un paso y se detuvo vacilando a la vista de aquella impenetrable masa de tinieblas que se extendía más allá del umbral.

—Entrad—repitió el mayordomo, mirándola inquisidoramente.

La mártir comprendió que no tenía más remedio que someterse a la voluntad de sus verdugos, y apretándose el corazón con ambas manos, traspuso el umbral.

—Id con cuidado—le advirtió el mayordomo—. Bajo vuestros pies tenéis una escalera.

Y cerró tras ella la maciza puerta de hierro.






## CAPITULO LXXVII

### Horror

MARÍA Teresa se encontró perdida en las tinieblas. Recordando la advertencia del mayordomo, adelantó un pie con precaución y descubrió, que, en efecto, bajo ella tenía un peldaño.

Descendió sin poder distinguir nada, asaltada por mil supersticiosos temores, como aquellos que la acometían en el lejano Castillo de las Aguilas.

El silencio en torno suyo era absoluto, impresionante, y le permitía oír los precipitados latidos de su corazón. Recordando todo lo que había tenido que descender para llegar hasta allí, se decía que ese subterráneo debía estar situado bajo los cimientos del castillo del conde Lisandri, a una profundidad a la que no podían llegar ninguno de los ruidos de la superficie de la tierrra.

De repente, cuando ya había descendido unos veinte peldaños, un rumor extraño, como de un suspiro, que se elevó de aquella obscuridad y de aquel silencio de muerte, la hizo detenerse paralizada de terror.

—¡Dios mío!—murmuró angustiosamente—. ¿Quién podrá encontrarse en este sitio?

Prestó atención, procurando reprimir su respiración jadeante, y transcurrió largo rato sin que aquel rumor escalofriante volviera a repetirse.

Creyendo haber sido víctima de su propia imaginación, siguió descendiendo hasta que sus pies pisaron el suelo de aquel subterráneo húmedo y pavoroso.

Después de dar algunos pasos, María Teresa se detuvo, no atreviéndose ya a avanzar en medio de aquella obscuridad.

Entonces, al mismo tiempo que el rumor de un cuerpo que se movía, María Teresa percibió algo así como un quejido débil, ahogado.

La sangre se le heló en las venas y estuvo a punto de lanzar un grito.

¡Ah! No se había engañado la primera vez. Allí, entre aquellas tinieblas, había alguien o "algo" Pero, ¿quién podía ser, gran Dios? ¿Alguna víctima de Lisandri? Sin poder contenerse, la mártir preguntó:

—¿Quién está aquí?

No obtuvo respuesta, y su voz sonó sordamente en la oquedad del subterráneo.

—¿Quién está aquí?—repitió más fuerte.

Le contestó un gruñido siniestro que aumentó su terror.

—¡Hablad!—exclamó la desventurada, llena de angustia—. Es un ser tan desgraciado como vos quien os lo pregunta, una víctima de los tiranos, como debéis serla vos...

Esta vez ni un gruñido le contestó. Silencio mortal, siniestro, por todas partes.

Transcurrió cierto tiempo. María Teresa no se atrevía a moverse del sitio donde estaba; el miedo tenía como paralizada su voluntad y agarrotados sus miembros.

De pronto un grito espantoso, indescriptible, brotó de su pecho. "Algo", había "algo" que se aproximaba a ella arrastrándose por el suelo; "una cosa" que no podía determinar

había rozado el borde de su falda y ella había retrocedido lanzando aquel grito, y pasados algunos instantes, enloquecida de miedo, escuchó una voz, voz ronca, lúgubre, voz que no podía salir de ninguna garganta de carne:

—¡Grita, grita!... ¿Es que te dan miedo las luces? ¡Grita, grita!... Ya oirás la música de los huesos rotos.

—¡Cielos! — exclamó María Teresa, despavorida —. ¿Quién habla? ¡Ven en mi ayuda, Dios mío!... ¡Apiádate de mí, Virgen Santa!

—¡Grita, grita!—volvió a decir aquella voz de ultratumba—. Estas luces cegarán tus ojos. No hay astro de la noche que brille más que estas llamas de oro. Bailarás entre ellas oyendo la música de los huesos rotos.

Loca de terror, María Teresa retorcía sus manos, clamando:

—¡Sácame de aquí, Dios mío!... ¡Piedad, Señor Todopoderoso!... ¿Qué delito he cometido para venir a parar a este nido de horrores, a esta guarida de espectros? ¿Quién habla? ¿Es un sér de carne y hueso? ¿Es un fantasma? ¡Líbrame de dudas, Madre venturosa de Nuestro Señor!

Después de avanzar y retroceder algunos pasos, volvió a detenerse al no escuchar ya ni la voz siniestra de lo que suponía un ser de ultratumba ni aquel rumor semejante al que podría producir un cuerpo al deslizarse sobre el pavimento.

Y aquel silencio macabro se prolongó mucho tiempo, tanto, que María Teresa, rendida de cansancio, acabó por tomar asiento sobre las frías piedras del suelo.

Horrorizada aún, con los nervios en una tensión terrible, esperaba oír elevarse de un momento a otro en las tinieblas aquella espantosa voz de pesadilla.

* * *

Transcurrido un largo período de tiempo, notó la mártir que la obscuridad se hacía menos densa, que el espacio en

torno suyo adquiría una tonalidad grisácea. Levantó la vista y vió que del techo abovedado descendía una franja de luz lechosa, claridad de alba.

La bóveda afectaba en un ángulo del subterráneo la forma de una cúpula agudísima, que se elevaba a gran altura, rematada por un ventanillo enrejado.

Por allí entraba aquella luz del amanecer.

Este descubrimiento, que parecía ponerla en contacto con las cosas de la vida, hizo latir de esperanza el corazón de María Teresa.

Miró en torno suyo, sin distinguir aún detalle alguno del lóbrego subterráneo colgado de tinieblas. Se puso de pie; tenía fiebre, tiritaba. Una hora más en aquella obscuridad pavorosa, impenetrable, y su mente hubiera naufragado en la obscuridad todavía más pavorosa, más impenetrable, de la demencia.

Pero bruscamente sintió que sus cabellos volvían a erizársele. Delante de ella acababa de oír un gemido, y al mirar en aquella dirección, vió moverse esta vez "algo" sobre el suelo de piedra. ¿Qué era "aquello"? La mártir no distinguía más que una forma alargada, una especie de gusano gigantesco que se arrastraba lentamente por el piso del subterráneo. ¡Ah! No estaba sola en aquel tétrico encierro. La voz de ultratumba que había oído durante la noche no era el producto de su imaginación trastornada por el terror, sino la voz de "aquello", animal, fantasma o persona. María Teresa no podía determinar su naturaleza.

La luz que penetraba a través del ventanillo enrejado de la cúpula se hacía por instantes más viva, y hubo un momento que "aquello" que se arrastraba llegó a colocarse debajo precisamente de la franja luminosa. Entonces la amada del rey pudo distinguir un cuerpo humano de aspecto macabro, desarticulado, amarillento, envuelto en unos harapos sin color, sin forma, una cabellera larga, revuelta, y unas pupilas desorbitadas, húmedas.

Comprendió que aquel escombro humano era una mujer.

Retrocediendo algunos pasos, se cubrió los ojos para no ver aquella figura espantable, de pesadilla; pero de súbito la invadió un sentimiento de piedad. Aquella criatura horrorosa debía ser una víctima de Lisandri. ¿Quién? Tal vez la misma reina madre, desaparecida misteriosamente de San Francisco, o una dama de la corte que, después de haber descubierto la abominable conjura, hubiese intentado denunciarla al país. Estos pensamientos la indujeron a acercarse a la deforme mujer, deseosa de serle útil en algo.

En aquel instante, un rayo de sol atravesó la cúpula como una flecha de oro, iluminando aquel esqueleto desarticulado que se movía trabajosamente animado por un átomo de vida. María Teresa lanzó un grito de estupor y de miedo, y un nombre se escapó de sus afiebrados labios:

—¡Genoveva!






## CAPITULO LXXVIII

### La supliciada

LA que se arrastraba se incorporó trabajosamente al oír aquel grito, y miró hacia el fondo del subterráneo, hacia los rincones colgados todavía de tinieblas, como buscando a la persona que lo había proferido.

—Los demonios del dolor se acercan con la llegada de la noche—murmuró con una especie de gruñido—. ¡Ah! Yo no tengo miedo. ¡Mordedme, condenados perros!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gimió María Teresa retorciendo sus manos, enloquecida de desesperación—. Es su voz, su misma voz. Reconozco su acento. Pero, ¿es posible, Señor Todopoderoso? ¿Es posible que sea ella?

Ahogando otro grito, corrió hacia aquella criatura esquelética, mas al llegar a dos pasos de ella, volvió a retroceder horrorizada. No se atrevía a acercarse a aquel desecho humano, a aquel semicadáver sepultado en el subterráneo.

—¡Arrancadme, si queréis, la piel de los huesos!... En-

ganchad mis entrañas con vuestros colmillos. Yo no sentiré dolor alguno si me arrulla la música de los huesos rotos...

Y prorrumpió en una carcajada estridente, capaz de helar la sangre en las venas a la persona más valerosa.

—¡Desventurada!—exclamó María Teresa sin poder contener un sollozo—. ¿A qué extremo has llegado?

El cariño que siempre había profesado a su amiga y la piedad vencieron sus últimos escrúpulos; se acercó a la víctima de Lisandri, inclinóse hacia ella, y mirándola llena de compasión, le dijo con voz que temblaba:

—Genoveva, Genoveva, amiga, ¿no me conoces?

La viuda fijó en ella sus pupilas extraviadas, de loca.

—¡Mírame!—siguió María Teresa, viendo que no le contestaba—. ¿Es posible que ya no recuerdes de mí, cuando no hace aún un mes que hemos dejado de vernos?

Tampoco contestó la desventurada.

Entonces la amada del rey, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas, se apoderó de una de sus manos, mano fría, seca como madera, y estrechándosela con fuerza entre las suyas, prosiguió:

—Soy María Teresa, tu amiga, tu hermana, la que tanto te quiere, la madre de Luisita. Recuerda, Genoveva. ¿Has olvidado ya tu casita del barrio de San Germán? ¿Has olvidado nuestras veladas? ¿Cómo han podido borrarse de tu memoria tantos recuerdos? ¿No piensas ya en Lucas? ¿Y en Oscar Luis, el rey desventurado, el rey perseguido, por quien orábamos juntas? ¿Qué se ha hecho de Luisita, la hija de mis entrañas, a la que tú querías tanto? ¡Habla, Genoveva! ¡Habla, desventurada! ¡Di algo, por el amor de Dios!

Sólo un gruñido se escapó de entre aquel montón de huesos y de andrajos. Cada vez más desesperada y conmovida, María Teresa oprimió con más fuerza la mano inerte de Genoveva que tenía entre las suyas, como si por ese medio hubiese querido animar con el calor de su cuerpo aquella naturaleza mustia, agostada.

—¡Genoveva!... ¡Amiga mía! ¡Hermana mía! ¡Vuelve a la realidad, a la razón, siquiera sea por un instante, para decirme cómo has venido a parar a este sitio y qué ha sido de mi hija, de mi pequeña Luisita, que quedó en tus brazos la noche terrible que nuestros enemigos invadieron tu casa... ¡Genoveva! ¡Por el amor de Dios! Es María Teresa quien te habla. ¡Fíjate en mí! Vuelve de las sombras en las cuales parece haberse sumergido tu razón; recapacita; piensa en el pasado. ¡Genoveva! ¡En nombre del Todopoderoso, dime qué ha sido de mi hija!

La demente, que se había sentado en el suelo, se hizo hacia atrás y trató de retirar su mano de las de María Teresa, como si ésta le infundiese pavor.

—¡Uy!... ¡Uy!—exclamó haciendo con la boca una mueca horrible—. ¡Hace frío! ¿Por qué no me dejáis en paz? Yo quiero dormirme.

—¡Amiga de mi alma!—gritó con un sollozo desgarrador la mártir—. ¡Quiero que en tu espíritu se haga la luz! ¡Quiero que sepas que tu amiga inseparable, la que tanto te quiere, la madre de Luisita, está a tu lado!

Y llevada por su piedad, la estrechó en sus brazos y depositó un beso en su frente amarillenta y fría como una losa de mármol.

¿Fué un milagro? Bajo aquel beso parecieron huir las tinieblas de la demencia que invadían la mente de la viuda y despertar todos sus recuerdos. Se estremeció convulsivamente en los brazos de María Teresa; después volvió a desplomarse sobre el pavimento, y cerrando los ojos murmuró:

—Hace frío... ¿Quién está aquí?

—Yo, Genoveva, yo—dijo María Teresa apoderándose nuevamente de una de sus manos.

Los párpados de la sinventura se entreabrieron para mirar a María Teresa arrodillada a su lado, envuelta en la dorada luz del sol, y balbuceó con voz que apenas se oía:

—Es la Virgen, la Virgen buena...

—No, no soy la Virgen, sino tu amiga, María Teresa—contestó la amada del rey acariciando sus demacradas mejillas y haciendo hacia atrás los mechones de cabellos que le invadían el rostro.

—María Teresa — murmuró Genoveva —. María Teresa... ¡Ah!

Quedóse como en suspenso, mirándola absorta, tratando de recordar, y de pronto, la luz se hizo en su espíritu; una mueca dolorosa pasó por aquel semblante sin savia vital, y tras un hipo prolongado, surgió una exclamación ronca:

—¡Tú!

Los hermosos ojos glaucos de María Teresa brillaron de alegría, de triunfo.

—¿Me reconoces al fin?... ¡Genoveva!

La incorporó, la estrechó de nuevo con sus brazos, besó por segunda vez su frente de cadáver.

—¿Tú?—repitió la viuda con acento de interrogación—. Deja que recuerde... María Teresa...

Y se hizo un poco hacia atrás , en los brazos de María Teresa, para mirarla mejor.

—Amiga mía, hermana de mi corazón—murmuró llorando la amada del rey—. ¡En qué estado te encuentro! ¡Cuánto debes haber sufrido, desventurada!

Genoveva se estremeció, y con aquel estremecimiento, sus huesos crujieron siniestramente.

—María Teresa, María Teresa... ¿Qué significa esto?... ¿Sueño?... ¿De qué terrible pesadilla soy víctima?

—No, no sueñas, pobrecilla mía. No podemos engañarnos. Lo que "somos", lo que descubren nuestros ojos, no es más que la realidad.

—Pero...

Genoveva miró en torno suyo, y mientras esto hacía, una profunda arruga se iba marcando en su frente.

De pronto se echó a llorar.

—¿Qué te sucede, desventurada?—le preguntó María Teresa—. ¿Qué pena pasa en este momento por tu corazón?

Le respondió un lamento.

—Habla, explícate, Genoveva—siguió la amada del rey—. Dios me trajo a tu lado para consolarte, para animarte a sufrir con resignación tu tremenda desgracia.

—¿Consolarme? ¿Animarme? ¿Sabes lo que dices, María Teresa? ¡Ah! Tú sigues siendo la misma; no has conocido aún lo que hay más allá de esta cripta donde son sepultadas aún con vida las víctimas del monstruo.

Y señaló una puerta de hierro situada a la izquierda de la cúpula.

—¿Qué es lo que hay allí? Habla, Genoveva. Cuéntamelo todo.

—¡La rueda!—exclamó la infeliz estremeciéndose nuevamente—. ¡La espantosa rueda!

—¿Qué es eso?

—Un suplicio horrible. En el infierno no los hay peores. ¡Pide a Dios que no te conduzcan a esa mazmorra de tormentos! ¿No has reparado en mí, María Teresa? ¿Cómo me has conocido si mi persona debe causar espanto? Tengo los huesos rotos, despedazados. Mis piernas penden como pingajos inertes de mi tronco de costillas partidas. Sólo los brazos me han respetado para que pudiera arrastrarme de un lado a otro por mi tumba. ¡Espantoso! Gira la rueda, y la barra de hierro del verdugo cae sobre los miembros, sobre el pecho de la víctima desnuda. Y bajo los golpes del bárbaro, los huesos se parten, se pulverizan. ¡Lo que yo he sufrido, amiga mía!... ¡Cuántas veces te he llamado en medio de mis horribles dolores! ¡Cuántas veces he pensado en ti después del martirio! Pero ya no sufro, ¿sabes? Mis nervios se han roto, y sólo el corazón conserva cierta sensibilidad. Quiero morirme, María Teresa. Quiero dormirme en el sueño eterno de la muerte.

—Escucha, desventurada, escucha. ¿Quién es el canalla que te ha sometido a ese atroz suplicio?

—¿Quién quieres que sea? El mismo que debe haberte arrojado al fondo de esta tumba: Lisandri, ese maldito de Dios...

—¿Fué él quien invadió tu casita?... ¿Fué él quien te apresó?

—El, nadie más que él.

—¡Cielos! Pero, ¿y la niña?

—¿Qué niña?

—¿Es posible que te hayas olvidado ya de ella?—inquirió María Teresa, loca de desesperación—. Luisita, mi hija. Cuando caíste en poder de ese malvado, ella debia estar en tus brazos.

—Calla, deja que recuerde... La niña, la niña... ¡Ah, sí, sí! Pero no me preguntes por ella, amiga mía; no me preguntes por tu hija.

Estas palabras paralizaron el corazón de la pobre madre.

—¡Gran Dios! ¿Qué ha pasado, Genoveva? ¿Dónde está mi hija?

—¡Pobre nena! ¡Pobre Luisita!—exclamó Genoveva con un sollozo sordo—. Ya no tienes hija, María Teresa.

Un grito desgarrador explotó en la garganta de la joven madre.

—¿Que ya no tengo hija? ¿Qué ha sido de mi pobre Luisita? ¡Habla! ¡Yo me vuelvo loca!

Con voz ronca, voz que parecía brotar de una garganta de piedra más bien que de una garganta de carne, Genoveva respondió:

—Tu hija ha muerto, María Teresa; tu hija ha muerto asesinada. Reza por ella...

—¡Muerta! ¡Asesinada!

Se enderezó María Teresa, retrocedió unos pasos, vaciló después y acabó por caer al suelo, boca abajo, revolviéndose rabiosa, loca, presa de una crisis de tremendo dolor.

—¡Luisita! ¡Luisita!—gemía arrastrándose por el suelo, arrancándose los cabellos—. ¡Vida de mi vida! Hija mía, te-

soro de mi corazón. ¡Muerta! ¿Y ha podido Dios permitir semejante crimen? ¡Nena! ¡Nena querida!

Súbitamente se puso de pie, cayó de un salto frente a Genoveva, se inclinó sobre ella, y mirándola con ojos que despedían llamas, le preguntó:

—Pero, ¿quién ha asesinado a mi hija? ¿Quién?

—Lisandri —fué la respuesta.

Una crispación de dolor, un lamento sordo, y María Teresa aún tuvo valor de inquirir:

—¿Cómo?

—La arrojó al mar. ¡Maldito de Dios! ¡Maldito de Dios!

Hizo un gesto extravagante con los brazos, y añadió:



*—¡Soy María Teresa, tu amiga, tu hermana, la que tanto te quiere!*

—La nena estaba en mis brazos y yo estaba en presencia del malvado en una de las salas de su castillo. De repente, su rostro feroz se obscureció, y precipitándose sobre mí, me arrancó a Luisita. Yo quise defenderla; pero sus esbirros me sujetaron, y cuando iban a sacarme de la habitación, vi que el asesino abría la ventana que daba al mar y arrojaba por ella a Luisita. ¡Ah! La nena debió morir en seguida, ¿sabes?

—¡Basta! ¡Basta!—gritó ahogándose María Teresa—. No me digas más. Voy a volverme loca.

Su llanto no tenía lágrimas; era una especie de hipo que le subía de las entrañas, estrangulándola.

Genoveva gemía. Tampoco de sus ojos caían lágrimas.

* * *

De pronto sintió María Teresa que las manos frías, esqueléticas de Genoveva rozaban las suyas. La supliciada se había arrastrado hasta junto a ella y la miraba con sus grandes pupilas desorbitadas como negras bolas de cristal puestas en las cuencas de una calavera.

—No llores, hermana mía. Luisita está en el cielo. Luisita es feliz. Ha muerto de la manera más dulce que se puede morir en Istralia. Cuando subas a la rueda lo comprenderás todo.

Los ojos enrojecidos de María Teresa quedaron fijos en las pupilas inverosímiles de Genoveva.

—Quiero subir cuanto antes a esa rueda—dijo con voz casi natural—. Necesito morir para reunirme con mi pequeña.

—Morir, morir...—repitió la viuda como un eco—. Es que a lo mejor no mueres y te dejan "vivir muriendo" muchos días, que son años; muchas semanas, que son siglos... Fíjate en mí... ¡Qué ganas tengo de cerrar los ojos!... Y sin embargo...

—Pero tú, ¿qué delito has cometido para que te sometieran a ese suplicio?

—Ninguno. No; me engaño: no he querido hablar, no he querido decirles cómo y por dónde habías escapado tú aquella noche que invadieron nuestra casa, y por eso me metieron en la rueda. Lisandri estaba convencido que el suplicio me haría hablar. Y me azotaban con la barra de hierro despiadadamente, bárbaramente. Yo me quejaba; eran unos golpes atroces; pero no decía una palabra que pudiera compro-

meterte o comprometer a Oscar Luis y a sus amigos. Y la barra caía sobre mis huesos cada vez con más fuerza. Pareciéndole a Lisandri que el verdugo no pegaba lo bastante, la empuñó él. Crujieron mis costillas, se partieron los huesos de mis piernas... y yo aullaba de dolor, pero no decía lo que ellos querían que dijese. Callaba, callaba...

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!—exclamó María Teresa, volviendo a besarla—. Tu silencio ha sido completamente inútil. Ya lo ves: he caído en sus manos; estoy aquí...

—La fatalidad lo ha querido, amiga mía. Pero no me beses. Debo estar repugnante, ¿eh? Un espectro no debe ser tan horrible como yo.

Sentada en el suelo, se respaldó en la pared, y después de soltar una especie de risilla siniestra, exclamó:

—¡Si me viese Lucas!...

—No pienses en él—le contestó María Teresa—. No pensemos ya en ellos...

—Han muerto, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Has vuelto a verlos tú?

—No.

—¡Entonces están perdidos! ¿Cómo pueden esos infortunados hacer frente a Lisandri, más poderoso y más feroz que el genio que domina en el infierno? Todo el que pretenda luchar contra él sucumbirá. Aun sin quererlo, Lisandri esparce la muerte en torno suyo... Supongo que no abrigarás esperanzas.

—Te he dicho que quiero morir. Deseo que todo acabe. Luisita me llama desde la otra vida.

—Haces bien en desear la muerte, María Teresa. Es doloroso, pero cuando se cae en manos de Lisandri, se sabe que es para morir. Pero escucha, ¿amas todavía a Oscar Luis?

—Con toda mi alma—respondió María Teresa.

—Pues yo, si he de serte franca, ya no quiero a Lucas. Cuando se baja de la rueda, se pierden todas las ilusiones.

Y el amor, María Teresa, no es más que eso, una ilusión... Desde que he dejado de ser lo que "era", he dejado de amar al marqués y de pensar en él. Si le viera, en vez de sentir alegría, padecería. Y él, ¡qué tremendo desengaño experimentaría al verme en este estado, hecha una ruina! ¡Un mísero montón de trapos, de piel y de huesos rotos!

—Te engañas, Genoveva. Canevari es noble; comprendería tu suplicio y te miraría como una santa. Estoy segura que te recogería en sus brazos, que besaría tu cuerpo torturado como si fuese una reliquia...

—Como una reliquia, tal vez—dijo Genoveva con tristeza—; pero nunca como a la mujer amada... Yo no puedo inspirar más que compasión y... asco.

Se interrumpió, y tendiéndose en el suelo, agregó, mientras María Teresa lanzaba un "¡Hija mía!" con un sollozo sordo:

—Pero, ¿por qué hablar de lo que no podrá realizarse nunca? Ya no veré a Lucas, no puedo verle, puesto que voy a morirme pronto. Y tú, ¿le esperas?

—No; ya te he dicho que mis esperanzas han muerto; pero sigo queriendo a Oscar Luis y estoy persuadida que él también me quiere... si vive todavía.

—¡Oh! El tuyo, María Teresa, ha sido un amor tan grande como desdichado. ¡Como te quería Oscar Luis no es capaz de querer ningún hombre sobre la tierra!... Yo, aun mucho antes de sentir despuntar cierta simpatía por Lucas, me conmovía ante la grandeza de vuestro cariño. ¡Erais una pareja ideal! ¡Y cuántas veces he llorado escuchando las palabras dulces que Oscar Luis te decía! Representaba a las mil maravillas su papel de estudiante pobre, y después, él me ha jurado que en aquella época hubiera dado cuanto poseía por ser "en realidad" el personaje que fingía, pues esto le hubiera permitido sentirse más cerca de ti y mirar el porvenir con más tranquilidad y optimismo. ¡Qué amor tan sublime!... ¡Qué amor tan sublime!

—¡Pobre amado mío! ¡Pobre rey!—exclamó María Teresa con voz desgarrada—. Si vive, ¡cuán lejos estará de suponer nuestra suerte y el fin que ha tenido Luisita!

Guardaron silencio y casi no volvieron a hablarse durante el resto del día. Absorbidas en sus espantosas preocupaciones, no parecían sentir sueño ni hambre, ni darse cuenta de que las horas pasaban y que el día iba a tocar a su fin.

Ningún ruido extraño había turbado el silencio de tumba del subterráneo; ni Lisandri ni sus esbirros habían llegado tampoco hasta allí durante todo aquel día.

Por fin, cuando las sombras de la noche comenzaban a invadir aquella mazmorra, las dos mujeres se estremecieron al oír un chirrido en lo alto de la escalera de piedra.

—Alguien viene—murmuró Genoveva—. Prepárate para el suplicio, María Teresa.

La maciza puerta de hierro se abrió; las dos mujeres vieron brillar una luz en lo alto de la escalera, y en seguida distinguieron a cuatro hombres que descendían detrás de aquella luz.

Uno de ellos era Lisandri, el protervo.






## CAPITULO LXXIX

### Durante el sitio

COMO estaba acordado, a medio día, el "Junkers", piloteado por Mothus y llevando como pasajero a Eduardo Montespín, se elevó del aeródromo de Marsella, y después de una rápida evolución sobre la ciudad, tomó rumbo al Sur, no tardando en desaparecer en el horizonte.

Los camaradas franceses de Mothus, y especialmente el oficial que había conducido a Montespín en su automóvil hasta Los Alamos del Duque, salvándole después de morir quemado vivo cuando salió de la casa incendiada llevando en sus brazos a Ada, hicieron a los dos viajeros istralianos una despedida cariñosa.

Pero no todo quedó allí; también desde la terraza del Hotel de Inglaterra, dos pares de ojos femeninos, que espiaban ansiosamente el espacio, siguieron al monoplano hasta que se hubo perdido en la lejanía, y cuando esto ocurrió y aquellos

dos pares de ojos se miraron, parecieron sorprenderse de ver desprenderse de ellos algunas lágrimas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Si el motor funcionaba tan admirablemente durante el regreso como a la ida, Mothus confiaba trasponer la frontera istraliana en las primeras horas de la noche.

Conseguido esto, su propósito era aterrizar en algún lugar apropiado, prender fuego al aparato, que no podía restituir al aeródromo de San Francisco sin poner en peligro su vida, y dirigirse hacia allí con Montespín para ponerse a las órdenes del verdadero rey, refugiado con Canevari y Pagallos en el Convento de los Dominicos.

Pudo llevar a cabo con toda felicidad la primera parte de este plan. Serían las nueve de la noche, cuando, después de haberse internado unos doscientos kilómetros en territorio istraliano, aterrizaron sin ser vistos por nadie en un terreno llano, pero pantanoso, descendieron del "Junkers", lo rociaron con gasolina y lo incendiaron.

El fuego, estimulado por el viento, no tardó en hacer presa en pocos minutos de todo el aparato, del cual se alejaron con gran pena Mothus y Montespín, como si abandonaran en su desgracia a un ser con vida y con alma. Sentían gran estima por el "Junkers", especialmente Eduardo, que los había llevado a través del espacio, desafiando vientos y tempestades, hasta junto a seres amenazados de muerte, cuya existencia lograron salvar. En justicia, el monoplano no merecía ser tratado así.

Momentos antes de tomar tierra, habían divisado desde el espacio una población de cierta importancia, y hacia ella se dirigían ahora los dos militares, volviendo de cuando en cuando la cabeza para contemplar las llamas rojizas que devoraban el "Junkers" y que iluminaban una gran extensión de llanura.

Tras veinte minutos de buen paso, llegaron a la pobla-

ción mencionada, donde trataron de alquilar un automóvil que los condujese a San Francisco, distante de allí unos ciento cincuenta kilómetros.

Dieron por fin con un "chauffeur" que se comprometió a llevarlos en su coche hasta la capital de Istralia por la suma de descientos veinte francos. Aceptaron sin discutir el precio, y aunque el vehículo no ofrecía seguridades de conducirles al término de su viaje sin averías ni contratiempos, partieron sobre él, ante la imposibilidad de hallar cosa mejor.

Después de reparar dos pinchazos y limpiar cinco veces las bujías, que se engrasaban impidiendo el funcionamiento del motor, a las cuatro de la mañana llegaban como Dios quiso a las inmediaciones de la capital.

Pagaron al "chauffeur" la suma convenida y entraron en San Francisco por su propio pie.

Era noche aún.

—La hora no puede ser más propicia para presentarnos en el convento—dijo Montespin—. ¡Qué sorpresa cuando nos vean aparecer!

—Nos esperan de un momento a otro—advirtió Mothus—. ¿No recuerdas que la señora Pagallos escribió a su marido dándole cuenta de todo lo ocurrido al día siguiente de la aventura en Los Alamos del Duque? Según ha manifestado esa dama, en la carta a que me refiero anunciaba a su esposo nuestro regreso para cuando tú estuvieras curado de tus quemaduras.

—Es verdad; yo también he escrito al señor Pagallos y a su majestad; pero de todos modos, se sorprenderán al vernos. No nos esperan tan pronto.

Guardaron silencio. Se cruzaron con una patrulla de soldados que les dejaron seguir su camino sin detenerlos, por respeto sin duda al uniforme militar de Mothus, y al rato dijo Montespín, mirando en torno suyo:

—La situación no debe haber cambiado desde que faltamos de San Francisco; pero si, como es de esperar, Calveti

se ha puesto de parte del rey, es indudable que estamos en vísperas de grandes acontecimientos.

—¡Ya tengo yo ganas de ver moverse la tormenta!—exclamó el coronel—. Nada me hace sufrir tanto como permanecer inactivo; por eso me desesperaba en Marsella.

¡Marsella! Este nombre trajo de pronto a la mente de Eduardo el recuerdo de Ada, la linda criatura a quien tanto amaba. Volvió a verla como en la mañana de su partida, en la salita del departamento que ocupaba con su madre en el Hotel de Inglaterra, llorosa de amor porque él se iba. ¡Cuánto debía amarle! ¡Cuánto debía pensar en él! ¡Ah! Tan pronto la causa del verdadero rey triunfase en Istralia, él lo abandonaría todo para correr al lado de su amada; pediría su mano a sus padres, y, ya casados, vivirían siempre uno al lado del otro. ¿Casado con Ada? ¿El marido, él dueño de aquella encantadora joven? ¡Qué dicha tan inmensa! Eduardo sentía una especie de vértigo al pensar en tanta ventura.

—¡Alto!—exclamó Mothus en aquel instante, sujetándolo por un brazo—. ¿Qué significa esto?

Bruscamente arrancado de sus dulces pensamientos, Montespín se detuvo y nada vió en el primer momento que llamase su atención.

—¿Qué ocurre?—preguntó al coronel.

—Pero, ¿es que no tienes ojos? Mira allá, en el fondo de la calle, donde se levanta el muro del Convento de los Dominicos. ¿No distingues soldados?

—Parece, en efecto — murmuró Eduardo—, que hay allí soldados.

—Diríase que vigilan el convento—gruñó Mothus.

—Acerquémonos—dijo Montespín—. Debemos cerciorarnos de lo que hacen allí esos hombres armados. ¡Quiera Dios que el rey no corra peligro!

Después de avanzar unos cien metros, volvieron a detenerse. Desde allí pudieron distinguir perfectamente el largo cordón de soldados que sitiaba el Convento de los Dominicos.

Las fogatas encendidas de trecho en trecho y algunas tiendas de campaña daban a entender que aquellas fuerzas se hallaban allí acampadas.

A la vista de aquello, Montespín quedó como anonadado.

—Pero, ¿qué harán allí esos soldados?—inquirió oprimiendo nerviosamente un brazo a Mothus—. ¿Qué opinas tú, Joaquín?

El coronel se encogió de hombros; luego respondió:

—Sólo se pueden pensar dos cosas.

—¿Cuáles?

—La primera, que esos soldados están allí custodiando a su majestad; la segunda, que, por lo contrario, han sitiado el convento para apoderarse del rey en la primera ocasión propicia.

—¡Maldición! — exclamó Eduardo—. Esta última es la más verosímil.

—Eso creo.

—Sí; Lisandri ha descubierto el paradero de su majestad, y en la imposibilidad de penetrar en el convento a viva fuerza, por impedírselo las leyes sagradas, ha establecido ese cerco en torno al mismo. Pero, ¿qué hace el mariscal, que no acude en ayuda del rey?

—Eso es lo que yo me pregunto.

Reflexionaron un instante, y de pronto cambiaron una mirada.

—Eduardo...—murmuró Mothus.

—Joaquín...—dijo Eduardo.

—¡Hay que salvar al rey!

—¡Al rey, a Canevari y al señor Pagallos!—exclamó Montespín.

—Pero, ¿cómo?

—¿Cómo?... He ahí el dilema.

—¿Y si fuéramos a ver al mariscal Calveti?

—La casa del mariscal está vigilada por los sabuesos de Lisandri; además, esta no es hora de llamar a su puerta.

—¿Entonces...?

—Comienza a hacerse de día—dijo Eduardo—, y en este sitio corremos peligro. Busquemos un lugar donde podamos estar a cubierto de toda sorpresa y donde nos sea posible pensar con tranquilidad en lo que debemos hacer para acudir en ayuda de nuestro soberano y sus amigos.

—Nos iremos a un hotel—dijo Mothus.

—Los hoteles deben estar muy vigilados. ¿No conoces un sitio más seguro?

—No hay que contar con tu casa ni con la mía—murmuró el coronel—. A la verdad, no sé qué sitio elegir.

—Eso para mí es un dilema. No conozco a nadie fuera de palaciegos y gentes de corte.

De pronto el coronel se dió una palmada en la frente.

—¡Ya encontré el sitio!—exclamó—. ¿Qué te parece si nos fuéramos a instalar en la quinta de una tía mía, a dos kilómetros de San Francisco? Lugar más seguro que ese no lo hay.

—Vamos—contestó Montespín—. La obscuridad se está disipando por momentos y no me siento tranquilo en este lugar.

* * *

A la noche siguiente, al filo de las diez, un hombre alto y bien vestido, cuyo rostro no era posible distinguir bien debido a la obscuridad, llamaba a la puerta de la residencia del mariscal.

Mientras esperaba que acudieran a recibirle, vió moverse una sombra en el quicio de un portal vecino. Sin que este descubrimiento pareciera inquietarle, dijo al criado de Calveti, que acababa de aparecer frente a él, con un farol en la mano:

—Deseo conversar con el mariscal. Comunicadle que se trata de un asunto que le interesa sobremanera.

—Bien, caballero. ¿Y vuestro nombre?

—Decidle que soy un militar. Eso basta.

El criado introdujo a aquel hombre hasta el recibimiento de la casa, y después de rogarle que aguardase allí un instante, fué a dar cuenta a su señor de aquella visita.

Cinco minutos más tarde, Calveti lo recibía en su despacho modesto y severo.

—Sentaos, joven—dijo al visitante, después de contestar a su saludo militar, indicándole una butaca forrada de cuero, frente a su escritorio—, y dignaos explicaros.

—Señor mariscal—comenzó diciendo el aludido con todo respeto—, me llamo Eduardo Montespín, y soy capitán de Coraceros del Ejército de su majestad...

—¡Montespín!—exclamó Calveti al oír este apellido—. ¡Loado sea Dios! ¿El gran amigo del rey?

—Su majestad me ha honrado siempre con su confianza, excelencia—contestó Eduardo esbozando una leve sonrisa—. Me place que mi nombre no os sea desconocido.

—¡Ni vuestro nombre ni vuestro rostro, ahora que hago memoria!—interrumpió el anciano con gran vivacidad—. Recuerdo haberos visto mas de una vez en Palacio, capitán.

—Tenéis una memoria prodigiosa, excelentísimo señor. Me habéis felicitado durante las últimas maniobras, cuando dirigí con fortuna aquel avance táctico...

—¡Es cierto! ¡Fué una operación admirable, capitán!—exclamó entusiasmado Calveti—. Hay en vos cualidades de un gran general, de un verdadero estratega, y sobre todo, lo que más admiré en aquella ocasión, fué vuestra serenidad, vuestro gran dominio sobre vos mismo. Pero supongo que a verme no os trae el propósito de recordar tiempos pasados, ¿eh, Montespín?

—Bien decís, excelencia... Hablemos del presente. Hace unas dos semanas que falto de Istralia...

—Lo sabía—volvió a interrumpir el anciano—. Debisteis ir a Marsella, ¿no es eso?

—Exacto. ¿Os lo dijo el rey?

Calveti hizo una seña afirmativa.

—¿Estuvo aquí?

—Una vez; la noche del día que vos os separasteis de él y de vuestros amigos para dirigiros a Marsella.

—¡Ah! ¿Y no habéis vuelto a verle desde entonces?— preguntó Eduardo sin poder dominar su emoción.

—No.

Calveti parecía mostrarse ahora parco en palabras, y esto inquietaba a Montespín.

—¿En tantos días, excelencia?

—En tantos días, capitán.

—¿Sabéis que su majestad se había refugiado con el marqués Canevari, con el señor Pagallos y con servidor en el Convento de los Dominicos, cuyo prior es primo del señor Pagallos?

—Lo sé.

—Excelencia: en la última madrugada llegué a San Francisco desde Marsella, acompañado por el coronel Mothus, que ha hecho causa común con nosotros, y al tratar de acercarnos al convento para ir a ponernos a las órdenes de su majestad, encontramos que ese edificio está acordonado por las tropas. Naturalmente, el coronel y yo desistimos de nuestro propósito y hemos ido a refugiarnos en la quinta de una tía suya, distante un par de kilómetros de esta capital.

—Hace siete días que el Convento de los Dominicos ha sido sitiado por las tropas, capitán.

—Pero, ¿cuál es entonces la situación del rey y de los que le acompañan, excelencia?

—La de los prisioneros.

Hubo un silencio, al que bruscamente puso fin Eduardo preguntando:

—¿Habéis prometido vuestro apoyo al rey, excelentísimo señor?

—Por razones de patriotismo y de justicia, debo apoyar a su majestad—respondió Calveti.

—¡Ah! No esperaba que os expresaseis de otra manera, excelencia. ¿Creéis que su majestad corre algún peligro por ahora?

—Su situación no tiene nada de agradable, capitán.

—¿Qué hacer, señor?

—¡Hay que sacarlos del convento!

—¿Tenéis algún plan?

—Lo esencial es contar con la persona que quiera ejecutarlo.

—En mí tenéis esa persona, excelencia.

—Perfectamente. ¿Diría lo mismo vuestro amigo, el coronel Mothus?

—Lo mismo; estad seguro de ello.

—Acercaos más, Montespín. Voy a exponeros mi plan.

Aproximó Eduardo su butaca al sillón que ocupaba el mariscal, quien le habló durante un buen rato en voz baja, muy cerca del oído.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—¿Qué os parece mi idea, Montespín?

—¡Admirable, excelencia!

—¿Luego puedo contar con vos y con el coronel Mothus?

—En cuerpo y alma.

—Está bien. Mañana, en la quinta de la tía del coronel, recibiréis los dos uniformes que os hacen falta. Mucho ojo, sobre todo, con ese capitán que manda el batallón; es de los de Lisandri.

—Lo tendremos en cuenta, excelentísimo señor.

—En cuanto a ese subteniente de quien os he hablado, y que estará advertido de todo, no hagáis tampoco caso de él; cumplirá su consigna, y vosotros cumplid con la vuestra.

—Ni una palabra más de este asunto, excelencia .

—Me falta aún que haceros una advertencia, capitán.

—Os escucho.

—Espías de Lisandri vigilan mi casa y siguen los pasos

de todas las personas que entran y salen de ella. La noche que su majestad me honró con su visita, disfrazado con un hábito de dominico, uno de esos espías fué muerto de un tiro de revólver a los pocos minutos de haber el rey abandonado mi casa. Sospecho que haya sido el monarca quien dió muerte a ese tunante, al intentar éste seguirle o detenerle.

—¡Bien ha hecho, a fe mía!—exclamó Eduardo.

—Sin duda alguna. Os he referido esto, capitán, para deciros que imitéis a su majestad, caso de que uno de esos espías intente deteneros o seguiros los pasos; pero hacedlo sin comprometeros y cuando tengáis la seguridad de poder escapar sin ser apresado. Si el punto donde ahora residís llega a ser descubierto por uno de esos sabuesos, nuestro plan no podrá realizarse, y no daría yo medio franco por vuestra vida ni por la vida del coronel.

—Os agradezco la recomendación, excelencia, y procuraré aprovecharla. ¿Creéis que la muerte de ese espía haya sido lo que permitió a Lisandri descubrir el paradero de su majestad y personas adictas?

—Lo ignoro. Después de ese hecho han ocurrido en San Francisco algunos sucesos extraños.

—¿La tentativa de asesinato del falso rey?

—¡Ah! ¿Ya tenéis conocimiento de ella?

—La tía del coronel Mothus nos ha referido ese hecho.

—El caso es que el mismo día y a la misma hora que un hombre atentaba contra la vida del falso monarca, una mujer, que había logrado introducirse en el despacho de Rianko, el jefe de Policía adicto a los usurpadores, hería a éste gravemente de un balazo en el pecho.

—¿Por cuenta de quién habrán obrado ese hombre y esa mujer?

—Lo ignoro, y creo que también lo ignora Lisandri.

—Pero, ¿no han sido apresados?

—El hombre sí; pero la mujer, que yo sepa, ha conseguido burlar hasta ahora a toda la policía secreta.

—Es raro... ¿Existirá en San Francisco alguna asociación que conspire contra los tiranos? ¿Qué ha declarado el agresor del falso monarca?

Murió sin hacer declaraciones que pudiesen perjudicar a otras personas; eso es cuanto sé.

—Reverencio a esos colaboradores desconocidos — dijo Montespín.

Y se puso de pie para despedirse del viejo guerrero.

—Os vais sin dejarme las señas de esa quinta donde estáis alojados—le observó éste.

—Dispensad—murmuró Montespín.

Sacó un libro de notas, escribió en una hoja de papel las señas que el mariscal necesitaba, y hecho esto arrancó la hoja y se la entregó.

—Hasta el día convenido, excelencia—dijo el joven saludando militarmente a Calveti.

—Adiós, Montespín—contestó el anciano—. Es posible que ese día tengáis que dirigir avances más serios que aquellos de las maniobras.

Sonrió Eduardo al escuchar estas palabras, y en el momento que iba a trasponer la puerta del despacho, agregó el mariscal:

—¡Mucho ojo con los espías!

* * *

Aún sonaba en los oídos de Montespín esta última advertencia de Calveti, cuando, al salir de la casa de éste, hasta cuya puerta de la verja le acompañó el criado con el farol, distinguió la sombra del espía recortándose en el muro de un edificio de la inmediata bocacalle.

—Preparémonos a seguir el ejemplo del rey—se dijo el joven, acariciando el revólver que llevaba en el bolsillo de su gabán.

Con paso resuelto emprendió su camino. Pasó ante el po-

licía, rígido como un poste al borde de la acera, y sin mirarle continuó andando.

Pasados algunos minutos, el que vigilaba la casa del mariscal se puso a seguir a Eduardo.

Separado de él por una distancia prudencial, recorrió varias calles de la ciudad, obscuras y silenciosas como las avenidas de un cementerio, sin encontrar a nadie en el camino. La misión del espía parecía ser la de averiguar tan sólo el sitio hacia el cual encaminaba sus pasos aquel visitante nocturno del mariscal.

Montespín advirtió inmediatamente que era seguido por aquel hombre.

Esto no le impedía continuar su camino con toda tranquilidad.

Al llegar a las afueras de la ciudad, donde se abrían dos caminos, uno de los cuales conducía a la quinta de la tía de Mothus y el otro a la orilla del mar, Eduardo, deseando desconcertar a su perseguidor, tomó este último.

Recorrió un kilómetro de aquel camino, que serpenteaba entre tierras de labor, antes de ganar la orilla del mar. El iba delante, llevando siempre el mismo paso, y el policía detrás, conservando siempre la misma distancia de unos cien metros.

Pasado otro rato, y cuando, después de una curva del camino, se aparecieron ante sus ojos una rocas de la orilla del mar, Eduardo, viendo que el espía no daba señales de cansancio ni parecía tener el propósito de dejar de seguirle, comenzó a impacientarse.

Pensó en Mothus, que le esperaba en la quinta lleno de impaciencia, en el plan del mariscal, y se dijo que si aquel hombre se empeñaba en no abandonarle, sus proyectos se verían seriamente comprometidos .

Había que desembarazarse de él de una forma o de otra. Además, el mariscal le había dado ese consejo.

De pronto, al volver la curva, una idea luminosa asaltó su

mente. Y resuelto a ponerla en práctica, saltó sin titubear en medio de las rocas, se agazapó tras una elevación y esperó a que el espía doblase la curva para hacer fuego sobre él.

No debía fallarle el tiro. Si el hombre lograba escapar, Calveti estaba perdido. Acusado de recibir a horas avanzadas de la noche a visitantes misteriosos que agredían a los agentes de la policía secreta, sería ejecutado como autor de un delito de lesa majestad o confinado en algún lejano castillo del reino, de donde no saldría con vida.

En todo esto pensaba Montespín mientras, con el revólver firmemente empuñado en la diestra, esperaba que el policía apareciese en la curva para disparar sobre él.

No tardó en ver logrado su deseo; el hombre apareció en la revuelta del camino, flanqueado, a la derecha, por rocas, y a la izquierda, por una hilera de pinos.

Caminaba lentamente, mirando con desconfianza en torno suyo. Eduardo le apuntó cuidadosamente con su revólver, y de pronto, seguro de no fallar, apretó el gatillo.

Un estampido seco, que pareció prolongarse sobre la superficie del cercano mar, vibró en aquellas soledades, y el espía, levantando los brazos, cayó de boca sobre el polvo del camino.

La bala le había atravesado el corazón.

Eduardo abandonó su escondite, se acercó a aquel cadáver, y levantándolo por los brazos, lo arrastró por entre las rocas hasta la orilla del mar, en cuyas aguas, que esa noche estaban quietas como dormidas, bajo la yerta claridad de las estrellas, lo dejó caer.

—Ya nadie podrá estorbar nuestros planes—se dijo, impresionado por su obra.

Y girando sobre sus talones, se puso a andar hacia la quinta de la tía de Mothus, libre ya de todo temor a los espías.






## CAPITULO LXXX

### ¡Libres!

LOS seis soldados sentados en torno a la fogata se pusieron de pie y se alejaron hacia la sombra, más allá del rojo resplandor de las llamas.

—Ahora no podrán vernos — dijo uno de ellos—. ¡Venga esa bota, camarada! Veremos si tu vino es tan excelente como dices.

—Hela aquí—le contestó otro de los del grupo, alargándole una bota en la que podían caber muy bien cinco litros—. Cuando probéis este licor desdeñaréis todos los demás, ¿verdad, Juan?

—No cabe duda—dijo el llamado Juan—. Para buen vino, nuestra tierra.

El que había recibido la bota, bebía sosteniéndola en alto y con la cabeza echada hacia atrás. Los demás le miraban ansiosamente; tres de ellos, deseosos de que les llegase el turno de echar un trago; los otros dos, en espera de los efectos.

—Vamos, hombre, basta ya—dijo el que parecía dueño de

la bota al que bebía—. Somos seis los que debemos probarlo, y, por otra parte, no podré volver a llenar mi bota hasta pasado mañana. Ahora te toca a ti, camarada.

—¡Pardiez!—exclamó el que acababa de beber, paladeando aún el último trago al mismo tiempo que alargaba el recipiente de cuero al compañero que se adelantaba a cogerlo—. No habéis exagerado las virtudes de este vino... ¡Capaz es, en verdad, de resucitar a los muertos!

Uno tras otro bebieron los cuatro, exceptuando el dueño del vino y su paisano, el llamado Juan.

Todos estuvieron de acuerdo en afirmar que en su vida habían probado un vino tan excelente como aquel, y cada cual lo alabó a su manera, envidiando al dueño de la bota y a su paisano por haber tenido la suerte de venir al mundo en una región en la que se cosechaban tan maravillosos licores.

—Bien, pero volvamos a nuestro sitio—dijo uno de los cuatro que habían bebido—. Ya sabéis cómo las gasta el sargento con los que no cumplen con su deber.

—Tiene razón éste—declaró el dueño de la bota—. Bien está distraerse, pero sin olvidar la tarea que nos tienen encomendada.

—El caso es...—murmuró el que primero había bebido, mientras marchaban todos hacia la fogata—que de buena gana echaba yo un sueñecillo esta noche... No sé qué diablos me pasa que se me cierran los ojos.

—A mí está ocurriéndome tres cuartos de lo mismo, Pablo—declaró el que había bebido en tercer lugar—. ¿Será efecto de ese vinillo?

—El vino de mi tierra—dijo Juan—no hace más que subirse un poco a la cabeza cuando se le bebe por primera vez, pero nada más.

El rojo resplandor de la fogata iluminó cuatro rostros somnolientos. Sentáronse todos en torno a ella, envueltos en sus capotes grises y con el fusil entre las piernas; Carmelo, el segundo en beber de la bota, quiso iniciar una conversación

alegre para distraerse y distraer a sus compañeros, que cabeceaban entornando los ojos, pero nadie hizo caso de sus palabras, dichas torpemente, como una especie de balbuceo, y a su vez acabó por cerrar los ojos. El sueño le vencía como a los demás.

—A ver si podemos entendernos—gruñó de pronto Pablo, pasándose con fuerza una mano por la cara—. Puesto que todos tenemos necesidad de dormir un rato, ¿por qué no turnamos para hacerlo? Esta hora es la más propicia.

—Por mi parte, no hay inconveniente—dijo Juan.

—Tampoco por la mía—agregó su paisano.

Sin pedir permiso a nadie, Pablo se apartó un poco de la fogata para tenderse en el suelo cuan largo era.

—Haremos tres turnos de a dos—dijo uno de sus camaradas.

Y sin esperar contestación, se tendió al lado de Pablo.

Medio minuto después dormían con un sueño pesado y profundo, del cual no los hubiera despertado ni el estampido de un cañón.

El dueño de la bota y Juan cambiaron una mirada. Los otros dos, atacados también por aquel sueño invencible, fueron doblando poco a poco la cabeza, hasta que acabaron por tenderse a lo largo, tan cerca del fuego, que Juan y su paisano tuvieron que apartarlos un poco de allí para evitar que ardiesen como un leño al contacto de las llamas.

Hecho esto, volvieron a mirarse.

—¿Qué hacemos, Joaquín?—preguntó el de la bota al que hasta entonces había dado el nombre de Juan—. El narcótico ha hecho su efecto antes de lo que yo esperaba.

—De todas maneras, creo que no debemos perder tiempo.

—¿Qué hora es?

—Falta un cuarto para la media noche.

—Ese cuarto de hora es el que debemos aprovechar. A las doce pasará el sargento a inspeccionar la guardia, y entonces todo quedará descubierto.

—¡Manos a la obra!

Salieron del espacio iluminado por las llamas de la fogata, y, en la sombra, avanzaron hacia el muro del convento. En aquel lugar tenía una altura de dos metros, y sus numerosos salientes permitían escalarlo con facilidad.

Se detuvieron.

—¿Nos verán?

—No temas, Eduardo. Los centinelas de la fogata próxima no se cuidan más que de calentarse.

Eduardo comenzó a escalar el muro, y al llegar a la parte superior del mismo, después de echar una última mirada sobre el campamento, se dejó caer al otro lado, en el huerto.

Segundos después, Mothus se le reunía en aquel lugar.

—Ve tú en su busca—dijo el coronel a Eduardo—. Yo permaneceré aquí en acecho.

Montespín se alejó a través del huerto, mientras Mothus, amartillando su fusil de soldado, se respaldaba en el muro. Estaba satisfecho el coronel, y al pensar en la manera facilísima con que habían engañado a los soldados, no pudo menos que sonreírse.

¡Ah! Aquel plan imaginado por Calveti era el de todo un zorro viejo. La primera parte del mismo iba a verse coronada por el mejor éxito dentro de breves instantes; faltaba la segundo, y Mothus confiaba, con la ayuda de Dios y del anciano mariscal, verla llegar a feliz término también.

* * *

Ni Oscar Luis, ni Pagallos, ni Canevari dormían a aquella hora.

Reunidos los tres en la habitación donde siempre solían hacerlo, y que hacía las veces de comedor, hacía mucho rato que guardaban silencio, entregados a sus preocupaciones.

El fuego de la chimenea estaba a punto de extinguirse.

De pronto, Canevari, lanzando un suspiro, se levantó de la

silla que ocupaba y fué a pegar su desproporcionada nariz al vidrio de la ventana.

A lo largo de la calle negra vió arder las fogatas y pasearse en torno a éstas los centinelas envueltos en sus capotes grises que les llegaban hasta los talones. Aquella ventana era su obsesión. Doscientas veces se acercaba a ella en el día, barruntando los más atrevidos propósitos, y doscientas veces en el día también esos propósitos se deshacían como la sal en el agua dulce, a la vista de las bayonetas de los soldados puestas en el extremo de los fusiles.

¡No había manera de escapar, decididamente! Asomar la cabeza fuera de aquella ventana y ser saludado por una lluvia de balas, todo hubiera sido uno. Era cuestión de resignarse, encomendarse a Dios y esperar. ¿Esperar? Pero, ¿cuánto tiempo aún? ¿Y qué era en concreto lo que esperaban?

Aquella noche los tres se sentían más agobiados que nunca por su situación.

Pensaban en Eduardo y en el mariscal, de quien no habían vuelto a tener noticias; pensaban en los dominicos, que dentro de pocos días, por su culpa, iban a verse amenazados por el hambre, y en Catalina y en Ada, el señor Pagallos; en María Teresa y en su madre, Oscar Luis, y Canevari en la señora Genoveva y en su hermosa libertad de antes de la subida al trono del desgraciado rey cuya suerte compartían en aquel momento.

—Perdonad, sire; perdonad vos también, señor Pagallos —dijo de pronto Lucas, exhalando otro suspiro—; mas yo no confío en nadie; he perdido todas esas esperanzas que vosotros seguís sustentando aún, y mejor que confiar en los ajenos, haríamos en cuidarnos de nuestras fuerzas.

El monarca abandonó también su asiento, y mirando al marqués, inquirió:

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Lo que ya os he insinuado otra vez, sire: fugarnos.

—He ahí una esperanza tan vana como todas las que he-

mos abrigado hasta este momento, Lucas. La fuga es imposible; tan pronto asomásemos la cabeza fuera del convento, seríamos muertos a tiros como bestias feroces.

—La audacia, sire, vale tanto o más que la precaución o la prudencia. Por el lado del huerto el muro del convento no tiene más que una altura de dos metros... Un salto empuñando el revólver, una buena carrera y el mundo es nuestro. ¿Por qué no nos atrevemos, señor?

El rey no contestó. Levantando la cabeza, el señor Pagallos dijo:

—Calma, marqués. Esperemos un par de días aún, que son todos los que pueden resistir estos buenos frailes antes de comenzar a sentir los efectos del hambre. Si en ese plazo no cambia nuestra suerte, entonces apoyaré cualquier proyecto, por más arriesgado y más comprometido que sea.

—Pero, ¿es que seguís sustentando esperanzas?—inquirió Lucas con una sonrisa que era como un rayo de su trágica desesperación—. Sois hombre de paciencia, ¡por vida de Cristo!, señor Pagallos. Si Calveti no ha muerto, nos ha olvidado ya.

—Ninguna noticia ha llegado a nosotros de la muerte del mariscal; en cuanto a olvidarnos, Calveti no es de los que echan en saco roto la palabra empeñada. Por otra parte, un movimiento como el que ese anciano necesita fraguar para venir en nuestra ayuda y derribar a nuestros enemigos, no es una cosa que se improvisa en un día ni en dos.

Canevari se encogió de hombros sin dar la razón al señor Pagallos. En cuanto al rey, se paseaba por la habitación sin hacer el menor caso de lo que decían sus compañeros de desgracia.

Abrióse entre los tres otro silencio largo, impresionante, interrumpido sólo por el rumor de los pasos del joven soberano, que iba sin cesar de un extremo a otro de la habitación, y de pronto se estremecieron, y Oscar Luis se detuvo de golpe.

Alguien había llamado a la puerta.

Se miraron sorprendidos, interrogantes.

—¿Quién podrá ser?—inquirió Lucas.

—Es cerca de la media noche — murmuró el señor Pagallos.

—Preguntemos antes de abrir—dijo Oscar Luis encaminándose hacia la puerta al mismo tiempo que empuñaba su revólver.

Pero como si su voz hubiese llegado a oídos de quien llamaba, le respondieron desde el otro lado de la puerta:

—Abrid, sire; abrid sin miedo.

—¡Eduardo!—exclamó el rey.

—¡Sí, es su voz!—gritó loco de júbilo Canevari.

—¡Qué sorpresa!—dijo el señor Pagallos, cuyo noble rostro acababa de iluminarse de alegría.

Temblando de emoción, Oscar Luis descorrió el cerrojo, y Montespín, vestido como los soldados que sitiaban el convento, se precipitó en la habitación.

—¡Sire!

Oscar Luis lo recibió en sus brazos. De ellos pasó Montespín a los de Canevari, y por último a los del señor Pagallos.

—Aparecéis como por arte de magia, Montespín—le dijo el embajador—. ¿Qué me contáis de Marsella, valiente?... ¿Cuándo habéis llegado a San Francisco? ¿Y vuestras quemaduras?

—¿Cómo estáis aquí?—preguntó Canevari.

—¿Vienes a compartir nuestra desgracia?—inquirió el joven monarca.

—Nada de eso, sire. Dispensadme que de momento no pueda daros explicaciones. Disponemos de pocos minutos para salvar la piel; seguidme todos.

—Pero, ¿adónde?—preguntaron el rey y Lucas al mismo tiempo.

—Fuera del convento; vengo a sacaros de vuestro encierro.

—¿Y los soldados?

—Hemos quitado de en medio a los que podían molestarnos. ¡Ea, seguidme, y en silencio! Como os he dado a entender, disponemos de muy poco tiempo para consumar nuestra obra.

Todos abandonaron la habitación, cerrando la puerta tras de sí. El señor Pagallos, no pudiendo desechar la preocupación que le roía el alma, se colocó al lado de Montespín y le preguntó con voz alterada:

—Pero decidme, capitán, ¿están completamente a salvo mi esposa y mi hija?

—Completamente — respondió Eduardo—. Traigo una carta de vuestra esposa para vos.

—¡Dios os bendiga!—exclamó el anciano.

Y guardó silencio, aligerado el corazón de un terrible peso.

Después de atravesar un patio en medio del cual se alzaba un algibe, salieron al huerto. Marchaban uno tras otro, en fila india, poseídos aún por la sorpresa que les había producido la aparición inesperada de Montespín, y de súbito todos distinguieron el muro que separaba el huerto de la calle y sobre el cual, a largos trechos, se elevaban las chispas de las fogatas encendidas por los soldados para calentarse.

Mas cuando estaban a una distancia de cincuenta pasos de aquella pared, Oscar Luis, que marchaba detrás de Eduardo, detuvo a éste por un brazo.

—¿Qué sucede?—preguntó, algo alarmado, el capitán de Coraceros.

—Distingo a un hombre cerca del muro. ¡Cuidado!

—No hay que temer, sire; es el coronel.

—¿Qué coronel?

—Joaquín Mothus; un hombre tan simpático como valiente.

El coronel, que los había visto, les salió al encuentro.

—¿Ha ocurrido algo?—le preguntó Eduardo.

—Nada; hasta ahora todo está tranquilo. Pero, ¿cuál de estos señores es el rey?

—Yo, amigo mío—contestó el joven soberano tendiéndole sus manos.

—¡Oh, sire!—exclamó Mothus, estrechándoselas—. ¡No sabéis cuánto lamento vuestra suerte! Os ofrezco mi vida y todo cuanto poseo para que hagáis de ello el uso debido.

—Gracias, abnegado istraliano; pero ahora pensemos en salir de aquí. ¿Podemos escalar ese muro sin miedo?

—Yo seré el primero en hacerlo, sire.

Diciendo esto, el coronel se aproximó a la pared, y encaramándose en lo alto de ella, paseó la vista en torno suyo.

—¿Podemos saltar sin peligro?—le preguntó Eduardo en voz baja.

—Sí—contestó Mothus—, pero daos prisa.

Uno tras otro, todos saltaron aquel muro, y una vez reunidos todos en la calle, dijo Montespín:

—Ahora empuñad vuestros revólveres, y adelante.

—¿Hacia dónde?—inquirió el rey.

—Silencio, sire. Ya os lo diré.

Protegidos por la obscuridad, atravesaron la calle, que era bastante ancha en aquel sitio; mas cuando iban a doblar la esquina inmediata, el grito de un centinela rasgó bruscamente el silencio en que el campamento estaba sumido.

—¡Alto!

—¡Rayos!—exclamó Mothus—. ¡Nos han descubierto!

—Corramos—dijo Eduardo—. ¡Aún nos queda tiempo de jugársela!

—¡Alto o disparo!—gritó el soldado que los había descubierto, viendo que, lejos de obedecer a su intimación, emprendían veloz carrera.

No hicieron ningún caso de su amenaza y siguieron corriendo. Entonces el centinela, siguiéndoles, les hizo un disparo. Al oír aquel tiro, todo el campamento se conmovió. Se oyeron voces, ruidos de armas, y se vieron soldados correr de un lado a otro con los fusiles empuñados, inquiriendo lo que sucedía.

—Varios hombres que no han acatado mi voz de alto y que huyen—explicó el centinela que había hecho el disparo al sargento que acababa de llegar junto a él—. Me ha parecido que hay entre ellos algunos soldados.

—¿De dónde venían?

—No puedo decirlo.

—¿Te has fijado si han saltado por el muro del convento?

—No, yo los he visto cuando atravesaban la calle.

—¡Hay que seguirles! ¡A ver, veinte hombres! ¿Y los encargados de vigilar este sitio?

—Duermen—dijo un soldado.

—¡Ah! ¿Es posible?—exclamó con voz iracunda el sargento.

—Los he sacudido y no he podido despertarlos.

—Avisad al capitán y al subteniente. Es preciso que esos canallas queden arrestados. ¡Ea! Seguidme los demás. ¡Hay que coger a esos que huyen!

* * *

El rey y sus amigos, aprovechando aquel momento de confusión de los sitiadores, habían tenido tiempo de alejarse cerca de medio kilómetro del convento, distancia que, según manifestó Mothus, era suficiente para ponerles a cubierto de ser alcanzados por el enemigo.

—¿Dónde ir ahora?—preguntó Canevari.

—Nos dirigiremos a la quinta de mi tía, distante un par de kilómetros de la Puerta Romana—contestó el coronel.

—¿Y estaremos seguros en ese sitio?

—Por el momento, sí—dijo Eduardo.

—Callad—ordenó el rey—. Parece que se oyen pasos detrás de nosotros.

Todos se detuvieron, prestando oído.

—En efecto, nos siguen—dijo el señor Pagallos.

—¿Serán nuestros perseguidores?—inquirió Lucas.

—No cabe duda—contestó Eduardo—. Alguien nos ha visto y les ha indicado el camino que seguimos. Será preciso volver a correr.

Lo hicieron así; pero al volver otra esquina vieron avanzar hacia ellos una de las tantas patrullas que de noche recorrían la ciudad. Indecisos, se detuvieron, mientras los diez soldados que formaban aquella patrulla tomaban precauciones para cortarles el paso.

La situación del rey y de sus partidarios no podía ser más comprometida ni más angustiosa. Teniendo delante la patrulla que les cortaba el paso y detrás los soldados que sitiaban el campamento, que se les aproximaban corriendo con toda la velocidad que les permitían sus piernas, no iban a tener más remedio que rendirse si no querían perecer cogidos entre dos fuegos.

El rey y Eduardo se consultaron con la mirada. Después, avanzando unos pasos, dijo el soberano:

—No queda más que un recurso.

—Comprendo—contestó Eduardo.

—¿De qué se trata?—inquirió Canevari alcanzándoles.

—De abrirnos camino a través de esos soldados de la patrulla.

—Son diez ellos—observó el marqués.

—¡Qué importa! Uno de nosotros vale por cinco de esos patanes—respondió Eduardo.

—Vamos. ¿Estáis preparados?—preguntó el rey, después que Montespín hubo explicado a Mothus y al señor Pagallos lo que correspondía hacer en aquel trance desesperado.

—Sí—le respondieron todos en voz baja.

—Pues una descarga, y adelante. Procuremos no errar el tiro. Coronel.

—¿Sire?

—Colocaos al lado del señor Pagallos. A sus años no puede hacer gran cosa, y necesita que lo defiendan.

—¡Oh!—exclamó el anciano, conmovido por aquella atención del rey—. No os preocupéis por mí, señor. Yo me las arreglaré solo; aún me quedan fuerzas.

—¡Atención!—dijo Oscar Luis viendo que el que mandaba la patrulla avanzaba hacia ellos— .¡Fuego!

Estallaron cinco detonaciones, y tres de los soldados de la patrulla se desplomaron simultáneamente. Al mismo tiempo, gritó Eduardo:

—¡Adelante!

Y los cinco se lanzaron como un solo hombre sobre los siete soldados que aún se mantenían en pie y que, sorprendidos por aquella brusca agresión, no habían atinado aún a replicar al fuego. Cuando quisieron reaccionar, ya era tarde. Oscar Luis y sus valientes amigos habían caído sobre ellos. Mothus hundió su bayoneta en el vientre de un mocetón que había intentado aplastar la cabeza del señor Pagallos con la culata de su fusil; Canevari, que le tocó habérselas con el cabo que mandaba la patrulla, lo derribó de un tiro de revólver en la barbilla; Eduardo, manejando su fusil de soldado a manera de maza y repartiendo golpes a diestro y siniestro, arrolló a tres que intentaron cortar el paso al rey y los puso en fuga, y medio minuto más tarde, todos ilesos y enardecidos aún por la reciente lucha, corrían hacia la Puerta Romana, decididos a batir a todos aquellos que osasen ponérseles delante.

A sus oídos llegaban los gritos de los soldados de la patrulla vencida, diezmada en pocos segundos.

Al salir de la ciudad por la llamada Puerta Romana, la que daba acceso a dos caminos, uno que conducía a la orilla del mar, y que era el que, noches antes, había tomado Montespín para desembarazarse del espía que venía siguiéndole los pasos desde que saliera de casa del mariscal, los cinco se detuvieron.

—¿Oís algo?—preguntó el señor Pagallos, fatigado por aquella larga carrera.

—Sí—dijo Mothus—; los soldados que sitiaban el convento continúan persiguiéndonos.

—Ya estamos en la Puerta Romana—dijo Oscar Luis—. ¿Cuál de estos dos caminos hemos de tomar?

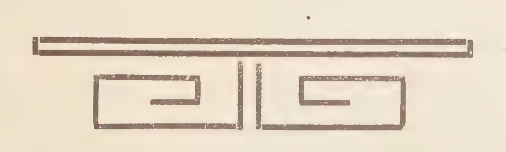
—Para despistar a nuestros perseguidores—dijo Eduardo—, nos conviene seguir el que conduce al mar.

Y obrando como varias noches atrás, guió a sus amigos por aquel camino y se ocultó con ellos entre las rocas de la curva próxima al mar, donde había dado muerte al espía. Diez minutos más tarde, vieron desde allí pasar a sus perseguidores, y cuando juzgaron que éstos debían hallarse lejos, abandonaron su escondite, volvieron a la Puerta Romana y de de allí tomaron el camino que conducía a la quinta de la tía del coronel Mothus.

* * *

Cuatro meses permanecieron el rey y sus amigos en aquella quinta de la tía de Mothus, situada a dos kilómetros escasos de la capital. Abandonémoslos en su desesperante aislamiento, para seguir de cerca a otros personajes de esta historia que no cesan en su trágica actividad.

Una calurosa mañana de Agosto volveremos al lado de nuestros héroes y hallaremos transformada la expresión de sus rostros, nerviosos sus ademanes, brillante la mirada, tendida a lo lejos, donde el Palacio real de Istralia destaca la blancura de sus muros en medio de la ciudad agonizante, silenciosa, desolada...






## CAPITULO LXXXI

### La campana de la vida



L pie de la escalera del subterráneo se detuvieron los cuatro hombres.

Una voz, la aborrecida de Lisandri, se elevó en el silencio siniestro de la cripta.

—¡María Teresa!

Dos criaturas se estremecieron en la sombra.

—¡María Teresa!—repitió la voz lúgubre, revistiéndose de un acento autoritario.

—Te llama—dijo Genoveva volviendo hacia su amiga sus ojos desencajados—. Te ha llegado el turno. Lo mismo hicieron conmigo; la misma voz me llamó.

—No sufras por mi desgracia—le contestó María Teresa—. Dios quiere igualarnos, como siempre.

Y avanzó hacia el grupo siniestro sobre el cual parpadeaba el ojo amarillento del farol.

—Ha llegado el momento de que ajustemos nuestras cuentas—dijo Lisandri—. ¿Has cambiado el modo de pensar du-

rante el día que has permanecido en este subterráneo? ¿Estás dispuesta a revelarme los nombres de tus cómplices?

—¡No!—replicó la sin ventura—. ¡No los sabrás nunca!

—¿Quiere decir que de nada te ha servido el haber permanecido encerrada tantas horas en este lugar siniestro? ¿No has reparado a qué extremo llegan las criaturas que se obstinan en no revelarme sus secretos?

—Conozco toda tu obra horrorosa, asesino—contestó María Teresa, que volvía a ser la heroica, la decidida hija del pueblo que tanto hubieron de admirar Sakasko y sus partidarios—, y sin embargo, no me amedrentas. No podrás hacerme más daño del que ya me has hecho. ¡Mátame!

—No, vivirás. Vivirás como vive tu amiga que has hallado en este lugar; convertiré tu cuerpo en un guiñapo inmundo; trocaré tu belleza en la fealdad horrorosa de los cadáveres descarnados, y no podrás moverte si no es arrastrándote por el suelo como una víbora moribunda, aplastada. ¡Gaspar!

—¿Excelencia?

—¡Conducid a esa mujer a la rueda!

Gaspar y los otros dos hombres que seguían al protervo se arrojaron sobre la joven y la arrastraron hacia la puerta situada a un lado de la cúpula.

Lisandri, sombrío, feroz, les siguió.

—¡Oh, Rey de los Cielos!—clamó Genoveva cuando Gaspar hubo abierto aquella puerta que daba entrada al antro de los suplicios—. ¡Apiádate de ella! ¡Ya es mucho sufrir!

Un sordo sollozo desgarró su última palabra, y la supliciada vió cómo aquella puerta se cerraba detrás de su pobre amiga y de los verdugos.

* * *

La sala, o mejor dicho, el antro de los suplicios, separado del subterráneo por una maciza puerta de hierro, era un espacio irregular, de techo bajo y en declive, de unos cinco

metros en su parte más larga, por unos cuatro metros en su parte más ancha. Infinidad de antiquísimos instrumentos de tortura colgaban de sus paredes, y del suelo surgían, como frutos malditos de aquel lugar de horrores, el potro y la rueda, montada ésta de plano sobre un poste de la altura de un hombre. En el fondo divisábase una enorme piedra plana sin labrar; era la mesa sobre la cual eran atados los condenados a sufrir otra clase de suplicios.

Todo se conservaba allí como en la época de Rómulo Lisandri, el fiero ascendiente de Federico, que tres siglos atrás había hecho edificar el castillo. Célebre por sus crueldades, los herederos de Rómulo nada habían hecho por atenuar la leyenda negra que pesaba sobre su memoria, demostrando, en cambio, un muy especial interés por conservar como reliquias todo aquello que podía ser un testimonio del carácter despótico y brutal de aquel caudillo que había hecho temblar a vasallos y a reyes. La historia de la campana que existía aún en un rincón, pendiente del techo por una cuerda de crin, podía dar una idea de quiénes habían sido los Lisandri y cómo se habían conducido siempre dentro de Istralia.

Hasta que la dinastía de los Nazari no había pasado a ocupar el trono, hacía de esto un siglo, los Lisandri no habían acatado nunca de un modo absoluto la voluntad real. Sin vivir tampoco completamente aislados del trono, movíanse como verdaderos monarcas dentro de su feudo, obrando como mejor les cuadraba, tomándose la justicia por su mano e imponiéndose a sus vecinos sin contar para nada con el permiso de la Corona. Ricos, fuertes y sin escrúpulos, los reyes habían tratado siempre de ganar su voluntad si querían vivir libres de la amenaza de luchas intestinas. No pocos Lisandris hubieran logrado sentarse en el trono del país, de haberlo querido; pero ellos gozaban más teniendo en el puño a aquellas testas coronadas que ciñendo la corona. Sin embargo, hábiles en el manejo de la hipocresía, habían rendido al trono, de generación en generación, no pocos homenajes

y hecho no pocas promesas de fidelidad y respeto. Pero los monarcas sabían cómo interpretar aquellas demostraciones que envolvían siempre un fin político, y vivían continuamente en guardia, temiendo que la sonrisa de uno de aquellos caudillos fuese la señal de una revuelta o que tras la reverencia ceremoniosa asomase el puñal envenenado.

Dos siglos duró aquel estado de cosas entre la Casa Real y la familia Lisandri, hasta que subieron al trono los Nazari. Entonces la situación cambió por completo. Guillermo Nazari, el primer rey de la dinastía, antes que el apoyo de los grandes señores feudales, se preocupó de procurarse el de su pueblo. Contaminado su espíritu por las nuevas ideas que agitaban a Europa desde el estallido de la Revolución Francesa, Guillermo se impuso valientemente la tarea de destruir la inmensa injusticia de los feudos e igualar a todos los istralianos ante las leyes. Hubo de imponerse cruentos sacrificios, hasta ver coronada su obra generosa. Los Lisandri, cogidos de sorpresa y debilitado su poder en el último siglo por una serie de quebrantos de fortuna, no pudieron hacer más que aceptar a regañadientes la reforma que los maniataba. Pero hubo señores feudales en los confines del reino, para quienes la pretensión del monarca de igualarlos ante las leyes con sus vasallos, a quienes siempre habían mirado como perros o como bestias de carga todo lo más, pareció el más grande de los desatinos, y se opusieron a los proyectos del soberano, levantándose en armas. Guillermo tuvo que marchar a su encuentro al frente de tropas leales, reñir con ellos batallas sangrientas, perseguirlos y reducirlos por fin. Tras veinte años de trastornos y de luchas para normalizar el país convulsionado por la reforma, Istralia entró en una era de paz y de progreso, de la cual la arrancaba ahora Federico Lisandri, el último descendiente de los caudillos crueles acostumbrados a imponerse a monarcas y a vasallos, encarnación viviente de un pasado sombrío, feroz, sanguinario, que despertaba después de un sueño de más de un siglo.

Pero volvamos a la campana que pendía de un ángulo del techo, sujeta a una cuerda de crin.

En los obscuros tiempos de Rómulo Lisandri, se daba con frecuencia el caso de que seres inocentes del delito de que se les acusaba fuesen a parar a aquel profundo antro de los suplicios. Allí se les atormentaba bárbaramente hasta darles muerte, sin lograr, como era natural, que se confesasen autores de la falta o crimen que había movido al señor a hacerlos prender. Descubierto el delito, se buscaba al culpable; cuando éste no era cogido "in fraganti", los esbirros del rey o de los señores feudales apresaban a aquel sobre el cual recaían más sospechas, y sin ulteriores investigaciones, sostenían con él un diálogo brevísimo:

—Se te acusa de haber cometido esta o estotra falta, aquel o aquel otro delito. ¿Te confiesas culpable?

Si el preso era inocente, negaba; si no lo era, negaba también.

—No, yo no he sido. ¡Dios es testigo de que yo no he sido!

—Mientes, mientes como un villano que eres... O confiesas, o se te arrancará esa confesión a la fuerza.

—¿Qué he de confesar, si yo no soy el autor de esa falta? ¿Qué he de confesar, si ignoro quién pudo haberla cometido? Creed en mi honradez, señorías...

—¡Canalla, bellaco!—le interrumpió—. ¡Ahora verás qué pronto cantas la verdad!

Y era arrastrado al antro de los suplicios. Se le colocaba en el potro, en la rueda o sobre la mesa, colocando sus pies desnudos dentro de un brasero, y se le torturaba hasta arrancarle el último soplo de vida. Con este bárbaro procedimiento se conseguía que muchos inocentes, sólo por ver cesar un instante su horrible martirio, se declarasen culpables, y que muchos culpables, con la esperanza de que negando hasta el último extremo conseguirían la libertad, muriesen gritando que eran inocentes. Muerto el perro, concluída la rabia. Aque-

llos siniestros jueces se daban por satisfechos de haber cumplido con su deber.

Todos los grandes señores, comenzando por el rey, tenían su sala de tormento, sus esbirros y sus verdugos particulares, y todos ellos, unas veces con licencia del monarca y otras sin ella, administraban la justicia a su albedrío, sin excederse, por cierto, en el ejercicio de esta función, de la crueldad de los jueces nombrados por la Corona. Y sucedió que cierto día los esbirros de Rómulo Lisandri apresaron y condujeron al castillo a una pobre mujer, vasalla de su señor, acusada de haber dado muerte a un hijo suyo, de diez años, que había sido encontrado degollado en un matorral vecino a su vivienda. Loca de dolor, la infeliz negaba con todas sus fuerzas ser la autora de aquel crimen espantoso, y se arrojó a los pies del dueño del castillo, que ya era muy viejo, clamando misericordia y jurando por Dios y todos los santos que ella no había matado a su hijo.

Pero los esbirros del conde, tan crueles como ignorantes, amontonaban contra ella las pruebas más abrumadoras. Decían que había personas en el pueblo que aseguraban haberla visto castigar a su hijo con mucha frecuencia, quienes la habían oído amenazarle de muerte más de una vez, y finalmente —y esto era lo más terrible—dentro de su casa, encima de la mesa, se había encontrado un cuchillo todo ensangrentado, que era propiedad de la mujer, y en la cocina, en un rincón, había aparecido un paño también con manchas de sangre, en el cual debía haberse limpiado las manos después de cometer el abominable crimen.

—¿Reconoces como de tu propiedad ese cuchillo?—preguntó Rómulo Lisandri a la infeliz.

—Sí—contestó ésta—; ¡pero yo no he matado a mi hijo!

—¿Y es también de tu propiedad el paño encontrado en un rincón de la cocina, sucio de sangre?

—Sí; pero yo no me he limpiado en él las manos. ¡Mis

manos no han sido teñidas por la sangre de mi pobre Petrucho!

—¿Y es verdad que castigabas a tu hijo?—siguió preguntando el conde con la frialdad de un inquisidor.

—¡Eso no es verdad! ¡Sólo una vez he pegado unos azotes a mi Petrucho, y era porque los merecía! ¡No tenía a nadie más que a él en el mundo!

—¡Ah! ¿Luego confiesas haberle pegado siquiera una vez?

—Sí, una vez; sólo una vez.

—¡Terminemos entonces! ¡Tú eres quien ha matado a tu hijo!

La mujer dió un alarido.

—¿Yo? ¡Mentira!

—¡Tú! ¡Confiesa!

—¡No puedo confesar! ¡Yo no he cometido esa monstruosidad! ¡Dios y mi hijo que están en el cielo lo saben!

El feroz anciano hizo una seña a los esbirros, que permanecían detrás de la mujer.

—¡Al tormento!—ordenó.

Y la desgraciada fué arrastrada hasta aquel antro de los suplicios, por el cual, tres siglos más tarde, debían pasar Genoveva y María Teresa.

Estaban dándole tormento, cuando a la puerta del castillo llegó un sacerdote pidiendo hablar inmediatamente con el señor conde. Recibióle el poderoso magnate, y todo agitado, le dijo el sacerdote, así que estuvo en su presencia:

—Señor, soy el cura del pueblo a que pertenece esa pobre mujer que ha sido traída a este castillo acusada de haber dado muerte a su hijo. Pues bien, esa desventurada es inocente, no ha cometido el crimen de que se la acusa. Acabo de recibir la confesión del verdadero culpable.

Y explicó lo ocurrido, según declaración del criminal. Este, que era un vagabundo, se había introducido en la vivienda de la mujer para robar; sorprendiólo el niño y echó a correr

para denunciarlo a unos labradores que trabajaban en un campo próximo. Exasperado, el ladrón cogió un cuchillo de cocina y echó a correr tras él. En el matorral le dió alcance, y entonces aquel bárbaro, para que el niño no lo denunciara, lo derribó y lo degolló. Hecho esto, volvió a la casa, arrojó sobre la mesa el cuchillo ensangrentado, con el propósito de despistar a los que quisieran hacer justicia, se limpió las manos en un paño que halló colgado de la pared, lo arrojó a un rincón y salió de la casa después de haberse apoderado de un pan de centeno y de algunas monedas de cobre, cuya falta no había llegado a notar la mujer. Pasado un día, Dios había llegado a tocar su conciencia impulsándole a penetrar en la iglesia y confesar su crimen.

No cabían dudas acerca de la inocencia de la madre del niño; todo aparecía ahora claro como la luz del día, y Rómulo Lisandri, que veía acercarse la hora de su muerte, y, como el vagabundo que había degollado al niño, sentía también ciertas inexplicables inquietudes en la conciencia, se puso de pie y se precipitó hacia el lugar de los suplicios.

Pero la distancia a recorrer hasta llegar a aquellas sombrías profundidades era larga, y cada segundo que pasaba comprendía Rómulo Lisandri que podía ser el último de la vida de aquella desventurada acusada injustamente. ¡Jamás le había preocupado tanto la vida de un vasallo! Los criados le acompañaban con antorchas y abrían con dificultad las pesadas puertas de hierro que les cerraban el paso. Rómulo lanzaba maldiciones y blasfemias cada vez que algo retardaba su avance, y furioso escupía a sus servidores, por parecerle que no lo hacían todo con la prisa debida.

Aquellos cinco minutos que empleó en llegar hasta el antro de los suplicios se le antojaron un siglo. Por fin, jadeante, ahogado por el asma, traspuso el umbral.

—¡Soltad a esa mujer!—gritó a los verdugos, que enarbolaban unas enormes barras de hierro.

—Ha muerto—le contestó uno de éstos con voz lúgubre.

—¡Muerta!—exclamó el anciano—. ¡Muerta, y era inocente! ¡Muerta!

—Si esa noticia hubiera llegado aquí un minuto antes, esta desgraciada se hubiese salvado, señor—dijo otro de los verdugos.

Rómulo Lisandri salió de allí oprimiéndose la cabeza con las manos. Aquella muerte injusta le había trastornado, como si fuese la primera de su vida.

Y mientras volvía a sus habitaciones, murmuraba con el bronco jadeo del asma:

—Un minuto... Un minuto antes, y se hubiera salvado... ¡Es tan sencillo! Y sin embargo... ¡Un minuto!

Pasó la noche revolviéndose en el lecho sin poder dormir, y a la mañana siguiente, al levantarse, con los ojos enrojecidos por la fiebre, mandó llamar al herrero más próximo.

—Quiero—dijo al artesano cuando lo tuvo en su presencia—que me hagas una campana y la coloques en la sala de los suplicios de manera que pueda tocarse desde aquí.

—Será preciso agujerear muchos muros—contestó el herrero—y disponer además de una cuerda que, sin ser muy gruesa, tenga gran resistencia.

—Que se agujereen cuantas paredes sean necesarias y se traiga la cuerda que tú pides.

Dos semanas más tarde, el herrero daba por terminado su trabajo. Desde el despacho del conde, adonde llegaba el extremo de una cuerda, rematada por una gran borla dorada, podía hacerse sonar la campana colocada en el antro de los suplicios.

La cuerda tenía ciento setenta y ocho metros de largo, y para fabricarla se habían utilizado las crines de trescientos caballos.

En la pared, debajo de la campana, Rómulo Lisandri hizo

poner la siguiente inscripción, ya borrada por el tiempo y la humedad:

## YO Y EL REY

Esto quería decir que sólo él, y en último caso el rey, tenían derecho a hacer sonar aquella campana en la sala de los suplicios, al oír la cual los verdugos debían interrumpir inmediatamente su bárbara tarea y esperar nuevas instrucciones.

En el castillo se la denominó la campana de la vida, y este nombre, transmitido de generación en generación con la historia que había motivado su instalación, había llegado hasta estos días, en que el último de los Lisandri volvía a habilitar el antro de los suplicios, clausurado desde hacía tanto tiempo.

Y para terminar, diremos que, según las crónicas del castillo, Rómulo Lisandri murió cinco días después de haber quedado instalada la campana y sin que pudiera llegar a utilizarla una sola vez para descargo de su conciencia, nunca tan atribulada como debiera haberlo estado.

* * *

Gaspar, después de colgar el farol de un clavo en la pared, dijo a María Teresa, a quien sujetaban por los brazos los otros dos servidores del conde:

—Tendrás que desnudarte.

La soltaron; pero la joven no parecía dispuesta a obedecer esa orden; su pudor se lo prohibía.

—¡Desnúdate! — ordenó Gaspar con energía, para amedrentarla.

María Teresa se rebeló:

—No, eso no. ¡Matadme, si para eso me habéis traído a este sitio; pero nada más!

—Vamos, prisa—dijo Lisandri, que se había sentado en

un banco de madera y esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho—. Haced lo que con la otra si se resiste.

El suplicio de María Teresa comenzó por aquel ultraje a su pudor. Acuciados por la impaciencia del conde, los tres esbirros le arrancaron las ropas a pedazos, y cuando no le quedó más que la camisa y algunos trozos de su blusa pendientes de sus hombros, la levantaron en vilo, la colocaron sobre la rueda y la sujetaron allí, abierta de piernas y brazos, con sólidas correas.

Entonces Lisandri se acercó a su víctima, y contemplándola con una sonrisa feroz, le preguntó:

—¿Hablarás ahora?

—¡No!—replicó María Teresa con un gemido—. ¡No!

El conde retrocedió unos pasos. Su rostro se había ensombrecido, sus pupilas de acero brillaban enrojecidas por el fuego de su cólera.

—¡Comenzad!—ordenó.

Uno de los esbirros empuñó una barra de hierro, subióse a un banco, desde donde dominaba perfectamente a la prisionera, tendida sobre la rueda, y esperó a que Gaspar y su otro compañero la hiciesen girar.

Oyóse un chirriar de hierros. Gaspar había quitado la cadena que sujetaba la rueda, y con un pequeño impulso de su mano, ésta comenzó a dar vueltas con velocidad sobre el poste.

Entonces el que estaba sobre el banco enarboló la barra de hierro que empuñaba; mas en el momento en que se disponía a dejarla caer sobre el hermoso cuerpo de la prisionera, que pasaba y pasaba ante sus ojos continuamente, la campana, la vieja campana de la vida, se agitó, vibró estridentemente en la oquedad del antro...

Como arrancada por una fuerza sobrenatural, la barra se desprendió de la mano del verdugo, y todos, incluso Lisandri, levantaron la vista hacia la campana y se quedaron atónitos, poseídos de un temor vago, supersticioso.

La campana se detuvo un instante, y después volvió a agi-

tarse, a vibrar, para enmudecer al rato, dejando aquel lugar sumido en un silencio trágico, interrumpido sólo por el chirrido de la rueda del suplicio, que seguía girando.

—Gaspar—dijo de pronto Lisandri con voz que no era la suya—. ¿Qué significa esto?

—Recordad la historia de esa campana, excelencia—respondió el mayordomo—. "Yo y el rey."

Lisandri meditó.

—Pero, ¿es posible que el rey...?—balbuceó al rato—. ¡Ah! El no conoce esta tradición.

—Pero la conocen vuestros servidores, excelencia.

Otra vez meditó Federico.

—Sea; respetemos la tradición—dijo con un leve encogimiento de hombros—. Ve, Gaspar, a ver qué es lo que quiere su majestad.

El mayordomo abandonó el antro. La rueda giraba aún; pero tan lentamente, que se comprendía que iba a detenerse de un momento a otro.

Pasaron cerca de diez minutos. Lisandri, inmóvil, esperaba. Los dos verdugos tampoco se atrevían a moverse y dirigían de cuando en cuando miradas temerosas a la campana que había roto su silencio de siglos para suspender aquel suplicio.

La rueda ya no giraba, y sobre ella, María Teresa, apenas velada su desnudez por la breve camisa y algunos trozos de su blusa, yacía como muerta.

Por fin, la puerta del subterráneo se abrió y entró Gaspar, conduciendo otro farol y seguido de Rodolfo Carpi, el falso rey.






## CAPITULO LXXXII

### Un alma buena

DE regreso del castillo de "La Pradera", Clara había hecho todo lo posible por aislarse de la corte, en la que había entrado hacía muy poco tiempo y en la que brillaba con el título de marquesa. Ella, que durante su vida de actriz había mirado siempre con envidia aquel esplendoroso mundo aristocrático, pareciéndole los seres que lo formaban personas casi sobrenaturales, se sorprendía ahora de ver que las figuras que se movían dentro de aquel marco de oro eran en el fondo las mismas entre las cuales había visto transcurrir su vida de actriz sin grandes triunfos, las mismas contra las cuales había debido batallar en la sorda lucha por la existencia, animadas por todos los vicios, sacudidas por todas las pasiones que denigran a los humanos.

Por otra parte, la convicción de que su encumbramiento y el de Rodolfo no era otra cosa que la consecuencia de un crimen espantoso del que habían sido víctimas personajes reales.

atormentaba a cada instante su conciencia y la hacía mirar con horror cuanto la rodeaba.

En aquel esplendor de la vida cortesana salpicado con la sangre de un rey, había sentido extinguirse rápidamente, bajo una capa de indignación, su amor por Carpi. No, ya no le quería, ya no hacía nada por arrancarle de aquel mar de vicio en el cual había naufragado definitivamente. Le repugnaba aquel parodista de rey que había defraudado el más hondo de sus amores, aquel cómplice de asesinos sórdidos como el conde Lisandri.

Cuando Clara libertó a Oscar Luis de su prisión, cuando tuvo el convencimiento de que el torturado monarca había logrado desaparecer, su conciencia abatida reaccionó, satisfecha de su buena obra. Pensaba a menudo en el rey, aquel hombre valeroso y digno, y sentía que una alegría muy grande inundaba su alma al recordar que a ella, sólo a ella, debía su vida preciosa. Su triunfo podía serle fatal; pero Clara lo deseaba con ansiedad, deseosa de asistir al aniquilamiento de tanta farsa, de tantas mentiras, de infamia tanta. ¡Qué importaba que el furioso huracán vengador la arrastrase también a ella entre los escombros de aquel tinglado de simulaciones y horrores! La vida no tenía para ella objeto alguno. Su vocación artística sólo le había servido para comprobar la enorme diferencia que existe entre lo que es el género humano y lo que finge ser. Existían algunas excepciones; aquel rey sangrande y despojado era una prueba, pero no había tenido la suerte de tropezarse con ellas.

Así, pues, de nuevo en San Francisco, Clara, con el pretexto de que la agitación de la vida cortesana sentaba mal a su naturaleza, demasiado sensible, volvió a la paz obscura del piso de la calle de Bizancio, número 7, que había habitado con Rodolfo. Este no se opuso a aquel deseo de su amante, en la cual muy pocas veces paraba ahora su atención; muy al contrario, mereció su aprobación inmediata. Lo que aquel consumado calavera quería era que le dejasen obrar

a su capricho, consumiendo con sus vicios cantidades que hubieran aplacado el hambre de ciudades enteras.

Y en la paz de aquella casa, Clara dejaba transcurrir los días grises del largo invierno, entregada a sus recuerdos, no siempre muy agradables, sin más compañía que la de Elsa, una doncellita de diez y ocho años, linda y graciosa. Sólo conseguía arrancarla de aquel aislamiento una orden de la reina o la invitación de algún festejo de corte, donde le era imposible excusar su ausencia.

Otra de las causas que la habían inducido a apartarse del mundillo cortesano, causa en la cual ni a pensar se atrevía, era el miedo que le inspiraba Lisandri. Clara creía haber advertido que aquel demonio desconfiaba de ella. Tenía aún incrustada en su cerebro la mirada que le había dirigido la noche que había fingido la comedia de la fuga del rey. Siempre que aquel taumaturgo infernal, que destruía y creaba reyes a capricho, se le acercaba o clavaba en ella sus pupilas de reflejos metálicos, sentía paralizársele el corazón y esperaba oirle lanzar de un momento a otro la acusación terrible que había de condernarla a morir. Lisandri le inspiraba un miedo horroroso, y sólo viviendo lejos de él, Clara podía adormecer sus temores y sus inquietudes.

Había visto lo bastante para comprender que el conde era el amo del reino, el verdadero tirano, el que hacía y deshacía a su antojo, y que todos los demás, incluso Rodolfo y la misma Alcira de Serajev, desempeñaban en sus manos el papel de simples muñecos que él movía a su capricho. Y Clara le odiaba con todas las fuerzas de su alma y hubiera querido abrir los ojos del pueblo respecto a aquel personaje cínico y malvado y dirigir hacia él toda la indignación de Istralia hambrienta y oprimida, como único culpable que era de aquel desesperante estado de cosas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquella tarde de Mayo, Clara leía una novela de Barbusse

tendida en el diván de la salita, cuando Elsa se precipitó hacia ella dando grandes voces.

—¿Qué sucede?—preguntó alarmada la marquesa de Rivieri, dejando el libro a un lado e incorporándose.

—¡Señora! ¡Señora! ¡Una desgracia terrible! ¡Han querido matar al rey! La gente corre como enloquecida por las calles difundiendo a gritos la noticia.

El rostro grave y hermoso de Clara se puso blanco como la alba bata de raso en que envolvía su cuerpo esbelto.

—¿Es posible?—balbuceó—. Pero, ¿le han herido?

—No lo sé, señora; no saben explicarse. Parece ser que le han disparado unos tiros cuando atravesaba la plaza de Palacio en su automóvil. Desde luego, hay víctimas. ¡Quiera Dios que a consecuencia de este atentado no haya que lamentar sucesos desagradables!

La marquesa se puso de pie.

—Mi ropa, Elsa—dijo.

—Pero, ¿os proponéis salir con semejante alboroto?... ¡No lo hagáis, señora!

—¡Calla! Mi deber es ir a Palacio a enterarme de lo que sucede. Tengo allí muchas personas de mi amistad para poder permanecer aquí tranquila en estas circunstancias.

—¡Oh, señora!—exclamó la doncellita—. Temo que os ocurra algo. Esperad a que se calme un poco la efervescencia de la gente y se tengan noticias más completas.

—¡Mi ropa, Elsa, y basta de hablar!

Media hora más tarde, Clara llegaba en automóvil a Palacio. Se dirigió primero a las habitaciones de la reina, donde se advertía un movimiento inusitado, Al notar su presencia, Alcira, que no la veía hacía ya mucho tiempo, corrió hacia ella, la cogió por las manos y la condujo junto a una ventana.

—¡Querida mía!—exclamó antes de que Clara la interrogase—. ¡Acabamos de pasar todos por un momento terrible! Tanta fué la audacia y la sangre fría con que obró el asesi-

no, que en el primer momento creímos que el rey había sido víctima de sus disparos. Afortunadamente, no le ha ocurrido nada, y si algo hay que lamentar, es la muerte del "chauffeur", cuyos deudos serán debidamente indemnizados. Si el conde Federico no hubiese estado a mi lado en el momento de ocurrir el atentado, me hubiera muerto de miedo, lo confieso...

—¿Ha sido apresado el criminal?—preguntó Clara.

—Sí, y lo han llevado a uno de los patios de Palacio, donde en este momento debe estar interrogándole el conde Federico.

—¿Tenía cómplices? ¿Ha obrado por cuenta propia?

—No sabemos nada, querida; tendremos que esperar que el conde Lisandri termine de interrogarle. Es seguro que esta vez dará un escarmiento a todo el país y a la Policía. Ya sabéis quién es el conde cuando lo sacan de sus casillas.

—Su excelencia es el mejor servidor que podía haber hallado vuestra majestad—contestó Clara con una intención que escapó a Alcira.

—Sí, no lo dudo; le estoy muy agradecida. Pero, ¿habéis visto ya al rey? Id a consolarle, querida; el pobrecillo ha pasado por un momento muy amargo.

—Iré a verle—dijo Clara—. No quiero que piense que le abandono en los trances difíciles.

Se despidió de Alcira para dirigirse a las habitaciones del falso soberano. Al pasar por una galería, se detuvo al distinguir una extraña comitiva que atravesaba uno de los patios de la real residencia. Cuatro gendarmes llevaban sobre los hombros una especie de camilla cubierta por una sábana ensangrentada, bajo la cual se marcaban las formas de un cuerpo humano. Horrorizada, se volvió hacia un criado que permanecía de pie en el umbral de una puerta guarnecida por un cortinaje.

—¿Qué llevan allí?—le preguntó, señalando la espantosa camilla.

—Al bandido que intentó agredir a su majestad, señora—contestó el servidor.

—¿Ha sido herido ese miserable?

—Acaba de ser muerto por el conde Lisandri, que ha querido vengar a su majestad.

Reprimiendo un estremecimiento, Clara se apartó de allí y siguió su camino. Encontró a Rodolfo hundido en un sillón, pálido y con los ojos todavía agrandados por el espanto que le había producido la inesperada agresión.

—Clara, ¡qué miedo!—exclamó después de haberla hecho sentar a su lado, en el brazo del sillón, refugiando la cabeza en su seno—. Creí que no salía vivo de aquel automóvil.

Ella ocultó una sonrisa despectiva. La cobardía de que daba muestras le hacía aún más despreciable ante sus ojos y ante su alma.

—Puedes estar satisfecho—le respondió—. El que intentó matarte ha sido apresado y ha pagado ya con su vida su temeridad.

—¡Oh! Pero ese hombre debe tener cómplices, y si éstos no son apresados y muertos también, ya no podré vivir tranquilo. Es un oficio duro este de ser rey, Clara.

—No digas semejante cosa. Lo de esta tarde no ha sido más que un pequeño contratiempo sin consecuencias... En cambio, ¡cuántas satisfacciones te proporciona tu disfraz de monarca! Los días de tu reinado transcurren para ti en un deleite continuo. No puedes negar que tu vida ahora es otra cosa que un encadenamiento de placeres, de delicias. Todas tus ambiciones se ven colmadas con creces. ¿De qué te quejas, Rodolfo?

—¡De que se me quiera matar! Dicen que el pueblo me odia. ¿Es justo que se odie a un hombre que no hace mal a nadie, que no se preocupa de la vida de nadie y que, si por él fuera, Istralia sería un paraíso?

—Sí, es justo.

—¡Clara!—exclamó Rodolfo, estremeciéndose—. ¿Qué modo de hablar es ese?

—Es justo, porque al pueblo se le tortura y se le oprime en tu nombre, porque tú nada haces por ahorrar a Istralia tantos sufrimientos y tanta vergüenza.

—¡Oh! Los que me defienden, los que me han traído a este trono, no tienen más remedio que obrar como lo hacen si quieren vivir tranquilos y dejarnos vivir a nosotros del mismo modo. Me he quejado a Lisandri muchas veces; pero él me ha replicado que si abandona los procedimientos de gobierno que viene siguiendo hasta ahora, todo lo que hemos conquistado se vendrá abajo como un castillo de naipes. Y a fe mía, que tiene razón.

—Ese hombre es cruel, demasiado cruel para con el pobre pueblo istraliano—murmuró Clara—. No me aparto de que allí donde sea necesario se haga uso del rigor. Pero, ¿y en los casos que no hay necesidad de recurrir a él?... ¿Qué habéis hecho hasta ahora para demostrar a los istralianos que si sabéis castigar a los que pretenden sublevarse también sabéis premiar a los que aceptan resignadamente el nuevo estado de cosas? El pueblo no protesta, el pueblo no sabe nada de lo que aquí ha pasado, y sin embargo, es la víctima.

—Pero ni tú ni nadie, Clara, podrá decir que yo tengo la culpa. No hago nada, no intervengo en nada, no me ocupo de nada. ¿Por qué diablos he de cargar yo con las consecuencias?

—Porque dejas "hacer".

—Yo no puedo evitarlo. Yo no puedo ir contra Federico ni contra Alcira, la reina. Todo se lo debemos a ellos; hace unos meses éramos nadie, no teníamos un céntimo, y Verky —¿te acuerdas del judío Verky?—nos amenazaba con la cárcel. De la noche a la mañana, gracias a mi gran amigo el conde Lisandri y a Alcira de Serajev, nuestra situación ha cambiado de tal manera, que nos ha costado trabajo creer en ese cambio. Yo soy feliz siempre que no vuelvan a repetirse

esos atentados, y tú, ¿qué puedes decir tú? ¿No eres también dichosa? ¿Te falta algo?

Clara no contestó.

—Hay que ser razonables, Clara—siguió aquel fantoche. —Ahí tienes a su majestad, la reina. Alcira es una mujer ideal. Comprende la situación y se somete a ella resignadamente. ¿Por qué no la imitas?

—Porque no puedo — murmuró Clara con voz ronca—. Para ello sería preciso que yo fuese otra mujer, que no tuviese corazón.

—¡Ah! ¿De modo que tú crees que Alcira no tiene corazón? Pues te engañas, hija mía. Su majestad ama con pasión, con delirio, al conde Federico. Le sigue a todas partes, le obedece ciegamente, le admira, le respeta, y no titubearía en dar su vida si Federico se lo exigiese. En cambio, tú...

Se interrumpió.

—Termina—dijo Clara—. Termina lo que ibas a decir.

—Es una tontería, una apreciación mía; pero veo que te alejas cada vez más de mí, que no te cuidas ya de mis actos, que sólo te dejas ver por mí de tarde en tarde, y yo creo advertir en ello una prueba de que ya no me amas, que te soy indiferente por completo.

—Creo aumentar con mi conducta tu felicidad. ¿Mi amor no era para ti una carga? ¿No deseabas ser libre, tener amores con otras mujeres, embriagarte, jugar sumas fabulosas de dinero? Pues ahora puedes hacer todo eso; yo no me interpongo para nada en tus gustos. ¿De qué te quejas?

Al cabo de un largo silencio, dijo Rodolfo:

—No sé... Tengo miedo ahora, y quisiera sentirte más cerca de mí; necesito de tus consuelos, de tus caricias. Vuelve a ser lo que eras en nuestra casa de la calle Bizancio.

Clara se levantó y se apartó de él.

—Eso no puede ser—dijo—. Así como tú ya no podrías volver a engañarme con tu disfraz de caballero y con tus juramentos de enamorado, yo no puedo tampoco amarte como te

he amado. ¡Bastante he luchado por conservar intactas mis ilusiones de amor! Tu conducta ha acabado por asesinarlas.

Otro silencio.

—Hablas—murmuró Rodolfo—como si ya no hubiera nada entre nosotros. ¿Es ese el consuelo que vienes a prodigarme por haber escapado de la muerte?

—Te pertenezco, te perteneceré mientras viva—rspondió Clara—. ¿Qué más puedes exigirme?

—Amor.

—Vamos—dijo ella con una sonrisa de ironía—, ¿qué puede interesarte ya mi amor? Lo buscas en este momento, porque tines miedo de tu soledad; pero dentro de un instante, cuando todo se anime en torno tuyo, cuando te rodeen esas hermosas cortesanas que se disputan tus sonrisas, cuando bajo el fulgor de las lámparas veas el tapete verde de una mesa de juego o espumar las copas de champagne en bandejas de plata, ¿te acordarás ya de mí?

—Siempre me acuerdo de ti, Clara... Pienso que como tú me has querido no me querrá nadie ya, y te estoy agradecido y siento por ti una ternura muy grande.

Ella volvió a sonreír, irónica, incrédula.

—Bueno, Rodolfo; hablemos de otra cosa, de algo más alegre. He venido a distraerte. ¿Quieres que hagamos un poco de música?

—No, no. La música me pondría más triste.

—¿Y si diésemos un paseo por el parque?

—Me da miedo pasear por el parque. ¿Y si nos sale al paso algún criminal que hubiese logrado esconderse entre los árboles?

—Emprendamos entonces una excursión automovilística.

—¿Yo salir de Palacio en automóvil después de lo que acaba de ocurrirme? ¡Jamás! Eso sería tanto como desafiar a los bandidos que desean mi muerte.

—¿Qué puedo hacer entonces por ti?

Carpi inclinó la cabeza.

—Pide vino, que me traigan vino—contestó—. Eso me consolará.

Clara salió para dar esa orden; instantes después servían a Rodolfo el vino, pero ella no volvió a su lado.

El tampoco la echó de menos. Bebió hasta embriagarse y se quedó dormido en aquel sillón. Cuando salió de su borrachera, distinguió a Lisandri y al barón Novelli que hablaban sentados en otros sillones, a pocos pasos de él. Bostezó estirando los brazos, y sin abandonar su asiento, dijo:

—Quieran que no, esto se complica, señores. He tenido un sueño nada halagüeño, y yo, la verdad, antes que ver en peligro mi piel, prefiero largarme y dejar que otro se encargue de reemplazar a Oscar Luis I.

—¡Discurso de cobarde!—exclamó Federico levantándose y avanzando hacia él—. ¿De qué puedes quejarte?

—He soñado que el rey, el verdadero rey, volvía al frente de un ejército de centenares de miles de hombres; que el pueblo se sublevaba y asaltaba Palacio pidiendo mi cabeza y la tuya; que nuestras tropas se pasaban al enemigo y nos dejaban solos frente a la multitud enfurecida. El atentado de que he sido víctima esta tarde me da a entender que ese sueño puede muy bien transformarse en realidad.

—Si todos obráramos como tú, no digo que eso pudiera ocurrir; pero, por suerte para ti, Novelli y yo no nos dormimos.

—¿Novelli? ¡Toma! ¿Es que ha regresado ya el buen barón?

—Sí—contestó éste acercándose también a aquel fantoche—, y he lamentado mucho la agresión de que habéis sido víctima.

—En realidad es de lamentar, barón, puesto que indica que Istralia no estaba tan tranquila como nosotros creíamos ni se nos temía tampoco tanto como imaginábamos. Pero, ¿qué me decís de vuestro viaje? ¿Habéis logrado averiguar si Oscar Luis I y sus amigos viven?

—Eso y algo más.

—¡Cáspita! Tendremos que creer en la torpeza de Lisandri cuando le ha fallado aquel golpe en Berlín. ¿Y qué hacen nuestros enemigos? ¿Dónde se encuentran, barón?

—En San Francisco.

—¡En San Francisco!... ¿Es posible? ¿Bromeáis, barón?

—Nada de eso, amigo mío. Se ha descubierto que el rey y sus partidarios se alojan en el Convento de los Dominicos.

—Pero, ¡gran Dios! ¿Y qué medidas se han tomado ante tamaño descubrimiento?

—El señor conde, que está dispuesto a no dejarlos escapar como en Alemania, ha hecho acordonar el convento por un batallón de Infantería; de suerte que de un momento a otro tendrán que caer en nuestro poder.

—¿Y por qué no se penetra en el convento y se les apresa sin miramientos?

—Los lugares sagrados no pueden violarse—dijo Novelli.

—¿De manera que se tiene la seguridad de que han de caer en nuestro poder?

—La seguridad más completa.

—¿No creéis que el atentado de esta tarde tenga algo que ver con esa gente?

—No; eso ha sido obra de unos exaltados: anarquistas o republicanos; me falta averiguarlo todavía—manifestó Lisandri.

—¿Qué ha declarado el criminal?

—Se dejó matar sin decir palabra.

—¡Ah! ¿Luego no ha descubierto a sus cómplices?

—No.

—Ese es un mal augurio, Federico.

—No le doy gran importancia. Lo que interesa ahora es apoderarse del rey y de sus amigos.

—¿Crees que una vez que se consiga eso podremos dormir tranquilos?

—Los riesgos habrán disminuído en un noventa y nueve por ciento—declaró Novelli.

En aquel momento golpearon la puerta de la sala.

—¿Quién puede ser? ¿Esperabais a alguien?—preguntó Rodolfo mirando sucesivamente a Lisandri y al barón.

—No—respondió el primero de éstos.

—Adelante—dijo el falso monarca lanzando otro bostezo.

La puerta se abrió y en el umbral apareció un oficial de la Guardia regia.

—Señores—dijo haciendo una solemne reverencia—, he aquí un emisario del señor Rianko, que viene a comunicaros una noticia importante.

—Que entre—contestó Lisandri.

Entró el hombre que había conducido a María Teresa hasta frente al lecho de Rianko. Después de inclinarse varias veces ante aquellos personajes, esperó que le diesen permiso para hablar.

—¿Qué noticias traes?—le preguntó Federico.

—Excelencia: la mujer que esta tarde hirió al señor Rianko y que es cómplice del canalla que disparó sobre su majestad, acaba de ser apresada.

—¿Es cierto eso?—exclamó Federico, que estuvo a punto de dar un salto de alegría—. ¿Y dónde está esa mujer? ¿Dónde la tenéis?

—Ha quedado en el hospital donde se encuentra el señor Rianko, debidamente custodiada, excelencia.

—¿La ha visto el jefe de Policía?

—Sí, y la ha reconocido.

—¿De manera que esa mujer es María Teresa?—preguntó Novelli dirigiéndose al barón.

—La misma, según Rianko.

—Realmente estamos de suerte hoy. Hemos conseguido más de lo que esperábamos.

Lisandri se volvió hacia el emisario de Rianko.

—Puedes marcharte—le dijo—. Dentro de un instante iré a hacerme cargo de esa mujer.

El policía saludó y se retiró.

—Yo soy quien no ha acabado de comprender bien las cosas—dijo Rodolfo Carpi—. ¿Quién es esa mujer a quien acaba de apresar la policía?

—María Teresa, la amante del rey.

—¿La madre de la niña que arrojaste al mar?

—La misma.

—¿Y dicen que era cómplice del miserable que disparó esta tarde su revólver sobre mí?

—Eso es lo que se ha podido comprobar. Al mismo tiempo que Rafael Moner disparaba su revólver sobre ti, María Teresa tendía en tierra, gravemente herido, a Rianko, el jefe de Policía.

—¡Pardiez! Parece mentira que una mujer se haya atrevido a tanto. ¿Y seguís creyendo que el rey no ha tenido participación alguna en esos atentados?

—Esa mujer nos sacará de dudas.

* * *

Inmediatamente Lisandri y Novelli se trasladaron al hospital donde estaba detenida María Teresa.

A pesar de ser tan avanzada la noche, Rodolfo Carpi les prometió que no se acostaría hasta conocer el resultado del interrogatorio a que iba a ser sometida la amada del rey.

Pero sus esperanzas se vieron defraudadas cuando al regresar a Palacio le dijo Lisandri:

—No hemos podido hacer que declarara, y he acabado por encerrarla en el subterráneo de mi castillo en compañía de la otra, su amiga...

—¿La que sometiste al suplicio de la rueda, sin conseguir tampoco que declarara?

—Sí.

—Y a pesar de ello, ¿confías en poder arrancar a María Teresa sus secretos?

—Es posible que al ver el estado en que se halla su amiga

se decida a abrir el pico; mañana volveré a interrogarla, y si el ejemplo de la otra no ha dado el resultado que espero, le haré aplicar tormentos hasta conseguir que lo declare todo.

—Por lo visto, esas mujeres, así como el que intentó quitarme la vida durante la tarde, pertenecen a una agrupación secreta que persigue nuestro exterminio. Dudo que, a pesar del tormento, consigas hacer hablar a esa mujer.

—Ya veremos—dijo Lisandri sombríamente—. Si no basta la rueda, le aplicaré el cinturón de púas, y si éste tampoco la mueve a declarar, apelaré al fuego. ¡Hay mil instrumentos de tortura en el subterráneo del castillo que han servido para aflojar la lengua a seres más fuertes que esa mujer!

Se separaron. Rodolfo Carpi, preocupado por todas aquellas noticias que hasta él llegaban, pidió más vino, y embriagándose de nuevo, se quedó dormido.

* * *

Cuando el falso rey abrió los ojos era más del medio día. Se hizo vestir, y queriendo saber si se habían producido novedades durante el resto de la noche o durante la mañana que acababa de transcurrir, preguntó si estaban en Palacio Lisandri y Novelli. Le respondieron que el conde Federico no había salido en toda la mañana de su castillo, y que el barón, después de ir a presentar sus respetos a su majestad la reina, había marchado a la Jefatura de Policía a cambiar impresiones con el substituto de Rianko.

Carpi se encogió de hombros con evidente malhumor, y después preguntó al oficial que le daba estas noticias:

—¿Hay visitas? ¿Espera alguien para despachar conmigo?

—El Ministerio en pleno, majestad. Además, están haciendo antesala desde hace rato el nuncio de Su Santidad, el cardenal arzobispo, los ministros de Inglaterra, de Italia y de Portugal; el general Emilas, en representación del Ejército; el

presidente de la Corte Suprema, el director de la Compañía de Navegación La Adriática y otras personalidades de la banca y el comercio; todos los cuales vienen a testimoniar a vuestra majestad su satisfacción por haber salido ileso del atentado de ayer tarde.

—Diles que agradezco mucho el interés que por mí se toman, pero que una indisposición que vengo padeciendo desde anoche me impide recibirles—contestó Rodolfo, que había escuchado con indiferencia la respetuosa respuesta del oficial.

Salió éste y Carpi volvió a quedar solo. Preocupado, recorrió dos o tres habitaciones a paso lento. Sentíase inquieto, tenía miedo de su soledad. ¿Cómo pasar el tiempo? ¿Cómo distraerse? No se atrevía a salir; el terror que le había producido el atentado de la última tarde no se había disipado aún. ¿Quién había en aquella inmensa mansión para poder charlar con él familiarmente? Alcira; pero la reina le aburría. Además, tendría ella bastante que hacer con cuidarse de sus vestidos, de sus sombreros, de sus joyas. Gilberta, la rubia duquesa de los ojos de esmeralda y la boca roja y pequeña como una guinda. ¿La morena Elena, cuyos favores había conseguido el falso soberano hacía muy pocos días? No, no; no se sentía con humor de divertirse. La situación le preocupaba, había vuelto a soñar con cosas horribles y quería tomar la vida un poco más en serio que hasta entónces.

De pronto tuvo una idea: ¡Clara! Volvió a llamar al oficial de servicio y le ordenó que fuese a comunicar a la marquesa de Rivieri que el rey quería verla.

Cerca de una hora tardó Clara en presentarse en los aposentos de su majestad, que la esperaba impaciente.

—¿Cómo me encuentras?—le preguntó Rodolfo, después de besarla en la frente—. No debo estar muy bueno.

—Un poco pálido, pero tú sueles estarlo siempre por las mañanas. ¿Te sientes enfermo?

—Un poco de fiebre, y, sobre todo, muy preocupado. Quie-

ro que almuerces conmigo. Federico y el barón Novelli tienen hoy mucho que hacer fuera de Palacio.

—Haré lo que tú quieras—respondió Clara tomando asiento en un diván forrado de damasco—. ¿Han ocurrido novedades de interés en torno a esa tentativa de regicidio?

—Más de lo que podía esperarse. Pero, ¿es que no te has enterado de todo ello todavía? ¿No estabas anoche en Palacio?

—No; me retiré antes de que anocheciese.

—¡Ah! Pues has de saber que están todos cogidos, que los tenemos a todos en el puño...

—¿A quiénes te refieres?—preguntó Clara con un ligero sobresalto.

—¿A quiénes quieres que sea? A nuestros enemigos, a los que tanto nos preocupan, a los únicos que podían hacer peligrar nuestra situación.

—¿A Oscar Luis I?

—Sí, a ése; a sus partidarios, a su amante, en fin, a todos, absolutamente a todos.

—¿Y qué ha pasado? ¿Qué es de ellos?

—Gracias al barón hemos podido descubrir su paradero. Estaban en San Francisco alojados en el Convento de los Dominicos, y Lisandri ha hecho acordonar el convento, en la imposibilidad de penetrar en él a viva fuerza, y ninguno de ellos saldrá vivo de allí.

—¡Oh! ¿También él, el rey, está en ese convento?

—Sí, también él; de ahí nuestra alegría. Y con él están sus amigos, ese marqués Lucas Canevari y un anciano diplomático que hace poco tiempo ha hecho causa común con ellos, llamado Aníbal Pagallos.

Hubo un silencio. El hermoso rostro de Clara se había ensombrecido lejos de alegrarse, como Rodolfo esperaba, y de pronto preguntó:

—¿De manera que esta vez el rey está perdido?

—Completamente perdido, querida.

—¿Y tendrá que morir?

—Sí, tendrá que morir.

—Me explico la alegría de tu amigo Lisandri y del barón Novelli—murmuró Clara.

—También yo me siento alegre—declaró Rodolfo con una ingenuidad de inconsciente—. El único peligro que podía comprometer nuestra obra va a desaparecer, y reinaré tranquilo hasta el fin de mis días, y todo el mundo ignorará lo ocurrido en el trono de Istralia; ese gran secreto quedará enterrado definitivamente con la muerte de Oscar Luis y sus amigos.

—Te he oído hace un momento hablar de la amante del rey. ¿Te refieres a aquella mujer que el conde Lisandri mandó confinar en aquel lejano castillo perdido entre las nieves?

—A la misma.

—¿Luego logró escapar de su cárcel?

—¿Es que no lo sabías?

—Desde que he dejado de frecuentar la corte ignoro muchas cosas.

—Pues bien, la amante del rey consiguió escapar, en efecto, del Castillo de las Aguilas gracias a la ayuda que le prestó cierto sacerdote de una aldea próxima. Desde aquellas regiones se trasladó a San Francisco, donde se refugió en casa de una amiga en el barrio de San German. Allí la descubrió Lisandri; mas cuando iba a detenerla, se le escapó y sólo logró atrapar a la amiga y a una niña, que se supone era la hija del rey...

—¡Ah!—exclamó Clara, vivamente interesada en aquel relato—. ¿Y después...? Continúa.

—Se movilizó a toda la policía secreta para descubrir el paradero de la amante del rey, y ayer pudo ser detenida al fin cuando acababa de libertar a un compañero que había caído en las manos de los agentes de Rianko. Y esa mujer resultó ser la misma que por la tarde hirió de muerte al jefe de Policía en su mismo despacho, y también se ha podido comprobar

que era cómplice de Moner, el asesino que disparó su revólver sobre mí.

—Se comprende que amaba al rey—dijo Clara—. De lo contrario, no hubiera dado pruebas de tanto valor.

—¡Cara va a costarle su audacia! Ya sabes que Lisandri es de esos que no perdonan ni se dejan conmover.

—¿Qué piensa hacer el conde con esa desventurada?

—En vista de que se negaba a hablar, a descubrirnos el escondite de sus cómplices, Federico la hizo encerrar en el subterráneo de su castillo, un lugar tétrico, según tengo entendido. Esta noche volverá a interrogarla, y si insiste en guardar sus secretos, la someterá al suplicio de la rueda, en la esperanza de que ese suplicio ejercerá una acción benéfica sobre su lengua.

—¡Eso es horrible!—exclamó Clara excitadísima—. ¡No es humano torturar a una pobre prisionera empleando los procedimientos execrables de nuestros antepasados!

Rodolfo la miró extrañado.

—¿Serías capaz de apiadarte de ella? Una mujer que hiere de muerte a Rianko y lucha como una fiera contra los hombres, merece la rueda y mucho más.

—Como enemiga suya, yo admiro su temeridad, su heroísmo, que la lleva a toda suerte de sacrificios en homenaje al hombre que ama, y como mujer, siento hacia esa pobre criatura vencida una gran piedad.

—Si todos pensáramos como tú, dentro de cuatro días no quedaría ni una partícula de nuestros cuerpos. Hay que ser duros, obrar sin contemplaciones, y más que nunca en las presentes circunstancias, que los tenemos a todos en el puño.

—Pero tratándose de una mujer—murmuró Clara—, no encuentro justo semejante rigor. Dime, ¿es joven?

—¿Quién? ¿La amante del rey?

—Ella, sí.

—No tendrá más de veinte años, según he oído decir a Novelli, que la conoce muy bien.

—¿Bonita?

—El barón asegura que es hermosísima.

—¿Habla del rey?

—No puedo decírtelo.

—¿Le ama?

—Tampoco puedo decírtelo. Pero, ¿a qué diablo te interesas tanto por ella?

—Ya sabes lo que somos las mujeres, nos gusta descubrirnos, analizarnos desde los talones a la punta de los cabellos. Pero, ¿y la hija de esa mujer, Rodolfo?

Carpi, que se había arrellanado en un sillón frente a Clara, se encogió de hombros.

—Ha muerto—dijo luego, malhumorado por aquella conversación.

—¡Muerto!—exclamó Clara—. ¡Muerto!... ¿Y era pequeña?

—Tendría algunos meses.

—¿Sabe su madre que ha muerto?

—Lisandri debe habérselo dicho para hacerla sufrir.

—Lisandri..., hacerla sufrir. ¡Rodolfo! ¿Cómo ha muerto esa niña? ¿Cómo?

—¡Cáspita!—murmuró él, inquieto por el acento de ella—. Pareces dispuesta a tomar las cosas a pecho.

Clara rogó, imploró, amenazó, todo a la vez, extendiendo hacia él sus manos, todavía enguantadas.

—¡Dímelo, Rodolfo, dímelo!... ¿Cómo ha muerto esa niña? ¡Tú lo sabes y quiero que me lo digas!

—¡Al diablo!—refunfuñó Carpi—. ¡Qué pesada te pones a veces, querida! Si esa niña, supuesta hija de un rey, hubiese vivido, habría sido una amenaza constante para nosotros, y Lisandri, partidario de las resoluciones enérgicas, acabó con ella.

—¡Ah! ¿De qué manera, Rodolfo? ¿De qué manera? Dímelo todo.

—Toma, la tiró al mar desde una ventana de su castillo.

—¡Gran Dios! ¿Eso hizo?

Y Clara se levantó.

—Eso...—murmuró él como un eco—. La cosa no tiene ya remedio...

Mas ella no podía resignarse. Aquel crimen horroroso le estrujaba el corazón.

—¡Es una infamia!—profirió con voz trabada por la indignación y por un llanto sin lágrimas—. ¡Una cobardía!... ¡Una vileza!... ¡Y después de semejantes crímenes pretendéis que esa madre permanezca impasible, que os descubra a sus cómplices, en los que fía vuestro extermino y la venganza de su hija! No dirá nada, yo os lo garantizo; callará aunque la hagáis pedazos, confiando en que sus cómplices han de caer algún día de improviso sobre vosotros, los asesinos de su hija, los verdugos del verdadero rey y de toda Istralia para castigaros por tantos horrores, por tantos crímenes como habéis cometido, desencadenado...

Rodolfo se estremeció.

—¡Calla, calla, Clara!—dijo—. ¿Estás loca para hablar así? ¿Qué sería de todos nosotros si tus palabras llegasen a algún oído indiscreto?

—Es que esas noticias han sublevado mi corazón—continuó ella bajando un poco la voz—. Soy mujer, y, por lo tanto, puedo comprender mejor que vosotros toda la desdicha de esa desventurada madre a quien, no contentos con haberle asesinado a su hija, os proponéis aún seguir martirizándola hasta acabar con su vida.

—¡Basta!—dijo Carpi, levantándose también y dando algunos pasos por la estancia—. Yo no tengo la culpa, después de todo.

Ella le siguió.

—¡Sí, también eres tú culpable, tan culpable como ellos, puesto que te beneficias con sus crímenes, puesto que nada haces por impedirlos!

—¡Pero, mujer! ¿Decididamente te has propuesto amar-

garme la vida? Ayer, un salvaje que intenta matarme; hoy, una linda mujer que me obsequia con un discurso preñado de amenazas. ¿Es ese el modo cómo debe regalarse la vida de un rey?

—No todo ha de ser gozar; es preciso que alguna que otra vez salgas de ese éxtasis en que te sumergen tus vicios para mirar hacia atrás, para examinar tu obra y la de tus cómplices. Ofendéis demasiado a Dios para que él pueda contener por mucho tiempo su indignación. Se comprende que seais crueles e implacables con aquellos que ponen en peligro vuestras vidas, pero con los seres débiles, con seres como esa niña, de la que no podíais esperar daño alguno, ¿qué necesidad había de recurrir al asesinato? ¿Qué necesidad hay de atormentar con un suplicio bárbaro a su infeliz madre?

—Cosas de "ellos"—se disculpó Carpi—. Yo no intervengo en esos asuntos.

—Pero deberías intervenir; tu deber de cristiano, tu conciencia de hombre, te obligan a ello.

—¿Para qué? ¿Qué saldré ganando con obrar como tú pretendes?

—La tranquilidad de tu conciencia, el perdón de Dios, que tiene puestas sus miradas en vuestra obra nefanda. Si te cruzas de brazos ante el martirio injusto de tantos seres inocentes y débiles, si cierras tus oídos a sus lamentos, ¿por qué te quejas entonces cuando los deudos, cuando los amigos de esos infelices, tratan de vengarse de tanta injusticia matándote?

—Que maten a Lisandri, que maten a Novelli; ellos son quienes todo lo disponen—dijo Carpi, atemorizado por lo que oía.

Clara siguió:

—Lisandri y el barón Novelli son a los ojos del pueblo unos esbirros tuyos, unos ejecutores de tus órdenes; de ahí que sea a ti a quien odian las víctimas y a quien detestan los istralianos. Tú, el tirano, es a quien quieren matar los desdicha-

dos que sufren los horrores de este reinado cruel y absolutista. Haz algo por demostrar al país que aún quedan restos de piedad en tu corazón, demuestra al pueblo que sabes ser generoso y clemente allí donde caben la generosidad y la clemencia...

Carpi volvió a estremecerce. Las palabras de Clara acababan de hacer correr un escalofrío por su espinazo.

—¿Qué he de hacer?—balbuceó—. ¿Qué puedo hacer?

Ella se le acercó mirándole profundamente en los ojos.

—¡Si tú quisieras!—exclamó.

—¿Qué?

—Esa pobre madre, esa pobre mujer, joven y hermosa, podría librarse del martirio. ¿No te halagaría pensar que hay una criatura en el mundo que te debe la vida?

—Pero yo yo no puedo hacer lo que tú pretendes, Clara.

—¡Si que puedes hacerlo!—afirmó ella con energía.

—¿De qué manera, si está en poder de Lisandri?

—Impídele consumar su siniestro propósito.

—¡Me enviará al cuerno! ¡Me replicará que quién me manda meterme en lo que no me importa!

—Obrando con astucia podrás convencerle.

—¿Quieres indicarme el modo?

—Acaba de ocurrírseme una buena idea, Rodolfo. Ven, sentémonos, escúchame.

Lo condujo hasta un diván, tomaron asiento uno al lado del otro, y ella prosiguió, resplandeciente su rostro por la alegría que experimentaba al comprobar que iba en camino de convencer a aquel fantoche:

—En la corte has conquistado fama de mujeriego; mucho se murmura de ti en ese sentido al mismo tiempo que, por otra parte, se celebran tus conquistas, tus escándalos. Pues bien, ¿qué tiene de particular que fingieras ante Lisandri interesarte por la hermosura de esa mujer, reclamándosela con el pretexto de que vas a hacerla tu amante? Declárale que no podrás vivir sin satisfacer ese capricho. Perdona que sea yo

quien te hable con tanta franqueza, pero me arrastra a ello el gozo que me produce la esperanza de poder salvar una vida que va a ser inmolada injustamente. ¿Vas comprendiendo mi idea, Rodolfo?

—Sí; pero Lisandri pondrá inconvenientes, sospechará, se negará a satisfacerme.

—Hazte el fuerte.

—¿Ante Federico?

—¿Le tienes miedo?

—¿Quién no le teme en Palacio? ¿Quién no le teme en Istralia?

—Haces mal en temerle. ¿Es que ignoras todo lo que significas, todo lo que vales para los planes siniestros de Lisandri? Si tú desaparecieses, ¿qué sería de toda su obra? ¿Cómo podría justificarla entonces? A él le interesa marchar de acuerdo contigo, halagarte, satisfacer, en una palabra, todos tus caprichos, y aunque le duela desprenderse de esa presa, si tú se lo exiges con energía acabará por ceder, no tengas de ello la menor duda.

Carpi balanceó, preocupado, su cabeza.

—Admitiendo que suceda lo que tú dices—murmuró—, ¿y después? ¿Qué hago yo con esa mujer, con esa fiera que se atrevió a atentar contra la vida del jefe de Policía en su mismo despacho?

—Puedes hacerla conducir a alguna posesión real, al mismo Castillo de la Pradera, por ejemplo.

—Pero será fuerza que yo también me traslade allí para guardar las apariencias ante Lisandri.

—Lo harás.

—¡Ya son demasiadas molestias!

—Piensa que esa vida que vas a salvar puede librarte de la muerte algún día.

—Bien; admitamos que Lisandri me entrega esa mujer; que yo, fingiéndome enamorado de ella, deseoso de pasar una

temporada a su lado, la hago conducir al Castillo de la Pradera. ¿Y después? El problema vuelve a surgir.

—Permaneces una temporada en el Castillo de la Pradera.

—Pero, ¿y mi conducta ante esa mujer?

—La de un caballero.

—¿Qué he de decirle?

—Procura hacerla comprender que le has salvado la vida, procura ganarte su amistad.

—Es un juego peligroso, Clara. Esa mujer, que es capaz de luchar contra hombres temibles como Rianko, me inspira cuidado.

—No tengas miedo, no se atreverá a morder, como la víbora de la fábula, la mano del hombre que la ha librado de la muerte.

—Bien, también admito esto, y prosigamos: ¿y después de hacerle entender todo eso, de procurar ganarme su amistad?

—La dejas huir.

—¡Huir! ¿Huir para que se reuna con los forajidos de sus cómplices, para que intenten matarme al día siguiente?

—No creo que sea tan ingrata; pero puedes devolverla la libertad arrancándole antes una promesa o un juramento.

—¿Qué promesa? ¿Qué juramento?

—Salir de Istralia. No volver a tomar parte en ningún movimiento contra las vidas de las personas que gobiernan, contra la tuya principalmente.

—Pero, ¿a una mujer así se le pueden exigir esas promesas, esos juramentos?

—Apela a la memoria de su hija.

Carpi se quedó pensativo.

—¿Crees—preguntó al cabo de un rato—que procediendo como me aconsejas me libraré del odio de los cómplices de esa mujer?

—¡Qué duda cabe! Ella les dirá que tú no mereces la muerte, que tienes un corazón de oro.

—Bueno—murmuró él levantándose medio convencido—.

Ya hablaremos de esto más extensamente. Necesito que me instruyas mejor. Pasemos ahora a tomar el aperitivo; no tardarán en avisarme que el almuerzo está preparado.

—¡Cuesta poco trabajo ser bueno, Rodolfo!—exclamó ella levantándose también para seguirle—. ¡Nos enorgullecen tanto nuestras buenas acciones!

La alegría que inundaba su alma generosa se reflejaba en su hermosa faz. ¡Qué felicidad para ella si conseguía arrancar a Lisandri aquella segunda presa! Durante la comida hizo a Rodolfo una exposición más completa del plan que acababa de insinuarle, y terminó por decirle:

—Para que el conde no sospeche que he sido yo quien te ha inducido a intervenir en favor de esa mujer, voy a separarme de ti antes que él venga. ¡Por el amor de Dios, Rodolfo, no olvides ni una sola de mis indicaciones! Mucha prudencia al hablar con Lisandri; representa una comedia, finge, engáñale como has hecho el día que solicitaste mi amor en mi camarín del teatro Minerva.

* * *

Transcurrió el día sin que Federico Lisandri se presentase en Palacio. Al anochecer, envió recado a Alcira participándole que hasta después de media noche no iría a reunirse con ella. Carpi se enteró de esto, y una hora más tarde se presentaba en su sombrío y vetusto castillo.

Su llegada impresionó a la servidumbre, que no sabía cómo agasajar a tan importante personaje. El falso rey vestía de etiqueta, sombrero de copa y monóculo.

—Avisad a vuestro señor—dijo a los criados—. Necesito verle inmediatamente.

Le explicaron que el conde se hallaba algo distante de allí, en el subterráneo. Al oír esto, Carpi frunció el ceño, y replicó:

—Ya sé lo que puede estar haciendo vuestro señor en el subterráneo. Id a decirle que deseo deje en paz a la mujer que

ha apresado anoche y que acuda inmediatamente a conferenciar conmigo.

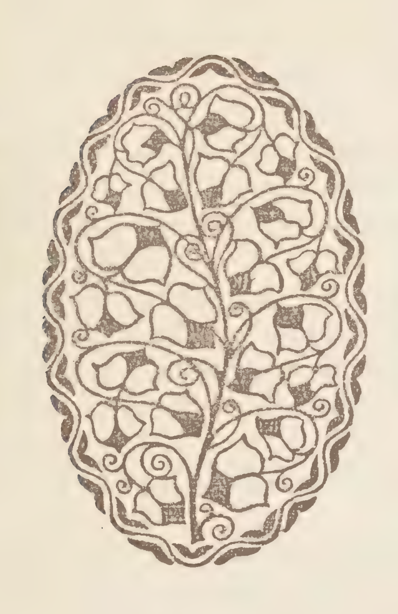
—Si vuestra majestad desea impedir que se atormente a la prisionera, existe un medio muy rápido de conseguirlo —dijo uno de los criados.

—¿Qué medio es ese?—preguntó el falso soberano.

—La campana de la vida.

En pocas palabras le explicaron qué era esa campana y cómo funcionaba, y Carpi exclamó:

—¡Hacedla sonar! ¡No tengo tiempo que perder!






## CAPITULO LXXXIII

### Un buen comediante



IEZ minutos después Gaspar aparecía en el sombrío vestíbulo del castillo, adornado con viejas armaduras, y se inclinaba sumiso ante el rey.

—¿Vienes del subterráneo?—le preguntó Carpi.

—Sí, majestad. Me ha enviado mi señor a preguntar quién acaba de hacer sonar la campana de la vida.

—He sido yo. ¿Vive aún la prisionera?

—Las dos prisioneras viven, majestad.

—Pero, ¿se ha sometido ya al suplicio la que fué apresada anoche?

—El suplicio de esa prisionera, sire, iba a comenzar en el preciso momento en que sonó la campana.

—Vamos allá—dijo Rodolfo Carpi.

—¿Al subterráneo, majestad?—inquirió Gaspar, lleno de extrañeza.

—Sí, al subterráneo.

—¿Y os atreveréis, sire, a penetrar en ese lugar?

—¿Por qué no? Me interesa conocer lo que hay en ese subterráneo del cual he oído hablar muchas veces a tu señor. ¡Ea! Guíame.

—De mil amores, sire. —

Y cogiendo un farol, el mayordomo se puso a andar seguido del rey, cuyo atavío de "gentlemen" desentonaba en aquel ambiente tétrico de pasados siglos.

Recorriendo las tenebrosas galerías que conducían al antro de los suplicios, Rodolfo tuvo algunos sobresaltos y llegó a lamentar en lo vivo su decisión de representar aquella comedia por consejo de Clara. El rumor de sus pasos resonando en el silencio sepulcral de aquellas bóvedas invadidas de tinieblas contra las cuales luchaba en vano la luz parpadeante del farol que llevaba Gaspar, le encogía el corazón. Pero cuando su miedo llegó a asumir proporciones de terror, fué al penetrar en la cripta donde se hallaba Genoveva. A la vista de aquel escombro de criatura, sobre la cual el mayordomo proyectó por un instante el moribundo foco luminoso del farol, Carpi sintió que se le erizaban los cabellos.

—¿Qué es "eso"? — inquirió, apoyándose en un brazo del mayordomo.

—La prisionera que el señor conde ha sometido hace algunos días al tormento de la rueda.

Carpi se pasó una mano por la frente como para alejar de sus ojos aquella visión horrorosa que parecía habérsele incrustado en las pupilas.

—¡Qué mal he hecho en venir!—se dijo—. ¡Con lo bien que se está en Palacio!

Gaspar, que había llegado ante la puerta que comunicaba con el antro de los suplicios, la empujó y se hizo a un lado para dejar pasar a su majestad. Este, viendo luz en aquel lugar, avanzó con más confianza.

—¡El rey!—exclamó Federico al verle.

Y se inclinó respetuosamente, mientras sus ojos buscaban los de Carpi con una mirada interrogadora.

Los dos esbirros del miserable, que se disponían a oficiar de verdugos, saludaron al falso soberano con una profunda reverencia.

—¿Te extraña verme aquí, Federico?—preguntó Carpi, procurando sonreír, mientras dirigía en torno suyo una mirada temerosa.

—No lo niego— señor—contestó Lisandri—. No me teníais acostumbrado a esta clase de sorpresas.

—Veo que he llegado en momento oportuno—siguió Rodolfo deteniendo su mirada en la rueda, sobre la cual yacía María Teresa casi desnuda—. He de tratar contigo de un asunto reservado, Federico.

—Estoy a las órdenes de vuestra majestad.

Y volviéndose a sus servidores, agregó Lisandri:

—Salid.

El mayordomo y sus dos subordinados se dieron prisa en obedecer y desaparecieron, cerrando tras ellos la maciza puerta que daba entrada al antro de los suplicios.

Rodolfo Carpi, resuelto al fin a representar la comedia que le había llevado allí y acuciada su curiosidad por la admirable desnudez de la víctima, casi desvanecida sobre la rueda, había avanzado algunos pasos hacia ésta afirmando su monóculo para poder contemplar mejor a aquella mujer que le parecía muy distinta de lo que él había imaginado.

La belleza serena de María Teresa le sorprendía y subyugaba a la vez. Ofrecíase a su vista de galán vicioso y empedernido como una ofrenda sobre la rueda terrible del suplicio. como un manjar exquisito servido en un plato tosco.

—Ya estamos solos—le dijo Federico acercándose después de haberle observado un instante—. Podemos hablar, por lo tanto.

Rodolfo se volvió hacia él. En sus pálidos labios jugueteaba una sonrisa traviesa.

—He venido—respondió—a impedir que cometieses una tontería. ¿Sabes que esta mujer supera en hermosura a cuantas he visto en mi vida?

—No te comprendo—murmuró Lisandri sombríamente—. ¿Qué es lo que quieres?

—Ven, hombre, ven—dijo Rodolfo sonriente, cogiéndole por un brazo y llevándoselo a un rincón del antro, lejos de la víctima—. Esa mujer, por hermosa, por valiente, no debe morir ni debes martirizarla empeñado en arrancarle un secreto que no te revelará aunque la hagas pedazos.

—¿Qué sabes tú?

Conozco a las mujeres, querido. Hoy he reflexionado sobre el carácter que todos nosotros atribuímos a ésta, y he llegado a la conclusión de que nada conseguirás de ella atormentándola...

Federico miraba a Carpi de un modo extraño, feroz, y hacía esfuerzos por contener su indignación, que quería estallar.

—Pero, y después de todo, ¿tu intromisión en esto...?

Carpi se echó a reír.

—Un capricho, querido, un capricho. Ya sabes que en materia de mujeres no me conozco a mí mismo. He estado todo el día pensando en ella, y al fin se me antojó conocerla. Ahora que la he visto, estoy resuelto a impedir que la tortures. Esa mujer tan hermosa merece algo mejor que la rueda y que todos los suplicios que puedan aplicarse en esta cueva siniestra que te legaron tus antepasados. ¡La quiero para mí, Federico! ¡Regálamela!

Lisandri estaba estupefacto.

—¿Estás loco, desgraciado? ¿Sabes lo que dices?

—Es natural que mi petición te sorprenda; pero tú sabes que las mujeres siempre han sido mi gran debilidad. Ahora me he encaprichado de ésta, y si eres tan buen amigo como dices, debes entregármela.

—¡Insensato! ¡Con tantas mujeres como hay en el mundo, no se te ocurre más que venir a poner tus ojos en ésta!

—La fatalidad, Federico, la fatalidad.

—¿Estás borracho, acaso?

—Nada de eso, querido; me encuentro sereno, sé lo que me digo.

—Pues yo no puedo comprender un capricho tan absurdo.

—¡Federico! ¿Eres tú el amigo que dices? — exclamó Carpi contrariado—. ¿Es esa tu manera de corresponder a mi sometimiento? He hecho todo lo que tú has querido que hiciera; te he obedecido como un perro, y gracias a mí has podido triunfar sobre todos los obstáculos. ¿Es negándome ese sencillo favor como me lo agradeces todo?

—Es un favor irrazonable—gruñó Lisandri—. Un capricho de desequilibrado que puede traernos desgracia a todos, a ti el primero.

Rodolfo se volvió para contemplar a la prisionera, al mismo tiempo que respondía:

—¿Irrazonable dices? Vamos, Federico, vamos. Contempla a esa mujer, cuya belleza te proponías destruir sin escrúpulo alguno, y comprenderás en cuánta razón se apoya mi capricho. Mírala como hombre, no como un verdugo. ¡Oh, qué hermosa es! ¿Has visto carnes más divinamente blancas? ¿Has visto líneas más perfectas que las de su cuerpo, a pesar de la posición violenta en que se halla colocada sobre esa rueda? No, amigo mío; esa mujer no debe morir; esa mujer puede hacer mi felicidad. ¡Entrégamela! Es posible que yo consiga arrancarle los secretos que nos interesan sin recurrir a los procedimientos bárbaros que se aplican en este lugar.

Una sonrisa desdeñosa desfiló por los labios del conde.

—Hablas así porque no la conoces—dijo—. A solas con ella, pasarías un momento muy amargo.

—Te engañas—respondió Rodolfo con aire de superioridad—. No hay mujer que se me resista; hasta hoy, todas las que he deseado han caído en mis redes.

—María Teresa es distinta a todas las demás.

—Quisiera convencerme de ello.

—¿Y las consecuencias de tu locura?

—No puede haber otras consecuencias que una desilusión, si fracaso.

—Escuchemos tu proyecto.

—Me la llevaré lejos de San Francisco, a un sitio confortable, como es el Castillo de la Pradera, y allí haré su conquista.

—Huirá del castillo y te dejará con tres palmos de narices

—Yo tomaré mis medidas para que no pueda huir.

—¿Encerrándola?

—Rodeando el castillo de soldados.

Lisandri meditó, mientras Carpi, aproximándose de nuevo a la amada del rey, se ponía a contemplarla con mirada glotona.

Un destello sensual animaba su pálido rostro de esclavo del vicio.

De pronto, volvió de nuevo junto a Lisandri y le dijo, tocándole en un brazo:

—A esa mujer no le interesa la vida, Federico.

—¿Qué sabes tú? — preguntó éste mirándole profundamente.

—Muerta su hija, perdido el hombre a quien amaba, la vida ya no le importa. Para hacerle decir lo que nos interesa, no hay más que un medio.

—¿Cuál?

—Halagarla en vez de someterla a torturas sangrientas; hacer germinar ilusiones en su alma; encender un nuevo amor en su corazón...

Lisandri se encogió de hombros.

—No olvides—agregó Rodolfo con pedantería—que no hay mujeres en el mundo que no se rindan a mis halagos. Déjame obrar; sólo te pido una semana de plazo. Si una vez pasada la semana comprendo que no he de salirme con la mía, volveré a ponerla en tus manos y regresaré a San Francisco. Creo que ahora hablo razonablemente.

—¿No tendrás miedo de estar a solas con una mujer que ha llevado su audacia hasta el extremo de herir de muerte a Rianko en su despacho?

—Un buen brillante, Federico, hace abortar la más terrible cólera femenina.

El malvado volvió a reflexionar. Le costaba trabajo soltar aquella presa.

—Cuanto más la contemplo—siguió Rodolfo, volviendo de nuevo los ojos en dirección a la víctima, inmóvil sobre el instrumento de suplicio—, más me convenzo de que no podré vivir sin haberla logrado. Negármela, Federico, sería una acción reprobable, de mal amigo. ¡Qué cuerpo maravilloso!... ¡Qué bella está así, con los ojos entornados, en su abandono de ninfa vencida por el fauno! ¿Puedo contar con esa reliquia, Federico? Piensa que al cedérmela vas a proporcionarme la alegría más grande que he experimentado desde que por complacerte ocupo el lugar del rey.

Al hablar gesticulaba y hacía muecas, como si realmente el capricho de poseer a aquella mujer fuese la única razón de su existencia.

¿Se dejó Lisandri convencer por la comedia que representaba aquel fantoche? ¿Creyó sincero el capricho que alegaba? Imposible llegar hasta el fondo turbio de la mente de aquel malvado. Era de creer, sin embargo, que en materia de mujeres no se atreviese a poner en duda la autoridad de Carpi; sus agudos ojos de halcón no habían sabido penetrar hasta entonces en los secretos de un corazón femenino. La mujer no tenía para él otro mérito que el de servir para satisfacer una necesidad carnal del hombre o ayudar a éste a lograr sus fines. Amaba a Alcira porque ésta, además de cumplir a las mil maravillas cerca de él su papel de hembra, era una poderosa auxiliar suya, con la ayuda de la cual había logrado escalar las más altas cimas de su desmedida ambición.

—Sea—acabó por murmurar—; accedo a tu deseo, pero es entendido que si dentro de diez días, a contar desde esta no-

che, no has conseguido lo que te propones y no me entregas una lista detallada con los nombres de todos sus cómplices, ingresará de nuevo en este subterráneo y volverá a ocupar su sitio sobre la rueda.

—¡Eso se llama hablar como un amigo!—exclamó Carpi loco de alegría—. ¡Venga esa mano, querido! No esperaba otra cosa de ti.

—Yo me ocuparé de hacértela conducir al Castillo de la Pradera. Tú no tendrás más molestia que la de trasladarte allí.

—Tanta amabilidad me conmueve, Federico. A ti te deberé los momentos más deliciosos que voy a pasar en mi vida. ¿Cómo pueden creerte hombre de corazón duro, si eres la bondad misma?

Y en su entusiasmo, Carpi llegó a abrazarle y a darle un beso en una mejilla.

—¡Suelta, aparta!—dijo Lisandri, molesto por aquellas demostraciones de agradecimiento—. ¿Cuándo piensas trasladarte al Castillo de la Pradera?

—¿Cuándo harás conducir tú allí a tu encantadora prisionera?

—Esta noche.

—Pues yo iré mañana a reunirme con ella. Ordena que se pongan a su disposición alhajas y buenos vestidos. Eso es lo primero que hay que brindarle para ganarnos su ánimo.

—Perfectamente; no creo que haya que añadir una palabra más.

—¡Lisandri, eres un encanto!

—Vuelve a Palacio—dijo el conde por toda respuesta.

Carpi se despidió de él estrechándole efusivamente la mano y salió de allí acompañado por Gaspar, a quien había llamado Lisandri, pero no sin antes ir a dar otra vuelta en torno a la rueda para contemplar a la hermosa criatura que había librado del más horroroso de los suplicios.

De vuelta en Palacio, se encontró con Clara, que le estaba esperando desde hacía largo rato.

—¿Vienes del castillo de Lisandri?—le preguntó la generosa mujer.

—Sí—contestó Rodolfo—. He conseguido todo lo que me proponía.

—¡Ah!—exclamó Clara, cuyo bello rostro se iluminó al oír esas palabras—. ¿Luego esa desventurada...?

—Esta noche será conducida al Castillo de la Pradera.

—¿Y tú?

—Mañana me trasladaré allí.

Clara se apoderó de una de sus manos, y estrechándosela fuertemente le preguntó con voz alterada por una emoción que Carpi no alcanzó a comprender:

—¿Estás satisfecho, Rodolfo, de haber logrado salvar esa vida?

—Lo estoy— murmuró él bajando los ojos.

—¿Seguirás conduciéndote respecto a esa mujer de acuerdo con los dictados de la piedad?

—No lo dudes.

—¡Oh, si eso haces, Dios te premiará, Rodolfo!

Carpi se dejó caer en un sillón. Diríase que aquel tema le molestaba, y para evadirse de él, dijo:

—Cenarás en mi compañía, ¿verdad? Estoy solo, y temo que la noche se me haga terriblemente larga.

—Lo siento—contestó ella—, pero sé que Lisandri ha prometido a Alcira venir a verla, y no quisiera que me encontrase aquí. Ya te dije esta mañana que debemos ponernos a cubierto de toda sospecha para que nuestra buena obra no se malogre.

Carpi no contestó. Gacha la cabeza, parecía entretenido en contemplar sus brillantes zapatos de charol.

—Adiós, Rodolfo—siguió ella, inclinándose sobre él para darle un beso en la frente—. Me voy. Es posible que no volvamos a vernos hasta que regreses del Castillo de la

Pradera. Procura obrar de modo que cuando nos encontremos de nuevo tu conciencia no tenga que reprocharte nada.

Salió sin que Carpi levantase la cabeza para mirarla. Permaneció aún un buen rato en aquella posición, fijos los ojos en su calzado, y de pronto, como si hubiese tomado una resolución, se puso de pie, se ajustó el monóculo y murmuró:

—Si no lo hiciera, sería un tonto de remate. Después de todo, ¿no es "ella" una mujer como todas las demás?

—Sire—dijo en aquel instante desde la puerta una voz respetuosa—, la cena está servida.

Rodolfo se volvió hacia el que hablaba.

—La cena...—balbuceó con acento extraviado—. Espera... ¡No, no! No quiero cenar. Tráeme más bien la jeringuilla con morfina...






## CAPITULO LXXXIV

### La comedia tiene un final que Rodolfo no esperaba

ERA aquello el despertar de un sueño, o era que comenzaba a soñar? ¿Salía de una horrible pesadilla para entrar en la realidad, o salía de la realidad para sumergirse en una brillante pesadilla?

María Teresa paseaba en torno suyo sus ojos desmesuradamente abiertos, sin acertar a explicarse lo que veía.

Estaba tendida sobre cojines de brocado dispersos encima de un amplio lecho turco. A su izquierda tenía la pared, delicadamente tapizada; a su derecha se extendía la fantástica estancia con sus esbeltas vitrinas doradas que encerraban objetos preciosos tallados en oro y en plata, armas exóticas con incrustaciones de pedrerías; por el suelo, muchos, muchos cojines, taburetes en los rincones, y sobre los taburetes, frascos de metales preciosos, juegos de té y un narguilé digno de figurar en el palacio del Sha de Persia.

Cerró los ojos como para escapar de aquella visión fantástica, imposible, que la subyugaba, y al abrirlos al cabo de

unos minutos, se encontró en el mismo lugar, frente a los mismos objetos maravillosos, aspirando el suave olor a ámbar que impregnaba aquella estancia encantada. ¡Ah! No podía dudar: ella era "ella", sí, María Teresa, y era verdad cuanto a sus ojos se ofrecía.

Pero... Y he aquí que acudió a su mente el siniestro antro de los suplicios; la rueda, el potro, los instrumentos de tortura colgados de las paredes. Lisandri, sus esbirros... ¡Genoveva!

Horrorizada, lanzó un débil grito y se incorporó sobre el lecho turco, entre los cojines de brocado. Entonces advirtió que estaba casi desnuda. La camisa y unos jirones de su blusa velaban apenas las partes más íntimas de su cuerpo. Trató de recordar: la rueda sobre la cual la habían atado giraba y giraba vertiginosamente. El verdugo enarbolaba la terrible barra de hierro, dispuesto a comenzar su sanguinaria tarea. Ella había cerrado los ojos pensando en su hija; pensó en Oscar Luis, se dirigió suplicante a Dios, y de pronto, una campana vibró en el silencio siniestro del antro. Todos se estremecieron; pero ella no abrió los ojos. La rueda seguía girando, girando, y la campana volvió a vibrar por segunda vez. De pronto, como en sueños, oyó una voz: "Conozco a las mujeres, querido. Hoy he reflexionado sobre el carácter que todos vosotros atribuís a..." ¡Qué acento tan extraño el de aquella voz! María Teresa dejó de oírla casi al instante, pero percibía un débil cuchicheo. Después vió moverse en torno suyo como una sombra... Ella tenía los ojos entornados, pero no obstante, veía cómo aquella sombra se aproximaba a la rueda, cómo estiraba el cuello para ver. La invadió una angustia inexplicable, sintió que le faltaba el aire para respirar, que su corazón se paralizaba, y se quedó como muerta.

Más tarde, medio despierta, medio dormida, tuvo la impresión de que varios hombres la llevaban a través de las bóvedas negras y de pronto desembocaban en un vestíbulo amplio, sombrío, que no le era del todo desconocido. Tem-

blaba de frío, y al atravesar aquel vestíbulo, alguien le arrojó una capa encima para cubrir su desnudez, para que no tiritase. Volvió a quedarse como muerta, y ya no recordaba más hasta el presente instante en que abría definitivamente los ojos.

La capa que recordaba le habían arrojado al pasar por aquel vestíbulo yacía en el suelo, a los pies del lecho turco. Llevada por un impulso de pudor, se inclinó para recogerla y cubrirse con ella, y ya tenía en las manos aquella prenda burda, cuando se quedó como paralizada de miedo al ver abrirse una puerta y avanzar hacia ella a una mujer bonita, vestida de negro y luciendo una cofia y un delantal de encajes blancos.

A dos pasos de María Teresa, la recién llegada se detuvo, y sonriendo amablemente, la saludó con una reverencia.

La joven la miraba atónita, sin comprender.

—Señorita—dijo en seguida aquella mujer con gran respeto—, cuando queráis podéis pasar al cuarto de baño. Vuestra ropa está preparada.

¡Pasar al cuarto de baño! ¡Su ropa preparada! ¿Bromeaba aquella mujer que la había saludado como a una gran dama con una reverencia? ¿Qué ropa, si ella no tenía más ropa que la que llevaba puesta?

—No os comprendo—balbuceó—. Sin duda os habéis confundido, señora. No creo que mis enemigos hayan determinado usar conmigo de tantas atenciones.

—Quien se confunde sois vos, señorita—contestó la mujer desplegando ante la joven la más amable de las sonrisas—. Las instrucciones que he recibido son bien claras, y cuando se toman con vos tales disposiciones, es porque sois muy digna de ellas.

—¡Yo digna de...!—exclamó María Teresa en el colmo de su estupefacción—. Pero, ¿qué disposiciones, señora? ¿Quién os ha dicho que me preparaseis ropas? ¿Quién os ha mandado disponer un baño para mí?

La mujer se asombró ante el estupor de María Teresa.

—¿Es posible que no lo sepáis?—inquirió.

—No sé nada, os lo juro. Acabo de abrir los ojos y me encuentro en esta estancia que parece pertenecer a uno de esos palacios encantados de "Las mil y una noches". En seguida aparecéis vos y me habláis de tomar un baño y de que tengo ropas preparadas... Comprended mi asombro, señora. Hacedme el favor de explicaros.

—Yo no puedo deciros más que anoche fuisteis traída a este castillo, que se os dejó sobre este lecho turco, cubierta con una capa ordinaria, la que tenéis en las manos en este momento, y que toda la servidumbre hemos recibido órdenes de serviros, agasajaros y poner a vuestra disposición lo mejor que aquí existe.

—Pero, ¿qué castillo es éste? Comencemos por eso, buena mujer.

—El real Castillo de la Pradera.

—¡Oh! ¿Y quién os ha dado las órdenes a que aludís?

—Emisarios del rey.

—¡Del rey!—exclamó María Teresa.

—Sí, señorita.

—¿Se trata del legítimo Oscar Luis I?

—¿Cómo del legítimo?—preguntó con extrañeza la doncella—. Que yo sepa, no hay en Istralia más que un rey llamado Oscar Luis, y ese es el que nos gobierna y el que os ha hecho conducir aquí.

—¡Gran Dios!

Y después de lanzar esta exclamación, el rostro de María Teresa se ensombreció.

—Diríase que acabáis de sufrir un desencanto—observó la doncella mirando con atención a la joven.

—No sé...—murmuró turbada María Teresa—. Pero decidme, ¿con qué objeto me ha hecho el rey conducir a este sitio?

—Lo ignoro, señorita.

—¿Qué otras órdenes os han dado respecto a mí?

—Cumplir todas las vuestras al pie de la letra.

—¿De manera que se me dejará aquí en libertad?

—Tenéis libertad para recorrer todo el castillo, instalaros donde os plazca y pasear por el parque.

—¿Y para alejarme de estos lugares? ¿Y para volver a San Francisco?

—No puedo contestar a esas preguntas, señorita. Tal vez el señor Zamus pueda deciros algo.

—¿Quién es el señor Zamus?

—El jefe de la servidumbre del castillo.

—¡Ah!

Y María Teresa volvió a sumergirse en sus meditaciones. Cuanto acababa de oír no había hecho más que aumentar su asombro.

—¿Os decidís, señorita, a tomar el baño?—se atrevió a preguntar la doncella con todo respeto, pasado un rato de silencio.

—Vamos—dijo María Teresa poniéndose de pie.

Pero sus piernas temblaban, impidiéndole sostenerse en esa posición. Advirtiéndolo, la doncella fué en su ayuda, la envolvió en la burda capa y le dijo, pasándole un brazo por el talle:

—Apoyaos en mí, señorita. Estáis muy débil; pero después del baño tomaréis alimentos que os devolverán las fuerzas perdidas.

¡El baño! María Teresa volvió a creer que soñaba al encontrarse en aquella deslumbrante habitación revestida de mármol blanco, en cuya amplia piscina habían sumergido varias reinas sus cuerpos perfumados. Después de bañarse, la doncella enjugó su hermoso cuerpo con una amplia y fina toalla y la invitó a pasar a una habitación inmediata, un magnífico cuarto de vestir, donde tenía preparada la ropa que la joven debía ponerse aquella mañana. Terminada su "toi-

lette", cuando la doncella le presentó un espejo para que se mirase en él, le costó trabajo reconocerse. Estaba bellísima con sus cabellos peinados con todo esmero, aquel vestido de color malva, de una elegancia exquisita, y con aquel collar y aquellos pendientes de perlas legítimas que armonizaban con la blancura nítida de su carne. Entonces pensó en Oscar Luis, el pobre monarca fugitivo, en su hija, devorada por el mar, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Deseáis que el desayuno os sea servido aquí, o preferís pasar al comedor?

María Teresa contestó con un leve encogimiento de hombros, que la doncella interpretó como una señal de que no quería moverse de allí, y salió para hacer que el desayuno le fuese servido en aquel lugar.

Al volver, un rato después, la encontró llorando.

—¿Qué tenéis, señorita?—le preguntó conmovida—. No comprendo vuestra pena cuando os sobran motivos para estar contenta.

La mártir la miró sorprendida a través de sus lágrimas.

—Bien se advierte—murmuró—que ignoráis todo lo inmensa que es mi desgracia.

—¿Desgraciada, y Zamus acaba de decirme que el rey os ha salvado la vida y que está decidido a protegeros? Es raro. por lo demás, Zamus tiene noticias de que su majestad llegará dentro de breves instantes a este castillo, y todos presumimos que viene a interesarse por vos... Vamos, serenaos y tomad vuestro desayuno. Procurad que cuando su majestad llegue os encuentre más animada.

¡Ah! ¿Luego debía su vida al falso rey? ¿El falso rey, que iba a llegar de un momento a otro a interesarse por ella?... Estas noticias no hacían más que llenar de confusión el ánimo de María Teresa. Si todo aquello era verdad, ¡terrible situación la suya! Tener que mostrarse agradecida al hombre que había usurpado el trono de su amado, al tirano que ella odiaba con todas las fuerzas de su alma, por lo mismo que

tenía gran parte de culpa en su desgracia y en la suerte trágica de Oscar Luis...

* * *

—¡Señorita, el rey!

Y la doncella que le había traído esta noticia salió corriendo de la habitación donde se encontraba María Teresa.

La mártir no pudo evitar un estremecimiento de todo su ser. Luego, casi inmediatamente, recobró la calma. ¿Qué podía temer ella, después de todo, de aquel hombre, de aquel enemigo? Si venía a amenazarla, se encogería de hombros, no le importaba morir. Más había sufrido en las garras de Lisandri, para temblar ahora en presencia del substituto de su Oscar Luis. Lo aguardaría serena, impasible.

Pero al rato volvió la doncella.

—Señorita, su majestad desea veros. ¿Tenéis algún inconveniente en recibirle aquí?

—El rey está en su casa—contestó María Teresa—. El sabe que puede hacer cuanto le plazca.

La doncella se sorprendió al escuchar estas palabras, y después de titubear un instante, hizo una reverencia ante la joven y se alejó de nuevo.

María Teresa, que se hallaba sentada en un diván, se levantó para aproximarse a una ventana por la cual entraba a raudales el brillante sol de Mayo. Ante sus ojos vió extenderse un parque extenso y magnífico; distinguió estatuas entre la arboleda y vió elevarse al espacio los chorros cristalinos de varios surtidores. ¡Desventurado Oscar Luis, que no había llegado a disfrutar como rey de aquella hermosa posesión del patrimonio real! Este pensamiento le oprimió el corazón, y volvieron a ocupar su mente los desgarradores recuerdos que casi nunca le abandonaban.

De pronto tuvo un estremecimiento. Alguien acababa de entrar en aquella estancia. Fijó su atención en el cortinaje de la puerta, que se movía aún, y vió avanzar a un hombre

joven, de rostro rasurado y cabellos negros, vestido con un uniforme militar. Le miró anhelante, a punto de lanzar un grito. ¡Se parecía tanto a Oscar Luis aquel hombre!... ¡Ah! Pero aquel monóculo que brillaba en su ojo derecho, y que daba a su fisonomía un aire de insolencia y de ridiculez al mismo tiempo, modificaba considerablemente el parecido que entre ellos pudiese existir. Aquel cristal ponía de relieve la personalidad fatua del substituto del legítimo soberano, y Carpi solía ponérselo siempre que premeditaba una conquista, creyéndolo un complemento indispensable de la elegancia de su persona.

No quiso acercarse mucho a la joven; la luz del sol matinal hubiera herido sus pupilas y puesto de manifiesto la acentuada palidez de su semblante.

A cuatro pasos de ella se detuvo, la saludó con una galante inclinación de cabeza, y dijo:

—No creo sea necesario que me presente para que sepáis quién soy; pero lo que seguramente ignoráis es a lo que vengo.

María Teresa recobró su aplomo ante aquel farsante, y replicó:

—Estoy ansiosa por conocer los motivos que os han determinado a hacerme conducir a este sitio. ¿Venís a revelármelos, acaso?

—Es bien sencillo todo—murmuró Rodolfo esbozando una sonrisa mientras observaba a la joven con una mirada un tanto impertinente—. Estáis aquí porque yo he querido reparar una gran injusticia.

—¿Qué injusticia?

—La que se estaba cometiendo con vos.

María Teresa guardó silencio bajando los ojos.

—Lisandri—continuó Rodolfo—, a fuerza de mostrarse severo, raya algunas veces en lo cruel. Al tener yo conocimiento del castigo brutal que pensaba imponeros, me apiadé de vuestra suerte y resolví impedir que perecieseis en sus ma-

nos. En realidad, si bien habíais asumido contra nosotros una actitud demasiado agresiva, la pena que quería imponeros el conde era muy superior a vuestra falta. Y anoche me precipité en su castillo, descendí a sus siniestros subterráneos y llegué a tiempo de libraros del más bárbaro y humillante de los suplicios. Mis ojos os vieron amarrada a la rueda; si hubiese tardado tres minutos más en acudir en vuestra ayuda, hubiera llegado tarde.

Este discurso, pronunciado con tono enfático al principio y rematado con una sonrisa casi burlona, no consiguió arrancar a María Teresa de su silencio. Sin parar su atención en él, Rodolfo prosiguió, después de ajustarse el monóculo que un rayo de sol desviado de los demás que entraban por la ventana, hacía centellear como si fuese un enorme brillante:

—No podéis imaginar la emoción que experimenté al veros en tan terrible trance. Conmovido, reproché a Lisandri su conducta y di orden de que se os condujese a este castillo, donde a fuerza de atenciones y cuidados, espero llegaréis a olvidar todas las amarguras por que habéis pasado y que por cierto estabais lejos de merecer.

—Os lo agradezco—murmuró María Teresa sombríamente—; pero, ya que sois tan generoso, ¿por qué no fijáis vuestra atención en otros seres desdichados que sufren más que yo y son objeto de mayores injusticias que las que han caído sobre mí?

Carpi hizo una mueca de desagrado.

—¿A quiénes os referís?—preguntó.

—En primer lugar, al rey, al verdadero rey, vuestra víctima...

—¡Ah!—exclamó Rodolfo, cuyo rostro se había obscurecido—. Podéis creer que no me han faltado deseos de reparar esa otra... injusticia; pero ya no puedo; ahora es imposible.

—¿Por qué?—preguntó ella con ansiedad.

—Es tarde.

—¡Tarde!—Y al pronunciar esta palabra, ella se estremeció—. ¿Qué sabéis vos?

Carpi mintió:

—¡El rey ha muerto!

—¡Muerto! ¡Muerto!—repitió María Teresa con eco sollozante, retorciendo desesperadamente sus manos—. ¡Muerto mi Oscar Luis! ¡Qué terrible desgracia, Dios mío! ¡Qué espantosa desgracia!

Calló bruscamente, y después de mirar a Carpi con ojos que maldecían, inquirió:

—¿Cuándo, cuándo ha muerto?

—Hace dos meses, en Berlín—murmuró Rodolfo recordando la fracasada obra de Lisandri.

—¡Asesinado!—gritó María Teresa, trágica en su sorda desesperación.

Rodolfo guardó silencio, cohibido ante aquella tremenda explosión de dolor.

—¡Pobre, desventurado amor mío!—siguió la mártir con acento que parecía brotar a través de las horribles desgarraduras de su alma—. ¡Cuánto debe haber padecido!... Pero, ahora que recuerdo, él no estaba solo. ¿Y sus amigos? ¿Qué ha sido de sus amigos?

Y pronunció los nombres de ellos: Montespín y Canevari.

—Muertos...—murmuró Rodolfo como un eco de la voz de María Teresa.

—Quedaba su madre. ¿Qué ha sido de su madre?

—Muerta también.

—¡Muerta! ¡Muertos! ¡Cuántos cadáveres! ¡Cuántos horrores! Todos desaparecidos, todos, todos. Mi hija arrojada al mar; Genoveva, que habrá muerto también a estas horas en el fondo de aquel subterráneo siniestro. ¡Gran Dios! Yo soy la única que sobrevive en medio de esa matanza espantosa. ¿Por qué no habré caído somo ellos? ¿Por qué no habré seguido la suerte de mi pobre Luisita y de mi amado Oscar Luis?

—Porque no lo merecéis — respondió Rodolfo, temiendo que la desesperación que poseía a aquella infeliz degenerase en demencia—. Calmaos.

Pero ella prosiguió, avanzando hacia él, con las manos en la cabeza y los ojos desorbitados:

—No lo merezco. ¿Decís que no lo merezco? ¿Y acaso merecían ellos el fin que han tenido?

—No, tampoco—balbuceó Rodolfo dando un paso atrás.

—Entonces, entonces..., si no lo merecían, si reconocéis que no lo merecían, ¿por qué los habéis asesinado? Contestad.

—Yo no he tomado parte alguna en sus muertes—dijo Carpi turbado, temeroso—. El crimen me ha repugnado siempre; pero no he podido intervenir a tiempo en favor de esos desgraciados.

—¡Tampoco debíais haber intervenido en mi favor! ¿Para qué quiero ya la vida? ¡Oh! ¡Yo no debo sobrevivir a esos seres desgraciados!

—Estáis en un error—contestó Carpi volviendo a su papel—. Vivid, sois joven, sois hermosa. Olvidad el pasado y comenzad una nueva vida.

María Teresa se dejó caer en un sillón, y después de emitir una especie de lamento, dijo, apretándose las sienes con ambas manos:

—¿Olvidar? ¿Comenzar una nueva vida? ¡Eso es aconsejarme un sacrilegio! Son demasiado fuertes y sagrados los lazos que me unen al pasado para que yo pueda romperlos, para que yo me atreva a intentarlo siquiera... Vos, que no os parecéis a esos monstruos que os han encaramado sobre un trono usurpado, comprended mi dolor, haceos cargo de mi desgarradora suerte.

Carpi se sentó en otro sillón, frente a ella, y respondió:

—No merecéis la muerte, María Teresa, y por lo mismo que no la merecéis, vivid, mirad el porvenir serenamente. La inmensa injusticia que ensombrecía vuestra juventud ha sido

destruída por mí. No volváis jamás la vista a vuestro pasado, lleno de sombras. Ante vuestra juventud se abre un futuro luminoso, espléndido; lanzaos por él, volved a vivir... Puede ser que ahora encontréis la felicidad que en vano habéis buscado hasta hoy.

Ella movió la cabeza con desesperación.

—¡Imposible, imposible! Dejadme, abandonadme. ¡No os intereséis por mi dolor, os lo suplico!

El acercó más su sillón al de ella y trató de apoderarse de una de sus manos.

—¡No, María Teresa, no! Os hemos hecho demasiado mal para que yo os abandone. Quiero merecer vuestro perdón, quiero probaros que siento tanto como vos vuestra desgracia y que en repararla estriba el mayor anhelo de mi vida.

Ella le miró sorprendida por sus palabras, sin darse cuenta de que una de sus manos estaba ya entre las de Rodolfo. De súbito se puso de pie.

—Dejadme marchar—dijo—. Os agradezco vuestros buenos propósitos, pero para mí sois un enemigo, ocupáis el sitio usurpado al hombre que amaba y amo con todas las fuerzas de mi corazón...

—No cometeré la locura de dejaros ir. Este castillo será vuestro, viviréis en él como una reina, y yo seré vuestro amigo, procuraré consolaros de todos vuestros pesares, distraeros, hacerme agradable a vos. No soy tan culpable como vos me creéis. Más bien soy una víctima de los que usurparon el trono, de los que dieron muerte al rey y a su augusta madre.

—¡Una víctima!—exclamó María Teresa—. ¿Vos una víctima?

—¿Lo dudáis?

—Vuestra conducta me obliga a ello.

—¿Qué podéis reprocharme?

—Sois el principal protagonista de esa comedia espantosa que se está representando desde la noche de la coronación del rey en el trono de Istralia.

—¿El principal protagonista? Os engañáis, María Teresa, como se engaña el pueblo todo al atribuirme todas esas crueldades de que se le hace víctima en mi nombre. Mi papel en esa comedia horrorosa a la que os referís es como el de esos comparsas que se limitan a desfilar por el escenario sin pronunciar una palabra, sin hacer un gesto, sin otra misión que la de contribuir a dar visos de realidad al cuadro o a la escena que se representa.

—¿Y por qué os prestáis a ello? ¿Por qué sois un comparsa?

—Porque me obligan.

—¿Es posible?

—Debéis creerlo, María Teresa.

—Pero, ¿no sabéis que en vos se apoya toda la obra sangrienta de esos canallas?

—Lo sé, pero no puedo evadirme del papel que me han señalado. Intentarlo sería exponerme a perder la vida. Soy un esclavo de Lisandri.

Ella replicó exaltándose y retirando su mano de entre las de aquel comediante:

—No debíais cuidar tanto vuestra vida cuando sabéis que de ella depende la salvación de todos vuestros compatriotas. Sacrificadla de una vez y os haréis digno del agradecimiento de todos los istralianos.

—Mi sacrificio sería vano, María Teresa; no daría resultado alguno.

—La comedia acabaría.

—Sí; pero un dictador substituiría al falso rey, e Istralia tendría que lamentar males peores. El camino a seguir es otro; pero para llegar a buen fin necesito que viváis, necesito que me ayudéis.

—¿Qué propósitos abrigáis?

—Apresar a Lisandri, a Alcira, a Novelli, aprovechando mi autoridad de rey, y después, apoyándome en vuestro testimonio, dar cuenta al país de todo lo ocurrido con el trono.

—Pero, ¿cómo realizar vuestro plan si sois un esclavo de Lisandri, del barón Novelli y de Alcira de Serajev?

—Todo es cuestión de esperar para ello un momento propicio. Permaneciendo aquí, ese momento puede presentárseme pronto. Todo se reducirá a llamar a mi lado a dos o tres generales en quienes pueda confiar, presentarles quejas contra Lisandri y contra el barón Novelli y ordenarles que los arresten. Los generales no se atreverán a discutir mi autoridad de monarca, y el éxito de su misión depende de que consigan atrapar desprevenidos a esos dos miserables. En lo que respecta a Alcira, nos costará menos trabajo apresarla.

Y Carpi, a quien su imaginación ayudaba a las mil maravillas a representar su papel, preguntó, viendo que María Teresa guardaba silencio, como si meditara en torno a las palabras que acababa de oír:

—¿Qué os parece mi plan? Decidme sinceramente lo que pensáis de él.

—Lo encuentro digno de un gran corazón—murmuró ella sin levantar los ojos.

—¡Ah!... ¿Me ayudaréis a llevarlo a la práctica?

—Tratándose de vengar a tantos seres queridos, contad conmigo.

Y sus ojos brillaron de un modo singular.

—Bien—dijo Rodolfo—. Veo que os he convencido, y creedme, soy feliz. Ahora permitid que me retire; un rey, aunque no lo sea más que en apariencia, no es bien mirado si permanece mucho tiempo en compañía de una persona sin títulos ni pergaminos. Un concepto tan absurdo como ridículo de la personalidad real, amiga mía, pero al que no tengo más remedio que someterme si quiero que mi plan lleve camino de realizarse alguna vez. Adiós, volveré a veros tan pronto comprenda que puedo hacerlo sin despertar enojosas murmuraciones.

—Adiós—le contestó María Teresa—. Y no olvidéis cuál es vuestro deber de istraliano.

Después de salir del hondo abatimiento en que había caído al quedar sola, María Teresa reflexionó, tratando de recordar todo lo hablado con el falso monarca.

La revelación que acababa de hacerle aquel hombre revestía para ella, enemiga mortal de los usurpadores del trono que debía ocupar su amado Oscar Luis, asesinado en Berlín, según manifestación de Rodolfo, una importancia trascendental. Aquellas declaraciones y la actitud que aquel hombre pensaba asumir eran de un valor supremo para María Teresa y para la suerte de Istralia; pero, sin embargo, ¿por qué no la impresionaban todo lo que debieran? ¿Por qué, después de aquella larga conversación, en la que había descubierto a un amigo animado de los mismos deseos que ella había acariciado hasta aquel instante, no se sentía más atada a la vida que quería abandonar? ¿Por qué no sentía vibrar en lo hondo de su ser la necesidad de la venganza, cuya oportunidad de realización le brindaba aquel hombre? ¿Era que se había adormecido su sensibilidad?

María Teresa entornaba los ojos y volvía a ver a Carpi, sentado frente a ella, con su monóculo centelleante sobre el ojo derecho, su faz pálida, su mirar hipócrita, y aquella figura híbrida de calavera era en su espíritu un mentís rotundo a todas sus afirmaciones. No, no podía creer en él; se esforzaba en retener sus palabras, pero éstas se le escurrían, se desvanecían, y en su mente no quedaba más recuerdo de aquella conversación con Rodolfo que el del brillo insolente de su monóculo.

—Pero ha calumniado a sus cómplices—se decía—. Se ha atrevido a acusarlos. ¿Qué saldría ganando con engañarme? ¿No me tiene acaso en su poder? ¿Mi vida no está en sus manos?

Pero a pesar de estas reflexiones, no podía creer, no creía. Rodolfo, como esos autores que para reforzar ciertas escenas ponen en labios de sus personajes frases detonantes, no conseguía convencerla. Como los espectadores, pasado el efec-

to de esas frases, descubría el engaño. Y había como una voz en su espíritu que parecía decirle: "No te fíes de él. ¡Cuidado!"

* * *

Al día siguiente, por la tarde, Federico Lisandri llegó en automóvil al Castillo de la Pradera. Rodolfo, que acababa de regresar de un paseo a caballo por los alrededores de la extensa posesión, acompañado de su ayudante de campo, le recibió en sus regias habitaciones.

—Y bien—le dijo el conde con cierta ironía, mientras se atusaba su bigotillo rubio—. ¿Has progresado algo en tu tarea de domesticar a esa ave silvestre?

—Hube de representar toda una comedia, que me hubiera envidiado Barbucle, nuestro gran primer actor; pero al fin he logrado inclinarla a mi causa. Yo te aseguro, y no lo tomes a risa, Federico, que antes que caduque el plazo que me has concedido, esa mujer, no sólo me pertenecerá por entero, sino que le habré arrancado también los nombres de todos los que fueron sus cómplices.

—Si tal cosa logras—dijo Lisandri, ya en tono más serio—, tendré que reconocer que eres un hombre hábil y astuto y que puedo fiarme de ti más de lo que siempre he creído.

—El tiempo me dará la razón—dijo Rodolfo—. Y en San Francisco, ¿se han producido novedades de interés?

—Calma absoluta—contestó Lisandri.

—¿Y los huéspedes de los Dominicos?

—En la misma situación.

—¿Podrán resistir mucho tiempo?

—No sé de qué cantidad de víveres dispondrán esos religiosos; pero, de todos modos, no creo que sus provisiones les alcancen para sostenerse quince días.

—¿Y el pueblo?

—Guarda la debida compostura.

—¿Sigue Calveti sujeto a vigilancia?

—Se le vigila más que nunca.

—¿Sospechas?

—Hasta el presente no se ha observado ninguna variación en su vida. No recibe visitas, no sale de su casa...

—¿Mejora Rianko de su herida?

—Muy lentamente; aún no está fuera de peligro.

—Hablando con María Teresa se asombra uno de que esa mujer pueda haber sido capaz de llevar su audacia hasta el extremo de atentar contra la vida de Rianko en su mismo despacho.

—Abre bien los ojos. Vive prevenido. Siempre me ha llamado la atención su fuerza de voluntad.

—En lo que respecta a mi trato con ella, puedes estar tranquilo—contestó Rodolfo con una sonrisa de superioridad—. La he estudiado demasiado bien para saber cómo debo conducirme.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al cerrar la noche partió Lisandri del Castillo de la Pradera para regresar a San Francisco.

Rodolfo se hizo anunciar a María Teresa. Encontró a la joven sentada en un rincón de la estancia donde había tenido lugar su primera entrevista, sombría, meditativa.

—¿No habéis conseguido aún desprenderos de todas vuestras penas?—le preguntó tomando asiento cerca de ella—. Ya es hora de que comencéis a cuidaros de vuestro futuro.

—¿Mi futuro?—Y la sin ventura sonrió tristemente, desesperadamente—. Mi futuro no rebasará del día en que creáis llegado el momento de utilizar de mi testimonio. Después iré a reunirme con mis muertos queridos, cuyas sombras me acompañan siempre.

—¿Habéis salido hoy a dar un paseo por el parque?

—No; sufro demasiado para pensar en eso.

—Me dais pena, María Teresa. No es justo que vuestra

juventud se vea oprimida por tanto dolor. ¿Qué podría hacer yo para distraeros?

—Nada, no penséis en mí.

—Estáis bajo mi protección; tengo el deber de restituiros la felicidad que, con mi involuntaria ayuda, han logrado quitaros aquellos canallas.

—No penséis en eso. No tengo otra esperanza que la de ver vengados a los seres que amo, y después ir a reunirme con ellos. No os esforcéis por volverme a una existencia que ya no es posible para mí.

Carpi no lograba convencerla, no lograba hacer llegar a aquella alma enlutada el más leve fulgor de optimismo. Y, cosa extraña, él, conquistador obstinado, insensible siempre a toda súplica, se sentía desarmado ante el dolor hondo de aquella mujer y había de recoger sus armas y alejarse de ella ganado el ánimo por una tristeza que no se explicaba y sintiendo bullir en su conciencia extraños y lacerantes remodimientos.

Esta situación le exasperaba.

Transcurrieron otros dos días sin que pudiese avanzar un solo paso hacia la conquista de aquella alma presa en las garras del más acerbo de los dolores. Todo cuanto ideaba para salvar aquella barrera de terrible sufrimiento moral que aislaba a María Teresa, fracasaba al ponerlo en práctica, Y para justificar aquella situación extraña en que se encontraba con respecto a ella, se veía obligado a seguir inventando mentiras tras mentiras.

Queriendo conservar el ánimo sereno para poder luchar con más ventaja, se había abstenido hasta entonces de drogas y alcoholes. Pero la noche del sexto día de su permanencia en el Castillo de la Pradera, decepcionado ante la inutilidad de sus esfuerzos, trató de aplacar con morfina su terrible malhumor.

Media noche sería, cuando comenzaron a pasar los efectos de la droga. Rodolfo se encontró tendido en un diván del

salón de fumar, en la penumbra verdosa de una lámpara de pantalla verde. Desencajado el rostro, extraviados los ojos, pegados los cabellos a las sienes por un sudor copioso, trató de incorporarse.

Una sonrisa estúpida manchaba la lividez de momia de su cara.

De pronto se puso de pie, y tambaleándose como un borracho, avanzó hacia la puerta. ¿Iba acaso en persecución de una de las lúbricas visiones con que le había obsequiado la droga? En el castillo reinaba un silencio profundo, y él avanzaba en medio de aquella quietud atravesando salas llenas de tinieblas, pasillos y galerías débilmente iluminados, sin producir el menor ruido, sin tropezar, a pesar de su paso inseguro y de su vista extraviada.

En una galería, un centinela salió a su encuentro; pero al reconocerle se detuvo y presentó armas.

—¿Qué haces aquí, bestia?—exclamó el falso monarca con lengua torpe, de ebrio—. ¡Retírate!

El soldado se dió prisa en desaparecer, y Carpi siguió su camino, tambaleándose siempre, llevando en sus labios la misma sonrisa inexpresiva, de demente.

Empujó una puerta, y una doncella se alejó ante él, se desvaneció con su uniforme negro y blanco tras las pesadas colgaduras de aquella estancia sumida en la penumbra. El continuaba avanzando siempre. Levantó un cortinaje, luego otro; atravesó un vasto salón con hermosas pinturas en las paredes, y de pronto, en la puerta de un gabinete pequeño, recatado, coquetón, se detuvo titubeando.

La sombra de una silueta femenina se recortaba en la pared, a un lado de la chimenea de jaspe... En la penumbra, Carpi creyó advertir un estremecimiento en aquella sombra. Se adelantó. En su faz se había extendido su sonrisa de idiota; sus ojos brillaban de un modo extraño, inquietante... Escuchó ante él el rumor de una silla que se apartaba, vió sur-

gir a una mujer. Inconscientemente, sin detenerse, abrió los brazos.

La voz de María Teresa, velada por la indignación, sonó enérgica:

—¿Cómo os permitís entrar aquí a estas horas? ¿Qué os proponéis?

—No temas—respondió Rodolfo con voz débil—. ¿No somos grandes amigos? ¿No eres tú hermosa? Nos entenderemos perfectamente.

Los ojos glaucos de la amada de Oscar Luis centellearon; lo había adivinado todo, y gritó:

—¡Atrás! ¡Atrás, si tenéis un poco de vergüenza!

El se detuvo, pero fué sólo un instante; luego siguió avanzando hacia ella.

—Te he vuelto a ver—murmuraba—allá, sobre la rueda... La luz amarillenta del farol manchaba tus carnes blancas como el mármol de Carrara, puras como pétalos de rosa. Yo soy quien ha salvado esas carnes maravillosas de que fueran pasto de los gusanos. ¿No merezco nada por lo que he hecho en tu favor?

—¡Atrás!—repitió ella con más energía, retrocediendo—. ¡Marchaos!

Pero Carpi continuó sin parecer oírla:

—Sin embargo, todo está claro. Tu cuerpo iba a ser destruído; yo lo he salvado de la destrucción; yo he impedido que se lo comieran los gusanos en la fosa común del cementerio, y vivo e intacto lo he hecho conducir aquí; mandé que lo alhajaran; mandé que lo perfumaran. En justicia, ¿quién tiene ahora derecho a gozar de él?... ¡Te amo! ¿No te habías percatado de ello, paloma mía? Acabo de tener una gran idea: estás en el umbral de una vida nueva; pero no podrás entrar en ella si no es guiada por mi amor.

—Pero, ¿queréis salir?

—¿Irme? ¡Je, je, je! ¿Por qué había de irme? Vamos, no seas tonta, hermosa mía; no finjas... No soy un niño, afortu-

nadamente. ¡Conozco a las mujeres! ¡Je, je, je! Todas hacen lo mismo: un poco de resistencia al principio, escrúpulos, pudor... ¡pudor! ¡Je, je, je! Pero si es la ley de la naturaleza, es la vida, es el amor... No seas tonta, no seas tonta...

—¡Miserable!

Lo rechazó indignada cuando él alargaba las manos para tocarla. Carpi vaciló y tuvo que apoyarse contra la chimenea para no caer.

Se abrió entre ellos un silencio de algunos segundos, durante el cual se cruzaron sus miradas. En seguida Carpi, reponiéndose, volvió a avanzar hacia ella.

—No me parece bien que tomes la cosa tan a lo vivo. ¿Soy yo tan desdeñable? Las mujeres siempre se han disputado mi cariño; tengo seis amantes en la corte. Seis, óyelo bien. Verdad que tú vales más que todas ellas juntas. ¿Pero por eso tienes derecho a rechazarme?

—¡Canalla! ¡Vil!—replicó María Teresa, pálida de ira—. ¿Os alejáis de aquí, o grito para que acudan los criados?

—¿Los criados? ¡Je, je, je! ¿A quién obedecerán los criados sino al rey? ¡Soy el rey, soy quien manda, a pesar de que tú pienses lo contrario!

La perseguía por el gabinete, intentando cogerla, mientras parecía querer devorarla con sus ojos turbios, enrojecidos como dos llagas por la fiebre del deseo.

—¡Sois el más bajo, el más vil de los hombres!... Ahora comprendo que es mentira cuanto me habéis dicho en estos últimos días; ahora descubro el propósito execrable que os indujo a librarme del suplicio de la rueda para hacerme conducir a este lugar. ¡Sois demasiado repugnante para que yo pueda pensar siquiera en obsequiaros con una sonrisa! ¡Y sabed que siempre he dudado de vuestra amistad hipócrita! Lleváis demasiado impresas en el rostro las señales de vuestra relajación, de vuestra infamia, para que podáis engañar a personas honradas. ¡Os odio! ¡Os detesto! ¡Os maldigo!

Y levantó sus puños crispados, como si fuese a agredirle.

El se inmutó.

—Sujeta la lengua, niña. Y nada de amenazas; soy el más fuerte, soy el amo.

—¡Sois un inmundo fantoche!—contestó ella, que no le temía—. ¡Un ladrón, un criminal, un farsante!

Las pupilas rojas de Carpi se inflamaron más, relampaguearon.

—¿Yo todo eso que dices? ¿Yo, que te he salvado la vida? ¡Ingrata!... ¡Espera; voy a tomar por la fuerza lo que no consigo que me otorgues por medio de razones!

Cayó sobre ella con todo el peso de su cuerpo bamboleante y la oprimió entre sus brazos. Aplastada contra la pared, María Teresa no podía rechazarlo ni defenderse. Hubo un momento de sordo y tenaz forcejeo, durante el cual la boca del canalla estuvo varias veces a punto de rozar el rostro de la hermosa y valiente criatura; no hablaban; se oía únicamente el jadeo de sus respiraciones y el crujido de sus huesos... De pronto Rodolfo prorrumpió en un grito de rabia y de dolor.

—¡Maldita! ¡Suelta! ¡Suelta!

Los agudos dientes de María Teresa acababan de clavarse en uno de sus hombros, y mordía, mordía rabiosa, con odio, con saña feroz, como si quisiera arrancarle el pedazo.

Con un esfuerzo desesperado, Carpi consiguió separar de sí a aquella leona enfurecida y la abofeteó. María Teresa crecióse en ferocidad bajo aquel ultraje. Crispada de ira, retrocedió unos pasos. Su vista se había obscurecido; pensó en su hija asesinada; pensó en Genoveva, en la suerte desgarradora del hombre amado, y alargó la diestra hacia un objeto que acababa de ver brillar a su lado. Era un florero de plata; cuando lo tuvo en su mano, avanzó valerosamente al encuentro del miserable a quien la ira parecía haber enloquecido también. Hubo un rápido cambio de miradas; él hizo ademán de abofetearla de nuevo; ella dió un salto y el florero cayó con fuerza sobre el cráneo de su enemigo, que se des-

plomó instantáneamente como fulminado por una descarga eléctrica.

María Teresa miró un instante aquel cuerpo tendido a sus pies; de pronto el espanto pareció agrandar sus ojos; dejó caer el florero con el cual acababa de hacerse justicia y huyó de allí despavorida.

No se detuvo hasta llegar al parque. A nadie había encontrado durante su fuga a través de las salas del castillo. Estaba como ebria, ebria de miedo y de indignación; respiraba agitadamente; el corazón le golpeaba con violencia los lados del pecho. Miró en torno. Nadie tampoco. Un pensamiento brilló en medio del caos de su mente: huir.

Dió algunos pasos por entre los árboles. El frío de la noche calmaba rápidamente su excitación y le devolvía su serenidad. Sí, debía huir, debía alejarse inmediatamente de aquel lugar de depravación y de infamias. ¿Qué dirección seguir? ¿Qué camino tomar? Durante los días que había permanecido allí no se había atrevido a salir de sus habitaciones del castillo; desconocía por completo la región, e ignoraba, por lo tanto, hacia qué rumbo le convenía dirigir sus pasos.

* * *

Caminaba al azar. Pasó al lado de algunos surtidores y de varias estatuas. El parque se prolongaba ante su vista, parecía no tener fin, y ella caminaba, caminaba cada vez más de prisa, sintiendo en su espalda, cubierta solamente por la delgada seda del vestido, el soplo helado del aire nocturno. La noche era bastante clara, el silencio profundo. La humedad de la hierba empapaba el raso de sus zapatos; alguna que otra ramita seca crujía bajo sus pies. Un árbol movido por el viento, la caída de una hoja, le daban miedo, y apresuraba el paso mirando con recelo en torno suyo. De pronto, al cruzar un macizo, hizo alto y sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Una pradera inmensa extendíase ante ella, y en aquella pradera, rodeando el parque de que aún no había salido, María Teresa vió fogatas medio apagadas, formas humanas que se movían en torno a las mismas, bayonetas que brillaban pálidamente a la blanca luz de las estrellas. Era imposible atravesar por entre aquel cordón de soldados sin ser vista y detenida. Reflexionando, retrocedió hasta el centro del macizo.

De pronto, cuando mayor era su pesadumbre, una idea luminosa pasó por su conturbado cerebro. ¿Por qué no llevarla a la práctica? ¿Era valor lo que le faltaba? Ella había sabido dar pruebas de todo lo contrario. ¿Entonces?... Avanzando algunos pasos, recorrió con la mirada la interminable hilera de soldados, y en seguida, volviéndose, se dirigió hacia el castillo.

Al penetrar en él vió a un centinela inmóvil dentro de su garita; luego, en el "hall", a media luz, distinguió a un lacayo que roncaba tendido en un sofá de cuero repujado. Subió por la escalera hasta el primer piso, atravesó varias salas, luego un pasillo, después volvió a perderse en otras salas, y de pronto dió con lo que le interesaba. Una habitación rectangular con las paredes cubiertas de armarios; abrió uno. Numerosos trajes masculinos colgaban en su interior, debidamente ordenados en sus perchas metálicas. María Teresa se apoderó de uno de ellos; era un uniforme militar del falso rey, sin condecoraciones, adornado tan sólo con un gran cordón cruzado sobre el pecho.

Se lo puso sin quitarse su vestido; luego escogió un grueso gabán que hacía juego con aquel uniforme, ocultó cuidadosamente sus rubios cabellos bajo un kepis bordado en oro, y subiéndose el cuello del gabán hasta cubrirse con él el rostro, salió de allí.

Al atravesar el "hall", el lacayo seguía roncando en el mismo sitio. El centinela de la garita hizo un movimiento de sorpresa y le presentó armas. Ella, con paso decidido, avanzó

a través del parque hacia la pradera, y minutos después llegaba frente a los soldados. Entonces aminoró el paso.

Caminaba como distraída; su propósito era dar a entender que era el capricho de dar un paseo a la yerta claridad de las estrellas lo que le llevaba allí.

Hubo un movimiento de atención y de asombro en la fila de los soldados. Después algunos fusiles apuntaron a aquella silueta que avanzaba tranquilamente hacia ellos.

Unos segundos más, y exclamó una voz:

—¡El rey! ¡Firmes!

Los fusiles que apuntaban al paseante nocturno dirigieron su cañón hacia el cielo. Un murmullo extraño recorrió la larga fila, y todos se alinearon presentando armas.

Viendo que iba a pasar por entre la fila, los soldados que ocupaban el sitio por donde comprendían iba a atravesar su majestad, se apartaron respetuosamente. Llegó hasta ellos, sin mirarlos, el supuesto monarca; los soldados se fijaron en su kepis bordado en oro y le vieron después alejarse a paso lento a través de la pradera. En seguida la fila se compuso; un oficial y un sargento se acercaron y sostuvieron un diálogo corto, premioso:

—¿Era él?

—Sí, no podía ser otro.

—¿Le habéis visto la cara?

—No, se la cubría el cuello del abrigo.

—Es extraño que a estas horas...

—Habrá salido a despejar su cabeza con el frío de la noche.

—Estemos alerta para tener tiempo de presentarle armas cuando vuelva a pasar.

* * *

Cuando María Teresa juzgó que se había alejado lo suficiente de los soldados para que éstos no pudieran ya verla, apresuró el paso.

Empleo más de dos horas en atravesar aquella pradera. Después de trasponer una pequeña colina, divisó un caminó flanqueado de trecho en trecho por grupos de árboles. Se puso a andar por él sin saber adónde conducía. No sentía el frío ni el cansancio. ¡Era libre! Se admiraba de haber conseguido escapar con tanta facilidad del castillo donde Carpi había intentado hacerla víctima de su lujuria.

Empezaba a clarear el día cuando se detuvo bruscamente en medio de aquel camino desierto. Algo así como un gemido había partido de entre un grupo de árboles próximos.

Prestó atención.

En efecto: entre aquellos árboles había alguien que se quejaba. María Teresa avanzó con precaución hacia el lugar donde aquel gemido había vuelto a repetirse, y distinguió un cuerpo humano tendido al pie de un árbol.

No tardó en percatarse que se trataba de una mujer.

—¿Qué tenéis? ¿Qué os sucede?—preguntó, inclinándose sobre ella.

La mujer se incorporó. Bajo el pañuelo que cubría su cabeza, María Teresa vió albear un mechón de cabellos blancos.

—Frío, frío...—murmuraba la anciana.

La joven se quitó el grueso abrigo que llevaba y envolvió con él a aquella desventurada.

—Si no es más que frío lo que os tiene postrada, no tardaréis en reaccionar—le dijo.

—¡Ah! ¡Sois una mujer!—exclamó la anciana—. Con esas ropas os había tomado por un hombre... ¡Dios os bendiga vuestro buen corazón! Ya estoy mejor, parece que revivo.

—Pero, ¿qué hacéis en este lugar desierto? ¿De dónde sois?

—Marcho con mi dolor a través de este pobre reino desolado, pidiendo a Dios misericordia para mi hijo... No sé yo misma adónde voy... En cuanto a mi nombre, que no os interese.

Hizo un esfuerzo como para ponerse de pie. María Teresa fué en su ayuda.

—¿Podréis andar?—le preguntó.

—Lo intentaré.

—Mejor sería que reposaseis un instante más. Después trataríamos de encontrar por aquí una casa donde os proporcionasen algún alimento caliente.

—¡Oh!—exclamó la anciana con voz desmayada—. No quiero que os molestéis por mí hasta ese extremo. Os seguiré un trecho para aprovecharme del calor de vuestro abrigo, y cuando salga el sol, os lo devolveré y me separaré de vos para tomar otro camino.

El acento de aquella mujer y la situación en que se encontraba conmovían a María Teresa.

Una vez que se hubo puesto de pie, le ofreció su brazo para poder andar. Salieron de entre los árboles, y ya en el camino, donde la claridad del amanecer había casi disuelto las sombras, los ojos de la joven se detuvieron en el rostro de la anciana y un estremecimiento sacudió su cuerpo.

Ella había visto otra vez aquella cara. Hacía tiempo que llevaba impreso en su mente un semblante como aquél. Sí, no había duda; el que ahora tenía ante sus ojos y el que llevaba grabado en la mente eran uno mismo..., ¡el mismo!

—Habéis temblado—le dijo con extrañeza aquella mujer—. ¿Por qué? ¿Tenéis miedo de mí? ¿Os repugna acaso mi aspecto?

María Teresa se apartó de ella, después se pasó una mano por los ojos.

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró—. Si es ella..., ella.

La anciana insistió:

—¿Qué decís? ¿Qué actitud es la vuestra? ¿Os sorprende algo?

—Señora...—balbuceó María Teresa—. Yo os conozco.

—¡Vos!

Y esta vez fué la anciana la que se estremeció.

—Sí, sí; sois la reina de Istralia, la reina madre, no cabe duda.

—¡Oh! ¿Qué decís?—exclamó la otra, desconcertada—. ¿Estáis segura de no engañaros?

—Os he visto una vez, una sola vez, pero es lo bastante.

—¡Loado sea el Señor! Sois la primera persona que me conoce desde que he caído en desgracia. Mas, ¿quién sois? Alguna víctima de los malvados que usurpan el trono, sin duda. Aguardad; lleváis el uniforme militar del rey... No me explico...

—Soy una víctima, vuestra majestad lo ha dicho. ¡Soy la más desdichada de las víctimas de esos canallas que os han arrojado del trono, que han perdido a vuestro hijo!

—¿Pertenecéis a la corte?

—No, soy una mujer del pueblo.

—¿Cómo habéis logrado entonces penetrar en ese secreto?

Clareaba por momentos el nuevo día; María Teresa se hizo hacia atrás, quitóse el kepis, y sacudiendo sus cabellos de oro, exclamó, dirigiéndose a la soberana:

—¡Miradme, majestad! Es posible que recordéis aún de mí.

La anciana dió un grito.

—¡María Teresa!

Y cayó de rodillas.

* * *

Cuando al día siguiente Rodolfo Carpi recobró el conocimiento, no recordaba nada absolutamente de lo ocurrido en la noche última. Tres médicos llegados de San Francisco en las primeras horas de la mañana rodeaban su lecho.

Zamus, el jefe de la servidumbre del castillo, entró en aquel momento, y después de saludar al rey y a los doctores con profundas reverencias, dijo a éstos últimos:

—Su excelencia el conde Lisandri pide a vuestra majestad le concedáis la gracia de escucharle un instante a solas.

Los médicos dirigieron al falso monarca un saludo respe-

tuoso, que éste no se dignó contestar, y salieron silenciosamente de la alcoba.

Segundos después, Lisandri entraba. Al fijarse en su rostro, Carpi sintió correr un escalofrío por su espinazo.

—¿Qué es lo que ocurre, Federico?—inquirió con acento temeroso.

—¿Es que no lo sabes tú?

—No sé, no recuerdo... Por no decir una barbaridad me abstuve de hablar con esos señores.

—¡Has fracasado del modo más ridículo que se puede imaginar! Esa mujer ya no está aquí.

—¿Quién? ¿María Teresa?—preguntó Carpi, atónito.

—Se ha escapado burlando todas las precauciones que habíamos tomado para impedir su fuga, y tú, sólo tú, tienes la culpa de ello.

—Pero...

—Has obrado con esa mujer como un verdadero necio, y ella se ha burlado de tí, y cuando le ha parecido bien te ha tendido en tierra de un golpe en la cabeza y ha escapado tranquilamente.

—Ya, ya... Comienzo a recordar lo que ha pasado anoche. Esa mujer y el demonio son una misma cosa, Federico. Pero, ¿cómo ha podido escapar si el parque estaba rodeado de soldados?

—Los ha engañado poniéndose uno de tus uniformes. Los soldados la tomaron por el rey y le abrieron paso.

—¡Imbéciles!

—Los perdono, su error es disculpable; lo que no se puede concebir, lo que no es perdonable, es tu conducta.

—Pero, ¿qué conducta?

—Me refiero al modo estúpido de conducirte con ella... ¿Qué has hecho esta vez de tus grandes cualidades de conquistador? ¿Qué partido has sacado a la tan cacareada elegancia de tu persona, a tus medios de sugestión?

—Con esa mujer no valen ardides, Federico. Es totalmente distinta de las otras.

—¿Por qué no dejaste entonces que la rueda se las entendiese con ella?

—Yo no podía adivinar lo que iba a suceder. Mas, ¿temes que no vuelva a caer en nuestras manos?

—Hasta este momento no hay noticias de que haya sido capturada.

—¿Se la busca?

—He ofrecido un premio de quince mil francos por su cabeza.

—Entonces es indudable que caerá en nuestro poder.

—¡Quién sabe!

—¿Lo dudas?

—Esa mujer encontrará fácilmente quien la proteja. Tiene amigos, tiene cómplices.

—¡Por la sangre de Cristo! Yo tengo más deseos que tú, Federico, de atraparla. ¡Necesito que me rinda cuentas de su burla de anoche!

—¡Debía haberte hecho en dos la cabeza!—masculló Lisandri, cuya diestra se crispó en la empuñadura de su espada—. No merecías otra cosa. Mientras yo me desvivo por consolidar nuestra situación, tú, con la mayor tranquilidad, comprometes mi obra sólo por satisfacer cualquiera de tus caprichos. Pero esto, con ser grave, gravísimo, no es lo peor. Aún tengo algo más que decirte, una noticia terrible, que te hará comprender la necesidad que pesa sobre todos nosotros de obrar con prudencia y energía si queremos vencer todos los obstáculos de nuestra empresa.

—Me alarmas, Federico —dijo Rodolfo incorporándose en el lecho y pasándose una mano por su cabeza vendada—. ¿Qué noticia es esa?





## CAPITULO LXXXV

### Anuncios de tragedia

HACIENDO una mueca despectiva, Lisandri se alejó algunos pasos del lecho, pero casi en seguida volvió junto a Rodolfo, y respondió con voz sorda:

—Calveti conspira contra nosotros.

El falso monarca estuvo a punto de dar un salto en el lecho; su rostro adquirió de súbito el color de las sábanas.

—¡Calveti!—exclamó horrorizado—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—No puede haber equivocación—gruñó Federico.

—Pero, ¡fatalidad!, ¿cómo lo sabes?

El conde giró sobre sus talones y volvió a pasearse sin contestar. Su mano, crispada en la empuñadura de su espada, temblaba ligeramente.

—¿Qué has hecho tú al saberlo?—preguntó Rodolfo, siguiendo a Federico con sus ojos, dilatados por el miedo— ¿Dónde está el mariscal?

—¡Se me ha escapado!—barbotó el malvado sin volverse hacia su cómplice—. La culpa es nuestra, después de todo. Debíamos haberle dado el mismo destino que a Narvale, tan pronto concebimos la primera sospecha.

* * *

La desaparición de Calveti se había comprobado la mañana de ese mismo día en que la suerte, que hasta entonces no había hecho más que engañar a los usurpadores, parecía manifestar deseos de volverles francamente la espalda.

A las siete de la mañana, un agente de la policía secreta se había encaminado a la calle donde estaba la residencia del mariscal para relevar a su colega encargado de tomar nota de cuanto ocurría alrededor del noble anciano.

Su sorpresa fué grande al no ver en el lugar de costumbre a su compañero. Le esperó un buen rato; después recorrió los alrededores de la casa de Calveti, y no encontrando rastro alguno de él, volvió al sitio donde acostumbraban a efectuar el relevo.

Pero todo en vano; el agente no parecía por ninguna parte.

Intranquilo por la suerte que podía haber corrido su compañero, el espía fué a dar cuenta a sus superiores de la desaparición de éste. Como había el antecedente del asesinato del otro espía del mariscal, la noticia produjo gran revuelo, y en seguida se pusieron en campaña los mejores sabuesos del Cuerpo para buscar al desaparecido.

Tres horas más tarde llegó a la Jefatura de Policía la noticia de haberse hallado el cadáver de un hombre sobre una gran roca de la costa, a unos dos kilómetros de distancia de la Puerta Romana, con las ropas empapadas por el agua del mar. Por unos papeles hallados en los bolsillos del muerto, había motivos para creer que aquel hombre había desempeñado algún cargo público.

Inmediatamente partieron varios detectives para el lugar del fúnebre hallazgo. Cuando llegaron allí, comprobaron que, en efecto, el muerto era el espía desaparecido de las inmediaciones de la casa del mariscal.

Tenía una herida de bala en el lado izquierdo del pecho.

Con la rapidez debida dieron cuenta de lo ocurrido a sus superiores, quienes se dieron prisa en poner el hecho en conocimiento del gobernador, y éste fué a llevar la noticia al conde Lisandri.

Al escuchar las primeras palabras del gobernador, Federico lanzó un rugido. Después se contuvo y siguió escuchando sin pestañear. Cuando el funcionario hubo dado fin a su informe verbal, el malvado dijo lúgubremente:

—Yo me encargaré de poner en orden todo este asunto. Podéis retiraros, excelencia.

Salió el gobernador. Federico llamó a un oficial de la Guardia y le ordenó:

—Esperadme en la puerta de Palacio con cuatro de vuestros soldados. Vamos a efectuar una detención importante.

Alejóse el oficial, y un instante después salía también Lisandri. En la puerta de Palacio encontró al oficial de la policía con los cuatro soldados. Seguido de ellos se encaminó a casa del mariscal.

Hacía ya rato que varios agentes de la policía secreta se habían situado en los alrededores de la misma. Lisandri, con los militares que le acompañaban, llegó hasta la puerta de la verja y tiró con violencia del cordón que hacía sonar la campanilla.

Pero transcurrieron algunos minutos sin que nadie acudiera a abrir. Exasperado, el conde volvió a llamar. El resultado fué el mismo. Nadie salía de la casa, cuya puerta se veía medio entornada al otro lado del jardín, en el que habían brotado las primeras flores de la primavera.

Perdida toda paciencia, Lisandri ordenó a los soldados que saltaran la verja y descorrieran el cerrojo. Cuando esto

hubieron hecho, seguido siempre de todos ellos y del oficial, se dirigió hacia la casa a través del jardín.

La puerta de la misma, medio entornada, se abrió del todo tan pronto Lisandri la hubo tocado, y se encontró en el vestíbulo, modestamente amueblado. Para precaverse contra cualquier sorpresa, desenfundó la pistola que llevaba en el cinto.

—Parece que no hay nadie en esta casa—murmuró el oficial mirando en torno suyo.

—¡Registrémosla!—mandó Lisandri.

La casa fué revuelta de arriba abajo. El mismo Federico, poseído de un furor que hacía temblar a los soldados e inquietaba al oficial, trabajó a la par de éstos, abriendo muebles, volviendo divanes y colchones, forzando cerraduras... Pasados unos veinte minutos, se retiró al vestíbulo. Allí fué a reunírsele el oficial.

—Nadie, excelencia—le dijo.

—Nadie, nada—gruñó Lisandri—. La culpa es mía: me he acordado de él demasiado tarde.

Era su primer grande fracaso.

Dejando a dos soldados de centinela ante la verja, se dirigió al palacio de la Jefatura de Policía seguido de los otros dos y del oficial. Mandó practicar averiguaciones, efectuó él mismo varios interrogatorios, expidió órdenes enérgicas a todas las provincias, mas todo fué inútil: no se pudo tener la menor evidencia del rumbo que debía haber tomado el mariscal y su servidumbre al abandonar la casa.

Los que intervinieron en las pesquisas dieron la siguiente versión de lo ocurrido, que el conde admitió como muy posible: durante la noche, el mariscal, que ya tenía preparado todo lo concerniente a su fuga, debía haber atraído, con ayuda de otra persona, al agente encargado de vigilarle, a aquel lugar solitario de la carretera de la costa. Muerto éste, su camino quedaba libre, nadie podía espiarle ya durante el resto de la noche ni seguirle los pasos, y abandonó la casa con

sus criados, llevándose todo cuanto consideró de interés para sus planes y sin cerrar la puerta de la casa, para que los que pasaran por la calle creyeran que ésta seguía habitada.

—¡Ese perro prepara un golpe contra nosotros!—se dijo mientras volvía a Palacio—. ¿Quién habrá en Istralia que se atreva a ayudarle? ¿Sospechará lo que ocurre? ¿Le habrá visitado el rey antes que yo mandase sitiar el convento?.. ¡Qué necio he sido con no hacerle pegar cuatro tiros como a Narvale tan pronto tuve noticias de que había sido asesinado cerca de su casa el primer agente encargado de vigilarle!... Ahora, si no se consigue detenerle antes de las veinticuatro horas de haberse fugado, será cuestión de vivir alerta y afilar las uñas.

Otra noticia desagradable le esperaba en la real morada. El ayudante de campo del falso rey acababa de llegar en automóvil del Castillo de la Pradera, y tan pronto vió al conde, le dijo con agitada voz:

—Excelencia, acaba de ocurrir en el castillo un hecho tan lamentable como insólito. Su majestad ha sido hallado esta mañana en una salita bastante alejada por cierto de sus habitaciones, tendido en el suelo, sin sentido y con una herida en la cabeza de la que manaba bastante sangre. Fueron llamados telefónicamente los médicos de Palacio, y mientras, yo he creído prudente venir a daros cuenta de lo ocurrido. Cuando salí del castillo, su majestad no había recobrado aún el conocimiento.

—¡Esto faltaba!—exclamó Lisandri apretando los puños.

—Es desconcertante—agregó el otro—. La herida no parece grave, y desde luego se advierte que quien ha agredido al rey no tenía la intención de rematarle; mas, ¿qué enemigos podía tener su majestad dentro del mismo castillo?

—El rey—dijo Federico sombríamente—había hecho conducir allí a una mujer.

—Lo sé.

Las pupilas de Federico se clavaron en las del ayudante de campo de su majestad.

—Decidme, ¿y esa mujer...?

—No la he visto.

—Pero, ¿está en el castillo?

—Lo ignoro. ¿Sospecháis de ella, excelencia?

—¡Partamos hacia el castillo! — exclamó Lisandri por toda respuesta.

* * *

Llegaron allí a media tarde. Sin mucho trabajo, Federico averiguó todo lo ocurrido: la lucha de María Teresa con Rodolfo; la fuga de ésta vestida con uno de los uniformes del rey, y lleno de ira al ver que también aquella presa que creía tan segura se le había escapado, ordenó que se la buscase con ahinco por toda la campiña, y para estimular el celo de la soldadesca, ofreció un premio de quince mil francos a quien le presentase viva o muerta aquella mujer.

Después de todo esto, se dirigió a la alcoba del falso monarca, en la que se encontraban los tres médicos que habían acudido urgentemente desde San Francisco. Rodolfo despertaba en aquel momento.

Esa misma noche, Lisandri volvió a la capital del reino, después de haber acordado con Carpi que no se presentase allí mientras se viese en la necesidad de llevar la cabeza vendada. Llegó a San Francisco al filo de la media noche, y se dirigió a su castillo. Sombrío, pero tratando de ocultar ahora la ira que le devoraba, preguntó a Gaspar si había novedades.

—Ninguna, excelencia—contestó el mayordomo.

—Quiero—le dijo el conde después de reflexionar un momento—que de noche se cierren muy bien todas las puertas y que cuatro hombres armados vigilen desde las almenas.

—Se hará todo lo que vuestra excelencia se digne dispo-

ner—dijo el mayordomo, que encontraba aquella noche muy extraño a su señor.

—Además—agregó Federico—, que se sitúe un hombre armado en la entrada del corredor que conduce a mi alcoba. Ese hombre ha de ser de toda confianza.

—Entendido, excelencia.

—Y ahora dime una cosa, Gaspar: ¿vive todavía la prisionera?

—Vive, excelencia.

—Basta—dijo el conde—. Ve a hacer cumplir las órdenes que te he dado.

Gaspar se alejó.

Federico miró en torno suyo y sus hombros temblaron ligeramente. ¿Era de furor? ¿Era de miedo? Fué a sentarse en el gran sillón claveteado de su despacho, triste, húmedo y frío. La lámpara eléctrica estaba encendida; pero, a pesar de ello, las sombras triunfaban en los rincones y parecían desprenderse de la pintura negra de los retratos colgados de las paredes. Federico detuvo su vista en uno de ellos; un rostro amarillento de pómulos salientes y labios crueles se delineaba en la sombra del fondo del cuadro sobre el pedestal encrespado de una gorguera. Miles de veces la mirada de Federico había tropezado con aquel rostro, y siempre lo había mirado con indiferencia, sin recordar siquiera a cuál de sus antepasados pertenecía. Pero esa noche le ocurría lo que no le había ocurrido nunca: no podía apartar los ojos de aquella cara amarillenta como la de un cadáver.

De pronto le pareció que aquel rostro se movía en el fondo del retrato, que se despegaba de éste, aproximándosele. Federico quiso hacerse hacia atrás, pero no pudo; una fuerza ajena a su voluntad le mantenía como clavado en aquel sillón, con los ojos fijos en aquella imagen siniestra.

De pronto, el malvado creyó notar que el rostro que se le acercaba alucinante se detenía, que sus ojos en sombra se iluminaban y que un leve temblor corría bajo su piel aperga-

minada. Entonces advirtió que el resto del cuerpo de su antepasado había venido a unirse a aquella cabeza con gorguera. Una mano verdosa, de uñas afiladas como las de una garra, se apoyaba en la empuñadura de la espada que pendía de su cinto; la otra, más que jugar con la botonadura de su jubón de terciopelo, parecía querer escarbarse el pecho. Luego, como en una pesadilla, Federico creyó advertir que la aparición echaba hacia atrás la cabeza y que bajo la gorguera aparecía un cuello amarillento como su rostro, descarnado, surcado por grandes venas moradas. Súbitamente, un hacha cayó sobre aquella garganta palpitante, a sus oídos llegó como el eco de un grito de muerte, vió teñirse la blanca gorguera bajo un torrente de sangre, y todo el cuerpo se desplomó, se hundió, desapareció en una masa pavorosa de tinieblas.

Lisandri se puso de pie y empuñó su espada.

—¡Maldición! — bramó —. ¡Maldición! ¿Quién se burla de mí?

La voz de Gaspar se elevó junto al cortinaje que guarnecía la puerta:

—¿Os ocurre algo, excelencia?

—Nada, nada—murmuró Federico pasándose una mano por la frente—. No estoy muy bueno; debo tener un poco de fiebre...

—Acostaos, excelencia. Os hace falta reposar.

Lisandri se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir levantó los ojos y contempló el rostro amarillo con la blanca gorguera que había creído ver teñirse de sangre.

Se volvió hacia su mayordomo.

—Escucha, Gaspar. ¿Sabes a quién representa este retrato?

—Al duque de Siria, excelencia. Un sobrino de Rómulo Lisandri, el que hizo construir el castillo.

—¡Ah! ¿Y cómo murió el duque de Siria?

—Decapitado.

—¿Por quién?

—Por orden de Ludovico IV, rey de Istralia y emperador de Gudea. La historia, excelencia, no ha puesto en claro las causas que debieron inducir a Ludovico a hacer decapitar al duque de Siria.

Pero Federico no le escuchaba ya; más que alejarse, parecía huir de allí acuciado por un presentimiento terrible. Al encerrarse en su alcoba, balbuceó:

—Estoy loco, loco... Ya no me conozco.

* * *

Cuando, a la mañana siguiente, después de una noche de fiebre y de insomnio, Lisandri abandonó el castillo para dirigirse a Palacio, sobre la palidez de su rostro llevaba como estereotipada la expresión de crueldad que tantas veces lo había obscurecido en los últimos tiempos. Se parecía extraordinariamente al duque de Siria, decapitado por orden de Ludovico IV.

Y aquel día sintió más agudizado que nunca el deseo de hacer daño; contempló desde una de las ventanas de Palacio la ciudad silenciosa bajo la primera caricia del sol primaveral; los grandes edificios, cerrados y tristes; mujeres y hombres famélicos vagando por las calles y avenidas de la gran capital, rendida, dominada por su genio maléfico, y experimentó una satisfacción inexplicable que hizo centellear sus ojos febriles.

—¡No me vencerán!—exclamó para sus adentros—. Yo, que he sido capaz de cambiar en menos de un año la faz de un reino, no puedo ser vencido por ningún poder humano.

Un rumor muy leve que oyó tras él le hizo volverse en aquel momento, y vió a Alcira, radiante de hermosura, que avanzaba hacia él.

—¡Federico!—exclamó cayendo en sus brazos—. He vuelto a tener miedo. Lo poco que he dormido anoche ha sido para soñar cosas terribles... ¿Por qué te alejas tanto de mí estos días?

—¿Miedo?—inquirió Lisandri esbozando una sonrisa infernal—. ¿Miedo, cuando soy más fuerte que nunca? Tenemos un reino a nuestros pies, vencido, dominado, que podemos pisotear a nuestro antojo. ¿Es que te espanta que esa pobre bestia agite su rabo?

—Sí, todo está tranquilo; somos los dueños de la situación; la fiera está bien encadenada, y por más que se sacuda no podrá recobrar la libertad; pero... por lo mismo que nuestro triunfo es tan completo, es por lo que yo temo... ¡Oh, este silencio!... ¿No te impresiona, Federico, el silencio de muerte que pesa sobre Istralia? ¿No te parece que nuestra obra es un poco... lúgubre?

Lisandri se echó a reír, y su risa llegó como una ráfaga helada al corazón de Alcira. Aumentó su miedo y se apretó más contra él.

—Yo levantaré a Istralia de su silencio de muerte—dijo Federico—cuando haya exterminado hasta el último de mis enemigos y cuando todo el pueblo comprenda que no tiene más que una misión que cumplir: obedecer.

Alcira no contestó. Seguía estrechándose contra él, sin encontrar el calor que su alma necesitaba para fortalecerse.

* * *

Desaparecido Calveti, desaparecida María Teresa, a la preocupación de capturarlos se agregaba en el espíritu de Lisandri una inquietud respecto a los sitiados en el Convento de los Dominicos. ¿Lograrían escapar como el mariscal y la hija del pueblo? La fatalidad, que parecía complacerse en arrancarle a sus presas de entre las uñas, ¿repetiría el caso en lo tocante a Oscar Luis I, a Canevari y al señor Pagallos?

Lisandri estaba dispuesto a defenderse de ella, fuese como fuese. No quería que el rey y sus amigos volvieran a escapársele, y se devanaba los sesos pensando de qué medios podía valerse para hacer más seguro el cerco que había establecido

en torno a su refugio o para conseguir cuanto antes su fin, esto era: apoderarse de las presas largo tiempo codiciadas.

Tentado estuvo mil veces de invadir el convento al frente de la Guardia regia, que le obedecía ciegamente, y apoderarse a viva fuerza de aquellos tres hombres que se amparaban en la inmunidad de aquel lugar sagrado; pero las complicaciones que ese acto, contrario a todas las leyes, a la religión y a una de las más viejas y universales tradiciones, comprendía podía reportarle consecuencias graves. En medio de aquella lucha sorda, de aquella agonía de un pueblo, las autoridades eclesiásticas habíanse mantenido hasta entonces en una actitud expectante. Los tiranos habían respetado sus fueros; no se registraban actos de violencia contra las iglesias ni contra las personas dedicadas al culto, si se exceptuaba la muerte "misteriosa" de cierto anciano sacerdote y de su hermana, residentes en una aldea lejana, allá en los confines del reino, expediente que había llegado hasta la mesa del arzobispo y que éste había mandado archivar después de hojearlo muy a la ligera, dejando a Dios la tarea de hacer justicia al padre Leandro y a la infortunada Marta. El presupuesto de Culto no había sufrido disminución alguna, y el Gobierno cumplía puntualmente sus compromisos con la Iglesia; en medio del derrumbe del reino, aquellos dos poderes se sonreían diplomáticamente; mas desde que a oídos del arzobispo había llegado la especie de que el Convento de los Dominicos había sido acordonado por las tropas, aquella "sonrisa diplomática" se apagó un tanto, se hizo menos expresiva. Pidió de manera cordial y atenta explicaciones al Gobierno, y el Gobierno contestó en forma muy amable que lamentaba mucho haberse visto en la necesidad de adoptar aquella medida, y que esperaba que "aquellos tres refugiados políticos comprenderían pronto el daño que irrogaban a los buenos padres permaneciendo mucho tiempo bajo su protección, y que la conciencia les movería a entregarse a los poderes que habían de juzgarlos". El arzobispo decía: "Nadie ha tratado hasta hoy de dis-

cutir a la Iglesia el derecho de amparar en los recintos sagrados a los perseguidos que se acogen a ellos." Y el Estado, o sea Lisandri, replicaba: "De acuerdo; pero nadie puede impedir al Gobierno que tome medidas, dentro de su propio territorio, para apoderarse de los delincuentes refugiados en sitios sagrados, cuando esos delincuentes se deciden a abandonarlos. Mientras permanezcan dentro del convento, son vuestros; pero en cuanto pongan un pie fuera de él, serán míos."

"De todas maneras, reprochaba suavemente la Iglesia, el Gobierno de su majestad ha llevado su celo hasta el extremo de excederse un tanto en el cumplimiento de su deber; esto es, que ha "sitiado" el convento, en vez de acordonarlo, para asegurarse la captura de esos perseguidos políticos; considerad la situación desesperante que va a crearseles a los buenos padres dominicos el día que vean agotadas por completo sus provisiones."

A este argumento, Lisandri no veía la manera de contestarlo. Limitábase a encogerse de hombros y a dejar transcurrir los días...

La misma víspera de la fuga de Oscar Luis, Canevari y Pagallos, Lisandri hizo comparecer en su presencia al capitán del batallón que sitiaba el convento.

—¿Hay novedades?—le preguntó.

—Ninguna todavía, excelencia.

—Es preciso que cumpláis con toda rigurosidad vuestros deberes de sitiador.

—Los cumplo, excelencia. El convento sigue aislado del resto del mundo.

—¿Ha intentado salir algún fraile en estos últimos días?

—Ninguno se ha atrevido a asomar la cabeza fuera del convento.

—¿Estáis seguro que no son introducidos víveres en él?

—Segurísimo.

—¿Y también estáis seguro de que siguen allí esos tres bandidos cuya captura perseguimos?

—También, excelencia. Todas las noches subo al tejado de la casa situada frente al convento, y desde allí veo el reflejo de las luces de las habitaciones que ellos ocupan.

—¿Creéis que podrán escapar?

—Su fuga es imposible.

—¿Y si aprovecharan un momento de descuido de los soldados que sitian el convento, de vuestros soldados, capitán?

—Respondo por todos mis hombres.

—Necesito que me respondáis por los tres bandidos, capitán.

—¡Lo hago con mi cabeza, excelencia!—exclamó el capitán, tocado en su amor propio.

Lisandri insistió:

—¿Por vuestra cabeza que no escaparán?

—¡Ya lo he dicho, excelencia!

—Está bien—dijo el malvado, en cuyos labios asomó una sonrisa de satisfacción—. Podéis retiraros, capitán, y no olvidéis que habéis comprometido vuestra cabeza.

* * *

Como una bomba que hubiese estallado de improviso a sus pies, este efecto produjo a la mañana siguiente a Lisandri la primera noticia que llegó a sus oídos de la fuga de Oscar Luis, Canevari y el señor Pagallos del Convento de los Dominicos.

Estaba en Palacio, donde había pasado la noche al lado de Alcira. Crispado de furor, como una fiera herida, se lanzó fuera de la estancia donde se encontraba, saltó sobre un caballo, y a galope desenfrenado se lanzó hacia el lugar de los sucesos que le habían explicado entre balbuceos, pero cuyo significado terrible había comprendido en seguida.

Al llegar ante el convento, pudo leer en los rostros de los sitiadores la confusión propia de los hechos consumados.

—¡El capitán!—gritó ahogando un rugido—. ¿Dónde está el capitán? ¡Que se presente ese miserable!

Lívido, tembloroso, el infeliz jefe del batallón se destacó de entre sus soldados y avanzó hacia aquel demonio, cuyas aceradas pupilas lanzaban llamaradas de ira.

—Excelencia—balbuceó—, haceos cargo de la situación. Fué algo imprevisto. Yo no podía contar con...

Lisandri echó pie a tierra, y mirándole ferozmente, como si quisiera devorarlo:

—¿Qué me prometisteis ayer, perro?—inquirió.

—Señor—musitó el desgraciado, vacilando sobre sus pies.

—¡No admito excusas!—bramó el conde—. ¡Es preciso que cumpláis con vuestra promesa!

—Serenaos, excelencia—Y la voz del capitán temblaba como la de cualquier mujerzuela que se ve en peligro—. Comprended que ciertos traidores que... En fin, he arrestado a los que considero culpables o cómplices de los...

—¡No quiero oírte! Acabas de destruir la más dorada de mis esperanzas. ¡Págame con tu cabeza! Eso fué lo acordado.

—¡Señor!... ¡Perdón!

Lisandri hizo una seña, y varios soldados se acercaron.

—Apresad a este canalla!—les ordenó, indicando al capitán.

Titubearon los soldados; pero al ver que el conde hacía un gesto amenazador, se apoderaron de su jefe.

—¡Contra ese muro—agregó el protervo, señalando el del convento—os haré fusilar a todos si le dejáis escapar!

Pero el capitán no opuso la menor resistencia a aquellos hombres que habían sido sus subordinados hasta un minuto antes. Respaldándose en el muro, siguió con la vista a aquel demonio que iba a exigirle el cumplimiento de la promesa que le había hecho la víspera en un arranque de amor propio y de dignidad militar.

Le vió alejarse algunos pasos y luego volver junto a su caballo acompañado por el teniente.

Tras un diálogo brevísimo, el teniente se alejó, y minutos después el capitán le vió avanzar hacia él al frente de

ocho soldados. La sangre se heló en sus venas, y dirigió al cielo una mirada cargada de desesperación.

A unos treinta pasos del muro, los ocho soldados se detuvieron y el teniente se acercó al capitán.

Aquellos dos hombres que eran amigos y que juntos habían aspirado a sacar partido de la obra nefanda de Lisandri, se miraron un instante sin poder hablar.

—Haceos cargo de mi dolor, capitán—balbuceó por último el teniente con voz que era una súplica.

—¡Fatalidad!—exclamó el condenado—. ¡Ella ha dispuesto que seas mi verdugo!

—¿Qué hacer, capitán, mas que cumplir con lo que se me ordena?

—No os culpo de nada. Comprendo todo lo dolorosa que es vuestra misión.

—Y yo todo lo trágico que es vuestro destino.

—¡Qué le hemos de hacer! Pero ordenad que disparen: el conde se impacienta.

El capitán se había erguido, y un brillo nuevo animaba su mirada. El dolor que veía reflejarse en el rostro del teniente parecía darle ánimos a medida que el instante supremo se acercaba.

—Lo siento, lo siento...—murmuraba el teniente con voz entrecortada—. ¿Quién iba a decirme que me tocaría ser vuestro verdugo? ¿Tenéis que hacerme algún encargo antes de... morir? ¿Queréis confiarme vuestra última voluntad?

—No tengo en el mundo más que a mi madre, a la que he dado no pocos disgustos—dijo el capitán—. Id a verla, ocultadle hasta que podáis la triste noticia y rogadle que me perdone. Eso es todo.

—Estad seguro que cumpliré la misión sagrada que acabáis de confiarme, y estad seguro también que vuestra madre os perdonará. Las madres perdonan siempre.

—Lo sé.

—¿Queréis que se os venden los ojos?

—No; la muerte no me asusta. Al principio tuve miedo; pero mi corazón acabó por tranquilizarse, y ahora la veré venir como a un bien. Vamos, teniente: pronunciad la última palabra... Adiós.

Y el capitán se separó del muro en el cual se apoyaba, y erguido se cruzó de brazos, mirando tranquilamente, con dulzura casi, a los soldados, "sus" soldados, que iban a ejecutarle.

—Adiós—balbuceó el teniente con voz débil.

Se separó de él, y poniéndose al lado del piquete, que había formado ante el reo, agregó con acento que en vano quería ser firme:

—Apuntad.

Los fusiles tendieron sus bocas de muerte hacia el pecho del capitán. Si bien éste no contaba con grandes simpatías entre sus soldados, pudo verse que los fusiles temblaban ligeramente en las manos que los sostenían.

Un silencio absoluto reinaba en los alrededores del convento. Todos los soldados del batallón presenciaban la terrible escena, inmovilizados por la impresión, sin atreverse a respirar.

—¡Fuego!

El estampido simultáneo de los ocho fusiles sacudió violentamente todos los corazones. Acribillado el pecho por aquellas balas, el capitán levantó los brazos como si quisiera asirse al aire y se desplomó muerto al pie del muro del convento. Dos miserables que en aquel momento atravesaban la calle, al oír el estruendo de los fusiles y ver caer a aquel militar entre el humo acre de la pólvora, echaron a correr despavoridos, y una mujer que se había asomado al balcón de una casa próxima, lejos de imaginar lo que iba a suceder, lanzó un grito horrible y se desplomó sin sentido dentro de la habitación.

Lisandri se acercó al cuerpo ensangrentado del capitán, lo contempló un instante con mirada de desprecio y se volvió

hacia el teniente, que también miraba al muerto horriblemente pálido.

—Explicadme ahora—le dijo—lo sucedido anoche.

* * *

Declaró el teniente, declararon el subteniente y el sargento y los soldados que fueron hallados dormidos en torno a la fogata, bajo la acción del narcótico mezclado al vino que les dieron a beber Juan y Pablo, aquellos dos "camaradas" agregados al batallón nadie pudo saber cómo ni de qué manera, y Lisandri no tuvo más remedio que rendirse al hecho consumado: las presas se le habían escapado de entre las uñas. El rey y sus dos amigos habían sido salvados por otros amigos. ¿Quiénes? ¿Montespín y Mothus, acaso? ¿Acaso por personas que obedecían al mariscal Calveti, misteriosamente evadido de su casa con toda su servidumbre? La rabia enloquecía al conde. Asistía al derrumbe de la omnipotencia de su poder. Istralia no estaba tan encadenada bajo la tiranía como él se había figurado. Las deportaciones en masa, los asesinatos, las ejecuciones arbitrarias, el veneno, las cárceles, las confiscaciones, la miseria, los tormentos, no amedrentaban a todos los istralianos. Había quien se atrevía a desafiarle a él, el demonio, en su propia guarida, quien conspiraba contra su obra sombría, quien le arrebataba las presas de entre las garras. ¡Ah! ¿Quién era el audaz que desafiaba tantos horrores para acudir en ayuda del despojado soberano y de sus amigos? ¿Quién el valiente que asesinaba agentes de policía? ¿Quiénes los osados que se tiroteaban con las patrullas y las burlaban, desapareciendo de su vista como si los hubiese tragado la tierra? Rechinando los dientes, Lisandri pronunció un nombre:

—¡Calveti!

Sí, no había duda: el mariscal era quien había fraguado esos golpes audaces en la sombra de su retiro apacible. Y aho-

ra que le había arrancado las presas, desaparecía con ellas, se ocultaba rumiando seguramente otras audacias.

El conde vió pasar por el cielo de su porvenir negras nubes de tormenta.

Comprendió que debia tomar precauciones para que la tempestad no le sorprendiese a descubierto.

Y hacerla abortar, si fuera posible. Buscar aquella amenaza que palpitaba en la sombra y exterminarla.

Mandó levantar el sitio del convento, pero hizo que los encargados de la vigilancia y del orden extremaron su rigor, y rodeó a San Francisco de tropas con cuya lealtad creía poder contar. Alcira, Novelli y Carpi se alarmaron al principio, y hasta temieron que de un momento a otro estallase en toda Istralia una sublevación del pueblo y del Ejército; mas viendo con el transcurso de los días que nada turbaba la tranquilidad de la capital ni del resto del país, acabaron por tranquilizarse y mirar la situación con más confianza.

Sólo Lisandri no se dejaba convencer por aquella quietud aparente y vivía constantemente alerta, en una expectación que no hubiera podido resistir sin enloquecer ningún otro mortal. ¿Dónde estaban sus presas? ¿Dónde estaba Calveti? ¿Qué maquinaban? Estas interrogaciones, continuamente fijas en su cerebro, le torturaban como garfios candentes.

Transcurrieron dos meses en esta situación horrible. Había llegado Julio, y el verano se presentaba a Istralia con una tremenda carga de horrores. El hambre y la peste diezmaban a los habitantes de San Francisco. Cesado todo estrépito de fábricas, todo ruido de tráfico, todo pregón de vendedores, todo murmullo de gente, rara vez sucedía que interrumpiese el mortal silencio en que la ciudad yacia sumida, otra cosa sino el rechinar de los carros fúnebres, las quejas de los mendigos, los lamentos de los enfermos y las voces imperiosas de los esbirros de los tiranos. El calor y la prolongada sequía favorecían el desarrollo del mal. No extingüido aún en todos los

corazones el sentimiento de humanidad, había muchos seres abnegados que se sacrificaban por el prójimo, y entre éstos, ya lo hemos dicho en otro lugar, los médicos. Muchísimos de ellos pagaron con su vida su heroica generosidad, pero sus esfuerzos, en lo tocante al desarrollo de la epidemia, se vieron por fin coronados por el más lisonjero de los éxitos. En los primeros días de Agosto cayeron unas lluvias torrenciales, hubo unos días de tiempo fresco y la peste comenzó a decrecer.

Más que de los recursos de sus agotadas campiñas, Istralia se sostenía aún gracias a la caridad de muchos emigrados ricos y de varias naciones de Europa y América, que al darse exacta cuenta de la situación, creyeron un deber de humanidad acudir en ayuda del pueblo mártir.

Pero, desgraciadamente, esa caridad no llegaba a beneficiar a todos. El número de menesterosos era más crecido que los recursos y no se podía evitar que todos los días pereciesen de hambre numerosas personas. Sin embargo, hasta entonces, el pueblo aherrojado por la tiranía soportaba en silencio su enorme infortunio.

Avanzaba el mes de Agosto. Lisandri seguía en acecho, aunque un poco desconcertado por el tiempo transcurrido desde la desaparición de Calveti y la fuga del rey y sus amigos sin que se produjese nada de lo que temía, nada de lo que esperaba. Ningún otro atentado contra personas del Gobierno ni los encargados de guardar el orden público se había registrado durante todo aquel tiempo; pero esta calma no halagaba al malvado; la miraba como un anuncio de grandes acontecimientos.

Seguía teniendo plena confianza en sus fuerzas. Todo lo tenía dispuesto para recibir a Calveti el día que se resolviese a salir de su escondite. Más de veinte mil hombres fieles, distribuidos en los sitios estratégicos de San Francisco, eran una fuerza capaz de hacer abortar cualquier tentativa contra los actuales ocupantes del trono.

Llegó en esto el día 18 del citado mes de Agosto. Lisan-

dri, que desde hacía cuatro meses pasaba las noches en Palacio, fué bruscamente despertado por unos disparos de cañón que atronaban el espacio. Cuando se disponía a salir de su cuarto, Alcira, desmelenada, despavorida, cubierta solamente por un tenue salto de cama, le cerró el paso:

—¡Federico! ¡Federico! — gritó—. ¡Estamos perdidos!... ¡Huyamos! La escuadra se ha sublevado y bombardea las fortalezas, y por la campiña avanzan contra la ciudad grandes contingentes de tropas rebeldes. ¡Vamos a morir en medio de una guerra terrible!

—¡Déjame!—respondió Lisandri apartándola de sí y lanzándose fuera—. ¡Necesitaba todo esto para ser rey!

Llegó a la galería. Algunos oficiales, con señales de azoramiento en el rostro, se le acercaron:

—Excelencia—le dijo alguien—, ocurren sucesos gravísimos, La capital va a ser atacada por varios sitios.

—¡Mi guardia!—gritó Lisandri—. ¡Que forme mi guardia! ¡Me basta con ella para salvar al trono!

Entre el tronar de los cañones, que hacían temblar la ciudad, sonaron algunos clarines en los patios de Palacio.






## CAPITULO LXXXVI

### La lucha

¡CALVETI llegaba!

Su ejército se componía de quince mil hombres, de todas las edades, reclutados entre todas las clases sociales del reino. En su gran mayoría, pertenecían a las provincias situadas en la costa del mar Adriático, las más ricas de Istralia—. Eran hombres de piel cetrina, abundante cabellera y grandes y brillantes ojos negros. A media noche, once barcos se habían presentado de improviso frente a Calamira, pequeña población situada en la costa, sobre una bahía, distante unos quince kilómetros de San Francisco. En Calamira había gentes que sabían io que se traían aquellos barcos, porque inmediatamente se vieron numerosas lanchas salir a su encuentro, y el desembarco comenzó con toda celeridad.

Los primeros en pisar tierra fueron un regimiento de Infantería y dos compañías de ametralladoras. Siguieron a éstos fuerzas de Artillería con todo el bagaje, otro regimiento

de Caballería, otro de Ingenieros, compañías de servicios complementarios, como son Telégrafos, Cruz Roja, etc., etc., y el resto de la expedición lo componían milicianos con armamento heterogéneo y llevando por todo distintivo un brazal de color escarlata.

Cuatro horas después se daba por terminado el desembarco. Los vapores que habían conducido hasta allí la expedición quedaron fondeados frente a Calamira en espera de los acontecimientos que iban a iniciarse dentro de breves horas. En sus bodegas había aún bastante material de guerra, pero éste no sería desembarcado más que en el caso de hacerse indispensable su empleo, en lo cual no creía Calveti, alma y nervio de aquella empresa generosa.

Cuando el sargento y los tres gendarmes que había en la población llegaron a comprender lo que ocurría y quisieron dar cuenta de ello al gobernador de la provincia, o sea de San Francisco, hallaron que todos los hilos telegráficos y telefónicos habían sido cortados previamente. Luego, en el preciso momento que el sargento se disponía a enviar a uno de sus subordinados a la capital, llamaron con insistencia y energía a la puerta del puesto. Abierta ésta, penetraron en el recinto dos oficiales de Caballería.

—Venimos—dijo uno de ellos dirigiéndose al sargento y sin emplear preámbulos—a exigir vuestra adhesión o vuestra rendición. Nada de términos medios.

—Señor—respondió el sargento, que era un hombre como de unos cincuenta años, de bigote canoso—, yo debo cumplir con mi deber.

—¿Y cuál es vuestro deber en este caso?—preguntó el oficial con cierta ironía.

—Dar cuenta a mis superiores de lo que ocurre. Sois beligerantes, vais sin duda alguna contra su majestad el rey...

—Nos hemos propuesto salvar a Istralia, volverla a la vida, y lo lograremos. ¡Entregadme vuestras armas! Siento mucho, sargento, que tengáis que ser con vuestros hombres

nuestros primeros prisioneros de guerra. También el mariscal Calveti lamentará vuestra falta de patriotismo.

—¡Calveti!—exclamó el sargento dando un paso atrás, mientras sus subordinados se miraban estupefactos al oír este apellido—. Pero, ¿es que el glorioso mariscal está con vosotros?

—El es el organizador de este movimiento contra la tiranía que devora a nuestra patria.

—¡Oh! Con Calveti deben estar en toda hora los istralianos—murmuró el sargento.

Y agregó, volviéndose a sus subordinados:

—¿No opináis vosotros lo mismo?

—Yo no deseo otra cosa que seguir al mariscal—dijo uno.

—¡Yo estoy con él en cuerpo y alma!—exclamó otro.

—Y después de todo, lo que el mariscal persigue es una cosa justa—agregó el tercero—. Hora es de que terminen tantas calamidades como las que azotan a Istralia desde que subió al trono ese Nazari indigno.

—Ya habéis oído, señores—dijo el sargento a los dos oficiales—. Contad con cuatro soldados más.

—La patria os agradecerá vuestro noble rasgo. Vamos, venid a presentaros al mariscal.

Detrás de los oficiales, los gendarmes abandonaron el puesto. Calveti, que había desembarcado ya, estaba en la plaza del pueblo, rodeado de su Estado Mayor. Envuelto en su capote militar, tosía de cuando en cuando. Su proverbial modestia le hacía diferenciarse de entre aquel grupo de altos jefes del ejército, generales, coroneles, comandantes, ataviados con lujosos uniformes, como si fuesen a asistir a una parada militar en vez de ir a hacer la guerra.

Despertados por tanto movimiento, por tantos ruidos extraños, todos los habitantes de Calamira habían abandonado sus casas para enterarse de lo que ocurría. A la vista de tantas tropas y de los vapores fondeados delante de la población, el terror se apoderó de aquella buena gente, y muchos huye-

ron a encerrarse de nuevo en sus viviendas... Pero poco a poco, viendo la actitud pacífica de los soldados, comprendieron que nada debían temer de ellos. Después, todos se fueron enterando del motivo de aquella expedición armada, y ya, lejos de temer su presencia, la bendijeron. Más tarde, cuando empezó a correr la noticia de que Calveti era el jefe de aquel ejército, muchos fueron los hombres de Calamira, pescadores, artesanos, agricultores y hasta burgueses, que se ofrecieron a combatir a sus órdenes por la salud de Istralia.

Terminado el desembarco. Calveti, con su Estado Mayor, se puso a la cabeza del ejército, que emprendió la marcha en dirección a San Francisco,, por la ancha carretera de la costa.

El pueblo hizo a los expedicionarios una despedida conmovedora. Lloraban las mujeres, aplaudían los hombres y los niños y bendecían los ancianos a aquellos valientes que iban a derramar su sangre por el bien de todos los istralianos.

—¡Nuestro salvador!—exclamaban todos al divisar a Calveti al frente de su Estado Mayor, montado en un magnífico alazán—. ¡Ese es nuestro salvador!

A cinco kilómetros de San Francisco, el ejército debía dividirse para atacar a la capital por dos partes, mientras la escuadra, sublevada en su totalidad, bombardearía desde el mar las fortalezas cuyas guarniciones no hiciesen causa común con los partidarios del mariscal.

Amanecía cuando la columna llegó al lugar donde debía dividirse en dos. Una mitad atacaría la ciudad al mando de Calveti y la otra mitad haría lo mismo, a idéntica hora, al mando del general Miñaki, guerrero ilustre que en la última guerra de Istralia había dado a su patria no pocas victorias.

Como Miñaki debía lanzar sus fuerzas sobre aquella parte de la ciudad que disponía de mayor número de fortificaciones, llevaba consigo casi toda la artillería de la expedición. En cambio, seguían a Calveti la caballería, la infantería, una compañía de artillería ligera y tres secciones de ametralladoras. De acuerdo con el plan elaborado de antemano, las

fuerzas al mando del mariscal debían ser las primeras en entrar en San Francisco.

Tras otro cuarto de hora, y cuando el sol se levantaba ya sobre el horizonte, Calveti se apartó de la carretera seguido de dos de sus oficiales e hizo galopar su caballo a campo traviesa hasta detenerse ante el cerco de una quinta, entre cuyos árboles se elevaba una casa de agradable aspecto.

Como si desde el interior de aquella casa hubiesen oído las pisadas de los caballos, un arrogante capitán de Coraceros apareció de pronto en la puerta del cerco ante los tres jinetes.

—¡Bienvenidos!—exclamó con una jovial sonrisa.

—Montespín—dijo Calveti apeándose de su caballo y dando la mano al joven—. ¿Habéis recibido todas mis cartas?... ¿Estáis preparados?

—Lo sabemos todo, mariscal. Nuestra satisfacción no tiene límites.

Los dos oficiales del Estado Mayor de Calveti se apearon también y estrecharon la mano del capitán de Coraceros.

—¿Y su majestad?—preguntó el mariscal.

—Os espera.

—¿Están con él Mothus, el señor Pagallos y el marqués?

—Todos, excelencia, todos.

—Voy a saludarles. Guiadme, capitán. Y vosotros, señores, tened la bondad de aguardaros un instante en este sitio.

Calveti, acompañado de Montespín, penetró en la quinta. En la entrada del edificio le recibieron Oscar Luis, Pagallos, Canevari y Mothus, todos de uniforme, excepto el embajador, que llevaba un traje de caza con polainas.

El mariscal y el joven soberano se abrazaron. En seguida, todos los que estaban con él estrecharon conmovidos la mano que Calveti les tendía con un gesto cordial.

—Habladme de vuestro plan, mariscal—dijo Oscar Luis—. ¿Se ha llevado a cabo sin tropiezos hasta el momento?

—Todo marcha a pedir de boca, sire. No parece sino que

la Providencia se ha puesto por entero de nuestro lado. Creo que antes de que se ponga el sol volveréis a reinar en Istralia.

—¡Gracias, noble anciano!—exclamó el rey, conmovido. —Más que la reconquista del trono, lo que me interesa es salvar a Istralia y rehacer la felicidad de las personas a quienes amo. ¿Cuándo se dará la batalla?

Calveti consultó su reloj.

—Son las cinco y media—dijo—. Por lo tanto, dentro de media hora, sire.

—Tengo ansias de comenzar. ¿Partimos, mariscal?

—Es conveniente, majestad. ¿Y vuestros caballos?

Mothus se alejó hacia un extremo de la fachada del edificio e hizo una señal. Un minuto después, un criado de la quinta aparecía ante la casa conduciendo de las bridas a cinco caballos.

—Llévalos al camino—le ordenó el coronel—. Allí montaremos.

Mientras se dirigía hacia la puerta del cerco, Oscar Luis, que marchaba al lado del mariscal, preguntó a éste, sin poder dominar la gran nerviosidad que lo poseía:

—¿Habéis logrado el apoyo de toda la escuadra?

—De toda, sire. Los buques de guerra atacarán simultáneamente con nosotros.

—¿Qué creéis que puede durar la lucha?

—Eso depende del éxito que puedan lograr mis emisarios en las distintas guarniciones. Yo confío que una gran parte de éstas secunden nuestro movimiento; pero de todos modos, Lisandri no podrá sostenerse mucho tiempo, puesto que, según datos fidedignos, todas las tropas que ha conseguido reunir en San Francisco no pasan de veinte mil hombres.

—Más numerosas que las nuestras, mariscal.

—Pero mal preparadas, majestad, y faltas de entusiasmo. Además, el ataque por sorpresa nos dará una gran ventaja.

—¿Creéis que realmente sorprenderemos a esos miserables?

—Algo esperaba Lisandri cuando ha reunido tantas fuerzas en la capital; pero lo que no podía él imaginarse era cómo se daría el golpe, ni sabía el día y hora que éste se llevaría a efecto.

—Y a vuestro ejército, ¿le habéis enterado de la tragedia del trono de Istralia?

—No, sire. No creo que haya llegado aún el momento. Unicamente están en el secreto los oficiales de mi Estado Mayor; pero para seguir guardando la debida reserva, se abstendrán, muy a pesar suyo, de rendiros los honores que merecéis como rey.

—No me enfadaré por ello—respondió Oscar Luis esbozando una leve sonrisa—. ¡Se vive tan a gusto sin esos honores!

Habían llegado fuera de la quinta, en el camino, donde ya les esperaban los dos oficiales y los caballos que debían montar para ir a ponerse al frente de las tropas. Oscar Luis, rehusando cortésmente la ayuda de uno de los oficiales, saltó sobre el que le corespondía.

—En marcha — dijo Calveti—. Tendremos que galopar para dar alcance a nuestras tropas.

Un cuarto de hora más tarde, aquellos ocho jinetes se reunían al estado mayor del ejército mandado por el anciano mariscal.

Faltaban sólo diez minutos para las seis, la hora fijada para iniciar el ataque.

Instantes después, la Puerta Romana, una de las entradas de la ciudad, aparecía a la vista del rey y sus amigos. A una distancia de menos de medio kilómetro, a la derecha de aquella puerta, sobre un pequeño montículo, mostraba sus cañones la fortaleza de Santa Bárbara, apuntando con ellos, por una parte, hacia el camino que seguían las fuerzas sublevadas, y por otra, hacia el mar. Al amparo de una colina, Calveti mandó detener sus huestes, desplegando al frente de ellas las secciones de ametralladoras y de artillería ligera.

—Esperemos la señal—dijo al rey, que le interrogaba con la mirada.

Los pocos minutos que faltaban para las seis de la mañana parecían tardar siglos en transcurrir. Llenos de ansiedad, en un silencio absoluto, aquellos seis mil hombres que habían seguido a Calveti no esperaban más que una seña de éste para lanzarse sobre la ciudad, que dominaban desde allí con sus miradas.

De pronto, un disparo de cañón, que debió ser hecho desde a bordo de uno de los barcos de guerra fondeados a corta distancia de San Francisco, arrancó una exclamación a todas las gargantas.

—¡La señal!—exclamó Calveti.

Y volviéndose hacia los que le rodeaban, agregó desde lo alto de su alazán:

—¡Fuego, la artillería! ¡La caballería, pronta!

Canevari y el rey cambiaron una mirada. También se miraron llenos de emoción Pagallos, Montespín y Mothus.

¡El momento tan ardientemente deseado por todos ellos había llegado!

Los cañones de pequeño calibre, emplazados delante de la colina, abrieron el fuego contra la fortaleza con una sucesión de rápidos disparos. Inmediatamente, se vieron aparecer y ocultarse en seguida gran número de soldados sobre las murallas contra las cuales los artilleros de Calveti dirigían los proyectiles de sus piezas. Pasados algunos segundos de cañoneo continuo y ensordecedor, sin orden alguno, la artillería de la fortaleza comenzó a disparar sobre sus inesperados agresores.

Los primeros proyectiles, mal dirigidos, cayeron lejos de la línea de pequeños cañones de Calveti; pero pasados unos instantes, los de la fortaleza afinaron la puntería, y varios de aquellos enormes proyectiles cayeron delante de los artilleros del mariscal, destrozando algunos cañones y ocasionando las primeras bajas.

Inquieto el anciano, se separó algunos pasos de los que le rodeaban, y pareció prestar atención.

—Es extraño—murmuró en voz baja, poniéndose al lado de Oscar Luis—. Ni Miñaki ni la escuadra han atacado aún.

—¿Qué os hace pensar esa tardanza?—inquirió el rey.

—Que Miñaki no haya llegado aún al lugar elegido para iniciar desde allí el ataque.

—Pero, ¿y la escuadra?

—No sé, señor. La señal de ataque ha partido de ella misma, como se había convenido, y sin embargo...

No pudo terminar la frase. Una descarga, como hecha por doscientos cañones de grueso calibre, acababa de atronar el espacio, y casi al mismo tiempo, en dirección contraria al sitio donde aquélla debió ser hecha, resonó otra, que, de no haber sido todavía más atronadora, se la hubiera podido tomar por el eco de la primera.

—¡La escuadra que ataca!—había exclamado Mothus.

—¡Y Miñaki que lo hace al mismo tiempo!—agregó Canevari, que había pronunciado muy pocas palabras aquella mañana.

Agredidos por sorpresa también por el lado del mar, los artilleros de la fortaleza suspendieron el fuego.

Calveti intentó aprovechar aquella tregua para meter sus tropas en San Francisco, y gritó desenvainando su espada y dirigiéndose a los jefes de la caballería:

—¡Adelante! ¡Al galope!

Antes que tuviera tiempo de lanzar su caballo a la carrera, Oscar Luis, Canevari, Mothus y Montespín galopaban desenfrenadamente hacia la Puerta Romana, entre una nube de polvo y bajo el cálido sol de Agosto, que arrancaba a sus sables reflejos deslumbradores.

Tras ellos, a una distancia como de doscientos metros, galopaba el Estado Mayor, e inmediatamente detrás del Estado Mayor, el regimiento de Caballería haciendo retemblar el

suelo con los herrados cascos de sus corceles y oculto completamente por el polvo.

Cuando los soldados de la fortaleza advirtieron aquella avalancha de centauros que iba a desbordarse sobre la ciudad, era ya tarde para que pudieran dispersarla con el fuego de sus cañones. No obstante, dispararon sobre aquella inmensa nube de polvo constelada de reflejos metálicos, y los proyectiles apenas si abrieron algunos claros entre los últimos escuadrones.

La infantería se aprontaba para avanzar tras la caballería.

Impresionaba ver aquella ola arrolladora de jinetes precipitarse al galope desesperado sobre la ciudad, que se extendía allá abajo, detrás de la Puerta Romana, bañada por los rayos del sol y bajo un cielo azul, sin una nube.

Delante corrían, mejor dicho, volaban, Oscar Luis, Montespín, Mothus y Canevari, en apretado grupo, como si llevaran los caballos cosidos unos a los otros. Y a través de la cortina de polvo que los envolvía, miraban la ciudad, que estaba por instantes más cerca de ellos, que parecía salirles a su encuentro sonriente de agradecimiento bajo aquel hermoso cielo luminoso que hacía resplandecer las cúpulas y daba gallardía a las torres.

—¡Corramos!—gritaba Oscar Luis, ebrio de entusiasmo y de coraje—. ¡Corramos! La victoria ya es nuestra. ¡No dejemos que se nos escapen los criminales!

Y espoleaba frenético su caballo, que no se separaba de los otros, espoleados en la misma forma por sus jinetes.

—¡Prudencia, sire!—advertía Canevari—. Nos separamos demasiado de Calveti y sus escuadrones.

Pero ni el rey, ni Montespín, ni el coronel hacían caso de los consejos del marqués. Hirviendo en bélico entusiasmo, no tenían otro afán que el de correr, correr hasta llegar ante la puerta del Palacio real, atravesarla con sus caballos,

derribar a cuantos se pusieran por delante y caer como una tromba sobre los malditos que habían usurpado el trono.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

San Francisco está por instantes más cerca de ellos. Truenan los cañones en lo alto de la fortaleza; vibran clarines; ruidos ensordecedores por todas partes. ¡Ahí está la Puerta Romana! Ya han pasado bajo ella; ya están dentro de la capital de Istralia... Ya corren por una ancha calle polvorienta, bloqueada de viviendas miserables en busca del centro de la ciudad, donde moran los execrables usurpadores; un esfuerzo más y llegarán allí.

—¡Adelante! ¡Adelante!—exclama Oscar Luis, que sólo piensa en vengarse.

Pero los que galopan a su lado no necesitan que los animen. No tienen otro deseo que el de su soberano; por su corazón pasan todas las emociones que desfilan por el corazón de éste. No se ve a ningún ser humano en las calles. Todas las puertas y ventanas están cerradas.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡La ciudad es nuestra!

Una terrible descarga de fusilería contesta a esta última exclamación del joven soberano.

—¡Maldición!—ruge Mothus.

Los cuatro caballos se detienen, se vuelven encabritados a un lado y a otro, vacilan. El del coronel, acribillado a balazos, cae al fin, arrastrando en su caída al jinete. El rey y Montespín, comprendiendo el peligro que corre su valiente compañero, saltan de sus cabalgaduras para lanzarse en su auxilio. Canevari no puede hacer lo propio: herido de muerte, su caballo se inclina buscando el suelo donde morir; abrazado al cuello del noble bruto, el jinete rueda con éste sobre el pavimento. Se dispone a levantarse, cuando retumba otra descarga que parte de un lugar contrario al de la primera. El marqués siente silbar las balas sobre su cabeza. Aturdido, se tantea, convencido de que una parte de aquellos proyectiles han ido a alojarse en su cuerpo.

—¡Lucas! ¿Estás herido?

Es la voz de Montespín la que suena a su lado. Al mismo tiempo se siente levantar del suelo por unos brazos vigorosos.

—Eduardo...—balbucea Canevari.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí. ¿Y los otros?

—En salvo. ¡Huyamos!

¿Huir? ¿Cómo huir si la muerte los tiene en sus garras por medio de las bocas de cien, de quinientos fusiles? En el delirio de su avance, ninguno de los cuatro ha recordado que en aquel lugar existía un cuartel de Infantería. Tres minutos antes los jefes del cuartel tenían conocimiento, por medio de una comunicación telefónica de Palacio, de lo que ocurría y recibían orden de detener el avance de los escuadrones que habían conseguido penetrar en la ciudad. A una nueva descarga de los soldados del cuartel, los cuatro iban a rodar por el suelo acribillados a balazos.

Pero la Providencia, que los ha amparado en situaciones más difíciles que ésta, no los abandona. El suelo tiembla de pronto bajo las pisadas de más de mil corceles lanzados a desenfrenado galope. ¡Los escuadrones de Calveti están ahí! En un abrir y cerrar de ojos, el Estado Mayor rodea a los cuatro valientes, forma en torno a ellos una densa muralla de carne, y el regimiento de Caballería pasa como un alud a un lado de aquella muralla para caer sobre los infantes de Lisandri, que lo reciben con una descarga mortífera.

—¡Imprudentes!—les reconviene Calveti.

—¡Un caballo!—pide Oscar Luis, que quiere adelantarse a los escuadrones.

—¡Cuatro!—grita Mothus.

—Serenidad y cordura, hijos míos—dice paternalmente el señor Pagallos, que está al lado del mariscal.

Pero, ¿pueden escuchar consejos cuando saben que la captura de los malvados que tanto les han hecho sufrir, que tanto han atormentado a la patria, depende de la prisa que se den

en llegar a Palacio? Para complacer al joven soberano y a sus más íntimos amigos, cuatro oficiales del Estado Mayor les han ofrecido sus cabalgaduras. Oscar Luis, Mothus, Montespín y Canevari, que ya se han convencido que no tiene en el cuerpo herida alguna, saltan sobre aquellos corceles y se abren paso a través de las personas que los rodean.

—¡Adelante!—grita el rey, por décima vez, en el último cuarto de hora.

—¡Con ellos!—ordena Calveti, que no quiere perder de vista al soberano.

Para seguir a aquellos cuatro valientes, el Estado Mayor tiene que abrirse camino a través de la avalancha de escuadrones que siguen cayendo sobre la ciudad.

Hay una breve detención en el avance. Los primeros escuadrones empeñan combate cuerpo a cuerpo con los infantes de Lisandri. ¡Confusión sangrienta, espantosa! Gemidos, estertores, relinchos, detonaciones, blasfemias, chocar de armas... La sangre mancha el arroyo y corre en hilos rojos junto a las aceras. Y entretanto, los cañones estremecen el espacio retumbando en torno a la ciudad, por el lado de la tierra y del mar.

Tras esfuerzos sobrehumanos, el rey y los tres amigos que le acompañan consiguen llegar al lugar donde se combate. Descargando sablazos a diestro y siniestro se abren paso entre los maltrechos infantes, que comienzan a retroceder desordenadamente. Pero salvada aquella barrera de enemigos, y cuando no habían hecho más que recorrer unos cien metros al galope, divisan varios batallones que avanzan en ayuda de la derrotada infantería.

—¡Alto! ¡Deteneos!—les grita Calveti, que les sigue con cinco o seis oficiales más—. Dejad que la caballería nos abra camino a través de este nuevo enemigo.

—Es razonable—dice Canevari, que aunque se ha batido como un héroe, no ha perdido por eso la cabeza—. Detengámonos, sire.

Oscar Luis contesta con la misma palabra:

—¡Adelante!

Truenan de nuevo los fusiles. El choque sangriento se repite. Los sables de aquellos cuatro valientes caen con la rapidez del relámpago sobre los soldados que tratan de oponerse a su avance. Se oyen nuevos gritos, nuevos lamentos. Una bayoneta penetra en el pecho del caballo que monta Oscar Luis y lo mata. Sin perder su serenidad, el joven rey ve a poca distancia de él un caballo sin jinete. Lo había montado hasta hacía pocos segundos un comandante de gendarmería incorporado al Estado Mayor de Calveti, muerto, con la cabeza destrozada por un balazo. Salta sobre aquel noble bruto, lo espolea y vuelve junto a sus amigos, que siguen batiéndose rabiosamente.

Llega el Estado Mayor, llegan los escuadrones que marchan a la cabeza del regimiento, y la lucha se entabla porfiada, sangrienta, con aquellas nuevas fuerzas que defienden a los tiranos. En medio del fragor de la lucha, nadie recuerda que se pelea entre hermanos, entre istralianos. Todos parecen poseídos de un furor salvaje. Y la sangre, que vuelve a correr en hilos rojos junto a las aceras, va a mezclarse con aquella otra anteriormente derramada.

Por segunda vez los jinetes de Calveti arrollan y destrozan las filas enemigas, pero siguen llegando fuerzas enviadas por Lisandri, y los escuadrones victoriosos se ven detenidos por nuevas barreras de enemigos que esparcen la muerte con sus fusiles y con sus ametralladoras. Más combates cuerpo a cuerpo, más avances; pero éstos son cada vez más lentos. El número de enemigos que tienen delante crece por momentos. Por todas partes hay cañones y ametralladoras. Los ingenieros levantan trincheras a toda prisa en las calles que conducen a Palacio. La infantería, además de ocupar las calles, toma posesión de las casas para hacer fuego desde las ventanas sobre los invasores. A las siete y media de la mañana, tras hora y media de lucha heroica y tenaz, Calveti compren-

de que es imposible seguir avanzando en aquellas condiciones, y resuelve fortificarse en el terreno ganado. Llama a su artillería ligera y a su infantería y manda replegarse a los valerosos jinetes.

—No tenemos más remedio que resignarnos a este estancamiento—explica el mariscal a Oscar Luis, que le mira poseído de una ansiedad febril—, que durará todo lo que tarden Miñaki en entrar en la ciudad y la escuadra en desembarcar sus fuerzas en el arsenal.

—Pero, ¿qué hace Miñaki?—exclamó Oscar Luis con impaciencia—. ¿Qué hace la escuadra?

—Se baten, sire. ¿No oís retumbar los cañones?

La ciudad temblaba toda al fragor de las descargas de artillería y de fusilería. Se precisaba un oído como el del mariscal, habituado a aquellos estruendos, para saber distinguir a quiénes pertenecían los disparos que resonaban en torno a la ciudad y dentro del recinto de ésta.

* * *

A medio día, la situación de los invasores no había variado mucho. Los infantes y los artilleros de Calveti habían levantado barricadas y desde ellas se tiroteaban con los enemigos parapetados en las trincheras y en las casas. Miñaki había conseguido avanzar algo, pero sin entrar aún en la ciudad, y en cuanto a la escuadra, si bien había logrado desmantelar una fortaleza y dañar seriamente otra, no podía intentar aún un desembarco.

Las deserciones esperadas entre las tropas de Lisandri no se producían. Sin duda alguna, esperaban para decidirse ver en mejor situación a los que combatían a la tiranía.

Refugiados en el interior de un bar, cuyo propietario hacía ya muchos meses había cerrado sus puertas por falta de parroquianos, Oscar Luis, Montespín, Canevari, Mothus y el

señor Pagallos, esperaban con impaciencia que Calveti diese orden de avanzar.

El mariscal, con su Estado Mayor, se encontraba en una casa vecina cuyas habitaciones habían sido habilitadas para hospitalizar a los heridos. El anciano, que no había perdido nada de su admirable presencia de ánimo, desplegaba una actividad poco común. No cesaba de dar órdenes a los oficiales que le rodeaban, los que salían a cumplirlas, y de atender a los que entraban en busca de nuevas instrucciones. Otras veces, queriendo convencerse por sus propios ojos de la situación, se acercaba a los sitios de combate, llegando hasta los puestos más avanzados, donde el peligro era mayor.

—Las balas me temen—contestaba sonriendo a los que, respetuosamente, trataban de alejarle de allí.

* * *

A las dos de la tarde, la situación comenzó a ofrecer un cariz halagador.

Los cañones de Miñaki retumbaban más cerca, y al mismo tiempo la escuadra, que había abierto en las dos últimas horas un fuego violentísimo contra las baterías de tierra, lograba silenciar a la mayoría de éstas y se preparaba para el desembarco.

Pero, a pesar de estos éxitos, las fuerzas que Calveti tenía delante se mantenían firmes en sus puestos, parecían dispuestas a dejarse despedazar antes que abandonarlos.

Instantes más tarde, uno de los oficiales del Estado Mayor que venía de recorrer las líneas de fuego, daba a Calveti una gran noticia:

—Excelencia: dos oficiales del regimiento de Coraceros acaban de llegar a nuestras posiciones, levantando bandera blanca. Quieren tratar con vos de su adhesión a nuestra causa.

—Hacedlos entrar inmediatamente—ordenó el anciano.

El oficial se dirigió hacia la puerta, y en el momento de salir, agregó Calveti:

—Aguardad; al mismo tiempo avisad al capitán Montespín, que necesito asista a mi entrevista con esos coraceros.

Salió el oficial. Poco después, otro miembro del Estado Mayor introducía en la habitación donde se encontraba Calveti a los dos coraceros.

Después de saludar militarmente al mariscal, uno de ellos tomó la palabra y dijo:

—Excelencia: venimos en representación de nuestros jefes y subordinados a enterarnos de los propósitos que perseguís al sublevaros contra la Monarquía, y si esos propósitos son compátibles, como esperamos, con los deberes de todo istraliano que ame a su patria, a ofreceros nuestra adhesión.

—Me he levantado en armas para reparar una inmensa injusticia y devolver a Istralia su bienestar—contestó Calveti con toda naturalidad—. Si queréis colaborar conmigo, admito vuestra adhesión, pero sin condiciones de ninguna especia, como deben hacerlo en estas circunstancias los que se precien de buenos patriotas.

Los dos oficiales de Coraceros se miraron e iban a contestar, cuando Montespín entró en la habitación.

Al verlos, lanzó un grito de sorpresa.

Estos se volvieron y, reconociéndole, exclamaron:

—¡Capitán! ¿Vos?

—Arsi, Martell, ¿qué hacéis aquí?

—Vinieron a ofrecernos su ayuda—explicó Calveti.

—Pero, ¿es que habéis titubeado siquiera en poneros de nuestra parte?

—No, titubear no—respondió uno de ellos—. No sabíamos a ciencia cierta lo que ocurría. He aquí por qué nuestro coronel nos envió a parlamentar con su excelencia.

—Pues id a decir al coronel que el gran Calveti dirige el movimiento contra los tiranos, y que yo, vuestro compañero, estoy a su lado, y que conmigo están otras personas ilustres

que dentro de poco van a sorprender al país con una revelación terrible.

—Pero, ¿no estabais en Alemania, Montespín?

—Lo estaba, Arsi; pero he logrado escapar a los lazos de muerte que se me tendieron para venir a ponerme a las órdenes de nuestro glorioso mariscal.

—Vamos corriendo a dar cuenta de todo a nuestro jefe —dijo el llamado Martell—, y dentro de veinte minutos nuestro regimiento estará a vuestro lado.

—¡Nos felicitamos—agregó Arsi—de que sea el mariscal Calveti quien está a la cabeza de este movimiento que todos deseábamos para bien de Istralia! Creo qeu nuestro ejemplo arrastrará a otro regimiento.

—¡Id!—exclamó Montespín—. ¡Id a prisa, amigos míos!

—No, esperad—dijo el mariscal cuando los dos coraceros iban a salir—; vuestra ayuda puede sernos doblemente beneficiosa si la utilizamos con tino. ¿Dónde está emplazado vuestro regimiento?

—En nuestro cuartel, excelencia—contestó Arsi.

—¿Situado en la plaza Nueva?

—Sí, excelencia.

—Por lo tanto, a la derecha de nuestras posiciones y de las posiciones del enemigo que tenemos enfrente.

—Exacto.

—Ya preveía yo que podríais prestarnos un importante servicio. Avanzad hacia aquí para coger al enemigo del flanco y cargad sobre él abriéndoos paso hacia Palacio. Simultáneamente con vuestra carga, nosotros daremos otra y veremos qué terreno ganamos.

—¡Admirable!—exclamó Montespín.

—Todo se hará como lo deseáis, excelencia—dijo Arsi.

—Id, valientes; no perdáis tiempo.

Salieron los dos oficiales y Montespín se marchó tras ellos a dar cuenta a Oscar Luis de aquella gran ventaja que se acababa de conseguir.

—¡Quiera Dios—exclamó Oscar Luis, después de escucharle—que lleguemos aún a tiempo de coger vivos a los malditos que desencadenaron sobre mi pobre país tantas calamidades!

Y se dirigió hacia la puerta, decidido a ser de los primeros en tomar parte en aquella nueva operación.






## CAPITULO LXXXVII

### La derrota de los déspotas

FEDERICO! ¡Federico! ¡Salvémonos! ¡Huyamos de San Francisco, ya que aún estamos a tiempo!... ¿No comprendes que el enemigo es poderoso y que te vencerá fácilmente? La escuadra le apoya y la ciudad ha sido atacada por tres partes... Abandona tus propósitos, recojamos todo el dinero de que disponemos, todas las joyas de la Corona y salgamos de este infierno antes que para nosotros se cierren todos los caminos.

Así gemía Alcira abrazándose al cuello de Lisandri, en una de las salas de Palacio y en presencia de Carpi y del barón Novelli.

—Su majestad tiene razón—dijo este último—. Hemos tomado todas las medidas que se podían tomar; las fuerzas que nos son fieles combaten en los puntos que se les ha designado; pero el enemigo es poderoso y el resultado de la

lucha dudoso. ¿Por qué no ponernos en salvo, conde? Salgamos al menos de la capital y esperemos en lugar seguro el resultado de la contienda. Si triunfan los que nos defienden, fácil nos será presentarnos en Palacio para distribuirnos los beneficios de la victoria, y si, por el contrario, tienen la desgracia de fracasar, entonces podremos huir sin que nadie nos lo impida.

—Alcira y Novelli—murmuró Rodolfo Carpi, que no había cesado de temblar desde que había oído el primer cañonazo—hablan como personas sensatas. ¿Por qué no las escuchas, Federico?

—¡No puedo escuchar cobardías!—replicó Lisandri con voz sorda, apartando a Alcira—. Y en cuanto a vosotros dos, en vez de darme semejantes consejos, haríais mejor en empuñar un par de pistolas e ir a tirotear al enemigo desde las trincheras.

—Sois injusto conmigo, conde. Os he dado ya bastantes pruebas de no ser un gallina, y en cuanto a combatir en esta ocasión, creo servir mejor a nuestra causa dirigiendo las operaciones que haciendo disparos como un simple soldado—respondió Novelli.

Lisandri se dirigió hacia la puerta sin contestar.

—Escúchame, Federico—dijo Alcira corriendo tras él—. ¿Dónde vas? ¿Qué te propones hacer ahora? ¿Por qué te separas de mí, que no tengo a nadie más que a ti en el mundo?

—Sé fuerte—le contestó el malvado deteniéndose junto al cortinaje de la puerta—; es preciso que lo seas en esta hora difícil de mi vida. Templa tus nervios, Alcira; inspírate en mi conducta.

—¡Oh! ¡Tú también estás alterado, Federico! No puedes ocultarlo; se lee en tu rostro.

—¡Pero no tengo miedo! Mi coraje sigue manteniendo duro mi corazón como una roca.

Levantó el cortinaje y salió. Alcira, desesperada, miró sucesivamente a Novelli y a Carpi. El primero se encogió de

hombros, y el segundo, dejándose caer en una butaca, exclamó con un suspiro:

—¡Acabaremos mal!... Me lo anuncia el corazón.

Salió el barón.

—Si teméis vos, que sois hombre—dijo Alcira a Carpi—, ¿qué queda para mí? Vos podréis huir, ocultaros; en cambio, yo, una mujer, tendré que vencer para ello mil dificultades.

—¡Ay, señora! ¿Olvidáis que el pueblo me odia? ¿Olvidáis que para todos soy el rey, el que debe morir para librar a Istralia de la tiranía?

—Si vos sois el rey a los ojos del mundo, yo soy la reina. También a mí me odian, y hasta hay quienes me atribuyen la culpa de haberos pervertido.

—¡Qué engañada está la gente! Nosotros somos precisamente los que no hacemos daño a nadie.

—Así es—afirmó Alcira.

—Pero si Lisandri se empeña en que permanezcamos más tiempo en Palacio, a pesar de nuestra inocencia, seremos despedazados por esos bárbaros que vienen a apoderarse del trono a cañonazos.

—¿Habláis de cañones? ¿Oís cómo truenan? Diríase que desde hace un momento ha aumentado el número de los que disparan sobre las fortalezas que nos defienden.

—Es verdad—murmuró Carpi lanzando otro suspiro—. El estruendo es mayor.

—¿Qué sucederá, Dios mío? ¿Qué sucederá?

—Pedid noticias, enteraos. Yo no salgo, puesto que Lisandri ha hecho creer a todos que estoy enfermo.

—¿A quién pedir noticias? Nadie escucha; todos nuestros servidores parecen haberse vuelto locos.

—¿Y vuestras damas?

—Ya lo véis. ¡Ni una! He sido abandonada por todas. Si triunfamos, volverán a acercarse a mí, y no les faltarán excusas para justificar su ausencia en el momento que más necesidad tenía de ellas; pero si, por lo contrario, somos ven-

cidos, entonces les faltará el tiempo para sonreír a los vencedores.

—La humanidad es mala—gruñó Carpi—. Debíamos haber abierto más los ojos, no dejarnos sorprender nuestra buena fe. ¡También Clara me ha abandonado! Ella, tan generosa con todos los demás; ella, siempre dispuesta a correr en ayuda de la desgracia ajena, no se ha dignado siquiera venir a prodigarme un consuelo.

En aquel instante, un estrépito más fuerte que todos los demás hizo estremecer a aquellos dos pseudorreyes.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurrirá?—exclamó Alcira.

—Id a enteraros, os lo suplico—gimió Carpi.

Alcira salió y se asomó a uno de los ventanales de la galería. Eran las cuatro de la tarde, y un sol tórrido inundaba el patio de Palacio, en el cual un jinete cubierto de polvo y espuma acababa de detener su caballo.

Lisandri, seguido de algunos oficiales de la Guardia regia, acudía hacia él.

—¿Qué hay? ¿Qué noticias traéis? — le preguntó el conde.

—Malas, excelencia. Los coraceros acaban de pasarse al enemigo y combaten en este momento contra las fuerzas que cerraban el paso al mariscal Calveti, las cuales, sorprendidas por lo imprevisto de esta agresión, se han visto obligadas a retroceder.

—¡Sangre y centellas!—rugió Lisandri.

—Son de temer otras deserciones, excelencia. Sobre todo, no deberíamos confiar para nada en la caballería.

En aquel momento otro jinete, en el mismo estado que el primero, irrumpió en el patio.

—¡Gaspar!—exclamó Lisandri al levantar hacia él la cabeza.

—Señor conde—dijo el mayordomo del castillo del malvado con voz jadeante, echando pie a tierra.

—¿Vienes del puerto?

—De allí, excelencia.

—¿Qué hace la escuadra?

—Ya ha desembarcado en el arsenal sus primeros contingentes. Nó hay quien se le oponga.

—¿Y las fortalezas?

—La Negra y la de Carlos II han sido destruídas por los cañones de los barcos; en cuanto a la de la Marina, ha hecho, a última hora, causa común con el enemigo.

—¡Ira de Dios!—bramó Lisandri, rechinando los dientes.

—No quisiera decíroslo, excelencia; pero la situación se vuelve seria por instantes. Además, el pueblo...

—¿Qué hay con esa canalla?—inquirió el protervo, lanzando una mirada terrible al mayordomo.

—Creo que se prepara a ayudar a Calveti. Al venir hacia aquí he visto numerosos grupos de particulares en las calles en una actitud que me pareció agresiva. Además, he oído rumores hostiles a la Monarquía. Cumplo con mi deber de informaros de todo, excelencia.

Lisandri estaba lívido, y al escuchar estas últimas palabras de Gaspar, una arruga profunda surcó su frente.

Después de meditar un momento, sacó una llave de su bolsillo, y entregándosela a Gaspar, le dijo:

—Por lo que pudiera ocurrir, abre mi arca con esta llave, oculta todo cuanto hay en su interior en la gasolinera grande y parte con Jeremías hacia Santa Cecilia. ¿Sabes dónde está esa población?

—Sí, excelencia; dista unos cincuenta kilómetros de San Francisco, sobre la costa.

—Pues bien; allí aguardarás mis instrucciones o mi llegada. ¡Vuela! No hay tiempo que perder.

Volvió a montar Gaspar en su fatigado corcel, y espoleándolo, partió al galope.

Entonces Lisandri se volvió hacia uno de los oficiales de la Guardia regia.

—Id a ver qué hace Emilas para oponerse al avance de los marinos que han iniciado el desembarco—le ordenó.

Alejóse el oficial; pero no había dado aún veinte pasos, cuando volvió junto a Lisandri diciendo:

—Excelencia, he aquí al general Emilas.

El general en quien Lisandri había delegado el mando de todas las fuerzas que defendían San Francisco, venía en un pequeño automóvil conducido por su ayudante. Su rostro sanguíneo, de bigote blanco, no presagiaba nada bueno.

Con una agilidad impropia de sus años, saltó por encima de la portezuela del automóvil y se plantó ante Lisandri.

—Excelencia, cumplo con el deber de aconsejaros advirtáis a los reyes que deben abandonar inmediatamente San Francisco.

—¡General!—exclamó Lisandri apretando los puños—. ¿Es que desconfiáis de poder defenderlos?

—La situación se vuelve crítica por instantes, señor conde. El enemigo nos acosa por todas partes. La escuadra está desembarcando sus fuerzas. Miñaki ha conseguido meter tres batallones dentro de la ciudad y los coraceros acaban de pasarse al enemigo. Tengo noticias que toda nuestra caballería va a seguir el ejemplo de los coraceros y de los defensores de la fortaleza de la Marina, que han desertado también.

—A pesar de ello, os quedan aún quince mil hombres, general!

—Quince mil hombres acorralados por todas partes, excelencia. Lo cierto es que podré sostenerme aún cierto tiempo si el pueblo permanece neutral; pero si, como acabo de informarme, se subleva a favor de Calveti, entonces nuestra situación se hará insostenible por completo.

—Seguid resistiendo, general, y dejadme al pueblo por mi cuenta. Mi Guardia se basta y se sobra para poner los puntos sobre las íes a toda esa canalla.

—Bien, pero vos disponed el modo de salvar a sus majestades.

—Tomaré las medidas pertinentes, general.

—¿Tenéis alguna indicación que hacerme, excelencia?

—Que cumpláis con vuestro deber. Eso es todo.

—Mi conciencia no me dejaría obrar de otro modo, señor conde. Adiós. Vuelvo al frente de mis tropas.

—Que la suerte os acompañe, general.

Emilas saltó dentro de su automóvil, cuyo motor no había dejado de funcionar mientras conversaba con Lisandri, y a los pocos segundos se perdió de vista.

—Ocupémonos ahora del pueblo—gruñó Federico.

Pidió su caballo, y montando sobre él, abandonó Palacio seguido de cien soldados y un capitán de la Guardia regia.

* * *

No habían hecho más que trasponer las líneas de ametralladoras que guarnecían la real mansión, cuando en una bocacalle céntrica divisaron un grupo formado por unos veinticinco o treinta individuos, todos los cuales llevaban armas.

Lisandri se abalanzó hacia ellos con su caballo.

—¿Qué hacéis aquí, perros? ¿Quién os ha autorizado a salir a la calle con ese armamento, fanfarrones?... ¡Arrojad en seguida esas armas al suelo y levantad las manos!

En vez de acatar esta orden, aquellos individuos se miraron como para consultarse lo que debían hacer.

—Es el conde Lisandri—murmuró uno.

—El que sostiene al tirano—dijo otro.

—El verdadero tirano—rectificó un tercero.

—Si nos lo propusiéramos nosotros, esta vez no cantaría victoria.

—¡Pensad en Moner!—dijo una voz más alta que todas las demás—. ¡El mártir de la libertad de Istralia!

—¡Y en la hija del pueblo!—agregó otra voz.

—¡El la ha asesinado!

—¡El!

—¡Bellacos!... ¡Hez de canallas!—rugió Lisandri esgrimiendo su espada—. ¿Obedeceréis?

Uno de los que estaban en último término y que empuñaba una vieja carabina, avanzó hacia él, replicándole:

—¡Bellaco tú!... ¡Bellaco y asesino!

—¡Ah, maldito!

Furioso, iracundo, dejó caer su espada, que partió el hombro de uno de los revoltosos, haciéndole caer sobre el pavimento bañado en sangre.

—¡Matarle!... ¡Matarle!—rugieron los demás, esgrimiendo sus armas.

Sonaron algunos tiros, y el caballo que montaba Lisandri recibió un puntazo en un costado que iba dirigido al jinete y que le hizo encabritarse. ¿Protegía Satanás a aquel malvado? Ninguna de aquellas balas le tocó, y, entretanto, los soldados que le seguían se precipitaron en su auxilio, lanzándose, sable en mano, sobre el grupo de amotinados, que retrocedió batiéndose bravamente.

Otro grupo de hombres, estacionados en las inmediaciones de aquel lugar, acudieron en ayuda de sus compañeros atacados por la Guardia regia. Todos iban armados, unos con pistolas, otros con fusiles, con carabinas, con lanzas, cuchillos, palos, picos y hoces de segadores, que blandían amenazadoramente, dando gritos de "¡Mueran los reyes! ¡Muera Lisandri! ¡Abajo los tiranos! ¡Queremos la libertad! ¡Queremos la República! ¡Viva la República!"

—¡Matar!... ¡Matar!—rugía Federico.

Y los cien jinetes, cargando sobre aquellos desgraciados, hundían cráneos, atravesaban pechos, tajaban, desgarraban a diestro y siniestro, haciendo saltar a chorros la sangre del pueblo. Pero los revoltosos, cuyo número aumentaba por instantes, como si brotasen de entre las piedras del suelo, no renunciaban a la lucha, y acometían encarnizadamente al bien armado enemigo.

Aquel tumulto, aquellos vivas a la República y a las

libertades de Istralia, tenían la virtud de hacer abrir las ventanas y balcones de las casas y asomarse a los vecinos con cara de miedo. Pero el espectáculo que se desarrollaba bajo sus ojos, lejos de aumentar su terror, parecía enardecerlos, y muchos, armándose como mejor podían, bajaban a hacer causa común con aquellos ciudadanos que acometían como fieras a la Guardia regia. Otros, parapetándose tras las ventanas, ayudaban también a los revoltosos dejando caer sobre los soldados hierros, piedras y hasta agua hirviendo y disparando armas de fuego los que las tenían.

—¡Abajo los tiranos!... ¡Viva la libertad!... ¡Viva la República!—gritaban en todas partes centenares de voces.

—Acabemos con esos miserables!—proferían otras—. ¡Matemos a esos granujas!... ¡Ayudemos a Calveti!

Bien pronto aquella calle resultó pequeña para contener a la enorme masa humana que bullía en ella deseosa de tomar parte en la refriega contra los soldados de Lisandri, y éste, que ya había perdido a treinta hombres, viendo malparada la situación, resolvió batirse en retirada.

Llegó a Palacio perseguido de cerca por la multitud amotinada, que al principio no se atrevió a atacar a los soldados armados de ametralladoras que defendían la real mansión, pero les incitaba con voces a sublevarse, a volver sus armas contra los tiranos.

—¡Cobardes!—les gritaban los más exaltados—. ¿Qué hacéis ahí defendiendo a esos verdugos de Istralia? ¿No sois vosotros hijos del pueblo? ¿No os han parido madres honradas como a todos nosotros? Ayudad a vuestros hermanos, ayudadnos a coger al rey Oscar Luis, a la reina Alcira y a ese asesino y bribón de conde Lisandri... ¡Tomad el ejemplo de Calveti, el heroico mariscal, que se ha puesto al lado de sus paisanos que sufren!... El será el presidente de la República de Istralia. ¡Decidíos! ¡No seáis gallinas!

Los soldados oían impasibles aquellos gritos, aquellos clamores populares, y de cuando en cuando miraban a sus jefes,

tan impasibles como ellos. Hubiera sido difícil saber qué ideas pasaban por sus mentes y qué sentimientos por sus corazones.

* * *

Las seis de la tarde. El estruendo de la artillería ha cesado casi por completo, pero lo reemplazan los clamores del pueblo amotinado, que pide la cabeza de Oscar Luis I, de su esposa, Alcira de Sarajev; de Federico Lisandri y de los ministros de la Corona. Todas las fortalezas han cedido. Miñaki avanza hacia el corazón de la ciudad al frente de ocho mil hombres y arrastrando tras de sí numerosa artillería. Tres mil quinientos marineros, desembarcados en el puerto, tratan de llegar también al Palacio real al mando del almirante Arcibaldo, amigo íntimo de Calveti, y éste, al frente de sus fuerzas y de los regimientos que se le han incorporado en las últimas horas de la tarde, se abre camino a su vez en la misma dirección.

El general Emilas, decidido a defender a toda costa a la Monarquía, de la cual ha recibido en los últimos tiempos grandes beneficios, opone valerosamente sus tropas a los tres grupos enemigos, y si bien no consigue rechazarlos, dificulta su avance.

Pero el pueblo sublevado es un enemigo terrible que acaba de surgir a su espalda. En un instante se da cuenta de las proporciones de aquel levantamiento popular y comprende que no le queda más remedio que capitular, que rendirse.

Pero, ¿y los reyes? ¿Se han puesto en salvo ya?

Esto inquieta al general. Su conciencia de monárquico acérrimo no le permite capitular sin estar convencido que la real pareja se ha puesto en salvo. Rápidamente vuelve a montar en su automóvil, que ha utilizado durante todo aquel terrible día para trasladarse de un punto a otro de la ciudad donde combaten sus tropas, y ordena a su ayudante:

—¡Pronto! ¡A Palacio!

Tres minutos más tarde penetra en la real mansión, des-

pués de atravesar por entre la muchedumbre enardecida, que sigue incitando a los soldados fieles al rey a hacer causa común con ella.

Lisandri, más lívido que horas antes, sudoroso, con salpicaduras de sangre en las ropas y en las manos, le recibe.

—¿Qué hay, general? ¿Qué ocurre?

—Excelencia, no tengo más remedio que capitular. Os lo advierto para que pongáis en salvo a sus majestades si aún no lo habéis hecho.

Un relámpago feroz brilla en las pupilas de Lisandri, que cierra convulsivamente sus manos crispadas.

—Yo respondo de los reyes, general. Pero, ¿es que ya no podéis oponer resistencia al enemigo?

—El adversario gana terreno por todas partes. Se lucha cuerpo a cuerpo, de un modo horroroso, y ahora tenemos al pueblo sublevado, al pueblo que nos atacará por la espalda. Si queremos evitar que todos los istralianos se conviertan en Caínes, no hay más remedio que levantar bandera blanca.

—Pero una hora más sí que podréis contener al enemigo, general—dice Lisandri con voz sorda, después de reflexionar un instante.

—Respondo de ello siempre que el pueblo no me ataque a traición—contesta Emilas, cuyo rostro sanguíneo tiene ahora un color violáceo—. Salvad a los reyes, pues.

Federico le vuelve la espalda y se interna en las habitaciones de Palacio. El general se aleja con su automóvil sin pronunciar una palabra más.

Pero todo se precipita. El pueblo, contenido hasta entonces por el miedo que le inspiran las ametralladoras que defienden la morada de los reyes, se decide a atacar, convencido de que sus gritos no hacen mella en el ánimo de los soldados. Un hombre vestido de negro, de gruesas espaldas y que empuña dos revólveres negros como su indumentaria, da la señal y dispara el primer tiro, que mata a un teniente. Un millar de individuos de todas las cataduras, que se empujan, que rugen tras él, le si-

guen. Suenan clarines, abren el fuego las ametralladoras sobre aquella muchedumbre amenazadora, que lanza al espacio clamores de muerte.

—¡Asesinos!... ¡Asesinos!—grita el hombre vestido de negro, descargando sus revólveres sobre la tropa que extermina al pueblo—. ¡Matáis a vuestros hermanos!... ¡Matáis a vuestros padres, canallas!

La Guardia regia acude en ayuda del cordón de tropas que custodia la regia mansión; dispara sus fusiles desde las ventanas del edificio, y esas descargas abren grandes claros en la masa humana, que bulle, que se agita bramando y deseosa de vengarse.

—¡Adelante!... ¡Adelante!—grita el hombre vestido de negro, a quien le siguen siempre los mismos individuos, acometiendo valerosamente a los defensores de Palacio—. ¡Matadlos a todos, puesto que no quieren ponerse de parte de sus hermanos! ¡Tirad sobre los oficiales!... ¡Vamos, hermanos, hay que invadir la madriguera dorada de esos bribones!

—¡Venguemos a Moner!—ruge una voz cerca de él.

—Cuando el trono sea nuestro—dice otra—proclamaremos sobre él la gloria de la hija del pueblo, bárbaramente asesinada en los subterráneos siniestros del castillo de Lisandri. No olvides que es de justicia, Sakasko, hacer inmortal el nombre de esa valerosa mujer.

—Se hará; pero déjame en paz, poeta, y combate... ¡Pelea!... ¡Pelea!

—No es menester que se me incite a ello, pedazo de bruto. ¡Viva la libertad!... ¡Loor a los hijos del pueblo que van a quebrar las cadenas que mantienen a los istralianos en la más bárbara de las esclavitudes! Mi revólver se porta como si no hubiese conocido en su vida otras manos más que las mías. ¿Ves aquel capitán, Sakasko? ¿Ese cornudo que aparta con el pie el cadáver de un pobre soldado? Pues ahora verás qué pronto le doy yo pasaporte para el otro mundo. ¡Atención!... ¡Pum!... ¡Hurra! ¿No te lo decía yo? ¡Manejo mejor el re-

vólver que Guillermo Tell su ballesta! Mírale cómo manotea el aire. Ahora cae el muy pícaro. Le he dado en el vientre, Sakasko. Apostaría que mi bala ha ido a mezclarse con los restos del último muslo de pollo que ese bergante se ha comido a nuestra costa. Vamos por otro. Me gustan los jefes, y sobre todo aquellos que tienen aire insolente. No puedo con la insolencia de los militares, Sakasko; se me indigesta más que los versos de Milton... ¡Por vida de las musas! He ahí uno que es mi ideal... Atención, a ese le tiraré al pecho; mi bala le escudriñará el corazón...

—¡Adelante!... ¡Adelante, hermanos!

—Te sigo, Sakasko, te sigo. He ahí un claro por el cual podríamos meternos. Corre, gandul. Voy cosido a tus talones.

La multitud, ebria de odio y de venganza, había arrollado las líneas de ametralladoras, y luchando ya cuerpo a cuerpo con los soldados, avanzaba hacia Palacio despedazando bajo sus pies a los que tenían la desgracia de caer.

Parte de la Guardia regia tuvo que salir del suntuoso edificio para cooperar con los soldados, impotentes de contener a aquella enorme marea humana. Y pasados unos diez minutos, viendo que todo era inútil, que no había dique capaz de contener aquel desbordamiento popular, se retiró al interior de la morada real y cerró todas las puertas de la misma.

La muchedumbre, rugiendo de furor, se arrojó contra éstas, tratando de derribarlas sin hacer caso de las balas que llovían sobre ella desde todas las ventanas de Palacio.

—¡Muerte a los tiranos!... ¡Muerte a los tiranos!

Y ya no era sólo el pueblo el que pedía la cabeza de los déspotas. Los uniformes militares abundaban entre aquella inmensa masa humana tanto como las ropas de los paisanos. Los que media hora antes habían tiroteado a la muchedumbre, combatían ahora al lado de ella. Y tampoco, confundidos entre los revoltosos, faltaban los canallas que habían sido esbirros de la tiranía, los cuales, comprendiendo que todo había acabado, contribuían a la caída de sus amos deseosos de con-

graciarse con el enemigo, con el pueblo que habían torturado hasta unas horas antes, para compartir con él el botín.

—¡Hay que rodear esta guarida de monstruos! ¡Si no ceden las puertas, entremos saltando la verja del parque! ¡Que no se escape el rey! ¡Hay que cogerle vivo!

—Sin olvidar a la reina.

—¡Ni a Lisandri! ¡Lisandri es el principal culpable de todos los males que ha padecido Istralia!

—¡Corramos, compañeros! ¡Corramos! ¡Por la verja del parque entraremos en Palacio!

Millares de seres siguieron a los que acababan de lanzar estas exclamaciones; pero los demás, quince, veinte mil personas quizá, permanecieron allí, aplastándose contra los muros del edificio, sin pensar en otra cosa que en derribar aquellas puertas y desbordarse en el interior de la morada de los reyes.

De pronto, un coro de clarines vibró en uno de los ángulos de la vasta plaza, y, al oírlo, enmudeció aquel mar de gente. El sol que se ocultaba doraba aún las partes altas de los edificios, y la muchedumbre escuchaba en silencio aquella cálida canción de los clarines que sacudía sus corazones... Cuando callaron, se elevaron algunos rumores.

—Es Calveti que llega... Es el vencedor... ¡Silencio!... ¡Silencio!... Viene el mariscal.

Y de súbito, una exclamación ensordecedora:

—¡Helo allí!... ¡Helo allí!... ¡Viva Calveti!... ¡Viva el mariscal, el salvador de Istralia!

Montado en su alazán, el anciano marchaba delante de su Estado Mayor, pidiendo por señas a la multitud que le abriera paso. Oscar Luis, Mothus, Canevari, Montespín y Pagallos estaban entre los que los seguían.

Millares de gritos volvieron a estallar en la plaza, pasada la impresión que en todos produjo la aparición del héroe.

—Mariscal, haced que se abran al pueblo las puertas de esa madriguera.

—¡Justicia, Calveti!

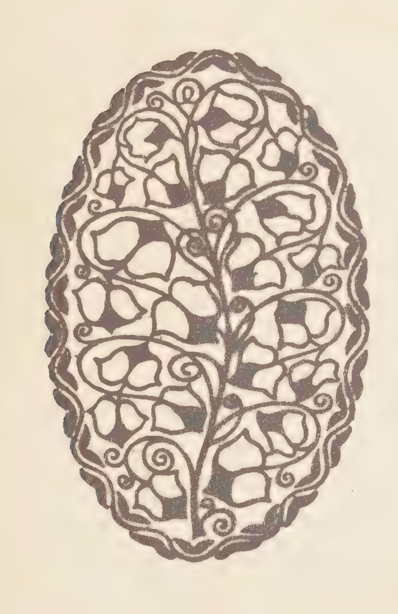
—¡Entregadnos a esos canallas!

—¡Venganza!... ¡Venganza!

—¡Queremos sus cabezas, mariscal! ¡Queremos que se nos haga justicia!

—¡Viva la República!... ¡Viva la República!... ¡Calveti, nuestro salvador, será el presidente!

Ante la puerta principal de Palacio se detuvo el mariscal con todo su Estado Mayor y acompañantes. Levantó la vista, hizo una seña a dos oficiales que acababan de asomarse a uno de los balcones, y un instante después aquella puerta se abría como por encanto.





CAPITULO LXXXVIII

## Los tres gritos

AVANZÓ Calveti con su séquito, avanzó el pueblo sin que nadie fuese capaz de contenerlo.

—Lucas—dijo Oscar Luis con desesperado acento, en el momento de trasponer sobre su caballo aquel inmenso portal de la mansión de los reyes de Istralia—, yo no esperaba entrar de este modo en mi casa... Desconozco a mi pueblo; Lisandri y los suyos han convertido en lobos a los istralianos.

—No digáis eso, sire — contestó Canevari, cuyo corcel marchaba pegado al del joven monarca—. Estos lobos que aullan tras de nosotros se convertirán en mansos corderos cuando sepan lo que ha ocurrido en el trono de Istralia.

—No será fácil convencerlos, Lucas—murmuró Oscar Luis, bajando la cabeza para ocultar la emoción que reflejaba su pálido rostro—. Presiento que me he perdido para mi pueblo.

—Desechad esos pensamientos lúgubres, majestad. Todo

eso es asunto que arreglaremos nosotros con ayuda del noble mariscal. Ahora pensemos en coger vivos a esos pájaros, que son los que nos hacen falta para dar al país las explicaciones pertinentes. Apartémonos a la izquierda, sire. He ahí un camión cargado de heridos que se dirige al hospital. Por lo visto, el pueblo ha sabido afianzar la puntería.

En efecto, una enorme ambulancia automóvil con los distintivos de la Cruz Roja atravesaba en aquel momento el patio de Palacio, al cual acababan de desembocar Calveti con su Estado Mayor, seguidos siempre por la turba aullante.

—¡Paso, paso!—gritaba el "chauffeur", un soldado de barba rubia que llevaba un brazal del humanitario distintivo de la Cruz Roja—. Abrid paso, señores. ¡Abrid paso, buena gente!... Llevo heridos gravísimos. ¡Paso, paso, por piedad!

El mariscal le hizo seña de que se detuviera y ordenó a un capitán de su Estado Mayor:

—Cercioraos si en verdad son heridos los que van dentro de esa ambulancia.

El capitán echó pie a tierra y fué a abrir la portezuela trasera del camión. Un coro de lamentos, brotado del interior del mismo, llegó a sus oídos y a los de las personas que estaban cerca, al mismo tiempo que pudo ver, tendidos sobre el piso de la ambulancia, en la mayor confusión, una docena o más de militares ensangrentados. Impresionado por este espectáculo, cerró la portezuela y dijo al "chauffeur":

—Sigue tu camino.

Obedeció el de la barba rubia, y prosiguió su cantinela:

—¡Paso, paso! ¡Van heridos graves! Apartad, buenas gentes. Al fin y al cabo, todos somos hermanos. ¡Paso, paso!... ¡Paso a los heridos!

La muchedumbre le abría paso con gran dificultad, y de cuando en cuando salían de ella rumores hostiles a la vista de aquella ambulancia que llevaba al hospital a adictos de los tiranos que habían luchado contra el pueblo. Pero si hubo algún intento de agresión, la voz plañidera del rubicun-

do "chauffeur" debió hacerlo abortar con sus llamamientos a la piedad humana:

—Abrid paso, señores. ¡Apartaos, buenas gentes! Dejad que la ciencia haga por salvar a estos infelices, que, al fin y al cabo, son vuestros hermanos. Os juro que ellos no tienen la culpa de lo que ha ocurrido. ¡El diablo se trague a los granujas que nos mandaban combatir contra vosotros! Pero ahí dentro quedan. ¡No los dejéis escapar, por vida mía! ¡Paso, paso a estos heridos graves!

* * *

Tardó el camión sus veinte minutos en atravesar la plaza de Palacio, invadida por aquel mar de alborotada gente que aplastaba y deshacía bajo sus pies a las víctimas del sangriento combate recientemente librado en aquel lugar. Cuando al fin desembocó en una de las anchas avenidas que partían de la plaza y se vió libre de aquella turba, engrosada ahora que la lucha había cesado por mujeres y niños, el "chauffeur" de la barba rubia exhaló un profundo suspiro de alivio; pisó con fuerza el acelerador e hizo emprender al camión una marcha vertiginosa.

Toda lucha había acabado en las calles, y las tropas vencedoras, después de desarmar a las vencidas, ocupaban militarmente la ciudad, cuyos habitantes, pasado el pánico de las horas de encarnizado combate, abrían las puertas y ventanas de sus casas y salían o se asomaban a informarse de lo ocurrido. Emilas se encontraba frente a las tropas de Miñaki cuando dió orden a sus oficiales de que levantasen la bandera blanca para pedir la rendición. Cesada la lucha por ambas partes, mientras sus emisarios trataban con los del enemigo las condiciones de rendición, el general había ido a sentarse en el portal de una casa. Sus soldados pudieron verle cavilar un instante con la cabeza entre las manos, y de pronto, antes

que nadie pudiese impedírselo, empuñó su pistola y se descerrajó un tiro en la sien, muriendo instantáneamente.

Miñaki, respetando a aquel adversario pundonoroso, hizo levantar su cadáver de aquel lugar y conducirlo a su casa con toda clase de respetos y honores.

* * *

Pero sigamos a la ambulancia de la Cruz Roja, que atraviesa la ciudad a marcha vertiginosa, aminora ésta al pasar delante del castillo del conde Lisandri, ante el cual se agolpa una muchedumbre no tan numerosa como la de la plaza de Palacio, pero sí más excitada, más furiosa, que invade la muralla, trepa por las rocas que dan al mar, deshace las ventanas y trata de derribar las puertas, y tras observar el rubicundo "chauffeur" todo aquello con mirada torva, vuelve a pisar con fuerza el acelerador y emprende el camión veloz carrera, siguiendo aquel camino que serpentea entre las grandes rocas de la costa.

Al poco rato pasa delante de una vivienda casi convertida en ruinas, y sigue adelante, siempre a gran velocidad, apartándose ahora del mar para deslizarse entre huertas y sembrados que comienzan a revivir después de las últimas lluvias.

En lontananza, al borde del camino, aparece una granja. Antes de pasar ante ella, el camión deja tras de sí a dos mujeres, una anciana y una joven, que caminan a paso rápido hacia la ciudad. El "chauffeur" he hecho un movimiento extraño al divisarlas; pero sigue con las manos firmemente apoyadas en el volante, el pie oprimiendo nerviosamente el acelerador, atento sólo a la marcha del pesado vehículo.

Ya ha dado alcance a la granja lejana; ahora ésta queda detrás, pero otras aparecen de trecho en trecho a los lados del camino. Las gentes que las habitan acuden al verle pasar y le siguen con ojos agrandados por la curiosidad y el asombro.

Es el crepúsculo; brillan todavía en el cielo los últimos resplandores purpurados del poniente. Una calma profunda cae sobre los campos en medio de los cuales zumba el motor del camión y chirría con los baches todo su férreo armazón. El "chauffeur" ya no divisa a los lados del camino, que se extiende recto, sin ondulaciones, ante sus ojos, granjas ni viviendas de ninguna clase. Está solo con su ambulancia cargada de heridos en medio de la campiña silenciosa y desierta que la noche comienza a invadir con sus sombras. Cambia por completo la expresión de su rostro; sus ojos acerados brillan siniestramente en la penumbra. Aquella cara rubicunda adquiere de pronto un extraño parecido con las figuras de Satán. Instantes después, el camión se detiene, el "chauffeur" abandona de un salto su puesto y abre la portezuela.

* * *

Un rumor de cuerpos que se mueven en la obscuridad del interior de la ambulancia y algunos gemidos apagados llegan a sus oídos.

—¡Pronto!—exclama con impaciencia—. ¡Salid!

Un rostro pálido y hermoso de mujer asoma fuera del vehículo; tras aquel rostro aparece un cuerpo vestido con un uniforme militar. El "chauffeur" extiende sus manos a aquella mujer y la ayuda a saltar a tierra.

—¡Qué miedo, Federico!—exclama pasándose una mano por la frente—. ¡Qué miedo y qué viaje horrible!

Pero el "chauffeur" no la escucha; se dirige a otra persona que también se dispone a saltar fuera del vehículo:

—¡Pronto, Novelli! ¿Y qué hace ese cobardón de Carpi, que no os sigue?

—Aquí estoy, Federico—contesta una voz débil desde el interior del vehículo—. ¡En mi vida me las he visto más negras!

—¡Ea! ¡Fuera! ¡No hay tiempo que perder!

Salta Novelli vestido con uniforme de oficial de la Guardia regia, y tras él aparece Rodolfo Carpi llevando puesto un uniforme parecido. Entonces el "chauffeur" se arranca de un tirón la barba rubia, que arroja en medio de un matorral, y se dirige hacia la parte delantera del camión; levanta el asiento del conductor, en el que ha ido sentado durante todo el viaje, y saca de allí varios bultos de bastante tamaño y gran peso, que deposita en tierra.

Hecho esto, se vuelve a sus tres cómplices, que están enjugándose el sudor que empapa sus rostros.

—¡Cargad con esto, y adelante! No podemos perder minuto sin arriesgar la piel.

Alcira, Novelli y Carpi titubean mirando aquellos bultos. Lisandri, que acaba de cargarse uno en el hombro, se impacienta.

—¿Qué esperáis? Vamos, Alcira, coge tú el más pequeño; vos, barón, cargad con esa maleta, y tú, Rodolfo, con lo que queda.

Y se pone a andar delante de ellos, a campo traviesa.

Cargados con aquellos bultos, Alcira, Novelli y Rodolfo le siguen. Y no tardan en perderse en la obscuridad de la noche, en cuya silencio se elevan los lamentos de los heridos que quedan abandonados en el interior de la ambulancia, condenados a la más horrible de las agonías en medio de aquellos campos desiertos.

* * *

Bajo las arcadas del patio de Palacio, que acababa de atravesar el camión cargado de heridos, que, como acabamos de ver, Lisandri supo utilizar para darse a la fuga con su amante y sus cómplices, Calveti y todos los que le seguían echaron pie a tierra.

—Contened al pueblo—ordenó, volviéndose a varios oficiales del Estado Mayor.

Y en seguida, avanzando hacia Oscar Luis, que estaba entre sus amigos, lo tomó por una mano y lo condujo en medio del círculo que en torno a él formaba su séquito.

—Señores—dijo con voz solemne—, saludad ahora al verdadero rey.

Cincuenta espadas se cruzaron sobre la cabeza de Oscar Luis. Arrebatado de entusiasmo, Canevari gritó:

—¡Gloria al rey mártir! ¡Gloria al auténtico Oscar Luis I!

—¡Gloria! ¡Gloria!—contestaron tantas voces como espadas se cruzaban sobre la hermosa cabeza del joven monarca.

—Podéis comenzar a reinar, sire—dijo el mariscal—. Istralia ya no es el país que conocisteis el día que el destino os elevó al trono de vuestros gloriosos antepasados; pero, con la ayuda de Dios y de vuestros leales servidores, espero que lograréis pacificarlo y ponerlo de nuevo en el camino del progreso, donde le dejó para subir al cielo vuestro ilustre antecesor.

—¡Gracias, mariscal! ¡Gracias, señores!—respondió Oscar Luis con una emoción que hacía difícil su voz—. Pero antes de sentarme en el trono que acabáis de reconquistarme, necesito vengar a mi pueblo atormentado y a mi madre, si ha muerto.

—Los falsos reyes, el conde Lisandri y el barón Novelli, no pueden haber desaparecido, sire. Se les buscará en Palacio, se les capturará y os serán entregados. Supongo que vuestro deseo será hacerlos hablar para averiguar el destino de vuestra augusta madre.

Oscar Luis contestó haciendo con la cabeza un movimiento afirmativo, y Canevari, Montespín y Mathus se adelantaron bajo los soportales.

—¿Dónde vais, amigos míos?—les preguntó el rey al verlos.

—En busca de esos canallas, sire—contestó Eduardo.

Titubeó Oscar Luis; miró al mariscal, que no separaba sus ojos de él, y avanzó hacia sus amigos diciendo:

—Voy con vosotros.

—Acompañad a su majestad—indicó el mariscal a varios de sus oficiales.

* * *

Lo que ocurrió en Palacio a partir de aquel instante no puede ser narrado con detalles.

Los sucesos se precipitaron con tanta rapidez, que no daban lugar a detener la atención en uno cuando ya se producía otro más digno de ser observado que el anterior, y así sucesivamente hasta la saciedad.

Pero observemos nosotros al rey, que, seguido de sus amigos y de varios oficiales del séquito del mariscal, se precipitan hacia las habitaciones particulares de los reyes, donde espera encontrar a los que durante más de un año usurparon su trono y todos los derechos y atributos de la realeza, precipitando a Istralia en el más espantoso de los caos.

¡Cosa extraña! No tropiezan con nadie en las galerías que conducen a los aposentos reales.

Jefes y soldados de la Guardia regia, que han conseguido salvar la piel, han huído; los criados y demás servidores de los falsos monarcas, atemorizados también ante aquella turba enfurecida que amenaza con invadir la real mansión y asesinar a todo aquel que encuentre a su paso, se han puesto también en salvo.

* * *

Llegan, por fin, el rey y sus amigos a las habitaciones donde esperan capturar a los malvados; entran en ellas; las registran; las revuelven. ¡Nadie! ¡No hay nadie!

No importa. Palacio tiene muchos rincones secretos, mu-

chos escondites, y Oscar Luis los conoce todos. En uno de ellos aparecerán los canallas, los verdugos del pueblo. Se les busca con el tesón encarnizado de la jauría a la que se le ha escapado la presa después de olfatearla. Y así son explorados subterráneos sórdidos, sótanos, bodegas, pasadizos cuya existencia nadie sospechaba, excepto Oscar Luis, y cámaras cuyos techos y paredes cambian de posición con sólo tocar un simple resorte. Pero todo es en vano. Los canallas no parecen; los canallas se han esfumado.

—¿Habrán caído en poder de la turba popular al intentar huir?—se pregunta el rey, se preguntan sus amigos.

Aún quedan por registrar las caballerizas reales, el parque real, donde los soldados de Calveti luchan con la muchedumbre que lo invade, para hacerla retroceder. Oscar Luis corre hacia las caballerizas. Al desembocar en el gran patio o explanada donde algunos meses atrás Moner expirara bajo la espada de Lisandri, el rey y los que le siguen se detienen a la vista de unos cuerpos humanos tendidos en el suelo.

Súbitamente, uno de aquellos cuerpos se incorpora. Es un oficial de la Guardia regia. Ha clavado sus ojos en Oscar Luis y le mira atónito. En torno suyo hay un charco de sangre.

—Su majestad—murmura en seguida con voz que es un soplo.

El rey, que lo ha oído, avanza hacia él.

—Desgraciado, ¿cómo me conoces?

El oficial sigue mirándole, y el asombro se extiende por su rostro lívido.

—Sire, estáis cambiado. ¿Cómo os atrevéis a permanecer aún aquí, cuando el pueblo ruge pidiendo vuestra cabeza?

Oscar Luis comprende que aquel infortunado le confunde con el "otro", con el que durante más de un año le ha substituído a los ojos de todo el mundo. Se inclina sobre él, le coge una mano, y estrechándosela con energía, indaga:

—¿Dónde está Lisandri?... ¿Dónde ha ido Alcira de Serajev?

—Pero, ¿es posible que no lo sepa vuestra majestad?—responde estupefacto el herido—. ¿No recuerda vuestra majestad que se ha ocultado con la reina y con el barón Novelli en una ambulancia de la Cruz Roja, con algunos de mis colegas heridos, y que el conde Lisandri, disfrazado de soldado, se puso al volante para salvaros?

—¡Ah!

Más que una exclamación, es un rugido lo que brota del pecho de Oscar Luis.

—¡Aquel camión que pasó a nuestro lado cuando entrábamos en Palacio es el que utilizaron los malditos para escapar!—grita Canevari, que también ha escuchado al herido.

Haciendo un esfuerzo para dominarse, Oscar Luis se inclina de nuevo sobre aquel desgraciado.

—Escucha. ¿Qué dirección sigue la ambulancia que conduce el conde Lisandri disfrazado de soldado?

—Lo ignoro, sire. ¡Y yo que os vi ocultaros en ella!

—No era yo el rey que tú viste esconderse entre tus compañeros heridos.

—¡Oh! ¿Quiere decir que vos no sois el rey?

—Si curas, lo sabrás todo—responde Oscar Luis poniéndose de pie.

—Vamos, sire, vamos—dice Canevari, que no puede contener su impaciencia—. Lancémonos a la caza de esos canallas.

* * *

Oscar Luis da orden de que queden allí dos oficiales para atender a los heridos y se lanza, seguido de todos los demás, hacia la puerta principal de Palacio. En el patio de los soportales, Calveti le sale al encuentro.

—¿Habéis hecho alguna captura importante, sire?

—¡Se me han escapado!—responde Oscar Luis con voz sorda—. ¿Recordáis esa ambulancia de la Cruz Roja que salía en el momento que nosotros íbamos a desembocar en este patio?

—Recuerdo, sire. ¿Iban en ella, acaso?

—Eso es lo que he podido averiguar, mariscal.

—Pero si yo hice que uno de mis oficiales comprobara si había heridos dentro de ella...

—Y en efecto, mariscal, había heridos, y entre los heridos, esos miserables...

—¿Sabéis dónde se dirige ese camión?

—No, pero creo no será difícil darle alcance.

—Ha pasado mucho tiempo, sire; pero, no obstante, tomaré medidas para que sea detenido allí donde se le encuentre.

—¡Yo me lanzaré en su busca y mis fieles amigos me seguirán!

—No hagáis eso, sire. No salgáis de Palacio.

—¿Por qué?

—Peligra vuestra cabeza.

—¡Ah!—exclamó Oscar Luis, por cuyos labios pasó una sonrisa de ironía—. ¿Teméis que me confundan con el "otro"?

—No puedo negároslo, sire. He conseguido tranquilizar al pueblo, prometiéndole justicia; he conseguido que abandonase su empeño de asaltar Palacio, y ahora nos queda la tarea larga y peligrosa de hacerle comprender la verdad. Mientras tanto, debéis absteneros de mostraros en público.

—Siguiéndoos he atravesado por entre la muchedumbre, y nadie me ha reconocido.

—Ibais cerca de mí, sire, y no era cosa de que la gente sospechase que llevaba a mi lado al monarca contra quien había yo lanzado mis tropas.

—Acatad el consejo del mariscal, señor—dijo Pagallos, que no se había separado del lado de Calveti—. Os habla como hombre prudente que conoce a las multitudes.

Oscar Luis cambió una mirada de desesperación con Mothus, Canevari y Eduardo.

—Tengo una idea, sire—dijo Lucas de pronto.

—Habla—respondió el rey.

—Realizar nosotros lo que no podéis hacer vos por los inconvenientes que apunta su excelencia el señor mariscal.

—¡Admirable!—exclamó Montespín—. Conocemos muy bien a todos esos canallas para que puedan escapársenos si llegamos a descubrir su paradero. ¿Eres de la partida, Joaquín?

—¡Con alma y vida!—exclamó Mothus.

—¿Nos autorizáis, sire?—inquirió Canevari ante el silencio del rey.

—Id—dijo Oscar Luis—, y si dais con ellos, no olvidéis de arrancarles noticias acerca del paradero de mi madre.

—Estad seguro que no lo olvidaremos, sire — contestó Mothus.

—Y también, sire—dijo Canevari en voz baja al oído del soberano—trataremos de averiguar el paradero de esa hermosa criatura que no ha dejado de vivir en vuestro corazón y en vuestro pensamiento desde el día que empezasteis a errar por el mundo sin trono ni corona.

—¡Ah!—exclamó Oscar Luis—. ¡María Teresa!

Y toda la ternura de su alma pareció asomarse a sus ojos.

—Partamos—dijo Eduardo—. Adiós, sire. Adiós, señor Pagallos.

—Me quedo con su majestad—declaró el embajador estrechando la mano que le tendía Montespín—. De buena gana iría con vosotros, pero no estoy, a mis años, para esas aventuras.

* * *

¿Qué pudieron averiguar acerca del paradero de aquella ambulancia de la Cruz Roja los tres amigos?

¿Podía haber en aquellas trágicas circunstancias quien se ocupase de parar su atención en un vehículo cargado de heridos? Desde luego no faltaron quienes declararon haber visto aquel camión conducido por un "chauffeur" de barba rubia; pero en lo tocante a la dirección que había seguido, todos se contradecían. Unos pretendían haberle visto seguir la avenida que conducía al puerto; otros, que había doblado por la calle del Hospital; quién afirmaba haberle encontrado cerca de la Puerta Romana, y tampoco faltaba uno que decía haberse tropezado con él bajo el puente del ferrocarril de Nazaret, en las afueras de San Francisco. No sabiendo a cuál de estas versiones dar crédito, Mothus, Canevari y Montespín resolvieron acogerlas todas y seguir esas pistas una por una hasta ver si daban con la verdadera. Recorrieron en uno y otro sentido grandes distancias, interrogando a numerosas personas; pero todo fué en balde, y las pocas esperanzas que abrigaban de lograr algún éxito en aquella enmarañada cuestión, se desvanecieron.

* * *

Estaban en uno de los extremos de la ciudad, y hacía ya más de dos horas que había cerrado la noche, cuando a sus oídos llegaron las primeras noticias de lo que desde hacía rato estaba ocurriendo en Palacio.

La muchedumbre, apaciguada por las exhortaciones de Calveti a esperar con serenidad y calma los frutos de aquel levantamiento en masa, había vuelto a sublevarse y a intentar una nueva invasión de Palacio.

Se oían gritos hostiles contra el heroico anciano, a quien se acusaba de haber dejado escapar a los tiranos y de no asumir una actitud franca ante el pueblo, que quería saber a todo trance a qué atenerse respecto a la nueva forma de ser gobernado.

—El mariscal es un monárquico—se murmuraba—, y nos

dará otro rey. Nosotros estamos cansados de monarcas, y queremos la República, queremos gobernarnos nosotros mismos.

—¡Nada de reyes, ciudadanos, nada de reyes!—pregonaban individuos de ideas avanzadas deslizándose por entre aquella enorme masa humana dispuesta a dar crédito a las mayores monstruosidades y a cometer los más deplorables excesos—. Tomemos el ejemplo de otros países que prosperan a pasos agigantados y en los cuales el pueblo es el único amo y señor de sus destinos. ¡La República socialista, ciudadanos!... ¡Basta de mentiras! Calveti no nos hará justicia; en el fondo, es un enemigo del pueblo. Durante toda su vida ha comido de lo que los reyes quisieron darle, y ahí le tenéis que ha perdonado la vida a esos malditos.

—¡Ahorquemos a las gentes de espada!

—No seáis ingratos—replicaban los que no habían perdido la cabeza—. Calveti nos ha salvado.

—¡Ilusos! Nos ha librado de un tirano y nos dará otro peor todavía. Esta es nuestra hora, ciudadanos. Si sabemos aprovecharla, seremos los hombres más felices de la tierra; pero si, por lo contrario, nos dejamos engañar por esos militares, blandos con todo lo que signifique señorío o nobleza y duros con el pueblo que los paga y los mantiene, mañana Istralia volverá a caer en la esclavitud.

Unos rechazaban estas opiniones atrevidas y se pronunciaban por la moderación; pero otros, los más miserables, los que más habían sufrido, las hacían suyas, se dejaban inflamar el corazón por ellas y paulatinamente engrosaban el número de los más exaltados, del cual formaba parte ya toda la canalla enemiga del orden, todos los bandidos que horas antes habían defendido a sangre y a fuego a la tiranía que les daba de comer y que no tenían ahora otro propósito que el de aprovechar la revuelta popular para saquear a su gusto a sus antiguos amos.

Se discutía, se blasfemaba, se gritaba y se rugía sin que al parecer nadie lograse entenderse. Y en medio de aquel espan-

toso vocerío, se oían no pocos lamentos de mujeres que buscaban a sus maridos, a sus hermanos, a sus hijos, sin que nadie las escuchase, sin reparar ellas tampoco que el ser a quien querían hallar en medio de aquel mar humano yacía destrozado bajo sus pies. Los soldados hablaban de colgar a sus jefes; los obreros de incendiar las fábricas, cortar el cuello a sus dueños y repartirse sus riquezas, y casi todos los demás rugían pidiendo las cabezas del rey, de la reina, de Lisandri y de muchos de los que los habían secundado en su gobierno despótico.

* * *

En medio de aquella infernal batahola, era de notar un grupo formado por unos mil individuos, que desde que Calveti había rogado al pueblo que se abstuviese de invadir Palacio y hecho cerrar de nuevo las puertas, se había situado en una esquina de la regia mansión y allí permanecía guardando relativo orden.

Muchos de sus componentes solían separarse de él para confundirse entre la masa de gente alocada e inquieta que los rodeaba, y tras una ausencia más o menos prolongada, volvían al punto de partida, se abrían paso entre sus compañeros y se acercaban a un hombre vestido de negro que apoyaba sus recias espaldas en la misma pared de Palacio. Tras de sostener con este hombre un breve diálogo, volvían a ocupar su puesto en el grupo o se sumergían nuevamente en aquél revuelto mar de criaturas humanas.

¿Fué a consecuencia de estas extrañas incursiones de los componentes del grupo al centro de la multitud, que ésta comenzó a reparar en aquel millar de extraños personajes que guardaban una compostura incompatible con las circunstancias? El caso era que el gentío fijaba ahora su atención en aquella gente mal armada, pero unida toda ella por una disciplina que contrastaba con el aspecto de cada cual. Escuche-

mos lo que dice la plebe, a quien la curiosidad hace derivar hacia la esquina de Palacio.

—¿Son esos que están ahí?

—Esos.

—¿Los llamados hijos del pueblo?

—Los mismos.

—¡Toma! Son los que yo he visto arremeter contra los soldados que defendían Palacio.

—Yo también he visto combatir a muchos de ellos como valientes.

—Son los únicos que aquí saben lo que se hacen.

—¿Quién los manda?

—Sakasko.

—¿Quién es Sakasko?

—Un hombre de gran corazón y de gran talento, según dicen por ahí.

—Un obrero como nosotros que se ha quemado las cejas estudiando.

—¿Está entre su gente?

—Sí, mírale. Se le ve desde aquí.

—¿Cuál es? ¿Cuál?

—Aquel del bigote.

—¿El que va vestido de negro?

—El mismo.

—Tiene cara de honrado.

—Y de listo.

—Verdaderamente, tiene razón ese joven que nos hablaba de él hace un momento; deberíamos seguirle, apoyarle...

—¿Qué es lo que quiere Sakasko?

—¿No has oído a aquel joven?

—No.

—Pues quiere que se haga justicia al pueblo y que se organice un Gobierno republicano formado por hombres honrados. Desconfía de los militares, y tiene razón.

—Si eso es lo que él quiere, estoy a sus órdenes.

—Y yo.

—También puede contar conmigo.

—¡Viva Sakasko!

—¡Viva la República!

—¡El que no apoye a ese hombre es un cobarde!

—¡Un degenerado!

—Yo estoy con él, hijos míos. Pedidle que mande echar abajo esas puertas y que deje al pueblo tomarse la justicia por su propia mano.

—¿Quién ha pronunciado esas palabras?

—Es una mujer.

—¡Una vieja!

—Soy yo, hijos míos. Miradme. Sé muchas cosas.

—Tiene cara de loca.

—De lechuza, más bien.

—Tú no eres de San Francisco, abuela.

—Soy de Nazaret, y he sido robada por uno de esos pillos que os han martirizado tanto, hijos míos.

—¿Qué ha podido robarte a ti?

—Cien mil francos, hijos de mi corazón.

—¡Cien mil francos a una mendiga! A otro bobo con ese cuento, abuela.

—No seáis incrédulos, hijos míos. ¿Mendiga yo? No lo he sido nunca más que ahora. ¡Juro ante Dios que me han robado cien mil francos!

—¡Cáspita! ¿Y quién ha sido?

—El conde Lisandri.

—¡El maldito!—exclamaron numerosas voces.

—¡El que más daño ha hecho al pueblo!—gritaron otras.

—¡La mano derecha del tirano!—agregaron más.

—Pues él me ha robado mis cien mil francos, hijos míos. Además de asesino, ladrón. En cambio, la reina...

—¿Qué vais a decir de la reina?

—La pobrecilla tenía un corazón de oro; sufría, os lo garantizo, viviendo entre esos monstruos.

Cien gritos de protesta se elevaron en torno de la harapasa anciana:

—¡Mal rayo la parta!

—¡Era tan sanguinaria como Lisandri!

—¡Se acostaba con él!

—¡Si hubiese tenido corazón, se hubiera vuelto a Serajev!

—¡Era una ramera!

—¡Hay que cortarle el cuello en compañía de su marido!

—¡Eso es poco!

—¡Habráse visto con qué cantinela nos viene esta bruja!

—¿Supondrá ese espantapájaros que los de San Francisco nos chupamos el dedo?

—¡Silencio! ¡Silencio!

—¿Qué pasa?

—¡Callad todos! ¡Silencio! ¡Sakasko va a hablar!

—¡Orden! ¡Atención!

Sakasko, a quien acababan de izar sus partidarios hasta una de las ventanas de Palacio elevadas a metro y medio del suelo, apareció ante la multitud en la penumbra del crepúsculo.

Cuando creyó que conseguiría hacerse oír, dijo con voz potente:

—Istralianos: tenemos el deber de procurar que la sangre que hoy ha corrido por las calles de San Francisco no se haya derramado en vano. Concluída esa lamentable lucha fratricida, un solo anhelo debe latir en vuestros corapones: ser libres, ser los dueños de vuestros propios destinos...

Una tempestad de clamores le interumpió:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Habla como un apóstol! ¡Eso es lo que queremos todos! ¡Viva Sakasko!

—Escuchad, hermanos—prosiguió el orador cuando logró

imponer silencio—. En este momento la libertad que acabamos de reconquistar de las garras de los tiranos nos pertenece, es nuestra. Somos los dueños de nuestras vidas y de nuestra patria; somos la fuerza; somos el pueblo soberano que ha despedazado sus cadenas y se yergue majestuoso como un león sobre los derechos del régimen bárbaro con que hemos sido gobernados durante más de un año. ¿Y no sería imperdonable estupidez que nos dejásemos arrebatar el tesoro que tanta sangre nos ha costado? Pues bien, nobles hijos de Istralia: aquí, dentro de este palacio que ha sido la morada de nuestros verdugos, se trata de malograr nuestra conquista. ¿Por qué ha de decidirse a puertas cerradas la suerte del pueblo, nuestra suerte? ¿Quién da autoridad a Calveti para imponernos el Gobierno que él quiera o elegir al nuevo rey que ha de gobernarnos? ¿Quién es Calveti? Un criado de monarcas. Ha vencido hoy al poder de los tiranos, porque los soldados, nuestros hijos, nuestros hermanos, le han apoyado y obedecido, y porque nosotros, el pueblo, hemos secundado su obra; pero nada de eso le da derecho para constituirse en el árbitro de nuestros destinos. La suerte de los istralianos deben decidirla los istralianos mismos. Esa es la verdad, ciudadanos.

Nuevos clamores y ovaciones le interrumpieron:

—¡Tiene razón! ¡Viva Sakasko! No debemos dejar que nadie nos ate! ¡Somos los amos de la situación! ¡Somos la fuerza! ¡Viva Sakasko! ¡Vivan los hijos del pueblo!

—Silencio, ciudadanos; dejadme hablar, hermanos míos—continuó el presidente de los hijos del pueblo, exaltado por sus propias palabras y por aquellas ovaciones delirantes—. Si yo, que en las horas más crueles y siniestras de la tiranía he luchado por vosotros conspirando contra los tiranos, merezco vuestra confianza, os pido me otorguéis vuestro apoyo para llamar a las puertas de este edificio y preguntar a las personas reunidas dentro de él qué es lo que proyectan o traman...

—¡Sí, sí! ¡Es justo! ¡Que vaya! ¡Sakasko es nuestro representante! ¡Que vaya! ¡Que vaya! ¡Todo concedido!

—Yo, hermanos, haré llegar a oídos de esas personas vuestra voz ruda y noble; les haré sentir vuestras aspiraciones y les diré que Istralia quiere ser gobernada por hombres que merezcan su entera confianza y simpatía en un régimen que no comprometa sus libertades. ¿Estáis satisfechos?

—¡Lo estamos! ¡Viva Sakasko! ¡Viva la libertad! ¡Queremos justicia!

—¿Me apoyáis todos?

—¡Todos! ¡Todos!

—¿Me seguiréis donde fuera necesario?

—¡Sí! ¡Sí!

* * *

El espacio se estremecía con tantos gritos, Sakasko, comprendiendo que no debía dejar enfriar el entusiasmo popular, saltó a tierra desde la ventana y dijo a los que le rodeaban:

—Vamos a dar a la Humanidad un día de gloria. Seguidme, Schart; ven con nosotros, Luman. Vamos a llevar la voz y el sentir del pueblo a esos señores que se han encerrado en esta casa para no oírlo. Venid también vosotros, Curtis, Vanapole y Singer.

Y Sakasko, con Schart, Luman y los tres señores últimamente nombrados, que eran los mejores estudiantes de la Universidad de San Francisco, se encaminaron hacia la puerta principal de Palacio, por entre la multitud que les abría paso ovacionándolos de un modo delirante. Tomando la iniciativa, la plebe golpeaba ya aquella puerta con las armas de que disponía.

Al rato, cuando los golpes contra la puerta eran tan fuertes que ésta amenazaba saltar en pedazos, una ventana se abrió encima de la misma y un oficial asomó la cabeza.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Ostento la representación del pueblo—respondió Sakasko con voz tonante—, y deseo entrar para saber lo que ahí se trata.

—Esperad.

Se retiró el oficial, pasaron algunos minutos, y por último se oyó cómo por dentro descorrían los pesados cerrojos y la puerta se entreabría.

—Entrad los que decís representar al pueblo—dijo el oficial que poco antes había hablado desde la ventana.

—Somos seis—respondió Sakasko.

E indicó al profesor, al poeta y a los tres estudiantes.

—Si dentro de veinte minutos no aparecemos a vuestra vista—dijo Schart dirigiéndose a varios hijos del pueblo que los habían escoltado hasta allí—, querrá decir que hemos sido asesinados o estamos en mala situación. En ese caso, incitad al pueblo para que asalte este edificio y acabe por hacerse justicia.

Y el profesor entró el último, detrás de sus compañeros de causa. Tras él se cerró la puerta de la mansión de los reyes de Istralia.

* * *

Acompañados por el oficial que les había abierto la puerta y por varios soldados, Sakasko y sus compañeros fueron a dar en un patio bajo en cuyos soportales encontraron a Calveti, a Miñaki y a los generales y jefes del Estado Mayor del ejército que había combatido contra los usurpadores del trono.

La noche había cerrado, y el patio estaba iluminado por numerosos faroles de petróleo a falta de la luz eléctrica, por haber dejado de funcionar las fábricas productoras de flúido.

Luman, que llevaba en la mano su inseparable bastón de nudos, reparó en un joven vestido de militar, de gallarda presencia, que, sentado en un banco, a cierta distancia de aquel

grupo de personajes, parecía meditar, indiferente por completo a cuanto le rodeaba. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos entornados, y su rostro impresionaba por su palidez.

—¿Dónde he visto yo otra vez esa cara de romántico?—se preguntó el poeta—. Más que militar, ese muchacho parece un bohemio de Murger.

La voz de Calveti le obligó en aquel momento a apartar la atención de aquel joven melancólico. El mariscal se dirigía al grupo del cual formaba parte el poeta, pero mirando particularmente a Sakasko y a Schart.

—¿Sois vosotros los que pretendéis venir en nombre del pueblo?

—Venimos en nombre del pueblo, mariscal—rectificó Sakasko con gran serenidad—. Somos sus representantes, mejor dicho, una parte de él que viene a haceros oír sus aspiraciones.

—Con la ayuda de mi heroico ejército, reclutado en las provincias de Istralia—dijo Calveti—, he reconquistado las libertades de mi patria. Es tarea mía, ciudadanos, poner esas libertades en manos de personas que sepan respetarlas y hacerlas respetar.

—El pueblo necesita saber quiénes serán esas personas.

El mariscal hizo un gesto de cólera. Luego, paseando en torno suyo sus ojos, profundos, magnéticos, replicó:

—¿Quienes?... ¿Quiénes? Ante todo, una; una que vale por todas las que pudierais elegir vosotros.

—¿Quién?—preguntó Sakasko, que, a pesar de la contrariedad del mariscal, no perdía su admirable aplomo.

Calveti replicó:

—El rey, el verdadero rey.

Los seis representantes del pueblo se miraron. El joven melancólico, sentado en el banco, bajo los soportales, había erguido su hermosa cabeza, y, saliendo de su indiferencia, observaba a Sakasko y al mariscal.

—Pero, ¿qué rey?—preguntó Schart, cuya barbilla canosa temblaba ligeramente—. ¿Quién es ese "verdadero" rey?

—Oscar Luis I.—dijo Calveti.

—¡El tirano!—exclamaron a un mismo tiempo Sakasko, Luman y Schart.

—El tirano, no; ¡la víctima!—gritó el mariscal.

—¿Qué excusas son esas?—preguntó el profesor, irguiéndose ante Calveti.

—Es menester que el pueblo sepa la verdad, que se le explique que el *hombre* que ha reinado en Istralia desde el día de su boda con la princesa Aleira no era Oscar Luis, el verdadero Oscar Luis, sino un canalla que logró reemplazarle, haciendo desaparecer al legítimo monarca y desterrando a todas aquellas personas que hubieran podido desenmascararlo—declaró el anciano mariscal, procurando dominar su exasperación.

* * *

Volvieron a mirarse los hijos del pueblo. La duda asomaba en las pupilas de todos ellos.

—El país no podrá creeros—dijo Sakasko—. No escuchará vuestras explicaciones, mariscal. Quiere una situación clara y esa situación sólo puede conseguirla proclamando la República y nombrando un Gobierno responsable y digno de toda su confianza.

—¡La República!—exclamó Miñaki adelantándose hacia Sakasko—. ¡Sabed que por esa exigencia no pasaremos los que hemos luchado para devolver al pueblo sus libertades y sentar en el trono al verdadero monarca! Es preciso que Oscar Luis I, el joven rey, digno descendiente de los Nazari, vuelva a sentarse en el trono del cual fué arrojado a raíz de una conjura infame. Si su forma de gobierno no fuese todo lo liberal y justa que es de esperar, allá se las entienda él con vosotros y nosotros. En el día de hoy, los istralianos han

aprendido la manera de desembarazarse de gobernantes molestos; pero por nuestra parte, no estamos dispuestos a consentir que se posponga al legítimo rey.

Hubo un silencio. La cara de Miñaki se había puesto roja mientras hablaba, y llevaba con frecuencia la mano a la empuñadura de su espada, obedeciendo a un irreprimible deseo de arrojar de allí a aquellos seis miserables que tenían el atrevimiento de querer hacer prevalecer su voluntad por encima de la de todos los que habían luchado por la causa del rey.

—Cumpliendo con la misión que se me ha confiado—respondió al fin Sakasko, intimidado esta vez por la actitud violenta del general—, me limito a deciros que el pueblo no aceptará bajo ningún concepto el Gobierno de una nueva monarquía.

—¡Eso lo veremos!—replicó Miñaki—. Ahora haced el favor de retiraros. A su debido tiempo, el mariscal Calveti consulturá a la opinión pública. Dejamos desde este momento de reconoceros con derecho para representar al pueblo.

Volvieron a consultarse con la mirada los hijos del pueblo.

—No hay nada que hacer—murmuró Schart—. Se nos echa, marchémonos.

—Al ofendernos, ofenden al pueblo—murmuró el joven Singer.

—Este asunto ha de arreglarse en la calle—dijo Casimiro Luman con fanfarronería, empuñando su bastón como lo haría un guerrero con su espada llegado el caso de tener que servirse de ella.

Iban a volverse, cuando una voz se elevó desde cerca de allí, diciendo:

—Un momento, señores; un momento...

Volvieron todos la vista hacia el lugar de donde había partido aquella voz, y el poeta vió que el que acababa de pronunciar esas palabras y el que a ellos se acercaba era el joven que había visto meditar sentado en el banco, bajo los soportales del patio.

Detuviéronse los que se arrogaban la representación del pueblo, y en cuanto a las demás personas que allí había, se hicieron respetuosamente a un lado para dar paso a aquel joven militar de rostro hermoso y triste.

—Mariscal, general Miñaki, señores—agregó así que hubo llegado junto a ellos—. ¿A qué os empeñáis en ir contra la voluntad del pueblo? Dejad que éste se gobierne a su manera. Yo no tengo ningún interés en ser rey.

—¡Majestad!—exclamó Calveti—. Los que os amamos no podemos tolerar que el pueblo por el cual tanto habéis sufrido os haga objeto de una injusticia.

—Istralia necesita que Oscar Luis I reine sobre ella —agregó Miñaki.

—Los istralianos no me creerán—dijo con voz triste aquel joven—. Dejadles, os lo ruego. No quiero ver correr más sangre. ¡Prefiero sacrificarlo todo antes que dar a mi patria un solo día de luto!

Un anciano vestido con ropas de montar se adelantó hacia los seis hijos del pueblo, que miraban mudos de asombro al joven soberano.

—Señores: ¿habéis escuchado alguna vez tan sencillas y nobles palabras de labios de un rey? ¿Os atreveréis aún a dudar que su majestad, aquí presente, no era el soberano que os torturaba desde lo alto de su trono?

—No exageréis mis virtudes, señor Pagallos, os lo ruego —dijo Oscar Luis.

—Indudablemente, es singular cuanto acontece—murmuró Luman, como si hablara consigo mismo.

—¡Oh, sire!—exclamó el anciano vestido con el traje de montar—. No hago más que decir la verdad. Cuando el país conozca vuestra triste odisea de monarca despojado y perseguido, comprenderá la grandeza de vuestro sacrificio y se arrepentirá de haber sido cruel con su rey...

—Bien sé que el porvenir es la justicia—murmuró el joven

soberano—; pero yo no aspiro a otra cosa que ver feliz a mi pueblo. Bastante ha sufrido en los últimos tiempos para que yo intente oponerme a que realice sus deseos. No quiere oír hablar de Monarquía, y tiene razón. Ningún rey puede comprender las necesidades de sus súbditos al menos que haya vivido entre ellos, como yo he vivido; que haya sufrido lo que yo he sufrido... Os repito, señores, que podéis volveros entre la pobre gente que aquí os ha enviado y decirles que ellos, sólo ellos, son los dueños del país que habitan y los encargados de fijar sus destinos.

—Majestad—dijo Calveti—, os resignáis a la desgracia, a vivir despojado.

—No, mariscal. El trono no puede darme lo que me han robado los canallas que lo usurparon: el cariño de mi madre y el amor de una santa criatura que hube de sacrificar para ceñir en mis sienes la corona de Istralia. Dejadme que busque a esos amados seres, que los una a mi vida, si aún conservan la suya; que viva consagrado a su recuerdo, si ya no pertenecen a este mundo...

Y viendo que los hijos del pueblo, estupefactos ante sus palabras, no se movían, agregó:

—Salid, salid, amigos míos. Ya nada os queda que hacer aquí.

—¡Por las barbas de Hugo!—exclamó Luman de botones adentro—. A la verdad que este rey no se parece al que todos hemos combatido y odiado. Sabe conmover cuando habla.

—Sea, salgamos—dijo Sakasko con un encogimiento de hombros—. Salud, señores.

* * *

Los seis defensores de la República se alejaron con la cabeza gacha, visiblemente confusos en medio del silencio del rey y de todos cuantos le rodeaban.

En el momento que el oficial que los acompañaba se disponía a descorrer los cerrojos de la puerta, Schart y Sakasko se miraron.

—¿Qué pensáis de todo lo que hemos visto y oído?—inquirió el profesor.

El presidente de los hijos del pueblo tardó en contestar, y, por último, dijo:

—No sé, bien pudiera tratarse de una comedia...

—¡Eso es lo que yo creo!—exclamó Schart, cuya barbilla canosa volvió a temblar de indignación—. Para aplacar nuestras iras, el rey nos ha salido al paso con ese cuento de la usurpación del trono.

—Todo es obra de Calveti—dijo el estudiante Vanapole, que escuchaba—. El mariscal ha sido siempre un fervoroso servidor de los Nazari y ha inventado esa historia para salvar a Oscar Luis I.

—La República, amigos míos—manifestó Sakasko—nos pondrá a cubierto de todas esas sordas maquinaciones. Tratemos de apoderarnos ahora del palacio del gobernador, del edificio de la Jefatura de Policía y demás centros del Estado y a izar en ellos nuestra bandera roja. Mañana comenzará para Istralia una nueva era.

—Ya era hora—gruñó Schart.

Y Casimiro Luman, que los escuchaba como a través de un sueño, murmuró en el momento de trasponer el umbral de Palacio para confundirse con sus compañeros entre la multitud aullante:

—El caso es que ese rey tiene alma... Sus palabras, su acento... Sí, sí; dentro de ese pecho hay un corazón...

* * *

Calveti fué el primero en romper aquel profundo silencio que siguió a la retirada de los representantes del pueblo.

—¡Sire!—exclamó con dolorido acento—. ¡Os habéis dejado engañar por una cuadrilla de granujas que van a precipitar a Istralia en una anarquía más espantosa que el régimen despótico con que gobernaron los que usurparon vuestro trono!

—Calma, mariscal—contestó el soberano—. La noche aquella que llegué a vuestra casa disfrazado de fraile para pediros ayuda, comparásteis a Istralia con un enfermo atacado de cáncer, ¿lo recordáis? Según vos, Istralia estaba perdida para la corona; extirparíamos el tumor, pero como la enfermedad era incurable, el tumor volvería a salir en otro sitio. He aquí que el tiempo viene a daros la razón: la hemos librado de los usurpadores de mi trono, que la tiranizaban, y ahora, por huir de la forma de gobierno que pueda dar lugar al resurgimiento de nuevos tiranos, va a caer en la anarquía.

—¡Otra intervención quirúrgica, sire!—exclamó el señor Pagallos.

—Será inútil, amigo mío; cuando salga de su crisis mortal, será para renovarse.

—Pero ni aún en los casos de muerte segura, majestad—dijo Miñaki—, el médico abandona al paciente. Nuestro deber de istralianos nos aconseja no separarnos del lado de la patria moribunda, luchar hasta el último extremo contra el mal que la mina. Vos sois su salvación, sire. Señores: persuadamos al pueblo de que Oscar Luis I es el único hombre que puede salvarle de la catástrofe que le amenaza. Mariscal, alzad vuestra espada por la causa del rey. Todos estamos dispuestos a seguiros, ¿verdad, señores?

—¡Nuestra vida pertenece a Oscar Luis I!—respondieron todos—. ¡Viva el rey!

—¡Intento vano!—murmuró el joven monarca con amargura.

—Acompañadme, istralianos—dijo el mariscal—. Pero, no; mandad antes que se iluminen los balcones principales de Palacio. Quiero que la multitud vea al viejo soldado que va a

llamar a las puertas de su corazón y a su conciencia. ¡Prisa! Debo mostrarme al pueblo antes que esos bribones que acaban de salir tengan tiempo de sublevarle contra nosotros!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cinco minutos más tarde, Oscar Luis se mostraba en uno de los balcones principales de Palacio, fantásticamente iluminado con antorchas, faroles y hasta con luces de bengala, teniendo a su derecha al mariscal Calveti y a su izquierda al general Miñaki.

Bajo ellos, llenando la inmensa plaza, se apretujaba la multitud inquieta y rugiente como un mar azotado por furiosa tempestad.

Calveti se adelantó, hizo un gesto, y como por encanto cesaron todos los clamores.

Veinte mil pares de ojos, o quizás más, se clavaron anhelantes en aquellos tres personajes que se destacaban en el balcón iluminado.

—¡Istralianos!—gritó el mariscal con toda la potencia de sus pulmones—. ¡El mismo día que Oscar Luis Nazari, nuestro rey, contraía matrimonio con la princesa Alcira de Serajev y subía al trono del país, unos canallas que contaban con la ayuda de la recién casada, herían gravemente a Oscar Luis y lo arrojaban al mar

Se interrumpió para respirar el anciano, y en seguida continuó en medio del silencio más profundo que supo guardar en tiempo alguno una multitud tan numerosa:

—Escuchadme bien, istralianos. Consumado ese crimen inicuo, la camarilla capitaneada por le reina Alcira y por Lisandri, puso en el puesto del rey a un granuja que se le parecía, y él es quien os ha gobernado con sus cómplices durante estos diez y seis últimos meses.

Se elevaron algunos murmullos en distintas partes de la plaza. Calveti, exaltado por sus propias palabras, los acalló con un gesto, y prosiguió:

—Por un azar de la Providencia, el verdadero rey logró

salvar su vida. Despojado de cuanto poseía, reducido a la condición de un mendigo, huyó al extranjero a reunirse con unos amigos fieles que allí tenía, y disfrazado de fraile logró penetrar en Istralia. Una noche se presentó en mi casa, lo reconocí, lloré su desgracia con lágrimas de sangre y juré ante Dios restituirle en el trono que detentaba esa camarilla de impostores que os ha tiranizado, y castigar a éstos del modo merecido. Mi triunfo de hoy ha sido el vuestro, pueblo de Istralia. ¡Aquí tenéis ahora a vuestro verdadero rey!—y Calveti señaló al monarca, que estaba a su lado—. ¡Miradlo! ¡Aún lleva en su noble rostro las señales de su negro infortunio!... ¡Pedidle que vuelva a ocupar el trono desde el cual no llegó a gobernaros! ¡Pedidle que salve a la patria!

Diez voces estallaron a un mismo tiempo desde el centro de la plaza:

—¡Mentira! ¡Mentira todo!... ¡Se trata de engañarte, pueblo de Istralia! ¡Ese que ves allí, es el mismo hombre que te ha torturado durante más de un año! ¡Mentira!

A conjuro de esas voces, el clamor espantoso de la multitud se elevó, haciendo vibrar la tierra y el espacio.

—¡Muera el tirano!... ¡Muera!... ¡Muera!... ¡Matarle!

—¡Ah, canallas!—gritó el mariscal, adelantándose y golpeando con su puño crispado la balaustrada de mármol del balcón—. ¡Vais a consumar el martirio del más generoso, del más humano de los reyes!

Pero su grito se perdió entre el vocerío espantoso de la plebe como el lamento del náufrago en el fragor de la tempestad. Y cuando el joven monarca, pálido, lívido, cogía del brazo a Calveti y a Miñaki, gesticulantes de ira, y los arrastraba a viva fuerza al interior de Palacio, otros dos gritos, más desesperados, más desgarradores que el que acababa de lanzar el mariscal, se elevaron del seno de la multitud proferidos por dos mujeres: joven y bella la una, de edad provecta y de cabellos blancos la otra.

—¡Ofendéis al rey inocente, miserables!

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... ¡No te vayas, no te alejes de mí!

Solo una vieja haraposa y mugrienta que gesticulaba detrás de ellas como una poseída, pareció escuchar estos gritos. Se aproximó a las que acababan de lanzarlos, puso en el hombro de la anciana una de sus manos sarmentosas, y cuando ésta volvió hacia ella su venerable rostro bañado en lágrimas que iluminaban las luces del balcón de Palacio, exclamó:

—¡Toma, Irene! No podía haberte encontrado en sitio mejor.






## CAPITULO LXXXIX

### Unas señas que Oscar Luis no ha olvidado

MIENTRAS la plebe, instigada por Sakasko y sus partidarios, se lanzaba a la invasión y al saqueo de la morada de los reyes de Istralia, derribando con su empuje de marea las enormes puertas y pidiendo a gritos la cabeza del soberano, la de Alcira, la de Lisandri y hasta la de Calveti, a quien acusaban de pretender restablecer en el trono al rey que creían culpable de todos los reprobables excesos de la tiranía, Oscar Luis, el monarca inocente, el monarca repudiado por su pueblo, huía... Había aprovechado la desesperación del mariscal, que fluía en lágrimas de los ojos del viejo soldado y la consternación en que la airada actitud de la muchedumbre había sumido a las demás personas que lo rodeaban, para separarse de todos y dirigirse hacia las caballerizas a trvés de los más lujosos salones de Palacio.

Cuando iba a desembocar en la gran explanada que se extendía delante de las cuadras, se detuvo de golpe al oír un rumor de pasos que parecían seguirle.

No había en aquel lugar más luz que la tenue claridad que

bajaba del cielo, tachonado de estrellas. Esperó un instante dominado por un temor instintivo, y de pronto vió salir de la sombra del ala del edificio que acababa de atravesar al hombre que suponía le estaba siguiendo.

Este, después de dar unos pasos, se detuvo, mirando con gran interés a su alrededor.

Entonces, Oscar Luis pudo reconocerle, y comprendió que le buscaba.

—¡Señor Pagallos!—murmuró acercándosele.

—¡Sire!—exclamó con emoción el embajador—. ¿Qué os proponéis hacer?

—Seguir el camino que me marca el deber—contestó el joven—. Buscar a mi madre, buscar a la mujer que amo, que si no ha muerto debe tener en sus brazos a estas horas al fruto de nuestros amores, mi hijo, y vengarme después...

—Bien, sire—respondió el anciano—. Ese camino podéis recorrerlo también acompañado. Os seguiré mientras Calveti y los suyos, que no se resignan a veros sin corona, se preparan a haceros justicia.

—Os agradezco de todo corazón vuestro noble propósito —respondió el rey después de balancear tristemente la cabeza—; pero quedaos, os lo ruego. Presiento jornadas todavía más negras que las que hemos pasado, y no es justo que os veais envuelto en ellas.

—¡Qué cosas tenéis, sire! Os seguiré adonde sea menester, y basta. ¿Qué habéis venido a hacer a este lugar de Palacio?

—En busca de un caballo.

—Perfectamente; nos procuraremos dos. Venid, sire. Si mal no recuerdo, las cuadras son esas...

* * *

Tuvieron que ensillar los caballos, pero en esta operación no invirtieron más que pocos minutos. Ya montados, preguntó el señor Pagallos:

—¿Dónde pensáis dirigiros, sire?

—Calle Bizancio, número siete—contestó el rey resueltamente.

Y espoleó su corcel.

El embajador le siguió. Extrañaba en grado sumo la actitud del soberano.

—Pero, ¿qué vais a hacer a esa casa de la calle Bizancio, número siete, sire?

—Espero obtener allí noticias de los malvados.

—¿Quién os ha dado esas señas, señor—inquirió el señor Pagallos, más sorprendio aún.

—Un judío.

—¿Cuándo? No recuerdo haberos visto hablar en el día de hoy con ningún judío.

—Hace de esto un año, aproximadamente—explicó Oscar Luis, que ahora galopaba al lado del embajador por uno de los caminos del parque real—. Volvía yo de Santa Cecilia vestido con las ropas de unos pescadores, y el judío Verky me detuvo en medio de la carretera confundiéndome con un hombre que se me parecía mucho y al cual facilitaba dinero con frecuencia...

—¡Ah! ¡Ya comprendo!—exclamó el embajador—. Ese judío os tomó por el miserable que os ha reemplazado en el trono.

—Exacto.

—¿Luego esas señas, sire...?

—Corresponden al domicilio de ese miserable.

—Lo singular es que hayáis logrado retenerlas en vuestra memoria durante tanto tiempo.

—Mi sed de venganza ha hecho ese milagro.

Seguía galopando. A medida que se alejaban del edificio real, el vocerío atronador de la multitud llegaba a sus oídos cada vez más atenuado. Todo era quietud en el parque; las pisadas de los caballos era el único rumor que turbaba el silencio de aquel lugar. No se movía una rama, no temblaba

una hoja en la calma infinita de aquella noche calurosa de Agosto.

—¿Conocéis el camino, sire, para salir de aquí?

Oscar Luis contestó con un movimiento afirmativo de cabeza, y de pronto, cuando ya la verja que rodeaba el parque estaba a su vista, tiró con fuerza a su corcel por la brida.

Alarmado, Pagallos detuvo también su cabalgadura.

—¿Qué hacéis, sire?

—Acabo de ver a unos individuos saltar dentro del parque desde lo alto de la verja —dijo Oscar Luis en voz baja—. Preparad vuestro revólver.

—Ya lo tengo en la mano, señor.

En aquel momento, tres hombres aparecieron en medio del camino, surgiendo de entre unos árboles.

—¡Mil bombas!—exclamó de pronto uno de ellos adelantándose resueltamente hacia los dos prevenidos jinetes—. ¡Juraría que es su majestad!

—¡Oh!—gritó lleno de alegría el señor Pagallos al oír aquella voz—. ¡Es Canevari quien acaba de hablar! He ahí a nuestros amigos, sire. Diríase que la Providencia nos los envía.

—¡Majestad!

—¡Señor Pagallos!

—Amigos míos.

Se acercaron unos a los otros. Mothus, Montespín y Canevari jadeaban y estaban cubiertos de sudor. Habían andado como negros durante varias horas de un lado para otro, y después, al tener noticias de la sublevavión del pueblo contra el rey, habían corrido hacia Palacio, y abriéndose paso entre el populacho a fuerza de empellones, puñetazos y golpes de toda suerte, habían logrado penetrar en el parque con intención de precipitarse,en el edificio real y averiguar qué había sido del monarca.

—¿Habéis descubierto algo?—les preguntó Oscar Luis.

—Nada, sire; esa ambulancia de la Cruz Roja parece haberse disuelto en el aire.

Una especie de sonrisa sarcástica, que no llegaron a ver los que estaban con él, pasó por los labios del rey.

—Veremos si tengo yo más suerte que vosotros—dijo.

—¿Qué os proponéis, señor?

—Penetrar en la casa de la calle Bizancio, número siete.

—¿Qué casa es ésa?—preguntó Montespín.

—¡Por Baco!—exclamó Canevari—. Yo recuerdo perfectamente que me habéis hablado de ella, sire: es el domicilio del bergante que os reemplazó en el trono, ¿eh?

—Exacto, Lucas.

—Vamos allá, señor. Habéis tenido una gran idea.

—Pero no podéis seguirnos a pie—dijo Oscar Luis.

—¿De dónde habéis sacado esos caballos, majestad? —preguntó Montespín.

—De las cuadras de Palacio—contestó el señor Pagallos por el rey.

—Allí debe haber también montura para nosotros—dijo Canevari—. Partid, sire, si no queréis perder tiempo esperándonos. Nosotros os alcanzaremos en un santiamén.

—Sea; hasta la vista, amigos míos.

—Dios vele por vosotros, majestad.

Trotando un trecho junto a la verja, llegaron ante una de las puertas que comunicaban con el exterior. Pagallos hizo ademán de apearse para abrirla, pero su majestad, ágil como un atleta, no le dió tiempo; saltando de su caballo la abrió de par en par, y en un abrir y cerrar de ojos, se encontró otra vez sobre su corcel, que, espoleado con furia, se lanzó al galope a través de las calles.

—¿Sabéis dónde está esa calle, sire?—preguntó Pagallos, que procuraba mantenerse a su lado.

—Creo que daré fácilmente con ella. Debe partir de la plaza que lleva su mismo nombre.

Tres minutos más tarde, sin hacer caso de los numerosos

grupos de revoltosos que corrían por las calles, unos en dirección al Palacio real y otros que se lanzaban al saqueo de las casas de los ministros y demás personalidades que habían ayudado a los déspotas en su obra trágica, los dos jinetes desembocaban en la plaza de Bizancio.

Como suponía su majestad, la calle del mismo nombre comenzaba allí mismo, y la casa señalada con el número siete estaba tan solo a unos cuantos pasos.

Apeándose ante ella, ataron las bridas de los caballos a un farol apagado que allí había y llamaron a la puerta.

—Hay gente dentro, sire—dijo el señor Pagallos—. Veo luz en una ventana del primer piso.

—¡Quiera Dios que podamos atraparlos en este sitio!—exclamó el rey entre dientes.

—Por si fuera así—murmuró el embajador—, sería conveniente esperar a que lleguen nuestros amigos antes de entrar.

—¿Tenéis miedo de esos miserables, señor Pagallos?

—Nada de so, señor—contestó el simpático anciano, un tanto confuso—. Quería simplemente evitar que pudiesen escapársenos.

El rey, viendo que tardaban en abrir, volvió a llamar.

En aquel momento, la ventana iluminada del primer piso se abrió y por ella asomó la cabeza una joven doncella.

—¿Qué se os ofrece, señores?—inquirió.

—Un recado de Palacio—contestó Oscar Luis.

—¿Para la señora marquesa?—preguntó la doncella.

—Sí, para ella.

—Aguardad un momento, caballeros; corro a abrir.

Y la doncella cerró la ventana.

—¿Qué marquesa será la que habita en esta casa, sire?—preguntó con curiosidad el señor Pagallos.

—Alguna concubina de Rodolfo Carpi.

—¡Cáspita! En ese caso, podemos decir que estamos de suerte; ella podrá decirnos dónde están el falso rey y sus cóm-

plices. Habéis tenido una gran idea, señor, al responder a esa doncella que se trataba de un recado de Palacio.

En aquel momento se oyeron en la escalera los pasos de la doncella, que acudía a abrir llevando una luz en la mano.

Abierta la puerta, preguntó, dirigiéndose a Pagallos:

—¿Se trata de una carta?

—No—contestó el embajador—; es una noticia que hemos de dar a la señora.

—Subid.

Después de hacerlos entrar, cerró la puerta y les precedió, iluminando la escalera con el candil que llevaba en la mano.

Una vez en el recibimiento del primer piso, les dijo, dejando el candil sobre una mesilla:

—Esperad; voy a avisar a la señora marquesa.

Y se alejó por un pasillo sumido en la penumbra.

—Volved a preparar vuestro revólver, señor Pagallos—dijo el rey en voz baja—. No quiero que vuelva a ocurrirme lo que en aquella casa de Berlín.

—Yo, a la verdad, sire, no estoy muy tranquilo encerrado en esta casa—contestó el embajador—. Paréceme que nos hemos precipitado demasiado.

—Mothus, Canevari y Montespín no pueden tardar en llegar; si cayéramos en un lazo, ellos nos vengarían.

—Caballeros — dijo la doncella en aquel momento, apareciendo en una de las puertas que daban al pasillo—, tened la bondad de pasar.

Llevándose a la espalda la mano armada, Oscar Luis y Canevari avanzaron.

Una mujer de gran hermosura les esperaba sentada en un canapé, en el fondo de una salita iluminada por la luz de tres velas puestas en un candelabro de bronce que adornaba la chimenea.

Pagallos, que iba delante, se inclinó ante ella y preguntó, sin separar la diestra de la espalda:

—¿Tenemos el honor de encontrarnos ante la señora marquesa?

—La marquesa de Rivieri, caballero—contestó aquella mujer—. ¿Venís de Palacio? ¿Algún encargo de su majestad?

Pero súbitamente se puso de pie, mortalmente pálida, mirando hacia la puerta con los ojos desorbitados por el espanto.

Oscar Luis acababa de aparecer ante su vista.

—¡Oh, Dios mío! ¡El rey!

El monarca avanzó un paso, y el revólver que empuñaba en su diestra cayó al suelo como si le faltasen fuerzas para sostenerlo.

—Su voz—balbuceó—. ¿Será posible? ¿No sueño?

Estupefacto por la actitud de la dama y la del joven soberano, el señor Pagallos se hizo a un lado contemplando a aquellas dos personas que a su vez se contemplaban con la expresión con que miraríamos a un muerto que acabase de resucitar.

Ella fué la primera en reponerse, y dijo con tristeza, sin que la palidez abandonase sus mejillas:

—Venís a matarme, y tenéis derecho a ello. ¡Habéis sufrido tanto por nuestra culpa, señor!

—Pero—balbuceó Oscar Luis—, ¿esa voz es la que yo he oído hace cerca de un año en el sótano de Palacio? ¿Esa voz no es la de la criatura que me salvó la vida y no quiso revelarme su nombre? ¿Esa voz no es aquella cuyo recuerdo guardo en mi alma como cosa sagrada?

La marquesa de Rivieri no contestó. Sin duda porque le faltaban las fuerzas para permanecer de pie, volvió a tomar asiento en el canapé.

—¡Señora! ¡Señora!—siguió el rey, excitadísimo, avanzando hacia ella—. ¿No sois la misma santa criatura que aquella noche terrible cortó mis ligaduras, restañó la sangre de mis heridas y me puso en camino de la salvación? ¡Hablad, señora! ¡Hablad, por lo que más queráis en este mundo!

Clara seguía guardando silencio.

—¡Ah! ¿Calláis?—continuó Oscar Luis—. ¿No queréis descubriros, no queréis sacarme de esta duda capaz de atormentarme durante toda mi vida? ¡Yo descubriré la verdad, sin embargo! ¡Vais a ver qué pronto sabré si sois el ángel a quien guardo eterna gratitud, o un demonio a quien es preciso maldecir y exterminar!

Se lanzó sobre ella como si fuese a estrangularla, y Clara dió un grito. Pero el rey no hizo más que acercar su rostro a sus cabellos, cuando volvió a retroceder, exclamando:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Vos sois! Vuestro perfume, que tampoco he olvidado, os descubre! ¡Al fin he podido veros el rostro! ¡Al fin he podido descubrir a la santa mujer que me salvó la vida!

Y cayó de rodillas ante la hermosa marquesa, y apoderándose de una de sus manos, se la cubrió de besos de agradecimiento.

—Levantaos, sire—murmuró ella—. Mi obra tiene menos mérito del que suponéis.

Pero él no pareció escucharla.

—¡Sois una santa!—decía—. ¡Y yo, que venía a esta casa convencido de que iba a encontrar en ella monstruos a quienes hacer pedazos! ¿Cómo pagaros, señora, el bien que me habéis hecho? ¿Cómo demostraros mi gratitud?

—Sois vos, señor, quien debéis perdonarme el no haberos ayudado tanto como era mi deber. Pero si en algunos momentos no he sido con vos todo lo generosa que debiera, he procurado, en cambio, para tranquilidad de mi conciencia, hacer algo también por una persona que os amaba.

El rey se puso de pie.

—¡Alma generosa!—exclamó—. ¿Y qué persona era esa a la que habéis ayudado?

—¿No lo adivináis, sire?

—No, no acierto...

—Amáis, según creo, sire...

—¡Ah! ¿Lo sabéis?

—¿Qué podía ignorar yo al lado de vuestros enemigos? Pues bien, sire: la mujer a quien amáis, vive.

—¡María Teresa!—gritó el rey—. ¿Ella?

—Sí, ella, sire.

—¿Y decís que vive?

—Vive.

—¡Bendito sea Dios! ¿Cómo lo sabéis?

—Sentaos, señor; os lo referiré.

Su majestad tomó asiento a su lado.

—Hablad, hablad—dijo con acento suplicante que salía de lo más hondo de su corazón—. Vais a hacerme dichoso en medio de todas mis desgracias, mujer providencial.

* * *

En pocas palabras, Clara dió cuenta al rey del apresamiento de María Teresa, afiliada al partido de los hijos del pueblo; de su conducción a los subterráneos del castillo de Lisandri, y del proyecto de éste de someterla a tormento para arrancarle sus secretos. En seguida explicó cómo ella, conmovida por la suerte de aquella pobre mujer, había influído en el ánimo de Rodolfo Carpi hasta inducirle a ir al castillo del conde y librar del tormento a María Teresa.

—Pretextando querer conquistarla a su causa por medio del amor—siguió Clara—, Rodolfo logró que el conde Lisandri hiciese conducir a aquella infeliz al Castillo de la Pradera, adonde también se trasladó él para fingir poner en práctica lo convenido con Federico. Pero una vez allí, el miserable debió tomar demasiado en serio su papel, y una noche, a juzgar por las noticias que han llegado a mi conocimiento, intentó seducir a la que era su protegida.

—¡Ah, perro!—bramó Oscar Luis apretando los puños.

—Dominaos, sire—siguió diciendo Clara—. Cara le costó a Carpi su infame tentativa. María Teresa se defendió brava-

mente y se libró de él hiriéndole de un golpe en la cabeza asestado con un objeto de adorno. Rodolfo cayó al suelo sin sentido, y al día siguiente de este suceso, cuando volvió en sí, supo que la mujer con la cual se había conducido de un modo tan ruin había logrado huir del Castillo de la Pradera disfrazada con uno de sus uniformes militares, y hasta el día de hoy, por más investigaciones que ordenó practicar Lisandri, no pudo ser hallada en parte alguna.

—¡Pobre amada mía!—exclamó Oscar Luis con emocionada voz—. ¿Y no sabéis más de ella, señora?

—No; sospecho que debe estar oculta en un sitio seguro. Inmediatamente después de su desaparición de aquel castillo, vos, con vuestros amigos, lograbais burlar el cerco dispuesto por Lisandri en torno al Convento de los Dominicos y desaparecer también. A partir de aquel instante, comenzaron para los usurpadores de vuestro trono las preocupaciones, los temores, las dudas, los presentimientos negros, en fin, que culminaron con los sucesos de esta mañana.

—Acabáis de encender en mi corazón la más dulce de mis esperanzas—dijo el rey—. Pero y de mi madre, ¿no habéis vuelto a tener noticias?

—No; no sé más que la noche aquella que, con ayuda de Dios, logré haceros huir del sótano de Palacio donde os esperaba la muerte.

—¡Ah! ¡Esa desventurada anciana debe haber muerto!—exclamó con desesperado acento Oscar Luis.

Reflexionó un instante, y levantando la cabeza que había inclinado sobre el pecho, dijo de pronto:

—No me habéis dicho todo lo que yo necesitaba saber de María Teresa. Cuando fué apresada y conducida al castillo de Lisandri, ella debía ya ser madre desde unos meses atrás... ¿Qué ha sido de su hijo, de "nuestro" hijo, mejor dicho?

Una nube de dolor pasó por el hermoso semblante de Clara.

—Mejor sería que lo ignoraseis, sire—dijo.

—¿Por qué?—inquirió Oscar Luis sin poder evitar un estremecimiento—. ¡Hablad, os lo suplico!

—No podré menos que daros una noticia terrible a continuación de esa que, como acabáis de decir, ha encendido una dulce esperanza en vuestra alma.

—No importa. ¡Hablad! ¿Qué ha sido de mi hijo?

—Decid de vuestra hija, sire.

—¡Ah! ¿Era una niña?

Y al pronunciar estas palabras, los ojos del rey brillaron de ternura al propio tiempo que su voz volvía a temblar y su corazón se encogía de temor ante un presentimiento siniestro.

—Sí, bella como su madre, como vos...

—¿Qué suerte fué la suya? ¿Dónde está?

—En el cielo, señor.

Un lamento sordo se escapó del pecho del rey.

—¡Muerta! ¡Muerta mi hija! ¡Muerto ese ángel! ¿Por qué me lo habrá arrebatado Dios?

—¡Desventurado!—exclamó Clara, cuyas pupilas se habían humedecido, conmovida por el dolor de aquel hombre—. No culpéis a Dios.

Oscar Luis elevó hacia ella sus ojos extraviados.

—¿A quién culpar entonces?—inquirió con ronco acento—. ¿A quién?

—¡A Lisandri, al monstruo!—gritó Clara—. ¡El mató a vuestra hija arrojándola al mar desde una de las ventanas de su castillo!

—¡El! ¡El!—profirió Oscar Luis con acento que no tenía nada de humano, retrocediendo y llevándose las manos a la garganta, como si el dolor le estrangulara hasta el punto de impedirle respirar—. ¡El, el asesino de mi hija! ¡Oh, Dios! ¡Dios!...

Y se tambaleó. Mil blasfemias que no podía pronunciar se agitaban, bullían en su garganta.

Temiendo que se desplomase, el señor Pagallos, que había sentido desgarrársele el corazón ante el dolor espantoso que

la noticia del asesinato de su hija debió producir en su infortunado soberano, se precipitó a sostenerlo.

—¡Sire! ¡Sire!—exclamó el anciano, estrechándole en sus brazos—. Serenaos, sed fuerte.

—¿Serenarme? ¿Ser fuerte?... ¡Ah!... ¿Qué otro tormento le falta al cielo que enviarme? ¿Qué otras amarguras hay en el mundo por las que no haya yo pasado? ¡Asesinada mi hija! ¡Arrojada al mar por ese tigre con figura humana a quien deseo yo encontrar para arrancarle el corazón!... ¡Señora! ¡Señora! ¡Por piedad! ¡Decidme dónde se esconde ese demonio! ¡Decidme dónde ha huído, dónde puedo encontrarle!

—¿Cómo queréis que lo sepa, sire?

—¡Ah! ¿No lo sabéis? ¿No lo sabéis vos, que fingíais ser la amiga de Carpi, su cómplice, el que me reemplazaba en el trono?

—Hace tiempo que me he separado de todos ellos, sire; su vida me repugnaba; sus crímenes me llenaban de horror.

—Pero, ¿no os lo ha dicho Carpi? ¿No le habéis visto hoy?

—No; nada les obligaba a ello. Pero calmaos, sire. Mandad cerrar las fronteras. Desde vuestro trono podréis detenerlos, perseguirlos como os han perseguido a vos.

—¿Desde mi trono? ¿Es que no sabéis que mi trono ya no me pertenece, que por culpa de esos miserables, el pueblo me lo ha arrebatado? Ya no soy rey, y seguramente tendré que comenzar mi odisea de persguido, de proscripto. ¡Sin trono, sin fortuna, sin madre, sin tener a mi lado a la mujer que amo, y a última hora, la noticia del asesinato de mi hija! Todo se hunde en torno mío. ¡Soy una criatura maldita!

—Sire, serenaos, venid—dijo el señor Pagallos—. Vamos en busca de María Teresa; busquemos a esos malvados que han desencadenado sobre vuestra cabeza ese torrente de desgracias, y luchemos, luchemos al lado de Calveti, de Miñaki, de tantos otros personajes honrados que os aman, por la re-

conquista del trono de vuestros antepasados. ¡Valor, noble rey! ¡Valor!

Estrechándole cariñosamente una mano, cual hubiera podido hacerlo un padre con su hijo, el embajador condujo a Oscar Luis hacia la puerta.

—¡Oh, señor Pagallos! Mis nervios ya no pueden sostenerme; ya no le quedan fuerzas a mi corazón para seguir sobreviviendo a tantos desastres... Abandono la lucha; dejad que sea lo que Dios quiera del trono de mis antepasados, que se hunda Istralia, que triunfen otra vez esos malditos...

Pero antes de salir, el desdichado se detuvo y fijó en Clara, que se había puesto de pie, sus ojos de demente.

—Adiós, sire—le dijo ésta con voz en la que vibraba un sollozo—. Rezaré por vuestra dicha.

—Pero, ¿qué haréis vos? — inquirió el monarca débilmente—. Tendréis que huir, marquesa de Rivieri. La chusma popular busca a todos los que tuvieron relaciones con sus tiranos, y vuestra vida corre peligro.

—No temáis, sire. Me costará muy poco trabajo dejar de ser marquesa para convertirme en Clara Remillard, la humilde actriz de comedia. Por otra parte, todos ignoran que Rodolfo Carpi, el miserable que durante un tiempo compartió conmigo esta casa, era el mismo hombre a quien Istralia creía Oscar Luis I.

Y como él siguiera mirándola y pareciera vacilar, Clara agregó:

—Id tranquilo, sire; os aseguro que estoy a cubierto de todo peligro.

—¡Que Dios os bendiga, generosa mujer! Vamos, señor Pagallos, sostenedme; no sé si tendré fuerzas para llegar hasta donde me espera mi caballo.

* * *

Apoyado en el embajador y tambaleándose como un ebrio,

Oscar Luis llegó hasta junto el farol apagado donde habían dejado los caballos atados por las bridas.

Y disponíase el anciano a ayudar a montar al desventurado rey, cuando bruscamente Canevari, Montespín y el coronel Mothus, jinetes en tres buenos corceles, hicieron irrupción en la calle.

—¡Uf!—exclamó el marqués sujetando su cabalgadura frente al soberano—. ¡No podéis figuraros, sire, cuán bruto es el pueblo cuando siente flojas las riendas que lo amarran! Da pena contemplar Palacio, saqueado y ardiendo por los cuatro costados. Tuvimos que despanzurrar a más de uno de esos miserables de la turba que pretendían cerrarnos el paso, acusándonos de apoyar a Calveti y a Miñaki. El mariscal y todos los señores que le acompañaban tuvieron que rendirse a los agentes del populacho, que lleva colgados a tres ministros de los tiranos y busca a los demás para hacerles correr la misma suerte.

—La situación es terrible, sire—agregó Montespín, sin reparar aún en el estado de ánimo del rey, que, ayudado por el embajador, había acabado por montar en su caballo y se sostenía en la silla como por obra de milagro—. El pueblo no quiere oír hablar de Monarquía ni quiere oír a los que le aconsejan moderación. Parece que los habitantes de San Francisco se han convertido de pronto en fieras. Los saqueos son numerosos y las cárceles civiles y militares han sido invadidas y puestos en libertad todos los presos que había en ellas...

—¡Un desatino sigue a otro desatino!—exclamó el coronel—. Francamente, temo por la vida de vuestra majestad, y creo prudente aconsejaros que salgáis de San Francisco antes que se haga de día.

—Veo, sire—dijo Canevari acercándose más al rey—, que os estamos atormentando con nuestras noticias. ¡Quiera Dios que las tengáis mejores! ¿Habéis estado ya en el interior de

esta casa? ¿Habéis visto a alguien? ¿Tenéis una pista que nos permita descubrir el paradero de esos miserables?

Sin contestar, Oscar Luis hizo andar algunos pasos a su caballo; después miró al cielo, enrojecido por los resplandores de los incendios, escuchó los aullidos lejanos de la multitud, que todo lo arrasaba, y bruscamente vaciló sobre su caballo y rodó por el suelo como muerto.

—¡Sire!—exclamó Canevari, Montespín y Mothus, precipitándose a levantarlo.

—¡Pobre rey!—sollozó el señor Pagallos, que comprendía toda la inmensidad de la pena que destrozaba aquel joven corazón—. ¡Sólo la bondad de Dios podrá hacerle sobrevivir a tanto infortunio!

FIN DEL TOMO PRIMERO




# INDICE DEL TOMO PRIMERO

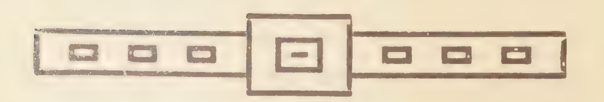
| | | Págs. |
|---|---|---|
| Capítulo primero. | —Amor | 3 |
| — | II.—El pecado de la joven reina | 12 |
| — | III.—La obra de los malvados | 21 |
| — | IV.—La desaparición del rey | 31 |
| — | V.—Canevari y Eduardo en acción | 54 |
| — | VI.—En el Castillo de las Aguilas | 67 |
| — | VII.—El substituto | 82 |
| — | VIII.—Los primeros actos del falso rey | 96 |
| — | IX.—En la red de los pescadores | 110 |
| — | X.—Junto a la piedad florece el amor | 123 |
| — | XI.—La despedida | 138 |
| — | XII.—La sorpresa de Clara | 153 |
| — | XIII.—Se habla de otra sorpresa de que es objeto Oscar Luis | 172 |

Capítulo XIV.—... Y de una tercera de trágicas consecuencias para la reina madre.. 187
— XV.—La loca.................... 197
— XVI.—El festín de los usurpadores........ 213
— XVII.—El muerto vuelve.................. 221
— XVIII.—Libertado....................... 229
— XIX.—La casa de la viuda............... 239
— XX.—La odisea del soberano............ 252
— XXI.—Sigue la odisea del soberano....... 273
— XXII.—En Constantinopla................ 296
— XXIII.—El marqués entre los turcos........ 309
— XXIV.—El canciller..................... 314
— XXV.—Zaira.......................... 325
— XXVI.—La visita que Canevari estaba lejos de esperar..................... 337
— XXVII.—La cita........................ 351
— XXVIII.—Un disparo milagroso............. 361
— XXIX.—En busca de Eduardo............. 375
— XXX.—El baile de máscaras............. 387
— XXXI.—Sigue el anterior................. 397
XXXII.—La dama del palco número veinti siete........................... 410
— XXXIII.—Embriaguez.................... 419
— XXXIV.—Indagaciones.................... 429
— XXXV.—En la ratonera.................. 443
XXXVI.—En el real Castillo de la Pradera.... 456
— XXXVII.—Agonía espantosa............... 467
— XXXVIII.—El padre Leandro............... 479
— XXXIX.—Madre........................ 492
— XL.—Sigue el anterior............... 502

# INDICE


| | | |
|---|---|---|
| Capítulo | XLI.—Bajo la tiranía | 511 |
| — | XLII.—La pista de la fugitiva | 529 |
| — | XLIII.—El enmascarado | 535 |
| — | XLIV.—Doble crimen | 546 |
| — | XLV.—Terrible descubrimiento | 556 |
| — | XLVI.—Secreto que puede conocer el padre, pero no la hija | 569 |
| — | XLVII.—En el chalet del embajador | 575 |
| — | XLVIII.—Una orden sospechosa | 597 |
| — | XLIX.—Se hace la luz | 608 |
| — | L.—El rey despierta | 624 |
| — | LI.—Entre los conspiradores | 632 |
| — | LII.—En la guarida del monstruo | 647 |
| — | LIII.—La meta de las dos viejas | 657 |
| — | LIV.—Madre e hija | 670 |
| — | LV.—En la choza | 676 |
| — | LVI.—Cien mil francos | 693 |
| — | LVII.—Siguiendo las huellas del embajador y su familia | 705 |
| — | LVIII.—Novelli aguza el ingenio | 719 |
| — | LIX.—Entre llamas | 735 |
| — | LX.—Llega Montespín | 748 |
| — | LXI.—En la frontera | 753 |
| — | LXII.—Una revelación interesante | 763 |
| — | LXIII.—Una carta que produce alarma | 775 |
| — | LXIV.—Viaje aéreo | 789 |
| — | LXV.—En la vivienda incendiada | 803 |
| — | LXVI.—Amor que nace | 816 |
| — | LXVII.—Sin noticias | 829 |
| — | LXVIII.—Calveti | 847 |

Capítulo LXIX.—Sakasko . . . . . 861
— LXX.—Casimiro Luman . . . . . 867
— LXXI.—Las dos bolillas . . . . . 872
— LXXII.—Rianko . . . . . 883
— LXXIII.—El sacrificio de Moner . . . . . 891
— LXXIV.—Lisandri se pone en campaña . . . . . 901
— LXXV.—Los peligros del vino . . . . . 917
— LXXVI.—En el subterráneo del castillo . . . . . 930
— LXXVII.—Horror . . . . . 942
— LXXVIII.—La supliciada . . . . . 947
— LXXIX.—Durante el sitio . . . . . 958
— LXXX.—¡Libres! . . . . . 971
— LXXXI.—La campana de la vida . . . . . 984
— LXXXII.—Un alma buena . . . . . 996
— LXXXIII.—Un buen comediante . . . . . 1022
— LXXXIV.—La comedia tiene un final que Rodolfo no esperaba . . . . . 1032
— LXXXV.—Anuncios de tragedia . . . . . 1062
— LXXXVI.—La lucha . . . . . 1082
— LXXXVII.—La derrota de los déspotas . . . . . 1101
— LXXXVIII.—Los tres gritos . . . . . 1116
— LXXXIX.—Unas señas que Oscar Luis no ha olvidado . . . . . 1147



# Pauta para la colocación de las láminas


| | Pgas. |
|---|---|
| Una hija del pueblo no debe nunca ocupar el pensamiento de un rey. Sólo te pido que te apiades de nuestro hijo, que veles por él | 8 |
| María Teresa escucha, con el corazón hecho pedazos, el alegre repicar de las campanas echadas a vuelo | 12 |
| —¡Traidor!... ¡Vil!—masculló Oscar Luis, cuando la cólera que le sofocaba le permitió hablar | 21 |
| —¿Qué broma es esa? —Nada de bromas, te lo juro — añadió muy serio el jefe de la Guardia | 94 |
| Oscar Luis se separó del judío, que después de seguirle un instante con la mirada | 183 |
| Cuando más abstraído estaba en sus preocupaciones, sintió que una mano se apoyaba en su hombro | 275 |
| —¡Si me amas, dentro de siete días serás la mujer más feliz de la tierra! | 365 |
| ...bebiendo y haciendo beber a los que le acompañaban hasta embriagarse | 457 |
| —No sois el que yo suponía, pero es igual | 545 |
| —¡Atrás! — exclamó su majestad | 675 |
| Las llamas, que por instantes se elevaban a mayor altura, rodeaban ya tres partes de la mesa | 746 |
| —¡Tómalo!—contestó tras él una voz varonil | 890 |

